

LA LUCHA DEL PAPA JUAN PABLO II, MIJAIL GORBACHOV Y EL OCCIDENTE, POR UN MUNDO MEJOR

Malachi Martin

Autor de LOS JESUITAS
Best Seller de LASSER PRESS

auténtico
BEST SELLER
Lasser Press

LAS LLAVES DE ESTA SANGRE

En este nuevo libro, oportuno y sugestivo, Malachi Martin, eminente teólogo, experto en la Iglesia católica, ex jesuíta y profesor en el Instituto Bíblico Pontificio del Vaticano, autor del best-seller "Los Jesuítas", revela la historia desconocida que hay detrás del papel del Vaticano en el colapso de la Cortina de Hierro, así como la trascendental evaluación que hace el papa Juan Pablo II de la triple competencia que se está desarrollando ahora entre las potencias globales —la Unión Soviética bajo Mijail Gorbachov, las naciones capitalistas de Occidente y la propia Iglesia romana universal del Papa—, una carrera sin tregua contra el tiempo y entre sí para establecer, mantener y controlar el primer gobierno mundial que haya existido jamás sobre la faz de la tierra.

Desde el primer momento de su pontificado, fue el propósito de Juan Pablo II liberar al papado de la camisa de fuerza de la inactividad que le habían impuesto las principales potencias seculares durante doscientos años. Fue su propósito terminar con los acuerdos del equilibrio de poder, moralmente tóxicos y humanamente insostenibles, que habían conducido durante nuestro siglo a la masacre de dos guerras mundiales y a incontables conflictos menores en todo el mundo. Y fue su propósito terminar con la división de las naciones en dos campos enemigos que durante casi medio siglo había permitido la esclavitud y el hambre de millones y había condenado al mundo al terror de la amenaza nuclear.

En suma, el propósito de Juan Pablo fue abrir las compuertas del cambio geopolítico.

Malachi Martin desarrolla el razonamiento y la visión que están detrás de las políticas de Juan Pablo II, políticas que conmueven al mundo y que son tan amenazadoras para algunos que casi le han costado la vida al Papa. A partir de 1979, con su primera visita papal a Polonia, Juan Pablo ha logrado un nuevo reconocimiento de la Santa Sede como una potencia diplomática de nivel mundial. Abrió el camino a la liberación de los satélites de Europa Oriental, y obligó a todos los líderes mundiales a dirigir su atención a la desintegración del imperio soviético como un prerrequisito para el progreso de la paz y el orden mundiales. Y en el proceso, ha alcanzado la distinción de ser, según las palabras de Mijaíl Gorbachov, "la autoridad moral más destacada de nuestro mundo de hoy".

Martin detalla la evaluación que hace el Papa de las fortalezas y debilidades de los planes geopolíticos del Este y de Occidente, y la grave deficiencia que Juan Pablo insiste que ya ha condenado al fracaso los planes de las superpotencias. Y Martin revela el propio proyecto del papa Juan Pablo de una estructura genuinamente geopolítica: un gobierno mundial que sea al mismo tiempo viable y humanamente aceptable.

Para algunos, el aspecto más intimidante de la política de Juan Pablo —y quizá el más esperanzador para otros— es que, a pesar de todos sus éxitos como líder en los asuntos mundiales, ha preferido presidir serenamente el rápido deterioro de su propia base de poder, la Iglesia católica romana, que se está desmoronando ante sus ojos. A pesar de las advertencias de sus consejeros más íntimos, no está dispuesto ni siquiera a tratar de detenerlo. Sin embargo, ahora más que nunca, sigue estando convencido de haber comenzado un movimiento que no se puede contener, porque él insiste que la fuerza de sus propios planes está garantizada por las Llaves de su autoridad como vicario terreno de Dios.

LAS LLAVES DE ESTA SANGRE es un libro de sorprendentes revelaciones geopolíticas. Presenta un convincente despliegue de proyectos para alcanzar el poder global, y uno de ellos es el retrato de nuestro futuro cercano como individuos y ciudadanos de las naciones.


9 789684 584358

Lasser Press

Título original en inglés: THE KEYS OF THIS BLOOD

Traductora: Susana Liberti

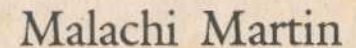
© 1991 LASSER PRESS MEXICANA, S.A. DE C.V.
Apartado Postal 6-791, 06600 México, D.F.

Edición destinada a la venta en la República Mexicana.

ISBN 968-458-435-0 (Rústica)

Impreso en México
Printed in Mexico

Al inmaculado corazón



Malachi Martin

LAS LLAVES DE ESTA SANGRE

Lasser Press
Mexicana, s.a.
México, D.F.

Contenido

QUINTA PARTE: ARENAS MOVEDIZAS

II. LA GEOPOLÍTICA DE LA FE

SEXTA PARTE: LA VISIÓN DEL SERVIDOR

CODA: EL PROTOCOLO DE LA SALVACIÓN

EL SERVIDOR DEL GRAN DESIGNIO

De buena gana o no, preparados o no, todos estamos involucrados en una triple competencia global, intensa, sin reglas que la limiten. Sin embargo, la mayoría de nosotros no somos competidores. Somos las apuestas. Porque lo que está en competencia es quién establecerá el primer sistema mundial de gobierno que haya existido jamás en la sociedad de las naciones. Se trata de quién poseerá y ejercerá el doble poder de la autoridad y el control sobre cada uno de nosotros como individuos y sobre todos nosotros juntos como una comunidad, sobre la totalidad de los seis mil millones de personas que los demógrafos estiman que habitarán la Tierra a comienzos del tercer milenio.

La competencia es intensa porque, ahora que se ha iniciado, no hay forma de revertirla ni detenerla.

Sin reglas que la limiten porque, una vez que la competencia se haya decidido, el mundo y todo lo que está en él -nuestra forma de vida como individuos y como ciudadanos de las naciones, nuestras familias y nuestros trabajos, nuestro comercio y dinero, nuestros sistemas educativos y nuestras religiones y nuestras culturas, hasta los símbolos de nuestra identidad nacional, que la mayoría de nosotros siempre hemos dado por descontados-, todo habrá sido poderosa y radicalmente alterado para siempre. Nadie puede quedar exceptuado de sus efectos. Ningún sector de nuestras vidas permanecerá intacto.

La competencia comenzó y continúa como un asunto que presenta tres aspectos, porque ése es el número de rivales con suficientes recursos como para establecer y mantener un nuevo orden mundial.

Nadie que esté familiarizado con los planes de estos tres rivales tiene

ninguna duda de que solamente puede ganar uno de ellos. Cada uno espera que los otros dos sean dominados y devorados por el remolino de cambio que se acerca. Siendo ése el caso, parecería ineludible que su competencia terminara como confrontación.

En cuanto al factor tiempo involucrado, aquellos de nosotros que tenemos menos de setenta años veremos por lo menos instaladas las estructuras básicas del nuevo gobierno mundial. Aquellos de nosotros de menos de cuarenta, seguramente vivirán bajo su autoridad y control legislativo, ejecutivo y judicial. De hecho, los tres rivales mismos -y, a medida que pasa el tiempo, muchos otros más- hablan de este nuevo orden mundial no como algo que está a la vuelta de una distante esquina del tiempo, sino como algo que es inminente. Como un sistema que será introducido e instalado en nuestro medio hacia el fin de esta década final del segundo milenio.

De lo que están hablando estos competidores, por lo tanto, es la modificación más profunda y extensa de la vida internacional, nacional y local que el mundo ha visto en mil años. Y la competencia en la que están comprometidos puede ser descrita simplemente como el juego final del milenio.

Diez años antes de que esta competencia se volviera evidente para el mundo en general, el hombre que estaba destinado a convertirse en el primero, el más inesperado y, por lo menos para algunos, el más inoportuno de todos los competidores en este juego final del milenio, habló abiertamente sobre lo que ya entonces veía en el camino.

Hacia el término de una extensa visita a Estados Unidos en 1976, un oscuro arzobispo polaco, de Cracovia, llamado Karol Wojtyla, se presentó frente a un público en la ciudad de Nueva York y pronunció uno de los discursos más proféticos que jamás se hayan dado.

"Estamos ahora frente a la mayor confrontación histórica que haya experimentado la humanidad", dijo; ". . . una prueba para los dos mil años de cultura y de civilización cristianos, con todas sus consecuencias para la dignidad humana, los derechos individuales y los derechos de las naciones". Pero, advirtió a sus oyentes ese día de septiembre, "amplios círculos de la sociedad norteamericana y amplios círculos de la comunidad cristiana no se dan cuenta plenamente de esto. . ."

Quizá el mundo todavía estaba demasiado inmerso en el viejo sistema de estados-nación, y en todos los antiguos arreglos internacionales del equilibrio de poder, para escuchar lo que estaba diciendo Wojtyla. O quizá el propio Karol era considerado nada más que una figura aislada clamando desde un país aislado que desde hacía mucho había sido inequívocamente eliminado de la ecuación del poder global. O quizá, después de la masacre industrial de millones de seres humanos en dos guerras mundiales y en ciento ochenta guerras locales, y después de los interminables terrores de la amenaza nuclear que han marcado el avance del siglo veinte, sólo porque la sensación era de que una confrontación más o menos no iba a significar mucha diferencia.

Cualquiera que fuese la razón, parecería que nadie que escuchó o posteriormente leyó lo que Karol Wojtyla dijo ese día tuvo la menor idea de que él estaba señalando una competencia entre las tres únicas estructuras mundiales de poder con base internacional por la verdadera hegemonía global.,,,

En agosto de 1976 Karol Wojtyla pudo haber sido una figura aislada, al menos para muchos occidentales. Pero dos años después, en octubre de 1978, cuando emergió de la Capilla Sixtina de Roma como el papa Juan Pablo II, el sucesor número 264 del apóstol Pedro, él mismo era la cabeza de la más extensa y profundamente experimentada de las tres potencias globales que se dedicarían, en poco tiempo, a terminar con el sistema de naciones de la política mundial que ha definido a la sociedad humana durante más de mil años.

De hecho, no es demasiado decir que el propósito deliberado del pontificado de Juan Pablo -la máquina que impulsa su gran política papal y que determina sus estrategias día a día, año a año- es salir victorioso de esa competencia, que ahora ya se ha iniciado. Porque es un hecho que las apuestas que ha colocado Juan Pablo en la arena del enfrentamiento geopolítico lo incluyen todo, a él mismo, su persona papal, el antiguo Oficio Apostólico que ahora encarna, y toda su Iglesia universal, tanto como una organización institucional sin paralelo en el mundo cuanto como un cuerpo de creyentes unidos por un lazo de comunión mística.

Los otros dos contendientes en la arena de ésta, "la mayor confrontación histórica que haya experimentado la humanidad", no son adversarios despreciables. Más bien, son los líderes de los poderes seculares más profundamente atrincherados, quienes, en un sentido colectivo, actúan, por su historial, como los autores y actores fundamentales del periodo de la historia que, tan ha sido la peor de las épocas, que la mejor cara que podemos ponerle es decir que no fuimos devorados por el apocalipsis de la Tercera Guerra Mundial, como si eso fuera lo mejor que el hombre pudiera hacer por su semejante.

La primera de estas dos potencias, la Unión Soviética, está ahora conducida por el adversario más interesante de Juan Pablo, eslavo como él. Mijaíl Serguéievich Gorbachov fue un líder tan inesperado e impredecible en la nueva arena del mundo como el propio Karol Wojtyla. Un hombre fornido todavía en su plenitud, clamando desde la oscura ciudad industrial de Privolnoye, en el sudoeste de Rusia, Gorbachov es ahora aquello para lo que fue preparado: el Amo del Estado-Partido marxista-leninista cuyo poder y posición en la comunidad de las naciones fueron construidos sobre setenta años de fratricidio físico y espiritual, realizado en nombre de una visión puramente sociopolítica y una ideología profundamente de este mundo.

El contendiente restante en la competencia por el nuevo orden mundial no es un líder individual exclusivamente de una institución o territorio. Es un

grupo de hombres que están unidos en el poder, la mente y la voluntad como si fueran uno solo, con el propósito de alcanzar una sola meta común: salir victoriosos de la competencia por la nueva hegemonía global.

Aunque el líder público y vocero reconocido de este grupo es el actual presidente norteamericano, los contendientes que componen esta reunión de individuos son norteamericanos y europeos quienes, en conjunto, representan a todas las naciones de la alianza democrática occidental.

Incansablemente globalistas en su visión y en sus actividades, estos individuos operan desde dos principales bases de poder. La primera es la base de poder de las finanzas, la industria y la tecnología. Empresarios por ocupación, los hombres de esta falange se califican a sí mismos, y con frecuencia los demás se refieren a ellos, como transnacionalistas en su visión. Lo que quieren decir con el término "transnacionalista", es que intentan ejercer su carácter empresarial a nivel mundial, y lo están haciendo en forma creciente. Saltando por encima de todas las barreras del lenguaje, la raza, la ideología, el credo, el color y el nacionalismo, ven al mundo, con cierta justificación, como la ostra que contiene todo lo que desean, y las preciadas perlas gemelas que buscan son el desarrollo global y una buena vida para todos.

Los miembros de la segunda falange de este grupo de contendientes globalistas-internacionalistas, como son llamados frecuentemente, traen consigo una invaluable experiencia en el gobierno, en las relaciones interguber namentales y en el aire enrarecido de la política internacional. Se inclinan hacia el desarrollo de relaciones nuevas y cada vez más amplias entre los gobiernos del mundo. Su objetivo es auspiciar una creciente cooperación sobre una base internacional, y hacerlo mediante el mantenimiento de la paz, al mismo tiempo que logran lo que la guerra rara vez ha logrado: el derrumbamiento de todas las antiguas barreras naturales y artificiales entre las naciones.

En la actual competencia por establecer y encabezar un solo gobierno mundial, se puede decir que, para fines prácticos, los transnacionalistas y los internacionalistas actúan como uno solo, constituyen un solo contendien te principal. Los Genuinos Globalistas del Occidente. Ambos grupos son productos por excelencia del sistema del capitalismo democrático. Ambos están tan estrechamente entrelazados en cuanto a sus miembros, que los individuos se mueven fácil y eficazmente de un papel internacionalista a uno transnacionalista, y viceversa. Y no es lo menos importante que, en la confrontación total que se está desarrollando, ambos grupos compartan la misma filosofía sobre la vida humana y su significado final... una filosofía que parece, ante la mirada sorprendida de algunos observadores, estar más cerca de la de Miiaíl Gorbachov que la del papa Juan Pablo.

Hay una gran similitud compartida por estos tres competidores geopolíticos. Cada uno de ellos tiene en la mente un gran designio particular para el gobierno del mundo. De hecho, ahora cada uno de ellos habla casi en los mismos términos usados por Karol Wojtyla durante su visita a Estados Unidos en 1976. Todos pronuncian discursos acerca de un fin del sistema de naciones de nuestra difunta civilización. Su competencia geopolítica se refiere a cuál de los tres formará, dominará y administrará el sistema mundial que remplazará al decadente sistema de naciones.

Hay por lo menos otra similitud entre estos grupos que vale la pena señalar, fundamentalmente porque conduce a malos entendidos y a la confusión. Y es el lenguaje que usa cada grupo para presentar su caso ante el mundo.

Los tres contendientes usan más o menos términos agradables cuando hacen propaganda a sus proyectos individuales para el nuevo orden mundial. Los tres declaran que el hombre y sus necesidades deben ser la medida de lo que lograrán esos proyectos individuales. Los tres hablan de libertad individual y de la liberación del hombre; de la carencia y del hambre; de su dignidad natural; de sus derechos individuales, sociales, políticos y culturales; de la buena vida a la que cada individuo tiene un derecho fundamental.

Debajo de la semejanza del lenguaje, sin embargo, yace una vasta diferencia en el significado y en la intención, e historiales enormemente diferentes con respecto a los logros.

El individuo en el nuevo orden mundial de Gorbachov será alguien cuyas necesidades y derechos están determinados por el gobierno monopolar del marxismo-leninismo. Indudablemente, todos los derechos y libertad y dignidad del individuo deben medirse por lo que necesita el Partido para seguir siendo supremo y permanente.

En el nuevo orden mundial de los Sabios de Occidente -los más poderosos de los Globalistas Genuinos-, los derechos y libertades del individuo estarían basados en el derecho positivo, es decir, en las leyes apro badas por una mayoría de aquellos que tendrán derecho a votar en los diferentes niveles del nuevo sistema de administración gubernamental y organización local. Sin embargo, el gobierno superior estará muy alejado del individuo común.

La dificultad básica para el papa Juan Pablo II en ambos modelos para el nuevo orden mundial es que ninguno de ellos se arraiga en las leyes morales de la conducta humana, reveladas por Dios a través de las enseñanzas de Cristo, tal como propone la Iglesia de Cristo. Es inconmovible en un punto fundamental: ningún sistema asegurará y garantizará los derechos y libertades del individuo si no está basado en esas leyes. Éste es el principio medular del nues· i orden mundial imaginado por el pontífice.

En consecuencia, las similitudes en la retórica pública contribuyen más a enmascarar que a clarificar las profundas diferencias entre los contendientes, y las consecuencias profundamente diferentes que tiene para nosotros

el gran designio que cada uno propone para el ordenamiento de nuestros asuntos humanos.

Los tres están contendiendo por el mismo premio; pero no están trabajando en el vacío de una tierra del nunca jamás. Ninguno de ellos espera que los demás cambien. El señor Gorbachov sabe que sus competidores occidentales no renunciarán a su fundamental igualitarismo democrático ni dejarán de ser capitalistas.

Mientras tanto, los capitalistas saben que Gorbachov es un decidido y convencido leninista, su meta es el "Paraíso de los Trabajadores" marxista... cualquiera sea la forma en que él ahora pueda configurar esa temible utopía.

De manera similar, ninguno de estos contendientes espera que el papa Juan Pablo II renuncie a su óptica cristiana del mundo del hombre ni que deje de ser católico romano en su estrategia geopolítica.

Indudablemente, tan definitiva es la escisión y la diferencia entre los tres, que cada uno se da cuenta que sólo uno de ellos puede finalmente salir victorioso en el juego final del milenio.

Cuando hablaba en 1976 de "una prueba para los dos mil años de cultura y de civilización cristiana", Karol Wojtyla estaba tan consciente como podía estarlo cualquier ser humano de que los soviéticos pre-Gorbachov del Oriente, y los Globalistas del occidente, permanecían congelados en su punto muerto político, económico y militar.

No importaba que el imperio marxista-leninista del Oriente se estuviera deteriorando lentamente hasta el punto de derrumbarse sobre sí mismo, en ruinas.

No importaba que el Occidente estuviera destinado a su monotonía del igualitarismo democrático, decidido a mantener su posición pero sin ningún movimiento posible hacia adelante.

No importaba que innumerables naciones estuvieran atrapadas en las fauces del punto muerto Este-Oeste. Algunos países de Occidente, y la mayoría de los del Tercer Mundo, pagaron el precio de ser desvalidos peones. Se encontraron atrapados en guerras sustitutas, en la hambruna y la necesidad desesperanzada, en complots para desestabilizar los gobiernos y las economías de países y de regiones enteras. Hasta la prisión de naciones enteras no era algo excesivo para soportar.

Contra todo eso, los líderes del Oriente y del Occidente permanecían tozudamente comprometidos en el antiguo ejercicio de la política internacional, reducido a sus términos más groseros: el mantenimiento del statu quo por medio de la constante interacción entre la amenaza y el uso del poder descarado.

Esa inaceptable e insostenible condición mundial era algo que Karol Wojtyla conocía íntimamente. Para cuando fue electo Papa, había trabajado

durante casi treinta años junto al áspero y astuto cardenal de Varsovia, Stefan Wyszynski, un hombre que ganó sus galones como el "Zorro de Europa" al planear y ejecutar la única estrategia geopolítica -la única estrategia exitosa- realizada jamás por una nación oriental satélite contra la Unión Soviética.

Durante todos esos años, los dos hombres de la Iglesia -el cardenal y el futuro Papa- ya pensaban y trabajaban en términos de lo que Wyszynski llamaba las "tres Internacionales". Ése era el término clásico que usaba para hablar sobre los contendientes geopolíticos por el verdadero poder mundial.

Wyszynski acostumbraba decir que sobre la tierra existían solamente tres *Internacionales.* La "Internacional Dorada" era su denominación abreviada de los poderes financieros del mundo, los líderes globalistas, transnacionales e internacionales, del Occidente.

La "Internacional Roja" era, por supuesto, el Estado-Partido marxista-leninista de la Unión Soviética, de la que él y Wojtyla y sus compatriotas tenían una experiencia tan larga y dolorosamente cercana.

El tercer contendiente geopolítico -la Iglesia católica romana-, la "Internacional Negra", estaba destinada, en opinión de Wyszynski, a ser el triunfador final en cualquier enfrentamiento con esos rivales.

Seguramente, un pensamiento semejante le parecería extravagante a gran parte del mundo, incluyendo a gran parte de la jerarquía católica del Vaticano y otras partes. De todos modos, era una opinión que Karol Wojtyla no sólo compartía. Era la que él había contribuido a probar contra los soviéticos y que ahora llevaría al mismo papado.

De acuerdo con la visión que Wojtyla llevó al cargo y al papel del supremo pontífice de la Iglesia católica romana, era impensable que el Este marxista y el Occidente capitalista continuaran determinando el estado de cosas n*cínacional. Era intolerable que el mundo debiera estar congelado en el punto muerto de la confrontación ideológica, humanamente infructuoso y enormemente deshumanizador, unido a la convivencia permisiva que marcaba a todos los tratos entre esas dos fuerzas, sin salida a la vista.

En una jugada que era tan totalmente inesperada en ese momento que fue mal interpretada por la mayoría del mundo -pero una jugada que era característica, en su manifestación, de su independencia con respecto tanto al Este como al Oeste-, el papa Juan Pablo se embarcó sin demora en su juego papal para precipitar el cambio geopolítico.

Afines de la primavera de 1979, hizo una visita oficial, como Papa recién electo, a su tierra natal polaca, dominada por los soviéticos. Allí, les manifestó por igual a los amos del leninismo y del capitalismo que las situaciones nacionales que prevalecían en los satélites soviéticos y el statu quo internacional que prevalecía en el mundo entero, eran superados y trascendidos por ciertos asuntos de una naturaleza verdaderamente geopolítica. Asuntos que definió, una y otra vez, en términos basados exclusiva y sólidamente

sobre principios católicos romanos, mientras los tanques y las armas soviéticas retumbaban y resonaban inútilmente a su alrededor.

Es una muestra de las mentalidades congeladas de aquel momento que pocos en el Occidente comprendieran el enorme salto ejecutado por Juan Pablo en el primero de sus muchos viajes papales. La mayoría de los obsérvadores lo tomó como el regreso de un líder religioso a su amada Polonia, como una visita apostólica emotiva pero por lo demás intrascendente, completa con todo y sermones y ceremonias, y multitudes excitadas y sollozantes.

Sin embargo, un comentarista que escribió en el periódico alemán Frankfurter Zeitung, no sólo interpretó con exactitud el logro papal, sino que también interpretó la intención papal: "A la fórmula actualmente aceptada de la contienda internacional, se le ha sumado un nuevo factor. Es un Papa eslavo. El desequilibrio de nuestro pensamiento ha sido corregido discreta pero decisivamente y, tal como fue, en forma súbita por el surgimiento de Juan Pablo. Porque su persona ha reenfocado la atención internacional alejándola de los dos extremos, Este y Oeste, y dirigiéndola sobre el real centro de cambio, *Mitte%uropa,* el bloque central de naciones europeas".

Prescientemente, así como por un propósito deliberado, el primer paso del pontífice en la arena geopolítica se dirigió hacia el Este, hacia Polonia, la parte sensible de la Unión Soviética. En el análisis geopolítico de Juan Pablo, Europa, del Atlántico a los Urales, es un gigantesco columpio de poder. Europa, desde el Báltico al mar Adriático, es el centro de ese poder. La batalla del Santo Padre era por el control de ese centro.

Por lo tanto, dejando a un lado el comentario y la opinión del mundo, el significado de la incursión de Juan Pablo en Polonia no era meramente que él era un líder religioso. El significado era que él era algo más. Era un Papa geopolítico. Era un eslavo que había venido de una nación que siempre había visto su propio papel y su destino dentro de un marco geopolítico, dentro del gran cuadro de las fuerzas mundiales. Ahora, él había hecho la advertencia de que intentaba tomar y ejercitar efectivamente una vez más el papel internacional que había sido central en la tradición de Roma, y en el propio mandato que los católicos sostenían que Cristo le había conferido a Pedro y a cada uno de sus sucesores.

Durante más de mil quinientos años, Roma había mantenido una mano tan fuerte como era posible en cada comunidad local alrededor del ancho mundo. Aún así, como lo que podía ser ventajoso para un lugar podía ser perjudicial para otro, siempre había sido una práctica esencial para Roma tomar sus decisiones más importantes sobre la premisa de que el bien de la geocomunidad debe tener precedencia sobre todas las ventajas locales. La política internacional podría ser impulsada y regulada de acuerdo con el beneficio que obtendrían ciertos grupos o naciones a costa de otros. Pero la geopolítica apropiadamente conducida debería servir a las necesidades absolutas de toda la sociedad de naciones.

A grandes rasgos, y admitiendo algunas excepciones, ésa había sido la actitud de Roma hasta que las principales potencias seculares del mundo le habían impuesto al papado doscientos años de inactividad. A grandes rasgos, ésa también había sido la actitud polaca, hasta que esas mismas potencias les habían impuesto a los polacos, como nación, unos doscientos años de inexistencia oficial.

La primera señal distintiva de la carrera de Juan Pablo como pontífice fue que arrojara la camisa de fuerza de la inactividad papal en los principales asuntos mundiales.

En su viaje - a Polonia en 1979, apenas ocho_ meses después _de su elección, dio la señal de que se había iniciado el_ juego final del milenio. ~~ onvirtió en el primero de los tres jugadores que entró a la nueva arena geopolítica. - ----,

El mentor de Karol Wojtyla, el cardenal de Varsovia, Wyszynski, acostumbraba decir que "ciertos acontecimientos históricos son deseados por el Señor de la Historia, y tendrán lugar. A otros muchos acontecimientos -en su mayoría menos importantes-, el mismo Señor está bien dispuesto". Permite que los hombres tengan el libre albedrío de elegir entre varias opciones, y él estará de acuerdo con esas elecciones; porque, al final, todas las elecciones humanas serán escogidas como grano para el molino de Dios, que muele lentamente pero siempre muele excesivamente fino.

Desde ese punto de vista fuera de moda, no era de maravillarse que repentinamente, y sin ninguno de esos laboriosos cabildeos mundiales que normalmente rodean tales cuestiones, Karol Wojtyla estuviese colocado a la cabeza de la única institución georreligiosa existente y plenamente operante en el mundo: la organización universal de su Iglesia católica romana.

Desde ese punto de vista, de hecho, era el destino de Karol Wojtyla, como pa pa Juan Pafzló II, ser el primer líder muí dial en tomar una posición cén= tra~l en la arena geopolíticá de la sociedad dé asnáciones en el siglo veinte-. Porque su mespárada supremacía en el liderazgo de la Iglesia católica ni sólo lo puso inmediatamente dentro de la maquinaria de la geopolítica. La inclinación de su mente. su entrenam_iento com osa cerdote_en la Polonia_n_a- z e_n_Rom,al y su trabajo como miembro de la jerarquía católica en la Po-lonia estalinista, todo le proporcionaba las armas más nobles probó los sistemas sociopolíticos más abyectos que el mundo hubiera imaginado. Era uno de los relativamente pocos individuos en una posición de gran poder en el mundo que ya había sido preparado para lo que iba a venir.

Aunque en cierto sentido su nueva vida como pontífice romano era muy pública, otra dimensión de esa vida le daba a Juan Pablo una cierta e invaluable inmunidad a los ojos desconfiados y curiosos. Ese ropaje blanco y ese solideo, ese Anillo del Pescador en su dedo índice, la panoplia de la liturgia papal, los atributos de la vida pontifical, todo ello significaba que la

generalidad de los líderes mundiales, así como la mayoría de observadores y comentaristas, lo verían casi exclusivamente como un líder religioso.

Para Juan Pablo, había algunas ventajas iniciales en esa inmunidad. Por una parte, su notable y nuevo punto de observación era como una ventana política con una sola dirección ante la que podía estar parado, por lo menos durante un tiempo, relativamente sin ser observado a su vez y esencialmente sin que lo molestaran. Con toda la incomparable información de la oficina papal a su disposición, repentinamente podía adiestrar su visión con extraordinaria exactitud sobre toda la escena humana. Podía tamizar todos esos acontecimientos históricos sobre los que Wyszynski había reflexionado. Podía examinarlos en términos de lo que daría resultado políticamente, y de lo que sería inútil. Podía formarse una imagen exacta de las pocas -las muy pocas- tendencias y fuerzas inevitables del mundo que estaban afectando lenta y seguramente, aunque todavía disimuladamente, las vidas y fortunas de las naciones a medida que el mundo se dirigía hacia la década de los 80.

Más aún, podía distinguir claramente a todos los jugadores -los campeones de esas fuerzas inevitables- a medida que emergían y salían al frente en la confrontación del juego final del milenio. Aun antes de que hubiera comenzado la competencia, podía predecir de dónde tendrían que llegar los verdaderos competidores. En términos generales, podía bosquejar dónde estarían parados y en qué dirección planearían moverse. Finalmente, una vez que estuvieran en sus lugares todos los individuos que estarían en ,verdadera y seria contienda -una vez que todos los jugadores tuvieran nombres y rostros, así como ideologías y programas claros-, pensó que simplemente podría juntar las últimas piezas.

Examinando la visión que tenía cada contendiente en relación con las supremas realidades que gobiernan la vida humana, y prestando cuidadosa -tención a los proyectos que ellos diseñaban y perseguían en el mundo ;;Táctico, él se formó una idea suficientemente clara de la clase de geopolíticas que ellos intentarían desplegar, y del nuevo orden mundial que intentarían crear.

En suma, entonces, Karol Wojtyla estaba en una posición priviiegiada, desde la que podía formarse la imagen anticipada más exacta posible de la :cena del Juego final del milenio. Podía evaluar la disposición del terreno, diferenciar las fuerzas básicas de la historia que probablemente estarían actuando en la competencia, mirar en la dirección correcta para descubrir a los posibles campeones de esas fuerzas principales, y tomar en cuenta cuáles podrían ser las probabilidades de éxito de ellos.

Una segunda ventaja que tenía para el papa Juan Pablo la peculiar inmunidad papal de la que gozaba, era que los campeones que él esperaba que ingresaran a la arena del juego final no esperaban qué **él fuera** un contendiente, No supieron interpretarlo a él en los mismos términos geopolíticos que él les aplicaba a ellos. No era visto como una amenaza ni siquiera en esos círculos políticos, culturales y financieros fuera de la Iglesia

católica donde siempre ha habido un permanente temor al "césaro-papismo". Un temor que implicaba una fase sospechosa de ambiciones totalitarias y antidemocráticas en cualquier Papa, quienquiera que pudiera ser. El antiguo pero todavía mantenido temor de que si cualquier Papa romano se saliera con la suya, dañaría o aboliría las libertades democráticas... sobre todo, la libertad de pensar, de experimentar y de desarrollarse políticamente. Parecía no haber temor de Juan Pablo como un César potencial.

véá*IrtEn realidad, sin embargo, la ambición de Juan Pablo llegaba muy lejos. (Tan lejos como su visión de sí mismo como el siervo de Dios que lentamente prepararía a todos los hombres y mujeres, en su condición terrenal, para la salvación eterna en la gloria del Paraíso de Dios, Para muchas mentes, la combinación de tales metas trascendentes con el discernimiento mundano de un astuto geopolítico hubiera sido un escándalo inaceptable_..:

Tal como era, no obstante -y mucho antes de que el globalismo fuera ni siquiera agregado al vocabulario de los altos funcionarios de gobierno y de los poderosos ejecutivos de las corporaciones en todo el mundo; mucho antes de que al mundo le brindaran el espectáculo de Mijaf Gorbachov como el supremo empresario público de deslumbrantes cambios en el panorama político del mundo; mucho antes de que las tendencias globalistas que ahora se dan por sentadas fueran evidentes para la mayoría de los líderes del mundo- este Papa eslavo tuvo un cierto tiempo libre para recorrer la sociedad de las naciones, con una nueva mirada dirigida a un propósito tan antiguo como el propio papado. Con una mirada que no era meramente internacional, sino realmente global. Y con un propósito de desplegar sus planes papales de acuerdo con esos pocos y muy seguros acontecimientos de los que el cardenal Wyszynski había hablado como "deseados por el Señor de la Historia". De acuerdo con esas tendencias que ya estaban moviendo a toda la sociedad de la humanidad en la forma en que los astros se mueven a través de los cielos... de acuerdo con la imponente inevitabilidad de la inquebrantable voluntad de Dios.

Tan claramente como si hubieran sido signos coloreados marcados en un mapa, el papa Juan Pablo reconoció las inevitabilidades de la geopolítica de finales del siglo veinte, que ya fluían como ríos irresistibles a través del panorama del mundo en el otoño de 1978.

La incapacidad de Estados Unidos de mantener su anterior hegemonía mundial era innegable por su claridad. Igualmente clara era la similar incapacidad de la Unión Soviética para retener en su estrecho abrazo a todos los miembros no-naturales de su desgarbado cuerpo. Estos dos factores solos hacían necesario dar una nueva interpretación a los esfuerzos para formar una nueva "Europa". Un alineamiento de poder diferente remplazaría inevitablemente a la antigua alianza occidental que se había integrado con el propósito de contrarrestar la amenaza soviética.

Luego estaba la cuestión de la República Popular China (RPC). Ni el Este soviético ni el Occidente democrático podían permitirse ignorar la importancia de China, pero ninguno había descubierto la llave para abrir su puerta.

Cierto, la Unión Soviética estaba comprometida con la RPC en un tango internacional cuidadosamente planeado y ejecutado -Leonid Brezhnev, de la Unión Soviética, mostraba el rostro más suave de la negociación hacia el igualitarismo democrático, mientras que China se presentaba como el amenazador gigante del marxismo-leninismo de línea dura para espantar al Occidente hacia el corral de Brezhnev.

La alianza democrática estaba interesada en la danza de la détente de Brezhnev, ciertamente. Hasta cie rto punto, era estafada, y hasta cierto punto, veía que servía a sus propios intereses al cooperar con algunas de las propuestas de Brezhnev, los Acuerdos de Helsinki de 1975, por ejemplo, y las negociaciones START (Strategic Arms Reducción Talks- Coriversaciones sobre Reducción de Armas Estratégicas).

Sin embargo, el Occidente no estaba abriendo un camino defensivo hacia la puerta de Moscú. Por el contrario, las democracias occidentales parecían más interesadas en abrir su propio camino hacia Pekín. Usando su mejor arma -la empresarial-, el Occidente se embarcó en una campaña para alterar la ideología del Oriente y del Lejano Oriente con un diluvio de *Know-how* gerencia(y tecnológico, y con la visión, si no con la realidad, de una creciente marea de las buenas cosas de la vida capitalista.

Sumamente interesante desde el punto de vista del fomento del cambio geopolítico en el corto plazo, toda esta actividad enfocada sobre China tuvo un efecto mayor sobre la relación entre la URSS y las naciones occidentales que sobre el liderazgo de la RPC. Porque si China intentaba permanecer esencialmente cerrada, entonces, por lo menos en Lis etapas iniciales del juego final del milenio, Europa Central seguiría siendo lo que siempre había sido: el trampolín indispensable para el poder geopolítico.

Había otra inevitabilidad geopolítica más que Juan Pablo enfrentó al entrar a su pontificado en 1978. Y aunque afectaba directamente a toda Europa y a toda América, así como a todo el imperio soviético, no le preocupaba profundamente a ninguno de los contendientes geopolíticos excepto al Papa polaco. En todos los territorios del mundo que fueron una vez profundamente cristianos, la realidad era que hasta los últimos vestigios de las reglas morales del cristianismo para la vida y la conducta humanas estaban quedando sumergidos por el creciente predominio de una "ética humana" o "sistema de valores" en el manejo y la dirección de todos los asuntos públicos y de la mayoría de los individuales. Durante toda su vida adulta, Karol Wojtyla había vivido en un mundo dominado por tales éticas y sistemas de valores. Polonia había sido enterrada viva durante doscientos años por tales éticas y sistemas de valores. En la mente del papa Juan Pablo no había ninguna duda sobre lo que aguardaba al mundo en semejante clima impío.

En sus rasgos más generales, ésa era esencialmente la situación cuando Juan Pablo decidió viajar a Polonia en 1979. Si Dios estaba con él, usaría a su propia patria -*la plaque tournante* histórica de la Europa central- para alterar el inaceptable *statu quo* de los años de posguerra. Alcanzado esto, delgados chorros de innovación y de experimentación serían la primera señal de que las compuertas del cambio geopolítico se abrirían lentamente.

Aunque ciertos líderes occidentales -de los que Jean Monnet no era sino uno entre muchos- habían estado entusiasmados durante algunas décadas por una idea más bien restringida de una Europa unida comercialmente, fue en realidad la Unión Soviética la que se impresionó primero y más profundamente por el desafío de Juan Pablo de 1979 en Polonia. Dadas las condiciones internas de la URSS, eso no era absolutamente sorprendente.

Al año siguiente, los amos del marxismo-leninismo del Kremlin respondieron al desafío papal dándoles luz verde a los acuerdos alcanzados en Polonia entre los trabajadores de los astilleros de Gdansk y el gobierno estalinista de Varsovia. De esos acuerdos se derivó el nacimiento del sindicato urbano de Solidaridad, seguido al poco tiempo por el sindicato rural de Solidaridad. Eran las primeras gotas de innovación, la primera resquebrajadura experimental de la Cortina de Hierro.

Aunque el experimento fracasó -menos, debe decirse, por la obstinación soviética que por la convivencia occidental y el temor a perder una fuente de ruano de obra barata-, Juan Pablo supo que el tema de la innovación geopolítica ahora estaba presente en las mentes de Moscú. La cuestión sólo aguardaba una aplicación más amplia por parte de un liderazgo soviético crecientemente desesperado por un nuevo alineamiento de fuerzas.

El motivo que empujaba al interés de Moscú por el desafío de Juan Pablo no era la innovación por sí misma, por supuesto. El motor que impulsaba su interés era su dilema -que se volvía más urgente mes a mes- de cómo aliviar las tensiones que amenazaban a la URSS con la implosión económica, sin destruir el esfuerzo soviético dirigido hacia la victoria proletaria final en todo el mundo.

_Por una de esas interesantes coincidencias que a_menuudo _acompañan a las grandes fuerzas de la historia, Mijaíl Go_rb_a_ch_ov ascendió a la jer-árquT de, pó_d_i central soviético el mismo año que Karol Wojtyla_se convirtió en Papa. En 1 9_7_8, bajo la dire cc _ñ·pérsoñaTdéf-fiü í _5écret_ario Ge_neraTdé" Moscú, el ex fe de la KGB Yúrí Añd~ópov, Gorbachov fue nombra 3o secretario de Agricultura Soviética y secreta o-d l Cómite Central (CC) del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS).

Como el protegido íntimo y más confiable de dos líderes supremos soviéticos -Andropov y su sucesor inmediato, Konstantin Chernenko-, el joven Gorbachov trató directamente, y desde el punto de poder más alto, con el estancamiento económico de la URSS, su ineptitud industrial, su

atraso sociopolítico y su deficiencia tecnológica. En el momento en que emergió un Gorbachov plenamente maduro, en 1985, como Secretario General del PCUS y líder supremo del aparato y del imperio soviético, él tenía una clara comprensión de los males internos que plagaban a la Unión Soviética y que amenazaban la revolución mundial marxista-leninista.

Para el papa Juan Pablo, lo más interesante de Mijaíl Gorbachov como Secretario General era que no respondía a esos males de la URSS, potencialmente letales, como lo había hecho cualquiera de sus predecesores. No ignoraba los problemas, por ejemplo, como había hecho Jrushchov en su confidencia doctrinaria y sin imaginación de que el Occidente estaba en sus últimas etapas y se derrumbaría bajo el peso de su propia corrupción. Tampoco continuaba la económicamente insana construcción de la superioridad militar de Moscú, como había hecho Brezhnev, preparándose a tomar el Occidente por asalto si la desesperación conducía en esa dirección.

En cambio, Gorbachov comenzó a hacer el tipo de jugadas que de inmediato lo señaló, en el libro mayor de Juan Pablo, como el campeón geopolítico del Este: el tipo de jugadas que un geopolítico esperaría de otro. Porque empleando formas completamente nuevas, el nuevo líder soviético comenzó a activar el verdadero y hasta entonces desaprovechado potencial geopolítico del Estado-Partido soviético, el otro único aparato global que ya estaba en su lugar mundial, y que podría levantarse y correr con relativa facilidad como rival de la institución georreligiosa católica romana de Juan Pablo.

Rápidamente, se hizo evidente para los analistas del Vaticano que Gorbachov interpretaba los problemas de la Unión Soviética como íntimamente relacionados con las tres áreas fuera de la Unión Soviética, que ya eran el objeto de la atención geopolítica de Juan Pablo.

En un flanco, Gorbachov se enfrentaba al hecho de que Europa Occidental, con Alemania Occidental en su centro, prometía convertirse pronto en una comunidad de trescientos millones de personas con enorme poder económico.

En un segundo flanco, la República Popular de China no sólo aventajaba a la URSS demográficamente, con una población de mil quinientos millones, sino que era más que probable que también lo hiciera tecnológica y eco nómicamente, si la Unión Soviética permanecía estancada económicamente.

Finalmente, un Estados Unidos todavía próspero, con su propia influencia militar incrementada, había renovado el estigma de la inaceptabiliddd internacional contra la Unión Soviética. El epíteto del presidente Reagan, frecuentemente repetido, de "imperio del mal", yacía como una mortaja internacional sobre cada movimiento soviético.

Ésta no era la manera de alcanzar la meta geopolítica leninista. En consecuencia, como el segundo verdadero geopolítico en entrar a la arena del juego final del milenio, Mijaíl Gorbachov inició un nuevo orden del día mundial. Clamando por atención, lanzando centelleantes chispas de dinamismo geopolítico y de puro genio táctico, se estableció en cada nivel importante como progenitor y héroe público de una nueva perspectiva para las naciones.

A un nivel, dirigió una campaña personal de relaciones públicas que debe haber hecho que la Avenida Madison enrojeciera de envidia. Cortejó y se ganó a sus dos enemigos más inexorables y conservadores entre los líderes del Occidente, Ronald Reagan y Margaret Thatcher, de Inglaterra. Cortejó y se ganó a las Naciones Unidas con una actuación llena de bravura, cuya sustancia quedó sumergida en la marea emocional de aceptación que él creó. En viajes sucesivos e incansables, cortejó y se ganó a vastas poblaciones en Estados Unidos, Alemania Occidental, Inglaterra, Francia e Italia, dejando detrás de sí una marea verdaderamente global de gorbimanía.

A otro nivel, mientras tanto -al nivel de la mecánica de la innovación geopolítica-, para 1989, a los cuatro años de su ascensión al liderazgo de la Unión Soviética, Gorbachov había logrado lo que ningún líder soviético anterior a él había pensado hacer jamás, y probablemente no hubiera creído posible. Había obligado al Occidente a hacer un cambio de 180 grados en su política de setenta años hacia la URSS. Forzó al "Grupo de las Siete" naciones europeas a celebrar una reunión seminal precisamente para considerar la presencia y las propuestas de él en el escenario mundial, y luego literalmente asaltó la reunión sin ni siquiera sacar un pie de Moscú. Y, finalmente, forzó a que las importantes reuniones de las naciones europeas de junio y octubre de 1990 trataran cuestiones inauditas. Cuestiones absolutamente vitales para la solución de los problemas de la URSS y para el éxito del marxismo-leninismo. Cuestiones tales como la integración de Europa Oriental, y hasta de algunas partes de la propia Unión Soviética, en la nueva ecuación de poder europea que supuestamente tomará forma a partir de 1992.

Cada movida que hacía Gorbachov, subrayaba para Juan Pablo la completa comprensión que tenía el líder soviético del poder europeo como el primer trampolín de su visión geopolítica; su comprensión de que tal poder yacía en una Europa que fuera del Atlántico a los Urales, y su comprensión de que la bisagra de ese poder reside, como siempre ha sido, en el área de Europa Central desde el Adriático al mar Báltico.

En 1989, en una jugada de ajedrecista notable por su teatralidad y su audacia, e impregnado de la confianza de un maestro del juego, Gorbachov comenzó lo que parecía ser la "liberación" de sus satélites de Europa Oriental. De ese modo, de un solo golpe, logró un inmenso bien para su causa.

Hizo desaparecer la imagen del "imperio del mal" de la vista internacional. Le quitó al armazón exterior de la URSS un insoportable íncubo económico, y en cambio, lo puso sobre el Occidente. Y, lo que no es lo me nos importante, consiguió transformarse a sí mismo y a su liderazgo supremo de la Unión Soviética en el *sine qua non* de la política exterior de las naciones occidentales. El señor Gorbachov tenía que recibir ayuda en toda forma. No debía ser puesto a merced de los "conservadores de línea dura" del

Kremlin. No se puede arriesgar ninguna crítica sincera de su cruel represión del nacionalismo en las inquietas repúblicas soviéticas de Armenia, Georgia y Azerbaiján, por ejemplo; ni de su brutalidad con los estados bálticos de Lituania, Letonia y Estonia. Hasta sus flagrantes violaciones al tratado entre Estados Unidos y la Unión Soviética sobre misiles INF (Intermediate Range Nuclear Forces, -Fuerzas Nucleares de Alcance Intermedio), que nunca antes había estado fuera de los límites de los comentarios y las quejas, fueron pasadas por alto entre el ensordecedor silencio oficial.

La actitud hacia Gorbachov a comienzos de la década del milenio fue resumida clara y hasta líricamente por una carta de un respetable profesor norteamericano de ciencia política, publicada en *The New York Times* el 27 de abril de 1990. "El señor Gorbachov probablemente ha hecho mayores contribuciones al bienestar de la humanidad que ninguna otra figura política de la historia", escribió el profesor Reo M. Christenson de la Universidad Miami, en Ohio. ". . Terminar la guerra fría, revertir la carrera armamentista, liberar a Europa Oriental, introducir reformas democráticas y económicas en la Unión Soviética tan rápidamente como era posible, retirarse de Afganistán y de la mayoría de los puntos en que los soviéticos crearon problemas en las recientes décadas, y mejorar la atmósfera política, constituyen logros sin paralelo. No puedo pensar en ningún estadista en la historia que haya hecho tanto".

Sólo se puede describir el mayor triunfo de Gorbachov como una victoria fenomenal en la fase del juego final del milenio. Porque en los días iniciales de 1990, no sólo los académicos y comentaristas sino virtualmente todos los líderes políticos y empresariales del Occidente, a ambos lados del Atlántico, no sólo estaban considerando, sino hablando y planeando sobre la propuesta de Mijaíl Gorbachov sobre una nueva comunidad "europea", que comprendería alrededor de ochocientos millones de personas y que se extendería hacia el Oeste, desde los patios de ferrocarril de Vladivostok, hasta las playas bañadas de sol de California.

Cualquiera sea el destino geopolítico que finalmente aguarde al gorbachovismo, indudablemente Gorbachov había recogido con entusiasmo el desafío lanzado en Polonia por Juan Pablo. Había hecho más que abrir las compuertas del cambio geopolítico. Había creado una mente nueva en Occidente. O, más precisamente, había hecho que el Occidente adoptara su mentalidad y satisficiera sus necesidades. Había incluido exitosamente a la Unión Soviética en las entrañas mismas de la vida económica y de la maquinaria del nuevo mundo que estaba naciendo. A partir de ahora, el gorbachovismo -y el wojtylismo- serán factores potentes en la activación de la sociedad de las naciones, aun cuando uno o ambos líderes dejen la escena humana o sean derrocados de sus puestos de liderazgo supremo.

Como Papa que es, sería típico que Juan Pablo rezara para que un día Mijaíl

Gorbachov entre a la casa de Dios que construyó Pedro, no porque como leninista codicia la Iglesia romana como la herramienta de poder geopolítico que es, y no porque necesita la cooperación del pontífice como eslavo y su igual geopolítico, sino como un penitente en oración. Gorbachov fue bautizado de niño, después de todo, y era un creyente que iba a la iglesia en su niñez. Quizá no sea demasiado esperar que el líder soviético no sea totalmente insensible a la gracia de su antigua fe.

.4 Como el geopolítico que es, no obstante, Juan Pablo, de manera igualmente típica, no permitiría que esas plegarias y esperanzas, aunque son profundamente genuinas, nublaran o remplazaran su clara comprensión del proyecto que Mijaíl Gorbachov ha formado para el nuevo orden mundial: el proyecto que él y sus colaboradores del Estado-Partido soviético están plenamente confiados que instalarán, como triunfadores en ésta, "la mayor confrontación histórica que ha experimentado la humanidad".

Para Juan Pablo, no hay ningún misterio en el designio de Gorbachov. Es la versión de finales del siglo veinte del viejo "Paraíso de los Trabajadores" de Lenin, pero inteligentemente expurgada de las crudezas y estupideces que obstaculizaban la visión de Lenin. La definición de Lenin de la revolución proletaria, por ejemplo, ha sido extendida para abarcar algo mucho más amplio que las masas de trabajadores. La nueva revolución leninista liberará a todas las personas de la esclavitud y de la insignificancia de la vida cotidiana, incluyendo la insignificancia antes característica del marxismo. Compartirá el terreno con los capitalistas en la solución de los problemas mundiales. Y hará todo eso incansablemente, claramente, sólo por amor al hombre. El hombre se llevará el crédito por todo ello, en la certeza de que el propio hombre es el creador de todas las cosas buenas y agradables.

A nivel geopolítico, el designio gorbachovista para un nuevo orden mundial contempla una situación en la que todos los gobiernos nacionales, como ahora los conocemos, dejarán de existir. Habrá un centro de gobierno localizado en Moscú y dominado exclusivamente por el Partido Comunista del Mundo (PCM). Las estructuras gobernantes de las diferentes naciones estarán llenas de personas designadas por el PCM, y serán reproducciones del PCM en su estructura, aunque no en poder.

Todas las cuestiones militares y de seguridad estarán en manos del PCM y de sus representantes en todas las naciones. Mientras tanto, la geoeconomía del nuevo orden mundial incorporará todas las lecciones prácticas que los comunistas han aprendido de las economías de mercado de las democracias occidentales, pero conservará el principio centralizador del marxismo-leninismo.

El PCM también se hará cargo del sistema cultural de valores del nuevo orden mundial. La religión será abolida. Pero corno el espíritu que hay en el hombre requiere un alimento específico que proporcionaba¡, en el pasado las religiones organizadas, ese alimento continuará como una cuestión de

necesidad práctica. Sin embargo, se asegurará que la columna vertebral del nuevo sistema de valores esté constituida no por el valor de Dios y las cualidades de Dios, sino exclusivamente por el valor humano y las cualidades humanas.

Con esta finalidad, la educación del individuo debe ser un asunto que vaya de la cuna a la tumba. Por una parte, debe haber una revisión y un esfuerzo constantes, durante toda la vida, de la comprensión que tenga el individuo del leninismo puro, con su énfasis en la total dependencia del individuo con respecto a la dirección general del PCM. Por otra parte, un esfuerzo educativo paralelo eliminará todas las ideas sobre los derechos civiles y políticos que en la actualidad se reúnen en torno de la democracia capitalista, fundamentalmente, la idea de que hay ciertos derechos inalienables del ciudadano que son superiores a las necesidades del PCM.

El papa Juan Pablo está consciente de que tal interpretación de la visión geopolítica de Gorbachov para el nuevo orden mundial va en contra de la esperanza retórica actual de Occidente. Retórica que por el momento se contenta con ronronear que la democracia ha ganado por fin su larga batalla con el marxismo-leninismo, que Gorbachov ha visto la luz en la cima de la colina capitalista y está abriéndose camino valerosamente ascendiendo por esa ladera.

A pesar de eso, la realidad tal como la ve Juan Pablo parece inclinarse en otra dirección. Mijaíl Gorbachov le ha dicho directamente al mundo que él es leninista, y que seguirá siendo un leninista. Casi con esas mismas palabras, de hecho, Gorbachov les dijo a los cuadros del PCUS de Moscú, en noviembre de 1989: "Soy un leninista, dedicado a alcanzar las metas del leninismo y la unión leninista mundial de todos los trabajadores bajo la bandera del marxismo". El papa Juan Pablo ha aprendido por una larga experiencia cuándo tomarle la palabra a un líder soviético.

Además, Gorbachov tiene a su disposición la maquinaria global de la estructura leninista para llevar a la práctica su proyecto, y tiene el combustible de una perdurable geoideología que comparten innumerables millones de hombres y mujeres en todo el mundo.

Y finalmente, hasta entre la población mundial que puede no compartir ni interesarse por el ideal marxista-leninista, la visión materialista de la vida, que ha llegado a ser tan dominante, ya ha demostrado que es enteramente compatible en aspectos importantes con el leninismo clásico de Gorbachov, renovado como está a la luz de los acontecimientos históricos posteriores a la época de Lenin.

Mientras tanto, del otro lado de la moneda, dos debilidades principales persiguen a cada movimiento de Gorbachov. Primero, él se mantiene o cae dependiendo del apoyo de la KGB, del apoyo del Cuerpo del Comando Central del Ejército Rojo dentro del supersecreto Consejo de Defensa de la URSS, y del apoyo del Comité Central del PCUS. Los tres son leninistas acérrimos. Él tiene que asegurarse de que sus credenciales leninistas sigan siendo impecables. Porque sin esa troika, el carruaje de la conquista geopolítica de Gorbachov quedaría inmovilizado. Estaría terminado.

Y segundo, no puede, con ningún grado de impunidad, echar por la borda la autoridad centralizada del Estado-Partido. Desprovista de esa autoridad, la URSS ya no tiene razón de existir. Y sin embargo, si quiere triunfar en el juego final, Gorbachov debe construir un puente practicable entre esa organización centralizante y la economía de mercado de estilo occidental, sin la cual su *Perestroika* jamás despegará.

Ambas debilidades le provocan dos preguntas torturantes: ¿cuán lejos es demasiado lejos? ¿Cuán lejos puede ir en la "liberación" de los satélites y de las repúblicas disidentes del Estado-Partido sin violar las exigencias estratégicas de ese Estado-Partido? ¿Hasta dónde puede liberalizar la economía de la URSS sin su conversión de facto en un sistema capitalista, tan repugnante para sus partidarios leninistas?

Desde el punto de vista del papa Juan Pablo, sin embargo, la mayor debilidad del proyecto de Gorbachov para el nuevo orden mundial reside en su negación de la existencia de Dios, en su inconmovible cultivo del hombre como una criatura completa y solamente de la naturaleza y del PCM. Cualquier proyecto basado en un principio semejante es al mismo tiempo inaceptable e impracticable, sostiene el Papa, por una sola razón. Es una cruel negación de las aspiraciones más altas del hombre. Es una violación del instinto más profundo del hombre... adorar a Dios, y de su deseo más profundo. . . vivir eternamente, no morir jamás.

El Papa afirmó abiertamente en Checoslovaquia, durante su visita de abril de 1990: "Ha quedado demostrado que la pretensión de construir un mundo sin Dios es una ilusión... Tal esperanza se ha revelado como una trágica utopía... porque el hombre es incapaz de ser feliz si queda excluida la trascendente relación con Dios".'

j~-'a rc~a

A nrmera vista, parece que los campeones del capitalismo occidental -!os transnacionalistas de América y de Europa- son, con mucho, los arquitectos más efectivos y poderosos de un nuevo orden mundial, por la simple razón de"que su base de poder se apoya sobre los pilares indispensables del dinero y la tecnología.

Dados sus antecedentes y su historia, estos Globalistas del Occidente han desarrollado un designio totalmente diferente del de Gorbachov, tanto para establecer un nuevo orden mundial como para nutrirlo y desarrollarlo una vez que esté en su lugar. Su plan es ampliar el alcance de lo que hacen tan bien: explotar al máximo el capitalismo democrático y el igualitarismo democrático. Ellos dicen que el nuevo orden mundial se desarrollará orgánicamente a partir de la idea fundamental de una democracia de Estado-nación para convertirse en un sistema geopolítico de reglamentación mundial.

El padre de esta versión del nuevo orden mundial será la interdependencia de las naciones. Su madre será ese proceso peculiarmente moderno llamado desarrollo internacional. Las parteras serán el empresario, el banquero, el tecnócrata, el científico y, finalmente, el abogado. Será recibido entre las sábanas estampadas de pactos y acuerdos, coinversiones y fusiones, contratos y convenios y tratados internacionales, firmados y refrendados por el burócrata político, y sellados con el sello de las Naciones Unidas.

Es un tributo a la humanidad geopolítica de Mijaíl Gorbachov que haya una coincidencia casi perfecta entre el marco que ha elegido como método para acercarse a sus metas geopolíticas y el marco adoptado por el presidente Bush y el secretario de Estado James Baker III, como líderes públicos y voceros de los Globalistas del Occidente, transr acionalistas-internacionalistas. Ellos expresan el marco en términos de tres esferas concéntricas de unidad internacional: la Comunidad Económica Europea; la Gran Europa, compuesta por los Estados de Europa Occidental, los ex satélites orientales de la Unión Soviética y la misma URSS, y, finalmente, ambas geopolíticamente soldadas con Estados Unidos.

Nuevamente, como ha hecho Gorbachov, los líderes más influyentes de este grupo globalista, los Sabios de Occidente, han tomado en cuenta las principales fuentes de desequilibrio que deben ser atendidas antes de que se pueda estabilizar su proyecto globalista para un nuevo orden mundial. La ominosa amenaza de una República Popular de China aislada podría ser lo que lo echara a perder, y por lo tanto, debe ser contrarrestada y desviada. Debe reglamentarse el papel de Alemania Occidental -ya poderosa y que ahora se reunificará con su mitad oriental-, para apaciguar los temores de los soviéticos y de la mayoría de los europeos occidentales concernientes a cualquier renacimiento del imperialismo alemán. Y -homenaje de homenajes- debe ayudarse a Mijaíl Gorbachov para que sea capaz de reformar impunemente la estructura económico-política de la Unión Soviética.

Si se pueden remediar estas fuentes principales de desequilibrio, entonces -teniendo el tiempo- este tercer grupo contendiente en el juego final del milenio se ve a sí mismo al alcance de una estructura geopolítica. En realidad, los Globalistas ya se ven a sí mismos en el centro mismo de una transición ordenada -una evolución orgánica- de la divisiva política de la nación-Estado de ayer a un nuevo orden mundial. Más aún, ven todo el proceso como si tuviera la naturaleza de una consecuencia lógica. Su suposición es que el antiguo internacionalismo, aliado con el nuevo transnacionalismo de base capitalista, llevará el igualitarismo democrático a un nivel geopolítico. En resumen, suponen que el nuevo orden mundial será una consecuencia lógica del modo de la política democrática de ayer.

Con esa fácil transición ya visiblemente en camino en todo el mundo, los Globalistas occidentales no sienten que se estén precipitando mucho cuando hablan del futuro premio final. Precisamente sobre el horizonte,

dicen ellos, todavía fuera de la vista pero firmemente supuestas a estar all, esperándonos a todos, se extienden las sonrientes praderas de la abundan cia para todos; y, no mucho más lejos de ellas, se extienden las ondulada! llanuras de la continua perfectibilidad del hombre.

No hay duda de que en la mente de Juan Pablo los Globalistas occidentales son verdaderos y poderosos contendientes en el juego final del milenio, o de que ellos ya están determinando ciertos contornos y aspectos de nuestra vida global. Pero eso no significa negar que en la posición occidental hay debilidades específicas y prácticas de importancia.

De los tres principales contendientes en la lucha por formar un nuevo orden mundial, los capitalistas occidentales son los únicos que todavía deben formar una verdadera estructura geopolítica. En consecuencia, la cuestión más seria que enfrentan es si puede haber en realidad una evolución orgánica del igualitarismo democrático del campo capitalista hacia un modo geopolítico.

En este sentido, seguramente fue la reciente evolución democrática de Europa Oriental lo que impulsó a Francis Fukuyama, un funcionario del Departamento de Estado norteamericano que estudió en Harvard, a argumentar categóricamente que no puede haber una evolución orgánica del igualitarismo democrático hacia algo superior de su misma clase. A argumentar, de hecho, que no hay ninguna evolución posible del pensamiento político más allá de la idea de la democracia liberal.

Tan inflexible es el señor Fukuyama que su opinión equivale a nada menos que a un interdicto. Un argumento serio tomando seriamente que el pensamiento humano, en materia de gobierno democrático, ha alcanzado el límite exterior. Un argumento serio de que si la historia puede definirse no como una serie de acontecimientos, sino como la fuerza viva de ideas nuevas, encarnadas en instituciones políticas adecuadas para servir de vehículo a esas ideas, entonces la historia del igualitarismo democrático ha terminado.

La idea fundamental de la democracia (gobierno de, por y para el pueblo, con sus instituciones subordinadas que garantizan tanto la continuidad en el gobierno como los derechos fundamentales al nivel personal y al nivel cívico de la vida) es inviolable en sus elementos estructurales. Quitemos cualquier elemento -el derecho de voto, digamos, o el derecho de libre asociación- y la estructura entera pierde su integridad. Volquemos la balanza en favor de un brazo institucional -el ejecutivo sobre el legislativo, o el legislativo sobre el judicial- y el sistema ordenado se estropea. Adoptemos sólo una de las condiciones de la democracia -tomemos nuevamente la libre asociación-, o hasta tres o cuatro, y como el señor Gorbachov está aprendiendo actualmente por la vía difícil, no tendremos nada que se parezca al igualitarismo democrático de Estados Unidos o de Gran Bretaña.

La realidad de¡ asunto es, sin embargo, que cualquier estructura geopolítica digna de ese nombre necesitaría un régimen enteramente diferente de derechos y deberes. En un orden realmente mundial, no sería posible reglamentar una elección de altos funcionarios en la misma forma en que lo exige el igualitarismo democrático. Los referéndums generales también serían imposibles.

Tan obvia ha sido esta dificultad -y durante un tiempo mucho más largo de¡ que lleva el señor Fukuyama en el escenario- que desde hace mucho se han preparado guiones de advertencia en el propio campo democrático capitalista. Guiones que muestran con considerable detalle cómo y por qué, en la transición hacia un orden mundial, los diversos procesos de la democracia tendrían que ser la carga de grupos selectos, escogidos a su vez por otros grupos selectos.

Se necesita poca imaginación para ver que una situación semejante no es probable que conduzca al igualitarismo, democrático o lo que sea. Tampoco es probable que conduzca a las amplias llanuras onduladas ni a las sonrientes praderas del contento popular.

Aun cuando sean correctas las más austeras evaluaciones de la estructura global que probablemente salga de¡ proyecto capitalista, ésa no es la única debilidad que enfrenta el Occidente. Absortas como están por vencer en la competencia, las democracias occidentales tienden a ocultarse a sí mismas dos problemas adicionales que son de primordial importancia en la evaluación que hace Juan Pablo de sus probabilidades de éxito.

El primero es el problema del tiempo. En el momento actual no hay una estructura geopolítica -o siquiera el modelo para dicha estructura- propia del igualitarismo democrático o nacida de sus propios principios sociopolíticos. Muy aparte de¡ rígido interdicto de Fukuyama, que indica que tal elaboración de! •~:_3~~tarismo democrático es ahora imposible, no parece haber ningún tiempo d!sporlible para que los campeones de la democracia occider.n; inter—n hacer esa elaboración. La rapidez y urgencia de los aconteci;nientos, unidas a la continua preparación geopolítica del gorbachovismo, no concede tiempo libre para la experimentación cautelosa. Un nuevo orden mundial está prácticamente encima nuestro, exigiendo una estructura geopolítica en el aquí y ahora inmediatos.

E! segundo es el problema de la moralidad: de una base moral como las amarras necesarias para cualquier sistema de gobierno, sea nacional o global. En sí y de sí mismo, el capitalismo no tiene, ni lo requiere para su funcionamiento específico, ningún precepto moral ni código de moralidad. Lo que actualmente pasa por esa base moral no es nada más que exigencia moral; las necesidades urgentes que exigen una acción inmediata reciben respuesta caso por caso.

Hablando en el Castillo de Praga el 21 de abril de 1990, Juan Pablo fue muy claro en su advertencia a los checoslovacos recién liberados de que, al librarse del comunismo, no debían remplazarlo con "el secularismo, la indiferencia, el consumismo hedonístico, el materialismo práctico y también el ateísmo formal que plagan al Occidente".

Juan Pablo ya ve que las exigencias impuestas por Gorbachov y el gorbachovismo sobre las democracias occidentales pueden evocar, y evocan en ellas, el mismo tipo de crueldad y de falta de compasión que los soviéticos han exhibido largo tiempo como conducta cotidiana. Él ya ha visto, por ejemplo, la actitud de Estados Unidos ante las violaciones y el genocidio en el Tíbet, ante la cruel opresión de la democracia en Myanmar (antes Birmania) y en la RPC, ante el genocidio perpetrado por los indonesios contra los de Timor Oriental, y ante la guerra de exterminio que Hafez Assad de Siria ha lanzado contra las comunidades cristianas de su tierra.

Por lo tanto, es suficientemente evidente, por lo menos para él papa Juan Pablo, que mientras Mijaíl Gorbachov elabora su posición ideológica dentro de la nueva arquitectura de Europa, las principales tendencias de la nueva sociedad global comienzan a tomar el color del designio marxista-leninista de Gorbachov.

Dicho de otra manera, es suficientemente evidente que, si hasta hoy el mayor triunfo geopolítico de Gorbachov ha sido la creación de una nueva mentalidad en el Occidente, que es compatible con su gran proyecto leninista para el nuevo orden mundial, entonces la consecuente debilidad del designio capitalista reside en el hecho de que los Globalistas occidentales piensan que ellos están al mando de las fuerzas de cambio.

Es verdad que hay poca pelea entre Gorbachov y los capitalistas acerca de la necesidad que ambos ven de llenar nuestros estómagos con comida fresca, y nuestras mentes con conocimientos frescos, y nuestro mundo con aire y agua frescos.

Sin embargo, la dificultad llega con la condición leninista, incrustada en el gorbachovismo, de que jamás debemos repetir el famoso grito del filósofo alemán Martin Heidegger: "Sé que sólo Dios puede salvarnos".

Aun concediéndoles a los Globalistas occidentales el tiempo necesario para lograr su designio mundial, las cuestiones de la estructura y del apuntalamiento moral llevan, por lo tanto, al papa Juan Pablo y a muchos otros, a anticipar cuál será el efecto total del modelo globalista occidental sobre la sociedad de las naciones.

A pesar de las buenas intenciones, uno puede prever la muerte del igualitarismo democrático tal como lo hemos conocido. Uno puede predecir el ascenso de enormes burocracias para gobernar cada fase del desarrollo cívico. Uno puede esperar la inserción del elemento estatista en todas las fases de la vida privada, y la lenta eliminación de la compasión, del buen gusto, del fantástico optimismo que ha hecho a la humanidad aventurarse en este cosmos, y, finalmente, de la propia verdad como la regla básica de la mente humana en su búsqueda del conocimiento.

Desgraciadamente para todos nosotros, no se aprende rápidamente la lección de que en este nuevo plano globalista, una vez que se establece una

estructura geopolítica, se ponen al mando fuerzas poderosas que son difíciles de cambiar. Como ya ha observado el nuevo líder de Checoslovaquia, Vaclav Havel: "En los decretos organizativos, es verdaderamente difícil encontrar a ese Dios que es el único que puede salvarnos".

El mundo contemporáneo sobre el que el papa Juan Pablo lanza su mirada comprensiva, no es un lugar ordenado. Está abarrotado de todo tipo de grupos, grandes y pequeños, capaces de dirigir una mayor o menor publicidad, todos manifestando sus propias pretensiones globalistas.

De hecho, muchos de esos grupos ya habían reclamado un lugar en la escena mundial mucho antes de que Karol Wojtyla ocupara su propia posición en la arena geopolítica como Papa Algunos grupos fueron inspirados por la creación de las Naciones Unidas. Otros, a quienes les disgustaba la institución, propusieron su propia forma de globalismo. Otros grupos más, antiguos y modernos, elaboraron extensos planes en nombre de alguna creencia religiosa o de alguna filosofía acerca de la vida humana.

Común a todos estos aspirantes a contendientes globalistas es el hecho que, por sí mismos, carecen hasta de los instrumentos más básicos para una contienda geopolítica práctica. No tienen una organización extensa, articulada, y ni siquiera los medios para abarcar a todas las naciones, mucho menos el poder de encarrilar al mundo en la forma de vida globalista de su elección.

Algunos de estos grupos simplemente han decidido soportar su propia impotencia geopolítica, en la creencia de que algún día, de algún modo, lograrán un status global y una capacidad a la medida de sus ambiciones.

De interés fundamental para Juan Pablo, en términos de la influencia que tienen actualmente, sin embargo, son ciertos grupos más audaces, que planean conseguir un viaje hacia el status y la supremacía globales trepándose a cualquier vehículo que parece dirigirse en esa dirección.

En particular, ésos son los miles de grupos de la Nueva Era que hay en nuestro medio. Y tales son, también, los así llamados Mega-religiosos, aquellos que están persuadidos, y que trabajan para persuadirnos a todos nosotros, que todas las religiones del mundo se están fundiendo en una megarreligión de la humanidad que alcanza a todo el globo.

Los miembros y voceros de ambos grupos se ponen poéticos acerca de su visión. En su gran proyecto imaginario, el nuevo orden mundial será un gran Templo del Entendimiento Humano. La verdadera casa global de todas las naciones todavía resonará con los lenguajes de cada raza y cada tribu, pero todos estarán armonizados en uno. Su Templo del Entendimiento Humano estará techado con la lealtad omnicomprensiva hacia el bien común. Sus paredes estarán decoradas con los iconos de los nuevos valores: paz, salud, respeto por la Tierra y devoción al medio ambiente. Pero por encima de todo, estará el gran icono del Entendimiento. La divinidad que exista será aceptada como encarnada en el hombre; la divinidad de, para y por -y no sólo dentro de- la humanidad. Todas las otras formas y conceptos de divinidad se derretirán, ya se están derritiendo, fusionándose suave e irresistiblemente en el Entendimiento del propio poder divino e inherente a la humanidad de dar forma a su propio destino.

Para Juan Pablo, el interés principal de estos grupos es que se pasan los días sangrando el poder geopolítico de los demás. Decididos a predisponer tantas mentes como sea posible a la tarea de alcanzar el cielo en la tierra, han desarrollado la infiltración hasta convertirla en un arte superior. Parecidos a los camaleones, se los encuentra tostándose al sol en la cima del poder en todas partes del Occidente, en consejos de administración transnacionalistas y burocracias internacionalistas, en las jerarquías de las iglesias católica romana, ortodoxa y otras iglesias cristianas, en los principales enclaves judíos e islámicos que ya están dedicados a la completa occidentalización de la cultura y de la civilización.

Ni los de la Nueva Era ni los Megarreligiosos son, finalmente, menos desvalidos que cualquiera de los muchos pretendientes que se amontonan en los bordes de la arena, en la que el juego final del milenio ya se ha transformado en un juego de poder... poder entendido, poder poseído y poder ejercido.

Acosados por imágenes de grandeza e ilusiones de un futuro geopolítico favorable para ellos, los de la Nueva Era y Megarreligiosos no sólo carecen de una geoestructura. Deben ir mendigando trocitos de georreligión y pedazos de geoideología, y están totalmente desprovistos de un geomarco-mental realista y redondeado.

El efecto importante de estos soñadores globalistas en la contienda geopolítica, es el peso que suman a las fuerzas ya decididas a disponer al mundo hacia la idea de una utopía terrenal, alejándolo de todo conocimiento de la verdad trascendental de un Dios amante que, como está convencido Juan Pablo, tiene reservado un designio muy diferente de cualquiera que ellos sean capaces de imaginar.

Entre los contendientes fundamentales que dominan los movimientos económicos y políticos para formar y controlar el nuevo orden mundial, el papa Juan Pablo permanece aparte en varios sentidos.

Primero, él es único de los tres cuya visión dél gran designio para ese orden mundial ha padecido una abrupta revisión del más serio carácter. Y que, desde el primer momento de su ascensión al poder, ha enfrentadc un esfuerzo concertado interno de su propia organización; en realidad, por parte de algunos de los miembros de su jerarquía que detentan más poder para disputarle su total estructura georreligiosa y geopolítica de su control como pontífice. Un esfuerzo atrincherado para quitarle las Llaves a Pedro, y para dividir los despojos del poder que reside únicamente en su autoridad.

En contraste, y a pesar de todo el genio de Mijaíl Gorbachov como geopolítico innovador e imaginativo, el líder soviético es el heredero de una mentalidad y de una organización que permanecen comprometidas con la ideología y las metas leninistas, como sea que se vayan a alcanzar. Y, a pesar de todas sus dificultades al tratar de timonear a la Unión Soviética hacia el río del progreso de Europa Occidental -evitando naufragar, lo mejor que puede, contra la roca de la línea dura estalinista, al mismo tiempo que maniobra alrededor del difícil lugar de la implosión y desintegración del sistema leninista-, nunca ha estado a merced de fuerzas de adentro de su propia casa que claman por un resultado final que sea diferente al mismo que él persigue. Ni los problemas que enfrenta Gorbachov, ni los medios audaces y sin precedentes que ha adoptado para superar esos problemas, le proporcionan a Juan Pablo una evidencia realista y persuasiva de que la visión de Gorbachov del gran designio final está en contradicción, ya sea con la visión seminal de Lenin o con los objetivos de los elementos más poderosos de su propio partido. La pelea en la URSS no es sobre el fin que debe desearse, sino sobre los medios para alcanzar ese fin.

De la misma manera, los Sabios de Occidente proceden con la misma esperanza que siempre han compartido, de que su espíritu animador será suficiente para propagar el igualitarismo democrático a una estructura geo política coherente, y no irrrportan los contradictores. Son como uno solo en su intento por desmentir la máxima medieval: "La esperanza es una buena compañera, pero una mala guía". Hasta el hecho de que hayan sido forzados por Gorbachov a hacer una profunda revisión de sus planes anteriores no es un cambio revolucionario en sí mismo, porque con la mayor frecuencia ha sido cierto, durante los últimos setenta años, que el,liderazgo soviético ha sido el agente activo en los asuntos internacionales, y que el Occidente ha aprovechado su papel como poderoso agente reactivo. En el Occidente puede haber tantas opiniones como hay en la Unión Soviética sobre el camino a seguir en cualquier situación específica. Pero acerca del resultado final que se desea y se busca, no hay desunión fundamental. Por lo menos en ese sentido, el Occidente no es una casa que está irreparablemente dividida.

Cuando Juan Pablo se lanzó al juego final del milenio -cuando lo inició-, todas sus jugadas estaban ligadas a su visión clara, pero decididamente de largo alcance, de que podría sustituir los planes tanto de Oriente como de Occidente; y más, que podría influenciar y finalmente suplantar esos planes de las superpotencias con algún sistema que ya no ligara la condición del mundo entero a los barómetros del éxito de Moscú y de Washington, sino a las necesidades legítimas y absolutas de la humanidad entera.

Aunque alguno de los líderes mundiales de 1978 y de 1979 hubiera sabido lo que Juan Pablo tenía en su mente en relación con ellos, ninguno se hubiera aventurado a suponer que la Europa Central, semillero de la política y de las guerras del siglo diecinueve, se transformaría en la arena real de la contienda por la hegemonía mundial de fines del siglo veinte. Porque, en efecto, esos líderes aceptaban la Cortina de Hierro como un elemento permanente de la vida internacional, como una especie de centro confiable con el que podían contar mientras ellos avanzaban con sus contenciosas agendas.

La mayoría esperaba que Estados Unidos, Europa Occidental y Japón continuarían como los gigantes trilaterales de su campo. Los propios gigantes esperaban que, con el tiempo, serían capaces de tejer y extender una red de cambio profundo en las condiciones de vida en todo el mundo. Se esperaba que, con el tiempo, un cambio tan profundo conduciría a la creación de una casa geopolítica en la que la sociedad de las naciones viviría feliz para siempre. Mas, se esperaba que, con el tiempo, a medida que el Occidente construyera la estructura de un mundo nuevo sobre los cimientos de su destreza tecnológica, comercial y desarrollista, simultáneamente agotaría a la Unión Soviética hasta rendirla con estos mismos medios.

El programa de Juan Pablo estaba resuelto a barrer todos esos planes y hacerlos a un lado. El sufrimiento causado por la división Este-Oeste era demasiado intenso -demasiado urgente y demasiado extenso- como para ser aceptable como el centro permanente o el elemento confiable de los planes de cualquiera. Por lo tanto, llegó al papado con la certeza de saber que el antiguo orden debía desaparecer.

Más aún, la propia certeza del Santo Padre de que el centro de cambio debía estar dentro de Europa Oriental no era mero capricho o terquedad o deseo personal. Ni siquiera era suerte o intuición ineducada. Estaba basado en la cuidadosa penetración de lo que el Occidente había considerado largo tiempo como el enigma soviético. Estaba enraizado en los hechos de una inteligencia práctica, hechos que analizaba sin el impedimento de una ideología enraizada en los motivos del lucro o seducida por el canto de la sirena del crudo poder.

En consecuencia, el papa Juan Pablo no se sorprendió por su temprana victoria en Polonia, en 1979. Tampoco lo sorprendió que no fuera el Occidente, sino la Unión Soviética -el constante catalizador de los asuntos del siglo veinte- quien viera su ventaja en el desplazamiento del centro de la actividad significativa, alejándolo de la agenda que había sido fijada por los aliados trilaterales para su propia ventaja, y hacia Europa Oriental, donde la URSS necesitaba soluciones rápidas para problemas graves.

Tal como lo planeó entonces, primero introduciría alteraciones paso a paso, cuidadosamente equilibradas, en las fuerzas socioculturales ya profundamente activas en Polonia, no como una entidad gubernamental, sino como una nación de personas. Su objetivo era proporcionar un modelo que la Unión Soviética podría seguir para aliviar las crecientes presiones que asediaban a los Politburós de Varsovia y de Moscú; y hacerlo sin espantar-

los en las áreas de su seguridad militar y de dominio político en ese sector clave de Europa Oriental.

Con ese delicado propósito en su mente, y con la cooperación local del cardenal Wyszynski y su jerarquía polaca, quienes ya eran maestros consumados en tal actividad, el primer instrumento que el Papa fomentó -Solidaridad- fue ideado pura y simplemente como un modelo de libertad sociocultural. Inequívocamente, no pidió ni quiso para Solidaridad un papel político, ni imaginó para él ninguna acción que pudiera precipitar una réplica militar o de seguridad inspirada por los soviéticos.

El modelo sociocultural no era, en sí mismo, una idea original. Se remontaba por lo menos hasta el argumento expuesto por Tomás de Aquino, hace setecientos años, en el sentido de que los dos amores seminales e inerradicables de cualquier ser humano son el amor a Dios y el amor al país nativo de ino, y, más aún, que éstos sólo pueden vivir y florecer dentro del marco de un nacionalismo religioso.

Por lo tanto, la mayor significación de Solidaridad sería su función como un moderno laboratorio de libertad sociocultural, arraigada entera y suficientemente en el nacionalismo religioso. Si lograba un éxito total, sería un importante nuevo ingrediente introducido en la masa de los asuntos internacionales, que produciría una lenta fermentación de la mente materialista que dominaba tanto al Este como al Oeste.

Sin embargo, aun sin un éxito total, Solidaridad sería un campo de batalla incruento para hacer una elección que Juan Pablo estaba seguro que tendría que hacerse. Una elección, por una parte, en favor del nacionalismo religioso sociocultural defendido en Polonia por el mentor del pontífice, Stefan Cardenal Wyszynski, y apoyado en la propia Unión Soviética primero por Aleksandr Solzhenitsyn, y más recientemente por Igor Shafarevich. O, inversamente, una elección por el modelo sociopolítico opuesto, personificado en la Unión Soviética principalmente por Andrei Sakharov, y en Polonia por los dos conocidos activistas Adam Michnik y Jacek Kuron: un modelo totalmente basado en el ideal occidental del igualitarismo democrático.

Hasta cierto punto, entonces, Solidaridad fue la primera arena internacional en la cual hizo su debut la temprana idea de Juan Pablo -su temprana visión, si lo desean, del nacionalismo religioso como el vehículo para la libertad sociocultural-, presentándose en el territorio hostil de la Unión Soviética, y al mismo tiempo poniéndose frente a frente con la premisa básica de la superpotencia capitalista.

Solidaridad sola no sería suficiente, por supuesto. Ei derretimiento del iceberg soviético de intransigencia materialista, anti-Iglesia y anti-Dios, sería un intrincado tema de la política papal que, tal como Juan Pablo veía el asunto en 1979, él iniciaría. Pero continuaría en otro pontificado después que él mismo se hubiera unido a sus predecesores en la cripta papal debajo del altar de la Basílica de San Pedro.

Aunque el tiempo no era el factor fundamental para el Papa en aquellos primeros años de su reinado, aún así no desperdició ni un momento para trazar las líneas generales de su nueva política con respecto a la URSS. Y la manera en la que procedió fue ilustrativa en relación con su enfoque **total de la política vaticana.**

La política hacia la Unión Soviética iniciada en 1959-60 por el papa Juan XXIII, y posteriormente elaborada entre 1963 y 1978 hasta convertirse en la conocida Ostpolitik del Vaticano bajo el papa Paulo VI, presentaba a Juan Pablo un problema práctico. Porque, básicamente, era la misma política de contención que habían adoptado las potencias occidentales hacia la URSS de Joseph Stalin en los cuarentas, y que habían seguido desde entonces. Su esencia era contener la agresión soviética, reaccionar a los movimientos soviéticos y esperar alguna evolución favorable dentro del sistema soviético.

Cualesquiera que fuesen los resultados de semejante Ostpolitik para la democracia capitalista, era una política estéril para la religión y para la Iglesia. Prometía solamente el martirio silencioso en medio de la lenta ero sión de toda tradición religiosa bajo las constantes presiones de una antirreligión profesional. Era un túnel aparentemente pe-petuo sin una luz al final, meramente lleno de la oscuridad invasora de la difusión del ateísmo.

De todos modos, el papa Juan Pablo dejó en Taro que no abrogaría las políticas de sus predecesores. Hablando prácticamente, en cualquier caso, hacerlo hubiera sido difícil y hasta contraproducente, porque ya se habían firmado protocolos diplomáticos con algunos países del este de Europa y otros estaban en camino.

Para Juan Pablo, la solución residía en el hecho de que no había nada en la Ostpolitik del Vaticano, y nada en los protocolos vaticanos, que le impidiera intentar un movimiento de flanco alrededor del Estado-Partido soviético. Precisamente en una jugada así, el nuevo Santo Padre se dedicó a construir lazos más y más estrechos con la Iglesia ortodoxa rusa y con la ortodoxia oriental en general.

Este movimiento del flanco papal incluía ciertas jugadas abiertas: Juan Pablo visitó el centro ortodoxo griego en Estambul, por ejemplo, y recibió, y abiertamente favoreció, las visitas al Vaticano por parte de prelados orto doxos. Pero también había constantes jugadas encubiertas que se originaban en Polonia e irradiaban hacia las partes occidentales de la URSS, jugadas que fomentaban un lazo religioso común entre los católicos romanos de Europa Oriental y las comunidades ortodoxas rusas.

Historiadores futuros, con acceso a los archivos hoy inaccesibles, documentarán los éxitos de las políticas de flanco de Juan Pablo y de su premisa básica. Ahora es suficiente decir que, a pesar de la prostitución oficial de la Iglesia ortodoxa rusa en favor de las políticas ideológicas del Estado-Partido, los esfuerzos de Juan Pablo alimentaron dentro de esa iglesia un núcleo genuinamente cristiano de prelados y de personas ansiosas, de una vez por todas, por reingresar a la corriente central del cristianismo europeo tal como

lo defendía la Roma papal; y también ansiosas por renunciar al papel de siervos del Estado-Partido soviético en el fomento de la revolución mundial, aceptado hacía tiempo por las autoridades de la Iglesia ortodoxa rusa.

A comienzos de los ochentas, cerca de la mitad de los prelados ortodoxos ya estaban secretamente preparados a colocarse bajo la unidad eclesial del Papa romano, si se presentaba la oportunidad. Dentro de la Iglesia ortodoxa rusa se había producido una fermentación sociocultural. Mientras que la Ostpolitik oficial del Vaticano permanecía inalterada, se estaba efectuando un profundo cambio cultural encubierto dentro del cuerpo de creyentes rusos ortodoxos, que a largo plazo podría llevar -como lo hacen todos los cambios culturales profundos- al cambio sociopolítico.

Otro factor con el que contaba el Papa mientras trabajaba para su nueva política de estimular el cambio en la Unión Soviética, era la revolución informativa que tenía lugar en todo el mundo. Lanzada en Occidente, y produciendo ya una invasión global de conocimiento práctico en el terreno del entrelazamiento internacional y del desarrollo, éste no era un factor que estuviera bajo el control de Juan Pablo. Pero sólo podía trabajar como carne y uña con el cambio sociocultural, tan esencial para su estrategia en la Unión Soviética. Porque la revolución informativa inevitablemente significaría el alborear, en las mentes de los ciudadanos soviéticos, de la verdad fáctica acerca de las cosas. Verdad fáctica sobre la historia pasada, por una parte, y sobre las actuales condiciones económicas y sociales en el mundo. El tipo de verdad que ayudaría a esos ciudadanos de las sombrías fatigas de la Gran Mentira impuesta sobre ellos por el Estado-Partido.

Juan Pablo alcanzó algunos éxitos notables en la dinámica persecución de sus políticas independientes para sembrar las semillas del cambio sociocultural en el suelo geopolítico del Este. Sin duda, su asalto al monolito soviético fue clave para la liberación de los Estados de Europa Oriental en 1989. Y en 1990 -casi de la noche a la mañana, como les pareció a quienes no estaban atentos-, bloques enteros de creyentes rusos votaron por la vuelta al redil católico romano de sí mismos y de la propiedad de su Iglesia.

Sin embargo, éste no era un Papa para empresas tímidas, ni para una política internacional tímida. Su movimiento de flanco alrededor de la burocracia no era un gambito religioso, sino una estrategia geopolítica, y por lo tanto, iba unido a una política gemela hacia el Occidente. En otras palabras, su prgocupación no sólo era producir un cambio en la política de lo que el carde¿al Wyszynski siempre había llamado la *Internacional Roja* de la URSS, Por lo menos dedicaba la misma atención, y mucho más de su energía física, a lograr un cambio en la postura crecientemente materialista, anti-19 esta y anti-Dios de la *Internacional Dorada* de las naciones capitalistas occidentales.

A =se respecto, fue significativo que el experimento de Solidaridad, con el que el Papa estaba tan profundamente involucrado en su tierra polaca, encendería rápidamente la imaginación popular y la profunda preocupación

de todas las mentes verdaderamente democráticas de las naciones occidentales. Pero loSefectos más profundos y más amplios de la política de Juan Pablo se produjeron en Occidente, como una consecuencia directa de las entrecruzadas líneas de sus viajes mundiales. Por esos viajes alcanzó un alto perfil internacional, hizo que sis ideas fueran moneda corriente entre los líderes mundiales, y en los países que eran campo de batalla entre Oriente y occidente, pudo yuxtaponer esas ideas, persuasivamente, a las ideas marxistas-leninistas. En breve tiempo, se hizo tan evidente que el papa Juan Pablo había tomado su lugar debido entre los líderes de las naciones, que hasta Estados Unidos restableció las relaciones diplomáticas formales entre Washington y el Vaticano, después de más de cien años de una actitud que pasaba por urja política, una actitud considerada por algunos como "Fuera manos de esta papa caliente política".

Al mismo tiempo que estaba haciendo semejante avance geopolítico, sin embargo -y a pesar del urgente consejo de algunos de sus consejeros más confiables y ciertamente más leales, así como de un creciente grito de angustia de los creyentes comunes, que estaban sujetos a extraordinarias exhibiciones de a-catolicismo entre obispos, cleros y religiosos en todo el mundo-, el pontífice descuidó casi totalmente lo que muchos argumentaban que era su problema y responsabilidad fundamentales. Aplazó indefinidamente cualquier intento de reformar su propia Iglesia, o siquiera de detener el acelerado deterioro de su integridad universal.

Lo sorprendente era que ésta no era una negligencia en el cargo ocasionado por el calor de su agenda geopolítica. Como en el caso de su decisión de no abrogar la *Ostpolitik* formal vaticana, era una decisión consciente de parte del pontífice. En realidad, ya en 1980, Juan Pablo fue franco al declarar que en esa etapa de su pontificado era imposible una reforma de su Iglesia que se deterioraba rápidamente, o un intento de detener ese deterioro. En su escala de valores papales, la geopolítica del poder tomó precedencia sobre la geopolítica de la fe. La reforma de su institución eclesiástica sería transportada sobre el cambio global que él estaba persiguiendo con tanta inteligencia y vigor.

Esencialmente, ésos eran la agenda y el clima en el Vaticano del papa Juan Pablo II durante los dos primeros años y medio de su pontificado. Revolucionaria como era su visión geopolítica, estaba armonizada con nada más sorprendente que una educada comprensión de los asuntos humanos, e iba superpuesta a ella. Como los Sabios del Occidente, en cierto sentido daba el tiempo por sentado. Permanecía cómodo en el convencimiento de que el giro del viejo internacionalismo a un globalismo verdaderamente geopolítico sería un cambio gradual: que vendría de la mano de lentos y laboriosos cambios históricos. Suponía que, a medida que los cambios graduales que él estaba sembrando dentro de la geopolítica del poder dieran más y más frutos, así también emergería la preeminencia de la geopolítica de la fe.

Nada, sino el más rudo golpe de la realidad final -de la vida y la muerte y la ineludible voluntad de Dios- cambiaría esa mentalidad#

En cierto momento del 13 de mayo de 1981, durante una audiencia papal al aire libre en la Plaza de San Pedro, ante la presencia de alrededor de 75,000 personas y ante los ojos de televidentes estimados en once millones, el papa Juan Pablo divisó a una niñita que llevaba una estampita de la madre de Cristo como Nuestra Señora de Fátima. Precisamente cuando se inclinó desde su lento "papamóvil" en un gesto espontáneo hacia la niña, el asesino a sueldo Mehmet Alí Agca disparó dos balas, dirigidas precisamente adonde había estado su cabeza. Mientras dos peregrinos caían al suelo, heridos, salieron dos disparos más, y esta vez la sangre de Juan Pablo manchó su blanca sotana papal.

A pesar de lo robusto que era, se necesitaron seis meses de dolorosa convalecencia para que el Papa se recuperara. Durante ese periodo tuvo la fuerza y la nobleza de alma de recibir en audiencia privada a la apenada madre de su asesino turco. Motivado por el amor de Cristo, y por ese antiguo principio de los hombres poderosos de "conocer a tu enemigo", también fue a ver a Alí Agca a su celda de la prisión. En una intimidad casi confesional, Juan Pablo conversó con el hombre que conocía al enemigo que había comisionado una profanación tan horripilante.

El atentado contra Juan Pablo conmovió al mundo como un acto planeado de supremo sacrilegio. Sin embargo, en su intención inmediata, ese acto sumamente vil no tenía significado religioso. Porque fue un acto cometido contra el Papa no como líder religioso, sino como un geopolítico que estaba en el camino al éxito. La ira que había hervido hasta convertirse en furia homicida, y que por medio del control más remoto y más encubierto había guiado ese día a los actos de Alí Agca, era la ira de importantes intereses hegemónicos separados de la Plaza de San Pedro por enormes distancias de tierra y agua. Intereses que no estaban dispuestos a ver que este Papa reintrodujera a la Santa Sede como una fuerza independiente e incontrolablé en los asuntos internacionales.

Los éxitos de Juan Pablo en Polonia ya habían perjudicado alianzas que se suponían inviolables. A medida que había ampliado el ámbito de su atención y de sus energías, se había mostrado consistentemente como un líder cap z de llevar a la práctica su intención de moldear los acontecimientos, y de eterminar el éxito o el fracaso de las políticas seculares para el nuevo ord n mundial. No había iniciado el nuevo juego de las naciones por casualida como algunos habían pensado originalmente. No era alguna Alicia pa al que por descuido había caído por una conejera geopolítica para pregu zarse después dónde había aterrizado. Era un contendiente por el poder lo un propósito, que proyectaba una sombra que ya bloqueaba la luz del ex¡ ante los ojos de algunos que tenían planes diametralmente opuestos

para el futuro geopolítico de la sociedad de las naciones. Mejor, entonces, enviar esa sombra a las abyectas oscuridades de la muerte en el resplandor del sol italiano a mediodía.

Dado el hecho de que el intento de asesinarlo era en sí mismo un símbolo de su éxito geopolítico, no había razón terrenal para esperar que Juan Pablo cambiara su visión del nuevo orden mundial ni su agenda para influenciarlo. Sin embargo, no le pasó desapercibido que el atentado contra su vida había tenido lugar el 13 de mayo. Ni de que una serie de acontecimientos sobrenaturales muy curiosos -acontecimientos de íntimo interés para el papado- habían comenzado el 13 de mayo de 1917, en el oscuro viilorio portugués de Fátima, y que había terminado allí el 13 de octubre de ese mismo año con un milagro centrado en la Virgen María y su evidente poder para controlar el sol de manera espectacular. Finalmente, tampoco le pasó desapercibido que, si no hubiera sido por la imagen de la Virgen de Fátima prendida en la blusa de una niñita, su cráneo hubiera sido despedazado por las dos primeras balas salidas del revólver de Alí Agca.

Dadas tales circunstancias, sin duda hubiera sido un corazón papal de piedra si hubiera podido rehusarse a reexaminar los acontecimientos convincentes que habían tenido lugar en Fátima a lo largo de cinco meses, entre la primavera y el otoño de 1917.

Como la mayoría de los católicos de todo el mundo, Karol Wojtyla había estado familiarizado, desde cuando podía recordar, con la mayor parte de los hechos relacionados con Fátima. La Virgen María se había aparecido varias veces a tres niños pastores; les había confiado ciertas édvertencias e instrucciones, incluyendo un detallado conjunto de instrucciones y predicciones que estaban destinadas a la acción papal en cierto momento en el futuro, y había terminado sus visitas en octubre con un milagro que recordó a muchos el versículo de la Biblia que habla de una " mujer vestida con el so l, y dando nacimiento a un Hijo que góbernárá las naciones con . un_cetr(z_de hierro"~

Una vez elegido Papa en 1978, Juan Pablo se había enterado secretamente de las instrucciones y predicciones papales que María le había confiado a los niños en Fátima. Esa parte de su mensaje trataba sobre causas de tribulación para la organización institucional católica romana, y con el problemático futuro de la humanidad general.

Igual que sus dos predecesores, Juan XXIII y Paulo VI, el papa Juan Pablo hacía mucho tiempo que había aceptado la autenticidad de los acontecirnientos de Fátima de 1917. De hecho, había estado arraigado y criado en una cierta especial intimidad que siempre han cultivado los polacos con María como la madre de Dios, y su lema papal reflejaba su dedicación personal y pública a ella. Aún así, tal como habían hecho esos mismos predecesores, Juan Pablo siempre había tomado las instrucciones y predicciones papales de Fátima como un asunto para el futuro. Juan XXIII había escrito sobre Fátima en 1960: "Este tema no concierne a Nuestro tiempo".

Este tema, había concluido el papa Juan Pablo en 1978, no concierne a mi pontificado. Basado en los hechos disponibles, parecía un juicio legítimo dejarlo al tiempo.

Ahora, después de lo que se podía argumentar que eran los mismísimos acontecimientos señalados los que habían tenido lugar en la Plaza de San Pedro, después de un examen exhaustivo de los documentos y de los testigos y participantes vivos conectados con los acontecimientos de Fátima, y después nada menos de una comunicación personal recibida del Cielo durante su larga convalecencia, Juan Pablo estaba casi obligado a encarar el pleno significado de la máxima familiar de Stefan Cardenal Wyszynski, de que "ciertos acontecimientos son deseados por el Señor de la Historia y tendrán lugar".

Más, se encontró frente a frente con la comprensión de que, lejos de señalar a algún distante tiempo futuro, el contenido del ahora famoso mensaje de Fátima -y, específicamente, el contenido secreto dirigido a la atención papal- equivalía a una agenda geopolítica ligada a un calendario inmediato.

Desaparecía la agenda del Papa, en la que Europa Central figuraba como el trampolín fundamental de un duradero cambio geopolítico, o como la base estratégica desde la cual él podría interactuar lentamente tanto con la política del Este como con la del Oeste, haciéndol-s fermentar para satisfacer las pacientes demandas de la justicia de Dios. En cambio, ahora no había duda en la mente de Juan Pablo de que la agenda del Cielo había localizado en Rusia el catalizador del cambio geopolítico.

Desaparecía, también, el supuesto marco temporal del Papa, que implicaba una evolución calmada y relativamente pacífica, desde el sistema tradicional de estados-nación soberanos, en interacción, hacia un verdadero nuevo orden mundial. En cambio, ahora no había duda en la mente de Juan Pablo de que en la agenda del Cielo, todo sería arrojado al caldero del juicio humano equivocado, de la maldad humana considerada normal por los hombres, de catástrofes naturales sin paralelo, y catástrofes causadas por el pánico de los una vez detentadores del poder, luchando por retener alguna apariencia de sus hegemonías alguna vez seguras, y por su propia y mismísima supervivencia.

Cuando el papa Juan Pablo había salido del Palacio Apostólico para saludar y bendecir a la gente que estaba en la Plaza de San Pedro ese 13 de mayo de 1981, lo había hecho como principal practicante de la geopolítica del poder. En el momento en que retomó su programa papal completo seis meses después, su estrategia papal íntegra se había elevado al nivel en el que el "Señor de la Historia" organiza la geopolítica de la fe.

Esto no quiere decir, sin embargo, que él estaba fuera del juego final del milenio, o de que Fátima había hecho lo que las balas de Alí Agca no habían podido: eliminarlo como un líder al que había que tomar en cuenta en la contienda por el poder en el nuevo orden mundial.

Por el contrario, parecería que a través de toda la historia, los mandatos del Cielo parecen involucrar a los siervos de sus designios, más profunda y más confiadamente que nunca, en los asuntos más importantes del mundo. En su ausencia, de hecho, Fátima se convirtió para Juan Pablo en algo así como el famoso mandato y garantía de éxito proferidos por el Cielo a Constantino en la víspera de su batalla del puente Milvio. Súbitamamente Constantino había visto aparecer en el cielo el signo de la Cruz, acompañado por las palabras latinas In hoc *signo vinces.* "Por este signo vencerás". Improbable como era, Constantino no tomó ese signo como algo irreal o que no era de este mundo. Lo tomó como una garantía. Con milagrosa confianza, no sólo venció en el puente Milvio, sino que procedió a conquistar su mundo entero, transformándolo en lo que llegó a ser la nueva civilización del cristianismo.

Cierto, el papa Juan Pablo no era un conquistador acarreando espada, y en Fátima, María no había dicho exactamente "por este signo vencerás". Pero había dado un mandato que era igualmente claro. Y como consecuencia, a la luz de lo que ahora entendía que era su situación, el juego final del milenio se volvió para Juan Pablo tan importante y tan urgente como había llegado a ser la situación internacional para Constantino en su momento.

Con asombrosa claridad, ahora el Papa sabía que quedaba aún menos tiempo del que había pensado para la vieja yuxtaposición de los adversarios del Este y del Oeste, que todavía en 1981 dominaba a través de la faz de Europa y del ancho mundo.

Más aún, con igual claridad sabía que su evaluación cuidadosa y detallada de la geopolítica del poder contemporáneo era correcta, pero que su significado residía en el hecho de que el juego del poder en sí mismo se jugaría en una forma totalmente diferente de la que él había esperado previamente.

Y finalmente, sabía que él no podía estar menos involucrado que antes en el juego final del milenio. Más bien, con suprema confianza personal y con una tranquilidad que confundiría a muchos de sus adversarios, sumergiría a su pontificado con energía aún mayor en el juego de naciones, que muy pronto absorbería al mundo entero, antes de agotarse igual que las aguas furiosas que se vuelcan sobre cemento.

Si la interpretación que hace el pontífice de la agenda geopolítica del Cielo para nuestra época -su perspectiva y expectativa para la historia a corto plazo-, parece demasiado severa y perturbadora como para encajar en la actual y común superstición de que Dios no es capaz sino de aceptar al hombre en los propios términos del hombre, Juan Pablo sabe algo acerca de los propios términos del hombre. Sabe, por su larga y amarga experiencia personal, que el crudo ejercicio de la geopolítica del poder inflige heridas y esterilidades mucho más profundas, en sufrimiento y muerte, de lo que el Dios de Amor descargaría sobre sus criaturas a través de la geopolítica de la fe. Sabe que el mayor de los castigos divinos sería como un bálsamo

comparado con la inhumanidad y la crueldad de una sociedad tan impía, como son capaces de generar tanto el marxismo-leninismo como el capitalismo democrático.

Y si, para la mente moderna de sus competidores en el juego final del milenio, la acabada postura geopolítica de Juan Pablo parece basarse demasiaoo profundamente en cuestiones trascendentales, depender demasiado de la realidad invisible y de "la sustancia de las cosas futuras", ése es un problema del que ya se han encargado el tiempo y los acontecimientos. Porque, en un plazo de cuatro años a partir del cambio en la perspectiva geopolítica de Juan Pablo, arrojado tan bruscamente sobre él entre la primavera y el otoño de 1981, Mijaíl Gorbachov emergió desde el corazón de Rusia, precisamente a tiempo, como el agente de un cambio inimáginado e inimaginable en el viejo orden mundial. Repentinamente, nada -ni siquiera la fortaleza del Kremlin en ¡apropia Moscú- parecía permanente. Repentinamente, el mundo entero estaba expectante.

Claramente, había comenzado la nueva agenda, la agenda del Cielo, el Gran Designio de Dios para el nuevo orden mundial. Y el papa Juan Pablo caminaría ahora en la arena del juego final del milenio como algo más que un gigante geopolítico de su época. Era, y sigue siendo, el sereno y confiado Servidor del Gran Designio.

Mientras que el papa Juan Pablo se ocupa de la agenda totalmente nueva para un orden mundial totalmente nuevo, no hay un área crucial para su éxito en la que sus políticas iniciales no han cambiado en absoluto. Cualquiera que examine la dirección del pontífice y de su organización institucional católica romana desde 1978, debe alejarse asombrado por el deterioro que comenzó durante el reinado de quince años del papa Paulo VI, y que el Papa actual ni ha revertido ni detenido.

Cualquiera que pueda haber sido su grave decisión política en esta cuestión, y aunque nadie en sus sentidos calificaría a Juan Pablo como otra cosa sino un alma profundamente católica y un papa intensamente profesional, es ineludible la conclusión de que no ha habido una señal confiable, desde su puesto papal, de que ni siquiera se haya lanzado una reforma de su iglesia.

Para la Iglesia romana, el resultado general de esa política ha sido profundo~ Pero en un área clave -el del privilegio papal, y su poder encarnado en el j1.ímbolo sagrado de las Llaves de Pedro-, la política ha sido desastrosa.''-?orque ha permitido que aquellos que, dentro de la Iglesia, están empeñados en un programa antipapal -la anti-Iglesia dentro de la Iglesia-, lleguéri a estar cerca de su objetivo principal, o sea, la eliminación efectiva del prx)pio poder papal como un factor operativo en la administración de la estruc,ura católica romana y en la vida de la institución católica romana.

Esta decisión política de Juan Pablo es tanto más intrigante porque,

mientras que se relaciona directamente con la obvia fragmentación de la Iglesia universal, si hay aspecto de esa Iglesia sobre el que este Papa pone un continuo énfasis, es la unidad. Sin embargo, el hecho es que, porque se ha rehusado tenazmente a disciplinar a sus obispos, no tiene medios para resistir a las formas planeadas en las que muchos de esos obispos han sido privados, en efecto, como individuos, de su poder consagrado para gobernar sus diócesis individuales, a través de organizaciones burocráticas regionales tales como la Conferencia Nacional Católica de Obispos de Estados Unidos, por ejemplo, y la Conferencia Europea de obispos, para nombrar sólo dos de muchas.

El resultado es algo que jamás ha existido antes en la Iglesia romana. Se ha creado una fuerza anónima e impersonal, centrada en las Conferencias regionales de obispos en todo el mundo, que ahora ha comenzado a ejercer su propio poder en contradicción con el poder papal.

Tan lejos ha llegado ya esta situación que, aunque sus acciones a menudo implican y a veces condonan profundas desviaciones de la enseñanza tradicional y de las leyes morales de la Iglesia católica romana, tales grupos regionales intra-Iglesia son consistentes en reclamar al mismo tiempo autonomía para sí y especial discernimiento en lo concerniente a la doctrina y a la moral en sus diferentes regiones.

Es cierto que esta victoria de los enemigos papales de adentro de la Iglesia es sólo un asunto de facto, que en ninguna parte, y por ninguna declaración explícita, el papa Juan Pablo ha renunciado formalmente a su poder papal. Pero éste es escaso consuelo para aquellos que consideran su enorme juego con el cargo Apostólico el elemento más temible de la política papal de Juan Pablo. Algunos consejeros papales advierten que todo está muy bien, que el Papa se niega a bendecir el trapajo de aquellos empeñados en destruir la Piedra de Pedro. Pero el catalizador efectivo aquí es la abstención del pontífice de ejercer su poder papal en cuestiones críticas para el gobierno de la Iglesia. Y, continúa la advertencia, a menos que el Papa comience a extirpar a aquellos que silenciosa y encubiertamente están desgastando los cimientos del privilegio y del poder papales sobre los que descansa su Iglesia, entonces, en la negociación, él también podría darle su bendición a la anti-Iglesia.

Ése puede ser un sentimiento extremo, especialmente para los hombres que permanecen fieles, y que le acuerdan a Juan Pablo la deferencia a él debida como Papa, pero es un sentimiento comprensible. Porque mientras el Papa se queda atrás, sus enemigos internos -aquellos que han jurado librar a la tierra del papado como una institución gobernante centralizada- usan esta extraña y perturbadora política de Juan Pablo como un camino cómodo que conduce a la propia victoria final de ellos. Día a día, estos consejeros y abogados papales ven más plenamente confirmados el desuso y la obsolescencia del papado, como un hecho de la vida. En esa situación, tal como marchan los asuntos humanos, ellos prevén que se puede inducir

más y más fácilmente al grueso de los católicos romanos a ver a Roma en forma muy parecida a como ven a San Pablo de Londres, como una institución venerable con su domo clásico y su galería de los murmullos, albergando recuerdos invaluables del pasado, pero sin tener una participación práctica en la fe de sus vidas. Y en esa situación, estos consejeros esperan que, mucho más fácilmente, el grueso de los católicos romanos puedan ser persuadidos a aceptar al propio papado como el cargo de un obispo católico que por casualidad vive en Roma, y que será tan reverenciado como el Dala¡ Lama... y casi igualmente poderoso.

Aquellos entre los consejeros de Juan Pablo que están más urgente y profundamente preocupados por lo que algunos llaman esta "automatanza" del papado romano, siguen confiados en la promesa de Cristo de que su destrucción no será completa, de que hasta las Puertas del Infierno mismo no prevalecerán contra la Iglesia que Jesús fundó sobre Pedro como su Piedra. Pero como comentó lord Nelson después que una bala de cañón cayó demasiado próxima para su tranquilidad en la batalla de Trafalgar, esto parece ser "una cosa malditamente cercana".

Entretanto, en la serenidad de sus propias convicciones concernientes a la agenda del Cielo para las naciones, es razonable pensar que el propio Juan Pablo espera plenamente que, como Papa, algún día, en el futuro no distante, será aclamado por la generalidad de sus contemporáneos en términos muy similares a los que el presidente Havel de Checoslovaquia usó para darle la bienvenida a Praga, el 21 de abril de 1990.

Después que el pontífice, siguiendo su costumbre ahora familiar, descendió del avión papal y besó la tierra, Havel le dijo al mundo que "el Mensajero del Amor viene hoy a un país devastado por la ideología del odio. . . El Símbolo Viviente de la civilización viene a un país devastado por el gobierno de los incivilizados... Tengo el honor de ser testigo cuando su suelo es besado por el Apóstol de la Espiritualidad".

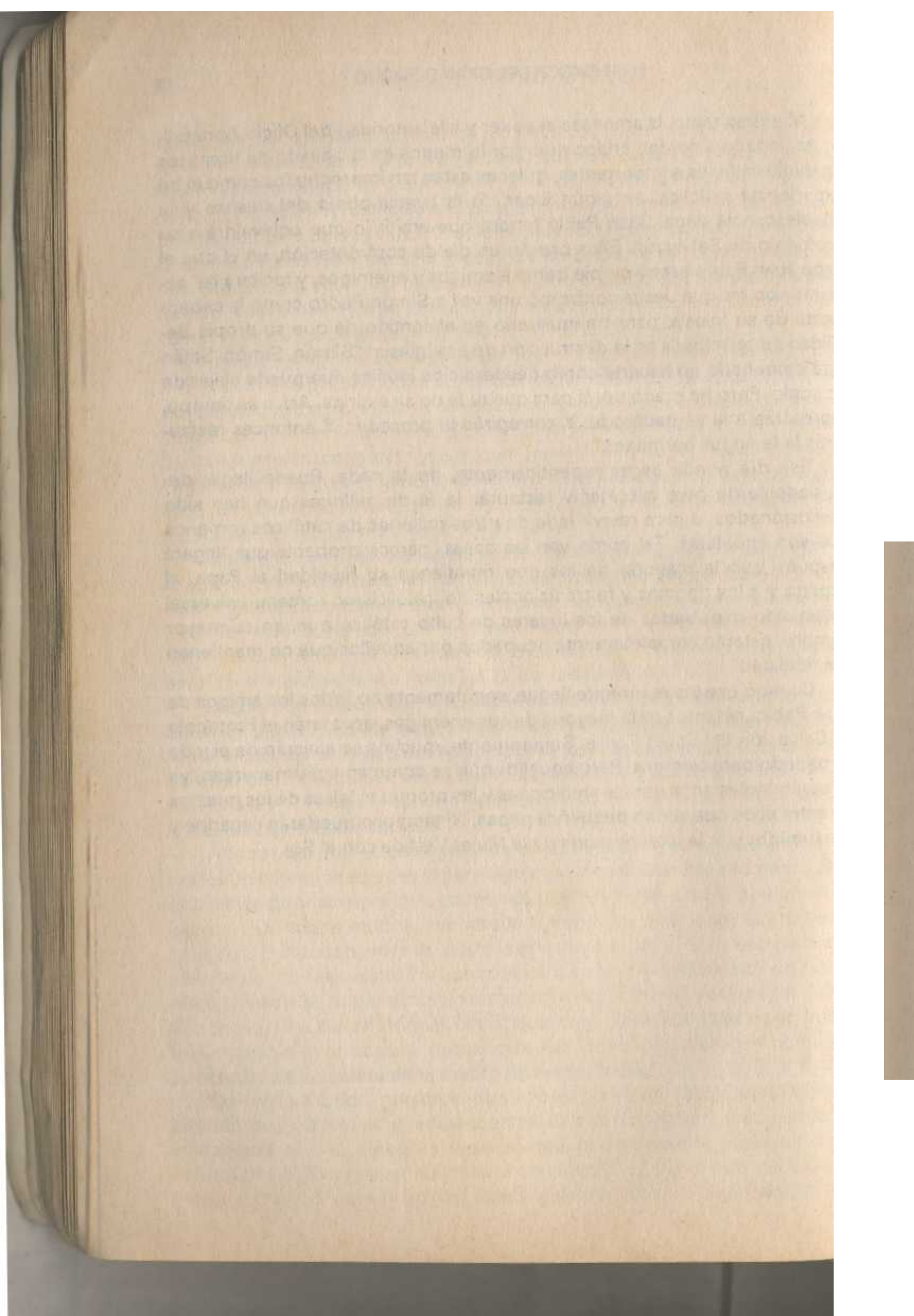
A todos los que actualmente son escépticos acerca de la aceptación, a escala universal, de ese papel para éste o para cualquier Papa romano, Juan Pablo bien podría responder, con Havel, que "yo no sé si sé lo que es un milagro. . . De todos modos, me atrevo a decir que ahora soy parte de un milagro". E indudablemente, hasta cierto punto Juan Pablo estaría justificado al dar tal respuesta. Porque cinco años artes -inclusive cinco meses antes-, nadie se hubiera imaginado que fuera posible tal visita papal. Como dijo él ese día a sus anfitriones checoslovacos: "Dios Todopoderoso puede hacer posible lo imposible, puede cambiar todos los corazones humanos, por medio de la realeza de la madre de Jesús, María".

De todos modos, parecería que ahora, como en 1980, Juan Pablo ha juzgado que todavía no puede encontrar el modo de reformar su estructura eclesiástica que se deteriora rápidamente, que no puede hacer un movimiento por el flanco alrededor de la anti-Iglesia, como lo hizo tan exitosamente en relación con la política establecida del Vaticano, la Ostpo1 tik.

Mientras tanto, la amenaza al poder y a la autoridad del Oficio Apostólico ha llegado a ser tan crítico que, por lo menos en la opinión de hombres de la Iglesia fieles e importantes, quienes están tan impregnados como él de experiencia práctica, en algún lugar de la cuesta abajo del desuso y la obsolescencia papal Juan Pablo tendrá que emitir lo que equivaldrá a su Protocolo de Salvación. Ellos prevén un día de confrontación, en el que el papa Juan Pablo estará de pie frente a amigos y enemigos, y recitará las palabras con las que Jesús confrcntó una vez a Simón Pedro como la cabeza electa de su Iglesia, para tranquilizarlo en el sentido de que su propia debilidad no terminaría en la destrucción de esa Iglesia: "Simón, Simón, Satán está empeñado en hacerte como desperdicios inútiles que puede alejar de un soplo. Pero he orado por ti para que tu fe no se extinga. Así, a su tiempo, regresarás a la verdadera fe. Y corregirás tu proceder. Y entonces restaurarás la fe en tus hermanos".

Ese día puede llegar repentinamente, de la nada. Puede llegar demasiado tarde para rescatar y restaurar la fe de millones que han sido desilusionados, o para revivir la fe de otros millones de católicos romanos que son apóstatas. Tal como van las cosas, parece probable que llegará después que la mayoría de los que mantienen su fidelidad al Papa, al papado y a los dogmas y fe tradicionales del catolicismo romano universal hayan sido expulsados de los lugares de culto católico que, en su mayor número, estarán completamente ocupados por aquellos que no mantienen esa fidelidad.

Cuando ese día realmente llegue, seguramente no todos los amigos de Juan Pablo, ni tampoco la mayoría de sus enemigos, aceptarán el Protocolo de Salvación del Santo Padre. Seguramente, muchos se alejarán de él y de su papado para siempre. Pero aquellos que se sometan y permanezcan, ya no serán molestados por las ambiciones y las promesas falsas de los muchos de entre ellos que serían pequeños papas. Ni tampoco quedarán cegados y consumidos por la ulterior gloria de la Mujer Vestida con el Sol.



I

La geopolítica del poder

Primera parte

La arena

"¡Todo debe cambiar!"

El 14 de octubre de 1978 comenzó una nueva era para la Iglesia católica romana y sus cerca de mil millones e a eren es en o o el mundo. Y con ella, se levantó el telón sobre el primer acto de la competencia global que terminaría mil años de historia tan completamente como si se hubiera librado una guerra nuclear. Un drama que no dejaría ninguna región o nación o individuo tal como habían sido antes. Un drama que ahora se está desarrollando y que ya está determinando la forma de vida misma en cada lugar en que vivirá cada nación durante las generaciones futuras.

Ese día de octubre, los cardenales de la Iglesia católica romana se reunieron en el Vaticano, llegados desde todas partes del mundo, por segunda vez en apenas dos meses. Sólo en agosto habían elegido al cardenal de Venecia, Albino Luciani, como papa Juan Pablo I. Todavía conmovidos por la muerte repentina -algunos dijeron que sospechosa- del hombre llamado ahora tristemente el "Papa de Septiembre", se habían reunido para elegir a un nuevo hombre de entre sus filas cóntend¡entes y divididas, que pudiera conducir a esta institución global única, de dos mil años de antigüedad, en un momento en que parecía en peligro inmediato de una dolorosa autodestrucción.

Antes y después de cualquier cónclave papal, la discreción es normalmente la consigna de cada Cardenal Elector. Pero, ese día, en la Plaza de San Pedro, a Joseph Cardenal Malula, de Zaire, no fe importó quién podía escuchar sus opiniones sobre el tipo de papa que debía tener la Iglesia. Un hombre bajo, fornido, con ojos brillantes y boca expresiva, Malula hizo un gesto señalando los edificios vaticanos que lo rodeaban, luego dio fuertemente un golpe contra una de las columnas de Bernini con la palma de su

mano. "Toda esa parafernalia imperial, ¡todo eso! ¡Todo debe cambiar!" declaró.

A las 6:18 P.M. del segundo día del cónclave, Karol Cardenal Wojtyla de Cracovia, Xie cincuenta y ocho añoJemergió en la octava votación como el nuevo Papa. Se dice que Malula dejó escapar una exclamación discreta pero audible. Se había cumplido su deseo.

De hecho, ahora él tenía algo más complejo y de mayor alcance de lo que quizá había perdido. Repentinamente, y sin nada parecido a una declaración explicatoria, ahí irrumpió en la escena romana e internacional la figura de un Papa que estaba por romper todos los moldes. Un Papa que era cualquier cosa, menos imperial, y que no iba a estar aislado, por lo menos, no en el sentido en que lo había querido decir Joseph Malula.

Desde el primer momento de su elección papal, en el pontificado de Juan Pablo II figuró la publicidad en una dimensión insólita hasta para un Papa. La atención pública más ávida parecía caer sobre él como una capa hecha a su medida. Era una capa que usaría con una resolución sorprendente e implacable.

Al principio, todo parecía una consecuencia bastante natural de la curiosidad que uno podía esperar que rodeara a un nuevo Papa. El hambre inmediata y aparentemente insaciable de detalles, exactos o no, era de esperar, más aún dada la naturaleza excepcional de esta elección para el trono papal. Entre el momento de su elección en el cónclave y su investidura formal como Papa, la publicidad inicial tuvo que alimentarse con lo que estaba fácilmente disponible sobre la vida de Wojtyla en Polonia. Aún así, muchas de las historias tenían una forma peculiar. Retrospectivamente, las cosas parecían haber marcado al joven obispo polaco como un hombre con un destino especial.

Tomemos, por ejemplo, el eclipse solar del 18 de mayo de 1920-el día en que nació _Wo tela. ¿No confirmaba eso la profecía supuestamente antigua de qüe el Papa número 264 -porque eso era él- nacería bajo el signo de labor solaris (la expresión _clásica para un eclipse solar)? ¿No estaba el bién escrito en la muerte de tres personasimportantes en la vida de Woitxla: su madre, cuando tenía nueve años, su hermano mayo _cuando Karol tenía doce su padre cuando su hijo y homónimo tenía veintTfré-1? Después de todo, otra vieja leyenda decía que una triple muerte significaba una triple corona. Y eso, a su vez, se aplicaba a la triple tiara usada tradicionalmente para investir a los nuevos papas con la autoridad universal de Pedro.

No importa que Juan Pablo se rehusara a usar ese antiguo y enjoyado símbolo de su poder eclesial e influencia temporal. El destino es el destino, y hasta que el nuevo Papa tuvo tiempo para asentarse y proporcionar noticias nuevas, la leyenda que ligaba la muerte con el poder se vendió bien.

Sin embargo, no todas las primeras historias en ese breve periodo de espera fueron de naturaleza tan sobrenatural. En primer lugar, había muchas

cosas acerca de Karol Wojtyla que no encajaban en la idea popular de lo que era el molde papal, pero siempre eran tema de ávida lectura. Como en el aún amado Juan XXIII, siempre recordado como "el Papa Bueno", en Juan Pablo II no había nada de patricio. Su temprana vida demostraba que era un hombre familiarizado tanto con la lucha común como con la lucha heroica de la gente en todas partes.

En el lado más común del libro mayor de la publicidad, se escribió mucho sobre el hecho de que hubiera nacido en una oscura -algunos dijeron triste- ciudad pequeña llamada Wadowice, un lugar de alrededor de nueve mil almas, unos 270 kilómetros al sur de Varsovia, en las estribaciones de la cadena de los montes Beskids. Una buena porción del tiempo de los medios se dedicó al hecho de que había pasado sus primeros años creciendo en un departamento común de dos habitaciones. Relato tras relato destacaba los tres años que el joven Wojtyla había pasado como obrero en la cantera de Zabrzowek y en la planta de Químicos Solvay, de propiedad belga, donde fue asistente en el cuarto de calderas.

Menos triviales eran las historias que se enfocan hacia la estrecha relación de Wojtyla con el misterioso sastre-místico Jan Tyranowski, hacia su habilidad como guardameta de soccer, hacia su amor a la música y su talento como guitarrista aficionado, hacia su participación en el Rapsodyczny Theater de Cracovia, donde se especializó en la lectura de poesía.

No una, sino dos auténticas experiencias subversivas sirvieron para dar un tinte dramático a la publicidad inicial. Se prestó mucha atención a la relación de Wojtyla, durante la Segunda Guerra Mundial, con el equipo subversivo polaco que supuestamente ayudó a obtener uno de los primeros cohetes nazis V-2 que se sacó secretamente de la Polonia ocupada para llevarlo al Londres en guerra. Y por lo menos se sacó el mismo provecho de su vida como novicio subversivo en el ahora famoso "seminario conspiratorio" organizado bajo las narices de las fuerzas de ocupación alemanas por el cardenal polaco Adam Sapieha, arzobispo de Cracovia.

No obstante, ni siquiera el destino y el drama y las historias de guerra lo eran todo. Una modesta cantidad de investigación, y una buena ayuda de las fuentes vaticanas que ya sabían los enormes cambios que tenía preparados el nuevo Pontífice, descubrieron rápidamente una serie de "primeros" en la vida de Wojtyla, que databan desde 1946, cuando se había convertido en el rinier sacerdote polaco que jamás se ordenara después de unos meros cuatro se había convertido en el obispo auxiliar más joven en la historia polaca. En 1964, se convirtió en el arzobis-g4_ más joven en la histoná de la diócesis de Cracovia. Nuevamente, en 1967, se convirtió en el cardenal más joven que hubiera tenido Polonia. Y ahora, en 1978, se había convertido en el primer papa polaco de la historia, y el primer papa no-italiano en cuatrocientos años.

Retrospectivamente, ahora -)arece que fue durante este tiempo de espera, incluso antes de su investidura formal como Papa, que comenzaron

poder temporal, o quizá en respuesta a una o dos quejas preocupadas, el nuevo Pontífice habló sobre el mismo punto nuevamente en su primera misa papal. Con San Pedro lleno hasta el último asiento con muchos de los líderes a los que más quería llegar, declaró: "No tenemos intenciones de interferir políticamente, ni de interferir en el funcionamiento de los asuntos temporales... No es asunto nuestro juzgar las acciones de gobiernos".

Sin embargo, las afiebradas frentes diplomáticas no se calmaron. En muchas mentes, la pregunta no formulada era obvia: "Pero Su Santidad si intenta insertarse en nuestros asuntos temporales, cruzar nuestras fronteras políticas y culturales y económicas. Pero si no es como detentador de poder temporal usted mismo, ¿de qué manera, entonces, Santidad?"

Aparentemente, los medios en general todavía no podían encontrar la manera de enfocar sobre lo que el nuevo Papa podría haber querido decir con tales afirmaciones. O quizá lo encontraban un tema aburrido después de las historias de muerte-y-destino de sólo unas semanas antes. Cualquiera fuera la razón, la publicidad continuó enfocando sus omnipresentes lentes sobre un panorama completo de trivialidades todavía por explotar. Todo era grano para el molino, desde el hecho de que él era el más alto de los papas del siglo veinte hasta el hecho de que era el primer Papa que usaba pantalones largos bajo sus hábitos papales, y el primeró que era un excelente esquiador. Hasta sus impresionantes logros académicos se consideraban como mejor material que su abierto aviso al mundo de lo que se podía esperar de él como cabeza del único poder del mundo cuya organización, instituciones y personal, así como su autoridad, cruzaba todas las fronteras y todas las culturas y todas las civilizaciones a las que había apuntado en la Basílica de San Pedro, sin el beneficio de la tiara.

Como para ahorrarle al mundo el aburrimiento de las historias interminables que estaban apareciendo en los medios sobre cosas tales como sus tres doctorados, en filosofía, teología y fenomenología, o sobre sus diez libros publicados, incluyendo teatro y poesía, o sobre sus conferencias universitarias, Juan Pablo se lanzó a realizar actividades que eran el sueño de reporteros y editores, y que demostraron ser fuentes de material fresco. Historias no del pasado, sino del presente. Historias no de políticas opacas que ellos no podían explicar, sino de personas con rostros que podían fotografiar.

Aun en esto, las actividades y los gestos de Juan Pablo comenzaron a hablar en voz alta de un enfoque papal. Antes de fines de octubre, había otorgado un bono de trescientos setenta y cinco dólares y unas vacaciones le cinco días (del primero al cinco de noviembre) a todos los trabajadores 'Vaticano.

'Aás significativo fue que comenzara a hacer a un lado la idea de que el be residir dentro del dorado ámbar del Vaticano. La idea, tan detes- cardenal Malula, de que el Santo Padre no venía a verlo a uno ni •e. La idea de que lo más que uno podía ver de él, si iba a Roma,

serían sus bendiciones públicas en el luminoso aire romano. Para Juan Pablo, no habría tal vida restringida, oculta.

Por una parte, rechazó el uso tradicional del "Nosotros" y "a Nosotros" y "Nuestro". "Yo", decía, al referirse a sí mismo en todo contexto y conversación, y "a mi" "mío", como cualquier otra persona.

Además aparecía por todas partes, como si Roma fuera Cracovia e Italia fuera Polonia y él nunca hubiera abandonado su casa o a su pueblo. En rápido orden, visitó las ciudades de Asís y Siena. Inspeccionó la residencia papal veraniega de Castel Gandolfo. Oró en el templo montañés de la Mentorella. Viajó para ver a un obispo enfermo y a un cardenal enfermo en hospitales romanos.

Lejos de ser cuestionada o criticada, una visibilidad tan espontánea, como andanada -emprendida, además, con obvio entusiasmo y energía personal-, fue bien recibida por los medios y encantó al público. Los italianos -y los romanos en particular-, quienes, durante siglos antes de esto, habían inventado el muy italiano concepto de *1'uomo* para caracterizar la aptitud exclusiva y el estilo personal de un individuo, tomaron a este extraordinario Papa como uno de ellos.

Adoraban sus disculpas públicas por los pocos errores que cometía cuando se dirigía a ellos en italiano. Adoraban su obvio encanto por sus niños. Encontraban su independencia mental, en relación con las costumbres antiguas, muy parecida a sus propias actitudes. Rápidamente comenzaron a llamarlo i/ *nostro polacco,* nuestro polaco. Pero hasta esto cedió paso al "Papa Wojtyla": tal como Paulo VI había sido para ellos Papa Montini, y Juan XXIII había sido Papa Roncalli, y Pío XII había sido Papa Pacelli. Polaco por nacimiento, ahora era romano por adopción. El Papa Wojtyla era *de ellos.*

Cada vez que caminaba por la Plaza de San Pedro, literalmente las multitudes se amontonaban sobre él. De hecho, tan cercanos eran sus encuentros con él, que con frecuencia-regresaba a sus habitaciones con vanos botones menos en su sotana papal y con algunas docenas de marcas de lápiz labial sobré sus blancas mangas papales.

Cuando fue a tomar posesión de la'antigua iglesia papal, la Basílica de San Juan de Letrán, decenas de miles dejaron sus comercios y oficinas y casas a lo largo del camino para aclamarlo, para besar su mano, para pedir su bendición. Cuando tomó un helicóptero para llegar al santuario montañés de La Mentorella, descubrió que multitudes de hombres y mujeres que ya habían escalado esa difícil altura estaban esperando allí para recibirlo.

El encanto de la prensa italiana ante toda esta actividad papal fue contagioso, por lo menos durante un tiempo. Muchos periódicos en otras tierras parecían hacerse eco del tono benévolo y favorable tomado por *The I'dew York Times* en su principal editorial del 11 de noviembre. "Un hombre que se sahe al mando, sin obligaciones hacia ninguna nación ni facción, fuerte sin ser rígido", dijo el *Times* del papa Juan Pablo.

Por el momento, el arzobispo Rembcrt Weak;aiid, de Milwaukee, en-

contraba pocos eclesiásticos que pudieran consolarlo públicamente por haberse precipitado demasiado pronto a decir al mundo que "el pueblo italiano estaba profundamente herido por la elección de un polaco como Papa".

El innovador estilo personal del papa Wojtyla encendió algunas quejas, dentro del propio Vaticano, por una conducta no-papal. Los siempre alerta paparazzi, con sus zooms siempre preparados, tomaron excelentes fotos de Juan Pablo corriendo por los jardines del Vaticano a las 4:30 de la tarde. 11 jogging papale -la carrera papal-, como se tildó rápidamente a su hábito puntual, fue tomado prestamente por los alegres romanos para fijar la hora de sus encuentros vespertinos.

Cuando Juan Pablo ordenó que se construyera una piscina de doce metros por veinticuatro en Castel Gandolfo, hubo algunos reproches por el gasto. El Pontífice replicó que "un nuevo cónclave sería mucho más caro". La hábil y sonriente implicación de que hasta un papa podría sucumbir por falta de ejercicio adecuado, agregó un tono cordialmente personal a la publicidad que nadie había esperado, y que pocos podían igualar.

A medida que pasaban las semanas, sobre este Papa parecía haber tanto para escribir que era tan nuevo, y a menudo francamente entretenido, que ninguna cantidad de ejemplares parecían satisfacer la siempre creciente curiosidad por el raro hombre común que había llegado al papado. Hasta su horario de trabajo demostró ser una historia interesante. Su día de dieciocho horas provocó que se levantaran al cielo muchos ojos italianos. El mundo se enteró de que se levantaba a las 5:00 A.M. Que tenía un desayuno de trabajo, una comida de trabajo, una cena de trabajo, siempre con invitados y siempre con muchos documentos. Que se acostaba tarde.

Entre aquellos líderes de gobierno que estaban mucha más interesados en las políticas de Juan Pablo que en la publicidad, estaban los de los países de Europa Oriental y sus amos soviéticos de Moscú.

A finales de octubre, sus preocupaciones en particular aumentaron hasta un nuevo nivel por los primeros rumores orquestados y la especulación -difundida por comentarios orales y por autorizados artículos periodísticos alimentados desde el interior del Vaticano- de que este nuevo Papa iba a visitar Polonia.

En años posteriores, el mundo llegó a acostumbrarse a la idea de que Juan Pablo II aparecía en los lugares más inesperados tan fácilmente como había ido a Asís y a Siena y a La Montarella. Pero en octubre y noviembre de 1978, la idea misma de una visita a Polonia era una bomba. Absurda, dijeron algunos, temeraria e inútil, dijeron otros.

De todos modos, fue confirmado oficialmente: el Vaticano de Juan Pablo estaba "conversando con Varsovia". Y aunque pudiera resultar temerario, era cualquier cosa menos inútil. Era la indicación más clara de lo

que Juan Pablo consideraba, y todavía considera, como el centro esencial de su visión del nuevo "camino de la historia y de la Iglesia".

Varsovia no fue la única bomba que lanzó Juan Pablo, mientras se dedicaba a instalar el nuevo espíritu de su papado. Por medio de su estilo papal, y tomando como un instrumento -uno de varios- al manto de la publicidad, que caía tan fácil y provechosamente sobre él, comenzó una serie de reuniones verdaderamente perturbadoras, dentro del Vaticano.

El 18 de noviembre recibió al arzobispo francés disidente Marcel Lefebvre. Éste había sido golpeado con una severa sanción eclesiástica de Roma en 1976, y había sido excluido de la presencia papal. Pero ahí estaba, en persona, pasando dos horas enteras en una conversación privada y cordial con el nuevo Papa. El mensaje era claro para todos aquellos que odiaban el "conservadurismo retrógrado y destructivo" que representaba Lefebvre para ellos. Y Juan Pablo estaba advirtiendo que era Papa para todos los católicos.

El recibimiento por parte del Pontífice, en el Vaticano, de Donald Coggan, arzobispo de Canterbury y jefe espiritual de todos los anglicanos, extendió aún más la red. Coggan fue el segundo arzobispo de Canterbury recibido por un papa reinante desde el siglo dieciséis. El mensaje de Juan Pablo era claro para todos aquellos que odiaban la independencia liberal, separatista, que los protestantes representaban para ellos: hasta aquellos que Roma considera que son heréticos de largo tiempo, permanecen abiertos a la influencia y al liderazgo del Papa, cuya primacía rechazaron una vez.

También quedó en claro rápidamente que Juan Pablo no confinaría su mensaje, su influencia o su liderazgo, a los asuntos eclesiásticos. Los que habían comenzado a preocuparse porque Su Santidad tenía la intención de insertarse en sus asuntos temporales, aparentemente tenían razón de hacerlo.

Hacia fines de noviembre, el Papa se reunió con cuatro líderes de la liberación negra del África sub-sahariana: Oliver Tambo, presidente del Congreso Nacional Africano (CNA) de Sudáfrica. George Silundika, del Frente Patriótico de Zimbabwe (FPZ), de Rhodesia, junto con el Secretario de Servicios Sociales y Transporte del FPZ, Kumbirai Kanyan. Y Sam Silundika, de la Organización Popular de África del Sudoeste (SWAPO).

Algunos de los que estaban atrincherados en el poder, dentro y fuera del Vaticano, difícilmente podían pasar por alto que Juan Pablo había decidido inequívocamente, y muy pronto en su reinado, conocer a algunos de los más poderosos desafiadores de todo poder inalienable, incluyendo el suyo propio. En tales mentes, la pregunta era: ¿cuán lejos iba a ir este Papa? El arco iris de posibilidades sorprendentes que comenzaban a ver, recién estaba comenzando a formarse sobre sus cabezas. Una respuesta a la pregunta "¿Cuán lejos?" la dio el propio Juan Pablo. La dio el 8 de diciembre, un día de fiesta en honor de la Virgen María, a quien él había dedicado su papado.

En Roma había crecido una costumbre papal, observada cada año en

este día de conmemoración de la Inmaculada Concepción de la Virgen Madre de Dios. El Papa avanza serenamente en automóvil hasta la Piazza di Spagna, donde se eleva la estatua de la Virgen encima de una graciosa columna. Coloca una canasta de rosas de los jardines papales al pie de la columna. Da sus solemnes bendiciones papales a las multitudes que asisten. Y luego regresa al Vaticano tan serenamente como llegó.

No Juan Pablo.

Primero, interrumpió el viaje hacia la estatua de la Virgen con una parada en la Vía Condotti -la versión romana del lujoso y moderno Rodeo Drive de Beverly Hills- para recibir un cáliz que le entregaron como regalo de los comerciantes de la Vía Condotti. Luego, después de ir a la Piazza di Spagna y colocar la canasta de rosas al pie de la columna, precedió su bendición papal con un discurso tan arrebatador y tan inconsistente con los precedentes modernos, que muchos de los que estaban allí parecían no meramente poco dispuestos, sino literalmente incapaces de comprenderlo.

Ese día habló de cómo veía la historia humana: "La historia entera del hombre está en realidad impregnada por una tremenda lucha contra la fuerza del mal en el mundo... Este Papa desea confiar la Iglesia, de manera especial, a María, en quien se alcanza la estupenda y total victoria del bien sobre el mal, del amor sobre el odio, de la gracia sobre el pecado. . .',

Ese día anunció su nuevo principio de religión: para todos los cristianos, sí, pero también para toda la humanidad. "Este Papa se confía a ella (María), y a todos aquellos a los que sirve, y a todos aquellos que lo sirven a él. Confía a ella la Iglesia romana como el símbolo y principio de todas las iglesias del mundo en una unidad universal".

Ahí estaba. Su impulso sería verdaderamente universal. Realmente afirmaría su derecho a esa universalidad que siempre había sido declarada por la Iglesia que ahora encabezaba. Quizá porque ningún Papa había hablado jamás de una "unidad universal" compartida por todas las iglesias del cris- ,¡a?~ismo, la idea era incomprensible para los eclesiásticos católicos romanos así como para los líderes de otras iglesias.

El periódico comunista de Roma, *L'Unitá* -el nombre significa unidad, pero no del tipo que Juan Pablo tenía en su mente-, fue más rápido que los demás en lo que respecta a una clara comprensión de las consecuencias políticas de tal "unidad universal" en labios y corno política y fuerza motora de un Papa católico romano. Tal "unidad universal", advertía *L'Unitá,* sobre la que I Papa romano obviamente reclamaría primacía, implicaba claramente 'una interferencia en los asuntos internos de la URSS cuya Iglesia ortodoxa rusa no pertenece a ningún papa".

Sin embargo, *L'Unitá* parecía casi solo en su incisiva disposición a mirar directart ente a los ojos a Juan Pablo y su política. A medida que se acercaba la Navid.3d de 1978, muchos periódicos parecían satisfacerse con concentrarse ep otra clase de "primeros" papales en el Vaticano de Juan Pablo: una fiesta dl Navidad completamente polaca fue descrita en suculento detalle.

El barszcz, los pequeños pasteles rellenos llamados pierogi, el puerco asado el repollo y kielbasa y pastel: todo recibió una atención alegre y a vete: divertida.

Con el inicio del nuevo año, 1979, Juan Pablo comenzó decididamente a darle forma a su declaración inicial sobre comenzar "de nuevo en e camino de la historia y de la Iglesia". En iniciativas sumamente visibles y cuyo éxito y efecto dependían solamente de él, sus primeras referencias w papel de su papado, dentro del ámbito de los asuntos internacionales, SE convirtieron en foco central de su actividad más pública.

El 9 de enero, el representante personal de Juan Pablo, Antonio Cardenal Samore del Secretariado de Estado del Vaticano, tuvo éxito en un difíci caso de diplomacia internacional en el que había fracasado hasta el gobier no de la reina de Inglaterra. Estaba en juego una cuestión de guerra y paz entre dos de los países más importantes de Sudamérica, Argentina y Chile. Ambos habían librado antes guerras sangrientas, y aparentemente estaban dispuestos a hacerlo nuevamente... esta vez, sobre la posesión de tres islas, Nueva, Picton y Lennox, en el estratégicamente importante Canal de Beagle.

Después de lo que equivalía a una extensa diplomacia viajera que lo llevó una y otra vez entre las ciudades capitales, Buenos Aires y Santiago de Chile, Samore al fin persuadió a los dos gobiernos de que enviaran a sus negociadores al terreno neutral de la cercana Montevideo, Uruguay. Allí, bajo la guía de Samore, los ministros de relaciones exteriores, Carlos W. Pastor de Argentina, y Hernán Cubillos de Chile, firmaron un acuerdo comprometiendo a ambos países a desmilitarizar el área en disputa, y a someterse al arbitraje que conducirían los enviados papales de Juan Pablo.

Dos cosas sobresalían como elementos fascinantes de esta empresa latinoamericana. Primero, que Juan Pablo estaba dispuesto a comprometerse, él mismo y su prestigio, en una arena internacional al comienzo mismo de su pontificado. Y segundo, que sin política de ningún tipo, sino solamente a causa del prestigio religioso y psicológico de Juan Pablo y su Vaticano, dos naciones retrocedieron en sus reclamos políticos, tan intensos y tan cargados de historia y emoción que la guerra había parecido el recurso inevitable.

El 24 de enero, Juan Pablo subrayó dramáticamente el ámbito mundial que tenía en la mente para exactamente ese tipo de intervención apolítica por parte de su papado anticonvencional. Ese día se reunió en el Vaticano con el ministro de relaciones exteriores soviético; Andrei Gromyko. El pontífice pasó casi dos horas en una discusión privada, frente a frente, en ruso fluido, con el hombre al que los soviéticos habían dado el sobrenombre de "el Sobreviviente Glacial".

Los diplomáticos occidentales que habían tratado con Gromyko, siempre habían quedado impresionados -a veces asustados- por el conjunto de talentos que él desplegaba en las negociaciones, y por su agilidad política, casi milagrosa, al sobrevivir a casi cuarenta años de intriga soviética y otros

caprichos de la vida del Kremlin~Juan Pablo también quedó impresionado. En respuesta a una pregunta sobre lo que pensaba de Gromyko, en comparación con todos los demás diplomáticos que obedientemente habían desfilado a través de su estudio privado en los primeros meses de su pontificado, el Papa fue no diplomáticamente sincero: "Es el único caballo con Herraduras en las cuatro patas".

Quizá, más preocupante para los gobiernos occidentales era el interés de Gromyko en el papa Juan Pablo. Gromyko rara vez pasaba esa cantidad de tiempo con ningún estadista. La pregunta en embajadas y salas de gabinetes y cancillerías era: ¿Qué demonios habían discutido durante dos horas, este impredecible Papa romano y el más astuto de los diplomáticos soviéticos? Más allá de su referencia a Juan Pablo después de su reunión como "un hombre con una visión mundial", el soviético no dio ning' ¡ndicio de lo que había pasado entre los dos. Típicamente, fue el Papa, n tiempo después, quien habló francamente con los periodistas.

"Recibo con gusto cualquier crítica que hagan los funcionarios comun1 -tas", dijo Juan Pablo, agregando que él y Gromyko habían discutido "la perspectivas para la paz mundial".

Lejos de satisfacer las preguntas, los comentarios del Papa elevaron la preocupación en ciertos gobiernos y ámbitos diplomáticos a un nivel más alto. ¿Por qué demonios discutiría Gromyko asuntos de la "paz mundial" -asuntos, en otras palabras, que eran de una naturaleza exclusivamente política y geopolítica- con este Papa proveniente de la atrasada Polonia? Si vamos a eso, ¿por qué el Papa de Roma los discutiría con este hombre soviético?

Todavía era enero de 1979 cuando, con tales preguntas flotando en el aire de la diplomacia internacional, Juan Pablo dio la señal más segura de que no iba meramente a establecer un gran tono papal para que otros lo recogieran. No iba meramente a decir lo que debía hacerse por los medios usados tradicionalmente por los papas, dejándolo luego a la jerarquía y a los fieles para que lo hicieran.

Esa señal fue el primer viaje de Juan Pablo a México, cubierto ampliamente por los medios, desde el 25 al 30 de enero. Ese viaje comenzó a revelar algo de lo que podía esperar el mundo más allá del Vaticano y de Roma del reinado de Juan Pablo II. Pero nuevamente demostró que los listas no estaban preparados para un cambio tan radical que todavía onces se estaba realizando, y ciertamente, no para uno que llegaba tan idamente.

Todavía muy atrás del nuevo ritmo y del nuevo curso que el Pontífice iba estableciendo, los mil ochocientos reporteros y comentaristas asig-los para cubrir este viaje papal supusieron que el Papa simplemente quería contrarrestar la difusión del marxismo entre su clero y su pueblo en esrc parte del mundo -un objetivo reconocido del Vaticano y de la oposic4n católica romana, después de todo.

Los que cubrían el viaje, admitían que era difícil no quedar seducidos por lo que parecían ser los instintos de reiaciones públicas de este Papa, ya en plena expresión durante el vuelo de diez horas y media desde Roma a través del Atlántico. Al pasar sobre las Azores, Juan Pablo envió su bendición por radio a los portugueses que vivían allí. Al volar sobre la isla de Puerto Rico, conversó por radio con el presidente Jimmy Carter.

Ni siquiera sus palabras iniciales -"He llegado como un viajero de la paz y la esperanza"-, dichas durante una escala de un día (25-26 de enero) en Santo Domingo, fueron vistas como un señalamiento del nuevo papel que este Papa había elegido para sí.

Después de todo, sólo era de esperar que se presentaría en este umbral de las Américas como la encarnación de quinientos años de cristianismo en el hemisferio occidental. Refiriéndose al hecho de que Santo Domingo era la misma Hispaniola donde Colón había puesto el pie por primera vez en 1493, Juan Pablo ofreció el recuerdo de que "aquí fue celebrada la primera misa, fue colocada la primera cruz".

No obstante, hablando después a un cuarto de millón de personas reunidas en la Plaza de la Independencia de Santo Domingo, el Papa comenzó a hablar, no de cierta autosatisfecha continuación de las costumbres antiguas, sino de algo parecido a una revolución para la que quería preparar a tantos como lo escucharan. "El periodo actual de la historia humana requiere de una dimensión reavivada de la fe, para comunicar a la gente de hoy el perenne mensaje de Cristo adaptado a las condiciones de vida reales."

Posteriormente, en la Catedral de Santa María la Menor, la catedral más antigua de las Américas, construida con bloques de piedra caliza en los primeros años del siglo dieciséis, Juan Pablo llegó más allá y nuevamente aplicó su presión a otros más que a sus propios católicos romanos. "Todos los cristianos y todos los pueblos deben comprometerse a construir un mundo más justo, más humano y habitable, que no se encierre en sí mismo, sino que se abra a Dios", declaró.

Esta combinación de la tradicional devoción religiosa a la misa y a la Cruz de Cristo, por una parte, y alusiones a incontenibles intenciones geopolíticas, por la otra, tuvieron más o menos el mismo efecto, en la prensa mundial, que el compromiso de Juan Pablo, del 8 de diciembre, a la "unidad universal". Hasta observadores experimentados fueron simplemente incapaces de captarla.

Las cosas fueron muy parecidas en México. Los comentaristas y reporteros esperaban que el Papa hablara con sus obispos. Y esperaban sus comentarios sobre el marxismo y la religión. Se supone que un Papa hace ese tipo de cosas.

Pero ahora, quizá, habían llegado a esperar la misma libre espontaneidad personal que tan querido habían hecho a Juan Pablo para el pueblo de Italia. Y claro está que todos adoraron el toque exótico de sus reuniones

con indios y campesinos en Monterrey y Guadalajara. Besó bebés y abraz ¡nválidos, dirigió amablemente a las multitudes en sus cantos espontáneos tan entusiastas como en un partido local de fútbol: "¡Papa! ¡Papa! ¡Ra-ra-ra!" Se sumó a gentíos felices cantando una canción popular mexicana. Se puso todos los sombreros que le ofrecieron. . . un sombreo de paja de campesino, un sombrero de alas anchas de ranchero, un tocado emplumado de los indios. Se unió a ochenta mil que cantaban la "Oda a la Alegría" de Beethoven.

Dada esa seductora dimensión de la actuación de Juan Pablo, la mayoría de los periodistas le dieron al mundo una visión folklórica, si no popu-l¡sta, de toda la estadía de Juan Pablo en México. Por supuesto, informaron sobre la conversación de casi dos horas del Pontífice con el presidente de México, López Portillo, quien, aunque nacido católico, se describió como "un hegeliano". E informaron que López Portillo llevó al Santo Padre a visitar a la madre y a la hermana del presidente en la capilla privada de su casa.

Sin embargo, el significado de esas visitas eran otra cuestión. Nadie formuló públicamente la interesante pregunta de por qué López Portillo, como presidente del constitucionalmente anticatólico y anticlerical México, debía tener algo sustancial que discutir, durante casi dos horas, con éste, el más grande de los clérigos católicos. O por qué López Portillo debía haberse tomado la molestia personal de escoltar al Papa a lo que equivalía a una audiencia para su madre y hermana en una capilla privada. En su carácter más serio, el viaje mexicano fue tomado como un gesto excepcional y hasta demasiado dramático de Su Santidad, y el comportarniento de López Portillo fue tomado como igualmente excepcional.

Aún así, fuera de la escena y lejos del resplandor de la prensa, nuevamente estaban aquellos que se estaban alarmando por la habilidad del Papa para atraer .y mantener un alto nivel de la atención mundial por mucho más tiempo de lo que se había previsto.

Una vez de regreso en el Vaticano, Juan Pablo se quedó imperturbable ante cualesquiera críticas que comenzaban a salir a la superficie. Continuó su pontificado con el mismo toque personal que le era tan natural. El 24 de febrero de 1979, en cumplimiento de una promesa espontánea que le había hech~ a Vittoria lanni, hija de un barrendero romano, Juan Pablo solemnizó el casamiento de la joven con Mario Maltese, un electricista romano. Y conti uó avanzando por el "nuevo camino" que había proclamado para sí y para u Iglesia.

li 8 de marzo, recibió una delegación de treinta shintoístas, junto con su suma Sacerdote, un hombre llamado Nizo, del famoso Santuario de Ise, en Japón. Ningún **Papa había hecho jamás una cosa semejante.** Dentro del VaticE no -un lugar de venerable protocolo y estricto énfasis en la prioridad religiosa-, este extraordinario gesto papal resultó alarmante casi para todos. Aquí, sin duda, había un cambio inesperado en las reglas que todos -am gos y enemigos por igual- habían pensado que entendían. El gesto

era tan extraordinario que, de hecho, en Japón, que hasta de palabra presta poca atención al lado religioso de Roma, y aun en círculos religiosos de otras partes, notables desde hacía tiempo por haber denunciado el tradicional reclamo de Roma a la exclusividad religiosa, las cejas comenzaron a fruncirse con perplejidad. Ellos también habían pensado que conocían las reglas.

Ese mismo mes de marzo vio la publicación, con la autorización de Juan Pablo, de un libro de sus poemas, en Inglaterra, otra tierra no completamente cómoda en sus relaciones eclesiásticas con la Santa Sede. Mientras tanto, en Italia se preparaba una traducción de una obra en dos actos que el papa Wojtyla había escrito en épocas muy anteriores, El *Taller del Orfebre,* y fue transmitida por la radio italiana.

Mientras se apilaba una mezcla tal de interés y de actividad papal para que la viera todo el mundo, en la prensa, las opiniones sobre él se volvieron casi esquizofrénicas en su confusión. En un extremo, había expresiones emotivas de admiración por la versatilidad de su carácter. En el otro, había por lo menos una creciente desconfianza por lo que a muchos les parecía sus actitudes impredecibles. Lo que no había era ningún análisis o comprensión, expresados públicamente, de las acciones de Juan Pablo a la luz de sus primeros, continuos y excepcionalmente claros anuncios sobre sus intenciones. Lo que **hacía más notable esa falta de comprensión** era el hecho de que Juan Pablo fuera tan insistente en su mensaje, y de que frases y expresiones estaban apareciendo como "citas citables" -pero virtualmente como nada más- en las noticias italianas y extranjeras.

"La Iglesia desea permanecer libre con respecto a los sistemas en competencia. . ." "La inexorable paradoja del humanismo ateo. . . el drama de hombres privados de una dimensión esencial de su ser, negándole su búsqueda del infinito. . ." "Las fuerzas del mercado solas no deberían determinar el precio de los bienes. . ." "Debemos aclarar y resolver el problema de un marco institucional más adecuado y más efectivo para la solidaridad mundial... solidaridad humana dentro de cada país y entre los países. . ," "La cuestión fundamental del precio justo y el contrato justo. . ." "El proceso (de remuneración por el trabajo hecho) no puede ser dejado simplemente a. . . la influencia dominante de grupos pequeños. . ."

Finalmente, a fuerza de repeticiones, a medida que las conversaciones, alocuciones, discursos, y hasta los comentarios espontáneos de Juan Pablo se iban reproduciendo más y más ampliamente, la reacción hacia él comenzó a tomar un aspecto más coherente. Con anterioridad, un escritor inglés se había tomado la tarea de dejar de lado a este Pontífice como un mero obispo polaco elegido Papa por "las mentes involucionadas de cardenales superpensionados, y librado a sí mismo en el complicado mundo de hoy".

Sin embargo, en forma creciente, muchos de sus propios clérigos, así como muchos que estaban en el gobierno y en el poder en todo el mundo,

comenzaron a compartir la muy diferente evaluación que había hecho Andrei Gromyko del "obispo polaco" como "un hombre con una visión mundial".

En realidad, como empezaban a pensar algunos, éste era un hombre con una perspectiva tan nueva y un objetivo tan vasto que estaba más allá de la imaginación de todo un conjunto de líderes políticos y financieros, que se creían a sí mismos inmunes en sus aisladas y protegidas fortalezas.

Mientras tanto, el público en general no parecía tener tales preocupaciones. El atractivo personal de Juan Pablo sobre los hombres y mujeres comunes aumentaba visiblemente día a día. Las multitudes que venían de las cercanías y de todo el mundo para tener siquiera un vistazo de él en el Vaticano, llegaron a ser tan grandes y tan ingobernables que el Papa ordenó que su regular audiencia general de los miércoles se trasladara, del ya vasto espacio del interior de la Basílica de San Pedro, a la plaza todavía más vasta que estaba fuera de su puerta.

Juan Pablo eligió su primera Pascua como Papa para aclarar, tan profunda e inequívocamente como era posible hacerlo, los pensamientos y consideraciones que estaban en el corazón de todas sus acciones: todo, desde su casamiento de la hija de un barrendero y un electricista hasta sus reuniones en el Vaticano con marxistas y shintoístas, su visita a México, su próxima visita a Polonia, ya confirmada para junio siguiente, y las decenas de viajes papales a cada rincón del mundo, todavía en reserva.

En un documento de 24,000 palabras, conocido, como lo son generalmente los documentos papales, por sus ahora famosas primeras palabras, *RedemptorHominis,* Juan Pablo desplegó una profundidad de pensamiento y de consideración, unida a un mensaje que era característicamente simple y sorprendente.

Ninguna actividad humana escapa a la dimensión religiosa, dijo, pero especialmente importantes son las actividades que constituyen la vida sociopolítica de hombres y mujeres, dondequiera que residan. Sin duda, la nota que dominaba y animaba ese documento encíclico era la insistencia de Juan Pablo de que los difíciles, intratables problemas del mundo -el hambre, la violIción de la dignidad y de los derechos humanos, la guerra y la violencia, la opresión económica, la persecución política-, todos y cada uno de ellos pueden resolverse sólo al aceptar y llevar a la práctica el mensa e de la revelación de Cristo, anunciado por el papado y la Iglesia católic romana.

C i la publicación de esa encíclica, pareció que el papa Juan Pablo señala a un punto decisivo. A partir de ese momento, no se esforzó por explic su pensamiento más de lo que ya había hecho. No se detuvo para alisar s encrespadas plumas de aquellos que sentían que claramente estaba cazando en cotos ajenos. Era como si ya no considerara productivo tratar ce corregir interminablemente las impresiones equivocadas, o de ampli#i opiniones más limitadas que las suyas propias.

Si estaban aquellos que no podían entender, o no entenderían que é estaba diciendo algo enteramente nuevo, aun en sus declaraciones má simples, por lo menos estaban aprendiendo que estaban escuchando a ur Papa que había echado sobre sí la tarea de romper antiguas costumbres. S pocos podían saber todavía que él había llegado a Roma con una mente y¿ llena con un papel nuevo, más amplio y hasta ahora inimaginable para el sucesor de Pedro, el propio Juan Pablo no podía darse el lujo dé esperar para qüé e~ I esto se le pusiera a la par. Amigos y críticos y **todas las partes interesadas podían** leer, por igual, su encíclica de Pascua. Y podían leer su: acciones.

Si había muchos, de buena o mala voluntad, opuestos o devotos a Roma, que no podían tolerar que las innovaciones de Juan Pablo dierar vuelta al papado, él sólo podía prometer mucho más de lo mismo. Y si, finalmente, como frecuentemente sucede con los acontecimientos más grandes del mundo, la verdadera confrontación que Juan Pablo decía que ya estaba teniendo lugar había escapado a la vista del público, entonces el tiempo y los grandes acontecimientos lo dejarían todo en claro, aun para aquellos menos dispuestos a reconocerlo.

tas profesionales y humanistas que se ocupaban de las tuercas y tornillos del nuevo internacionalismo. Porque a su pesar, había que reconocer a Juan Pablo como el factor X que había entrado al juego final del milenio que ellos habían pensado que casi tenían ganado.

Sin importar lo contradictorios o extraños que pudieran parecerles a algunos, con cada uno de estos encuentros se volvía evidente para sus adversarios que, con mucho, este Papa no era sólo un obispo polaco que había llegado a tropezones desde el gulag satélite soviético de Polonia, encerrado en su marxismo del siglo diecinueve, para perder después su camino en el mundo del siglo veinte, como sugerían algunos con manifiesta frustración y fuerte irreverencia. En cambio, muchos recordaban aquellas tersas palabras de evaluación del ministro soviético de relaciones exteriores, Andrei Gromyko, pronunciadas después de la primera de sus varias reuniones con el nuevo Papa: "un hombre con una visión mundial".

No obstante, y aunque la competencia mundial tuviera que ser la fuerza motora de su pontificado, todavía quedaban todas esas urgentes y doloro sas preguntas de los propios fieles católicos. Aunque estaba tan ocupado con tantas cosas, ¿no había todavía algún modo de que Juan Pablo pudiera atender el desorden de la Iglesia, que estaba arrojando a los fieles como otros tantos millones de muñecas de trapo? Con un espectro tan amplio dentro de la Iglesia, desde la derecha hasta la izquierda, y con un ansia tan profunda en el centro por alguna medida de alivio -quizá la más pequeña medida serviría-, ¿Juan Pablo no podía encontrar la oportunidad de satisfacer *a alguien?*

Por cierto, estaban aquellos que esperaban -que exigían- que tratara.

Juan Pablo ni siquiera trató. En cambio este hombre muy público de la sotana blanca permanecía como si fuera el profeta Habakkuk, atendiendo su reloj, esperando que llegara la hora fijada, esperando a la visión que con seguridad llegaría, la visión que no se retrasaría y que no desilusionaría cuando surgiera a su alrededor.

Y, sin embargo, pronto, muy pronto, en su pontificado, y visión o no, este Papa que había sido aclamado como un hombre de primeros y como marcado por el destino desde su nacimiento, fue visto por los fieles adherentes a su Iglesia como el enigma final: el primer sucesor de Pedro el Apóstol destinado a ser el convidado de todos, pero el Papa de nadie.

En la arena: Polonia

Los hombres de rostro duro del régimen vicario de los soviéticos en la Polonia de 1979, no necesitaban ninguna ayuda de la prensa o de los comentaristas para tomar una decisión sobre Karol Wojtyla. Rascando la superficie del sentimiento gubernamental sobre él, uno escucharía descripciones tales como "petrel tormentoso", "revoltoso", "peligroso", "impredecible".

La historia de sus dificultades con Wojtyla se remontaba hasta los años de éste como protegido del primado de Polonia, Stefan Cardenal Wyszynski, de Varsovia. Durante casi cuarenta años, el "Zorro de Europa" había burlado con éxito las conjuras de los comisarios rusos, los líderes distritales nazis y los estalinistas polacos. Había preparado cuidadosamente al joven para que siguiera sus pasos.

Wojtyla había sido un alumno apto y entusiasta. Más recientemente, el gobierno polaco lo había sufrido como espinoso cardenal arzobispo de Cracovia. Hasta en fecha tan reciente como septiembre de 1978, no mucho antes de ser llamado a Roma para el segundo cónclave papal en igual número de meses, Wojtyla había escrito y difundido por toda Polonia una carta pastoral en la que no había denunciado meramente la censura estatal, sino que había declarado que "la libertad de información es el clima apropiado para el pleno desarrollo de un pueblo, y sin libertad muere todo progreso".

El efecto de esa carta sobre el pueblo todavía le estaba causando problemas al gobierno de Varsovia, cuando llegó un aviso amistoso desde Roma el 16 de octubre de 1978, segundo día del cónclave, de que Karol Wojtyla encabezaba la elección de Papa. El Politburó del Partido Comunista de Polonia (PCP) celebró sin pérdida de tiempo una reunión de emergencia.

Era urgente qu? los líderes se pusieran de acuerdo sobre una postura oficial del gobierno fr?nte a esta mala noticia.

Se decidió que el rumbo más sabio sería emitir una declaración serena, anodina, felicit2ndo a este hijo de Polonia por su alto honor, y prediciendo confiadamente que su elección papal contribuiría a la armonía fraternal y a la paz mundial: "4 -a elección del cardenal Wojtyla para ser el próximo Papa puede conducir a la cooperación entre las dos ideologías, marxismo y cristianismo". En la Varsovia oficial se esperaba que eso fuera todo.

Sin embargo, en Roma quedó demostrado que era el principio. Tan pronto como V~ojtyla fue investido como papa Juan Pablo II, el primer globo exploratorio flotó en la prensa indicando que él estaba pensando en un viaje papal a Polonia Unas pocas conversaciones entre relaciones bien colocadas -quizá entre ‖n miembro de la Secretaría de Estado del Vaticano y un funcionario de a embajada polaca-, empujó la propuesta con más firmeza hacia Varsovia.

Mayo de 1 X79 surgió pronto en tales conversaciones como la fecha que se proponía Juán Pablo. La idea era conmemorar el aniversario novecientos del martirio de San Estanislao en manos del tiránico rey Boleslao el Temerario, quien en =onsecuencia perdió su corona y su reino.

La propuesta oficiosa del Vaticano era una pesadilla para el régimen de Varsovia. A los ojos polacos, Estanislao era el disidente por excelencia, el símbolo fundamental de la resistencia polaca contra un gobierno chauvinista y finalmerte fracasado. A menos que el PCP deseara arriesgarse a que hubiera motines y huelgas que bien podrían paralizar a todo el país, no quería tener a millones de polacos escuchando en un día así un típico discurso de Wcjtyla.

Como resruesta, el PCP consiguió que varios diplomáticos de Europa Oriental destacados en Roma, les señalaran a sus contrapartes en la Secretaría de EstadoJel Vaticano que cualquier visita papal a Polonia ahora -con lo que querían decir más o menos los próximos cinco años- sería una insensatez. En cuanto a mayo de 1979, sería imposible. Para subrayar el punto, el gobierno de Varsovia hizo algo notablemente ofensivo: censuró el mensaje de Navidad de 1978 de Juan Pablo a los católicos polacos, quitándole precisaTiente toda referencia a San Estanislao.

No obstane, la pesadilla se negaba a evaporarse. En cambio, entró al palacio presidencial de Varsovia en la persona del viejo mentor de Karol Wojtyla, el ahoga anciano pero siempre formidable cardenal Wyszynski. Con una actitud heladamente superior, y su demostrada habilidad para manejar las emociones ~ las acciones de millones de ciudadanos, Wyszynski congeló en un rincón al)residente polaco Henryk Jablonski. En beneficio de la paz, y muy probablenente de su puesto, Jablonski, concedió la posibilidad de un viaje papal en, ligamos, quizá, uno o dos años.

Se dice qu? el cardenal permaneció heladamente firme: *"iNie! Tengo roku, Ekscelen¿o- "¡No!* Este año, Excelencia".

Cuando Jablonski replicó con una pregunta tentativa sobre la fecha que tenía Wyszynski en la mente, el cardenal había vencido al presidente con su maniobra. El viaje papal se haría. únicamente quedaba fijar esas molestas fechas -el cardenal tenía a junio en el bolsillo antes de irse- y establecer el itinerario.

Los líderes comunistas aborrecieron las discusiones que siguieron, entre los hombres de avanzada de Juan Pablo y los guardianes del gobierno. El PCP trató de dictar la duración de la estadía del Pontífice, lo que discutiría, qué tipo de recepción se le otorgaría, las ciudades que visitaría. "El Papa no puede ir a todos los lugares que guste", llegó la rígida réplica del ministro de cultos Kazimierz Kakol. Pero habiendo cedido la primera pulgada crucial, descubrieron que las autorizaciones ya no eran una carta de triunfo para ellos. Se vieron forzados a negociar.

No, el Papa no podría visitar los yacimientos de carbón de Katowice y Piekary Slaskie sólo porque una vez trabajó en una mina. No, no habría feriado oficial para que los escolares y trabajadores pudieran recibir al Papa. Sí, Su Santidad sería recibido oficialmente en el aeropuerto a su llegada. Sí, el presidente Jablonski se sentaría con Juan Pablo en una reunión privada. Mil veces no a cualquier visita papal a la iglesia que había construido en Nowa Huta a pesar de la oposición armada del gobierno. Bueno, está bien entonces, se toleraría una visita a los suburbios de Nowa Huta, y podían organizarse algunos otros viajes secundarios. Pero enfáticamente no, no habría "invitación" oficial del gobierno. Haber sido superado tácticamente era una cosa. Permitir que públicamente esto se le restregara en la nariz al gobierno, era otra.

Poniendo al mal tiempo buena cara, el gobierno finalmente estuvo de acuerdo en un plan que se le presentaría a Juan Pablo. Los representantes del Papa habían nombrado varios lugares que el Santo Padre deseaba visitar. El gobierno dividiría al país en cuatro partes. Cada cuadrante estaría centrado en una ciudad principal en cuya inclusión insistía Juan Pablo. Estaría Varsovia, por supuesto, como la capital a la que llegaría el Papa, y donde tendría su recepción y su reunión con el presidente Jablonski. Estaría Gniezno, la sede oficial del cardenal Primado de Polonia y un lugar de enorme significado religioso e histórico. El tercer cuadrante se centraría en Cz9stochowa, el sitio del gran templo mariano de Polonia de lesna Góra. Finalmente, Cracovia, donde el propio Juan Pablo había sido hasta hacía poco un cardenal arzobispo tan problemático, sería el centro del cuarto cuadrante.

A los ciudadanos se les permitiría viajar, para ver al papa Wojtyla, solamente dentro del cuadrante en el que vivían. Los cuarenta mil soldados soviéticos estarían confinados en las barracas durante la visita papal, pero en su lugar, se llevarían a cada ciudad, en camiones, unidades móviles especiales de "agentes de seguridad".

Finalmente se determimó que los viajes secundarios que se permitirían

incluirían la ciudad natal del Papa, Wadowice, y los campos de muerte nazis. Pero la pequeña iglesia de Nowa Huta todavía recibió una enfática negativa.

Específicamente se decidió que ninguna de las esposas de los funcionarios de gobierno asistiría a ninguna recepción. Presumiblemente, era demasiado grande el peligro de que a alguna la pudiera dominar la emoción ante la presencia del Santo Padre y se arrodillara para besar su anillo.

Las discusiones y los emisarios volaban de acá para allá entre Roma y Varsovia. Cuando ya casi todo estaba en su lugar, excepto la aprobación de Moscú, un funcionario vaticano resumió el tono y el humor de las negociaciones: "Ha sido una lucha desde el comienzo hasta el final. Las autoridades (polacas) están aterrorizadas".

Inevitablemente, en algunos círculos surgió la especulación de que la aprobación relativamente rápida del plan por parte de Moscú -sorprendente para algunos, y seguramente desilusionante para los funcionarios de Varsovia- pudo deberse en parte a la larga reunión de unos meses antes entre Juan Pablo II y Andrei Gromyko. Se dice que el jefe del partido soviético, Leonid Brezhnev, gruñó: -Esta visita papal es una insensatez polaca. Que se encarguen de ella. ¡Pero sin accidentes!

Aunque se había acordado que no se extendería ninguna invitación oficial, Varsovia había insistido en hacer el primer anuncio oficial. Así lo hizo el 2 de marzo de 1979. Su Santidad el Papa vendría a Polonia en una "peregrinación" de nueve días. Las fechas acordadas eran del 2 de junio al 11 de junio. Dos horas más tarde, una emisión de Radio Vaticano propaló la misma noticia, como estaba arreglado.

"Ésta no es una visita religiosa ni de estado". El sectario editor Mieczyslaw se apresuró a aclarar la postura oficial del PCP en un editor¡,:!)ublicado en el órgano del gobierno, Polityka. "(Juan Pablo) es un polaco que viene a su país natal, y le daremos la bienvenida como polaco... Creemos que la visita papal fortalecerá la unidad de Polonia".

Este par de anuncios preparó la escena para una especie de drama que se desarrollaría en una pantalla dividida, enteramente nuevo en la actual política mundial, que se repre--entaría en las calles y plazas y salones de conferencia de Polonia, un drama que sería monitoreado muy cuidadosamente como un caso de experimentación por parte de los adversarios y amigos que tenía Juan Pablo en la arena de la contienda geopolítica.

El régimen polaco era uno de los actores principales del drama. Roma lo había forzado a colocarse en una peligrosa situación en la cuerda floja. Desde los comienzos del partido después de la Segunda Guerra Mundial, como representante de un régimen soviético rabiosamente estalinista, su historia en Polonia había sido tétrica. Sus miembros habían sido consistentemente anticatólicos y antipapistas. En 1948 habían sido encarcelados setecientos sacerdotes católicos. En 1953, Stefan Cardenal Wyszynsky había sido "depuesto" y encarcelado. Por lo menos una vez se había contemplado un plan para eliminar a Karol Cardenal Wojtyla.

La contrapartida en el lado secular de las cosas no era mejor. La economía de Polonia estaba en ruinas. La infraestructura estaba envejecida y deteriorada. La producción era baja. La deuda del país a los bancos extranjeros estaba bien por encima de los veinticinco mil millones de dólares. El régimen comunista existía en Polonia sólo a causa de esos cuarenta mil soldados soviéticos acuartelados en la parte oriental del país. Como máximo, el propio PCP contaba con unos meros dos millones y medio de miembros en una población de 35 millones. Después de treinta y cinco años de total control sobre todos los medios de producción y todo lo que se producía, y sobre la educación y los medios, el hecho desnudo era que en Polonia, los miembros fundamentales de cualquier partido comunista -los trabajadores- estaban alienados del comunismo en general y de este régimen comunista en particular. Y, más aún, el hecho desnudo era que los trabajadores y casi todos los demás habían permanecido firmemente devotos a la Iglesia.

Ahora el Politburó de Varsovia se enfrentaba a la realidad de que había sido forzado por Wyszynski y Wojtyla -dos poderosos adversarios que había pensado destruir- a recibir a uno de ellos como Papa y huésped de honor. Negarle la visita a Juan Pablo hubiera sido visto como una mayor imposición de la opresión del gobierno, y cualquier señal semejante hubiera tenido dos consecuencias probables. Recibir auxilios financieros adicionales del Occidente se convertiría en una posibilidad mucho más difícil. Y la existencia de inquietud interior se convertiría en algo rnucho más probable. Cualesquiera de esas consecuencias podría provocar el cerco militar de Polonia por parte de los soviéticos.

Sin embargo, al aceptar la visita papal, los líderes del gobierno no se libraban de esos mismos riesgos, de ningún modo. Sabían bien, por experiencia, que no se le podría impedir a Juan Pablo que difundiera desafíos directos, en persona y por la radio, hacia las vastas multitudes de polacos y hacia el mundo. ¡Oh!, harían todo lo posible. Demorarían y desviarían autobuses llenos de peregrinos. Golpearían a los católicos "desordenados" una y otra vez. Gruñirían por las ondas radiales y arreglarían críticas hechas en los medios internacionales por terceras partes. Pero sabían que no podían predecir totalmente las acciones de Juan Pablo ni controlar totalmente la respuesta pública a su presencia durante nueve días.

Ya rechazado por el pueblo que gobernaba y nominalmente representaba, el PCP no podía tolerar una muestra abierta de la debilidad del partido o de descontento popular. Sucediera lo que sucediese, tendría que actuar fingiendo que la visita era otro triunfo más del régimen proletario de la República Popular polaca, y luego juntaría los pedazos lo mejor que pudiera.

Del otro lado de este drama sobre una pantalla dividida, Juan Pablo estaba por hacer una entrada extraordinaria, llevando consigo, al que parecía el más improbable de los lugares, un profundo y convincente desafío al statu quo del orden mundial.

Por contraste con la posición del régimen polaco en este asunto, era

verdad que en cierto sentido Juan Pablo estaba ejerciendo su fuerza al venir a Polonia para hacer esta primera prueba de todo lo que era esencial para su pontificado, tal como lo planeaba ya entonces. Conocía a su país -su pueblo, sus líderes, sus problemas, sus asombrosas fuerzas-, no sólo como uno de sus hijos sino como uno de sus héroes. En las negociaciones recién terminadas para su peregrinación, había demostrado nuevamente su habilidad para usar ese conocimiento en su beneficio.

No obstante, en ciertos aspectos los riesgos para el Papa eran mayores que los que enfrentaba el PCP. Si él se salía con la suya, el Partido Comunista estaría jugando en Polonia una especie de juego final. Al mismo tiempo, sin embargo, el futuro entero de su propia política papal se mantendría o caería en este campo de prueba de Polonia.

Para Juan Pablo, el éxito significaría una aceptación táctica por parte de diferentes jugadores -no todos ellos visibles sobre la escena- de un desafío a largo plazo que él ofrecería sobre la base de la fuerza aparentemente frágil del papado. Un desafío no a sus católicos polacos, pero sí al Partido Comunista de Polonia, al propio sistema soviético, y más aún, a las potencias del mundo atrincheradas más allá de Europa Oriental que habían ligado ciertos intereses vitales propios a la condición deplorable de Polonia. Como ningún otro ser viviente, Juan Pablo se veía a sí mismo, en este momento, en posición de exhibir los límites del sistema soviético en el terreno mismo que ocupaba, y de mostrar un camino diferente -una dirección diferente- para la política y las políticas.

Aún así, el éxito para Juan Pablo no significaba que Polonia iba a establecer su libertad dejando el sistema soviético. Más bien, el papel que veían para Polonia era un papel mesiánico, en el sentido de que se convertiría -si él tenía éxito- en el fermento mismo que cambiaría al propio sistema soviético. Y no sólo en Varsovia, sino en su centro.

¿Y si fracasaba? A pesar del sistema obviamente decadente del comunismo soviético, tanto la tarea que Juan Pablo se había impuesto como su riesgo de fracaso les parecían monumentales a aquellos consejeros que conocían sus propósitos. Quizá estaba ejerciendo su fuerza al ir primero a Polonia. Pero había suficientes riesgos para equiparar las ventajas. Tendría su propia cuerda floja que caminar.

En primer lugar, Juan Pablo no podía arriesgarse a un levantamiento en Polonia más de lo que podían hacerlo sus poco dispuestos anfitriones. Estaba por regresar a 35 millones de polacos que, en su mayoría, se levantarían si él decía que se levantaran, que responderían a cada emoción suya. Pero, si permitía que su presencia se convirtiera en señal para motines y rebelión, entonces lo que deseaba que fuera el comienzo de un largo, paciente y peligroso camino. sería en cambio el final de todos sus planes. Por lo menos sería calificado de lacayo norteamericano. Seguramente sería visto como un toro suelto en la cristalería de las tensiones de la Guerra Fría. Con la misma seguridad, su delicado experimento con la Unión Soviética, ya

en ejecución en varios países de Europa Oriental, estaría condenado. No presentaría ningún desafío, ningún espíritu nuevo, ningún fermento, en Polonia ni en ninguna otra parte. En realidad, no sería bienvenido en el mundo, y los planes que ya tenía en el tablero de su mente para las futuras variantes de esta carta de Polonia que estaba por jugar, serían más que inútiles. No tendría más elección que regresar cabizbajo a Roma y volver a pensar todo su papado.

Por lo tanto, no podía haber pérdida de control. Sin importar lo emotivo que pudiera ser para él este regreso a casa -¿y cómo podría ser de otra manera?-, no podía inclinarse ante las satisfacciones del ego en el corto plazo, no podía haber un triunfalista vacío, ni momentos aislados de errores incendiarios.

Jamás, en ningún viaje futuro, tendría Juan Pablo la misma sensación anhelante de abrir una puerta y entrar a lo desconocido. Ninguna de sus posteriores acciones papales implicaría a un juego tan letal.

A medida que se acercaba la fecha para que comenzara este drama en la pantalla dividida, del Partido polaco y del Papa polaco, aquellos que se acomodaron para observar con interés incluían a algunas personas en las capitales occidentales, que consideraban toda la aventura como una injustificada intromisión papal en la política de un área muy sensible... y que pensaban en los beneficios que recogerían. Había otros, en el Este dominado por los soviéticos, que ya habían decidido que este Papa polaco tenía los pies demasiado grandes hasta para las sandalias del Gran Pescador. Y estaban aquellos en el propio Vaticano de Juan Pablo que deseaban fervientemente que todo este episodio terminara rápidamente, y que no siguieran más episodios de este tipo por parte de este audaz Papa.

El sábado 2 de junio por la mañana, a las 10:05, en el momento en que el jet 727 de Alitalia del Papa Juan Pablo, completamente blanco, aterrizaba en Okecie, aeropuerto militar de Varsovia, las campanas de cada iglesia, monasterio y convento en todas las once mil ciudades y aldeas de Polonia repicaron en jubilosa bienvenida. Un sonriente Juan Pablo II descendió del avión entre gritos y aclamaciones de veinte mil personas del cuadrante de Varsovia a las que les habían permitido acercarse al lugar de aterrizaje.

Sin sonreír, cada miembro del comité de recepción formal observó mientras el Papa se arrodillaba y besaba el suelo de Polonia. ¿Era éste un beso de amor de un hijo que regresaba? t0 era un abrazo a la tierra y a su pueblo, de un Papa que reclamaba la posesión de ambos?

Ni una insinuación de respuesta vino de Juan Pablo al tiempo que se levantaba, erguía sus hombros y durante algunos segundos miraba a los ojos a cada funcionario del gobierno. Porque, por cierto, estaba allí cada funcionario digno de ese nombre: el jefe del PCP, Edward Gierek, el presidente Henryk Jablonski, el primer ministro Piotr Jaroszewicz, el editor de Polityka,

Mieczyslaw Rakowski, el secretario del PCP, Stanislaw Kania, el ministro de Cultos, Kazimiers Karol, y tres o cuatro más. Todos ellos tenían que estar ahí, porque ni uno o dos o tres hubieran venido sin todo el contingente.

Parado a un lado, en una delegación de eclesiásticos vestidos de negro, estaba el delgado Stefan Cardenal Wyszynski, de ojos penetrantes. Intercambió una mirada seria con el hombre más joven, una vez su protegido, ahora su Papa. Hasta ahora, el cardenal y la Iglesia de Polonia habían preparado las cosas todo lo bien que se podía. Se habían distribuido ampliamente copias por adelantado de los discursos de Juan Pablo. Grupos católicos habían organizado y aleccionado a mayordomos provenientes de las parroquias de todo el país para ayudar a mantener las cosas tranquilas. Esta mañana, los brillantes ojos azules de Wyszynski dieron la única indicación de su satisfacción ante éste, su último triunfo, de su afecto por Karol Wojtyla, de su esperanza ante esta aventura que había merecido la burla de un funcionario polaco como "una muestra de manía papal".

Parado entre su viejo enemigo, Gierek, el jefe del Partido, y su viejo amigo, el cardenal Wyszynski, el Papa Juan Pablo vio la marcha, a paso de ganso, de la guardia de honor. Escuchó la solemne ejecución del himno del Vaticano. Oyó las palabras familiares del himno polaco: ". . . mientras vivamos, quienes todavía creemos en la fe ancestral de Polonia. .." Oyó las palabras formales de bienvenida por parte de sus anfitriones.

Cuando llegó el turno de Juan Pablo ante el micrófono, hubo un contraste inmediato con la cortés pero helada bienvenida oficial. Haciendo referencia al estribillo del himno polaco, el Pontífice se regocijó porque "un polaco llega hoy desde la tierra de Italia a la tierra de Polonia y es recibido en el umbral de su peregrinación con esas palabras que siempre hemos usado para expresar el inconmovible deseo de vivir de la nación". Todos los polacos que lo escucharon -tanto funcionarios como ciudadanos- comprendieron su significado. Estaba diciendo que la "fe ancestral" de Polonia es el corazón de su pueblo. Sin la fe como una presencia viva, el pueblo muere y Polonia no existe.

La respuesta de la multitud fue como la ola de la marea que se desplazaba hacia el exterior desde el Aeropuerto Okecie. Hubieran escuchado verdaderamente o no sus comentarios al llegar o hubieran leído una copia de su discurso, su misma presencia era suficientemente significativa. Unos 290, 000 polacos que aclamaban, sollozaban y cantaban, esparcieron flores en el camino de la caravana del Pontífice; agitaban un bosque de banderas papales y polacas y exhibían carteles de brillantes colores.

Por el contrario, sus anfitriones comunistas estuvieron enfurecidos desde el comienzo. No los iban a engaitar las referencias oficiales hechas por el Papa durante las últimas semanas considerando su visita como una peregrinación."¿Qué está haciendo el señor Karol Wojtyla, jefe de una iglesia supersticiosa, en nuestra Polonia socialista?", gritaría un periódico de Varsovia en su titular editorial al día siguiente.

Desde el comienzo, el "señor Wojtyla" les dio suficiente razón para que se preocuparan. En el corazón de Varsovia, el primer día de su peregrinación, Juan Pablo comenzó a hablar con la voz de la verdad insistente e inequívoca, que seguirá siendo la misma durante los siguientes nueve días. Primero de todo, fue la recepción oficial -como se acordó, no había esposas presentes-, en la casa presidencial de Henryk Jablonski, el Palacio Belvedere. Jablonski, Gierek y sus colegas escucharon hechos desagradables envueltos en el lenguaje gentil de Juan Pablo. Hechos sobre Polonia y sobre alianzas militares y políticas. Juan Pablo declaró que la aceptabilidad y validez de tales alianzas dependían totalmente de si conducían al mayor bienestar y prosperidad del estado participante, Polonia. Dijo que la ideología no era un criterio aceptable para una buena alianza.

A medida que avanzaba su discurso, nadie podía confundir el cristianismo de su mensaje o el anticomunismo de sus propuestas. "La exclusión de Cristo de la historia es un pecado contra el hombre", dijo, refiriéndose al hábito soviético de omitir de los registros lo que no les gustaba. "Sin Cristo, es imposible entender la historia de Polonia, la historia del pueblo que ha pasado o está pasando por esta tierra" una referencia sutil tanto a los ocupadores soviéticos como a sus colaboradores polacos. Wojtyla estaba diciendo: "Éstos son sólo transeúntes como tantos otros que pensaron esclavizar a Polonia".

Después de un comienzo tan audaz, Juan Pablo continuó ese día diciendo misa para más de doscientos mil polacos que se habían amontonado en la histórica Plaza de la Victoria de Varsovia. En respuesta a su aparición, su voz y su mensaje de esperanza, comenzó a emerger un espíritu de pandemonio, chapaleando desde el centro hasta los bordes más lejanos del gran gentío. Se elevó un gran canto, una especie de grito de hambre en nombre de millones: "¡Queremos a Dios! ¡Queremos a Dios! ¡Queremos a Dios!"

"Era el tipo de gruñido gutural que le pone a uno carne de gallina" escribió un periodista occidental. "Esa muchedumbre estaba adquiriendo la emoción única de la clásica 'turba callejera' ".

Para Juan Pablo hubiera sido cosa fácil dejar que las emociones se desbordaran. O peor, fustigarlas hasta la fiebre y soltar al pueblo contra el palacio presidencial de Henryk Jablonski y contra la sede central del PCP. Cuán impresionante debe haber sido durante un momento; cuán dramático para la prensa inundial. Si Juan Pablo se sintió tentado en esa dirección durante una fracción de segundo, no se hizo evidente. En cambio, el Pontífice continuó con su discurso, calmando a la multitud con sus propias palabras serenas, sus gestos, su presencia.

No cabía duda de que el juego mortal que el gobierno había temido y esperado había comenzado. Sin embargo, ellos parecían a la altura del mismo. Los maullidos y las agudas protestas de los medios oficialmente controlados comenzaron en serio el 3 de junio, el día siguiente a la llegada

de Juan Pablo. El ministro de asuntos religiosos, Bogdan Bovin, advertía: "Esta visita puede tener un efecto perjudicial. . . ¿Cómo se atreve este supuesto Papa eslavo a apelar al pueblo de Europa Oriental por encima de las cabezas de los líderes del Partido? ¡Un error crítico de su parte!" Ese mismo día, un comentarista de la televisión de Moscú sugirió misteriosamenté que "los líderes de la Iglesia están tratando de usar este acontecimiento (la visita papal) con propósitos antiestatales".

Un diplomático de Europa Oriental, hablando con un colega norteamericano, sugirió que Polonia estaba casi en la misma posición de Estados Unidos. Refiriéndose a la insistencia de Juan Pablo sobre el cristianismo eslavo, el funcionario comunista señaló: "Este Papa no está diciendo estas cosas porque lo mueva el espíritu. Son declaraciones calculadas, destinadas a presentar un desafío directo a los gobiernos que ninguna nación moderna, especialmente ustedes, los norteamericanos, con su separación de Iglesia y Estado, podría tolerar".

En el mismo momento en que el 3 de junio los editoriales de Varsovia emitieron las primeras censuras al Papa, papado y peregrinación, Juan Pablo ya estaba en Gniezno, la ciudad central del segundo cuadrante de su visita. Este lugar no sólo era la sede oficial (aunque ya no la residencia) del Cardenal Primado de Polonia, también era un lugar evocador para los polacos con un orgullo ancestral por la raza, un lugar de raíces polacas y un centro del folklore nacional polaco: el "nido del águila blanca polaca" -el símbolo de Polonia.

A pesar de la cólera oficial, el Pontífice no abandonó su tema religioso. Más bien, amplió su foco. ¿El gobierno había eliminado a San Estanislao de su mensaje de Navidad? Bueno, entonces, en Gniezno predicaría sobre San Adalberto, apóstol de toda la raza eslava. Más, usaría a ese apóstol para promover la unidad espiritual de toda Europa, con Polonia como su centro geográfico.

Su desafío al imperio soviético no podía haber sido más claro, más amplio ni más insistente. Todos los gobiernos comunistas de Europa Oriental debían permitir la libertad de conciencia, los derechos individuales, la posesión individual de la propiedad privada, elecciones abiertas e independencia nacional. Y enfatizó, en un desafío al Occidente igualmente incisivo, que "no'puede haber una Europa justa sin la independencia de Polonia señalada en su mapa".

Desafíos tan enormes -que ya resonaban en Varsovia como un tema- se convirtieron en una sinfonía completamente orquestada en Gniezno. Pero interpretados como fueron con una moderación de tono y de lenguaje, hicieron que la aguda contracampaña del gobierno no pareciera ridícula por contraste. El Papa no se permitió caer en cólera o gritos o sarcasmo. Ni siquiera hizo chistes, a lo que son inclinados los polacos, acerca de las afirmaciones ridículas del comunismo y sus historias de éxito míticos. Siempre tocó la nota ligera en el momento preciso. Enseñó a sus polacos a cantar de

nuevo, a esperar de nuevo cosas mejores y más grandes, y a ser sin embargo pacientes por un tiempo más largo.

El 4 de junio fue el día que Juan Pablo llegó a Jasna Góra, el santuario montañés de María, profundamente popular, en el monasterio de Czestochowa. Era el tercer día de sal peregrinación, y marcaría la primera confrontación peligrosa con el gobierno desde el encuentro en la Plaza de la Victoria de Varsovia.

La respuesta efusiva y enormemente entusiasta que generaba el Papa en la gente, en todas partes, había aumentado con cada discurso, casi con cada gesto de su mano hacia las multitudes que bordeaban las calles y que empujaban hacia adelante mientras él pasaba hacia y desde reuniones oficiales y misas y otras concentraciones. Estaba transformando rápidamente su peregrinación en una especie de espejo de feria en el que se reflejaban todos los detalles de la completa falta de apoyo popular del régimen polaco. Con esa gran exposición pública que ya había cultivado tan bien, y con los medios internacionales siguiendo cada paso suyo, Juan Pablo obligó a la mirada del mundo a posarse sobre la condición triste, horrible, ruinosa, decadente y oprimida de esta nación bajo el control de sus cuidadores, apoyados por los soviéticos.

Por lo tanto, en el momento en que Juan Pablo verdaderamente llegó al santuario montañés de Jasna Góra, los funcionarios locales estaban un poco dispuestos a disparar por cualquier motivo a causa, quizá, de las enormes multitudes que llegaban a casi un millón de personas reunidas alrededor del santuario. En todo caso, Juan Pablo pronunció una acusación inequívoca, punzante, del marxismo, e hizo del régimen polaco un blanco especial por su negativa a permitir que el papa Paulo V! visitara Polonia en 1976.

Tan efectivas fueron sus palabras, y tan inmediato fue el asentimiento que gritó la vasta multitud reunida en las laderas de Czestochowa, que las autoridades gubernamentales sintieron pánico. Docenas de tanques del ejército se acercaron retumbando al monasterio y acordonaron toda la montaña.

Fue una vergüenza pública que el gobierno pudo haberse ahorrado. Los mayordomos de las parroquias, que desde hacía tiempo habían estado preparados para situaciones semejantes, estaban desparramados entre la multitud y, como siempre, trabajando. Pero fue un papa Juan Pablo aparentemente relajado, firme en su intención de no perder el control de las cosas, quien le quitó el detonador a la crisis.

Echando apenas una mirada por la colina, en dirección a los tanques, habló ante el micrófono. "¡Estoy seguro que hay gente por ahí que ya está pasando malos ratos soportando a este Papa eslavo!", dijo en broma, con un tono tranquilo, familiar.

A la multitud le encantó. No sólo sabían que el gobierno había jugado la carta equivocada y había perdido, sabían que ellos habían tomado parte en eso. Una gran parte. ¡Como en los viejos tiempos de Nowa Huta!

Juan Pablo estaba en la mitad de su peregrinación por su patria, avanzando hacia su llegada a su ex diócesis de Cracovia, cerca de la frontera de Polonia con Checoslovaquia, programada para el 7 de junio, y hacia su visita del 7 de junio a su hogar de la niñez de Wadowice, unos kilómetros al sudeste de Cracovia. Todavía el Partido trabajaba intensamente para apagar el efecto de su presencia y de su insistente mensaje. "Nos ha sorprendido la naturaleza política de muchas de las declaraciones del Papa", dijo un vocero, nada ingenuo, del jefe del PCP, Edward Gierek.

"La solución para el problema de Karol Wojtyla debe residir en una propaganda renovada y más vigorosa en favor del ateísmo, en la Unión Soviética y sus 'fraternas sociedades socialistas' ", se entrometió desde el otro lado de la frontera soviética el jefe del Partido Comunista Ucraniano, M. Vladimir Shcherbitsky.

La réplica de Juan Pablo a estos mensajes y otros similares nunca tardaban en llegar. Sin embargo, sin importar las medidas que tomara el gobierno, el Pontífice jamás cruzó la línea de peligro. Sabía bien cómo escenificar sus acciones para lograr el máximo efecto. Sabía que podía confiar en sus polacos y en el trabajo de organización que se había hecho antes de su llegada.

Cracovia había sido el hogar para Karol Wojtyla, su visita aquí era un retorno prácticamente a un paisaje de emociones personales. Visitó a Helena Szczepanska, con el cabello plateado, ahora de ochenta y nueve años, que lo había cuidado cuando tenía nueve años, después de la muerte de su madre. "Es igual al 'Lolek' que cuidé cuando era un niño", dijo , refiriéndose al Pontífice por su nombre de niño, como si nada hubiera cambiado mucho. Vio a Maria Morda, quien había sido su ama de llaves durante los difíciles dieciséis años que había pasado aquí como sacerdote, obispo y cardenal. Visitó el bosque Wolski, a quince minutos de automóvil desde el centro de Cracovia, donde con frecuencia había caminado solo durante horas, rezando y meditando. Hasta consiguió que su piloto se saliera un poco de curso, en pleno vuelo, para poder echar un vistazo a las montañas Tatra, donde acostumbraba esquiar y contemplar la existencia de la grandeza de Dios.

En el torrente de recuerdos y reuniones, ¿recordó Juan Pablo lo solo que ahora estaba en Roma?, ¿cómo, como figura mundial que surgía, le faltaba el sostén de los viejos rostros y paisajes y sonidos familiares? Si así fue, aun aquí no permitió que nada de esto se transmitiera a su conducta pública.

En la Universidad de Cracovia, los estudiantes se amontonaron con ansiedad en la Iglesia de Santa Ana y escucharon de Juan Pablo animosas palabras de esperanza. "El mundo entero está abierto para ustedes en todos los campos", expresó. Volvió a hacerse eco del himno polaco, como había hecho a su llegada a Varsovia. "Deben ser fuertes con el amor, que es más fuerte que la muerte".

Por acuerdo con las autoridades, al Papa no se le permitió visitar Silesia, el cercano sector de los yacimientos de carbón y de la industria. No importó.

En cambio, los silesios llegaron hasta el Papa. Se volcaron en Cracovia en enormes cantidades y, junto con lo que parecía toda la población del cuadrante de Cracovia, desbordaron la misa al aire libre del Pontífice en la plaza de la ciudad, donde nuevamente él predicó un cristianismo militante, paneslavo.

Su llamamiento fue respondido con enorme entusiasmo por las multitudes. "¡Padre!" -se elevó el grito de los peregrinos checoslovacos- "¡Despiértanos en Checoslovaquia!"

La respuesta de las autoridades, a estas alturas muy predecible, fue tan torpe como siempre. Setenta y cinco camiones de Guardias Móviles rodearon el área, sólo para ser ruidosa y continuamente abucheados, aun cuando algunas personas de la multitud eran atacadas y aporreadas por los hombres de seguridad del gobierno.

Aún así, Juan Pablo no retrocedería alejándose del inexorable borde de peligro. Sus restantes tres días estuvieron abarrotados con todavía más encuentros cargados de emoción, algunos de una índole sumamente personal. Parecía que hora a hora, era capaz de demostrar cuán hueco, cuán posesivo, cuán perjudicial y cuán inseguro era el régimen que dominaba a los estados eslavos.

El 8 de junio encontró al Pontífice en la ciudad de Nowy Targ, un sitio más cercano todavía a la frontera checoslovaca. En un lugar llamado Blonie Krakowskie -una enorme área de pastizales a la sombra del Monte Kos ciuszko, así llamado en honor del más famoso luchador por la libertad de Polonia en contra del imperialismo ruso-, el Papa pronunció otro conmovedor discurso paneslavo ante una multitud de polacos, checos, húngaros y alemanes orientales. Nuevamente, su mensaje estaba entrelazado con los temas de los derechos humanos y el derecho de todas las naciones individuales a ser independientes.

El mismo día, hizo lo que denominó "una peregrinación al corazón de la crueldad", los campos de muerte nazis de Birkenau y Oswigcim. Fue en este último, conocido en Occidente como Auschwitz, que, dijeron más tarde los ayudantes, Juan Pablo experimentó una avalancha de emociones que podría haber desequilibrado toda su actuación. Celebró la misa. Colocó una corona de flores en el Muro de la Muerte, donde los carceleros nazis habían golpeado con látigo y cachiporras y les habían disparado a sus prisioneros hasta matarlos. Hizo una visita al Bloque de Celdas 11, y a un calabozo en particular, donde el prisionero No. 16670 -un sacerdote franciscano llamado Maximilian Kolbe- había sido condenado a morir de hambre y luego sus impacientes captores le habían inyectado una dosis letal de fenol en el corazón.

"¿Hasta dónde puede llegar la crueldad?", murmuró audiblemente Juan Pablo en la puerta del calabozo de Kolbe. Para sus ayudantes, en este momento su cólera era pública y visible por primera vez durante su agotadora peregrinación; era una cólera que trascendía toda la pasada y horripi-

ante obra de los nazis, y se desbordaba en una ola de emoción contra la exterminación que se realizaba en ese mismo momento a través de todo el sistema del Gulag soviético. El Papa les confió no mucho después a colaboradores personales, cercanos y confiables, que allí y entonces quería decir "¡El comunismo es el mismo mal que el nazismo, sólo el rostro es diferente!" Estuvo a punto de decir "El Gulag aquí, entre nosotros, es el mismo de los días de Hitler. ¿No es hora -¡hora señalada!- de que desinfectemos a nuestra patria, Polonia, y todo el santo mundo de Dios, de este mal institucionalizado?"

Si hubiera dicho cualquiera de estas cosas, por supuesto, todos los límites hubieran desaparecido. Había llevado las emociones públicas a tal altura que su propio autocontrol era la única salvaguardia contra la propa gación de la insurrección. Para él hubiera sido un alivio, y para los millones cuyas emociones sonaban al unísono con las suyas propias. Y, como en Varsovia o en Czgstochowa, hubiera sido el fracaso de todos sus planes.

Le costó un profundo precio personal mantener el silencio, pero lo mantuvo. Un par de años después, hizo su declaración, pero en una forma diferente, abierta sólo a él y a su Iglesia. Elevó a la santidad a Maximilian Kolbe.

Irónicamente, la visita papa¡ del 9 de junio a los suburbios de Nowa Huta, temida y resistida con tal tenacidad por los líderes del Partido en las negociaciones iníciales, resultó ser un interludio de relativa paz comparada con los días previos. El ánimo de las multitudes era como el suyo: gentil y extrañamente triunfante. Habían derrotado conjuntamente al régimen. Estaban vivos, el régimen ya estaba medio muerto. En ese momento, ése era el espíritu imperante.

Sin embargo, la noche del 9 de junio, su última noche en Polonia, fue un asunto diferente. Un papa Juan Pablo muy cansado se dirigió a una multitud de diez mil personas reunidas fuera de la residencia del cardenal, donde se alojaba. Las fuertes emociones eran evidentes en las canciones y cánticos y aclamaciones que llenaban el aire de la noche. La gente no estaba dispuesta a dejar que su Papa Wojtyla se fuera. Finalmente, abandonó el balcón para tener unas pocas horas de un descanso muy necesario, pero incluso entonces la multitud no se dispersó.

Acostado en su cama, Juan Pablo escuchaba las canciones que tan frecuentemente había cantado él mismo. Escuchaba miles de voces que se elevaban una vez más en éi solemne coro del himno polaco, "¡Polonia es nuestra para siempre!" En un determinado momento, como si se hubiera dado alguna señal, el silencio se convirtió en el marco para una voz joven que cantaba ante un micrófono portátil. Las palabras habían sido escritas más de cien años antes, en 1846, por Julius Slowacki, el más grande de los poetas de Polonia:

Necesitamos fuerza
Para levantar este mundo de Dios.
Así, ¡aquí viene un Papa eslavo,
Un hermano del pueblo!
Y ya vuelca
Bálsamos del mundo sobre nuestros pechos,
Y el coro de ángeles
Arroja flores sobre su trono...

Éste no era un momento común de afecto y de abrazo simbólico. Para Juan Pablo, era una experiencia de profunda tentación personal. En la misma intimidad de la emoción entre él mismo y los hombres y mujeres que tanto aborrecían verlo partir, residía la posibilidad de que pudiera llevar a esta multitud al más alto grado de peligro. Para ellos, él era ese seudomesiánico "Papa eslavo" del poema de Slowacki. Cuán rápidamente cualquier chispa -proveniente de él, o del gentío, o de las omnipresentes y siempre opresivas autoridades del gobierno- hubiera convertido a ese gentío en una turba desordenada y desbocada.

Juan Pablo desistió de cualquier idea de dormir. Se levantó, se puso su sotana blanca y salió nuevamente al balcón. Su voz se quebró, más por la emoción que por la fatiga, pero hubo también un agradable tono de humor cuando fingió reprenderlos: "¡.Quién está haciendo tanto ruido?"

De la multitud se elevó una ola de risas, luego se hizo el silencio de nuevo cuando Juan Pablo les habló -los abrazó- por un momento más. Finalmente, sin embargo, llegó la hora de darles su solemne bendición a todos y retirarse por segunda vez.

Esta vez, la multitud se dispersó lentamente. Juan Pablo no había disminuido su pasión. La había contenido y moldeado y canalizado en forma tal que, con él como su mismo símbolo, haría su obra mucho más allá de esta noche de junio, y durante mucho tiempo después que él se hubiera marchado. Era para esto, por lo menos en parte, que él había venido. Era para esto, por lo menos en parte, que haría muchas más visitas a muchos otros lugares.

El último gran acto público de la estadía de Juan Pablo en su patria fue la misa al aire libre con la que terminó su peregrinación a Cracovia. Había un millón de personas. Sin embargo, cuando terminó la misa, la ordalia para el gobierno todavía no había terminado.

Junto con el ministro de relaciones exteriores de Polonia y algunos otros dignatarios, el presidente Henryk Jablonski y el jefe del PCP, Edward Gierek, habían viajado al Aeropuerto de Cracovia para la despedida ritual. No obstante, tuvieron que esperar media hora más. Multitudes llorosas retrasaban el avance de la comitiva de Juan Pablo, mientras la gente despedía a esta exuberante figura del hombre que les había predicado fe y

ánimo y esperanza, que se había reído y había llorado y cantado con ellos, que había reprendido y reprochado a sus opresores, y que se había atrevido a convertirse en el primer hombre, en treinta y cinco años, en hablar la verdad pública e insistentemente.

Cuando finalmente el Pontífice arribó al aeropuerto, muchos de los detalles de la despedida oficial parecieron, superficialmente, muy parecidos a los de la bienvenida de Varsovia nueve días antes. Hubo la misma música marcial, se pasó revista a las tropas, los funcionarios hablaron. Pero todos sintieron lo completamente que había cambiado la atmósfera.

Casi cada uno de los pasos que había dado este Papa viajero y maestro, había estado cubierto de flores de los campos y jardines de Polonia. Se las había arreglado para poner frente a las narices del presidente Jablonski y otros funcionarios del PCP la fría realidad de la vida polaca. Todas las ilusiones que el PCP había buscado fomentar durante tanto tiempo sobre su influencia y dominio sobre los corazones y las mentes polacas, habían sido deshechas para siempre durante el breve tiempo que había estado aquí Juan Pablo.

Para adaptar una descripción que usó Gabriel García Márquez en El *Otoño del Patriarca,* el PCP había sido llevado, sin sorpresa, al destino ignominioso de mandar sin poder, de ser exaltado sin gloria, de ser obedecido sin autoridad, de vivir sin amor. Juan Pablo había hecho que todo eso fuera tan obvio.

Después de pasar revista a la guardia de honor de tropas de montaña, Juan Pablo se dirigió al micrófono para pronunciar su alocución final. Habló a las once mil personas que se amontonaban alrededor de la pista, a los millones que, en toda Polonia y en los países vecinos, se amontonaban alrededor de sus radios.

"La visita del Papa a Polonia", dijo, hablando de sí mismo en tercera persona, cosa que hacía rara vez, "es ciertamente un acontecimiento sin precedentes, no sólo en este siglo, sino también en todo el milenio de vida cristiana de Polonia, especialmente tal como es la visita de un Papa polaco, que tiene el sacrosanto derecho de compartir los sentimientos de su propia nación. . ." Sentimientos, no tuvo necesidad de agregar, que permanecerían como una presencia viva durante años. Se habían grabado cientos de miles de cintas con sus discursos, y todavía se multiplicarían más, circularían todavía más lejos, para ser escuchadas no sólo en Polonia sino en todas las "naciones del silencio" donde Juan Pablo había escenificado su increíble testimonio y había puesto la lección de la historia ante los ojos del mundo.

Volviéndose hacia el jefe del Partido Edward Gierek, Juan Pablo le ofreció una mano infinitamente cuidadosa, a él y a sus compañeros del Politburó: "El acontecimiento sin precedentes (de esta visita papal) es, indudablemente, un acto de valor tanto de parte de aquellos que hicieron la invitación"- le sonrió a Gierek- "como de la persona que fue invitada. Sin embargo, en nuestra época, tal acto de valor es necesario. . . así como una vez Simón Pedro necesitó el valor de viajar desde Galilea a Roma, un lugar desconocido para él".

Terminado su comentario, Juan Pablo abrazó al presidente Jablonski el tiempo suficiente para murmurar una bendición que debía transmitir a su esposa. Impartió su bendición papal a las multitudes sollozantes que estaban cerca de la pista. Luego se arrodilló una vez más y besó el suelo. "Adiós, Polonia". Dijo las palabras suavemente, pero los que estaban más cerca pudieron oír "Adiós, patria mía".

Mientras su avión lo alejaba, girando hacia el sur, hacia los Alpes y Roma, Juan Pablo dejó a los representantes polacos de la URSS y a los propios soviéticos para que se entendieran con un futuro que él les había arrojado encima en términos que él solo había escogido.

El régimen polaco se había fundamentado sobre la firme oposición a todo lo que el Papa representaba. Se había visto a sí mismo enteramente dependiente de sus amos moscovitas para sobrevivir y progresar. Ahora, sin embargo, un obispo polaco, descrito alguna vez como un intelectual provinciano, había iluminado la entrada a un paisaje diferente.

Por supuesto, los viejos y conocidos perros enloquecidos del odio, de la desconfianza y de la crueldad inhumana no habían sido mágicamente encadenados o domesticados. La rabia de algunos ante la mera presencia de "este prelado divagador haciéndose pasar por uno de nosotros", como se quejó del Papa el ministro de relaciones exteriores de Rumania por radio, no desapareció con la desaparición del Pontífice. Si acaso, aumentó el deseo de algunos círculos de ver a Juan Pablo fracasar significativamente, de manera que pudiera ser culpado internacionalmente por su ineptitud y torpeza, calificándolo de perturbador del delicado *statu quo,* descubierto como un clérigo intruso cazando furtivamente en la reserva de la política y de la ideología de las superpotencias.

Durante un tiempo, Varsovia mostraría el mismo viejo rostro público de la triunfante "República Popular". Aun antes de la partida de Juan Pablo, el vocero del Ministerio de Relaciones Exteriores polaco, Stefan Staniszewski, había declarado que la visita papal era "un éxito completo. Estamos muy complacidos por ello", insistió. "Nos sentimos felices de que el Papa sea recibido tan amplia y cordialmente. No estamos sorprendidos ni incómodos por este hecho. Es un gran polaco, una personalidad insólita, sobresaliente. Es un gran humanista".

Otros continuaron con el estribillo después de la peregrinación papal. "El gobierno encontró muchos puntos de acuerdo con las palabras del papa Juan Pablo, especialmente en su afirmación de la dignidad del trabajador y de su trabajo", dijo uno, típicamente.

En cierto sentido, éstas eran palabras valientes, viniendo como venían de decididos voceros comunistas. Porque no podían ser polacos y dejar de

saber lo que Juan Pablo afirmaba saber. Y no podían sino temer, en algún rincón de la mente, que el reclamo del Papa al pueblo, y sus reclamos a nombre de éste, un día pudieran ser satisfechos.

En realidad, esa misma posibilidad pareció ponerse de relieve cuando nada menos que un líder como Edward Gierek admitió ante un periodista occidental que lo entrevistaba, que no había una respuesta inmediata a la clara censura de Juan Pablo de que "en una época de revelaciones, en una época de vasto intercambio de información, es difícil entender y aceptar que cualquier polaco, cualquier eslavo, no pueda estar informado ni ser libre de preguntar".

Jerzy Turowicz, un comentarista polaco residente en Estados Unidos, estuvo entre los primeros en voltear las preguntas oficiales. Y al hacerlo, planteó una sorprendente agenda nueva, en la que Juan Pablo había hecho posible que se pensara en el corazón del Gulag: "¿Cómo tratar con tanta esperanza, con tanta nueva autoconfianza, todo este nuevo sentimiento de compromiso y libertad?"

Para la mayoría de los observadores occidentales, y para el nervioso gobierno polaco, la reacción de tolerancia de Moscú durante y después de la visita del Papa a Polonia, era inesperada e intrigante. Había habido algunos disparos aislados, y hasta una o dos salvas de los soviéticos, por supuesto. Sin embargo, hubiera sido de esperar alguna reacción mucho más explosiva y decidida frente a los desafíos asombrosamente abiertos y persistentes de Juan Pablo al marxismo clásico.

No era que los soviéticos no hubieran prestado atención. Por el contrario, Leonid Brezhnev no era el único funcionario soviético que había recibido boletines hora a hora a medida que se había desarrollado la visita papal. La implacable demostración de Juan Pablo de la debilidad central de sus adversarios había sido seguida discurso a discurso.

Moscú había oído decir a Juan Pablo: "Europa, que, a pesar de sus actuales y antiguas divisiones y regímenes, ideologías, sistemas económicos y políticos, no puede dejar de buscar su unidad fundamental, debe volverse hacia el cristianismo... A pesar de las tradiciones diferentes que existen en el territorio de Europa entre las partes oriental y occidental, vive en cada una el mismo cristianismo. El cristianismo debe comprometerse nuevamente a la formación de la unidad espiritual de Europa".

Si esas palabras resonaron en algunos oídos como el toque de difuntos por un marxismo flanqueante y decrépito, Moscú no dio ninguna señal belicosa de que escuchaba el mismo doblar.

"El Estado -Juan Pablo había ido todavía más allá- siempre debe ser subsidiario y subordinado de la plena soberanía de la nación". De acuerdo con ese razonamiento, el Pacto de Varsovia y la organización económica del Carne ya no deberían existir más, pues su único propósito era proporcionar apoyo logístico a los soviéticos en lo que Stalin había llamado desdeñosamente una vez "el patio trasero soviético".

No había manera de simular que las palabras de este Papa no se escuchaban mucho más allá de Polonia, que no habían sido escuchadas por millones en Checoslovaquia, Hungría, Bulgaria, Yugoslavia, en Lituania, Ucrania, Armenia y todas las repúblicas cautivas de la URSS. No había manera de simular que no habían sido escuchadas hasta en Cuba y Nicaragua, al otro lado del mundo.

¿Qué había en Juan Pablo que le permitía tal libertad de expresión? ¿Por qué Moscú soportaba tales violaciones flagrantes de la primera y cardinal regla del sistema Gulag que declara: "No permitirás que ningún hombre le hable libremente a mi pueblo"?

Para Moscú era inaudito tolerar un desafío tan prolongado, flagrantemente público. De algún modo, ¿había conseguido Juan Pablo capturar el cauteloso oído de por lo menos algunos miembros ancianos de la vieja guardia marxista-leninista, y al menos de algunos de los hombres más jóvenes que estaban a punto de llegar al poder? ¿Era por lo menos interesante, para algunos de los líderes soviéticos, que la actuación de Juan Pablo, aparentemente incendiaria pero verdaderamente controlada, no había producido escenas de turbas, ni motines, ni siquiera tanto como una huelga o un trabajo a desgano de los trabajadores? El sistema segura en su lugar, aun cuando se habían puesto en claro sus fallas.

Sin embargo, se había puesto igualmente en claro, y en un escenario mundial, que de un modo u otro el cambio era inevitable. Si el fomento de cambio desde adentro era el regalo que Juan Pablo había tenido la intención de llevarle a Europa Oriental, entonces, un poco de tiempo y amasando pacientemente, quizá se levaría la masa hasta en Moscú.

Mientras Varsovia y Moscú y el resto de los "hermanos socialistas" del imperio satélite soviético calculaban el saldo de la visita de Juan Pablo a Polonia, lo mismo hacían el Papa y sus consejeros íntimos en Roma y en Varsovia. No había pretensión entre ellos -Juan Pablo incluido- de que, hasta como jefe monárquico de la Ciudad Estado del Vaticano y de la Iglesia católica romana, Karol Wojtyla podía reclamar el tipo de perfil de poder compartido por los acostumbrados agentes de influencia en los asuntos mundiales.

ierto, su Iglesia tenía algo más de 907 millones de adheren és-nZ"= -- nales, alrededor del 18 por ciento de la actual población mundial. Tenía 483, 488 sacerdotes y alrededor de tres mil obispos, cada vez más revoltosos, que servían a unas 211,156 parroquias, que formaban las 1,920 diócesis y 513 arquidiócesis del mundo. Su organización institucional incluía una infraestructura de escuelas, universidades, institutos de investigación, centros científicos médicos y sociales, hospitales, conventos, iglesias, catedrales, capillas, monasterios, centros religiosos, embajadas, legaciones, archivos, bibliotecas, museos, periódicos, revistas, editoriales, estaciones

de radio y televisión. Cierto, también, _controlaba su propio Banco Vaticano con su equipo de asesores internacionalés qüé-aTminist_-`_'raóañúna extensa cartera de propiedades e inversiones de la Santa Sede en prácticamente _todos los sectores de la actividad_ comercial e industrial _del mundo.

A pesar de todo eso, sin embargo, Juan Pablo sabía que, en términos de poder diplomático, él era visto como una anomalía entre los líderes mundiales tradicionales. La mayoría de las ciento dieciséis embajadas, hechas y derechas, en la Colina Vaticana, están acreditadas ante la "Santa Sede", según la fórmula internacionalmente reconocida. En términos prácticos, Karol Wojtyla, como papa Juan Pablo II, es esa Santa Sede. Ni su organización institucional ni su cartera de inversiones -y ciertamente, ni la reverencia religiosa ni el acuerdo con el Papa en cuestiones morales o ideales políticos- dicta la necesidad de mantener esas misiones diplomáticas, sino simplemente el realismo práctico.

La mayoría de estas sedes diplomáticas corresponden a Estados decididamente no-católicos y con frecuencia predominantemente no-cristianos. Con mucho, no todos ellos son benévolos con la religión en general o con el catolicismo romano en particular. Sin embargo, mientras que todos ellos, desde las principales naciones a los principados diminutos más pequeños aun que el Vaticano, son anfitriones de los representantes diplomáticos que recíprocamente envía Juan Pablo, hasta el gobierno nacional más débil en las más primitivas de las naciones puede, al menos físicamente, mutilar secciones locales de su organización mundial.

De hecho, en el mismo momento de su visita a Polonia, a muchos se les había metido en la cabeza hacer precisamente eso. Y al hacerlo, habían demostrado que, como líder mundial, si eso era lo que él reclamaba ser, Juan Pablo no tenía alianzas militares para protegerlo a él o a sus intereses. No tenía fuerza económica ni industrial como para usarla como amenaza de represalia. No tenía preponderancia en el derecho internacional ni en las asambleas de las naciones para hacerles rendir cuentas a sus atacantes. Ni siquiera podía invocar a algún prominente talento científico o académico que impusiera respeto a los comunistas de Polonia, o, para el caso, a ningún otro régimen.

Sin embargo, no pasó desapercibido para Moscú o para Varsovia que él no había ido a Polonia como un débil suplicante pidiendo favores. Aunque se llamara a sí mismo un peregrino, no había llevado el tazón del mendigo, no había esperado ninguna limosna ni contribución ni indulgencia oficial.

En cambio, una vez que hubo descendido de su avión papal, todo lo que había hecho, había hablado voluble y dramáticamente de un tipo peculiar de poder. Se había comportado en todas partes como si poseyera, o como si anunciara, una fuerza a la que había que tomar en cuenta, una fuerza que sus iguales en el gobierno no podían ignorar ni maltratar con impunidad. Esto, ellos parecieron sentirlo.

Ante Varsovia y ante todos sus vecinos, Juan Pablo había demostrado

que la propia persona papal de Karol Wojtyla encarnaba la inconmovible convicción católica romana de que el papado, más antiguo, con mucho, que cualquier gobierno secular, y ciertamente más durable que la "revolución" marxista del 917, estaría vivo y vibrante mucho después de que el "experimento polaco" fuera reducido a unas pocas páginas de la historia escrita.

Sin duda, algunos polacos pudieron y decidieron convertirse en marxistas ateos y comunistas anticlericales. Pero en presencia del sucesor número 263 de Pedro, y frente al total entrelazamiento del catolicismo romano con el nacionalismo polaco, tales polacos en particular cayeron víctimas de lo que Lord Acton llamó inteligentemente los "celos milenarios", la profunda e impotente frustración de aquellos que habían pensado enfrentar y perdurar más que esa fuerza milenaria que Juan Pablo representaba, pero que veían con demasiada claridad que no tenían una probabilidad real de hacerlo al rodear la siguiente curva del camino de la historia.

En Polonia, Juan Pablo había marcado exitosamente su primera yfuerte reclamación a ser escuchado como una voz que opina, y no meramente en un ambiente eclesiástico... en una carta papal o en un sermón desde el púlpito de una iglesia. Había entrado a la arena de los asuntos públicos y civiles en un segmento del mundo que se suponía era el terreno de una superpotencia. Había exhibido, con sus detalles despreciables, la falta total de justicia y de apoyo popular de ese régimen. Había expuesto al liderazgo comunista local no como simplemente no querido, sino también intrascendente. Más importante para sus adversarios, en el Oriente y en el Occidente, este Papa aparentemente no-papal, había redefinido el poder en términos inesperados, irresistibles, y luego había tomado ese poder en sus dos manos y se había marchado con él.

Con posterioridad al drama que se había representado, no fue en Varsovia, ni en Moscú ni en el Vaticano, sino fundamentalmente entre los comentaristas y observadores occidentales, que las ironías peculiarmente eslavas, y los tonos a veces casi místicos del toma y daca que se habían producido entre Juan Pablo y sus renuentes anfitriones, siguieron siendo intrigantes durante algún tiempo. Algunos reportajes y comentarios occidentales contrastaban la recepción del Pontífice como jefe de Estado con su proclamado papel de peregrino. Pero parecían incapaces de reconciliar a los dos. Quizá el *New York Times* resumió tan bien como cualquiera la anterior evaluación occidental de los extraños empeños de este Papa no convencional en esta etapa de su pontificado: "La visita de Juan Pablo a Polonia no amenaza al orden político de la nación ni de Europa Oriental". Si el editorialista del *Times* hubiera podido tener una bola de cristal para 1989.

Los consejeros de Juan Pablo conjeturaban entre sí que los verdaderos éxite~; de la visita papal a Polonia no serían opacados durante mucho más tiempo, ya fuera por la falta de comprensión occidental o por los débiles

elogios de los voceros del gobierno polaco, que le concedían al Pontífice la diminuta estatura de una "personalidad sobresaliente. . . un gran humanista".

Porque la evaluación romana del peregrinaje de Juan Pablo a Polonia era ésta: sin duda una sola división blindada bajo su mando -un factor que, para algunos, siempre subrayaría su poder, y que echaba dudas sobre el mismo, para otros-, Juan Pablo había competido no simplemente con un régimen nacional sino con un sistema de gobierno internacional. Había violado con impunidad todos los tabús impuestos por una rígida dictadura del Hermano Grande. Había abierto el primer desafío efectivo al orden político del sistema de los satélites soviéticos, y de la propia Unión Soviética. Tal como había dicho que lo haría en sus primeros discursos después de su elección papal, sin duda había exigido el comienzo de un "nuevo orden" en el orden político y económico de Europa Central y en el internacional, entrelazado con él.

En resumen, desde los ocho meses de su elección como Papa, había hecho su primera entrada a la competencia con altas apuestas a la que había comprometido su papado. Y había emergido de ella con la estatura de una figura internacional.

Juan Pablo había dicho una vez de sí mismo: "Yo soy alguien que da. Toco fuerzas que expanden la mente".

Era cierto. Parecía seguirlo a todas partes un magnetismo especial que había sido evidente aun en sus primeros días en el papado. Como Papa, habían escuchado su exigencia de la libre integración de Polonia, no sólo en una Europa libre sano en un mundo integrado.

Su voz era la de un obispo polaco convertido en Papa romano. Pero, si se salía con la suya, el mensaje era de quien sería visto como el patriarca de esa integración por millones, en muchas tierras, durante décadas futuras.

4

El hombre visible

La incursión del papa Juan Pablo en Polonia fue profundamente exitosa en varias formas. Había sido realizada con tal precisión que, sin ninguna embestida crudamente revolucionaria contra los sistemas político y de seguridad existentes, de todos modos el Pontífice había forzado la entrada a la arena de poderosas y atrayentes alternativas. No sólo Polonia y el bloque oriental entero habían sido convencidos de que miraran esas alternativas directamente a los ojos. El bloque occidental, que durante mucho tiempo había admitido el statu quo en su propio beneficio, fue forzado también a enfrentar esas alternativas. Eso sólo podía tener profundas y duraderas consecuencias en ambos lados.

Igualmente importante era el hecho de que, para millones de millones dé personas, Juan Pablo le había dado un rostro humano a esas poderosas y atractivas alternativas. El rostro del Vicario de Cristo en la tierra.

No obstante, y aunque los redobles de la publicidad que asistía a cada paso suyo en Polonia hubieran sido casi ensordecedores, se vio que, en su propio estruendo, era difícil para las hordas de periodistas y comentaristas alcanzar la dirección del pensamiento de este Papa. A veces, a los asistentes de Juan Pablo les parecía que la prensa estaba observando una actuación deslumbrante cuya sustancia seguía siendo un misterio para ella.

Ciertamente, un cierto sesgo dramático apareció en la prensa polaca. Pero lo más que salía de él era el retrato de un hijo exiliado de la Polonia Sacra, ahora colocado en el poder, que había regresado para un evidente enfrentamiento, un desafío personal estilo Vaticano, con la persecución controlada por los soviéticos que había cubierto la patria de Karol Wojtyla durante casi treinta y cinco años.

Hasta en el nivel más favorable, y a medida que se multiplicaban los viajes de Juan Pablo más allá de Polonia y más allá de 1979, se los entendía y se los presentab,- en los medios, tanto tiempo como fue posible, y fueron comentados por los expertos, como nada más que visitas pastorales por parte de un Papa preocupado a partes de su Iglesia que tenían problemas. La confrontación más amplia y más profunda que Juan Pablo tenía en la mente, parecía escapar tozudamente al torrente de reportajes públicos y comentarios expertos.

Quizá había una pizca de esperanza en tales comentarios, o quizá alguna otra fuerza poderosa avanzaba siguiendo sus propias líneas. En todo caso, las memorias parecían muy débiles. No había pasado tanto tiempo desde que el cardenal Malula se irguió como un vocero simbólico del mundo, una especie de profeta, en la Plaza de San Pedro, ese día de octubre de 1978, y exigió que "¡Todo debe cambiar!" Y sin embargo, ahora que el cambio había comenzado verdaderamente -ahora, que ya no había un Papa que se hiciera eco de los tonos y comportamientos familiares de sus predecesores, que se habían contentado o limitado a esperar a la historia- todos parecían rechazar la idea como ininteligible o indigerible o invisible.

Esta mentalidad iba a perseguir a Juan Pablo durante años. En septiembre de 1989, un millón cien mil personas jóvenes -en su casi totalidad, de entre dieciséis y veinticinco años-, llegaron por su propia cuenta a recibir a Juan Pablo en Santiago de Compostela, España. Ninguna cadena de televisión ni de radio, ni agencia gubernamental, ni compañía internacional de relaciones públicas promovió la visita. La televisión no cubrió esa enorme reunión. ¿Por qué no?

Era como si fuese muy difícil -y para algunos, dentro y fuera de la Iglesia, demasiado desagradable- reconocer que en Juan Pablo II no estaban tratando con nada parecido a la mente de un papa tradicional. Y con toda seguridad no estaban tratando con un clérigo provinciano jugando en un laberinto eclesiástico mundial, como algunos parecían decididos a pensar.

Estaban tratando con un Papa que había llegado al papado ya equipado con una mente infinitamente innovadora. Un hombre que había sido entrenado por una larga experiencia, y por eclesiásticos polacos tan duros y astutos como el cardenal Sapieha y el cardenal Wyszynski, en una confrontación única, sutil, implacable y exitosa con el poder bruto. Estaban tratando con un Papa que había surgido del crisol llamado Polonia, donde la realidad religiosa y la justicia moral habían sobrevivido a siglos de guerra diaria con cada rostro cambiante de la opresión. Estaban tratando con un hombre cuya intención era dejar atrás todo lo que estaba terminado y pasado en el papado, la Iglesia y el mundo, y llevar consigo a tantos como pudiera para salvar el salto cualitativo a un nuevo orden mundial que se acercaba rápidamente.

Finalmente tenía que llegar la hora, por supuesto, para que apareciera una gama diferente de reacciones.

Comenzó a notarse que, aunque se multiplicaban los viajes de Juan Pablo, seguía existiendo una inexplicable ausencia de cualquier cambio como podría haberse esperado, aunque temido, si la intención y motivo del Papa hubieran estado relacionados con la reforma pastoral. Después de una humillación pública acompañada de sacrilegio en la Nicaragua sandinista en 1983, después de ser insultado insolentemente durante su visita a Norteamérica -y con la connivencia de los obispos norteamericános-, después de haber sido quemado en efigie y que su "papamóvil" fuera ensuciado con excremento por los católicos holandeses en 1986, no hubo caza de brujas, ni designaciones vengativas, ni acciones en represalia. En estricto derecho, debió haber reaccionado punitivamente. Detentaba un puesto, y su deber era defender sus derechos y prerrogativas. No hizo nada.

Además, estaba entonces el hecho curioso de que, a medida que el alcance de Juan Pablo sobre el mundo era cada vez más amplio, obviamente él estaba arrojando una red mucho más amplia de la que se necesitaba para sus católicos romanos. Hablaba no sólo con ellos y no sólo con cristianos.

Un día serían cinco swamis residentes en Los Ángeles, y otro, serían sacerdotes animistas de Togolandia. O quizá serían budistas en Thailandia, parsis e hindús y musulmanes y jainos en la India, o protestantes en Carolina del Sur, o humanistas en Suiza, o la familia real de Inglaterra, anglicana. Evidentemente, este Papa mostraba que quería conocerlos a todos ellos, hablar con ellos, orar por y con ellos, bendecirlos y gustarles a ellos.

Si ese comportamiento papal era extraño, la reacción de algunos de los comentaristas más interesados era por lo menos igualmente extraña. Seguro, el tono de la publicidad cambió, pero la comprensión no se profundizó. El enfoque general no parecía tanto explicar lo extraordinario -porque un comportamiento papal como éste no era sino extraordinario-, sino explicarlo como un acto nuevo en una especie de continua gira teatral papal.

"Este Papa está tremendamente cómodo con las multitudes", comentó un escritor norteamericano.

Un editor irlandés comentó sobre el "don natural" del Pontífice para "las relaciones públicas".

El Times de Londres resumió su opinión sobre la visita de Juan Pablo a Francia, en 1980, como si estuviera cubriendo algún costoso desfile público. "En general, el Papa fue bien recibido. Pero es de dudarse que el desembolso de dinero se justifique muy pronto", dijo el *Times.*

Algunos acusaban a Juan Pablo de viajar para escapar a una burocracia vaticana que ellos estaban seguros que él encontraba insoportable, y de ser un, mal administrador, incapaz de gobernar su propia Iglesia. "Tenemos, en realidad, un simple obispo polaco que sigue siendo simplemente un obispo de corazón y que ansía una labor simple, pastoral. No tiene madera papal", comentó un funcionario romano de alta posición.

Otros veían en los viajes papales una especie de perverso triunfalismo

de repliegue y derrota. "El Papa está muy consciente de que, en el siglo próximo, el catolicismo sólo sobrevivirá en los países del Tercer Mundo. El catolicismo siempre ha florecido solamente en poblaciones pobres de escasa calidad educativa. El Occidente sofisticado ya no puede tolerar la estrechez del catolicismo. El Papa se da cuenta de eso", declaró un erudito protestante norteamericano en una pieza maestra global de equívoco elogio.

En general, entonces, pareció afianzarse la sensación, a un nivel muy aceptable de información, de que el papa Juan Pablo estaba simplemente haciendo lo que hacía mejor. Uno puede pelearse sobre si se estaba escapando de la carga del gobierno cotidiano de su Iglesia, o sobre la acusación más cruel de que estaba haciendo la única cosa que era capaz de hacer. Dejando a un lado esas sutilezas, sin embargo, se consideró como el evangelio moderno que Juan Pablo II era nada más y nada menos que un genio de las relaciones públicas. Si pudiera saltar por encima de algunas de sus opiniones más puritanas y estrechas -especialmente aquéllas sobre la moralidad-, podía esperarse que no le hiciera gran daño a nadie. De hecho, se concedía generalmente, en algunas instancias hasta podría ser un embajador de buena voluntad bastante efectivo.

A medida que pasaba el tiempo, sólo era natural que algunas fuentes papales dentro del Vaticano mostraran una cierta exasperación con tales interpretaciones insistentemente ingenuas de los motivos e intenciones que tenía el Papa al hacer sus viajes. A esos observadores y participantes les parecía que los comentaristas y reporteros no habían prestado suficiente atención ni siquiera a sus propias historias anteriores sobre el record de "primeros" de Wojtyla, o sobre Wojtyla como un hombre marcado por el destino, o sobre lo que él había logrado en Polonia como sacerdote y obispo.

Aún, Roma es un lugar perseverante y paciente. Se sentía que, hasta sin releer la primera prensa y sin extensas entrevistas papales, una simple revisión de los logros de Juan Pablo pronto forzaría el reconocimiento de que, únicamente con sus viajes, en un sentido real y benévolo, este Papa estaba volteando el papado al revés.

Además, argumentaban algunos de los ayudantes de Juan Pablo, con toda justicia, no era sorprendente que la comprensión pública y privada se quedara muy atrás de la realidad de lo que Juan Pablo trataba de hacer verdaderamente al emprender sus viajes. El mero hecho de que se estuviera convirtiendo en una especie de Marco Polo papal era en sí mismo una revolución que llevaba un tiempo para acostumbrarse a ella.

Después de todo, como estos partidarios de la paciencia les recordaban a sus colegas vaticanos, el Papa católico romano siempre había sido alguien que residía y presidía en Roma. Hasta para los romanos, siempre había estado permanentemente *'allí",* jamás en el *"aquí"* de nuestras vidas comunes. Había estado perpetuamente separado del *"aquí"* por filas de cardenales y prelados. Había estado alojado en el silencio y el secreto. Unos muy

pocos podían obtener acceso a una audiencia semiprivada, donde escucharían al Papa hablar desde un trono rodeado por chambelanes de cara severa y guardias vestidos exóticamente. Las personas que eran muy especiales podían sacarse su fotografía con el Santo Padre y besar su anillo. Unos muy pocos -generalmente personas importantes por derecho propio, el tipo de gente que vivía en un *"allí"* en alguna otra parte- podían realmente sumergirse en los misteriosos recovecos del Palacio Apostólico del Vaticano para tener una conversación con el Papa.

La antigua razón eclesiástica de esta muy católica actitud siempre había parecido simple y clara y había sido aceptada con buena voluntad. Era cierto que, como punto de sagrado origen físico, la madre iglesia de toda la cristiandad estaba en Jerusalén. Pero también era cierto que, bajo la inspiración del Espíritu Santo, hacía mucho tiempo que la cristiandad había renunciado a todo feudo sobre aquellos lugares que la presencia terrena de Cristo como hombre mortal había vuelto santos. En la óptica cristiana básica, fue en una de las siete colinas de Roma --sobre el *mons vaticanos,* la Colina Vaticana-, que Dios había marcado un derecho perpetuo a cuarenta y cuatro hectáreas para el preciso centro geográfico y espiritual de su Iglesia visible, como sola fuente de bendición y salvación.

Y así había sido considerada Roma durante todo el largo apogeo del catolicismo como religión universal de toda Europa. Desde la bahía Galway, en Irlanda, hasta los Montes Urales de la Rusia presoviética e inclusive soviética, y desde Arcángel en el Círculo Polar Ártico hasta el río Congo en África, esta Roma era considerada como el más verdadero centro del universo.

Hasta cuando las Américas y el Asia y Oceanía surgieron ante la vista de los ojos cristianos, Roma siguió siendo el centro. Y los países europeos que la rodeaban llegaron a ser vistos como el centro de las tierras cristianas en un mundo en expansión.

Durante los primeros mil setecientos años de papado, por lo tanto, y en un sentido muy real, podía decirse con justicia que el Papa era Roma y Roma era el Papa. No era exactamente que ningún papa viajara fuera de Roma. Pero era cierto que ningún papa jamás atravesaba los océanos. Jamás iba más allá de las tierras centrales del cristianismo, de hecho. Ni siquiera en exilio forzoso.

También era cierto, e igualmente significativo, que cualesquiera viajes papales que hubiera habido, siempre habían tenido un objetivo inequívocamente claro y totalmente eclesiástico. Un concilio especial de obispos, quizá, una coronación real, una reunión política, una visita a un santuario particularmente venerable.

Las pocas excepciones sólo servían para confirmar la regla. El ejemplo de Julio II cabalgando con todas las insignias de un caballero en armas para pelear sus propias batallas, en el sentido literal, concreto, del término, era algo que los católicos preferían olvidar como una conducta sumamente nopapal. Hasta cuando el papado fue transferido a Avignon, en el sur de

Francia -supuestamente por razones de seguridad que abarcaron sesenta y nueve años y seis pontificados-, los papas no se movieron de Avignon. El principio, si no el lugar, siguió siendo el mismo. Todavía eran los "papas romanos".

En el siglo diecinueve hubo dos excepciones a esta tradición. Pío VI y Pío VII salieron de Roma, pero sólo porque fueron secuestrados por los gobiernos franceses y estuvieron prisioneros en suelo francés. Aun entonces la razón era dudosamente -y quizá doblemente- eclesiástica. Y mientras que Pío VI murió en su prisión, Pío VII regresó a Roma tan pronto como se lo permitieron sus captores.

Más aún, permanecer en Roma no siempre había sido un asunto fácil. Haciendo a un lado a los primeros papas mártires, que incluyen al propio Pedro, todavía en 1870 Pío IX sufrió la pérdida de todo el territorio papal de Italia -una guadañada de unos 41,000 kilómetros cuadrados- en favor del recién nacido Estado italiano. En represalia, Pío se declaró a sí mismo un "prisionero del Vaticano". No sólo se rehusaba a salir del conjunto de edificios de la Colina Vaticana, ni siquiera ponía un pie en el balcón del frente de la Basílica de San Pedro para dar su bendición a las multitudes que estaban abajo en la plaza.

Esta resolución histórica fue perpetuada por todos los papas después de Pío IX hasta que, en 1929, el gobierno de Italia hizo honorables rectificaciones, indemnizando al Vaticano de Pío XI por sus pérdidas anteriores con una suma de dinero no revelada y ciertas concesiones de privilegio en la vida social, económica y política del país.

Ningún sentimiento de ansia por viajar invadió al papado ni siquiera entonces, sin embargo. Más bien, los papas simple y muy naturalmente volvieron al antiguo esquema. Por ejemplo, ni los retiros de verano de Pío XII a Castel Gandolfo, ni su compasivo auxilio a los heridos en las calles de Roma en medio por lo menos de uno de los veinte bombardeos aliados durante la Segunda Guerra Mundial, fueron vistos por él o por cualquier otra persona como excepciones.

De manera similar, las raras incursiones de Juan XXIII fuera del Vaticano -una peregrinación al sagrado santuario de Loreto, una visita a los convictos en Regina Coeli, la prisión central de Roma- fueron de una naturaleza completa y tradicionalmente eclesiástica.

Paulo VI rompió un molde: fue el primero en viajar a través de los océanos. Pero éste fue casi un cambio técnico que no alteró el esquema básico, porque su intención y cada una de sus acciones en esos viajes estaban enteramente gobernadas por la antigua tradición eclesiástica. Desde el punto de vista papal, de hecho, los viajes de Paulo VI no fueron a ciudades o naciones, en absoluto. Fueron a un santuario aquí, a un ejercicio de devoción allá, a una organización internacional en otra parte.

Por ejemplo, para efectuar una reconciliación entre los católicos y los cristianos ortodoxos griegos, fue a Tierra Santa y a Turquía. Fue por celebraciones eucarísticas que fue a Uganda, la India, Colombia, Filipinas y Australia. Hasta sus escalas en Irán, Indonesia, Samoa, Hong Kong y Sri Lanka fueron tomadas por lo que eran, etapas necesarias a lo largo de un viaje eclesiástico. Un discurso importante -un momento culminante en la vida de Paulo VI- lo llevó a la sede central de las Naciones Unidas en Nueva York. Fue para honrar a la Virgen María que viajó al famoso santuario de Fátima, en Portugal. Aunque había una apariencia de innovación, en otras palabras, y aunque ocasionalmente adoptaba la descripción de sí mismo como el "Papa Peregrino", Paulo VI no estableció un nuevo esquema, por lo menos en esta área de la tradición y de la observancia papal.

Cuando se miraba contra un fondo de un registro tan largo, tan consistente y convincente de viajes papales, los miembros más pacientes del consejo íntimo de Juan Pablo argumentaban que era justo esperar una cierta resistencia al cambio, esperar un tiempo de retraso para ponerse a la par hasta con el modo de viajar de Juan Pablo, para no mencionar su notable perspectiva del mundo que iba a conocer tan íntimamente.

Más aún, se señalaba, para cualquiera que entendiera la naturaleza misma del Vaticano, no serviría por mucho tiempo argumentar que Juan Pablo era sólo un buscador de publicidad o que ansiaba el simple trabajo pastoral. No tenía sentido argumentar que un probado magnate de los medios, como Juan Pablo, no se molestaría en sacar un pie del Vaticano si todo lo que quería era un destacado perfil publicitario. O que los dos o tres millones de visitantes que llegaban al Vaticano cada año no servirían para satisfacer el ansia pastoral más profunda que presionara al cuerpo.

En realidad, desde hace tiempo el Vaticano ha sido el único lugar en el mundo donde nada se trata como si estuviera fuera de los límites por parte de la red de comunicaciones globales más intrincada, siempre vigilante, a veces irreverentemente curiosa e implacable. El Vaticano siempre ha sido lo que un veterano describió como "un lugar donde cada corredor es una galería de susurros y cada oficina una cámara de resonancia". El diplomático francés del siglo dieciocho Joseph de Maistre dudaba de que "ni siquiera el Espíritu Santo pudiera volar a través de él sin que lo sacudieran los vientos de las murmuraciones y la exhalación estentórea de los secretos". Y las cosas no habían cambiado ni un poco doscientos años más tarde, cuando Frank Shakespeare, nombrado embajador de Estados Unidos ante la Santa Sede, observó que "el Vaticano no tiene rival como puesto para escuchar".

Dentro de esa atmósfera, un enjambre de periodistas internacionales, reporteros y comentaristas -para no mencionar a los funcionarios de embajadas y consulados cuya ocupación es monitorear a este Papa y su Vaticano- pasan carreras enteras conectándose con las vastas redes de fuentes vaticanas "confidenciales".

Encima de todo, es un secreto a voces – especialmente desde el atentado de 1981 contra la vida del Papa- que no sólo los servicios secretos italianos sino por lo menos otros tres gobiernos participan en el monitoreo

ows!w alq!isngwoo la ejdwa!s se e!6eiejisa el enbjod 'o6jegwe u!s A
*jouaiue opeded un ua ope6!1seo A opeu
-opuoo op!s ejalgny opeu!pjogns jambleno leno la jod leded elonpuoo ap
od!i la e!6elejlsa ap jeo!pjeo eja!pnd oun anb souaw e ou 'oseo opoi u3 *sal
-uais!suoo se!6alejisa ejgeq ou 'aluewaiuajedy -olged uení- ap opooipluod
a ue eA!sayoo eo!lilod uej6 eun owoo asjeo!j!iuap! eja!pnd enb oBle e jwas
eloajed joueixa la apsop jaA eipod es anb ol ap epeu 'o!JCJIuOO la Jod
o1s!JJ ap oueo!A owoo
o 'le!punw aapil owoo 'souoio!pe.4uoo aluaweiuejede A souejlxa 'elonp
-uoo ns ap soioadse ap uq!ooaloo Pisen el ap sgilap eioeA anb ol -soAns
sope!le sol ap euoÁew el e !u- olged uení- ap sajelnoas souesjaApe sol
e saliplanaj uejoajed ou soiua!w!Aow sns ap s!s!lgue soAllsneyxa sgw sol A
'seded sol ap oo!lgnd sgw la aisg e uegenuasqo sosopep!no sgw sol -ows!w
is ejed sgwef opef!; eja!gny es ounBle eded anb osojlsesap sgw la aluaw
-elq!sod A'osoiBgad ogwni un owoo opueo!iuo uegelsa e!sal6l e!dwd ns ap
soyonw anb ol ue op!6jawns oljagey ejed owoo opuajjoy uei eje anb 'solfa
ap opunw la ue 'ojo fuejixa la ua eiaA eded alsa anb ol eje gnb jages ap
egelejl es opueno sopeljaouoosap aluawejapepiaA ueioajed sounBle'sosopep
-!no A sajopeAuasgo sgw olged uenr ap souesjaApe sol ailua uny
ouojujal ns ua
oilens ewó!ua un uaoajjoge le!oos A oo!wquooa 'oo!l~lod japod lap sajapil
sol ise 'ojoeA un aoejjoge ezalefnieu e! anb owoo ojnBas uel A -wafe!A
'alua!A!A ew6!ua un owoo solnojio soun6le ua uegewol ol anb eioajed
sgw oluel 'ueiA!A anb la ue ou!weo lap soli!s sogoue sol ue A sapepn!o
ser ua A sasied sol ue souepepn!o A sajapil so! uoo egelqey sgw oiueno
A opunw la jod olged uenr egefe!A sgw oiueno anb eje ewalgwd 13
ep!u!;ap elow eun ajgos uq!oualu! eun A esouadw! ugis¡A
eun jod op!onpuoo ajgwoy un ap soo!lugine souol sol egefal;ae -olinjeq
a egeinj;s!p enbjod leuo!oewalu! 1!jad opeoeisop un o 'adeosa un owoo
pep!o!lgnd eqeosnq anb ua!n6le ap zoA el souaw esoo ja!nbleno eje osa
„o(!H ns ap oueo!n la eóey anb easep aipeyy el!pua8 el enb
ol se olsa A 'eded ns Aos oA enbjod 'oisuZ) ap oueo!A lap ZOA el opeyonosa
ueAey ,(o11Sw la ol5IA uEAPLI JeBall epand oA anb sol e owoo souiu A
sajefnw A sajgwoy soiuei anb cIsCH„ -ezenbuej; uoo go!ldaj olged uenr
£861 ua 'epeAiid
e!oua!pne eun ap leo!; la e!oey saluei!s!A soueleu6!p soun olged uenr e
uwelun6aid al' „¿opunw lap saoed saluajapp e saleded sel!s!A serse ap sgw
seyonw epuajdwa pep!iueS nS anb jejadsa sowepod? 'aJped olueg„
soeugjodwaluoo sns aiiue aluawawji;
A ep!dgj uel opuewjo; egeisa es anb leuojoeusueji aluaw el ap e!pien6
-ueA el e egeweoue anb opeded le A owsluu is e asopugfwie 'sezageo sns
ap ew!oua jod ella e opeseiBu! ejgey anb ap eloua!ouoo aiualoeu el egelsa
uglgwei A -eoodg ejisanu ap alueijodw! sgw eyonl el owoo 'ews!w el
e opesai6u! eisey A'Solje aJiua e!ouaiedwoo el egejap!suoo olged uenr 'ou

o elegwoo la ejed ope!dwde 'enb ap e!oua!ouoo alua!oeu el soun6le ejed
ogoeoe le egelsa sepnp solel ap a!o!padns el ap ofegap 'oBjegwa u!S
„¿seis¡ euo!oeujalu! a sale!punw son!iafgo solia!o
ows!w !s ejed eu!6ew! ua!nb 'e!uolod epe6gilaj el ua e!AOOejZ) eue!ou!Aoid
el ap ods!gozje un ap souew ser ap ua!q unBle jges apand?„ „Vyl@JezeN
ap ua!q uoBle ales apand?„ :snsar ap zan ejawud jod jelge4 jeyonosa le
giunBaid ua!nb'laueyleN oogdgosa la owoo'uege1unBaid as saleded soo!lijo
sale 1 -soj1o soluel e ueqesnoe aluewlenl!ge4 anb lap ows!le!ou!Aoid la opoi
olged uení- uoo uq!oelaj ue 'ueiq!gxa -opunw la ejed onanu aluawlelol
A aiuelluq ojnin; un ap uq!oeujeoua e!dojd el owoo sows!w is e ue!an es anb
sajgwoq- eo!1!lodoe6 euaje el ua souesianpe sns eisey 'aluelsgo oN
ojelo eioajed 'souaw ol jod 'osa 'JOAeJ la opua!AlOAap
eqeisa ejoye A 'op!dgj aluawalua!o!;ns ol opeded la jod opewj'o;sueil
op!s jagey q!oajed wad -!se anj gz!no -„jawoo ejed soll!oaued ap jed un
A saiua!p ap ojl!deo un 'ouew ap ujlalew un uoo ewoa e!oeq * - *op!Ued
eisey„ ejAlfoM eded la 'soue alueinp op!oouoo e!gey ol anb ojaijod un ap
selgeled ser u3 -e!AooejZ) eue!ouinwd el ap op!les eisey 'aluaweinBaS
ooelod zan eunBle eded alsa ap aiuaw el A'op!oouoo ueigey el aidwa!s
owoo 'leuo!o!peji leded aluaw el ailue o^!1el!leno orles la jeAles ap saoed
-eoui uwan; solla eisey wad -scAenu aluawejalua ueja anb sesoo opua!o
-ey A opua!o!p egelsa anb eded un e opueyonosa A opuemasgo uegelsa anb
'lejaua6 ejauew ap 'japuajdwoo e uojezuawoo is anb sajap!l ap wawnu
o1ja!o un ogny 'olged uenr ap safe!A ap epua6e eosalue6!6 el ap ugzej
ejapeplaA el ap!saj apuop legol6 e!oualadwoo el ap euaje el ap ouuao
¿elrnnBasuoo ejed sasied ua!o sol e oueojao oBle e saleded safe!n
sejopeJOBE ap seualu!a^ ue soliatugl!J ap sal!w ap SOJUG!o Jefe!A ua asiel
-salow qnb jod?'pep!o!lgnd el elan; eja!s!nb enb ol opoi !S 'eja!p!oap ol !se
anb zan epeu sajelni!1 sol ua jeisa ejed jowni lap leded ejeyono el uoo uq¡oel
-noadsa ap elanzeo ja!nbleno janlosaj aluawelos eIJe3!saoaN T!o!lou las eied
eep! eo!lgjoojnq ewje la auau 19 oueo!len o!dojd la ua anb asj!1!wpe anb
eupuel 'algejoxau! eo!6gl ews!w el Jod 'saouolua 'seo!lgnd sauo!oelaj ser
ap wisaew oaai.u un owoo opel ap opefap elan; olged uenf- !s'ewns u3
-jowni A uq!oelnoadso epol ap'lewjo;u! eljeyo epoi ap'e!ouap!;uoo
epoi ap wluao la ua ?¡se eded la 'ou o aiuaseid aluauuleuosiad gisa lq anb
eas 'sejgeled sedo ua 'aluawleu!3 ollanbe ajgos noap o jaoey ou o apand
anb ol o 'olsa ajgos jesuad apand eded la anb ol ua eluawleu!; ueilnsaj
sauo!1sano sel'ouew el e ewal la las epend lgno o'olajoas ap o eioue1jodw!
ap laA!u gnb e euodw! ou A'eueone^ ug!snos!p o uq!oesiaAuoo ja!nbleno ua
opejonlonu! gisa uq!nb eliodw! ou 'enb op!pualue ua!q ?¡se 'sgwapy
opuepodaj A opueloue A :opue6!lsaAu! gisa ua!nBle
opueyonosa glsa ua!nBle 'opuenuasgo glsa ua!nBle ejdwa!S .solfa ailue
e!gweojalu! es qnb A odwa4 olugno jod A qnb jod A aA ol ug!nb'lg eo!unwoo
as uq!nb uoo A 'ouolglal jod A e1jeo jod Ig e osaooe aua!1 ug!nb 'edoj ns
'soiuaw!le sns 'leuosiad ns 'sep!uaA A sep! sns :olged uenr ap opellelap sgw

con el que se impulsan las grandes guerras, un punto ciego tan inmenso relacionado con la estrategia papal era considerado como una crisis de inteligencia por unos cuantos.

A pesar de la cobertura pública y de las críticas menores, no podía caber duda alguna de que Juan Pablo era profundamente consciente de sus innovaciones, lejos de estar buscando publicidad o de estar escapando de las cargas administrativas. Porque, lenta pero firmemente, a medida que esas innovaciones se multiplicaban con sus viajes a lo largo de la década de los ochentas, Juan Pablo se estaba construyendo, como Papa, un status personal sin rival como el ser humano más visible y conocido del siglo veinte. No sólo era visto personalmente por cientos de millones de personas en el así llamado mundo civilizado, también era visto por hombres y mujeres en los rincone4 más improbables que uno pudiera imaginar. Este Santo Padre solo -y~éiertamente sin la ayuda de la anti-Iglesia o superfuerza- estaba haciendo del suyo un lugar verdaderamente central sobre el escenario mundial.

Por supuesto, los adherentes a la anti-Iglesia y los miembros de la superfuerza tenían su propio y considerable arsenal publicitario, y no eran tímidos para usarlo. El rumor bien fundado, la filtración oportuna, la palabra de una "fuente sin nombre" bien colocada: todas éstas han sido armas eficientes durante veinticinco años de esfuerzo por separar al Papa de los medios tradicionales de gobierno de su Iglesia. Sin embargo -y debido en parte a esas innovaciones que volvían tan locos a todos-, este Papa se convirtió en la pieza central incluso del interés generado por la anti-Iglesia. Con la mayor frecuencia, la publicidad que resultaba de los esfuerzos de ésta se centraban en Juan Pablo. Hay que admitir que ese hecho siempre era incidental al objetivo principal de los que buscaban la publicidad de la anti-Iglesia. Pero de todos modos era un hecho, y un resultado concreto.

Por el desconcierto que les causaba, unos pocos líderes mundiales del tipo menos cuidadoso a veces subestimaban al enigmático Juan Pablo, o hasta lo eliminaban como uno de los jugadores en el torbellino de los acontecimientos mundiales. Uno de esos líderes, un jefe de Estado occidental más conocido en el Vaticano por su cinismo que por su sabiduría, cometió el error de ir como león a mantener una discusión privada y "franca" con Su Santidad. Cuando salió, no solamente le habían sacado los colmillos, parecía al mismo tiempo incrédulo y arrepentido porque no había sido puesto sobre aviso. "Aquí hay algo más. Él es más de lo que dicen, y más de lo que aparenta ser. ¡Seguro! Es más que eso", comentó sobre Juan Pablo.

No hace mucho, circuló la historia de un tipo diferente de encuentro a un cierto nivel de chisme en el escenario mundial donde Juan Pablo había elegido caminar como ningún papa lo había hecho antes que él.

El año 1988 era el milésimo aniversario del nacimiento del cristianismo en Ucrania. Mijaíl Gorbachov -surgido bastante recientemente y todavia sólo en forma parcial de la trama de tiempo que es la Unión Soviética-

decidió apropiarse de este aniversario milenario, reclamándolo como una bandera de la glasnost, y, por medio de un suceso propagandístico al que le dio el nombre intrascendente de "Servicio de Celebración de Moscú", tomarlo como un logro soviético.

A esta "Celebración" Gorbachov invitó a casi todos los líderes religiosos vivos de casi todas las iglesias cristianas. Con su manera ahora bien conocida de hacerse cargo de las cosas, el presidente soviético se lanzó con los dos pies metidos en un solo zapato, comunicándole una invitación a Juan Pablo 11 a través de intermediarios: ¿desearía Su Santidad unirse a muchos otros prelados que en esta ocasión marcharán obedientemente hacia Moscú en busca de la reconciliación?

La respuesta de Su Santidad llegó a Gorbachov, nuevamente a través de intermediarios; el Papa había hecho evidente, en diversas formas, de que estaba consciente de que, a pesar de haber estado setenta y cinco años relegada a las catacumbas del sistema soviético, la religión nunca había abandonado la corriente central de la vida soviética. La respuesta informó a Gorbachov que Su Santidad aceptaría la invitación con la condición de que, en la misma ocasión, el Pontífice fuera igualmente' bienvenido para visitar a sus católicos de Lituania.

Gorbachov se rehusó categóricamente. ¿Cómo podía ser de otra manera? Una visita papal sólo crearía nuevas dificultades, podría encender la yesca seca del nacionalismo lituano, por ejemplo. Hasta podría incendiar el latente resentimiento de cincuenta millones de ucranianos de mente muy cristiana, quienes ya estaban encolerizados porque su aniversario único en mil años les había sido escamoteado por un ruso que, a sus ojos, era ateo profesional.

En respuesta al rechazo de Gorbachov a su petición, Su Santidad declinó la invitación a aparecer en Moscú, agregando que, por supuesto, le enviaría al Secretario General un mensaje escrito con una delegación papal de menor nivel que iría a la "Celebración".

Sorprendido, confundido y ofendido por un rechazo tan terminante ante un ofrecimiento que él había pensado que sería irresistible para un papa romano, Gorbachov buscó tardíamente una interpretación de este polaco tenaz. Para él, como para todos los rusos, los polacos siempre habían sido señores o siervos. ¿Cuál de los dos era este Karol Wojtyla? ¿Qué mejor hombre para consultar en busca de una respuesta que el general Wojciech Jaruzelski, el hombre de Moscú en Polonia, polaco él mismo y católico, un hombre que había estado junto a Juan Pablo en más de una ocasión en años recientes?

Según las habladurías, la interpretación de Jaruzelski resultó inquietante para el líder soviético. El general polaco dijo que Gorbachov ya había cometido dos errores. El primero era haber invitado al Papa, en primer lugar. El segundo, una vez que la invitación había sido hecha, era haber rechazado la condición del Pontífice.

Se dice que Gorbachov preguntó: -¿Por qué errores? Es sólo una figura decorativa.

-Eso fue lo que pensamos cuando llegó a Cracovia, allá en 1978.

-¡Ah! -aparentemente, Gorbachov sacó una conclusión obvia-. Ustedes conocen su juego.

-Eso es precisamente -el general polaco confundió la cuestión aún más-. No lo conocemos.

-¿Entonces? -Gorbachov no estaba llegando a ninguna parte.

-Entonces -Jaruzelski hizo el señalamiento político que ya había llegado a ser tan obvio para tantos-. Es peligroso. Si marchas de acuerdo con él, si te opones a él, si tienes cualquier trato con él. Voz albo *przewdz. Es* tómalo o déjalo.

-Sí -se dice que Gorbachov coincidió-. Eso es peligroso.

Juan Pablo había fijado su posición. Gorbachov estaba aprendiendo la lección que más de un líder se estaba tomando a pecho. Y cuando tuvo lugar el "Servicio de Celebración de Moscú", indudablemente el Secretario General recibió escaso consuelo de las palabras del arzobispo Runcie, de Canterbury: "Bajo el señor Gorbachov, la religión ha entrado a la corriente central de la vida soviética".

El finado Franz Josef Strauss, de Alemania Occidental, fue quien mejor expresó la opinión sobre Juan Pablo que estaba comenzando a imponerse, finalmente, entre los más sabios de los "sabuesos" más experimentados del mundo. Dijo Strauss: "Por lo que sabemos, parece seguir una visión, tener a la vista una supermeta, a la que están tendiendo todos estos intereses diversos de las naciones, cada una por su propio camino separado".

Y eso era lo esencial. Por más que trataran, ni Strauss con su sabiduría ni sus pares en el escenario del mundo eran capaces de imaginar lo que podría ser esa supermeta de Juan Pablo. En sus esfuerzos por comprender qué estaba haciendo este Papa en el mundo, siempre se detenían ante la vista de una Iglesia llena hasta el tope de decadencia y desobediencia, desatendida, y ante las extrañas contradicciones en el propio comportamiento de Juan Pablo. Casi parecía como si el desconcierto, en las manos del Papa, hubiera alcanzado las dimensiones de un arma en esta guerra moderna en la que estaba comprometido. Y casi parecía que estaba desplegando la confusión en la forma en que un general despliega ejércitos.

Tomemos como **ejemplo hasta el nivel** más visible de **las actividades** de Juan Pablo. El nivel de sus muchos y variados viajes. Aun aquí, no se podían resolver profundas y perturbadoras incertidumbres.

Seguramente, ¿tenía algo más a la vista que problemas tan específicamente religiosos como, digamos, la difusión de la Teología de la Liberación que era tan mortal para la fe y el dogma católico? ¿Pero qué? ¿Cómo iban a tratar sus adversarios en la competencia global con un político -aunque fuera un Papa- que un día estaba frente a frente con uno u otro de los generales y hombres fuertes sedientos de poder de Haití, Chile, Guatemala o Uruguay, y otro día confundía el esquema haciendo una visita oficial a Benin, en África Occidental -para tomar como ejemplo sólo uno de los casos posibles-, donde se dirigía a una multitud de miles que lo aclamaban, mientras estaba de pie bajo un gigantesco cartel que exhortaba "Dios Bendiga a Nuestra Revolución Marxista y a Juan Pablo II"?

A otro nivel, ¿cómo podía interpretar cualquiera, en el Este o en el Occidente, la política asombrosamente paciente de este Papa, surgida, aun después de su viaje a Polonia, hacia la Unión Soviética y sus satélites en Europa Oriental?

¿Qué vistazo se podía echar a su estrategia oculta a partir de la actitud de Juan Pablo, intervención/no-intervención, hacia los gobiernos autoritarios de Latinoamérica?

¿Quién podía encontrarle pies ni cabeza a su trato versátil y siempre adaptable con la China comunista, a un lado del mundo? ¿O su constante contribución a las fuerzas que se estaban reuniendo para una Europa unida, que debía surgir en 1992 en el otro lado del mundo?

¿Qué le daba la habilidad, por una parte, para escapar de una colisión frontal con las organizaciones internacionales judías que cabildeaban para obtener un reconocimiento papal oportunista del Estado de Israel y, por otra parte, para evitar cualquier identificación cercana con la causa del Medio Oriente árabe, sin ser calificado de su enemigo?

Y en el nivel más amplio de la competencia geopolítica en desarrollo, ¿cómo iban a entender los centros de poder seculares, cambiantes, desmoronándose y realineándose, a un visionario -aunque fuera un papa- que hablaba sobre una futura condición de las naciones que estaría libre de socialismo y de marxismo, pero igualmente libre del funesto "superdesarrollo", que a Juan Pablo le había dado por criticar tan rotunda e inequívocamente como la maldición del capitalismo democrático?

Éstos no eran sino algunos de los desconciertos que eran tan importantes para los rivales seculares de Juan Pablo en la competencia a gran escala. Pero en lugar de respuestas, allí permanecía solo una permanente e incómoda sensación de que, si había, como dijo Franz Josef Strauss, "un único propósito en todo lo que este Papa está haciendo", y si él "sigue una visión... tiene a la vista una supermeta", nadie podría ser capaz de comprenderlo todo a tiempo como para poder usar la información.

5

Las Llaves de esta Sangre

En verdad, Karol Wojtyla no fue transformado por el papado. Más bien, estaba prácticamente hecho a medida para los papeles de sacerdote y de obispo dentro de una Polonia que era un microcosmos del atribulado mundo del siglo veinte que lo rodeaba, así como para el papel de Papa dentro de la Iglesia cuya obligación, divinamente señalaJa, era ser una fuente de salvación eterna dentro de ese mundo, pasara lo que pasase.

Como clérigo joven, a finales de los cuarenta, y rápidamente como obispo, en esa Polonia era heredero de una tradición eclesiástica muy específica. Precediéndolo y moldeando esa tradición, hombres como los cardenales Stefan Wyszynski y Adam Sapieha insistían en que la Iglesia no huye a las catacumbas. Tenía que estar en todas partes en la vida y en la sociedad polacas, aun frente a la represión brutal. Esa Iglesia tampoco había hecho ninguno de los compromisos tan desastrosos para la Iglesia en Estados Unidos, América Latina y Europa Occidental. Wojtyla heredó una tradición profundamente católica romana, sin adulterar, vibrante.

Además, en su historia de mil años, la Iglesia en Polonia había desarrollado una perspectiva que era genuinamente global, y este globalismo estaba fielmente reproducido en sus instituciones políticas, las cuales aunque servían al nacionalismo polaco; estaban imbuidas de un sentido genuinamente geopolítico. Esto también lo heredó.

La gran diferencia entre el Karol Woityla que entró al cónclave papal el 14 de octubre de 1978, y el hombre que emergió de él dos días después, fue que había entrado como arzobispo de Cracovia, y había salido como obispo de Roma. Se había convertido en el 263° sucesor de Simón Pedro el Apóstol, cabeza monárquica de la Ciudad Estado del Vaticano, líder reli-

gioso de alrededor de novecientos millones de católicos romanos esparcidos virtualmente en cada nación de los cinco continentes. Sostenía en su mano las antiguas Llaves de Pedro. Ahora poseía un poder georreligioso y un papel geopolítico que desempeñar.

Ahora era la única cabeza legítima de la única georreligión que el mundo haya conocido, una organización institucional viva, activa, multicultural, multinacional, multirracial, una institución estructurada de manera tal que las nermas locales y nacionales de sus miembros podían acomodarse en armonía y unión con los objetivos globales de la organización universal, confiados ahora exclusivamente al liderazgo y cuidado de Wojtyla.

Más aún, emergió del Cónclave como la encarnación personal de la entidad política global conocida como "Santa Sede". En ese carácter, fue aceptado inmediatamente -y, en cierto sentido, como algo más que un par- en el turbulento mundo de la política y la diplomacia internacional con el que el Vaticano está inextricablemente ligado.

Difícilmente pasa un día en ese mundo político sin algún incidente, grande o pequeño, que subraya el entrelazamiento constante e íntimo de la georreligión que Juan Pablo vino a encabezar con la naturaleza geopolítica de la arena mundial. Y cada uno de tales incidentes, grande o pequeño, liga al propio Pontífice romano a la vida internacional y a la actividad política en lo que ha llegado a ser considerado como el mundo secular.

Hasta el vistazo más breve a un par de esos incidentes de la historia reciente es suficiente para ilustrar qué partido interesante se había desarrollado en el Cónclave entre el papado y el Papa que había aprendido tan bien a los pies de Sapieha y de Wyszynski.

En los comienzos de la década de los cuarentas, cuando el joven Wojtyla y su Polonia estaban profunda y trágicamente atrapados en las connivencias de la Alemania nazi y la Rusia soviética, y en las políticas débiles de los gobiernos occidentales, el arzobispo Amleto Cicognani fue enviado a Washington, D.C., como Delegado Apostólico de Pío XII en Estados Unidos.

Durante su servicio en ese puesto, Cicognani hizo una cierta amistad con Maksim Maksimovich Litvinov, el más querido y el de mente más amplia de los embajadores soviéticos que el Kremlin haya enviado jamás a Washington. Litvinov sirvió allí durante tres años, desde 1941 hasta 1943.

Quizá era una amistad improbable, dado el comprometido e inflexible ateísmo de la Unión Soviética y la igualmente comprometida e inflexible condena de los soviéticos por parte de cada Papa romano desde Pío IX. Pero Litvinov tenía un don especial para la amistad, y un don excepcional para la conversación. Hablaba con todos y con cualquiera, y muchos de sus pronunciamientos públicos y privados todavía hoy son repetidos por algunas personas en Washington, inconscientes de que Litvinov es su autor. Un judío polaco nacido en 1876 en Bialystok -esa porción oriental de Polonia ocupada en esa época por la Rusia zarista-, Litvinov había pasado

ege^Jasqo 'souegno sel!s!w sol ap siseo el A sou!yooZ) ap ei M ap ajises -ap la egepjooaj eiAepoi anb 'oueouawealjou ooygnd la jelno!1Jed u3

-eo!d elsoz) A AenGeJed 'sei -npu0H'enBeJ9O!N'Ps9JB ap leuosjad jod elsandwoo A oual!sejq lRJaua6 un jod epepuewoo Pueouawejalu! zed ap ezjanl eun e seueouawea1JOU sezianl se¡ giodjooui '(b'3p) sougOUawy sopeis3 sol ap uq!Oez!ueBjo el 'oÁew u3 -oueweeZ) ap saplagaJ sedojl se¡ ap ijagwl ap sezjanl sel e egejedas anb pepunBas ap euoz eun uwa!oalgelsa A 'euals! ugpeu el ue ezjanl uej6 eun gojegwasap sopen sopeis3 'alq!sod anl owoo aluawep!dgj uel

-aojuoyy eu!jlooQ el ap olua!weii -e6sap ojlo n 'egnZ) ejio j!i!wjad eJed jowny ap egeisa ou sop!un sopels3 oluawow lanbe u3 ~ouals!way la opol eJed sauo!Oej!ldw! eiuai 'oyoay aQ euo!oeujaiu! e!Oueluodw! ap s!suo eun owoo eis!A aluawep!dej enl 'oiuel 01 Jod 'oBu!wo(j olueS ua uoilagaj el SE» el ap elinoo ouew el opuefegeji opeisa eigey anb A els!unwoo oiuawala aiueijodw! un ueinlou! oueweej ap saplagaJ sol anb aluawep!dgj q!oalgelsa es 'a!peu ap esaidi¿S el aluy

-aiuepunoj!o lejni euoz el ue A 'oueweeZ) Jod sepednoo uegeisa ou anb !ei!deo el ap saljed sel ua oiluoo ns uojaioalgelsa oueoiuiwop ouja!go6 le saleal sajei!I!w sezjanl sel 'sejgije8 ijagwl o!uoluy lejaua6 jap sauapio sel ofeq 'oiuel sejlua!IN

-eis!unwoo epuenllu! el ofeq eqeisa anb aiuaweloaijoO uegeyoadsos sauainb'sajel!l!w sol Jod £961, ua olsandap op!s eigey als3 yso8 uenr aluap!sajd opeooij -ap la oBjeo ns ue opelelsu!aj ejanl anb gpuewap A 'lejaua6 ua oyoelndod a aJiua 'aiuawepeu!w!JOS!pu! 'sewje ap sepep!iueD sapuei6 oAnquls!Q oBu!woa olueS 'lei!deo pepn!o el ap aved uojewol quaa ouewee3 oos!o -uej3 lau0joi fap opuew la ofeq olpjgfa jap saplagaj sapepun 'eueOiuiwo4 eoygndad el ap jeInsu! uq!Oeu elnu!w!p el ua'9961 ap l!jge ap 9Z A qZ 13

-sale!oniO uoja.AJOA as apaS elueS el ap pepiedeo el A oo!un oo!ülodoa6 sniels la onanu ap Á TO!19!A -os e!ouanllu! el aiuasajd egeisa 'eueose el opeuopueqe ueigey AOU!A1!1 A u4eis anbune 'onanu @(] uq!odnja oziy euanbad sgw ejjan6 eJ1o 'leded ouajjai la eje anb eipuajdwoo u!leiS elsey anb ,sauoioeu sel ap opunw„ ap aluajapp aijed eun ue 'sgndsap sepeoáp sop ap sgw oood un oo!lá!AOS JO!Ja1U! la ue so!Q jod sopep!Alo SOJOe soun ou 'sauoioeu sel ap opunw la se sapaisn ap ouajjai la anb aqes uá!gwei OJad ages ol osa 'is 'ows!le!oos lap so6!wau3 s>lelml uos ou sapaisn anb aqes ow!syejaua6 13 -apaS elueS el e ope6!l oo!lilodoa6 japod owajdns asa gleuas'o!gwei u3 sale!O!ijadns seA!le6au Ua gqaw es ou Aou!AJ!J- ¡e!OualeOx3 'ou 'yo! -

-ajoesew esa e elOaj!p P!Ouajalaj eun opua!Oey !ueuBoo!Z) of!p '„sIelni sol ap eojaoe opoi sowages„ soue!u -ejon salua!puedapu! sojafueib ap sauoil!w ojieno soun e opeu!w!la eigey owoo le¡ 'soueuaq!s aijanw ap sodweo sol e 'opguas ojos un ue 'opeue6 ap uq!weo ua afe!A un e ej!Igiei efuow A opelaid 'alopjaoes epeo e epeu

6!suoo aluawaigeqojd Aniu 'olua!wel!nb!ue lap openles zan eun '-ejjan6 el aluejnp ówell el es ise enbjod- u!lels ow!sflejaua6 la anb aluawleu!1 gogdaj !ueuBoo!Z)'oo!iáp,os Jopefegwa lap soluawnBje sopeuozej sol V Aou!m!-1 w!slle" A !ueu6ooiZ) olaiw`d ailua u!leIS e!Oey old ap P!Oua6!sueilu! el ap oO!doi la sgw zan eun q!6Jns enb'jeino!lued ua uq!oesjanuoi eun ua A 'leuo!Oeujalu! ejalsgwle epe6Jpi esa ua an3 „oljaouaA

anb saua!1 opueno 'ojjad un e alieBad eJed ouanq aluelseq ol sa elojj e6 ja!nblenZ)„ :Jall!H eauoi PO!lq!AoS uq!un el uoo eo!ueli.jq ezue!le el ap ll!gOjn4Z) uolsu!M oz!y anb esualap esowel sgw el ap uq!sj@A e!doid ns eje asejl el ,,oj1o n opow un ap 'opelojiap jas anb aua!1 Jah!H„ anb einp oueo -Uawealjou leuapjeO la 'esualap e!dojd ns u3 eis!u!leisa e!snd el A u!leiS jod oo!lgleo le!O!lo joijoy lap lejodwal olua!wepuelge lap jonel ua jeapl!geo eJed eoygieO elnbjejaf el Jod le!punw ej!6 eun q!puajdwa uewlladS sop!un sop -eis3 ap sepewjy sezjan3 sel ap lejauao uelladeZ) owoo o6Jeo ns oixalajd owoo opuenn |euo!Oeujalu! uq!sajd ap odnj6 le uoja!un as anb seleded salueluaseidaj sosojapod ap pep!lueo euanq eun ap oun eje 'IIX Old ap ouep!ljed uej6 ajduuais anbune 'uewlladS s!Oueid 'lioA PAenN ap leuapJeo jopeAjasuoo A opezjolsa la eisgH „w!1q!Aos ope!le„ le je!O!lo uq!O!sodo ns ejeluenal anb eJed eded lap ugpejis! ^pe el ajgos uq!sajd esuauuu! jaojafa eJed soo!lg!Aos sol e opewns ueigey as sasied soueA anb'ejjan6 ua saljed sel sepol Jod IIX o!d ap ejnlsod el epejap!suoo eje ajueijodw! uel epnÁe eun Á eijolaw eun Pijas

opunw la opoi ua salueluasajdaj sns ap A apaS elueS el ap peplejinau el asanl anbune jauaigo -epelojjap jas ap sofal egeisa eJAepol anb 'JOI1!H ap e!uewaly el ejluoi oo!láq ozjanisa la jez!uenle6 eje oo!lq!nos ozjanl -se aisa ap oj!i~lodoa6 o1!sgdwd 13 old ap ugp!sod el ap olua!wepuelge unBle jauaigo e ep!6!j!p eqeisa eo!lá!Aos e!6alejisa el 'oi!ip3 oluawow asa u3 0O!iq!AOs uaw'BaJ la uoo 0 ows!u!ual-ows!xjew la uoo 'ows!u!leisa a uoO'uileiS uoo j@A anb epeu jaual e IIX O!d ofeq P!sal6l el ap alua6!suejiu! uq!oisodo el eje !ueuBooiZ) ods!gozje la A Aou!Al!-I ailua sepeA!jd seljeyo se¡ ue eiBins anb oj!dgi auuajad la 'ejjan6 el ap soue sollanbe u3 seuel!uewny sesneo sepejonlonu! ueqeisa opueni

aluawie!oadsa 'aluappio ap seuosiad sejio A oueO!ieA jap leuosjad la uoo 'sale!o!loejlxa Anw saleu9O ap sgAgJJ e 'sao@A e 'gjoqeloo A joUaixa a ua sol .jeluoi sns onnluew Aou!Ai!J '9b61 ua asJEJ4J ap sándsap une oyoay aa ~ie!punw euaosa el egeu!wexa opueno -soo!sgq soueujny sajoleA sol ua- o!ldwe sgw oipeno la ua solo sol olsand elgey ajdwa!s anb'o1O!jisa oiluoO ofeq oj!lq!Aos aiueluesaidaj la Aou!Al!I e eiual oipnf la Aou!nl!n anb uoja!lu!s ajdwa!s uo16u!yseM ua soueOjao sew saiopejogeloi sns ajad e!puniN ejjano epunBaS el ap sale!Onio soue saíl sosa uá uilels ydasor ap alueluesajdaj owoo uq!Oonap ns ap sewef gpnp a!peu'uoi6u!yseM u3 0O!lá!Aos

oujaigo6 lap saJOUaix3 sauo!OPIOB ap uq!s!woj el ua leuo!salojd ep!A ns

mientras la explosiva situación dominicana se desplegaba en la cobertura gráfica de la prensa. Fotos impresionantes y dramáticas enfocaban su atención en forma creciente en la fuerte figura de un hombre cubierto con la blanca sotana de verano de un clérigo católico romano, una figura solitaria que iba y venía a través de la peligrosa tierra de nadie que separaba los dos campos armados.

Ese hombre era el arzobispo Luigi Raimondi, Delegado Apostólico del Papa Juan XXIII en México. Con su frente amplia, ojos penetrantes detrás de los anteojos, nariz romana y barbilla decidida, Raimondi era la encarnación misma de un hombre que no era tanto inmune a las pasiones cuanto capaz de colocarlas en un contexto más grande, y luego hacer que ese contexto fuera convincente para todos los involucrados.

Las autoridades de la OEA habían solicitado a Raimondi, aceptado también por el comando de Caamano, que fuera el negociador en los prolongados esfuerzos por alcanzar una tregua.

Durante esos meses cálidos y agotadores de la negociación, que se extendieron desde fines de abril a fines de agosto, un periódico de Santo Domingo publicó un editorial sobre la elección del Delegado Apostólico como el hombre para el trabajo. Y al hacerlo así, se extendió significativamente sobre el comentario que el embajador soviético Litvinov ie había hecho al arzobispo Cicognani casi veinticinco años antes.

"¿Quién podría pasar con inmunidad de un lado al otro? ¿En quién se podría confiar en que no tomara partido entre rebeldes y autoridad, entre comunistas y capitalistas, entre extranjeros y dominicanos? Solamente alguien con la delegación del único hombre sobre la tierra que sólo está del lado de Dios, el Padre Celestial del rebelde y de la autoridad, del comunista y el capitalista, del extranjero y el dominicano. Sólo un hombre tal como el Santo Padre, y sólo sus representantes oficiales, tienen la mente y el amor del Padre Celestial para toda la humanidad, porque sólo ellos sirven a toda la humanidad como a una familia, y tienen la capacidad de atenderla como a una familia".

La penetración de ese editorial en el mandato y capacidad de la Santa Sede, y la confianza que expresaba en el representante personal del Papa, dieron ambas en el blanco. Las negociaciones de Raimondi condujeron al final del levantamiento militar el 31 de agosto, y a elecciones regulares y a la retirada final de todas las tropas extranjeras de Santo Domingo en septiembre del año siguiente.

Los incidentes de Cicognani y de Raimondi, y también el editorial dominicano, se combinan para hincarle el diente a una historia más -no tan bien documentada pero muy repetida en los años siguientes a la Segunda Guerra Mundial-, que ligaba a la Unión Soviética, Gran Bretaña y la Santa Sede.

Según el relato, Churchill, primer ministro de Inglaterra, estaba recomendándole insistentemente a Stalin la importancia de adoptar esa misma política que Litvinov y tantos otros de hecho adoptaron: se dice que Churchill argumentaba que, como aliados, los británicos y los soviéticos debían tratar de atraer, de algún modo, al papa Pío al esfuerzo bélico. Con cáustico desdén se supone que Stalin replicó: "¿Cuántas divisiones nos puede proporcionar el Papa?"

Tal como continuaba la historia, después de la guerra Churchill repitió el diálogo a Pío XII. Más que insistir en lo obvio -en el hecho de que, a pesar de su abierto desdén, Stalin había reunido la presión mundial en un esfuerzo por ganar el apoyo del Vaticano-, se dice que Pío replicó: "Dígale a mi hijo Joseph que conocerá a mis divisiones en la eternidad".

Ya sea que esta historia es exacta en todos o en algunos de sus detalles, pone mucho de relieve acerca del poder que posteriormente fue colocado en las manos de Juan Pablo cuando aceptó el papado. Cualquier líder mundial que deja de lado las revelaciones eternas sobre las que el poder papal argumenta que está basado, busca problemas. Pero, al mismo tiempo, cualquier líder mundial que toma al Pontífice romano como poseedor solamente de las armas espirituales del mundo invisible y de la vida eterna para tratar los asuntos prácticos, de este mundo, está cometiendo un error estratégico de grandes proporciones.

Por definición, el problema que enfrentaban Stalin y las naciones aliadas en la década de los 40, y el que se presentó en 1965 en Santo Domingo, eran geopolíticos. Estaba involucrado el bien común de una extensa comunidad de naciones. Y, como observó el editorial dominicano, sólo una institución con verdadera capacidad geopolítica -la capacidad y el mandato de servir y atender "a toda la humanidad como a una sola familia"-, puede servir verdaderamente el mayor bien de la comunidad de naciones más extensa.

Sin importar lo intolerable que haya llegado a ser la idea para gran parte del mundo en días posteriores, Karol Wojtyla era un hombre que llegaba al papado con una plena comprensión y una apreciación sofisticada del poder geopolítico de la Santa Sede. Y, una idea todavía más intolerable, ese poder geopolítico era entendido por él como algo generado por (e inseparable de) el poder georreligioso reclamado en el amanecer mismo del cristianismo por sus primeros predicadores, los apóstoles.

El cristianismo comenzó en los primeros años de la década de los treintas del siglo primero, manifestando que le hablaba a toda la humanidad de las revelaciones divinas que les había hecho Jesucristo a todos ellos. "Id y enseñad a todos los hombres, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo" les ordenó Jesús a sus apóstoles. Ésa fue la última gran y bien recordada instrucción que Jesús les dio a sus apóstoles antes de desaparecer de la vista humana, apoyada en la entrega de las Llaves de la salvación sobre la tierra y en, el paraíso de Dios a Simón Pedro, solo y personalmente.

Al cristianismo le tomó casi dos tercios de su existencia de casi dos mil

años para alcanzar ese status georreligioso tan claramente impuesto por su fundador. Retrospectivamente, y aun en un bosquejo simplificado, es fácil ver por medio de qué dolorosos espasmos la Iglesia finalmente llegó a ser la organización institucional verdaderamente georreligiosa puesta en manos de Juan Pablo II.

En primer lugar, la georreligión no sería una simple cuestión de meros números o de distribución demográfica. Lo que estaba involucrado era algo mucho más difícil: el lento esfuerzo por liberar la expresión humana de esos revelación y mandato divinos originales, de las poderosas limitaciones -los elementos anti-georreligiosos- que han particularizado a todos los otros grandes movimientos históricos de la humanidad. Limitaciones que dividen a las personas en grupos, y que mantienen a cada grupo separado de los restantes. Lenguaje, costumbres locales, tradiciones étnicas, recuerdos raciales, ideas y metas nacionalistas, y ésos los más grandes de todos los factores limitantes, el egotismo humano, el egoísmo y la codicia. Todos tenían que ser enfrentados y reinterpretados y vencidos en un nuevo contexto.

El primer grupo de grandes limitaciones que tuvo que enfrentar el cristianismo fue el ferviente judaísmo de los primeros apóstoles cristianos y de los propios discípulos. Judíos casi sin excepción, les llevó casi veinte años darse cuenta de que Cristo no los había comisionado para convertir al mundo al judaísmo en el que habían sido educados. Su líder, Simón Pedro, tuvo que recibir instrucciones por medio de una revelación especial que cambió su perspectiva para siempre. Y, aun entonces, tuvo que escuchar y comprender los argumentos del vehemente Paulo de Tarso, quien declaró francamente a sus conversos no judíos que "no hay judío o no judío, no hay esclavo ni hombre libre, no hay hombre o mujer. Porque todos ustedes son uno en Cristo Jesús".

Alrededor del año SO, el problema estuvo arreglado. Los líderes cristianos se dieron cuenta de que, de acuerdo a Jesús, no se suponía que convertirían el mundo a un judaísmo cristianizado, el malentendido original de Pedro. Debían convertir a todos los hombres al cristianismo, que había heredado todas las promesas divinas hechas a los fundadores del judaísmo. Los cristianos eran los descendientes espirituales, la "semilla" que Dios le prometió a Abraham alrededor de dos mil años antes del nacimiento de Cristo. "Si pertenecéis a Cristo, sois la semilla de Abraham", les escribió Pablo a los gálatas, "y, en consecuencia, sois herederos de todo lo que Dios le prometió a Abraham". Esa pretensión cristiana echó las bases para el comienzo de una enemistad imperecedera de los judíos hacia los cristianos.

El siguiente giro importante en la marcha del cristianismo romano hacia el status georreligioso llegó después de casi trescientos años de persecuciones crueles y mortales bajo la mano de hierro del moribundo Imperio Romano.

Irónica y portentosamente, este segundo giro comenzó con el éxito del cristianismo, durante los siglos cuarto a sexto, en adaptarse finalmente al marco de ese mismo antiguo imperio Romano. Y sin duda fue un vasto giro, porque elevó al cristianismo desde el nivel de una secta provinciana, sin descripción sociopolítica, originada en la lejana y prácticamente desconocida Palestina, al status civil, público e internacional.

Hubo un precio que pagar por esta enorme facilitación de la prédica del cristianismo: el cristianismo romano no adoptó meramente la estructura sino muchos rasgos del reciente imperialismo romano.

Apenas había tenido lugar este giro cuando el cristianismo se vio sujeto a las invasiones destructivas de los bárbaros nórdicos y asiáticos, principalmente entre los siglos sexto y undécimo. El cristianismo romano finalmente domesticó a los invasores, sin embargo. Y al cristianizarlos, extendió su religión desde su núcleo originalmente pequeño en las tierras mediterráneas, hasta que cubrió toda Europa. La Sede de Pedro -la Santa Sede, como la llamaba la gente- era el centro de esa Europa.

Con esta nueva población, la Iglesia formó diligentemente la matriz de la cual vino la civilización que desarrolló todos esos valores superiores civiles, políticos, artísticos y culturales atesorados hoy como señales de progreso y civilización: justicia, compasión, democracia, dignidad, los derechos del hombre, hasta la medicina y la ciencia. Una nueva Europa disfrutaba ahora de la unidad y de una energía que el antiguo Imperio Romano, aun durante su apogeo, no había sido jamás capaz de crear.

La pieza central de todo esto era el hombre que se sentaba en el trono de Simón Pedro en esa Santa Sede de Roma. Entre los principales actores de la Mesa Redonda de la política internacional, ningún dirigente podía tomar el mando, ningún gobierno podía gobernar, ningún comercio podía funcionar sin la bendición espiritual y el asentimiento imperial del Papa romano.

Más aún, cualquiera fuera el señorío que este hombre, el Pontífice romano, ejerciera -cualesquiera ejércitos o flotas comandara o pudiera reunir, cualesquiera leyes obligatorias dictara que gobernaran la vida civil, política, artística y personal en toda Europa-, finalmente su derecho y pretensión para hacerlo estaba basada en su posesión de las Llaves de Pedro, de suprema autoridad espiritual.

Ajena como puede ser la idea para nuestras tímidas mentes modernas -y sin importar cuán secular pudiera haber sido el asunto que estaba entre manos, o cuán de este mundo eran los medios prácticos para manejarlo, y sin importar el desorden que hubiera dentro de la propia Iglesia-, final y sinceramente, la autoridad de esas Llaves se consideraba garantizada por la sangre de la verdadera vida derramada por Cristo en sus sufrimientos corporales y en su muerte en una cruz romana.

Catalina de Siena reflejó esta convicción religiosa, mantenida amplia y firmemente, cuando frente mismo a los profundos desórdenes de la Iglesia -el problema de los dos pretendientes a la Silla de Pedro, Gregorio XI y

Urbano VI-, narró una conversación que tuvo durante una de sus muchas visiones de éxtasis.

Dios Padre: ¿De quién es esta sangre?
Catalina: La sangre de Nuestro Señor, Vuestro divino Hijo.
Dios Padre: ¿A quién le dio Mi Hijo las Llaves de esta Sangre?
Catalina: A Pedro el Apóstol.
Dios padre: Sí. Y a todos los sucesores de Pedro hasta el día de hoy. Y a todos los sucesores de Pedro hasta el fin de los tiempos. Por eso es que la autoridad de estas Llaves jamás se debilitará, porque la fuerza de esta sangre nunca puede diluirse.

Los hombres y mujeres que eran contemporáneos de Catalina en el siglo XIV seguramente asintieron en conformidad con esta especial afirmación de su propia creencia en la interminable validez y poder del mandato de Cristo a los apóstoles, y a Pedro como su jefe.

Los problemas que enfrentaban Catalina y la Iglesia de sus días no eran, de ninguna manera, ni el primero ni el último de los trastornos que pusieron a prueba el derecho y el poder de los sucesores de Pedro para poseer esas Llaves. De hecho, la primera defección realmente masiva de creyentes con respecto a la autoridad apostólica simbolizada en esas Llaves había llegado unos trescientos años antes de la época de Catalina. En el año de 1054, las porciones griega y rusa del cristianismo rompieron toda relación con el Papa romano.

Pero fue en los siglos XVI y XVII que la unidad religiosa de la propia Europa fue deshecha por la rebelión protestante contra la autoridad papal, por los fuertes vientos del cambio sociopolítico y del desarrollo económico, y por una creciente insistencia en que la ciencia, como autoproclamado y excitante motor del progreso, debía cortar toda conexión con la revelación.

En todo su antiguo núcleo de Europa, la Iglesia romana se redujo constante y drásticamente en su crudo poder sociopolítico y en su exclusivo dominio religioso. Con sorprendente efectividad, Martín Lutero -él mismo un sacerdote casado con una ex monja, Katherine von Bora- exhortó a todos los sacerdotes y monjas a que se casaran, y a avanzar y conquistar el mundo entero para Cristo, dejando detrás de ellos para siempre a "esos célibes romanos".

La sorpresa para todos en esta evidente nueva calamidad para Roma, fue que, aun mientras la Iglesia romana perdía poblaciones enteras a causa de la quiebra de la unidad religiosa en Europa, "esos célibes romanos" ganaron nuevas y vastas poblaciones en África, Asia y las Américas. Durante los siguientes cuatrocientos años, ejércitos de abnegados -y, sí, célibes-sacerdotes, monjas y religiosos, procedieron a reunir una membresía de fieles adherentes que ninguna otra iglesia ha igualado jamás. Una membresía sin paralelo no sólo por su tamaño sino por su diversidad nacional, racial, cultural y lingüística.

Crecientemente despojada de sus territorios, y liberada de ese imperialismo político prestado de los romanos como un manto real pero que no le quedaba bien, la Iglesia católica comenzó a exhibir su innata capacidad georreligiosa. Desarrolló un estilo diplomático que se basaba principalmente en el *status* moral, no en el peso político, y ni siquiera en su influencia financiera. Desarrolló hasta un alto grado el sentido católico del papado como árbitro final para los problemas y dilemas que afectaban a las naciones en todo el globo. Ingresó a las contiendas públicas -políticas, científicas, culturales- sin más fuerza detrás suyo que su tesoro de experiencia, su juicio independiente, y esas Llaves de la sangre de Cristo, a la que más de un papa y muchos misioneros estaban dispuestos a agregar su propia sangre.

A comienzos del siglo XX, la presencia católica romana estaba en todas partes. Con cada década, el número de sus miembros aumentaba todavía más. La autoridad centralizadora del papado romano desarrolló más y más reglas absolutas que ligaban a las comunidades locales a Roma. La devoción al papado y la unidad eclesiástica entre papa y obispos, sacerdotes y laicos, estaba extendida y era la norma.

Fue, en un cierto sentido real, un alto renacimiento católico tan singular que ni siquiera terminó con la notable conclusión de la base del poder sociopolítico de la Iglesia, alguna vez grandiosa, y sobre la cual Roma había pensado durante tanto tiempo que descansaba su influencia. En 1929, los dominios territoriales del Pontífice romano fueron legalmente definidos como un estado de 44 hectáreas llamado Colina Vaticana, sobre la margen izquierda del río Tíber. Técnicamente hablando, hasta ese trozo de integridad territorial persistía sólo gracias a la buena voluntad de naciones que, muchas de ellas, no compartían la fe católica romana ni tenían un gran amor por la Iglesia institucional que la albergaba.

Por aquella época, sin embargo, hasta las naciones enojadizas tenían otras razones para ser por lo menos benévolas en sus relaciones con el ahora físicamente indefenso Estado de la Ciudad del Vaticano. Despojada de sus territorios, liberada del factor limitante de su propio imperialismo político, la Iglesia en sí y por sí misma fue reconocida como una fuerza potente en los asuntos de las naciones de cualquier denominación. Una fuerza que no podía ser dejada de lado como despreciable ni dominada a voluntad.

Debido en no pequeña parte al calibre de los primeros cuatro papas del siglo XX -Pío X, Benedicto XIV, Pío XI y Pío XII-, nadie trató de identificar esa fuerza con ningún sistema secular divisor, o con ninguna nación en particular, o, ya que se habla de eso, con ninguna organización internacional. En el momento en que murió Pío XII, en octubre de 1958 -veinte años exactos antes de que Juan Pablo II tomara su propio lugar en la Silla Apostólica- la Santa Sede y su Iglesia eran vistas como una entidad sola,

supranacional, que había alcanzado un status georreligioso y una estatura que recibían del mundo un reconocimiento geopolítico que era único.

Desde afuera -desde el punto de vista de aquellos que poseen y ejercen un poder secular significativo en la arena mundial-, la Iglesia católica romana, en su sin igual madurez como institución georreligiosa, es analizada en términos duros y prácticos. Tales líderes no mantienen ilusiones románticas. Sí las visiones y la fe de Catalina de Siena no eran para Joseph Stalin más que trocitos de un odioso cuento de hadas, la dura realidad que se vio forzado a enfrentar era que la influencia geopolítica de Pío XII tenía que ser conquistada en el esfuerzo por salvar su refugio soviético y la causa aliada en la Segunda Guerra Mundial.

Para el mundo secular, hay precisamente dos hechos relativos a la Santa Sede que son convincentes: el hecho de que, en su persona, el Pontífice romano es la encarnación de la Santa Sede, y el hecho de que la organización que encabeza llegó al fin, y sola, a satisfacer todos los requisitos de una institución georreligiosa. Éstas son las verdades tangibles que; a los ojos seculares, proporcionan al Papa la capacidad única de actuar en y para la comunidad mundial -servir y atender a la humanidad como una familia-, a medida que ésta busca a tientas el camino hacia el plano internacional sin fronteras en el que él ya se encuentra; y antes que cualquier otro,

El primer requisito para esa capacidad única, supranacional, del Papa, es que el objetivo de la institución que encabeza debe estar dirigido exclusivamente al bien de la comunidad internacional que abarca, como comunidad. De manera paralela, la comunidad que él encabeza, a medida que es ampliada y reclamada y propagada por su institución, debe ella misma compartir ese objetivo supranacional dirigida al bien de todos.

El segundo requisito se deriva directamente del primera. Para el mayor bien de todos a los que debe servir, la institución encabezada por el Pontiifice romano no debe estar atada pomada que sea meramente étnico o nacional o nacionalista, o por nada regional o racial 0 culturalmente particularizado. 'Teles atributos deben adaptarse, perla solamente hasta el punto -de que no quiebren la unidad y la armonía de que disfruta la comunidad supranacional, raí desvíen el objeM global de la institución Universal.

El tercer requisito para tener capacidad en el plano geol-rel gios+o se refiere e l® estructura. La inmituci-ári debe tener brazos y manos y piernas que ejecuten y *refuercen sus objetivos para el buen común de la* t;omunidad global, en todas las muchas naciones y situacioaies donde se emu~ren las ¢anea de ésa comunidad. Como la propia ínsrituciï6n:, y como la comunidad a la que sirve., Ws +es~tuaras organizativas deben adaptarse a les diferemias de las diversas parte,& de }a *comunidad, pem siempre dentro de la untad, armonía y o8jétivó de* 11 in'sfitución,

El requisito final de la capacidad georreligiosa es la autoridad. La institución, en sus estructuras y empresas organizativas, debe tener una autoridad única: una autoridad centralizada, una autoridad autónoma frente a toda otra autoridad en el plano supranacional, una autoridad que lleva en sí sanciones que sean efectivas para mantener la unidad y los objetivos de la institución mientras ésta atienda su tarea de servir al mayor bien de la comunidad como un todo y en cada una de sus partes.

Aun hasta despojada de sus adornos imperiales y territoriales -o, más probablemente, especialmente despojada de esas cosas-, la institución católica romana en el siglo XX ha satisfecho todos esos requisitos. Y su status convincente para los poderes seculares del mundo reside fundamentalmente en sus dos mayores atributos: primero, su imperativo moral, independiente y con base en la religión, tanto encarnado en la fe y dogma de la Iglesia romana como defendido y propagado por el Papa romano, y, segundo, su posición sin rival -única entre todas las unidades y agrupamientos religiosos, éticos y políticos del mundo- como una institución verdaderamente sin fronteras, verdaderamente global y totalmente independiente, cuyo terreno, como señaló tan precisamente Maksim Litvinov, "es el mundo de naciones".

Si los elementos políticos esenciales para el éxito georreiigioso estuvieran arraigados en algo diferente a los requisitos globales satisfechos por la Iglesia romana -en algo diferente al objetivo, comunidad, estructura y autoridad universal-, entonces el mundo tendría que mirar a cualquier cantidad de competidores, y la Iglesia católica tendría alguna competencia fuerte en el plano supranacional.

Si, por ejemplo, la sola longevidad fuera suficiente para asegurar la capacidad georreligiosa, entonces por lo menos cuatro religiones y unidades éticas superarían a Roma. El judaísmo, el hinduismo, el zoroastrismo y los modernas parsis y shintoísmo tienen todos un origen más antiguo que la organización institucional de la Iglesia católica. Pero cada uno nació con un sistema político alguna vez dominante, y en sus rasgos religiosos esenciales, cada uno está caracterizado por una tradición racial específica, geográficamente localizada y culturalmente condicionada. Más aún, para cualquiera de estos sistemas, renunciar a su tradición, todavía arraigada en esas mismas características raciales y culturales, sería abandonar su alma. Y sin embargo son precisamente esas especifiddades -sesos factores limitantes- los que impiden que estos sistemas desarrollen instituciones supranacionales.

Entre estos cuatro sistemas antiguos, debe hacerse una distinción entre religión -judaísmo, digamos, o islam - ylos antiguos sistemas éticos cuyos comienzos y esencia mismos estuvieron definidos exclusivamente por la raza y !la cultura y formas de vivir localizadas. Durante incontables siglos, ha parecido que tales sistemas han cantado un canto de sirena de -neutralidad' Migiosa para -muchos con un merco mental internacional, pero que consideran que la fe religiosa tiene poca o ninguna importancia.

El budismo, por ejemplo, que es fundamentalmente ateo, nació bajo el estímulo de su legendario fundador, Gautama Buda, como respuesta humana a la implacable dureza y falta de esperanza del ambiente social y político de Gautama en los siglos V y VI antes de Cristo. El budismo nunca fue una religión, y nunca desarrolló ninguna influencia supranacional.

Mientras tanto, el confucianismo fue la respuesta mesurada de una mente hastiada de un paganismo hueco y animista que había sido superado por una sociedad sofisticada. El confucianismo es uno de los fracasos humanos más notables que jamás se intentaran para proporcionar una ética vital de virtud y obras humanamente benéficas, divorciadas de cualquier creencia particular, pagana o no.

Ese canto de sirena ético ha continuado con una potencia renovada hasta en la era en que muchos tienen un rechazo racionalista hacia cualquier noción de verdad revelada.

La invención ética más notable del siglo XIX, quizá, fue la enseñanza Baha'i. Diseñada como un sistema de ética social que serviría a todas las razas de la humanidad -de hecho, sería una geoética-, Baha'i excluía cualquier y todo contenido religioso. En consecuencia, faltándole esa energía específica -esa meta y apasionado propósito-, ha permanecido en el status de una forma localizada de vida seguida por un restringido número de personas.

En un esfuerzo por corregir esa falla -para pedir prestada tal pasión y transplantarla-, algunos sistemas éticos, particularmente en el siglo XX, han intentado fundir variantes de budismo, confucianismo y Baha'i con con textos religiosos occidentales. Sin embargo, previsiblemente, el tibio resultado de tales préstamos y adaptaciones y reajustes continuos ha sido generalmente una disolución tanto del sistema ético como de la creencia religiosa.

Del lado religioso del libro mayor supranacional, el judaísmo proclama, declarada y explícitamente, qué es la religión y la fe de los descendientes físicos de Abraham. Acepta y siempre ha estado dispuesto a aceptar conversos de todas las demás religiones. Mantiene y siempre ha mantenido la universalidad de sus grandes leyes morales. Pero, hablando apropiadamente, lo étnico es endémico en el judaísmo. Esto, por sí mismo, elimina una genuina nota georreligiosa del judaísmo.

Cuando el islam, con su tipo especial de fervor religioso, se derramó sobre la escena de Medio Oriente, no era sino una tea con una meta Y ambición internacionales. En su expansión, no obstante, se convirtió en un conjunto internacional de comunidades locales. Y aunque esas comunidades estaban señaladas por una estrecha similitud en la fe religiosa y en los principios de comportamiento moral, no ha habido una autoridad única, central -una carencia claramente comprendida por el finado Ayatollah Jomeini de Irán-. Además, aun en su apogeo de la conquista de Europa, el islam nunca ha superado las raíces culturales de sus orígenes. Supranacional y georreligioso no son términos que le convengan al islam.

Pero, si ni la antigüedad, ni los experimentos y adaptaciones, ni el fervor religioso son suficientes por sí mismos para proporcionar capacidad supranacional, ¿qué pasa con todas esas creaciones fragmentadas que se han derivado del mismo catolicismo? ¿No pueden buscarse, por lo menos en algunas de ellas, las mismas capacidades supranaciona;cs de la institución romana? Después de todo, las Iglesias ortodoxas rusa y gi iega aceptaron los antiguos concilios que definieron los elementos del dogma, la fe y la práctica cristiana. ¿Qué más se podría necesitar que un corazón que late?

Sin embargo, de nuevo levantaron repetidamente sus cabezas esos mismos factores limitantes que enfrentaron primero Pedro y los primeros apóstoles. Porque los temas nacionalista y racial rara vez han estado ausentes de la religión del cristianismo oriental en todas sus ramas.

Las dos sedes patriarcales de Constantinopla y Moscú son los puntos focales de iglesias cuyo cristianismo está ahora saturado de las características raciales, culturales y lingüísticas de griegos y esclavos, respectivamente. Y cada una está basada en su propia tradición de nacionalismo.

En su autobiografía de 1988, el arzobispo Iakovos, primado griego de América del Norte y del Sur, esencialmente sumó su voz a la del patriarca griego de Constantinopla, cuando se regocijaba por *"el oikumene* ortodoxo (griego y ruso)" las tierras y pueblos que comparten la fe ortodoxa oriental. Del lado griego de ese *oikumene* ortodoxo, sin embargo, no hay menos de trece iglesias independientes (o "autocéfalas"), más cuatro iglesias semi-independientes (o "autónomas"), más dos monasterios, uno en la isla griega de Patmos y uno en la península del Sinaí. En cuanto a la autoridad, el Patriarca de Constantinopla es la cabeza titular de este conjunto de iglesias, pero sólo como "el primero entre iguales". Como en cualquier federación, las decisiones se toman por un voto de consenso. Un código de ley gobierna a todos los miembros, pero su aplicación y, hasta cierto punto, hasta la interpretación de ese código se deja a cada iglesia o monasterio individual.

Mientras tanto, del lado ruso, Pimen, el finado Patriarca de Moscú, no parecía compartir el sentido de ecumenismo del arzobispo Iakovos. En cambio, se sumó a sus predecesores en ese patriarcado al hablar de una tenaz visión separatista, de la "Madre Rusia" y de la "Santa Iglesia de la Madre Rusia" como el foco de la unidad eclesiástica y el lugar de su comunidad.

Una vez que factores limitantes tales como la tierra y el pueblo toman un Papel dominante, las cosas parecen fragmentarse más allá. Vasken I, el octogenario Supremo Patriarca y Catholicos de todos los armenios -unp población de unos 6.5 millones en todo el mundo-, declaró el 5 de febrero de 1989, en la catedral de San Juan el Divino de Nueva York, que "nosotros (los armenios) somos un pueblo con una madre Iglesia, con una patria, con un destino y un futuro". Esa patria es Armenia. Y esa madre iglesia no se compone del *oikumene* de la ortodoxia oriental, ni siquiera de la "Madre Rusia". Está específicamente definido como la catedral del siglo IV de Etchmiadzin, cerca de Yerevan, la capital de la Armenia soviética.

En una forma u otra, ese esquema separatista se ha repetido en las muchas iglesias y sectas -a veces calculadas en un número cercano a los tres mil= que resultaron de la rebelión protestante del siglo XVI contra el papado.

Algunas han alcanzado un crecimiento impresionante. La comunidad anglicana, aunque relativamente pequeña en número de miembros, es una organización mundial. Pero también sigue siendo una federación de iglesias locales, en las que la participación y principios de conducta y de acción comunal están determinados por el consenso. No hay deshonra ni descrédito para aquellos que se separan de estas asociaciones, y no hay una autoridad única que ligue a la comunidad como una sola unidad.

Cualquiera sea el tamaño de su feligresía o de la estructura que emplean, pocas de las iglesias que remontan su existencia a la Iglesia romana de los siglos anteriores han escapado a una subdivisión más o menos con tinua en comunidades cada vez más pequeñas, cuyos objetivos, organizaciones institucionales y autoridad se encogen con cada nueva rama arrancada de cada árbol transplantado.

En cuanto a otras organizaciones religiosas -grupos revisionistas poscristianos, por ejemplo, tales como los unitarios, mormones, cristianos científicos y Testigos de Jehová- no sería realista hablar de cualquiera de ellas en términos de capacidad georreligiosa o supranacional. Y sería fantasioso que los líderes seculares -que no son un grupo fantasioso- convocaran a tales grupos para que galvanizaran al mundo contra la opresión internacional armada como la que Hitler representaba, o para que ingresaran a la disputa Este-Oeste como árbitros creíbles y efectivos entre las naciones.

Hasta un examen tan superficial no puede dejar duda de que en 1958, a medida en que llegaba a su fin el reinado de diecinueve años del papa Pío Xil, éste legó a sus sucesores una organización reconocida por sus pares seculares como única en el mundo como potencia global, supranacional, independiente y sin fronteras, de enormes proporciones.

Adondequiera que pudieran mirar, de hecho, otros detentadores de poder en la arena del mundo podían ver las características del poder georreligioso de la Santa Sede. Radicaba en las principales congregaciones o ministerios vaticanos, por medio de los cuales el Papa gobierna el mundo religioso y moral de su comunidad global. Radica en la extensa red eclesial de 1,920 diócesis que comprenden 211,156 parroquias, y en unos 3,000 obispos y 483,499 sacerdotes que atienden esas diócesis y parroquias.

La sangre de todo esto y más -de las congregaciones vaticanas y todo lo que administran-- es 'la autoridad personal del Pontífice romano. Su 9scudo -las Llaves de Pedro bajo la triple tiara- colocado sobre dinteles, estampado en la correspondencia, tallado en las placas de los muros, in->,tustados en los sellos oficiales, no es sino una afirmación ornrripresenft,

que nunca se desvanece, de la fuente de ese poder personal. El poseedor de esas Llaves autoriza a una red viviente de representantes para que hablen directamente por él. Despacha sus propios voceros al exterior para que actúen en su nombre por lo menos en noventa países.

Esos voceros en particular no son miembros de ninguna jerarquía local, ninguno de ellos. Tampoco dependen de ninguna otra fuente de recursos, instrucciones, apoyo moral o inspiración que no sea el Papa, mientras cubren el mundo, abarcando a todas las naciones y todas las culturas y religiones. Estos representantes personales del Santo Padre son la versión del siglo veinte de la red que Jesús le ordenó a Pedro que "arrojara sobre las aguas profundas",

Como cualquier cuerpo diplomático secular, esta red personal papal está dividida en rangos de alguna complejidad. En este caso, los rangos responden a los nombres de Delegado Apostólico, Nuncio, Pro-nuncio, Internuncio, Encargado de Negocios, Delegado Apostólico y Enviado, y así continúan a través de un sistema diplomático tan intrincado y completo cómo la más sofisticada de sus contrapartidas seculares. As¡, cada rango está destinado a cubrir un tipo particular de misión. Y cada rango, cada título y cada misión funciona como una parte activa, viva, de un sistema global de gobierno y de influencia, cuyo centro es el Vaticano y cuya encarnación es el propio Papa en su designación internacional como "Santa Sede".

Lo que concentra la atención de estos representantes papales y guía sus juicios prácticos, no es el status de sus escenarios como entidades precisas e individuales. Es el status de esos escenarios como miembros de una comunidad global.

Lo que captura la inconmovible atención de los líderes seculares del fundo en esta notable red de la Iglesia católica romana, es precisarn^nte el hecho de que coloca a la disposición personal del Papa una estructura su pranacional, supracontinental, suprabloques comerciales, que está construida y orientada de tal moda que si mañana o la semana que viene, por un repentino milagro, se estableciera un gobierno mundial, la Iglesia no tendría que sufrir ningún cambio estructural esencial para retener su posición dominante y hacer avanzar sus objetivos globales.

Sin embargo; desde el punto de vista de cualquier detentador secular del poder, los hechos y detalles más importantes relacionados con la Iglesia rumana se reducen a un punto. Hay un acuerdo tácito entre los grandes líderes políticas y financieros internacionales, de que los propios atributos que le dan a la Santa Sede su poder y su capacidad georreligiosos, la proveen, también, con todo lo esencial para tener el mismo poder y capacidad en el plano político. A los ojos seculares, la Iglesia romana está sois, en todos los sentidos prácticos -y no meramente entre las estructuras y grupos religiosos y éticos -- como la primera fuerza geopolítica plenamente concretada, plenamente practicante y totalmente independiente que está en W a~:tkjal arena mundial. Y el Papa, como único jefe legitimo de la institución

organizativa y las estructuras de la Santa Sede -como el único que fija la meta general de los esfuerzos de esa institución- es, por definición, el primer líder geopolítico hecho y derecho del mundo.

Por supuesto, la Iglesia católica no se congeló en su marcha institucional cuando Pío XII dejó la escena. En realidad, inmediatamente después de su muerte, y mucho antes del lastimero grito del cardenal Malula, "¡Todo debe cambiar!", comenzó una serie de pontificados para los que no había precedentes en toda la historia turbulenta de la Santa Sede. Nadie -amigo o enemigo- podía haber estado preparado para los cambios que llegaron tan repentinamente con la elección de Angelo Cardenal Roncalli como papa Juan XXIII, en octubre de 1958. "El Papa Bueno", como a veces le gustaba llamarlo a la gente, se convirtió en el primero de una línea de cuatro papas, hasta hoy, que ha tomado una postura papal nueva y hasta ahora inaudita.

Abiertamente, y en otras tantas palabras, Juan declaró que en esta época, en su momento como Santo Padre, la Iglesia había decidido abrirse al mundo en una forma sin precedentes, para comprometerse en los asuntos de los hombres en una forma que no había sido jamás la de la Iglesia durante todos sus mil novecientos años de historia.

La primera característica fundamental de la nueva postura papal, tal como la presentaba Juan XXIII, se resumió en una palabra, *aggiornamento...* una "actualización" en la que la Iglesia "abriría sus ventanas", se abriría al mundo en una forma para la que no había paralelo en el reino de ninguno de los doscientos sesenta papas anteriores.

Juan, en realidad, fue bastante explícito cuando habló a los obispos reunidos en la Basílica de San Pedro el 11 de octubre de 1962, en la apertura de su Segundo Concilio Vaticano. Anteriormente, dijo, la Iglesia hacía cumplir la doctrina de la fe por medio de sanciones y métodos punitivos por la violación de las enseñanzas del papado. Esto ahora estaba cambiando, prosiguió. La Iglesia había decidido, como Madre de las almas de todos los hombres, confiar en la explicación y en el diálogo para obtener obediencia, junto con comprensión, de sus hijos. ¿Por qué este cambio? Porque, explicó Juan, una vez que la Iglesia le explique a un hombre el error de su conducta y la correcta doctrina de la fe en relación con la creencia y la práctica moral, él lo aceptará.

Aquí, el error fundamental de Juan XXIII fue creer en una especie de bondad natural en todos los hombres y mujeres, una bondad de tal especie que podría impedir *e impediría* que siguieran los dictados del mal, el mal que había en ellos mismos como remanente del pecado original, y el mal alrededor de ellos, existente en "el mundo, el Diablo y la carne". De parte del Pontífice, fue un importante malentendido de un sagrado dogma de la Iglesia, y, al mismo tiempo, una muestra de ingenuidad que es difícil de comprender en un hombre de su amplia experiencia pastoral.

Pero, de hecho, con esa decisión, Juan había renunciado equivocadamente a una de las principales funciones del Poseedor de las Llaves de la autoridad entregadas a él como sucesor de Pedro. Técnicamente, fue -quizá inconscientemente por completo- un acto de transgresión en el alto oficio. Hablando prácticamente, proporcionó a la anti-Iglesia y a la superfuerza la apertura que necesitaban para derribar la autoridad de Pedro. ¡Si Juan hubiera vivido para ver cómo reaccionaba la "bondad natural" a *Humanae Vitae,* la encíclica de su sucesor, Paulo VI, sobre el pecado inherente a los métodos anticonceptivos! ¡Si hubiera podido prever que dos tercios de los obispos de la Iglesia habrían tomado sus palabras, en 1975, como una señal para que ellos pudieran dejar de ser pastores con autoridad, para que dejaran, sin duda, de obedecer las leyes papales y de observar los deseos papales!

La aplicación que hizo Juan XXIII de su nuevo principio de gobierno de la Iglesia fue igualmente contraproducente cuando fue aplicado a la difícil relación entre la Iglesia y la Unión Soviética.

La segunda característica importante de este asombroso cambio demostró, de manera práctica, cuán profundas eran sus implicaciones para los asuntos internacionales en la arena geopolítica. Porque súbitamente, después de tantos años de esfuerzos tan grandes para quebrar la inflexible actitud de la Santa Sede hacia el marxismo-leninismo, la Unión Soviética se quedó atónita al encontrarse incluida en el panorama de la atención papal, personal y oficial.

Juan XXIII inició una correspondencia personal con el jefe del partido soviético, Nikita Jrushchov. Recibió al yerno de Jrushchov, el editor del *&vestía,* Aleksei Adzhubei, en la biblioteca privada del Papa. Y -lo más sorprendente de todo, después de más de cuarenta años de enemistad muscular e intemperada-, Juan hizo un acuerdo con Jrushchov: en el Segundo Concilio Vaticano, que el Papa había anunciado como el vehículo mismo de la nueva apertura de su Iglesia al mundo, no habría condena oficial por parte de la Santa Sede contra la Unión Soviética o su marxismo-leninismo.

Si el mundo estaba aturdido por las palabras y acciones del papa Juan, no estaba mal dispuesto a capitalizar las "ventanas" que él abriera tan confiadamente, o a penetrar a tantas estructuras geopolíticas que repentinamente encontraba sin llave, o a contribuir a la "actualización" de la Iglesia en formas que Juan no había previsto ni tenido la intención.

A pesar de tales problemas, cada uno de los tres papas que han sucedido a Juan XXIII ha ratificado y llevado a la práctica la nueva y radical postura papal que él introdujo.

El sucesor inmediato de Juan, el papa Paulo VI, amplió tanto la política de *aggiornamento* como la nueva actitud hacia el bloque soviético. Grandiosamente, y quizá demasiado indefinidamente, Paulo anunció que no sólo las ventanas de la Iglesia estaban abiertas sino que ahora la preocupación de la Iglesia era "el hombre en todas sus tareas y ambiciones para construir un hogar seguro en esta tierra".

En cuanto al marxismo-leninismo tan liberalmente exportado por la Unión Soviética, el papa Paulo llegó tan lejos como para inaugurar conversaciones protocolarias oficiales con vista a las eventuales relaciones con los satélites soviéticos de Europa Oriental, y como para echar su peso detrás de la oposición soviética a la causa norteamericana en Vietnam.

Breve como fue el siguiente pontificado, el sucesor de Paulo VI, el papa Juan Pablo I, no tuvo tiempo para indicar qué política tenía en la mente concerniente a la Unión Soviética y sus satélites. Pero sí encontró tiempo para hablar de la Iglesia "caminando con el hombre a través de todas las avenidas y caminos secundarios de la peregrinación del hombre". Claramente, no tenía intención de cerrar esas ventanas.

Juan Pablo II es el cuarto en esta línea revolucionaria de papas que comenzó apenas veinte años antes de su propia elección. Cosa característica, había entendido todo lo que había sucedido antes. Y fue franco acerca de su propia orientación en una dirección idéntica.

La propia regla de conducta de Juan Pablo concerniente a la apertura de su Iglesia al "hombre en todas sus tareas y ambiciones para construir un hogar seguro en esta tierra" fue el tema de su primera encíclica, publicada en la Pascua de 1979.

En una intencionada pregunta retórica, el nuevo Pontífice interrogaba, ¿qué ministerio "se ha convertido en mi deber específico en esta Sede. . . al aceptar mi elección como obispo de Roma y Sucesor del Apóstol Pedro"?

Su respuesta fue categórica. Retomaría con nueva energía y empeño donde los tres papas previos habían dejado: "Recae en mí no sólo continuarla (la política de sus predecesores), sino, en un cierto sentido, retomarla nuevamente en el mismo punto de partida. . . Deseo expresar mi amor por la herencia única que dejaron a la Iglesia los Papas Juan XXIII y Paulo Vi... Representan una etapa a la que deseo referirme directamente como un umbral desde el que intento continuar".

En esa encíclica, Juan Pablo ya era más específico que sus predecesores al hablar públicamente de sus intenciones papales. Y sus palabras eran las de un líder de quien se podía esperar que iniciara todavía más cambios en sus tratos papales con el mundo. "Estamos en una nueva temporada da Adviento", observó el Papa, "una época de expectativa. . . Podemos preguntar con justicia en esta nueva etapa: ¿Cómo debemos continuar? ¿Qué debemos hacer para que este nuevo adviento de la Iglesia, conectado con el cercano fin del segundo milenio, nos acerque más a Él a quien la Sagrada Escritura llama 'Padre Eterno'? Ésta es la pregunta fundamental que un nuevo Papa debe hacerse".

Refiriéndose a su institución como "la Iglesia que, a través de Juan Pablo I, me ha sido confiada casi inmediatamente después que a él", Juan Pablo subrayó su comprensión de la nueva postura papal que había comenzado con Juan XXIII, y su comprensión de lo que llamó "la conciencia de la Iglesia" de " ése, el punto más importante del mundo visible que es el hombre", y la "conciencia de los apostolados" por parte de la Iglesia. Y entonces, a su vez, Juan Pablo prometió que esta nueva "conciencia de la Iglesia debe ir (junto) con la apertura universal".

Habiendo hablado claramente sobre el tema del *aggiornamento,* quedaba poca duda de que Juan Pablo consideraría el cambio de la actitud papal hacia la URSS como de capital importancia, y que estaba precisamente en su sendero apostólico. Porque era, después de todo, una política seguida en esencia por todo eclesiástico polaco, para asegurar no meramente la supervivencia de la institución católica en esa tierra, sino su fuerza viva en cada sector de la vida pública y privada de la nación. No tenía intención de permitir que la política hacia Europa Oriental inaugurada por Juan XXIII y continuada por Paulo VI continuara en su esterilidad. Esa Ostpolitik no era más que la connivencia con el horrible statu quo que habían impuesto los soviéticos. Juan Pablo tenía la intención de comportarse tal como los eclesiásticos polacos habían reaccionado al estalinismo. . . activamente, no conniventemente.

A la luz de lo que dijo en esa temprana encíclica, y a la luz de sus propios antecedentes como sacerdote y obispo en Polonia, los primeros encuentros del papa Juan Pablo con el ministro de relaciones exteriores soviético Andrei Gromyko no debieron haber sido tan intrigantes como les parecieron a algunos. Y los rumores que surgieron tan rápidamente de que el Papa iría a Polonia, no debieron haber sido tan sorprendentes. Porque ambas cosas eran señales no sólo de que tenía la intención de soslayar la Ostpolitik de Juan XXIII y Paulo VI, sino también de que desde hacía mucho tiempo había dominado el arte de tratar con los hombres ásperos del Kremlin.

Nada en la actitud inicial de Juan Pablo, ni su confianza, ni la sutileza de su comprensión con respecto a la Unión Soviética, fue alterado por el advenimiento de Mijaíl Gorbachov a la escena soviética y mundial. En abril de 1989, después de la noticia de que Gorbachov planeaba una visita a Italia ese otoño, los periodistas le preguntaron a Juan Pablo, durante su visita papal a Mauritania, si recibiría al líder soviético en el Vaticano. El Pontífice no mostró hesitación ni una mentalidad de confrontación. "Me reuniría con él como jefe de Estado, como el jefe de su sistema, de un gran Estado", contestó Juan Pablo.

Quedó en claro que Juan Pablo quería subrayar un marco político y un propósito geopolítico en una reunión semejante con Gorbachov cuando una pregunta de seguimiento especuló demasiado audazmente sobre una posible visita en respuesta, del Papa a la URSS. "¡No!", Juan Pablo fue enfático. "Una reunión con el señor Gorbachov en el Vaticano no se debe ligar a una posible visita papal a la Unión Soviética. . . esa posibilidad es otra cosa, porque ése es un asunto de la Iglesia". Una cosa era que el Papa concediera una audiencia, como jefe del Estado vaticano, a un jefe de Estado visitante. Era una cosa muy diferente que el Papa visitara un Estado oficialmente ateo que perseguía activamente a todos los creyentes.

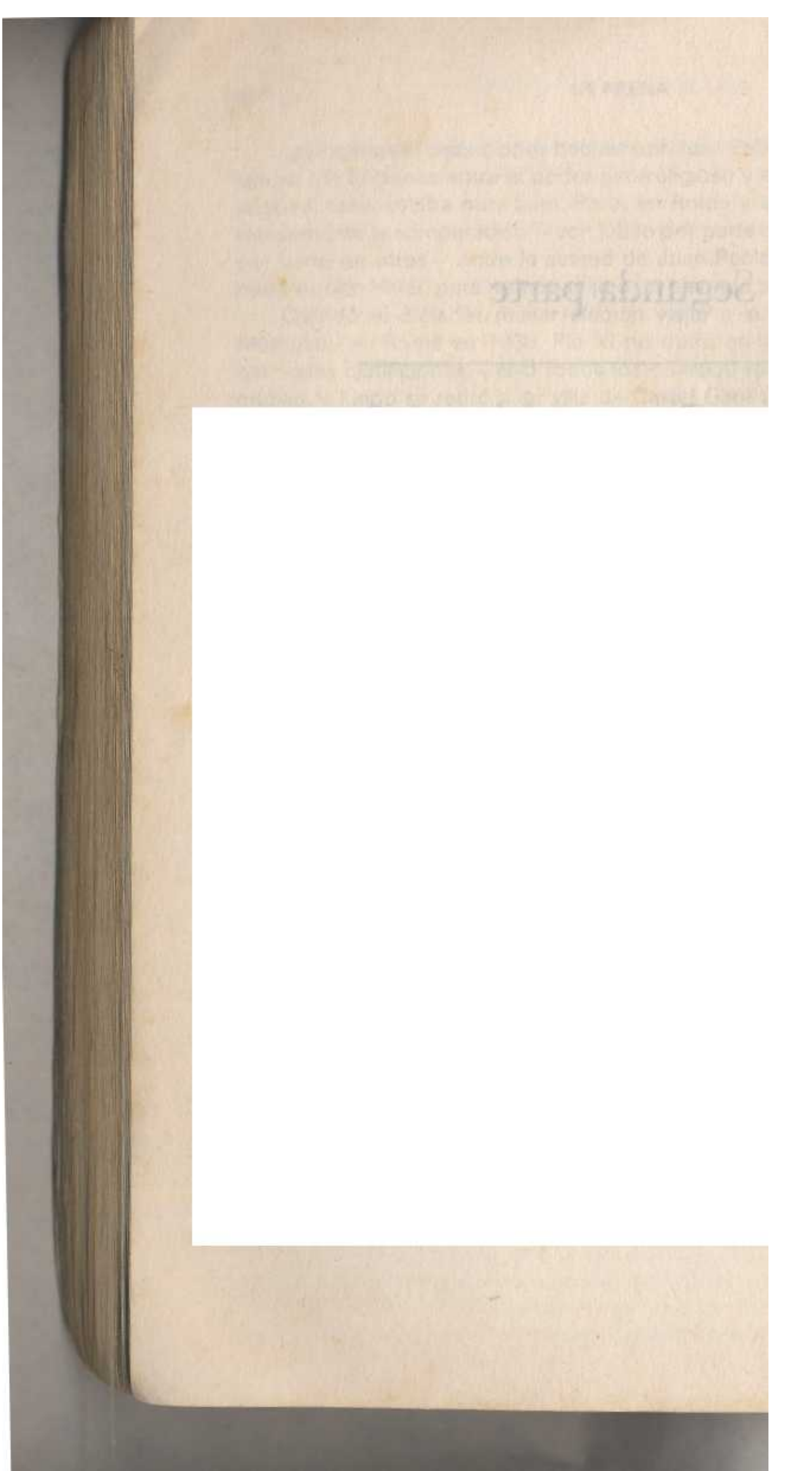
Las hermosas distinciones hechas por Juan Pablo a la prensa en tierras lejanas, distinciones entre el poder georreligioso y el poder geopolítico del papado, todo estaba muy bien. Pero, en Roma y en otras partes, se hizo rápidamente la comparación -con júbilo por parte de algunos, con tristeza, por parte de otros- entre la actitud de Juan Pablo II y la del papa Pío XI hacia Adolfo Hitler, para no tomar sino un ejemplo posible.

Cuando el dictador militar alemán visitó a su aliado italiano, Benito Mussolini, en Roma en 1938, Pío XI no dudó en su respuesta, y no hizo hermosas distinciones. Cerró todos los edificios vaticanos, hasta el último museo, y luego se retiró a su villa de Castel Gandolfo, fuera de la ciudad, hasta que la "peste nórdica", para citar a un hombre de los que rodeaban al Papa, hubiera dejado Roma y regresado a Alemania.

Pero las diferencias entre un Pío XII o un Juan XXIII, por una parte, y un Juan Pablo II, por la otra, radican en sus circunstancias individuales y en sus políticas papales. La política de Pío XII era de "manos afuera". Las de Juan XXIII y Paulo VI eran de "manos abiertas". Ambas eran políticas de reacción -si no reaccionarias-. La política de Juan Pablo, característicamente, era activa, hasta agresiva a su modo. Ni Pío XII ni Juan XXIII se enfrentaban diariamente con la enemistad organizada en su propia casa. Juan Pablo tiene que vivir con la superfuerza que no puede desalojar de su Vaticano, y debe tomar en cuenta a la red de partisanos de la anti-Iglesia dispersos a lo largo y a lo ancho de su Iglesia universal.

Debe tomar en cuenta tanto a la superfuerza como a la anti-Iglesia como enemigos de su Oficio Apostólico. Está consciente de su propósito. Ha experimentado la fuerza que tienen. Pero sabe- o piensa que sabe- que su principal batalla y principal objetivo no se encuentran en esa dirección. Más bien, él y su gran política papal están orientados hacia afuera. No posee esas Llaves de autoridad para reprimir esa oposición doméstica. Eso no tiene objeto, porque ellos ya no creen en la autoridad divina de esas Llaves. Creen firmemente en el poder y el prestigio de un papa como un jefe secular más. Y desean ese poder y ese prestigio para sí mismos y para el oscuro Maestro al que sirven.

Pero frente al mundo geopolítico, Juan Pablo se apoya en la autoridad simbolizada por esas Llaves escarlata, las "Llaves de esta Sangre". Precisamente por su poder único y su status como jefe de ese coloso georreligioso y geopolítico, la Iglesia católica romana, el análisis que hace de sus contrapartidas seculares tiene que ser pasado en la balanza de un juicio exacto sobre este extraordinario Papa.



La moralidad de las naciones: ¿qué pasó con las estructuras pecaminosas?

La competencia ala que ha entrado el papa Juan Pablo H, y en la que parece haber apostado todo, fue encendida por dos grandes motores impulsores de creación moderna, y mayormente de invención norteamericana, que ya han levantado al mundo entero hacia una órbita nueva deactividad yvalores humanos.

El primer motor impulsor fue la atropellada carrera hacia el desarrollo material, un factor que nunca antes operó simultáneamente entre todas las naciones del mundo.

El primer motor encendió al segundo: un empresariado genuinamente global que, una vez encendido, ha trabajado constantemente en tándem con el primero para crear las condiciones que están propulsando al mundo hacia una sola comunidad geopolítica.

El encendido del primer motor -esa carrera hacia el desarrollo material- se hizo posible por la hegemonía económico-financiera mundial de Estados Unidos en los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Y la fuerza que lo encendió fue la célebre creatividad tecnológica de los norteamericanos.

Una vez que la tecnología científica estuvo sometida a la empresa norteamericana, la primera órbita de prueba en la atmósfera de la buena vida fue realizada con éxito. Se produjeron más y mejores cosas para cada sector de la vida: para el hogar, la compañía, la ciudad, el Estado, el Gobierno Federal. Las innovaciones norteamericanas en todo, desde aparatos domésticos básicos hasta artículos para el confort y el lujo, y desde métodos agrícolas hasta equipo militar -para no mencionar los sistemas de fabricación y administración que se produjeron a lo largo del camino- desarro-

liaron una cultura de posguerra que muy pronto se convirtió en la envidia y el objetivo de otras naciones.

En el mundo de comienzos de siglo, un desarrollo semejante podría haber seguido siendo muy propio del continente norteamericano. En el mundo de posguerra, no pudo. Estados Unidos estaba reconstruyendo Europa y Japón. El dólar norteamericano afianzaba a las monedas locales alrededor del mundo, y cualquiera fuese el tipo de sistema monetario internacional que prevaleciera. Las Naciones Unidas, ellas mismas con sede en Estados Unidos, llevaron a las naciones nuevas fuera de sus antiguas culturas y hacia nacionalismos recién nacidos pero materialmente retrasados.

Winston Churchill dijo en 1954 -ni diez años después del fin de la Segunda Guerra Mundial-: "El mundo se ha vuelto espantosamente pequeño en dimensión, y a horcajadas sobre él se levanta el coloso norteamericano, cuya fuerza y corpulencia nadie puede igualar, pero cuya ropa todos deseamos usar".

El propósito fundamental de Estados Unidos en su ímpetu tecnológico y en su actitud empresarial, era económico y financiero. El negocio de Norteamérica, tal como Calvin Coolidge lo había dicho en 1929, seguía siendo el negocio... presupuestos equilibrados, números escritos en tinta negra, un dólar sano.

Ese ímpetu fundamental había estado accionando en Estados Unidos desde su fundación. La cultura de los norteamericanos -tanto como un mosaico de culturas inmigrantes cuanto como una creación singularmente norteamericana- creció y se adaptó a las rápidas transformaciones que cambiaron la calidad de la vida en la nación a partir de 1900. Pero fue el inmenso crecimiento y progreso de la industrialización norteamericana, desencadenado por la Segunda Guerra Mundial y por la actividad empresarial norteamericana de posguerra, que llevó a Estados Unidos ininterrumpidamente y sin cambios adversos al umbral de la era tecnntrónica.

Para 1960, la "búsqueda de la felicidad" norteamericana se concretó en el logro de la "buena vida". Y "buena" se refería a la vida hecha fácil, descansada y materialmente placentera. Se refería a la calidad de la vida que podía lograrse con la introducción de las invenciones tecnológicas modernas para el individuo, la familia, la compañía, la ciudad, el Estado y la nación. Era mucho más que "dos pollos en cada olla y un auto en cada garaje". Hubo un profundo cambio en la calidad moral de la vida norteamericana.

Para 1960, también -y en gran parte porque Estados Unidos estaba tan profundamente involucrado en la reconstrucción de posguerra de Europa y de Japón- el impulso hacia el desarrollo material había comenzado a saltos en las naciones y estaba dando indicios de vida en todo el mundo. La buena vida tal como estaba representada en Norteamérica se transformó en el ideal de las naciones, ya fuese que estuvieran en condiciones preindustriales o que ya poseyeran algún grado de industrialización, alto o bajo.

Una gran cantidad de combustible se echó a los grandes motores nuevos del desarrollo y el empresariado. Las comunicaciones mundiales -principalmente la televisión, las cadenas noticiarías y la industria fílmica norteamericana- les dijeron más a las naciones subdesarrolladas, sin desarrollar y en desarrollo, sobre la buena vida, que cualquier folleto del gobierno, El turismo norteamericano, que se convirtió en una fuente importante de ingresos anuales y de mayor riqueza para muchas naciones, realizó la misma tarea. La creciente importancia de las Naciones Unidas, y el creciente ritmo de la descolonización de decenas de naciones en África y Asia, subrayaron la importancia de la dignidad económica. Las naciones no desarrolladas y subdesarrolladas reclamaron para sí mismas el derecho a explotar sus propios recursos naturales.

En lo que parecía muy poco tiempo, la arremetida hacia el desarrollo, estilo norteamericano, se volvió casi universal. Los bienes de la buena vida nutrieron en todas partes la urgencia por desar: ollarse á /a *Américaine.* El automóvil remplazó al camello en Arabia Saudita. El vendedor de té ubicado fuera de Beit-el-A-jaib, en la Ciudad de Piedra de Zanzíbar, ofrecía un Kleenex a sus clientes con cada vaso plástico de té de limón. El zumbido de los chismes de la aldea de Tralee, Irlanda, se perdió en el estrépito de "Feudo de Familia" y "La Rueda de la Fortuna", traídas por satélite. El ladrido de los perros de trineo de Alaska fue suplantado por el rugido de los nievemóviles en Prudhoe Bay. Los mukluks fueron remplazados por chocolates Mars Bars, y el sistema de drenaje de Barrow, Alaska (3,000 haba, se calentaba a un costo anual de 239 millones de dólares.

En Filipinas, en Calcuta, en Glasgow, los dueños de casa planeaban alfombrar de pared a pared de Azul Manhattan. En Kuwait, los refrigeradores se hacían en azul laguna. Los automóviles color aguacate tropical ronroneaban por la ciudad de Panamá. Los mercados de pulgas de Europa ofrecían tocados navajos, ornamentos de los indios norteamericanos hechos en turquesa y plata, y jeans Levi's. El Cuisinart competía con la minicomputadora en los presupuestos anuales de El Cairo y Malasia.

Inclusive hacia el final de los 80, cuando la hegemonía financiera de Estados Unidos había sido desplazada, y su hegemonía militar había sido desafiada con éxito por la URSS, la buena vida estilo norteamericano continuaba siendo el producto final deseado por las naciones, el objetivo que las impulsaba hacia el desarrollo. Las ventas de los programas de la televisión norteamericana, que habían alcanzado los mil millones de dólares en 1987 y estaban proyectadas a 2,300 millones de dólares para 1990, siguieron llevando la buena vida, tal como se la representaba en "Dallas" y en "Falcon Crest", a un creciente número de conversos. Mientras tanto, en 1988, las películas norteamericanas -de todo, desde *Rambo* a *Rain Man*- llevaron 1,100 millones de dólares a Estados Unidos desde el exterior.

Para esa época, los motores impulsores del desarrollo y de la empresa habían encendido la maquinaria principal del dominio global trilateral. A Estados Unidos se unieron Europa Occidental y Japón en la carrera por el

futuro. Así como Norteamérica había tenido su carrera por la tierra y su carrera por el oro, así ahora el mundo tenía su carrera por el desarrollo. Y fue a lo largo de la pista rápida que una nueva raza -los pioneros del genuino empresariado global- correría como el demonio. El empresario norteamericano de estilo antiguo fue remplazado por una raza nueva en una nueva frontera. El nuevo grito no era "¡Oro!", sino "¡Utopía Económica!"

A pesar de todo su ímpetu y poder y entusiasmo, sin embargo, en la emergente Utopía hubo problemas desde el inicio. El desarrollo producido por los nuevos empresarios estaba distribuido desigualmente entre las naciones. A fines de la década de los 80 casi cuatro quintos de la población mundial, aunque tentados por la buena vida, no tenían participación en ella. De un año y de una década de superdesarrollo a los siguientes, la mayoría de los hombres y mujeres no vio ninguna mejoría sustancial en su situación económica, ni una esperanza sólida de que el lúgubre panorama de su vida presente no se extendería en un largo y horrible mañana para sus hijos, y para los hijos de sus hijos.

En las playas del Atlántico, el propio Juan Pablo II había hablado con los jóvenes de piel dorada de Brasil, que todavía jugaban despreocupados en las playas de Río y soñaban con irse a una de las mecas del dinero en Estados Unidos o en Europa. Y él ha visto las favelas llenas de familias, cuyos sueños más escuálidos se deslavan por las laderas lodosas, junto con **sus casuchas diminutas, cuando llegan las lluvias a** Río año tras año, todos los años. Los ricos siguen cómodos. Nada cambia.

En medio del Pacífico, Juan Pablo ha visto a los millonarios que florecen en las Colinas Alabang y en la Plaza Corinthian en Metro Manila, a la vista de tugur¡os mortales. Sabe lo que significa que la Hacienda Luis¡ta, de la familia de la presidenta filipina Corazón Aquino, los Cojuangcos, todavía domine a los siervos de la provincia Tarlac. Entiende por qué los revolucionarios como el padre Jesús Bolweg, S. J., y sus compañeros sacerdotes y monjas todavía mueran en el corazón de las montañas filipinas junto con guerrilleros comunistas. Los ricos siguen cómodos. Nada cambia.

Hay señales entre algunos empresarios globales de que una cierta ansiedad bien fundada ha remplazado al optimismo original de su visión, mecanicista y ciertamente ingenuo. Hasta una nación como Japón, que mira tanto hacia sí misma, autoconcentrada, se ha visto forzada a considerar cómo "adaptarse. . . para compartir las cargas y responsabilidades de la economía mundial", como fue expresado delicadamente el problema en 1989 por Keiya Toyonaga, Director Ejecutivo de Matsushita.

Ansiedad o no, el movimiento hacia la puesta en práctica de una comunidad global dentro de una estructura geopolítica avanza por la pista de la buena vida. La nueva raza de empresarios globales compra y vende la felicidad. Pero el precio de la entrada está lejos de ser moneda corriente.

Es sobre este mundo que la Iglesia de Juan Pablo, con su propia organización supranacional ya en su lugar, ha abierto sus ventanas. Es esta

situación humanamente anómala -la situación en la que la mayoría desposeída de la raza humana está siendo arrastrada por fuerzas que están más allá de su control hacia un destino que no ha elegido libremente- que es el foco de gran parte de la atención del Pontífice y que impele sus viajes globales, sin paralelo entre los líderes mundiales.

Para los nuevos pioneros del desarrollo global no es una sorpresa que Juan Pablo II haya hecho una evaluación moral de sus contemporáneos como personas preparadas -o que se están preparando- para convertirse en una comunidad geopolítica. Tampoco puede ser una sorpresa para esos pioneros que por "moral" el Papa no quiera decir el mismo conjunto de valores de ellos, recientemente definidos, medidos en bienes de la buena vida. A pesar de toda la "actualización" que se ha producido en su Iglesia, la evaluación que hace Juan Pablo está proporcionada por esa raíz central de la moralidad humana que penetra en el suelo mismo en el que comenzó el cristianismo.

Cuando Juan Pablo les habla a sus pares seculares en la arena mundial del desarrollo, sobre su propia evaluación moral, no tiene en la mente simplemente adaptaciones locales de jerga popular, ni siquiera nobles frases que resuenan en medio de feroces conflictos.

A través de sus voceros que se manifestaban en Pekín en abril y mayo de 1989, el Pontífice oyó el grito de cientos de miles de estudiantes chinos de que "la democracia es tanto un tema moral como político". Y comprendió el amplio llamamiento de la razonada explicación de los estudiantes de que en su contexto "moral" significaba que "se debe impedir que los funcionarios exploten al pueblo y los recursos del país".

Más o menos en la misma época, Juan Pablo observó la controversia en Moscú sobre el Mausoleo de Lenin en la Plaza Roja, adonde el cuerpo momificado de Vladimir I. Lenin ha atraído interminables filas de visitantes durante más de sesenta y cinco años. "El cuerpo deber ser enterrado", sostuvo Mark Zajarov, director del Teatro Leninsky Komsomol.

No es así, se ofendió el candidato al Comité Central Ratmir S. Babonikov. "Insistir en tales cuestiones es simplemente inmoral. La propuesta de Zajarov es blasfema y una señal de glasnost desbocada".

El diario comunista Pravda representó la voz de la razón soviética, declarando que "no debemos venerar el cadáver del camarada Lenin sino su causa". Para no ser menos, el miembro del Comité Central, Aleksei P. Myasnikor, argumentó que "lo que dijo Zajarov acerca de lo más sagrado, Lenin, es peor que incomprensible".

Incomprensible era la palabra adecuada. Dados los límites éticos de la moralidad que puede esperarse hoy entre los jóvenes chinos, y dado el marxismo ateo profesional que existe en la Unión Soviética, Juan Pablo encuentra el uso de palabras tales como "moral" e "inmoral" y "blasfemo" y

"venerado" y "sagrado", vacío de todo contenido religioso. Se han convertido en recipientes vacíos para ser llenados con las pasiones y las intenciones del momento. Cuando surja la siguiente ocasión desesperada, los mismos recipientes estarán vacíos de nuevo, y se llenarán con otras pasiones, con otras intenciones pasajeras.

Juan Pablo ha dejado lo suficientemente en claro que al hablar de "moralidad" y de la "moralidad de las naciones" -porque, desde el momento de su elección como Papa, lo ha hecho constantemente en público y en privado, con grandes líderes y con pretendientes esperanzados de la carrera geopolítica que surge-, su significado para estas palabras es idéntico al significado cristiano predicado y reivindicado por la Iglesia católica romana desde sus comienzos. De hecho, Juan Pablo insiste en que el significado y el empuje y el poder de la moralidad no se puede erradicar de las vidas de hombres y mujeres. Porque la propia moralidad humana se deriva de un hecho absolutamente básico: porque Dios creó al hombre a su propia imagen y semejanza al dotarlo de un indestructible principio del ser -un principio del ser llamado un alma-, en todo lo que hace esa humanidad, la dimensión importante es espiritual, es una cosa del alma del hombre y sus valores espirituales.

El hecho es tan básico que es cierto para todo lo que el hombre hace, aun para lo que hace económica y financieramente.

Además, porque Dios creó a todos los hombres como una familia, hay una unidad radical en la base de toda actividad humana que hace de cada individuo el guardián de su hermano. Del otro lado de esa moneda del cuidado, está el hecho paralelo de que, porque Dios confió el cosmos material y todas las cosas que hay en él a la custodia de la familia del hombre, todos los hombres y mujeres tienen un derecho básico a lo que necesitan para el sostenimiento de la vida y para su razonable prosperidad y placer.

Sin embargo, porque Dios consideró necesario enviar a su único Hijo, Jesús de Nazareth, a sacrificar su vida muriendo en una cruz romana, debe haber una significativa condición del alma y del ser del hombre -una condición del espíritu- que necesita reparación y ayuda. Debe haber un mal suelto entre la humanidad que sólo puede ser frustrado por el poder de salvación de Jesús como Hijo de Dios. En otras palabras, debe haber acciones de hombres y mujeres que necesitan el perdón a través de Jesús, porque cometieron ofensas contra las leyes de Dios acerca de la unidad de la humanidad como familia, y acerca del derecho de todos los individuos y de todos los grupos a su debida participación en los bienes de la tierra.

El significado cristiano de la moralidad humana siempre ha venido de estas creencias. Y de estas creencias vienen las evaluaciones morales de Juan Pablo. Lo que es moralmente bueno, dice este Papa al unísono con todos los papas que lo han precedido, respeta esas leyes de Dios sobre la unidad de la humanidad como familia y sobre los derechos individuales. Lo que es moralmente malo quebranta esas leyes, y se llama pecado.

#Porque fue sólo a Simón Pedro, el jefe de sus Apóstoles, y a los sucesores legítimos de Simón Pedro en la Santa Sede, que Jesús confió las Llaves de su autoridad moral, la Iglesia católica romana siempre ha proclamado -y, bajo Juan Pablo II, proclama hoy- ser el árbitro final de lo que es moralmente bueno y moralmente malo en las acciones humanas.-Esas Llaves, santificadas y fortalecidas por la sangre del propio Jesús, son el símbolo y la sustancia de la insistencia de Juan Pablo sobre una evaluación moral del mundo que él recorre y monitorea tan estrechamente.

Entre las personas que adaptan palabras tales como "sagrado" y "blasfemia" al problema de qué hacer con el cadáver de Lenin, habrá dificultades para aceptar el contenido moral del vocabulario cristiano tal como ha sido siempre usado por la Iglesia romana, y tal como es usado por el papa Juan Pablo a donde quiera que va.

Cuánto más difícil, entonces, es el hecho de que en el contexto presente de la naciente comunidad global -en el contexto de lo que están haciendo los pioneros económica, financiera e ideológicamente en la familia del hombre-, Juan Pablo esté hablando acerca de algo que está más allá de la evaluación moral de los individuos. Está hablando sobre estructuras, sohre la evaluación moral de estructuras que no sólo han sido construidas, sino que ya se están expandiendo rápidamente de acuerdo a un proyecto que garantizará la interdependencia mutua de las naciones en un sistema global de economía y gobierno.

¿Qué clase de crítica moral puede hacer un cristiano -papa o no- a una estructura? Y si la hace, ¿qué clase de promotor secular lo escuchará? Después de todo, excepto en una forma puramente metafórica -y probablemente sólo para satisfacer las emociones humanas-, ¿cómo puede un católico romano o cualquier otro afirmar que una estructura es pecaminosa? ¿Que una estructura comete un pecado? ¿Que una estructura es culpable de un pecado?

Seamos realistas: hasta los ateos saben que la Iglesia enseña que el pecado es, en primer lugar y solamente, personal. Implica la elección de la voluntad individual de un hombre o mujer que libre y conscientemente viola la ley revelada de Dios. En estricto lenguaje teológico, como cualquiera puede decirle, no existe una cosa tal como el pecado colectivo, el pecado de un grupo. Por tanto, mucho menos puede decirse que una estructura -ya sea formada por piedra y madera, o por decisiones burocráticas- comete pecado, es pecaminosa, está en estado de pecado.

Juan Pablo puede ser el cuarto en la línea de papas revolucionarios que comenzó con Juan XXIII. Pero no va a aguantar tales discusiones sobre las estructuras pecaminosas. Y en eso, su teología es la misma que la de todos los papas que estuvieron antes que él. Al insistir en que la esclavitud, como institución, era un mal moral que estallaría, la Iglesia de los siglos XV y XVI estaba haciendo una evaluación moral de una estructura pecaminosa y del enorme daño que vendría de ella. Al insistir en que las instituciones marxis-

ta-leninistas constituyen un mal moral que provocará la inenarrable miseria de millones de personas y que no deberían contar con la connivencia del Occidente, Juan Pablo habla igual que todos los papas, desde Pío IX en el siglo XIX, que enarbolaron constantes advertencias del peligro y del daño que tales instituciones traerían consigo para todos.

Teólogo de primera clase como es, Juan Pablo comprende más que los precedentes teológicos de la historia. Su argumento de las "estructuras pecaminosas" está basado en principios sólidos e inamovibles, y procede con lógica inexorable.

Como cristianos y católicos romanos, insiste él, no sólo podemos sino que debemos hablar de "estructuras pecaminosas" cuando descubrimos que tales estructuras están creadas por hombres y mujeres que están inspirados *únicamente* por la ganancia económica, financiera, política o ideológica. Porque al actuar por esos motivos solos, los constructores de tales estructuras violan por lo menos el primer mandamiento, que prohibe la adoración de falsos dioses.

Cuando el dinero, la ideología, la clase o el desarrollo económico dicta exclusivamente nuestro comportamiento, entonces en efecto estamos adorando ídolos, con tanta seguridad como si levantáramos un becerro de oro en el Sinaí de nuestro mundo, atribuyéndole omnipotencia, y ofreciéndole nuestra obediencia y adoración.

En este tipo de situación, por lo menos está operando una y probablemente dos intenciones pecaminosas: un consumidor deseo de ganancia, y la sed de poder. De hecho, como estas actitudes y propensiones humanas están incorporadas a las estructuras de nuestra sociedad, no son meramente operativas, rápidamente se vuelven absolutas. Dominan nuestros pensamientos, nuestras intenciones y nuestras acciones. Se convierten en dioses domésticos sobre los altares de nuestras estructuras.

Por !o tanto, las estructuras mismas están arraigadas en los pecados personales ligados a las elecciones y a los actos concretos de los individuos que diseñan e introducen esas estructuras, las consolidan, las promueven, construyen sus vidas sobre ellas, definen el éxito en sus términos y hacen que esas estructuras sean difíciles de eliminar.

A medida que tales estructuras se fortalecen y se expanden, se convierten en la fuente de otros pecados personales. Influyen en la conducta de un número creciente de individuos, llevándolos a su vez a violar la ley moral de Dios y por lo tanto a cometer pecado.

En otras palabras, quienes originan esas estructuras han introducido en el mundo cotidiano de hombres y mujeres influencias y obstáculos que duran más allá de las acciones y el breve lapso de vida de cualquier individuo. Las estructuras son los vehículos de sus pecados, y pueden describirse, acertada y exactamente, como "estructuras pecaminosas".

Mientras ha viajado por el mundo, uno de los principales propósitos del papa Juan Pablo, desde el comienzo, ha sido establecer un acuerdo positivo con sus pares en esta cuestión de los valores morales. Ha buscado un entendimiento, por rudimentario que fuese, sobre un valor específicamente humano que los pioneros seculares en las diferentes naciones estuvieran de acuerdo en que es diferente de todos los demás valores, ya sean culturales, políticos, ideológicos, económicos, financieros, nacionalistas o sectarios.

Por supuesto, el contexto de estas conversaciones nunca es un diálogo en las nubes sobre opiniones religiosas o filosóficas. Ya sea en una reunión con el presidente Ronal Reagan en Miami en septiembre de 1988, o con el capitán Blaise Campaoré, dictador de Burkina Faso, en la capital, Ouagadougou, en enero de 1990, o con el presidente Hissen Habré, de Chad, al día siguiente, en la capital, N'Djamena, o en cualquiera de las decenas de otros encuentros similares, el contexto siempre es la creciente interdependencia de las naciones modernas.

Desde el inicio de su pontificado, Juan Pablo ha encontrado entre sus pares una creciente conciencia acerca de lo que está sucediendo en los asuntos mundiales. Aunque algunos fueron tan claros en sus juicios prácticos sobre esos asuntos como Juan Pablo, todos han demostrado, por lo menos, una creciente intuición acerca de las dos fuerzas primarias que están remodelando el mundo en la década final del milenio. Todos con los que ha hablado están de acuerdo con el Papa, a algún nivel, en que se está haciendo nada menos que un *sistema mundial,* que determina las relaciones entre todas las naciones que constituyen la sociedad humana.

Y en forma suficientemente predecible, todos están de acuerdo con él en que este sistema mundial -esta recién acuñada y omniabarcadora interdependencia que está naciendo- incluye elementos económicos, políticos, culturales y sectarios.

Lo que era menos predecible para muchos observadores, era el éxito que Juan Pablo ha alcanzado en martillar sobre lo que, está seguro, es el hecho más básico de todos: el hecho de que la interdependencia entre las naciones debe estar basada sobre algún acuerdo común en relación con el bien moral y el mal moral en la vida moderna. Y, más aún, que si ese acuerdo común no se puede alcanzar como una base activa del globalismo, entonces todos los intentos por establecer un nuevo orden mundial terminarán sólo en el desastre.

Es cierto, por supuesto, que la mayoría de las contrapartes del Papa en la arena de la creciente interdependencia global entre las naciones no hablan de "valores morales", por lo menos, no en esas palabras precisas. Pero casi todos hablarán sobre la contaminación ambiental como un mal moral, y sobre una institución que provoca contaminación, como una estructura pecaminosa. En la misma forma, hay un acuerdo general, por ejemplo, de que detener y finalmente prevenir la hambruna sub-sahariana sería un bien moral o un beneficio moral para toda la comunidad de naciones.

Tanto entre internacionalistas capitalistas como leninistas, así como en las naciones arrastradas irresistiblemente en la estela de ellos, Juan Pablo ha encontrado muchos hombres y mujeres de fe que mantienen algún con cepto firmemente arraigado de bien moral y mal moral en nuestras vidas. Ha encontrado a muchos que reconocen que hasta la vida verdaderamente humana implica un valor moral que ellos identifican como una demanda de la voluntad de Dios, y que es el único cimiento válido de una ética que obliga absolutamente a todos los individuos, incluidos ellos mismos. Ha hablado con muchos más que no tienen una fe explícita, pero quienes de todos modos admiten que los obstáculos al desarrollo de las naciones descansan en profundas "actitudes" que los seres humanos pueden "decidir" considerar como valores absolutos.

e Lo que Juan Pablo no ha encontrado en sus viajes papales, en realidad, es ningún desacuerdo con él sobre la necesidad de una ética impuesta que debe obligar a toda la sociedad de las naciones. Los creyentes cristianos y criptocreyentes, los creyentes no religiosos y los ateos positivos -incluso aquellos que tienen una tozuda actitud y política antirreligiosa-, todos están preparados a ir hasta ese extremo con el Pontífice.'

Muchos difieren con él con respecto a la fuente de una ética obligatoria semejante, y sobre sus detalles. Pero, en general, Juan Pablo ha encontrado que la mayoría de los líderes seculares profesan un profundo respeto por los grandes valores espirituales.

Si no todos sus pares seculares colocan los logros espirituales y morales en el primer lugar de su agenda diaria de cosas para hacer, de todos modos todos han estado de acuerdo con el Pontífice en que, en las acciones concretas y prácticas entre las naciones, hay un elemento humano -una ley humana- en toda actividad de la humanidad que no puede reducirse a la pura necesidad material, o a ninguna ley de las fuerzas materiales.

Otra vez, no todos los líderes seculares están de acuerdo con el papa Juan Pablo de que el hombre fuera creado por Dios para tener un destino divino, y de que la primacía moral en la vida humana y en los asuntos humanos está incluida en la matriz de la eternidad. Sin embargo, ningún líder ha expresado ninguna duda a Juan Pablo de que el valor espiritual del hombre encuentra expresión en los códigos religiosos y morales, que a su vez tienen efectos directos y profundos sobre las culturas y las civilizaciones.

Por encima de todo, aun los líderes seculares más irritables están de acuerdo con lo que todos ven como la proposición inevitablemente práctica y muy terrenal de Juan Pablo: a menos que ese elemento misterioso, innato en cada hombre, mujer y niño sobre la tierra -ese elemento que Juan Pablo analiza en los términos implacables de moralidad e inmoralidad- sea definido y aceptado en el nuevo orden mundial como la base misma de sus estructuras y de sus metas y de sus actividades cotidianas, entonces, cualquier cosa que se construya a modo de estructura geopolítica solamer—a conducirá a una mayor miseria humana.

En ese implacable análisis moral del papa Juan Pablo y de sus consejeros expertos, los pioneros globalistas que son sus pares en la arena mundial caen, hablando ampliamente, en cuatro grupos principales.

Están los llamados Sabios del Occidente, junto con sus colaboradores Internacionalistas y Transnacionalistas en el mundo occidental. Este grupo tiene la experiencia más larga en el desarrollo de una política socioeconómica específica ligada a un ideal político subyacente. Luego están las naciones árabes petroleras. Y están los "Tigres Asiáticos" -Japón, Corea del Sur y Taiwan-, a los que Thailandia, Singapur, Malasia e Indonesia ya están ingresando como pares. Y finalmente, está la tardía entrada de sorpresa: la Unión Soviética de Mijaíl Gorbachov, junto con toda la panoplia de su imperio de Europa Oriental, sus vicarios en el exterior, hoy, principalmente Cuba, Angola, Siria y Vietnam, y sus seguidores más flojos, tales como la Etiopía de Mengistu Haile Mariam, la Libia del coronel Qaddafi y el Benin marxista.

A causa del enfoque notablemente sofisticado que tiene Gorbachov de la dimensión geopolítica de los asuntos humanos, y a causa de la posición del líder soviético en la cima de la otra única estructura geopolítica ya construida y funcionando que hay en el mundo, Juan Pablo ve a Gorbachov como único entre sus pares en la arena mundial. Pero el Papa también comprende que hasta Gorbachov ha sido forzado por circunstancias concretas -principalmente, los graves errores de sus propios predecesores y la exuberante fuerza económico-financiera de los Internacionalistas y Transnacionalistas- a unirse a los actuales preparativos pre-geopolíticos.

En otras palabras, ni Gorbachov ni su renovado internacionalismo leninista pueden escapar a lo que Juan Pablo ha identificado como la condición característica de nuestra época: nuestra interdependencia universalmente experimentada. Gorbachov ha tenido que entrar a la arena junto con todos los demás. Por lo menos por lo que dicen sus palabras dichas y escritas, aparentemente desea convertirse en un par. Y, si mañana desapareciera del liderazgo supremo de la Unión Soviética, su propia "apertura" de la URSS al mundo -como la "apertura" análoga de la Iglesia de Juan Pablo- ya ha ido tan lejos que, con él o sin él, el hecho del cambio es irreversible.

Que el propio Gorbachov está de acuerdo en este punto, quedó en claro en el verano de 1989. Durante su visita a París, el 5 de julio se le preguntó si su rumbo innovador sobreviviría si él "desapareciera de la escena". Refiriéndose a sí mismo en tercera persona, al modo de Genghis Khan, Napoleón Bonaparte y el general de Gaulle, la respuesta del Secretario General fue categórica y confiada: "Mis políticas no tienen que estar atadas al propio Gorbachov".

Tan poderosa es esta marea global que hasta naciones importantes, como la India, que han insistido en su status de "no alineadas", o se quedarán con las naciones más pequeñas en la periferia de los acontecimientos o cabalgarán sobre las espaldas de los jugadores dominantes, atraídas irre-

sistiblemente a la contienda por el dominio político, económico, financiero e ideológico en la formación del nuevo orden mundial.

Sin embargo, tan poderosa como es esa marea, la coyuntura en la que se encuentran los arquitectos y constructores del desarrollo y la interdependencia global es tan crítica que, sea que lo amen o lo odien, todos están casi forzados a observar cuidadosamente el análisis moral del papa Juan Pablo. Examinan cada detalle de la evaluación moral que hace el Pontífice de ellos mismos como pioneros de la vida humana tal como esperan que se vaya a vivir en el siglo veintiuno. Examinan cuidadosamente si evaluación moral de las naciones que, sin excepción, están siendo re-formadas ante nuestros ojos.

Ponen a prueba el análisis moral que hace de las nuevas estructuras que nos ligan más estrechamente que nunca en un destino común. Sobre todo, se encuentran con que están de acuerdo con el principio del Papa de que es imposible comprender cómo avanzar a partir de este punto, a menos que haya un acuerdo sobre cómo todos nosotros -como una sociedad de naciones- llegamos a este punto del camino. La configuración del terreno que está adelante ha sido determinada por lo que las naciones han efectuado en el terreno ya atravesado.

La moralidad de las naciones: hombre rico, hombre pobre...

Si hubiera algo así como un mapa histórico de la vergüenza -un mapa coloreado con las terribles consecuencias de las estructuras pecaminosas de días pasados-, las grandes atrocidades humanas producidas inevitablemente por esas estructuras se proyectarían como las montañas más altas, más lúgubres, que dominaran ese mapa.

Las más cercanas a Estados Unidos en el lugar, pero las más distantes en el tiempo, estarían las instituciones precolombinas de América Latina que, regularmente y por la ley aceptada, condenaban cada año a decenas de miles a una muerte brutal. Para nosotros es difícil siquiera imaginar cincuenta mil personas estranguladas y desentrañadas en el mismo lugar. El empobrecimiento institucionalizado de más de ocho millones de irlandeses durante los peores siglos de los códigos penales ingleses, los intentos de los turcos otomanos de liquidar a todos los armenios, la fría eliminación que hizo Stalin de quince millones de ucranianos, la horripilante "solución final" de Hitler expresada en números que llegabas i a los seis millones de judíos, la traición aliada a algunos cientos de miles de eslavos, devueltos a las manos de Stalin y a un asesinato seguro, la liquidación de los timoreses orientales por parte del gobierno central indonesio. . . ésta sería una lista parcial de tales promontorios y picos de horror humano en un mapa histórico de la vergüenza.

Si hubiera aigo así como un mapa contemporáneo de la vergüenza -un mapa de la vergüenza en nuestro mundo de ahora, tal como se está preparando para su debut geopolítico al final del segundo milenio-, ese mapa estaría dominado por las cordilleras completamente nuevas de la explotación institucionalizada. Estaría dominado por estructuras y sistemas de estructu-

ras que fomentan, solapan o simplemente permiten la dominación del ochenta por ciento de la población mundial por el otro veinte por ciento.

En resumen, ese mapa contemporáneo de la vergüenza sería la expresión gráfica de la atrocidad que hemos llegado a describir tan tibiamente como la división del mundo en Norte y Sur, lo que es decir, en términos más simples, la división de las naciones, y de las poblaciones dentro de las naciones, en ricas y pobres. Un mapa de la vergüenza semejante podría encontrar algún modo de mostrarnos a los que no tienen hogar, a los refugiados, a los que no tienen estado -los desechos humanos de nuestro nuevo mundo- que aumentan por millones año a año, región por región, nación por nación.

Un mapa semejante seguramente mostraría la enormidad del volcán más activo que hay en nuestro medio, formado por la mayor parte de nuestra familia humana, que se puede decir que se va a la cama con hambre y se despierta miserable, sin esperanza hoy, mañana, el año próximo, de que la masa coagulada de su sufrimiento sea diluida y reducida y finalmente eliminada.

Es precisamente un mapa de la vergüenza semejante el que el papa Juan Pablo sostiene ante el mundo en su evaluación moral de los arreglos geopolíticos que están organizándonos nuestro futuro. En sus conversaciones privadas con los arquitectos de esos arreglos, en sus encuentros con líderes seculares, en sus discursos pronunciados en el Vaticano y alrededor del mundo, en sus alocuciones y encíclicas dirigidas a los fieles de su Iglesia, el tema constante del papa Juan Pablo es el carácter moral y humanamente inaceptable de esta abrumadora cadena montañosa de sufrimiento humsno e injusticia. Y su advertencia constante es que esas montañas serán reducidas por nuestra buena disposición al cambio o, por el peso mismo de su propia miseria, se derrumbarán aplastando todas nuestras esperanzas como seres humanos, destrozando todas nuestras visiones egoístas de la buena vida, y enterrando en sus escombros cualquier paz que pudiéramos haber pensado modelar en nuestra resuelta carrera hacia el desarrollo.

En el mapa moderno de la vergüenza mundial que es el objeto de tan gran parte de la atención de Juan Pablo, Norte y Sur no figuran como términos geográficos precisos. En cambio, son fronteras globales donde la riqueza y la pobreza divide no sólo naciones, sino a las sociedades dentro de las naciones. Son las fronteras que separan sistemática y deliberadamente a la mayoría de la humanidad de toda participación en la prosperidad y en el goce de la vida a los que cada uno de nosotros tiene un derecho moral básico.

Deliberadamente. Ése es el principio operativo. Porque, en su evaluación, Juan Pablo no deja ninguna duda de que en la división del mundo Norte-Sur, los países del Norte -ahora en su mayoría saturados de la preocupación por la carrera hacia el superdesarrollo- también están saturados de la complicidad inmoral en las estructuras pecaminosas que contribuyen a, y perpetúan, los sufrimientos en los países del Sur. No deja ninguna duda en la mente de cualquiera con quien habla de que las múltiples estructuras basadas en los países del Norte -industrial, financiera, monetaria, fiscal, política- forran los bolsillos de muchas personas en el Norte y de unas pocas en el Sur, mientras que el sufrimiento de millones se prolonga hasta lo intolerable. Por definición, esas estructuras deben ser calificadas de pecaminosas.

Para molestia de unos cuantos, Juan Pablo subraya dos características principales del Norte. La primera es su avanzado estado de industrialización. Los países del Norte tienen una enorme delantera en el empresariado regional y global, y una creciente participación, casi monopolística, en los avances recientes de la era tecnotrónica.

La segunda característica principal del Norte es la dominación financiera. Dominación del flujo, administración y uso del capital y de los bienes manufacturados en el mundo. Esta riqueza otorga al Norte, entre otras muchas cosas, capacidad para hacer extensas inversiones en los países del Sur, y capacidad para hacer préstamos financieros al Sur.

En contraste, Juan Pablo define al Sur en términos de una serie de condiciones paralizantes que él ha visto directamente y cuyos detalles llenan cientos de informes que le llegan al año. Éstas son condiciones que sólo profundizan y amplían la ya enorme brecha que separa a los países del Sur de los del Norte.

Analfabetismo, falta de posibilidades de educación superior, incapacidad económica y social para unirse en la construcción de la nación de uno, discriminación que abre profundos barrancos a lo largo de líneas religiosas, sociales, políticas y financieras, negación del derecho a la iniciativa económica, vivienda inadecuada, urbanización caótica creada por millones como último recurso para la mera supervivencia, desempleo y subempleo extendidos. Esto no es sino una letanía parcial de aquellas condiciones paralizantes, un miniexamen de los parásitos endémicos del Sur que le están comiendo sus partes vitales.

Que estas mismas condiciones se estén convirtiendo en una plaga en ciertas áreas de los países del Norte -aunque todavía son limitadas y generalmente controlables-, es algo que Juan Pablo toma como un golpecito preliminar en el hombro de los países del Norte, como parte del sistema de alarma inmediata del Cielo tanto para los líderes como para los ciudadanos del Norte, advirtiendo que el mal moral institucionalizado viaja muy fácilmente de regreso para morder las manos que lo alimentan.

Es tan obvio para el Pontífice como para muchos otros que, acosados por semejante colección de condiciones paralizantes, los países del Sur no pueden levantarse de su continua pobreza por su propio esfuerzo. Sin embargo, al mismo tiempo, es igualmente obvio que en las actuales condiciones de trabajo, los muy cacareados sistemas internacionales de comercio, financiero y monetario del Norte no pueden engranar y armonizar

adecuadamente con las limitadas posibilidades del Sur. Ese par de hechos básicos se destaca en cada faceta de la relación -si es que se puede llamar así- entre los países del Norte y del Sur.

Tomemos, por ejemplo, los miles de millones de dólares en la así llamada ayuda exterior, y los miles de millones más en pródigos préstamos que ya han derramado los países desarrollados del Norte en África, Asia y América Latina.

El Pontífice ha preguntado claramente más de una vez, y en más de una forma, ¿qué efecto puede venir de la ayuda o de los préstamos cuando el Sur carece de cualquier infraestructura adecuada -física, social, tecnológica, educativa- en la que se pueda injertar la cooperación del Norte?

La respuesta general a esa pregunta crítica puede ser escrita por demasiados millones -si es que pudieran escribirla- con una palabra: "tragedia". Pero "peligro" tampoco sería una mala palabra para usar, cuando uno mira al total de las deudas nacionales entre las naciones del Sur, o si mira aunque sea a algunas de las deudas en América Latina sola.

Afines de 1988, la deuda nacional de Brasil era de 120,100 millones de dólares. La deuda nacional de México era de 107,400 millones de dólares. Sin embargo, ninguno de los dos países tiene el producto nacional bruto o los sofisticados apuntalamientos financieros, industriales, económicos y educativos que le evitará ser aplastado por deudas de esa magnitud.

O concentrémonos, aunque sea brevemente, en el caso de Bolivia y Argentina. Bolivia es uno de los países más pobres de América Latina, mientras que Argentina es uno de los países más desarrollados y cosmopolitas de la región. Pero ambos están metidos en el mismo dilema rnortal. Una gran parte del magro ingreso nacional de Bolivia depende de su venta de gas natural a Argentina. Bolivia depende de ese ingreso para pagar su deuda nacional. Pero Argentina, azotada por su propia deuda y por la hiperinflación, ha suspendido todos los pagos a Bolivia. Por lo tanto, Bolivia a su vez tiene que renegociar el pago de sus deudas. Pero sin un préstamo puente, que la hundirá más en la deuda, no puede iniciar tales negociaciones.

Ese deprimente espectáculo, que de ninguna manera se limita a Bolivia y Argentina, se vuelve casi espeluznante cuando se formula todavía otra pregunta esencial. ¿Qué ha pasado con todos los miles de millones que se han derramado en los países del Sur? Por cierto, ¿qué ha pasado con las ganancias internas de la petrolera Venezuela, que tiene una deuda de 35 mil millones de dólares? ¿Qué ha sucedido con las ganancias internas de la petrolera Nigeria, que debe 30,500 millones de dólares?

O tomemos el caso de Gabón. Con una producción total de 160,000 barriles diarios de petróleo de su gigantesco yacimiento de Rabi-Kounga, Gabón es el tercer productor de petróleo de África negra, después de Nigeria y Angola. Sin embargo, con una población de apenas un millón, la deuda externa de Gabón era de 1,600 millones de dólares en 1986.

Los ;ulpables acusados aquí fueron los mercados petroleros deprimidos y el dólar débil. Y sin duda, ellos son parte de la historia. Pero eso lleva directamente de vuelta a las estructuras pecaminosas de las que habla Juan Pablo. Porque el manejo del valor del dólar y la fijación de los precios del petróleo están ambos en las manos de aquellos que podrían evitar -con políticas nuevas y benévolas- poner en peligro la economía de Gabón. En realidad, de manera significativa, Rabi-Kounga es propiedad conjunta de dos grupos que son un retrato en miniatura de la afluencia y el poder de las estructuras de los países del Norte: Shell Gabón, que incluye el Grupo Roya¡ Dutch/Shell de Estados Unidos, y Elf-Gabón, que incluye a Elf Aquitaine de Francia.

Tan portentosamente aumentan los problemas en el Sur, y tan desesperado se vuelve el clima de la vida, que comienza a operar una especie de canibalismo. Porque no puede haber alguna duda ~'e que virtualmente en cada país del Sur -en Brasil, en Nigeria, en Filipinas, en Venezuela-, a cualquier parte que uno mire, en realidad, hay exitosos discípulos de las políticas del Norte. En cada lugar agobiado por la pobreza hay una clase adinerada, principalmente de empresarios e inversionistas que se las han arreglado para enchufarse, como individuos, en la buena vida de sus contrapartidas del Norte. Pero sin la ayuda sistemática de los países del Norte, no hay posibilidad de que estos grupos diminutos puedan construir la infraestructura por medio de la cual podrían comenzar a difundir los beneficios, si es que lo desearan, de algún modo en que comenzara a verse la diferencia.

Por lo tanto, mientras que los pocos ricos del Sur llevan vidas florecientes de la misma manera que ven que se hace en el Norte, son tan impotentes como eunucos en un sucio harén. Ven lo que los rodea, pero no tienen los medí para hacer nada importante al respecto. Y así prosiguen sus vidas aisladas, mientra.. que la pobreza y el desamparo general, endémico en el grueso de la población de sus países individuales, crece y crece de año en año.

Los problemas tampoco terminan con una letanía tan horrible. Aunque sea incomprensible, en el Norte se sacan conclusiones despreocupadas y cruelmente engañosas sobre el Sur. Seguramente, los errores son honestos, y probablemente se cometen con la esperanza de que las cosas se estén volteando, de que quizá no están tan mal, después de todo.

Para ilustrar esto con un caso sobre el que Juan Pablo ha hecho comentarios privadamente, en marzo de 1989 un informe del Banco Mundial descubrió que en los cuarenta y cinco países sub-saharianos, la producción agrícola y-el producto nacional bruto habían aumentado desde 1985, y que, por primera vez desde 1970, la producción de alimentos en la región estaba creciendo más rápido que la población. El informe concluía: "África ha iniciado una recuperación económica frágil pero sostenible".

Un optimismo tan erróneo fue rápida y correctamente arruinado por la Comisión de las Naciones Unidas para África. Señalando precisamente la

condición subyacente que deja moralmente en ridículo predicciones sin fundamento tales como la de "recuperación económica sostenible", la Comisión de las Naciones Unidas demostraba que todavía no habían aparecido señales de una infraestructura sólida en esos países sub-saharianos. En realidad, la comisión pintaba un futuro sin ninguna recuperación, con "horribles consecuencias de largo alcance para el futuro del pueblo y de las economías africanas".

El papa Juan Pablo no tenía necesidad de ningún informe que le hablara de las condiciones que ha visto por sí mismo, en África y en demasiados otros lugares en los que ha hablado una y otra vez de las condiciones que hacen de nuestro mundo, en forma creciente, un lugar de vergüenza.

"¿Es meramente una pregunta retórica preguntar cuántos niños más deben morir cada día er. África porque los recursos los está tragando ahora el pago de la deuda?", se preguntó el Pontífice públicamente en Zambia, el 3 de mayo de 1989. En el mismo sentido, ¿es meramente una pregunta retórica preguntar por qué el hombre promedio en Zambia debe estar muerto y enterrado a los cincuenta años? Tales preguntas, como dijo Juan Pablo, ¿no son más que retóricas? ¿Hay alguien escuchando en los países del Norte?

Posiblemente no. Porque las naciones desarrolladas del Norte profundizan más aún la miseria de los países del Sur con sus políticas de destruir o almacenar los excedentes de alimentos básicos, en lugar de organizar su reparto para contrarrestar las olas de hambre que continuamente devastan poblaciones enteras.

En general, los esfuerzos diminutos que hay para proporcionar alimentos siquiera a una fracción de los pueblos más desesperados, a lo más son aislados. Frecuentemente se ven complicados por las guerras lanzadas por los pobres vicarios del Sur de las ricas potencias del Norte. Con la mayor frecuencia, esos esfuerzos son emprendidos con donaciones especiales de los ciudadanos promedio, no con los excedentes. Con la mayor frecuencia, esos esfuerzos son emprendidos solamente después que esos mismos ciudadanos promedio ejercen una enorme presión. Y por comparación con las capacidades disponibles para hacer el trabajo -capacidades demostradas y mejoradas cada día en empresas más provechosas-, hasta los mayores y mejores de esos esfuerzos deben ser considerados como mal organizados y ejecutados con ineficiencia.

Otros arreglos estructurales por medio de los cuales el Norte acelera constantemente su superdesarrollo, implican igualmente políticas y decisiones censurables. Están los arreglos de importaciones y exportaciones que benefician a grupos elitistas de los países del Sur. Se otorgan favores y facilidades a grupos de cabildeo que representan intereses especiales. La explotació,i de los recursos naturales del Sur y la reglamentación de los precios de las materias primas en los mercados mundiales se manejan de un modo que beneficia a los grandes cárteles a expensas de poblaciones

mucho más grandes. Los acuerdos especiales de disminución de tarifas benefician principalmente a los inversionistas extranjeros. La aquiescencia se prolonga en toda la lista de deficiencias fiscales que afligen a los países del Sur, porque favorecen a los países del Norte en sus políticas internacionales hacia !os países del Sur, generalmente aquellos con un gobierno fuerte o de un solo hombre que se llama democrático por razones de conveniencia.

Hablando moralmente, la complicidad gubernamental entre los países del Norte en las estructuras pecaminosas que causan y prolongan el sufrimiento en los países del Sur se vuelve aún más siniestra cuando se factorea en la ecuación de estructuras globales pecaminosas todavía otra actividad más.

Es un hecho conocido no sólo del papa Juan Pablo sino de todos los gobiernos, que hay compañías de Estados Unidos, Alemania, Francia y Suiza que proporcionan a los países del Sur tanto materiales como tecnología -para no mencionar la "ayuda" financiera- con los que se fabrican las "armas del infierno" y después se usan fundamentalmente contra las poblaciones de otros países del Sur.

Así, por lo menos cuarenta compañías de Alemania Occidental enviaron productos químicos y tecnología a la bien conocida planta libia que está dirigida únicamente a producir los instrumentos para la guerra química, con una capacidad de producción de cuarenta toneladas diarias. Esas armas ya han sido usadas contra los iraníes y también en otras partes del Medio Oriente. Porque lo que es bueno para uno es generalmente bueno para otro, particularmente si ese uno gana dinero; una compañía suiza ha negociado con Irán la construcción de una planta similar.

Hay mucho más. Siria, Iraq e Irán han recibido ayuda para construir misiles. Tanto Pakistán como la India han recibido ayuda clandestina para obtener su propia capacidad nuclear. Pero cualquiera sea la longitud y cualesquiera sean los detalles horribles de esa lista, el motivo fundamental detrás de la actividad es la ganancia.

Las estructuras cuyos motivos fundamentales son las ganancias, el poder y el superdesarrollo -estructuras que superan el periodo de vida de los individuos que las planearon y las erigieron- se han convertido en los vehículos de acciones claramente terribles cuyas consecuencias se sufren a una escala global nunca vista antes.

Por lo tanto, éstas son, al detalle, encarnaciones vivientes, en funcionamiento, de la definición que hace el papa Juan Pablo de las estructuras pecaminosas. Y día a día, con la más profunda complicidad de los países del Norte, los desperdicios que vomitan esas estructuras de su cosecha global de superdesarrollo, son todo lo que le queda al Sur para mantener las economías de sus naciones y las vidas de sus pueblos.

El motivo que tiene el papa Juan Pablo para hacer sus análisis de las estructuras pecaminosas del mundo es el cambio y el alivio, no la culpa,

igual que en sus constantes y francas exhortaciones a otros líderes mundiales concernientes a las condiciones que todos ellos ven igual que él.

A ese respecto, sin embargo, quizá la razón más convincente de la evaluación moral que hace Juan Pablo de la suerte que corre el Sur en medio de toda la actividad empresarial de los países del Norte, es que, actualmente; él no ve señales de que ni siquiera las condiciones más perniciosas que paralizan a, ~ur sean los objetivos serios de los países desarrollados, mientras éstos afinan la sintonía de'sus propias estructuras en expansión en las finanzas, comercio e industria.

Si continuara esta situación, dijo Kazuo Haruna, presidente del Comité Económico de Keidanren, el gigante corporativo japonés, "resultaría en lo que podría convertirse en una divergencia irreversible e irremediable en el nivel de vida de las poblaciones de estas dos regiones jel Norte y el Sur], y una eventualidad de este tipo inevitablemente provocaría importantes cuestiones éticas".

Cualquier cosa que sea que hila querido decir el señor Haruna con "cuestiones éticas", Juan Pablo insiste en que la "eventualidad" ya está encima nuestro. Las pocas señales de reconocimiento de que debe atacarse el problema parecen demasiado tímidas como para prometer que se ponga en ejecución una solución genuinamente profesional para la ominosa brecha Norte-Sur en el futuro cercano.

El Secretario del Tesoro de Estados Unidos, Nicholas F. Brady, despertó expectativas en los países deudores del Sur cuando, en su muy publicitado "Plan Brady", propuso una mayor acción para aliviar la deuda por parte de los bancos comerciales. Pero el monto del alivio de la deuda comprendido en ese plan (alrededor del veinte por ciento) no haría mella en el problema general. Hasta ahora, nada propuesto por el "Plan Brady" o por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, promete ni remotamente mitigar los 350 mil millones de dólares de la deuda del Sur. O siquiera mitigar los pagos de los intereses de esa deuda, que son más altos que las ganancias netas de las naciones deudoras. Y así continúa la miseria.

Mientras tanto, preguntar como lo hacen muchos prestamistas gigantes del Norte, por qué los países del Sur contrajeron tal deuda, en primer lugar, si no tenían esperanza de pagarla, es algo que el papa Juan Pablo encuentra peor que evadir la cuestión. Es algo parecido a preguntar por qué un hombre que se está ahogando se asiría a una cuerda si no le quedan fuerzas para ponerse a salvo. Y en cualquier caso, es hacer la pregunta equivocada.

Sería más provechoso, en todo sentido, considerar los motivos miopes que tuvieron los países del Norte mientras se precipitaban para derramar préstamos a alto interés en áreas que no podían preparar (ni recibían ayuda significativa para hacerlo) esas estructuras de finanzas, comercio, educación e industrialización sin las que casi cualquier suma de dinero, sin importar cuán grande fuera, debía verse como nada más que un modo de preservar la vida, dudoso y momentáneo.

En tanto, para que no lo olviden los países del Norte, además está ese creciente montículo de problemas que ya extiende las cadenas montañosas de la miseria hasta ciertas naciones de su propia región.

En mayo de 1989, la Asociación Económica Americana publicó un estudio que confirmaba un hecho que ya se había vuelto completamente evidente. El 20 por ciento más rico de las familias norteamericanas aumentó su participación en el ingreso nacional del 39 por ciento en 1973 al 43.7 por ciento en 1989. Mientras tanto, en el mismo periodo, la parte del ingreso de la nación en manos del 10 por ciento más pobre de las familias norteamericanas, disminuyó del 5.5 al 4.6 por ciento.

A los niños norteamericanos tampoco les fue muy bien. Otro informe demostró que en 1966, allá cuando el superdesarrollo era joven, un 17.6 por ciento de los niños norteamericanos vivía por debajo de la línea de la pobreza. En 1987, la cifra de la miseria para los niños se había elevado al 20.6 por ciento.

En esos números se representa el hecho de que Estados Unidos -el gigante que dio el empujón inicial a la carrera global por el superdesarrollo, y que siempre ha sido su líder inspirador- ahora tiene una inesperada e indeseada nueva industria en crecimiento: su casi permanente clase inferior urbana y rural.

No hay nada extraño para el público norteamericano en la insistencia del papa Juan Pablo de que deberíamos sentirnos moralmente perturbados por un sistema económico en el que las ganancias acentuadamente crecientes de los administradores profesionales de las corporaciones contrastan desagradablemente con la situación de millones de sus conciudadanos sin hogar y hambrientos. No es difícil ver que los ingresos más altos registrados en 1988 para un puñado de individuos norteamericanos -ingresos de 53.9 millones de dólares, 45.7 millones, 40 millones- exceden enormemente cualquier sentido común de equidad y de justicia. Y hasta desechando los extremos de la riqueza y de la pobreza, es difícil justificar estructuras en las que el jefe ejecutivo promedio de una gran compañía norteamericana recibe noventa y tres veces más dinero que el trabajador industrial promedio, y setenta y dos veces más que el maestro de escuela promedio.

Ya sea que se aplique dentro de los confines de Estados Unidos, o en el mundo en general, la evaluación moral que hace Juan Pablo del Norte y del Sur es simple y clara. Insiste en que, en una economía moralmente ajustada, el rico no debería volverse más rico si el pobre se vuelve más pobre.

La advertencia que acompaña a la evaluación papal del Norte y del Sur es igualmente simple e igualmente clara. Es muy posible que a esas masas sufrientes a las que nos referimos tan impersonalmente como el Sur, no se les permitirá una opinión real -ni una participación real- en la construcción de nuestra comunidad global en el futuro cercano. Quizá sigan siendo arreadas y obligadas a ir por un tortuoso camino, cada vez más despojadas de dignidad humana.

Pero si ésa es la forma en que se permite que vayan las cosas, entonces la nueva comunidad mundial ya lleva dentro de sí las semillas de su pronta desintegración, semillas visibles ya ahora en la guerra a tiros entre la desesperada pobreza y la codicia ilimitada que estalla todos los días en las calles de ciudades como Medellín y Nueva York y Los Ángeles, semillas cuya cosecha es más visible todavía en los escombros de lo que una vez fue Beirut.

El papa Juan Pablo advierte que, con tanta seguridad como un cáncer mortal, el destino inhumano que ya aflige a millones y millones de hombres y mujeres, niños e infantes, debe infectar el cuerpo entero de la humanidad. Seguramente debe producir convulsiones y un dolor atroz. Seguramente debe terminar en nuestra muerte como comunidad civilizada.

La moralidad de las naciones: . . . pordiosero, ladrón

Geopolíticamente hablando, los dos mayores contendientes con el papa Juan Pablo II en la arena del juego final del milenio son al mismo tiempo los mejores enemigos y los peores amigos. Y hay mucho que decir sobre la división del mundo en Este y Oeste en nuestro tiempo.

El cuento del Este y el Oeste tiene sus similitudes, sus diferencias y sus puntos de intersección directa con la desgraciada historia del Norte y el Sur. Las similitudes se encuentran en términos de miseria humana y de sufrimiento creados, fomentados y mantenidos por medio de estructuras pecaminosas, y en términos de los motivos que espolearon a las naciones occidentales a estar en connivencia con todo eso.

Las diferencias se encuentran fundamentalmente en dos áreas. La primera es el hecho de que, por lo menos hasta cierto punto, decisiones conscientes de las líderes del Oeste, en coyunturas cruciales, condujeron a la creación del Este como un imperio y como un poder crecientemente dominante en los asuntos humanos al final del segundo milenio.

La segunda es el hecho de que, por aquellas decisiones conscientes, el Oeste aceptó por mucho más tiempo del que justificaba cualquier crisis, y por su propio beneficio material, el robo completo de la soberanía de la gente sobre sus propias naciones, sus propias vidas y sus propios futuros. Naciones con una herencia rica y noble fueron alejadas del banquete de libertad y desarrollo del Occidente y se convirtieron en los pordioseros de la historia moderna, golpeando en la puerta trasera de la mansión de la prosperidad.

En la evaluación moral que hace el papa Juan Pablo de la formación de nuestro mundo del siglo veinte, no tiene un propósito útil caracterizar la

oposición mutua entre Este y Oeste en los términos económicos que marcan tan completamente la división Norte-Sur. Por el contrario, una de las cosas más notables acerca de la así llamada confrontación entre las naciones del Este y del Oeste es que el Este, consistentemente, no ha sido económicamente rival del Oeste. De hecho, el bloque oriental no hubiera sobrevivido económicamente -ni siquiera hubiera sido un factor en el juego final del milenio que se está desarrollando- si no hubiera sido por los subsidios financieros, comerciales e industriales proporcionados de buena gana, y por la ganancia, por las naciones occidentales.

En la mente del papa Juan Pablo no hay duda de que, a pesar de todo su fracaso económico, el Este ha conseguido tener una especie de dominio moral sobre el Occidente, en el sentido de que éste ha sido timado para convertirse en un equivalente moral del Este.

Ya en abril de 1918, a los seis meses de que Lenin se apoderara de la moribunda Rusia zarista y de que surgiera el Estado-Partido leninista que en 1922 se convertiría en la URSS, el arzobispo Achille Ratti, Visitador Apostólico en la Varsovia de la primera posguerra, hizo sonar la alarma sobre el leninismo que seguiría sonando en el Vaticano hasta mediados de los años sesenta. "La futura configuración de la Europa Central y Oriental casi está decidida por el advenimiento de un imperio perverso bajo los bolcheviques, en Moscú, y por la inclinación de los tres Aliados. Polonia es un experimento. Varsovia es el foco. . ." La inclinación a la que se refería Ratti era la decisión tomada por Inglaterra, Francia e Italia en su tratado supersecreto de Londres, de 1915, en el sentido de que la Santa Sede sería deliberadamente excluida de cualquier acuerdo de paz. El comentario de Ratti: "Cualquier acuerdo semejante será una preparación para una guerra mucho peor y para la victoria de ese imperio perverso".

Esos aliados conocían la apreciación moral papal pero no querían tomarla en cuenta. Simplemente querían venganza. "Entonces, ¿cuál era la diferencia entre los combatientes?", podría haber preguntado Ratti. "Son equivalentes en el plano de la moralidad". La columna vertebral de la apreciación moral que hace Juan Pablo del Este y del Oeste es precisamente ésa: si ambas partes actúan como si Dios no existiese, y ambas actúan por motivos puramente materialistas, ¿qué diferencia moral se puede ver entre ellas? Con seguridad, ¿hay una equivalencia moral entre ellas?

Achille Ratti fue nombrado papa Pío XI en 1922. Su evaluación de la URSS y posteriormente de la Alemania hitleriana estaba basada en ese principio de la equivalencia moral, que era el defecto fatal de la reacción de las potencias accidentales frente a las amenazas nazi y leninista. Reducido a una regla práctica del arte de gobernar, ese principio era: no debes actuar en los asuntos de las naciones (o, para el caso, en los asuntos de los individuos) partiendo de la suposición de que eres capaz de establecer un *nodus vivendi* con lo que es moralmente censurable, moralmente malo. sto puede estar de acuerdo con tu conveniencia, con tu comodidad, pero

significa que has dado un equivalente moralmente aceptable a lo que es moralmente malo.

Inevitablemente, esto corromperá lo que hubiera de moralmente bueno en tu actitud inicial. Porque no te detendrás en la mera tolerancia, una especie de trato de vivir-y-dejar-vivir a una distancia segura. Inexorablemente serás conducido a ceder en lo que era moralmente bueno en tu postura original.

La queja y la crítica de Pío XI era precisamente ésa: tolerar a la URSS condujo a admitir a la URSS en el concierto de las naciones. Tuvo la misma crítica que hacer al tratamiento acordado tanto a Hitler como a Mussolini. Por cierto, hay más de una razón para pensar que la vida de Pío XI terminó exitosamente con un Mussolini temeroso de que su régimen se sacudiera hasta sus cimientos gracias a un fulgurante ataque del Papa, como el que había lanzado contra Hitier el 14 de marzo de 1937.

Pero ya en la época en que Ratti se convirtió en Papa en febrero de 1922, los tempranos pioneros del proceso histórico de la ganancia material y del aumento del poder crudo -líderes que fueron, para los motores del desarrollo geopolítico, lo que Ford y los hermanos Wright fueron para los automóviles y los aviones- estaban sujetos a las consecuencias de su pasión, a un alejamiento, en mente y en acción, de la gracia iluminadora de Dios. Bajo semejante liderazgo, y en realidad como asunto de política, las grandes naciones dejaron de observar el Primer Mandamiento y en cambio adoraron libremente, y por una consistente decisión, ante los altares de los falsos dioses de la ganancia financiera y del poder político.

El reconocimiento otorgado a la Unión Soviética por las grandes naciones en los primeros años después de la Primera Guerra Mundial, estuvo simple y principalmente enraizado en el potencial para aumentar el comercio. Y al comienzo, no fue más que un asunto de facto.

Sin embargo, el comercio siempre se ve facilitado por la diplomacia. Y por lo tanto, en 1925, las grandes potencias de Occidente, conducidas por Alemania y Gran Bretaña -y con la única excepción de Estados Unidos-, habían establecido plenas relaciones diplomáticas con el gobierno soviético.

En términos prácticos de ganancia y poder, era obvio que Estados Unidos no podía permitirse ser el único diferente. Y de hecho se unió al resto en 1928, cuando, quebrantando por primera vez el "bloqueo de créditos" que había erigido contra la URSS, se firmó un contrato en Nueva York entre la Compañía de Comercio Soviética y General Electric.

Si el Occidente estaba preparado para argumentar, aun en esa fecha temprana, que en sus acuerdos comerciales y diplomáticos no había hecho más que reconocer a la Unión Soviética como un hecho práctico de la vida en el cambiante panorama del mundo, una concesión mucho mayor, que llegó en 1934, dejó cojo a ese argumento. Fue en ese año que la **Liga de las Naciones decidió admitir a la Unión Soviética entre sus miembros.**

Con esa acción, se le acordó al gobernante régimen soviético un status

enteramente nuevo. El Occidente ya no la reconocía *de facto,* sino de *jure.* Es decir, las grandes potencias mundiales tomaron una decisión clara y deliberada de reconocer no sólo el hecho práctico de la existencia de la Unión Soviética. Tomaron la decisión de reconocer el *derecho* del sistema soviético a comportarse como se estaba comportando y a perseguir las metas que estaba persiguiendo.

Ninguna de las grandes potencias del momento ignoraba que esas metas incluían apoderarse de todas las naciones de Occidente, destruir la forma de vida capitalista, liquidar toda religión formal y abrogar todos los derechos humanos.

Más aún, cada uno de los responsables de la aceptación de la URSS en la comunidad de naciones -de su admisión en nombre del derecho internacional a un lugar de igualdad con todas las demás naciones- sabía que el régimen soviético estaba construido, desde el vamos, sobre los pilares del ateísmo oficial, del uso de la persecución, de los campos de prisioneros, de la tortura y de las ejecuciones masivas, y de la infusión sistemática de propaganda mentirosa en el mundo.

En la visión de la historia del papa Juan Pablo, este reconocimiento *de* jure de la URSS, concedido principalmente por razones de beneficio económico y engrandecimiento material, fue un paso político de Occidente que estuvo basado sobre principios gemelos: aceptación de las múltiples estructuras pecaminosas sobre las que se había construido la URSS, y la concesión a la URSS del derecho a continuar por ese mismo curso.

Más aún, el argumento del papa Juan Pablo es que todo lo que sucedió durante los siguientes cincuenta años no fue más que la lógica derivación de esa decisión política consciente de las naciones occidentales, una decisión política que concedió equivalencia moral a un sistema inmoral, y que fue ratificada una y otra vez a medida que avanzaba el tiempo.

Por supuesto, los principios involucrados no fueron llamados principios de aceptación y concesión. Pero sus perfiles eran tan claros, y su aceptación en los asuntos mundiales se extendió tanto, que cuando el papa Juan Pablo II habla en privado, se refiere a ambos principios juntos, en una abreviatura apropiada, como el principio del *equilibrio.*

Cualquiera sea su nombre, este principio dicta que, una vez que un poder emerge en la escena humana, el juicio básico acerca de su aceptación no está basado en ninguna norma moral, y por cierto, tampoco en ninguna norma religiosa. El único juicio que se hace concierne a cuán adecuadamente se puede integrar este nuevo poder al concierto de las naciones, de manera que se pueda promover el comercio internacional, se obtengan ganancias y la "buena vida" pueda seguir su curso ascendente.

En otras palabras, no se necesita excluir ninguna fuente de un comercio más amplio, y ninguna base para la intensificación de la prosperidad, en tanto se puec.i mantener ese equilibrio.

Una vez que ese principio de equilibrio fue puesto en su lugar, se convirtió en una especie de piedra imán de la política internacional cuyo campo magnético era irresistible. A medida que transcurría la década de los treinta, en todas partes se mostraba la misma renuencia a declarar al régimen soviético fuera de la ley de las naciones, durante tanto tiempo como fue posible.

En realidad, fue sólo después de que la mayoría de las naciones occidentales habían sido forzadas, literalmente a punta de pistola, a enfrentarse a una amenaza al principio del equilibrio que llegó de otra parte -del régimen nazi de Adolfo Hitler en Alemania-, que el primer ministro británico Winston Churchill y el Presidente norteamericano Franklín Roosevelt celebraron, cada uno, acuerdos personales con el dictador soviético Joseph Stalin, por los cuales poblaciones enteras de Europa Oriental, los estados bálticos y Asia fueron entregados por completo a Stalin.

Stalin le dijo refunfuñando en 1944 a un grupo de senadores norteamericanos que lo visitaba, y que preguntaba tardíamente sobre sus planes de posguerra: "Su Presidente me ha dado una influencia total y exclusiva en Polonia y en China, y lo que planeo hacer allí no es asunto de ustedes". =n tanto, la página más triste y vergonzosa de las memorias de Churchill sobre la época de la guerra registra cómo, durante una de sus visitas a Moscú durante la guerra, de un plumazo firmó alegremente la entrega de la libertad y de las vidas de millones de personas de los estados balcánicos.

Puede ser, como tanto le gustaba decir a Churchill, que hasta el garrote soviético era suficientemente bueno como para derrotar al perro nazi. De todos modos, después de una década del acto de la Liga de las Naciones de 1934, el derecho de la Unión Soviética a seguir su curso singularmente brutal no sólo fue ratificado por los dos líderes más importantes de las naciones occidentales, ese derecho fue cementado y enormemente intensificado con los despojos de la guerra.

Dado el motivo de Roosevelt y Churchill en este asunto, es una ironía sumamente salvaje que, en los anales de la crueldad humana y del genocidio deliberadamente planeado, ni siquiera el récord sangriento de Adolfo Hitler pueda igualar al estalinista. Porque, sin demora, la Unión Soviética impuso su dictadura totalitaria sobre las desventuradas naciones de su nuevo imperio. Y sin demora, reasumió por todos los medios la persecución de su meta fundamental de la hegemonía mundial... su propia versión de la aldea global.

Las proporciones catastróficas de la división Este-Oeste a la que había contribuido en un momento de desesperación, fue mejor caracterizada por el propio Winston Churchill en 1946. En Fulton, Missouri, el estadista británico pronunció uno de sus más famosos discursos de posguerra. Conjuró anteel mundo la imagen lúgubre pero exacta de una cortina de hierro que los soviéticos habían afianzado en su lugar desde Stettin, en el mar Báltico, hasta Trieste en el Adriático. Europa había sido dividida. Este y Oeste se habían convertido en las coordenadas que dominarían la vida internacional del mundo y de toda su población durante los siguientes cuarenta años.

Lógicamente -en realidad, inevitablemente-, fue el Partido Comunista de la Unión Soviética el que usurpó el papel de único líder en el bloque del Este. Y en forma igualmente inevitable, todos los derechos humanos -civiles, políticos y religiosos-, así como el derecho a organizar sindicatos y a ejercer la iniciativa económica, fueron negados o severamente limitados. Se dedicaron enormes sumas de dinero al enriquecimiento de la *nomenklatura,* esa clase privilegiada de burócratas y de funcionarios del Partido de la Unión Soviética que fue tan rápidamente exportada a cada nuevo país satélite como su nueva clase dirigente. Las reservas de armas comieron todavía más dinero, mientras que las necesidades vitales del desarrollo de las poblaciones asoladas por la guerra eran ahogadas por el gasto militar, por la burocracia mastodóntica y por una ineficiencia que rápidamente se volvió endémica en todas las naciones sátrapas del Este como en las naciones del Sur.

Stalin, ya culpable, con anterioridad a la Segunda Guerra Mundial, de la persecución, prisión, tortura y muerte de unos cincuenta millones de seres humanos, impuso el mismo tipo de dictadura totalitaria a las naciones traicionadas del recién creado bloque del Este.

Ahora tenemos testimonios directos desde el interior del propio sistema soviético sobre los arrestos masivos, las deportaciones, torturas, encarcelamientos y ejecuciones que recayeron sobre millones de inocentes ciudadanos en la URSS y en todas las naciones satélites. En la red de campos de trabajo forzado, en la total censura de los medios, en el gobierno totalitario de un solo hombre, en la conservación de expedientes sobre incontables personas, en el aparato policial represivo y en los asesinatos que continuaron a lo largo del periodo de la segunda posguerra, en el genocidio deliberadamente planeado, en el control total sobre ¡a vida diaria de millones (sobre lo que comían, qué trabajo hacían, qué leían, qué pensaban, cómo vivían y cómo morían), en todo eso, el récord de Stalin no es sobrepasado en la historia escrita.

Aunque había continuos gritos de indignación desde todo el mundo, la reacción y la estudiada respuesta de las naciones occidentales a este , pectáculo de horror soviético que se había extendido sobre toda una región del mundo, fue básicamente un refinamiento de su anterior principio de equilibrio. O, más adecuadamente, fue la codificación de ese principio de equilibrio en una política por medio de la cual el equilibrio todavía podía mantenerse. Y esta vez, tenía un nombre. La doctrina de la "contención".

De hecho, hasta tuvo un autor. George F. Kennan fue el analista internacional más destacado de Occidente y quizá la mente más aguda que apareció en el Occidente desde la muerte del inglés Lord Acton en 1902. Kennan fue, también, lo más cerca que ha llegado Estados Unidos de producir un pensador genuinamente geopolítico.

En un telegrama de ocho mil palabras, ahora famoso, despachado desde la Embajada norteamericana en Moscú al Departamento de Estado en Washington en 1946, Kennan, un empleado subalterno de la embajada,

propuso que Estados Unidos respondiera al empuje expansionista soviético por medio de "la aplicación hábil y oportuna de la réplica en una serie de puntos geográficos y políticos constantemente cambiantes". Desalentaba cualquier militarización innecesaria del conflicto con los soviéticos, o cualquier dependencia de las armas nucleare-. En su mente, la fuerza militar no debía ser el medio principal de contrarrestar a los soviéticos.

La fuerza motriz del pensamiento de Kennan era, básicamente, una fuerza moral de intención verdaderamente geopolítica. Para él, la necesidad de evitar la guerra con los soviéticos nacía de un imperativo moral. Debían hacerse todos los esfuerzos para evitar una guerra semejante, porque probablemente significaría la destrucción total de nuestra civilización actual.

Al mismo tiempo, Kennan era explícito en lo concerniente a lo que el Occidente podía o debía hacer en relación con los pueblos mantenidos ahora cautivos en Rusia y en todo el último imperio colonialista de la historia del mundo.

Condenando al régimen estalinista como uno de "crueldad y envidia sin paralelo", aconsejaba al Occidente que se convirtiera y se comportara como un "extranjero benévolo", para mantener "corteses relaciones de vecindad con los soviéticos, y luego dejar q ,·e el pueblo ruso -sin que lo moleste el sentimentalismo extranjero ni el antagonismo extranjero- resuelva su destino a su manera particular. . . El extranjero benévolo, en otras palabras, no puede ayudar al pueblo ruso, sólo puede ayudar al Kremlin. E, inversamente, no puede dañar al Kremlin, sólo puede dañar al pueblo ruso. Ésta es la forma en que está el engranaje del sistema".

Un comentarista admirador escribió sobre la doctrina Kennan que estaba basada en "una evaluación realista de los respectivos poderes e intereses de América y de Rusia". Y es cierto, si uno considera las "corteses relaciones de vecindad" de un "extranjero benévolo" como el medio para mantener el principio del desarrollo equilibrado en el Occidente, y si uno considera "una evaluación del poder y los intereses de Rusia" como una base aceptable para justificar la connivencia moral con los horrores de la vida en las naciones del Este. . . entonces, sin duda, Kennan había proporcionado un marco general detallado y realista, dentro del cual el Occidente podía perseguir los intereses de su desarrollo con tan poca molestia moral como era posible.

Las profundas consecuencias humanas de la doctrina de la contención de Kennan quedaron aclaradas más allá de la duda, si es que se necesitaba una aclaración, cuando en 1956 el pueblo de Hungría llevó a cabo un levantamiento desesperado contra la brutal presencia policial, los sueldos de hambre, la promiscuidad, las despensas vacías y los sustitutos improvisados para las necesidades más simples de la vida que Stalin les había impuesto. Los húngaros estaban convencidos de que el Occidente vendría en su ayuda. Desgraciadamente, no habían evaluado que el Occidente descansaba en el principio del equilibrio de poder. Si Stalin borraba a toda la nación

húngara, aun el Occidente vería florecer su propio camino. La nación en rebelión fue reprimida en forma sangrienta. En 1968 hubo una nueva representación del mismo guión, esta vez en Checoslovaquia.

Fatalmente comprometido desde el comienzo de la "vida con el tío Joe", el Occidente había entrado en la espiral de una relación bipolar de antagonismo sobre la cual tenía solamente un control muy tenue. No sólo había aceptado al Este como una potencia paralela, el Este había alcanzado el sueño de todo estratega clásico: había atraído al Occidente al terreno en particular que había elegido para la lucha.

Inevitablemente, el Este y el Oeste, cada uno con sus propias formas de propaganda y adoctrinamiento, transformaron su oposición ideológica en una oposición militar profesional del tipo más curioso. Dos bloques de fuerzas armadas, aunque desconfiados y temerosos de los planes de dominación mundial que tenía cada uno, tenían ambos tanto miedo del conflicto directo como de la amenaza geopolítica del bando opuesto.

Dados los elementos de la doctrina de contención de Kennan, la tensión armada entre las naciones del Este y del Oeste, la atmósfera de desconfianza y sospecha que reinaban entre ambos, y sobre todo, dada la profunda contienda ideológica entre los dos bloques, solo era cuestión de un corto tiempo antes de que la coordenada de oposición Este-Oeste se derramara para afectar a las naciones del Sur.

En primer lugar, la vasta derrama de miles de millones de dólares en ayuda al exterior se convirtió en un medio por el cual el Este y el Oeste por igual esperaban hacer avanzar los intereses de sus políticas exteriores divergentes. Porque la rivalidad Este-Oeste era global, y los fondos tenían el propósito de comprar lealtades, no de aliviar la pobreza endémica.

A su vez, las naciones del Sur, desesperadamente necesitadas de una ayuda efectiva, imparcial y prudentemente administrada de los países desarrollados y más ricos del Norte, se encontraron en cambio agobiadas por los conflictos ideológicos del Este y el Oeste. Porque fue en las naciones del Sur que ambos encontraron los blancos más convenientes para lo que George Kennan había llamado " la aplicación h¿bil y oportuna de la réplica en una serie de puntos geográficos y políticos constantemente cambiantes". Las naciones del Sur clescubrierón que les asignaban una posición u otra a lo largo de la coordenada Este-Oeste.

Con la mayor frecuencia, y desgraciadamente para el Sur, los resultados inevitables fueron conflictos y divisiones internos, hambre, crueldad y hasta guerra civil en gran escala. El Sur está repleto de monumentos a esta política, monumentos con nombres que todos conocemos: Nicaragua, Vietnam, Laos, Camboya, para nombrar sólo unos cuantos.

A pesar del hecho de que la trayedia a escala internacional se convirtió en el orden del día, jamás se pensó ni se llevó a la práctica un plan concertado para impedir que siguiera ensanchándose la brecha entre Norte y Sur -el rico y el pobre-, porque era la rivalidad global entre el Este y el Oeste

-el pordiosero y el ladrón- lo que dictaba los gastos de las naciones occidentales. De hecho, con el tiempo, todos los gobiernos locales, aun entre las naciones del Este, recibieron su propia ración de los miles de millones de dólares en créditos y en ayuda, pagados por las naciones occidentales en su continua acción para mantener el equilibrio.

De este arreglo mutuamente aceptado de asociación y oposición entre el Este y el Oeste surgió un factor importante en la vida moderna, la carrera armamentista, que ha hecho que las naciones derrocharan tantos cientos de miles de millones de dólares todos los años, que hasta los gigantes de Occidente se convirtieron en naciones deudoras. Si se hubiera administrado prudentemente y por otros motivos, ese gasto sólo probablemente hubiera podido borrar el hambre, la enfermedad y la carencia de vivienda endémicos de todas las tierras del Sur.

A pesar de una cosecha tan catastrófica, las naciones occidentales pusieron el toque final a su aceptación sistemática de la injusticia, crueldad, hipocresía y mentiras institucionalizadas y al propósito anti-Dios del bloque oriental de naciones.

En el Acuerdo de Helsinki, de 1975, todo el Occidente, como un bloque, ratificó de nuevo y oficialmente el principio del equilibrio. El carácter inviolable del imperio soviético, compuesto y erigido sobre estructuras pecaminosas, fue confirmado oficialmente y sobre el papel de un tratado. Todas las concesiones y aceptaciones hechas al pecado institucionalizado en estructuras pecaminosas, fueron ratificadas con fanfarrias internacionales como la política global de las naciones occidentales. La doctrina Kennan había conducido al triunfo de lo que ha sido llamado la doctrina Brezhnev: el intocable derecho del Estado-Partido soviético a controlar sus naciones cautivas.

Tales eran los hechos desnudos de la asociación y rivalidad en 1978, cuando Karol Wojtyla llegó a Roma desde el Este soviético; y así permanecieron, en esencia, todos los años de su reinado como papa Juan Pablo II, hasta el surgimiento de Mijaíl Gorbachov en 1985.

Las naciones del Este permanecieron como estaban, agrupadas alrededor de la URSS como su líder dominante y como el Estado-Partido que había sido siempre: un estado de contraespionaje en forma y función. Las naciones occidentales permanecieron como estaban, agrupadas libremente, aunque a veces de mala gana, alrededor de Estados Unidos como paraguas militar, y como líder financiero y empresarial. Y el mundo permaneció como estaba, atado al potro de tormento global de la oposición mutua y la rivalidad entre los dos bloques principales, aveces con una tensión que llegaba casi al punto del estallido, y otras veces con una tensión menos ominosa, pero nunca totalmente aliviado de esa tensión.

Desde el comienzo de su pontificado, el papa Juan Pablo ha insistido en que ninguna significativa evaluación moral de la rivalidad Este-Oeste, y

ninguna evaluación de sus efectos sobre el mundo, podría tomar en consideración algo como el principio del equilibrio, ni siquiera por un momento. Tampoco una evaluación moral podría basarse, ni siquiera remotamente, en una cómplice política de contención. Porque tanto el principio cuanto la política no eran más que la aceptación del mal moral engalanado con las últimás ropas "para-ia-reunión". Expresado menos alegremente, eran las cuerdas que mantenían atado al mundo entero a las máquinas de tortura de las estructuras pecaminosas.

Es cierto, siempre hubo diferencias del tipo más profundo entre el Este y el Oeste. El sistema oriental estaba política, económica y socialmente estructurado de acuerdo con el marxismo clásico, modificado y adaptado por los estalinistas soviéticos. El sistema occidental estaba estructurado de acuerdo con el capitalismo clásico, que experimentó sus propias modificaciones y adaptaciones. Y es cierto que de esas ideologías totalmente irreconciliables fluía la rivalidad política, social y económica entre los dos bloques de naciones. Dictadura totalitaria en el Este versus democracia capitalista en el Oeste. Estatismo absoluto en el Oriente versus economías abiertas y de mercado libre en el Occidente.

Sin embargo, a pesar de todas las diferencias entre las dos partes, y sin importar lo profundas que parezcan ser esas diferencias, Juan Pablo señala un lazo decisivo entre Este y Oeste, un defecto común y letal que los engrilla juntos como socios amargos perc no siempre mal dispuestos. En ninguno de estos dos sistemas hay elemento alguno que considere a las estructuras pecaminosas como moralmente repugnantes, siempre que los propios sistemas puedan funcic. -. r y perseguir sus metas individuales y diferentes.

Para el papa Juan Pablo está claro que el Occidente, nunca privado sistemáticamente de su derecho a elegir libremente, siempre tendrá una multitud de acusadores silenciosos que le recuerdan al mundo a aquellos que en el Occidente aceptaron al Este estalinista como un socio sombrío y contencioso en los asuntos mundiales, que le recuerdan al mundo aquellos que aceptaron la equivalencia moral con un régimen moralmente perverso. Porque, siguiendo el principio de la equivalencia moral, la connivencia del Occidente con las estructuras pecaminosas del Oriente dejó una estela que es claramente detectabie en todos sus horribles detalles.

Siguiendo el principio de la equivalencia moral, el Occidente detuvo el avance de sus tropas aliadas en los días finales de la Segunda Guerra Mundial, para permitir a los soviéticos que entraran primero en Alemania, Checoslovaquia y una amplia ringlera de territorios adicionales.

Siguiendo el principio de la equivalencia moral, se permitió que toda la serie de estructuras pecaminosas erigidas por los líderes soviéticos se repitiera a sí misma en toda la Europa Oriental y los estados bálticos de Estonia, Letonia y Lituania. Estructuras injustas, corruptas, dictatoriales, sin dios, que directa y sistemáticamente violaron la dignidad humana en individuos y naciones al negar todos los derechos humanos; estructuras que violaron la

justicia básica y el amor al semejante; estructuras que infligieron hambre, pobreza, privaciones sociales y mentales, pesimismo y violencia corporal a millones de hombres, mujeres y niños. Sobre todo, eran estructuras que estaban oficialmente, y por expresa política estatal, impregnadas de la falta de dios, con una negación profesional de la soberanía y de la ley de Dios.

Más aún, siguiendo el principio de la equivalencia moral, Estados Unidos y los principales protagonistas del Occidente bajo su liderazgo, rara vez miraron hacia atrás, por encima de su hombro colectivo, una vez que oficialmente habían firmado la entrega de las vidas, libertades y derechos de todos esos millones al cautiverio soviético.

En cambio, siguiendo constantemente el mismo principio, el Occidente consintió, una y otra vez, en tratar como un miembro cumplido de la familia de las naciones a una potencia oficialmente sin dios y profesionalmente anticristiana, antirreligiosa. El Occidente aceptó a los soviéticos como miembros auténticos, aunque reconocidamente problemáticos, de la comunidad internacional, intercambiando embajadores, estableciendo lazos culturales y fomentando pirámides enteras de vínculos comerciales, industriales y financieros con el Oriente.

Por todos estos medios, y siempre con el principio de la equivalencia moral como estrella guía, el Occidente fue cómplice de la Gran Mentira de que las naciones cautivas eran auténticamente Estados soberanos, y no los renuentes cautivos de estructuras pecaminosas que se sostenían recogiendo una cosecha de muerte entre seres humanos a los que nunca se les permitió la oportunidad de tener suficiente sustento para su vida.

Como Papa y como polaco, Juan Pablo conoce directamente la profundidad y la extensión del sufrimiento causado por esa connivencia moral entre los líderes del Este y del Oeste. Demasiado bien sabe que nació toda una generación que "nunca (ha) conocido la seguridad de la paz en su vida", para adaptar las potentes palabras de George Kennan. Una generación entera vivió y murió sin esperanza para el futuro.

Como ha dicho a veces Juan Pablo, en Polonia, él y su pueblo conservaron una melancólica esperanza e irrefrenable fe en el futuro que Dios presentaría, porque los polacos nunca se permitieron dejarse robar su creencia en Dios y en Cristo como el Salvador, y porque nunca, ni por un momento, aceptaron el principio de la equivalencia moral bajo el útil disfraz del equilibrio y la contención, como hicieron aquellos que fingieron que, a pesar del creciente precio humano, la ausencia de una guerra a tiros entre las principales naciones del Este y del Oeste podía pasar por paz.

Siempre estarán las inextirpables fosas comunes de ciudadanos soviéticos en Bykovnia, cerca de Kiev, en Kuropaty, cerca de Minsk, en Vinnitsa y Lwów y en cuantos sitios más que se extienden desde Arcángel en el Círculo Ártico, todo el camino hasta Odessa en el Mar Negro, y desde Moscú hasta la aldea-prisión de Boguchany, en las tierras altas soviéticas. Cualquier intento de justificar la irreflexiva aceptación *de jure* que hizo el Occidente del

imperio soviético y de la doctrina Brezhnev, siempre será contradicho por Juan Pablo con la fosa común de 4,443 oficiales polacos en el bosque de Katyn, las tumbas de 11,000 ofíciales polacos en los campos de internación de Kozielsk y de Ostaszkowo, con las tumbas abandonadas de las 3,500 estaciones de internación del sistema del Gulag soviético en toda la URSS y sus naciones cautivas.

Seguramente, también, los millones que han vivido y muerto desconocidos, indefensos, sin registro, sin ser llorados y sin que se rindiera cuenta de ellos, constituyen un acta de acusación, escrita en carne y sangre, contra las autoridades soviéticas. Pero igualmente seguro es que están implicados todos aquellos que se confabularon con los amos del régimen soviético, se conformaron y los aceptaron, todos aquellos que insistieron en seguir ese principio del equilibrio tan conveniente para el sistema capitalista y tan querido para todos los corazones de los líderes del Occidente.

Pero, ni con mucho todos los acusadores del Este y del Oeste son testigos silenciosos. Y ni con mucho están todos ellos en la Unión Soviética, en la Europa Oriental y la región báltica. Porque el principio de la equivalencia moral se abrió camino alrededor del mundo. En términos geopolíticos prácticos, resultó que la estrategia global de George Kennan de "la aplicación hábil y oportuna de la réplica en una serie de puntos geográficos y políticos constantemente cambiantes", significaba que las naciones, y regiones enteras, se habían convertido en peones en el fuego cruzado de la oposición y hostilidad Este-Oeste.

Los conflictos internos, la hambruna, la crueldad y hasta las guerras civiles a gran escala no son sino algunas de las miserias que resultaron en "puntos geográficos y políticos" tan distantes como Pakistán, Mozambique, Angola, Etiopía, Guatemala, Nicaragua, El Salvador y Afganistán.

¿Cuántos acusadores más deben levantarse, también, de las políticas de no-ganar del Occidente en Corea y Vietnam, que cobraron su propia cuota en la muerte de millones y en la descorazonadora miseria de millones más? Para Juan Pablo, es inevitable la conclusión de que el Occidente no era tanto un aliado benigno cuanto indigno de confianza, a pesar de las muchas declaraciones en aquel sentido. Por el contrario, bajo el liderazgo norteamericano, Occidente fue el fiel discípulo de la equivalencia moral. Se dedicó a su política de "corteses relaciones de vecindad" con los soviéticos, cuyos vicarios se unieron al Occidente en el pago del precio por su connivencia -inclusive en la guerra- con los amos orientales de estructuras pecaminosas.

Okinawa se convirtió en otro peón de tales "corteses relaciones de vecindad" entre los bloques de potencias del Este y del Oeste. Okinawa fue forzadamente incluida como la prefectura número cuarenta y siete del Japón, a pesar del hecho de que el dudoso derecho de Japón descansaba solamente en la toma de la isla en 1898. Pero Okinawa era necesaria como base estratégica para el Japón y Estados Unidos vis-á-vis China. Así que Okinawa no fue devuelta a su pueblo. Por el contrario, casi el veinte por ciento de su territorio está ocupado por bases norteamericanas.

El interés occidental por China figura nuevamente en el Tíbet, donde Estados Unidos ha practicado una remilgada delicadeza en relación con la brutalidad del gobierno comunista chino contra los derechos humanos, y particularmente contra los derechos religiosos. ¿Por qué? Porque en la lucha entre los bloque:, del Este y del Oeste, el Occidente contaba a China como su carta de triunfo. Seguramente los tibetanos que, como resultado, han sufrido tan enormemente, se erguirían, si pudiesen, como testigos contra tales "corteses relaciones de vecindad". Y con la misma seguridad, se unirían a esa multitud de testigos los más de un millón de tibetanos sin hogar que están refugiados en la india y otros lugares.

Y luego está Líbano, por cualquier criterio uno de los ejemplos más patéticos de las desventuradas naciones atrapadas en las políticas de la equivalencia moral adoptadas por las naciones occidentales. Porque aquí el fuego cruzado de la oposición y la hostilidad Este-Oeste no es una manera de hablar. Es una forma de vida.

A comienzos de la primavera de 1989 -en un solo periodo de ocho semanas-, alrededor de cien mil proyectiles fueron lanzados al área cristiana de Beirut por los artilleros sirios, mientras que los artilleros cristianos arrojaron otros treinta mil proyectiles a las áreas controladas por los sirios. Claramente, entonces, como en Corea y Vietnam, tanto el Este como el Oeste han hecho mucho más que estar meramente conformes con el sufrimiento y la mortandad diaria de los tres millones y medio de residentes civiles del Líbano. Porque Siria es el representante de la Unión Soviética en el Medio Oriente, mientras que el enclave cristiano, hasta hace poco, ha sido capaz de recurrir al Occidente para el apoyo que pudiera recoger.

Sin embargo, en esta región, a diferencia de Corea y Vietnam, la naturaleza de carne-y-uña de la equivalencia moral quedó, recientemente, casi sorprendentemente en claro. Porque después del bombardeo y contrabombardeo de la sangrienta primavera de 1989, el Secretario de Estado norteamericano James Baker y el Ministro de Relaciones Exteriores de la URSS, Eduard Shevarcinacize, emitieron un comunicado conjunto llamando a "un diálogo nacional sobre la reconciliación en Líbano". La Liga Árabe también se entrometió, pidiendo el retiro de todos los "soldados no libaneses".

Desde el punto de observación de Juan Pablo, es claro que si el Este y el Oeste tuvieran la intención de hacer algo más que hablar de dien4. _ ; jia afuera sobre la "reconciliación en Líbano", no necesitarían molestarse con ningún comunicado conjunto. Simplemente, los soviéticos pueden retirar su apoyo financiero y militar, que es lo que permite pelear a los sirios, y los norteamericanos pueden retirar la ayuda financiera que hace posible que los cristianos continúen con su parte en la constante lluvia de muerte en el Líbano. Y los árabes, también, pueden retirar sus contribuciones (que llegan a más de la suma anual que pagan para los gastos de la o¡-P) y que

de revolución audaz daba energía al centro como lo hacía con la izquierda. Aquí reinaban el temor y la duda, el desánimo, la vana esperanza y las desilusiones reales, la enfermedad moral y la inercia religiosa. Aquí, el horror ante las peculiares innovaciones en el ceremonial de la Iglesia y la repugnancia ante la enseñanza no-católica de los sacerdotes y obispos, llevaban a miles tras miles fuera de la Iglesia y hacia las amplias planicies de la consternación sin objetivo.

En el centro no había nada de la certeza de la derecha o de la izquierda. Todas las preguntas se planeaban de nuevo. ¿Qué significaba realmente ser católico? ¿Ser Papa? ¿Ir al infierno por toda la eternidad? ¿Cometer un pecado? ¿Comer y beber el cuerpo y la sangre de Cristo? ¿Qué significaba para el Papa ser infalible? ¿Qué significaba ser célibe y, al mismo tiempo, un ser humano equilibrado? ¿Qué significaba para la unión sexual estar bendita por un convenio con Dios, y para la vida misma, ser sagrada? Las dudas eran legión y crecían. Las preguntas eran interminables e iban en aumento. El dolor se extendía a las áreas más profundas de la vida personal y social.

Y de ese modo, aun mientras Juan Pablo II estaba avanzando como una figura internacional de primer orden en la escena mundial, dentro de su propia Iglesia institucional nadie, de ningún lado de ninguna barrera, podía dudar que la decadencia en esa institución mundial eran tanto crítica cuanto ›wia.

Sin embargo, a cierto nivel de la vida y del servicio del Vaticano, existía)reocupación por una debilidad todavía de mayor significado. A este nivel -staban aquellos quienes señalaban un peligro mucho mayor para el pontifi:ado de Juan Pablo y para su Iglesia.

Éste es el nivel de las operaciones vaticanas en el que uno encuentra,)or ejemplo, a los hombres que Juan Pablo trajo consigo al papado, como lacen todos los papas. Aquí, también, uno encontraría al grupo de "cui]adores" -el centro que se encuentra dentro de cualquier centro de poderl ue aseguran su continuidad, manteniendo los recuerdos, descartando las)rácticas inútiles de un pontificado anterior una vez que ha comenzado uno wevo.

Ni dispersos por una muerte papal ni dominados por un papa nuevo, estos cuidadores son servidores de cada uno de esos hombres verdaderanente aislados, quien, habiendo aceptado el Anillo del Gran Pescador, llega ;olo a ocupar el trono de Pedro y a empuñar las Llaves del poder único de ese antiguo apóstol.

A ese nivel están los hombres que han llegado a saber de cerca que ·iunca es cosa fácil ser llamado al trabajo público de la Iglesia en general. estos son los hombres que conocían la montaña que Juan Pablo se echaba a los hombros cuando tomó la decisión de convertirse en un activo competidor en la escena internacional, como lo dejó tan en claro al inicio de su reino.

Como el Pontífice al que servían, estos colaboradores íntimos manenían sus ojos puestos, entonces como ahora, en el objetivo que este Papa

había escogido. Por esa misma razón, entre ellos, y a veces con el Papa, comentaban la debilidad más significativa, el mayor peligro para la política general de Juan Pablo, y para las estrategias por medio de las cuales él persiguió esa política desde el comienzo.

Estos cuidadore-, que estaban en el centro de la administración de Juan Pablo descubrieron que, inclusive antes de venir a Roma, este Papa había tomado conciencia de ésta, la mayor amenaza a su pontificado, que estaba dentro de la Iglesia. Ya sabía que el peligro estaba tan bien instalado que ya se había ganado su propio nombre dentro de algunos círculos del Vaticano. Lo llamaban la superfuerza.

Aunque Juan Pablo sabía de la existencia organizada de esta superfuerza antes de su elección papal, fue sólo como Papa que se vio forzado a apreciar cada detalle amenazador de sus miembros, su organización, su in fluencia en todas las instituciones del Vaticano y de la Iglesia mundial, su resuelta intención y la agenda por la que perseguía su propósito mortal.

La superfuerza había tomado sus miembros de lo que algunos con inclinación fantasiosa llamaban los espectros sueltos en la casa del Papa... ese número creciente de adversarios intra-Iglesia de Juan Pablo. Pero éstos no eran simplemente cualesquiera espectros. Éstos eran eclesiásticos con tal rango y poder dentro del Vaticano y en los puntos clave de la estructura jerárquica, que controlaban los órganos inás vitales y los nervios de esa estructura, en todo el mundo.

En dos mil años de existencia de la Iglesia romana, nunca había habido algo similar a la superfuerza. Cismas, herejías, luchas dentro de la Iglesia, prolongada alienación de partes de la Iglesia con respecto al cuerpo princi pal, decadencia de la creencia y de la moral entre prelados, sacerdotes y laicos, completo abandono de la fe romana por parte de regiones enteras de territorio, la Iglesia católica los había visto y sobrevivido a todos. Los papas habían sido raptados, aprisionados, injuriados, obligados a exiliarse, asesinados. Durante una época de la Iglesia primitiva, una buena mayoría de obispos eran herejes. En otras épocas, en los siglos dieciséis y diecinueve, en Roma era elegante ser un clérigo descreído. Pero los objetivos y la actividad de la superfuerza ya le habían creado a Juan Pablo una situación que era cualitativamente diferente de cada una y todas ellas.

Desde el día que Pedro llegó a Roma encadenado como prisionero del César y se convirtió en el primero en la larga, ininterrumpida línea de hombres que proclamaban ser el representante personal de Jesús, Juan Pablo, que era el número doscientos sesenta y cuatro en esa línea, era el primero en llegar al poder con el conocimiento de que tendría que enfrentar algo tan calculado, tan simple y tan siniestro como la reprimida intención de esta superfuerza.

Esa intención era en ese entonces, y sigue siendo hoy, la destrucción del Oficio Apostólico y, finalmente, de la fe católica tal como ha florecido y se ha desarrollado durante veinte siglos.

Una cosa que esta superfuerza no intenta es la destrucción de las instituciones físicas de la Iglesia, los museos, las bibliotecas, las abadías, los hospitales, orfanatos, grandes catedrales, conjuntos universitarios. Porque, en términos muy simplificados, esta superfuerza es una especie de versión eclesiástica de un equipo de asalto hostil en una corporación. Esas instituciones físicas son la planta corporativa, los activos firmes y útiles que el equipo de asalto busca controlar.

Para estos incursores corporativos de la Iglesia, el Papa -para no mencionar la Trinidad, los santos, la Virgen y toda la inmemorial parafernalia del catolicismo tradicional-, mientras tanto, representa los últimos vestigios de la administración anterior, el "viejo grupo" que debe ser remplazado por el "nuevo".

Como en cualquier intento hostil de apoderarse de algo, hubo y hay una agenda ordenada, y la agenda de la superfuerza ya estaba avanzada en 1978. Había avanzado durante veinticinco años. Por lo tanto, en el momento en que Juan Pablo llegó al papado, el constantemente creciente control de la superfuerza sobre los órganos visibles de la fuerza de la Iglesia ya le habían garantizado una cantidad de ventajas.

Lo importantes que eran esas ventajas, se ve fácilmente por medio de dos hechos básicos a los que se enfrentaban Juan Pablo y aquellos que le eran leales a él y al papado.

El primero era que ningún papa había sido capaz de desalojar a esta superfuerza, o controlarla, o exorcisarla de su propósito destructivo. La marea había ido en sentido contrario hasta tal punto que en un tiempo muy breve, Juan Pablo II vería que él controlaba no más de dos de sus propios ministerios vaticanos, y hasta en esos dos casos, hacia fines de los años ochenta, habría evidencia de que estaban debilitando eficazmente su control.

Más palpable para Juan Pablo -aunque ya un profundo problema para su débil predecesor Paulo VI, quien había sido cegado por la superfrfuerzc, como por tantas cosas-, el segundo hecho calamitoso para el nuevo Papa era una consecuencia directa del primero. Con los canales de instrucción, disciplina y mando tan profundamente afectados por tantos puntos de estrangulamiento inteligentemente ideados, Juan Pablo se enfrentaba con su propia y creciente impotencia papal. Er, lo que concernía a la superfuerza, él podía viajar, predicar y exhortar y ordenar. Pero a menos que encontrara alguna forma de liberar esos puntos de estrangulamiento, tal actividad no sería de gran provecho. Lenta pero seguramente, en un avance mortalmente circular, el Oficio Apostólico sería anulado y excluido de la competencia por la falta de ejercicio. En otras palabras, caería en desuso, porque ya no funcionaría. Y ya no funcionaría porque se estaba impidiendo constantemente su empleo. Las instrucciones papales que ordenaban qu3 en cada diócesis se permitieran las misas "tridentinas", serían "interpretadas" en su significado como que tales misas se dirían sólo si lo deseaban los obispos... o opuesto a las intenciones de Juan Pablo. Las encíclicas de Juan

Pablo eran llamadas "meditaciones personales del Pontífice", no enseñanzas papales.

El propósito y la agenda de esta superfuerza eran lo suficientemente claros para Juan Pablo. Pero, ¿qué pasaba con el motivo? ¿Qué perseguía esta superfuerza, si sus adherentes tenían éxito en su hostil intento de asalto? Y aparte del hecho de que muchos de ellos eran cardenales, obispos, sacerdotes, prominentes teólogos e influyentes católicos laicos, ¿qué caracterizaba a los miembros de esta superfuerza?

De acuerdo con aquellos que hasta entonces se oponían a ella, lo mejor que podían hacerlo diariamente, los partidarios de esta anti-Iglesia-dentro-de-la-Iglesia eran, en su mayoría, como lo son hoy, individuos que por diversas razones habían cambiado su fe católica por otra, más de su agrado.

Sin embargo, más serio que ése era el hecho de que un cierto número entre ellos -y prácticamente todos ellos estaban, igual que hoy, en altos puestos eclesiásticos-, habían inclinado su peso hacia el lado de aquellos que, fuera de la Iglesia romana, reconocían en el papado, y en la estructura gobernante centralizada que está debajo de él, la fuerza global que entonces como ahora se interpone entre el hoy y todos los mañanas de un mundo feliz.

El corazón y la esencia de la lucha entre Juan Pablo y la superfuerza eran claros para ambos lados. Entonces como hoy, se relacionaba con la construcción de una sociedad nueva y global cuyos esbozos ya emergían entonces. La superfuerza consistía en visionarios quienes, junto con los adversarios de Juan Pablo en el mundo secular exterior a la Iglesia, ya hacía mucho tiempo que se habían lanzado a un tira y afloja por el control de esa sociedad global.

Realista supremo como era, Juan Pablo sabía con mayor detalle que la mayoría, cuánto habían avanzado ya sus competidores en la fragmentación, reorganización y luego rearmado de las estructuras del funcionamiento económico, político y cultural de la vida en todas partes. En tal contexto, ninguna de las partes podía hacerse ilusiones de que el control de las estructuras únicas, de alcance mundial, de la Iglesia católica romana universal, fuera sino un premio mayor de la batalla por la preeminencia geopolítica y georreligiosa total en la nueva sociedad.

En el momento en que Juan Pablo llegó al poder, la situación había llegado tan lejos que muchos de los que eran tanto íntimos como leales a Juan Pablo -los que sabían, por lo menos tan bien como él, contra qué se enfrentaba en esta superfuerza que le disputaba el control de su Iglesia-, comenzaron a aclamarle tan insistentemente como todos los demás de la Iglesia. Muchos sa quejaban de que Juan Pablo tenía abierto un curso de acción radicalmente diferente al que había tomado. Otro curso de acción no era sencillamente posible, insistían, sino absolutamente esencial, si la Iglesia Y el papado iban a sobrevivir a un asalto desde el interior, tan global, tan profundamente atrincherado y tan decidido.

El círculo íntimo de consejeros papales perdió poco tiempo, por lo tanto, en plantear ante Juan Pablo un conjunto de alternativas, claro, aunque formidable. Y a su vez, cada conjunto de alternativas iba ligado a una vertiginosa expansión de posibles consecuencias, tanto para la Iglesia como para el mundo en general. Se le decía a Su Santidad en los términos más respetuosos, que tendría que tomar prontas e inequívocas decisiones por lo menos bajo cinco rubros.

Sus consejeros decían que debía elegir entre los restos de lo que incluso entonces era llamada la "Vieja Iglesia" y la cada vez más predominante "Nueva Iglesia".

En forma igualmente urgente, debía elegir entre los títulos exclusivos de la tradición católica romana como la única verdadera Iglesia de Cristo y el ecumenismo igualitario tanto de no-católicos como de "nuevos" católicos. Si optaba por lo primero, el peligro sería que, al defender la fe tal como había sido defendida durante dos mil años, su aislamiento solamente sería mayor. Si escogía lo segundo, el peligro sería el fin de la organización institucional católica romana y, con ello, de toda capacidad para defender o enseñar esa fe con autoridad.

Tercero, tendría que tomar una largamente esperada decisión papal entre las dos superpotencias dominantes, cada una de las cuales lo cortejaba tan asiduamente como lo había hecho con Juan XXIII y Paulo VI, cada vez con su importante colección de representantes y enemigos. Porque, le gustara o no, los mundos secular y religioso estaban divididos en "Oriente" y "Occidente", y, tan seguro como que el sol se eleva en uno y se pone en el otro, las causas más profundas de esa división no podían reconciliarse ni siquiera dentro del ámbito de un papa que reclamaba una autoridad universal.

Su cuarta elección era urgente a causa de otro tipo de división. Debía elegir entre la antigua fórmula de Pedro con sus todopoderosas Llaves de autoridad, y la nueva independencia democratizante que estaba fragmentando a la Iglesia universal en tantas divisiones como las que podían interesarse en reclamar autonomía, unidades que se llamaban a sí mismas "Iglesia americana", "Iglesia francesa", "Iglesia alemana", "Iglesia femenina", "Iglesia homosexual"; "Iglesia de la liberación", etcétera.

Finalmente, estaba la elección que Juan XXIII y Paulo VI habían aplazado, la elección que el "Papa de Septiembre", Juan Pablo I, no había vivido lo suficiente como para encarar. Inmediatamente arrojada sobre Juan Pablo II estaba la elección entre las admoniciones inequívocas y melancólicas de recientes revelaciones privadas, y la perenne esperanza cristiana en la salvación ofrecida por un Dios amante y misericordioso.

La presión sobre Juan Pablo para que tomara estas cinco decisiones básicas estaba aumentada por los agudos lamentos de un conjunto más amplio de consejeros acerca del espantoso estado de cosas en Roma y en el mundo. Hombres que normalmente eran serenos y equilibrados habían llegado a estar convencidos, y hacían todos los esfuerzos posibles para convencer al nuevo Papa de que, le gustara o no, su reciente antecesor, Paulo VI, había tenido razón. Paulo VI había dicho, y lo mismo decían estos consejeros: "La Iglesia está empeñada en su autodestrucción". "El humo de Satán ha entrado al santuario mismo", había advertido Paulo VI, y lo mismo advertían los consejeros.

Por cierto que había una inmediata y pesada contrapresión a esas voces. Una mayoría ya poderosa, si todavía no preponderante, encabezada por la superfuerza que controlaba tantos de los puntos de estrangulamiento de las estructuras de gobierno de la Iglesia, en Roma y en el exterior, se burlaban de las Casandras que gemían ante el Papa con opiniones tan alarmistas. Desde este rincón no se escuchaban esos agudos lamentos. Más bien, éstos eran hombres empeñados en cooptar al nuevo Papa, buscando su bendición y favor para el progreso de sus ideas acerca de lo que debía ser la Iglesia: acerca de "redefinir la misión de la Iglesia", en las palabras más recientes de uno de los cardenales norteamericanos, y acerca de lo que debía llegar a ser el papado.

A Juan Pablo, mucho más experimentado y astuto de lo que reconocía cualquiera de los dos bandos, no se le pasaba por alto que el mayor de todos los grupos, los católicos comunes de todo el mundo, no proferían ningún clamor. Quizá no estaban organizados en bloques o en grupos de presión. Quizá no adivinaban cuán cegados por los acontecimientos estarían pronto ellos mismos, como había estado Paulo VI. Cualquiera fuese la razón, estos millones por cuya lealtad era la pelea, honestamente no tenían voz en el estrépito. La mayoría de sus miembros tampoco podría saber entonces, más de lo que saben ahora, qué elecciones exigirle al papa Juan Pablo.

En cualquier caso, uno tiene que pensar que no hubiera importado. Una voz más o menos de cualquier lado de la barrera no hubiera profundizado la comprensión de Juan Pablo. Porque, en realidad, antes de llegar al papado, Juan Pablo ya conocía los temas urgentes que le serían arrojados para que decidiera, así como sabía qué defendía cada uno de estos grupos.

Más aún, no hubiera importado porque, para pena y confusión de todos, nadie -ni el más íntimo y confiable de entre sus consejeros- consiguió conmover a Juan Pablo, no más que el desventurado cardenal Ratzinger conseguiría hacerlo unos años después.

Cierto, el Papa resistió los ímprobos esfuerzos de la superfuerza para que él transformara al papado. Pero entonces, también se rehusó a ejercer la autoridad que es el corazón viviente del papado, para revertir -o por lo menos detener- el deterioro de su Iglesia. Y firmemente se rehusó a aplicarse de frente a esa fatal serie de opciones que sus consejeros íntimos le impusieron con tanta urgencia.

En cambio, al mismo tiempo que Juan Pablo fijaba el rumbo de un pontificado que sería más largo y más influyente que muchos de la historia, les presentaba a todos y cada uno la suprema contradicción y el mayor de los enigmas. Tanto para adversarios como para partidarios, para la superfuerza

=igeq as anb el ua e!ouaiadwoo el 'eJogP aA !u 'elan oN ·sep!A A sodiano ap >ou!wjál ua soluauBues soluaiw!oaluooe'ejoge apuaadwoo ¡u'eipuajdwoo)u olged uenp ap ug!s!A el jaoalio epand anb olansuoo jainbleno PJed ·alied ns ap egelsa

)dwarl la anb ap sope!juoo aiuawienbi uegeisa saiop!iadwoo sns anb)dns ajdwais owoo ise'uó!oisods!p ns e opunw alse ap ouesaoau odwaq la)poi eJipual lá anb ap oinB.as onnlsa ajdwaiS 'Ieueq sew egonl eun ua oseo las eiipod owoo 'odwa!l la eiluoo ejaijeo eun ua opunw lap e!ouaiad woojadns el ua souesjanpe sns e oA !u ows!Ul is e o!A as eounu olged uenp soue o seuewas o seip ua op!oalgelsa o op!u!jap anj eounu 'o6jegwa u!s aluasaid eje ejisanu ap sooupls!q sollojiesap sopejalaoe sol uoo opez uojouis ewej6ojd un s3 ·olged uenp ap opeo!pluod lap sesoo sedo seluel woo opow ns e oi!igsu! uel'opua!s anBis A 'eje leded eweiBad ais3 uó!SIA esa e ope6!l eweiBwd

n e opianoe ap ó!puajdwa ol 'opeoij!luod ns ap seIp saawud sol ua Aisnloui 'oz!q anb ol opol'une sew UOIs!A esa jod sepeio!p uelsa e1Aepoi A egelsa'uó!ooeu! ns uá!gwei A'ao!piuod lap seleded sauoiooe ser sepol ·souesJanpe sollansai sns ap el uoo UO!oo!PL>JIUOO ellas e elsa opunw asa ejes anb ol ap uq!oeiaadjalu! ns A · oueo.rao oininj la ua opunw ojisanu ap u0!s!n cielo eun aua!l olged uenp 'sejigeied sedo u3 · oAns oBanf oosalue6!6 aisa apia!d 19 !s aluellnsaj uawieu!; ewais!s la Pies anb ol -ages anb ap op!pensiad elsa o- ages eu!wlno e uen A jellojaesap e uen as souewnq solunse sol anb ua ewjo; ap alq!AOwuoou! UO!Srn e!doid ns 'auail elAepoi A 'eiual lá anb uefges qed uenp e soueojao sew sol'saiuapaoaid u;s oixaluoo asa ap aiuaa ·ella uoo opeuo!oel

aj oi opol eijewjol anb ou!s 'legol6 pepa!oos enanu el e eiieBjaqie olós ~u anb oojew la ua opuewjojsueil uegeisa as 'olged uenp ap e!sal5l e¡ ep L! opuaÁnlou! 'uó!oezq!A!o el ap seinlonjlsa ser sepol anb la ua oo!un oluaw ow la ua'salied sepol ap sajafnw A sajgwoq ap -pelunIOA el ap sniadwf o!dojd so! j!6u!p jod- saluaw se! jeinideo jod calad eun anb souaw ep eu las anb elJpual *uq!oenouu! el A o!gweo lap oa.rlafe alq!s!A aluaweJaw la a1uap!Aa eras sewef anb o! ap epunjoid sew ogonw las anb eupual leal riouaiadwoo el anb ogoaq un eje 'jeilua e op!p!oap egelsa olged uenp ap uope aapod ap einile el 'ap eoaao o 'ua eyoni Pisa ua sop!lawojdwoo uege1 a anb soood so! e~ed -je5nl aaual anb eijpua1 leal eioualadwoo ns anb e! a cuaje e! aluawejaw eje ese 'Pgeluaijua as anb sol e saiueijodw! aluaw HHaapepJan sajopeBnf ap opeund la A olged uenp ejed 'e!ouanoasuoo u3 ·nladwi asa

iaanaa e9pod a!peu !u lá !u anb eiges olged uenp ·odnjBgns A eini¡no epeo Jpunw lap ezej A uó!oeu epeo e ueijinloui pnl!1uojd aluaioijns uoo anb senil)njisa ser opu@Anjlsuoo uegeisa as eA anb eipuaadwoo s ¡ iueuodw! sajope6 ueja anb sol ap oun epej opunw lap saleinilno A soogilod 'soo!wquooa sinoaa sol jeuljeaj A jez!ueBjoaj ap ofegejl ns ua sopeluelape ua!q saouoi

-ue une uegelsa olged uenp ap saiop!ladwoo sol anb eipuajdwoo 'e!ouai -adwoo el ua alueijiodwi iope6nf epej -jegoi6 pepa!oos ¿un eijgeq pep!leaj ue !s jip!oap ejed efolje A ej!l un eje ou 'oluel ol jod 'e!ouaiadwoo q Togilodoa6 A eso!6

-!lajjoa6 ezian1 eun owoo eoiun ej3 sejaluojj u!s sauo!onl!lsu! a seruais!s soidojd sns ap pep!lesJ@A!un ·eaapepJan el jod eo!un !seo eje e!s@IBl el anb -1od ·sauo!onl!isu! sesa aagos ezaanjradns el ap lojluoo lap e!oueliodw! el eq -eorpei iqe Á :olged uenp ap e!sal5l el ap sauo!onl!1su! ser ap e!oueiuodwi el egeo!pea osa u3 -jeuas!p ejed se1uail e opuezuene uegPlsa eiAepoi sauo!onl!i -sur sgArra'lesa9A!un aluaweJapepIGA ewa1s!s un ou!s'saieuo!oeusueji elseq o 'saleuo!oeujalu! sauo!onl!lsu! se¡ ua aiuaweaaw e!ipua1ap as anb eurai -sis un ou :oujaigo6 ap A aeinoas ep!A el ap oo!1f!odoa6 e1uawe1apep.19A eur -ais!s aawud la owoo uegeaue!d anb pepa!oos esa ap soueuo!s!n sopor uela soues.lanpe sns 'sewjol saluaaa;!p sns ue 'anb eipuaidwoo olged uen¡ ·oisando opel la ua odweo le ueaeilua anb Pq

-ejadsa ejAepol anb saiope5nf o jope5nf lap A'@ eiluoo sopewao; uelsa anb sollenbe ap led!ou!jd ooueiq un -ueja PA 'o1Ua!o jod- las anb ueiual sal -erouasa sesoo sesa anbaod 'euewoj e!salB1 e! ap sale!ouasa sesoo ser eisey arnlou! anb uefual 'selsande ser e oluerio u3 -opeBall uá!0OJ oo!un la eras ou lá anb oin6es egeis3 'SL6 L ue oBanf la ua PA uegeisa saaor)eBnf sol sopor ou :sew esoo ello eiges k -saiopeBnl soyonw 'sogonw ap oun ojos las e eq! 9'opuellojrjiesep egeisa as anb e! owoo legol6 A epunjad uel e!ouaiadwoo aalnbleno uoo eipaons owoo anb eiges 'e!oualadwoo Pisa uoo ejeaedwoo as anb Ppeu efgeq ou euols!q el ua pep!leaj ua anbune A ·osejie uoo egeBall anb ejgeS ·jeilue le sauo!snl! efua1 oN 'sOAns soues'anpe sol ap opel ap e!ouanlju! ns olsand ueigeq anb ogonw eioeq e!sal61-!lue el A ezianjiadns el anb el ua 'eAll!u!Jap 'eleosa uei6 ua e!oualadwoo ews!w el e jejiua ap uóls!oap e! iewol le'apjoq la ua eded owoo ope!juoo op!s eigeq al anb oi opol000103'8L61, ua uejelnwjoj al anb'„¿opeded la eldeoy?„ :anelouóo lap eniu elunBaid el e „Js„ oisaluoo olged uenp anb ua oluawow la apsaa ·aluels!p

ou oinin1 la ua souewnq solunse sojisanu ueijegojew anb ua ewjoj el ap 'e!dad eje al enb'uó!s!Aeun jeuejluasap jod oluel opep ueaa!gnq sounBle ánb 'oueojao anlnj lap olged uenp ap uó!s!A e! eje aluauodw! uó!suaw -!p esa ap ugzejoo la ua egejwooua as anb o! Peed o ua!q ejed ·asiel!l!gap ue!oaaed japod o!doid ns A e!sal6i el anb ua odwaq owsiw le une'olged uenp ua asaaoaleljoj e!oajed anb aluauodwi ug!suawip eun ap elseq aluawepenud uegelqeq 'opunw alsa ap aapod la ua saael!w!s sns ap sounBle'e!p!AUG ap ofap un uoo ez!na · olj!quosap Pied sogo -nw uegesn anb ejge!ed el eje '„algeqjnlaadwl„ ·opednooajdsap aluawleiol efoajed 'ojpad ap ouojl lap iopapaile uegel!de as aapod ns ap A e!sal6l ns ap seu!nj ser sejlua!w ouajas aluawejaw e!oajed ou olged uenp 'pep!l -eaj ua 'sopor Pied 'sauoll!w ap saaeualuao sns ua saunwoo soo!lóieo sala!l sol ejed owoo aeinoas opunw lap sosojapod sol ejed 'sale@¡ sol ejed owoo

-eloquoal sol pnllilnw el e ueiun as ·saleuoioeusuejl Á saleuoloewalul 'aaaup
l@lo saiopeilsiulwpe sol U9JU@A A uegl · ewo>l e ladojl ua uegl 'uóloeuiloap ua
~(osuaose ua A oluawow jap 'odie opol ap soollilod sajapil sol 'olor euanq
eun ap pepunijodo el Jegoanoide ejed aluaioijns odwaq la oBlwaua le
aliejedslp ap je fap e uapuajde anb salenu saalluaan6 sajapl owoZ) 'll
uenp uoo san@i q sew sauojunaj sel elseq jeosnq e aluawepldej uaezuawoa o|ged
' -jesaanlun pepljoine ns A sauolonillsul sns uegeloipoo aluaweljalo anb
oaad- oollgisodV oiBajlnud ns o epenoilue aj ns owoo uegejapsuoo
anb ol pepllin eiual ou saualnb ejed 'japod lap saluaBe sapuei6 sol

-sesneo sns e A sopa e
'saljualuoo ap zedeo eioajed ojos lá anb peplwgl5al e¡ Á oladsaj la rnn6asuoo
ejed 'olieosnq e soplladwl uojalluis os ejoualadwoojadns elsa ua eÁns
eiluoo ua sopewjol saiiope6nf sol @p sogonw anb 'leuolonllisul elsaIB1 ns
ap sauojif sol ap jesad e '1991 japod lel ouew ns ua opualualsos eiglojad ol
as olged uenp o'japod ap alglsIA eseq ns ueipiad opueno opol ueipiad anb
'soojeA owoo sajgwoq sol e 9ipaons sal anb ol ap sCIDUGIJanpe se ugwos
se¡ e siluaw un jep ejed owoo A ·eloua6ilalul ap solep soloexa Á sopunloid
ua opow unBle ap sopeseq uegelsa '8L6 f ap aignloo ua uoiooala ns ap
salue une 'anb 'sololnf sns ap pni!ioexa el Á 'aoipluod aisa ap elldwe aluaw
el eluano ua jewoi e opuezuawoo uegelsa eA opuew la opol ap oujaigo6
ap sawiojui sol 'eloualadwoo esa euejgll es anb el ua euaie el u3

Tnlsloap 'leuoio9UJ@JUI eloualadwoo el @p opellnsaj
A ollojiesap la :lejiuao uóloednooajd A enlloadsjad ns eaed ouepunoas
opuais eiiln6as A eje -soilo e aljaoajed ejaipnd anb alueliodwi ol ieliodwi
uls- opol ualnb eaed olslj3 ap oueJIA awJi1 la opuais oinBis 11 olged uenp
eded zeua1 A uanof alsa 'opeded lap A oAns iopapaile egejl6 anb sale¡@¡
soluawnBje ap A selunBaid ap uólojo alsa ap jesad e 'oBjegwa uiS

ꜝ olged uenp ejed eloualJanpe el eje esa
·oj1o unBle ap oBanf l@p'uóad
owoo 'aluain6ls oluawow le 'ejluanoua as 'a@pod ¡@lo seoueled se¡ ap oluaw
-ow un jod ezilsap as ouew eÁno ejainbleno 'oun ap opesed lap apuej6
o¡ je¡jodwi UIS selle soue ilw slas solodi6a sauoejej sol ap oluaiwiBjns
|a apsap opelgweo eigeq ou japod ap uóloenoa esa ap eiouasa el 'algej
-oxaul a ajgeoeldwl sew ollanA eigeq as aluawewgln anbiod oldaox3

·opellas
onnlsa oulisap ns 'ouldllj oilojáfa lap saleloljo ap odiano lap A eohjlod
eulnbew ns ap loiluoo la oipiad sooiew opueno anbjod 'sODJelnl opueulpjai
ap oijgwos sew oldwafa la uóloeloo e eiejl as 'a1uawJOUalsod leluaplooo
ezuelle el ap 'eolwóuooa A iellj!uj 'jeiluao ezald owoo soplun sopels3 ap
eiuow,qBaq el A japod la uoo olunf 'eooda ejlsanu ua 'euiloap o aoajo oueo
-uaweaijou aluap!sajd lap japod la anb egepiooai el as ·olged uenp ap uólsloap
el jelgweo ejed solngo soldwala zaA Pijo A eun uegello as ·esojapod uóloez
-lueBio n uoionlllsul eun ap ewlo e¡ ua uaoauewjad apuop elsey olós sos
˙ojapod uos saaapjl so¡ 'oluawnBje @¡se eioap 'eounu anb sew ejoilV ·eueluan

el jod ejalue ugioisod ns jeail eipod '¡eded oiled oidad ns ua uglsnluo3
/- elouapeoap el eipuele ou ls anb eded le ueilJanpe anb sollanbe ueqelsa
ajdwais 'oluel ol jod 'eloualadwoo uei6 ns ap oixaluoo la ue unV
¿segwnoeleo senBilue se¡ ap elsal5l el ap
,sauojif ua A aistil'owapow alualeninba unBle e eplonpaj 'algislnui eljaAJOA
as 'eded alsa ofeq'elsal6l el anb Pijas?'-ou anb sol e aluaioajo ojawnu un
ap A egeqonosa olged uenp saualnb e soun6le ap jowal opunjad la aidwais
anI alsá A- p ¿sofal opelsewap eras sola¡ uenj? ¿uoisnjuoo el ejeBall
anb eialu,wjad as apuóp elseq? 'osad 'uaiq Mw egelsa ¡eded pepluajas
el ¿lá ap sejlap epeolpun aluawleded Á aluejq!A elsal5l eun uls olged uenp
aezuene LIJpod sola) uenZp :eje 'eded lap soljeplijed sawjlj sew so¡ ailue
une 'eoüijo elunóaid el -epauow el ap opel ojio eigeq 'olsandns jod
·olnlosge ua opeloaaap jas eipod
ou ezinb'odweo ns owoo uegejapsuoo sollesaanpe sns anb ol ua opelaiap
gas eipod ou eded alsa ls 'alueisgo oN *joleA lap alied jofauw e¡ elAepoi
eje uóloajosip el 'oloadse alsa ua Iueijeiualul ol ooodwel aluawl!q?q Á
epldej uel PMs ogoaq eigeq oped uenp anb leuoloeujalul einielse el jelen5i
ap zedeo eje 'euaje el u@ oluatuow asa ua PJa1Anisa anb solfa ap ugloeuiq
·woo eunBulu A'soBiwaua sns ap oun6uIN ·eiu0J1 ap oluaiwiluas jainbleno
e aluawepide) ózeldwaj uóioednooajd el 'oijadxaui ojo la aA anb ol ap
sew ogonw Áeq opeoipluod ns ua A olged uenp ua anb 'uapuallue einepo1
owoo 'ueipualua anb soBiwaua sns ap sollanbe ejed 'oluei seiluaivm
·eMs
eiluoo u@ etual anb sapeplllgeqojd se¡ ap seun5le uojelenBi aluawepldej
|eded jolialxa eoil)lod el ap euaje el ua sozjan~sa sns anb sejlualw 'oiluape
apsap elsal6l ns s,p laluoo la ue olged uenp ap oseoejj oidoid lap sáneJJ
e aluawesualul uel soluel asopueloue ueaalnnisa elsal6l ns ap soBiwaua
sol anb eiuoai eun anI 'sew epeu A ue¡@A solfa anb ol eje oollgnd uel eded
alsa anb 'ue@JO elAepol ezlnb A 'uelajo saouoiua anb sogonw sol e]ed
·aipeu ejiuoo ejejadsa as anb odü
jalnbleno ap sejian6 eijejeloap ou 'sope¡ sopol ap ueiBan ol anb ap jesad
V ·sauoloues ap o uólsajdaa einp ap eoilllod eun e asiezuel e euesngaj es
uaigwel'oluel al Jod -sopejle sagoojdaa soood soun eljlllwjad as olós A sol
-uawel sopegjnl ua jelleisa e ósngai es 'oluel ol Jod 'soplwil sozianjsa ejed
o soigq snluidso ejed selle opelsewap ueja selsande se¡ 'saaopliadwoo sns
ap solnoleo sol ua A 'saiuoiua 'olged uenp ap elsln ap olund la apsaa
·salualiegwoo
sol ap nluidsa la 'opol aigos 'alglsod aoeq el -ejuan6 Pisa ua olialo aod
A- ejian6 jainbleno ua euoloiA el anb eiges eded la 'elslle@J A JopeuolslH
·uóisenul ap segoal A sewje salanio ap elouasne el jod zoca; soualAJ eras
ou soueSJanpe sns A lá ajiua uólsuai el anb eiges olged uenp'aluelsgo oN
.¡s ailua A owsiw lá eiluoo sopeluaijua salgellloaooajjl sowsluewnq ajlua
'sewle ap sajoplwnsuoo A saluaw ap sajolonjisap sanbogo ap soulwjal ua
' EJoge aA e¡ A'el@A el *sajeilllw sewje A sejian6 ap soulwjál ua'op!Bjawns

tas profesionales y humanistas que se ocupaban de las tuercas y tornillos del nuevo internacionalismo. Porque a su pesar, había que reconocer a Juan Pablo como el factor X que había entrado al juego final del milenio que ellos habían pensado que casi tenían ganado.

Sin importar lo contradictorios o extraños que pudieran parecerles a algunos, con cada uno de estos encuentros se volvía evidente para sus adversarios que, con mucho, este Papa no era sólo un obispo polaco que había llegado a tropezones desde el gulag satélite soviético de Polonia, encerrado en su marxismo del siglo diecinueve, para perder después su camino en el mundo del siglo veinte, como sugerían algunos con manifiesta frustración y fuerte irreverencia. En cambio, muchos recordaban aquellas tersas palabras de evaluación del ministro soviético de relaciones exteriores, Andrei Gromyko, pronunciadas después de la primera de sus varias reuniones con el nuevo Papa: "un hombre con una visión mundial".

No obstante, y aunque la competencia mundial tuviera que ser la fuerza motora de su pontificado, todavía quedaban todas esas urgentes y dolorosas preguntas de los propios fieles católicos. Aunque estaba tan ocupado con tantas cosas, ¿no había todavía algún modo de que Juan Pablo pudiera atender el desorden de la Iglesia, que estaba arrojando a los fieles como otros tantos millones de muñecas de trapo? Con un espectro tan amplio dentro de la Iglesia, desde la derecha hasta la izquierda, y con un ansia tan profunda en el centro por alguna medida de alivio -quizá la más pequeña medida serviría-, ¿Juan Pablo no podía encontrar la oportunidad de satisfacer *a alguien?*

Por cierto, estaban aquellos que esperaban -que exigían- que tratara.

Juan Pablo ni siquiera trató. En cambio este hombre muy público de la sotana blanca permanecía como si fuera el profeta Habakkuk, atendiendo su reloj, esperando que llegara la hora fijada, esperando a la visión que con seguridad llegaría, la visión que no se retrasaría y que no desilusionaría cuando surgiera a su alrededor.

Y, sin embargo, pronto, muy pronto, en su pontificado, y visión o no, este Papa que había sido aclamado como un hombre de primeros y como marcado por el destino desde su nacimiento, fue visto por los fieles adherentes a su Iglesia como el enigma final: el primer sucesor de Pedro el Apóstol destinado a ser el convidado de todos, pero el Papa de nadie.

En la arena: Polonia

Los hombres de rostro duro del régimen vicario de los soviéticos en la Po- |onia de 1979, no necesitaban ninguna ayuda de la prensa o de los comentaristas para tomar una decisión sobre Karol Wojtyla. Rascando la superficie del sentimiento gubernamental sobre él, uno escucharía descripciones tales como "petrel tormentoso", "revoltoso", "peligroso", "impredecible".

La historia de sus dificultades con Wojtyla se remontaba hasta los años de éste como protegido del primado de Polonia, Stefan Cardenal Wyszynski, de Varsovia. Durante casi cuarenta años, el "Zorro de Europa" había burlado con éxito las conJJuras de los comisarios rusos, los líderes distritales nazis y |os estalinistas polacos. Había preparado cuidadosamente al joven para que siguiera sus pasos.

Wojtyla había sido un alumno apto y entusiasta. Más recientemente, el gobierno polaco lo había sufrido como espinoso cardenal arzobispo de Cracovia. Hasta en fecha tan reciente como septiembre de 1978, no mucho antes de ser llamado a Roma para el segundo cónclave papal en igual número de meses, Wojtyla había escrito y difundido por toda Polonia una carta pastoral en la que no había denunciado meramente la censura estatal, sino que había declarado que "la libertad de información es el clima apropiado para el pleno desarrollo de un pueblo, y sin libertad muere todo progreso".

El efecto de esa carta sobre el pueblo todavía le estaba causando problemas al gobierno de Varsovia, cuando llegó un aviso amistoso desde Roma el 16 de octubre de 1978, segundo día del cónclave, de que Karol Wojtyla encabezaba la elección de Papa. El Politburó del Partido Comunista de Polonia (PCP) celebró sin pérdida de tiempo una reunión de emergencia.

tas profesionales y humanistas que se ocupaban de las tuercas y tornillos del nuevo internacionalismo. Porque a su pesar, había que reconocer a Juan Pablo como el factor X que había entrado al juego final del milenio que ellos habían pensado que casi tenían ganado.

Sin importar lo contradictorios o extraños que pudieran parecerles a algunos, con cada uno de estos encuentros se volvía evidente para sus adversarios que, con mucho, este Papa no era sólo un obispo polaco que había llegado a tropezones desde el gulag satélite soviético de Polonia, encerrado en su marxismo del siglo diecinueve, para perder después su camino en el mundo del siglo veinte, como sugerían algunos con manifiesta frustración y fuerte irreverencia. En cambio, muchos recordaban aquellas tersas palabras de evaluación del ministro soviético de relaciones exteriores, Andrei Gromyko, pronunciadas después de la primera de sus varias reuniones con el nuevo Papa: "un hombre con una visión mundial".

No obstante, y aunque la competencia mundial tuviera que ser la fuerza motora de su pontificado, todavía quedaban todas esas urgentes y dolorosas preguntas de los propios fieles católicos. Aunque estaba tan ocupado con tantas cosas, ¿no había todavía algún modo de que Juan Pablo pudiera atender el desorden de la Iglesia, que estaba arrojando a los fieles como otros tantos millones de muñecas de trapo? Con un espectro tan amplio dentro de la Iglesia, desde la derecha hasta la izquierda, y con un ansia tan profunda en el centro por alguna medida de alivio -quizá la más pequeña medida serviría-, ¿Juan Pablo no podía encontrar la oportunidad de satisfacer *a alguien?*

Por cierto, estaban aquellos que esperaban -que exigían- que tratara.

Juan Pablo ni siquiera trató. En cambio este hombre muy público de la sotana blanca permanecía como si fuera el profeta Habakkuk, atendiendo su reloj, esperando que llegara la hora fijada, esperando a la visión que con seguridad llegaría, la visión que no se retrasaría y que no desilusionaría cuando surgiera a su alrededor.

Y, sin embargo, pronto, muy pronto, en su pontificado, y visión o no, este Papa que había sido aclamado como un hombre de primeros y como marcado por el destino desde su nacimiento, fue visto por los fieles adherentes a su Iglesia como el enigma final: el primer sucesor de Pedro el Apóstol destinado a ser el convidado de todos, pero el Papa de nadie.

En la arena: Polonia

Los hombres de rostro duro del régimen vicario de los soviéticos en la Polonia de 1979, no necesitaban ninguna ayuda de la prensa o de los comentaristas para tomar una decisión sobre Karol Wojtyla. Rascando la superficie del sentimiento gubernamental sobre él, uno escucharía descripciones tales como "petrel tormentoso", "revoltoso", "peligroso", "impredecible".

La historia de sus dificultades con Wojtyla se remontaba hasta los años de éste como protegido del primado de Polonia, Stefan Cardenal Wyszynski, de Varsovia. Durante casi cuarenta años, el "Zorro de Europa" había burlado con éxito las conjuras de los comisarios rusos, los líderes distritales nazis y los estalinistas polacos. Había preparado cuidadosamente al joven para que siguiera sus pasos.

Wojtyla había sido un alumno apto y entusiasta. Más recientemente, el gobierno polaco lo había sufrido como espinoso cardenal arzobispo de Cracovia. Hasta en fecha tan reciente como septiembre de 1978, no mucho antes de ser llamado a Roma para el segundo cónclave papal en igual número de meses, Wojtyla había escrito y difundido por toda Polonia una carta pastoral en la que no había denunciado meramente la censura estatal, sino que había declarado que "la libertad de información es el clima apropiado para el pleno desarrollo de un pueblo, y sin libertad muere todo progreso".

El efecto de esa carta sobre el pueblo todavía le estaba causando problemas al gobierno de Varsovia, cuando llegó un aviso amistoso desde Roma el 16 de octubre de 1978, segundo día del cónclave, de que Karol Wojtyla encabezaba la elección de Papa. El Politburó del Partido Comunista de Polonia (PCP) celebró sin pérdida de tiempo una reunión de emergencia.

Era urgente qu? los líderes se pusieran de acuerdo sobre una postura oficial del gobierno fr?nte a esta mala noticia.

Se decidió que el rumbo más sabio sería emitir una declaración serena, anodina, felicit2ndo a este hijo de Polonia por su alto honor, y prediciendo confiadamente que su elección papal contribuiría a la armonía fraternal y a la paz mundial: "4 -a elección del cardenal Wojtyla para ser el próximo Papa puede conducir a la cooperación entre las dos ideologías, marxismo y cristianismo". En la Varsovia oficial se esperaba que eso fuera todo.

Sin embargo, en Roma quedó demostrado que era el principio. Tan pronto como V~ojtyla fue investido como papa Juan Pablo II, el primer globo exploratorio flotó en la prensa indicando que él estaba pensando en un viaje papal a Polonia Unas pocas conversaciones entre relaciones bien colocadas -quizá entre ⅱn miembro de la Secretaría de Estado del Vaticano y un funcionario de a embajada polaca-, empujó la propuesta con más firmeza hacia Varsovia.

Mayo de 1 X79 surgió pronto en tales conversaciones como la fecha que se proponía Juán Pablo. La idea era conmemorar el aniversario novecientos del martirio de San Estanislao en manos del tiránico rey Boleslao el Temerario, quien en =onsecuencia perdió su corona y su reino.

La propuesta oficiosa del Vaticano era una pesadilla para el régimen de Varsovia. A los ojos polacos, Estanislao era el disidente por excelencia, el símbolo fundamental de la resistencia polaca contra un gobierno chauvinista y finalmerte fracasado. A menos que el PCP deseara arriesgarse a que hubiera motines y huelgas que bien podrían paralizar a todo el país, no quería tener a millones de polacos escuchando en un día así un típico discurso de Wcjtyla.

Como resruesta, el PCP consiguió que varios diplomáticos de Europa Oriental destacados en Roma, les señalaran a sus contrapartes en la Secretaría de EstadoJel Vaticano que cualquier visita papal a Polonia ahora -con lo que querían decir más o menos los próximos cinco años- sería una insensatez. En cuanto a mayo de 1979, sería imposible. Para subrayar el punto, el gobierno de Varsovia hizo algo notablemente ofensivo: censuró el mensaje de Navidad de 1978 de Juan Pablo a los católicos polacos, quitándole precisaTiente toda referencia a San Estanislao.

No obstane, la pesadilla se negaba a evaporarse. En cambio, entró al palacio presidencial de Varsovia en la persona del viejo mentor de Karol Wojtyla, el ahoga anciano pero siempre formidable cardenal Wyszynski. Con una actitud heladamente superior, y su demostrada habilidad para manejar las emociones ~ las acciones de millones de ciudadanos, Wyszynski congeló en un rincón al)residente polaco Henryk Jablonski. En beneficio de la paz, y muy probablenente de su puesto, Jablonski, concedió la posibilidad de un viaje papal en, ligamos, quizá, uno o dos años.

Se dice qu? el cardenal permaneció heladamente firme: *"iNie! Tengo roku, Ekscelen¿o- "¡No!* Este año, Excelencia".

Cuando Jablonski replicó con una pregunta tentativa sobre la fecha que tenía Wyszynski en la mente, el cardenal había vencido al presidente con su maniobra. El viaje papal se haría. únicamente quedaba fijar esas molestas fechas -el cardenal tenía a junio en el bolsillo antes de irse- y establecer el itinerario.

Los líderes comunistas aborrecieron las discusiones que siguieron, entre los hombres de avanzada de Juan Pablo y los guardianes del gobierno. El PCP trató de dictar la duración de la estadía del Pontífice, lo que discutiría, qué tipo de recepción se le otorgaría, las ciudades que visitaría. "El Papa no puede ir a todos los lugares que guste", llegó la rígida réplica del ministro de cultos Kazimierz Kakol. Pero habiendo cedido la primera pulgada crucial, descubrieron que las autorizaciones ya no eran una carta de triunfo para ellos. Se vieron forzados a negociar.

No, el Papa no podría visitar los yacimientos de carbón de Katowice y Piekary Slaskie sólo porque una vez trabajó en una mina. No, no habría feriado oficial para que los escolares y trabajadores pudieran recibir al Papa. Sí, Su Santidad sería recibido oficialmente en el aeropuerto a su llegada. Sí, el presidente Jablonski se sentaría con Juan Pablo en una reunión privada. Mil veces no a cualquier visita papal a la iglesia que había construido en Nowa Huta a pesar de la oposición armada del gobierno. Bueno, está bien entonces, se toleraría una visita a los suburbios de Nowa Huta, y podían organizarse algunos otros viajes secundarios. Pero enfáticamente no, no habría "invitación" oficial del gobierno. Haber sido superado tácticamente era una cosa. Permitir que públicamente esto se le restregara en la nariz al gobierno, era otra.

Poniendo al mal tiempo buena cara, el gobierno finalmente estuvo de acuerdo en un plan que se le presentaría a Juan Pablo. Los representantes del Papa habían nombrado varios lugares que el Santo Padre deseaba visitar. El gobierno dividiría al país en cuatro partes. Cada cuadrante estaría centrado en una ciudad principal en cuya inclusión insistía Juan Pablo. Estaría Varsovia, por supuesto, como la capital a la que llegaría el Papa, y donde tendría su recepción y su reunión con el presidente Jablonski. Estaría Gniezno, la sede oficial del cardenal Primado de Polonia y un lugar de enorme significado religioso e histórico. El tercer cuadrante se centraría en Cz9stochowa, el sitio del gran templo mariano de Polonia de lesna Góra. Finalmente, Cracovia, donde el propio Juan Pablo había sido hasta hacía poco un cardenal arzobispo tan problemático, sería el centro del cuarto cuadrante.

A los ciudadanos se les permitiría viajar, para ver al papa Wojtyla, solamente dentro del cuadrante en el que vivían. Los cuarenta mil soldados soviéticos estarían confinados en las barracas durante la visita papal, pero en su lugar, se llevarían a cada ciudad, en camiones, unidades móviles especiales de "agentes de seguridad".

Finalmente se determimó que los viajes secundarios que se permitirían

incluirían la ciudad natal del Papa, Wadowice, y los campos de muerte nazis. Pero la pequeña iglesia de Nowa Huta todavía recibió una enfática negativa.

Específicamente se decidió que ninguna de las esposas de los funcionarios de gobierno asistiría a ninguna recepción. Presumiblemente, era demasiado grande el peligro de que a alguna la pudiera dominar la emoción ante la presencia del Santo Padre y se arrodillara para besar su anillo.

Las discusiones y los emisarios volaban de acá para allá entre Roma y Varsovia. Cuando ya casi todo estaba en su lugar, excepto la aprobación de Moscú, un funcionario vaticano resumió el tono y el humor de las negociaciones: "Ha sido una lucha desde el comienzo hasta el final. Las autoridades (polacas) están aterrorizadas".

Inevitablemente, en algunos círculos surgió la especulación de que la aprobación relativamente rápida del plan por parte de Moscú -sorprendente para algunos, y seguramente desilusionante para los funcionarios de Varsovia- pudo deberse en parte a la larga reunión de unos meses antes entre Juan Pablo II y Andrei Gromyko. Se dice que el jefe del partido soviético, Leonid Brezhnev, gruñó: -Esta visita papal es una insensatez polaca. Que se encarguen de ella. ¡Pero sin accidentes!

Aunque se había acordado que no se extendería ninguna invitación oficial, Varsovia había insistido en hacer el primer anuncio oficial. Así lo hizo el 2 de marzo de 1979. Su Santidad el Papa vendría a Polonia en una "peregrinación" de nueve días. Las fechas acordadas eran del 2 de junio al 11 de junio. Dos horas más tarde, una emisión de Radio Vaticano propaló la misma noticia, como estaba arreglado.

"Ésta no es una visita religiosa ni de estado". El sectario editor Mieczyslaw se apresuró a aclarar la postura oficial del PCP en un editor¡,:!)ublicado en el órgano del gobierno, Polityka. "(Juan Pablo) es un polaco que viene a su país natal, y le daremos la bienvenida como polaco... Creemos que la visita papal fortalecerá la unidad de Polonia".

Este par de anuncios preparó la escena para una especie de drama que se desarrollaría en una pantalla dividida, enteramente nuevo en la actual política mundial, que se repre--entaría en las calles y plazas y salones de conferencia de Polonia, un drama que sería monitoreado muy cuidadosamente como un caso de experimentación por parte de los adversarios y amigos que tenía Juan Pablo en la arena de la contienda geopolítica.

El régimen polaco era uno de los actores principales del drama. Roma lo había forzado a colocarse en una peligrosa situación en la cuerda floja. Desde los comienzos del partido después de la Segunda Guerra Mundial, como representante de un régimen soviético rabiosamente estalinista, su historia en Polonia había sido tétrica. Sus miembros habían sido consistentemente anticatólicos y antipapistas. En 1948 habían sido encarcelados setecientos sacerdotes católicos. En 1953, Stefan Cardenal Wyszynsky había sido "depuesto" y encarcelado. Por lo menos una vez se había contemplado un plan para eliminar a Karol Cardenal Wojtyla.

La contrapartida en el lado secular de las cosas no era mejor. La economía de Polonia estaba en ruinas. La infraestructura estaba envejecida y deteriorada. La producción era baja. La deuda del país a los bancos extranjeros estaba bien por encima de los veinticinco mil millones de dólares. El régimen comunista existía en Polonia sólo a causa de esos cuarenta mil soldados soviéticos acuartelados en la parte oriental del país. Como máximo, el propio PCP contaba con unos meros dos millones y medio de miembros en una población de 35 millones. Después de treinta y cinco años de total control sobre todos los medios de producción y todo lo que se producía, y sobre la educación y los medios, el hecho desnudo era que en Polonia, los miembros fundamentales de cualquier partido comunista -los trabajadores- estaban alienados del comunismo en general y de este régimen comunista en particular. Y, más aún, el hecho desnudo era que los trabajadores y casi todos los demás habían permanecido firmemente devotos a la Iglesia.

Ahora el Politburó de Varsovia se enfrentaba a la realidad de que había sido forzado por Wyszynski y Wojtyla -dos poderosos adversarios que había pensado destruir- a recibir a uno de ellos como Papa y huésped de honor. Negarle la visita a Juan Pablo hubiera sido visto como una mayor imposición de la opresión del gobierno, y cualquier señal semejante hubiera tenido dos consecuencias probables. Recibir auxilios financieros adicionales del Occidente se convertiría en una posibilidad mucho más difícil. Y la existencia de inquietud interior se convertiría en algo rnucho más probable. Cualesquiera de esas consecuencias podría provocar el cerco militar de Polonia por parte de los soviéticos.

Sin embargo, al aceptar la visita papal, los líderes del gobierno no se libraban de esos mismos riesgos, de ningún modo. Sabían bien, por experiencia, que no se le podría impedir a Juan Pablo que difundiera desafíos directos, en persona y por la radio, hacia las vastas multitudes de polacos y hacia el mundo. ¡Oh!, harían todo lo posible. Demorarían y desviarían autobuses llenos de peregrinos. Golpearían a los católicos "desordenados" una y otra vez. Gruñirían por las ondas radiales y arreglarían críticas hechas en los medios internacionales por terceras partes. Pero sabían que no podían predecir totalmente las acciones de Juan Pablo ni controlar totalmente la respuesta pública a su presencia durante nueve días.

Ya rechazado por el pueblo que gobernaba y nominalmente representaba, el PCP no podía tolerar una muestra abierta de la debilidad del partido o de descontento popular. Sucediera lo que sucediese, tendría que actuar fingiendo que la visita era otro triunfo más del régimen proletario de la República Popular polaca, y luego juntaría los pedazos lo mejor que pudiera.

Del otro lado de este drama sobre una pantalla dividida, Juan Pablo estaba por hacer una entrada extraordinaria, llevando consigo, al que parecía el más improbable de los lugares, un profundo y convincente desafío al statu quo del orden mundial.

Por contraste con la posición del régimen polaco en este asunto, era

verdad que en cierto sentido Juan Pablo estaba ejerciendo su fuerza al venir a Polonia para hacer esta primera prueba de todo lo que era esencial para su pontificado, tal como lo planeaba ya entonces. Conocía a su país -su pueblo, sus líderes, sus problemas, sus asombrosas fuerzas-, no sólo como uno de sus hijos sino como uno de sus héroes. En las negociaciones recién terminadas para su peregrinación, había demostrado nuevamente su habilidad para usar ese conocimiento en su beneficio.

No obstante, en ciertos aspectos los riesgos para el Papa eran mayores que los que enfrentaba el PCP. Si él se salía con la suya, el Partido Comunista estaría jugando en Polonia una especie de juego final. Al mismo tiempo, sin embargo, el futuro entero de su propia política papal se mantendría o caería en este campo de prueba de Polonia.

Para Juan Pablo, el éxito significaría una aceptación táctica por parte de diferentes jugadores -no todos ellos visibles sobre la escena- de un desafío a largo plazo que él ofrecería sobre la base de la fuerza aparentemente frágil del papado. Un desafío no a sus católicos polacos, pero sí al Partido Comunista de Polonia, al propio sistema soviético, y más aún, a las potencias del mundo atrincheradas más allá de Europa Oriental que habían ligado ciertos intereses vitales propios a la condición deplorable de Polonia. Como ningún otro ser viviente, Juan Pablo se veía a sí mismo, en este momento, en posición de exhibir los límites del sistema soviético en el terreno mismo que ocupaba, y de mostrar un camino diferente -una dirección diferente- para la política y las políticas.

Aún así, el éxito para Juan Pablo no significaba que Polonia iba a establecer su libertad dejando el sistema soviético. Más bien, el papel que veían para Polonia era un papel mesiánico, en el sentido de que se convertiría -si él tenía éxito- en el fermento mismo que cambiaría al propio sistema soviético. Y no sólo en Varsovia, sino en su centro.

¿Y si fracasaba? A pesar del sistema obviamente decadente del comunismo soviético, tanto la tarea que Juan Pablo se había impuesto como su riesgo de fracaso les parecían monumentales a aquellos consejeros que conocían sus propósitos. Quizá estaba ejerciendo su fuerza al ir primero a Polonia. Pero había suficientes riesgos para equiparar las ventajas. Tendría su propia cuerda floja que caminar.

En primer lugar, Juan Pablo no podía arriesgarse a un levantamiento en Polonia más de lo que podían hacerlo sus poco dispuestos anfitriones. Estaba por regresar a 35 millones de polacos que, en su mayoría, se levantarían si él decía que se levantaran, que responderían a cada emoción suya. Pero, si permitía que su presencia se convirtiera en señal para motines y rebelión, entonces lo que deseaba que fuera el comienzo de un largo, paciente y peligroso camino. sería en cambio el final de todos sus planes. Por lo menos sería calificado de lacayo norteamericano. Seguramente sería visto como un toro suelto en la cristalería de las tensiones de la Guerra Fría. Con la misma seguridad, su delicado experimento con la Unión Soviética, ya en ejecución en varios países de Europa Oriental, estaría condenado. No presentaría ningún desafío, ningún espíritu nuevo, ningún fermento, en Polonia ni en ninguna otra parte. En realidad, no sería bienvenido en el mundo, y los planes que ya tenía en el tablero de su mente para las futuras variantes de esta carta de Polonia que estaba por jugar, serían más que inútiles. No tendría más elección que regresar cabizbajo a Roma y volver a pensar todo su papado.

Por lo tanto, no podía haber pérdida de control. Sin importar lo emotivo que pudiera ser para él este regreso a casa -¿y cómo podría ser de otra manera?-, no podía inclinarse ante las satisfacciones del ego en el corto plazo, no podía haber un triunfalista vacío, ni momentos aislados de errores incendiarios.

Jamás, en ningún viaje futuro, tendría Juan Pablo la misma sensación anhelante de abrir una puerta y entrar a lo desconocido. Ninguna de sus posteriores acciones papales implicaría a un juego tan letal.

A medida que se acercaba la fecha para que comenzara este drama en la pantalla dividida, del Partido polaco y del Papa polaco, aquellos que se acomodaron para observar con interés incluían a algunas personas en las capitales occidentales, que consideraban toda la aventura como una injustificada intromisión papal en la política de un área muy sensible... y que pensaban en los beneficios que recogerían. Había otros, en el Este dominado por los soviéticos, que ya habían decidido que este Papa polaco tenía los pies demasiado grandes hasta para las sandalias del Gran Pescador. Y estaban aquellos en el propio Vaticano de Juan Pablo que deseaban fervientemente que todo este episodio terminara rápidamente, y que no siguieran más episodios de este tipo por parte de este audaz Papa.

El sábado 2 de junio por la mañana, a las 10:05, en el momento en que el jet 727 de Alitalia del Papa Juan Pablo, completamente blanco, aterrizaba en Okecie, aeropuerto militar de Varsovia, las campanas de cada iglesia, monasterio y convento en todas las once mil ciudades y aldeas de Polonia repicaron en jubilosa bienvenida. Un sonriente Juan Pablo II descendió del avión entre gritos y aclamaciones de veinte mil personas del cuadrante de Varsovia a las que les habían permitido acercarse al lugar de aterrizaje.

Sin sonreír, cada miembro del comité de recepción formal observó mientras el Papa se arrodillaba y besaba el suelo de Polonia. ¿Era éste un beso de amor de un hijo que regresaba? t0 era un abrazo a la tierra y a su pueblo, de un Papa que reclamaba la posesión de ambos?

Ni una insinuación de respuesta vino de Juan Pablo al tiempo que se levantaba, erguía sus hombros y durante algunos segundos miraba a los ojos a cada funcionario del gobierno. Porque, por cierto, estaba allí cada funcionario digno de ese nombre: el jefe del PCP, Edward Gierek, el presidente Henryk Jablonski, el primer ministro Piotr Jaroszewicz, el editor de Polityka,

Mieczyslaw Rakowski, el secretario del PCP, Stanislaw Kania, el ministro de Cultos, Kazimiers Karol, y tres o cuatro más. Todos ellos tenían que estar ahí, porque ni uno o dos o tres hubieran venido sin todo el contingente.

Parado a un lado, en una delegación de eclesiásticos vestidos de negro, estaba el delgado Stefan Cardenal Wyszynski, de ojos penetrantes. Intercambió una mirada seria con el hombre más joven, una vez su protegido, ahora su Papa. Hasta ahora, el cardenal y la Iglesia de Polonia habían preparado las cosas todo lo bien que se podía. Se habían distribuido ampliamente copias por adelantado de los discursos de Juan Pablo. Grupos católicos habían organizado y aleccionado a mayordomos provenientes de las parroquias de todo el país para ayudar a mantener las cosas tranquilas. Esta mañana, los brillantes ojos azules de Wyszynski dieron la única indicación de su satisfacción ante éste, su último triunfo, de su afecto por Karol Wojtyla, de su esperanza ante esta aventura que había merecido la burla de un funcionario polaco como "una muestra de manía papal".

Parado entre su viejo enemigo, Gierek, el jefe del Partido, y su viejo amigo, el cardenal Wyszynski, el Papa Juan Pablo vio la marcha, a paso de ganso, de la guardia de honor. Escuchó la solemne ejecución del himno del Vaticano. Oyó las palabras familiares del himno polaco: ". . . mientras vivamos, quienes todavía creemos en la fe ancestral de Polonia. .." Oyó las palabras formales de bienvenida por parte de sus anfitriones.

Cuando llegó el turno de Juan Pablo ante el micrófono, hubo un contraste inmediato con la cortés pero helada bienvenida oficial. Haciendo referencia al estribillo del himno polaco, el Pontífice se regocijó porque "un polaco llega hoy desde la tierra de Italia a la tierra de Polonia y es recibido en el umbral de su peregrinación con esas palabras que siempre hemos usado para expresar el inconmovible deseo de vivir de la nación". Todos los polacos que lo escucharon -tanto funcionarios como ciudadanos- comprendieron su significado. Estaba diciendo que la "fe ancestral" de Polonia es el corazón de su pueblo. Sin la fe como una presencia viva, el pueblo muere y Polonia no existe.

La respuesta de la multitud fue como la ola de la marea que se desplazaba hacia el exterior desde el Aeropuerto Okecie. Hubieran escuchado verdaderamente o no sus comentarios al llegar o hubieran leído una copia de su discurso, su misma presencia era suficientemente significativa. Unos 290, 000 polacos que aclamaban, sollozaban y cantaban, esparcieron flores en el camino de la caravana del Pontífice; agitaban un bosque de banderas papales y polacas y exhibían carteles de brillantes colores.

Por el contrario, sus anfitriones comunistas estuvieron enfurecidos desde el comienzo. No los iban a engaitar las referencias oficiales hechas por el Papa durante las últimas semanas considerando su visita como una pe regrinación."¿Qué está haciendo el señor Karol Wojtyla, jefe de una iglesia supersticiosa, en nuestra Polonia socialista?", gritaría un periódico de Varsovia en su titular editorial al día siguiente.

Desde el comienzo, el "señor Wojtyla" les dio suficiente razón para que se preocuparan. En el corazón de Varsovia, el primer día de su peregrinación, Juan Pablo comenzó a hablar con la voz de la verdad insistente e inequívoca, que seguirá siendo la misma durante los siguientes nueve días. Primero de todo, fue la recepción oficial -como se acordó, no había esposas presentes-, en la casa presidencial de Henryk Jablonski, el Palacio Belvedere. Jablonski, Gierek y sus colegas escucharon hechos desagradables envueltos en el lenguaje gentil de Juan Pablo. Hechos sobre Polonia y sobre alianzas militares y políticas. Juan Pablo declaró que la aceptabilidad y validez de tales alianzas dependían totalmente de si conducían al mayor bienestar y prosperidad del estado participante, Polonia. Dijo que la ideología no era un criterio aceptable para una buena alianza.

A medida que avanzaba su discurso, nadie podía confundir el cristianismo de su mensaje o el anticomunismo de sus propuestas. "La exclusión de Cristo de la historia es un pecado contra el hombre", dijo, refiriéndose al hábito soviético de omitir de los registros lo que no les gustaba. "Sin Cristo, es imposible entender la historia de Polonia, la historia del pueblo que ha pasado o está pasando por esta tierra" una referencia sutil tanto a los ocupadores soviéticos como a sus colaboradores polacos. Wojtyla estaba diciendo: "Éstos son sólo transeúntes como tantos otros que pensaron esclavizar a Polonia".

Después de un comienzo tan audaz, Juan Pablo continuó ese día diciendo misa para más de doscientos mil polacos que se habían amontonado en la histórica Plaza de la Victoria de Varsovia. En respuesta a su aparición, su voz y su mensaje de esperanza, comenzó a emerger un espíritu de pandemonio, chapaleando desde el centro hasta los bordes más lejanos del gran gentío. Se elevó un gran canto, una especie de grito de hambre en nombre de millones: "¡Queremos a Dios! ¡Queremos a Dios! ¡Queremos a Dios!"

"Era el tipo de gruñido gutural que le pone a uno carne de gallina" escribió un periodista occidental. "Esa muchedumbre estaba adquiriendo la emoción única de la clásica 'turba callejera' ".

Para Juan Pablo hubiera sido cosa fácil dejar que las emociones se desbordaran. O peor, fustigarlas hasta la fiebre y soltar al pueblo contra el palacio presidencial de Henryk Jablonski y contra la sede central del PCP. Cuán impresionante debe haber sido durante un momento; cuán dramático para la prensa inundial. Si Juan Pablo se sintió tentado en esa dirección durante una fracción de segundo, no se hizo evidente. En cambio, el Pontífice continuó con su discurso, calmando a la multitud con sus propias palabras serenas, sus gestos, su presencia.

No cabía duda de que el juego mortal que el gobierno había temido y esperado había comenzado. Sin embargo, ellos parecían a la altura del mismo. Los maullidos y las agudas protestas de los medios oficialmente controlados comenzaron en serio el 3 de junio, el día siguiente a la llegada

de Juan Pablo. El ministro de asuntos religiosos, Bogdan Bovin, advertía: "Esta visita puede tener un efecto perjudicial. . . ¿Cómo se atreve este supuesto Papa eslavo a apelar al pueblo de Europa Oriental por encima de las cabezas de los líderes del Partido? ¡Un error crítico de su parte!" Ese mismo día, un comentarista de la televisión de Moscú sugirió misteriosamenté que "los líderes de la Iglesia están tratando de usar este acontecimiento (la visita papal) con propósitos antiestatales".

Un diplomático de Europa Oriental, hablando con un colega norteamericano, sugirió que Polonia estaba casi en la misma posición de Estados Unidos. Refiriéndose a la insistencia de Juan Pablo sobre el cristianismo eslavo, el funcionario comunista señaló: "Este Papa no está diciendo estas cosas porque lo mueva el espíritu. Son declaraciones calculadas, destinadas a presentar un desafío directo a los gobiernos que ninguna nación moderna, especialmente ustedes, los norteamericanos, con su separación de Iglesia y Estado, podría tolerar".

En el mismo momento en que el 3 de junio los editoriales de Varsovia emitieron las primeras censuras al Papa, papado y peregrinación, Juan Pablo ya estaba en Gniezno, la ciudad central del segundo cuadrante de su visita. Este lugar no sólo era la sede oficial (aunque ya no la residencia) del Cardenal Primado de Polonia, también era un lugar evocador para los polacos con un orgullo ancestral por la raza, un lugar de raíces polacas y un centro del folklore nacional polaco: el "nido del águila blanca polaca" -el símbolo de Polonia.

A pesar de la cólera oficial, el Pontífice no abandonó su tema religioso. Más bien, amplió su foco. ¿El gobierno había eliminado a San Estanislao de su mensaje de Navidad? Bueno, entonces, en Gniezno predicaría sobre San Adalberto, apóstol de toda la raza eslava. Más, usaría a ese apóstol para promover la unidad espiritual de toda Europa, con Polonia como su centro geográfico.

Su desafío al imperio soviético no podía haber sido más claro, más amplio ni más insistente. Todos los gobiernos comunistas de Europa Oriental debían permitir la libertad de conciencia, los derechos individuales, la posesión individual de la propiedad privada, elecciones abiertas e independencia nacional. Y enfatizó, en un desafío al Occidente igualmente incisivo, que "no'puede haber una Europa justa sin la independencia de Polonia señalada en su mapa".

Desafíos tan enormes -que ya resonaban en Varsovia como un tema- se convirtieron en una sinfonía completamente orquestada en Gniezno. Pero interpretados como fueron con una moderación de tono y de lenguaje, hicieron que la aguda contracampaña del gobierno no pareciera ridícula por contraste. El Papa no se permitió caer en cólera o gritos o sarcasmo. Ni siquiera hizo chistes, a lo que son inclinados los polacos, acerca de las afirmaciones ridículas del comunismo y sus historias de éxito míticos. Siempre tocó la nota ligera en el momento preciso. Enseñó a sus polacos a cantar de

nuevo, a esperar de nuevo cosas mejores y más grandes, y a ser sin embargo pacientes por un tiempo más largo.

El 4 de junio fue el día que Juan Pablo llegó a Jasna Góra, el santuario montañés de María, profundamente popular, en el monasterio de Czestochowa. Era el tercer día de sal peregrinación, y marcaría la primera confrontación peligrosa con el gobierno desde el encuentro en la Plaza de la Victoria de Varsovia.

La respuesta efusiva y enormemente entusiasta que generaba el Papa en la gente, en todas partes, había aumentado con cada discurso, casi con cada gesto de su mano hacia las multitudes que bordeaban las calles y que empujaban hacia adelante mientras él pasaba hacia y desde reuniones oficiales y misas y otras concentraciones. Estaba transformando rápidamente su peregrinación en una especie de espejo de feria en el que se reflejaban todos los detalles de la completa falta de apoyo popular del régimen polaco. Con esa gran exposición pública que ya había cultivado tan bien, y con los medios internacionales siguiendo cada paso suyo, Juan Pablo obligó a la mirada del mundo a posarse sobre la condición triste, horrible, ruinosa, decadente y oprimida de esta nación bajo el control de sus cuidadores, apoyados por los soviéticos.

Por lo tanto, en el momento en que Juan Pablo verdaderamente llegó al santuario montañés de Jasna Góra, los funcionarios locales estaban un poco dispuestos a disparar por cualquier motivo a causa, quizá, de las enormes multitudes que llegaban a casi un millón de personas reunidas alrededor del santuario. En todo caso, Juan Pablo pronunció una acusación inequívoca, punzante, del marxismo, e hizo del régimen polaco un blanco especial por su negativa a permitir que el papa Paulo V! visitara Polonia en 1976.

Tan efectivas fueron sus palabras, y tan inmediato fue el asentimiento que gritó la vasta multitud reunida en las laderas de Czestochowa, que **las autoridades gubernamentales sintieron pánico.** Docenas de tanques del ejército se acercaron retumbando al monasterio y acordonaron toda la montaña.

Fue una vergüenza pública que el gobierno pudo haberse ahorrado. Los mayordomos de las parroquias, que desde hacía tiempo habían estado preparados para situaciones semejantes, estaban desparramados entre la multitud y, como siempre, trabajando. Pero fue un papa Juan Pablo aparentemente relajado, firme en su intención de no perder el control de las cosas, quien le quitó el detonador a la crisis.

Echando apenas una mirada por la colina, en dirección a los tanques, habló ante el micrófono. "¡Estoy seguro que hay gente por ahí que ya está pasando malos ratos soportando a este Papa eslavo!", dijo en broma, con un tono tranquilo, familiar.

A la multitud le encantó. No sólo sabían que el gobierno había jugado la carta equivocada y había perdido, sabían que ellos habían tomado parte en eso. Una gran parte. ¡Como en los viejos tiempos de Nowa Huta!

Juan Pablo estaba en la mitad de su peregrinación por su patria, avanzando hacia su llegada a su ex diócesis de Cracovia, cerca de la frontera de Polonia con Checoslovaquia, programada para el 7 de junio, y hacia su visita del 7 de junio a su hogar de la niñez de Wadowice, unos kilómetros al sudeste de Cracovia. Todavía el Partido trabajaba intensamente para apagar el efecto de su presencia y de su insistente mensaje. "Nos ha sorprendido la naturaleza política de muchas de las declaraciones del Papa", dijo un vocero, nada ingenuo, del jefe del PCP, Edward Gierek.

"La solución para el problema de Karol Wojtyla debe residir en una propaganda renovada y más vigorosa en favor del ateísmo, en la Unión Soviética y sus 'fraternas sociedades socialistas' ", se entrometió desde el otro lado de la frontera soviética el jefe del Partido Comunista Ucraniano, M. Vladimir Shcherbitsky.

La réplica de Juan Pablo a estos mensajes y otros similares nunca tardaban en llegar. Sin embargo, sin importar las medidas que tomara el gobierno, el Pontífice jamás cruzó la línea de peligro. Sabía bien cómo escenificar sus acciones para lograr el máximo efecto. Sabía que podía confiar en sus polacos y en el trabajo de organización que se había hecho antes de su llegada.

Cracovia había sido el hogar para Karol Wojtyla, su visita aquí era un retorno prácticamente a un paisaje de emociones personales. Visitó a Helena Szczepanska, con el cabello plateado, ahora de ochenta y nueve años, que lo había cuidado cuando tenía nueve años, después de la muerte de su madre. "Es igual al 'Lolek' que cuidé cuando era un niño", dijo , refiriéndose al Pontífice por su nombre de niño, como si nada hubiera cambiado mucho. Vio a Maria Morda, quien había sido su ama de llaves durante los difíciles dieciséis años que había pasado aquí como sacerdote, obispo y cardenal. Visitó el bosque Wolski, a quince minutos de automóvil desde el centro de Cracovia, donde con frecuencia había caminado solo durante horas, rezando y meditando. Hasta consiguió que su piloto se saliera un poco de curso, en pleno vuelo, para poder echar un vistazo a las montañas Tatra, donde acostumbraba esquiar y contemplar la existencia de la grandeza de Dios.

En el torrente de recuerdos y reuniones, ¿recordó Juan Pablo lo solo que ahora estaba en Roma?, ¿cómo, como figura mundial que surgía, le faltaba el sostén de los viejos rostros y paisajes y sonidos familiares? Si así fue, aun aquí no permitió que nada de esto se transmitiera a su conducta pública.

En la Universidad de Cracovia, los estudiantes se amontonaron con ansiedad en la Iglesia de Santa Ana y escucharon de Juan Pablo animosas palabras de esperanza. "El mundo entero está abierto para ustedes en todos los campos", expresó. Volvió a hacerse eco del himno polaco, como había hecho a su llegada a Varsovia. "Deben ser fuertes con el amor, que es más fuerte que la muerte".

Por acuerdo con las autoridades, al Papa no se le permitió visitar Silesia, el cercano sector de los yacimientos de carbón y de la industria. No importó.

En cambio, los silesios llegaron hasta el Papa. Se volcaron en Cracovia en enormes cantidades y, junto con lo que parecía toda la población del cuadrante de Cracovia, desbordaron la misa al aire libre del Pontífice en la plaza de la ciudad, donde nuevamente él predicó un cristianismo militante, paneslavo.

Su llamamiento fue respondido con enorme entusiasmo por las multitudes. "¡Padre!" -se elevó el grito de los peregrinos checoslovacos- "¡Despiértanos en Checoslovaquia!"

La respuesta de las autoridades, a estas alturas muy predecible, fue tan torpe como siempre. Setenta y cinco camiones de Guardias Móviles rodearon el área, sólo para ser ruidosa y continuamente abucheados, aun cuando algunas personas de la multitud eran atacadas y aporreadas por los hombres de seguridad del gobierno.

Aún así, Juan Pablo no retrocedería alejándose del inexorable borde de peligro. Sus restantes tres días estuvieron abarrotados con todavía más encuentros cargados de emoción, algunos de una índole sumamente personal. Parecía que hora a hora, era capaz de demostrar cuán hueco, cuán posesivo, cuán perjudicial y cuán inseguro era el régimen que dominaba a los estados eslavos.

El 8 de junio encontró al Pontífice en la ciudad de Nowy Targ, un sitio más cercano todavía a la frontera checoslovaca. En un lugar llamado Blonie Krakowskie -una enorme área de pastizales a la sombra del Monte Kos ciuszko, así llamado en honor del más famoso luchador por la libertad de Polonia en contra del imperialismo ruso-, el Papa pronunció otro conmovedor discurso paneslavo ante una multitud de polacos, checos, húngaros y alemanes orientales. Nuevamente, su mensaje estaba entrelazado con los temas de los derechos humanos y el derecho de todas las naciones individuales a ser independientes.

El mismo día, hizo lo que denominó "una peregrinación al corazón de la crueldad", los campos de muerte nazis de Birkenau y Oswigcim. Fue en este último, conocido en Occidente como Auschwitz, que, dijeron más tarde los ayudantes, Juan Pablo experimentó una avalancha de emociones que podría haber desequilibrado toda su actuación. Celebró la misa. Colocó una corona de flores en el Muro de la Muerte, donde los carceleros nazis habían golpeado con látigo y cachiporras y les habían disparado a sus prisioneros hasta matarlos. Hizo una visita al Bloque de Celdas 11, y a un calabozo en particular, donde el prisionero No. 16670 -un sacerdote franciscano llamado Maximilian Kolbe- había sido condenado a morir de hambre y luego sus impacientes captores le habían inyectado una dosis letal de fenol en el corazón.

"¿Hasta dónde puede llegar la crueldad?", murmuró audiblemente Juan Pablo en la puerta del calabozo de Kolbe. Para sus ayudantes, en este momento su cólera era pública y visible por primera vez durante su agotadora peregrinación; era una cólera que trascendía toda la pasada y horripi-

ante obra de los nazis, y se desbordaba en una ola de emoción contra la exterminación que se realizaba en ese mismo momento a través de todo el sistema del Gulag soviético. El Papa les confió no mucho después a colaboradores personales, cercanos y confiables, que allí y entonces quería decir "¡El comunismo es el mismo mal que el nazismo, sólo el rostro es diferente!" Estuvo a punto de decir "El Gulag aquí, entre nosotros, es el mismo de los días de Hitler. ¿No es hora -¡hora señalada!- de que desinfectemos a nuestra patria, Polonia, y todo el santo mundo de Dios, de este mal institucionalizado?"

Si hubiera dicho cualquiera de estas cosas, por supuesto, todos los límites hubieran desaparecido. Había llevado las emociones públicas a tal altura que su propio autocontrol era la única salvaguardia contra la propa gación de la insurrección. Para él hubiera sido un alivio, y para los millones cuyas emociones sonaban al unísono con las suyas propias. Y, como en Varsovia o en Czgstochowa, hubiera sido el fracaso de todos sus planes.

Le costó un profundo precio personal mantener el silencio, pero lo mantuvo. Un par de años después, hizo su declaración, pero en una forma diferente, abierta sólo a él y a su Iglesia. Elevó a la santidad a Maximilian Kolbe.

Irónicamente, la visita papal del 9 de junio a los suburbios de Nowa Huta, temida y resistida con tal tenacidad por los líderes del Partido en las negociaciones iníciales, resultó ser un interludio de relativa paz comparada con los días previos. El ánimo de las multitudes era como el suyo: gentil y extrañamente triunfante. Habían derrotado conjuntamente al régimen. Estaban vivos, el régimen ya estaba medio muerto. En ese momento, ése era el espíritu imperante.

Sin embargo, la noche del 9 de junio, su última noche en Polonia, fue un asunto diferente. Un papa Juan Pablo muy cansado se dirigió a una multitud de diez mil personas reunidas fuera de la residencia del cardenal, donde se alojaba. Las fuertes emociones eran evidentes en las canciones y cánticos y aclamaciones que llenaban el aire de la noche. La gente no estaba dispuesta a dejar que su Papa Wojtyla se fuera. Finalmente, abandonó el balcón para tener unas pocas horas de un descanso muy necesario, pero incluso entonces la multitud no se dispersó.

Acostado en su cama, Juan Pablo escuchaba las canciones que tan frecuentemente había cantado él mismo. Escuchaba miles de voces que se elevaban una vez más en él solemne coro del himno polaco, "¡Polonia es nuestra para siempre!" En un determinado momento, como si se hubiera dado alguna señal, el silencio se convirtió en el marco para una voz joven que cantaba ante un micrófono portátil. Las palabras habían sido escritas más de cien años antes, en 1846, por Julius Slowacki, el más grande de los poetas de Polonia:

Necesitamos fuerza
Para levantar este mundo de Dios.
Así, ¡aquí viene un Papa eslavo,
Un hermano del pueblo!
Y ya vuelca
Bálsamos del mundo sobre nuestros pechos,
Y el coro de ángeles
Arroja flores sobre su trono...

Éste no era un momento común de afecto y de abrazo simbólico. Para Juan Pablo, era una experiencia de profunda tentación personal. En la misma intimidad de la emoción entre él mismo y los hombres y mujeres que tanto aborrecían verlo partir, residía la posibilidad de que pudiera llevar a esta multitud al más alto grado de peligro. Para ellos, él era ese seudomesiánico "Papa eslavo" del poema de Slowacki. Cuán rápidamente cualquier chispa -proveniente de él, o del gentío, o de las omnipresentes y siempre opresivas autoridades del gobierno- hubiera convertido a ese gentío en una turba desordenada y desbocada.

Juan Pablo desistió de cualquier idea de dormir. Se levantó, se puso su sotana blanca y salió nuevamente al balcón. Su voz se quebró, más por la emoción que por la fatiga, pero hubo también un agradable tono de humor cuando fingió reprenderlos: "¡.Quién está haciendo tanto ruido?"

De la multitud se elevó una ola de risas, luego se hizo el silencio de nuevo cuando Juan Pablo les habló -los abrazó- por un momento más. Finalmente, sin embargo, llegó la hora de darles su solemne bendición a todos y retirarse por segunda vez.

Esta vez, la multitud se dispersó lentamente. Juan Pablo no había disminuido su pasión. La había contenido y moldeado y canalizado en forma tal que, con él como su mismo símbolo, haría su obra mucho más allá de esta noche de junio, y durante mucho tiempo después que él se hubiera marchado. Era para esto, por lo menos en parte, que él había venido. Era para esto, por lo menos en parte, que haría muchas más visitas a muchos otros lugares.

El último gran acto público de la estadía de Juan Pablo en su patria fue la misa al aire libre con la que terminó su peregrinación a Cracovia. Había un millón de personas. Sin embargo, cuando terminó la misa, la ordalia para el gobierno todavía no había terminado.

Junto con el ministro de relaciones exteriores de Polonia y algunos otros dignatarios, el presidente Henryk Jablonski y el jefe del PCP, Edward Gierek, habían viajado al Aeropuerto de Cracovia para la despedida ritual. No obstante, tuvieron que esperar media hora más. Multitudes llorosas retrasaban el avance de la comitiva de Juan Pablo, mientras la gente despedía a esta exuberante figura del hombre que les había predicado fe y

ánimo y esperanza, que se había reído y había llorado y cantado con ellos, que había reprendido y reprochado a sus opresores, y que se había atrevido a convertirse en el primer hombre, en treinta y cinco años, en hablar la verdad pública e insistentemente.

Cuando finalmente el Pontífice arribó al aeropuerto, muchos de los detalles de la despedida oficial parecieron, superficialmente, muy parecidos a los de la bienvenida de Varsovia nueve días antes. Hubo la misma música marcial, se pasó revista a las tropas, los funcionarios hablaron. Pero todos sintieron lo completamente que había cambiado la atmósfera.

Casi cada uno de los pasos que había dado este Papa viajero y maestro, había estado cubierto de flores de los campos y jardines de Polonia. Se las había arreglado para poner frente a las narices del presidente Jablonski y otros funcionarios del PCP la fría realidad de la vida polaca. Todas las ilusiones que el PCP había buscado fomentar durante tanto tiempo sobre su influencia y dominio sobre los corazones y las mentes polacas, habían sido deshechas para siempre durante el breve tiempo que había estado aquí Juan Pablo.

Para adaptar una descripción que usó Gabriel García Márquez en El *Otoño del Patriarca,* el PCP había sido llevado, sin sorpresa, al destino ignominioso de mandar sin poder, de ser exaltado sin gloria, de ser obedecido sin autoridad, de vivir sin amor. Juan Pablo había hecho que todo eso fuera tan obvio.

Después de pasar revista a la guardia de honor de tropas de montaña, Juan Pablo se dirigió al micrófono para pronunciar su alocución final. Habló a las once mil personas que se amontonaban alrededor de la pista, a los millones que, en toda Polonia y en los países vecinos, se amontonaban alrededor de sus radios.

"La visita del Papa a Polonia", dijo, hablando de sí mismo en tercera persona, cosa que hacía rara vez, "es ciertamente un acontecimiento sin precedentes, no sólo en este siglo, sino también en todo el milenio de vida cristiana de Polonia, especialmente tal como es la visita de un Papa polaco, que tiene el sacrosanto derecho de compartir los sentimientos de su propia nación. . ." Sentimientos, no tuvo necesidad de agregar, que permanecerían como una presencia viva durante años. Se habían grabado cientos de miles de cintas con sus discursos, y todavía se multiplicarían más, circularían todavía más lejos, para ser escuchadas no sólo en Polonia sino en todas las "naciones del silencio" donde Juan Pablo había escenificado su increíble testimonio y había puesto la lección de la historia ante los ojos del mundo.

Volviéndose hacia el jefe del Partido Edward Gierek, Juan Pablo le ofreció una mano infinitamente cuidadosa, a él y a sus compañeros del Politburó: "El acontecimiento sin precedentes (de esta visita papal) es, indudablemente, un acto de valor tanto de parte de aquellos que hicieron la invitación"- le sonrió a Gierek- "como de la persona que fue invitada. Sin embargo, en nuestra época, tal acto de valor es necesario. . . así como una vez Simón Pedro necesitó el valor de viajar desde Galilea a Roma, un lugar desconocido para él".

Terminado su comentario, Juan Pablo abrazó al presidente Jablonski el tiempo suficiente para murmurar una bendición que debía transmitir a su esposa. Impartió su bendición papal a las multitudes sollozantes que estaban cerca de la pista. Luego se arrodilló una vez más y besó el suelo. "Adiós, Polonia". Dijo las palabras suavemente, pero los que estaban más cerca pudieron oír "Adiós, patria mía".

Mientras su avión lo alejaba, girando hacia el sur, hacia los Alpes y Roma, Juan Pablo dejó a los representantes polacos de la URSS y a los propios soviéticos para que se entendieran con un futuro que él les había arrojado encima en términos que él solo había escogido.

El régimen polaco se había fundamentado sobre la firme oposición a todo lo que el Papa representaba. Se había visto a sí mismo enteramente dependiente de sus amos moscovitas para sobrevivir y progresar. Ahora, sin embargo, un obispo polaco, descrito alguna vez como un intelectual provinciano, había iluminado la entrada a un paisaje diferente.

Por supuesto, los viejos y conocidos perros enloquecidos del odio, de la desconfianza y de la crueldad inhumana no habían sido mágicamente encadenados o domesticados. La rabia de algunos ante la mera presencia de "este prelado divagador haciéndose pasar por uno de nosotros", como se quejó del Papa el ministro de relaciones exteriores de Rumania por radio, no desapareció con la desaparición del Pontífice. Si acaso, aumentó el deseo de algunos círculos de ver a Juan Pablo fracasar significativamente, de manera que pudiera ser culpado internacionalmente por su ineptitud y torpeza, calificándolo de perturbador del delicado *statu quo,* descubierto como un clérigo intruso cazando furtivamente en la reserva de la política y de la ideología de las superpotencias.

Durante un tiempo, Varsovia mostraría el mismo viejo rostro público de la triunfante "República Popular". Aun antes de la partida de Juan Pablo, el vocero del Ministerio de Relaciones Exteriores polaco, Stefan Staniszewski, había declarado que la visita papal era "un éxito completo. Estamos muy complacidos por ello", insistió. "Nos sentimos felices de que el Papa sea recibido tan amplia y cordialmente. No estamos sorprendidos ni incómodos por este hecho. Es un gran polaco, una personalidad insólita, sobresaliente. Es un gran humanista".

Otros continuaron con el estribillo después de la peregrinación papal. "El gobierno encontró muchos puntos de acuerdo con las palabras del papa Juan Pablo, especialmente en su afirmación de la dignidad del trabajador y de su trabajo", dijo uno, típicamente.

En cierto sentido, éstas eran palabras valientes, viniendo como venían de decididos voceros comunistas. Porque no podían ser polacos y dejar de

saber lo que Juan Pablo afirmaba saber. Y no podían sino temer, en algún rincón de la mente, que el reclamo del Papa al pueblo, y sus reclamos a nombre de éste, un día pudieran ser satisfechos.

En realidad, esa misma posibilidad pareció ponerse de relieve cuando nada menos que un líder como Edward Gierek admitió ante un periodista occidental que lo entrevistaba, que no había una respuesta inmediata a la clara censura de Juan Pablo de que "en una época de revelaciones, en una época de vasto intercambio de información, es difícil entender y aceptar que cualquier polaco, cualquier eslavo, no pueda estar informado ni ser libre de preguntar".

Jerzy Turowicz, un comentarista polaco residente en Estados Unidos, estuvo entre los primeros en voltear las preguntas oficiales. Y al hacerlo, planteó una sorprendente agenda nueva, en la que Juan Pablo había hecho posible que se pensara en el corazón del Gulag: "¿Cómo tratar con tanta esperanza, con tanta nueva autoconfianza, todo este nuevo sentimiento de compromiso y libertad?"

Para la mayoría de los observadores occidentales, y para el nervioso gobierno polaco, la reacción de tolerancia de Moscú durante y después de la visita del Papa a Polonia, era inesperada e intrigante. Había habido algunos disparos aislados, y hasta una o dos salvas de los soviéticos, por supuesto. Sin embargo, hubiera sido de esperar alguna reacción mucho más explosiva y decidida frente a los desafíos asombrosamente abiertos y persistentes de Juan Pablo al marxismo clásico.

No era que los soviéticos no hubieran prestado atención. Por el contrario, Leonid Brezhnev no era el único funcionario soviético que había recibido boletines hora a hora a medida que se había desarrollado la visita papal. La implacable demostración de Juan Pablo de la debilidad central de sus adversarios había sido seguida discurso a discurso.

Moscú había oído decir a Juan Pablo: "Europa, que, a pesar de sus actuales y antiguas divisiones y regímenes, ideologías, sistemas económicos y políticos, no puede dejar de buscar su unidad fundamental, debe volverse hacia el cristianismo... A pesar de las tradiciones diferentes que existen en el territorio de Europa entre las partes oriental y occidental, vive en cada una el mismo cristianismo. El cristianismo debe comprometerse nuevamente a la formación de la unidad espiritual de Europa".

Si esas palabras resonaron en algunos oídos como el toque de difuntos por un marxismo flanqueante y decrépito, Moscú no dio ninguna señal belicosa de que escuchaba el mismo doblar.

"El Estado -Juan Pablo había ido todavía más allá- siempre debe ser subsidiario y subordinado de la plena soberanía de la nación". De acuerdo con ese razonamiento, el Pacto de Varsovia y la organización económica del Carne ya no deberían existir más, pues su único propósito era proporcionar apoyo logístico a los soviéticos en lo que Stalin había llamado desdeñosamente una vez "el patio trasero soviético".

No había manera de simular que las palabras de este Papa no se escuchaban mucho más allá de Polonia, que no habían sido escuchadas por millones en Checoslovaquia, Hungría, Bulgaria, Yugoslavia, en Lituania, Ucrania, Armenia y todas las repúblicas cautivas de la URSS. No había manera de simular que no habían sido escuchadas hasta en Cuba y Nicaragua, al otro lado del mundo.

¿Qué había en Juan Pablo que le permitía tal libertad de expresión? ¿Por qué Moscú soportaba tales violaciones flagrantes de la primera y cardinal regla del sistema Gulag que declara: "No permitirás que ningún hombre le hable libremente a mi pueblo"?

Para Moscú era inaudito tolerar un desafío tan prolongado, flagrantemente público. De algún modo, ¿había conseguido Juan Pablo capturar el cauteloso oído de por lo menos algunos miembros ancianos de la vieja guardia marxista-leninista, y al menos de algunos de los hombres más jóvenes que estaban a punto de llegar al poder? ¿Era por lo menos interesante, para algunos de los líderes soviéticos, que la actuación de Juan Pablo, aparentemente incendiaria pero verdaderamente controlada, no había producido escenas de turbas, ni motines, ni siquiera tanto como una huelga o un trabajo a desgano de los trabajadores? El sistema segura en su lugar, aun cuando se habían puesto en claro sus fallas.

Sin embargo, se había puesto igualmente en claro, y en un escenario mundial, que de un modo u otro el cambio era inevitable. Si el fomento de cambio desde adentro era el regalo que Juan Pablo había tenido la intención de llevarle a Europa Oriental, entonces, un poco de tiempo y amasando pacientemente, quizá se levaría la masa hasta en Moscú.

Mientras Varsovia y Moscú y el resto de los "hermanos socialistas" del imperio satélite soviético calculaban el saldo de la visita de Juan Pablo a Polonia, lo mismo hacían el Papa y sus consejeros íntimos en Roma y en Varsovia. No había pretensión entre ellos -Juan Pablo incluido- de que, hasta como jefe monárquico de la Ciudad Estado del Vaticano y de la Iglesia católica romana, Karol Wojtyla podía reclamar el tipo de perfil de poder compartido por los acostumbrados agentes de influencia en los asuntos mundiales.

ierto, su Iglesia tenía algo más de 907 millones de adheren és-nZ"= --nales, alrededor del 18 por ciento de la actual población mundial. Tenía 483, 488 sacerdotes y alrededor de tres mil obispos, cada vez más revoltosos, que servían a unas 211,156 parroquias, que formaban las 1,920 diócesis y 513 arquidiócesis del mundo. Su organización institucional incluía una infraestructura de escuelas, universidades, institutos de investigación, centros científicos médicos y sociales, hospitales, conventos, iglesias, catedrales, capillas, monasterios, centros religiosos, embajadas, legaciones, archivos, bibliotecas, museos, periódicos, revistas, editoriales, estaciones

de radio y televisión. Cierto, también, _controlaba su propio Banco Vaticano con su equipo de asesores internacionalés qüé-aTminist_-`_'raóañúna extensa cartera de propiedades e inversiones de la Santa Sede en prácticamente _todos los sectores de la actividad_ comercial e industrial _del mundo.

A pesar de todo eso, sin embargo, Juan Pablo sabía que, en términos de poder diplomático, él era visto como una anomalía entre los líderes mundiales tradicionales. La mayoría de las ciento dieciséis embajadas, hechas y derechas, en la Colina Vaticana, están acreditadas ante la "Santa Sede", según la fórmula internacionalmente reconocida. En términos prácticos, Karol Wojtyla, como papa Juan Pablo II, es esa Santa Sede. Ni su organización institucional ni su cartera de inversiones -y ciertamente, ni la reverencia religiosa ni el acuerdo con el Papa en cuestiones morales o ideales políticos- dicta la necesidad de mantener esas misiones diplomáticas, sino simplemente el realismo práctico.

La mayoría de estas sedes diplomáticas corresponden a Estados decididamente no-católicos y con frecuencia predominantemente no-cristianos. Con mucho, no todos ellos son benévolos con la religión en general o con el catolicismo romano en particular. Sin embargo, mientras que todos ellos, desde las principales naciones a los principados diminutos más pequeños aun que el Vaticano, son anfitriones de los representantes diplomáticos que recíprocamente envía Juan Pablo, hasta el gobierno nacional más débil en las más primitivas de las naciones puede, al menos físicamente, mutilar secciones locales de su organización mundial.

De hecho, en el mismo momento de su visita a Polonia, a muchos se les había metido en la cabeza hacer precisamente eso. Y al hacerlo, habían demostrado que, como líder mundial, si eso era lo que él reclamaba ser, Juan Pablo no tenía alianzas militares para protegerlo a él o a sus intereses. No tenía fuerza económica ni industrial como para usarla como amenaza de represalia. No tenía preponderancia en el derecho internacional ni en las asambleas de las naciones para hacerles rendir cuentas a sus atacantes. Ni siquiera podía invocar a algún prominente talento científico o académico que impusiera respeto a los comunistas de Polonia, o, para el caso, a ningún otro régimen.

Sin embargo, no pasó desapercibido para Moscú o para Varsovia que él no había ido a Polonia como un débil suplicante pidiendo favores. Aunque se llamara a sí mismo un peregrino, no había llevado el tazón del mendigo, no había esperado ninguna limosna ni contribución ni indulgencia oficial.

En cambio, una vez que hubo descendido de su avión papal, todo lo que había hecho, había hablado voluble y dramáticamente de un tipo peculiar de poder. Se había comportado en todas partes como si poseyera, o como si anunciara, una fuerza a la que había que tomar en cuenta, una fuerza que sus iguales en el gobierno no podían ignorar ni maltratar con impunidad. Esto, ellos parecieron sentirlo.

Ante Varsovia y ante todos sus vecinos, Juan Pablo había demostrado

que la propia persona papal de Karol Wojtyla encarnaba la inconmovible convicción católica romana de que el papado, más antiguo, con mucho, que cualquier gobierno secular, y ciertamente más durable que la "revolución" marxista del 917, estaría vivo y vibrante mucho después de que el "experimento polaco" fuera reducido a unas pocas páginas de la historia escrita.

Sin duda, algunos polacos pudieron y decidieron convertirse en marxistas ateos y comunistas anticlericales. Pero en presencia del sucesor número 263 de Pedro, y frente al total entrelazamiento del catolicismo romano con el nacionalismo polaco, tales polacos en particular cayeron víctimas de lo que Lord Acton llamó inteligentemente los "celos milenarios", la profunda e impotente frustración de aquellos que habían pensado enfrentar y perdurar más que esa fuerza milenaria que Juan Pablo representaba, pero que veían con demasiada claridad que no tenían una probabilidad real de hacerlo al rodear la siguiente curva del camino de la historia.

En Polonia, Juan Pablo había marcado exitosamente su primera yfuerte reclamación a ser escuchado como una voz que opina, y no meramente en un ambiente eclesiástico... en una carta papal o en un sermón desde el púlpito de una iglesia. Había entrado a la arena de los asuntos públicos y civiles en un segmento del mundo que se suponía era el terreno de una superpotencia. Había exhibido, con sus detalles despreciables, la falta total de justicia y de apoyo popular de ese régimen. Había expuesto al liderazgo comunista local no como simplemente no querido, sino también intrascendente. Más importante para sus adversarios, en el Oriente y en el Occidente, este Papa aparentemente no-papal, había redefinido el poder en términos inesperados, irresistibles, y luego había tomado ese poder en sus dos manos y se había marchado con él.

Con posterioridad al drama que se había representado, no fue en Varsovia, ni en Moscú ni en el Vaticano, sino fundamentalmente entre los comentaristas y observadores occidentales, que las ironías peculiarmente eslavas, y los tonos a veces casi místicos del toma y daca que se habían producido entre Juan Pablo y sus renuentes anfitriones, siguieron siendo intrigantes durante algún tiempo. Algunos reportajes y comentarios occidentales contrastaban la recepción del Pontífice como jefe de Estado con su proclamado papel de peregrino. Pero parecían incapaces de reconciliar a los dos. Quizá el *New York Times* resumió tan bien como cualquiera la anterior evaluación occidental de los extraños empeños de este Papa no convencional en esta etapa de su pontificado: "La visita de Juan Pablo a Polonia no amenaza al orden político de la nación ni de Europa Oriental". Si el editorialista del *Times* hubiera podido tener una bola de cristal para 1989.

Los consejeros de Juan Pablo conjeturaban entre sí que los verdaderos éxite~; de la visita papal a Polonia no serían opacados durante mucho más tiempo, ya fuera por la falta de comprensión occidental o por los débiles

elogios de los voceros del gobierno polaco, que le concedían al Pontífice la diminuta estatura de una "personalidad sobresaliente. . . un gran humanista".

Porque la evaluación romana del peregrinaje de Juan Pablo a Polonia era ésta: sin duda una sola división blindada bajo su mando -un factor que, para algunos, siempre subrayaría su poder, y que echaba dudas sobre el mismo, para otros-, Juan Pablo había competido no simplemente con un régimen nacional sino con un sistema de gobierno internacional. Había violado con impunidad todos los tabús impuestos por una rígida dictadura del Hermano Grande. Había abierto el primer desafío efectivo al orden político del sistema de los satélites soviéticos, y de la propia Unión Soviética. Tal como había dicho que lo haría en sus primeros discursos después de su elección papal, sin duda había exigido el comienzo de un "nuevo orden" en el orden político y económico de Europa Central y en el internacional, entrelazado con él.

En resumen, desde los ocho meses de su elección como Papa, había hecho su primera entrada a la competencia con altas apuestas a la que había comprometido su papado. Y había emergido de ella con la estatura de una figura internacional.

Juan Pablo había dicho una vez de sí mismo: "Yo soy alguien que da. Toco fuerzas que expanden la mente".

Era cierto. Parecía seguirlo a todas partes un magnetismo especial que había sido evidente aun en sus primeros días en el papado. Como Papa, habían escuchado su exigencia de la libre integración de Polonia, no sólo en una Europa libre sano en un mundo integrado.

Su voz era la de un obispo polaco convertido en Papa romano. Pero, si se salía con la suya, el mensaje era de quien sería visto como el patriarca de esa integración por millones, en muchas tierras, durante décadas futuras.

4

El hombre visible

La incursión del papa Juan Pablo en Polonia fue profundamente exitosa en varias formas. Había sido realizada con tal precisión que, sin ninguna embestida crudamente revolucionaria contra los sistemas político y de seguridad existentes, de todos modos el Pontífice había forzado la entrada a la arena de poderosas y atrayentes alternativas. No sólo Polonia y el bloque oriental entero habían sido convencidos de que miraran esas alternativas directamente a los ojos. El bloque occidental, que durante mucho tiempo había admitido el statu quo en su propio beneficio, fue forzado también a enfrentar esas alternativas. Eso sólo podía tener profundas y duraderas consecuencias en ambos lados.

Igualmente importante era el hecho de que, para millones de millones dé personas, Juan Pablo le había dado un rostro humano a esas poderosas y atractivas alternativas. El rostro del Vicario de Cristo en la tierra.

No obstante, y aunque los redobles de la publicidad que asistía a cada paso suyo en Polonia hubieran sido casi ensordecedores, se vio que, en su propio estruendo, era difícil para las hordas de periodistas y comentaristas alcanzar la dirección del pensamiento de este Papa. A veces, a los asistentes de Juan Pablo les parecía que la prensa estaba observando una actuación deslumbrante cuya sustancia seguía siendo un misterio para ella.

Ciertamente, un cierto sesgo dramático apareció en la prensa polaca. Pero lo más que salía de él era el retrato de un hijo exiliado de la Polonia Sacra, ahora colocado en el poder, que había regresado para un evidente enfrentamiento, un desafío personal estilo Vaticano, con la persecución controlada por los soviéticos que había cubierto la patria de Karol Wojtyla durante casi treinta y cinco años.

Hasta en el nivel más favorable, y a medida que se multiplicaban los viajes de Juan Pablo más allá de Polonia y más allá de 1979, se los entendía y se los presentab,- en los medios, tanto tiempo como fue posible, y fueron comentados por los expertos, como nada más que visitas pastorales por parte de un Papa preocupado a partes de su Iglesia que tenían problemas. La confrontación más amplia y más profunda que Juan Pablo tenía en la mente, parecía escapar tozudamente al torrente de reportajes públicos y comentarios expertos.

Quizá había una pizca de esperanza en tales comentarios, o quizá alguna otra fuerza poderosa avanzaba siguiendo sus propias líneas. En todo caso, las memorias parecían muy débiles. No había pasado tanto tiempo desde que el cardenal Malula se irguió como un vocero simbólico del mundo, una especie de profeta, en la Plaza de San Pedro, ese día de octubre de 1978, y exigió que "¡Todo debe cambiar!" Y sin embargo, ahora que el cambio había comenzado verdaderamente -ahora, que ya no había un Papa que se hiciera eco de los tonos y comportamientos familiares de sus predecesores, que se habían contentado o limitado a esperar a la historia- todos parecían rechazar la idea como ininteligible o indigerible o invisible.

Esta mentalidad iba a perseguir a Juan Pablo durante años. En septiembre de 1989, un millón cien mil personas jóvenes -en su casi totalidad, de entre dieciséis y veinticinco años-, llegaron por su propia cuenta a recibir a Juan Pablo en Santiago de Compostela, España. Ninguna cadena de televisión ni de radio, ni agencia gubernamental, ni compañía internacional de relaciones públicas promovió la visita. La televisión no cubrió esa enorme reunión. ¿Por qué no?

Era como si fuese muy difícil -y para algunos, dentro y fuera de la Iglesia, demasiado desagradable- reconocer que en Juan Pablo II no estaban tratando con nada parecido a la mente de un papa tradicional. Y con toda seguridad no estaban tratando con un clérigo provinciano jugando en un laberinto eclesiástico mundial, como algunos parecían decididos a pensar.

Estaban tratando con un Papa que había llegado al papado ya equipado con una mente infinitamente innovadora. Un hombre que había sido entrenado por una larga experiencia, y por eclesiásticos polacos tan duros y astutos como el cardenal Sapieha y el cardenal Wyszynski, en una confrontación única, sutil, implacable y exitosa con el poder bruto. Estaban tratando con un Papa que había surgido del crisol llamado Polonia, donde la realidad religiosa y la justicia moral habían sobrevivido a siglos de guerra diaria con cada rostro cambiante de la opresión. Estaban tratando con un hombre cuya intención era dejar atrás todo lo que estaba terminado y pasado en el papado, la Iglesia y el mundo, y llevar consigo a tantos como pudiera para salvar el salto cualitativo a un nuevo orden mundial que se acercaba rápidamente.

Finalmente tenía que llegar la hora, por supuesto, para que apareciera una gama diferente de reacciones.

Comenzó a notarse que, aunque se multiplicaban los viajes de Juan Pablo, seguía existiendo una inexplicable ausencia de cualquier cambio como podría haberse esperado, aunque temido, si la intención y motivo del Papa hubieran estado relacionados con la reforma pastoral. Después de una humillación pública acompañada de sacrilegio en la Nicaragua sandinista en 1983, después de ser insultado insolentemente durante su visita a Norteamérica -y con la connivencia de los obispos norteamericános-, después de haber sido quemado en efigie y que su "papamóvil" fuera ensuciado con excremento por los católicos holandeses en 1986, no hubo caza de brujas, ni designaciones vengativas, ni acciones en represalia. En estricto derecho, debió haber reaccionado punitivamente. Detentaba un puesto, y su deber era defender sus derechos y prerrogativas. No hizo nada.

Además, estaba entonces el hecho curioso de que, a medida que el alcance de Juan Pablo sobre el mundo era cada vez más amplio, obviamente él estaba arrojando una red mucho más amplia de la que se necesitaba para sus católicos romanos. Hablaba no sólo con ellos y no sólo con cristianos.

Un día serían cinco swamis residentes en Los Ángeles, y otro, serían sacerdotes animistas de Togolandia. O quizá serían budistas en Thailandia, parsis e hindús y musulmanes y jainos en la India, o protestantes en Carolina del Sur, o humanistas en Suiza, o la familia real de Inglaterra, anglicana. Evidentemente, este Papa mostraba que quería conocerlos a todos ellos, hablar con ellos, orar por y con ellos, bendecirlos y gustarles a ellos.

Si ese comportamiento papal era extraño, la reacción de algunos de los comentaristas más interesados era por lo menos igualmente extraña. Seguro, el tono de la publicidad cambió, pero la comprensión no se profundizó. El enfoque general no parecía tanto explicar lo extraordinario -porque un comportamiento papal como éste no era sino extraordinario-, sino explicarlo como un acto nuevo en una especie de continua gira teatral papal.

"Este Papa está tremendamente cómodo con las multitudes", comentó un escritor norteamericano.

Un editor irlandés comentó sobre el "don natural" del Pontífice para "las relaciones públicas".

El Times de Londres resumió su opinión sobre la visita de Juan Pablo a Francia, en 1980, como si estuviera cubriendo algún costoso desfile público. "En general, el Papa fue bien recibido. Pero es de dudarse que el desembolso de dinero se justifique muy pronto", dijo el *Times.*

Algunos acusaban a Juan Pablo de viajar para escapar a una burocracia vaticana que ellos estaban seguros que él encontraba insoportable, y de ser un, mal administrador, incapaz de gobernar su propia Iglesia. "Tenemos, en realidad, un simple obispo polaco que sigue siendo simplemente un obispo de corazón y que ansía una labor simple, pastoral. No tiene madera papal", comentó un funcionario romano de alta posición.

Otros veían en los viajes papales una especie de perverso triunfalismo

de repliegue y derrota. "El Papa está muy consciente de que, en el siglo próximo, el catolicismo sólo sobrevivirá en los países del Tercer Mundo. El catolicismo siempre ha florecido solamente en poblaciones pobres de escasa calidad educativa. El Occidente sofisticado ya no puede tolerar la estrechez del catolicismo. El Papa se da cuenta de eso", declaró un erudito protestante norteamericano en una pieza maestra global de equívoco elogio.

En general, entonces, pareció afianzarse la sensación, a un nivel muy aceptable de información, de que el papa Juan Pablo estaba simplemente haciendo lo que hacía mejor. Uno puede pelearse sobre si se estaba escapando de la carga del gobierno cotidiano de su Iglesia, o sobre la acusación más cruel de que estaba haciendo la única cosa que era capaz de hacer. Dejando a un lado esas sutilezas, sin embargo, se consideró como el evangelio moderno que Juan Pablo II era nada más y nada menos que un genio de las relaciones públicas. Si pudiera saltar por encima de algunas de sus opiniones más puritanas y estrechas -especialmente aquéllas sobre la moralidad-, podía esperarse que no le hiciera gran daño a nadie. De hecho, se concedía generalmente, en algunas instancias hasta podría ser un embajador de buena voluntad bastante efectivo.

A medida que pasaba el tiempo, sólo era natural que algunas fuentes papales dentro del Vaticano mostraran una cierta exasperación con tales interpretaciones insistentemente ingenuas de los motivos e intenciones que tenía el Papa al hacer sus viajes. A esos observadores y participantes les parecía que los comentaristas y reporteros no habían prestado suficiente atención ni siquiera a sus propias historias anteriores sobre el record de "primeros" de Wojtyla, o sobre Wojtyla como un hombre marcado por el destino, o sobre lo que él había logrado en Polonia como sacerdote y obispo.

Aún, Roma es un lugar perseverante y paciente. Se sentía que, hasta sin releer la primera prensa y sin extensas entrevistas papales, una simple revisión de los logros de Juan Pablo pronto forzaría el reconocimiento de que, únicamente con sus viajes, en un sentido real y benévolo, este Papa estaba volteando el papado al revés.

Además, argumentaban algunos de los ayudantes de Juan Pablo, con toda justicia, no era sorprendente que la comprensión pública y privada se quedara muy atrás de la realidad de lo que Juan Pablo trataba de hacer verdaderamente al emprender sus viajes. El mero hecho de que se estuviera convirtiendo en una especie de Marco Polo papal era en sí mismo una revolución que llevaba un tiempo para acostumbrarse a ella.

Después de todo, como estos partidarios de la paciencia les recordaban a sus colegas vaticanos, el Papa católico romano siempre había sido alguien que residía y presidía en Roma. Hasta para los romanos, siempre había estado permanentemente *'allí",* jamás en el *"aquí"* de nuestras vidas comunes. Había estado perpetuamente separado del *"aquí"* por filas de cardenales y prelados. Había estado alojado en el silencio y el secreto. Unos muy

pocos podían obtener acceso a una audiencia semiprivada, donde escucharían al Papa hablar desde un trono rodeado por chambelanes de cara severa y guardias vestidos exóticamente. Las personas que eran muy especiales podían sacarse su fotografía con el Santo Padre y besar su anillo. Unos muy pocos -generalmente personas importantes por derecho propio, el tipo de gente que vivía en un *"allí"* en alguna otra parte- podían realmente sumergirse en los misteriosos recovecos del Palacio Apostólico del Vaticano para tener una conversación con el Papa.

La antigua razón eclesiástica de esta muy católica actitud siempre había parecido simple y clara y había sido aceptada con buena voluntad. Era cierto que, como punto de sagrado origen físico, la madre iglesia de toda la cristiandad estaba en Jerusalén. Pero también era cierto que, bajo la inspiración del Espíritu Santo, hacía mucho tiempo que la cristiandad había renunciado a todo feudo sobre aquellos lugares que la presencia terrena de Cristo como hombre mortal había vuelto santos. En la óptica cristiana básica, fue en una de las siete colinas de Roma --sobre el *mons vaticanos,* la Colina Vaticana-, que Dios había marcado un derecho perpetuo a cuarenta y cuatro hectáreas para el preciso centro geográfico y espiritual de su Iglesia visible, como sola fuente de bendición y salvación.

Y así había sido considerada Roma durante todo el largo apogeo del catolicismo como religión universal de toda Europa. Desde la bahía Galway, en Irlanda, hasta los Montes Urales de la Rusia presoviética e inclusive soviética, y desde Arcángel en el Círculo Polar Ártico hasta el río Congo en África, esta Roma era considerada como el más verdadero centro del universo.

Hasta cuando las Américas y el Asia y Oceanía surgieron ante la vista de los ojos cristianos, Roma siguió siendo el centro. Y los países europeos que la rodeaban llegaron a ser vistos como el centro de las tierras cristianas en un mundo en expansión.

Durante los primeros mil setecientos años de papado, por lo tanto, y en un sentido muy real, podía decirse con justicia que el Papa era Roma y Roma era el Papa. No era exactamente que ningún papa viajara fuera de Roma. Pero era cierto que ningún papa jamás atravesaba los océanos. Jamás iba más allá de las tierras centrales del cristianismo, de hecho. Ni siquiera en exilio forzoso.

También era cierto, e igualmente significativo, que cualesquiera viajes papales que hubiera habido, siempre habían tenido un objetivo inequívocamente claro y totalmente eclesiástico. Un concilio especial de obispos, quizá, una coronación real, una reunión política, una visita a un santuario particularmente venerable.

Las pocas excepciones sólo servían para confirmar la regla. El ejemplo de Julio II cabalgando con todas las insignias de un caballero en armas para pelear sus propias batallas, en el sentido literal, concreto, del término, era algo que los católicos preferían olvidar como una conducta sumamente nopapal. Hasta cuando el papado fue transferido a Avignon, en el sur de

Francia -supuestamente por razones de seguridad que abarcaron sesenta y nueve años y seis pontificados-, los papas no se movieron de Avignon. El principio, si no el lugar, siguió siendo el mismo. Todavía eran los "papas romanos".

En el siglo diecinueve hubo dos excepciones a esta tradición. Pío VI y Pío VII salieron de Roma, pero sólo porque fueron secuestrados por los gobiernos franceses y estuvieron prisioneros en suelo francés. Aun entonces la razón era dudosamente -y quizá doblemente- eclesiástica. Y mientras que Pío VI murió en su prisión, Pío VII regresó a Roma tan pronto como se lo permitieron sus captores.

Más aún, permanecer en Roma no siempre había sido un asunto fácil. Haciendo a un lado a los primeros papas mártires, que incluyen al propio Pedro, todavía en 1870 Pío IX sufrió la pérdida de todo el territorio papal de Italia -una guadañada de unos 41,000 kilómetros cuadrados- en favor del recién nacido Estado italiano. En represalia, Pío se declaró a sí mismo un "prisionero del Vaticano". No sólo se rehusaba a salir del conjunto de edificios de la Colina Vaticana, ni siquiera ponía un pie en el balcón del frente de la Basílica de San Pedro para dar su bendición a las multitudes que estaban abajo en la plaza.

Esta resolución histórica fue perpetuada por todos los papas después de Pío IX hasta que, en 1929, el gobierno de Italia hizo honorables rectificaciones, indemnizando al Vaticano de Pío XI por sus pérdidas anteriores con una suma de dinero no revelada y ciertas concesiones de privilegio en la vida social, económica y política del país.

Ningún sentimiento de ansia por viajar invadió al papado ni siquiera entonces, sin embargo. Más bien, los papas simple y muy naturalmente volvieron al antiguo esquema. Por ejemplo, ni los retiros de verano de Pío XII a Castel Gandolfo, ni su compasivo auxilio a los heridos en las calles de Roma en medio por lo menos de uno de los veinte bombardeos aliados durante la Segunda Guerra Mundial, fueron vistos por él o por cualquier otra persona como excepciones.

De manera similar, las raras incursiones de Juan XXIII fuera del Vaticano -una peregrinación al sagrado santuario de Loreto, una visita a los convictos en Regina Coeli, la prisión central de Roma- fueron de una naturaleza completa y tradicionalmente eclesiástica.

Paulo VI rompió un molde: fue el primero en viajar a través de los océanos. Pero éste fue casi un cambio técnico que no alteró el esquema básico, porque su intención y cada una de sus acciones en esos viajes estaban enteramente gobernadas por la antigua tradición eclesiástica. Desde el punto de vista papal, de hecho, los viajes de Paulo VI no fueron a ciudades o naciones, en absoluto. Fueron a un santuario aquí, a un ejercicio de devoción allá, a una organización internacional en otra parte.

Por ejemplo, para efectuar una reconciliación entre los católicos y los cristianos ortodoxos griegos, fue a Tierra Santa y a Turquía. Fue por celebraciones eucarísticas que fue a Uganda, la India, Colombia, Filipinas y Australia. Hasta sus escalas en Irán, Indonesia, Samoa, Hong Kong y Sri Lanka fueron tomadas por lo que eran, etapas necesarias a lo largo de un viaje eclesiástico. Un discurso importante -un momento culminante en la vida de Paulo VI- lo llevó a la sede central de las Naciones Unidas en Nueva York. Fue para honrar a la Virgen María que viajó al famoso santuario de Fátima, en Portugal. Aunque había una apariencia de innovación, en otras palabras, y aunque ocasionalmente adoptaba la descripción de sí mismo como el "Papa Peregrino", Paulo VI no estableció un nuevo esquema, por lo menos en esta área de la tradición y de la observancia papal.

Cuando se miraba contra un fondo de un registro tan largo, tan consistente y convincente de viajes papales, los miembros más pacientes del consejo íntimo de Juan Pablo argumentaban que era justo esperar una cierta resistencia al cambio, esperar un tiempo de retraso para ponerse a la par hasta con el modo de viajar de Juan Pablo, para no mencionar su notable perspectiva del mundo que iba a conocer tan íntimamente.

Más aún, se señalaba, para cualquiera que entendiera la naturaleza misma del Vaticano, no serviría por mucho tiempo argumentar que Juan Pablo era sólo un buscador de publicidad o que ansiaba el simple trabajo pastoral. No tenía sentido argumentar que un probado magnate de los medios, como Juan Pablo, no se molestaría en sacar un pie del Vaticano si todo lo que quería era un destacado perfil publicitario. O que los dos o tres millones de visitantes que llegaban al Vaticano cada año no servirían para satisfacer el ansia pastoral más profunda que presionara al cuerpo.

En realidad, desde hace tiempo el Vaticano ha sido el único lugar en el mundo donde nada se trata como si estuviera fuera de los límites por parte de la red de comunicaciones globales más intrincada, siempre vigilante, a veces irreverentemente curiosa e implacable. El Vaticano siempre ha sido lo que un veterano describió como "un lugar donde cada corredor es una galería de susurros y cada oficina una cámara de resonancia". El diplomático francés del siglo dieciocho Joseph de Maistre dudaba de que "ni siquiera el Espíritu Santo pudiera volar a través de él sin que lo sacudieran los vientos de las murmuraciones y la exhalación estentórea de los secretos". Y las cosas no habían cambiado ni un poco doscientos años más tarde, cuando Frank Shakespeare, nombrado embajador de Estados Unidos ante la Santa Sede, observó que "el Vaticano no tiene rival como puesto para escuchar".

Dentro de esa atmósfera, un enjambre de periodistas internacionales, reporteros y comentaristas -para no mencionar a los funcionarios de embajadas y consulados cuya ocupación es monitorear a este Papa y su Vaticano- pasan carreras enteras conectándose con las vastas redes de fuentes vaticanas "confidenciales".

Encima de todo, es un secreto a voces - especialmente desde el atentado de 1981 contra la vida del Papa- que no sólo los servicios secretos italianos sino por lo menos otros tres gobiernos participan en el monitoreo

ows!w alq!isngwoo la ejdwa!s se e!6eiejisa el enbjod 'o6jegwe u!s A
*jouaiue opeded un ua ope6!1seo A opeu
-opuoo op!s ejalgny opeu!pjogns jambleno leno la jod leded elonpuoo ap
od!i la e!6elejlsa ap jeo!pjeo eja!pnd oun anb souaw e ou 'oseo opoi u3 *sal
-uais!suoo se!6alejisa ejgeq ou 'aluewaiuajedy -olged uení- ap opooipluod
|a ue eA!sayoo eo!lilod uej6 eun owoo asjeo!j!iuap! eja!pnd enb oBle e jwas
eloajed joueixa la apsop jaA eipod es anb ol ap epeu 'o!JCJIuOO la Jod
.o1s!JJ ap oueo!A owoo
o 'le!punw aapil owoo 'souoio!pe.4uoo aluaweiuejede A souejlxa 'elonp
-uoo ns ap soioadse ap uq!ooaloo Pisen el ap sgilap eioeA anb ol -soAns
sope!le sol ap euoÁew el e !u- olged uení- ap sajelnoas souesjaApe sol
e saliplanaj uejoajed ou soiua!w!Aow sns ap s!s!lgue soAllsneyxa sgw sol A
'seded sol ap oo!lgnd sgw la aisg e uegenuasqo sosopep!no sgw sol -ows!w
is ejed sgwef opef!; eja!gny es ounBle eded anb osojlsesap sgw la aluaw
-elq!sod A'osoiBgad ogwni un owoo opueo!iuo uegelsa e!sal6l e!dwd ns ap
soyonw anb ol ue op!6jawns oljagey ejed owoo opuajjoy uei eje anb 'solfa
ap opunw la ue 'ojo fuejixa la ua eiaA eded alsa anb ol eje gnb jages ap
egelejl es opueno sopeljaouoosap aluawejapepiaA ueioajed sounBle'sosopep
-!no A sajopeAuasgo sgw olged uenr ap souesjaApe sol ailua uny
.ouoiujal ns ua
oilens ewó!ua un uaoajjoge le!oos A oo!wquooa 'oo!l~lod japod lap sajapil
sol ise 'oioeA un aoejjoge ezalefnieu e! anb owoo ojnBas uel A -wafe!A
'alua!A!A ew6!ua un owoo solnojio soun6le ua uegewol ol anb eioajed
sgw oluel 'ueiA!A anb la ue ou!weo lap soli!s sogoue sol ue A sapepn!o
ser ua A sasied sol ue souepepn!o A sajapil so! uoo egelqey sgw oiueno
A opunw la jod olged uenr egefe!A sgw oiueno anb eje ewalgwd 13
.ep!u!;ap elow eun ajgos uq!oualu! eun A esouadw! ugis¡A
eun jod op!onpuoo ajgwoy un ap soo!lugine souol sol egefal;ae -olinjeq
|a egeinj;s!p enbjod leuo!oewalu! 1!jad opeoeisop un o 'adeosa un owoo
pep!o!lgnd eqeosnq anb ua!n6le ap zoA el souaw esoo ja!nbleno eje osa
„o(!H ns ap oueo!n la eóey anb easep aipeyy el!pua8 el enb
ol se olsa A 'eded ns Aos oA enbjod 'oisuZ) ap oueo!A lap ZOA el opeyonosa
ueAey ,(o11Sw la ol5IA uEAPLI JeBall epand oA anb sol e owoo souiu A
sajefnw A sajgwoy soiuei anb cIsCH„ -ezenbuej; uoo go!ldaj olged uenr
"
£861 ua 'epeAiid
e!oua!pne eun ap leo!; la e!oey saluei!s!A soueleu6!p soun olged uenr e
uwelun6aid al' „¿opunw lap saoed saluajapp e saleded sel!s!A serse ap sgw
seyonw epuajdwa pep!iueS nS anb jejadsa sowepod? 'aJped olueg„
'soeugjodwaluoo sns aiiue aluawawji;
A ep!dgj uel opuewjo; egeisa es anb leuojoeusueji aluaw el ap e!pien6
-ueA el e egeweoue anb opeded le A owsluu is e asopugfwie 'sezageo sns
ap ew!oua jod ella e opeseiBu! ejgey anb ap eloua!ouoo aiualoeu el egelsa
uglgwei A -eoodg ejisanu ap alueijodw! sgw eyonl el owoo 'ews!w el
e opesai6u! eisey A'Solje aJiua e!ouaiedwoo el egejap!suoo olged uenr 'ou

o elegwoo la ejed ope!dwde 'enb ap e!oua!ouoo alua!oeu el soun6le ejed
ogoeoe le egelsa sepnp solel ap a!o!padns el ap ofegap 'oBjegwa u!S
„¿seis¡ euo!oeujalu! a sale!punw son!iafgo solia!o
ows!w !s ejed eu!6ew! ua!nb 'e!uolod epe6gilaj el ua e!AOOejZ) eue!ou!Aoid
el ap ods!gozje un ap souew ser ap ua!q unBle jges apand?„ „Vyl@JezeN
ap ua!q uoBle ales apand?„ :snsar ap zan ejawud jod jelge4 jeyonosa le
giunBaid ua!nb'laueyleN oogdgosa la owoo'uege1unBaid as saleded soo!lijo
sale 1 -soj1o soluel e ueqesnoe aluewlenl!ge4 anb lap ows!le!ou!Aoid la opoi
'olged uení- uoo uq!oelaj ue 'ueiq!gxa -opunw la ejed onanu aluawlelol
A aiuelluq ojnin; un ap uq!oeujeoua e!dojd el owoo sows!w is e ue!an es anb
sajgwoq- eo!1!lodoe6 euaje el ua souesianpe sns eisey 'aluelsgo oN
.ojelo eioajed 'souaw ol jod 'osa 'JOAeJ la opua!AlOAap
eqeisa ejoye A 'op!dgj aluawalua!o!;ns ol opeded la jod opewj'o;sueil
op!s jagey q!oajed wad -!se anj gz!no -„jawoo ejed soll!oaued ap jed un
A saiua!p ap ojl!deo un 'ouew ap ujlalew un uoo ewoa e!oeq * - *op!Ued
eisey„ ejAlfoM eded la 'soue alueinp op!oouoo e!gey ol anb ojaijod un ap
selgeled ser u3 -e!AooejZ) eue!ouinwd el ap op!les eisey 'aluaweinBaS
.ooelod zan eunBle eded alsa ap aiuaw el A'op!oouoo ueigey el aidwa!s
owoo 'leuo!o!peji leded aluaw el ailue o^!1el!leno orles la jeAles ap saoed
-eoui uwan; solla eisey wad -scAenu aluawejalua ueja anb sesoo opua!o
-ey A opua!o!p egelsa anb eded un e opueyonosa A opuemasgo uegelsa anb
'lejaua6 ejauew ap 'japuajdwoo e uojezuawoo is anb sajap!l ap wawnu
o1ja!o un ogny 'olged uenr ap safe!A ap epua6e eosalue6!6 el ap ugzej
ejapeplaA el ap!saj apuop legol6 e!oualadwoo el ap euaje el ap ouuao
¿elrnnBasuoo ejed sasied ua!o sol e oueojao oBle e saleded safe!n
sejopeJOBE ap seualu!a^ ue soliatugl!J ap sal!w ap SOJUG!o Jefe!A ua asiel
-salow qnb jod?'pep!o!lgnd el elan; eja!s!nb enb ol opoi !S 'eja!p!oap ol !se
anb zan epeu sajelni!1 sol ua jeisa ejed jowni lap leded ejeyono el uoo uq¡oel
-noadsa ap elanzeo ja!nbleno janlosaj aluawelos eIJe3!saoaN T!o!lou las eied
¡eep! eo!lgjoojnq ewje la auau 19 oueo!len o!dojd la ua anb asj!1!wpe anb
eupuel 'algejoxau! eo!6gl ews!w el Jod 'saouolua 'seo!lgnd sauo!oelaj ser
ap wisaew oaai.u un owoo opel ap opefap elan; olged uenf- !s'ewns u3
-jowni A uq!oelnoadso epol ap'lewjo;u! eljeyo epoi ap'e!ouap!;uoo
epoi ap wluao la ua ?¡se eded la 'ou o aiuaseid aluauuleuosiad gisa lq anb
eas 'sejgeled sedo ua 'aluawleu!3 ollanbe ajgos noap o jaoey ou o apand
anb ol o 'olsa ajgos jesuad apand eded la anb ol ua eluawleu!; ueilnsaj
sauo!1sano sel'ouew el e ewal la las epend lgno o'olajoas ap o eioue1jodw!
ap laA!u gnb e euodw! ou A'eueone^ ug!snos!p o uq!oesiaAuoo ja!nbleno ua
opejonlonu! gisa uq!nb eliodw! ou 'enb op!pualue ua!q ?¡se 'sgwapy
.opuepodaj A opueloue A :opue6!lsaAu! gisa ua!nBle
'opueyonosa glsa ua!nBle 'opuenuasgo glsa ua!nBle ejdwa!S .solfa ailue
e!gweojalu! es qnb A odwa4 olugno jod A qnb jod A aA ol ug!nb'lg eo!unwoo
as uq!nb uoo A 'ouolglal jod A e1jeo jod Ig e osaooe aua!1 ug!nb 'edoj ns
'soiuaw!le sns 'leuosiad ns 'sep!uaA A sep! sns :olged uenr ap opellelap sgw

con el que se impulsan las grandes guerras, un punto ciego tan inmenso relacionado con la estrategia papal era considerado como una crisis de inteligencia por unos cuantos.

A pesar de la cobertura pública y de las críticas menores, no podía caber duda alguna de que Juan Pablo era profundamente consciente de sus innovaciones, lejos de estar buscando publicidad o de estar escapando de las cargas administrativas. Porque, lenta pero firmemente, a medida que esas innovaciones se multiplicaban con sus viajes a lo largo de la década de los ochentas, Juan Pablo se estaba construyendo, como Papa, un status personal sin rival como el ser humano más visible y conocido del siglo veinte. No sólo era visto personalmente por cientos de millones de personas en el así llamado mundo civilizado, también era visto por hombres y mujeres en los rincone4 más improbables que uno pudiera imaginar. Este Santo Padre solo -y~éiertamente sin la ayuda de la anti-Iglesia o superfuerza- estaba haciendo del suyo un lugar verdaderamente central sobre el escenario mundial.

Por supuesto, los adherentes a la anti-Iglesia y los miembros de la superfuerza tenían su propio y considerable arsenal publicitario, y no eran tímidos para usarlo. El rumor bien fundado, la filtración oportuna, la palabra de una "fuente sin nombre" bien colocada: todas éstas han sido armas eficientes durante veinticinco años de esfuerzo por separar al Papa de los medios tradicionales de gobierno de su Iglesia. Sin embargo -y debido en parte a esas innovaciones que volvían tan locos a todos-, este Papa se convirtió en la pieza central incluso del interés generado por la anti-Iglesia. Con la mayor frecuencia, la publicidad que resultaba de los esfuerzos de ésta se centraban en Juan Pablo. Hay que admitir que ese hecho siempre era incidental al objetivo principal de los que buscaban la publicidad de la anti-Iglesia. Pero de todos modos era un hecho, y un resultado concreto.

Por el desconcierto que les causaba, unos pocos líderes mundiales del tipo menos cuidadoso a veces subestimaban al enigmático Juan Pablo, o hasta lo eliminaban como uno de los jugadores en el torbellino de los acontecimientos mundiales. Uno de esos líderes, un jefe de Estado occidental más conocido en el Vaticano por su cinismo que por su sabiduría, cometió el error de ir como león a mantener una discusión privada y "franca" con Su Santidad. Cuando salió, no solamente le habían sacado los colmillos, parecía al mismo tiempo incrédulo y arrepentido porque no había sido puesto sobre aviso. "Aquí hay algo más. Él es más de lo que dicen, y más de lo que aparenta ser. ¡Seguro! Es más que eso", comentó sobre Juan Pablo.

No hace mucho, circuló la historia de un tipo diferente de encuentro a un cierto nivel de chisme en el escenario mundial donde Juan Pablo había elegido caminar como ningún papa lo había hecho antes que él.

El año 1988 era el milésimo aniversario del nacimiento del cristianismo en Ucrania. Mijaíl Gorbachov -surgido bastante recientemente y todavia sólo en forma parcial de la trama de tiempo que es la Unión Soviética- decidió apropiarse de este aniversario milenario, reclamándolo como una bandera de la glasnost, y, por medio de un suceso propagandístico al que le dio el nombre intrascendente de "Servicio de Celebración de Moscú", tomarlo como un logro soviético.

A esta "Celebración" Gorbachov invitó a casi todos los líderes religiosos vivos de casi todas las iglesias cristianas. Con su manera ahora bien conocida de hacerse cargo de las cosas, el presidente soviético se lanzó con los dos pies metidos en un solo zapato, comunicándole una invitación a Juan Pablo 11 a través de intermediarios: ¿desearía Su Santidad unirse a muchos otros prelados que en esta ocasión marcharán obedientemente hacia Moscú en busca de la reconciliación?

La respuesta de Su Santidad llegó a Gorbachov, nuevamente a través de intermediarios; el Papa había hecho evidente, en diversas formas, de que estaba consciente de que, a pesar de haber estado setenta y cinco años relegada a las catacumbas del sistema soviético, la religión nunca había abandonado la corriente central de la vida soviética. La respuesta informó a Gorbachov que Su Santidad aceptaría la invitación con la condición de que, en la misma ocasión, el Pontífice fuera igualmente' bienvenido para visitar a sus católicos de Lituania.

Gorbachov se rehusó categóricamente. ¿Cómo podía ser de otra manera? Una visita papal sólo crearía nuevas dificultades, podría encender la yesca seca del nacionalismo lituano, por ejemplo. Hasta podría incendiar el latente resentimiento de cincuenta millones de ucranianos de mente muy cristiana, quienes ya estaban encolerizados porque su aniversario único en mil años les había sido escamoteado por un ruso que, a sus ojos, era ateo profesional.

En respuesta al rechazo de Gorbachov a su petición, Su Santidad declinó la invitación a aparecer en Moscú, agregando que, por supuesto, le enviaría al Secretario General un mensaje escrito con una delegación papal de menor nivel que iría a la "Celebración".

Sorprendido, confundido y ofendido por un rechazo tan terminante ante un ofrecimiento que él había pensado que sería irresistible para un papa romano, Gorbachov buscó tardíamente una interpretación de este polaco tenaz. Para él, como para todos los rusos, los polacos siempre habían sido señores o siervos. ¿Cuál de los dos era este Karol Wojtyla? ¿Qué mejor hombre para consultar en busca de una respuesta que el general Wojciech Jaruzelski, el hombre de Moscú en Polonia, polaco él mismo y católico, un hombre que había estado junto a Juan Pablo en más de una ocasión en años recientes?

Según las habladurías, la interpretación de Jaruzelski resultó inquietante para el líder soviético. El general polaco dijo que Gorbachov ya había cometido dos errores. El primero era haber invitado al Papa, en primer lugar. El segundo, una vez que la invitación había sido hecha, era haber rechazado la condición del Pontífice.

Se dice que Gorbachov preguntó: -¿Por qué errores? Es sólo una figura decorativa.

-Eso fue lo que pensamos cuando llegó a Cracovia, allá en 1978.

-¡Ah! -aparentemente, Gorbachov sacó una conclusión obvia-. Ustedes conocen su juego.

-Eso es precisamente -el general polaco confundió la cuestión aún más-. No lo conocemos.

-¿Entonces? -Gorbachov no estaba llegando a ninguna parte.

-Entonces -Jaruzelski hizo el señalamiento político que ya había llegado a ser tan obvio para tantos-. Es peligroso. Si marchas de acuerdo con él, si te opones a él, si tienes cualquier trato con él. Voz albo *przewdz.* Es tómalo o déjalo.

-Sí -se dice que Gorbachov coincidió-. Eso es peligroso.

Juan Pablo había fijado su posición. Gorbachov estaba aprendiendo la lección que más de un líder se estaba tomando a pecho. Y cuando tuvo lugar el "Servicio de Celebración de Moscú", indudablemente el Secretario General recibió escaso consuelo de las palabras del arzobispo Runcie, de Canterbury: "Bajo el señor Gorbachov, la religión ha entrado a la corriente central de la vida soviética".

El finado Franz Josef Strauss, de Alemania Occidental, fue quien mejor expresó la opinión sobre Juan Pablo que estaba comenzando a imponerse, finalmente, entre los más sabios de los "sabuesos" más experimentados del mundo. Dijo Strauss: "Por lo que sabemos, parece seguir una visión, tener a la vista una supermeta, a la que están tendiendo todos estos intereses diversos de las naciones, cada una por su propio camino separado".

Y eso era lo esencial. Por más que trataran, ni Strauss con su sabiduría ni sus pares en el escenario del mundo eran capaces de imaginar lo que podría ser esa supermeta de Juan Pablo. En sus esfuerzos por comprender qué estaba haciendo este Papa en el mundo, siempre se detenían ante la vista de una Iglesia llena hasta el tope de decadencia y desobediencia, desatendida, y ante las extrañas contradicciones en el propio comportamiento de Juan Pablo. Casi parecía como si el desconcierto, en las manos del Papa, hubiera alcanzado las dimensiones de un arma en esta guerra moderna en la que estaba comprometido. Y casi parecía que estaba desplegando la confusión en la forma en que un general despliega ejércitos.

Tomemos como **ejemplo hasta el nivel** más visible de **las actividades** de Juan Pablo. El nivel de sus muchos y variados viajes. Aun aquí, no se podían resolver profundas y perturbadoras incertidumbres.

Seguramente, ¿tenía algo más a la vista que problemas tan específicamente religiosos como, digamos, la difusión de la Teología de la Liberación que era tan mortal para la fe y el dogma católico? ¿Pero qué? ¿Cómo iban a tratar sus adversarios en la competencia global con un político -aunque fuera un Papa- que un día estaba frente a frente con uno u otro de los generales y hombres fuertes sedientos de poder de Haití, Chile, Guatemala o Uruguay, y otro día confundía el esquema haciendo una visita oficial a Benin, en África Occidental -para tomar como ejemplo sólo uno de los casos posibles-, donde se dirigía a una multitud de miles que lo aclamaban, mientras estaba de pie bajo un gigantesco cartel que exhortaba "Dios Bendiga a Nuestra Revolución Marxista y a Juan Pablo II"?

A otro nivel, ¿cómo podía interpretar cualquiera, en el Este o en el Occidente, la política asombrosamente paciente de este Papa, surgida, aun después de su viaje a Polonia, hacia la Unión Soviética y sus satélites en Europa Oriental?

¿Qué vistazo se podía echar a su estrategia oculta a partir de la actitud de Juan Pablo, intervención/no-intervención, hacia los gobiernos autoritarios de Latinoamérica?

¿Quién podía encontrarle pies ni cabeza a su trato versátil y siempre adaptable con la China comunista, a un lado del mundo? ¿O su constante contribución a las fuerzas que se estaban reuniendo para una Europa unida, que debía surgir en 1992 en el otro lado del mundo?

¿Qué le daba la habilidad, por una parte, para escapar de una colisión frontal con las organizaciones internacionales judías que cabildeaban para obtener un reconocimiento papal oportunista del Estado de Israel y, por otra parte, para evitar cualquier identificación cercana con la causa del Medio Oriente árabe, sin ser calificado de su enemigo?

Y en el nivel más amplio de la competencia geopolítica en desarrollo, ¿cómo iban a entender los centros de poder seculares, cambiantes, desmoronándose y realineándose, a un visionario -aunque fuera un papa- que hablaba sobre una futura condición de las naciones que estaría libre de socialismo y de marxismo, pero igualmente libre del funesto "superdesarrollo", que a Juan Pablo le había dado por criticar tan rotunda e inequívocamente como la maldición del capitalismo democrático?

Éstos no eran sino algunos de los desconciertos que eran tan importantes para los rivales seculares de Juan Pablo en la competencia a gran escala. Pero en lugar de respuestas, allí permanecía solo una permanente e incómoda sensación de que, si había, como dijo Franz Josef Strauss, "un único propósito en todo lo que este Papa está haciendo", y si él "sigue una visión... tiene a la vista una supermeta", nadie podría ser capaz de comprenderlo todo a tiempo como para poder usar la información.

5

Las Llaves de esta Sangre

En verdad, Karol Wojtyla no fue transformado por el papado. Más bien, estaba prácticamente hecho a medida para los papeles de sacerdote y de obispo dentro de una Polonia que era un microcosmos del atribulado mundo del siglo veinte que lo rodeaba, así como para el papel de Papa dentro de la Iglesia cuya obligación, divinamente señalaJa, era ser una fuente de salvación eterna dentro de ese mundo, pasara lo que pasase.

Como clérigo joven, a finales de los cuarenta, y rápidamente como obispo, en esa Polonia era heredero de una tradición eclesiástica muy específica. Precediéndolo y moldeando esa tradición, hombres como los cardenales Stefan Wyszynski y Adam Sapieha insistían en que la Iglesia no huye a las catacumbas. Tenía que estar en todas partes en la vida y en la sociedad polacas, aun frente a la represión brutal. Esa Iglesia tampoco había hecho ninguno de los compromisos tan desastrosos para la Iglesia en Estados Unidos, América Latina y Europa Occidental. Wojtyla heredó una tradición profundamente católica romana, sin adulterar, vibrante.

Además, en su historia de mil años, la Iglesia en Polonia había desarrollado una perspectiva que era genuinamente global, y este globalismo estaba fielmente reproducido en sus instituciones políticas, las cuales aunque servían al nacionalismo polaco; estaban imbuidas de un sentido genuinamente geopolítico. Esto también lo heredó.

La gran diferencia entre el Karol Woityla que entró al cónclave papal el 14 de octubre de 1978, y el hombre que emergió de él dos días después, fue que había entrado como arzobispo de Cracovia, y había salido como obispo de Roma. Se había convertido en el 263° sucesor de Simón Pedro el Apóstol, cabeza monárquica de la Ciudad Estado del Vaticano, líder reli-

gioso de alrededor de novecientos millones de católicos romanos esparcidos virtualmente en cada nación de los cinco continentes. Sostenía en su mano las antiguas Llaves de Pedro. Ahora poseía un poder georreligioso y un papel geopolítico que desempeñar.

Ahora era la única cabeza legítima de la única georreligión que el mundo haya conocido, una organización institucional viva, activa, multicultural, multinacional, multirracial, una institución estructurada de manera tal que las nermas locales y nacionales de sus miembros podían acomodarse en armonía y unión con los objetivos globales de la organización universal, confiados ahora exclusivamente al liderazgo y cuidado de Wojtyla.

Más aún, emergió del Cónclave como la encarnación personal de la entidad política global conocida como "Santa Sede". En ese carácter, fue aceptado inmediatamente -y, en cierto sentido, como algo más que un par- en el turbulento mundo de la política y la diplomacia internacional con el que el Vaticano está inextricablemente ligado.

Difícilmente pasa un día en ese mundo político sin algún incidente, grande o pequeño, que subraya el entrelazamiento constante e íntimo de la georreligión que Juan Pablo vino a encabezar con la naturaleza geopolítica de la arena mundial. Y cada uno de tales incidentes, grande o pequeño, liga al propio Pontífice romano a la vida internacional y a la actividad política en lo que ha llegado a ser considerado como el mundo secular.

Hasta el vistazo más breve a un par de esos incidentes de la historia reciente es suficiente para ilustrar qué partido interesante se había desarrollado en el Cónclave entre el papado y el Papa que había aprendido tan bien a los pies de Sapieha y de Wyszynski.

En los comienzos de la década de los cuarentas, cuando el joven Wojtyla y su Polonia estaban profunda y trágicamente atrapados en las connivencias de la Alemania nazi y la Rusia soviética, y en las políticas débiles de los gobiernos occidentales, el arzobispo Amleto Cicognani fue enviado a Washington, D.C., como Delegado Apostólico de Pío XII en Estados Unidos.

Durante su servicio en ese puesto, Cicognani hizo una cierta amistad con Maksim Maksimovich Litvinov, el más querido y el de mente más amplia de los embajadores soviéticos que el Kremlin haya enviado jamás a Washington. Litvinov sirvió allí durante tres años, desde 1941 hasta 1943.

Quizá era una amistad improbable, dado el comprometido e inflexible ateísmo de la Unión Soviética y la igualmente comprometida e inflexible condena de los soviéticos por parte de cada Papa romano desde Pío IX. Pero Litvinov tenía un don especial para la amistad, y un don excepcional para la conversación. Hablaba con todos y con cualquiera, y muchos de sus pronunciamientos públicos y privados todavía hoy son repetidos por algunas personas en Washington, inconscientes de que Litvinov es su autor. Un judío polaco nacido en 1876 en Bialystok -esa porción oriental de Polonia ocupada en esa época por la Rusia zarista-, Litvinov había pasado

ege^Jasqo 'souegno sel!s!w sol ap siseo el A sou!yooZ) ap ei M ap ajises
-ap la egepjooaj eiAepoi anb 'oueouawealjou ooygnd la jelno!1Jed u3
-eo!d elsoz) A AenGeJed 'sei
-npu0H'enBeJ9O!N'Ps9JB ap leuosjad jod elsandwoo A oual!sejq lRJaua6 un
jod epepuewoo Pueouawejalu! zed ap ezjanl eun e seueouawea1JOU sezianl
se¡ giodjooui '(b'3p) sougOUawy sopeis3 sol ap uq!Oez!ueBjo el 'oÁew
u3 -oueweeZ) ap saplagaJ sedojl se¡ ap ijagwl ap sezjanl sel e egejedas
anb pepunBas ap euoz eun uwa!oalgelsa A 'euals! ugpeu el ue ezjanl uej6
eun gojegwasap sopen sopeis3 'alq!sod anl owoo aluawep!dgj uel

-aojuoyy eu!jlooQ el ap olua!weii
-e6sap ojlo n 'egnZ) ejio j!i!wjad eJed jowny ap egeisa ou sop!un sopels3
oluawow lanbe u3 ~ouals!way la opol eJed sauo!Oej!ldw! eiuai 'oyoay aQ
euo!oeujaiu! e!Oueluodw! ap s!suo eun owoo eis!A aluawep!dej enl 'oiuel
01 Jod 'oBu!wo(j olueS ua uoilagaj el ·SE» el ap elinoo ouew el opuefegeji
opeisa eigey anb A els!unwoo oiuawala aiueijodw! un ueinlou! oueweej ap
saplagaJ sol anb aluawep!dgj q!oalgelsa es 'a!peu ap esaidi¿S el aluy

-aiuepunoj!o lejni euoz
el ue A 'oueweeZ) Jod sepednoo uegeisa ou anb !ei!deo el ap saljed sel ua
oiluoo ns uojaioalgelsa oueoiuiwop ouja!go6 le saleal sajei!I!w sezjanl sel
'sejgije8 ijagwl o!uoluy lejaua6 jap sauapio sel ofeq 'oiuel sejlua!IN

-eis!unwoo
epuenllu! el ofeq eqeisa anb aiuaweloaijoO uegeyoadsos sauainb'sajel!l!w
sol Jod £961, ua olsandap op!s eigey als3 ·yso8 uenr aluap!sajd opeoojj
-ap la oBjeo ns ue opelelsu!aj ejanl anb gpuewap A 'lejaua6 ua oyoelndod
a aJiua 'aiuawepeu!w!JOS!pu! 'sewje ap sepep!iueD sapuei6 oAnquls!Q
oBu!woa olueS 'lei!deo pepn!o el ap aved uojewol quaa ouewee3 oos!o
-uej3 lau0joi fap opuew la ofeq olpjgfa jap saplagaj sapepun 'eueOiuiwo4
eoygndad el ap jeInsu! uq!Oeu elnu!w!p el ua'9961 ap l!jge ap 9Z A qZ 13

·sale!oniO uoja.AJOA as apaS
elueS el ap pepiedeo el A oo!un oo!ülodoa6 sniels la onanu ap Á TO!19!A
-os e!ouanllu! el aiuasajd egeisa 'eueose el opeuopueqe ueigey AOU!A1!1
A u4eis anbune 'onanu @(] ·uq!odnja oziy euanbad sgw ejjan6 eJ1o 'leded
ouajjai la eje anb eipuajdwoo u!leiS elsey anb ,sauoioeu sel ap opunw„
ap aluajapp aijed eun ue 'sgndsap sepeoáp sop ap sgw oood un
oo!lá!AOS JO!Ja1U! la ue so!Q jod sopep!Alo SOJOe soun ou 'sauoioeu sel
ap opunw la se sapaisn ap ouajjai la anb aqes uá!gwei OJad ·ages ol osa 'is
'ows!le!oos lap so6!wau3 ·s>lelml uos ou sapaisn anb aqes ow!syejaua6 13
-apaS elueS el e ope6!l oo!lilodoa6 japod owajdns asa gleuas'o!gwei u3
sale!O!ijadns seA!le6au Ua gqaw es ou Aou!AJ!J- ¡e!OualeOx3 'ou 'yo! -

·ajoesew esa e elOaj!p P!Ouajalaj
eun opua!Oey !ueuBoo!Z) of!p '„sIelni sol ap eojaoe opoi sowages„ ·soue!u
-ejon salua!puedapu! sojafueib ap sauoil!w ojieno soun e opeu!w!la eigey
owoo le¡ 'soueuaq!s aijanw ap sodweo sol e 'opguas ojos un ue 'opeue6
ap uq!weo ua afe!A un e ej!lgiei efuow A opelaid 'alopjaoes epeo e epeu

·6!suoo aluawaigeqojd Aniu 'olua!wel!nb!ue lap openles zan eun '-ejjan6
el aluejnp ówell el es ise enbjod- u!lels ow!sflejaua6 la anb aluawleu!1
gogdaj !ueuBoo!Z)'oo!iáp,os Jopefegwa lap soluawnBje sopeuozej sol V
·Aou!m!-1 w!slle" A !ueu6ooiZ) olaiw`d ailua u!leIS
e!Oey old ap P!Oua6!sueilu! el ap oO!doi la sgw zan eun q!6Jns enb'jeino!lued
ua uq!oesjanuoi eun ua A 'leuo!Oeujalu! ejalsgwle epe6Jpi esa ua an3
·„oljaouaA

anb saua!1 opueno 'ojjad un e alieBad eJed ouanq aluelseq ol sa elojj
. e6 ja!nblenZ)„ :Jall!H eauoi PO!lq!AoS uq!un el uoo eo!ueli.jq ezue!le el ap
lll gOjn4Z) uolsu!M oz!y anb esualap esowel sgw el ap uq!sj@A e!doid ns eje
asejl el ,,oj1o n opow un ap 'opelojiap jas anb aua!1 Jah!H„ anb einp oueo
-Uawealjou leuapjeO la 'esualap e!dojd ns u3 · eis!u!leisa e!snd el A u!leiS jod
oo!lgleo le!O!lo joijoy lap lejodwal olua!wepuelge lap jonel ua jeapl!geo eJed
eoygieO elnbjejaf el Jod le!punw ej!6 eun q!puajdwa uewlladS sop!un sop
-eis3 ap sepewjy sezjan3 sel ap lejauao uelladeZ) owoo o6Jeo ns oixalajd
owoo opuenn ·|euo!Oeujalu! uq!sajd ap odnj6 le uoja!un as anb seleded
salueluaseidaj sosojapod ap pep!lueo euanq eun ap oun eje 'IIX Old ap
ouep!ljed uej6 ajduuais anbune 'uewlladS s!Oueid 'lioA PAenN ap leuapJeo
jopeAjasuoo A opezjolsa la eisgH ·„w!1q!Aos ope!le„ le je!O!lo uq!O!sodo ns
ejeluenal anb eJed eded lap ugpejis! ^pe el ajgos uq!sajd esuauuu! jaojafa
eJed soo!lg!Aos sol e opewns ueigey as sasied soueA anb'ejjan6 ua saljed
sel sepol Jod IIX o!d ap ejnlsod el epejap!suoo eje ajueijodw! uel
·epnÁe eun Á eijolaw eun Pijas

opunw la opoi ua salueluasajdaj sns ap A apaS elueS el ap peplejinau
el asanl anbune jauaigo -epelojjap jas ap sofal egeisa eJAepol anb 'JOI1!H
ap e!uewaly el ejluoi oo!láq ozjanisa la jez!uenle6 eje oo!lq!nos ozjanl
-se aisa ap oj!i~lodoa6 o1!sgdwd 13 ·old ap ugp!sod el ap olua!wepuelge
unBle jauaigo e ep!6!j!p eqeisa eo!lá!Aos e!6alejisa el 'oi!ip3 oluawow
asa u3 · 0O!iq!AOs uaw'BaJ la uoo 0 ows!u!ual-ows!xjew la uoo 'ows!u!leisa
|a uoO'uileiS uoo j@A anb epeu jaual e IIX O!d ofeq P!sal6l el ap alua6!suejiu!
uq!oisodo el eje !ueuBooiZ) ods!gozje la A Aou!Al!-l ailua sepeA!jd seljeyo
se¡ ue eiBins anb oj!dgi auuajad la 'ejjan6 el ap soue sollanbe u3
·seuel!uewny sesneo sepejonlonu! ueqeisa opueni
aluawie!oadsa 'aluappio ap seuosiad sejio A oueO!ieA jap leuosjad la
uoo 'sale!o!loejlxa Anw saleu9O ap sgAgJJ e 'sao@A e 'gjoqeloo A joUaixa
|a ua sol .jeluoi sns onnluew Aou!Ai!J '9b61 ua asJEJ4J ap sándsap une
'oyoay aa ~ie!punw euaosa el egeu!wexa opueno -soo!sgq soueujny sajoleA
sol ua- o!ldwe sgw oipeno la ua solo sol olsand elgey ajdwa!s anb'o1O!jisa
|oiluoO ofeq oj!lq!Aos aiueluesaidaj la Aou!Al!l e eiual oipnf la Aou!nl!n
anb uoja!lu!s ajdwa!s uo16u!yseM ua soueOjao sew saiopejogeloi sns ajad
·|e!puniN ejjano epunBaS el ap sale!Onio soue saíl sosa uá uilels ydasor ap
alueluesajdaj owoo uq!Oonap ns ap sewef gpnp a!peu'uoi6u!yseM u3
·0O!lá!Aos

oujaigo6 lap saJOUaix3 sauo!OPIOB ap uq!s!woj el ua leuo!salojd ep!A ns

mientras la explosiva situación dominicana se desplegaba en la cobertura gráfica de la prensa. Fotos impresionantes y dramáticas enfocaban su atención en forma creciente en la fuerte figura de un hombre cubierto con la blanca sotana de verano de un clérigo católico romano, una figura solitaria que iba y venía a través de la peligrosa tierra de nadie que separaba los dos campos armados.

Ese hombre era el arzobispo Luigi Raimondi, Delegado Apostólico del Papa Juan XXIII en México. Con su frente amplia, ojos penetrantes detrás de los anteojos, nariz romana y barbilla decidida, Raimondi era la encarnación misma de un hombre que no era tanto inmune a las pasiones cuanto capaz de colocarlas en un contexto más grande, y luego hacer que ese contexto fuera convincente para todos los involucrados.

Las autoridades de la OEA habían solicitado a Raimondi, aceptado también por el comando de Caamano, que fuera el negociador en los prolongados esfuerzos por alcanzar una tregua.

Durante esos meses cálidos y agotadores de la negociación, que se extendieron desde fines de abril a fines de agosto, un periódico de Santo Domingo publicó un editorial sobre la elección del Delegado Apostólico como el hombre para el trabajo. Y al hacerlo así, se extendió significativamente sobre el comentario que el embajador soviético Litvinov ie había hecho al arzobispo Cicognani casi veinticinco años antes.

"¿Quién podría pasar con inmunidad de un lado al otro? ¿En quién se podría confiar en que no tomara partido entre rebeldes y autoridad, entre comunistas y capitalistas, entre extranjeros y dominicanos? Solamente alguien con la delegación del único hombre sobre la tierra que sólo está del lado de Dios, el Padre Celestial del rebelde y de la autoridad, del comunista y el capitalista, del extranjero y el dominicano. Sólo un hombre tal como el Santo Padre, y sólo sus representantes oficiales, tienen la mente y el amor del Padre Celestial para toda la humanidad, porque sólo ellos sirven a toda la humanidad como a una familia, y tienen la capacidad de atenderla como a una familia".

La penetración de ese editorial en el mandato y capacidad de la Santa Sede, y la confianza que expresaba en el representante personal del Papa, dieron ambas en el blanco. Las negociaciones de Raimondi condujeron al final del levantamiento militar el 31 de agosto, y a elecciones regulares y a la retirada final de todas las tropas extranjeras de Santo Domingo en septiembre del año siguiente.

Los incidentes de Cicognani y de Raimondi, y también el editorial dominicano, se combinan para hincarle el diente a una historia más -no tan bien documentada pero muy repetida en los años siguientes a la Segunda Guerra Mundial-, que ligaba a la Unión Soviética, Gran Bretaña y la Santa Sede.

Según el relato, Churchill, primer ministro de Inglaterra, estaba recomendándole insistentemente a Stalin la importancia de adoptar esa misma política que Litvinov y tantos otros de hecho adoptaron: se dice que Churchill argumentaba que, como aliados, los británicos y los soviéticos debían tratar de atraer, de algún modo, al papa Pío al esfuerzo bélico. Con cáustico desdén se supone que Stalin replicó: "¿Cuántas divisiones nos puede proporcionar el Papa?"

Tal como continuaba la historia, después de la guerra Churchill repitió el diálogo a Pío XII. Más que insistir en lo obvio -en el hecho de que, a pesar de su abierto desdén, Stalin había reunido la presión mundial en un esfuerzo por ganar el apoyo del Vaticano-, se dice que Pío replicó: "Dígale a mi hijo Joseph que conocerá a mis divisiones en la eternidad".

Ya sea que esta historia es exacta en todos o en algunos de sus detalles, pone mucho de relieve acerca del poder que posteriormente fue colocado en las manos de Juan Pablo cuando aceptó el papado. Cualquier líder mundial que deja de lado las revelaciones eternas sobre las que el poder papal argumenta que está basado, busca problemas. Pero, al mismo tiempo, cualquier líder mundial que toma al Pontífice romano como poseedor solamente de las armas espirituales del mundo invisible y de la vida eterna para tratar los asuntos prácticos, de este mundo, está cometiendo un error estratégico de grandes proporciones.

Por definición, el problema que enfrentaban Stalin y las naciones aliadas en la década de los 40, y el que se presentó en 1965 en Santo Domingo, eran geopolíticos. Estaba involucrado el bien común de una extensa comunidad de naciones. Y, como observó el editorial dominicano, sólo una institución con verdadera capacidad geopolítica -la capacidad y el mandato de servir y atender "a toda la humanidad como a una sola familia"-, puede servir verdaderamente el mayor bien de la comunidad de naciones más extensa.

Sin importar lo intolerable que haya llegado a ser la idea para gran parte del mundo en días posteriores, Karol Wojtyla era un hombre que llegaba al papado con una plena comprensión y una apreciación sofisticada del poder geopolítico de la Santa Sede. Y, una idea todavía más intolerable, ese poder geopolítico era entendido por él como algo generado por (e inseparable de) el poder georreligioso reclamado en el amanecer mismo del cristianismo por sus primeros predicadores, los apóstoles.

El cristianismo comenzó en los primeros años de la década de los treintas del siglo primero, manifestando que le hablaba a toda la humanidad de las revelaciones divinas que les había hecho Jesucristo a todos ellos. "Id y enseñad a todos los hombres, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo" les ordenó Jesús a sus apóstoles. Ésa fue la última gran y bien recordada instrucción que Jesús les dio a sus apóstoles antes de desaparecer de la vista humana, apoyada en la entrega de las Llaves de la salvación sobre la tierra y en, el paraíso de Dios a Simón Pedro, solo y personalmente.

Al cristianismo le tomó casi dos tercios de su existencia de casi dos mil

años para alcanzar ese status georreligioso tan claramente impuesto por su fundador. Retrospectivamente, y aun en un bosquejo simplificado, es fácil ver por medio de qué dolorosos espasmos la Iglesia finalmente llegó a ser la organización institucional verdaderamente georreligiosa puesta en manos de Juan Pablo II.

En primer lugar, la georreligión no sería una simple cuestión de meros números o de distribución demográfica. Lo que estaba involucrado era algo mucho más difícil: el lento esfuerzo por liberar la expresión humana de esos revelación y mandato divinos originales, de las poderosas limitaciones -los elementos anti-georreligiosos- que han particularizado a todos los otros grandes movimientos históricos de la humanidad. Limitaciones que dividen a las personas en grupos, y que mantienen a cada grupo separado de los restantes. Lenguaje, costumbres locales, tradiciones étnicas, recuerdos raciales, ideas y metas nacionalistas, y ésos los más grandes de todos los factores limitantes, el egotismo humano, el egoísmo y la codicia. Todos tenían que ser enfrentados y reinterpretados y vencidos en un nuevo contexto.

El primer grupo de grandes limitaciones que tuvo que enfrentar el cristianismo fue el ferviente judaísmo de los primeros apóstoles cristianos y de los propios discípulos. Judíos casi sin excepción, les llevó casi veinte años darse cuenta de que Cristo no los había comisionado para convertir al mundo al judaísmo en el que habían sido educados. Su líder, Simón Pedro, tuvo que recibir instrucciones por medio de una revelación especial que cambió su perspectiva para siempre. Y, aun entonces, tuvo que escuchar y comprender los argumentos del vehemente Paulo de Tarso, quien declaró francamente a sus conversos no judíos que "no hay judío o no judío, no hay esclavo ni hombre libre, no hay hombre o mujer. Porque todos ustedes son uno en Cristo Jesús".

Alrededor del año SO, el problema estuvo arreglado. Los líderes cristianos se dieron cuenta de que, de acuerdo a Jesús, no se suponía que convertirían el mundo a un judaísmo cristianizado, el malentendido original de Pedro. Debían convertir a todos los hombres al cristianismo, que había heredado todas las promesas divinas hechas a los fundadores del judaísmo. Los cristianos eran los descendientes espirituales, la "semilla" que Dios le prometió a Abraham alrededor de dos mil años antes del nacimiento de Cristo. "Si pertenecéis a Cristo, sois la semilla de Abraham", les escribió Pablo a los gálatas, "y, en consecuencia, sois herederos de todo lo que Dios le prometió a Abraham". Esa pretensión cristiana echó las bases para el comienzo de una enemistad imperecedera de los judíos hacia los cristianos.

El siguiente giro importante en la marcha del cristianismo romano hacia el status georreligioso llegó después de casi trescientos años de persecuciones crueles y mortales bajo la mano de hierro del moribundo Imperio Romano.

Irónica y portentosamente, este segundo giro comenzó con el éxito del

cristianismo, durante los siglos cuarto a sexto, en adaptarse finalmente al marco de ese mismo antiguo imperio Romano. Y sin duda fue un vasto giro, porque elevó al cristianismo desde el nivel de una secta provinciana, sin descripción sociopolítica, originada en la lejana y prácticamente desconocida Palestina, al status civil, público e internacional.

Hubo un precio que pagar por esta enorme facilitación de la prédica del cristianismo: el cristianismo romano no adoptó meramente la estructura sino muchos rasgos del reciente imperialismo romano.

Apenas había tenido lugar este giro cuando el cristianismo se vio sujeto a las invasiones destructivas de los bárbaros nórdicos y asiáticos, principalmente entre los siglos sexto y undécimo. El cristianismo romano finalmente domesticó a los invasores, sin embargo. Y al cristianizarlos, extendió su religión desde su núcleo originalmente pequeño en las tierras mediterráneas, hasta que cubrió toda Europa. La Sede de Pedro -la Santa Sede, como la llamaba la gente- era el centro de esa Europa.

Con esta nueva población, la Iglesia formó diligentemente la matriz de la cual vino la civilización que desarrolló todos esos valores superiores civiles, políticos, artísticos y culturales atesorados hoy como señales de progreso y civilización: justicia, compasión, democracia, dignidad, los derechos del hombre, hasta la medicina y la ciencia. Una nueva Europa disfrutaba ahora de la unidad y de una energía que el antiguo Imperio Romano, aun durante su apogeo, no había sido jamás capaz de crear.

La pieza central de todo esto era el hombre que se sentaba en el trono de Simón Pedro en esa Santa Sede de Roma. Entre los principales actores de la Mesa Redonda de la política internacional, ningún dirigente podía tomar el mando, ningún gobierno podía gobernar, ningún comercio podía funcionar sin la bendición espiritual y el asentimiento imperial del Papa romano.

Más aún, cualquiera fuera el señorío que este hombre, el Pontífice romano, ejerciera -cualesquiera ejércitos o flotas comandara o pudiera reunir, cualesquiera leyes obligatorias dictara que gobernaran la vida civil, política, artística y personal en toda Europa-, finalmente su derecho y pretensión para hacerlo estaba basada en su posesión de las Llaves de Pedro, de suprema autoridad espiritual.

Ajena como puede ser la idea para nuestras tímidas mentes modernas -y sin importar cuán secular pudiera haber sido el asunto que estaba entre manos, o cuán de este mundo eran los medios prácticos para manejarlo, y sin importar el desorden que hubiera dentro de la propia Iglesia-, final y sinceramente, la autoridad de esas Llaves se consideraba garantizada por la sangre de la verdadera vida derramada por Cristo en sus sufrimientos corporales y en su muerte en una cruz romana.

Catalina de Siena reflejó esta convicción religiosa, mantenida amplia y firmemente, cuando frente mismo a los profundos desórdenes de la Iglesia -el problema de los dos pretendientes a la Silla de Pedro, Gregorio XI y

Urbano VI-, narró una conversación que tuvo durante una de sus muchas visiones de éxtasis.

Dios Padre: ¿De quién es esta sangre?
Catalina: La sangre de Nuestro Señor, Vuestro divino Hijo.
Dios Padre: ¿A quién le dio Mi Hijo las Llaves de esta Sangre?
Catalina: A Pedro el Apóstol.
Dios padre: Sí. Y a todos los sucesores de Pedro hasta el día de hoy. Y a todos los sucesores de Pedro hasta el fin de los tiempos. Por eso es que la autoridad de estas Llaves ja más se debilitará, porque la fuerza de esta sangre nunca puede diluirse.

Los hombres y mujeres que eran contemporáneos de Catalina en el siglo XIV seguramente asintieron en conformidad con esta especial afirmación de su propia creencia en la interminable validez y poder del mandato de Cristo a los apóstoles, y a Pedro como su jefe.

Los problemas que enfrentaban Catalina y la Iglesia de sus días no eran, de ninguna manera, ni el primero ni el último de los trastornos que pusieron a prueba el derecho y el poder de los sucesores de Pedro para poseer esas Llaves. De hecho, la primera defección realmente masiva de creyentes con respecto a la autoridad apostólica simbolizada en esas Llaves había llegado unos trescientos años antes de la época de Catalina. En el año de 1054, las porciones griega y rusa del cristianismo rompieron toda relación con el Papa romano.

Pero fue en los siglos XVI y XVII que la unidad religiosa de la propia Europa fue deshecha por la rebelión protestante contra la autoridad papal, por los fuertes vientos del cambio sociopolítico y del desarrollo económico, y por una creciente insistencia en que la ciencia, como autoproclamado y excitante motor del progreso, debía cortar toda conexión con la revelación.

En todo su antiguo núcleo de Europa, la Iglesia romana se redujo constante y drásticamente en su crudo poder sociopolítico y en su exclusivo dominio religioso. Con sorprendente efectividad, Martín Lutero -él mismo un sacerdote casado con una ex monja, Katherine von Bora- exhortó a todos los sacerdotes y monjas a que se casaran, y a avanzar y conquistar el mundo entero para Cristo, dejando detrás de ellos para siempre a "esos célibes romanos".

La sorpresa para todos en esta evidente nueva calamidad para Roma, fue que, aun mientras la Iglesia romana perdía poblaciones enteras a causa de la quiebra de la unidad religiosa en Europa, "esos célibes romanos" ganaron nuevas y vastas poblaciones en África, Asia y las Américas. Durante los siguientes cuatrocientos años, ejércitos de abnegados -y, sí, célibes- sacerdotes, monjas y religiosos, procedieron a reunir una membresía de fieles adherentes que ninguna otra iglesia ha igualado jamás. Una membresía sin paralelo no sólo por su tamaño sino por su diversidad nacional, racial, cultural y lingüística.

Crecientemente despojada de sus territorios, y liberada de ese imperialismo político prestado de los romanos como un manto real pero que no le quedaba bien, la Iglesia católica comenzó a exhibir su innata capacidad georreligiosa. Desarrolló un estilo diplomático que se basaba principalmente en el *status* moral, no en el peso político, y ni siquiera en su influencia financiera. Desarrolló hasta un alto grado el sentido católico del papado como árbitro final para los problemas y dilemas que afectaban a las naciones en todo el globo. Ingresó a las contiendas públicas -políticas, científicas, culturales- sin más fuerza detrás suyo que su tesoro de experiencia, su juicio independiente, y esas Llaves de la sangre de Cristo, a la que más de un papa y muchos misioneros estaban dispuestos a agregar su propia sangre.

A comienzos del siglo XX, la presencia católica romana estaba en todas partes. Con cada década, el número de sus miembros aumentaba todavía más. La autoridad centralizadora del papado romano desarrolló más y más reglas absolutas que ligaban a las comunidades locales a Roma. La devoción al papado y la unidad eclesiástica entre papa y obispos, sacerdotes y laicos, estaba extendida y era la norma.

Fue, en un cierto sentido real, un alto renacimiento católico tan singular que ni siquiera terminó con la notable conclusión de la base del poder sociopolítico de la Iglesia, alguna vez grandiosa, y sobre la cual Roma había pensado durante tanto tiempo que descansaba su influencia. En 1929, los dominios territoriales del Pontífice romano fueron legalmente definidos como un estado de 44 hectáreas llamado Colina Vaticana, sobre la margen izquierda del río Tíber. Técnicamente hablando, hasta ese trozo de integridad territorial persistía sólo gracias a la buena voluntad de naciones que, muchas de ellas, no compartían la fe católica romana ni tenían un gran amor por la Iglesia institucional que la albergaba.

Por aquella época, sin embargo, hasta las naciones enojadizas tenían otras razones para ser por lo menos benévolas en sus relaciones con el ahora físicamente indefenso Estado de la Ciudad del Vaticano. Despojada de sus territorios, liberada del factor limitante de su propio imperialismo político, la Iglesia en sí y por sí misma fue reconocida como una fuerza potente en los asuntos de las naciones de cualquier denominación. Una fuerza que no podía ser dejada de lado como despreciable ni dominada a voluntad.

Debido en no pequeña parte al calibre de los primeros cuatro papas del siglo XX -Pío X, Benedicto XIV, Pío XI y Pío XII-, nadie trató de identificar esa fuerza con ningún sistema secular divisor, o con ninguna nación en particular, o, ya que se habla de eso, con ninguna organización internacional. En el momento en que murió Pío XII, en octubre de 1958 -veinte años exactos antes de que Juan Pablo II tomara su propio lugar en la Silla Apostólica- la Santa Sede y su Iglesia eran vistas como una entidad sola,

supranacional, que había alcanzado un status georreligioso y una estatura que recibían del mundo un reconocimiento geopolítico que era único.

Desde afuera -desde el punto de vista de aquellos que poseen y ejercen un poder secular significativo en la arena mundial-, la Iglesia católica romana, en su sin igual madurez como institución georreligiosa, es analizada en términos duros y prácticos. Tales líderes no mantienen ilusiones románticas. Sí las visiones y la fe de Catalina de Siena no eran para Joseph Stalin más que trocitos de un odioso cuento de hadas, la dura realidad que se vio forzado a enfrentar era que la influencia geopolítica de Pío XII tenía que ser conquistada en el esfuerzo por salvar su refugio soviético y la causa aliada en la Segunda Guerra Mundial.

Para el mundo secular, hay precisamente dos hechos relativos a la Santa Sede que son convincentes: el hecho de que, en su persona, el Pontífice romano es la encarnación de la Santa Sede, y el hecho de que la organización que encabeza llegó al fin, y sola, a satisfacer todos los requisitos de una institución georreligiosa. Éstas son las verdades tangibles que; a los ojos seculares, proporcionan al Papa la capacidad única de actuar en y para la comunidad mundial -servir y atender a la humanidad como una familia-, a medida que ésta busca a tientas el camino hacia el plano internacional sin fronteras en el que él ya se encuentra; y antes que cualquier otro,

El primer requisito para esa capacidad única, supranacional, del Papa, es que el objetivo de la institución que encabeza debe estar dirigido exclusivamente al bien de la comunidad internacional que abarca, como comunidad. De manera paralela, la comunidad que él encabeza, a medida que es ampliada y reclamada y propagada por su institución, debe ella misma compartir ese objetivo supranacional dirigida al bien de todos.

El segundo requisito se deriva directamente del primera. Para el mayor bien de todos a los que debe servir, la institución encabezada por el Pontiifice romano no debe estar atada pomada que sea meramente étnico o nacional o nacionalista, o por nada regional o racial 0 culturalmente particularizado. 'Teles atributos deben adaptarse, perla solamente hasta el punto -de que no quiebren la unidad y la armonía de que disfruta la comunidad supranacional, raí desvíen el objeM global de la institución Universal.

El tercer requisito para tener capacidad en el plano geol-rel gios+o se refiere e l® estructura. La inmituci-ári debe tener brazos y manos y piernas que ejecuten y *refuercen sus objetivos para el buen común de la* t;omunidad global, en todas las muchas naciones y situacioaies donde se emu~ren las ¢anea de ésa comunidad. Como la propia ínsrituciión:, y como la comunidad a la que sirve., Ws +es~tuaras organizativas deben adaptarse a les diferemias de las diversas parte,& de }a *comunidad, pem siempre dentro de la untad, armonía y o8jétivó de* 11 in'sfitución,

El requisito final de la capacidad georreligiosa es la autoridad. La institución, en sus estructuras y empresas organizativas, debe tener una autoridad única: una autoridad centralizada, una autoridad autónoma frente a toda otra autoridad en el plano supranacional, una autoridad que lleva en sí sanciones que sean efectivas para mantener la unidad y los objetivos de la institución mientras ésta atienda su tarea de servir al mayor bien de la comunidad como un todo y en cada una de sus partes.

Aun hasta despojada de sus adornos imperiales y territoriales -o, más probablemente, especialmente despojada de esas cosas-, la institución católica romana en el siglo XX ha satisfecho todos esos requisitos. Y su status convincente para los poderes seculares del mundo reside fundamentalmente en sus dos mayores atributos: primero, su imperativo moral, independiente y con base en la religión, tanto encarnado en la fe y dogma de la Iglesia romana como defendido y propagado por el Papa romano, y, segundo, su posición sin rival -única entre todas las unidades y agrupamientos religiosos, éticos y políticos del mundo- como una institución verdaderamente sin fronteras, verdaderamente global y totalmente independiente, cuyo terreno, como señaló tan precisamente Maksim Litvinov, "es el mundo de naciones".

Si los elementos políticos esenciales para el éxito georreiigioso estuvieran arraigados en algo diferente a los requisitos globales satisfechos por la Iglesia romana -en algo diferente al objetivo, comunidad, estructura y autoridad universal-, entonces el mundo tendría que mirar a cualquier cantidad de competidores, y la Iglesia católica tendría alguna competencia fuerte en el plano supranacional.

Si, por ejemplo, la sola longevidad fuera suficiente para asegurar la capacidad georreligiosa, entonces por lo menos cuatro religiones y unidades éticas superarían a Roma. El judaísmo, el hinduismo, el zoroastrismo y los modernas parsis y shintoísmo tienen todos un origen más antiguo que la organización institucional de la Iglesia católica. Pero cada uno nació con un sistema político alguna vez dominante, y en sus rasgos religiosos esenciales, cada uno está caracterizado por una tradición racial específica, geográficamente localizada y culturalmente condicionada. Más aún, para cualquiera de estos sistemas, renunciar a su tradición, todavía arraigada en esas mismas características raciales y culturales, sería abandonar su alma. Y sin embargo son precisamente esas especifiddades -sesos factores limitantes- los que impiden que estos sistemas desarrollen instituciones supranacionales.

Entre estos cuatro sistemas antiguos, debe hacerse una distinción entre religión -judaísmo, digamos, o islam - ylos antiguos sistemas éticos cuyos comienzos y esencia mismos estuvieron definidos exclusivamente por la raza y !la cultura y formas de vivir localizadas. Durante incontables siglos, ha parecido que tales sistemas han cantado un canto de sirena de -neutralidad' Migiosa para -muchos con un merco mental internacional, pero que consideran que la fe religiosa tiene poca o ninguna importancia.

El budismo, por ejemplo, que es fundamentalmente ateo, nació bajo el estímulo de su legendario fundador, Gautama Buda, como respuesta hu. mana a la implacable dureza y falta de esperanza del ambiente social y político de Gautama en los siglos V y VI antes de Cristo. El budismo nunca fue una religión, y nunca desarrolló ninguna influencia supranacional.

Mientras tanto, el confucianismo fue la respuesta mesurada de una mente hastiada de un paganismo hueco y animista que había sido superado por una sociedad sofisticada. El confucianismo es uno de los fracasos humanos más notables que jamás se intentaran para proporcionar una ética vital de virtud y obras humanamente benéficas, divorciadas de cualquier creencia particular, pagana o no.

Ese canto de sirena ético ha continuado con una potencia renovada hasta en la era en que muchos tienen un rechazo racionalista hacia cualquier noción de verdad revelada.

La invención ética más notable del siglo XIX, quizá, fue la enseñanza Baha'i. Diseñada como un sistema de ética social que serviría a todas las razas de la humanidad -de hecho, sería una geoética-, Baha'i excluía cual. quier y todo contenido religioso. En consecuencia, faltándole esa energía específica -esa meta y apasionado propósito-, ha permanecido en el sta. tus de una forma localizada de vida seguida por un restringido número de personas.

En un esfuerzo por corregir esa falla -para pedir prestada tal pasión y transplantarla-, algunos sistemas éticos, particularmente en el siglo XX, han intentado fundir variantes de budismo, confucianismo y Baha'i con con textos religiosos occidentales. Sin embargo, previsiblemente, el tibio resultado de tales préstamos y adaptaciones y reajustes continuos ha sido generalmente una disolución tanto del sistema ético como de la creencia religiosa.

Del lado religioso del libro mayor supranacional, el judaísmo proclama, declarada y explícitamente, qué es la religión y la fe de los descendientes físicos de Abraham. Acepta y siempre ha estado dispuesto a aceptar conver sos de todas las demás religiones. Mantiene y siempre ha mantenido la universalidad de sus grandes leyes morales. Pero, hablando apropiadamente, lo étnico es endémico en el judaísmo. Esto, por sí mismo, elimina una genuina nota georreligiosa del judaísmo.

Cuando el islam, con su tipo especial de fervor religioso, se derramó sobre la escena de Medio Oriente, no era sino una tea con una meta Y ambición internacionales. En su expansión, no obstante, se convirtió en un conjunto internacional de comunidades locales. Y aunque esas comunidades estaban señaladas por una estrecha similitud en la fe religiosa y en los principios de comportamiento moral, no ha habido una autoridad única, central -una carencia claramente comprendida por el finado Ayatollah Jomeini de Irán-. Además, aun en su apogeo de la conquista de Europa, el islam nunca ha superado las raíces culturales de sus orígenes. Supranaciona y georreligioso no son términos que le convengan al islam.

Pero, si ni la antigüedad, ni los experimentos y adaptaciones, ni el fervor religioso son suficientes por sí mismos para proporcionar capacidad supranacional, ¿qué pasa con todas esas creaciones fragmentadas que se han derivado del mismo catolicismo? ¿No pueden buscarse, por lo menos en algunas de ellas, las mismas capacidades supranaciona;cs de la institución romana? Después de todo, las Iglesias ortodoxas rusa y gi iega aceptaron los antiguos concilios que definieron los elementos del dogma, la fe y la práctica cristiana. ¿Qué más se podría necesitar que un corazón que late?

Sin embargo, de nuevo levantaron repetidamente sus cabezas esos mismos factores limitantes que enfrentaron primero Pedro y los primeros apóstoles. Porque los temas nacionalista y racial rara vez han estado ausentes de la religión del cristianismo oriental en todas sus ramas.

Las dos sedes patriarcales de Constantinopla y Moscú son los puntos focales de iglesias cuyo cristianismo está ahora saturado de las características raciales, culturales y lingüísticas de griegos y esclavos, respectivamente. Y cada una está basada en su propia tradición de nacionalismo.

En su autobiografía de 1988, el arzobispo lakovos, primado griego de América del Norte y del Sur, esencialmente sumó su voz a la del patriarca griego de Constantinopla, cuando se regocijaba por *"el oikumene* ortodoxo (griego y ruso)" las tierras y pueblos que comparten la fe ortodoxa oriental. Del lado griego de ese *oikumene* ortodoxo, sin embargo, no hay menos de trece iglesias independientes (o "autocéfalas"), más cuatro iglesias semiindependientes (o "autónomas"), más dos monasterios, uno en la isla griega de Patmos y uno en la península del Sinaí. En cuanto a la autoridad, el Patriarca de Constantinopla es la cabeza titular de este conjunto de iglesias, pero sólo como "el primero entre iguales". Como en cualquier federación, las decisiones se toman por un voto de consenso. Un código de ley gobierna a todos los miembros, pero su aplicación y, hasta cierto punto, hasta la interpretación de ese código se deja a cada iglesia o monasterio individual.

Mientras tanto, del lado ruso, Pimen, el finado Patriarca de Moscú, no parecía compartir el sentido de ecumenismo del arzobispo lakovos. En cambio, se sumó a sus predecesores en ese patriarcado al hablar de una tenaz visión separatista, de la "Madre Rusia" y de la "Santa Iglesia de la Madre Rusia" como el foco de la unidad eclesiástica y el lugar de su comunidad.

Una vez que factores limitantes tales como la tierra y el pueblo toman un Papel dominante, las cosas parecen fragmentarse más allá. Vasken I, el octogenario Supremo Patriarca y Catholicos de todos los armenios -unp población de unos 6.5 millones en todo el mundo-, declaró el 5 de febrero de 1989, en la catedral de San Juan el Divino de Nueva York, que "nosotros (los armenios) somos un pueblo con una madre Iglesia, con una patria, con un destino y un futuro". Esa patria es Armenia. Y esa madre iglesia no se compone del *oikumene* de la ortodoxia oriental, ni siquiera de la "Madre Rusia". Está específicamente definido como la catedral del siglo IV de Etchmiadzin, cerca de Yerevan, la capital de la Armenia soviética.

En una forma u otra, ese esquema separatista se ha repetido en las muchas iglesias y sectas -a veces calculadas en un número cercano a los tres mil= que resultaron de la rebelión protestante del siglo XVI contra el papado.

Algunas han alcanzado un crecimiento impresionante. La comunidad anglicana, aunque relativamente pequeña en número de miembros, es una organización mundial. Pero también sigue siendo una federación de iglesias locales, en las que la participación y principios de conducta y de acción comunal están determinados por el consenso. No hay deshonra ni descrédito para aquellos que se separan de estas asociaciones, y no hay una autoridad única que ligue a la comunidad como una sola unidad.

Cualquiera sea el tamaño de su feligresía o de la estructura que emplean, pocas de las iglesias que remontan su existencia a la Iglesia romana de los siglos anteriores han escapado a una subdivisión más o menos con tinua en comunidades cada vez más pequeñas, cuyos objetivos, organizaciones institucionales y autoridad se encogen con cada nueva rama arrancada de cada árbol transplantado.

En cuanto a otras organizaciones religiosas -grupos revisionistas poscristianos, por ejemplo, tales como los unitarios, mormones, cristianos científicos y Testigos de Jehová- no sería realista hablar de cualquiera de ellas en términos de capacidad georreligiosa o supranacional. Y sería fantasioso que los líderes seculares -que no son un grupo fantasioso- convocaran a tales grupos para que galvanizaran al mundo contra la opresión internacional armada como la que Hitler representaba, o para que ingresaran a la disputa Este-Oeste como árbitros creíbles y efectivos entre las naciones.

Hasta un examen tan superficial no puede dejar duda de que en 1958, a medida en que llegaba a su fin el reinado de diecinueve años del papa Pío Xil, éste legó a sus sucesores una organización reconocida por sus pares seculares como única en el mundo como potencia global, supranacional, independiente y sin fronteras, de enormes proporciones.

Adondequiera que pudieran mirar, de hecho, otros detentadores de poder en la arena del mundo podían ver las características del poder georreligioso de la Santa Sede. Radicaba en las principales congregaciones o ministerios vaticanos, por medio de los cuales el Papa gobierna el mundo religioso y moral de su comunidad global. Radica en la extensa red eclesial de 1,920 diócesis que comprenden 211,156 parroquias, y en unos 3,000 obispos y 483,499 sacerdotes que atienden esas diócesis y parroquias.

La sangre de todo esto y más -de las congregaciones vaticanas y todo lo que administran-- es 'la autoridad personal del Pontífice romano. Su 9scudo -las Llaves de Pedro bajo la triple tiara- colocado sobre dinteles, estampado en la correspondencia, tallado en las placas de los muros, in- >,tustados en los sellos oficiales, no es sino una afirmación ornrripresenft,

que nunca se desvanece, de la fuente de ese poder personal. El poseedor de esas Llaves autoriza a una red viviente de representantes para que hablen directamente por él. Despacha sus propios voceros al exterior para que actúen en su nombre por lo menos en noventa países.

Esos voceros en particular no son miembros de ninguna jerarquía local, ninguno de ellos. Tampoco dependen de ninguna otra fuente de recursos, instrucciones, apoyo moral o inspiración que no sea el Papa, mientras cubren el mundo, abarcando a todas las naciones y todas las culturas y religiones. Estos representantes personales del Santo Padre son la versión del siglo veinte de la red que Jesús le ordenó a Pedro que "arrojara sobre las aguas profundas",

Como cualquier cuerpo diplomático secular, esta red personal papal está dividida en rangos de alguna complejidad. En este caso, los rangos responden a los nombres de Delegado Apostólico, Nuncio, Pro-nuncio, Internuncio, Encargado de Negocios, Delegado Apostólico y Enviado, y así continúan a través de un sistema diplomático tan intrincado y completo cómo la más sofisticada de sus contrapartidas seculares. As¡, cada rango está destinado a cubrir un tipo particular de misión. Y cada rango, cada título y cada misión funciona como una parte activa, viva, de un sistema global de gobierno y de influencia, cuyo centro es el Vaticano y cuya encarnación es el propio Papa en su designación internacional como "Santa Sede".

Lo que concentra la atención de estos representantes papales y guía sus juicios prácticos, no es el status de sus escenarios como entidades precisas e individuales. Es el status de esos escenarios como miembros de una comunidad global.

Lo que captura la inconmovible atención de los líderes seculares del fundo en esta notable red de la Iglesia católica romana, es precisarn^nte el hecho de que coloca a la disposición personal del Papa una estructura su pranacional, supracontinental, suprabloques comerciales, que está construida y orientada de tal moda que si mañana o la semana que viene, por un repentino milagro, se estableciera un gobierno mundial, la Iglesia no tendría que sufrir ningún cambio estructural esencial para retener su posición dominante y hacer avanzar sus objetivos globales.

Sin embargo; desde el punto de vista de cualquier detentador secular del poder, los hechos y detalles más importantes relacionados con la Iglesia rumana se reducen a un punto. Hay un acuerdo tácito entre los grandes líderes políticas y financieros internacionales, de que los propios atributos que le dan a la Santa Sede su poder y su capacidad georreligiosos, la proveen, también, con todo lo esencial para tener el mismo poder y capacidad en el plano político. A los ojos seculares, la Iglesia romana está sois, en todos los sentidos prácticos -y no meramente entre las estructuras y grupos religiosos y éticos -- como la primera fuerza geopolítica plenamente concretada, plenamente practicante y totalmente independiente que está en W a~:tkjal arena mundial. Y el Papa, como único jefe legitimo de la institución

organizativa y las estructuras de la Santa Sede -como el único que fija la meta general de los esfuerzos de esa institución- es, por definición, el primer líder geopolítico hecho y derecho del mundo.

Por supuesto, la Iglesia católica no se congeló en su marcha institucional cuando Pío XII dejó la escena. En realidad, inmediatamente después de su muerte, y mucho antes del lastimero grito del cardenal Malula, "¡Todo debe cambiar!", comenzó una serie de pontificados para los que no había precedentes en toda la historia turbulenta de la Santa Sede. Nadie -amigo o enemigo- podía haber estado preparado para los cambios que llegaron tan repentinamente con la elección de Angelo Cardenal Roncalli como papa Juan XXIII, en octubre de 1958. "El Papa Bueno", como a veces le gustaba llamarlo a la gente, se convirtió en el primero de una línea de cuatro papas, hasta hoy, que ha tomado una postura papal nueva y hasta ahora inaudita.

Abiertamente, y en otras tantas palabras, Juan declaró que en esta época, en su momento como Santo Padre, la Iglesia había decidido abrirse al mundo en una forma sin precedentes, para comprometerse en los asuntos de los hombres en una forma que no había sido jamás la de la Iglesia durante todos sus mil novecientos años de historia.

La primera característica fundamental de la nueva postura papal, tal como la presentaba Juan XXIII, se resumió en una palabra, *aggiornamento...* una "actualización" en la que la Iglesia "abriría sus ventanas", se abriría al mundo en una forma para la que no había paralelo en el reino de ninguno de los doscientos sesenta papas anteriores.

Juan, en realidad, fue bastante explícito cuando habló a los obispos reunidos en la Basílica de San Pedro el 11 de octubre de 1962, en la apertura de su Segundo Concilio Vaticano. Anteriormente, dijo, la Iglesia hacía cumplir la doctrina de la fe por medio de sanciones y métodos punitivos por la violación de las enseñanzas del papado. Esto ahora estaba cambiando, prosiguió. La Iglesia había decidido, como Madre de las almas de todos los hombres, confiar en la explicación y en el diálogo para obtener obediencia, junto con comprensión, de sus hijos. ¿Por qué este cambio? Porque, explicó Juan, una vez que la Iglesia le explique a un hombre el error de su conducta y la correcta doctrina de la fe en relación con la creencia y la práctica moral, él lo aceptará.

Aquí, el error fundamental de Juan XXIII fue creer en una especie de bondad natural en todos los hombres y mujeres, una bondad de tal especie que podría impedir *e impediría* que siguieran los dictados del mal, el mal que había en ellos mismos como remanente del pecado original, y el mal alrededor de ellos, existente en "el mundo, el Diablo y la carne". De parte del Pontífice, fue un importante malentendido de un sagrado dogma de la Iglesia, y, al mismo tiempo, una muestra de ingenuidad que es difícil de comprender en un hombre de su amplia experiencia pastoral.

Pero, de hecho, con esa decisión, Juan había renunciado equivocada-

mente a una de las principales funciones del Poseedor de las Llaves de la autoridad entregadas a él como sucesor de Pedro. Técnicamente, fue -quizá inconscientemente por completo- un acto de transgresión en el alto oficio. Hablando prácticamente, proporcionó a la anti-Iglesia y a la superfuerza la apertura que necesitaban para derribar la autoridad de Pedro. ¡Si Juan hubiera vivido para ver cómo reaccionaba la "bondad natural" a *Humanae Vitae,* la encíclica de su sucesor, Paulo VI, sobre el pecado inherente a los métodos anticonceptivos! ¡Si hubiera podido prever que dos tercios de los obispos de la Iglesia habrían tomado sus palabras, en 1975, como una señal para que ellos pudieran dejar de ser pastores con autoridad, para que dejaran, sin duda, de obedecer las leyes papales y de observar los deseos papales!

La aplicación que hizo Juan XXIII de su nuevo principio de gobierno de la Iglesia fue igualmente contraproducente cuando fue aplicado a la difícil relación entre la Iglesia y la Unión Soviética.

La segunda característica importante de este asombroso cambio demostró, de manera práctica, cuán profundas eran sus implicaciones para los asuntos internacionales en la arena geopolítica. Porque súbitamente, después de tantos años de esfuerzos tan grandes para quebrar la inflexible actitud de la Santa Sede hacia el marxismo-leninismo, la Unión Soviética se quedó atónita al encontrarse incluida en el panorama de la atención papal, personal y oficial.

Juan XXIII inició una correspondencia personal con el jefe del partido soviético, Nikita Jrushchov. Recibió al yerno de Jrushchov, el editor del *&vestía,* Aleksei Adzhubei, en la biblioteca privada del Papa. Y -lo más sorprendente de todo, después de más de cuarenta años de enemistad muscular e intemperada-, Juan hizo un acuerdo con Jrushchov: en el Segundo Concilio Vaticano, que el Papa había anunciado como el vehículo mismo de la nueva apertura de su Iglesia al mundo, no habría condena oficial por parte de la Santa Sede contra la Unión Soviética o su marxismo-leninismo.

Si el mundo estaba aturdido por las palabras y acciones del papa Juan, no estaba mal dispuesto a capitalizar las "ventanas" que él abriera tan confiadamente, o a penetrar a tantas estructuras geopolíticas que repentinamente encontraba sin llave, o a contribuir a la "actualización" de la Iglesia en formas que Juan no había previsto ni tenido la intención.

A pesar de tales problemas, cada uno de los tres papas que han sucedido a Juan XXIII ha ratificado y llevado a la práctica la nueva y radical postura papal que él introdujo.

El sucesor inmediato de Juan, el papa Paulo VI, amplió tanto la política de *aggiornamento* como la nueva actitud hacia el bloque soviético. Grandiosamente, y quizá demasiado indefinidamente, Paulo anunció que no sólo las ventanas de la Iglesia estaban abiertas sino que ahora la preocupación de la Iglesia era "el hombre en todas sus tareas y ambiciones para construir un hogar seguro en esta tierra".

En cuanto al marxismo-leninismo tan liberalmente exportado por la Unión Soviética, el papa Paulo llegó tan lejos como para inaugurar conversaciones protocolarias oficiales con vista a las eventuales relaciones con *los* satélites soviéticos de Europa Oriental, y como para echar su peso detrás de la oposición soviética a la causa norteamericana en Vietnam.

Breve como fue el siguiente pontificado, el sucesor de Paulo VI, el papa Juan Pablo I, no tuvo tiempo para indicar qué política tenía en la mente concerniente a la Unión Soviética y sus satélites. Pero sí encontró tiempo para hablar de la Iglesia "caminando con el hombre a través de todas las avenidas y caminos secundarios de la peregrinación del hombre". Claramente, no tenía intención de cerrar esas ventanas.

Juan Pablo II es el cuarto en esta línea revolucionaria de papas que comenzó apenas veinte años antes de su propia elección. Cosa característica, había entendido todo lo que había sucedido antes. Y fue franco acerca de su propia orientación en una dirección idéntica.

La propia regla de conducta de Juan Pablo concerniente a la apertura de su Iglesia al "hombre en todas sus tareas y ambiciones para construir un hogar seguro en esta tierra" fue el tema de su primera encíclica, publicada en la Pascua de 1979.

En una intencionada pregunta retórica, el nuevo Pontífice interrogaba, ¿qué ministerio "se ha convertido en mi deber específico en esta Sede. . . al aceptar mi elección como obispo de Roma y Sucesor del Apóstol Pedro"?

Su respuesta fue categórica. Retomaría con nueva energía y empeño donde los tres papas previos habían dejado: "Recae en mí no sólo continuarla (la política de sus predecesores), sino, en un cierto sentido, retomarla nuevamente en el mismo punto de partida. . . Deseo expresar mi amor por la herencia única que dejaron a la Iglesia los Papas Juan XXIII y Paulo Vi... Representan una etapa a la que deseo referirme directamente como un umbral desde el que intento continuar".

En esa encíclica, Juan Pablo ya era más específico que sus predecesores al hablar públicamente de sus intenciones papales. Y sus palabras eran las de un líder de quien se podía esperar que iniciara todavía más cambios en sus tratos papales con el mundo. "Estamos en una nueva temporada da Adviento", observó el Papa, "una época de expectativa. . . Podemos preguntar con justicia en esta nueva etapa: ¿Cómo debemos continuar? ¿Qué debemos hacer para que este nuevo adviento de la Iglesia, conectado con el cercano fin del segundo milenio, nos acerque más a Él a quien la Sagrada Escritura llama 'Padre Eterno'? Ésta es la pregunta fundamental que un nuevo Papa debe hacerse".

Refiriéndose a su institución como "la Iglesia que, a través de Juan Pablo I, me ha sido confiada casi inmediatamente después que a él", Juan Pablo subrayó su comprensión de la nueva postura papal que había comenzado con Juan XXIII, y su comprensión de lo que llamó "la conciencia de la Iglesia" de " ése, el punto más importante del mundo visible que es el hombre", y la "conciencia de los apostolados" por parte de la Iglesia. Y entonces, a su vez, Juan Pablo prometió que esta nueva "conciencia de la Iglesia debe ir (junto) con la apertura universal".

Habiendo hablado claramente sobre el tema del *aggiornamento,* quedaba poca duda de que Juan Pablo consideraría el cambio de la actitud papal hacia la URSS como de capital importancia, y que estaba precisamente en su sendero apostólico. Porque era, después de todo, una política seguida en esencia por todo eclesiástico polaco, para asegurar no meramente la supervivencia de la institución católica en esa tierra, sino su fuerza viva en cada sector de la vida pública y privada de la nación. No tenía intención de permitir que la política hacia Europa Oriental inaugurada por Juan XXIII y continuada por Paulo VI continuara en su esterilidad. Esa Ostpolitik no era más que la connivencia con el horrible statu quo que habían impuesto los soviéticos. Juan Pablo tenía la intención de comportarse tal como los eclesiásticos polacos habían reaccionado al estalinismo. . . activamente, no conniventemente.

A la luz de lo que dijo en esa temprana encíclica, y a la luz de sus propios antecedentes como sacerdote y obispo en Polonia, los primeros encuentros del papa Juan Pablo con el ministro de relaciones exteriores soviético Andrei Gromyko no debieron haber sido tan intrigantes como les parecieron a algunos. Y los rumores que surgieron tan rápidamente de que el Papa iría a Polonia, no debieron haber sido tan sorprendentes. Porque ambas cosas eran señales no sólo de que tenía la intención de soslayar la Ostpolitik de Juan XXIII y Paulo VI, sino también de que desde hacía mucho tiempo había dominado el arte de tratar con los hombres ásperos del Kremlin.

Nada en la actitud inicial de Juan Pablo, ni su confianza, ni la sutileza de su comprensión con respecto a la Unión Soviética, fue alterado por el advenimiento de Mijaíl Gorbachov a la escena soviética y mundial. En abril de 1989, después de la noticia de que Gorbachov planeaba una visita a Italia ese otoño, los periodistas le preguntaron a Juan Pablo, durante su visita papal a Mauritania, si recibiría al líder soviético en el Vaticano. El Pontífice no mostró hesitación ni una mentalidad de confrontación. "Me reuniría con él como jefe de Estado, como el jefe de su sistema, de un gran Estado", contestó Juan Pablo.

Quedó en claro que Juan Pablo quería subrayar un marco político y un propósito geopolítico en una reunión semejante con Gorbachov cuando una pregunta de seguimiento especuló demasiado audazmente sobre una posible visita en respuesta, del Papa a la URSS. "¡No!", Juan Pablo fue enfático. "Una reunión con el señor Gorbachov en el Vaticano no se debe ligar a una posible visita papal a la Unión Soviética. . . esa posibilidad es otra cosa, porque ése es un asunto de la Iglesia". Una cosa era que el Papa concediera una audiencia, como jefe del Estado vaticano, a un jefe de Estado visitante. Era una cosa muy diferente que el Papa visitara un Estado oficialmente ateo que perseguía activamente a todos los creyentes.

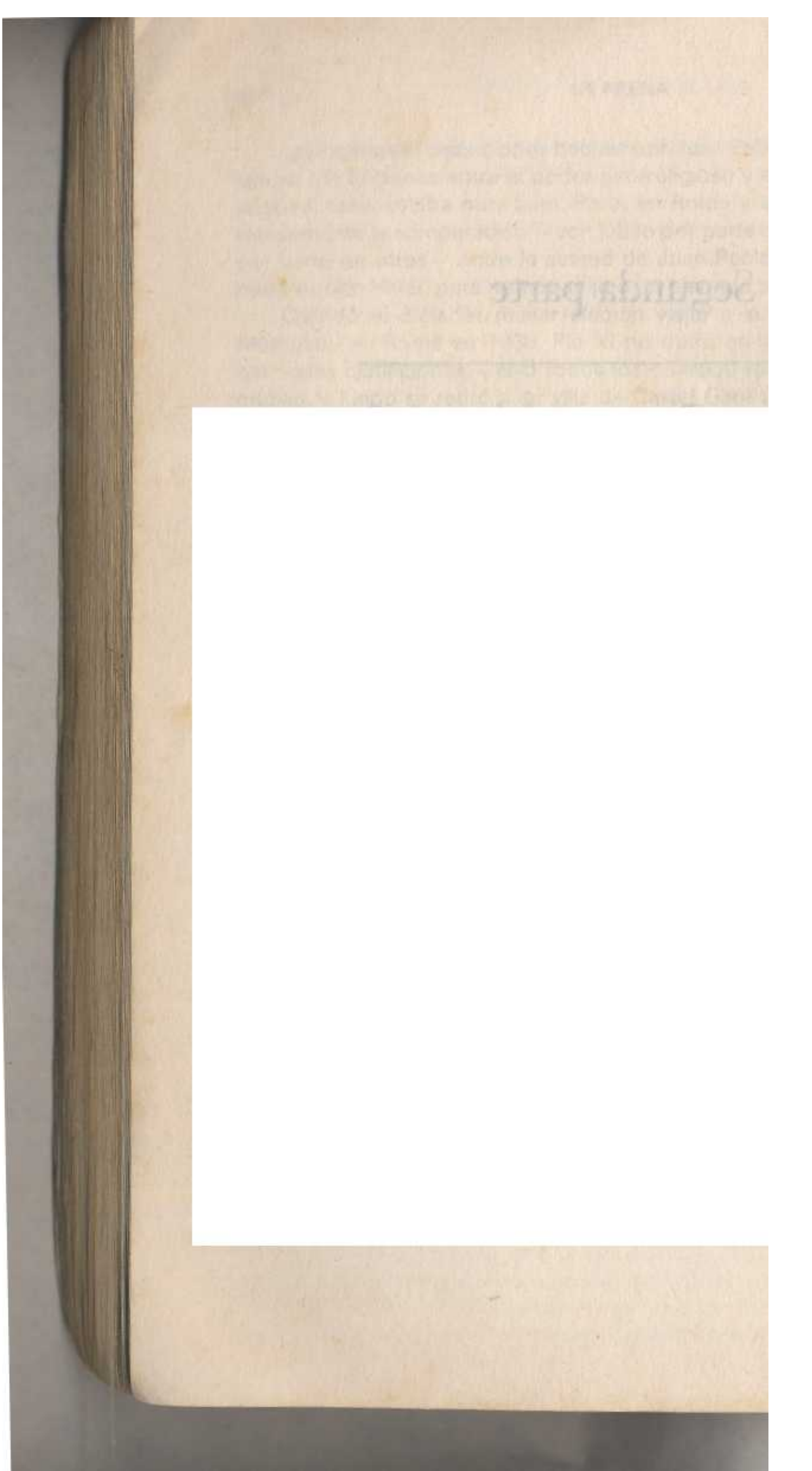
Las hermosas distinciones hechas por Juan Pablo a la prensa en tierras lejanas, distinciones entre el poder georreligioso y el poder geopolítico del papado, todo estaba muy bien. Pero, en Roma y en otras partes, se hizo rápidamente la comparación -con júbilo por parte de algunos, con tristeza, por parte de otros- entre la actitud de Juan Pablo II y la del papa Pío XI hacia Adolfo Hitler, para no tomar sino un ejemplo posible.

Cuando el dictador militar alemán visitó a su aliado italiano, Benito Mussolini, en Roma en 1938, Pío XI no dudó en su respuesta, y no hizo hermosas distinciones. Cerró todos los edificios vaticanos, hasta el último museo, y luego se retiró a su villa de Castel Gandolfo, fuera de la ciudad, hasta que la "peste nórdica", para citar a un hombre de los que rodeaban al Papa, hubiera dejado Roma y regresado a Alemania.

Pero las diferencias entre un Pío XII o un Juan XXIII, por una parte, y un Juan Pablo II, por la otra, radican en sus circunstancias individuales y en sus políticas papales. La política de Pío XII era de "manos afuera". Las de Juan XXIII y Paulo VI eran de "manos abiertas". Ambas eran políticas de reacción -si no reaccionarias-. La política de Juan Pablo, característicamente, era activa, hasta agresiva a su modo. Ni Pío XII ni Juan XXIII se enfrentaban diariamente con la enemistad organizada en su propia casa. Juan Pablo tiene que vivir con la superfuerza que no puede desalojar de su Vaticano, y debe tomar en cuenta a la red de partisanos de la anti-Iglesia dispersos a lo largo y a lo ancho de su Iglesia universal.

Debe tomar en cuenta tanto a la superfuerza como a la anti-Iglesia como enemigos de su Oficio Apostólico. Está consciente de su propósito. Ha experimentado la fuerza que tienen. Pero sabe- o piensa que sabe- que su principal batalla y principal objetivo no se encuentran en esa dirección. Más bien, él y su gran política papal están orientados hacia afuera. No posee esas Llaves de autoridad para reprimir esa oposición doméstica. Eso no tiene objeto, porque ellos ya no creen en la autoridad divina de esas Llaves. Creen firmemente en el poder y el prestigio de un papa como un jefe secular más. Y desean ese poder y ese prestigio para sí mismos y para el oscuro Maestro al que sirven.

Pero frente al mundo geopolítico, Juan Pablo se apoya en la autoridad simbolizada por esas Llaves escarlata, las "Llaves de esta Sangre". Precisamente por su poder único y su status como jefe de ese coloso georreligioso y geopolítico, la Iglesia católica romana, el análisis que hace de sus contrapartidas seculares tiene que ser pasado en la balanza de un juicio exacto sobre este extraordinario Papa.



La moralidad de las naciones: ¿qué pasó con las estructuras pecaminosas?

La competencia ala que ha entrado el papa Juan Pablo H, y en la que parece haber apostado todo, fue encendida por dos grandes motores impulsores de creación moderna, y mayormente de invención norteamericana, que ya han levantado al mundo entero hacia una órbita nueva deactividad yvalores humanos.

El primer motor impulsor fue la atropellada carrera hacia el desarrollo material, un factor que nunca antes operó simultáneamente entre todas las naciones del mundo.

El primer motor encendió al segundo: un empresariado genuinamente global que, una vez encendido, ha trabajado constantemente en tándem con el primero para crear las condiciones que están propulsando al mundo hacia una sola comunidad geopolítica.

El encendido del primer motor -esa carrera hacia el desarrollo material- se hizo posible por la hegemonía económico-financiera mundial de Estados Unidos en los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Y la fuerza que lo encendió fue la célebre creatividad tecnológica de los norteamericanos.

Una vez que la tecnología científica estuvo sometida a la empresa norteamericana, la primera órbita de prueba en la atmósfera de la buena vida fue realizada con éxito. Se produjeron más y mejores cosas para cada sector de la vida: para el hogar, la compañía, la ciudad, el Estado, el Gobierno Federal. Las innovaciones norteamericanas en todo, desde aparatos domésticos básicos hasta artículos para el confort y el lujo, y desde métodos agrícolas hasta equipo militar -para no mencionar los sistemas de fabricación y administración que se produjeron a lo largo del camino- desarro-

liaron una cultura de posguerra que muy pronto se convirtió en la envidia y el objetivo de otras naciones.

En el mundo de comienzos de siglo, un desarrollo semejante podría haber seguido siendo muy propio del continente norteamericano. En el mundo de posguerra, no pudo. Estados Unidos estaba reconstruyendo Europa y Japón. El dólar norteamericano afianzaba a las monedas locales alrededor del mundo, y cualquiera fuese el tipo de sistema monetario internacional que prevaleciera. Las Naciones Unidas, ellas mismas con sede en Estados Unidos, llevaron a las naciones nuevas fuera de sus antiguas culturas y hacia nacionalismos recién nacidos pero materialmente retrasados.

Winston Churchill dijo en 1954 -ni diez años después del fin de la Segunda Guerra Mundial-: "El mundo se ha vuelto espantosamente pequeño en dimensión, y a horcajadas sobre él se levanta el coloso norteamericano, cuya fuerza y corpulencia nadie puede igualar, pero cuya ropa todos deseamos usar".

El propósito fundamental de Estados Unidos en su ímpetu tecnológico y en su actitud empresarial, era económico y financiero. El negocio de Norteamérica, tal como Calvin Coolidge lo había dicho en 1929, seguía siendo el negocio... presupuestos equilibrados, números escritos en tinta negra, un dólar sano.

Ese ímpetu fundamental había estado accionando en Estados Unidos desde su fundación. La cultura de los norteamericanos -tanto como un mosaico de culturas inmigrantes cuanto como una creación singularmente norteamericana- creció y se adaptó a las rápidas transformaciones que cambiaron la calidad de la vida en la nación a partir de 1900. Pero fue el inmenso crecimiento y progreso de la industrialización norteamericana, desencadenado por la Segunda Guerra Mundial y por la actividad empresarial norteamericana de posguerra, que llevó a Estados Unidos ininterrumpidamente y sin cambios adversos al umbral de la era tecnntrónica.

Para 1960, la "búsqueda de la felicidad" norteamericana se concretó en el logro de la "buena vida". Y "buena" se refería a la vida hecha fácil, descansada y materialmente placentera. Se refería a la calidad de la vida que podía lograrse con la introducción de las invenciones tecnológicas modernas para el individuo, la familia, la compañía, la ciudad, el Estado y la nación. Era mucho más que "dos pollos en cada olla y un auto en cada garaje". Hubo un profundo cambio en la calidad moral de la vida norteamericana.

Para 1960, también -y en gran parte porque Estados Unidos estaba tan profundamente involucrado en la reconstrucción de posguerra de Europa y de Japón- el impulso hacia el desarrollo material había comenzado a saltos en las naciones y estaba dando indicios de vida en todo el mundo. La buena vida tal como estaba representada en Norteamérica se transformó en el ideal de las naciones, ya fuese que estuvieran en condiciones preindustriales o que ya poseyeran algún grado de industrialización, alto o bajo.

Una gran cantidad de combustible se echó a los grandes motores nuevos del desarrollo y el empresariado. Las comunicaciones mundiales -principalmente la televisión, las cadenas noticiarías y la industria fílmica norteamericana- les dijeron más a las naciones subdesarrolladas, sin desarrollar y en desarrollo, sobre la buena vida, que cualquier folleto del gobierno, El turismo norteamericano, que se convirtió en una fuente importante de ingresos anuales y de mayor riqueza para muchas naciones, realizó la misma tarea. La creciente importancia de las Naciones Unidas, y el creciente ritmo de la descolonización de decenas de naciones en África y Asia, subrayaron la importancia de la dignidad económica. Las naciones no desarrolladas y subdesarrolladas reclamaron para sí mismas el derecho a explotar sus propios recursos naturales.

En lo que parecía muy poco tiempo, la arremetida hacia el desarrollo, estilo norteamericano, se volvió casi universal. Los bienes de la buena vida nutrieron en todas partes la urgencia por desar: ollarse á la *Américaine.* El automóvil remplazó al camello en Arabia Saudita. El vendedor de té ubicado fuera de Beit-el-A-jaib, en la Ciudad de Piedra de Zanzíbar, ofrecía un Kleenex a sus clientes con cada vaso plástico de té de limón. El zumbido de los chismes de la aldea de Tralee, Irlanda, se perdió en el estrépito de "Feudo de Familia" y "La Rueda de la Fortuna", traídas por satélite. El ladrido de los perros de trineo de Alaska fue suplantado por el rugido de los nievemóviles en Prudhoe Bay. Los mukluks fueron remplazados por chocolates Mars Bars, y el sistema de drenaje de Barrow, Alaska (3,000 haba, se calentaba a un costo anual de 239 millones de dólares.

En Filipinas, en Calcuta, en Glasgow, los dueños de casa planeaban alfombrar de pared a pared de Azul Manhattan. En Kuwait, los refrigeradores se hacían en azul laguna. Los automóviles color aguacate tropical ronroneaban por la ciudad de Panamá. Los mercados de pulgas de Europa ofrecían tocados navajos, ornamentos de los indios norteamericanos hechos en turquesa y plata, y jeans Levi's. El Cuisinart competía con la minicomputadora en los presupuestos anuales de El Cairo y Malasia.

Inclusive hacia el final de los 80, cuando la hegemonía financiera de Estados Unidos había sido desplazada, y su hegemonía militar había sido desafiada con éxito por la URSS, la buena vida estilo norteamericano continuaba siendo el producto final deseado por las naciones, el objetivo que las impulsaba hacia el desarrollo. Las ventas de los programas de la televisión norteamericana, que habían alcanzado los mil millones de dólares en 1987 y estaban proyectadas a 2,300 millones de dólares para 1990, siguieron llevando la buena vida, tal como se la representaba en "Dallas" y en "Falcon Crest", a un creciente número de conversos. Mientras tanto, en 1988, las películas norteamericanas -de todo, desde *Rambo* a *Rain Man*- llevaron 1,100 millones de dólares a Estados Unidos desde el exterior.

Para esa época, los motores impulsores del desarrollo y de la empresa habían encendido la maquinaria principal del dominio global trilateral. A Estados Unidos se unieron Europa Occidental y Japón en la carrera por el

futuro. Así como Norteamérica había tenido su carrera por la tierra y su carrera por el oro, así ahora el mundo tenía su carrera por el desarrollo. Y fue a lo largo de la pista rápida que una nueva raza -los pioneros del genuino empresariado global- correría como el demonio. El empresario norteamericano de estilo antiguo fue remplazado por una raza nueva en una nueva frontera. El nuevo grito no era "¡Oro!", sino "¡Utopía Económica!"

A pesar de todo su ímpetu y poder y entusiasmo, sin embargo, en la emergente Utopía hubo problemas desde el inicio. El desarrollo producido por los nuevos empresarios estaba distribuido desigualmente entre las naciones. A fines de la década de los 80 casi cuatro quintos de la población mundial, aunque tentados por la buena vida, no tenían participación en ella. De un año y de una década de superdesarrollo a los siguientes, la mayoría de los hombres y mujeres no vio ninguna mejoría sustancial en su situación económica, ni una esperanza sólida de que el lúgubre panorama de su vida presente no se extendería en un largo y horrible mañana para sus hijos, y para los hijos de sus hijos.

En las playas del Atlántico, el propio Juan Pablo II había hablado con los jóvenes de piel dorada de Brasil, que todavía jugaban despreocupados en las playas de Río y soñaban con irse a una de las mecas del dinero en Esta dos Unidos o en Europa. Y él ha visto las favelas llenas de familias, cuyos sueños más escuálidos se deslavan por las laderas lodosas, junto con **sus casuchas diminutas, cuando llegan las lluvias a** Río año tras año, todos los años. Los ricos siguen cómodos. Nada cambia.

En medio del Pacífico, Juan Pablo ha visto a los millonarios que florecen en las Colinas Alabang y en la Plaza Corinthian en Metro Manila, a la vista de tugur¡os mortales. Sabe lo que significa que la Hacienda Luis¡ta, de la familia de la presidenta filipina Corazón Aquino, los Cojuangcos, todavía domine a los siervos de la provincia Tarlac. Entiende por qué los revolucionarios como el padre Jesús Bolweg, S. J., y sus compañeros sacerdotes y monjas todavía mueran en el corazón de las montañas filipinas junto con guerrilleros comunistas. Los ricos siguen cómodos. Nada cambia.

Hay señales entre algunos empresarios globales de que una cierta ansiedad bien fundada ha remplazado al optimismo original de su visión, mecanicista y ciertamente ingenuo. Hasta una nación como Japón, que mira tanto hacia sí misma, autoconcentrada, se ha visto forzada a considerar cómo "adaptarse. . . para compartir las cargas y responsabilidades de la economía mundial", como fue expresado delicadamente el problema en 1989 por Keiya Toyonaga, Director Ejecutivo de Matsushita.

Ansiedad o no, el movimiento hacia la puesta en práctica de una comunidad global dentro de una estructura geopolítica avanza por la pista de la buena vida. La nueva raza de empresarios globales compra y vende la felicidad. Pero el precio de la entrada está lejos de ser moneda corriente.

Es sobre este mundo que la Iglesia de Juan Pablo, con su propia organización supranacional ya en su lugar, ha abierto sus ventanas. Es esta

situación humanamente anómala -la situación en la que la mayoría desposeída de la raza humana está siendo arrastrada por fuerzas que están más allá de su control hacia un destino que no ha elegido libremente- que es el foco de gran parte de la atención del Pontífice y que impele sus viajes globales, sin paralelo entre los líderes mundiales.

Para los nuevos pioneros del desarrollo global no es una sorpresa que Juan Pablo II haya hecho una evaluación moral de sus contemporáneos como personas preparadas -o que se están preparando- para convertirse en una comunidad geopolítica. Tampoco puede ser una sorpresa para esos pioneros que por "moral" el Papa no quiera decir el mismo conjunto de valores de ellos, recientemente definidos, medidos en bienes de la buena vida. A pesar de toda la "actualización" que se ha producido en su Iglesia, la evaluación que hace Juan Pablo está proporcionada por esa raíz central de la moralidad humana que penetra en el suelo mismo en el que comenzó el cristianismo.

Cuando Juan Pablo les habla a sus pares seculares en la arena mundial del desarrollo, sobre su propia evaluación moral, no tiene en la mente simplemente adaptaciones locales de jerga popular, ni siquiera nobles frases que resuenan en medio de feroces conflictos.

A través de sus voceros que se manifestaban en Pekín en abril y mayo de 1989, el Pontífice oyó el grito de cientos de miles de estudiantes chinos de que "la democracia es tanto un tema moral como político". Y com prendió el amplio llamamiento de la razonada explicación de los estudiantes de que en su contexto "moral" significaba que "se debe impedir que los funcionarios exploten al pueblo y los recursos del país".

Más o menos en la misma época, Juan Pablo observó la controversia en Moscú sobre el Mausoleo de Lenin en la Plaza Roja, adonde el cuerpo momificado de Vladimir I. Lenin ha atraído interminables filas de visitantes durante más de sesenta y cinco años. "El cuerpo deber ser enterrado", sostuvo Mark Zajarov, director del Teatro Leninsky Komsomol.

No es así, se ofendió el candidato al Comité Central Ratmir S. Bobonikov. "Insistir en tales cuestiones es simplemente inmoral. La propuesta de Zajarov es blasfema y una señal de glasnost desbocada".

El diario comunista Pravda representó la voz de la razón soviética, declarando que "no debemos venerar el cadáver del camarada Lenin sino su causa". Para no ser menos, el miembro del Comité Central, Aleksei P. Myasnikor, argumentó que "lo que dijo Zajarov acerca de lo más sagrado, Lenin, es peor que incomprensible".

Incomprensible era la palabra adecuada. Dados los límites éticos de la moralidad que puede esperarse hoy entre los jóvenes chinos, y dado el marxismo ateo profesional que existe en la Unión Soviética, Juan Pablo encuentra el uso de palabras tales como "moral" e "inmoral" y "blasfemo" y

"venerado" y "sagrado", vacío de todo contenido religioso. Se han convertido en recipientes vacíos para ser llenados con las pasiones y las intenciones del momento. Cuando surja la siguiente ocasión desesperada, los mismos recipientes estarán vacíos de nuevo, y se llenarán con otras pasiones, con otras intenciones pasajeras.

Juan Pablo ha dejado lo suficientemente en claro que al hablar de "moralidad" y de la "moralidad de las naciones" -porque, desde el momento de su elección como Papa, lo ha hecho constantemente en público y en privado, con grandes líderes y con pretendientes esperanzados de la carrera geopolítica que surge-, su significado para estas palabras es idéntico al significado cristiano predicado y reivindicado por la Iglesia católica romana desde sus comienzos. De hecho, Juan Pablo insiste en que el significado y el empuje y el poder de la moralidad no se puede erradicar de las vidas de hombres y mujeres. Porque la propia moralidad humana se deriva de un hecho absolutamente básico: porque Dios creó al hombre a su propia imagen y semejanza al dotarlo de un indestructible principio del ser -un principio del ser llamado un alma-, en todo lo que hace esa humanidad, la dimensión importante es espiritual, es una cosa del alma del hombre y sus valores espirituales.

El hecho es tan básico que es cierto para todo lo que el hombre hace, aun para lo que hace económica y financieramente.

Además, porque Dios creó a todos los hombres como una familia, hay una unidad radical en la base de toda actividad humana que hace de cada individuo el guardián de su hermano. Del otro lado de esa moneda del cuidado, está el hecho paralelo de que, porque Dios confió el cosmos material y todas las cosas que hay en él a la custodia de la familia del hombre, todos los hombres y mujeres tienen un derecho básico a lo que necesitan para el sostenimiento de la vida y para su razonable prosperidad y placer.

Sin embargo, porque Dios consideró necesario enviar a su único Hijo, Jesús de Nazareth, a sacrificar su vida muriendo en una cruz romana, debe haber una significativa condición del alma y del ser del hombre -una condición del espíritu- que necesita reparación y ayuda. Debe haber un mal suelto entre la humanidad que sólo puede ser frustrado por el poder de salvación de Jesús como Hijo de Dios. En otras palabras, debe haber acciones de hombres y mujeres que necesitan el perdón a través de Jesús, porque cometieron ofensas contra las leyes de Dios acerca de la unidad de la humanidad como familia, y acerca del derecho de todos los individuos y de todos los grupos a su debida participación en los bienes de la tierra.

El significado cristiano de la moralidad humana siempre ha venido de estas creencias. Y de estas creencias vienen las evaluaciones morales de Juan Pablo. Lo que es moralmente bueno, dice este Papa al unísono con todos los papas que lo han precedido, respeta esas leyes de Dios sobre la unidad de la humanidad como familia y sobre los derechos individuales. Lo que es moralmente malo quebranta esas leyes, y se llama pecado.

#Porque fue sólo a Simón Pedro, el jefe de sus Apóstoles, y a los sucesores legítimos de Simón Pedro en la Santa Sede, que Jesús confió las Llaves de su autoridad moral, la Iglesia católica romana siempre ha proclamado -y, bajo Juan Pablo II, proclama hoy- ser el árbitro final de lo que es moralmente bueno y moralmente malo en las acciones humanas.-Esas Llaves, santificadas y fortalecidas por la sangre del propio Jesús, son el símbolo y la sustancia de la insistencia de Juan Pablo sobre una evaluación moral del mundo que él recorre y monitorea tan estrechamente.

Entre las personas que adaptan palabras tales como "sagrado" y "blasfemia" al problema de qué hacer con el cadáver de Lenin, habrá dificultades para aceptar el contenido moral del vocabulario cristiano tal como ha sido siempre usado por la Iglesia romana, y tal como es usado por el papa Juan Pablo a donde quiera que va.

Cuánto más difícil, entonces, es el hecho de que en el contexto presente de la naciente comunidad global -en el contexto de lo que están haciendo los pioneros económica, financiera e ideológicamente en la familia del hombre-, Juan Pablo esté hablando acerca de algo que está más allá de la evaluación moral de los individuos. Está hablando sobre estructuras, sohre la evaluación moral de estructuras que no sólo han sido construidas, sino que ya se están expandiendo rápidamente de acuerdo a un proyecto que garantizará la interdependencia mutua de las naciones en un sistema global de economía y gobierno.

¿Qué clase de crítica moral puede hacer un cristiano -papa o no- a una estructura? Y si la hace, ¿qué clase de promotor secular lo escuchará? Después de todo, excepto en una forma puramente metafórica -y probablemente sólo para satisfacer las emociones humanas-, ¿cómo puede un católico romano o cualquier otro afirmar que una estructura es pecaminosa? ¿Que una estructura comete un pecado? ¿Que una estructura es culpable de un pecado?

Seamos realistas: hasta los ateos saben que la Iglesia enseña que el pecado es, en primer lugar y solamente, personal. Implica la elección de la voluntad individual de un hombre o mujer que libre y conscientemente viola la ley revelada de Dios. En estricto lenguaje teológico, como cualquiera puede decirle, no existe una cosa tal como el pecado colectivo, el pecado de un grupo. Por tanto, mucho menos puede decirse que una estructura -ya sea formada por piedra y madera, o por decisiones burocráticas- comete pecado, es pecaminosa, está en estado de pecado.

Juan Pablo puede ser el cuarto en la línea de papas revolucionarios que comenzó con Juan XXIII. Pero no va a aguantar tales discusiones sobre las estructuras pecaminosas. Y en eso, su teología es la misma que la de todos los papas que estuvieron antes que él. Al insistir en que la esclavitud, como institución, era un mal moral que estallaría, la Iglesia de los siglos XV y XVI estaba haciendo una evaluación moral de una estructura pecaminosa y del enorme daño que vendría de ella. Al insistir en que las instituciones marxis-

ta-leninistas constituyen un mal moral que provocará la inenarrable miseria de millones de personas y que no deberían contar con la connivencia del Occidente, Juan Pablo habla igual que todos los papas, desde Pío IX en el siglo XIX, que enarbolaron constantes advertencias del peligro y del daño que tales instituciones traerían consigo para todos.

Teólogo de primera clase como es, Juan Pablo comprende más que los precedentes teológicos de la historia. Su argumento de las "estructuras pecaminosas" está basado en principios sólidos e inamovibles, y procede con lógica inexorable.

Como cristianos y católicos romanos, insiste él, no sólo podemos sino que debemos hablar de "estructuras pecaminosas" cuando descubrimos que tales estructuras están creadas por hombres y mujeres que están inspirados *únicamente* por la ganancia económica, financiera, política o ideológica. Porque al actuar por esos motivos solos, los constructores de tales estructuras violan por lo menos el primer mandamiento, que prohibe la adoración de falsos dioses.

Cuando el dinero, la ideología, la clase o el desarrollo económico dicta exclusivamente nuestro comportamiento, entonces en efecto estamos adorando ídolos, con tanta seguridad como si levantáramos un becerro de oro en el Sinaí de nuestro mundo, atribuyéndole omnipotencia, y ofreciéndole nuestra obediencia y adoración.

En este tipo de situación, por lo menos está operando una y probablemente dos intenciones pecaminosas: un consumidor deseo de ganancia, y la sed de poder. De hecho, como estas actitudes y propensiones humanas están incorporadas a las estructuras de nuestra sociedad, no son meramente operativas, rápidamente se vuelven absolutas. Dominan nuestros pensamientos, nuestras intenciones y nuestras acciones. Se convierten en dioses domésticos sobre los altares de nuestras estructuras.

Por !o tanto, las estructuras mismas están arraigadas en los pecados personales ligados a las elecciones y a los actos concretos de los individuos que diseñan e introducen esas estructuras, las consolidan, las promueven, construyen sus vidas sobre ellas, definen el éxito en sus términos y hacen que esas estructuras sean difíciles de eliminar.

A medida que tales estructuras se fortalecen y se expanden, se convierten en la fuente de otros pecados personales. Influyen en la conducta de un número creciente de individuos, llevándolos a su vez a violar la ley moral de Dios y por lo tanto a cometer pecado.

En otras palabras, quienes originan esas estructuras han introducido en el mundo cotidiano de hombres y mujeres influencias y obstáculos que duran más allá de las acciones y el breve lapso de vida de cualquier indi viduo. Las estructuras son los vehículos de sus pecados, y pueden describirse, acertada y exactamente, como "estructuras pecaminosas".

Mientras ha viajado por el mundo, uno de los principales propósitos del papa Juan Pablo, desde el comienzo, ha sido establecer un acuerdo positivo con sus pares en esta cuestión de los valores morales. Ha buscado un entendimiento, por rudimentario que fuese, sobre un valor específicamente humano que los pioneros seculares en las diferentes naciones estuvieran de acuerdo en que es diferente de todos los demás valores, ya sean culturales, políticos, ideológicos, económicos, financieros, nacionalistas o sectarios.

Por supuesto, el contexto de estas conversaciones nunca es un diálogo en las nubes sobre opiniones religiosas o filosóficas. Ya sea en una reunión con el presidente Ronal Reagan en Miami en septiembre de 1988, o con el capitán Blaise Campaoré, dictador de Burkina Faso, en la capital, Ouagadougou, en enero de 1990, o con el presidente Hissen Habré, de Chad, al día siguiente, en la capital, N'Djamena, o en cualquiera de las decenas de otros encuentros similares, el contexto siempre es la creciente interdependencia de las naciones modernas.

Desde el inicio de su pontificado, Juan Pablo ha encontrado entre sus pares una creciente conciencia acerca de lo que está sucediendo en los asuntos mundiales. Aunque algunos fueron tan claros en sus juicios prácti cos sobre esos asuntos como Juan Pablo, todos han demostrado, por lo menos, una creciente intuición acerca de las dos fuerzas primarias que están remodelando el mundo en la década final del milenio. Todos con los que ha hablado están de acuerdo con el Papa, a algún nivel, en que se está haciendo nada menos que un *sistema mundial,* que determina las relaciones entre todas las naciones que constituyen la sociedad humana.

Y en forma suficientemente predecible, todos están de acuerdo con él en que este sistema mundial -esta recién acuñada y omniabarcadora interdependencia que está naciendo- incluye elementos económicos, políticos, culturales y sectarios.

Lo que era menos predecible para muchos observadores, era el éxito que Juan Pablo ha alcanzado en martillar sobre lo que, está seguro, es el hecho más básico de todos: el hecho de que la interdependencia entre las naciones debe estar basada sobre algún acuerdo común en relación con el bien moral y el mal moral en la vida moderna. Y, más aún, que si ese acuerdo común no se puede alcanzar como una base activa del globalismo, entonces todos los intentos por establecer un nuevo orden mundial terminarán sólo en el desastre.

Es cierto, por supuesto, que la mayoría de las contrapartes del Papa en la arena de la creciente interdependencia global entre las naciones no hablan de "valores morales", por lo menos, no en esas palabras precisas. Pero casi todos hablarán sobre la contaminación ambiental como un mal moral, y sobre una institución que provoca contaminación, como una estructura pecaminosa. En la misma forma, hay un acuerdo general, por ejemplo, de que detener y finalmente prevenir la hambruna sub-sahariana sería un bien moral o un beneficio moral para toda la comunidad de naciones.

Tanto entre internacionalistas capitalistas como leninistas, así como en las naciones arrastradas irresistiblemente en la estela de ellos, Juan Pablo ha encontrado muchos hombres y mujeres de fe que mantienen algún con cepto firmemente arraigado de bien moral y mal moral en nuestras vidas. Ha encontrado a muchos que reconocen que hasta la vida verdaderamente humana implica un valor moral que ellos identifican como una demanda de la voluntad de Dios, y que es el único cimiento válido de una ética que obliga absolutamente a todos los individuos, incluidos ellos mismos. Ha hablado con muchos más que no tienen una fe explícita, pero quienes de todos modos admiten que los obstáculos al desarrollo de las naciones descansan en profundas "actitudes" que los seres humanos pueden "decidir" considerar como valores absolutos.

e Lo que Juan Pablo no ha encontrado en sus viajes papales, en realidad, es ningún desacuerdo con él sobre la necesidad de una ética impuesta que debe obligar a toda la sociedad de las naciones. Los creyentes cristianos y criptocreyentes, los creyentes no religiosos y los ateos positivos -incluso aquellos que tienen una tozuda actitud y política antirreligiosa-, todos están preparados a ir hasta ese extremo con el Pontífice.'

Muchos difieren con él con respecto a la fuente de una ética obligatoria semejante, y sobre sus detalles. Pero, en general, Juan Pablo ha encontrado que la mayoría de los líderes seculares profesan un profundo respeto por los grandes valores espirituales.

Si no todos sus pares seculares colocan los logros espirituales y morales en el primer lugar de su agenda diaria de cosas para hacer, de todos modos todos han estado de acuerdo con el Pontífice en que, en las acciones concretas y prácticas entre las naciones, hay un elemento humano -una ley humana- en toda actividad de la humanidad que no puede reducirse a la pura necesidad material, o a ninguna ley de las fuerzas materiales.

Otra vez, no todos los líderes seculares están de acuerdo con el papa Juan Pablo de que el hombre fuera creado por Dios para tener un destino divino, y de que la primacía moral en la vida humana y en los asuntos humanos está incluida en la matriz de la eternidad. Sin embargo, ningún líder ha expresado ninguna duda a Juan Pablo de que el valor espiritual del hombre encuentra expresión en los códigos religiosos y morales, que a su vez tienen efectos directos y profundos sobre las culturas y las civilizaciones.

Por encima de todo, aun los líderes seculares más irritables están de acuerdo con lo que todos ven como la proposición inevitablemente práctica y muy terrenal de Juan Pablo: a menos que ese elemento misterioso, innato en cada hombre, mujer y niño sobre la tierra -ese elemento que Juan Pablo analiza en los términos implacables de moralidad e inmoralidad- sea definido y aceptado en el nuevo orden mundial como la base misma de sus estructuras y de sus metas y de sus actividades cotidianas, entonces, cualquier cosa que se construya a modo de estructura geopolítica solamer—a conducirá a una mayor miseria humana.

En ese implacable análisis moral del papa Juan Pablo y de sus consejeros expertos, los pioneros globalistas que son sus pares en la arena mundial caen, hablando ampliamente, en cuatro grupos principales.

Están los llamados Sabios del Occidente, junto con sus colaboradores Internacionalistas y Transnacionalistas en el mundo occidental. Este grupo tiene la experiencia más larga en el desarrollo de una política socioeconómica específica ligada a un ideal político subyacente. Luego están las naciones árabes petroleras. Y están los "Tigres Asiáticos" -Japón, Corea del Sur y Taiwan-, a los que Thailandia, Singapur, Malasia e Indonesia ya están ingresando como pares. Y finalmente, está la tardía entrada de sorpresa: la Unión Soviética de Mijaíl Gorbachov, junto con toda la panoplia de su imperio de Europa Oriental, sus vicarios en el exterior, hoy, principalmente Cuba, Angola, Siria y Vietnam, y sus seguidores más flojos, tales como la Etiopía de Mengistu Haile Mariam, la Libia del coronel Qaddafi y el Benin marxista.

A causa del enfoque notablemente sofisticado que tiene Gorbachov de la dimensión geopolítica de los asuntos humanos, y a causa de la posición del líder soviético en la cima de la otra única estructura geopolítica ya construida y funcionando que hay en el mundo, Juan Pablo ve a Gorbachov como único entre sus pares en la arena mundial. Pero el Papa también comprende que hasta Gorbachov ha sido forzado por circunstancias concretas -principalmente, los graves errores de sus propios predecesores y la exuberante fuerza económico-financiera de los Internacionalistas y Transnacionalistas- a unirse a los actuales preparativos pre-geopolíticos.

En otras palabras, ni Gorbachov ni su renovado internacionalismo leninista pueden escapar a lo que Juan Pablo ha identificado como la condición característica de nuestra época: nuestra interdependencia universalmente experimentada. Gorbachov ha tenido que entrar a la arena junto con todos los demás. Por lo menos por lo que dicen sus palabras dichas y escritas, aparentemente desea convertirse en un par. Y, si mañana desapareciera del liderazgo supremo de la Unión Soviética, su propia "apertura" de la URSS al mundo -como la "apertura" análoga de la Iglesia de Juan Pablo- ya ha ido tan lejos que, con él o sin él, el hecho del cambio es irreversible.

Que el propio Gorbachov está de acuerdo en este punto, quedó en claro en el verano de 1989. Durante su visita a París, el 5 de julio se le preguntó si su rumbo innovador sobreviviría si él "desapareciera de la escena". Refiriéndose a sí mismo en tercera persona, al modo de Genghis Khan, Napoleón Bonaparte y el general de Gaulle, la respuesta del Secretario General fue categórica y confiada: "Mis políticas no tienen que estar atadas al propio Gorbachov".

Tan poderosa es esta marea global que hasta naciones importantes, como la India, que han insistido en su status de "no alineadas", o se quedarán con las naciones más pequeñas en la periferia de los acontecimientos o cabalgarán sobre las espaldas de los jugadores dominantes, atraídas irre-

sistiblemente a la contienda por el dominio político, económico, financiero e ideológico en la formación del nuevo orden mundial.

Sin embargo, tan poderosa como es esa marea, la coyuntura en la que se encuentran los arquitectos y constructores del desarrollo y la interdependencia global es tan crítica que, sea que lo amen o lo odien, todos están casi forzados a observar cuidadosamente el análisis moral del papa Juan Pablo. Examinan cada detalle de la evaluación moral que hace el Pontífice de ellos mismos como pioneros de la vida humana tal como esperan que se vaya a vivir en el siglo veintiuno. Examinan cuidadosamente si evaluación moral de las naciones que, sin excepción, están siendo re-formadas ante nuestros ojos.

Ponen a prueba el análisis moral que hace de las nuevas estructuras que nos ligan más estrechamente que nunca en un destino común. Sobre todo, se encuentran con que están de acuerdo con el principio del Papa de que es imposible comprender cómo avanzar a partir de este punto, a menos que haya un acuerdo sobre cómo todos nosotros -como una sociedad de naciones- llegamos a este punto del camino. La configuración del terreno que está adelante ha sido determinada por lo que las naciones han efectuado en el terreno ya atravesado.

La moralidad de las naciones: hombre rico, hombre pobre...

Si hubiera algo así como un mapa histórico de la vergüenza -un mapa coloreado con las terribles consecuencias de las estructuras pecaminosas de días pasados-, las grandes atrocidades humanas producidas inevitablemente por esas estructuras se proyectarían como las montañas más altas, más lúgubres, que dominaran ese mapa.

Las más cercanas a Estados Unidos en el lugar, pero las más distantes en el tiempo, estarían las instituciones precolombinas de América Latina que, regularmente y por la ley aceptada, condenaban cada año a decenas de miles a una muerte brutal. Para nosotros es difícil siquiera imaginar cincuenta mil personas estranguladas y desentrañadas en el mismo lugar. El empobrecimiento institucionalizado de más de ocho millones de irlandeses durante los peores siglos de los códigos penales ingleses, los intentos de los turcos otomanos de liquidar a todos los armenios, la fría eliminación que hizo Stalin de quince millones de ucranianos, la horripilante "solución final" de Hitler expresada en números que llegabas i a los seis millones de judíos, la traición aliada a algunos cientos de miles de eslavos, devueltos a las manos de Stalin y a un asesinato seguro, la liquidación de los timoreses orientales por parte del gobierno central indonesio. . . ésta sería una lista parcial de tales promontorios y picos de horror humano en un mapa histórico de la vergüenza.

Si hubiera aigo así como un mapa contemporáneo de la vergüenza -un mapa de la vergüenza en nuestro mundo de ahora, tal como se está preparando para su debut geopolítico al final del segundo milenio-, ese mapa estaría dominado por las cordilleras completamente nuevas de la explotación institucionalizada. Estaría dominado por estructuras y sistemas de estructu-

ras que fomentan, solapan o simplemente permiten la dominación del ochenta por ciento de la población mundial por el otro veinte por ciento.

En resumen, ese mapa contemporáneo de la vergüenza sería la expresión gráfica de la atrocidad que hemos llegado a describir tan tibiamente como la división del mundo en Norte y Sur, lo que es decir, en términos más simples, la división de las naciones, y de las poblaciones dentro de las naciones, en ricas y pobres. Un mapa de la vergüenza semejante podría encontrar algún modo de mostrarnos a los que no tienen hogar, a los refugiados, a los que no tienen estado -los desechos humanos de nuestro nuevo mundo- que aumentan por millones año a año, región por región, nación por nación.

Un mapa semejante seguramente mostraría la enormidad del volcán más activo que hay en nuestro medio, formado por la mayor parte de nuestra familia humana, que se puede decir que se va a la cama con hambre y se despierta miserable, sin esperanza hoy, mañana, el año próximo, de que la masa coagulada de su sufrimiento sea diluida y reducida y finalmente eliminada.

Es precisamente un mapa de la vergüenza semejante el que el papa Juan Pablo sostiene ante el mundo en su evaluación moral de los arreglos geopolíticos que están organizándonos nuestro futuro. En sus conversaciones privadas con los arquitectos de esos arreglos, en sus encuentros con líderes seculares, en sus discursos pronunciados en el Vaticano y alrededor del mundo, en sus alocuciones y encíclicas dirigidas a los fieles de su Iglesia, el tema constante del papa Juan Pablo es el carácter moral y humanamente inaceptable de esta abrumadora cadena montañosa de sufrimiento humsno e injusticia. Y su advertencia constante es que esas montañas serán reducidas por nuestra buena disposición al cambio o, por el peso mismo de su propia miseria, se derrumbarán aplastando todas nuestras esperanzas como seres humanos, destrozando todas nuestras visiones egoístas de la buena vida, y enterrando en sus escombros cualquier paz que pudiéramos haber pensado modelar en nuestra resuelta carrera hacia el desarrollo.

En el mapa moderno de la vergüenza mundial que es el objeto de tan gran parte de la atención de Juan Pablo, Norte y Sur no figuran como términos geográficos precisos. En cambio, son fronteras globales donde la riqueza y la pobreza divide no sólo naciones, sino a las sociedades dentro de las naciones. Son las fronteras que separan sistemática y deliberadamente a la mayoría de la humanidad de toda participación en la prosperidad y en el goce de la vida a los que cada uno de nosotros tiene un derecho moral básico.

Deliberadamente. Ése es el principio operativo. Porque, en su evaluación, Juan Pablo no deja ninguna duda de que en la división del mundo Norte-Sur, los países del Norte -ahora en su mayoría saturados de la preocupación por la carrera hacia el superdesarrollo- también están saturados de la complicidad inmoral en las estructuras pecaminosas que contribuyen a, y perpetúan, los sufrimientos en los países del Sur. No deja ninguna duda en la mente de cualquiera con quien habla de que las múltiples estructuras basadas en los países del Norte -industrial, financiera, monetaria, fiscal, política- forran los bolsillos de muchas personas en el Norte y de unas pocas en el Sur, mientras que el sufrimiento de millones se prolonga hasta lo intolerable. Por definición, esas estructuras deben ser calificadas de pecaminosas.

Para molestia de unos cuantos, Juan Pablo subraya dos características principales del Norte. La primera es su avanzado estado de industrialización. Los países del Norte tienen una enorme delantera en el empresariado regional y global, y una creciente participación, casi monopolística, en los avances recientes de la era tecnotrónica.

La segunda característica principal del Norte es la dominación financiera. Dominación del flujo, administración y uso del capital y de los bienes manufacturados en el mundo. Esta riqueza otorga al Norte, entre otras muchas cosas, capacidad para hacer extensas inversiones en los países del Sur, y capacidad para hacer préstamos financieros al Sur.

En contraste, Juan Pablo define al Sur en términos de una serie de condiciones paralizantes que él ha visto directamente y cuyos detalles llenan cientos de informes que le llegan al año. Éstas son condiciones que sólo profundizan y amplían la ya enorme brecha que separa a los países del Sur de los del Norte.

Analfabetismo, falta de posibilidades de educación superior, incapacidad económica y social para unirse en la construcción de la nación de uno, discriminación que abre profundos barrancos a lo largo de líneas religiosas, sociales, políticas y financieras, negación del derecho a la iniciativa económica, vivienda inadecuada, urbanización caótica creada por millones como último recurso para la mera supervivencia, desempleo y subempleo extendidos. Esto no es sino una letanía parcial de aquellas condiciones paralizantes, un miniexamen de los parásitos endémicos del Sur que le están comiendo sus partes vitales.

Que estas mismas condiciones se estén convirtiendo en una plaga en ciertas áreas de los países del Norte -aunque todavía son limitadas y generalmente controlables-, es algo que Juan Pablo toma como un golpecito preliminar en el hombro de los países del Norte, como parte del sistema de alarma inmediata del Cielo tanto para los líderes como para los ciudadanos del Norte, advirtiendo que el mal moral institucionalizado viaja muy fácilmente de regreso para morder las manos que lo alimentan.

Es tan obvio para el Pontífice como para muchos otros que, acosados por semejante colección de condiciones paralizantes, los países del Sur no pueden levantarse de su continua pobreza por su propio esfuerzo. Sin embargo, al mismo tiempo, es igualmente obvio que en las actuales condiciones de trabajo, los muy cacareados sistemas internacionales de comercio, financiero y monetario del Norte no pueden engranar y armonizar

adecuadamente con las limitadas posibilidades del Sur. Ese par de hechos básicos se destaca en cada faceta de la relación -si es que se puede llamar así- entre los países del Norte y del Sur.

Tomemos, por ejemplo, los miles de millones de dólares en la así llamada ayuda exterior, y los miles de millones más en pródigos préstamos que ya han derramado los países desarrollados del Norte en África, Asia y América Latina.

El Pontífice ha preguntado claramente más de una vez, y en más de una forma, ¿qué efecto puede venir de la ayuda o de los préstamos cuando el Sur carece de cualquier infraestructura adecuada -física, social, tecnológica, educativa- en la que se pueda injertar la cooperación del Norte?

La respuesta general a esa pregunta crítica puede ser escrita por demasiados millones -si es que pudieran escribirla- con una palabra: "tragedia". Pero "peligro" tampoco sería una mala palabra para usar, cuando uno mira al total de las deudas nacionales entre las naciones del Sur, o si mira aunque sea a algunas de las deudas en América Latina sola.

Afines de 1988, la deuda nacional de Brasil era de 120,100 millones de dólares. La deuda nacional de México era de 107,400 millones de dólares. Sin embargo, ninguno de los dos países tiene el producto nacional bruto o los sofisticados apuntalamientos financieros, industriales, económicos y educativos que le evitará ser aplastado por deudas de esa magnitud.

O concentrémonos, aunque sea brevemente, en el caso de Bolivia y Argentina. Bolivia es uno de los países más pobres de América Latina, mientras que Argentina es uno de los países más desarrollados y cosmopolitas de la región. Pero ambos están metidos en el mismo dilema rnortal. Una gran parte del magro ingreso nacional de Bolivia depende de su venta de gas natural a Argentina. Bolivia depende de ese ingreso para pagar su deuda nacional. Pero Argentina, azotada por su propia deuda y por la hiperinflación, ha suspendido todos los pagos a Bolivia. Por lo tanto, Bolivia a su vez tiene que renegociar el pago de sus deudas. Pero sin un préstamo puente, que la hundirá más en la deuda, no puede iniciar tales negociaciones.

Ese deprimente espectáculo, que de ninguna manera se limita a Bolivia y Argentina, se vuelve casi espeluznante cuando se formula todavía otra pregunta esencial. ¿Qué ha pasado con todos los miles de millones que se han derramado en los países del Sur? Por cierto, ¿qué ha pasado con las ganancias internas de la petrolera Venezuela, que tiene una deuda de 35 mil millones de dólares? ¿Qué ha sucedido con las ganancias internas de la petrolera Nigeria, que debe 30,500 millones de dólares?

O tomemos el caso de Gabón. Con una producción total de 160,000 barriles diarios de petróleo de su gigantesco yacimiento de Rabi-Kounga, Gabón es el tercer productor de petróleo de África negra, después de Nigeria y Angola. Sin embargo, con una población de apenas un millón, la deuda externa de Gabón era de 1,600 millones de dólares en 1986.

Los ;ulpables acusados aquí fueron los mercados petroleros deprimidos y el dólar débil. Y sin duda, ellos son parte de la historia. Pero eso lleva directamente de vuelta a las estructuras pecaminosas de las que habla Juan Pablo. Porque el manejo del valor del dólar y la fijación de los precios del petróleo están ambos en las manos de aquellos que podrían evitar -con políticas nuevas y benévolas- poner en peligro la economía de Gabón. En realidad, de manera significativa, Rabi-Kounga es propiedad conjunta de dos grupos que son un retrato en miniatura de la afluencia y el poder de las estructuras de los países del Norte: Shell Gabón, que incluye el Grupo Roya¡ Dutch/Shell de Estados Unidos, y Elf-Gabón, que incluye a Elf Aquitaine de Francia.

Tan portentosamente aumentan los problemas en el Sur, y tan desesperado se vuelve el clima de la vida, que comienza a operar una especie de canibalismo. Porque no puede haber alguna duda ~'e que virtualmente en cada país del Sur -en Brasil, en Nigeria, en Filipinas, en Venezuela-, a cualquier parte que uno mire, en realidad, hay exitosos discípulos de las políticas del Norte. En cada lugar agobiado por la pobreza hay una clase adinerada, principalmente de empresarios e inversionistas que se las han arreglado para enchufarse, como individuos, en la buena vida de sus contrapartidas del Norte. Pero sin la ayuda sistemática de los países del Norte, no hay posibilidad de que estos grupos diminutos puedan construir la infraestructura por medio de la cual podrían comenzar a difundir los beneficios, si es que lo desearan, de algún modo en que comenzara a verse la diferencia.

Por lo tanto, mientras que los pocos ricos del Sur llevan vidas florecientes de la misma manera que ven que se hace en el Norte, son tan impotentes como eunucos en un sucio harén. Ven lo que los rodea, pero no tienen los medí para hacer nada importante al respecto. Y así prosiguen sus vidas aisladas, mientra.. que la pobreza y el desamparo general, endémico en el grueso de la población de sus países individuales, crece y crece de año en año.

Los problemas tampoco terminan con una letanía tan horrible. Aunque sea incomprensible, en el Norte se sacan conclusiones despreocupadas y cruelmente engañosas sobre el Sur. Seguramente, los errores son honestos, y probablemente se cometen con la esperanza de que las cosas se estén volteando, de que quizá no están tan mal, después de todo.

Para ilustrar esto con un caso sobre el que Juan Pablo ha hecho comentarios privadamente, en marzo de 1989 un informe del Banco Mundial descubrió que en los cuarenta y cinco países sub-saharianos, la producción agrícola y-el producto nacional bruto habían aumentado desde 1985, y que, por primera vez desde 1970, la producción de alimentos en la región estaba creciendo más rápido que la población. El informe concluía: "África ha iniciado una recuperación económica frágil pero sostenible".

Un optimismo tan erróneo fue rápida y correctamente arruinado por la Comisión de las Naciones Unidas para África. Señalando precisamente la

condición subyacente que deja moralmente en ridículo predicciones sin fundamento tales como la de "recuperación económica sostenible", la Comisión de las Naciones Unidas demostraba que todavía no habían aparecido señales de una infraestructura sólida en esos países sub-saharianos. En realidad, la comisión pintaba un futuro sin ninguna recuperación, con "horribles consecuencias de largo alcance para el futuro del pueblo y de las economías africanas".

El papa Juan Pablo no tenía necesidad de ningún informe que le hablara de las condiciones que ha visto por sí mismo, en África y en demasiados otros lugares en los que ha hablado una y otra vez de las condiciones que hacen de nuestro mundo, en forma creciente, un lugar de vergüenza.

"¿Es meramente una pregunta retórica preguntar cuántos niños más deben morir cada día er. África porque los recursos los está tragando ahora el pago de la deuda?", se preguntó el Pontífice públicamente en Zambia, el 3 de mayo de 1989. En el mismo sentido, ¿es meramente una pregunta retórica preguntar por qué el hombre promedio en Zambia debe estar muerto y enterrado a los cincuenta años? Tales preguntas, como dijo Juan Pablo, ¿no son más que retóricas? ¿Hay alguien escuchando en los países del Norte?

Posiblemente no. Porque las naciones desarrolladas del Norte profundizan más aún la miseria de los países del Sur con sus políticas de destruir o almacenar los excedentes de alimentos básicos, en lugar de organizar su reparto para contrarrestar las olas de hambre que continuamente devastan poblaciones enteras.

En general, los esfuerzos diminutos que hay para proporcionar alimentos siquiera a una fracción de los pueblos más desesperados, a lo más son aislados. Frecuentemente se ven complicados por las guerras lanzadas por los pobres vicarios del Sur de las ricas potencias del Norte. Con la mayor frecuencia, esos esfuerzos son emprendidos con donaciones especiales de los ciudadanos promedio, no con los excedentes. Con la mayor frecuencia, esos esfuerzos son emprendidos solamente después que esos mismos ciudadanos promedio ejercen una enorme presión. Y por comparación con las capacidades disponibles para hacer el trabajo -capacidades demostradas y mejoradas cada día en empresas más provechosas-, hasta los mayores y mejores de esos esfuerzos deben ser considerados como mal organizados y ejecutados con ineficiencia.

Otros arreglos estructurales por medio de los cuales el Norte acelera constantemente su superdesarrollo, implican igualmente políticas y decisiones censurables. Están los arreglos de importaciones y exportaciones que benefician a grupos elitistas de los países del Sur. Se otorgan favores y facilidades a grupos de cabildeo que representan intereses especiales. La explotació,i de los recursos naturales del Sur y la reglamentación de los precios de las materias primas en los mercados mundiales se manejan de un modo que beneficia a los grandes cárteles a expensas de poblaciones

mucho más grandes. Los acuerdos especiales de disminución de tarifas benefician principalmente a los inversionistas extranjeros. La aquiescencia se prolonga en toda la lista de deficiencias fiscales que afligen a los países del Sur, porque favorecen a los países del Norte en sus políticas internacionales hacia !os países del Sur, generalmente aquellos con un gobierno fuerte o de un solo hombre que se llama democrático por razones de conveniencia.

Hablando moralmente, la complicidad gubernamental entre los países del Norte en las estructuras pecaminosas que causan y prolongan el sufrimiento en los países del Sur se vuelve aún más siniestra cuando se factorea en la ecuación de estructuras globales pecaminosas todavía otra actividad más.

Es un hecho conocido no sólo del papa Juan Pablo sino de todos los gobiernos, que hay compañías de Estados Unidos, Alemania, Francia y Suiza que proporcionan a los países del Sur tanto materiales como tecnología -para no mencionar la "ayuda" financiera- con los que se fabrican las "armas del infierno" y después se usan fundamentalmente contra las poblaciones de otros países del Sur.

Así, por lo menos cuarenta compañías de Alemania Occidental enviaron productos químicos y tecnología a la bien conocida planta libia que está dirigida únicamente a producir los instrumentos para la guerra química, con una capacidad de producción de cuarenta toneladas diarias. Esas armas ya han sido usadas contra los iraníes y también en otras partes del Medio Oriente. Porque lo que es bueno para uno es generalmente bueno para otro, particularmente si ese uno gana dinero; una compañía suiza ha negociado con Irán la construcción de una planta similar.

Hay mucho más. Siria, Iraq e Irán han recibido ayuda para construir misiles. Tanto Pakistán como la India han recibido ayuda clandestina para obtener su propia capacidad nuclear. Pero cualquiera sea la longitud y cualesquiera sean los detalles horribles de esa lista, el motivo fundamental detrás de la actividad es la ganancia.

Las estructuras cuyos motivos fundamentales son las ganancias, el poder y el superdesarrollo -estructuras que superan el periodo de vida de los individuos que las planearon y las erigieron- se han convertido en los vehículos de acciones claramente terribles cuyas consecuencias se sufren a una escala global nunca vista antes.

Por lo tanto, éstas son, al detalle, encarnaciones vivientes, en funcionamiento, de la definición que hace el papa Juan Pablo de las estructuras pecaminosas. Y día a día, con la más profunda complicidad de los países del Norte, los desperdicios que vomitan esas estructuras de su cosecha global de superdesarrollo, son todo lo que le queda al Sur para mantener las economías de sus naciones y las vidas de sus pueblos.

El motivo que tiene el papa Juan Pablo para hacer sus análisis de las estructuras pecaminosas del mundo es el cambio y el alivio, no la culpa,

igual que en sus constantes y francas exhortaciones a otros líderes mundiales concernientes a las condiciones que todos ellos ven igual que él.

A ese respecto, sin embargo, quizá la razón más convincente de la evaluación moral que hace Juan Pablo de la suerte que corre el Sur en medio de toda la actividad empresarial de los países del Norte, es que, actualmente; él no ve señales de que ni siquiera las condiciones más perniciosas que paralizan a, ~ur sean los objetivos serios de los países desarrollados, mientras éstos afinan la sintonía de'sus propias estructuras en expansión en las finanzas, comercio e industria.

Si continuara esta situación, dijo Kazuo Haruna, presidente del Comité Económico de Keidanren, el gigante corporativo japonés, "resultaría en lo que podría convertirse en una divergencia irreversible e irremediable en el nivel de vida de las poblaciones de estas dos regiones jel Norte y el Sur], y una eventualidad de este tipo inevitablemente provocaría importantes cuestiones éticas".

Cualquier cosa que sea que hila querido decir el señor Haruna con "cuestiones éticas", Juan Pablo insiste en que la "eventualidad" ya está encima nuestro. Las pocas señales de reconocimiento de que debe atacarse el problema parecen demasiado tímidas como para prometer que se ponga en ejecución una solución genuinamente profesional para la ominosa brecha Norte-Sur en el futuro cercano.

El Secretario del Tesoro de Estados Unidos, Nicholas F. Brady, despertó expectativas en los países deudores del Sur cuando, en su muy publicitado "Plan Brady", propuso una mayor acción para aliviar la deuda por parte de los bancos comerciales. Pero el monto del alivio de la deuda comprendido en ese plan (alrededor del veinte por ciento) no haría mella en el problema general. Hasta ahora, nada propuesto por el "Plan Brady" o por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, promete ni remotamente mitigar los 350 mil millones de dólares de la deuda del Sur. O siquiera mitigar los pagos de los intereses de esa deuda, que son más altos que las ganancias netas de las naciones deudoras. Y así continúa la miseria.

Mientras tanto, preguntar como lo hacen muchos prestamistas gigantes del Norte, por qué los países del Sur contrajeron tal deuda, en primer lugar, si no tenían esperanza de pagarla, es algo que el papa Juan Pablo encuentra peor que evadir la cuestión. Es algo parecido a preguntar por qué un hombre que se está ahogando se asiría a una cuerda si no le quedan fuerzas para ponerse a salvo. Y en cualquier caso, es hacer la pregunta equivocada.

Sería más provechoso, en todo sentido, considerar los motivos miopes que tuvieron los países del Norte mientras se precipitaban para derramar préstamos a alto interés en áreas que no podían preparar (ni recibían ayuda significativa para hacerlo) esas estructuras de finanzas, comercio, educación e industrialización sin las que casi cualquier suma de dinero, sin importar cuán grande fuera, debía verse como nada más que un modo de preservar la vida, dudoso y momentáneo.

En tanto, para que no lo olviden los países del Norte, además está ese creciente montículo de problemas que ya extiende las cadenas montañosas de la miseria hasta ciertas naciones de su propia región.

En mayo de 1989, la Asociación Económica Americana publicó un estudio que confirmaba un hecho que ya se había vuelto completamente evidente. El 20 por ciento más rico de las familias norteamericanas aumentó su participación en el ingreso nacional del 39 por ciento en 1973 al 43.7 por ciento en 1989. Mientras tanto, en el mismo periodo, la parte del ingreso de la nación en manos del 10 por ciento más pobre de las familias norteamericanas, disminuyó del 5.5 al 4.6 por ciento.

A los niños norteamericanos tampoco les fue muy bien. Otro informe demostró que en 1966, allá cuando el superdesarrollo era joven, un 17.6 por ciento de los niños norteamericanos vivía por debajo de la línea de la pobreza. En 1987, la cifra de la miseria para los niños se había elevado al 20.6 por ciento.

En esos números se representa el hecho de que Estados Unidos -el gigante que dio el empujón inicial a la carrera global por el superdesarrollo, y que siempre ha sido su líder inspirador- ahora tiene una inesperada e indeseada nueva industria en crecimiento: su casi permanente clase inferior urbana y rural.

No hay nada extraño para el público norteamericano en la insistencia del papa Juan Pablo de que deberíamos sentirnos moralmente perturbados por un sistema económico en el que las ganancias acentuadamente crecientes de los administradores profesionales de las corporaciones contrastan desagradablemente con la situación de millones de sus conciudadanos sin hogar y hambrientos. No es difícil ver que los ingresos más altos registrados en 1988 para un puñado de individuos norteamericanos -ingresos de 53.9 millones de dólares, 45.7 millones, 40 millones- exceden enormemente cualquier sentido común de equidad y de justicia. Y hasta desechando los extremos de la riqueza y de la pobreza, es difícil justificar estructuras en las que el jefe ejecutivo promedio de una gran compañía norteamericana recibe noventa y tres veces más dinero que el trabajador industrial promedio, y setenta y dos veces más que el maestro de escuela promedio.

Ya sea que se aplique dentro de los confines de Estados Unidos, o en el mundo en general, la evaluación moral que hace Juan Pablo del Norte y del Sur es simple y clara. Insiste en que, en una economía moralmente ajustada, el rico no debería volverse más rico si el pobre se vuelve más pobre.

La advertencia que acompaña a la evaluación papal del Norte y del Sur es igualmente simple e igualmente clara. Es muy posible que a esas masas sufrientes a las que nos referimos tan impersonalmente como el Sur, no se les permitirá una opinión real -ni una participación real- en la construcción de nuestra comunidad global en el futuro cercano. Quizá sigan siendo arreadas y obligadas a ir por un tortuoso camino, cada vez más despojadas de dignidad humana.

Pero si ésa es la forma en que se permite que vayan las cosas, entonces la nueva comunidad mundial ya lleva dentro de sí las semillas de su pronta desintegración, semillas visibles ya ahora en la guerra a tiros entre la desesperada pobreza y la codicia ilimitada que estalla todos los días en las calles de ciudades como Medellín y Nueva York y Los Ángeles, semillas cuya cosecha es más visible todavía en los escombros de lo que una vez fue Beirut.

El papa Juan Pablo advierte que, con tanta seguridad como un cáncer mortal, el destino inhumano que ya aflige a millones y millones de hombres y mujeres, niños e infantes, debe infectar el cuerpo entero de la humanidad. Seguramente debe producir convulsiones y un dolor atroz. Seguramente debe terminar en nuestra muerte como comunidad civilizada.

La moralidad de las naciones: . . . pordiosero, ladrón

Geopolíticamente hablando, los dos mayores contendientes con el papa Juan Pablo II en la arena del juego final del milenio son al mismo tiempo los mejores enemigos y los peores amigos. Y hay mucho que decir sobre la división del mundo en Este y Oeste en nuestro tiempo.

El cuento del Este y el Oeste tiene sus similitudes, sus diferencias y sus puntos de intersección directa con la desgraciada historia del Norte y el Sur. Las similitudes se encuentran en términos de miseria humana y de sufrimiento creados, fomentados y mantenidos por medio de estructuras pecaminosas, y en términos de los motivos que espolearon a las naciones occidentales a estar en connivencia con todo eso.

Las diferencias se encuentran fundamentalmente en dos áreas. La primera es el hecho de que, por lo menos hasta cierto punto, decisiones conscientes de las líderes del Oeste, en coyunturas cruciales, condujeron a la creación del Este como un imperio y como un poder crecientemente dominante en los asuntos humanos al final del segundo milenio.

La segunda es el hecho de que, por aquellas decisiones conscientes, el Oeste aceptó por mucho más tiempo del que justificaba cualquier crisis, y por su propio beneficio material, el robo completo de la soberanía de la gente sobre sus propias naciones, sus propias vidas y sus propios futuros. Naciones con una herencia rica y noble fueron alejadas del banquete de libertad y desarrollo del Occidente y se convirtieron en los pordioseros de la historia moderna, golpeando en la puerta trasera de la mansión de la prosperidad.

En la evaluación moral que hace el papa Juan Pablo de la formación de nuestro mundo del siglo veinte, no tiene un propósito útil caracterizar la

oposición mutua entre Este y Oeste en los términos económicos que marcan tan completamente la división Norte-Sur. Por el contrario, una de las cosas más notables acerca de la así llamada confrontación entre las naciones del Este y del Oeste es que el Este, consistentemente, no ha sido económicamente rival del Oeste. De hecho, el bloque oriental no hubiera sobrevivido económicamente -ni siquiera hubiera sido un factor en el juego final del milenio que se está desarrollando- si no hubiera sido por los subsidios financieros, comerciales e industriales proporcionados de buena gana, y por la ganancia, por las naciones occidentales.

En la mente del papa Juan Pablo no hay duda de que, a pesar de todo su fracaso económico, el Este ha conseguido tener una especie de dominio moral sobre el Occidente, en el sentido de que éste ha sido timado para convertirse en un equivalente moral del Este.

Ya en abril de 1918, a los seis meses de que Lenin se apoderara de la moribunda Rusia zarista y de que surgiera el Estado-Partido leninista que en 1922 se convertiría en la URSS, el arzobispo Achille Ratti, Visitador Apostólico en la Varsovia de la primera posguerra, hizo sonar la alarma sobre el leninismo que seguiría sonando en el Vaticano hasta mediados de los años sesenta. "La futura configuración de la Europa Central y Oriental casi está decidida por el advenimiento de un imperio perverso bajo los bolcheviques, en Moscú, y por la inclinación de los tres Aliados. Polonia es un experimento. Varsovia es el foco. . ." La inclinación a la que se refería Ratti era la decisión tomada por Inglaterra, Francia e Italia en su tratado supersecreto de Londres, de 1915, en el sentido de que la Santa Sede sería deliberadamente excluida de cualquier acuerdo de paz. El comentario de Ratti: "Cualquier acuerdo semejante será una preparación para una guerra mucho peor y para la victoria de ese imperio perverso".

Esos aliados conocían la apreciación moral papal pero no querían tomarla en cuenta. Simplemente querían venganza. "Entonces, ¿cuál era la diferencia entre los combatientes?", podría haber preguntado Ratti. "Son equivalentes en el plano de la moralidad". La columna vertebral de la apreciación moral que hace Juan Pablo del Este y del Oeste es precisamente ésa: si ambas partes actúan como si Dios no existiese, y ambas actúan por motivos puramente materialistas, ¿qué diferencia moral se puede ver entre ellas? Con seguridad, ¿hay una equivalencia moral entre ellas?

Achille Ratti fue nombrado papa Pío XI en 1922. Su evaluación de la URSS y posteriormente de la Alemania hitleriana estaba basada en ese principio de la equivalencia moral, que era el defecto fatal de la reacción de las potencias accidentales frente a las amenazas nazi y leninista. Reducido a una regla práctica del arte de gobernar, ese principio era: no debes actuar en los asuntos de las naciones (o, para el caso, en los asuntos de los individuos) partiendo de la suposición de que eres capaz de establecer un *nodus vivendi* con lo que es moralmente censurable, moralmente malo. sto puede estar de acuerdo con tu conveniencia, con tu comodidad, pero

significa que has dado un equivalente moralmente aceptable a lo que es moralmente malo.

Inevitablemente, esto corromperá lo que hubiera de moralmente bueno en tu actitud inicial. Porque no te detendrás en la mera tolerancia, una especie de trato de vivir-y-dejar-vivir a una distancia segura. Inexorable mente serás conducido a ceder en lo que era moralmente bueno en tu postura original.

La queja y la crítica de Pío XI era precisamente ésa: tolerar a la URSS condujo a admitir a la URSS en el concierto de las naciones. Tuvo la misma crítica que hacer al tratamiento acordado tanto a Hitler como a Mussolini. Por cierto, hay más de una razón para pensar que la vida de Pío XI terminó exitosamente con un Mussolini temeroso de que su régimen se sacudiera hasta sus cimientos gracias a un fulgurante ataque del Papa, como el que había lanzado contra Hitier el 14 de marzo de 1937.

Pero ya en la época en que Ratti se convirtió en Papa en febrero de 1922, los tempranos pioneros del proceso histórico de la ganancia material y del aumento del poder crudo -líderes que fueron, para los motores del desarrollo geopolítico, lo que Ford y los hermanos Wright fueron para los automóviles y los aviones- estaban sujetos a las consecuencias de su pasión, a un alejamiento, en mente y en acción, de la gracia iluminadora de Dios. Bajo semejante liderazgo, y en realidad como asunto de política, las grandes naciones dejaron de observar el Primer Mandamiento y en cambio adoraron libremente, y por una consistente decisión, ante los altares de los falsos dioses de la ganancia financiera y del poder político.

El reconocimiento otorgado a la Unión Soviética por las grandes naciones en los primeros años después de la Primera Guerra Mundial, estuvo simple y principalmente enraizado en el potencial para aumentar el comercio. Y al comienzo, no fue más que un asunto de facto.

Sin embargo, el comercio siempre se ve facilitado por la diplomacia. Y por lo tanto, en 1925, las grandes potencias de Occidente, conducidas por Alemania y Gran Bretaña -y con la única excepción de Estados Unidos-, habían establecido plenas relaciones diplomáticas con el gobierno soviético.

En términos prácticos de ganancia y poder, era obvio que Estados Unidos no podía permitirse ser el único diferente. Y de hecho se unió al resto en 1928, cuando, quebrantando por primera vez el "bloqueo de créditos" que había erigido contra la URSS, se firmó un contrato en Nueva York entre la Compañía de Comercio Soviética y General Electric.

Si el Occidente estaba preparado para argumentar, aun en esa fecha temprana, que en sus acuerdos comerciales y diplomáticos no había hecho más que reconocer a la Unión Soviética como un hecho práctico de la vida en el cambiante panorama del mundo, una concesión mucho mayor, que llegó en 1934, dejó cojo a ese argumento. Fue en ese año que la **Liga de las Naciones decidió admitir a la Unión Soviética entre sus miembros.**

Con esa acción, se le acordó al gobernante régimen soviético un status

enteramente nuevo. El Occidente ya no la reconocía *de facto,* sino de *jure.* Es decir, las grandes potencias mundiales tomaron una decisión clara y deliberada de reconocer no sólo el hecho práctico de la existencia de la Unión Soviética. Tomaron la decisión de reconocer el *derecho* del sistema soviético a comportarse como se estaba comportando y a perseguir las metas que estaba persiguiendo.

Ninguna de las grandes potencias del momento ignoraba que esas metas incluían apoderarse de todas las naciones de Occidente, destruir la forma de vida capitalista, liquidar toda religión formal y abrogar todos los derechos humanos.

Más aún, cada uno de los responsables de la aceptación de la URSS en la comunidad de naciones -de su admisión en nombre del derecho internacional a un lugar de igualdad con todas las demás naciones- sabía que el régimen soviético estaba construido, desde el vamos, sobre los pilares del ateísmo oficial, del uso de la persecución, de los campos de prisioneros, de la tortura y de las ejecuciones masivas, y de la infusión sistemática de propaganda mentirosa en el mundo.

En la visión de la historia del papa Juan Pablo, este reconocimiento *de jure* de la URSS, concedido principalmente por razones de beneficio económico y engrandecimiento material, fue un paso político de Occidente que estuvo basado sobre principios gemelos: aceptación de las múltiples estructuras pecaminosas sobre las que se había construido la URSS, y la concesión a la URSS del derecho a continuar por ese mismo curso.

Más aún, el argumento del papa Juan Pablo es que todo lo que sucedió durante los siguientes cincuenta años no fue más que la lógica derivación de esa decisión política consciente de las naciones occidentales, una decisión política que concedió equivalencia moral a un sistema inmoral, y que fue ratificada una y otra vez a medida que avanzaba el tiempo.

Por supuesto, los principios involucrados no fueron llamados principios de aceptación y concesión. Pero sus perfiles eran tan claros, y su aceptación en los asuntos mundiales se extendió tanto, que cuando el papa Juan Pablo II habla en privado, se refiere a ambos principios juntos, en una abreviatura apropiada, como el principio del *equilibrio.*

Cualquiera sea su nombre, este principio dicta que, una vez que un poder emerge en la escena humana, el juicio básico acerca de su aceptación no está basado en ninguna norma moral, y por cierto, tampoco en ninguna norma religiosa. El único juicio que se hace concierne a cuán adecuadamente se puede integrar este nuevo poder al concierto de las naciones, de manera que se pueda promover el comercio internacional, se obtengan ganancias y la "buena vida" pueda seguir su curso ascendente.

En otras palabras, no se necesita excluir ninguna fuente de un comercio más amplio, y ninguna base para la intensificación de la prosperidad, en tanto se puec.i mantener ese equilibrio.

Una vez que ese principio de equilibrio fue puesto en su lugar, se convirtió en una especie de piedra imán de la política internacional cuyo campo magnético era irresistible. A medida que transcurría la década de los treinta, en todas partes se mostraba la misma renuencia a declarar al régimen soviético fuera de la ley de las naciones, durante tanto tiempo como fue posible.

En realidad, fue sólo después de que la mayoría de las naciones occidentales habían sido forzadas, literalmente a punta de pistola, a enfrentarse a una amenaza al principio del equilibrio que llegó de otra parte -del régimen nazi de Adolfo Hitler en Alemania-, que el primer ministro británico Winston Churchill y el Presidente norteamericano Franklín Roosevelt celebraron, cada uno, acuerdos personales con el dictador soviético Joseph Stalin, por los cuales poblaciones enteras de Europa Oriental, los estados bálticos y Asia fueron entregados por completo a Stalin.

Stalin le dijo refunfuñando en 1944 a un grupo de senadores norteamericanos que lo visitaba, y que preguntaba tardíamente sobre sus planes de posguerra: "Su Presidente me ha dado una influencia total y exclusiva en Polonia y en China, y lo que planeo hacer allí no es asunto de ustedes". =n tanto, la página más triste y vergonzosa de las memorias de Churchill sobre la época de la guerra registra cómo, durante una de sus visitas a Moscú durante la guerra, de un plumazo firmó alegremente la entrega de la libertad y de las vidas de millones de personas de los estados balcánicos.

Puede ser, como tanto le gustaba decir a Churchill, que hasta el garrote soviético era suficientemente bueno como para derrotar al perro nazi. De todos modos, después de una década del acto de la Liga de las Naciones de 1934, el derecho de la Unión Soviética a seguir su curso singularmente brutal no sólo fue ratificado por los dos líderes más importantes de las naciones occidentales, ese derecho fue cementado y enormemente intensificado con los despojos de la guerra.

Dado el motivo de Roosevelt y Churchill en este asunto, es una ironía sumamente salvaje que, en los anales de la crueldad humana y del genocidio deliberadamente planeado, ni siquiera el récord sangriento de Adolfo Hitler pueda igualar al estalinista. Porque, sin demora, la Unión Soviética impuso su dictadura totalitaria sobre las desventuradas naciones de su nuevo imperio. Y sin demora, reasumió por todos los medios la persecución de su meta fundamental de la hegemonía mundial... su propia versión de la aldea global.

Las proporciones catastróficas de la división Este-Oeste a la que había contribuido en un momento de desesperación, fue mejor caracterizada por el propio Winston Churchill en 1946. En Fulton, Missouri, el estadista británico pronunció uno de sus más famosos discursos de posguerra. Conjuró anteel mundo la imagen lúgubre pero exacta de una cortina de hierro que los soviéticos habían afianzado en su lugar desde Stettin, en el mar Báltico, hasta Trieste en el Adriático. Europa había sido dividida. Este y Oeste se habían convertido en las coordenadas que dominarían la vida internacional del mundo y de toda su población durante los siguientes cuarenta años.

Lógicamente -en realidad, inevitablemente-, fue el Partido Comunista de la Unión Soviética el que usurpó el papel de único líder en el bloque del Este. Y en forma igualmente inevitable, todos los derechos humanos -civiles, políticos y religiosos-, así como el derecho a organizar sindicatos y a ejercer la iniciativa económica, fueron negados o severamente limitados. Se dedicaron enormes sumas de dinero al enriquecimiento de la *nomenklatura,* esa clase privilegiada de burócratas y de funcionarios del Partido de la Unión Soviética que fue tan rápidamente exportada a cada nuevo país satélite como su nueva clase dirigente. Las reservas de armas comieron todavía más dinero, mientras que las necesidades vitales del desarrollo de las poblaciones asoladas por la guerra eran ahogadas por el gasto militar, por la burocracia mastodóntica y por una ineficiencia que rápidamente se volvió endémica en todas las naciones sátrapas del Este como en las naciones del Sur.

Stalin, ya culpable, con anterioridad a la Segunda Guerra Mundial, de la persecución, prisión, tortura y muerte de unos cincuenta millones de seres humanos, impuso el mismo tipo de dictadura totalitaria a las naciones traicionadas del recién creado bloque del Este.

Ahora tenemos testimonios directos desde el interior del propio sistema soviético sobre los arrestos masivos, las deportaciones, torturas, encarcelamientos y ejecuciones que recayeron sobre millones de inocentes ciudadanos en la URSS y en todas las naciones satélites. En la red de campos de trabajo forzado, en la total censura de los medios, en el gobierno totalitario de un solo hombre, en la conservación de expedientes sobre incontables personas, en el aparato policial represivo y en los asesinatos que continuaron a lo largo del periodo de la segunda posguerra, en el genocidio deliberadamente planeado, en el control total sobre ¡a vida diaria de millones (sobre lo que comían, qué trabajo hacían, qué leían, qué pensaban, cómo vivían y cómo morían), en todo eso, el récord de Stalin no es sobrepasado en la historia escrita.

Aunque había continuos gritos de indignación desde todo el mundo, la reacción y la estudiada respuesta de las naciones occidentales a este , pectáculo de horror soviético que se había extendido sobre toda una región del mundo, fue básicamente un refinamiento de su anterior principio de equilibrio. O, más adecuadamente, fue la codificación de ese principio de equilibrio en una política por medio de la cual el equilibrio todavía podía mantenerse. Y esta vez, tenía un nombre. La doctrina de la "contención".

De hecho, hasta tuvo un autor. George F. Kennan fue el analista internacional más destacado de Occidente y quizá la mente más aguda que apareció en el Occidente desde la muerte del inglés Lord Acton en 1902. Kennan fue, también, lo más cerca que ha llegado Estados Unidos de producir un pensador genuinamente geopolítico.

En un telegrama de ocho mil palabras, ahora famoso, despachado desde la Embajada norteamericana en Moscú al Departamento de Estado en Washington en 1946, Kennan, un empleado subalterno de la embajada,

propuso que Estados Unidos respondiera al empuje expansionista soviético por medio de "la aplicación hábil y oportuna de la réplica en una serie de puntos geográficos y políticos constantemente cambiantes". Desalentaba cualquier militarización innecesaria del conflicto con los soviéticos, o cualquier dependencia de las armas nucleare-. En su mente, la fuerza militar no debía ser el medio principal de contrarrestar a los soviéticos.

La fuerza motriz del pensamiento de Kennan era, básicamente, una fuerza moral de intención verdaderamente geopolítica. Para él, la necesidad de evitar la guerra con los soviéticos nacía de un imperativo moral. Debían hacerse todos los esfuerzos para evitar una guerra semejante, porque probablemente significaría la destrucción total de nuestra civilización actual.

Al mismo tiempo, Kennan era explícito en lo concerniente a lo que el Occidente podía o debía hacer en relación con los pueblos mantenidos ahora cautivos en Rusia y en todo el último imperio colonialista de la historia del mundo.

Condenando al régimen estalinista como uno de "crueldad y envidia sin paralelo", aconsejaba al Occidente que se convirtiera y se comportara como un "extranjero benévolo", para mantener "corteses relaciones de vecindad con los soviéticos, y luego dejar q ,·e el pueblo ruso -sin que lo moleste el sentimentalismo extranjero ni el antagonismo extranjero- resuelva su destino a su manera particular. . . El extranjero benévolo, en otras palabras, no puede ayudar al pueblo ruso, sólo puede ayudar al Kremlin. E, inversamente, no puede dañar al Kremlin, sólo puede dañar al pueblo ruso. Ésta es la forma en que está el engranaje del sistema".

Un comentarista admirador escribió sobre la doctrina Kennan que estaba basada en "una evaluación realista de los respectivos poderes e intereses de América y de Rusia". Y es cierto, si uno considera las "corteses relaciones de vecindad" de un "extranjero benévolo" como el medio para mantener el principio del desarrollo equilibrado en el Occidente, y si uno considera "una evaluación del poder y los intereses de Rusia" como una base aceptable para justificar la connivencia moral con los horrores de la vida en las naciones del Este. . . entonces, sin duda, Kennan había proporcionado un marco general detallado y realista, dentro del cual el Occidente podía perseguir los intereses de su desarrollo con tan poca molestia moral como era posible.

Las profundas consecuencias humanas de la doctrina de la contención de Kennan quedaron aclaradas más allá de la duda, si es que se necesitaba una aclaración, cuando en 1956 el pueblo de Hungría llevó a cabo un levantamiento desesperado contra la brutal presencia policial, los sueldos de hambre, la promiscuidad, las despensas vacías y los sustitutos improvisados para las necesidades más simples de la vida que Stalin les había impuesto. Los húngaros estaban convencidos de que el Occidente vendría en su ayuda. Desgraciadamente, no habían evaluado que el Occidente descansaba en el principio del equilibrio de poder. Si Stalin borraba a toda la nación

húngara, aun el Occidente vería florecer su propio camino. La nación en rebelión fue reprimida en forma sangrienta. En 1968 hubo una nueva representación del mismo guión, esta vez en Checoslovaquia.

Fatalmente comprometido desde el comienzo de la "vida con el tío Joe", el Occidente había entrado en la espiral de una relación bipolar de antagonismo sobre la cual tenía solamente un control muy tenue. No sólo había aceptado al Este como una potencia paralela, el Este había alcanzado el sueño de todo estratega clásico: había atraído al Occidente al terreno en particular que había elegido para la lucha.

Inevitablemente, el Este y el Oeste, cada uno con sus propias formas de propaganda y adoctrinamiento, transformaron su oposición ideológica en una oposición militar profesional del tipo más curioso. Dos bloques de fuerzas armadas, aunque desconfiados y temerosos de los planes de dominación mundial que tenía cada uno, tenían ambos tanto miedo del conflicto directo como de la amenaza geopolítica del bando opuesto.

Dados los elementos de la doctrina de contención de Kennan, la tensión armada entre las naciones del Este y del Oeste, la atmósfera de desconfianza y sospecha que reinaban entre ambos, y sobre todo, dada la profunda contienda ideológica entre los dos bloques, solo era cuestión de un corto tiempo antes de que la coordenada de oposición Este-Oeste se derramara para afectar a las naciones del Sur.

En primer lugar, la vasta derrama de miles de millones de dólares en ayuda al exterior se convirtió en un medio por el cual el Este y el Oeste por igual esperaban hacer avanzar los intereses de sus políticas exteriores divergentes. Porque la rivalidad Este-Oeste era global, y los fondos tenían el propósito de comprar lealtades, no de aliviar la pobreza endémica.

A su vez, las naciones del Sur, desesperadamente necesitadas de una ayuda efectiva, imparcial y prudentemente administrada de los países desarrollados y más ricos del Norte, se encontraron en cambio agobiadas por los conflictos ideológicos del Este y el Oeste. Porque fue en las naciones del Sur que ambos encontraron los blancos más convenientes para lo que George Kennan había llamado " la aplicación h¿bil y oportuna de la réplica en una serie de puntos geográficos y políticos constantemente cambiantes". Las naciones del Sur clescubrierón que les asignaban una posición u otra a lo largo de la coordenada Este-Oeste.

Con la mayor frecuencia, y desgraciadamente para el Sur, los resultados inevitables fueron conflictos y divisiones internos, hambre, crueldad y hasta guerra civil en gran escala. El Sur está repleto de monumentos a esta política, monumentos con nombres que todos conocemos: Nicaragua, Vietnam, Laos, Camboya, para nombrar sólo unos cuantos.

A pesar del hecho de que la trayedia a escala internacional se convirtió en el orden del día, jamás se pensó ni se llevó a la práctica un plan concertado para impedir que siguiera ensanchándose la brecha entre Norte y Sur -el rico y el pobre-, porque era la rivalidad global entre el Este y el Oeste

-el pordiosero y el ladrón- lo que dictaba los gastos de las naciones occidentales. De hecho, con el tiempo, todos los gobiernos locales, aun entre las naciones del Este, recibieron su propia ración de los miles de millones de dólares en créditos y en ayuda, pagados por las naciones occidentales en su continua acción para mantener el equilibrio.

De este arreglo mutuamente aceptado de asociación y oposición entre el Este y el Oeste surgió un factor importante en la vida moderna, la carrera armamentista, que ha hecho que las naciones derrocharan tantos cientos de miles de millones de dólares todos los años, que hasta los gigantes de Occidente se convirtieron en naciones deudoras. Si se hubiera administrado prudentemente y por otros motivos, ese gasto sólo probablemente hubiera podido borrar el hambre, la enfermedad y la carencia de vivienda endémicos de todas las tierras del Sur.

A pesar de una cosecha tan catastrófica, las naciones occidentales pusieron el toque final a su aceptación sistemática de la injusticia, crueldad, hipocresía y mentiras institucionalizadas y al propósito anti-Dios del bloque oriental de naciones.

En el Acuerdo de Helsinki, de 1975, todo el Occidente, como un bloque, ratificó de nuevo y oficialmente el principio del equilibrio. El carácter inviolable del imperio soviético, compuesto y erigido sobre estructuras pecaminosas, fue confirmado oficialmente y sobre el papel de un tratado. Todas las concesiones y aceptaciones hechas al pecado institucionalizado en estructuras pecaminosas, fueron ratificadas con fanfarrias internacionales como la política global de las naciones occidentales. La doctrina Kennan había conducido al triunfo de lo que ha sido llamado la doctrina Brezhnev: el intocable derecho del Estado-Partido soviético a controlar sus naciones cautivas.

Tales eran los hechos desnudos de la asociación y rivalidad en 1978, cuando Karol Wojtyla llegó a Roma desde el Este soviético; y así permanecieron, en esencia, todos los años de su reinado como papa Juan Pablo II, hasta el surgimiento de Mijaíl Gorbachov en 1985.

Las naciones del Este permanecieron como estaban, agrupadas alrededor de la URSS como su líder dominante y como el Estado-Partido que había sido siempre: un estado de contraespionaje en forma y función. Las naciones occidentales permanecieron como estaban, agrupadas libremente, aunque a veces de mala gana, alrededor de Estados Unidos como paraguas militar, y como líder financiero y empresarial. Y el mundo permaneció como estaba, atado al potro de tormento global de la oposición mutua y la rivalidad entre los dos bloques principales, aveces con una tensión que llegaba casi al punto del estallido, y otras veces con una tensión menos ominosa, pero nunca totalmente aliviado de esa tensión.

Desde el comienzo de su pontificado, el papa Juan Pablo ha insistido en que ninguna significativa evaluación moral de la rivalidad Este-Oeste, y

ninguna evaluación de sus efectos sobre el mundo, podría tomar en consideración algo como el principio del equilibrio, ni siquiera por un momento. Tampoco una evaluación moral podría basarse, ni siquiera remotamente, en una cómplice política de contención. Porque tanto el principio cuanto la política no eran más que la aceptación del mal moral engalanado con las últimás ropas "para-ia-reunión". Expresado menos alegremente, eran las cuerdas que mantenían atado al mundo entero a las máquinas de tortura de las estructuras pecaminosas.

Es cierto, siempre hubo diferencias del tipo más profundo entre el Este y el Oeste. El sistema oriental estaba política, económica y socialmente estructurado de acuerdo con el marxismo clásico, modificado y adaptado por los estalinistas soviéticos. El sistema occidental estaba estructurado de acuerdo con el capitalismo clásico, que experimentó sus propias modificaciones y adaptaciones. Y es cierto que de esas ideologías totalmente irreconciliables fluía la rivalidad política, social y económica entre los dos bloques de naciones. Dictadura totalitaria en el Este versus democracia capitalista en el Oeste. Estatismo absoluto en el Oriente versus economías abiertas y de mercado libre en el Occidente.

Sin embargo, a pesar de todas las diferencias entre las dos partes, y sin importar lo profundas que parezcan ser esas diferencias, Juan Pablo señala un lazo decisivo entre Este y Oeste, un defecto común y letal que los engrilla juntos como socios amargos perc no siempre mal dispuestos. En ninguno de estos dos sistemas hay elemento alguno que considere a las estructuras pecaminosas como moralmente repugnantes, siempre que los propios sistemas puedan funcic. -. r y perseguir sus metas individuales y diferentes.

Para el papa Juan Pablo está claro que el Occidente, nunca privado sistemáticamente de su derecho a elegir libremente, siempre tendrá una multitud de acusadores silenciosos que le recuerdan al mundo a aquellos que en el Occidente aceptaron al Este estalinista como un socio sombrío y contencioso en los asuntos mundiales, que le recuerdan al mundo aquellos que aceptaron la equivalencia moral con un régimen moralmente perverso. Porque, siguiendo el principio de la equivalencia moral, la connivencia del Occidente con las estructuras pecaminosas del Oriente dejó una estela que es claramente detectabie en todos sus horribles detalles.

Siguiendo el principio de la equivalencia moral, el Occidente detuvo el avance de sus tropas aliadas en los días finales de la Segunda Guerra Mundial, para permitir a los soviéticos que entraran primero en Alemania, Checoslovaquia y una amplia ringlera de territorios adicionales.

Siguiendo el principio de la equivalencia moral, se permitió que toda la serie de estructuras pecaminosas erigidas por los líderes soviéticos se repitiera a sí misma en toda la Europa Oriental y los estados bálticos de Estonia, Letonia y Lituania. Estructuras injustas, corruptas, dictatoriales, sin dios, que directa y sistemáticamente violaron la dignidad humana en individuos y naciones al negar todos los derechos humanos; estructuras que violaron la

justicia básica y el amor al semejante; estructuras que infligieron hambre, pobreza, privaciones sociales y mentales, pesimismo y violencia corporal a millones de hombres, mujeres y niños. Sobre todo, eran estructuras que estaban oficialmente, y por expresa política estatal, impregnadas de la falta de dios, con una negación profesional de la soberanía y de la ley de Dios.

Más aún, siguiendo el principio de la equivalencia moral, Estados Unidos y los principales protagonistas del Occidente bajo su liderazgo, rara vez miraron hacia atrás, por encima de su hombro colectivo, una vez que oficialmente habían firmado la entrega de las vidas, libertades y derechos de todos esos millones al cautiverio soviético.

En cambio, siguiendo constantemente el mismo principio, el Occidente consintió, una y otra vez, en tratar como un miembro cumplido de la familia de las naciones a una potencia oficialmente sin dios y profesionalmente anticristiana, antirreligiosa. El Occidente aceptó a los soviéticos como miembros auténticos, aunque reconocidamente problemáticos, de la comunidad internacional, intercambiando embajadores, estableciendo lazos culturales y fomentando pirámides enteras de vínculos comerciales, industriales y financieros con el Oriente.

Por todos estos medios, y siempre con el principio de la equivalencia moral como estrella guía, el Occidente fue cómplice de la Gran Mentira de que las naciones cautivas eran auténticamente Estados soberanos, y no los renuentes cautivos de estructuras pecaminosas que se sostenían recogiendo una cosecha de muerte entre seres humanos a los que nunca se les permitió la oportunidad de tener suficiente sustento para su vida.

Como Papa y como polaco, Juan Pablo conoce directamente la profundidad y la extensión del sufrimiento causado por esa connivencia moral entre los líderes del Este y del Oeste. Demasiado bien sabe que nació toda una generación que "nunca (ha) conocido la seguridad de la paz en su vida", para adaptar las potentes palabras de George Kennan. Una generación entera vivió y murió sin esperanza para el futuro.

Como ha dicho a veces Juan Pablo, en Polonia, él y su pueblo conservaron una melancólica esperanza e irrefrenable fe en el futuro que Dios presentaría, porque los polacos nunca se permitieron dejarse robar su creencia en Dios y en Cristo como el Salvador, y porque nunca, ni por un momento, aceptaron el principio de la equivalencia moral bajo el útil disfraz del equilibrio y la contención, como hicieron aquellos que fingieron que, a pesar del creciente precio humano, la ausencia de una guerra a tiros entre las principales naciones del Este y del Oeste podía pasar por paz.

Siempre estarán las inextirpables fosas comunes de ciudadanos soviéticos en Bykovnia, cerca de Kiev, en Kuropaty, cerca de Minsk, en Vinnitsa y Lwów y en cuantos sitios más que se extienden desde Arcángel en el Círculo Ártico, todo el camino hasta Odessa en el Mar Negro, y desde Moscú hasta la aldea-prisión de Boguchany, en las tierras altas soviéticas. Cualquier intento de justificar la irreflexiva aceptación *de jure* que hizo el Occidente del

imperio soviético y de la doctrina Brezhnev, siempre será contradicho por Juan Pablo con la fosa común de 4,443 oficiales polacos en el bosque de Katyn, las tumbas de 11,000 ofíciales polacos en los campos de internación de Kozielsk y de Ostaszkowo, con las tumbas abandonadas de las 3,500 estaciones de internación del sistema del Gulag soviético en toda la URSS y sus naciones cautivas.

Seguramente, también, los millones que han vivido y muerto desconocidos, indefensos, sin registro, sin ser llorados y sin que se rindiera cuenta de ellos, constituyen un acta de acusación, escrita en carne y sangre, contra las autoridades soviéticas. Pero igualmente seguro es que están implicados todos aquellos que se confabularon con los amos del régimen soviético, se conformaron y los aceptaron, todos aquellos que insistieron en seguir ese principio del equilibrio tan conveniente para el sistema capitalista y tan querido para todos los corazones de los líderes del Occidente.

Pero, ni con mucho todos los acusadores del Este y del Oeste son testigos silenciosos. Y ni con mucho están todos ellos en la Unión Soviética, en la Europa Oriental y la región báltica. Porque el principio de la equivalencia moral se abrió camino alrededor del mundo. En términos geopolíticos prácticos, resultó que la estrategia global de George Kennan de "la aplicación hábil y oportuna de la réplica en una serie de puntos geográficos y políticos constantemente cambiantes", significaba que las naciones, y regiones enteras, se habían convertido en peones en el fuego cruzado de la oposición y hostilidad Este-Oeste.

Los conflictos internos, la hambruna, la crueldad y hasta las guerras civiles a gran escala no son sino algunas de las miserias que resultaron en "puntos geográficos y políticos" tan distantes como Pakistán, Mozambique, Angola, Etiopía, Guatemala, Nicaragua, El Salvador y Afganistán.

¿Cuántos acusadores más deben levantarse, también, de las políticas de no-ganar del Occidente en Corea y Vietnam, que cobraron su propia cuota en la muerte de millones y en la descorazonadora miseria de millones más? Para Juan Pablo, es inevitable la conclusión de que el Occidente no era tanto un aliado benigno cuanto indigno de confianza, a pesar de las muchas declaraciones en aquel sentido. Por el contrario, bajo el liderazgo norteamericano, Occidente fue el fiel discípulo de la equivalencia moral. Se dedicó a su política de "corteses relaciones de vecindad" con los soviéticos, cuyos vicarios se unieron al Occidente en el pago del precio por su connivencia -inclusive en la guerra- con los amos orientales de estructuras pecaminosas.

Okinawa se convirtió en otro peón de tales "corteses relaciones de vecindad" entre los bloques de potencias del Este y del Oeste. Okinawa fue forzadamente incluida como la prefectura número cuarenta y siete del Japón, a pesar del hecho de que el dudoso derecho de Japón descansaba solamente en la toma de la isla en 1898. Pero Okinawa era necesaria como base estratégica para el Japón y Estados Unidos vis-á-vis China. Así que Okinawa no fue devuelta a su pueblo. Por el contrario, casi el veinte por ciento de su territorio está ocupado por bases norteamericanas.

El interés occidental por China figura nuevamente en el Tíbet, donde Estados Unidos ha practicado una remilgada delicadeza en relación con la brutalidad del gobierno comunista chino contra los derechos humanos, y particularmente contra los derechos religiosos. ¿Por qué? Porque en la lucha entre los bloque:, del Este y del Oeste, el Occidente contaba a China como su carta de triunfo. Seguramente los tibetanos que, como resultado, han sufrido tan enormemente, se erguirían, si pudiesen, como testigos contra tales "corteses relaciones de vecindad". Y con la misma seguridad, se unirían a esa multitud de testigos los más de un millón de tibetanos sin hogar que están refugiados en la india y otros lugares.

Y luego está Líbano, por cualquier criterio uno de los ejemplos más patéticos de las desventuradas naciones atrapadas en las políticas de la equivalencia moral adoptadas por las naciones occidentales. Porque aquí el fuego cruzado de la oposición y la hostilidad Este-Oeste no es una manera de hablar. Es una forma de vida.

A comienzos de la primavera de 1989 -en un solo periodo de ocho semanas-, alrededor de cien mil proyectiles fueron lanzados al área cristiana de Beirut por los artilleros sirios, mientras que los artilleros cristianos arrojaron otros treinta mil proyectiles a las áreas controladas por los sirios. Claramente, entonces, como en Corea y Vietnam, tanto el Este como el Oeste han hecho mucho más que estar meramente conformes con el sufrimiento y la mortandad diaria de los tres millones y medio de residentes civiles del Líbano. Porque Siria es el representante de la Unión Soviética en el Medio Oriente, mientras que el enclave cristiano, hasta hace poco, ha sido capaz de recurrir al Occidente para el apoyo que pudiera recoger.

Sin embargo, en esta región, a diferencia de Corea y Vietnam, la naturaleza de carne-y-uña de la equivalencia moral quedó, recientemente, casi sorprendentemente en claro. Porque después del bombardeo y contrabombardeo de la sangrienta primavera de 1989, el Secretario de Estado norteamericano James Baker y el Ministro de Relaciones Exteriores de la URSS, Eduard Shevarcinacize, emitieron un comunicado conjunto llamando a "un diálogo nacional sobre la reconciliación en Líbano". La Liga Árabe también se entrometió, pidiendo el retiro de todos los "soldados no libaneses".

Desde el punto de observación de Juan Pablo, es claro que si el Este y el Oeste tuvieran la intención de hacer algo más que hablar de dien4. _ ; jia afuera sobre la "reconciliación en Líbano", no necesitarían molestarse con ningún comunicado conjunto. Simplemente, los soviéticos pueden retirar su apoyo financiero y militar, que es lo que permite pelear a los sirios, y los norteamericanos pueden retirar la ayuda financiera que hace posible que los cristianos continúen con su parte en la constante lluvia de muerte en el Líbano. Y los árabes, también, pueden retirar sus contribuciones (que llegan a más de la suma anual que pagan para los gastos de la o¡-P) y que

¡mperio soviético y de la doctrina Brezhnev, siempre será contradicho por Juan Pablo con la fosa común de 4,443 oficiales polacos en el bosque de Katyn, las tumbas de 11,000 oficiales polacos en los campos de internación de Kozielsk y de Ostaszkowo, con las tumbas abandonadas de las 3,500 estaciones de internación del sistema del Gulag soviético en toda la URSS y sus naciones cautivas.

Seguramente, también, los millones que han vivido y muerto desconocidos, indefensos, sin registro, sin ser llorados y sin que se rindiera cuenta de ellos, constituyen un acta de acusación, escrita en carne y sangre, contra las autoridades soviéticas. Pero igualmente seguro es que están implicados todos aquellos que se confabularon con los amos del régimen soviético, se conformaron y los aceptaron, todos aquellos que insistieron en seguir ese principio del equilibrio tan conveniente para el sistema capitalista y tan querido para todos los corazones de los líderes del Occidente.

Pero, ni con mucho todos los acusadores del Este y del Oeste son testigos silenciosos. Y ni con mucho están todos ellos en la Unión Soviética, en la Europa Oriental y la región báltica. Porque el principio de la equivalencia moral se abrió camino alrededor del mundo. En términos geopolíticos prácticos, resultó que la estrategia global de George Kennan de 1a aplicación hábil y oportuna de la réplica en una serie de puntos geográficos y políticos constantemente cambiantes", significaba que las naciones, y regiones enteras, se habían convertido en peones en el fuego cruzado de la oposición y hostilidad Este-Oeste.

Los conflictos internos, la hambruna, la crueldad y hasta las guerras civiles a gran escala no son sino algunas de las miserias que resultaron en "puntos geográficos y políticos" tan distantes como Pakistán, Mozambique, Angola, Etiopía, Guatemala, Nicaragua, El Salvador y Afganistán.

¿Cuántos acusadores más deben levantarse, también, de las políticas de no-ganar del Occidente en Corea y Vietnam, que cobraron su propia cuota en la muerte de millones y en la descorazonadora miseria de millones más? Para Juan Pablo, es inevitable la conclusión de que el Occidente no era tanto un aliado benigno cuanto indigno de confianza, a pesar de las muchas declaraciones en aquel sentido. Por el contrario, bajo el liderazgo norteamericano, Occidente fue el fiel discípulo de la equivalencia moral. Se dedicó a su política de "corteses relaciones de vecindad" con los soviéticos, cuyos vicarios se unieron al Occidente en el pago del precio por su connivencia -inclusive en la guerra- con los amos orientales de estructuras pecaminosas.

Okinawa se convirtió en otro peóri de tales "corteses relaciones de vecindad" entre los bloques de potencias del Este y del Oeste. Okinawa fue forzadamente incluida como la prefectura número cuarenta y siete del Japón, a pesar del hecho de que el dudoso derecho de Japón descansaba solamente en la toma de la isla en 1898. Pero Okinawa era necesaria como base estratégica para el Japón y Estados Unidos vis-á-vis China. Así que Okinawa

no fue devuelta a su pueblo. Por el contrario, casi el veinte por ciento de su territorio está ocupado por bases norteamericanas.

El interés occidental por China figura nuevamente en el Tíbet, donde Estados Unidos ha practicado una remilgada delicadeza en relación con la brutalidad del gobierno comunista chino contra los derechos humanos, y particularmente contra los derechos religiosos. ¿Por qué? Porque en la lucha entre los bloque:, del Este y del Oeste, el Occidente contaba a China como su carta de triunfo. Seguramente los tibetanos que, como resultado, han sufrido tan enormemente, se erguirían, si pudiesen, como testigos contra tales "corteses relaciones de vecindad". Y con la misma seguridad, se unirían a esa multitud de testigos los más de un millón de tibetanos sin hogar que están refugiados en la India y otros lugares.

Y luego está Líbano, por cualquier criterio uno de los ejemplos más patéticos de las desventuradas naciones atrapadas en las políticas de la equivalencia moral adoptadas por las naciones occidentales. Porque aquí el fuego cruzado de la oposición y la hostilidad Este-Oeste no es una manera de hablar. Es una forma de vida.

A comienzos de la primavera de 1989 -en un solo periodo de ocho semanas-, alrededor de cien mil proyectiles fueron lanzados al área cristiana de Beirut por los artilleros sirios, mientras que los artilleros cristianos arrojaron otros treinta mil proyectiles a las áreas controladas por los sirios. Claramente, entonces, como en Corea y Vietnam, tanto el Este como el Oeste han hecho mucho más que estar meramente conformes con el sufrimiento y la mortandad diaria de los tres millones y medio de residentes civiles del Líbano. Porque Siria es el representante de la Unión Soviética en el Medio Oriente, mientras que el enclave cristiano, hasta hace poco, ha sido capaz de recurrir al Occidente para el apoyo que pudiera recoger.

Sin embargo, en esta región, a diferencia de Corea y Vietnam, la naturaleza de carne-y-uña de la equivalencia moral quedó, recientemente, casi sorprendentemente en claro. Porque después del bombardeo y contrabombardeo de la sangrienta primavera de 1989, el Secretario de Estado norteamericano James Baker y el Ministro de Relaciones Exteriores de la URSS, Eduard Shevardnadze, emitieron un comunicado conjunto llamando a "un diálogo nacional sobre la reconciliación en Líbano". La Liga Árabe también se entrometió, pidiendo el retiro de todos los "soldados no libaneses".

Desde el punto de observación de Juan Pablo, es claro que si el Este y el Oeste tuvieran la intención de hacer algo más que hablar de diere?. ;ira afuera sobre la "reconciliación en Líbano", no necesitarían molestarse con ningún comunicado conjunto. Simplemente, los soviéticos pueden retirar su apoyo financiero y militar, que es lo que permite pelear a los sirios, y los norteamericanos pueden retirar la ayuda financiera que hace posible que los cristianos continúen con su parte en la constante lluvia de muerte en el Líbano. Y los árabes, también, pueden retirar sus contribucionP- (que llegan a más de la suma anual que pagan para los gastos de la 0LP) y que

hacen tanto más fácil para "los soldados no libaneses" permanecer en el Líbano.o

Lo fácil que sería detener la lucha en el Líbano -si los grandes jugadores en el juego Este-Oeste de las "corteses relaciones de vecindad" tuvieran esa intención- se vuelve más claro para Juan Pablo cuando mira la situación muy diferente del Valle de Bekaa. El Bekaa, que está en el Líbano y bien al alcance de una destrucción similar a la que está sufriendo Beirut, es muy conocido como uno de los puntos más fértiles del mundo para el cultivo de la *cannabis.* Bajo control sirio, el Bekaa produjo mil millones de dólares por exportación de droga en 1989 solo. Tal incentivo aparentemente provoca un respeto que se eleva por encima de todas las demás consideraciones, porque el Valle de Bekaa está consistentemente y, en esa área, casi únicamente a salvo.

¿No es por lo menos instructivo preguntar, como lo hace Juan Pablo en muchas de sus reuniones con líderes seculares interesados, por qué el Bekaa no se ha convertido en otro de esos innumerables "puntos geo gráficos y políticos" donde tanto Este como Oeste han decidido aplicar su "réplica hábil y oportuna"? ¿No sería más exacto todavía preguntar, como también lo hace el Pontífice, por qué debe mantenerse a Líbano tan consistente y brutalmente en el peligro?

En esas circunstancias, un periodista señaló muy adecuadamente que a lo que en efecto equivale el silencio tanto del Este como del Oeste en el caso de la agonía del Líbano no es sólo ensordecedor, es mortal.

Mientras tanto, un sufrimiento de tipo diferente -pero producto igualmente de la connivencia del Oeste con las estructuras pecaminosas erigidas por el Este- cayó sobre el pueblo de Rumania en la misma década que ha visto la virtual destrucción del Líbano. Como todos los dictadores comunistas de las naciones satélites soviéticas de Europa Oriental, Nicolae Ceaujescu endeudó gravemente a Rumania con el Occidente. Entre 1981 y 1989, de hecho, pidió prestados once mil millones de dólares. Pero a diferencia del resto de los líderes satélites, y a diferencia de las naciones deudoras del Sur, Ceaugescu no buscó el alivio de la deuda o un plan de refinanciamiento que pudiera ser aceptable para el Occidente. En cambio, pagó hasta el último centavo de los once mil millones.

Quizá más que cualquier otro líder mundial, Juan Pablo aprecia lo que significó eso para el pueblo rumano. Porque conoce en detalle lo que tal plan, aceptado prestamente por el Occidente, sumó a los sufrimientos que ya tenían que soportar los rumanos: meses sin carne, meses sin leche, aldeas y pequeñas ciudades desarraigadas, decenas de campos de trabajo forzado. Toda la omnipresente crueldad de un estado policial, superada solamente por la Albania comunista y por la URSS de Stalin de los treintas y cuarentas, sólo fue intensificada por lo que debe considerarse el brazo financiero de las "guerras de política exterior" del Este-Oeste.

El papa Juan Pablo no termina su evaluación moral del Este y del Oeste

ni siquiera con tal irrecusable cuadro global de las consecuencias de la equivalencia moral. Porque ese cuadro nos mira a todos a través de los ojos de los millones y millones de refugiados de nuestro mundo, refugiados cuyo número y cuya condición de miseria quizá no tengan igual en todos los anales de la historia.

Los gobiernos cuentan estas víctimas con números que superan la población de naciones enteras: doce millones de refugiados a fines de 1988. Y sin que nadie se asombre, las concentraciones más grandes se encuentran precisamente en esas naciones del Sur a quienes se les han asignado sus lugares a lo largo de la letal coordenada de la contienda Este-Oeste: 817,000 refugiados en Sudán, 625,000 en Etiopía, 852,750 en Jordania, 600,000 en Malawi, 105,220 en Malasia, 447,850 en la Franja de Gaza, 259,850 en Siria, 165,000 en México, 430,000 en Somalia, 250,000 en Sudáfrica. La lista sigue. Los números terribles aumentan sin alivio.

Para el papa Juan Pablo, este cuadro es el rostro mismo dibujado por las manos de aquellos que gobiernan al mundo por medio del principio de la equivalencia moral. Es un cuadro que mira al mundo entero desde los ojos hundidos de demasiados niños que él ha encontrado personalmente y que literalmente están muriendo de hambre. Mira al mundo desde los ojos de demasiadas madres jóvenes condenadas con sus bebés a un destino de perpetua migración y necesidad. Mira al mundo desde los ojos de demasiados hombres, viejos mucho antes de tiempo, consumidos y casi sin vida, que esperan sólo la liberación de la muerte. Mira desde los ojos aterrorizados de demasiados jóvenes que, huyendo del reclutamiento forzoso por parte de ejércitos opositores, en cambio se precipitan a los desiertos de la vida, sin hogar y sin esperanza.

El Papa ha visto demasiados de estos refugiados en demasiadas tierras como para no darse cuenta de que son los hijos engendrados por las estructuras pecaminosas. Todo esto ha sido hecho posible por guerras y políticas subrogadas globales y otras "diplomacias" Este-Oeste. Pero en tanto el Occidente continúe sus políticas dictadas por el principio de la equivalencia moral, ninguna cantidad de dinero o de esfuerzo será suficiente para detener y revertir esta espantosa y todavía creciente marea de carencia y de miseria humana.

Peor todavía, el Occidente está tan profundamente comprometido con la clase de desarrollo que constantemente produce tales derivados de sufrimiento, que hasta cuando las naciones del Tercer Mundo por lo menos tratan de alcanzar algún grado de desarrollo moderno propio, Juan Pablo ve que su camino está constantemente obstruido, y sus esfuerzos consistentemente obstaculizados, por la misma deficiencia moral compartida durante tanto tiempo por el Este y el Oeste.

Por ejemplo, en Helsinki, en mayo de 1989, se reunieron los representantes de ochenta países en un foro internacional dirigido a atacar el problema del clorofluorcarbono y otros químicos que están consumiendo la capa de

ozono de la Tierra. Las naciones en desarrollo presentes, señalaron que ellas no podían desarrollar alternativas ambientalmente seguras teniendo como meta el año 2000 y al mismo tiempo mantener aunque sea su actual ritmo lento de desarrollo nacional. Sin embargo, los países desarrollados presentes rechazaron las demandas hechas por algunos de que, en beneficio de todos, se estableciera un fondo internacional para posibilitar que las naciones más pobres incluyan este factor crítico en sus agendas nacionales ya problemáticas y sobrecargadas.

En su exitosa dominación moral de las naciones occidentales, el Este ha sido poderosamente ayudado por algo más que su habilidad para atraer a su adversario a su propio terreno en la lucha por el dominio mundial. Por lo menos, fue igualmente ayudado por la bola de nieve de lo que ha sido llamado con exactitud la "industria de la culpa".

Durante más de cuarenta años, los gobernantes de las naciones del Este explicaron su total fracaso en proveer a sus poblaciones un nivel de vida decente, como el exclusivo resultado de las maquinaciones de las naciones de Occidente. Como parte esencial de la Gran Mentira de que las naciones orientales satélites eran Estados soberanos felices en su cautiverio, y de que el totalitarismo marxista es la democracia perfeccionada, esta industria de la culpa fue impuesta por igual en el Este y en el Sur. Cualquier mal en esas regiones -cualquier infortunio, incluyendo las catástrofes naturales- se culpaba a los hechos diabólicos de Occidente. Quizá el ejemplo reciente más ridículo y malintencionado fue la idea lanzada por la KGB de que el Occidente había desparramado deliberadamente material tóxico en el exterior para crear la epidemia de SIDA, primero en África y después en los países de la "fraternidad socialista".

Puede verse cuán exitoso ha sido el Este, consistentemente, en su dominio de esta industria de la culpa, por el grado hasta el que muchos, tanto individuos cuanto organizaciones de Occidente, han comprado los argumentos soviéticos. En lo que un político norteamericano llamó adecuadamente el síndrome de "culpar-primero-a Estados Unidos", segmentos representativos del mundo de Occidente han extendido constantemente el alcance de la "libertad de expresión" para incluir una distorsión moral de primer orden. Desenfrenadas agencias de las democracias de Europa y de Estados Unidos se han sumado, con creciente energía, a la corrosión del autoconocimiento de los pueblos de las naciones occidentales. Cada canal de la poderosa industria de las comunicaciones ha llegado a estar implicado en la destrucción de la exactitud moral del juicio.

Así, el Occidente no ha sido meramente persuadido, se ha sumado para persuadirse a sí mismo, de que todos nuestros males comunitarios -ambientales, civiles, políticos, religiosos- son de su propia creación.

El papa Juan Pablo ha encontrado que esta actitud está tan difundida

como para ser ahora lo que frecuentemente encuentra como "sistema de creencias" dominante y motivador entre muchos de sus propios obispos, sacerdotes y religiosos en las naciones occidentales, así como entre las autoridades de otras iglesias. Estados Unidos, como líder de las naciones occidentales, es aceptado como el archivillano de la vida internacional.

Sin embargo, así como Juan Pablo rechaza rotundamente los principios del equilibrio y de la contención como hijos bastardos del principio de la equivalencia moral, también rechaza la industria de la culpa como otro hijo bastardo de la Gran Mentira.

El papa Juan Pablo II insiste, como siempre insiste la Iglesia, en que en cualquier evaluación moral del Este y del Oeste por la existencia y mantenimiento de estructuras pecaminosas, debe haber una justa distribución de responsabilidad. E insiste en que esto es tanto posible cuanto necesario, porque, como siempre tiene presente, las estructuras pecaminosas no brotan simplemente como hongos en una selva húmeda. Siempre, y solamente nacen, y se nutren hasta llegar a ser un poder sistemático, por obra de grupos dedicados de hombres y mujeres que tienen una meta en la mente.

De hecho, a este respecto el Pontífice hace una distinción importante. Subraya el hecho de que en ningún bloque de naciones, Este u Oeste, las poblaciones en general no han tenido nada efectivo que decir o que hacer sobre la institucionalización de las estructuras pecaminosas en su medio. Tanto en el Este como en el Oeste, fueron los protagonistas principales de los sistemas quienes fueron corresponsables.

Es la opinión meditada de Juan Pablo, y su principio de acción y reacción, que, hoy por encima de todo, a comienzos de los años noventa, cuando la mayoría de las naciones cautivas del Este se están sacudiendo las cadenas que las ataban tan inútilmente a la URSS, una evaluación moral del comportamiento de las naciones durante los pasados cuarenta años es un preludio necesario para cualquier consideración sensata de lo que ahora debe ser el principio del comportamiento, tanto en lo relativo a esas naciones antes cautivas como a su captor, la URSS. No servirá de nada autoengañarse y decir que "el Occidente ha esperado pacientemente que esto tuviera lugar [la rebelión de los satélites]. ¡Nuestra política de contención dio resultado!"

La evaluación que hace el papa Wojtyla de esas coordenadas Norte-Sur, Este-Oeste aparece en tres juicios principales que responden comprensivamente al interrogante: ¿quién ha sido moralmente responsable de la creación y el mantenimiento de esas dos coordenadas paralizantes de la crisis mundial?

Con respecto a la coordenada Norte-Sur, pronunció un juicio muy solemne cuando hablaba en Ouagadougou, capital de Burkina Faso (ex Alto Volta), en África Occidental: "La tierra se está volviendo estéril en un área inmensa, la desnutrición es crónica para decenas de millones de personas, demasiados niños mueren. ¿Es pcsible que toda la humanidad no sienta tal

necesidad?. . . ¿No deberían preguntarse las sociedades 'desarrolladas' qué modelo le presentan al resto del mundo, sobre las necesidades que ellas [las sociedades desarrolladas] han creado, y hasta sobre el origen de las riquezas que han llegado a ser necesarias para ellas?" El mundo "desarrollado" (el Norte) ha tratado a las naciones del Tercer Mundo "como clientes y como deudores que son más o menos solventes", pero "esa actitud, consciente o no, ya ha conducido a demasiados callejones sin salida".

¿El remedio? Uno debe imaginarse esa solitaria figura vestida de blanco, parada en los límites estériles de las mortales arenas voladoras del Sahel, gritando obstinadamente y con autoridad por encima de un mar de negros rostros implorantes, en un esfuerzo por llegar a los oídos de Europa, de Estados Unidos, de Japón, de los "Tigres Asiáticos" y de la URSS, "En el nombre de la justicia, el Obispo de Roma, el sucesor de Pedro, le implora a sus hermanos y hermanas de todo el mundo no burlarse del hambre de este continente [África], no negarles el derecho universal a la dignidad humana y a la seguridad de la vida".

Sólo el Obispo de Roma, sólo el único hombre que posee las Llaves de la autoridad divina garantizada por la sangre humana de Dios hecho hombre, podía aventurarse a blandirlas en ese Ouagadougou.. . en todos los miserables Ouagadougous de las naciones del Sur.

En cuanto a la coordenada de oposición y desconfianza y desperdicio humano Este-Oeste, se puede buscar el juicio moral de Juan Pablo en sus alocuciones, discursos, sermones y conversaciones durante los meses de 1989 y 1990, cuando se inició el movimiento de liberación "gorbachovista".

En la mente del papa Wojtyla no hay duda de que la creación y mantenimiento del imperio Gulag fue la labor de aquellos dedicados a establecer la "revolución proletaria" leninista en todo el mundo. Pero, entrelazada con esa fundamental responsabilidad moral de la URSS y de todos sus subrogados, partidarios, clientes, compañeros de viaje, "topos" y "frentes", está la responsabilidad secundaria del Occidente capitalista, el cual desde el comienzo y durante toda la vida leninista estuvo en connivencia con la perpetuación de ese sistema perverso sólo porque llegó a la conclusión de que su paz, su seguridad y sus ganancias estaban en ese camino.

El tercer juicio moral de Juan Pablo concierne a la distribución de la responsabilidad moral por la conducción exitosa y piadosa de la nueva fase de las relaciones Este-Oeste, abierta por la aparición del gorbachovismo en la URSS y Europa Oriental.

Nuevamente, la responsabilidad moral básica está sobre las espaldas del Estado-Partido: los hombres que lo administraban -la *nomenklatura*- así como sus subrogados y partidarios fuera de la URSS. Pero de ninguna manera menos importante es la responsabilidad secundaria de Occidente. Habiendo estado en connivencia con el "imperio del mal", con la doctrina Kennan de la contención como principio general de acción, durante tanto tiempo y con consecuencias humanas tan horribles, ahora el Occidente

tiene una obligación moral de dar de sí, para curar la dolorosa herida infligida a tantos millones de seres humanos durante el tiempo de vida de más de dos generaciones.

Aquí, el papa Wojtyla trata de destacar la naturaleza de esa profunda herida. Ahora hay una ilusión común en Occidente de que la libertad ha estallado en todos los anteriores satélites soviéticos y que con esa libertad democrática no sólo vendrá el igualitarismo democrático, sino todas las virtudes sostenidas -por lo menos originalmente- por los proponentes de la libertad. Pero esto es mera ilusión.

La devastación humana en los ex miembros del sistema Gulag se encuentra a un nivel mucho más profundo del que puede **alcanzarse con una provisión de lavavajillas,** VCR, cuentas bancarias, alimentos de lujo, artículos de consumo, abundancia de artículos de primera necesidad, medios libres, elecciones libres. Las poblaciones de esos ex satélites no tienen ideología, ni conjunto de principios morales, ni ética, ni objetivos... más que una inmediata y plena participación en la "buena vida" tal como nostálgicamente la han visto presentada por los medios occidentales: el violento hedonismo de J.R. en "Dallas", las adquisiciones meteóricas de enormes fortunas en dólares por parte de los empresarios occidentales, los alcances ilimitados de la sexualidad, tal como la propone el floreciente *stablishment* occidental de la pornografía, y las políticas de que no haya una autoridad superior a las demandas de cada ser individual.

Como muchos sociólogos en Europa están ya comenzando a señalar, éste es un movimiento en esas poblaciones orientales que debe denominarse el "movimiento sin ideas". Es una violenta búsqueda del objetivo -la buena vida- sin ningún credo que la guíe, sin ninguna ideología digna de aquellos que ostensiblemente están huyendo del craso materialismo y ateísmo amoral del Gulag.

Por supuesto, como señala Juan Pablo, cada hombre y mujer del Gulag responderán a Dios por sus acciones individuales. Pero por encima y más allá de sus responsabilidades individuales, han sido víctimas involuntarias de las estructuras pecaminosas con las que el Occidente ha estado en connivencia durante tanto tiempo.

Por lo tanto, el Occidente ha incurrido en una responsabilidad moral por la curación total de esa profunda herida comunal, y, para esa curación, no serán suficientes meramente un aluvión de dólares y una colección de coirversiones. Tiene que haber una curación de mentes, una cura de la enfermedad del alma. Juan Pablo es insistente: Europa - la "nueva Europa" observada por el Este y el Oeste- "sólo puede ser construida sobre los principio:: espirituales que originalmente hicieron posible a Europa", les dijo a unos visitantes "europeos" a fines de enero de 1990.

Frente a los cambios que están teniendo lugar en todo el archipiélago Gulag, el occidente y el papa Juan Pablo difieren profundamente en la interpretación de lo que presagian esos cambios.

El sentimiento general en Occidente es que la "Guerra Fría" ha terminado, que el comunismo está en bancarrota y que los cambios son irreversibles, aunque Mijaíl Gorbachov fuera hecho a un lado por los males internos de la URSS. Cuando es más moralmente perceptivo, este sentimiento general en Occidente se gloría -y con razón- por el aparente triunfo de las ideas democráticas, la partida de esos vestigios estalinistas, Todor Zhivkov de Bulgaria, Erich Honecker de Alemania Oriental, János Kádár de Hungría, Milos Jakes de Checoslovaquia, Wojciech Jaruzelski de Polonia.

Aparte de estas nuevas iniciativas, ahora estamos registrando una impresión o convicción extendida que se refleja en los comentarios públicos, en los columnistas, en las palabras de estadistas y en los manifiestos y declaraciones de grupos particulares, de culto, humanísticos, filosóficos, hasta religiosos. Y es, para decirlo con palabras corrientes, que está ocurriendo algún cambio importante. Pero es difícil encontrar mayores precisiones, y muchos que ponen a prueba la cuestión, buscando una mayor precisión, terminan con un rosado optimismo o en una duda inquieta.

En este asunto, la impresión o convicción es muy frágil y volátil, igual a nuestra percepción de la luz del sol en otoño. Observando el reflejo del sol en un cuarto que se frecuenta, a comienzos de agosto, la conciencia capta un cambio sutil en la luz. Es tan suave. Pero está allí. Y uno se maravilla porque parece tan suave. Y sin embargo tiene una claridad que durante algún tiempo pasa desapercibida. Entonces se establece la duda: ¿es porque algo está cambiando en uno. . . una nueva claridad en ciertas cuestiones, un giro causado por los acontecimientos externos y el propio desarrollo interior? t0 es un cambio en la calidad de la luz que produce un cambio en uno? Porque nosotros, con todas las demás cosas del cosmos, cambiamos. Así que, finalmente, cuando todo está dicho sobre estos cambios, una seria duda que llega a la ansiedad flota en las mentes de los occidentales que observan la caótica escena.

En otras palabras, la gente en el Occidente está preguntando, ¿qué está sucediendo en esta era dei primer impacto d ,rl gorbachovismo? ¿Se está produciendo un gran cambio en la sociedad de la naciones (incluida la URSS)? ¿0 todo es un truco de nuestra luz de otoño, una ilusión, por lo tanto, un oscurecimiento de nuestra visión? La sociedad de las naciones, ¿ha sido inconscientemente,cautivada por alguien que puede ser el gran maestro del exquisito arte del ilusionismo político a gran escala?

Una duda semejante no cruza al papado católico romano ni a su interpretación de los acontecimientos: desde Pío XI, pasando por Pío XII, Juan XXIII, Paulo VI, hasta el actual detentador de las Llaves de Pedro de la enseñanza autorizada sobre el bien y el mal en los asuntos humanos. Hasta un Juan XXIII, quien hizo las primeras aperturas papales a la URSS y vio traicionada su confianza, y un Paulo VI, que estaba totalmente fuera de lugar en esta confusa arena de las relaciones Este-Oeste. . . hasta ellos transmitieron fielmente el juicio inmutable del papado católico romano.

Es decir: nada menos que una conversión religiosa y moral del pueblo de la URSS, acompañada por un cambio similar en Occidente, resolverá la crisis geopolítica que se intensifica constantemente, y permitirá que el feroz juego final del milenio resulte en una paz que puede ser llamada con exactitud humana, precisamente porque tendrá una bendición divina.

Este juicio del perpetuo papado viene reforzado por la constante memoria del papado, que, desde los comienzos del Estado Partido, ha observado a cada uno de los Campeones de la Hoz y el Martillo y ha comprendido plenamente lo que está involucrado en la creación leninista. El recuerdo de esos setenta y tres años de historia, desde Lenin a Gorbachov, es la clave para interpretar con exactitud los acontecimientos presentes.

Tercera parte

Los campeones de la hoz y el martillo

9

La galería de los héroes

En la Galería de Héroes del comunismo, Karl Marx y Vladimir Ilyich Lenin están rodeados de filas de camaradas nada despreciables.

Karl Kautsky, por ejemplo. Seguidor de Marx, Kautsky hizo más que sistematizar las teorías de aquél. Más erudito como filósofo y con mayor autoridad sobre el marxismo que el propio Marx, Kautsky llegó a ser cono cido como "el papa del socialismo internacional", ¡un toque de ironía que él y Marx deben haber saboreado! Y estaba Friedrich Engels, por supuesto, quien era algo más humanista y ciertamente tenía una mente más práctica que Karl Marx, pero no era en lo más mínimo menos amargo ni más cooperativo. Como colega de toda la vida de Marx y activista comunista, ayudó a que Marx, que no tenía un centavo, fuera financieramente viable durante la mayor parte de su vida.

Oscuros como puedan ser ahora, había cientos de otros entre la "fraternidad socialista internacional" que estarían en una Galería de Héroes semejante. Hombres tales como G. V. Plejánov y P. B. Axelrod, por ejemplo, quienes señalaron precisamente a las masas de trabajadores -el proletariado- como el pivote de cualquier revolución triunfante, y así echaron las líneas básicas del pensamiento de Lenin sobre un nacimiento ruso para el marxismo político.

Aun antes de Marx, hubo algunas docenas de teóricos sociales y experimentadores activos que hubieran tenido también sus nichos de héroes. Robert Owen, en América, con su fundación de la "Nueva Armonía", en Indiana, y el francés Charles Fournier, con su original "Falange" de trabajadores, no son sino dos que deben venir rápidamente a la mente.

Sin embargo, nombre tantos hombres más de éstos como desee, y liste

todos sus logros, y aún así el estrado prominente debe reservarse sólo para esos dos. Para Karl Marx, quien desarrolló una novedosa manera de pensar sobre la muerte y el entierro de todas las clases sociales del mundo, excepto la "clase trabajadora", y para Vladimir Lenin, el feroz e ingenioso activista, el hombre que se dedicó a crear un cuerpo internacional que provocaría la muerte verdadera y violenta del capitalismo. El hombre que enterraría al capitalismo debajo de las praderas soleadas de un "Paraíso de los Trabajadores", que estaría en el futuro cercano y sería totalmente de este mundo.

Como muchos otros nacidos y criados en el mundo estéril creado por el marxismo-leninismo -como Aleksandr Solzhenitsyn, por ejemplo, o como Milovan Djilas de Yugoslavia-, Karol Wojtyla observaba las sombras del atardecer que se alargaban década tras década sobre ese Paraíso cruel y estéril. En consecuencia, desde el comienzo de su pontificado, Juan Pablo se había estado preparando para algún cambio radical y posiblemente convulsivo que él sabía que era inevitable en el Este soviético. Y estaba seguro de que una vez que llegara, un cambio semejante tendría sus profundos efectos en los cimientos mismos del Occidente capitalista, atado como había estado durante tanto tiempo a las naciones del Este.

Por lo tanto, en su mente, el papa Juan Pablo II siempre ha reservado dos lugares más de especial distinción en esa Galería de Héroes del Comunismo. Siempre era posible, pensaba, que un sardo virtualmente olvidado, de nombre Antonio Gramsci, se levantara del pequeño soto de oscuridad que le había asignado Lenin, para reclamar su propio y especial lugar como nada menos que un genio del pragmatismo marxista. Juan Pablo siempre ha pensado que el restante lugar sobre el estrado estaría reservado para el primer líder soviético con el sentido práctico, la amplitud de mente y la audacia política de escuchar, finalmente, a Antonio Gramsci.

Tal como ha resultado, probablemente ese lugar será ocupado por Mijaíl Gorbachov.

Desde el surgimiento de Gorbachov como portaestandarte del esperado cambio, que debió hacerse hace mucho tiempo, Juan Pablo se ha enfocado en ciertos puntos básicos acerca de él y acerca de su gorbachovismo, que proporcionan la interpretación más exacta de la mente y de la intención del líder soviético, y que, por lo tanto, predicen más exactamente el curso futuro de sus políticas.

Para aquellos que comparten la creencia, la mente y la perspectiva del Papa, el punto de mayor significación acerca de Gorbachov es que es el jefe del único gobierno, y líder de la única ideología política en el mundo y en toda la historia escrita, que son oficialmente antirreligiosos, que están oficialmente basados en la creencia de que todo en la vida humana es material. En todas sus manifestaciones y capacidades y destino, para la humanidad no hay nada más allá de la grosera materia. Ésa es una creencia básica del marxista genuino. Como sabe el Pontífice por la profunda experiencia de

una vida, cualquier afirmación en contrario es expuesta como pretexto, y es aceptada por ignorancia o connivencia o ilusión.

Mientras tanto, para los otros contendientes que están en la arena geopolítica con estos dos eslavos, el papa Juan Pablo II y el presidente Gorbachov -sea o no que tales contendientes compartan la creencia, mente y perspectiva de cualquiera de los dos-, el punto de mayor significación acerca de Mijaíl Gorbachov es exactamente paralelo al punto de mayor significación acerca de Juan Pablo. Porque tal como la presencia del Pontífice en el plano geopolítico se deriva de su posición como jefe de la única institución georreligiosa del mundo, así la presencia de Gorbachov en el plano geopolítico se la garantiza el hecho de que es la cabeza titular de la única geoideología existente en el mundo, la versión marxista soviética del comunismo.

En otras palabras, en términos estrictamente geopolíticos, el paralelo entre estos dos líderes se mantiene firme a causa de una simple e inevitable circunstancia: en un momento crítico de la historia del mundo, cada uno asumió un puesto a través del cual heredó una institución geopolíticamente estructurada y ya en funcionamiento.

Geopolíticamente, importa poco que Gorbachov no tenga sino seis predecesores -Lenin, Stalin, Jrushchov, Brezhnev, Andropov y Chernenko- cuyas vidas tomadas en conjunto se extienden apenas más de un solo siglo, mientras que los 263 predecesores de Juan Pablo se remontan a Simón Pedro como el primero en tomar en sus manos las Llaves de la autoridad como Vicario terreno de Cristo.

Porque en la arena geopolítica no es la edad ni el linaje, sino la estructura institucional y la oportunidad histórica los que son los factores operativos de importancia dominante.

Hay otros factores acerca de Gorbachov y acerca del gorbachovismo que son de fundamental significación en el pensamiento de Juan Pablo.

En primer lugar, el Papa reconoció en Mijaíl Gorbachov a un líder tan profundamente dotado como él mismo con el instinto por el problema geopolítico. El líder soviético tiene sus ojos fijos, tan seguramente como el Pontífice, en un objetivo geopolítico. Cada hombre, de hecho, despliega precisamente esos talentos que facilitan su política y acción geopolítica para alcanzar la meta que tiene en la mente.

Juan Pablo II, él mismo salido de las fauces del Oso Ruso, está tan íntimamente familiarizado como Gorbachov con los lineamientos y los aspectos sustanciales del sistema soviético. Ante más de un visitante y representante de los gobiernos del mundo libre que buscan la opinión del Pontífice sobre este tema, como sobre tantos otros, él ha desechado los rasgos destacados iniciales y ha señalado a los objetivos futuros de la innovación de Gorbachov. "Gorbachov", le comentó a uno de esos visitantes, 'es potencialmente un innovador tan grande como su padre fundador, Vladimir Ilyích Ulianov, más conocido para ustedes, los anglosajones, como Lenin".

Juan Pablo está plenamente convencido de que el propósito de la innovación de Gorbachov está totalmente relacionado con la adaptación de las fracasadas estructuras soviéticas y nada relacionado con el cambio de la ideología soviética. En la mente del Pontífice no existe la más ligera duda de que Gorbachov entiende tan claramente como nadie que las naciones no marxistas están ahora construyendo estructuras internacionales en las que eventualmente se albergará un mundo geopolítico. Tampoco puede haber mucha duda de que sus dramáticas innovaciones tienen la intención, en primera instancia, de aprovechar plenamente la probada fórmula del equilibrio todavía favorecida por Occidente. La Unión Soviética debe crearse rápidamente una reputación como socio aceptable en la construcción de esas nuevas estructuras internacionales. Por cierto, es bastante seguro de que Gorbachov, si puede, cincelará el nombre soviético, más profundamente de lo que jamás haya podido soñar Lenin, en las propias piedras angulares de esas nuevas estructuras.

Si Gorbachov puede lograr eso -y parece que ya está bien en camino-, entonces Juan Pablo está convencido de que la URSS tiene una buena probabilidad de alcanzar su objetivo a largo plazo: la dominación efectiva y completa de esas mismas estructuras.

Si esos objetivos a corto y largo plazos les parecen simplistas a algunos, o si se parecen demasiado a los objetivos siempre abrigados y alimentados por líderes soviéticos menos atractivos del pasado, o si caen en la mente de manera tan molesta como la evaluación moral de Juan Pablo de la división Este-Oeste del mundo, al Papa no le incomoda eso. Porque su experiencia ha sido que la mayoría de los líderes nacionales modernos y la mayoría de la gente común de Occidente, no se dan cuenta de que Mijaíl Gorbachov está completamente empapado del marxismo de Lenin, o que Lenin estaba profunda, sinceramente comprometido con su odio por todo lo relacionado con el capitalismo y los capitalistas. Sólo aquellos que realmente no aceptan esa fea realidad acerca del marxismo-leninismo soviético como telón de fondo de todo lo que Gorbachov dice y hace, sólo ellos pueden hacer negocios alegremente con la Unión Soviética y sus subrogados como si al hacerlo así no pusieran en peligro todo lo que ellos atesoran más: sus fortunas, sus vidas y su modo de vida.

Ni por un momento el papa Juan Pablo comparte tales actitudes. Por el contrario. Porque las encuentra irrealistas -y potencialmente al menos tan mortales como la política de contención que las albergó durante tantas décadas-, el Papa ni siquiera puede calificar esas actitudes de optimistas.

En cambio, lo que él subraya es una línea aparentemente inequívoca de herencia y evolución que lleva desde el marxismo de Marx, a través del leninismo de Lenin y del estalinismo de Stalin, hasta Gorbachov y su gorbachovismo. Cuatro estilos diferentes distinguen a estos hombres entre sí, no hay duda. Pero se puede ver un hilo común que los une a todos ellos, el frustrado aspirante a profesor universitario que yace enterrado en el Cementerio Highgate Hill de Londres, el pulcro y pequeño zelota momificado debajo de la Plaza Roja de Moscú, el tirano de dientes negros oculto en el muro del Kremlin, y el actual impulsor y estremecedor de nuestra comunidad internacional.

A pesar de sus muchas diferencias, éstos son los cuatro grandes Campeones de la Hoz y el Martillo. Los cuatro más grandes visionarios que comparten un ideal utópico que ya ha hecho del mundo un lugar deformado, y que reharía la totalidad de la raza humana de acuerdo a una mentalidad que Juan Pablo reconoce que está llena de odio para todo lo que hay de divino en la condición humana.

Para el papa Juan Pablo, y dejando de lado la cuestión del estilo personal, las diferencias más importantes entre Mijaíl Gorbachov y sus predecesores radica en tres áreas.

Primero, este nuevo líder soviético tiene una comprensión extraordinaria de la capacidad geopolítica del sistema marxista-leninista que ahora controla. Segundo, tiene una comprensión clara de los errores básicos del pensamiento de Lenin. Y, finalmente, se da cuenta que Lenin debió haber escuchado a Antonio Gramsci, el único hombre que entendió el guión correctamente desde el principio, porque le había tomado la medida al Occidente en el siglo veinte como no lo ha hecho ningún otro marxista antes ni después.

En consecuencia, para Juan Pablo, en el Occidente será posible seguir sin entender a Mijaíl Gorbachov ni a su gorbachovismo en tanto los líderes occidentales insistan en usar anteojeras históricas. No se comprenderá a Gorbachov como un contendiente fundamental en la arena geopolítica, ni al gorbachovismo como su pretendido vehículo para el éxito final soviético en esa arena, a menos que el Occidente se libere de una vez para siempre del fingimiento internacional que le ha permitido aceptar la Gran Mentira de que la Unión Soviética fue fundada y desarrollada como una nación normal empleando medios normales.

Juan Pablo insiste en que es esencial comprender que la URSS jamás fue una nación en absoluto, en realidad, sino un sistema híbrido de estructuras impuesto sobre un centenar de grupos étnicos y una variedad de naciones. Es un sistema de estructuras completamente pecaminosas que se dio a sí mismo un nombre inteligente, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, bajo el cual se le ha permitido hacerse pasar como una nación normal en le familia de naciones. Además, es esencial rastrear cómo sucedió todo esto, y hacerlo sin seguir envolviendo a la Gran Mentira en los pliegues aceptables de los principios de equilibrio y políticas de contención.

El papa Juan Pablo insiste en comprender a Gorbachov y su gorbachovismo, comprender al Marx real y sin romanticismos y lo que lo impulsaba. Comprender al Lenin real junto con la visión y el propósito de sur leninismo. Comprender la manía de Stalin, exitosa y empapada en sangre. Y' comprender el giro fundamentalmente leninista que Gorbachov le ha dado m

la dirección de los asuntos mundiales. Cuando todo eso esté digerido, comprender al único hombre que podría haber salvado a la visión de Lenin de la violación de Stalin.

Comprender al único hombre cuya voz Gorbachov parece haber escuchado como la trompeta del triunfo soviético. Comprender el papel de Antonio Gramsci en el juego final geopolítico de nuestra época.

Si las naciones occidentales dejan de hacer todo o parte de eso, entonces, advierte Juan Pablo, también dejarán de entender a Mijaíl Gorbachov. Dejarán de entender al gorbachovismo. Y dejarán de ver cómo Gorbachov configura el futuro de la Unión Soviética y de nuestro mundo futuro.

Mientras tanto, y permanezca o no Gorbachov en el poder personalmente, es una certeza, en la imperturbable evaluación de Juan Pablo del pasado y del futuro, que este sumamente atrayente y sumamente teatral líder soviético ha desatado acontecimientos que prefiguran un nuevo curso, sin paralelo, tanto para el Este como para el Oeste. Y tanto para el Este como para el Oeste, ahora no hay forma de retroceder ante un futuro cuyas raíces yacen profundamente dentro de la inextirpable verdad de la historia soviética.

10

Karl Marx

Karl Heinrich Marx nació en una familia judía, en Trier, Alemania, el 5 de mayo de 1818. Pasó rápidamente del judaísmo sin digerir de su niñez a un periodo corto, pero superférvido, de luteranismo, al que se convirtió con toda su familia, y durante esa época escribió conmovedores poemas a Cristo como su Salvador.

Sin embargo, ese momento dejó paso a otro intenso periodo de su juventud, mientras pasaba por las universidades de Bonn, Berlín y Jena. En la Universidad de Berlín, dio rienda suelta a una forma virulenta de satanismo ceremonial, confesional. De ese periodo datan sus poemas juveniles en adoración a "Oulanem" -un nombre ritual de Satanás-, que contrastan extrañamente con sus poemas anteriores en homenaje a Cristo. Pero el prin,,i pal efecto exterior de su temprana adhesión personal a Satanás, se vería en su perspectiva consistente y profesionalmente anti-Dios y atea. Marx permaneció violentamente opuesto a la fe y a la religión por el resto de su vida.

Por la época en que se graduó en Jena, en 1841, Marx había optado, como su campo de interés especial, por la condición social de la humanidad a través de la historia. No siendo filósofo él mismo, no era sorprendente que hubiera tenido que mirar hacia la filosofía de otro hombre para que le proporcionara la superestructura de su propia perspectiva histórica y social. Lo que fue extraordinario es que Marx, dedicado en cuerpo y alma al ateísmo, haya tenido que derivar esa pieza central de su pensamiento de Wilhelm Friedrich Hegel, que había florecido y desaparecido de la escena antes de que Marx tuviera catorce años. Porque Hegel había vivido y muerto como un cristiano creyente, y sus teorías sobre la historia humana estaban empapadas en su fe.

Hegel veía la historia humana como un proceso a través del cual toda la humanidad ha estado avanzando desde las condiciones más primitivas de pensamiento, cultura y creencia, hasta el surgimiento del cristianismo como la expresión más plena de los ideales humanos.

En esencia, el progreso humano era definido por Hegel como un proceso muy parecido a una discusión entre dos hombres conversando sobre algo para explicarlo. Un hombre declara su opinión o teoría. Su compañero critica esa teoría, y propone una diferente. De su continua discusión -presumiblemente, amistosa y constructiva- surge una tercera y nueva teoría, que conserva lo que es verdadero en las dos primeras y que ambos hombres aceptan.

Hegel llamó a la primera teoría una tesis. La segunda, decía, era una *antítesis* porque se oponía a la primera. La discusión misma la denominó una *dialéctica,* de la palabra griega para "conversación" o "discusión". Y a la teoría finalmente aceptada, nacida de este proceso, la llamó una *síntesis.*

Para Hegel, esa dialéctica señalaba exactamente la forma de todo progreso humano. Hubo una etapa primitiva de la historia humana: una tesis. Apareció otra etapa en oposición: una antítesis. Del choque entre las dos -la dialéctica- salió una tercera etapa, la victoriosa: la síntesis.

Todo progreso humano, decía Hegel, desde la condición más primitiva hasta la más refinada, avanzó siguiendo las líneas de esta dialéctica de tres etapas hacia una meta final. Además, el propio Dios había fijado esa meta antes del tiempo, y así, también, Dios había trazado el plan de los pasos por etapas triples por medio de los cuales se llegaría a la meta.

Esa meta final era que la humanidad trascendiera su propia naturaleza finita y creada, y lograra el conocimiento absoluto de lo infinito: de Dios.

En otras palabras, lo que Hegel había creado era una *dialéctica de trascendencia espiritual,* un intento de codificar el sistema proporcionado por Dios desde el comienzo, por el que el hombre iba a trascender los límites materiales de su naturaleza. El *proceso dialéctico* todo era parte sustancial del destino que Dios había asignado como mandato a la humanidad, de que se volviera más grande que sí misma. El espíritu habita la materia, decía Hegel, e impulsa a la humanidad a través de sucesivos pasos de etapas triples de la historia hacia ese destino.

En la época en que se apropió de la idea de la dialéctica de Hegel y la aplicó a su propio pensamiento sobre la condición social de la humanidad a través de la historia, Marx era un ateo profundamente convencido, plenamente persuadido de que en el hombre no había una cosa tal como el alma ni una cosa tal como el espíritu. Obviamente para que la teoría de Hegel se volviera adecuada, tenía que haber unos pocos ajustes aquí y allá.

Sí, dijo Marx, hay una dialéctica que mueve a los hombres a través de la historia. Y, sí, esa dialéctica es un choque entre tesis y antítesis. Pero aunque hay una serie de pasos que conducen a una meta, no hay nada de trascendente en ello.

De hecho, para Marx no había nada trascendente en la propia humanidad. No había espíritu ni alma. Sólo estaba este animal sumamente desarrollado y totalmente material llamado hombre. Y este animal era impulsado, como lo era toda la materia, no por un espíritu trascendente, sino por fuerzas ciegas completamente innatas en la materia. Poderosas fuerzas naturales que la humanidad no podía resistir con éxito. Todo era inmanente al hombre. No había nada en él que trascendiera su condición material.

En contraste total con la dialéctica de las fuerzas espirituales de Hegel, entonces, Marx construyó una dialéctica de las fuerzas materiales. Así nació el *materialismo dialéctico* del léxico marxista.

Como el pollo había sido redefinido, era obvio que también el huevo dejaría salir una bestia nueva y diferente. La historia de la humanidad material, decía Marx, fue una serie de choques, o dialécticas, que representaron etapas en lo que equivalía a un solo gran choque, una especie de superdialéctica de la historia humana que llegó a ser llamada por el más famoso de **los términos marxistas, la "lucha de clases".** Ese choque fue y siempre ha sido entre las fuerzas ciegas, materiales, irresistibles, que están en el **proletariado y las fuerzas opuestas de cualesquiera clases privilegiadas** que puedan haber habido en cualquier periodo histórico dado.

Por lo tanto, la propia historia humana fue escrita dentro del marco del materialismo dialéctico. Fue la historia de ese choque de choques. En la interpretación que hacía Marx de la historia, la masa proletaria de trabajadores sin tierra, sin dinero, sin poder -la tesis en la dialéctica redefinida de las fuerzas materiales de Marx- constituía la estructura de la sociedad humana. En cada conjunto de ordenamientos históricos que habían existido, el proletariado era la manifestación de esa misma fuerza irresistible, la tesis dominante de la historia humana.

A través de la **historia, las clases privilegiadas -la antítesis,** en el pensamiento marxista- siempre han impuesto una "superestructura" de opresión a la "estructura" proletaria. Los emperadores habían impuesto sus imperios. Los reyes habían impuesto sus reinos. Los príncipes habían impuesto sus aristocracias. Los religiosos y sus iglesias habían impuesto sus jerarquías. La burguesía y la clase mercantil habían impuesto sus sistemas de capital y de tierras.

Marx estaba convencido, por todo lo que podía ver a su alrededor, que la antítesis de su época era una fuerza agotada. El antiguo régimen de reyes autoritarios estaba cediendo el paso al surgimiento de la democracia parlamentaria. Pero esa misma circunstancia, decía Marx, era sólo un paso pasajero más en el camino hacia el verdadero destino de la humanidad material: el triunfo del proletariado como la gran síntesis humana final de la historia.

El primer rugido del marxismo que resonó internacionalmente fue oído en 1848, cuando, junto con su compañero socialista Friedrich Engels, Marx publicó El *Manifiesto Comunista.* Fue demasiado para la "antítesis", los

poderes residentes en Europa, que ya habían sido profundamente sacudidos por lo que los historiadores han llamado el "año de las revoluciones". Porque Marx estaba alimentando el fuego del levantamiento social con su predicción del inminente cumplimiento del irresistible destino de la humanidad: la revolución proletaria que barrería, finalmente y para siempre, con la superestructura opresiva.

"La sociedad como un todo", insistía Marx en su *Manifiesto,* "está dividiéndose más y más en dos grandes campos hostiles, en dos grandes clases enfrentándose directamente entre sí: la Burguesía y el Proletariado... Los trabajadores no tienen país... y la supremacía del Proletariado hará que la Burguesía desaparezca todavía más rápido".

Belicoso como era ese material, era sólo una prueba de lo que iba a seguir. Porque cuando Charles Darwin publicó su teoría de la evolución dos años más tarde, en 1850, Marx la consideró como mucho más que una teoría. La tomó como su prueba "científica" de que no había reino de los Cielos, sólo el reino de la Materia. Darwin había justificado a Marx en su rechazo de la creencia de Hegel en el alma, en el espíritu y en Dios como meta final de la historia humana.

Tan jubiloso estaba Marx ante la idea de que el hombre realmente había evolucionado desde la materia que, si hubiera tenido una mentalidad diferente, podría haber saludado a Darwin como un enviado de los dioses. Tal como era, escribió una carta de autofelicitación, en la que aclamaba a Darwin como el que había logrado para la antropología lo que el propio Marx estaba logrando para la sociología.

Debió haberse previsto que Marx no encontraría un hogar agradable en la Europa de sus días. En 1843 se había casado con Jenny von Westphalen, de quien permaneció profundamente enamorado toda su vida. Sin embargo, las circunstancias nunca le permitieron establecer a su familia como seguramente le hubiera gustado. Viajaba constantemente entre Alemania, Francia y Bélgica. Finalmente, en 1849, emigró a Londres, donde, como la suprema ironía de su vida, ganó difícilmente el sustento para sí y para su familia en total dependencia de la generosidad de miembros de la clase capitalista que odiaba tan profundamente. Su propia y amada Jenny era un miembro de esa clase. Horace Greeley, fundador del *New York Heraid Tribune,* literalmente protegió del hambre a Marx y su familia. Y su amigo Friedrich Engels ayudó, también, con sus propias ganancias capitalistas de la sucursal de Manchester de la industria textil de su padre.

Para sumarse a las tribulaciones de Marx, perdió a varios de sus hijos, que murieron, incluso su único hijo varón, Edgar. Su mayor consuelo era su amor por Jenny. Y su único triunfo fue que, cuando se reunió con sus hijos en la muerte, el 14 de marzo de 1883, Marx se había consolidado como el teórico fundador de lo que ahora llamamos comunismo.

Marx fue básicamente un estudioso de los desarrollos sociales y un compilador de las opiniones de otros. Cargó con el deseo imposible, pero no con la necesaria capacidad mental, de ser un metafísico. Estaba frustrado en su aspiración de tener una cátedra en una universidad prestigiosa. Sin embargo, de ningún modo un realizador de hechos, Marx se dedicó a sus libros y a su escritura. Dedicó sus energías a delinear, si no exactamente a refinar, su nuevo proceso del funcionamiento social.

A causa de su virulenta oposición a la religión y su quasi devoción a las exigencias científicas de su época, Marx suavizó su conocimiento mesiánico de que el proletariado, muy pronto, sería el supremo dominador de la sociedad humana. Por lo menos, eliminó, al racionalizarlos, los elementos más místicos de ese mesianismo, para producir una síntesis mentalmente satisfactoria de la dialéctica hegeliana, la teoría de la evolución darwinista y los brutales hechos de la vida del mundo que estaba afuera del capullo en el que él llegó a vivir.

Lo que veía y trataba de resolver en ese mundo eran problemas tan crecientes y prácticos como la declinación, al mismo tiempo, tanto del antiguo régimen como de la clase media, el inicio de la urbanización galopante, las relaciones laborales, los sistemas de precios de los bienes, el surgimiento de los imperios coloniales y la inevitable politización de las clases trabajadoras por el embriagador fermento del nacionalismo.

Ignorando el hecho de que la teoría de la evolución de Darwin era sólo eso -una teoría-, e ignorando el hecho de que, en cualquier caso, lo que podía ser antropológicamente factible no podía suponerse que fuera socio lógicamente aplicable, Marx aplicó las ideas de Darwin a las clases sociales de su época. Afirmó que una clase social era definible únicamente en términos de su relación con la propiedad, la producción y la explotación de todos los bienes económicos naturales. Siguiendo ese razonamiento, la clase social con el mayor control sobre esos procesos y bienes materiales sería la clase dominante en cualquier etapa dada de la historia. Propietarios, trabajadores, empresarios, políticos, aristócratas -hasta artistas, intelectuales y religiosos-, todos eran definidos exclusivamente en esos términos.

Siendo lo que era la teoría de Darwin, Marx razonó que las clases sociales, como toda la materia, siempre debían estar en lucha entre sí por la supervivencia y la dominación. Una lucha, en otras palabras, por esos bienes económicos. Tenía que ser así. Porque la humanidad era y siempre sería exclusivamente materia, y la historia era y siempre sería exclusivamente materialista.

Marx además observó que los desplazamientos en el control de los bienes económicos no seguían un patrón lineal. Una clase social toma el control por un tiempo. Luego surge otra, choca con la vieja clase, le quita su control y toma el mando. En imitación de Hegel, Marx continuó llamando a ese movimiento de la historia -ese patrón de vaivén del desplazamiento del control- una dialéctica.

A diferencia de Hegel, por supuesto, Marx continuó insistiendo en que el motor de esta lucha no era nada que estuviera fuera o por encima o

trascendiendo a las propias clases sociales. Solamente dentro del vasto proletariado del mundo estaba ese poder interior, esa fuerza inmanente, ciega y materialista, que impulsaba a la vasta "estructura" básica de la sociedad -el proletariado- a derrocar y librarse de la opresiva superestructura del capitalismo. Era esa fuerza, de hecho, la que creaba una solidaridad entre los proletarios del mundo. A través de la incesante dialéctica de la lucha de clases, esa fuerza ciega y material inmanente a las masas, las estaba impulsando inexorablemente hacia la revolución *proletaria.*

No siendo jamás un pensador consistente y lógico, Marx escribió mucha paja acerca de algunas de las propiedades básicas de esta dialéctica. Era verdad, decía a veces, que no podía haber un cambio pacífico de control de una clase a otra, ni movimiento a través de un proceso de reforma y renovación democrática. La vieja clase es destruida a través del sacrificio y el sufrimiento de la nueva clase. De aquí la posición sacrosanta y la función exaltada de la revolución violenta en el marxismo. La revolución violenta es tan natural para la condición totalmente material de la humanidad como los dolores de parto para una madre.

Por otra parte, Marx tomaba en consideración la posibilidad del cambio democrático. Creía que la materia era eterna, pero no estaba tan seguro acerca de la lucha. Dejó abierto el punto de si la lucha entre las clases sería o no interminable, en otras palabras.

Cualquiera que pueda haber sido la razón -quizá porque era demasiado estudioso como para permitirse caer en un fanatismo poético, quizá porque sus ideas eran adaptaciones de las ideas de otros, quizá porque padecía demasiado de dolorosos y aparentemente interminables carbuncos y otros males físicos como para darse el lujo de una revolución violenta, quizá por todas estas razones y otras más-, el hecho sigue siendo que Marx no excluyó el cambio pacífico o la mejoría a través de medios democráticos, como elementos posibles en su dialéctica.

Mientras que esos errores crédulos e inconsistencias en la teorización abstracta pueden perdonarse fácilmente en un pionero como Marx, sus errores crasos en el análisis de los datos concretos que tenía al alcance de la mano no puede perdonarlos la historia. Hasta aceptando la postura de Marx de ateísmo, oposición virulenta a la religión y odio profundo al capitalismo, es imposible justificar su suposición infundada de que entre la "estructura" y la "superestructura", en todas partes, no hubo y no puede haber homogeneidad, nada en común en materia cultural, religiosa y filosófica.

Al examinar las condiciones de las clases sociales de su época, Marx dividió inequívocamente a la sociedad de todas las naciones a su alrededor en la estructura del proletariado y la superestructura de las clases capitalis tas dominantes. Proyectó a todo el mundo, siguiendo las líneas de su natal Prusia y de Rusia, una sociedad en la que el Estado y su aparato eran predominantes y estaban en oposición a una sociedad civil sin líderes, sin voluntad y que era primitiva.

Cierto es que en esa sociedad no existía un cemento cultural entre las clases. No había conexión orgánica, ni relación cultural, ni lealtades mutuas, ni una comunidad compartida en la vida diaria entre los poderosos y los que no tenían poder. Y es muy cierto que, en esa situación, si el proletariado se levantaba, barrería con la superestructura de poder, sin mirar hacia atrás.

Sin embargo, Marx aplicó este análisis a todos, con miopía. A los países europeos y norteamericanos. A China y África. A todas las naciones de la tierra sin excepción. En ese sentido, la teoría marxista, con todo y errores, era un mandato geopolítico.

Todo estaba equivocado, sin embargo. Equivocadamente basado, equivocadamente analizado, equivocadamente aplicado. Las teorías de Marx no estaban simplemente coloreadas por su inmediato rechazo del impulso religioso del hombre y de cualquier posibilidad de que hubiera algo del espíritu del Padre Celestial entre sus hijos de esta tierra, sino que dependían de él. Más allá de eso, sus teorías se derivaron de la miopía histórica que lo envolvió en su existencia en el exilio.

La Inglaterra en la que vivió todavía resplandecía con la gloria del Raj y los dominios del largo reinado de una reina cuyos navíos dominaban el mundo. Era un lugar donde Disraeli podía comentar con fatuidad que la moneda y el honor inglés eran ambos "tan aceptables en Piccadilly como en Shanghai y, estoy seguro, en las Puertas del Paraíso". En una atmósfera semejante, Marx estaba virtualmente condenado a representar el concepto de pesadilla de un *privatdocent* de Kafka, un tutor sin dinero viviendo en una bohardilla, sus días llenos con sus propias imaginaciones y con envidia de los profesores universitarios que tenían el beneficio de los honores profesionales, y una buena vida, además.

Aislado efectivamente por su inclinación personal predominante y por circunstancias físicas, Marx simplemente no veía que en Italia o España o Irlanda o China -en realidad, aun en Inglaterra, donde él trabajaba sobre su equivocada visión del mundo- no había oposición frontal en absoluto entre su odiada "superestructura" de la burguesía y la "estructura" básica del proletariado. En cambio, lo que había en esos países, y en la mayoría de los demás, era una considerable homogeneidad entre todas las clases. Había lo que podría llamarse aproximadamente, aunque con bastante exactitud, una cultura filosófica común, una perspectiva común concerniente a la vida, actividad y destino humanos.

Creyendo que toda religión era una tontería y que el espíritu era un opio inventado por la burguesía para mantener drogadas en su servidumbre a las masas proletarias, Marx fue literalmente incapaz de ver que entre un labra dor de Donegal, un conde en su palazzo veneciano, un tejedor en Manchester y un minero en la Silesia polaca, ese mismo espíritu que él rechazaba tan rotundamente podía soplar suave, firmemente, uniéndolos a todos ellos y a toda.: sus semejantes, en la gracia de su común Salvador, Jesucristo, y en el amor de su Padre común.

Por lo tanto, difícilmente puede sorprender que ninguno de los pronósticos políticos de Marx se cumpliera en la historia posterior. Sus adaptaciones de las ideas de hombres como Hegel y Darwin no se beneficiaron de su propia predisposición a priori. Su comprensión de las cuestiones monetarias, fiscales y financieras era tan prejuiciada y primitiva como su comprensión de la religión. Sus estudios demográficos demostraron con el tiempo no tener ninguna aplicación práctica.

En consecuencia, para la religión Marx no fue más que otra marca del Arcángel Caído consagrada a su propio y horrible juramento: "No serviré". Para la política, no fue más que una pieza en el mecanismo en desarrollo de las relaciones humanas, un personaje arrojado por las circunstancias que él soñaba dominar pero que nunca comprendió. Para el intelectualismo humano, fue un flato mental, y para la cultura humana, no fue mejor que el cuervo de Edgar Allan Poe, chillando "¡Nunca más! ¡Nunca más!" en la aurora de un nuevo día.

Indudablemente, el epitafio apropiado de Marx se escribirá en una época muy posterior y más tranquila que ésta del gorbachovismo. Pero mientras tanto, aun en este periodo intermedio del interludio marxista de la historia, ya hay una generación de testigos -cientos de millones de testigos, vivos y muertos- para apoyar el juicio de que él hubiera servido mucho mejor al mundo si se hubiera unido a su padre en la verificación de testamentos en los juzgados de Trier, o vendiendo corbatas y cintas en una activa calle citadina de Künisberg.

Por ahora, sin embargo, el busto con anteojos que está encima de su tumba en el Cementerio de Highgate Hill permanece como un monumento a la propaganda perversa y la publicidad. No da ningún indicio sobre Karl Marx, judío renegado, cristiano renegado, satanista poco entusiasta, seudo-intelectual, el esfuerzo de cuya vida dio nacimiento a la ideología más antihumana que nuestro mundo jamás haya conocido. Los cabellos sueltos, la barba amplia, la mirada con lentes, de intensa concentración, tienen el propósito de transmitir la impresión del profesor que tanto deseó ser y del sabio que jamás fue verdaderamente.

11

V. I. Lenin

Si Marx y sus ideas no hubieran sido completamente engullidos por los fundadores políticos del comunismo mundial del siglo veinte, empezando con Lenin, jamás hubiera habido necesidad de un interludio marxista en el progreso de la sociedad humana. Porque lo que Marx volcó en tinta sobre el papel, Lenin lo institucionalizó exitosamente.

Lenin era tan diferente de Marx como el yeso del queso. Cierto, él también tomó prestadas todas sus ideas de otros, principalmente de Marx y Engels. Y cierto, también él estaba impulsado por un objetivo que lo consumía, la revolución proletaria mundial que Marx y Engels habían predicho. Pero, a diferencia de Marx, Lenin era un realizador de hechos de primer orden. Nunca codició un lugar de honor en una universidad, y despreciaba a los "socialistas de salón".

Un genio perfecto cuando se trataba de organización, un maniobrador completamente inescrupuloso para quien cualquier medio era aceptable para alcanzar el éxito, Lenin adaptó las teorías del funcionamiento social de Marx, de un golpe, a sus propias necesidades revolucionarias. Nunca cargó con ninguno de los escrúpulos morales de Marx ni con su paja intelectual sobre la viclencia de esa revolución. El fuego que ardía en la mente fanática de Lenin iluminó para él un mundo que ya estaba en el umbral de un sangriento levantamiento social y político a escala universal.

Tampoco se detuvo Lenin sobre la pregunta, tan preocupante para Marx, de si habría un fin a la violenta lucha de clases. Estaba convencido de que una vez que hubiera establecido el "Paraíso de los Trabajadores" la lucha terminaría para siempre, absorbida de algún modo en una utopía que se gobernaría a sí misma.

Retrospectivamente, es posible imaginar la mente, el carácter y las intenciones de este hombre de! destino, esperando y trabajando para que llegara su hora. Las discusiones secas y el toque de pretensión poética de los pronósticos de Marx contrastan con el sangriento realismo de Lenin, cuyas predicciones estaban lejos de ser idílicas. Todos sus planes estaban dirigidos a una ruptura completa y sangrienta con el pasado, y a la muerte violenta y entierro final de capitalistas y capitalismo.

Lenin se pasó treinta años de su vida fomentando esos planes. Cuando en efecto rompió con el pasado de Rusia, tuvo unos meros siete años para crear el instrumento geopolítico necesario para la revolución mundial que él creía que seguiría con seguridad como el acontecimiento axial en la historia del mundo.

En esencia, la visión de Lenin era la de otro 1848 -ese "año de las revoluciones"- en el que Marx había publicado, desafiante, su fundamental Manifiesto Comunista. Pero esta vez, las organizaciones institucionales diseñadas y puestas en su lugar por Lenin asegurarían la revolución a escala mundial.

El único toque poético en la mente, por lo demás abrasiva, de Lenin, en realidad, concernía a ese "Paraíso de los Trabajadores", casi de sueño, y que él preveía al final del arcoiris proletario. Para encontrar un paralelo, uno tendría que regresar a los primeros profetas hebreos y su pronóstico de la Era Mesiánica. Colinas de las que fluye el vino, campos salpicados de ganado, niños jugando con leones y serpientes, hombres y mujeres (todos trabajadores) viviendo en una sociedad "sin estado" bajo condiciones de interminable abundancia, absoluta justicia y perpetua paz entre todas las naciones: ésa era la Utopía leninista al final del arcoiris de la revolución.

Del lado más cercano de ese arcoiris, sin embargo, la realidad que previó Lenin y por la que trabajó tan febrilmente para concretar, fue la oprimente tiranía que ha sido presenciada por el mundo durante setenta años y más.

Lenin comenzó su vida el 22 de abril de 1870, como Vladimir llyich Ulyanov. Nació en un mundo muy diferente a la familia educada, urbana, de clase media y acunada en la sociedad convencional europea de Karl Marx. De acuerdo a sus contemporáneos, fue criado en "condiciones de mugre indescriptible" en un lugar llamado Simbirsk -posteriormente rebautizado Ulyanovsk en su honor-, sobre el río Volga, a unos mil kilómetros al sudeste de Moscú.

En un juvenil roce con el destino, asistió a la escuela local dirigida por Fedor Kerensky, cuyo hijo, Aleksandr, posteriormente se convertiría en el primer ministro del único gobierno democrático que ha conocido jamás Rusia, el gobierno que sería derrocado en 1917 por el golpe de Estado armado de Lenin.

Por lo menos parcialmente, fue debido a la ejecución de su hermano mayor, también llamado Aleksandr, que Vladimir abrazó la idea de la revolución cuando todavía era adolescente. Las teorías y predicciones de Marx sobre la revolución proletaria prendieron en este joven, como en tantos otros, porque un fuego de odio eterno ya estaba ardiendo dentro de él.

Para la época en que se graduó en leyes en 1891, Ulyanov se había convertido en una autoridad sobre Marx. Y desde el comienzo, su visión y sus intenciones fueron geopolíticas. "La victoriosa revolución comunista", escribió en 1894, es "la misión histórica del trabajador ruso", quien "conducirá al proletariado ruso, junto al proletariado de todos los países. . . hacia una victoriosa revolución comunista". Todo el mundo de la humanidad -"todo esto, nada menos que esto, nada más que esto"- era su foco y su pretendido terreno. La historia mundial, no simplemente la historia rusa, fue el telón de fondo deliberadamente escogido para su empresa revolucionaria.

Ulyanov tenía entonces veinticuatro años.

Ese mismo año conoció a otro espíritu revolucionario, una joven llamada Nadezhda Krupskaya. Cuando, como era previsible, se volvió intolerable para las autoridades zaristas y fue enviado a Siberia, Krupskaya lo siguió allá. Los dos se casaron en 1898 y nunca se separaron hasta que él murió veintiséis años después. Fue también por esa época que Ulyanov cambió su nombre a Lenin. El nuevo nombre no tenía significado como palabra, pero como símbolo representaba su ruptura total con el pasado.

Desde la época en que dejó Siberia hasta que ascendió al poder total sobre Rusia en 1917, Lenin estuvo viajando constantemente. Viajó, hacia y desde su patria, por Alemania, Suiza y Francia, Bélgica e Inglaterra, Suecia y Austria. Siempre estaba escribiendo y hablando. Siempre estaba,compitiendo por la primacía en el liderazgo de la fraternidad socialista internacional. Siempre estaba maniobrando y complotando, organizando su propio partido político, los bolcheviques. Y siempre estaba plenamente persuadido de que su día estaba a la vuelta de la esquina.

Ese día amaneció en la primavera de 1917.

La clase media rusa se estaba empobreciendo a causa de los impuestos y por el destructivo ataque del Káiser de Alemania en la Primera Guerra Mundial. No se pagaba a los trabajadores. La policía era corrupta. Los terratenientes habían llevado su dominio sobre los siervos a extremos terribles. La Iglesia ortodoxa rusa era esclava de la monarquía zarista. Y la propia monarquía, oficialmente en manos del zar Nicolás, estaba realmente en manos de su esposa, alemana por nacimiento, la reina Alejandra, y de su consejero, el monje seudoprofético Grigori E. Rasputín.

La total derrota militar de Rusia por las fuerzas del Káiser le quitó la tapa al caldero. En febrero y marzo de 1917, el descontento latente que desde tiempo atrás sentía el pueblo ruso se derramó sobre las calles. El zar Nicolás abdicó en favor de su tío, el gran duque Miguel. Pero éste, quien vio la escritura en la pared y prefirió la vida a !o que veía escrito allí, rechazó la corona.

En el vacío, los principales partidos políticos establecieron apresuradamente un gobierno popular, basado en la colaboración de los consejos (o soviets) de trabajadores rusos quienes eligieron delegados a una asamblea nacional central. Esos delegados de los soviets formaron una Asamblea Constituyente, o Duma, que eventualmente fue encabezada por el compañero de escuela de la niñez de Lenin, Aleksandr Kerensky.

Fue específicamente en relación con esa Asamblea Constituyente que Lenin cometió su primer gran crimen contra el pueblo ruso. Durante setenta años, la formación de esa asamblea gobernante había sido la meta de todos los partidos políticos de Rusia. "Toda la mejor gente había vivido por el ideal de una Asamblea Constituyente", escribió Maxim Gorky. La democracia de algún tipo viable tenía ahora una frágil probabilidad.

Lenin había estado en Suiza antes de que estos primeros y volátiles acontecimientos tuvieran lugar en su patria. Pero rápidamente fue llevado de regreso a Rusia, en un tren sellado, por los alemanes, cuyos motivos eran suficientemente simples y claros: Lenin y sus bolcheviques ayudarían a paralizar a Rusia. A diferencia de Kerensky, Lenin estaba predispuesto en favor de Alemania por su afinidad con el alemán Marx, pero sus motivos eran mucho más interesantes que ése. Siempre había visto a la alianza ruso-alemana como la clave de su dominación de toda Europa. Sin hilar demasiado fino sobre la cuestión, de ninguna manera, ésta era la temprana visión de Lenin de lo que, en un día muy posterior, Mijail Gorbachov llamaría "nuestra casa común europea". Una vez de regreso en Rusia, Lenin empleó todas sus habilidades como agente provocador, como formidable político y como conspirador para hacer que este breve día democrático fuera fructífero para sus propios planes.

El 6 de noviembre, sus bolcheviques -quienes ya habían formado y armado sus propias unidades militares, subvertido a la policía y a las tropas del gobierno, y asesinado a sus oponentes más peligrosos-, habían tomado posiciones de ataque en la capital, Petrogrado (San Petersburgo). Los diputados que llegaban al Palacio Táuride, que iba a funcionar como parlamento, encontraban su camino bloqueado por las tropas de Lenin. En la noche del 7 de noviembre, Petrogrado -más tarde rebautizada Leningrado- ya estaba en manos bolcheviques. Kerensky, que apenas escapó a la muerte, posteriormente huyó de Rusia y finalmente se radicó en Estados Unidos.

Más tarde en noviembre, 42 millones de personas votaron en las únicas elecciones libres que jamás se les han permitido a los rusos. El partido de Lenin, el Bolchevique, acumuló el 24 por ciento de los votos. El Partido de la Revolución Social, no marxista, emergió con un sólido 58 por ciento. Lenin no lo iba a aceptar. "Cometimos el error de prometer que esta tienda de discusiones [la Asamblea Constituyente] abriría. . . pero la historia todavía no ha dicho una palabra sobre cuándo la cerraremos", dijo.

Lenin compensó rápidamente esa carencia de la historia.

Antes de que el cerco de acero de Lenin cerrara toda esperanza, un diputado soviético, S. A. Sorokin, enfrentó al líder bolchevique con la enormidad de su crimen. "Ahora", le gritó a Lenin en una sesión pública, "cuando el gran sueño (de una asamblea verdaderamente constituyente de rusos libres] está por volverse realidad, usted coquetea con la idea de un Paraíso Bolchevique. Se rehúsa a cumplir con su deber. . . Al colgarse de esta loca ilusión, recogerá sus frutos seguros: hambre, tiranía, guerra civil y horrores que no puede ni siquiera imaginarse".

La de Sorokin fue la voz profética de acusación no sólo por ese primer crimen contra el gran sueño ruso, sino por todos los males subsecuentes de Rusia y todos sus subsecuentes crímenes contra la humanidad. Porque la "loca ilusión" de Lenin de la destrucción violenta de todas las cosas pasadas, y del poder absoluto en sus manos, lo dominaba. El aplastamiento de la Asamblea Constituyente por una minoría armada fue pura y simplemente el primer paso esencial.

Sorokin sólo era uno de muchos críticos. El teórico más capaz de los bolcheviques, Lev Bronstein (cambió su nombre a León Trotsky) también discrepaba con Lenin. Resumió la acción de Lenin en una sola frase. "La simple y abierta y brutal disolución de la Asamblea Constituyente dio un golpe a la democracia formal del cual jamás se recuperó". Para Trotsky, Lenin había traicionado tanto a Rusia como al Partido Comunista.

Sin embargo, para Lenin, no significaba ninguna diferencia práctica que su causa hubiera sido derrotada por el voto popular. Ni siquiera importaba que no hubiera habido una revolución comunista, ningún glorioso levantamiento del pueblo ruso en una expresión viviente de su sueño proletario. Y por cierto no importaba que sólo hubiera habido una violación ilegal y violenta del poder nacional por parte de los matones armados del fracasado Partido Bolchevique de Lenin. Al final, un golpe serviría al propósito exactamente igual de bien.

Con el poder en las manos, Lenin tenía muchas cosas que hacer. Había que concluir la paz con las potencias europeas. Había que terminar la guerra civil entre varias facciones dentro de Rusia. Tenía que llegarse a un acuerdo en la guerra entre el naciente gobierno bolchevique de Lenin y las varias repúblicas de Rusia que no querían unirse a los bolcheviques. Había que efectuar la organización económica del país.

Durante los cinco años que siguieron al golpe bolchevique, Lenin por lo menos dominó esos problemas, aunque no los resolviera todos. Pero por cualquier estándar que el mundo quisiera usar, su mayor logro, con mucho, fue su creación de la organización institucional mundial perfectamente adecuada para el cumplimiento geopolítico de su ideal proletario. Para construir esa organización Lenin empleó todas las habilidades que había adquirido a través de los años: su lógica, su oratoria y su prestigio. Todos los rasgos profundamente arraigados de su carácter se pusieron en juego. Inmisericordia y crueldad con sus oponentes. Mentiras. Traiciones. Engaño. Falsas promesas.

Lenin se movió rápidamente para organizar su propia versión, profundamente revisada, de la destruida Asamblea Constituyente: un congreso pan-ruso de soviets, dominado por sus bolcheviques. Apenas se había realizado eso, un Consejo de Comisarios del Pueblo fue extraído del Congreso y organizado en un Sovnarkom, un gobierno soviético.

A través de sus bolcheviques, Lenin ejercía un estrecho control de todo el proceso de reunión, discusiones y votación. En consecuencia, para sorpresa de nadie, él surgió como el Presidente del Sovnarkom. Ahora tenía en sus manos todo lo que necesitaba, en materia de bloques de construcción con los cuales erigir el Estado que sería, en su misma esencia, el instrumento apto e ideal para fomentar y manejar cada paso de la futura revolución proletaria mundial. Había nacido la Gran Mentira.

La constitución y organización de cualquier otro Estado en su tiempo y antes de él, habían sido hechas, primero, para hacer que las vidas de los ciudadanos estuvieran seguras y, segundo, para promover el bienestar público. Eso es lo que los hombres habían considerado, durante largo tiempo, que era el objetivo de cualquier Estado y gobierno.

Sin embargo, Lenin había creado las circunstancias históricas que le permitieron voltear de cabeza toda la fórmula. El pueblo ruso era la vanguardia de una nueva era, y él era la vanguardia del pueblo. El nuevo Estado que intentaba crear no estaba primaria y esencialmente destinado a funcionar para el pueblo. Usaría al pueblo para otro objetivo más amplio.

En época tan temprana como 1901-1902, en un panfleto titulado "¿Qué debe hacerse?", había bosquejado qué tipo de Estado ruso debía producir la revolución proletaria, como una etapa de transición en el camino hacia la victoria final de la revolución mundial. Rusia, como pueblo y como gobierno, debía dedicarse entera y profesionalmente a llenar dos papeles paralelos: el fomento de esa revolución mundial y la prevención de toda subversión por parte de los contrarrevolucionarios.

Por naturaleza y por definición, todos los estados capitalistas eran contrarrevolucionarios, por supuesto. Esta firme convicción le proporcionaba a Lenin una categoría claramente definida en la cual colocaba a todos los gobiernos, infalible e irrevocablemente, excepto el suyo propio.

Todos sin excepción eran enemigos de la revolución proletaria en Rusia y en todas partes. Todos sin excepción, estaban decididos a traicionar, a espiar, a subvertir y a frustrar la revolución proletaria. Todos sin excepción (por medio de la propaganda y, sobre todo, por medio de sus servicios de inteligencia), empeñarían sus esfuerzos para penetrar por todas partes la revolución proletaria rusa con sus propios agentes. Y, todos sin excepción, los Estados y gobiernos capitalistas del mundo continuamente reprimirían y esclavizarían a sus propios trabajadores por medio de propaganda falsa, y así estarían impidiendo el estallido de la revolución entre los pueblos del resto del mundo.

Todavía peor, el enemigo no era sólo los estados capitalistas. Por el

mismo hecho de ser un capitalista -de hacer dinero a través del capitalismo-, cualquier individuo llenaba los requisitos de espía, saboteador, agente de inteligencia del enemigo, opresor del proletariado. Si usted tenía una fábrica de zapatos en Peoria, Illinois, o si era carnicero en Bath, Inglaterra, o si maneiaba su propio taxi en Sydney, Australia, usted llenaba los requisitos de capitalista en un país capitalista. Usted era el enemigo, y casi había llegado el día en que sería tratado como tal.

En otras palabras, para Lenin, era un resultado inevitable que la nueva Rusia -el hijo celoso de la putativa revolución proletaria- tendría que estar organizada estructuralmente y en los términos más prácticos como un Estado de contraespionaje. Tendría que ser construido para funcionar de tal manera como para impedir la penetración y la subversión del liberado pueblo ruso por el espionaje capitalista y sus agencias de inteligencia y propaganda.

Al mismo tiempo, la nueva Rusia tendría un deber sagrado de ayudar a la revolución proletaria en el exterior a liberarse a sí misma de la represión que padecía en todos los países dominados por el capitalismo.

En consecuencia, éstos eran los únicos valores que funcionaban en el nuevo Estado ruso. Contrarrestar el espionaje y la subversión capitalista en el interior. Y hacer de partera de la revolución proletaria en territorio capita lista. Una vez que se alcanzaran esos dos objetivos, insistía Lenin, se impondría la revolución mundial, y ya no habría necesidad en absoluto de un gobierno. La lucha de clases estaría terminada para siempre. El pueblo sería libre.

Exactamente cómo sucedería todo eso y qué orden práctico de administración seguiría, no estaban inmediatamente claros. Quizá Estado y gobierno simplemente caerían universalmente, como otras tantas hojas en el in vierno, o quizá tendrían que congelarse en el sometimiento, derrota y muerte, como los ejércitos inoportunos en las nieves rusas.

A la luz de la dictadura brutal que en realidad creó, es notable que Lenin verdaderamente considerara a todos los gobiernos constitucionales -incluido su propio Sovnarkom- nada más que como provisionales. Es difícil creer que por un momento pudiera haber pensado que la revolución total que imaginaba y planeaba para el mundo terminaría con la lucha de clases para siempre, aliviaría al proletariado de todas las cargas del gobierno constitucional y establecería el "Paraíso de los Trabajadores" terrenal.

En cualquier caso, era claro que Rusia, bajo Lenin, no se parecería en nada a un Estado común.

En primer lugar, y leal al llamamiento leninista, sería un Estado totalmente bajo el control, y a la disposición, de los dedicados revolucionarios proletarios rusos -los bolcheviques-, quienes ahora estaban agrupados en el Partido Comunista (PC) leninista. El PC sería el Estado. El Estado sería el PC. El Estado-Partido.

En los términos más básicos y prácticos, Lenin ya había acabado con el

Estado. O por lo menos había hecho idénticos al Partido y al Estado, sinónimos entre sí. Tan fundamental era este solo factor para la casa que Lenin construyó, que no hay comprensión posible de la notable estructura geopolítica que él inventó sin comprender la total identidad que forjó entre Partido y Estado.

De acuerdo que, aun en esto, Lenin debía más que una reverencia y una quitada de su sombrero ante Marx. Al mismo tiempo, como un colono que construye sobre un terreno ya explorado y limpio para que él lo use, Lenin imbuyó a las ideas marxistas con su propio pensamiento sutil sobre la forma política que debía tomar el marxismo. Y puso de manifiesto dos talentos de los que Marx había carecido: una implacable habilidad de organización y una larga experiencia revolucionaria. El resultado ha sido llamado, justa y exactamente, marxismo-leninismo. Lenin pasó los últimos siete años de su vida, de 1917 a 1924, inventando y refinando su máquina global. Fue y sigue siendo el legado de Lenin al pueblo ruso y a todo el mundo en general. Y a Mijaíl Gorbachov en particular.

En la práctica, Lenin llevó su decisión en favor de la revolución violenta a un extremo fanático y fantástico. "Solamente la fuerza produciría el cambio social", escribió sin equívocos.

Lógicamente, entonces, su primer borrador de una Constitución soviética, de 1917, no contemplaba una transferencia de poder legal y ordenada al proletariado en el mundo, sino la toma global del poder por medio del levantamiento armado. Lenin se aseguró que ese factor fuese una cuestión de ley fundamental. La victoria final y completa del proletariado en toda Rusia sería la señal irresistible para que los trabajadores del mundo barrieran con los capitalistas en todas partes. Luego, por la ley soviética, todo gobierno sería abolido -simple e inmediatamente desaparecería de la faz de la tierra- y sobrevendría el "Paraíso de los Trabajadores".

Aunque semejante disposición constitucional podría parecer una fiesta de no-cumpleaños en un país de las maravillas proletario, le dejaba en claro a Lenin la naturaleza exacta de la estructura que necesitaba construir. Por primera vez en la historia, el Partido -el órgano ideológico de la acción política- se convertiría en la esencia y el alma de su nueva creación. El Estado no sería más que su cuerpo exterior.

Esta nueva creación, el Estado-Partido, sería la personificación leninista de la marcha proletaria a través de la historia, desbocada contra todos esos espías, agencias de inteligencia, maquinarias de propaganda y otros opresores capitalistas del proletariado del mundo.

Por definición, se deducía que la primera prioridad institucional de Lenin tenía que ser la reorganización -la recreación, de hecho- del Partido Comunista. En lo sucesivo, el PC estaría compuesto exclusivamente de revolucionarios dedicados y profesionales, hombres y mujeres prácticamente

consagrados al principio de Lenin del derrocamiento armado y violento de todos los gobiernos que estuvieran en el camino de su Paraíso mundano y mundial. La consagración a los principios era un comienzo. Era esencial, sin embargo, que hubiera una estructura, una que resultara en la creación exitosa de un Estado-Partido, es decir, un Estado en el que el partido ideológico de Lenin sería superior y más poderoso, en todos los sentidos, que cualquier estructura formal de gobierno, porque sería el gobierno.

Con ese fin, Lenin organizó su PC sobre la base de la "dictadura" -término de Lenin- dual de una nueva organización: el Comité Central (CC) del PC.

Aunque el CC sería parte del PC, lo sería en forma muy parecida a la que el corazón es parte del cuerpo: es decir, sería superior a cualquier otro órgano del Partido en formas cruciales y específicas.

El primer papel dictatorial crucial especificado para el CC era en relación con el propio Partido. Como cuestión práctica, los miembros del CC, elegidos personalmente, ejercían el control sobre las vidas, el pensamiento y las actividades de todos los miembros revolucionarios del PC. A todos se les exigía una obediencia absoluta e infatigable al CC. La pureza del Partido, en sus principios revolucionarios, en sus metas proletarias y en su mandato mundial, quedaba así garantizada en la institución revolucionaria central de Lenin.

El segundo papel dictatorial para el CC era asegurar el mismo grado de pureza entre el proletariado en general. Por lo tanto, el obediente PC era el único partido político permitido. El proletariado todavía tendría sus soviets, o consejos de diputados de los trabajadores. Pero todos los candidatos para los puestos de diputado serían seleccionados por el PC, que a su vez era responsable ante el CC.

El arreglo de Lenin era que, dentro de límites claros, debía haber "libertad de expresión" -nuevamente, término de Lenin- y de opinión dentro del PC y del proletariado. Intencionalmente, sin embargo, se llegaba a los límites de esa libertad en el momento en que el CC tomaba una decisión o declaraba su actitud acerca de puntos doctrinales o prácticos. Una vez que eso sucedía, todos -PC y proletariado por igual- debían ciega obediencia.

Lenin organizó de tal modo el todopoderoso Comité Central que éste ejercía su dictadura interna sobre el Partido, así como su dictadura externa sobre el proletariado, por medio de tres "secciones" que Lenin ideó con ese propósito: el Secretariado, la Oficina Política y la Oficina de Organización.

La función de la segunda sección, la Oficina Política, era la de ser el brazo de vigilancia del Estado-Partido, para monitorear y mantener la corrección y la pureza ideológica en la estructura política del Partido y del Estado.

Recaía en la tercera sección, la Oficina de Organización, monitorear la eficiencia y la excelencia en el funcionamiento del PC, de su CC y de todo el gobierno del Estado-Partido.

En las tres secciones, por supuesto, Lenin tenía la primera y la última palabra en relación con la candidatura para convertirse en miembro (ya un honor) y ser miembro efectivo. Y las tres secciones consideraban la eficiencia y la excelencia, básicamente, en términos ideológicos. Estaban allí como los órganos internos del PC, ideados para mantenerlo libre de contaminación y vigoroso en su salud marxista-leninista.

Excepto durante los últimos años y oscurecidos meses de su vida, Lenin usaría estas estructuras extragubernamentales para dominar cada faceta del PC y del todopoderoso CC. Durante lo que le quedaba de vida, continuaría refinando esas estructuras, y estampándolas con la marca inequívoca del genuino leninismo: una explícita y obsesiva preocupación por ese elemento tan vitalmente importante en la geopolítica leninista: la misión de contrainteligencia del Estado-Partido.

Por cierto, y ya el 20 de diciembre de 1917, y bajo la inspiración e insistencia de Lenin, el entonces recién nacido Sovnarkom ya había emitido el protocolo que estableció por primera vez la Comisión Extraordinaria de Toda Rusia para Contrarrestar la Contrarrevolución y el Sabotaje. Conocida por una de las más famosás de todas las siglas soviéticas, CHEKA, este departamento estaba anexado estructuralmente como el brazo derecho fuerte de la primera sección del CC, el Secretariado.

La CHEKA se convirtió en más que el eje de la estructura leninista. En un sentido real, la CHEKA era *la* estructura esencial. En sus formas posteriores -GPU, OGPU, NKVD y KGB- seguiría siéndolo, tanto dentro como fuera de la Unión Soviética. Inalterada en su propósito, vivió a través de todas las alteraciones en el gobierno y el liderazgo soviético hasta, e inclusive, el gorbachovismo de nuestros días. En tanto la KGB respalde a Gorbachov, él durará.

Encabezada primero por un ex seminarista polaco, Feliks Edmondovich Dzerzhinsky, la CHEKA había fusionado dentro de sus estatutos y sus funciones todos los poderes efectivos de la policía, todas las obligaciones de la seguridad del Estado y todos los poderes judiciales. Era la expresión exclusiva más eficiente del concepto de Lenin de la nueva Rusia bolchevique, y del nuevo mundo bolchevique: la seguridad del Estado debe ser sinónimo no del gobierno, sino del Partido. La seguridad del gobierno estaba asegurada, porque el gobierno era la propia esfera de actividad del Partido.

Dzerzhinsky, nacido en Vilna e hijo de un caballero rural, fye expulsado del seminario católico a los diecisiete años. Ya marxista, pasó deintidós años entrando y saliendo de las cárceles políticas zaristas hasta que su mentor y amigo íntimo, Lenin, lo liberó de la prisión en marzo de 1917.

Como un miembro firme del Partido, un fanático de mirada fría y un experimentado estudioso del espionaje, la tortura, la subversión y la psicología humana, Dzerzhinsky era el hombre ideal para crear lo que quería Lenin: una organización que todo lo viera, que todo lo supiera, que todo lo penetrara, parecida a un pulpo, con sus propias reglas y procedimientos, sus propias medidas internas de seguridad, sus procesos de autopurga política, su mecanismo para detectar y frustrar las actividades de inteligencia y subversión de los enemigos internos y externos del Estado-Partido.

Les llevó poco tiempo a Lenin y-Dzerzhinsky darse cuenta de que el juego de la inteligencia entre las naciones era sólo secundariamente una cuestión de reunir información, de "espiar" en el sentido clásico de la palabra y de evaluar la condición real de los oponentes y competidores.

Como juego de las naciones, la inteligencia era y todavía es, como escribió Angelo M. Codevilla, el arte de juzgar cuáles son las predilecciones del oponente, qué busca y qué espera de uno, y después, de modelar y manipular lo que él sabe acerca de uno y de lo que espera que uno haga.

Esa sutileza del engaño inducido ha sido la esencia de la inteligencia internacional desde que el legendario Sun Tzu, que escribió en China en el siglo IV a. C., estableció sus principios en el texto de *Ping Fa: El Arte de la Guerra.* Es de un interés más que pasajero que *Ping Fa* haya sido lectura obligatoria en todas las academias militares de la URSS y sus satélites.

Bajo el genio retorcido y casi sobrenatural de Dzerzhinsky para esas cosas, la CHEKA desarrolló precisamente esas formas sofisticadas de engaño, diseñadas y refinadas para obtener el consentimiento de aquellos que están siendo engañados. En uno de los pocos comentarios auténticamente atribuidos a él, este "Maestro Polaco del Engaño" -frase de Churchill- se jactó de que: "Conseguimos saber lo que un hombre insiste que es real, y le damos precisamente eso. Tenemos comida para el paladar de cada uno".

El hecho de que ya en 1918 Lenin y Dzerzhinsky lanzaran su primer engaño exitoso -la famosa conjura "Lockhart" o de los "Embajadores", de agosto de 1918- revela cuán profunda y sensitivamente los fundadores del nuevo Estado-Partido habían estudiado su papel como líderes de un Estado de contrainteligencia internacional. En los veinte, siguieron otros éxitos, conocidos por los especialistas en inteligencia como las leyendas "Trust" y "Sendikat".

Si, como cuestión práctica, el Partido tenía proyectos de intrusión en la totalidad de la vida humana, la CHEKA hizo realizables esos proyectos de intrusión. Porque, así como el Partido no estaba limitado por el gobierno, del mismo modo la CHEKA no estaba limitada por el Partido. Algo así como el monstruo de Frankenstein, la CHEKA era por lo menos potencialmente más fuerte que su creador y aspirante a amo.

En *Chekisty,* un análisis particularmente brillante de la CHEKA, John Dziak expone la cuestión claramente y -dado el odio infatigable de Lenin por la religión en general, y por el catolicismo romano en particular- con ironía, también. Lenin, dice Dziak, había establecido una "teocracia secular... en la que el Partido era el Sacerdocio, servido por una combinación de Santo Oficio (el Comité Central) y Guardianes del Templo (CHEKA)".

Los números hablan elocuentemente en favor de ese análisis y del poder siempre creciente de los "Guardianes del Templo". En 1917, la CHEKA

tenía 17 miembros. En enero de 1919, tenía 37,000 miembros. A mediados de 1921, reorganizada como GPU, tenía 262,400 miembros. En el momento en que murió Feliks Dzerzhinsky en 1926, las tropas y el personal civil de este "brazo ejecutor" creado por Lenin alcanzaba casi a medio millón.

Se ha convertido en una especie de abreviatura axiomática entre los occidentales de hoy hablar de esta creación leninista -desde CHEKA a la KGB- como si fuera nada más que los así llamados servicios de inteligencia establecidos comúnmente por otras naciones como adjuntos subordinados del gobierno civil.

Obviamente, sin embargo, y a propósito, la CHEKA no estaba subordinada a ningún gobierno. Hasta ese punto, las victorias organizativas de Lenin habían dado por resultado la creación única de un Estado-Partido. Con su creación de la CHEKA, ese Estado-Partido se convirtió, en su misma esencia, en lo que desde entonces ha seguido siendo: un Estado de contra inteligencia.

Dado que el propio Partido fue la criatura de la adaptación de Lenin de la ideología marxista, y dado el propio ideal de Lenin del Paraíso de los Trabajadores mundial, de ahí salía que el Partido tendría que perseguir su imperativo ideológico integrado y milenario. Su mandato, su función y su destino eran encabezar la revolución proletaria mundial que sería el heraldo del milenio de ese Paraíso de los Trabajadores en la tierra. Armado con la CHEKA, el Estado-Partido de contra¡ nteligencia de Lenin estaba listo para convertirse en el ejecutor del mandato de la historia en el plano geopolítico.

Virtualmente toda la sorprendente reorganización y creación de las estructuras del partido dedicadas a ese firme propósito estaban bien en vías de estar terminadas en 1918, cuando, bajo la guía y por orden de Lenin, el infante Sovnarkom se transformó, por voto unánime de sus delegados, en el joven huesudo que se llamó a sí mismo la Federación Rusa de Repúblicas Socialistas (FRRS). Como el Sovnarkom, la FRRS no sería sino un instrumento pasajero en manos del Estado-Partido leninista. Rápidamente, la FRRS adoptó el proyecto de Constitución de Lenin, de 1917, como ley fundamental, con todo su mandato para derrocar los regímenes capitalistas por la violencia.

Ese mismo año, Lenin ya se lamentaba de que "nuestra CHEKA desgraciadamente no se extiende a América".

Buscando los primeros ganchos en los cuales anclar una red geopolítica que apresuraría el día de la revolución proletaria mundial, Lenin se apoderó de una anterior iniciativa de los socialistas europeos. Ésta era la Asociación Internacional de Trabajadores, fundada con la participación de Karl Marx en Londres en 1864. Conocida como la Primera Internacional, había sido sucedida por una renovada Segunda Internacional en 1889. Fue en el Congreso de Moscú de 1919, convocado para crear la Tercera Internacional, que Lenin tomó el control y creó la Internacional Comunista (Comintern), con la intención de que fuera una réplica internacional de su propio PC. Sin duda el Comintern funcionó como réplica del Partido, hasta que fue disuelto por Stalin en 1943. Ya no lo necesitaba.

Hacia fines de 1920 y en 1921, Lenin había colocado los comienzos de una red que cubría Europa Occidental y las Américas. Comenzó con individuos solos -"topos". en la jerga de días posteriores-, colocados estratégicamente de modo que pudieran trabajar clandestinamente en favor de su función última de promover la revolución, ahora enviada al exterior por mandato del Estado-Partido leninista en su impulso hacia el milenio.

Como jamás perdía las oportunidades totales que ofrecía la reorganización estructural, Lenin dio otros dos pasos ingeniosos, uno inmediatamente tras otro. En diciembre de 1920, creó el Departamento Exterior (IND) de su brazo ejecutor, la CHEKA. Luego, en 1921, reorganizó la "tercera sección" del Ejército Rojo convirtiéndolo en la Dirección de Inteligencia (RU), que colocó bajo el control directo del IND de la CHEKA.

Tan seguro como que la noche sigue al día, se derivaba que el papel secreto de la RU en la inteligencia extranjera era ser una obediente extensión de la inteligencia interior soviética. Es decir, los objetivos de la RU en el exterior eran idénticos a los objetivos internos de la CHEKA: primero establecer y proteger al Fstado-Partido a través del mundo como nada más y nada menos que un Estado de contrainteligencia global. Y, segundo, resguardar la pureza ideológica de la revolución de los trabajadores siempre y en todas partes.

El medio usado por la RU -y por la organización que le sucedió, GRU, hasta el día de hoy- para llevar a la práctica el papel asignado era el entrelazamiento íntimo y completamente clandestino de su propio personal con las misiones diplomáticas enviadas por el Estado-Partido a todo el mundo.

Ninguna imagen transmite más exactamente el ideal de funcionamiento de este ejército sumamente clandestino de la estructura leninista en el exterior, que las telas tejidas por una araña desde sus propias entrañas. Telas tan transparentes como para ser invisibles, a menos que -improbablemente - la luz del día brillara directamente sobre su abrazo, cada vez más amplio, sobre individuos, gobiernos y sociedades.

Como complemento de esta estructura invisible había una segunda, que también se montó en hombros de las misiones diplomáticas. O, más exactamente, redefinió el propósito básico de las misiones diplomáticas soviéticas para incluir las funciones de contra inteligencia ya encerradas en la maquinaria de Moscú.

Bajo la dirección y el control de la CHEKA, las misiones diplomáticas (además de actuar como chimeneas para que entraran los topos de la RU alrededor del mundo) fueron ellas mismas transformadas en vehículo para la exportación del ideal leninista. Cada misión diplomática debía tener el mismo objetivo final que el Estado-Partido soviético que representaba.

Por lo tanto, no era simplemente lógico sino inevitable que la política

exterior del Estado-Partido leninista fuera conducida a través de sus misiones diplomáticas en dos niveles. En el nivel público, las relaciones diplomáticas propias de todo Estado se realizaban en una forma más o menos usual, por medio de personal más o menos usual... embajadores, cónsules, encargados de negocios y el contingente general de individuos acreditados.

Mientras tanto, en un nivel decididamente insólito, el IND, brazo de la CHEKA, se ocupaba de la inclusión sistemática de un dedicado elemento de inteligencia dentro del personal de cada misión diplomática alrededor del mundo?

Separado e independiente de la red de la RU, completamente secreta (y a veces en oposición entre sí, aunque ambos eran controlados finalmente por la CHEKA), este elemento diplomático de la inteligencia del IND era multidimensional. Era el principal instrumento a través del cual se entregaban las directivas de la política de Moscú al personal más o menos normal de la misión. Y era la póliza de seguro organizacional de Lenin, garantizando que sus propias misiones diplomáticas fueran mantenidas a raya.

Pero era mucho más que un mero sector de monitoreo y control. Porque este elemento de inteligencia también tenía el propósito de llevar a cabo su programa, oficialmente asignado y dirigido, de espionaje y de contrainteligencia en el exterior.

La actividad del IND en el extranjero no era tan invisible como la tela tejida por la RU, por cierto. Pero de todos modos estaba bien camuflada.

Bajo la cubierta de organizaciones aparentemente benignas, tales como sociedades "de amistad", organizaciones culturales, sindicatos, movimientos pacifistas y similares, Lenin usó al IND para poner en su lugar el exitoso modelo de lo que se convertiría en uno de los programas oficiales más efectivos que jamás se hayan ideado de espionaje y contrainteligencia internacional, diario, sistemático y dedicado; un programa que finalmente abarcó a la industria, a instituciones políticas, cuestiones militares y asuntos culturales en cada nación que albergaba una misión diplomática soviética acreditada.

En 1922, la FRRS se transformó a sí misma -nuevamente por órdenes de Lenin, y nuevamente por voto unánime- en el adulto completamente formado que conocemos como la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Por lo tanto, el Partido Comunista (PC) de base nacional se convirtió en el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS).

Por esa época, en su firme fanatismo y con su constante genio organizativo, Lenin había establecido la entrelazada red nacional e internacional sobre la cual se seguiría construyendo la institución geopolítica del marxismo-leninismo. Y había establecido, como piedra fundamental, los tres principios básicos de esa institución.

El primer principio era que la dictadura mundial del proletariado podía establecerse sólo por la revolución violenta, que diera por resultado el derrocamiento de los gobiernos de base capitalista. La elección de la violencia, hecha irrevocablemente antes de tener veinte años, fue la marca personal de Lenin más perdurable. Selló todo su pensamiento, planeamiento y organización para la revolución proletaria mundial. Y, por lo tanto, determinó el curso de la historia soviética, y de gran parte del mundo, durante la mayor parte del siglo veinte.

El segundo principio fundamental leninista se refería a la autoridad y la estructura. El Partido Comunista de la Unión Soviética, a causa de la experiencia que proclamaba tener en la revolución, siempre sabía más. Por esa razón, todos los PC no rusos iban a funcionar como ramas locales del PCUS. Cualquier PC fuera de Rusia debía estar organizado siguiendo los mismos lineamientos. Además, cada PC extranjero debía estar sujeto al PCUS -al control centralizado de Lenin y de sus sucesores-, tanto en la elección local de miembros del CC como en sus políticas.

El tercer principio leninista era la básica dimensión de contrainteligencia del gobierno del partido. Ese principio se mantendría en el Estado-Partido soviético y se extendería, país por país, como un elemento esencial del Paraíso proletario.

Mucho después de que el cadáver de Lenin fuera puesto en una caja de vidrio y granito debajo de la Plaza Roja, y mucho después de que su ideal del mundo como Paraíso de los Trabajadores hubiera sido traicionado, esos principios permanecerían como los pilares sobre los cuales estaría basada la institución geopolítica soviética que él había hecho posible. Su firme convicción sobre el papel internacional -y por último geopolítico- de la URSS, quedó como la marca inextirpable de la auténtica mentalidad marxista-leninista.

Los errores de juicio de Lenin son patentemente claros para una generación posterior, y listarlos magnifica el horror de uno ante su provincialismo mental; al mismo tiempo, destaca la montaña a la que Mijaf Gorbachov le ha puesto el hombro.

Apoyándose en los análisis producidos por Marx en el último tercio del siglo diecinueve -análisis ya erróneos en sí mismos y, en cualquier caso, basados en datos que ya no eran válidos en el siglo veinte-, Lenin procedió a cometer su error de juicio más grave. Conducido por sus propios datos, parciales o incompletos, su perspectiva distorsionada por lo que equivalía a una ilusión, Lenin supuso que en todas partes había una vasta "estructura" proletaria oprimida. Y supuso que en todas partes una "superestructura" sumamente opresiva estaba encima del proletariado como un incubo.

Tumbar esa superestructura, imaginó y ¡Listo!, el proletariado se levantaría como un solo cuerpo mundial y destruiría a sus opresores.

Si los trabajadores del mundo no se levantaban, encolerizados, era sólo porque el capitalismo, en sus penosos estertores de muerte, había prolongado temporalmente su vida expandiéndose hacia áreas coloniales, a fina-

les del siglo diecinueve y comienzos del veinte. Pero él lo vio desmoronarse con el comienzo de la Primera Guerra Mundial. Con ese colapso, Lenin estaba seguro de que se agotaría la última alternativa para los decadentes sistemas capitalistas. Pronto, por lo tanto, muy pronto, habría una aplastante ola de revoluciones. Sólo estaban esperando para encenderse entre las clases trabajadoras en todas partes... en Europa, Asia, África, las Américas. Uno supone que una confianza tan simplista en una futura ola de revoluciones fue por lo menos alentada en la mente de Lenin por la visible quiebra de los imperios y por las dificultades económicas de la Europa de la primera posguerra.

Sin embargo, habiendo renunciado a toda confianza en las tradiciones morales y religiosas que en primer lugar habían hecho posible a la civilización occidental, Lenin padecía una pobreza de alternativas. Su genio organizativo era innegable. Pero su intelectualismo era algo prestado y fragmentario, y se había vuelto estéril. Como Marx antes que él, era culpable de una interpretación falsa y subjetiva de la historia que lo dejaba con una visión asombrosamente prejuiciada de lo que sería el futuro. Y no era lo menos su interpretación equivocada, desde el comienzo al final, de cómo les iría a las economías de libre mercado en la realidad, y de lo resistente que era la democracia, tal como se la conservaba en las naciones capitalistas.

Hubo un momento, que pasó rápidamente, hacia el final de su vida, en el que Lenin tuvo al alcance de la mano la posibilidad de corregir el defecto más fatal de su leninismo. Se presentó en la persona de un sardo relativamente oscuro y sin recursos llamado Antonio Gramsci.

Un marxista convencido que vivía en Italia en el preciso momento en que Benito Mussolini llegó al poder, Gramsci partió hacia la URSS de Lenin en 1922 y permaneció allá durante los dos últimos años de la vida de Lenin. Absorbió toda la visión geopolítica de Lenin, y toda la convicción de Lenin de que una fuerza innata de la humanidad la estaba impulsando hacia el "Paraíso de los Trabajadores".

Sin embargo, a pesar de todo eso, Gramsci estaba demasiado consciente de los hechos de la historia y de la vida como para aceptar la suposición gratuita (hecha en primera instancia por Marx, y luego aceptada sin discusión por Lenin) de que la sociedad humana estaba dividida en todo el mundo en dos campos amplios y simples definidos como la "estructura" oprimida del pueblo y la "superestructura" opresiva del capitalismo.

Como historiador bien informado y analista objetivo bien preparado, Gramsci argumentó contra ideas tan engañosas. Argumentó y escribió acerca de una cultura común que había forjado una compleja homogeneidad entre todas las clases de las naciones capitalistas occidentales. La reconoció como una cultura que había sido sembrada y llevada a fructificar por cerca de dos mil años de religión y política, literatura y arte, guerra y paz. No había cisma, decía Gramsci, entre las masas proletarias y lo que Marx y Lenin llamaban la superestructura. Sólo había ventajas sociales y predominio económico.

Como realista, Gramsci sabía que estaba golpeando su cabeza marxista contra el bastión de la cultura cristiana, que incesantemente apuntaba a algo que estaba más allá del hombre y fuera del cosmos material del hombre. El triunfo de Gramsci -póstumo, tal como resultó- fue que comprendió cómo ese bastión cristiano podía y sería deshecho, y no tenía nada que ver con la revolución violenta y con el levantamiento universal del proletariado. Sin duda, era una solución que demostraría ser mucho más sutil y mucho más efectiva que nada imaginado por Marx o por Lenin.

No obstante, las discusiones y argumentos de Gramsci sobre este punto crucial de la violencia leninista no le ganaron ninguna popularidad entre sus hermanos socialistas en el Moscú de aquella época. Por el tiempo en que salió de la Unión Soviética, Gramsci sabía que el mundo se enfrentaría a dos espectros en el futuro inmediato. El primer espectro era el fascismo de Mussolini: "i1 *gran pappone di tutto fascismo",* el abuelito de todos los fascistas, como describiría posteriormente al dictador italiano. El surgimiento de Stalin en la Unión Soviética era el segundo.

Gramsci prefirió sostener su posición en Italia. Se aplazaría su día bajo el sol leninista. Pero habría de llegar.

Aunque es testimonio de la impulsora persuasión de Lenin y de las hazañas de seductor engaño de Feliks Dzerzhinsky, es difícilmente un mérito para ellos que, al pasar el tiempo, y a diferencia del visionario Gramsci, un cierto número de intelectuales sumamente respetados de Inglaterra, Francia, Alemania y Estados Unidos se tragaran la interpretación de la historia hecha por Lenin, con defectos y todo.

La Depresión de finales de los veinte y de los treinta fue lo que convenció a esas mentes. Atrofiados por la misma pobreza de alternativas históricas que afligió a Lenin, y dispuestos a creer los sofisticados guiones de Dzerzhinsky -"desinformación" fue la palabra que finalmente acuñaron los soviéticos-, esos intelectuales no podían concebir otra elección para el Occidente excepto la sovietización. El marxismo permanente de Edmund Wilson y la adulación servil de Stalin por parte de tantos ingleses y norteamericanos son explicables, si no excusables, a la luz de un intelectualismo que era menos realista que romántico, y que era fácilmente engañado.

Lincoln Steffens levantó la bandera más adecuada y más famosa para este grupo. Con una visita a la URSS a sus espaldas, Steffens era corno un adolescente enamorado. "He visto el futuro" en la Unión Soviética de Jo seph Stalin, declaró con una sincera y ahora manifiesta imbecilidad, "y funciona".

Debió admitirse que la prensa libre del Occidente no hacía nada para desmentir tales aseveraciones imbéciles. No había Gramscis entre los perio-

distas enviados por las mayores organizaciones occidenltÍes de noticias como corresponsales residentes en Moscú a lo largo de los años. No había noticias urgentes alertando al mundo sobre la liquidación masiva de los enemigos políticos de la revolución proletaria marxista-leninista en su camino sangriento hacia el ideal marxista del Paraíso de los Trabajadores. No hubo votos de protesta en las asambleas de la antigua Liga de las Naciones, r.i protestas diplomáticas de las potencias occidentales, ni sanciones aplicadas por la comunidad internacional. Por el contrario, una corriente continua de artículos bien ubicados en revistas y periódicos continuaban ensalzando las glorias de "lo que estaba pasando en Rusia", como lo describió Bernard Shaw, "y cómo finalmente el sentido común y la razón prevalecen sobre los desgastados dogmas de épocas pasadas". Lenin y Dzerzhinsky deben haber sonreído con satisfacción, y Stalin debe haber estado sumamente satisfecho. El engaño estaba funcionando admirablemente.

12

Joseph Stalin

En marzo de 1921 ya eran manifiestos en Lenin los síntomas de esclerosis cerebral. Su deterioro físico fue acelerado, sin duda, por las dos balas que seguían alojadas en su cuello y en el hombro izquierdo después del atentado contra su vida en 1918. Sin embargo, ignorando su declinación física -y, con su mayor benevolencia, haciendo a un lado toda crítica, incluyendo las ideas inteligentes y proféticas de Antonio Gramsci-, Lenin siguió trabajando tan intensamente como podía para perfeccionar el instrumento que había creado para la violenta revolución mundial.

El 6 de febrero de 1922, la CHEKA fue remplazada por una nueva organización, la Dirección Política del Estado (GPU). Lenin quería librarse de toda la "gente inútil" de la organización y aplicar las lecciones aprendidas sobre la contrainteligencia, no sencillamente como un servicio de seguridad sino corno un principio sistémico para el funcionamiento interno y externo del Estado-Partido de la URSS.

A pesar del hecho de que la debilitada condición física de Lenin era considerada temporal por sus médicos, en el momento en que se reunió el Undécimo Congreso del Partido, en Moscú, en abril de 1922, era evidente la necesidad de nombrar a alguien que se hiciera cargo hasta que Lenin pudiera recuperar su fuerza y reasumir el control total.

Se creó el puesto temporal de Secretario General. Y, aunque fue pensado como un expediente momentáneo, el puesto llevaba consigo el control sobre el Secretariado, la primera y más poderosa sección del Comité del PCUS. El control, por lo tanto, sobre toda la maquinaria de la revolución proletaria.

La elección del Partido para ocupar el puesto, ayudada por el voto de

Lenin, recayó en un hombre que había sido el cercano seguidor de Lenin desde poco después de comenzado el siglo: Iosif Vissarionovich Dzhugashvili, de cuarenta y tres años.

Nacido en Gori, Georgia, el 21 de diciembre de 1879, de un zapatero sádico, Vissarion, y de una madre rígidamente ortodoxa y pía, Keke, Iosif fue déstinado por Keke a ser un sacerdote ruso ortodoxo. Entró al semi nario, permaneció allí cinco años, y luego fue expulsado por "opiniones desleales".

Siguió un periodo más o menos confuso en el que es extremadamente difícil separar las leyendas creadas posteriormente de los acontecimientos originales. Dzhugashvili estaba en la revolución, eso es seguro. Supuestamente era un socialista con opiniones marxistas. Pero evidencia bastante convincente indica que en algún momento actuó como agente para la temida policía secreta de seguridad zarista, la Okhrana, que perseguía a muerte a todos los revolucionarios como Lenin y sus bolcheviques.

Nada de lo que sabemos del carácter de Dzhugashvili nos impide sacar esta conclusión: siempre fue un hombre de retener sus apuestas hasta que el caballo ganador se separara del grupo. La ambigüedad de su carácter, sin embargo, también nos permite especular que si, como parece probable por la evidencia, traicionó a algunos de sus "hermanos socialistas" y los mandó a los calabozos de la Okhrana y a la muerte, lo hizo para librarse de colegas que él consideraba que de otro modo eran obstáculos insalvables en su propio camino hacia el éxito.

Presumiblemente, con suficiente rapidez quedó en claro para Dzhugashvili que el zar y su régimen no eran los caballos que había de apoyar. Porque una vez que conoció a Lenin en una conferencia del Partido en Tammerfors, Finlandia, en 1905, Dzhugashvili se convirtió en su partidario cercano y en un marxista leal.

Asistió con Lenin a los congresos del Partido en Estocolmo y en Londres. Se ^onvirtió en un especialista en asaltar los transportes del tesoro zarista para asegurar fondos para el Partido Bolchevique. Como cualquier buen revolucionario, sufrió cárcel y deportación. Como cualquier inteligente revolucionario, siempre se las arregló para escapar. Como cualquier astuto revolucionario, nunca se comprometió en un combate mano a mano. Y al pasar los años se construyó constantemente un expediente de organizador fantásticamente hábil, con una cabeza fría y calculadora, una mente tenazmente sintonizada con el largo plazo, y nervios de acero.

Dzhugashvili se casó tres veces y fue el padre de dos hijos y una hija. El día que enterró a su primera esposa, Ekaterina Svanicize, estaba de pie junto a un amigo de la niñez, en el borde del cementerio, y a través de los raigones ya ennegrecidos de sus dientes, escupió el juramento que fue quizá el comentario más revelador sobre toda su vida futura. Derrotado en su elección personal y profundamente encolerizado, juró, "Jamás volveré a amar a nadie en esta vida".

Quizá jamás lo hizo. Su segunda esposa, Nadezhda Alliluyeva, incapaz de soportar su dureza y su odio, se suicidó. Su tercera esposa fue Rosa Kaganovich, hermana de Lazar Moiseyevich Kaganovich, un compañero revolucionario y uno de los lugartenientes de confianza de Dzhugashvili; se divorciaron, y Rosa desapareció en la oscuridad total.

Hasta su madre parece no haber recibido nunca la más ligera muestra de un sentimiento positivo de Dzhugashvili. A pesar del ascenso de su hijo a la gloria dictatorial, ella vivió toda su vida en la pobreza y la oscuridad. Contenta con sus iconos y medallas y actividades devocionales, Keke murió en la tranquilidad de su fe rusa ortodoxa en Cristo.

Como muchos de sus camaradas revolucionarios, Dzhugashvili coleccionó un montón de alias a lo largo de los años: "Ivanovich", "Koba", "Camarada K.", "Vassily". Su primer *klechka, o* sobrenombre, entre sus camaradas, hablaba de un lado estremecedor de su carácter. Lo llamaban "Demonschile", "Demonio".

Cuando tenía treinta y cuatro años, después de unos ocho de destacada actividad bolchevique, Dzhugashvili fue llevado por Lenin al Comité Central del PC. Fue entonces que cambió su nombre de una vez para siempre a Joseph Stalin. "Hombre de Acero".

Habiendo trabajado por aquella época como primer editor del *Pravda* -entonces como ahora, el periódico portavoz del régimen del Partido-, y en varios otros puestos importantes en el Partido y en su aparato estatal, Stalin estaba cada vez más enterado de todas las juntas secretas de los bolcheviques de Lenin.

En la primavera de 1922, Stalin aparecía como el hombre más capaz para ponerlo temporalmente a cargo de la maquinaria del Partido como Secretario General. En todo caso, sería por poco tiempo. Lenin estaría de regreso en forma y se haría cargo de nuevo a la brevedad, después de todo. Pero a Lenin le dio el primer ataque el 26 de mayo de 1922. Lo dejó con el brazo y la pierna derechos parcialmente paralizados, y con alguna alteración en el habla. Decidido a no rendirse, regresó a su oficina en octubre. Pero el 15 de diciembre, un segundo ataque significó que el trabajo de Lenin estaba efectivamente terminado.

Sin embargo, Lenin había visto lo suficiente aun sólo en esos seis meses como para sacar la misma conclusión de Antonio Gramsci, quien pronto preferiría correr sus riesgos en la Italia fascista. No se podía confiar en Stalin.

Las cosas llegaron a una crisis cuando Lenin se puso de parte de los rivales de Stalin en un choque en el Comité Central sobre medidas económicas. Antes que atacar directamente a Lenin, Stalin dirigió un ataque extraordinariamente insultante contra el representante más visible de Lenin, su siempre leal esposa, Nadezhda Krupskaya. Llegó tan lejos como para amenazar a Krupskaya con procesarla por traición. Presumiblemente, Stalin buscaba acobardar a Lenin a través de Krupskaya, pero cualquiera fuese su razonamiento, fue error táctico innecesario por el que pagó un precio.

Lenin dictó lo que desde entonces se ha llamado su última voluntad y testamento, su famosa "Carta al Congreso" (de delegados del Partido), en la que le recomendaba al Partido que hiciera a Stalin a un lado. "El camarada Stalin ha concentrado en sus manos un poder ilimitado", advertía Lenin, "y no estoy seguro de que siempre pueda usar su poder con la suficiente cautela".

Lenin recomendaba que Stalin fuera remplazado por cualquiera de sus dos grandes rivales, a uno de los cuales Lenin alababa claramente. "El camarada Trotsky. . . se distingue por notables capacidades. . .[Él] es la persona más capaz en el presente Comité Central".

Lenin insistió en estar presente cuando su "Carta" fue leída en una reunión plenaria del Partido. Stalin estaba sentado bajo el podio, con una adecuada expresión en la cara, apenada, arrepentida y desdichada. Sin embargo, para Stalin todo era teatro. Y para Lenin todo estaba terminado. El hombre de Acero -un genio organizativo por derecho propio- comprendía todos los caminos poco conocidos de la estructura revolucionaria que ahora controlaba. Había cerrado su centro de poder para impedir cualquier intromisión, inclusive por parte de Lenin.

Algunos antiguos colegas de Lenin, a los que Stalin ya había reclutado para que lo apoyaran, se levantaron para dirigir una defensa (estilo "los niños siempre serán niños") de su notable camarada, Joseph Stalin. Quedaba la cuestión del inflamado ataque de Stalin contra Krupskaya, un acto prematuramente intolerante que tenía que ser normalizado para satisfacer al bloque de poder de Lenin.

Sin embargo, como Lenin había observado una vez, el camarada Stalin no era hombre para intrigas pequeñas. Le costó poco pedir una disculpa pública a Krupskaya. Había cosas más importantes que atender, y Stalin quería seguir con ello. A partir de entonces, parece no haber importado lo que Lenin pensaba o deseaba en relación con Stalin.

Si los médicos de Lenin hubieran tenido razón, si él hubiera recuperado aunque fuese la mitad de su fuerza, en realidad, y hubiera durado sólo dos o tres años más, se hubiera eliminado el asunto del ascenso de Stalin y la historia del mundo podría haber tomado un rumbo diferente. Pero los días de Lenin estaban contados. Sólo quedaban para él las lentas horas con su amada Nadezhda en su villa de Gorki, la respetuosa atención de sus seguidores y la sonriente mirada de los oscuros ojos de Stalin observando los movimientos de todos.

Si Antonio Gramsci comprendía por lo menos tan bien como Lenin lo que le esperaba a la Unión Soviética y a la revolución proletaria bajo Stalin, el propio Stalin comprendía a la perfección la invención estructural de Lenin del supremo Estado-Partido, incluyendo su potencial geopolítico.

Lenin había sido impulsado por su ideal de la revolución proletaria mundial, y por su objetivo del Paraíso de los Trabajadores. Stalin estaba impulsado quizá por la más total y posesiva ambición personal en los anales de los grandes líderes. Sería el amo de todas las naciones. O de toda la tierra, de hecho. Porque, les gustara o no, el monolito de Lenin -la organización institucional geopolítica que había creado- ahora le pertenecía a Stalin. Y Stalin sabía lo que tenía que hacer: transformar el marxismo-leninismo con sus propias ideas.

Dado el giro en el uso que pretendía hacer Stalin de ese monolito, había tres elementos básicos que eran desventajas desde su punto de vista. Tres elementos que tendrían que ser eliminados.

Primero, la democracia interna del Partido recomendada por el marxismo-leninismo. Limitada como era, esa libertad de opinión y expresión siempre apoyada por Lenin y sus bolcheviques dentro de sus propias filas no podía significar nada más que problemas para el gobierno personal de Stalin. No quería que nadie le hiciera lo que él le había hecho a Lenin, después de todo. Necesitaba que el aparato del Partido fuese un monolito de otro tipo, un cuerpo que no estuviera básicamente al servicio del proletariado, sino completamente subordinado a él, personalmente.

La segunda desventaja de la organización leninista era que era internacionalista. Stalin no tenía altruismo. Nunca se permitió sueños mesiánicos ni poesía. La dimensión "en las nubes" del leninismo, aunque el cielo fuera proletario, era una tontería idealista. Y, en todo caso, una dictadura mundial del proletariado, seguida por la desaparición de todo gobierno y control estatal, significaría simple y claramente que el propio Stalin se desvanecería de la importancia central.

La tercera desventaja era que el monolito leninista no incorporaba ningún plan final para colocar al Estado-Partido soviético -y a Stalin como su líder- al frente de las naciones. Porque ésa, y no alguna promesa mesiánica de un Paraíso terrenal, era la meta que estaba al final del arcoiris proletario de Stalin. Y ya estaba consciente de cierta información perturbadora acerca de ciertos líderes extranjeros de partidos comunistas de Europa -algunos alemanes, franceses y yugoslavos, por ejemplo- cuyos análisis de la situación mundial y cuyas expectativas en sus propios países parecían más de acuerdo con las ideas de Antonio Gramsci que con las de Lenin. Obviamente, entonces, y cualesquiera fueran los detalles, había ciertamente ideas socialistas circulando afuera que no estaban de acuerdo con el monolito revisado que ahora Stalin se proponía modelar.

Todavía vivía Lenin cuando Stalin se movió para eliminar la primera de las desventajas leninistas, la democracia interior del Partido. Fue una cuestión simple e ingeniosa de voltear las prioridades de Lenin.

El cambio estructural más importante de Lenin en su monolito, hecho en febrero de 1922, había sido remplazar a la todopoderosa CHEKA por una GPU purgada. En julio de 1923, bajo la mano conductora de Stalin, la GPU fue remplazada a su vez por la Dirección Unida del Estado (OGPU), cuyos

integrantes fueron purgados nuevamente... esta vez, de bolcheviques leninistas.

Más importante, el nuevo estatuto de la OGPU implicaba la revocación del dictamen de Lenin de que el Partido era supremo. Porque la OGPU ya no estaba bajo el control del Comité Central, y por cierto, tampoco del Partido. En cambio, fue colocada bajo el control directo del Secretario General, Joseph Stalin. Y a sus obligaciones de controlar las fronteras y la seguridad interna se sumó la obligación de vigilar a los propios líderes del Partido.

La democracia interna del Partido era letra muerta.

Stalin tomó otro paso pasmoso en su recreación del Estado-Partido antes de la muerte de Lenin, un paso con implicaciones para la solución de Stalin a la segunda desventaja del internacionalismo leninista, así como a la tercera desventaja que permitiría al Estado-Partido soviético eludir la dominación mundial, y a Stalin junto con él.

La constitución de Lenin, adoptada en 1918 por la FRRS, se aplicaba solamente al territorio abarcado por el territorio tradicional ruso y por Siberia. la FRRS no incluía, ni tenía estipulaciones constitucionales para la Federación Transcaucásica, compuesta por Ucrania, Bielorrusia, Georgia, Armenia y Azerbaiján. En la práctica, sin embargo, el Ejército Rojo controlaba esos territorios. Además, los bolcheviques de Lenin dominaban todos los soviets, o asambleas de trabajadores, en esas áreas, así como el Consejo de Comisarios Soviéticos elegidos por los soviets. Estructuralmente, en otras palabras, el PCUS ya dominaba la política y las políticas de esas regiones nominalmente "independientes".

Sólo se necesitaba el expediente de la aprobación formal del Comité Central, del 6 de julio de 1923, para que Stalin absorbiera esos territorios en la URSS. Fue sólo una victoria proletaria más que llegó sin la gloria de una revolución proletaria y aunque fuese el fingimiento del consentimiento proletario.

Siempre ha existido la sospecha de que un veneno de acción lenta fue la causa de la muerte de Lenin en enero de 1924, y que Stalin hizo quitar y cremar las vísceras de Lenin -contra los deseos violentamente expresados por su viuda, Nadezhda Krupskaya- para evitar que lo detectaran posteriormente los médicos forenses.

Cualquiera haya sido la verdad, Lenin estaba muerto. Krupskaya, sin hijos, quedó reducida a una cifra viviente, y así seguiría hasta su propia muerte en 1939. Feliks Dzerzhinsky podría haberle causado dificultades a Stalin. Como primer jefe de la CHEKA era el único hombre que sabía los secretos de todos, incluyendo los de Stalin. Pero la muerte repentina de Dzerzhinsky, el 20 de julio de 1926, garantizó su silencio.

Ahora no le quedaban a Stalin opositores dignos de consideración.

Con esa clarividencia que Lenin había admirado tanto alguna vez, Stalin

ahora se dedicó de lleno al trabajo de asegurar que la totalidad del Partido y la totalidad del Estado fuera un solo cuerpo monolítico sometido completa y personalmente a él mismo.

Primero, se limitó a maniobras dentro del Partido, otra habilidad que Lenin le había admirado. Posteriormente, hubo asesinatos directos por medio de secuaces pagados. Finalmente, las Grandes Purgas de Stalin y los Juicios Fingidos de los años treinta transformarían la sociedad soviética y alcanzarían el objetivo de Stalin dentro del país. Su culto quedaría firmemente establecido. El "Georgiano Milagroso", como Lenin había llamado una vez a Stalin, eliminaría la disensión que quedara, y de una vez para siempre aseguraría que el Partido Comunista fuese el único partido en el estado soviético, y aseguraría su propia posición como el único líder de ese partido.

Más o menos al mismo tiempo que se puso en camino para asegurar el poder completo en su país, cayeron en manos de Stalin los medios para enfrentar el segundo de los principales problemas de la estructura leninista, su internacionalismo "altruista". En esta área, en realidad, tuvo el mejor aliado que podía desear: la sucesión de acontecimientos sobre los que él no tenía control.

La revolución proletaria que Lenin había fomentado en China y en Alemania estaba en ruinas en 1923. En ninguno de los dos países se había producido el levantamiento del proletariado. En realidad, el principal arquitecto del plan leninista para China, Mijaíl Markovich Borodin, había sido traído de regreso y ejecutado por su fracaso. Y la derrota decisiva del Partido Comunista Alemán en las elecciones de 1923 significaba una negativa al éxito revolucionario en ese país. En los treinta, Stalin repetiría el error de Lenin en España, y descubriría a un costo terrible que ni siquiera él podía hacer que diera buenos resultados una fórmula para la revolución equivocadamente basada. En esta ocasión, sin embargo, hizo que ese fracaso trabajara en su favor.

Menos de un año después de la muerte de Lenin, con el pleno apoyo de su bloque en el Comité Central detrás de sí, Stalin pudo anunciar que el verdadero leninismo no insistía en el internacionalismo, después de todo, para este momento de la historia.

En lo que sí insistía, declaró Stalin, era en algo que llamó "socialismo en un país", una frase que llegó a ser tan renombrada alrededor del mundo como su portentoso significado: el predominio soviético. La Revolución Rusa era "autosuficiente", le anunció Stalin al CC. No necesitaba ser reforzada por el socialismo en otros países. El perfeccionamiento del "socialismo" en la URSS (el "país") era el camino más rápido hacia el "socialismo" mundial.

Stalin volvió a insistir, sinceramente, que éste no era un repudio de la revolución proletaria. Significaba simplemente esto: la Revolución Rusa era suprema, y Stalin era su líder supremo. Ni él ni el Estado-Partido soviético eran los meros iguales de nadie en la "fraternidad socialista" mundial.

Resuelto esto en el Comité Central del PCUS -porque quedaba resuelto-, todo trazo del internacionalismo soviético del tipo leninista fue eliminado de los pronunciamientos, discusiones e ideología del partido soviético. Sólo quedaba por llevar a cabo la cuestión práctica de su entierro completo en todo el mundo.

Con ese propósito, Stalin se volvió hacia otra de las estructuras de Lenin, el Comintern. Por medio de la troika de tácticas a las que era tan adepto -maniobras parlamentarias, el soborno y la eliminación forzosa-, Stalin transformó primero al Comintern, todavía débil, en un cuerpo interino por medio del cual canalizaría sus dogmas internos y sus políticas exteriores. Cuando después le convino, simplemente eliminaría al Comintern por completo. Pero durante los veinte y los treinta, las actividades estalinistas se extendieron a través del renovado Comintern a las colonias de los imperios capitalistas: británico, holandés, francés y portugués.

Tales movidas eran perfecta y esta¡ inistamente sensatas. Porque el hecho proletario de la vida, ahora era que cualquier revolución comunista que produjera un posible rival para Stalin en materia del control total mundial, era inaceptable. A su tiempo, hombres como Tito en Yugoslavia, Mao Tse-Tung en China, Enver Hoxha en Albania, se convirtieron en ejemplos de lo que les esperaba a los revolucionarios comunistas que se rehusaban a aceptar un lugar apropiadamente subordinado dentro del monolito estalinista.

Aun interinamente, sin embargo, Stalin no podía confiar totalmente para su base de poder internacional en una organización tan débil como el Comintern. Tampoco tenía que hacerlo. Tenía las tres redes, con base en Moscú, que Lenin había organizado para llevar a cabo la inteligencia y el contraespionaje en el exterior. Bajo el control de Stalin, la coordinación de esas tres redes leninistas se elevó a un nivel de eficiencia sin precedentes.

Fue la tercera de estas redes leninistas -la que cubría los estados socialistas "clientes", estados satélites y movimientos revolucionarios en el exterior- la que sería la verdadera base de la expansión internacional de Stalin.

"Dondequiera que emergen los estados soviéticos clones" -nuevamente son las palabras del analista norteamericano John Dziak- "se repite el mismo patrón, sea en Cuba o Nicaragua en América Latina, o Etiopía o Angola en África, o Afganistán o China en Asia. Los primeros productos exportados a esos estados son, invariablemente, un Partido o un movimiento tipo Partido para organizar y enfocar el poder político, y un aparato de seguridad del estado para asegurar el monopolio de ese poder, para organizar la sociedad en una forma atomizada de manera de facilitar el control, y para comenzar la búsqueda de los'enemigos del pueblo'... Pronto sigue el empobrecimiento general... El estado de contra¡ nteligencia puede generar poder... no puede generar bienestar económico para el bien común".

Ésa es una buena descripción de la versión estalinista del Paraíso de los Trabajadores de Lenin.+

El control y la autoridad eran de la mayor importancia para Stalin en todas partes, no hay duda sobre eso. Pero en 1931, quedó en claro que tenía que darle prioridad a otra desventaja que había heredado de Lenin, una puramente interior.

"Estamos cincuenta o sesenta años atrás de los países adelantados", declaró Stalin a una conferencia de administradores industriales en ese año. "Debemos superar este atraso en diez años", advirtió. "0 lo hacemos, o nos aplastan". Parecía que el capitalismo democrático no estaba muriéndose, después de todo.

El costo del plan de Stalin de transformar a la Unión Soviética, de una nación atrasada, en una potencia del siglo veinte, fue horroroso hasta un grado sin paralelo en la historia humana. Stalin llamó al plan la Segunda Revolución. En aquel momento no tenía sentido señalar que no había habido una Primera Revolución.

Internamente, Stalin transformó la sociedad y la economía de la Unión Soviética por medio de dos procesos gigantescos, que también completaron la consolidación del poder indiscutido de Stalin en la URSS: la colec tivización de la agricultura y el reino del terror estalinista. Por estas dos políticas arrasadoras, Stalin buscaba eliminar todo vestigio del capital privado. Sólo se enriquecería el estado. A su vez, el estado transformaría a la URSS en una potencia mundial agriculturalmente autosuficiente e industrialmente avanzada.

En este plan, la función específica de la colectivización era librar a la Unión Soviética de prósperos agricultores privados, esos mismos desventurados kulaks cuyo terrible destino sirvió de horrible advertencia al arzobispo Amleto Cicognani sólo unos pocos años después, cuando el embajador soviético Maksim Litvinov argumentaba en busca del apoyo vaticano para la URSS en la Segunda Guerra Mundial. Por cierto, unos años después, el propio Stalin le dijo fríamente a Winston Churchill que el problema de la propiedad privada había sido resuelto "usando camiones de ganado". Cuatro millones de pequeños propietarios fueron amontonados en esos camiones de ganado, que los transportaban a los campos de detención de Siberia y a la rápida, impldcable ejecución.

Stalin no le mencionó a Churchill una palabra sobre lo que el cronista Robert Conquest ha llamado la "Cosecha del Dolor", la liquidación planeada de alrededor de quince millones de ucranianos. Tampoco sacó a colación su fija y triple política de terror: hambruna inducida sistemáticamente, el uso de gas venenoso y la creación de una vasta red de campos de la muerte en Siberia, adonde eran deportados aquellos que sobrevivían. Estimaciones conservadoras ponen el número total de las víctimas de Stalin entre los 25 y los 3b millones.

Stalin encontró amplio y explícito mandato para su política de genocidio planeado en la obra de Marx y Engels. Ya en 1869, Engels hasta había proporcionado lo que equivalía a un borrador horripilante, y una justifica-

ción egoísta, para propinar un golpe literalmente mortal a la clase burguesa. "Hasta su completa exterminación o pérdida del *status* nacional", escribió Engels, "este desecho racial siempre se convierte en el más fanático portador que hay de la contrarrevolución, y así permanece. Esto es porque toda su existencia no es nada más que una protesta contra una gran revolución histórica".

A comienzos de su carrera, el propio Stalin había propuesto el genocidio de acuerdo con la doctrina de Marx y Engels. En sus *Fundamentos de Leninismo,* declaraba que los reaccionarios (contra la revolución proletaria) debían morir, no como individuos, sino como naciones enteras. No podía haber duda, insistía, de que "la totalidad del Socialismo Nacional" incluía la solución genocdda.

Para llevar a efecto su reino de terror en la escala que consideraba esencial, Stalin necesitaba más que la justificación ideológica. Tenía que hacer otro cambio significativo en la estructura del partido. Con seguridad, nunca perdió de vista el genio de la creación estructural básica de Lenin. Al mismo tiempo, nunca hesitó para hacer sus propias modificaciones (si se puede usar un término tan benigno) por las que transformó constantemente el monolito leninista para convertirlo en el medio de asegurar, fortalecer y resguardar su poder personal.

Cuando el 17° Congreso del Partido se reunió en 1934 por mandato de Stalin, sus 1,966 delegados remplazaron su anterior organización de vigilancia, la OGPU, con otra más: el Comisariado Popular de Asuntos Internos (NKVD). En el corazón del NKVD, los delegados obedientemente. crearon una fuerza de élite. El Sector Especial.

En el país y alrededor del mundo, el NKVD heredó todas las obligaciones y privilegios de la OGPU. Era un ejército aparte del Ejército Rojo, al que monitoreaba y controlaba. Era el brazo derecho del Estado-Partido. Y el Estado-Partido, con la vigilante ayuda del NKVD, era simplemente, y por reducción, el propio Stalin.

Sin embargo, con respecto a sus políticas de genocidio, fue la creación del Sector Especial del NKVD lo que marcó la gran diferencia. Porque el Sector Especial no era meramente otro perro guardián de los perros guardia nes, otro guardia para mantener en orden a los guardias. Colocado en el corazón del Comité Central del PCUS, era, en efecto, la fuerza personal de exterminio de Stalin. Le permitió a Stalin llevar el principio básico revolucionario de Lenin, la violencia, a su nivel más asombroso. El reino del terror de Stalin podía ahora ser tan extremado como tenía que ser.

Los blancos de primera importancia para este nuevo brazo de exterminación del monolito de Stalin, estaban dentro del Estado-Partido. El momento para aducir que los niños siempre serán niños había terminado. Era hora de librarse de todos los viejos bolcheviques leninistas de quienes Stalin podía esperar alguna resistencia residual a su control personal y autoridad absoluta.

Quizá fue irónico que las purgas y los juicios que costaron las vidas de decenas de millones de soviéticos fueran hechos posibles por la creación, por parte del partido, del NKVD y del Sector Especial. Si fue así, fue una ironía tan empapada en sangre que la mayoría de los propios miembros del Partido no vivieron para apreciarla.

Junto con los millones de ciudadanos soviéticos que fueron muertos o apresados, 1,108 de los 1,966 delegados que tan obedientemente habían dado existencia a estas nuevas creaciones estalinistas fueron ejecutados entre 1936 y 1938, durante las Grandes Purgas de **Stalin y sus** tres Grandes Juicios Públicos. Dentro del propio Comité Central, 98 de sus 138 miembros y candidatos fueron ejecutados.

Cuando la sangría había terminado en su mayor parte, no sólo el NKVD, sino también el Partido y el Estado eran criaturas que pertenecían completamente a Stalin en su composición, función y objetivo.

La principal preocupación de Stalin, fuera de la Unión Soviética, estaba dictada por la visión geopolítica que heredó de Marx y Lenin. En su forma estalinista, no obstante, esa visión estaba despojada de cualquier noción de que el Estado-Partido soviético, que ahora estaba totalmente bajo su control, debía renunciar a su pretendido papel de dominación geopolítica en el mundo.

Como en la propia Unión Soviética, Stalin avanzó alrededor del mundo por medio de las estructuras leninistas que ya estaban en su puesto y esperando la mano de él, específicamente, en este caso, la triple red de estructuras mundiales de contrainteligencia que habían comenzado años antes con la expansión del personal de la CHEKA de Feliks Dzerzhinsky en las misiones diplomáticas y culturales soviéticas que estaban en el exterior. Nuevamente, como en la Unión Soviética, el último sucesor de la CHEKA, creado por Stalin, el NKVD, hizo posible que el Hombre de Acero sujetara firmemente su control sobre la red internacional de contrainteligencia soviética y finalmente la expandiera y perfeccionara casi sin límites.

En sus mejores días, el NKVD estaba compuesto por tres cuartos de millón de miembros distribuidos en cincuenta y tres divisiones y veintiocho brigadas. Al comenzar la Segunda Guerra Mundial, es decir, a los cinco años de la creación del NKVD, treinta y seis países distribuidos alrededor del globo tenían partidos comunistas bien establecidos pro-Moscú. Encima y a través de todos ellos se extendían los tentáculos del NKVD. Y por obvias razones, aquí por lo menos, un principio internacional en el que insistía Lenin siguió siendo el orden del día estalinista: cada PC fuera de la Unión Soviética estaba modelado sobre el PCUS, y enteramente sujeto a él, tal como estaba renovado por Stalin. El Secretario General tenía la garantía del NKVD al respecto.

Stalin tenía otra deuda importante con la visión geopolítica y el propósito

geopolítico de Lenin. Porque pieza central misma de la estrategia geopolítica de Stalin, fue la mismapanza ruso-germana que Lenin había visto siempre como piedra angula ,e sus pretensiones a la dominación de Europa y del mundo por el prorariado.

En realidad, la idea de q,. la alianza de eslavos y alemanes podía dominar a toda Europa y, sir[uda, podía dominar al mundo, era más antigua que Lenin o Marx. Datas de antes de la época de Pedro el Grande. Una sólida estrategia geopolítiralguna vez fue sostenida como un ideal a ambos lados del río Elba.

Porque todo el propósito j! Lenin fue geopolítico desde el comienzo, era de esperarse que, casi des:f el momento en que los bolcheviques se apoderaron de Rusia en 1917, Idea de una alianza ruso-germana como el primer paso esencial para obt?er la preeminencia geopolítica tenía que convertirse en moneda corriemin sus discusiones y planes con su Partido Bolchevique.

El pensamiento era descaral) en su duplicidad. Si era posible restaurar la virilidad nacional de AlemamJespués de su agotamiento y humillación durante la Primera Guerra Munop, entonces podría organizarse otra guerra, por lo menos igualmente destru;¡va, para reducir a Inglaterra y Francia -y nuevamente a Alemania, dentro' la negociación- a un singular estado de debilidad. La infraestructura de'3s tres naciones quedaría destruida. Los gobernantes capitalistas serían •ducidos a la miseria. El proletariado se levantaría... ese viejo refrán paicía no morir nunca en la mente marxista soviética. Y finalmente seguiría l33ran Revolución, con la URSS -la nación más fuerte y más intacta- coma cima del nuevo orden mundial.

El propio Lenin había puesí' las ruedas en movimiento para un plan semejante ya en abril de 1922,:ólo un mes antes de su primer ataque. Como él había previsto, Alemaniaiabía sido desgastada por los cuatro años de la guerra mundial. Había sic , humillada por la ocupación extranjera. Había sido despojada de sus ex)lonias. Y estaba asolada por el hambre y por una inflación en espiral. En r€amen, estaba lista para la cosecha.

El 16 de abril, el Comisariolel pueblo para Asuntos Exteriores de la URSS de Lenin, Georgi G. Chich^ se reunió con Walter Rathenau, ministro del exterior de la República emana, para firmar el famoso Tratado de Rapallo. Por ese tratado, se asegcaba el trato de nación más favorecida en las relaciones soviético-germana Y los humillados alemanes podían comenzar a rearmarse con armas, t3lques, aviones y gas venenoso. . . todo lo cual había sido prohibido por las~diciones del Tratado de Versalles que había terminado la guerra en 191,\

Fue el comienzo de un largov mortal juego del gato y el ratón. Porque mientras que el Tratado de Rapalo fue firmado en secreto, fue publicado por los soviéticos al día siguiente, para poner la pulga de la renovación de hostilidades en la oreja de los frartieses e ingleses.

Durante los diez años de 192°a 1939, Stalin siguió adelante con el plan

de Lenin para lograr el dominio de Europa a través de Alemania. Y el ascenso de Hitler al poder total en Alemania, en 1933, le proporcionó a Stalin la apertura que necesitaba. Su cuñado e íntimo, Lazar M. Kaganovich, expresó la idea con notable franqueza en un artículo que escribió para el periódico bolchevique *Izvestía,* el 20 de enero de 1934: "El conflicto entre Alemania y Francia e inglaterra refuerza nuestra situación en Europa. Debemos trabajar para profundizar la divergencia entre los Estados de Europa".

Y Stalin trabajó en ello. Trató, con todo lo que estaba en su poder, de hacer posible y factible un pacto militar soviético-alemán. En 1935, cuando Hitler desafió descaradamente las restricciones militares todavía obligatorias para Alemania por el Tratado de Versalles, Stalin le dio un altanero sermón al ministro del exterior de Inglaterra, Anthony Eden. "Tarde o temprano" -Stalin agitó un índice verbal ante el británico- "el pueblo alemán debe liberarse de las cadenas de Versalles.. . Repito, un gran pueblo como el alemán debe liberarse de las cadenas de Versalles".

A finales de ese año, Stalin le propuso a Hitler que firmaran un pacto bilateral de no agresión. Era otra movida en el juego del gato y el ratón iniciado por Lenin más de una década antes. Porque antes, ese mismo año, Stalin ya había firmado un tratado de "ayuda mutua" con Francia. Y en todo caso, aunque Stalin cortejara a Hitler, Moscú le dio instrucciones a los partidos comunistas de Francia, Inglaterra y otras partes, para que alzaran un clamor de alarma por la necesidad de defender en todas partes a la democracia contra el fascismo alemán e italiano.

Claramente, los fuegos de la guerra tenían que ser alimentados a ambos lados del caldero. Si Stalin no pudo dejarlo en claro por medio de sus acciones, dejó el testimonio verbal directo en el verano de 1939, cuando declaró públicamente que "no seremos capaces de emprender un plan de acción geopolítico a menos que explotemos con éxito los antagonismos entre las naciones capitalistas, para precipitarlas en el conflicto armado. El principal trabajo de nuestros partidos comunistas debe ser ahora facilitar ese conflicto".

Dos meses después, el 23 de agosto de 1939, el infame pacto de no agresión de Stalin con Hitler fue firmado finalmente en Moscú. Éste fue el pacto por el cual, en las palabras del historiador N. Nekrich, la URSS "abrió la puerta a la siguiente guerra mundial". Ése era el plan, por supuesto. Y así, en el momento de la firma, Moscú también estaba recibiendo a importantes delegaciones militares de Francia e Inglaterra.

Todas las ironías de la era estalinista son sangrientas. Hasta donde Hitler era un blanco adecuado para los avances de la Rusia marxista, lo era precisamente a causa de su admiración por Stalin y por sus métodos probados de genocidio. Los *Fundamentos de Leninismo* de Stalin, en donde había defendido tan apasionadamente el genocidio como un instrumento legítimo del socialismo, habían sido publicados en alemán en 1924. Poco después de tomar el poder en 1933, Hitler le comentó a un confidente,

Hermann Rauschning, que "la totalidad del nacional socialismo]la filosofía política nazi] está basada en el marxismo".

No era demasiado decir. Por lo menos, no puede haber duda de que Hitler encontró la justificación y el modelo para su fatal "solución final" en el principio del genocidio defendido como doctrina y política para fomentar la revolución proletaria marxista.

Para decir la verdad, Hitler estaba lejos de estar solo, inclusive en Occidente, en su admiración por la doctrina del genocidio marxista-leninista-estalinista. Ésta encontró defensores capaces y célebres en hombres tales como los héroes literarios ingleses, H. G. Wells, Havelock Ellis y George Bernard Shaw, para nombrar sólo algunos.

Shaw llegó tan lejos como para pedir la invención de "un gas humano que matará instantánea e indoloramente", y el exterminio de "razas inútiles" sobre una "base científica". Como atestiguó el nazi Adolf Eichmann años después, en su juicio en Jerusalén, Hitler encontró exactamente lo que Shaw había pedido, en el gas Zyklon-B, con el que arrebató las vidas de seis millones de judíos y otras "razas inútiles".

La admiración por Stalin en Estados Unidos era de un tipo más tierno. A pesar de su incomparable crueldad, que estaba en pleno apogeo en los años treinta, el NKVD de Stalin era tan increíblemente hábil para promover su culto, que Estados Unidos fue capaz de permitirse ignorar sus políticas genocidas en la misma forma en que los malos modales son ignorados por las personas educadas. Un artículo en una popular revista norteamericana de los treinta, Harper's Weekly, presentó un ejemplo del agradable estereotipo que llegó a aceptarse en Estados Unidos: el "tío Joe", como el propio presidente Franklin D. Roosevelt llamaba familiarmente a Stalin, ese hombre como un osc amable, firme, fumando la pipa, dedicado a su familia, y viviendo modestamente con el salario de un gerente, como cualquier honesto capitalista norteamericano.

Verdaderamente, como había dicho Lenin, Stalin era el "Georgiano Milagroso".

Todo el plan de Stalin para conquistar a Europa y al mundo reposaba sobre el éxito de su pacto de no agresión con Hitler de 1939. Pero Hitler fue mucho más rápido en el juego. La admiración del dictador alemán por Stalin y sus métodos demostró no ser un obstáculo para la traición. Con un odio nacido en la envidia, la emulación y su propia megalomanía, Hitler sé volvió contra los soviéticos. Veinticinco años después, Nikita Jrushchov reveló que, cuando Stalin se enteró de la invasión alemana a la Unión Soviética en 1941, sufrió un colapso nervioso y gritó: "¡Hemos perdido para siempre todo lo que creó Lenin!"

Había muy poco para elegir entre estos dos dictadores que se presentaban a sí mismos como campeones de la causa socialista mundial. Pero a

pesar del ataque de nervios de Stalin, sus días serían más largos que los de Hitler. Porque nuevamente, al Georgiano Milagroso lo ayudó una extraña combinación de acontecimientos sobre los cuales él no tenía control: los maniacos errores de Hitler. El heroísmo del pueblo ruso. Y, sobre todo, el ingreso de Estados Unidos a la Segunda Guerra Mundial.

El problema era que los norteamericanos como salvadores resultaron ser un arma de dos filos para Stalin. Por una parte, le salvaron el pellejo al reabastecer a Inglaterra, a Francia y a la propia URSS con el equipo militar necesario y con alimentos, y por su propio y enorme esfuerzo militar. Por otra parte, sin ernbargo, al mismo tiempo los norteamericanos salvaron el pellejo a Europa, y eso ponía una traba a los planes de Stalin en favor de una Francia, una Inglaterra y una Alemania debilitadas.

En realidad, Estados Unidos se convirtió en el más importante de los factores históricos de la Segunda Guerra Mundial con los que Stalin no había contado. La presencia de Estados Unidos, con su animada economía y su posesión exclusiva de la bomba atómica, en el corazón de Europa, a partir de 1945, cambió toda la ecuación marxista-leninista de dominación geopolítica. El viejo sueño de una base eslavo-germana para esa dominación estaba fuera de cuestión. Por lo menos, durante el futuro previsible.

Aún así, quizá mañana fuera un día diferente. Y no había ningún mal en trabajar para verlo.

En esto, por lo menos, Estados Unidos resultó ser particularmente atento. Franklin Roosevelt permitió que él mismo y sus aliados occidentales fueran agradable e indoloramente embaucados para abandonar su propósito original al ir a la guerra. . . la liberación de Polonia y de todas las naciones europeas.

Viene a la mente una imagen como de caricatura, en la que un desecador de pantanos está tan asustado por los cocodrilos que le tiran dentelladas a su pellejo que olvida por qué vino al pantano, en primer lugar. Pero, tristemente, los hechos de su grosera traición a Europa Oriental sugiere algo mucho menos cómico -y mucho menos lisonjero y exculpatorio- para los líderes norteamericano y británico, quienes fueron conniventes con otra victoria no revolucionaria de la revolución proletaria marxista-leninista. Una caricatura amargamente cínica apareció en una de las últimas ediciones del diario principal de Budapest, poco antes de que la mano de hierro de Stalin borrara todas las libertades de Hungría. Mostraba a las naciones de Europa Oriental como una doncella que está siendo arrebatada entre las garras de un Joseph Stalin parecido a un oso, mientras les grita a tres hombres uniformados -Inglaterra, Francia y Estados Unidos-: "¡Ustedes prometieron liberarme de esta violación. . . ustedes prometieron!" La respuesta de ellos: "Lo sentimos, querida, pero todos pertenecemos al mismo club".

Ésa era, en suma, la dificultad. Un "amado aliado", un miembro fundador de la Organización de las Naciones Unidas, poseedor de papeles de tratados que le otorgaban a Stalin todo el poder sobre esas naciones, el

Occidente carecía de toda autoridad moral para plantarse frente a Stalin. Lo mejor que se podía hacer era la política de contención de Kennan y la tediosa, a veces sangrienta, siempre falsa Guerra Fría, salpicada con la sangre coreana y la sangre vietnamita, y sin paralelo en la historia de las naciones por la cantidad de hombres, mujeres y niños que fueron víctimas de la más brutal inhumanidad del hombre con el hombre.

Tampoco la muerte de Stalin, en marzo de 1953, cambió ninguno de los fundamentos sobre los que continuaba funcionando el Estado-Partido. La estructura geopolítica leninista, animada por el objetivo geopolítico leninista, fue entregada intacta por los sucesores de Stalin. Constantemente mantenidos a la par estaban el enrejado internacional de partidos comunistas locales modelados según el PCUS, la siempre activa subversión a través de las misiones diplomáticas y organizaciones de encubrimiento, la suposición ideológica de que en todas partes era posible provocar el derrocamiento final de la "superestructura" capitalista para así "liberar" al "proletariado".

En verdadero estilo leninista, nunca hubo ningún esfuerzo serio por hacer una hábil penetración cultural. Los esfuerzos soviéticos, hasta el advenimiento de Mijaíl Gorbachov, fomentaban las organizaciones y movimientos de relaciones culturales. Pero nunca se concibió ninguna en cierta posición de liderazgo. En propaganda, los soviéticos tenían mucho más éxito que el Occidente. Pero, en cuestiones de sustancia, fracasaban miserablemente. Nunca hubo la más ligera señal de un genuino levantamiento proletario en ningún país, sólo la falsa imposición de la dominación soviética por medio del engaño, el asesinato, la amenaza y la inversión militar.

Sólo alguien como Karol Wojtyla, en la posición que ocupaba como cardenal arzobispo de Cracovia, en la línea del frente del imperio estalinista, entre sus polacos y otros eslavos, podía oler la podredumbre en la madera de ese imperio, y podía confiadamente predecir, allá a mediados de los años setenta, que "nada puede asegurar la continuación durante mucho tiempo de un sistema que se está comiendo sus propias entrañas".

Cuando murió el siniestro Yuri Andropov, en febrero de 1984, los hombres amontonados alrededor de la mesa del Politburó en el Kremlin estaban comenzando a darse cuenta que el tiempo no estaba de su parte, que el odiado mundo capitalista se estaba volviendo más fuerte, que en el exterior había un nuevo espíritu, incluso entre sus naciones cautivas dentro de la URSS y fuera de sus fronteras, y que el coloso del este -China comunista- estaba desarrollando rnúsculos de aspecto peligroso. Habría un corto reinado del ya enfermo Konstantin Ustinovich Chernenko, realmente, un interregno. Porque en medio de ellos, desde 1980, estaba este activo Mijaíl Gorbachov, de pies ligeros, que ya sustituía a Andropov y Chernenko. Su ortodoxia en el Partido estaba por encima de toda sospecha. Se le reconocían soberbias capacidades administrativas. Bajo esos títulos de práctica economía doméstica, en las mentes de sus colegas del Politburó no se registraba ninguna duda.

Pero, ¿qué pasaba con su constante hablar sobre una restructuración de la economía marxista? ¿Y sus propuestas sobre una nueva misión, una misión completamente nueva para el Estado-Partido, que implicaba una forma enteramente nueva de penetrar al ya floreciente globalismo de las naciones capitalistas? ¿Qué insinuaba con "la separación de subrogados inútiles"? ¿La renovación de la estructura gubernamental de la propia URSS? ¿Los lazos históricos entre Alemania y la Unión Soviética, los pueblos germanos y los pueblos rusos? Les había declarado a sus colegas que nada, en los últimos setenta años de la Revolución, nos ha preparado, en términos de cómo hemos practicado el leninismo, para manejar el nuevo globalismo.

Finalmente, con su estilo práctico, esos colegas se rendirían a la importuna pasión que este hombre comparativamente joven había traído a sus pensativas discusiones. Lo invistieron con toda la autoridad sobre el Estado Partido en marzo de 1985. Pero lo más probable es que ninguno de ellos, o no, al menos la mayoría de ellos, haya ahondado jamás, seriamente, en los escritos y teorías de Antonio Gramsci. Sus cuadernos de prisión, con su decisivo análisis del leninismo, eran los libros de texto de su nuevo Secretario General.

13

Antonio Gramsci: la sombra de oriente y occidente

Cuando el papa Juan Pablo II calcula las fuerzas más importantes que están contra él y su Iglesia en el juego final del milenio, en su opinión, la fuerza geopolítica del comunismo mundial dirigido por los soviéticos a fin del siglo veinte, se apoya sobre las contribuciones de un hombre, quien ocupa un segundo lugar sólo después de Marx y Lenin. Los acontecimientos históricos que han estado tomando ímpetu desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, y que han alcanzado un punto de fiebre eufórica al iniciarse los noventa, han demostrado que Antonio Gramsci es el más exitoso de todos los intérpretes de Karl Marx.

Los comunistas italianos han reconocido a Gramsci, desde hace tiempo, como el auténtico fundador, teórico y estratega del único éxito' de su partido en el Occidente. Pero ésa no es la base del juicio de Juan Pablo. Más bien, el Papa considera que las mayores contribuciones de Gramsci son tres. Su incisiva crítica del leninismo clásico. Su exitoso proyecto para la reforma de ese leninismo, que ahora ha conquistado al mundo. Y su exacta predicción del error cardinal que cometerían las democracias occidentales en su confrontación con el comunisno gramsciano y con su propio futuro.

Las contribuciones de Antonio Gramsci han sobrevivido al hombre medio siglo. Y, aunque Moscú ha sido parco en sus elogios a él, permanece el hecho de que la fórmula política que Gramsci ideó ha hecho mucho más que el leninismo clásico -y, por cierto, más que el estalinismo- para extender el marxismo a través del Occidente capitalista. Todo lo que les ha sucedido tanto a las potencias capitalistas como comunistas desde 1945, y más dramáticamente desde 1985, ha justificado completamente el juicio de este auténtico genio marxista de la Galería de Héroes del Comunismo.

Hablando en lo personal, Antonio Gramsci no fue el más afortunado de los hombres. Pero probablemente fue uno de los más tenaces. Nació en la aldea de Ales en la isla de Cerdeña en 1891. Como para cualquier sardo el único camino ascendente es el camino hacia afuera, Gramsci partió hacia la Italia continental, donde estudió filosofía e historia en la Universidad de Turín. En 1913 era miembro del Partido Socialista italiano. En 1919 fundó un periódico, cuyo nombre solo *-L'Ordine Nuovo,* El Nuevo Orden- daba clara indicación de la orientación de su mente y del hecho de que, como Lenin, era un visionario como un ejecutor de hechos.

En 1921, en asociación con Palmiro Togliatti, Gramsci fundó el Partido Comunista italiano. Sin embargo, al año siguiente, Benito Mussolini, rechoncho, de espaldas anchas, cara chupada, de cuarenta años, llegó al poder. Como un sapo que ha estado pasando por príncipe, el que una vez fue un socialista italiano se convirtió en un dictador fascista. Italia se transformó en una nación fascista. Y Gramsci despegó hacia lo que sin duda esperaba que sería el refugio más seguro de la URSS de Lenin.

Marxista como era, y tan plenamente convencido como Lenin de que había una fuerza completamente innata en la humanidad que la impulsaba como un todo hacia el ideal marxista del "Paraíso de los Trabajadores", Gramsci estaba demasiado consciente de los hechos de la historia y de la vida como para aceptar otras suposiciones básicas y gratuitas hechas por Marx, y aceptadas sin cuestionamientos por Lenin.

En primer lugar, Marx y Lenin insistían en que a través del mundo entero, la sociedad humana estaba dividida en dos campos opuestos, la amplia "estructura" de la gran masa del pueblo, los trabajadores del mundo, y la injustamente creada "superestructura" del capitalismo opresivo.

Gramsci sabía que era de otra manera. Entendía la naturaleza de la cultura cristiana, que él veía todavía vibrante y floreciente en las vidas de las personas que estaban a su alrededor. El cristianismo no sólo señalaba incesantemente a una fuerza divina más allá de la humanidad, una fuerza exterior y superior al cosmos material. El cristianismo también era el patrimonio espiritual e intelectual que tenían en común los pobres campesinos de su nativa Ales, los trabajadores de las fábricas de Milán, los profesores que le habían enseñado en la Universidad de Turín y el Papa en su esplendor romano.

Gramsci mismo rechazaba el cristianismo y todas sus pretensiones trascendentes. Sabía que Mussolini era el último en una larga lista de líderes que habían abusado de él. Sabía que los campesinos sardos y las clases trabajadoras milanesas acusaban rápidamente a las clases superiores de utilizarlo. Sabía que los catedráticos universitarios podían menospreciarlo. Y sabía que estaba bajo ataques desde muchos ángulos.

De todos modos, sabía que la cultura cristiana existía. De hecho, era mucho más real que la todavía inexistente revolución proletaria. Además, como religión, la atracción y el poder del cristianismo no podían negarse.

Porque ésa era la fuerza que ligaba a todas las clases -campesinos y trabajadores y príncipes y sacerdotes y papas y además todo el resto- en una única cultura, homogénea. Era una cultura específicamente cristiana, en la que los hombres y mujeres individuales comprendían que las cosas más importantes acerca de la vida humana trascendían las condiciones materiales en las que ellos transcurrían sus vidas mortales.

Cierto, en la Rusia zarista en la que habían sido criados Lenin y Stalin, hubo una "seperestructura" opresiva -el zar, la aristocracia y la Iglesia ortodoxa rusa-, que había permanecido en oposición a la masa de ciudadanos. Pero hasta en condiciones tan maduras como ésas, no había habido tal revolución proletaria como la que Marx y Lenin habían predicho.

Quizá Lenin y Stalin y el resto del partido bolchevique estaban preparados para fingir que había sido de otro modo. Y quizá el resto del mundo estaba preparado para aceptar su Gran Mentira. Pero no Gramsci. Para él, un golpe de Estado no era una revolución. Y para él, las masas rusas, a quienes describía desdeñosamente como "primitivas y serviles", en todo caso no tenían importancia.

Gramsci estaba de acuerdo en que la gran masa de la población mundial estaba compuesta por trabajadores. Eso era un hecho simple. Sin embargo, lo que llegó a ser claro para él, fue que en ninguna parte los trabajadores del mundo se veían a sí mismos separados de las clases dirigentes por un abismo ideológico, y especialmente no en la Europa cristiana.

Y si eso era cierto, argumentaba Gramsci, entonces Marx y Lenin tenían que estar equivocados en otras de sus suposiciones fundamentales: nunca habría un glorioso levantamiento del proletariado. No habría un derrocamiento violento, inspirado por el marxismo, de la "superestructura" dirigente por parte de las "subclases" trabajadoras. Porque no importaba cuán oprimidas estuvieran, la "estructura" de las clases trabajadoras no estaba definida por su miseria o por su opresión, sino por su fe cristiana y su cultura cristiana.

Realista como era, Gramsci comprendía que estaba golpeando su cabeza marxista con la fuerte pared milenaria, la omnipresente cultura con la que el cristianismo había construido, alojado, defendido y reforzado su fe. La insistencia marxista en que todo lo valioso de la vida estaba dentro de la humanidad (que era inmanente a la humanidad y a su condición terrena) era impotente contra tal bastión.

Si Gramsci hubiera necesitado alguna confirmación concreta de que su análisis de la situación era el correcto, y no el de Lenin, esa confirmación llegó en 1923, hacia el final de su exilio en la Unión Soviética. Ese año, la revolución proletaria que Lenin había esperado en Alemania, murió en las urnas de votos y en las calles de Berlín.

Sin duda, la crítica de Gramsci también resultaba cierta en China, donde toda la cuidadosa trama de Lenin para la revolución proletaria llegó a su propio y catastrófico fin. Quizá Mijaíl Borodin cargó con la culpa oficial por ese fracaso cuando, como el principal arquitecto del esfuerzo hecho allá, fue traído de regreso y ejecutado. Pero Gramsci estaba convencido de que ni Alemania ni China ni ningún otro país -especialmente, ningun país europeo- satisfacía la fórmula simplista marxista-leninista de una vasta, informe estructura de las masas que se percibían a sí mismas como fundamentalmente diferentes de una superestructura pequeña, ajena.

Gramsci todavía alimentaba la convicción leninista de que tendría lugar el nacimiento final del "Paraíso de los Trabajadores". Pero sabía que el camino hacia esa cumbre de la felicidad humana tendría que ser completamente diferente del concepto leninista de la revolución armada y violenta. Sabía que tendría que haber otro proceso.

Tal como resultaron las cosas, el fracaso de los esfuerzos de Lenin en Alemania y en China no sólo confirmaron a Gramsci en sus convicciones, también quería decir que se le estaba acabando el tiempo en la Unión Soviética. En todo caso, su punto de vista no era completarnente popular en Moscú. Su desgracia había sido haber llegado a la Unión Soviética a la hora del ocaso de Lenin, el "genio glorioso" del comunismo. Ahora, con Joseph Stalin a cargo del Comité Central como Secretario General del PCUS, y con la democracia interna del Partido volviéndose algo cada vez más frágil y peligroso, en el mejor de los casos, Gramsci probablemente hubiera terminado en la infame Prisión de Lubyanka, donde hubiera sido torturado para que confesara su desviación y luego ejecutado.

En esas circunstancias, Gramsci volvió sus ojos de nuevo a su patria. Gran enemigo para los ideales de Gramsci como era Mussolini y su fascismo, el ya impresionante control de Stalin sobre la maquinaria del Partido en Moscú dejaría a Gramsci sin aliados en la URSS. Italia, por lo menos, sería la mejor de dos malas opciones.

Una vez que regresó, las cosas fueron bastante bien durante un corto tiempo. Gramsci fue elegido para la Cámara de Diputados italiana en 1924. Como jefe de una fracción comunista de diecinueve hombres en el Parlamento italiano, sin embargo, se convirtió rápidamente en un peligro para el régimen de Mussolini. Fue arrestado en 1926, y en 1928 un tribunal fascista lo sentenció a veintidós años de prisión.

Para aquella época, ya había convertido a los principales pensadores y líderes políticos comunistas italianos a su crítica del leninismo clásico y a su propia propuesta de reforma de ese leninismo. Pero por encima de eso, en una especie de continuo paraxismo de dedicación al marxismo, el prisionero Gramsci se pasó escribiendo los siguientes nueve años de su vida. Expresaba sus ideas en cualquier pedazo de papel al que podía echar mano. Cuando murió en 1937, a los cuarenta y seis años, y contra todas las dificultades, había producido nueve volúmenes de material que señalaban el cambio para alcanzar un mundo marxista.

Gramsci no vivió para presenciar la traición de Hitler a Stalin y el fracaso

de otro plan más para la violenta revuelta proletaria. No vivió para ver la desgracia y muerte ignominiosa de su perseguidor fascista, Mussolini, a manos de los guerrilleros comunistas italianos. Tampoco vivió para ver siquiera los primeros signos de la justificación y de la victoria de sus ideas.

De todas maneras, cuando se publicó el primer volumen de lo que había escrito en prisión, en 1947 -diez años completos después de su muerte-, la voz del profeta marxista, muerto hacía mucho tiempo, se convirtió en una realidad para la que el mundo en general no tenía una respuesta lista. Una realidad que perseguiría a Joseph Stalin y a cada uno de sus sucesores hasta que Mijaf Gorbachov, quien al fin escuchó, tomaría finalmente la mano del fantasma de Gramsci y partiría por el **camino marxista-leninista hacia el siglo veintiuno.**

La disposición de Gramsci a enfrentar el hecho de que la idea de una violenta revolución proletaria mundial estaba fracasada desde el inicio, le permitió repensar y reaplicar la más poderosa de las ideas de sus predecesores marxistas. Porque nunca perdió la fe en el ideal final, comunista y marxista del Paraíso de los Trabajadores. Simplemente leyó sin lentes coloreados el texto filosófico básico que Marx había absorbido y tomado como propio. Y después aplicó el bisturí a lo que vio como los errores tanto de Marx cuanto de Lenin.

Gramsci, intelectualmente, un producto de la sociedad católica romana de Italia, estaba mucho más avanzado que Hegel o Marx en su comprensión de la metafísica cristiana en general, del tomismo en particular, y de la riqueza de la herencia católica romana. Esa comprensión, y su propia mente insistentemente práctica, le permitió ser mucho más sofisticado y sutil en su interpretación de la filosofía dialéctica de la historia de Hegel de lo que había sido Marx.

Un elemento clave del anteproyecto de Gramsci para la victoria global del marxismo, reposaba sobre la distinción de Hegel entre lo que era "interior" o "inmanente" al hombre y lo que el hombre consideraba que estaba afuera y por encima de él y de su mundo, una fuerza superior que trascendía las limitaciones de los individuos y los grupos, tanto grandes como pequeños.

Lo inmanente. Lo trascendente. Para Gramsci, los dos estaban inevitablemente pareados y uncidos. Lo "trascendente" del marxismo, decía Gramsci, era el ideal utópico. Pero comprendía que si el marxismo no podía tocar la motivación trascendente actualmente aceptada como real por hombres y mujeres y grupos en la sociedad mayoritariamente cristiana que lo rodeaba a él, entonces los marxistas no podrían llegar a lo que hacía marchar a esos individuos y grupos, lo que los hacía pensar y actuar como lo hacían.

No obstante, al mismo tiempo -y precisamente porque lo inmanente y lo trascendente están pareados- Gramsci aducía que, a menos que uno pueda tocar sistemáticamente lo que es inmanente e inmediato a los individuos, y a los grupos y a las sociedades, en sus vidas cotidianas, no se los puede convencer de luchar por ningún trascendente.

En consecuencia, hasta donde Gramsci podía ver, el llamado de Marx y Lenin a imponer su "trascendente" por medio de la fuerza era una fútil contradicción para la lógica humana. No era una sorpresa que, aun en su época, el único Estado marxista que existía fuera impuesto y mantenido por la fuerza y por políticas terroristas que duplicaban y hasta excedían las peores facetas del fascismo de Mussolini. Si el marxismo no encontraba una forma de cambiar esa fórmula, no tendría futuro. [10]

Gramsci insistía en que era esencial marxizar al hombre interior. Sólo cuando esto se hiciera uno podía plantear exitosamente la utopía del "Paraíso de los Trabajadores" ante sus ojos, para que fuera aceptada de manera pacífica y humanamente agradable, sin revolución o violencia o derramamiento de sangre.

Aunque era profundamente crítico, Gramsci no tocó las ideas más fundamentales y motivadoras de Marx. Aceptaba totalmente la extraña visión utópica que es el canto de sirena de todos los verdaderos marxistas. La idea de que el capitalismo y los capitalistas deben ser eliminados, que nacerá una sociedad sin clases, y que esa sociedad será el Paraíso de los sueños de Marx. Y estaba totalmente convencido de que la dimensión material de todo lo que hay en el universo, incluyendo a la humanidad, era la única.

Mientras tanto, de Lenin, Gramsci absorbió dos contribuciones importantes y absolutamente prácticas. La primera era la visión extraordinariamente geopolítica de Lenin. La segunda era su invención, aún más e.: traordinariamente práctica, el Estado-Partido como el corazón operativo del marxismo geopolíticamente exitoso. Porque en el anteproyecto de Gramsci, la intrincada maquinaria internacional del Partido de Lenin seguiría siendo la base para un Partido Comunista mundial bajo el control dominante del Comité Central del PCUS.

De hecho, la creación organizativa de Lenin era la respuesta marxista ideal a la estructura global, centralmente dirigida, de la Iglesia católica romana.

Gramsci decía que en lo que Marx y Lenin se habían equivocado era en la parte concerniente a una inmediata revolución proletaria. Sus hermanos socialistas italianos podían ver tan bien como él que, en un país como Italia (y, para el caso, en España o Francia o Bélgica o Austria o América Latina) la tradición nacional de todas las clases era virtualmente consustancial en el catolicismo romano. En el mejor de los casos, la idea de una revolución proletaria en un clima semejante era impráctica, y en el peor, podía ser contraproducente.

Gramsci predecía que hasta los métodos de terror estalinista no podrían eliminar lo que él llamaba "las fuerzas de la reacción burguesa". En cambio, advertía, esas fuerzas reaccionarias -la religión organizada, el *stablíshment*

intelectual y académico, los círculos capitalistas y empresariales-, todo sería comprimido por cualquier represión de ese tipo, convirtiéndose en densas corrientes de tradición, resistencia y resentimiento. Se volverían subversivos, sin duda, pero buscarían conversos en la estructura leninista. Esperarían que llegara su hora hasta que, en el momento oportuno, surgirían a la superficie, quebrando la unidad marxista y desgarrando las costuras de la estructura leninista.

Gramsci comprendía que, una vez que eso ocurriera, los círculos capitalistas del exterior estarían esperando para meterse en la situación y explotarla para su propio beneficio, y en detrimento del ideal marxista-leninista del Paraíso de los Trabajadores final.

Gramsci tenía un método mejor. Un anteproyecto más sutil para alcanzar la victoria marxista. Después de todo, ¿no era ya la estructura geopolítica de Lenin, con mucho, una creación más brillante para fomentar una revolución cautelosa, según la forma en que piensa la gente, de lo que sería jamás para fomentar levantamientos sangrientos que, de cualquier modo, nunca se materializaban?

Usar la estructura geopolítica de Lenin no para conquistar calles y ciudades, argüía Gramsci. Usarla para conquistar la mente de la sociedad civil. Usarla para adquirir una hegemonía marxista sobre las mentes de las poblaciones que deben ganarse.

Estaba claro que, si Gramsci iba a cambiar la perspectiva cultural común, lo primero tenía que ser cambiar la cara exterior del Partido Comunista.

Para comenzar, los marxistas tendrían que abandonar todos los lemas leninistas. No serviría vociferar sobre la "revolución" y la "distancia del proletariado" y el "Paraíso de los Trabajadores". En cambio, de acuerdo con Gramsci, los marxistas tendrían que exaltar ideas tales como "consenso nacional" y "unidad nacional" y "pacificación nacional".

Además, aconsejaba Gramsci, los marxistas alrededor del mundo tendrían que comportarse como ya se estaba comportando el PC en Italia. Tendrían que participar en los procesos democráticos prácticos y normalmente aceptados, en cabildeos y votaciones y toda la gama completa de la participación parlamentaria. Tendrían que comportarse en todos los aspectos, en la forma en que se comportaban los demócratas occidentales no sólo aceptando la existencia de varios partidos políticos, sino forjando alianzas con algunos y amistades con otros. De hecho, tendrían que defender el pluralismo.

Y -la herejía mayor de todas las herejías leninistas- los marxistas hasta tendrían que defender diferentes tipos de partidos comunistas en diferentes países. El Comité Central del PCUS sería todavía el centro operativo del marxismo mundial, todavía dirigiría este nuevo estilo de revolución mundial por la penetración y la corrupción. Pero ningún partido comunista

de ningún país fuera de la Unión Soviética estaría obligado a ser un clon del PCUS.

Encima de todo eso, los marxistas debían imitar, perfeccionar y entender los papeles ya inventados por Lenin y su "experto en inteligencia", Feliks Dzerzhinsky, para los brazos exteriores de la CHEKA y las organizaciones que la sucedieron. En otras palabras, debían unirse a cualesquiera causas liberadoras que pudieran aparecer en diferentes países y culturas como movimientos populares, sin importar lo diferentes que pudieran ser inicialmente esos movimientos del marxismo o entre sí. Los marxistas debían sumarse a las mujeres, a los pobres, a aquellos que encontraran opresivas ciertas leyes civiles. Debían adoptar diferentes tácticas para diferentes culturas y subculturas. Jamás debían mostrar un rostro inapropiado. Y, de esta manera, debían entrar en toda actividad civil, cultural y política en todas las naciones, fermentándolas pacientemente a todas, tan profundamente como la levadura fermenta el pan.

Ni siquiera un anteproyecto tan penetrante como ése funcionaría al final, sin embargo, a menos que Gramsci pudiera alcanzar con éxito al mayor enemigo del marxismo. Si había alguna verdadera superestructura que tenía que ser eliminada, era el cristianismo que había creado y que todavía impregnaba a la cultura occidental en todas sus formas, actividades y expresiones. Este ataque debía ser fuerte en todas partes, por supuesto, pero particularmente en el sur de Europa y en América Latina, donde el catolicismo romano guiaba más profundamente el pensamiento y las acciones de la generalidad de las poblaciones.

Para este propósito, Gramsci sentía que el momento era bastante bueno. Porque aunque el cristianismo aparecía fuerte en la superficie, durante algún tiempo había sido debilitado por incesantes ataques contra sus enseñanzas y su unidad estructural.

Fiel a su anteproyecto general para la acción, por lo tanto, la idea de Gramsci era que la acción marxista debía ser unitaria contra lo que él veía como el débil remanente del cristianismo. Y por un ataque unitario, Gramsci quería decir que los marxistas debían cambiar la mente residualmente cristiana. Necesitaba alterar esa mente, convertirla en su opuesto en todos sus detalles, de manera que se convirtiera no simplemente en una mente no-cristiana, sino en una mente anticristiana.

En los términos más prácticos, necesitaba conseguir individuos y grupos en todas las clases y etapas de la vida, para pensar sobre los problemas de la vida sin referencia a lo trascendente cristiano, sin referencia a Dios y a las leyes de Dios. Necesitaba que reaccionaran con antipatía y con positiva oposición a cualquier introducción de ideales cristianos o de lo trascendente cristiano en el tratamiento y solución de los problemas de la vida moderna.

Había que lograr eso, no había duda. Porque Gramsci era un marxista completo. Y la esencia fundamental del marxismo, la piedra angular del ideal marxista de un Paraíso en Este mundo como cima de la existencia

humana, es que no hay nada más allá de la materia de este universo. No hay nada en existencia que trascienda al hombre, a su organismo material dentro de su ambiente material.

Por lo tanto, era un hecho puro y simple que el residuo de trascendentalismo cristiano en el mundo tenía que ser remplazado con el inmanentismo genuinamente marxista.

También era obvio que tales metas, como la mayor parte del anteproyecto de Grarnsci, tenían que ser perseguidas por medio de una revolución tranquila y anónima. No servirían levantamientos armados y sangrientos. No alcanzarían la victoria las confrontaciones belicosas. Más bien, todo debía hacerse en nombre de la dignidad y derechos del hombre, y en nombre de su autonomía y libertad con respecto a las restricciones exteriores. Con respecto a los reclamos y restricciones del cristianismo, sobre todo.

Logren eso, decía Grarnsci, y tendrán establecida una verdadera hegemonía, libremente adoptada, sobre el pensamiento civil y político de todos los países anteriormente cristianos. Hagan eso, prometía, y en esencia habrán marxizado al Occidente. Entonces seguirá el paso final, la marxización de la política de la propia vida. Todas las clases serán una clase. Todas las mentes serán mentes proletarias. Se habrá llegado al Paraíso terrenal.

La ejecución práctica de la fórmula de Grarnsci para alcanzar el éxito marxista avanzó a tropezones. Como era predecible, le parecía a Stalin -y a los estalinistas de todas partes- que un programa como el que Grarnsci había diseñado para sus hermanos socialistas italianos y que defendía tan persuasivamente en sus escritos, era una amenaza para los principios más fundamentales del leninismo. Había solamente un Partido Comunista principal: el PCUS. Y la función de todos los demás partidos comunistas era marchar detrás del PCUS para fomentar la revolución proletaria violenta en todo el mundo.

Además, la fórmula de Grarnsci para permitir formas variadas de comunismo, condicionadas por la situación de cada país y, por lo tanto, diferentes del comunismo soviético, se enfrentaba directamente contra la insistencia estalinista sobre el control y la preeminencia personal total.

De todos modos, mientras las ideas básicas de Grarnsci eran repudiadas por Moscú, comenzaron a abrirse paso en las operaciones prácticas en el campo, en todo el mundo. Con el tiempo, hubo un acercamiento gradual, aunque no explícito, entre el proceso leninista "oficial" y el proceso puesto en movimiento con la expansión de las ideas de Grarnsci. Ya a fines de los años cuarenta y a comienzos de los cincuenta, algunos comenzaron a entender que el sigiloso proceso de revolución por infiltración que el difunto sardo les había legado, era exactamente el medio para extender el marxismo-leninismo en el mundo.

La sabiduría táctica de Grarnsci se volvió cada vez más evidente en su

éxito. Los principios que él había establecido -especialmente su principio del comunismo ajustado para adecuarse a las condiciones y situaciones que variaban de país a país- dieron nacimiento a principios de los cincuenta a lo que llegó a llamarse el eurocomunismo.

Por cierto, mientras su proceso se afianzaba en un número creciente de países de Europa Occidental, la pulga de Grarnsci picó también a países satélites orientales tales como Albania y Yugoslavia, porque encontraban en Grarnsci una justificación y un combustible adicional para su continua negativa a moverse en formación cerrada en la órbita estalinista.

No es sorprendente que la oposición de Stalin al espectro de Grarnsci aumentara durante esos años. Pero, con su propia oposición, Stalin demostraba que su difunto adversario marxista tenía razón en otras de sus profecías. Porque Grarnsci había predicho con exactitud la reacción del Occidente ante cualquier avance abierto del leninismo, aun tal como lo había conocido en los treinta.

La respuesta del Occidente a las estridentes políticas oficiales de Stalin en la posguerra, en los cuarenta, fue tender la mano hacia la defensa de las armas militares y de la provisión económica. El Plan Marshall fue propuesto y ejecutado para revivir a la Europa Occidental. Se crearon la OTAN [Organización del Tratado del Atlántico Norte] y la SEATO [Organización del Tratado del Sudeste de Asia]. Las naciones occidentales patrullaban los puntos estratégicos de estrangulamiento de las avenidas comerciales en los océanos del mundo, y refinaron extensamente sus propias operaciones de contrainteligencia. Mientras tanto, dentro de sus propias fronteras, las diferentes naciones occidentales iniciaron sus propias y amplias estructuras de bienestar social, como una respuesta a las necesidades económicas de sus varias poblaciones.

Pero al fin se le estaba acabando el tiempo a Stalin. A pesar de sus décadas de desenfreno entre la sangre y el horror, y gracias a los primeros comienzos del éxito de las políticas de Grarnsci, en el momento en que Stalin murió, a las 9:50 P.M. del 5 de marzo de 1953, el eurocomunismo era un hecho irreversible de la vida.

De manera importante, la historia del Este y el Oeste durante los mandatos de los cuatro secretarios generales que siguieron a Stalin en la URSS -Nikita Jrushchov (1953-64), Leonid Brezhnev (1964-82), Yuri Andropov (1982-84) y Konstantin Chernenko (1984-85)- es la historia de la exitosa persecución de ambos lados de la Guerra Fría por parte del fantasma de Antonio Grarnsci.

Desaparecido Stalin, los expertos profesionales de la contrainteligencia del Estado-Partido de la Unión Soviética fueron los primeros en reconocer oficialmente la verdad de la predicción de Grarnsci, de que, siguiendo la política leninista y estalinista de fomentar en el exterior la revolución violenta,

no podían crear la revolución proletaria en las mentes y en las vidas de las poblaciones capitalistas. Y fueron los primeros en comprender que, en el anteproyecto de Gramsci, habían tropezado con la fórmula de contrainteligencia por excelencia. Sabían que él le había proporcionado a los s¿ ~¡éticos del Kremlin lo que podría describirse -en apropiada jerga de la KGB- como el ejercicio de engaño de mayor alcance que jamás ejecutara el Estado-Partido, un ejercicio ya perfectamente adecuado a la estructura internacional que había creado Lenin.

Los expertos profesionales de inteligencia han detallado las diversas fases de esa operación de la contra inteligencia soviética durante los años siguientes a la muerte de Stalin. Tal como lo plantea John Dziak, tuvo que desarrollarse todo un nuevo vocabulario de inteligencia para cubrir la intrincada actividad inspirada por el mandato de Gramsci. Como lo expresa Dziak, era un estilizado "vocabulario operativo, ruso y soviético, usado en la integración de actividades operativas de seguridad de diversa condición".

Hasta un vocabulario parcial de ese nuevo léxico es instructivo: "medidas activas" *(aktivnyye meropriyatíya),* "desinformación" *(dezinformatsiya) y* "engaño militar" *(maskirovka)* estaban brillantemente "combinados" *(kombinatsiya)* para provocar precisamente las reacciones que se deseaban del Occidente.

Agentes soviéticos entrenados y experimentados en el terreno, se burlaron de Occidente con sus juegos calculados, destinados a conseguir el consentimiento a su propio engaño por parte de los principales blancos políticos, educativos, burocráticos y editoriales. Todo el campo de juego estaba enmarañado con las complejidades de la "provocación" *(provokatsiya),* "penetración" *(proniknoveniye),* "fabricación" *(fabrikatsiya),* "diversión" *(diversiya),* "trabajo clandestino" *(konspiratsiya),* mortales "asuntos húmedos" *(mckrye dela),* "acción directa" *(aktivnyye akty), y* por una "combinación" de todas esas tácticas, y más.

Aunque había predicho todo, podría haber dejado pasmada hasta a la mente de Gramsci el ver el grado hasta el que los gobiernos y los individuos del Occidente cristiano, capitalista, respondían a su revolución anónima con su consentimiento y su franca cooperación con el propósito soviético concerniente a ellos.

Las cosas se vieron muy favorecidas cuando, en el tradicional estilo soviético, Nikita Jrushchov puso directamente sobre la cabeza de Stalin la culpa de todos los problemas que había experimentado el mundo con el Estado-Partido soviético. Habiendo llegado a la silla del Secretario General en 1953, Jrushchov había consolidado su poder para 1956. En el Congreso del Partido de Moscú de ese año, pronunció un duro discurso en el que denunció a Stalin por sus crímenes inenarrables, repudió el culto a la personalidad de Stalin y envió a tumbos a la total desgracia al "Georgiano Milagroso", póstumamente.

Quizá en tres años más, alrededor de 1959, el engaño militar estratégico

(maskirovka' y todas las diferentes formas de engaño político estratégico inspiradas en la fórmula brillantemente solapada de Gramsci, se habían centralizado organizativamente en los procesos burocráticos del Estado-Partido soviético.

Por esa época, Mijaíl Gorbachov, de veintiocho años, ya un veterano del Komsomol, se había graduado en la universidad y había llamado la atención del guardián doctrinal del PCUS, el entonces todopoderoso Mijaíl Suslov.

Tanto Gorbachov como Suslov comprendían y valoraban la nueva preocupación soviética con lo que John Dziak llama "complejas operacior,F.s análogas a jugadas de ajedrez". Ahora se veía como la cima de la contrainteligencia la realización de "variadas empresas operativas en momentos y lugares diferentes, para intensificar los resultados operativos generales", nuevamente en palabras de Dziak.

Puede que ese lenguaje no suene romántico. Pero era el sueño de Gramsci volviéndose realidad. La penetración incruenta del Occidente por medio de su revolución marxista clandestina y no violenta había comenzado.

No que todo fuera sencillo, ni siquiera entonces. Resultó que Nikita Jrushchov no estaba completamente decidido en su preferencia de las políticas de Grainsci por encima de las de Stalin. Pareció necesaria la crisis de los misiles cubanos de 1962 para convencerlo, de una vez para siempre, de que los capitalistas -los norteamericanos en este caso-, cuando se los empujara contra la pared en una confrontación abierta, pelearían, aunque eso significara una guerra nuclear. Otro punto a favor del juicio de Gramsci.

Aunque la crisis cubana dejó en claro que la resistencia militar y económica de Occidente al marxismo-leninismo era seria y estaba bien concentrada, seguía siendo cierto que todo el campo de la cultura occidental, y todos los lugares donde se elabora y difunde la cultura, no podían ser protegidos. Los blancos favoritos de Gramsci, las instalaciones educativas desde la escuela primaria hasta la universidad, por ejemplo, los medios, los partidos y estructuras políticas, hasta la unidad familiar, estaban todos gordos, contentos y completamente abiertos a la penetración sistemática y profesional marxista.

En consecuencia, hacia el fin de la era Jrushchov, el proceso gramsciano había sido plenamente integrado al proceso leninista oficial. El fantasma de Gramsci había ganado en Moscú la guerra política que Gramsci, el hombre, había perdido en 1923. Junto a sus análisis y predicciones exactos, las expectativas de Lenin y Stalin se veían como habladurías y sus políticas parecían mastodónticas.

Bajo Leonid Brezhnev, quien sucedió a Jrushchov como Secretario General del PCUS en 1964, el impulso oficial del leninismo modificado estaba concentrado en dos políticas principales. La primera, la penetración total de la

inteligencia occidental, no presentaba gran dificultad para los soviéticos. La segunda, la insistencia en que la URSS fuera aceptada, "con defectos y todo", según la expresión de la época, como una potencia mundial legalmente constituida y plenamente legítima, tomó un cierto tiempo para echarse a andar.

La primera política avanzaba constantemente gracias a la KGB con su operación de contrainteligencia asombrosamente profesional, que penetraba con éxito los campos militar, científico e industrial en todo Occidente. Recién ahora los expertos occidentales vienen a calcular el número de contactos "profundos" que fueron activados durante los años sesenta, la red de "topos" latentes ideada cuarenta años antes por Lenin como parte fundamental de su estructura global. Y después estaban todos aquellos otros quienes no eran exactamente "topos", pero que habían sido tan inteligente y profundamente comprometidos, de una forma u otra, por la KGB, que se podía pedir su cooperación a voluntad, como otros tantos importantes pagarés.

Esta faceta de la política de inteligencia de Brezhnev permitió que la URSS mantuviera el ritmo con Occidente en los avances militares, científicos y espaciales. Pero dejó las masas de los pueblos de Occidente sin tocar, en su mayoría. La segunda parte de la política de Brezhnev -su empuje para lograr la total aceptación de la URSS en el Occidente capitalista- se encargó del problema como una aplanadora. Y debió su éxito al proceso que había creado Gramsci.

Esa política recibió un nombre. Se le llamó la "doctrina Brezhnev". Y su significado no pudo haber sido más claro, tal como se desarrolló durante las presidencias de Richard M. Nixon y Gerald R. Ford. Ahora "pertenecían" a la Unión Soviética todos los pueblos y territorios que la URSS había adquirido, ya fuese por conquista militar, o por sabotaje y subterfugios políticos, o faltando a la palabra dada a sus aliados de la Segunda Guerra Mundial contra Hitler. Más aún, la Unión Soviética podía recurrir a las armas y a la invasión, si era necesario, para hacer valer su derecho a esos territorios. El significado de lo que fue cortésmente llamado "détente" entre Este y Oeste durante los periodos de Nixon y de Ford, se resumía precisa y exactamente en la así llamada doctrina Brezhnev.

En 1975, Occidente aceptó plena y oficialmente la política soviética de la détente. En la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa, treinta y cinco naciones firmaron el Acta Final de los Acuerdos de Helsinki, por la que el Occidente estaba de acuerdo en fingir que la URSS tenía un derecho legal a todos esos territorios y pueblos que había adquirido.

No sólo había funcionado la détente, había funcionado según los términos de Gramsci. A pesar de sus mentiras, **sus excesos, sus métodos terroristas**, sus políticas genocidas y su continua existencia como el único Estado de contrainteligencia en el mundo, la Unión Soviética era un miembro respetable de la sociedad de las naciones. Ahí estaba escrito: como una nación que respetaba y observaba los derechos de los hombres descritos en la Declaración de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas, y especificados en los pactos de Helsinki, los soviéticos habían alcanzado la cima de la aceptación internacional.

Sin embargo, siguiendo el anteproyecto de Gramsci, difícilmente ése era el fin de la cuestión. Más bien, era más parecido a un nuevo comienzo. Porque ahora la URSS estaba en posición de adoptar la actitud, con toda seriedad, de una potencia mundial normalmente reglamentada, mientras que la actividad de contrainteligencia del Estado-Partido -ese primer brazo de la política dual de Brezhnev- redoblaba sus esfuerzos operativos.

Claramente, había llegado el momento de continuar, con mortal seriedad, con la marxización de la mente de la cultura occidental. Porque, siguiendo la guía de Gramsci, el largo empleo de la máquina geopolítica laberíntica de Lenin por parte de la KGB, finalmente había dado resultado. En Helsinki, Occidente había mostrado que estaba fermentado hasta el punto de cooperar de buen grado en su propia conversión final.

Durante todos esos años, no se había olvidado que el más antiguo y formidable enemigo del marxismo cultural y político era la Iglesia católica romana mundial. Ni la doctrina Brezhnev ni la détente ni Helsinki cambiaban eso.

La primera apertura por la que en realidad la Iglesia católica romana se convirtió en el instrumento más útil de todos para la penetración gramsciana de la cultura occidental, se presentó sorpresivamente cuando Nikita Jrushchov todavía estaba dirigiendo las cosas en la Unión Soviética.

En el otoño de 1958, fue electo al papado como Juan XXIII el sonriente, rechoncho y pequeño cardenal cuyos ascendientes eran campesinos de Bérgamo, Angelo Giuseppe Roncalli. En un periodo de tres meses después de su elección, el papa Juan asombró a su jerarquía católica y al mundo entero con el anuncio de que convocaría el vigesimoprimer concilio ecuménico en los dos mil años de historia de la Iglesia católica. El Segundo Concilio Vaticano.

Con ese anuncio, llegó una especie de tregua no declarada en la profunda y profesional enemistad que mantenían desde hacía tiempo el Vaticano y la Iglesia contra el marxismo y la Unión Soviética. Durante todas las décadas desde el golpe de Estado de Lenin de 1917, y hasta el papado del papa Pío XII, la Unión Soviética y su marxismo fueron considerados y descritos como el enemigo del catolicismo y el semillero del Anticristo.

Sin embargo, durante los tres años de preparación del Concilio que siguieron a su anuncio inicial, el papa Juan invirtió esa política por primera vez. Porque uno de sus principales objetivos era convencer a Nikita Jrushchov de que permitiera a dos clérigos rusos ortodoxos, de la URSS, asistir como observadores a su Concilio de Roma.

La idea del Papa era mucho más abierta que el solapado anteproyecto

de Gramsci para la penetración cultural, y era mucho más benigna, también. La idea del Pontífice al convocar al Concilio era que el Espíritu Santo inspirara en todos los que asistieran un renovado vigor de la fe y un renovado evangelismo en todo el mundo, y quería incluir a la Unión Soviética en esa renovación.

El papa Juan pagó más de un alto precio por el acuerdo de Jrushchov para enviar a esos dos clérigos soviéticos como observadores. Y un precio fue la apertura de la primera brecha seria en el bastión católico contra el comunismo. Porque, ante la insistencia de Jrushchov, el Pontífice aceptó secretamente que su futuro Concilio no emitiría una condena del marxismo ni del Estado comunista.

Esa aceptación fue una concesión papal enorme, porque precisamente tales condenas habían sido siempre incluidas como cosa corriente en cualquier comentario vaticano o católico romano sobre el mundo en general. Y el alcance del Vaticano II, como fue rápidamente llamado al Concilio, tenía ciertamente la intención de incluir al mundo en general.

Otro precio que el papa Juan pagó, tomó la forma de una profunda desilusión de millones de fieles y expectantes católicos alrededor del mundo, por lo que ellos llegaron a ver como otra brecha en el baluarte católico anticomunista. Una fuerte tradición de la Iglesia decía que si, en el año 1960, el papa reinante efectuaba un acto público consagrando a la Unión Soviética a la protección de la Virgen María, la URSS se convertiría de su firme ateísmo oficial, y seguiría un largo periodo de paz mundial.

Tal como resultó, Juan XXIII era ese Papa. Pero en esas circunstancias, sintió que efectuar un acto tan público sería declarar nuevamente la guerra contra la Unión Soviética de Jrushchov, calificándolo de nuevo, y en un escenario internacional, como nido de ateos. "Este paso no es para nuestro tiempo", observó privadamente el papa Juan, y archivó la propuesta.

El Vaticano 11 consistió en cuatro sesiones, y se extendió más de tres años, desde el otoño de 1962 hasta diciembre de 1965. Cuando terminó, Juan XXIII y Nikita Jrushchov estaban muertos. Y la historia de la Iglesia en los siguientes veinticinco años se convirtió en la historia de la secularización del catolicismo romano.

Muy pronto después de que se reuniera la primera sesión del Concilio, se amplió la brecha ya abierta por Juan a través de su acuerdo con Jrushchov. Más de quinientos de los obispos asistentes -muchos más de los necesarios para tener el quórum requerido- propusieron que el Concilio emitiera una condena del comunismo ateo y de su ideología. La propuesta fue invalidada unilateralmente por las autoridades vaticanas, así que nunca llegó a presentarse ante el Concilio para una votación final.

En su mayoría, las otras preocupaciones del Concilio, tal como quedaron expresadas en los documentos que sí llegaron a la votación, parecían suficientemente legítimas para el observador promedio, lo que es decir que parecían apropiadamente pastorales en su intención y propósito.

En su examen del mundo contemporáneo, por ejemplo, ¿qué podría haber sido más pastoral para el Concilio que destacar a los pobres -y particularmente a los pobres del Tercer Mundo- como merecedores especiales de la atención de la Iglesia?

El documento sobre la libertad religiosa les pareció un poco peligroso a algunos, declarando como lo hacía el principio de que todos debían estar libres de toda restricción en cuestiones religiosas, incluyendo la elección y la práctica de cualquier religión que uno quisiera escoger. ¿No podía tomarse el significado de esto como que uno no necesitaba convertirse en católico romano para salvarse del fuego del infierno? Muchos lo han interpretado así. Aún así, la moción fue aprobada.

Luego, también, estaba la curiosa cuestión del ecumenismo. Tradicionalmente, los términos "ecumenismo" y "ecuménico" se han referido exclusivamente a los cristianos, y específicamente a la cuestión de la reunificación entre las iglesias cristianas separadas.

Antes del término de la cuarta sesión y final del Vaticano II -presidida por el sucesor del papa Juan, Paulo VI-, algunos obispos y personal del Vaticano ya habían adoptado significados enteramente nuevos e innovadores para la idea de ecumenismo. El poderoso cardenal Bea, por ejemplo, era una figura destacada en el Concilio y un consejero íntimo de Paulo VI, como lo había sido del papa Juan. Bea era visto como la propia cabeza de lanza del Vaticano en lo que llegó a ser nada menos que una revolución ecuménica. El cardenal organizó "reuniones ecuménicas" que incluían no sólo a católicos romanos y protestantes, como de costumbre, sino también a judíos y musulmanes. A su tiempo, y sólo era lógico, budistas, shintoístas, animistas y una hueste de otros grupos no cristianos y hasta no-religiosos encontrarían un lugar en el nuevo "ecumenismo", escasa y ampliamente definido.

En esas formas diferentes, a veces abiertas, a veces sin duda muy sutiles, se estaba ensanchando constantemente la brecha en lo que durante tanto tiempo había sido el bastión católico contra el comunismo. En diciembre de 1965, cuando el Concilio terminó su sesión final, se habían colocado los cimientos para las transformaciones claves en la fe y en la práctica que seguirían después.

Como Papa reinante, Paulo VI pronunció un discurso de despedida a los obispos que partían del Concilio, el 5 de diciembre. El discurso proporcionó el amplio paraguas filosófico y casi teológico bajo el cual estaría protegido el secularismo dentro de la Iglesia romana de la tormenta de protesta e indignación armada por los católicos tradicionales en los años siguientes al Concilio.

Mientras los fieles católicos estaban protestando, el mismo discurso fue usado por los herederos de Antonio Gramsci para inutilizar las disposiciones

de la organización estructural mundial de la Iglesia católica romana, tan elegantemente como querían.

El papa Paulo VI les dijo a los obispos que partían, que su Iglesia había decidido optar, servir y ayudar al hombre a construir su hogar sobre esta tierra. El hombre con sus ideas y sus objetivos, el hombre con sus esperanzas y lsus temores, el hombre en sus dificultades y sufrimientos. . . ésa era la pieza central del interés de la Iglesia, les dijo el Pontífice a sus obispos.

Tan claramente elaboró el Papa sobre ese tema de la devoción de la Iglesia a favorecer los intereses humanos materiales, que el propio Gramsci no podría haber escrito un texto papal mejor para la secularización de las instituciones católicas romanas o para la descatolización de la jerarquía católica romana, del Clero y de los fieles.

A mediados de los años sesenta, entonces, con Brezhnev en la cúspide de la estructura geopolítica leninista, y con Paulo VI en la cúspide de la estructura georreligiosa católica romana, parecía que el fantasma de Anto nio Gramsci casi había triunfado. En Moscú, su doctrina de la revolución a través de la penetración disfrazada y clandestina de las poblaciones capitalistas, había salido ganànciosa en la3 guerras políticas del liderazgo marxista-leninista. Y en Roma, el Concilio Vaticano Segundo había entregado las llaves de la fe milenaria de la Iglesia católica, y de la cultura que durante mil años había sido la expresión viviente de esa fe.

Lo que le sucedió a la Iglesia católica romana en las décadas siguientes al Concilio Vaticano Segundo también le sucedió a la mayoría de las principales iglesias protestantes. Atravesaron al cristianismo nuevas herejías, claramente secularistas, teniendo como armadura las interpretaciones parciales y egoístas de la fórmula del papa Paulo, y como justificación, la redacción vaga de los documentos producidos por los obispos del Vaticano II.

La atención especial que los obispos habían deseado que prestara la Iglesia a la tribulación de los pobres del mundo se tradujo en algo llamado la "opción preferente por los pobres", y que a su vez fue tomada como carta blanca para celebrar profundas alianzas políticas con socialistas y comunistas, incluyendo a grupos terroristas.

El énfasis de Paulo VI sobre el interés humano se convirtió en la base para descartar el sacrificio, la plegaria, la fe y los sacramentos de la Iglesia como lemas de la esperanza en este mundo. Fueron remplazados con la solidaridad humana, que se convirtió en el objetivo y pieza central del esfuerzo católico.

• El ecumenismo ya no era un intento por sanar los desgarramientos heréticos y cismáticos que durante siglos habían dividido a la única Iglesia que Cristo había fundado sobre el cargo central de la piedra de Simón Pedro., El ecumenismo no era un medio para una genuina curación, sino para eliminar diferencias de cualquier clase entre todos los creyentes cristianos y no creyentes. Eso encajaba perfectamente en el nuevo objetivo central de la solidaridad humana como la esperanza de la humanidad.

La lucha fundamental en la que la Iglesia y todos los católicos estaban comprometidos ya no era la guerra personal entre Cristo como salvador y Lucifer como Adversario Cósmico del Altísimo en la conquista de las almas de los hombres. La lucha ya no estaba en absoluto en el plano sobrenatural, en realidad. Estaba en las circunstancias materiales del tangible, sociopolítico aquí y ahora. Era la lucha de clases que Marx y Lenin habían propuesto como la única zona de combate valiosa para los humanos.

Por lo tanto, la liberación ya no era la liberación del pecado y de sus horribles efectos. Era la lucha contra la opresión del gran capital y de las autoritarias potencias colonialistas de Occidente, particularmente de Estados Unidos como el archivillano de toda la historia humana.

A los cinco años de haber terminado el Vaticano II, a comienzos de los setenta, toda América latina estaba inundada con una nueva teología -la Teología de la Liberación- en la que el marxismo básico estaba inteligente mente engalanado con vocabulario cristiano y conceptos cristianos reelaborados. Libros escritos principalmente por sacerdotes católicos reclutados, junto con manuales políticos y de acción revolucionaria, saturaron el área volátil de América Latina, donde más de 367 millones de católicos incluían a los estratos más bajos y más pobres de la sociedad... ese noventa por ciento de la población que no tenía esperanza concreta de ninguna mejoría económica para sí o para sus hijos.

La Teología de la Liberación era un ejercicio perfectamente fiel de los principios de Gramsci. Podía lanzársele con la corrupción de unos relativamente pocos Judas bien colocados. Pero se le podía dirigir hacia la cultura y la mentalidad de las masas. Despojaba a ambas de cualquier relación con lo trascendente cristiano. Encerraba tanto al individuo como a su cultura en el apretado abrazo de una meta que era totalmente inmanente: la lucha de clases para la liberación sociopolítica.

Rápidamente, los ejes del control vaticano y papal fueron remplazados por las demandas de la nueva teología, orientadas hacia la acción. Las órdenes religiosas más poderosas de la Iglesia romana -jesuitas, domini cos, franciscanos, maryknollistas-, todas se comprometieron con la Teología de la Liberación. En Roma y en el campo mundial de sus apostolados, las políticas y las acciones de estas órdenes religiosas se convirtieron en la savia del naciente coloso de la Teología de la Liberación.

La corrupción de los mejores es la peor corrupción. No pasó mucho tiempo antes de que una mayoría de obispos diocesanos, no sólo en América Latina sino también en Europa y en Estados Unidos, fuera arrebatada por esta nueva teología de la liberación en este mundo. Contribuyó a todo el esfuerzo la cuidadosa e intrincada red de una nueva creación, extendida por las diócesis católicas: la Comunidad Básica. Compuesta esencialmente por católicos legos, cada Comunidad Básica decidía cómo orar, qué sacer-

dotes aceptar, qué obispos -si es que alguno- tendrían autoridad, qué tipo de liturgia tolerarían. Se consideraba secundaria, si no completamente superflua, toda referencia a la teología católica tradicional y a la autoridad central de Roma.

Las Comunidades Básicas de América Latina -plagadas de Teología de la Liberación y abiertamente marxistas en su filosofía política- odiaban decididamente a Estados Unidos. Se adherían tenazmente a la Unión Soviética. Y preferían ferozmente la revolución violenta, la única nota no-gramsciana en una adherencia por lo demás fiel a su anteproyecto.

La acelerada difusión tanto de la Teología de la Liberación como de las Comunidades Básicas fue fomentada enormemente por varios factores. Pero entre los más importantes, estaba la cadena de Comisiones de Paz y Justicia (sucursales, se podría decir, de la Comisión central de Roma) que existía en todas las diócesis del mundo de la Iglesia romana. Su personal estaba compuesto mayoritariamente por clérigos, monjas y legos que ya eran marxistas convencidos, y se convirtieron en centros para la difusión de la nueva teología. Consumían los fondos vaticanos para pagar congresos, convenciones, viajes burocráticos y un aluvión de materiales impresos, todo lo cual se dirigía abiertamente a la reeducación de los fieles.

Mientras tanto, en Estados Unidos y en Europa, los pobres eran demasiado pocos en número, estaban demasiado aislados y demasiado desinteresados como para servir como blanco fundamental de la oportunidad gramsciana. No importaba. Porque en ambas áreas había seminarios mayores que ya eran antipapales en sus sentimientos y antitradicionales en su teología. Rápidamente entronizaron a la Teología de la Liberación como la nueva forma de pensar sobre todas las viejas cuestiones. La referencia a la teología católica y a las enseñanzas romanas ortodoxas salieron por la ventana.

El proceso de secularización en las iglesias católica y protestantes progresó tan rápidamente y con tal energía que, tal como había previsto Gramsci, alimentó a otras corrientes de influencia antieclesiástica de Occidente. Ésas eran corrientes que, aparentemente independientes de la influencia marxista, defendían una interpretación materialista de todos los sectores del pensamiento, investigación y acción humanos.

En algún momento hacia el final de los sesenta, ya se había vuelto evidente para una minoría sorprendentemente coherente, que la solución técnica a los problemas de la sobrepoblación y de los crecientes costos de la vida podía residir solamente en la anticoncepción y el aborto. La tendencia aumentó rápidamente hasta considerar a esas soluciones como parte central de los derechos humanos básicos. Por supuesto, tenían que tomarse medidas legislativas para que tales medidas fueran declaradas oficialmente derechos humanos. Por consiguiente, la aprobación legislativa y la sanción

en favor de la anticoncepción y el aborto fueron ampliamente propuestos en todo Occidente por partidos que no eran comunistas, movimientos que se habían convertido, por cierto, en extraños aliados.

Sin embargo, la marea del secularismo no era totalmente legalista y legislativa. A medida que pasó el tiempo, el profesorado académico de Europa y de América, ya orgulloso de su posición en la vanguardia del pensamiento liberal y en la vanguardia política, se entregó con la mayor facilidad a la marea creciente de interpretaciones marxistas de la historia, de la ley, de la religión y de la investigación científica. El aspecto de la educación, en todo, desde genética hasta sociología y psicología, se había vuelto decididamente, y con frecuencia exclusivamente, materialista.

Ahora todo parecía avanzar sobre el principio de que todos los interrogantes de la humanidad y todos los problemas de la vida humana tenían que ser resueltos sin ninguna mezcla con lo trascendente. Todo el significado de la vida humana y la respuesta a toda esperanza humana estaban contenidos dentro de los límites del mundo visible, tangible y material del aquí y ahora.

Cuando Juan Pablo II se instaló en el Palacio Apostólico de Roma, como sucesor de Paulo VI y del breve reinado de Juan Pablo I, a fines de los setenta y comienzos de los ochenta, las muchas y variadas corrientes de la influencia materialista ya se habían desbordado, inundando el paisaje general de la cultura occidental. -' ·odo parecía unirse en favor de Gramsci.

Había diálogos y convenciones cristiano-marxistas por todas partes. La influencia del inequívocamente marxista y prosoviético Consejo Mundial de Iglesias penetraba por todos lados. Los principios tradicionales de la educación se derrumbaban en las escuelas católicas, desde el nivel primario hasta el universitario. La negativa de los obispos occidentales a insistir en la obediencia de los fieles a las leyes de la Iglesia sobre divorcio, aborto, anticoncepción y homosexualidad se convirtió en la regla, no en la excepción. En realidad, por todas partes había un ímpetu masivo letal, de acuerdo con los términos de Antonio Gramsci, contra la cultura católica y cristiana de las naciones occidentales.

En realidad, cuando Juan Pablo II llegó al papado, ya no era ni siquiera un secreto que hasta las filas de clérigos del propio Vaticano habían sido afectadas profundamente. Por cierto, quizá la victoria más profunda del proceso gramsciano fue básicamente visible en la pasmosa confusión, ambigüedad y fluidez que ya eran las señales características de la reacción de Roma ante la rápida descatolización de la Iglesia, así como de los tratos del Vaticano con obispos que a veces declaraban abiertamente su independencia de la autoridad papal. El control papal y vaticano habían sido eliminados efectivamente de la maquinaria georreligiosa de la Iglesia católica romana hasta un alto grado.

El papa Juan Pablo no llegó de Polonia sin saberlo. Entendía mejor que la mayoría lo que le había sucedido a su Iglesia en Occidente. En realidad,

probablemente era el único líder mundial importante, no comunista, que conocía la contribución que había hecho Antonio Gramsci al marxismo operativo en todo el mundo, y que comprendía tanto el turbio proceso que había defendido como la maquinaria leninista en la que ese proceso estaba ahora entronizado.

Sin embargo, si Juan Pablo había esperado que en sus cinco viajes papales a América Latina podría poner un obstáculo en la lealtad de su clero de allí a la Teología de la Liberación, o de que podría recordarles a sus obispos y sus órdenes religiosas en la región sus votos de obediencia, fue defraudado en esas esperanzas. Ni las exhortaciones papales en público o en privado, ni las directivas de su Vaticano, causaron la menor diferencia sustancial en la situación que había allí.

Por cierto, en 1987, las Comunidades Básicas prosoviéticas e inclinadas a la violencia, en América Latina sola, llegaban a más de seiscientas mil. Por comparación, no había ni siquiera mil diócesis católicas romanas en Norte y Sudamérica sumadas, y prácticamente todas ellas eran por lo menos dudosas en su lealtad a Roma.

Finalmente, hasta en países pertenecientes al centro territorial católico, como Italia y España, no había nada que se pusiera en el camino de la legalización del divorcio y de la liberación de todas las leyes y de las restricciones morales basadas en el cristianismo, incluyendo las más básicas y personales concernientes a la familia, la sexualidad y la pornografía.

Inevitablemente, a medida que avanzaban los ochenta, las corrientes no-marxistas de influencia fueron crecientemente, y hasta más rápidamente, afectadas por la penetración y la cooperación gramscianas. La cultura "liberalizada" de las naciones occidentales esencialmente convergió con el proceso de creciente secularización, coincidiendo libre y sólidamente en el nuevo principio de que toda la vida, las actividades y las esperanzas de la humanidad descansaban en las estructuras sólidas de este mundo solo.

Los sistemas de creencias profesionalmente seculares -el humanismo, la megarreligión y el pozo de la fortuna de la Nueva Era, por ejemplo- forjaron sus propias y no-tan-extrañas alianzas con los herederos de Gramsci, precipitándose hacia el vacío religioso que se había creado en las sociedades anteriormente cristianas. Porque ellos también estaban unidos en la insistencia sobre la proposición fundamental de que la religión y la fe religiosa no tenían otra función más que ayudar a que toda la humanidad se uniera y estuviera en paz en este mundo, para alcanzar su cima más alta de desarrollo humano.

En la misma década de los ochenta, salió a la superficie una nueva inclinación intelectual, virtualmente dentro de todas las corrientes secularistas de actividad confluyentes en el globalismo occidental.

La generalidad de las personas pensantes en todas las naciones occidentales -empresarios, académicos, políticos, artistas, gente de los medios, industriales, científicos- se inclinaba hacia el concepto de que toda la sociedad de las naciones debía y podía ser forjada como una unidad, como una gran sociedad, secular hasta la médula de sus huesos, rechazando todas las antiguas divisiones religiosas, repudiando todas las viejas y gastadas pretensiones de la religión a las ambiciones y propósitos relacionados con el otro mundo.

Para comienzos de los noventa, el proceso gramsciano en Occidente se había fundido sin costuras, como vidrio derretido, en las energías e impulsos más importantes de la nueva cultura prevaleciente en las sociedades democráticas capitalistas.

Dentro de lo que todavía era llamado catolicismo, la palabra "romano" era frecuentemente suprimida; el catolicismo romano no era un concepto compatible con el globalismo secular, después de todo. Dentro del "catolicismo moderno", como se llamaba a sí mismo, una gran mayoría de obispos, sacerdotes, religiosos y laicos habían adoptado todos los rasgos de la nueva cultura que los rodeaba. Habían dejado de ser católicos en cualquier sentido que hubiera sido reconocido por el papa Juan XXIII cuando instó a su Segundo Concilio Vaticano a "abrir las ventanas" de su Iglesia al mundo en búsqueda de su renovación, de su *aggiornamento.*

El engaño mental de tantos millones de católicos por una convicción completamente terrenal, materialista y no-católica, sólo era igualado por el oscurecimiento intelectual al que se habían forzado a sí mismas las élites culturales de Occidente. El fantasma de Gramsci las había capturado a todas dentro de su "hegemonía marxista de la mente".

Lo trascendental se inclinaba ante lo inmanente. El materialismo total era adoptado libre, pacífica y agradablemente en todas partes, en nombre de la dignidad y de los derechos del hombre, en nombre de la autonomía y libertad del hombre frente a las restricciones exteriores. Por encima de todo, tal como lo había planeado Gramsci, esto se hizo en nombre de la libertad con respecto a las leyes y restricciones del cristianismo.

Decirle a cualquier persona en Occidente -a cualquiera de los participantes en las actividades empresariales de América y de Europa, a cualquiera que esté en los medios occidentales, a cualquiera de la comunidad científica o de los círculos académicos de las universidades- que todos ellos, junto con los principales teólogos y dignatarios eclesiásticos de todo el mundo, están profundamente versados en los principios básicos del marxismo, sería provocar exclamaciones de burla y santurrones gritos de protesta. Sin embargo, la respuesta del papa Juan Pablo a tales exclamaciones y gritos es señalar el fantasma de Gramsci, que ha penetrado profundamente en todos estos grupos con el sentido revolucionario comunista de inmanencia.

Muchos de los que rechazarían esa afirmación de Juan Pablo, señalarían

a su vez a las social-democracias que florecen en los países escandinavos. Con seguridad, no puede decirse que el marxismo florezca en tales áreas, ni siquiera una rama del marxismo tan incruenta como la de Gramsci. Después de todo, en Suecia, en Noruega, en Dinamarca, ha existido repugnancia hacia la opresión marxista de la libertad. Y en todas ellas florece una gran clase burguesa a la que no le gustan las debilidades económicas marxistas y no tiene inclinación hacia renunciar al capitalismo o a la comodidad material que éste trae.

La respuesta de Juan Pablo a ese dedo señalador es que pasa por alto todo el sutil ataque del proceso ingeniosamente agradable de Gramsci. En realidad, arguye el Pontífice, usar este argumento es en sí mismo cooperar con el principio operativo central del marxismo-leninismo: el engaño.

El Papa acepta rápidamente que el modelo nórdico de socialdemocracia en Noruega, Suecia y Dinamarca ha producido un estilo de vida cómodo; un estilo de vida con valores de moderación, igualitarismo y solidaridad social profundamente arraigados; un estilo de vida reforzado por grandes beneficios sociales; un estilo de vida en el que hay una virtual ausencia de riqueza ostentosa, pero en el cual los niveles de vida permanecen cerca del máximo en la escala internacional.

No obstante, como Juan Pablo comprende para su dolor, las social-democracias modelo de estos países descansan sobre un estilo de vida que no se preocupa de ninguna manera por cualquier valor que trascienda al aquí y ahora. Todos los valores públicos son inmanentes. En una conversación privada con uno de sus colegas norteamericanos, un editor sueco señaló que: "Suecia es un país pequeño y ateo". El papa Juan Pablo extendería esa observación, con igual exactitud, a los socios nórdicos de Suecia en la social-democracia.

En sus esfuerzos por alcanzar algún grado de unidad económica con la Europa de 1992, mientras tanto, las administraciones nórdicas están pasando un mal rato. Para ellas es difícil limitar los gastos del sector público o aumentar la productividad nacional, o permitirles a las empresas privadas una rienda más suelta. Porque hacer cualquiera de estas cosas haría vacilar el consenso nacional en sus propios países. Y éste es un consenso que descansa exclusivamente en el "valor" del confort material.

En la interpretación del papa Juan Pablo, el punto capital en los países nórdicos no es muy diferente del punto capital en el resto de las naciones occidentales, incluyendo a Estados Unidos. En todos los casos, la cultura nacional se desarrolló sobre la base de las creencias cristianas y de las leyes morales cristianas. Sin duda, argumenta el Pontífice apoyándose en la historia, esas creencias y leyes le dieron a cada nación su resistencia, su coraje y su inspiración. En suma, tal como se dio cuenta Gramsci, el cristianismo era tanto la filosofía como la savia de la cultura occidental, compartidas por todas las naciones en cuestión.

Sin embargo, hacia fines de los ochenta, ya no había ni siquiera ningún

comentario serio sobre las creencias cristianas o las leyes morales cristianas. Si entraban a los grandes diálogos del momento, se las reducía a "valores", como cualquier otra moneda que existiera para el solo propósito de ser cambiada por otra cosa.

George Orwell escribió una vez que, "en cualquier momento dado, hay una especie de ortodoxia omnipresente, un acuerdo tácito general para no discutir algún hecho grande e incómodo".

En opinión de Juan Pablo, la "ortodoxia omnipresente" en el Occidente, en la década final del siglo veinte, es un acuerdo tácito para no discutir el "hecho grande e incómodo" de que los líderes y las poblaciones occidentales, en su consenso público, han abandonado la filosofía cristiana de la vida humana.

De hecho, de acuerdo con el análisis que hace el papa Juan Pablo de la cultura occidental en el momento actual, no hay ninguna filosofía de la vida que merezca ese nombre. Lo que ahora pasa por filosofía es nada más que un complejo híbrido de modas y tendencias, e impulsos y teorías que moldean la opinión pública, que guían la educación pública y que dominan la expresión artística y literaria en todo Occidente. ¿Que mejor guión que ése podría haber incorporado Gramsci a su anteproyecto? Es el escenario perfecto para su proceso (adoptado hace mucho por los marxistas europeos) de promover el crecimiento de la democracia social dentro de la sociedad de las naciones europeas y de ocupar los espacios dejados vacantes por la propia cultura burguesa.

Con su propia filosofía aún en su lugar y basada tan inflexiblemente como siempre sobre la dialéctica materialista de Marx, los herederos de Gramsci han entusiasmado a! Occidente de libre mercado con un nuevo artículo muy apreciado: ese tipo de inmanencia que es específicamente comunista.

El Secretario General del Partido Comunista italiano, Achille Occhetto, dio una pequeña demostración de lo bien que funciona la fórmula de Gramsci a comienzos de junio de 1989. La ocasión fue su piadosa denuncia del PC de China por ordenar al Ejército de Liberación Popular (ELP) que usara los tanques y las armas automáticas para aplastar la protesta estudiantil en las calles de Pekín, unas semanas antes.

"En Oriente [China]", declaró Occhetto sin inmutarse siquiera por la sangrienta historia del marxismo, "comunismo es un término que ya no tiene relación con sus orígenes históricos y constituye un marco político que está completamente equivocado". Entonces, en el gran engaño requerido por la política de Gramsci, Occhetto proclamó: "No queda absolutamente nada del comunismo como sistema unitario y orgánico". Para demostrar este punto, de hecho, Occhetto y sus camaradas del PC italiano organizaron manifestaciones públicas de su solidaridad con el fracasado movimiento democrático de China, encabezado por los estudiantes.

A pesar de las palabras de Occhetto, la suya era la perfecta muestra del mandato de Gramsci para los marxistas de todas partes. Aprovechad cada oportunidad que se presente, había dicho Gramsci. Sed inflexibles en la dialéctica materialista de Marx. Sed rígidos en la filosofía material y firmes en la interpretación marxista de la historia. Perc sed inteligentes al hacerlo. Aliad todo eso a cualesquiera fuerzas que presenten una apertura para la ¡nmanencia marxista.

Obedientemente, los marxistas gramscianos de Europa y de otras partes atizaron el nacionalismo en África. Pero, al mismo tiempo, se aliaron con el globalismo de los empresarios del mundo y los europeizantes de Europa. Se pusieron dpl lado del sentimiento norteamericano que condenaba los excesos del mr ~ xismo chino. Pero apoyaron a los elementos del Congreso y de la administración norteamericana que fomentaban la negociación con los líderes marxistas chinos.

Se unieron con las iglesias cristianas en el diálogo fraternal y en empresas humanitarias comunes. Pero el objeto es confirmar al nuevo cristianismo en su búsqueda antimetafísica y esencialmente atea de la liberación de los problemas materiales, del temor de un holocausto nuclear, de las restricciones sexuales de cualquier tipo y, finalmente, de todas las constricciones sobrenaturales, así como de todos los temores materiales. La liberación total es construir la largamente soñada Utopía marxista-leninista, ésa es la regla.

Precisamente por ese proceso, creado por Antonio Gramsci hace más de medio siglo en el tétrico confinamiento de las prisiones de Mussolini, la cultura occidental se ha privado a sí misma de su savia.

Corriendo a través de las antiguas arterias de las tierras una vez cristianas, el papa Juan Pablo ve el suero acuoso, que mata al alma, de lo que él ha llamado el "superdesarrollo" y un siempre nervioso esfuerzo en favor de la solidez económica. El ideal es exclusivamente de aquí y ahora. Toda meta es totalmente inmanente al hombre histórico en sus ciudades y en sus casas y en sus placeres, en sus industrias y en sus talleres y, sobre todo, en sus bancos y en sus mercados financieros. Éste es el goteo del suero que precede a la muerte y que ha remplazado a la sangre de la cultura en Occidente.

Dada tal condición de la cultura occidental -incluyendo a los tan cacareados modelos nórdicos de democracia social-, hubiera sido risible para Juan Pablo, si no hubiera sido tan doloroso, oír la reciente opinión, casi mística, de Krister Ahlstrom, director ejecutivo de la Confederación de Parones Finlandeses. "Algo indefinible liga a los países nórdicos entre sí", •)onderó Ahlstrom, "como si tuvieran una fuerza invisible". Esa fuerza no es nvisible en absoluto, sostiene el papa Juan Pablo. Es la fuerza del éxito de 'ramsci. No sólo los países nórdicos, sino todo Occidente, al fin ha dado -icimiento al hijo del fantasma de Gramsci: una sociedad completamente

secularizada. Y en lo que todavía se llama "el espíritu del Vaticano II", la organización institucional mundial católica romana de Juan Pablo ha sido al mismo tiempo la partera y la nodriza de esa fuerza.

Sólo una vez existió una amenaza realmente seria al proceso gramsciano. Llegó, entre todos los lugares posibles, a Polonia. Y siguió a la "peregrinación" del papa Juan Pablo de 1979, con su arriesgado, dramático y convincente desafío al statu quo del régimen comunista de su patria.

Una amarga y continua experiencia, primero bajo el estalinismo de la segunda posguerra y después bajo Jrushchov y Brezhnev, le había enseñado a Juan Pablo una lección básica. El tipo de marxismo-leninismo de Stalin no permitiría que se manosearan las tuercas del dominio de la Unión Soviética sobre Polonia. Cualquier intento por diluir el control soviético sobre las fuerzas armadas polacas, o sobre la policía de seguridad organizada por la KGB, o sobre el servil parlamento polaco, se encontraría con la fuerza total del puño de hierro soviético, lo que es decir con la represión total, con el uso, si fuera necesario, de las divisiones soviéticas acuarteladas en Polonia oriental, y con el apretón de una vigilancia aún más estrecha por parte de la propia KGB.

La respuesta efectiva a esa exigencia de fuera-las-manos-de-nuestro-campo hecha por el régimen polaco, vino del cardenal Wyszynski, primado de Polonia y mentor del papa Juan Pablo durante sus días como sacerdote y obispo en Cracovia. Wyszynski siempre había insistido en que, en otros países satélites orientales, notablemente en Hungría, la lucha dura e intransigente de la Iglesia con los ateos regímenes títeres de la URSS, había terminado en un desastre. Por otra parte, tampoco podía la Iglesia de esos países escapar a la situación hostil y represiva que los absorbía. El cardenal ideó un tercer camino. La Iglesia tenía que convivir en Polonia con el régimen político marxista, dijo, pero, al mismo tiempo tenía que preservar a su pueblo intacto en su cultura.

Bajo la guía astuta de Wyszynski, la omnipresente Iglesia católica de Polonia desarrolló su propia versión anti-Gramsci del proceso de Gramsci, su propia red, dentro de la cual podía conservarse y desarrollarse la cultura polaca.

La universidad clandestina o "volante", de la que el propio papa Juan Pablo era producto, publicaciones y bibliotecas clandestinas, actividades culturales y empresas artísticas clandestinas, todos estos esfuerzos y otros más, incontables, cubrieron a Polonia y constituyeron un estrato popular de cultura polaca. Todos ellos estaban relacionados con la Iglesia, ideados, fomentados, nutridos y sólidamente apoyados bajo la guía de Wyszynski. Y todo estaba incontaminado de la mano sofocante del marxismo.

En los meses siguientes al cuidadoso pero inequívoco llamado al cambio hecho por el papa Juan Pablo durante sus discursos papales de 1979, en

Varsovia, Gniezno y Cracovia, el movimiento Solidaridad -originalmente basado en los trabajadores de los astilleros de los puertos bálticos- se abrió paso a través de Polonia. Tuvo existencia oficial en 1980, cuando se firmaron los primeros acuerdos en los Astilleros Lenin de Gdansk.

El éxito y la popularidad del movimiento polaco de Solidaridad agregó una dimensión enteramente nueva al concepto de Wyszynski. Casi ii,sensiblemente, nació una nueva proposición en muchas mentes. Era cierto -y hasta donde cualquiera podía ver en aquel momento, iba a seguir siendo cierto- que los polacos estaban forzados a concederle poderes políticos, militares y de seguridad al régimen soviético de Moscú. Pero ese régimen podía permitir exactamente las libertades públicas que Juan Pablo había pedido en todas las áreas de la cultura. Seguramente, en la educación, en el arte y en la literatura, pero también, y finalmente, en el campo de las relaciones laborales.

Cuando se presentó esa proposición en la realidad, los funcionarios del PC de Polonia la encontraron atractiva en diversos aspectos. Moscú estaba acosando continuamente a Varsovia para que hiciera algo con la economía de Polonia, que estaba en ruinas, y con su inquietud laboral, que siempre estaba lista para desbordarse, y con su deuda de 30,000 millones de dólares con los acreedores occidentales.

Al recibir reconocimiento y status, era sólo posible que Solidaridad pudiera eliminar las huelgas paralizantes que plagaban a la industria polaca. Hasta podía prevenir las sutiles y costosas tácticas de "trabajo a desgano" utilizadas por los obreros polacos, quienes veían la reducción de la productividad como su único medio para protestar contra salarios de hambre, escasez de alimentos, brutalidad policial y todas las demás formas de opresión gubernamental.

Hasta podía ser que, si tal receta podía funcionar en Polonia, la Unión Soviética viera en ella una fórmula para probar en otras economías enfermas de su imperio satélite oriental.

Es improbable que alguna vez quede expuesto ante los ojos de los historiadores de hoy el registro de las conversaciones privadas entre los participantes en las negociaciones, o del intercambio de cables entre la Varso via del cardenal Wyszynski, el Vaticano del papa Juan Pablo y Ib Moscú del Secretario General Brezhnev o los pocos documentos adicionales involucrados. Sin embargo, parece seguro que, con la aprobación de Moscú, por lo menos se alcanzó finalmente un acuerdo verbal entre los organizadores clandestinos de Solidaridad y el régimen comunista polaco.

Era una idea brillante. Una bolso mezclada, de zanahorias y garrotes, para ambas partes. Haría difícil cualquier penetración del proceso gramsciano en la cultura polaca. Pero al fin habría un acuerdo para dejar la seguridad y el control político de Polonia en manos del Partido Comunista controlado por los soviéticos. Y esto prometía un alivio económico en por lo menos uno de los países satélites que estaba secando los recursos ya escasos de Moscú.

El plan podría haber funcionado, si el acuerdo relacionado con el control político exclusivo por parte del régimen comunista no hubiera sido violado. Pero entre los organizadores de Solidaridad había miembros de otra organización, del Comité de Defensa de los Trabajadores, conocido internacionalmente por sus siglas polacas, KOR. Ya fuera adrede o por un error táctico, KOR consiguió empujar las políticas y demandas de Solidaridad más allá de los límites de la cultura. KOR quería una participación en el poder político del régimen, también, y no estaba contento con esperar a que el tiempo madurara las posibilidades.

La demanda de KOR era demasiado, demasiado pronto, ,para la Unión Soviética de Leonid Brezhnev y para su régimen subrogado de Polonia. El acuerdo se derrumbó. Tuvo lugar el intento de asesinato del papa Juan Pablo. Y en diciembre de 1981, el general polaco Wojciech Jaruzelski había impuesto la ley marcial en nombre de Moscú. La alternativa, como insistía el general en su propia defensa ante el cardenal Wyszynski y el papa Juan Pablo, sería una intervención militar directa de la Unión Soviética.

Retrospectivamente, tanto Moscú como Varsovia parecen haber sufrido una pérdida de sangre fría. En Polonia, el proceso de Gramsci se había encontrado directa y abiertamente, por primera vez, con el uso decidido de sus propias tácticas. Y cuando esas tácticas parecieron amenazar el control del marxismo soviético dentro de su propio dominio de la política polaca, todo pensamiento del llamamiento de Gramsci para que el PCUS fomentara diferentes rostros del comunismo en diferentes países, se perdió en el pánico.

Lo que Brezhnev vio en la situación fue una amenaza al total control soviético en su propio territorio. En esas circunstancias sin precedentes, se volvió hacia sus raíces estalinistas. Abandonó en Polonia el experimento gramsciano, el primero, pero no el último que saldría a la superficie en los países satélites.

Sin embargo, aun aquí, las consecuencias de la acción de Brezhnev demostraron todavía una vez más la imprudencia del leninismo clásico. Porque una vez más, tales políticos de mano dura no consiguieron cambiar la forma en que la gente pensaba sobre su vida y sus problemas. Los polacos siguieron siendo fundamentalmente católicos por tradición. Su cultura, con sus leyes morales y costumbres cívicas, sólo tuvo que volverse clandestina. Cierto, el pueblo fue forzado nuevamente a comportarse, en lo exterior, de acuerdo a las odiadas reglas dentro de un régimen sociopolítico odiado. Pero tal como había dicho Gramsci, lo trascendente religioso -Dios, con sus leyes y su adoración- continuaba floreciendo, y continuaba nutriendo la oposición hacia lo que los polacos veían en todas partes como la superestructura ajena de una dictadura marxista soviética.

El dramático experimento polaco que abrió la década de los ochenta fracasó. Nunca se sabrá quién podría haber ganado en aquel momento, Gramsci o Wyszynski. Pero el día no estaba tan lejano en el camino cuando

se intentara nuevamente el juego. Y cuando llegara la hora, a medida que los ochenta llegaban a su término, las mejores cartas estaban todas en manos soviéticas. Porque, a pesar de que Moscú había perdido la sangre fría al poner a prueba por primera vez la fórmula de Gramsci dentro de la órbita soviética, la propia marxización fundamental de Occidente no se había detenido ni retrasado en lo más mínimo.

Por el contrario, la mente originalmente cristiana de las naciones occidentales ya estaba tan erosionada, que las naciones capitalistas se estaban persuadiendo a sí mismas de que debían estar satisfechas con la convicción de que el objetivo y significado de toda vida es la vida. Vida arraigada eñ la lealtad a una nación. Vida conducida con un sentido máximo de solidaridad entre una sociedad de naciones. Vida con reverencia a todas las cosas vivientes, ya sea que caminen en dos patas, o en cuatro patas, o sin patas. Vida, como escribió el alguna vez marxista Milovan Djilas en forma extremadamente conmovedora, "que es patriótica sin ser nacionalista, socialmente responsable sin ser socialista, y respetuosa de los derechos humanos y aquellos de todas las criaturas, sin llamarse a sí misma cristiana".

Con esas condiciones como telón de fondo en Occidente, el rechazo soviético del desafío polaco al proceso de Gramsci en Polonia se convirtió en cosa del pasado, un error de la historia.

Mijaíl Gorbachov irrumpió en la escena mundial como el primer líder soviético con mente suficientemente amplia como para evaluar, apreciar y abrazar plenamente la fórmula gramsciana. El único líder soviético suficientemente realista y valiente como para comprometer hasta sus propios territorios satélites al plan del difunto sardo para obtener la victoria en la consistente lucha del marxismo por el total predominio geopolítico entre las naciones, y por su total aceptación en los recientemente descristianizados corazones y mentes de los hombres y las mujeres que pueblan esas naciones.

Uno por uno, se ve a los ex satélites soviéticos como liberados del control directo de la URSS. Los partidos comunistas en esos países, individualmente, han sido desplazados de su apoyo solitario sobre el estrado del gobierno; por cierto, en Hungría, el ex PC ha renunciado hasta a llamarse "comunista". Y los cambios, con la bendición de Gorbachov, siguen yendo más allá. Ahora la reunificación de las "dos Alemanias" tiene su aprobación. Sin duda, en breve tiempo, los tres Estados bálticos -Lituania, Estonia y Letonia- alcanzarán un status aún más separado de la URSS que el de los ex satélites.

En su patrón gramsciano, Gorbachov tiene la visión de una nueva estructura gubernamental para la propia URSS y de un nuevo status - ¡inimaginable maravilla de las maravillas!- para varias de las "Repúblicas Socialistas Soviéticas" que son la sustancia de la URSS. Armenia, Georgia, Azerbaiján, Ucrania, todas alcanzarán un nuevo status, diferente al de "Repúblicas" completamente integradas en la "Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas". El proceso gramsciano requiere de esos cambios. El gorbachovismo implícitamente los aprueba. En esto, como lo percibe Juan Pablo, Gorbachov está siendo muy fiel a su fundamental leninismo, mientras que le suma su propia actualización y correctivos.

Según la comprensión que tiene Juan Pablo II de la arena geopolítica de los noventa, el Occidente secularizado parecería estar hecho a la medida del gorbachovismo. El Secretario General soviético ha dejado en claro que está perfectamente consciente de la esterilidad que aflige a los planes sangrientos de Lenin, a quien Pravda aclamó una vez como "el genio radiante que ilumina el sendero de la humanidad hacia el comunismo". En cambio, Gorbachov ha comprendido su mundo contemporáneo, y desenfadadamente, a la luz más exacta del análisis de Antonio Gramsci, pero manteniendo intacto un principio táctico básico de ese "genio radiante", Gorbachov hasta se ha tomado el trabajo de explicar ese principio táctico básico. En su libro, *Perestroika,* ha explicado:

> Sería adecuado recordar cómo luchó Lenin por el Tratado de Paz de Brest en el difícil año de 1918. Campeaba la guerra civil, y en ese momento llegó una amenaza muy seria de Alemania. Así que Lenin sugirió firmar un tratado de paz con Alemania.
>
> Los términos de paz que Alemania nos planteó perentoriamente fueron, en las palabras de Lenin, "vergonzosos, sucios". Significaban que Alemania se anexaba un enorme pedazo de territorio con una población de cincuenta y seis millones... Sin embargo, Lenin insistió en ese tratado de paz. Hasta algunos miembros del Comité Central hicieron objeciones... trabajadores, también. . . demandando que se rechazara a los invasores alemanes. Lenin seguía llamando a la paz porque lo guiaban intereses vitales, no *inmediatos,* de la clase trabajadora como un todo, de la Revolución y del futuro del Socialismo... estaba mirando muy adelante... no puso lo que era transitorio por encima de lo que era esencial... Más tarde, era fácil decir confiadamente y sin ambigüedades que Lenin tenía razón... La Revolución se salvó.

Probablemente Gorbachov considera la insistencia de Occidente en la liberación de los derechos 1 imanos como una intromisión indebida, y la insistencia de las ex naciones satélites por ser libres como acciones "vergon zosas" y "sucias" por parte de los "hermanos socialistas". Pero, para salvar a la revolución, para salvar las cosas esenciales del Estado-Partido, él ve como necesario liberalizar el imperio soviético, hasta desmembrar la actual estructura de la URSS. Porque sólo así puede tener la esperanza de ser admitido como un miembro en pleno de la nueva sociedad globalista de naciones.

Flexibilidad leninista, coloreada por las sutilezas gramscianas y modificadas para agregar cualquier cosa que faltara en los anteproyectos de

Gramsci para la victoria. . . esto constituye el programa de Gorbachov. Porque es cierto que los asuntos humanos en la última década del siglo veinte no son en absoluto los mismos que los de sus primeras cuatro décadas, cuando Gramsci vivió y pensó y murió. "Marx nunca vio una lamparilla eléctrica, y Engels nunca vio un avión", comentó Hu Yao-bang, de China, en noviembre de 1986. Del mismo modo, el globalismo era impensable para el sardo políticamente endurecido en el combate, cuya mente y perspectiva estaban polarizadas entre el provincialismo de la seudorrevolucionaria Moscú de Lenin y una cultura europea occidental que estaba por quedar hundida en una guerra total.

Gramsci nunca vio la mortal nube en forma de hongo de una explosión nuclear, el terrible anuncio de presentación de una nueva e inaudita interdependencia de las naciones. Jamás tuvo ni siquiera un indicio de la idea del chip para computadora, que ha revolucionado el desarrollo industrial en regiones cuyas poblaciones estaban, hasta hace lo que parece sólo unos momentos, encerradas en sus arrozales asiáticos y sus sabanas africanas y sus selvas brasileñas. Nada, en el ambiente pre-Segunda Guerra Mundial de Gramsci, ni siquiera daba un indicio de la posibilidad de una "aldea global".

En manos de Gorbachov, sin embargo, Gramsci ha ingresado a la competencia globalista. De eso está convencido el papa Juan Pablo. Al tiempo que el Pontífice dirige la harapientp, pero toda poderosa y única estructura de su Iglesia romana católica universal a través de la impredeciole volatilidad de nuestros tiempos, está seguro de que Mijaf Gorbachov entrará confiadamente a las aguas profundas del nuevo globalismo, con el fantasma de Antonio Gramsci como compañero y guía.

El Papa ve a Gorbachov sumamente confiado en que puede maniobrar la estructura y organización geopolítica leninista que ahora encabeza para colocarla en una posición de dominio total en ese nuevo globalismo. El Pontífice no tiene ninguna de las ilusiones alimentadas por otros líderes occidentales sobre la visión del Secretario General, de cómo ese nuevo globalismo puede ser encaminado en la dirección del leninismo, adaptándolo hábilmente a la meta geopolítica leninista. La visión de Gorbachov aún está animada, como ha escrito el periodista chileno Jaime Antúnez, por "un sentido de inmanencia, y [por] su propósito de cambiar las relaciones sociales [y] económicas con vistas a producir un 'hombre nuevo', completamente liberado de los 'viejos lazos morales' de la civilización cristiana occidental".

Mientras que, en la mente del Pontífice, el éxito o el fracaso del juego de Gorbachov con el nuevo globalismo sigue siendo una pregunta sin respuesta -con las probabilidades fuertemente en favor de Gorbachov-, él análisis de Juan Pablo sobre los nuevos globalistas y sus planes lo hace sentirse pesimista acerca de las probabilidades que tienen de alcanzar algún grado aceptable de éxito.

14

. . . con interdependencia y desarrollo para todos

En algún momento, después de la Segunda Guerra Mundial, mientras el fantasma de Antonio Gramsci empezaba a levantar una gran presión en el mundo, una revolución extraordinaria que él no había previsto comenzó a dominar el planeta. El estado de ánimo de la arena mundial comenzó a cambiar. Que las políticas de Gramsci alimentaran o no ese estado de ánimo, parecía que casi repentinamente había un anhelo por algún sistema de interdependencia entre las naciones que realmente funcionara. Un nuevo tipo de interdependencia. Una unidad internacional que no viniera montada como la muerte sobre la espalda de la conquista o de la subversión o de crudas tomas del poder. Había pasado el momento para otra versión pulida del antiguo Imperio de Roma, en el que todo el mundo era forzado a ser romano.

Más bien, la nueva mente globalista imaginaba una interdependencia que de algún modo se adaptaría al hecho de que el mundo era un lugar que se encogía, pero que también dejaría a cada nación su propia identidad.

Nebuloso como puede haber sido el concepto de interdependencia de las naciones, bastante pronto se destacó una sola meta. Y aunque desde entonces muchas cosas han cambiado entre los muchos contendientes por el predominio en la arena global, esa meta ha permanecido constante, al menos para los más poderosos de ellos: el desarrollo. Unos pocos buscaban enérgicamente, muchos deseaban y todos llegaron a esperar algún medio a través del cual cada entidad nacional y cultural participaría activamente en el desarrollo material de todas y contribuiría al mismo. Todos tendrían que estar a bordo, porque la interdependencia requería la ausencia de disensión. Y una ausencia de disensión requería que no hubiera desposeídos o "fuereños" entre las naciones.

Nebulosa o no, la nueva visión globalista era suficiente como para encender fuegos de anhelo entre los hombres y mujeres de todo el mundo. Generaciones enteras habían vivido todas sus vidas en medio de guerras globales, regionales y locales. Hasta la paz -lo que había de ella- sólo podía estar garantizada por la amenaza de guerra. Comparados con un mundo como ése, la interdependencia y el desarrollo material sólo podían sonar como el cielo en la tierra.

Alrededor del final de los setenta, parecía que casi todos, en todas las naciones y condiciones de vida, estaban siguiendo la andanada de noticias prácticas y opiniones editoriales (no siempre tan prácticas) acerca de lo que se aceptaba comúnmente como una competencia global por el poder, que se desarrollaba francamente entre individuos, grupos y naciones. Se volvió un lugar común para hombres y mujeres de todos los sectores de la vida evaluar sus propios intereses (la situación de su familia, su trabajo o profesión, su compañía, su ciudad, su país, su causa) a la luz de tales desarrollos globales. En forma creciente, las personas llegaron a verse a sí mismas y a las circunstancias de sus vidas en lo que comprendían que eran términos globalistas nuevos y sin precedentes.

Dados tales difundidos anhelos globalistas -o por lo menos el difundido anhelo por la paz internacional y el desarrollo material-, y dado el hecho de que no parecía surgir ningún medio práctico para alcanzar esas metas generales, el mundo estaba preparado, por adelantado, a ser atraído a las órbitas de dos líderes poderosos. Karol Wojtyla, como papa Juan Pablo II, y Mijaíl Gorbachov, como Secretario General de la Unión Soviética, echaban una sombra más larga y parecían tener un paso más largo que cualesquiera de sus contemporáneos en el cambiante escenario mundial.

Cuando estos dos líderes mundiales irrumpieron tan inesperadamente en la escena de los asuntos globales, uno después del otro en siete cortos años, hubo una percepción común de que, tan diferentes como podían ser en todos los demás aspectos, una cosa que compartían los ponía aparte de todos los demás líderes y de todos los demás visionarios globalistas: el Pontífice católico romano y el Secretario General soviético, cada uno parecía tener a la vista lo que perfeccionaría el globalismo incipiente en el horizonte de nuestro mundo.

Esa percepción pública de ambos hombres era y sigue siendo exacta. Porque ambos llegaron a sus puestos de poder como globalistas inconmovibles. Ambos tienen una inclinación de la mente verdaderamente geopolítica. Ambos tienen un claro mandato y propósito geopolítico. Y cada uno de ellos está respaldado por una organización geopolítica.

Ambos, Juan Pablo y Gorbachov, entienden qué estructuras prácticas de funcionamiento se necesitan para crear un sistema geopolítico entre las naciones. Han visto claramente, desde hace tiempo, que la geopolítica debe transferir, y lo hará, la política nacional a un plano global, inducirá todas las transformaciones y adaptaciones necesarias en las estructuras políticas locales de hoy, para que puedan florecer en el sistema de interdependencia, verdaderamente geopolítico, de mañana. Han comprendido desde hace mucho tiempo que ninguna nación del mundo seguirá siendo, en el próximo siglo, como ha sido o como es en el presente. Desde hace mucho tiempo han visto que el concepto mismo de nación se alterará profundamente.

Gran parte del mundo puede sentirse incómodo con el comunismo de Gorbachov. Gran parte del mundo puede sentir repelencia por el catolicismo romano de Juan Pablo. Pero es claro para todo el mundo -tanto líderes cuanto pueblos- que por encima del comunismo y del catolicismo, hay en cada uno de estos dos hombres un punto de vista firme que puede, al fin, llevar la idea de globalismo más allá de la etapa de un sueño nebuloso. Cualquiera de los dos puede -y cada uno intenta- infundir al actual globalismo rudimentario los valores que le faltan, darle una realidad de carne y hueso, y transmutarlo en un verdadero nuevo orden mundial.

Caminando como lo hacen en la luz sin obstáculos de sus separadas visiones globalistas, estos dos hombres -el Papa y el Secretario General- actúan como imanes, atrayendo las emociones populares y un vasto entusiasmo por ellos alrededor del mundo

Mientras tanto, los líderes nacionales son atraídos hacia la estela de estos dos hombres. En esa compañía, Juan Pablo y Mijaíl Gorbachov son percibidos con menos emoción y no siempre con entusiasmo. Pero son vistos como poseedores de un claro panorama de lo que se necesita para crear una verdadera unidad geopolítica en un mundo que anda a tientas buscando exactamente eso. Se sabe que tienen sus anteproyectos diferentes de la unidad global que absorbería a todas las unidades locales. Anteproyectos, en otras palabras, da la centralización necesaria para eliminar los mil y un gobiernos separados, de mente nacionalista, que tiran de acá para allá en el actual sistema internacional. Anteproyectos, además, de los valores que deben actuar como el pegamento -la cinta adhesiva de la cohesión- indispensable para cualquier arreglo geopolítico entre las naciones, pero del que carecen las naciones individuales en el mundo de los noventa.

El hecho de que Juan Pablo y Mijaíl Gorbachov sean las figuras dominantes en la arena mundial donde el globalismo es percibido como el premio, no desanima en lo más mínimo a que se amontonen los demás contendientes.

Por el contrario, hay gran provisión de campeones del globalismo. Algunos han entrado solos a la arena. Algunos han llegado con una bandada de seguidores. Algunos forman alianzas de corto o largo plazo con colegas contendientes. Algunos se mantienen apartados de todos los demás. La mayoría de ellos tiene un foro internacional del que jamás había gozado antes. Y todos ellos están acosados oor problemas que ellos niegan, o todavía no han ideado cómo vencer, en su camino hacia el futuro. Pero a cada uno de ellos lo ha picado la misma pulga... el deseo de conducir la

marcha hacia la nueva estructura globalista que dominará sobre todas las naciones.

Desde el punto de observación de Juan Pablo, el primer gran problema que enfrentan la mayoría de sus competidores en la arena globalista es que, tanto como individuos cuanto como grupos, todavía enfocan la situación mundial con un marco mental local.

Su segundo gran problema es que, con la sola excepción de Mijaíl Gorbachov, ninguno de los demás contendientes tiene un sistema de valores alrededor del cual se pueda formar, y mantener a través del tiempo, una nueva estructura globalista para las naciones del mundo.

Y todavía una tercera dificultad es que ninguno de ellos ha conseguido crear u obtener el control de la maquinaria práctica que necesitan para tener éxito... una organización geopolítica funcionando, en marcha, tal como la máquina global leninista de Gorbachov, o la estructura universal católica romana de Juan Pablo.

No obstante, a pesar hasta de tales desventajas profundas, hay ciertos grupos con mentalidad globalista que son fuerzas poderosas por derecho propio -una veintena o algo así en total, según calcula el Papa-. Estos grupos contendientes caen bastante naturalmente en tres categorías amplias, según el análisis del Pontífice.

La primera categoría es la más poblada. Hay tantos grupos en competencia aquí, en realidad, que se colocan en subcategorías. Pero hablando en general, y aceptando numerosas diferencias y divisiones, aquí está incluido cada grupo con mente globalista de alguna importancia que sostiene una visión del nuevo mundo según su propia imagen. Cada uno de ellos está seguro de que el mundo está por convertirse en lo que ese grupo ya es. Cada uno ve el mundo como un todo en sus propios términos. Éstos son los Globalistas Provincianos.

La segunda categoría amplia comprende un número menor de grupos con mentalidad globalista que la primera, sólo tres en total. Y el número de personas representadas no es vasto. A pesar de eso, la característica de esta categoría es que cada grupo incluido en ella ve el mundo como si ya lo tuviera en su propia canasta globalista. Imparcialmente, cada uno se montará sobre cualquier corriente que lo lleve hacia adelante. Pero para ellos no se trata tanto de que el mundo se convierta en lo que ellos son. Es que ellos son el mundo. Éstos son los Globalistas a Cuestas.

La tercera categoría está integrada sólo por dos grupos. Pero éstos son los verdaderos contendientes globalistas. Hablando humanamente, parece que hay muy pocos obstáculos en su camino hacia el éxito final en la arena globalista. Y aunque Juan Pablo sabe que todavía no han cruzado el Rubicán que separa al globalismo de un sistema geopolítico verdadero y viable, de todos modos los ve como los Globalistas Genuinos.

El pontífice mantiene un conocimiento íntimo de cada uno de estos numerosos grupos globalistas. Y los analiza en términos de categorías y subcategorías como éstas. Ha hablado públicamente sobre muchos de ellos de cuando en cuando. En el Vaticano, y alrededor del mundo en sus viajes interminables, se ha reunido pública y privadamente con representantes y líderes de todos ellos.

En consecuencia, nadie está más consciente que Juan Pablo de que algunos de los grupos en cuestión pueden tener una idea romántica de cómo será la interdependencia global, o de cómo se la alcanzará. Y nadie sabe mejor que él que algunos de estos contendientes globalistas son francamente irrealistas en relación con las formas prácticas de pasar de una etapa de desarrollo a la siguiente.

No obstante, cualesquiera sean sus probabilidades de alcanzar la victoria final en el juego final del milenio, Juan Pablo los toma en serio por varias razones.

Primero, está la realidad práctica de que, con pocas excepciones, estos grupos manifiestan una seria y muy efectiva hostilidad hacia Juan Pablo y su Iglesia, mucho más que con respecto a Gorbachov y su Estado-Partido. Constituyen puntos de profunda oposición a la propia aceptación del Papa como líder mundial. E infligen daño a su Iglesia a través de la influencia que ejercen sobre sus miembros.

Juan Pablo se siente impelido a tomar seriamente a estos contendientes globalistas, ademál, porque sean realistas o no, y sean personas o naciones, o constructores de sistemas o grupos religiosos o ideológicos, su pretensión gira alrededor del material del mundo. Alrededor de las finanzas, comercio e industria, política, cuestiones territoriales y militares, y -no menos importante- alrededor de la religión. Cualquier cosa que suceda con ellos finalmente, en el momento actual influyen sobre los destinos del mundo tanto como lo hicieron Marx o Lenin, o Stalin o Gramsci. La innegable influencia de estos grupos y su mentalidad globalist3 -su deseo irresistible por la interdependencia de las naciones y la lealtad total de los más importantes de ellos al desarrollo material- ya han transformado las anteriores rigideces de las naciones en el material blando, maleable, del que el mundo espera que se forme el nuevo orden.

Y Juan Pablo sostiene que estos grupos son de la mayor importancia por otra razón más. Es entre estos globalistas incipientes que tanto él como Mijaíl Gorbachov deben operar ahora. Es dentro del clima que estos grupos crean como condición pasajera de nuestro mundo que Juan Pablo debe perseguir su propia visión y su propia meta. Y él sabe que Mijaíl Gorbachov debe hacer lo mismo.

Desde su punto de observación en el corazón del Vaticano -el mejor lugar del mundo para escuchar-, el papa Juan Pablo está tan agudamente

consciente de los movimientos diarios y de los planes a largo plazo de cada grupo globalista importante, que es como si cada uno de esos grupos mantuviera un "salón de operaciones". Una especie de cuartel general del alto mando en el que se proyectan las tácticas y las estrategias, y las metas finales sobre los mapas y las maquetas de acción que están expuestas. Es como si el propio Papa pudiera entrar a esos "salones de operaciones" imaginarios, invisible en su ropaje blanco, para observar a los líderes de cada grupo cuando inspeccionan esos mapas y maquetas de acción. Es como si pudiese escuchar todas las discusiones y debates sobre la forma del mundo venidero y sobre el sistema de orden global que espera cada grupo.

Tales salones de operaciones quizá no existan en todos los casos. Pero el concepto presenta una forma ordenada y exacta de rastrear la inteligencia, comprensión y valoración que tiene Juan Pablo en relación con los variados individuos, sistemas y grupos que han poblado la arena del juego final del milenio. Es una forma de ver, como si fuera a través de los ojos del Pontífice, el notable despliegue de fuerzas que lo confrontan. Fuerzas que verdaderamente están preparando al mundo para una alineación política, aun cuando ellas mismas están atrapadas y son arrastradas por las corrientes profundas e irresistibles de los asuntos humanos. Juan Pablo sostiene que éstas son corrientes sobre las que todos estos grupos globalistas ejercerán alguna influencia durante un tiempo, pero que ninguno de ellos parece comprender, y ni siquiera percibir.

15

Los globalistas provincianos

Cada uno de los principales grupos globalistas en la actual arena internacional tiene un sistema de ideas subyacentes sobre el mundo, y un sistema para actuar en relación con el mundo que está basado en esas ideas.

Siendo así, debe decirse que cualquiera que camine con el papa Juan Pablo a través de los imaginarios salones de operaciones de la plétora de grupos que forman su primera y más amplia categoría de globalistas, encontraría que es difícil ver cualquier rasgo común a todos ellos.

Cada grupo ve el mundo bajo una luz diferente, y con frecuencia agudamente contradictoria. Las religiones cristianas rivalizan entre sí. Todas ellas compiten con las religiones no cristianas, que a su vez luchan la una con la otra. Los sistemas religiosos compiten con los sistemas éticos no-religiosos, y todos ellos compiten las ideologías políticas. Grupos relativamente pequeños y localizados, se mantienen en valiente y confiada oposición a grupos mucho mayores por sus integrantes y mucho más extensos en su alcance geográfico.

Sin embargo, a pesar de todas sus diferencias, todos los grupos de esta primera categoría comparten una característica básica, lo que impulsa al Papa a compararlos, contrastarlos y evaluarlos en términos similares. Como cada uno de ellos está seguro de que su sistema de ideas, tal como se mantiene, es la base sobre la cual el nuevo orden mundial debe ser organizado, cada uno está igualmente seguro de que el mundo se abrirá paso hasta su puerta. Cada uno de estos grupos está seguro de que puede permanecer como está, y que tarde o temprano el mundo en general, de algún modo, adoptará las ideas y la mentalidad del grupo, forjándose a sí mismo, en gran escala, a imagen y semejanza del grupo.

La probabilidad de que cualquiera de estos grupos alcance la victoria globalista que imagina es remota, a primera vista. El sistema subyacente de ideas sobre el mundo que tiene cada grupo no puede adaptarse sin destruir esencialmente al grupo mismo. Por otra parte, esos sistemas subyacentes no pueden ser adoptados por el resto del mundo tal como están, sin dislocar o desplazar las metas globalistas básicas comunes entre las naciones.

No obstante, sería ir demasiado lejos argumentar que estos Globalistas Provincianos no tienen un impacto significativo sobre las tendencias globalistas del resto del mundo. Aunque pueden ser provincianos, cada uno de ellos se ha encontrado repentinamente sobre un escenario mundial. Hasta un grado u otro, cada uno ha aprendido a desempeñar un papel sobre ese escenario, usando todoslos instrumentos internacionales -medios globalizados, foros intergubernamentales e interculturales- para imprimir su perspectiva como un sello sobre otras mentes.

Además, cada uno de estos grupos provincianos disfruta de cierta ventaja en un mundo cada vez más despojado de cualquier sistema de valores comúnmente aceptado, al mismo tiempo que necesita tal sistema como el pegamento de los nuevos arreglos políticos entre las naciones. En esas circunstancias, todos se sienten impulsados a prestar oídos a todos y cada uno de los puntos de vista.

Es precisamente porque cada uno de estos grupos de Globalistas Provincianos tiene una voz, más allá de su propio conocimiento, y en ciertos casos hasta cierto atractivo o popularidad, que Juan Pablo ha dedicado tiempo a analizar, con sus colaboradores íntimos, a cada uno de ellos, calculando él impacto que probablemente tenga cada uno sobre el orden práctico de la nueva visión que alcance el mundo sobre sí mismo, y evaluando el futuro de cada uno.

El primer grupo de Globalistas Provincianos está solo. Su salón de operaciones alberga exclusivamente a aquellos que el Papa describe como los Angelistas.

Ese nombre es preciso como descripción. Porque los mapas y las maquetas de acción en este imaginario puesto de operaciones muestra que el centro del mundo son esas tierras que son la morada de los ángeles de Alá, tierras iluminadas con la celestial luz de la fe del profeta Mahoma, y de la ley sagrada de Alá, la Sharia.

Los líderes que frecuentan esta sala de operaciones pueden diferir en el grado de moderación o de extremismo con que están preparados a perseguir su visión y su propósito globalista. El líder de Nigeria, Ibraham Dasuki, sultán de Sokoto y *Sarkin Mus/imi,* Comendador de los Creyentes, por ejemplo, es más moderado que la irredentista Hermandad Musulmana de Egipto o su gemelo de Sudán, el Frente Islámico, Diferente de cualquiera de ellos era el finado Ayatollah Ruhollah (Aliento de Alá) Jomeini de Irán.

Lo que los une a ellos con todo el Islam, sin embargo, es la misma luz de la fe y de la ley que brilla sobre todas las poblaciones islámicas del mundo. Un total de algo más de setecientos millones de almas, incluyendo a aquellas que viven en las naciones que se extienden desde Marruecos, sobre las costas norafricanas del Océano Atlántico, hasta Indonesia, en el Mar de Java. El nombre musulmán para África del Norte, de hecho, es indicativo de la mentalidad angelista: Desde Marrakesh hasta El Cairo, toda la región geográfica es llamada la Isla [de fe] en el Occidente [infiel].*

Fuera de los límites geográficos de la región en que brilla la luz de Alá y de su Profeta, todas las tierras y los pueblos están representados en el mapa angelista en la espantosa oscuridad de la infidelidad. Se considera que todos están en una odiosa alianza con el Gran Satán, una identidad actualmente compartida en proporciones desiguales por Estados Unidos y la Unión Soviética.

El impacto de esta mentalidad en el actual mundo de mentalidad globalista ha quedado demostrado con diferentes efectos en diferentes naciones. Para otros globalistas preocupados por el flujo y reflujo de las alianzas entre naciones, no es lo menos importante que la mentalidad angelista (exaltada como está por su fe vibrante, que es canalizada por líderes hábiles hacia el campo militar y el político) hace que sea muy difícil, si no temporalmente imposible, ver a Israel como parte integral de la estructura económica y política de la sociedad de naciones del Medio Oriente. Esta contienda árabe-israelí, como se la llama, es un permanente factor perturbador entre todas las naciones, por el momento. Desde el lado angelista, claramente no hay compromiso geopolítico posible entre Israel, tal como es hoy, y las fuerzas islámicas desplegadas contra él. Desde 1948, la experiencia h3 demostrado que ninguna potencia puede darse el lujo de tomar una postura neutral en esta contienda. Por lo tanto, el fruto directo del angelismo es la disensión, muy aparte de las pérdidas humanas en las sucesivas guerras árabe-israelíes y a través de los estragos del terrorismo.

Al calcular el futuro del Islam, el papa Juan Pablo toma en cuenta que, como fe genuinamente religiosa, conserva ciertas verdades fundamentales que el Espíritu Santo revela a todas las personas de buena voluntad, y que, en la providencia de Dios, el Islam puede ser un umbral a partir del cual sus adherentes pueden estar preparados para aceptar la única revelación histórica hecha por Dios en este mundo. Llegará un día, cree Juan Pablo, en que el corazón del Islam -ya en armonía con las figuras de Cristo y de la madre de Cristo, María- recibirá la iluminación que necesita. Mientras tanto, el Pontífice sabe que el Islam se mantendrá contra él y su Iglesia y su visión geopolítica.

*** El nombre árabe de la región es exclusivamente *Magreb,* que quiere decir occidente. Quizá la afirmación del autor provenga de que Argel (al-yazá'ir, en árabe) quiere decir "las islas", refiriéndose a los islotes que están frente a la ciudad, cuyo nombre se extendió al país (Argelia), pero sin ninguna connotación religiosa, sino puramente geográfica.**

Empero, el Papa no puede prever ninguna posibilidad de que la mentalidad angelista, tan gráficamente clara en su primer salón de operaciones globalista, vaya a servir como el material práctico a partir del cual el mundo sea capaz de modelar su futuro.

En el segundo salón de operaciones de los Globalistas Provincianos, un conjunto de mapas y de maquetas de acción es compartido por varios grupos de cristianos (las sectas adventistas, bautistas y evangélicas) y no-cristianos (cristianos científicos, testigos de Jehová, mormones, unitarios), quienes tienen uña meñf~ tan excluyenté como sus contráp-artes musulmanes, pero sin las ambiciones expresamente políticas ni el extremismo revolucionario.

Algunos de los colaboradores de Juan Pablo llaman minimalistas a estos grupos, porque esperan constituir un mínimo de la población mundial hasta algún día desconocido (todavía) -el "último Día"- de la historia terrenal de la humanidad.

Minimalista es un término adecuado para describir a estos grupos en lo que concierne a sus integrantes; excepto para las sectas bautista y evangelista, en las que los números se ubican confiadamente alrededor de los 50 a 70 millones en todo el mundo, ninguno de los demás excede los siete millones, perteneciendo el número más pequeño a los testigos de Jehová (alrededor del medio millón). Y el término Minimalista resume adecuadamente la esencia de la perspectiva globalista que han desarrollado. Deliberadamente restrictivos erl su idea de cómo le irá a la vasta mayoría de la humanidad en el largo plazo y al final, ellos esperan que su perspectiva religiosa, compartida ahora por un mínimo de seres humanos, se convertirá en la norma absoluta para todos aquellos (un número restringido) a los que les irá bien y alcanzarán la felicidad eterna.

Como ninguna de ellas es una "iglesia de los pobres", localizadas como están en las clases económicamente media-alta y alta de la sociedad, su influencia puede ser desproporcionadamente mayor de lo que garantizaría su tamaño numérico. La mayoría de los grupos se dedica oficialmente a una labor misional muy activa y con muchos recursos, en lo que compiten con los intentos misioneros católicos romanos. Cada uno de ellos tiene una oposición profundamente arraigada, que equivale a una enemistad fomentada, contra todo lo que representa Juan Pablo como eclesiástico y como geopolítico.

En su muy evidente globalismo uno no puede detectar ni siquiera las líneas básicas de un pensamiento geopolítico. Poniendo sus principales esperanzas de la victoria en la llegada de algún particular "día del Señor", y carentes de toda experiencia viva- de la acción geopolítica, son globalistas en su perspectiva pero no entran a la contienda georreligiosa. Su interés por Juan Pablo radica en el elemento de oposición a éJ que ellos presentan. Esa

oposición es obvia entre los Minimalistas no cristianos, especialmente si, como los mormones y los cristianos científicos, ánefdógma c~ntrai del cristianismo dé Jüáñ Pablo: es decir, la divinidad de Jesús. Entre los Minimalistas cristianos, la oposición es virulenta y tiene una larga historia.-,4--- pesar de las mutuas diferencias, por ejeTRlQÑilf,Lq_laLIc~Jeesia cristiana adventesta, fa ~Les á dé Dr... y los adventistas del séptimo día, están todas unidas en la oposición a Roma como a amera oíáá`eT–

Dadas sus perspectivas sobre el mundo separadas y separatistas, en el mejor de los casos estos grupos son, en un sentido, aliados inseguros. Pero hay buenas razones para que Juan Pablo los coloque en un centro de comando.

En primer lugar, sus orígenes los unen en un particular punto de vista relativo al papa Juan Pablo. Todos surgieron dentro del contexto de la rebelión contra la autoridad y el privilegiado poder de enseñanza de la Iglesia romana. En diferentes momentos y lugares, cada grupo Minimalista abandonó la andrajosa pero siempre en avance caravana georreligiosa de la Iglesia papal. Cada grupo permanece en el lugar en donde desembarcó. Y cada uno mantiene sus profundas objeciones a la autoridad, ahora encarnada en el pontificado y en la persona de Juan Pablo II.

Otro rasgo importante y práctico que comparten los Minimalistas es que todos los grupos brotaron dentro de las democracias occidentales, y la vasta mayoría de ellos son productos locales de Estados Unidos. Se han fo(mado en el vientre mismo de los principios democráticos occidentales sobre los derechos del hombre y la dignidad del individuo. Y con pocas excepciones, aceptan la moderna interpretación norteamericana del "muro" que separa a la Iglesia y al Estado.

La dificultad para Juan Pablo (y sin duda para los propios grupos Minimalistas) es que los principios democráticos a los que se han ligado están por sumergir a los sistemas de ideas subyacentes por medio de los cuales ellos se identifican y sobre cuya base desean interactuar con el resto del mundo. A sus ojos, su consideración y respeto por los principios democráticos les imponen la obligación -tanto la obligación religiosa como la civil y la política- de defender el derecho de toda persona a estar equivocada. Cada persona debe tener el derecho no sólo de creer en el Infierno de los Condenados y el Paraíso de los Salvados. Cada persona debe, literalmente, recibir la seguridad de que tiene derecho a elegir entre el Infierno o el Cielo. Esa obligación, llevada al extremo, no sólo aparta a los Minimalistas de Juan Pablo, los pone en contra de él, además.

Los aparta del Santo Padre, porque los principios democráticos no pueden tener precedencia sobre la revelación divina. Nadie puede ser forzado a creer en el Cielo o en el Infierno, ni a elegir uno por encima del otro. Sin embargo, para Juan Pablo es axiomático que nadie tiene el derecho -democrático o de otro tipo- al mal moral, y ninguna religión basada en la

revelación divina tiene el derecho moral a enseñar ese mal moral ni a guiarse por él. En un mundo que ha llegado a verse a sí mismo en la perspectiva del "derecho a estar equivocado", común a los Minimalistas, no se puede hacer a un lado el reclamo de cada uno de estos grupos a ser escuchado sobre la misma base que todos los demás.

Como los Angelistas, en la perspectiva de Juan Pablo todos los grupos Minimalistas contienen algunas partes de la revelación total hecha por Dios a su Iglesia, que él colocó bajo el cuidado de Pedro' En el Día de la Recompensa y el Castigo que espera cada uno de estos grupos, cualesquier elementos de religión verdadera que cada uno mantenga se integrará, seguramente, en una profesión de la completa fe de Cristo

Entretanto, sin embargo, para el papa Juan Pablo es evidente que, como colección de grupos que se han amontonado en la arena del juego final del milenio, la importancia de los Minimalistas es que ellos convierten al mundo en un lugar más agradable para los grupos que profesan los mismos principios democráticos, pero que están totalmente desprovistos y desdeñan cualquier elemento religioso abrazado por los Minimalistas, y que son mucho más ambiciosos que los Minimalistas para establecer una agenda globalista práctica mucho antes de que llegue el "último Día".

En el tercer salón de operaciones de los Globalistas Provincianos, Juan Pablo observa los mapas y los modelos de acción hendidos por la perspectiva de dos grupos cuyo patetismo él no puede negar, pero cuyo desamparo ni él ni ningún mortal puede aliviar. Porque ambos grupos están atrapados en grietas históricas en las que no hay retroceso, ni avance, ni escapatoria.

El mapa del mundo que examina Juan Pablo en este centro, ha sido modelado para adaptarse a la mentalidad cristiana ortodoxa oriental que todavía se conserva entre minorías griegas, rusas y otras minorías cristianas que se extienden a través del Medio Oriente. Es un mapa que los cristianos ortodoxos comparten de buena gana con los diminutos remanentes de la una vez vibrante comunidad católica anglicana.

Para Juan Pablo, el patetismo de su posición se acentúa por el hecho de que estos grupos son herederos de una antigua tradición que hoy no les sirve para nada. Dentro de esa tradición, ellos tienen el instinto de lo georreligioso y, por lo tanto, de lo geopolítico. Pero el paso del tiempo y el desarrollo de las circunstancias los excluye de esa posición georreligiosa y geopolítica que ellos sienten en sus huesos como parte de su herencia, parte de su mandato y parte de su razón para existir como grupos religiosos.

Porque ellos treparon a sus posiciones al romper con el papado romano, abandonando así su única esperanza realista de status georreligioso, Juan Pablo los observa con una especial solicitud. Pero sabe que, tal como están, su futuro se encuentra a lo largo de dos caminos. O permanecerán colocados en relativo aislamiento en sus grietas históricas, aferrándose a

sus tradiciones. O, como algunos de ellos ya han mostrado inclinación a hacerlo, decidirán aceptar alguna forma de fusión con las diferentes mareas que avanzan sobre sus posiciones. Más allá de eso, cualquier alivio final y satisfactorio de su situación patética debe esperar los acontecimientos históricos del futuro cercano, de magnitud mundial.

Mientras tanto, a causa de su pasado, ejercen una cierta influencia política de naturaleza local, con la que debe contar Juan Pablo. La Iglesia ortodoxa rusa, centrada en el patriarcado de Moscú, no sólo ejerce considerable influencia sobre algo más de cien millones de miembros, también se convierte en la sirvienta consentidora, aunque de mala gana, del Estado-Partido soviético. Sus funcionarios más importantes aceptaron puestos en la KGB. Sus autoridades consintieron la masacre de miles de clérigos católicos romanos, y aceptaron -como despojos de guerra- muchas iglesias e instituciones católicas romanas. Por cierto, hoy, por lo menos una facción firme en la Iglesia patriarcal es virulentamente antipapal. A través de las restantes ramas de la ortodoxia oriental, persiste un prejuicio antipapal y antirromano profundamente enterrado; se siente que cualquier engrandecimiento del papado sólo puede llegar a costa de la dignidad y privilegio ortodoxo.

En cuanto a la ortodoxia griega, centrada históricamente en Constantinopla, siempre reclamó que esta ciudad (ahora el Estambul de los turcos) era la Segunda Roma, remplazando a la Primera Roma (de los papas); y la ortodoxia rusa, en muy distantes días de preeminencia, reclamaba que Moscú era la Tercera (y Definitiva) Roma, remplazando a esa Segunda Roma y a esa Primera Roma. La historia no ha sido amable con ninguna de estas ilusiones de grandeza religiosa. Sin embargo, en ambos centros y patriarcados, todavía reinan esas pretensiones y son las bases de la oposición y de la enemistad que Juan Pablo tiene que recibir de ellos. Por supuesto, georreligiosamente, no son competidores para él. Pero globalmente, se le oponen.

El cuarto salón de operaciones de los Globalistas Provincianos tiene la especial fascinación de las cosas primitivas. Porque aquí se expone una interpretación del mapa mundial adecuada, hasta donde es posible, a la mente y la perspectiva de cuatro religiones no-cristianas, antiguas pero todavía subsistentes: el animismo, el shintoísmo, el hinduismo y el budismo. Cada uno de estos grupos reclamaría que posee una perspectiva religiosa que podría ser georreligiosa y que es, por lo tanto, potencialmente geopolítica. En opinión de Juan Pablo, tienen explicaciones del cosmos del mundo que serían georreligiosas si las naciones del mundo hubieran dejado de desarrollarse hace unos tres mil años. Eso no sucedió, sin embargo. Y en el mundo de hoy, los cuatro grupos están acorralados y amenazados por las invasoras mareas del modernismo.

Pero aún así Juan Pablo tiene que contarlos como una reunión muy

importante de globalistas por la simple razón de su número. Entre el subcontinente de la India, una gran proporción de chinos y una mayoría de asiáticos del Sudeste, hay una cantidad entre 1,500 y 2,000 millones de seres humanos involucrados aquí. Precisamente entre esta vasta población, las ruedas del desarrollo han comenzado a girar más y más rápido, produciendo a los nuevos "Tigres Asiáticos" (Corea, Taiwan, Malasia, Thailandia), y prometiendo acelerar ese desarrollo tecnotrónico en otras partes a través del continente asiático. El papa Wojtyla puede estar seguro de que con ese desarrollo habrá un nuevo desarrollo del globalismo, siempre por lo menos teñido, si no profundamente coloreado, por la perspectiva religiosa y ética original de esos pueblos. Cuando llegue el momento en que una perspectiva geopolítica entre a su ángulo de visión, él puede prever la oposición de ellos a su propia empresa geopolítica papal.

Ya, en el Occidente religiosamente hastiado y éticamente confundido, se ha filtrado una nueva corriente de religiosidad -creencia y culto- del budismo, y en menor grado del hinduismo y del animismo, que produce mentes diametralmente opuestas al cristianismo que profesa Juan Pablo y sobre el cual está basada su geopolítica.

Todos los materiales de planeación que se ofrecen a la vista del Pontífice en la quinta sala de operaciones reflejan verdadera lucha, profundas contradicciones entre los grupos globalistas reunidos aquí y entre cada uno de estos grupos y el ancho mundo con el que están en constante e intensa interacción.

Por una o más de varias razones, cada uno de estos grupos mantiene un "apartamiento" del resto del mundo, sin hacerse a un lado de él. Cada uno quiere ser parte de éste, porque cada uno debe tener una influencia globalista para alcanzar sus propias metas. La anomalía, por supuesto, es que el "apartamiento" es el lazo que pone en una misma clasificación a estos grupos en el análisis global que hace el Pontífice de cada uno de ellos.

El "apartamiento" aquí involucrado puede tomar formas variadas, dependiendo de la mentalidad de cada grupo. Pero con la mayor frecuencia se basa sobre un grupo de tradición establecido, generalmente religioso, ético o cultural, pero la mayoría de las veces necesariamente atravesado por dimensiones económicas y políticas.

Mientras que el extremismo de tal "apartamiento" ha resultado en el sistema del apartheíd de la república de Sudáfrica, fundamentalmente el mismo sentido de "apartamiento" es compartido por muchas naciones blancas vis á-vis las naciones no blancas, por muchas naciones negras de África y muchas naciones amarillas vis-á-vis aquellos que difieren étnicamente de ellas. Se encuentra un apartamiento similar, pero marcado por una antigua tradición cultural, en el pueblo del subcontinente indio y de Japón. Un tipo idéntico de "apartamiento", fortalecido por poderosos factores culturales,

dio nacimiento a la distinción que hacían los antiguos griegos entre ellos mismos y todos los no-griegos, a los que llamaban "bárbaros"."

Así como el nombre tradicional de China, el Imperio Medio, indicaba cómo sus habitantes creían en la centralidad de ese país en el mundo, y en su "apartamiento" como el centro del mundo, del mismo modo cada grupo que conocemos y que ha tenido este sentido de especial "apartamiento" del resto de la sociedad humana tiene su propia forma de mirar al mapa de países y naciones.

Cualquiera sea la forma que el "apartamiento" pueda tomar en cualquier grupo individual y cualquiera sea su base, es considerada por cada grupo que está en este salón de operaciones como un hecho básico y dado de su identidad. Está alojado profundamente en las vidas, perspectivas y costumbres de sus participantes.

El "apartamiento" de estos grupos no necesariamente impulsa a todos ellos a buscar una integridad territorial para sí mismos. Pero siempre hay un cierto límite para la asimilación que aceptarán. Y los asuntos en desarrollo de la sociedad humana son juzgados como favorables o desfavorables de acuerdo al impacto que tengan sobre el delicado equilibrio que cada grupo mantiene entre el "apartamiento", que ve como esencial para su identidad, y la interacción con el mundo, esencial para su vibración y su éxito práctico.

Los grupos sobresalientes que se ubican en este quinto salón de operaciones, los japoneses, los chinos y los judíos, exhiben la marca fundamental de ese genuino apartamiento que los señala como Globalistas Provincianos. Ésta es la ausencia en ellos de todo elemento formal que los impulsaría a "convertir" al mundo a su propia forma de vida. En realidad, es generalmente sabido y aceptado que hay una señal en los tres que indica que no desean hacerlo así, por cierto, que lo consideran imposible. Ningún no-japonés o no-chino puede convertirse realmente en japonés o chino, ni siquiera hasta el punto en que hombres y mujeres de diferentes naciones -incluyendo chinos y japoneses- se han convertido, digamos, en norteamericanos o franceses por entero. En el judaísmo es axiomático que, mientras que cualquiera puede y se le permite convertirse al judaísmo, la judeidad está restringida a aquellos nacidos de una madre judía.

En otras palabras, sea lo que fuere lo que les suceda a sus miembros, tomados separadamente, que pueden ser absorbidos por sociedades no-japonesas, no-chinas o no-judías, para el grueso de las poblaciones que viven en China, Japón e Israel, la asimilación (la pérdida de ese apartamiento) está positivamente excluida. Los problemas especiales que enfrentan estos Globalistas Provincianos están mejor ejemplificados en el caso de los judíos.

Los judíos atribuirán preeminencia a la Tierra de Israel, aun cuando no

Para ¡os griegos, "bárbaro" sób significaba "extranjero".

tengan ninguna intención de vivir allí, y a las Américas, donde hoy vive casi la mitad de la población judía del mundo (quince millones). Esta timidez y apartamiento de los judíos ha sido vaciada en hormigón armado por el intento hitleriano, que jamás se olvidará, del genocidio total. Porque, como señalaba Bruno Bettelheim, ese Holocausto y el nacimiento de Israel han liquidádo para siempre la vieja mentalidad de *ghetto* de los judíos. Los judíos ya no buscarán ese tipo de segregación que una vez buscaron cuando solicitaban a las autoridades cristianas que dejaran aparte una pequeña porción (un *borghetto)* de la ciudad *(borgo)* para su uso exclusivo." Pero de ninguna manera debe tomarse este abandono de la mentalidad de *ghetto* como un deseo de asimilación. "No-segregación sin asimilación es la nueva regla".

Para Juan Pablo, estos tres grupos del "apartamiento" son muy importantes porque los tres han tenido, y tendrán, papeles importantes que jugar en la construcción de la estructura geopolítica del nuevo orden mundial. Y cada grupo presenta diferentes problemas y encontré:; á diferentes dificultades. Porque, en un sentido profundo, sus fuerzas !re derivan en gran parte de su apartamiento. Pero una vez que su globalismo comience a enfrentar la transición a un punto de vista geopolítico, I-• primera víctima será ese apartamiento.

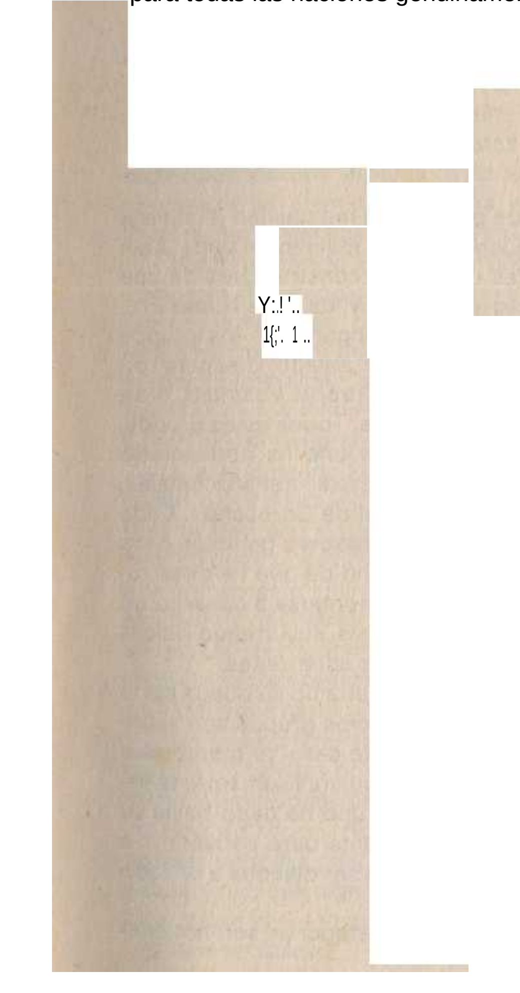
Los Globalistas Provincianos de nuestra época están destinados a padecer una serie de serios choques y mutaciones a medida que, de buena o mala gana, se adaptan al nuevo globalismo que emana de grupos más poderosos. No hay forma de que cualquiera de ellos sea capaz de mantenerse con vigor y con fuerza progresista a menos que permita -o sufra- que su provincialismo se amplíe más allá de los confines que observó tradicionalmente. Sus integrantes, individualmente, durante un tiempo se podrán mantener dentro de esos confines. Pero, inevitablemente, como grupos, tendrán que enfrentar alternativas horribles. O se convertirán en globalizados, en forma completa y realista, y por lo tanto capaces de colaborar en la construcción de una estructura geopolítica. O, como grupos, permanecerán en su lugar, disminuidos en número de integrantes y en influencia, y perdiendo finalmente su identidad como partes operativas en un nuevo orden mundial.

Juan Pablo, en sus viajes papales, ha participado constantemente en

A comienzos de la Edad Media, la segregación era voluntaria. Los primeros ghettos obligatorio se crearon en la Europa cristiana a fines del Siglo XIII (Nápoles, 1215). El último ghetto fue abolido e~ Roma en 1870. Durante la Segunda Guerra Mundial, los nazis crearon ghettos en diferentes ciudades.

También se atribuye el origen de la denominación a gesto (fundici6n), nombre del bario de Venecia en el que fueron segregados los judíos a partir de 1517.

diálogos con representantes de estos grupos. En muchos casos, por medio del brazo diplomático de su Vaticano, mantiene una relación con ellos, por lo menos, cierta cordialidad, a veces hasta una colaboración mutua relacionada con algún problema práctico o una necesidad. Él ve su individualidad como un valioso activo en un mundo que tiende a organizar a los seres humanos en una masa sin rostro de pueblos indiferenciados. Y sabe que lo que tienen estos Globalistas Provincianos de mejor -su sentido de la dignidad y de misión- puede sublimarse por la gracia de Cristo y así convertirse en un potente elemento en la construcción de una estructura para todas las naciones genuinamente bendecidas por Dios.



16

Los globalistas a cuestas

Dentro de la segunda amplia categoría de grupos con mentalidad globalista que compiten por la supremacía en el juego final del milenio, el papa Juan Pablo cuenta sólo tres participantes, tres grupos de constructores de una sola comunidad: los Humanistas, los Megarreligiosos y los de la Nueva Era.

A diferencia de los Globalistas Provincianos, ninguno de los grupos involucrados aquí tiene ninguna idea de permanecer aislado, o esperando que la montaña de la opinión pública se mueva por propia voluntad, o de quedar atrapado en alguna grieta aislada de la historia. Todos estos grupos, en resumen, son activistas globales. Más aún, cada uno ha demostrado desde el inicio que aprecia la importancia de las estructuras transnacionales, como la Iglesia mundial del Papa y la máquina global de Gorbachov. Cada uno tiene una estructura propia, de hecho. Pero el verdadero genio de cada grupo, operacionalmente hablando, reside en el hecho de que ha desarrollado, hasta convertirla en un arte, la habilidad para montarse a caballito de los planes estructurales de la organización de los demás, susurrando dulces universalismos al oído de sus líderes, así como de sus adherentes.

Es bien sabido que cada uno de estos grupos ha atraído su buena parte de visionarios estrafalarios: tanto es así, que los propios grupos son satirizados con frecuencia. Pero la verdad es que en cada caso su membresía lleva el peso de los nombres de muchos hombres y mujeres sumamente estimados. Y hasta un vistazo a los pasos que cada grupo ha dado hacia su propia visión de una comunidad mundial, es suficiente para convencer a cualquier observador que, como un todo, no pueden ser dejados a un lado como si no tuvieran importancia.

Los grupos globalistas que están en estas tres categorías son notable-

mente compatibles ente sí. Por cierto, la compatibilidad es un santo y seña básica para todos ellos, y descansa fundamentalmente en dos cosas.

Primero, aunque sus ideas sobre el mundo difieren en algo, están de acuerdo en ciertos temas fundamentales, muy especialmente en aquellos que tienen que ver con lo deseable que es una comunidad global. Segundo, tanto en sus ideas como en sus estrategias para actuar en relación con el mundo, todos estos grupos son notablemente apropiados para las metas, ya aceptadas generalmente, de interdependencia y desarrollo material entre todas las naciones y culturas.

Las similitudes entre estos tres grupos son tan notables, en realidad, que Juan Pablo los ve, en el largo plazo de la evolución histórica, como nada más y nada menos que tres programas entrelazados, formados dentro del mismo plano y encerrados en él. La razón y la imaginación lo lleva a uno a concluir que el plano emanó de una inteligencia.

Las ideas de cada uno de estos grupos globalistas tienen en común la convicción de que el hombre es aún más importante que la figura más importante del cosmos. Para ellos, el hombre es la única figura importante. Cada grupo reivindica lo exclusivamente humano.

Hasta un grado u otro, y a pesar de diferentes matices, cada grupo comparte la opinión de que la humanidad no está llamada a ser santa; está llamada a ser feliz, con la certidumbre de que toda la gloria de la vida está aquí mismo y ahora mismo. La felicidad reside dentro del ámbito del desarrollo material. Cada uno de nosotros está llamado a ser un feliz consumidor de los bienes de la tierra, viviendo en un mundo de abundancia. Ése es nuestro supremo derecho y nuestro único destino común.

Esa exclusividad de la importancia del hombre material en un mundo definido por su abundancia material, está dirigida hasta contra la noción de Dios tal como lo veneran los cristianos, los judíos y los musulmanes. Está dirigida contra cualquier noción de divinidad que no hace de Dios una parte integral de este cosmos exclusivamente humano. No necesariamente se excluyen a los seres llamados indefinidamente espíritus, o demonios, o devas. De hecho, son esenciales para los de la Nueva Era. Pero como ellos también son concebidos como partes constituyentes del universo del hombre, son tolerados hasta por los Humanistas.

En cuanto a la estrategia para la acción por medio de la cual estos grupos globalistas ponen en juego, seriamente, sus ideas del mundo en la arena internacional, cada uno de ellos ha dado con una variante del mismo modelo de acción. No buscan librarse de las coloridas y pequeñas diversidades entre las religiones o culturas del mundo. Eso sólo sería contraproducente, porque significaría desmantelar las estructuras sobre cuyos hombros ellos van montados. Y en todo caso, algunos rasgos individuales resultan ser útiles.

Sin embargo, no es demasiado pedir, en el dulce nombre de la razón universal, que todos los grupos nacionales, religiosos y culturales modi-

fiquen sus características de modo que todos -todas las naciones, todas las religiones y todas las culturas- puedan acomodarse como una división o subdivisión de la futura comunidad mundial única, que es al mismo tiempo la meta y la justificación de cada uno de estos tres grupos.

Para constructores globalistas de la comunidad como éstos, no tiene propósito terrenal perpetuar cada elemento que ha dividido históricamente a la sociedad humana en partes diferentes, separadas y a veces en guerra, o que podría hacerlo en el futuro. Han elegido la tarea de apresurar el día cuando todos se convertirán en uno solo, en una comunidad mundial materialmente cómoda, que ahora está en construcción, y la de ayudarnos a todos nosotros enseñándonos cómo convertirnos en miembros de esa comunidad mundial de satisfacción.

Los mapas, 'os rr:gdelo° -ción y los documentos que Juan Pablo exa *mo-* *-:r; el* primero de e ,res salones de operación, pertenecen a los Humanistas. Todo lo que aquí ve convence al Pontífice cuán lejana se ha vuelto, en un tiem-. r-?lativaniente corto, la tranquila, incruenta, total y humanamen•^ agradable revolución de los Humanistas. Una mirada a uno solo de los mapas le muestra, por ejemplo, que hoy florecen sesenta organizaciones humanistas en veintitrés países.

La 'va inaugural del ambicioso asalto del mundo por parte de este grupo se escuchó en 1933, con la publicación del Manifiesto Humanista I. Recibiendo gran popularidad y credibilidad del filósofo norteamericano de la educación, John Dewey, y de otras lumbreras que firmaban el documento, el MH-I planteaba la propuesta humanista básica: la perfección humana se alcanzará a través de los esfuerzos humanos en este cosmos. Desde cualquier punto de vista, el MH-I era un toque de clarín para trabajar por un resultado que era nada menos que una revolución real. Sin embargo, fue el Manifiesto Humanista II el que se convirtió en noticia. Y con buenas razones. Escrito por Paul Kurtz, profesor de filosofía de la Universidad de Buffalo, y publicado en 1973, el MH-II fue presentado como una mera actualización del MH-1. Pero era tanto más explícito que merece un lugar especial entre los modelos de acción en el puesto de comando humanista.

El MH-II establecía claramente la meta de los Humanistas en relación con todas las instituciones, y con especial énfasis en la religión. Kurtz decía que los Humanistas no debían buscar la liquidación, sino "la transformación, el control y la dirección de todas las asociaciones e instituciones... [Éste] es el propósito y el programa del Humanismo. Por cierto, las instituciones religiosas, sus formas rituales y sus métodos eclesiásticos deben ser reconstituidos tan rápidamente como lo permita la experiencia".

En todos sus esfuerzos en pos de esa "transformación, control y dirección de todas las asociaciones e instituciones", Kurtz aconsejaba a los Humanistas que defendieran "un orden económico socializado y coopera-

tivo, una ética autónoma y situacional.. . muchas variedades de exploración sexual... y el desarrollo de un sistema de la ley y del orden mundial que esté basado en un Gobierno Federal transnacional".

El MH-I y el MH-II no solamente justificaban las tácticas del caballito, eran positivamente impuestas y sobre una base tan global como fuera posible. En todas partes los humanistas promovieron su revolución, como todavía lo hacen, a través de las arterias vitales de la educación pública, de la administración federal, estatal y municipal, de la publicidad y entretenimiento, de las iglesias, asociaciones culturales y políticas, colegios y universidades. Nada podía quedar exceptuado.

En general, los Humanistas siempre han sido adeptos a hacer su revolución tan agradable de escuchar, y tan humanamente atrayente como sea posible, para la mayoría de sus blancos. Pero cuando se trata del cristianismo, se quitan los guantes. El papa Juan Pablo leyó y releyó las palabras de un entusiasta autor, publicadas en el número de enero-febrero de 1983 de *Humanist Magazine:* "El salón de clase debe ser, y se convertirá en el área de combate entre... el cadáver en descomposición del cristianismo. . . y la nueva fe del humanismo".

Juan Pablo no hace a un lado con ligereza tales ataques humanistas. Tiene una verdadera causa de preocupación en que los humanistas representen una amenaza a su Iglesia. De hecho, sabe que el humanismo ha ganado conversos aun entre sus funcionarios de la Iglesia más altos.

En 1986, por ejemplo, delegados del Vaticano viajaron a París, sin el consentimiento del Papa, para asistir al Congreso Mundial de Humanistas. Allí se sumaron a la mescolanza general de representantes de los países de Europa Oriental, dominados por los soviéticos, Europa Occidental y de América. Porque todos estaban enredados en la machaconería anticatólica del humanismo. Por lo menos, su ejemplo causó confusión entre los fieles.

En septiembre de 1988, nuevamente sin la bendición papal y sin decir con permiso, los cardenales católico-romanos Poupard, de París, y Daneels, de Bélgica, encabezaron una delegación de ocho teólogos católicos de Francia, Canadá, Yugoslavia, la India y Noruega, que participó con un grupo internacional de profesionales humanistas en una conferencia que tuvo lugar en Amsterdam. Entre esos humanistas profesionales estaban el propio doctor Paul Kurtz y el virulentamente antipapal Robert Tielman, de la Universidad de Utrecht.

Para Juan Pablo, no cabe duda de que Sus Eminencias y los teólogos católicos que los acompañaban habían leído y comprendido el MH-II. E, informados como están, parecería virtualmente imposible que no estuvieran conscientes de una empresa reciente y muy pública, emprendida por Tielman. Había hecho un viaje especial a San Francisco durante la visita que hizo allí el papa Juan Pablo, precisamente un año antes, en septiembre de 1987, para organizar, coordinar y agudizar las manifestaciones homosexuales contra la persona papal del Santo Padrea

La mayoría de los católicos no perdonarán fácilmente esas manifestaciones, a causa de la abierta blasfemia cometida contra la Eucaristía en las calles de San Francisco. Sin embargo, ni los cardenales ni alguno de los teólogos presentes en la reunión de Amsterdam parecían indebidamente preocupados por la actitud de Tielman o por sus acciones. De hecho, el chiste hecho a sus costillas, y repetido en susurros entre los delegados, ¡era que los humanistas estaban sentados a ambos lados de la mesa de conferencia de Holanda!

Parecería que 1988 fue un año abundante para la cosecha humanista. Porque también en ese año, lograron organizar en Estados Unidos la Iglesia del Buen Humanista. Y consiguieron atraer representantes del *stablishment* de la Iglesia católica norteamericana y de varias iglesias protestantes importantes para que fueran miembros. Un proyecto importante en el que seguramente participarán es el lanzamiento que se planea de la Red de Satélite Visión Interfe (VISN), que transmitirá aún más efectivamente el mensaje del MH-II por las ondas aéreas norteamericanas.

No es de sorprender que la evaluación que hace el papa Juan Pablo del efecto del ataque humanista al mundo, desde su posición en la arena globalista, sea seria. Ve la revolución de los Humanistas, que ha tenido éxito aún más allá de sus expectativas más optimistas, como la revolución del tipo más cruel y radical imaginable. Porque no sólo ha despojado a la educación pública y los estudios universitarios de cualquier contenido religioso positivo. Como escribió en 1989 el editor y comentarista italiano Alver Metalli, ha afectado "ese punto de la conciencia humana, inviolado hasta ahora, donde se forman los deseos, las aspiraciones y los planes de vida de uno".

Juan Pablo no necesita mirar ninguno de los modelos de acción que puedan estar a la vista en el salón de operaciones Humanista, para ver hacia el futuro que nos preparan a todos nosotros. Porque ese futuro ya está encima de muchos de nosotros. Aunque su proceso avanza a diferentes velocidades en diferentes regiones del mundo, el ideal humanista del consumidor feliz entra al hogar y a la vida personal de cada individuo.

Las culturas siguen siendo diversas, y las religiones del mundo siguen siendo distintas. Pero esa diversidad es de importancia secundaria. De acuerdo con el principio humanista, de hecho, la única diferencia verdadera entre las diversas culturas y religiones es meramente cronológica. Cada una de ellas, simplemente, se desarrolló y floreció en momentos diferentes de la historia. Cada una representa nada más que un paso diferente a lo largo de nuestro camino común hacia la felicidad y satisfacción materiales. Ya sea que usted esté hablando de naciones o de religiones -de América 0 Europa o Asia, o sobre el cristianismo, el judaísmo, el islam o el budismo-, es un hecho de la visión que tienen los Humanistas de la vida, que simplemente cada una necesita sincronizarse con las demás. Una vez que todas levanten velocidad, como se dice vulgarmente, quedará claro para todas que no hay nada por qué pelearse.

Leales a la fórmula humanista del progreso, poco a poco hombres y mujeres de toda cultura y fe están ahora marcados, en forma creciente, por las mismas características en todas las áreas de sus vidas. Ya sea en Nueva York o Bangkok, Varsovia, Palermo o Buenos Aires, Addis Abeba o Nairobi, todos tienen las mismas aspiraciones humanísticas. En todas partes, las instituciones y actividades vitales -sexualidad, matrimonio, planeación familiar, práctica y preferencia religiosa, rituales pCblicos, educación pública y privada- cambian y toman otro color continuamente, de acuerdo con los principios humanistas de la sincronización. Y en todas partes, tanto la cultura como la religión se inclinan ante la diosa del consumismo feliz, haciendo una reverencia a su promesa de la distribución equitativa, entre todos, de los artículos de lujo y de los artículos de consumo.

Tan resueltos y efectivos como son, los Humanistas palidecen en todos los aspectos por comparación con sus contrapartidas mayores, los Megarreligiosos. Tomemos el puro número de grupos involucrados, por ejemplo. Donde los Humanistas tienen unos respetables sesenta grupos, más o menos, alrededor del mundo, los Megarreligiosos tienen unos quinientos.

O tomemos su habilidad para montar a caballito sobre la organización estructural de gobiernos, religiones y asociaciones que ya se encuentran alrededor del mundo. Donde los Humanistas deben buscar el control y la dirección de tales instituciones en la mejor forma en que puedan, con mucha frecuencia se espera que los Megarreligiosos controlen y dirijan esas instituciones como cosa natural.

O tomemos el tipo de aceptación que cada grupo puede provocar sobre la base de los nombres que puede reunir a su alrededor. Las listas que desean los Humanistas son las verdaderas listas de los miembros Megarreligiosos, algunos de los más distinguidos, ampliamente conocidos y acaudalados hombres y mujeres de los últimos sesenta años, personas cuyos nombres son frecuentemente palabras de uso común alrededor del mundo.

En un solo grupo megarreligioso (el Templo de la Comprensión, con centro en Estados Unidos y llamado con más frecuencia por sus iniciales en inglés, TU) hay más de seis mil de esos nombres: premios Nobel, individuos prominentes que provienen de sesenta y dos países de los cinco continentes, personas que, de un modo u otro, viven sus vidas como si ya todas las fronteras políticas se hubieran extinguido, a quienes se reconoce tan fácilmente al este de Suez como al oeste, quienes tienen la misma probabilidad de aparecer al norte como al sur del Ecuador, y pueden hacerlo por vacaciones o por negocios, o para asistir a una reunión megarreligiosa. Personas que se llaman a sí mismas "la hermosa gente" -y que durante un tiempo fueron llamadas así por el mundo- son megarreligiosas, personas del calibre de Yehudi Menuhin, Carlos P. Rómulo, Dwight D. Eisenhower, John Foster Dulles, Henry R. Luce, George Meany, la reina Isabel II, el duque de

Edimburgo, el conde Mountbatten, Spyros Skouras, Teilhard de Chardin, Thomas Merton, Pierre Trudeau, Robert McNamara, John D. Rockefeller IV, Pearl Buck, Leo Cardenal Suenens.

Dada la notoria diferencia en la membresía de los grupos megarreligiosos contra la de los humanistas, inevitablemente aparece también una cierta diferencia erg el propósito.

Los Humanistas todavía están preocupados por lo que llaman la "ruina de la religión". En contraste, la mente megarreligiosa está dedicada a la proposición de que el bienestar no es siempre exclusivamente físico como les gusta insistir a los Humanistas. La religión también es esencial para el bienestar de la civilización humana y para el bienestar de sus diversas culturas- Es solo que las religiones separadas no son ni necesarias ni deseables. De hecho, en nombre de la paz, todas las religiones deben fundirse en una sola gran religión -una megarreligión- tan rápida e indoloramente como sea posible.-

De acuerdo con Paul Hutchinson, de la Universidad de Buffalo, una vez que la fusión tenga lugar, "la Humanidad entera permanecerá como un pueblo unido, donde musulmanes y cristianos, budistas e hindúes estarán juntos, unidos por una devoción común, no a algo que quedó atrás, sino a algo que está más adelante, no a un pasado racial o a una unidad geográfica, sino a un sueño de una sociedad mundial con una religión universal de la que las fes históricas no son sino ramas".

No es sólo a esa fusión entre todas las religiones que los Megarreligiosos están principalmente dedicados. Una fusión que se logrará en un mundo de abundancia, no hay pelea con los Humanistas sobre eso. Pero los Me garreligiosos no apoyarán ninguna cuestión de liquidar lis elementos más inofensivos de cada religión, porque éstos tienen una función folklórica y colorida, y quizá una cierta función en términos de apaciguamiento y camuflaje. Aún así, todos esos detalles deben ser "absorbidos", como lo expresa el vocabulario de tales grupos, en una "dimensión superior" de acuerdo a la maduración de la humanidad de su propia divinidad.

El propósito de este proceso de fusión fue expresado por un hombre de muchos intereses. Escribiendo en 1948, el marxista, millonario, editor y megarreligioso Victor Gollancz dijo: "El objetivo final debe ser que el ju daísmo, el cristianismo y todas las demás religiones desaparezcan y dejen lugar a una gran religión ética mundial, la hermandad del hombre". Además, dijo Gollancz, ese objetivo debe ser alcanzado por "creyentes con diferentes opiniones y convicciones... ¡quienes] son necesarios el uno al otro... (y quienes] elaboran la síntesis mayor".

A ese proceso mismo se le dio un nombre: "síncresis" o "sincretismo". '.omo parte de la jerga especial de los megarreligiosos durante bastante empo, esas dos palabras expresaban en forma abrevada el plan de acción e ellos. Significando, básicamente, "volcar juntos", eran una de!cripción a letra de lo que debía alcanzarse.

Todas las religiones de la humanidad fueron comparadas con los vinos, y tnJavía lo son: algunos son añejos, algunos suaves, algunos con un bouquet fuerte, algunos jóvenes, algunos con el sello de una mayor edad. Los creyentes de cada religión -"creyentes con diferentes opiniones y convicciones", como escribió Gollancz- deben reunir muestras pequeñas, seleccionadas, y luego cada una de estas muestras selectas deben volcarse, con todas las demás, en una nueva y gran jarra de vino. La mezcla resultante nutr. & ~j toda la con-iunidad humana con una nueva armonía de pensamiento y sentimiento. Finalmente, todos los sistemas políticos seguirán a las religiones a la jarra; se fundirán en una comunidad política mundial bajo un gobierno mundial único.

La esperada megarreligión que logrará todo eso también ha recibido un nombre. De acuerdo con D. H. Bishop, en la revista World *Faith* de 1970, "puesto que contendría elementos de toda religión y sería aceptable universalmente", se llamaría "monodeísmo".

La función del monodeísmo es crear y mantener entre los hombres una hermandad universal. De hecho, "hermandad" es uno de los términos más importantes, si no siempre uno de los más claros, de los Megarreligiosos. Porque describe la condición geopolítica del mundo que ellos imaginan, una vez que la megarreligión haya sido establecida para todos nosotros. También describe al grupo algo misterioso -la Hermandad, o los Ancianos- del que a menudo hablan los megarreligiosos como la fuerza que guía a su movimiento desde atrás del telón. Nadie ha identificado jamás en público a los miembros de esa Hermandad. Los Ancianos permanecen desconocidos. Y por lo menos para los no iniciados, en gran medida parecen fruto del deseo de los Megarreligiosos: un poco al estilo, quizá, de lo que el Mago era para Dorothy, cuando, en su estado en ensoñación, deseaba ir a su casa, en Kansas, por el camino de Oz.

Dejando de lado la Hermandad, y para dar el mérito a quien lo merece, siempre deberán listarse los nombres de dos hombres, ambos de Oriente y ambos muertos desde hace tiempo, como las fuerzas básicas que hicieron posible hoy el difundido e influyente movimiento de los Megarreligiosos. El primero, un persa llamado Baha 'U'llah contribuyó a las ideas y principios básicos. El segundo, el indio Swami Vivekenanda, desarrolló la técnica para difundir esas ideas y principios. Estos dos hombres no hubieran podido complementarse más perfectamente si se hubieran dedicado a hacerlo.

Baha'U'llah, al llegar a los cincuenta años, se proclamó una figura divina con una nueva revelación para todo el mundo. Baha'i, como se llama su revelación, tiene tres millones de seguidores y administra establecimientos en alrededor de 350 estados y dependencias. Como religión o como una agrupación ética por derecho propio, Saha'i no ha incendiado al mundo en términos del número de sus integrantes. Sin embargo, los principios de la

nueva revelación de Baha 'U'llah son otra historia, porque decir que esos principios han obtenido una aceptación generalizada sería subestimar su impacto.

Baha 'U'llah enseñó que las religiones reveladas -por cierto, todas las religiones- sólo pueden cumplirse al ser transformadas en su propia y mayor revelación. Aunque nunca proporcionó los detalles prácticos de la unidad a la que convocaba, fue claro sobre sus consecuencias prácticas. Cuando todas las religiones se fundieran en una megarreligión -un término que él nunca usó-, habría un Gobierno Mundial, con todo y un Ejecutivo Mundial, un Parlamento Mundial, una Fuerza Policial Mundial, una Corte de Justicia Universal, un Lenguaje Mundial y una Moneda Mundial.

Cuando todo eso se lograra, reinaría entre los hombres lo que a los baha'is les gusta llamar la Paz Más Grande. Porque la paz entre los hombres, que debe ser mantenida por el Consejo de Ancianos, era y sigue siendo la meta final.

Desaparecerá cualquier forma de patriotismo, tina cosa innecesaria en vista de la paz como una condición planetaria. De manera similar, todos los rasgos particulares de todas las diferentes religiones, que tienen que ver con la verdad, la trascendencia y la salvación y todo el resto, se hundirán a un nivel secundario durante algún tiempo, y finalmente desaparecerán, como cosas innecesar;as en vista de la hermandad y la unidad como condiciones planetarias.

Baha 'U'llah murió en una prisión turca en 1892. No dejó instrucciones relativas a cómo efectuar su transformación. Su hijo, y después su nieto, continuaron su labor. Pero ellos tampoco dieron esas instrucciones. A ese respecto, se puede decir que Swami Vivekenanda fue el verdadero heredero de Baha 'U'llah, porque él proporcionó precisamente la fórmula requerida.

Es difícil resistirse a la conclusión de que Vivekenanda disfrutó de algún don especial de comunicación, de algún carisma, como les gusta decirse entre sí a las estrellas de televisión. La interpretación más fuerte que hacen de él sus devotos es que los Ancianos le confiaron una misión especial.

Porque, sorprendentemente, en una visita de verano a Chicago, el año siguiente a la muerte de Baha 'U'llah, Vivekenanda, hindú por herencia, inauguró exitosamente la técnica por medio de la cual la megarreligión (ya definida en esencia por Baha 'U'llah) ha hecho un progreso tan constante en el siglo veinte.

Invitado por el Congreso Mundial de Religiones como la atracción central de los Parlamentos de Religiones celebrados en conjunción con la Feria Mundial de Chicago de 1893, Vivekenanda "dialogó" con todos los contendientes, cristianos, judíos y musulmanes, shintoístas, jainistas y taoístas, zoroástricos, confucianos y budistas, ateos y comunistas.

En todo y en sustancia, ése fue el comienzo de una práctica que hoy todos damos por descontada: la reunión interconfesional. El ejemplo de Vivekenanda fue contagioso, su lenguaje, inofensivo, su pensamiento, estimulante. Y el mensaje comprehensivo de los tres -ejemplo, lenguaje y pensamiento – fue la unidad de toda la humanidad y la armonía que nos espera a todos nosotros el día en que, por un proceso semejante al que él demostró, todas las religiones verdaderas se combinen en una creencia superior.

Aunque murió joven, en 1902 a los treinta y nueve años, Vivekenanda, por su extraordinaria personalidad y ejemplo, rroporcionó el modelo de acción para alcanzar la visión de Baha 'U'llah. Se dijo que ésa había sido su misión. Y con toda seguridad, a pocos años después de que se hubiera terminado su vida en esta "dimensión", comenzaron a formarse importantes organizaciones, siguiendo su dirección e ímpetu. En región tras región del mundo, un grupo tras otro grupo lleno de estrellas organizaba congreso tras congreso internacional, reunión de compañerismo tras reunión de compañerismo interconfesional.

En todos ellos, los signos y símbolos asociados con las religiones antiguas y no tan antiguas eran tomados prestados y exhibidos en lugares desacostumbrados. La unidad era visible sobre la marcha. Sí, era cierto que a veces esos símbolos eran expurgados, como fue el caso con el símbolo de la paz de Bertrand Russell, una cruz quebrada cabeza abajo. Pero tal violencia hacia religiones individuales no era inconsistente con la meta de tomar muestras en nombre de la unidad.

Con mayor frecuencia, sin embargo, esos símbolos eran tomados prestados con el debido respeto. Se volvió más y más común encontrar el signo vedanta'de los hindúes -una serpiente enroscada entre hojas acomodadas en la forma de una estrella de seis puntas- exhibido en las reuniones megarreligiosas de Praga, Checoslovaquia, o Detroit, Michigan. Hoy parece casi natural encontrar la rueda budista, con sus seis rayos representando otras tantas religiones -budismo, hinduismo, islam, judaísmo, confucianismo y cristianismo-, exhibida en lugares tales como la casa principal de la Madre Teresa, en Calcuta, y en la Catedral de San Juan el Divino de Nueva York.

Tales expresiones de universalismo no fueron aceptadas de inmediato, por supuesto. Alimentar una visión de unidad y de paz mundial lleva tiempo. Hundir todas las diferencias religiosas en el terreno unificador de la abundancia material puede ser un trabajo difícil. La abundancia de razón, honestidad y libertad humanamente garantizadas no se produce así como así. Tampoco la abundancia de alimento y de albergue. Tampoco desciende sobre el hombre de la mañana a la noche la abundancia de divinidad que todo lo ve, que todo lo sabe; debe ser inducido y alimentado con mucha paciencia para dirigirlo hacia el ideal metarreligioso de un hogar global, sin fronteras y con abundancia.

Por otra parte, las cosas no fueron tan mal. Listar, aunque sea una fracción diminuta de los muchos centenares de grupos megarreligiosos que confrontan al papa Juan Pablo como organizaciones activas y humanamente

poderosas, es revelar una tendencia clara y mundial de la que tiene que ocuparse.

En la década enia que Vivekenanda cumplió con su misión de ejemplo y abandonó esta "dimensión", se inició la carrera por seguir su guía. La ahora venerable Asociación Internat:¡onal Vida Nueva (INLF, por sus siglas en ¡nglés) dejó su primera señal en el mundo en 1906. En 1908, la Alianza Religiosa Universal (URA) estableció su reclamo y sus siglas, primero en Nueva York. El año de 1910 vio contribuciones igualmente importantes para el progreso megarreligioso con la Unión de Asociaciones Internacionales (UIA) en Bélgica y la Unión del Este y el Oeste (UEW) en Londres. La Alianza Mundial para la Amistad y la Religión Internacional (WAIFR, la sigla quizá haya sido diseñada para tener alguna atracción propia)" y la Unión de Iglesia y Paz (CPU. . . ahí no hay mucho atractivo) tuvieron ambas a 1914 como su primer año, en Suiza y en Estados Unidos, respectivamente.

La década de los veinte vio el ingreso de más y más grupos megarreligiosos. La Liga de Vecinos (LN), 1920, Estados Unidos, y con un ribete amistoso. Luego estuvo la Asociación Internacional (IF, un ribete modesto, hasta incierto, en ésa),*" en 1922, en la India. Hermandad Internacional (IB) siguió en 1923 en París. Asociación Mundial de Fes (WFF), 1924, nuevamente Estados Unidos. Alianza Mundial (WA), el mismo año, Oxford, Inglaterra. Paz y Hermandad (PB), 1926, Lovaina, Bélgica. El Triple Movimiento (TTM). Paz Mundial (WP), Conferencia Mundial para la Paz Internacional a Través de la Religión (WOCIPR) y la Orden de los Grandes Compañeros (OGC), todos cuentan su importancia como grupos a partir del año 1928, Ginebra y Londres.

Hasta una pequeña muestra de la plétora de grupos que surgieron desde alrededor de mediados de los treinta hasta comienzos de los setenta, lo fuerza a uno a tomar en cuenta casi diez grupos megarreligiosos impor tantes más. Congreso Mundial de la Fe (WCF), 1936, Londres. La Asociación de Auto rrealización (TSRF), 1937, Indiana. Consejo Mundial Espiritual (WSC), 1946, Estados Unidos. Comité Internacional para la Unidad y la Universalidad de las Culturas (ICUUC), 1955, Roma. Asociación Mundial de Religiones (WFR), 1957, Nueva Delhi. El muy impresionante Templo de la Comprensión (TU), 1959, Estados Unidos. La Organización de Religiones Unidas (OUR), 1967, París, y la Unidad Espiritual de las Naciones (SUN), 1970, Inglaterra, retomaron la idea de siglas que puedan tener cierto atractivo.' Uno de los mejor conocidos en la vertiginosa mezcla de nombres, la Conferencia Mundial de Religión para la Paz (WCRP), apuntó sus primeras contribuciones en Kyoto, Japón, 1970.

' El comentario debe referirse al hecho de que WAIFH se pronuncia de manera similar a WAFER, que significa hostia.
" IF significa si.
"' Significan nuestro y sol, respectivamente.

Porque los patrocinadores de los grupos megarreligiosos son las figuras del *stablishment* mundial, y porque tales luminarias de la sociedad mundial se atraen entre sí con tanta seguridad como capturan la atención del público en general, para el papa Juan Pablo no es sorprendente de que esos ¡ndividuos se aparezcan regularmente en las celebraciones interconfesionales de unos y otros alrededor del globo.

Se aceptó como cosa natural, aun en fecha tan temprana como 1955, que John Foster Dulles apareciera en el Cow Palace de San Francisco precisamente para una de esas elebraciones, casi enguirnaldado con símbolos hindúes y budistas como miembro de la Hermandad Mundial. De manera similar, nadie podrí? haberse sorprendido al ver a sir James McCauley, un budista, aparecerse. _n la isla mediterránea de Patmos en 1988 como delegado oficial de la Conferencia Mundial de la Religión para la Paz (WCRP), para ayudar al Patriarca griego ortodoxo de Constantinopla a celebrar dos mil años de cristianismo.

Lo que Juan Pablo sí encuentra preocupante es el grado hasta el que el clero de más alto rango -cardenales y obispos-, a través de la organización de su Iglesia, pone un ejemplo de cooperación megarreligiosa tanto para sacerdotes como laicos, al sumarse a celebraciones que, intencionadamente, no son ni católicas romanas ni cristianas.

El difunto John Cardenal Wright, por ejemplo, una figura vaticana de cierta importancia, fue uno de los padres fundadores de la WCRP. Quizá el cardenal no se dio cuenta en lo que se estaba metiendo cuando se prestó a fundar esa organización. Otros, sin embargo, no pueden proclamar a la ignorancia como su hoja de parra.

Seguramente, Terence Cardenal Cooke, el difunto arzobispo de Nueva York, comprendía las implicaciones de que fuera el anfitrión de una reunión del TU, que recibió amplia publicidad, en la Catedral de San Patricio. Con el acompañamiento de campanas de plata y cuernos ceremoniales, y ante una reunión de unos cinco mil devotos del TU -incluyendo clérigos católico-romanos, armenios, protestantes y judíos-, el cardenal recibió a su lado al Dala¡ Lama, como la decimocuarta reencarnación de ***Bodhisvatta Avalokitesvara,*** Manifestación de la Compasión de Buda.

"Nosotros los creyentes buscamos un terreno común", les dijo el cardenal a los brillintelectuales del TU mientras tomaba la mano del Dala¡ Lama. "Nos damos recíprocamente la bienvenida en nuestras casas de adoración".

'odas las religiones importantes del mundo son la misma", corrigió a Su Eminencia el Dala¡ Lama, con manto marrón, y recibió una ovación de pie.

La preocupación de Juan Pablo va aún más allá. Una cosa es -una cosa peligrosa, quizá- prestar su casa de adoración católica romana para las ceremonias ateas del budismo tibetano. Pero la cooperación sistemática y mundial con la -negarreligión lleva la cuestión a un nivel completamente

diferente. Y ésa es exactamente la situación en el caso de la Comisión Pontifical para la Justicia y la Paz (PCJP).

Ya conocida por su larga cooperación con las políticas de Antonio Gramsci, la PCJP, en cada una de sus ramas locales en las cuatro mil diócesis de la Iglesia católica romana de Juan Pablo, apoya consistente mente !os temas principales de la política marxista soviética: los males de¡ capitalismo en las democracias occidentales, el llamado para el desarme unilateral de las potencias occidentales, la necesidad absoluta de establecer un sistema económico mundial único, basado en la distribución de las riquezas, bienes y servicios de¡ mundo capitalista.

Esa colaboración estrecha de la Comisión Pontifical para la Justicia y la Paz con los objetivos de la política exterior de la Unión Soviética, quedó institucionalizada el día en que la Comisión cooperó con el Consejo Mundial de Iglesias (WCC) -él mismo un instrumento de la política soviética desde 1966- para establecer un Comité sobre la Sociedad, el Desarrollo y la Paz (SODEPAX), en 1968, de carácter conjunto.

SODEPAX cerró filas con el WCC en dos puntos capitales.

Primero, SODEPAX se sumó al WCC en la condena a la pretensión del papa Juan Pablo de encabezar la única y verdadera Iglesia de Cristo. Más bien, haciendo uso liberal de las oficinas locales de la Comisión Pontifical para la Justicia y la Paz, SODEPAX promueve el breve megarreligioso de¡ WCC en favor de la equivalencia de todas las religiones.

El segundo punto en el que SODEPAX cerró filas con el WCC concierne a la redefinición de "iglesia", para darle la interpretación más amplia posible. Fiel a los principios megarreligiosos, el WCC decidió, en 1970, que la palabra ya no estaría limitada a la "iglesia de la fe cristiana", y ni siquiera a los creyentes. En cambio, debería abarcar a las personas de cualquie- fe o de ninguna fe en absoluto. Éste, se sostenía, era el nuevo y genuino ecumenismo, la verdadera culminación de¡ movimiento ecuménico. De acuerdo con esto, se convirtió en una cuestión de principios para el WCC y su lacayo, SODEPAX, ampliar sus reun;gnes "interconfesionales" y sus actividades "ecuménicas", para incluir ideas que promovieran los temas que habían adoptado de la política exterior soviética, anticapitalistas y ant4occidentales.

Aquí es donde radica un punto de capital importancia para Juan Pablo, concerniente a la nueva ola interfe megarreligiosa. Donde Mijaíl Gorbachov se regocija, desde su posición marxista en la arena geopolítica, el papa Juan Pablo está aterrado. Ya desde hace tiempo, el Pontífice y sus consejeros han sabido que la Comisión Pontifical para la Paz y la Justicia, aunque todavía nominalmente católica romana, ha sido tomada por conversos al marxismo. Necesariamente, también, el Papa y sus consejeros han concluido que cuatro de las principales organizaciones megarreligiosas -WCRP, WCF, UB y TU- están bajo el control de un titiritero maestro cuya base está seguramente en ese edificio con techo rojo a dos aguas que está en la Plaza Roja de Moscú.

En 1944, en su libro *E/marxismo y la cuestión nacional colonial,* Joseph Stalin escribió: "Es esencial que los países avanzados presten ayuda -ayuda real y prolongada- a los países atrasados en su desarrollo cultural y económico. De otro modo será imposible crear una coexistencia pacífica de las diferentes naciones y pueblos... dentro de un solo sistema económico, que es tan esencial para el triunfo final de¡ socialismo".

Para Juan Pablo, por lo tanto, la amenaza de¡ movimiento Megarreligioso está difícilmente en sus autojustificaciones casi teológicas. Reside en la facilidad con que algunos de los grupos megarreligiosos más influyentes proporcionan ayuda a Mijaíl Gorbachov, persuadiéndonos a todos nosotros de que bailemos a la clásica melodía escrita por Stalin "para el triunfo final de¡ socialismo", una melodía que todavía tocan en Moscú, con un nuevo arreglo, los adversarios del Papa, según está convencido Juan Pablo.

Ahora hay literalmente millones, en todo el mundo -millones de católicos romanos y millones más de cristianos y no-cristianos-, que están persuadidos de que la verdadera religión humana requiere una creencia y una práctica megarreligiosa comúnmente compartida, que elimine todas las notas específicas de su fe original y mitigue las reglas de la moralidad que alguna vez caracterizaron su perspectiva religiosa. Además, hay otros tantos millones que jamás escogerían al marxismo, pero que han sido persuadidos por las voces y los ejemplos increíbles de las figuras del *stablishment* megarreligioso, de que la causa primera de todos los males del mundo -el autor mismo e instigador- es la democracia capitalista, especialmente tal como la ejemplifica su principal proponente, Estados Unidos.

Al principio, uno no podría pensar en los de la Nueva Era como hermanos de los Humanistas y Megarreligiosos. El mapa del mundo que está extendido en el salón de operaciones de la Nueva Era no está salpicado con veintenas de grupos separados, cientos de siglas. En cambio, está gloriosamente iluminado por la visión que los de la Nueva Era ven avanzar día a día entre las naciones. Una visión de nuestro mundo en el futuro cercano que está garantizada por las fuerzas de la evolución humana. Una visión expresada con un cierto tono etéreo y hasta místico, y en un vocabulario tomado prestado de cada religión y cultura, de cada sistema político y ético.

Aunque parecen ser esclavos de la pura maravilla de su propia visión de lo que va a venir, el papa Juan Pablo ve en !os de la Nueva Era algo más práctico para nuestro mundo en el futuro próximo. Ve en ellos las ideológicas tropas de tierra de los Globalistas a Cuestas. A diferencia de los Humanistas o de los Megarreligiosos, no tienen grupos geopolíticos de poder ni mucho brillo que digamos. Pero su éxito es prueba práctica de que tienen atractivo para el hombre común que hay en todos nosotros, y que es innegable. Y si alguna vez se llegara a una contienda entre las tres categorías de Globalistas a Cuestas -entre los Humanistas, los Megarreligiosos y los

de la Nueva Era-, la Nueva Era se llevaría el premio por montar encima de los sistemas organizativos de todos los demás, y por atraer a los miembros de esas organizaciones a la búsqueda de la gloria místicamente material de la Nueva Era.

Cómo los Megarreligiosos, los de la Nueva Era escuchan las enseñanzas de un padre fundador. En 1931, el japonés Meishu Sama manifestó haber recibido una revelación especial. A diferencia de la revelación de Baha 'U'llah, sin embargo, la de Sama llegó completa y con instrucciones detalladas, con planes para la Nueva Era de la humanidad.

Una Nueva Era de luz llegaría pronto, dijo Sama. Sería precedida por catástrofes en la tierra y en el mar -"malas vibraciones", las llamó él- que purificarían nuestra era actual, la Vieja Era de la oscuridad.

Tanto la purificación de la Vieja Era, sostenía Sama, como el establecimiento de la Nueva Era, estarían supervisados por un "Maitreya" o Mesías. Dotado con sabiduría sobrehumana y fantásticas capacidades psíquicas, el Maitreya se impondría a todas las potencias del universo y establecería la aldea global.

Pero que los Humanistas o Megarreligiosos no se alarmen de que se esté tramando en la Nueva Era una herejía no-materialista, trascendente, que se alegren. De acuerdo con Sama, el futuro gran Maitreya será parte del universo material humano, tanto como, digamos, Moisés, Buda, Shiva a Baha 'U'llah o cualquiera de esos grandes líderes religiosos de épocas pasadas. En realidad, todas esas personas -Moisés y Shiva y todo el montón- eran Maitreyas también. Y lo mismo era Cristo, de acuerdo con la doctrina de la Nueva Era. Todos eran Maitreyas que vinieron a enseñarnos.

El punto central, en realidad, es que el Maitreya final y todopoderoso por venir, corregirá las distorsiones que la humanidad ha infligido al mensaje originalmente puro de todos esos Maitreyas anteriores.

Cuando se trata del materialismo, por lo tanto, la Nueva Era le dará al Humanismo lo que pide. Y derrotará fácilmente a los Megarreligiosos. Porque, donde los grupos megarreligiosos están dispuestos a acomodar ciertos aspectos maleables de ésta o aquella religión trascendental en nombre de la paz, el bienestar y el consuelo, la doctrina de la Nueva Era es firme como una roca en dos principios centrales que no permiten tal negociación.

El primer punto es que no hay realidad más allá de este mundo. Sin trampas y sin engaños. Todo -presumiblemente, incluyendo a la revelación de Sama- es exclusivamente humano. Hasta la venida del Maitreya y de sus espíritus asistentes, de los que tiene muchos, pertenecen a este universo humano. Las palabras del poeta Edwin Markham encierran sucintamente este principio básico de la Nueva Era:

Nosotros los hombres de la Tierra tenemos aquí el material del Paraíso, ¡tenemos suficiente!
No necesitamos otras piedras para construir
El Templo de lo Irrealizado
Ni otro Marfil para las Puertas
Ni otro Mármol para los Pisos
Ni otro Cedro para la Viga
Y domo del sueño Inmortal del hombre.

El segundo principio es más difícil de poner en poesía, pero para la perspectiva de la Nueva Era es aún más importante. El hombre, de acuerdo a este principio, es un animal que evoluciona en una curva ascendente de crecientes perfeccionamientos que lo incluyen todo, y que resultarán, ya muy pronto, en condiciones de extraordinaria ventura para toda la humanidad.

La naturaleza de esas condiciones fue expuesta por un prominente integrante de la Nueva Era y católico romano, el padre Matthew Fox, quien estaba citando al brujo Starhawk -un profesor del Instituto Oakland, de Fox- en forma parecida a la de los atletas que recomiendan cereales. La Nueva Era, citó Fox al brujo Starhawk con aprobación, será una en la que "nadie es gobernado ni gobernante, donde ninguna promesa del Cielo nos ofrece una falsa compensación por nuestro dolor presente, pero donde cuidamos juntos la carne viviente y fructífera de la tierra".

Un área en la que los de la Nueva Era no parecen estar a la altura de los Humanistas o de los Megarreligiosos es revelada por el hecho de que el mapa que está en el salón de operaciones de la Nueva Era señala sólo un puñado de lugares que los de la Nueva Era pueden llamar suyos. Marcan un solo sitio como el centro del mundo de la Nueva Era: la bahía Findhorn en el condado de Moray, en el norte de Escocia, donde el río Findhorn desemboca en el estuario de Moray. Su comunidad de Findhorn era para los de la Nueva Era lo que el Vaticano es para los católicos romanos. En su apogeo, Findhorn ya exhibía frutos, plantas y árboles extraordinarios, quienes lo frecuentaban tenían experiencias extraordinarias. Findhom era una "huella" del futuro Maitreya.

Pero más allá de eso, los lugares del mundo reclamados por los de la Nueva Era son tan pocos que se pueden listar rápidamente: los acantilados del Big Sur, en California; las Cataratas Victoria, entre Zambia y Zimbabwe; los jardines de Kyoto, en Japón; los templos del fabuloso Mandalay, en Birmania; el Club del Fuego Infernal en las montañas Dublin, en Irlanda; los monolitos verticales de Stonehenge, en Inglaterra.

Eso está lejísimos de los sesenta y tantos grupos humanistas alrededor del mundo, y ni siquiera es tan importante junto a esos centenares de siglas como TU y SUN y WCRP, y el resto que cubren el mapa de los Megarreligiosos. Pero si uno, por esa razón, estuviera tentado a desdeñar la capacidad de la Nueva Era para ponerse al ritmo del mundo por una falta de organización, o porque son demasiado poco sofisticados en su perspectiva y sistema para convertir a cualquiera que no sean personas campesinas

-patanes que jamás han oído hablar del MH-II ni han visto a nadie similar a John Foster Dulles-, hay un montón de gente que le dirá que nada sería más inexacto.

David Fetcher, por ejemplo, un reconocido experto en cultos modernos, señala que el adoctrinamiento de la Nueva Era está teniendo lugar a todos los niveles de la religión, la espiritualidad y la cultura. Y John Randolph Price, uno de los líderes mundiales reconocidos del movimiento de la Nueva Era, afirma que "hay más de quinientos millones de defensores de la Nueva Era en el planeta en este momento trabajando---e-re-varios grupos reli iosQ;i~.

Dado el florecimiento de la subindustria de las publicaciones de la Nueva Era en todo el mundo, no es sorprendente que hasta las estimaciones más conservadoras coloquen el número de los de la Nueva Era en los centenares de millones, y que se los encuentre brotando como hongos no sólo entre las poblaciones occidentales, sino entre los chinos, los japoneses, los indios y los africanos.

Además, donde los Humanistas y los Megarreligiosos tienden a atraer a las clases medias y medias altas, los de la Nueva Era parecen tener algo para cada uno. Millones de individuos ingresan a las técnicas de autoentrenamiento cada amanecer y cada anochecer. Individuos cuya gama va desde trabajadores hasta genios de laboratorio, y desde jóvenes hasta ancianos, todos realizan las mismas meditaciones. Un ama de casa en Lincoln, Nebraskg, un camionero en Escocia, un funcionario de gobierno en Bonn, Alemania Occidental, un joven recién ingresado a la Universidad de Pekín, un pastor de Queensland, Australia, un chambelán de la Corte Real de Bangkok, Thailandia, un banquero en Zurich, Suiza. . . todos alimentan las mismas locas esperanzas por el "nuevo mundo del hombre que está precisamente a la vuelta de la esquina, por la aldea global de la Nueva Era".

Ninguna religión es inmune al celo de los entusiastas, conversos y discípulos del movimiento de la Nueva Era. Éste simplemente toma prestadas todas las palabras, las funde como otros tantos cálices y cruces de oro, y las vierte en el molde de su globalismo de la Nueva Era.

Como una red a través de la Iglesia católica romana y de todas las principales iglesias protestantes de Estados Unidos, por ejemplo, hay equipos de ex creyentes cristianos -obispos, sacerdotes y laicos- que están transformando sutil y gradualmente el significado del bautismo, la confirmación, la eucaristía, el matrimonio, la confesión de los pecados, el sacerdocio y la unción. Sacramentos todos, se volvieron en cambio celebraciones de "festivales de la Tierra", cultivando la relación del hombre no con un Dios amante, sino con su propio destino ligado a la tierra en la futura aldea global.

En este particular sufrimiento, la religión tiene compañía en todos los principales sectores de la vida moderna, al menos en términos de vulnerabilidad al celo de la Nueva Era. No se puede mantener ninguna duda seria acerca de las grandes cantidades, en aumento, de los adherentes a la Nueva

Era que hay entre aquellos que quieren tener éxito -encontrar la buena vida y promoverla para otros- en la medicina, psiquiatría, finanzas, política, ciencia, la academia, los medios y los negocios nacionales e internacionales. **Hasta se han** unido a la multitud, en forma oficial y organizada, más de unas cuantas corporaciones grandes, nacionales e internacionales. Decididas a mejorar las habilidades gerenciales y a estimular la motivación para el éxito, proporcionan seminarios casi obligatorios, basados en las diversas técnicas desarrolladas y perfeccionadas por los teóricos de la Nueva Era para la "autorrealización" y "ei crecimiento creativo hacia la integración".

Hablando en general, la Nueva Era monta especialmente bien sobre los escombros que quedan en la estela de los logros anti-Dios de los Humanistas y de los logros que igualan a las religiones de los Megarreligiosos. Quizá las enseñanzas firmes, aunque sinvergüenzas, que proporciona la Nueva Era sobre los "espíritus" y los "devas", proporcionen cierto bienestar a los ex creyentes de las principales denominaciones cristianas.

La función de estos "espíritus" y "devas" es ayudar a hombres y mujeres a entrar a la Nueva Era. El principal entre todos ellos es Lucifer, a quien todas las denominaciones cristianas injustamente satirizan y censuran. Escrib David Spangler, un ex codirector del Centro de la Nueva Era de Findhorn: "Lucifer... es el ángel de la luz interior del hombre... Lucifer, como Cristo, está parado ante la puerta de la conciencia del hombre y llama. . . Si el hombre dice, 'Entra', Lucifer se convierte... en el ser que lleva... la luz de la sabiduría... Lucifer es literalmente el ángel de la experiencia... Es un agente del amor de Dios... y nosotros nos movemos hacia una *nueva era. . .* cada uno de nosotros, en cierta forma, es llevado a ese punto que yo denomino la iniciación luciférica.. . Debemos decir, 'Gracias, Amado, por todas estas experiencias. . . Me han traído ante ti'. . . En algún momento cada uno de nosotros se enfrenta a la presencia de Lucifer... Lucifer viene para darnos el regalo final de la totalidad. Si la aceptamos, entonces él es libre y nosotros somos libres. Ésa es la iniciación luciférica. Es algo que muchas personas, ahora y en los días futuros, estarán enfrentando, porque *es una iniciación a la Nueva Era".*

Ya sea a causa o a pesar de su creencia en Lucifer y en los "devas" y "espíritus" inferiores, esa espiritualidad de la Nueva Era ha demostrado su atracción no sólo para los ex cristianos, sino para hombres y mujeres de todos los grupos religiosos y sin religión. Parece encajar perfectamente hasta con aquellos ateos que, tan real yverdaderamente no tienen dios, que ven la necesidad de negar la existencia de Dios como equivalente a la necesidad de negar la existencia del Gato de Tres Cabezas de los Himalayas o del Hombre Velludo de Norwood.

Para tales individuos, la atracción del esfuerzo de la Nueva Era reside en el hecho de que está dirigido, sobre todo, a capacitar a cada persona a manipular su propia experiencia para lograr el máximo beneficio personal. Su objetivo es permitir que el individuo proyecte en la realidad la satisfac-

ción de sus deseos. Como concluye el experto en cultos, David Fetcher, en lenguaje más sencillo, la meta para cada uno es "actuar como Dios, porque usted es Dios".

Es más fácil satirizar a los de la Nueva Era que a sus hermanos Humanistas y Megarreligiosos. Pero el hecho es que, donde los Humanistas y los Megarreligiosos tienden a influenciar a las organizaciones religiosas y de otro tipo en sus propios terrenos, la Nueva Era tiende a chuparlas como una aspiradora. Ha hecho los mayores progresos al atraer a creyentes y no creyentes a un terreno enteramente nuevo, convenciéndolos de que, en su doctrina y revelación, la Nueva Era es la manifestación más alta que se haya alcanzado en el camino de la evolución hacia la perfecta iluminación, una iluminación, como ellos esperan confiadamente, que en breve absorberá a los hombres y mujeres de todo el mundo, persuadiéndonos a todos de entrar a la aldea global de la Nueva Era.

Uno pensaría que esa aldea global será un lugar más interesante para algunos que para otros. No estará en las nubes. Estará aquí. Y si no ahora, estará pronto. En esa aldea global, los líderes especiales o 'inspiradores" o "instructores" serán todopoderosos, tomando todas las decisiones sobre todos los asuntos humanos, económicos y culturales, así como espirituales y religiosos. Sobre todo, no habrá cristiano ni judío ni musulmán.

Para el papa Juan Pablo, y para todos los que siguen siendo genuinos creyentes en la doctrina y revelación de Jesús, la rápida difusión de la Nueva Era no es tanto una iluminación cuanto una señal de advertencia. Juan Pablo denuncia la doctrina de la Nueva Era, junto con sus principios utópicos materialistas y el lenguaje místico con que son preservados.

Dirigiéndose al concepto de evolución de la humanidad y de sus instituciones que tiene la Nueva Era, el Pontífice insiste en que el desarrollo humano "no es una línea recta hacia adelante, como si fuera automático e ilimitado en sí misma; como si, dadas ciertas condiciones, la raza humana fuera capaz de progresar rápidamente hacia una perfección indefinida e ilimitada de uno u otro tipo".

En cuanto a las 'libertades" reclamadas en nombre de la Nueva Era -aborto a solicitud, anticoncepción, divorcio, matrimonios y estilos de vida homosexuales, bebés de probeta, educación completamente estatal-, Juan Pablo las condena como prácticas pecaminosas y absolutamente prohibidas, que no pueden conducir a la felicidad humana imaginada por los de la Nueva Era en su aldea global.

A pesar de los atractivos de la Nueva Era, Juan Pablo sostiene que el hombre no se perfecciona por su propia experiencia material, y ciertamente no lo hace a! dar la bienvenida a Lucifer como una figura amada DEI hombre es un ser redimido por la sangre de Cristo y perfeccionado sólo después de la muerte físicS. No hay otra unidad posible para hombres y mujeres que por medio de "un ejercicio de la solidaridad humana y cristiana a la que la Iglesia nos llama a todos a la luz de la fe y de la tradición de la Iglesia".

Ningunas palabras podrían ser más categóricamente católico-romanas. Aún así, aunque Juan Pablo llama a los de la Nueva Era especialmente para que reconozcan la antigua máxima católica de que "fuera de la Iglesia no hay salvación",* reconoce, en el crecimiento constante de sus adherentes, otra circunstancia más que Mijaíl Gorbachov debe recibir con gusto. Los de la Nueva Era quizá no forjen alianzas formales con grupos de mentalidad marxista tales como el WCC y SODEPAX. No obstante, la Nueva Era prepara el camino exactamente para las condiciones que el propio marxismo ha sido incapaz de crear.

El ideal marxista siempre ha encontrado su rechazo más inquebrantable a manos de varios grandes bloques de personas (que en muchos casos se cuentan por millones) que permanecen firmemente apegadas a un ideal religioso que se volverá realidad solamente en el más allá. Por el contrario, la Nueva Era no sólo imagina el ideal de lo global en el aquí y ahora. Sirve al clásico ideal marxista al corroer y disipar esos bloques de resistencia tradicional a la noción del control total de la vida y la actividad humana por parte de 'líderes" e "instructores" todopoderosos. Como muchos otros grupos "de un solo mundo", los de la Nueva Era esperan con ansia la eliminación de los sistemas políticos y de las fronteras nacionales existentes. Están preparados a dar la bienvenida a la subsecuente fusión de todas las naciones y los pueblos en una cultura planetaria, con una sola corte de justicia, una sola fuerza policial, un solo sistema económico y educativo... todo bajo un solo gobierno dominado por una super oficina de "iluminados".

Aceptando el necesario cambio de lenguaje, eso está muy cerca de la fórmula expresada por Vladimir Lenin. Por cierto, la diferencia fundamental entre la Utopía de la Nueva Era y la del marxismo-leninismo radica en el hecho desnudo de que fue Lenin, y no Meishu Sama, quien ideó y puso en su lugar las estructuras geopolíticas prácticas necesarias para el éxito. Ese sistema estructural global descansa ahora en las manos de un astuto líder soviético quien cree que sabe cómo usar cualquier elemento, esperado o no, que trabaje en favor de su propio ideal globalista. A ese respecto, los sabios utópicos de la bahía de Findhorn no son adversarios para Moscú. De eso está seguro el papa Juan Pablo.

Parece absolutamente claro que los tres -Humanistas, Megarreligiosos, adherentes de la Nueva Era- son globalistas en mente y en intenciones geopolíticas. Es igualmente seguro y claro que los tres están en oposición fundamental a Juan Pablo, a sus pretensiones como Vicario de Cristo y a su enseñanza papal sobre el destino de la humanidad. Para Juan Pablo, es mucho más ominosa la obvia coincidencia de metas y métodos organizativos entre el gorbachovismo y estos tres grupos de Globalistas a Cuestas. No Pueden por sí mismos mover las montañas económicas, financieras y políticas que bloquean el camino de la humanidad hacia su aldea global imagi-

naria. La aprehensión de Juan Pablo va en aumento a medida que registra la desaparición de la fe católica romana entre su clero y su pueblo, y su asimilación bastante obvia a los ideales y metas de la Nueva Era.

Por el contrario, para el gorbachovismo los Globalistas a Cuestas son un regalo de los dioses. La meta es promover la homogeneidad y la unidad entre lo que una vez fue la sociedad marxista herméticamente sellada del imperio soviético, y las culturas de los países occidentales. Como obstáculo en el camino hacia esa meta estaba la religión cristiana organizada, en forma notable, la organización institucional que encabeza Juan Pablo II.

Muy parecidos a los "alegres idiotas" que el deán Swift satirizaba hace algunos siglos diciendo que cavaban virilmente su propia tumba, los Globalistas a Cuestas son excelentes "presta-nombres" y "puntas de lanza" para las fuerzas del gorbachovismo que avanzan y ahora proclaman su deseo de unidad y cooperación con toda la humanidad. Porque el gorbachovismo y estos Globalistas a Cuestas coinciden en un punto capital: la naturaleza exclusivamente materialista y terrenal de la humanidad es su esencia y su destino. Juan Pablo y Gorbachov quizá estén solos caminando con paso majestuoso en el plano geopolítico. Pero esperando a Gorbachov, en el patio trasero de Juan Pablo, hay una hueste de partidarios del gorbachovismo.

17

Los globalistas genuinos: de Alabama a Zambia, escuchemos a cambio de hojuelas de maíz

El mundo en general ya percibe a los dos grupos que constituyen la categoría final de supuestos globalistas como poseedores de tal poder gerencia¡ sobre los recursos de nuestras vidas diarias, que son observadas por todos. Los reporteros de la televisión, la radio y la prensa escrita hacen lo mejor que pueden para descubrir cada fragmento de información sobre sus actividades, y los comentaristas hacen lo mejor que pueden para decirnos lo que quiere decir todo. Se los percibe como Globalistas Genuinos, tan serios en su dedicación para erigir sistemas y estructuras internacionales como lo fue Lenin.

Como los Globalistas Provinciales y los Globalistas a Cuestas, estos grupos se ven a sí mismos como el futuro. La diferencia es que también gran parte del resto del mundo los ve como el futuro. Y, en forma creciente, cuando los miembros de ambos grupos comienzan a hablar sobre sus metas globalistas como "geopolíticas" -es decir, en la misma liga que el papa Juan Pablo II y Mijaíl Gorbachov-, se oyen muy pocas risas, y ninguna viene del Vaticano.

Aunque los miembros de ambos grupos son administradores por profesión, las diferencias entre los dos son suficientemente significativas como para que se les den comúnmente dos nombres diferentes.

Uno de ellos, llamado más frecuentemente el de los Internacionalistas, está compuesto, básicamente, por burócratas políticos, individuos cuyas actividades giran alrededor del duro oficio de forjar acuerdos legales y pactos entre naciones y, cada vez más, entre bloques de naciones.

El segundo grupo, el de los Transnacionalistas, son hombres de dinero Y de empresas que operan a cierto nivel en que el aire está enrarecido. Su

plan de acción en la arena globalista fue expresado muy claramente por uno de sus practicantes más convencidos, Montagu Norman, quien trabajó como gobernador del Banco de Inglaterra desde 1920 a 1924. "La hegemonía de las finanzas mundiales debe reinar en forma suprema sobre todos, en todas partes, como un solo mecanismo supernacional", declaró Norman. Ya en 1756, Meyer Amschel Rothschild había expresado este principio en una forma más franca y directa: "Denme el poder de controlar el dinero de una nación, y no me importa quién escribe sus leyes".

En el esquema que hace el papa Juan Pablo de los salones de operaciones globalistas, los centros operativos de Internacionalistas y Transnacionalistas están puestos, uno junto al otro, con una ancha y muy usada puerta de vaivén que los conecta. Porque, aunque él acepta que hay importantes diferencias entre los dos grupos, éstos comparten el mismo modelo a escala del mundo. Ambos ven a cada nación viviendo en una armonía global que resultará para todos nosotros de sus incansables esfuerzos directivos para modelar una sola comunidad mundial verdaderamente interdepend¡ente. Y es común que los miembros de ambos grupos trabajen en la jurisdicción de uno u otro de tiempo en tiempo.

Como hay tantas idas y venidas entre los grupos, y porque ambos grupos operan globalmente de manera natural, para Juan Pablo no es sorprendente que las cuestiones en las que normalmente pensamos en términos de política global se muevan con frecuencia muy estrechamente junto con lo que generalmente pensamos que son intereses financieros y corporativos.

No podría ser de otra manera, dado el hecho de que un hombre como George Shultz, por ejemplo, se siente cómodo en el papel de un transnacionalista, como prominente ejecutivo del Grupo Bechtel Inc., e igualmente cómodo en su papel internacionalista como secretario de Estado durante las dos administraciones del presidente Ronald Reagan. O, para tomar otro ejemplo obvio, un transnacionalista corporativo de la estatura de Armand Hammer ingresa regularmente a la arena internacionalista para emprender misiones en nombre de los gobiernos de Estados Unidos y de la Unión Soviética.

El tráfico cruzado entre estos grupos va en ambas direcciones y a varios niveles. Richard Helms, un internacionalista en su papel como el alguna vez valioso jefe de la CIA, funciona igualmente bien como negociador e intermediario en empresas de negocios transnacionalistas. J. Patrick Barrett, ex presidente del consejo de Avis, se convirtió en el presidente republicano del estado de Nueva York en 1989.

Desde el punto de observación del papa Juan Pablo, lo que parece unir más estrechamente a estos dos grupos, en términos prácticos, es que filosóficamente hablando ambos son darwinistas sociopolíticos de corazón. Por supuesto, el Papa no se imagina ni por un momento que activistas como éstos van a quitarle tiempo a su total inmersión en los asuntos mundiales

para formular la filosofía básica del grupo en la misma forma en que lo han hecho los Humanistas. No hay un equivalente internacionalista o Transnacionalista del Manifiesto Humanista II del profesor Paul Kurtz.

Aún así, en la evaluación de Juan Pablo, estos dos grupos globalistas operan sobre las mismas suposiciones fundamentales sobre el significado actual de la sociedad humana. Frente a ello, ambos están de acuerdo en que el rasgo más importante que permea la vida de todas las naciones es la interdependencia. Y ambos están de acuerdo en que la interdependencia es una función progresiva del progreso evolutivo. Evolutivo, como en Darwin.

En términos prácticos, ambos grupos operan sobre la misma suposición de trabajo que Charles Darwin adoptó arbitrariamente para racionalizar sus sentimientos sobre los orígenes físicos y la historia de la humanidad. Si funcionó tan bien para Darwin, casi parecen decir, ¿por qué no extender la idea del progreso ordenado a través de la evolución natural para incluir ordenamientos sociopolíticos tales como las corporaciones y las naciones? En esa opinión, el más útil de los conceptos de Darwin es el de la existencia humana esencialmente como una lucha en la que el más débil perece, el más apto sobrevive y el más fuerte prospera.

Cuando se lo aplica a ordenamientos sociopolíticos, este proceso darwinista casi parece dictar la visión global de las cosas que tienen los Internacionalistas y Transnacionalistas. El continuo choque y contienda en el.. mundo, tal como ha sido hasta ahora, ha resultado en una lenta evolución de aquellos que han sobrevivido, de una etapa a otra en el orden interdependiente. De cuando en cuando, han intervenido "catástrofes" naturales, forzando a la "naturaleza" a tomar otro camino. Pero en cada nueva etapa, la interdependencia se ha vuelto más importante y más compleja.

Cuanto mayor es la interdependencia entre los grupos, más alta es la etapa evolutiva, y tanto más el equilibrio alcanzado entre los grupos interdependientes resulta en el bien común.

La visión de los Internacionalistas y Transnacionalistas es que ellos son quienes están equipados para llevar a la humanidad hasta el más alto nivel de la evolución sociopolítica. Su esfuerzo es reunir en un armonioso todo a todas aquellas partes separadas de nuestro mundo que aún no han "evolucionado" hacia una cohesión natural para el bien común.

En este esfuerzo, es tarea de los Internacionalistas usar sus habilidades jurídicas para forjar un orden superior de unidad y armonía. Los pactos y acuerdos entre grupos y naciones que elabora este grupo (y ha elaborado un buen número) son instrumentos prácticos. Son verdaderos bloques para construir instituciones con capacidades globales e intereses de amplia gama. Y estos bloques de construcción están respal ,'ados por la fuerza de cada grupo o nación que firma sobre la línea de puntos.

Mientras tanto, los Transnacionalistas ven que su tarea es forjar la unidad y la armonía, no a través de recursos jurídicos, esos medios pueden ser útiles, pero están sujetos a restricciones y a peligrosas demoras. El

instrumento favorecido por los Transnacionalistas es la fuerza humana más grande de todas, en su opinión. Dinero en efectivo.

Es verdad que la interdependencia sociopolítica que buscan estos dos grupos, estrechamente relacionados y de mentalidad práctica, no se apoya en nada parecido a la tortuga de las Galápagos de Darwin. Descansa sobre una criatura de tres patas de su propia creación: un trípode real, viviente y en evolución que nos llevará a todos encima de sus tres patas hacia la comunidad globalista del futuro cercano.

La primera pata de ese trípode es el comercio internacional, y es esencial para la supervivencia de la propia interdependencia.

La segunda pata del trípode -un sistema internacional de pagos- es esencial para evitar que se derrumbe la primera pata.

Finalmente, la seguridad física es la tercera pata del trípode, para que se puedan realizar con seguridad tanto el comercio como los pagos, y sin ninguna de esas "catástrofes" que han desviado, en el pasado, a la evolución sociopolítica de su verdadero rumbo.

Evitar catástrofes es más importante ahora que antes. Porque los Internacionalistas y los Transnacionalistas han llegado lo suficientemente lejos en sus planes como para que el caldero de nuestro mundo, que hierve lentamente, se apoye encima de su trípode evolutivo. Si un destino duro e implacable pateara una de esas patas, quitándola de abajo, las consecuencias serían tan terribles y universales que ningún internacionalista ni transnacionalista desearía considerar las consecuencias para todos nosotros.

No hay que preocuparse, sin embargo. Puede haber algunos sacudones 1' pasos difíciles más adelante. Pero, en general, hasta aquí, bien.

La primera pata del trípode -la moderna versión globalista del comercio internacional- se inició muy pronto después de la Segunda Guerra Mundial. Y hasta hace poco, parecía que le iba espléndidamente, porque hasta entonces ha sido modelado por medio de la sensata cooperación de estos dos grupos directivos.

Durante un siglo completo antes de la Segunda Guerra Mundial, las naciones participaban en el comercio por medio de redes de acuerdos de comercio bilateral y tratados de amistad, navegación y comercio.

De manera importante, siempre había habido una potencia que servía como el pivote sólido del comercio internacional, funcionando como el mercado de último recurso, una potencia con suficiente fuerza militar y naval, suficiente poder político y un sentido de misión suficientemente fuerte como para proporcionar la estabilidad y el estímulo económico necesarios para el comercio mundial.

Durante algún tiempo, en los siglos diecinueve y veinte, esa potencia fue Gran Bretaña, con su extenso imperio colonial y comercial. Pero inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial la hegemonía pasó a Estados Unidos. Y al mismo tiempo, un cambio notable -en efecto, una liberalización y expansión- comenzó a alterar la dirección del comercio mundial. La necesidad ampliamente sentida por tantas naciones de reconstruir inmediatamente sus economías destruidas, y la nueva cercanía de naciones que hacía muy poco habían estado unidas en un esfuerzo bélico común, hicieron del comercio multilateral la opción deseable y adecuada, en lugar del anterior sistema de redes bilaterales.

Dos años después del final de la Segunda Guerra Mundial, se hicieron dos arreglos generales, bajo la hegemonía de Estados Unidos. El primero facilité la construcción de la pata inicial del nuevo trípode de la interdependencia: el nuevo impulso hacia el comercio multilateral. Y el segundo fomentó el crecimiento de la pata siguiente: los arreglos para los pagos multilaterales en el comercio expandido.

El primero de estos dos arreglos, y el más importante, fue el Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio, o GATT. Negociado en Suiza en 1947, después de una serie de cinco conferencias internacionales, el GATT consistió en un conjunto integrado de acuerdos bilaterales de comercio, dirigido a la abolición de las restricciones cuantitativas al comercio y la reducción de los impuestos.

Exitoso desde el comienzo, el GATT fue ampliado en 1949, 1951, 1956, 1961 y 1965. Después de menos de veinte años, sesenta y cuatro partes contratantes, equivalentes a los cuatro quintos de todo el comercio mundial, habían firmado sobre la línea de puntos. A finales de 1990, la ronda "Uruguay" de conversaciones del GATT comprenderá a ciento cinco naciones. Mientras tanto, las negociaciones en el GATT ya han cubierto decenas de miles de artículos negociables, incluyendo "propiedades intelectuales" como patentes y marcas registradas.

Hasta ahora, el GATT ha sido el método organizado tanto para crear como para fortalecer -para "evolucionar"- la primera pata del trípode globalista. Pero también ha cumplido otra función. Ha sido una fuerza poderosa para convencer al mundo en general que la interdependencia entre las naciones es tan natural como... bueno, como la evolución, y es tan esencial para nuestro bienestar como los vientos que rodean nuestro hogar común.

En realidad, en gran parte sobre la base de los éxitos del GATT, ahora se comprende y se acepta, en general, que la aptitud para sobrevivir de cualquier nación -y por cierto su fuerza para prosperar- requiere que participe vigorosamente en el comercio con otras naciones. El presidente de la Confederación Suiza, Jean Pascal Delamuraz, defendió esta visión globalista del comercio internacional como un ingrediente básico de la supervivencia de los más aptos. "El aislacionismo (ya sea por retrocesos hacia el nacionalismo, o por confrontaciones incontroladas 'Norte-Sur') ha sido una calamidad. En el futuro, será una enfermedad", dijo Delamuraz.

La naturaleza de esa enfermedad ya se ve fácilmente, para tomar uno de varios ejemplos posibles, en la comunista Corea del Norte. Detrás de la

economía seriamente debilitada de esa nación, por comparación con la próspera situación de Corea del Sur, está la negativa del dictador Kim II Sung a permitir que su sistema económico doctrinariamente centralizado se una a los "chacales capitalistas" en el comercio internacional±

De manera verdaderamente evolucionaria, la segunda pata del trípode globalista es esencial para la primera. Si el comercio va a ser crecientemente ¡nternacional, entonces debe haber un sistema de pagos mutuos crecientemente efectivo y aceptable. De ahí la pelea, por parte de Internacionalistas y Transnacionalistas, por encontrar algún sistema monetario universalmente aceptable.

El comercio internacional, como primera pata del trípode, obtuvo su posición moderna con la ayuda del GATT, y de la misma manera la segunda pata fue puesta en el camino correcto por medio de una agencia internacional establecida en el mismo año, 1947.

Como los acuerdos básicos que hicieron posible a esta nueva agencia monetaria fueron firmados en Bretton Woods, New Hampshire, con frecuencia son llamados colectivamente los Acuerdos de Breiton Woods. La propia agencia, sin embargo, fue bautizada de acuerdo a su función: el Fondo Monetario Internacional, o FMI. Porque desde el comienzo el FMI estuvo afiliado a las Naciones Unidas, depende en cierta medida del "paraguas" de influencia de la ONU.

Para 1967, treinta y un miembros habían aceptado las obligaciones del FMI: mantener la plena convertibilidad de sus monedas (libertad de transferencias para las transacciones corrientes). En 1968, había 107 miembros (se sumaron muchas ex colonias). El consejo del FMI está compuesto por ministros de finanzas de los países miembros. Cinco miembros del consejo han sido designados por los países con las mayores cuotas, quince son elegidos gobernadores de grupos de países con cuotas que van del 3 al 1 por ciento.

En el clima de hoy, del acelerado desarrollo del comercio internacional, es difícil presentar un argumento práctico en contra de la necesidad de un sistema monetario internacional mejorado, para evitar que la primera pata se encuentre en serias dificultades. Sin duda, se hizo evidente lo esencial que es el fortalecimiento de esta segunda pata del trípode globalista para nuestro bien común, cuando apareció el espectro del caos financiero mundial acechando tras el derrumbe de la Bolsa de Nueva York, en el llamado Lunes Negro, el 19 de octubre de 1987.

Sin embargo, por el lado bueno, ese derrumbe tuvo por lo menos un efecto saludable ante los ojos de los administradores de nuestro bienestar global que son verdaderamente Internacionalistas y Transnacionalistas. Demostró a los políticos y financieros no-globalistas que, les guste o no, los mercados de dinero privado e individuales de Estados Unidos, Europa y

Japón, ya se han globalizado. Ya han evolucionado hacia un estado superior de interdependencia.

Se argumenta, por lo tanto, que se necesita urgentemente una reunión más eficaz de métodos de la que pueden proporcionar arreglos como el GATT y el FMI. Una economía mundial en la que todos los días, en los mercados internacionales de capital, cambia de manos el equivalente al PNB anual de Estados Unidos, exige una mayor homogeneización de procedimientos y una coordinación más severa de objetivos.

Algunos miembros de estos grupos globalistas especulan sobre una sola unidad monetaria aceptable. . . a este respecto, salen a la superficie el indefinido "Fénix" y "Banco de último Recurso", de cuando en cuando, en las discusiones futuristas de Internacionalistas y Transnacionalistas.

También se discute algún plan de convertibilidad más inteligente, que pueda vencer los obstáculos con los que lucha el FMI en nuestros actuales y separados sistemas monetarios nacionales. Quizá los Internacionalistas puedan dar forma a un acuerdo general y verdaderamente global, con la inteligente aportación de sus hermanos Transnacionalistas.

En opinión de algunos consejeros del papa Juan Pablo, expertos en el campo, hay un punto de partida más factible para llegar a una mejor interdependencia monetaria. En ese argumento, ellos ven que las nacientes bolsas de valores de Asia unirán sus fuerzas con el tiempo, produciendo finalmente un mercado de valores integrado. En opinión de estos analistas del Vaticano, esto quebraría de una vez para siempre el ya deficiente molde monetario nacionalista. Por lo menos, proporcionaría el ejemplo de un saludable regionalismo. Y representaría una nueva etapa en el camino hacia un sistema de valores mundial, que finalmente las naciones tendrán que establecer si quieren alcanzar las alturas de la interdependencia socioeconómica imaginadas para el bien común en el esquema evolucionario de los grupos Internacionalistas y Transnacionalistas.

Cualquiera sea la forma que finalmente tome el sistema monetario global mejorado, ciertamente se apoyará en algún acuerdo general ideado por los esfuerzos cooperativos de Internacionalistas y Transnacionalistas. Y, por cierto, asegurará que los arreglos de aranceles y comercio beneficien a las naciones pobres igual que a las ricas. De lo contrario, la pata final del trípode -la seguridad física global- se verá en peligro hasta llegar a voltear el trípode antes de que alcance su pleno potencial evolucionario.

Hay poca necesidad de que los Internacionalistas y Transnacionalistas presenten sus argumentos en favor de la necesidad de establecer y mantener una mejor seguridad física de las naciones. Sin embargo, ellos tienen su propia y especializada opinión del papel de la seguridad física como tercer pata de su trípode global. Para que funcionen el comercio internacional y sistemas de pago, todos debemos estar a salvo de cosas tales

como robo y chantaje, acoso, depredación, impuestos y multas destructivos y competencia desleal. Y esa libertad depende en gran parte, para decirlo en forma directa, de la seguridad militar.

Nuestra historia reciente apoya esta visión globalista de la seguridad militar. Hasta ahora, el único propósito de la OTAN -en la que Estados Unidos solo gasta anualmente 150 mil millones de dólares para el manteni miento de fuerzas norteamericanas en Europa- ha sido el de desanimar cualquier intento de los soviéticos de interferir, por medio de una invasión militar, en las economías de libre mercado de Europa Occidental.

De manera similar, las economías florecientes de Japón, Alemania y Estados Unidos -economías que estabilizan el actual desarrollo evolucionario desigual de la interdependencia en el resto del mundo- dependen de ese artículo internacional superimportante, el petróleo. Así, cuando en los años ochenta surgió la posibilidad de que la sangrienta guerra Irán-Iraq interrumpiera seriamente el comercio internacional de petróleo, se requirió, mientras duró, la presencia del poder militar y naval norteamericano en el Golfo Pérsico.-

El papa Juan Pablo no es el único líder internacional que comprende que, entre las varias dificultades aceptadas por los grupos Internacionalistas y Transnacionalistas en relación con su creación del trípode, incluyendo sus sistemas y estructuras de apoyo, está su dependencia de la ahora insegura y rápidamente decreciente posición hegemónica de Estados Unidos en el comercio, las finanzas y el poder militar-político.

Tomemos las áreas del comercio y de las finanzas, representadas por la primera y la segunda pata del trípode. Durante las primeras cuatro décadas siguientes a la Segunda Guerra Mundial, la inversión exterior directa (IED) global estuvo dominada por Estados Unidos.

Sin embargo, en 1987, ese cuadro del dominio de Estados Unidos en ambas áreas había cambiado totalmente. De los $ 250,000 millones de IED, un 75 por ciento provenía de todo un espectro de naciones fuera de Estados Unidos: $ 70,000 millones del Reino Unido, $ 51,000 millones de Holanda, $ 30,000 millones de Japón, $ 20,000 millones de Canadá y $ 17,500 millones de Alemania Occidental.

Los artículos de comercio por separado cuentan la misma historia. En la década de los noventa, el 20 por ciento de los automóviles de Estados Unidos estarán producidos por firmas de propiedad japonesa, con tenden cias similares en numerosas áreas, tales como las de equipo de oficina, electrónicos de uso doméstico y muchos artículos de lujo.

Dada la pérdida del liderazgo hegemónico que proporcionaba ímpetu y estabilidad, el sistema multilateral de comercio, favorecido hasta hace poco tanto por Internacionalistas como por Transnacionalistas, ahora se ve grave mente afectado por el reciente surgimiento de arreglos bilaterales y regionales. Con razón o sin ella, ahora se elevan muchas voces, internacionalistas en particular, declarando que el GATT está muerto. Y nada menos que una figura como George Shultz -un faro tanto para Internacionalistas como para Transnacionalistas-, ha dicho que "las iniciativas regionales están jugando un papel cada vez más importante en la promoción del comercio libre, de una cooperación económica más estrecha y de un crecimiento más fuerte".

Tanto los preparativos para el muy anunciado programa de mercado único para Europa en 1992 como la exitosa conclusión del Acuerdo de Libre Comercio (ALC) que se llevará a cabo a lo largo de diez años entre Estados Unidos y Canadá, har, aumentado la tendencia que favorece que el comercio mundial se apoye en acuerdos bilaterales y regionales alcanzados a través de los auspicios de los gobiernos.

Por ejemplo, Lester Thurow, profesor de Harvard, afirmó en 1989 que lo que ahora necesitamos es "un sistema para administrar los negocios entre los tres bloques [América del Norte, Europa y el Pacífico asiático], más que las medidas de liberación globales" (modeladas sobre el GATT). Él mismo un prominente internacionalista, Thurow estaba hablando como el impulsor de una estructura completamente internacionalista del comercio mundial, y de las finanzas también, como la mejor manera de evitar las calamidades, dada la urgente necesidad de llenar el actual vacío en el liderazgo global.

La segunda pata del trípode globalista, que representa la cooperación económica global, ha sufrido muchas de las mismas dificultades del comercio a causa de la falta de un liderazgo hegemónico. Para que el comercio internacional sea fuerte y viable, el asunto más importante no es tanto tasas de cambio estables *per se* como un fundamento estable para esas tasas de cambio. Y nuevamente, la hegemonía aquí es el fundamento indispensable. Una función primordial de la hegemonía norteamericana de posguerra, entre todas las demás, fue su capacidad para proporcionar ese fundamento. Pero nuevamente, Estados Unidos no está, de ninguna manera, en posición para continuar con ese papel actualmente.

La hegemonía de Estados Unidos en las finanzas ha pasado a otros: notablemente a Japón, que ahora es la potencia financiera más fuerte de nuestro mundo, pero no necesariamente la más Internacionalista- o Trans nacionalista en espíritu. Y a medida que entramos en los noventa, la supremacía militar y política de Estados Unidos -su papel durante algo así como treinta años después de la Segunda Guerra Mundial- ha terminado. Norteamérica todavía posee vigor militar, pero no una supremacía militar exclusiva. Todavía tiene energía política, internacionalmente, pero sin ninguna seguridad moral de que sus soluciones políticas sean fas mejores, o que sean por lo menos viables en el mundo de hoy.

La clásica y efectiva energía política requerida para ejercer la hegemonía mundial -encarnada previamente en el una vez floreciente imperio británico y posteriormente en Estados Unidos del periodo inmediato de la posguerra-

estaba fijada a sus cimientos por dos características: un patriotismo admitido y alimentado, y un consenso moral que surgía de creencias religiosas compartidas. El Estados Unidos de los ochenta y de los noventa ha perdido su dominio sobre ambas características. Ya no exhibe ninguna aceptación nacional de su viejo patriotismo. Y el único consenso viable -pero frágil- es el legal, basado en la legislación y en resoluciones procesales.

Todo el sistema del trípode Internacionalista-Transnaciona lista, por lo tanto, parece haber desarrollado un caso de patas inseguras. Y sin embargo, no se puede negar que la interdependencia entre las naciones ha llegado tan lejos que los amos Internacionalistas y Transnacionalistas de nuestros nuevos sistemas globales están más que justificados al preocuparse por las consecuencias para todos nosotros, si sus programas se derrumbaran inclusive antes de estar totalmente de pie y corriendo.

Las diferencias entre el enfoque de la interdependencia globalista de los Internacionalistas y de los Transnacionalistas se magnifican en las formas que cada uno favorece para resolver los problemas que enfrentan en esta coyuntura tan crucial.

El grupo Internacionalista parece dispuesto a hacer concesiones. Los internacionalistas no ven a las naciones del mundo como una sola comunidad de la misma manera que las ven los más doctrinarios entre los transnacionalistas; no parecen casados con la idea de que las naciones del mundo ya son miembros desigualmente integrados de una "comunidad global".

Más bien, los Internacionalistas son esencialmente hombres de la política. Se dan cuenta de que sus propios partidos políticos nacionales ya no pueden resolver las dificultades económicas y financieras que acosan a sus sistemas políticos particulares y sus economías nacionales. Creen que la respuesta reside en tratados y acuerdos que unirán a las naciones con naciones socias afines.

En consecuencia, los Internacionalistas han llegado a ver al mundo como si estuviera compuesto por posibles grupos de naciones. "Islas" de naciones es una imagen perfecta, en realidad. Islas de naciones que flotan en un vasto archipiélago. La tarea a realizar, tal como los Internacionalistas la ven ahora, es construir puentes entre esas islas, acercándolas y formando varias comunidades de acuerdo con los intereses regionales, la localización geográfica y ciertas condiciones económico-políticas que favorezcan bloques políticos exitosos entre ellas.

Como burócratas profesionales, los Internacionalistas prefieren los medios gubernamentales para la creación de tales bloques, y finalmente, si el tiempo lo permite, quizá para la fusión de todos los bloques. Porque el modelado y mantenimiento de estructuras administrativas a través de acuerdos bilaterales es lo que los burócratas hacen más eficiente y naturalmente.

Es en ese contexto que Lester Thurow pedía "un sistema para administrar los negocios entre. . . bloques". Es en ese contexto, también, que George Shultz pregonaba la importancia de las iniciativas regionales, y que en 1989 señaló de nuevo, y categóricamente, que "la cooperación económica y la prosperidad regionales" eran el desafío fundamental de la era pos-Reagan.'

El coro Internacionalista es sin duda impresionante. Las voces principales se oyen casi a diario, todas pidiendo la misma solución para la desaparición bastante rápida de la hegemonía estabilizadora de Estados Unidos, para evitar los posibles resultados desastrosos del actual vacío en el liderazgo mundial.

"Hay una sola forma de compensar esta grave deficiencia (en la hegemonía mundial"), dijo C. Fred Beregsten, director del Instituto de Economía Internacional, "y es llegando a un acuerdo sobre una administración pluralista". El respetado columnista japonés Misahiko Ishizuka ve claramente la misma necesidad. La función de Japón en ese sistema pluralista de administración, dijo Ishizuka, "requerirá un gran proyecto incluyendo no sólo cuestiones económicas, sino también políticas y militares".

Hasta ahora, sin embargo, ese gran proyecto Internacionalista sólo ha hecho avances esporádicos e irregulares. La forma más avanzada de regionalismo internacionalista, como solución para la crisis en el liderazgo global, está representada por la Comunidad Económica Europea (CEE) y por el Acuerdo de Libre Comercio (ALC) entre Estados Unidos y Canadá.

Como programa para un mercado único, la CEE es la empresa más ambiciosa que hay en el horizonte, por los estándares anteriores, por lo menos. Mucho se ha hablado de la meta de la CEE para remover los aranceles en la región para 1998. Pero el plan contempla medidas más amplias. El objetivo es eliminar los controles fronterizos para la circulación de personas y bienes, liberar el movimiento de capital y del intercambio de servicios, y conceder el derecho de residencia. Finalmente, deberá haber una verdadera comunidad de un solo mercado que comprenderá a la totalidad de los 350 millones de personas de Europa Occidental. Algunos Internacionalistas levantan más aún sus miradas para el futuro. El primer ministro de Noruega, Gro Harlem Bruncitland, por ejemplo, ha especulado que "a la luz de los extensos contactos entre Este y Oeste, tenemos una visión de un mercado futuro no meramente de 350 millones de personas, sino de 700 millones de personas solamente en Europa".

Las visiones están muy bien. Pero impresionante como es el programa de la CEE, y a pesar de toda la esperanza que ponen en él los Internacionalistas, los Transnacionalistas señalarán que prácticamente todos los demás arreglos regionales, excepto el ALC entre Canadá y Estados Unidos, permanecen empantanados en discusiones, en intercambios de experiencias y en investigación y análisis. Y para reconocerles lo suyo a los Transnacionalistas, la historia parece ser una de pereza y renuencia en región tras región.

De un lado del Atlántico, está el Mercado Común del Caribe (CARICOM),

la Iniciativa de la Cuenca del Caribe (ICC) y el Mercado Común Centroamericano (MCCA). Del otro lado del Atlántico, está la Asamblea de Regiones de Europa (ARE), mientras que del otro lado del Pacífico está el Foro de la Cuenca del Pacífico (FCP), propuesto por George Shultz, y la Organización del Pacífico Asiático (OPA), propuesta por el primer ministro australiano Roben Hawke. Hasta el Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME) en el bloque soviético. Las Naciones Unidas también tiene sus comisiones regionales, su Comisión Económica para Europa (CEE), para África (CEA) y para el Lejano Oriente y Asia (CELOA).*

Estados Unidos y México realmente establecieron la estructura para un acuerdo en 1987, que listaba varias áreas específicas a considerar bilateralmente, en forma muy parecida a la que condujo al ALC Estados Unidos Canadá. Pero ninguna de las partes hizo concesiones concretas. Se han mantenido propuestas similares (hasta ahora con los mismos magros resultados) entre Estados Unidos y Japón, y para los miembros de la Asociación de las Naciones del Sudeste Asiático (ANSEA).

Por lo tanto, hasta donde puede ver el papa Juan Pablo, claramente, el eslabón más débil de la solución Transnacionalista para la necesidad urgente de proporcionarle estabilidad al sistema globalista del trípode, es que no hay señales de la amplia formación de bloques requerida para que su plan funcione.

Ni siquiera los tres "tigres asiáticos" muestran señales de una acción unitaria regional. Por cierto, los mercados de Corea y de Taiwan están más estrechamente cerrados que el de Japón. Además, mientras que todo parece señalar que la Comunidad Europea (CE) alcanzará una cierta disminución de los impuestos fronterizos y una facilitación en el movimiento de mano de obra dentro de la comunidad, nadie piensa -y menos aún los propios europeos- que la CE va a comerciar como un solo bloque con el resto del mundo.

Como grupo, los Transnacionalistas acérrimos no están sorprendidos ni completamente desanimados por el fracaso de la iniciativa Internacionalista. En realidad, aunque son hermanos, los Transnacionalistas atacan el enfoque regional de los Internacionalistas por varias razones. Su objeción más importante, quizá, es que ellos están seguros de que la maquinaria legal necesaria para ligar una región o bloque de naciones con otro, involucrará restricciones proteccionistas -en cosas tales como cuotas comerciales, como un ejemplo- como estímulo para conseguir que firmen algunas naciones.

Para apoyar su observación, en realidad, los Transnacionalistas sólo tienen que señalar al propio GATT, el pivote mismo del modelo Internacionalista. Los Transnacionalistas aplauden la paulatina desaparición del

Agreguemos la Comisión Económica para América Latina ICEPALI.

Acuerdo Multi-Fibras por parte de los miembros del GATT, porque terminar¿ con la práctica de los países desarrollados de poner límites a la cantidad de ropa y textiles que los países en desarrollo tratan de venderles. Esta desaparición está muy de acuerdo con las ideas de los Transnacionalistas, porque se esfuerzan por evitar cualquier confrontación abierta por la que una economía intenta proteger sus intereses a través de restricciones legales que impiden a otros una plena competencia en el mercado global.

Felizmente para los Transnacionalistas, temas igualmente espinosos, relativos a los subsidios agrícolas y al proteccionismo, están por lo menos en vía de solucionarse. Los Transnacionalistas dicen que, a menos que tales enfrentamientos y arreglos proteccionistas puedan ser eliminados, nos veremos frente a un sistema regional tan corrosivo como lo haya sido cualquier proteccionismo nacionalista.

Además, para la mentalidad transnacionalista, las soluciones para los problemas y las materializaciones de las oportunidades ya no pueden alcanzarse solamente dentro de un sistema de naciones individuales, ni siquiera dentro de un sistema de sectores o bloques de naciones. Ningún sistema regional o de bloques, sin importar cuán interrelacionado esté, proporcionará una solución adecuada, porque ya es demasiado tarde para forjar o controlar la interdependencia por medio de bloques de socios comerciales. Y es demasiado tarde porque las naciones ya son interdependientes.

Si ese argumento suena un poco como el viejo acertijo sobre el huevo y la gallina, los Transnacionalistas no piden disculpas. En cambio, usan ese viejo acertijo una y otra vez, con creciente beneficio. Los problemas com plejos que presenta la interdependencia que ya está encima de nosotros, dicen los Transnacionalistas, requieren nuevas dimensiones de cooperación y colaboración a nivel global. Pero colaboración no sólo del viejo tipo, entre gobiernos y sociedad: ellos ven ese esfuerzo, en el mejor de los casos, como una etapa evolucionaría en el camino hacia su propia solución. Lo que el mundo necesita ahora, argumentan los Transnacionalistas, es un nuevo tipo de interdependencia, aferrado a un sistema regulado de interrelaciones nuevas e innovadoras que crucen todas las anteriores fronteras, incluyan a todos los sectores y comprendan a todas las disciplinas.

En otras palabras, una interdependencia efectiva y práctica demanda un nuevo enfoque sistémico.

La mente transnacionalista retroceda ante la solución internacionalista, de tratados y pactos, en su mayoría porque ese camino implica una consecuencia política que la mentalidad transnacionalista no está lista para aceptar.

Por lo tanto, los Transnacionalistas tienen en mente un camino diferente hacia la misma meta general, un programa diferente para las naciones. Quintaesencialmente, son directivos, hombres de dinero y hombres de compañías. Y su enfoque sistémico está expresado en la creación de la compañía global.

La compañía global de los Transnacionalistas es confundida a veces con la compañía multinacional, que ha estado en circulación mucho tiempo. Pero en este contexto, la diferencia entre esas dos creaciones es crítica. Porque, como dijo sir Edwin Sharp, presidente y director del consejo de administración de Cable and Wireless Corporation, de¡ Reino Unido, en una reunión cumbre económica en 1989, no importa lo amplia que pueda ser la red de una compañía multinacional, la compañía misma sigue siendo, esencialmente, "una calle de un solo sentido que v¿. de regreso a la compañía matriz".

En contraste, la compañía global debe tener una gerencia genuinamente internacional, una gerencia compuesta por varias nacionalidades. Y sus decisiones deben tener un carácter mundial, de manera que las plantas y fábricas, por ejemplo, estén localizadas sin considerar la nacionalidad.

Los propios líderes transnacionalistas ya trascienden las fronteras políticas e ideológicas. El comentarista de televisión, Bill Moyers, descubrió durante un viaje de quince días, que abarcó el globo, en compañía de David Rockefeller, que "alrededor de una docena o de quinc3 individuos tomaban día a día las decisiones que regulaban el flujo de capital y de bienes a través de¡ mundo entero".

En verdad, los Transnacionalistas forman una clase social -adecuadamente llamada la clase gerencia¡- que nació sólo después de la Segunda Guerra Mundial. Y dentro de esa clase social se encuentran los pocos y muy selectos que participan regularmente en las decisiones trascendentales sobre el flujo regulado de capital, de bienes de capital y de servicios de capital entre las naciones.

Sus antecedentes generalmente incluyen la preparación en las principales escuelas de administración y a veces la graduación en universidades prestigiosas. Se localizan en compañías de sustancial capital monetario y capital de "status". Tienen fuertes lazos con otros líderes financieros corporativos y disfrutan la pertenencia a grupos elitistas en todo el mundo. Ejercen un poder político directo e indirecto pero siempre potente; pertenecen a clubes selectos, y mantienen múltiples direcciones y membresías de consejos de administración.

Juntos, estos líderes corporativos constituyen un sistema gerencia¡; ésta es la última forma que ha tomado el capitalismo occidental -en una especie de nuevo proceso huevo-y-gallina-, en respuesta al sistema multilateral de comercio tal como se ha desarrollado durante los últimos cuarenta años.

A medida que se ha desarrollado el comercio internacional, el flujo de producción y de financiamiento se ha vuelto cada vez más internacionalizado. Lógicamente, esa internacionalización ha resultado, a su vez, en una globalización todavía mayor de las políticas por las cuales se realizan el comercio y la inversión. Por lo tanto, en forma igualmente lógica, los intereses de los Transnacionalistas son crecientemente globales, porque sus inversiones y sus propias vidas se han vuelto globales, abarcando todos los productos manufacturados y todos los servicios, incluyendo la administración del dinero.

En este sistema gerencia¡ transnacionalista, las decisiones no están dictadas por las leyes de las naciones individuales o de acuerdo a algún sistema de moralidad basado en creencias y principios religiosos. Más aún, aunque las decisiones transnacionalistas involucran los elementos más importantes de la vida económica y social de las naciones, no se toman, fundamentalmente, de acuerdo con la voluntad política, consenso ético, moralidad tradicional ni tendencias sociales de esas naciones.

Una vez, David Rockefeller resumió en pocas palabras el punto de vista transnacionalista: "Realmente no nos importa qué clase de gobierno tiene un país, en tanto puedan pagar sus cuentas".

Las leyes básicas que gobiernan las decisiones transnacionalistas se refieren al equilibrio necesario entre la oferta y la demanda de bienes y servicios... comercio, en otras palabras. Y se refieren a los movimientos de los activos líquidos. . . el pivote financiero global para el comercio. Y se refieren a la necesidad de evitar toda tensión sociopolítica o choques entre los diversos intereses nacionales que puedan voltear el carro de las manzanas del comercio y las finanzas. Y.finalmente, las leyes básicas se refieren a la necesidad de la homogeneización de bienes y servicios en relación con su producción y consumo en todo el mundo.

Cada vez más, las decisiones tomadas sobre una base tan fluctuante siguen el juicio pragmático de hombres no-políticos -los Transnacionalistas-, quienes ocupan posiciones gerenciales dentro de grupos organizacionales diversos pero interrelacionados. La ocupación profesional de estos directivos es básicamente la economía, la industria o las finanzas. Y cada vez más, a medida que aumenta en espiral el síndrome del huevo-y-la-gallina, esas esferas trascienden las fronteras de todas las unidades políticas... las unidades de la ciudad, el Estado y la nación.

Tan complejo como puede ser este sistema gerencia¡ transnacionalista, su propósito es la simplicidad misma: la formación de la "buena vida". Y por lo menos a este respecto, estos globalistas son exactamente como los Globalistas a Cuestas. La meta es comida abundante, higiene y medicina modernas, abundancia de artículos de primera necesidad y de lujo, abundancia también de los instrumentos de la tecnología moderna que ahorran mano de obra, desde automóviles y computadoras hasta hornos de microondas y tostadores. Y, no menos importante, cada vez más abundantes y variadas y audaces formas de entretenimiento -película y video, audio e impresión- para el público general en todas partes.

Cuánto han avanzado los Transnacionalistas hacia el logro de su propia hegemonía para remplazar el liderazgo ejercido anteriormente por naciones como Gran Bretaña y Estados Unidos, queda en claro para el papa Juan

Pablo en la realidad de que el rasgo más destacado de la vida internacional de hoy es, de hecho, la interdependencia de las naciones.

Y todavía es más claro para el Pontífice en la realidad de que tal interdependencia está basada en el modelo transnacionalista, de que la hace progresar la formación transnacionalista de compañías globales y actividades conexas, y de que refleja profundamente la filosofía materialista de la mente transnacionalista.

En una palabra, los Transnacionalistas ya han iniciado exitosamente un camino nuevo para enfrentar el cambio en los fundamentos de la economía mundial. Y el elemento de causa-y-efecto del propio sistema transnacionalista -complejo en su naturaleza y global en su escala- continúa modelando el futuro de las naciones.

Algunos ejemplos tomados al azar del impacto del enfoque transnacionalista sobre nuestras vidas, tanto como productores cuanto como consumidores de bienes y servicios, ilustran las observaciones y razonamientos del papa Juan Pablo al respecto.

Cada tarde de día laboral, los empleados de New York Life Insurance reúnen todas las reclamaciones que han llegado ese día y las despachan en un jet a Irlanda, a 4,800 kilómetros, para que las procesen.

El Georgia Institute of Technology ha establecido una empresa de propiedad privada, China/Tech, con oficinas en Atlanta y en Pekín.

British Petroleum es una compañía británica, Siemens es una compañía germano-occidental, Honda es una compañía japonesa. Sin embargo, todas ellas tienen más empleados y oficinas ejecutivas fuera de sus países de origen que dentro de ellos. De hecho, Honda pronto producirá y venderá más automóviles en Estados Unidos que en Japón.

Las fibras ópticas abarcan hoy a todos los continentes. Millones de dólares se mueven literalmente en segundos desde Tokio a Nueva York a Milán a Francfort. Los bienes se mueven alrededor del mundo en un solo día. Un producto que sale de una línea de montaje en Detroit, Michigan, puede contener partes manufacturadas en otros cinco países. Para ser exactos, las principales compañías de automóviles ya no pueden ser llamadas con precisión "fabricantes" de automóviles. Son "ensambladoras" de auto partes manufacturadas en otras partes del mundo.

El caso es similar para los electrónicos. Como presidente y director del consejo de administración de Sony Corporation, Akio Morita observó en 1989: "Nuestras compañías ya son compañías parcialmente norteamericanas, parcialmente europeas y parcialmente latinoamericanas, usando administración local, materias primas locales y producción local en todo el mundo. . . Nuestro *slogan* es la globalización local". Michael P. Schulhof y Jakob Schmuckli, ambos norteamericanos, fueron designados miembros del consejo de Sony Corporation en 1989.

Hoy, los bancos principales tienen una efectiva presencia física en todos los centros financieros más importantes del mundo. Y el primer banco de inversión verdaderamente global -CS First Boston, Inc.- ha sido creado ahora por Rainer E. Gut, presidente del Credit Suisse, de Suiza. Con operaciones en América del Norte, Asia y Europa, el 44.5 por ciento del CS First Boston es propiedad del Credit Suisse, 25 por ciento de sus empleados y el 30.5 por ciento del Grupo Olayan, de Arabia Saudita.

La compañía farmacéutica SmithKline Beckman Corporation, con base en Filadelfia, se ha fusionado con Beecham Group P.K.C., con base en Londres, para formar la segunda compañía farmacéutica más grande del mundo después de Merck & Company. Sus planes para la administración incluyen una mezcla de diferentes nacionalidades, prestando especial atención a las diversas historias y culturas de aquellos que integrarán un grupo de administración transnacionalista. Y tienen un nuevo plan de negocios desde abajo hacia arriba, reflejando cómo los negocios recientemente unidos podrían operar en combinación, situados como están a ambos lados. del Atlántico y en Japón. El objetivo es una nueva entidad corporativa. Una entidad globalista.

Hasta la producción de películas se está volviendo global en una forma que jamás se contempló antes, una forma que se está convirtiendo en uno de los modelos más visibles de la exitosa huella transnacionalista. Hollywood es el repositorio de siete de los principales depósitos y estudios de cine que existen en el mundo: -Watt Disney Co., Paramount, MGM/UA, Warner Brothers, 20th Century Fox, Universal Studios y Columbia Pictures. Todos ellos poseen poderosos sistemas de mercadeo y distribución para llevar las películas a los cines y al aire por todo el globo.

Estrechamente ligada con esta capacidad global de la distribución del producto existente, se crea una inexorable demanda por lo que ahora es llamado el nuevo *software*. . . nueva programación del entretenimiento.

Por lo tanto, de manera igualmente inexorable, las compañías e inversionistas en otras naciones -notablemente en Inglaterra, Australia, Italia y Japón- están comenzando a comprar con avidez estudios y compañías de producción en Estados Unidos y en otras partes, mientras que las empresas extranjeras y los productores norteamericanos se están uniendo en tratos financieros, coinversiones y coproducciones de una manera casi natural. Los propios estudios, mientras tanto, están comenzando a poner en el reparto a las estrellas con un ojo puesto en su atracción internacional... Sean Connery como padre de Harrison Ford en *Indiana Jones y la última Cruzada,* por ejemplo, porque la figura de Connery es destacada en Europa, Asia y el África sub-sahariana.

En general, el carácter global de la diversión se vuelve más acentuado con cada año que pasa. "Uno termina encontrándose con compañías en todos los países que miran fuera de sus fronteras", concluyó Charles B. Slocum, del Sindicato de Escritores de América/Oeste. Y ésa es una descripción tan apta como la que usted pueda encontrar de una etapa esencial en el caminó hacia la meta Transnacionalista.

En el síndrome del huevo-y-la-gallina, causa-y-efecto, que es la marca característica del éxito transnacionalista, el lado consumidor de nuesti is vidas está tan completamente globalizado como el lado de la producción.

Los gustos en la alimentación alrededor del mundo están comenzando a converger. Los expertus en mercadeo señalan que esta convergencia surge porque las compañías comercializan sus productos sobre una base crecientemente internacional, porque aumentan los viajes y porque las telecomunicaciones han mejorado enormemente. En breve, y casi literalmente, se aplica el principio del huevo-y-la-gallina. Coca-Cola, los Corn Flakes de Kellogg's y Nescafé se venden en regiones que van literalmente de la A a la Z, de Alabama a Zambia. Compañías tales como Kraft, Inc., Quaker Oats y Pillsbury tienen la decisión de crear supermercados globales.

McDonald's, que ya ha exportado a gran parte del mundo lo que un partidario ha llamado "McCultura", entrenó a su primer cuadro de soviéticos en sus técnicas para preparar alimentos estandarizados, y abrió su primera sucursal en Moscú en febrero de 1990. Como el rublo actualmente no es convertible, McDonald's sabe que no tendrá beneficios financieros en el futuro inmediato por la expansión de su concesión a la Unión Soviética. Pero los beneficios para sus metas globalistas son innegables.

Hablar de la "McCultura" como un objetivo transnacionalista no es ni divertido ni demasiado inverosímil. Porque, aunque la agenda de este grupo está concentrada en el crecimiento y operación exitosos de la compañía global, su agenda total incluye muchas más cosas que eso. Por ejemplo, otro rasgo importante de la agenda de los Transnacionalistas que recibe la profunda atención del papa Juan Pablo al hacer la evaluación de su nuevo globalismo, es la fórmula transnacionalista para la educación.

Esa fórmula fue resumida por Ernest L. Boyer, presidente de la Fundación Cariegie para el Progreso de la Enseñanza. Las escuelas deben poseer "una comprensión de la nueva agenda global", dijo Boyer, y deben reformar sus currícula para comunicar esa agenda a sus estudiantes. O, como dijo en forma un poco más colorida la presidenta del Connecticut College, Claire Guadiani, las escuelas deben comenzar a satisfacer las necesidades educativas de personas "que actuarán en un ambiente cada vez más internacionalizado, aunque nunca salgan de Duluth".

El pensamiento transnacionalista es extremadamente minucioso en esta promoción de la educación globalista. No es cuestión de meter unos cuantos cursos extra en el currículum, junto con algunos estudios de área y quizá una lengua extranjera. A lo sumo, un enfoque semejante reduciría la educación global al status de otra materia. La idea transnacionalista es que el globalismo debe permear cada materia que se enseña; debe ser una orientación omnipresente. La perspectiva y el enfoque globalistas deben predominar, por lo menos, desde la preparatoria, a través de la universidad y en los estudios de posgrado. La perspectiva cultural debe ser tal que ninguna materia sea regional en su foco de atención.

Además, los temas de particular importancia para los Transnacionalistas deben estudiarse en todos los niveles. Temas tales como el medio ambiente, el hambre en el mundo, las epidemias gemelas del SIDA y la drogadicción, la aptitud física, el control demográfico. En el nivel moral, el santo y seña deber ser la equivalencia. Los valores culturales y legales de, digamos, los Tamiles de Sri Lanka y los Ibos de Nigeria deben ser estudiados por su propia excelencia, y no ser sumados por contraste, ni ser vistos chocando con nuestros valores occidentales o como inferiores a éstos.

Los educadores transnacionalistas no tienen serios temores concernientes a la estandarización de la educación en las llamadas ciencias exactas. Tienen suficiente confianza en que lo que aprenderán los alumnos en las preparatorias de Kuala Lumpur, Malasia, sobre matemáticas, programación de computadoras, ingeniería, química y cosas parecidas, será exactamente lo mismo que aprenderán sus contrapartes en Inglaterra, Estados Unidos, Canadá, Alemania, España, América del Sur y Japón.

Por otra parte, en materias humanísticas con carga cultural como historia, literatura, arte, música, religión y ética, el educador transnacionalista se encuentra con mayores dificultades. Por ejemplo, en todas las áreas del mundo moldeadas por la civilización occidental, las escuelas han enseñado estas materias con lo que los Transnacionalistas consideran un "prejuicio" omnipresente. Es decir, desde un punto de vista occidental.

Se espera que un candidato para entrar a la universidad sepa sobre el *Hamlet* de Shakespeare y el Fausto de Goethe, sobre la Carta Magna y las guerras napoleónicas. Pero no se espera que cite los *Upanishads* de la India, ni que describa la perspectiva de Gautama Buda.

En resumen, la educación en las escuelas del mundo occidental sufre lo que los Transnacionalistas han comenzado a llamar "eurocentrismo", una perspectiva provinciana que se centra abrumadoramente en la cultura europea y occidental, desechando, mientras tanto, a África, Asia, Oceanía y América Latina. Solamente una mentalidad eurocéntrica diría, por ejemplo, que Colón "descubrió" América, como si no hubiera habido nadie en ese continente antes de que él llegara. O, de nuevo, la historia es eurocéntrica cuando los occidentales estudian sobre Japón, la India y China en términos de guerras colonialistas y otros encuentros que los europeos y norteamericanos han tenido con esos pueblos. Por el mismo principio, el arte africano es "primitivo" para el ojo eurocéntrico. Los niños de escuela aprenden sobre los viajes de Marco Polo al Oriente, pero nunca sobre Ibn Batuta, el musulmán del siglo catorce que viajó más extensamente y por lugares que Marco Polo no sabía ni siquiera que existían.

Todo eso, de acuerdo con la mente transnacionalista, debe cambiar. Y los educadores transnacionalistas se están ocupando de eso.

En todas las escuelas elementales y preparatorias de California, por

ejemplo, hay un nuevo currículum de historia universal, explicando los acontecimientos a través de ojos hispánicos, asiáticos y africanos; y se estudian extensamente las civilizaciones de China, la India, África y el Islam. En la Universidad de Stanford, los cursos de civilización occidental han sido extendidos para incluir la civilización oriental y africana. La Escuela de Música Juilliard de Nueva York, ahora tiene cursos sobre la música de Japón, África, la India y las islas del Pacífico.

La meta de cambios y adaptaciones tan extensos en los currícula educativos es educar a una nueva generación de hombres y mujeres que serán capaces de ver a las culturas no-occidentales no a través de una lente occidental, sino con los ojos de los pueblos que hacen esas culturas, o, por lo menos, con los ojos que los educadores transnacionalistas les atribuyen a los pueblos de esas culturas.

La educación, entonces, es vista como el primer paso para modelar una perspectiva verdaderamente global a partir de la cuna. Debe ser una perspectiva capaz de adaptarse, fácilmente y de acuerdo con las circunstancias, a un punto de vista que puede ser eurocéntrico o afrocéntrico, latinocéntrico o asiacéntrico. Una perspectiva que estará abierta a todas las formas culturales sobre una base igual.

Para convertir este paso educativo utópico en una realidad universal, idealmente se deberán usar los mismos libros de texto en todo el mundo, tanto en las ciencias exactas como en ¡as humanísticas. Y por cierto, una iniciativa concreta en asta dirección se ha estado realizando desde hace algunos años, emprendida por Informatik, una organización educativa con base en Moscú, y el Carnegie Endowment Fund.

En cualquier caso, cualesquiera sean los pasos específicos y los medios empleados para alcanzar la política transnacionalista de la educación global, esa misma política imagina un mundo permeado por la cooperación y la paz en nombre del desarrollo material constante y distribuido equitativamente, un mundo permeado por la libertad, que ya no es explotador, un mundo que permite la diversidad de las numerosas culturas (siempre que los valores culturales no tengan más peso que las exigencias económicas). Será un mundo que se regocija en la diversidad de las religiones (siempre que las diferencias teológicas jamás interfieran con los esfuerzos por alcanzar la versión transnacionalista de la paz).

Para el papa Juan Pablo, en esto la perspectiva transnacionalista y su línea de razonamiento son claros como el cristal. Si los Transnacionalistas tienen éxito completo en sus programas y políticas, todos vivirán y trabajarán en instituciones que serán globales en su organización y en su esencia misma. Las personas estarán haciendo "buena" banca, o "buena" ingeniería, o "buena" manufactura, si están realizando sus tareas en instituciones donde se han derrumbado todas las distinciones entre lo que es internacional y lo que es particular a cualquier nación o cultura o religión individual.

"Bueno" ya no estará cargado de un tono moral o religioso. "Bueno" simplemente será sinónimo de "global". Si no, ¿para qué sirve una educación?

Tal como Juan Pablo ve el futuro de esta agenda globalista, los cambios educativos no serán ni la mitad de ella. La fórmula transnacionalista de la educación es, en esencia, un paso en una tendencia para construir una infraestructura humana mundial sobre la que se pueda basar con alguna seguridad una economía global que realmente funcione.

Se pone el énfasis en la homogeneidad de las mentes, en la creación y alimentación de una mentalidad verdaderamente global. Si la economía del mundo va a ser global en el sentido transnacionalista, entonces aquellos involucrados en ella no se pued n permitir ningún provincialismo en la cultura y en la perspectiva.

Todos debemos volvernos pequeños transnacionalistas. En nombre de los intereses financieros y comerciales sobre los que se apoya nuestro mundo incluso ahora, se debe forjar una nueva mentalidad en los sistemas legales, en los sistemas monetarios, en los sistemas fiscales, en los sistemas de defensa, en los valores socioculturales y en las reglas y reglamentaciones demográficas. Las ideologías y sistemas políticos tendrán que ser modificados por los procesos naturales, evolutivos, que ya se están realizando.

Además, mientras que el papa Juan Pablo está tan consciente como cualquiera de las diferencias que hay en los métodos preferidos que discuten interminablemente estos dos grupos globalistas, persiste el hecho de que en los niveles más influyentes la cooperación entre Internacionalistas y Transnacionalistas supera con mucho cualquier diferencia entre ellos.

Ya sea que prefieren avanzar por el camino de una burocracia gubernamental más y más grande, o de un control más y más estrecho por parte de los sistemas gerenciales globales, ambos grupos estrechan filas cuando se trata de la recreación de nuestro mundo práctico. Y si hubiera cualquier duda concerniente, ya sea a su voluntad o a su poder para cambiar ese mundo a través de sus políticas radicales, los acontecimientos recientes aquietaron esas dudas.

Sólo una historia de caso, en realidad, es suficiente para mostrar lo estrechamente que se ensamblan entre sí la perspectiva y los esfuerzos de estos dos grupos globalistas. Y es más que suficiente para demostrar, también, el poder de estos grupos para modelar nuestro mundo y dictar la trama de nuestras vidas, tan profundamente como cualquier revolución.

El nombre de John J. McCloy no es palabra corriente. Probablemente, nueve de cada diez de nosotros sacudiríamos nuestra cabeza si ~los preguntaran qué ha hecho este hombre en la vida. Pero, tal como descubrió Bill

Moyers en su viaje con David Rockefeller, el anonimato es el compañero bien recibido de los hombres que operan a las alturas de poder donde John McCloy pasó la mayor parte de su vida.

En todo caso, no es la fama de McCloy o la falta de ésta, sino sus logros, lo que ilustran el comentario de Juan Pablo sobre el alcance global y las capacidades casi geopolíticas de estos globalistas en sus ambiciones, sus metas y sus políticas. Porque nadie fue un campeón más grande que McCloy de la fe ferviente de que las naciones pueden ser guiadas infaliblemente hacia un nuevo orden mundial, siempre que los propios talentosos y visionarios globalistas diseñen, instalen y mantengan entre las naciones un equilibrio controlado en relación con el crudo poder.

La carrera de John J. McCloy abarcó un periodo de sesenta y cuatro años, desde 1925 hasta su muerte reciente, el 11 de marzo de 1989. Después de servir en la Primera Guerra Mundial como oficial del Estado Mayor del general Guy Preston, John McCloy se graduó en la Escuela de Leyes de Harvard, y en 1925 ingresó a la firma conocida entonces como Cravath, Henderson y Gernsdorf (CHG).

CHG manejaba gran parte del trabajo legal que hizo posible que los bancos norteamericanos participaran en las iniciativas extranjeras para reconstruir Europa después de la Gran Guerra. Eso era interesante, sin duda. Pero probablemente McCloy escogió su punto de entrada con una mirada todavía más aguda. Paul Cravath era uno de !os fundadores del Consejo de Relaciones Exteriores (CRE). Y CRE era el lugar de encuentro natural para hombres como Cravath, Robert Lovett, Averell Harriman, Charles "Chip" Bohlen, George F. Kennan y Dean Acheson.

Con buenas razones, esos seis hombres en particular fueron homenajeados, en fecha tan reciente como 1986, por los autores Walter Isaacson y Evan Thomas en su libro Los *sabios: Seis amigos y e/mundo que crearon.* Pero lo que Isaacson y Thomas vieron después del hecho, John McCloy lo previó, por lo menos en términos de posibilidades generales, en 1925. En palabras de McCloy, Cravath. Henderson y Gemsdorf "era donde yo tendría una probabilidad de ir con la corriente".

Y fue con la corriente. Junto con Lovett y Harriman, McCloy ayudó a lanzar bonos para el Union Pacif!c Railroad, por valor de 77 millones de dólares. También estaba involucrado en ese esfuerzo el francés Jean Mon net, que entonces era un financiero internacional con Blair *E* Company de Nueva York y París, y que posteriormente fue uno de los arquitectos y primeros impulsores de lo que ahora conocemos como la Comunidad Económica Europea.

McCloy se convirtió en el abogado de Monnet. Juntos trabajaron en cuestiones de valores para las municipalidades europeas, y se fusionaron con Blair *E* Company en la Transamerica Corporation.

En 1935, a los diez años de haber ingresado a CHG, McCloy ya era un transnacionalista megacorporativo. Ese año, también se fusionó con los

internacionalistas. En realidad, se mudó al paraíso en la tierra, desde el punto de vista internacionalista: Washington D.C. En palabras de Isaacson y Thomas, ingresó a la tradición de "un grupo de experimentados internacionalistas. . . [que] vinieron de Wall Street y de State Street, y que por lo tanto comprendían bien la importancia de una economía global próspera y abierta, y el papel de Estados Unidos en un mundo semejante".

Un miembro de alto rango de ese grupo experimentado era Henry Lewis Stimson. Como Cravath, Stimson era uno de los fundadores del CRE. Y como McCloy, era un graduado de la Escuela de Leyes de Harvard quien descubrió su propio camino hacia el poder enrarecido en una firma legal, la firma del legendario Elihu Root, donde Stimson se convirtió en socio en 1897.

En 1941, con la Segunda Guerra Mundial ya en pleno fragor, Henry Stimson se convirtió en el secretario de Guerra de Franklin D. Roosevelt. El mismo año, John McCloy se convirtió en el subsecretario de Guerra de Stimson, con Robert Lovett como su contraparte en el mismo departamento.

Era obvio que en John McCloy había algo más que experiencia política y financiera. También estaba la perdurable mística del verdadero globalistá, un cierto fuego que es el equivalente del fervor religioso. Parece innegable que McCloy ardía con este fervor. El día que recibió la Medalla de Servicio Distinguido de manos de su jefe, el secretario Stimson, McCloy escribió en su diario que levantó la vista hacia "la mirada firme de Elihu Root" en el retrato que colgaba de la pared detrás de Stimson. "Sentí una corriente directa que pasaba desde Root a través de Stimson y hacia mí. . . ellos fueron los gigantes". El servicio durante la Segunda Guerra Mundial proporcionó a McCloy la arena que necesitaba para convertirse en un gigante dentro de la misma tradición, para convertirse en uno de los "Sabios" que a su vez sería reverenciado por otros aspirantes a globalistas.

John McCloy fue una figura esencial en decisiones fundamentales del tiempo de guerra, como el programa de Préstamos y Arriendos, que canalizó 15,000 millones de dólares a la Unión Soviética de Joseph Stalin, la internación de japoneses norteamericanos en campos de detención, el lanzamiento de bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki (una decisión sintomática de la política de equilibrio de los Sabios). Su energía era ¡limitada. Y como reconocía el propio Stimson, la autoridad de McCloy era igual a la suya. Cualquiera que quería avanzar en Washington tenía que "cruzar unas palabras" con McCloy.

A la inversa, participó de manera prominente en el despido del general George S. Patton, quien amenazaba con alterar el equilibrio de poder que el Washington de McCloy había determinado que debía reinar sobre la Europa de posguerra. Y en la posterior "acción policial" de Corea, fue una influencia decisiva en el despido, por decisión del presidente Harry Truman, del general Douglas MacArthur, quien amenazaba con una alteración similar en el Pacífico.

Después de un trabajo intenso y enérgico como socio en la firma Milbank, Tweed, Hope, Hadley y Miller -el brazo legal de la familia Rockefeller y de su Chase Manhattan Bank-, y como miembro del consejo del Union Pacific Railroad, de la Empire Trust Company y de la Rockefeller Foundation, era la elección natural para suceder a Eugene Meyer como presidente del Banco Mundial, en 1946.

Ya era una figura de enorme experiencia y poder en los asuntos globales, y un maestro en los métodos tanto de los Internacionalistas gubernamentales como de los Transnacionalistas corporativos, y sin embargo las contribuciones más grandes y de mayor alcance de McCloy todavía estaban por llegar.

En 1948, el presidente Truman nombró a McCloy en el cargo de posguerra de alto comisionado para Alemania Occidental. Tal como lo veía el propio McCloy, ahora tenía "el poder de un dictador, como Alto Comisionado de las Fuerzas Aliadas en Alemania Occidental". Rastrear la influencia de John McCloy a partir de este punto, es rastrear algunos de los acontecimientos más significativos en la historia mundial después de la Segunda Guerra Mundial.

Dentro de la tradición del equilibrio de poder con la que estaba totalmente comprometido, la reconstrucción de la A,emania de posguerra realizada por John McCloy se convirtió, posiblemente, en la política individualmente más importante para el mundo occidental. Hoy, de hecho, la Alemania Occidental de McCloy es el elemento clave en el destino de la Comunidad Europea que ha de quedar soldada en 1992. Es el elemento clave en el destino inmediato de la OTAN. Y es el elemento clave también en el destino del gorbachovismo.

Como internacionalista de primer orden, McCloy fue un arquitecto clave del Plan Marshall. Hizo el borrador de las propuestas del Club Ausable que delineaban los términos para el control de armamentos soviético-nortearrierricano. Fue uno de los principales motores detrás de la creación de la OPEP. Negoció los primeros acuerdos que resolvieron la crisis de los misiles cubanos... otro ejemplo rnás de que era la encarnación de la política de los Sabios concerniente al equilibrio del poder.

Mientras tanto, como un transnacionalista con pocos iguales, McCloy era consejero general de las fabulosas "Siete Hermanas", las compañías petroleras; un papel transnacionalista que ensamblaba perfectamente con su papel internacionalista en la creación de la OPEP. Originó muchos de los proyectos del "Nuevo Orden Mundial" como presidente de la Fundación Ford. Fue un participante activo en la primera organización que hizo Jean Monnet de la Comunidad Económica Europea (CEE). . . él la llamó "El Estados Unidos de Europa". Presidió la fusión del Chase National Bank con otro banco de Rockefeller, para formar el tercer banco más grande del mundo de esos días.

Tomando todo en cuenta. entre los estadistas Internacionalistas y los

empresarios Transnacionalistas de la era de la segunda posguerra, sería difícil encontrar otro individuo que ejerciera tal poder e influencia por sí solo como McCloy. Aquellos a los que promovió llegaron lejos: Robert McNamara, por ejemplo, y Henry Kissinger, Dean Rusk, Eugene Black y George D. Woods, para nombrar sólo a algunos. Participó y tuvo influencia en la Comisión Warren, que investigó el asesinato del presidente John Kennedy. Ejerció una función personal en la selección del gabinete del presidente Richard Nixon.

Tan impresionantes eran los logros de McCloy -por cierto, a los ojos de muchos de sus colegas, tan sobrehumanos-, que inspiraba en otros ese mismo fervor casi religioso que él mismo experimentó en la oficina de Henry Stimson, en Washington, cuando levantó la vista hacia "la firme mirada de Elihu Root".

En el homenaje de gala que se le hizo a McCloy en ocasión de su nonagésimo cumpleaños, Henry Kissinger lo llamó "el Primer Ciudadano del Consejo de Relaciones Exteriores", y muchas cosas más. Ahondando en esa mística casi religiosa que enciende la visión y el fervor globalistas, Kissinger continuó: "Creo que John McCloy oyó las pisadas de Dios a medida que avanzaba en la historia, y aquellos de nosotros que no fuimos lo suficientemente humildes o que no tuvimos el oído suficientemente agudo, tuvimos el privilegio de saber que, si seguíamos sus pasos, estábamos en el camino de hacer el trabajo de Dios".

Con los logros ciclópeos de este Sabio y de sus colegas como un ejemplo de la visión y del poder globalista, es difícil estar en contra de la posición del papa Juan Pablo de que, a pesar de todas sus diferencias, los Internacionalistas y los Transnacionalistas persiguen las mismas metas esenciales. Y es difícil sostener que el Papa no necesita evaluar a estos globalistas como contendientes serios para él y Mijaf Gorbachov en la arena del juego final del milenio.

Sin duda, los observadores y comentaristas más influyentes consideran actualmente que estos grupos globalistas tienen la influencia predominante en la formación de nuestro mundo en el futuro próximo. Y con buenas razones. Porque ya han establecido que el desarrollo es el principio motor de nuestras vidas como individuos y como ciudadanos de naciones en un globo que se encoge.

Más aún, han logrado fijar al propio desarrollo a su creación del trípode del comercio, las finanzas y la seguridad física internacionales, y han incrustado la misma idea del equilibrio promovida por McCloy como la única clave para nuestro bienestar global. Cualquier cosa que altere el equilibrio del trípode del comercio, las finanzas y la seguridad física, es entendida como una amenaza para el mundo como un todo, y para cada nación como parte de ese todo. Todos deben cooperar, o todos sufrirán.

Cuán omnipresente se ha vuelto esta perspectiva globalista, se puede ver en el hecho de que prácticamente todas las naciones son definidas, y se definen así mismas en términos del lugar que ocupan en la escala mundial del desarrollo material. Todos están de acuerdo en que naciones como Etiopía y Madagascar, por ejemplo, son "subdesarrolladas". Que naciones como la India, Pakistán y Filipinas están "en vías de desarrollo". Que naciones como Arabia Saudita, Chile y Noruega son "desarrolladas". Nadie duda de que la característica más importante de Estados Unidos, Japón, el Reino Unido y Alemania Occidental es que son naciones "avanzadas". Y nadie duda, tampoco, de que en cada caso esas etiquetas tienen que ver, exclusivamente, con la acumulación de la riqueza y con la disponibilidad mayor o menor de bienes y servicios. Porque ésa es la definición globalista básica y aceptada del desarrollo mismo.

A medida que las naciones se enchufan con éxito en el sistema del trípode, progresan hacia arriba en el árbol evolutivo del desarrollo. Y en esta perspectiva globalista, no es necesario decir que, si la promoción y la igualación de esa evolución requiere una progresiva homogeneización de los valores y de la conducta que a algunos les parece dolorosa, es un pequeño precio que pagar, al fin, por los beneficios materiales que todos disfrutaremos en la aldea global uniformemente desarrollada.

El papa Juan Pablo no condena categóricamente las metas que buscan esos globalistas. Admite rápidamente que algunas de esas metas pueden ayudar a aliviar las condiciones que hacen que hoy la vida sea "solitaria, pobre, repugnante, brutal y corta", según las palabras de Thomas Hobbes, para alrededor de dos mil millones de seres humanos. Juan Pablo se refiere a condiciones tales como la pobreza, la enfermedad, la desnutrición, la contaminación ambiental, los salarios y las condiciones de vida inadecuados. En esas áreas y otras similares, Juan Pablo parece ver los objetivos globalistas de estos grupos como algo benéfico para la humanidad como un todo.

Al mismo tiempo, sin embargo, también sabe que la perspectiva transnacionalista, que busca admitir a los países en desarrollo rápidamente como socios activos en la tarea de administrar la economía global, no está motivada por impulsos humanitarios ni morales. Más bien, es una cuestión de necesidad estratégica, si se quiere alcanzar y mantener el equilibrio del trípode. Porque si casi cuatro de cada cinco seres humanos siguen siendo excluidos de la "buena vida", la propia economía del trípode global no escapará a los golpes mortales de los conflictos regionales y del terrorismo estatal organizado.

Más aún, como la "buena vida" es el alfa y el omega del ímpetu global, el papa Juan Pablo interviene fuerte y frecuentemente con la crítica de que "la mera acumulación de bienes y servicios, aun en beneficio de la mayoría, no es suficiente para la realización de la felicidad humana".

Por cierto, el Papa resume un error fundamental, de los Transnacionalistas en particular, como "superdesarrollo", que "consiste en todo tipo de bienes materíales para el beneficio de ciertos grupos sociales" y que "fácil mente hace a las personas esclavas de sus 'posesiones' y de la gratificación inmediata, sin otro horizonte que la continua multiplicación y continuo remplazo de cosas que ya se tienen por otras todavía mejores".

Juan Pablo también les da su mérito a los Internacionalistas por sus esfuerzos por forjar alianzas más estrechas entre las naciones y entre los bloques. "Somos una sola familia", comenta a menudo el Pontífice. Y todo sería para bien si una unión más estrecha e íntima de todas las naciones en la colaboración económica y financiera, fuera eficaz para eliminar las barreras del nacionalismo egoísta, introvertido.

Sin embargo, si tal colaboración implica necesariamente el control artificial de los nacimientos y las técnicas de planeación familiar, junto con los siempre nuevos "experimentos" genéticos y eugenésicos, entonces la apro bación del Papa de la característica globalista se detiene sobre la marcha. Y él sabe, en dólares, lo que están dispuestos a derramar los Transnacionalistas en tales esfuerzos.

A pesar de las críticas papales, entre nosotros se impone más y más la convicción transnacionalista de que cualquier punto de vista debe ser considerado un "prejuicio" nocivo si altera el equilibrio material sobre el que descansa la estabilidad económica mundial. Y esa convicción se extiende no sólo a la educación general y a lo que ahora llamamos "cultura corporativa", sino por lo menos en forma igualmente profunda a las áreas política, religiosa y moral de nuestras vidas donde, hay que reconocerlo, es muy probable que brote el "prejuicio".

Cada vez más, a medida que esta visión materialista se vuelve más omnipresente, los elementos más vitales en la vida personal, económica y social de cada individuo, en cada nación, son afectados, para bien o para mal, por las decisiones que fluyen desde la mentalidad y los objetivos de los administradores globales.

A medida que el "prejuicio" religioso y moral es borrado de nuestras vidas, es evidente que el individuo no puede sino quedar afectado por un torrente masivo de modernidad. Lo que cada uno valora en la vida -lo que es "bueno" y "malo", el propio foco del significado de la vida- debe desplazarse de su lugar tradicional. Debe alejarse de todo lo que trascienda la escena humana, de todo lo que una vez estuvo identificado con el Dios de la religión, de las leyes de Dios y de las exigencias de esa religión. Debe alejarse del respeto del individuo hacia la familia, y de todo el consenso ético de pueblos enteros que hasta ahora estuvo teñido por la religión.

Juan Pablo ve algunos de los primeros efectos que hay que esperar de esta profunda dislocación, en lo que ahora se llaman (de una manera suave

y desprejuiciada) los nuevos "estilos de vida" que ya han penetrado tan profundamente en las vidas personal y social de muchas naciones.

Las consideraciones morales han sido básicamente ignoradas o arbitrariamente redefinidas en medio del clamor global que rodea temas tan profundos y frecuentemente controvertidos como la igualdad sexual de hombres y mujeres, las madres solteras, el derecho de la mujer a su propio cuerpo, la creciente aceptabilidad en todo el Occidente de la RU-486 (la nueva píldora autoabortiva), los vientres en renta, la vivisección de fetos, la cosificación y experimentación fetal, los derechos homosexuales, la muerte con dignidad, la eutanasia, el suicidio legalizado, el carácter inaceptable de la pena de muerte.

Con la experta ayuda de organizaciones globalistas, se promueven los abortos forzados y la esterilización en China y en la India, como cuestiones que no tienen nada que ver con la moralidad, aparte del "imperativo moral" globalista del control de la población en bien del desarrollo global. En esos países y en otras partes, el gobierno de Estados Unidos solo gastó hasta quinientos mil millones de dólares del tesoro público, cada año, en la promoción continua de los métodos de control natal.

Si los programas de amplio alcance de estos dos grupos globalistas se desarrollan sin control, el papa Juan Pablo ve el resultado inevitable para todos nosotros en términos que son mucho menos benignos que el cuadro que nos pintan los Internacionalistas y los Transnacionalistas.

Como muestra el ejemplo de John McCloy y de los Sabios, las actividades de estos grupos están estrechamente unidas en el nivel de la creación de los sistemas prácticos para el logro de su visión de un mundo globalista equilibrado. Inevitablemente, por lo tanto, de sus esfuerzos emerge un programa gerencia¡ específico y en expansión.

Si se los lleva a su conclusión lógica, los métodos y programas de cualquiera de los dos grupos apuntan, para el papa Juan Pablo, hacia una condición humana que será irreconciliable con los principios cristianos e irreconciliable, también, con los principios generalmente admitidos de la dignidad y de los derechos humanos.

A medida que los ejes morales de las actitudes y del comportamiento personal, social y político son desplazados de manera completa, tanto los grupos Internacionalista como Transnacionalista parecen tomar fácil y naturalmente el matiz de una ideología tan férrea como cualquiera de las ideologías clásicas conocidas por nosotros a través de la historia. Es una ideología que uno duda en clasificar, pero que tiene exigencias y condiciones relativas a la autoridad suprema en el mundo y que, por lo menos por deducción, entraña prejuicios y conclusiones sobre esos temas elementales que siempre han dividido a la humanidad.

La vida y la vida del más allá es uno de esos temas. Todo el significado

de la vida, su propósito y significación, el significado del valor personal y del honor humano, los derechos humanos, el propósito y los medios del gobierno político. Todos éstos son temas involucrados en la ideología globalista que impulsa a los Internacionalistas y Transnacionalistas.

En las evaluaciones más francas del papa Juan Pablo, la tendencia inherente a ambos grupos a construir sistemas supranacionales para el establecimiento y mantenimiento de lo que ellos ven como nuestro bienestar global, debe conducirnos a un horizonte completamente nuevo para todos los hombres y mujeres: una tierra dominada por una nueva burocracia internacional que dirija y controle a cada ciudadano y a cada nación "por el bien de todos".

A medida que los sistemas Internacionalista y Transnacionalista se extienden cada vez más, formando una creciente red para la vida y la actividad humana, todos llegamos a estar sujetos a un número creciente de cuerpos internacionales creados para administrar esta estructura.

Por su propia naturaleza, el programa Internacionalista solo, implica la creación de oficinas administrativas colocadas en órbitas compartimentalizadas en toda una red de naciones que se estrecha cada vez más. Hasta Lester Thurow, de Harvard, admite que si el mundo avanzara hacia la creación internacionalista de tres áreas regionales -América del Norte, Europa y Japón-, sus tres monedas dominarían la escena. Pero aun sin esa cúpula omnicomprehensiva, no hay observador de los acontecimientos mundiales que sea pensante y que no espere que los bloques comerciales de naciones se extiendan en beneficio de las posiciones competitivas de todos los interesados, en lo económico, financiero e industrial.

A pesar de todas sus debilidades, sus riñas y su progreso a tropezones, hasta esas asociaciones regionales que ya existen -el Parlamento Europeo y la Organización de Estados Americanos, por ejemplo-, se están volviendo más complejas, a medida que los problemas y los acontecimientos regionales les plantean crecientes exigencias. Las incipientes secciones administrativas de las Naciones Unidas ya operan sobre una base casi global con los sectores de la vida económicos, sociológicos, educativos y militares; y se espera que ellas, también, reciban poderes más amplios.

Por lo tanto, para el papa Juan Pablo, la importancia de estos globalistas en el juego final del milenio tiene muy poco que ver con las diferencias en sus áreas preferidas de actividad. Para el Pontífice, estos grupos globalistas son como dos ojos que miran desde la misma cara.

Con seguridad, el objeto de los globalistas que persiguen confiadamente sus agendas para la construcción de sistemas es un objeto benévolo. Porque, junto con Juan Pablo y otros, ellos reconocen que a medida que tengan éxito sus programas globalistas el "ciudadano promedio" y la "nación promedio" ya no serán capaces de hacer frente, sobre la sola base de sus propios recursos, al carácter mundial de las fuerzas económicas, financieras y políticas.

Así, los Internacionalistas ven a su red de pactos y alianzas, que sigue ampliándose, como algo esencial para servir a los "mejores intereses" de la nación promedio y para "proteger" al ciudadano promedio del daño y la destrucción que pueda recibir de esas fuerzas mundiales.

El programa de construcción de sistemas de los Transnacionalistas, mientras tanto, tiene una fuerte tendencia en la mismísima dirección. Aunque, como grupo, los Transnacionalistas pueden retroceder ante las implicaciones políticas colectivistas de la agenda Internacionalista, las corporaciones supranacionales y los globalistas empresariales ya están bien avanzados en las primeras etapas de su propio programa para la dirección de los asuntos humanos. Y porque se dirigen al mísmo tipo de homogeneización y comparten la misma ideología fundamental, los Transnacionalistas son muy felices al beneficiarse por un tratado aquí, una alianza allá, una asociación regional o de bloques entre las naciones una y otra vez.

Ciertamente, los Transnacionalistas no intentan terminar con las burocracias gubernamentales correspondientes, sin embargo. Prefieren que el producto terminal sea más bien de la naturaleza de sistemas privados, no gubernamentales, para la reglamentación global del comercio, las finanzas y la industria, sistemas ya suficientemente bien en marcha, como descubrió Bill Moyers para su inocente sorpresa, como para poder dictar el flujo diario de capitales y bienes en todo el mundo. Éstos son sistemas ya suficientemente bien en marcha como para afectar la educación y los hábitos culturales en una escala amplia, si no universal; sistemas que no están sujetos (como lo están, de manera importante, los tratados y otros acuerdos gubernamentales) al flujo y reflujo del consenso político, moral o ético.

Por lo tanto, para Juan Pablo hay muy poco para elegir entre estos dos grupos. Si uno de ellos prevaleciera sobre el otro -o si simplemente fueran a continuar con su actual cooperación *de facto*- las consecuencias serían muy similares.

En ambos casos, la meta es la interdependencia global entre todas las naciones. Para hacer de la interdependencia una realidad verdadera y en funcionamiento, la homogeneización que ya está en camino en nuestras vidas debe progresar y profundizarse. Y para alcanzar una mayor homogeneización, más severa -en algunos casos, total-, habrá que introducir modificaciones en la forma en que cada nación se gobierna actualmente a sí misma e interactúa con el mundo.

Ya sea en el libreto de los Internacionalistas o en el de los Transnacionalistas, por definición, todos estaremos sujetos a un número creciente de organismos internacionales creados para administrar nuestro bienestar global. El futuro de las naciones será administrado sobre un formato global cuadriculado y predecible.

En otro libreto, el primero y el último orden del día, hasta en la conducción de los asuntos nacionales y locales, serán las exigencias globalistas del equilibrio internacional. El bien de cada nación dependerá de él.

En razón de que las diferencias políticas dentro y entre las naciones tienden a dislocar el progreso hacia el equilibrio global, tales diferencias serán inexorablemente disminuidas y finalmente eliminadas. El bien de cada nación dependerá de ello. Siendo ése el caso, según la tradición ejemplificada por John McCloy y los Sabios, los expertos globales estarán en el frente cada vez más, local y nacionalmente así como internacionalmente. El bien de cada nación dependerá de su pericia.

Hasta en las naciones con un sistema parlamentario de gobierno, la función de lo que ahora vemos como la "leal oposición" se volverá básicamente simbólica. Porque esas naciones dependerán tanto como todas las demás del entrecruzamiento global de equilibrio y protección. El bien de cada nación dependerá de ese equilibrio y de esa protección.

Al papa Juan Pablo no le resulta difícil imaginar los lineamientos finales de un mundo globalmente interdependiente, forjado por medio de la homogeneización y la reglamentación globales. Él prevé que el resultado de tal proceso será algo que le parecerá repugnante, y que estará completamente en contra de los valores religiosos, morales y humanos que él, como Papa, está obligado a defender. No es muy sorprendente que Juan Pablo no esté solo en su pensamiento. Sin duda, quizá el mejor resumen del resultado que prevé el Papa, fue dado por el difunto Paul M. Mazur, un hombre con credenciales profesionales que rivalizaban con las de cualquier internacionalista.

Socio de la firma de los hermanos Lehman, de Wall Street, y un economista y banquero que estaba tan familiarizado con los salones del poder Internacionalista y Transnacionalista como el propio John McCloy, Mazur vio que los sueños globalistas de sus colegas más poderosos iban tomando un aspecto cada vez más sombrío. Hace más de una década, en 1979, en su libro, *Negocio inconcluso,* Mazur previó que, a medida que el sistema de interdependencia entre las naciones crecía en complejidad, de la misma manera la burocracia internacional necesaria para controlar ese sistema crecería en alcance y autoridad.

En el libreto de Mazur, "finalmente, al gran número de oficinas gubernamentales que tendrán sus órbitas en la atmósfera de nuestro planeta, no se les podrá permitir la libertad de competir y entrar en colisión entre sí. Así, para controlar las diversas burocracias requeridas, se desarrollará un politburó, y sobre esta organización grupal es probable que surja el árbitro único y final. . . el amo del orden, el dictador total".

Los que jamás hemos vivido dentro de un sistema tan férreamente centralizado, vasto y colectivista, como el que Mazur estaba describiendo -que estaba casi prediciendo, en realidad-, no podemos ni siquiera imaginar cómo sus detalles afectarán nuestras vidas diarias. Pero Juan Pablo no necesita imaginar esos efectos.

No necesita usar su imaginación porque vivió gran parte de su vida en el corazón mismo de un sistema semejante, ideológicamente basado. Además, no necesita usar su imaginación porque, como el hombre que ahora se sienta en el centro gobernante de la universal, antigua y profundamente experimentada Iglesia católica romana -y en el centro de la cancillería más antigua del mundo- Juan Pablo tiene intimidad con lo más cercano que hay, en términos prácticos, a la memoria y a la sabiduría racial. Además, él tiene fuentes de conocimiento y de ilustración negadas a los mortales ordinarios. Está profundamente consciente de las realidades históricas. Y está mucho más profundamente consciente de los planes que se están creando y de las cosas por venir, que más de un gobierno u organismo administrativo -niños recién nacidos cuando se los compara, en memoria y experiencia, con el Vaticano- que está intentando guiar los asuntos humanos por los caminos del globalismo evolucionario.

Y finalmente, el papa Juan Pablo no tiene que usar su imaginación, porque el propio ímpetu actual de la vida internacional lo persuade de que el libreto bosquejado por Paul Mazur no está más allá de la capacidad y de los esfuerzos cooperativos de los grupos Internacionalista y Transnacionalista, sin importar cuán benévolas puedan ser sus intenciones para el bien de todos nosotros.

Claro está que a todos les gustaría hacer a un lado ese libreto como nada más que una hipérbole y especulación. Al propio Juan Pablo nada le gustaría más. Pero, por admisión de casi todos aquellos a quienes concierne, el bien de las naciones ya depende de lo que se parece mucho a una economía global, y la proyección de Mazur de una de las formas que podría tomar esa economía global, debe ser considerada con frío realismo.

Finalmente, se pone en claro, a partir de las observaciones, análisis y proyecciones del Papa, que, a menos que se caiga el cielo, él no sólo espera que tengamos una economía global unificada, sino que ésta descansará en algo más que una verdadera zona de comercio mundial. Descansará sobre principios cuidadosamente calibrados de homogeneización, armonización y equilibrio entre las naciones. Estos principios tendrán. que estar alojados en una vasta red de organizaciones financieras, industriales, comerciales y culturales extendida globalmente, diferentes entre sí, pero organizadas en una jerarquía de poder de acuerdo solamente a la magnitud de sus operaciones.

Para Juan Pablo, todos los indicadores apuntan hacia un sistema que finalmente no podría tolerar a ninguna organización que estuviera implacablemente en contra de los principios más valiosos de ese propio sistema. Cuánto menos, entonces, podría tolerar un sistema semejante a una organización que pretende no solamente ser independiente de su control, sino estar dotada con la palabra final sobre el valor humano de ese mismo

sistema globalista. Sin duda, por definición, una organización así sería considerada como el enemigo total del sistema. Y, por definición, la institución católica romana encabezada por el papa Juan Pablo es precisamente esa organización.

Ya, y en muchas ocasiones, el Papa ha dejado en claro que ni él ni su iglesia van a ser homogeneizados en esos sectores de la vida humana donde él proclama tener un mandato único y absoluto otorgado por el Cielo. En todas las fases de la educación, en todos los aspectos de la conducta moral y en todas las cuestiones sobre las verdades últimas que dan apoyo a la vida y la muerte de cada ser humano, este hombre reclama para su persona papal el derecho, el privilegio, el deber y la debida autoridad para erigirse como juez. Ninguno de los factores presentes ni de las implicaciones futuras del ideal Internacionalista-Transnacionalista está fuera de ese reclamo ni exento de ese juicio.

Cualquier intento de administrar la provisión mundial de alimentos por medio de las nuevas técnicas para disminuir los nacimientos humanos, caen dentro de su esfera como juez. A todos los planes para librar a la educación de todo contenido genuinamente religioso y moral, o de sustituir lo que éi considera que son las leyes éticas reveladas por Dios por una ética racional, los rechazará y se opondrá a ellos.

Más aún, hará todo esto siguiendo normas que él insiste que le han sido reveladas por Dios a él como su vicario en la tierra, normas confiadas a su principal cuidado y, si fuera necesario, a su solo y supremo dictamen.

En la mente de Juan Pablo no hay duda de que los grupos Internacionalista-Transnacionalista son Globalistas Genuinos, que deben ser considerados a un nivel diferente de sus contrapartes, los Globalistas Provinciales y Globalistas a Cuestas. Porque si el programa general Internacionalista-Transnacionalista fuera seguido por lo menos por Estados Unidos, una Alemania reunificada y Japón, como las principales potencias económicas y financieras entre las naciones de hoy -y ellas tres no hicieran concesiones al regionalismo ni al nacionalismo exclusivista ni al proteccionismo rabioso-, entonces Juan Pablo imaginaría algo más que otro simple contendiente en la arena globalista.

Imaginaría un tercer competidor genuinamente geopolítico en el mundo hacia el final del segundo milenio; cuyo objetivo es la creación de una mentalidad común a millones de seres humanos en todo el globo, y de un sistema gerencia¡ capaz de imponerse como el factor principal que condicionará y dirigirá la forma de la nueva sociedad de naciones. . . la aldea global. En la mente de Juan Pablo no hay duda de que por ese tiempo habrá un cuarto y formidable competidor, China continental, dominada por el PC de China.

La certidumbre férrea de Juan Pablo -que se deriva de su fe católica y de su calidad personal como único vicario de Dios entre los hombres- es que cualquier esfuerzo humano que no está finalmente basado sobre las enseñanzas morales y religiosas ce Cristo debe finalmente fracasar.

La pregunta, por lo tanto, es si en los salones de operaciones globalistas de los grupos Internacionalista y Transnacionalista se escucha el extraño sonido de las pisadas genuinamente geopolíticas. La pregunta que debe hacerse es si esos dos grupos pueden crear para sí una posición que los colocará en contienda directa -una contienda de carácter final- con la forma revitalizada de marxismo-leninismo introducida por Mijaíl Gorbachov, y con el propio y asediado catolicismo romano del papa Juan Pablo. No habrá una auténtica contienda geopolítica entre el gorbachovismo y los leninistas chinos, sólo una maniobra por el orgullo del lugar que ocupe cualquiera en el desfile final de la victoria del marxismo.

Finalmente, la pregunta que está detrás de todas las demás es si otros acontecimientos geopolíticos no contemplados ni remotamente por Internacionalistas y Transnacionalistas, marxistas soviéticos o chinos, no sobrevendrán a la sociedad de las naciones antes incluso de que globalistas tan poderosos como éstos tengan tiempo de crear el mundo feliz del tecnócrata y del economista y del gerente financiero.

Quinta Parte

Arenas movedizas

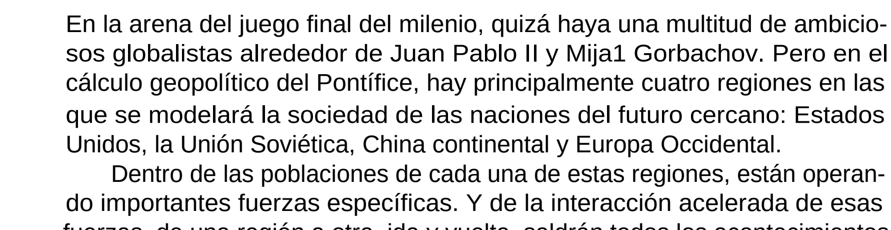




18

Las fuerzas del "Nuevo Orden": el secularismo





En la arena del juego final del milenio, quizá haya una multitud de ambiciosos globalistas alrededor de Juan Pablo II y Mija1 Gorbachov. Pero en el cálculo geopolítico del Pontífice, hay principalmente cuatro regiones en las que se modelará la sociedad de las naciones del futuro cercano: Estados Unidos, la Unión Soviética, China continental y Europa Occidental.

Dentro de las poblaciones de cada una de estas regiones, están operando importantes fuerzas específicas. Y de la interacción acelerada de esas fuerzas, de una región a otra, ida y vuelta, saldrán todos los acontecimientos principales que afectarán al papado personificado por Juan Pablo, todos los acontecimientos que afectarán, por lo tanto, la salvación espiritual que él proclama representar para toda la humanidad.

Si la consideración del futuro que hace Juan Pablo incluye términos tan tajantes como "regiones" y "fuerzas", no se debe a ninguna indiferencia papal hacia los individuos... a sus condiciones de vida, sus necesidades, sus derechos, sus esperanzas. La verdad es lo opuesto, en realidad. Juan Pablo piensa y habla sobre las regiones, y sobre las fuerzas que operan en ellas, sobre el mismo principio que está detrás de su insistencia sobre la existencia de "estructuras pecaminosas", que subyace en las relaciones de hombre rico/hombre pobre y pordiosero/ladrón que hay entre las naciones.

En otras palabras, esos términos significan realidades para Juan Pablo. Significan los propios hombres, mujeres y niños que él ha visto alrededor de todo el mundo, y que están actuando de una manera común y que puede observarse. Cuando él habla de las fuerzas que operan en las regiones, esos términos encarnan las vidas de individuos que se comportan de una manera concertada, se desarrollan siguiendo lineamientos comunes, se mueven en

la misma dirección general, y que ahora lo hacen casi Tclusivamente p or razones económicas, financieras, políticas o demográficas, o por una com. binacíón de dichas razones.

Quiera o no quiera, el papa Juan Pablo ha descubierto que, a nivel geopolítico, no hay otra forma de abarcar el enorme flujo de circunstancias concretas que ahora afectan a nuestro mundo práctico y a su Iglesia, dentro de ese mundo. No hay otra forma en la que pueda llegar a juicios políticos de conjunto, que sean prácticos, en el plano verdaderamente gecpolítico.

Y en consecuencia, no hay forma de explicar el punto de vista de Juan Pablo, de echar un vistazo a lo que se enfrenta en el juego final del mílenio, o de explicar sus juicios políticos, si no es comprendiendo la forma en la que él ve a esas cuatro principales regiones del mundo y las fuerzas que ahora operan en cada una de ellas.

La evaluación sumaria que hace Juan Pablo de las regiones involucradas tiene, en un sentido, la fluidez de una ecuación matemática. Como no tiene intereses políticos, económicos o financieros, están ausentes de él las fuertes emociones que generalmente rodean esos temas para los demás líderes. Pero hay una constante en la ecuación del Papa, un coeficiente sumamente importante que antepone a su evaluación de estas fuerzas regionales, y lo hace con la certeza de que, en sí mismo, ese coeficiente está más allá del alcance de las emociones comunes y del razonamiento más lúcido que pueda realizar cualquier hombre o grupo de hombres.

En la perspectiva de Juan Pablo, esas fuerzas que emanan de entre las naciones, aparecen como las influencias modeladoras, los arquitectos impersonales que están construyendo una estructura nueva para alojar a la so ciedad de las naciones. Juan Pablo sabe: cualquier cosa que sea que esas fuerzas estén forjando, ya ha sido (inclusive antes de que comenzaran a trabajar) incluida dentro de una estructura de salvación en la mente que todo lo abarca y en la irresistible intención de Dios.

Ese factor, de acuerdo con Juan Pablo, antecede a toda actividad humana, y será el determinante final de la efectividaJ de la actividad humana de los hombres. En un papa católico romano, no es un factor sorprendente. Pero debe ser entendido claramente.

No es una creencia vaga y general de que, no importa lo que hagan los hombres, no importa qué tipo de estructura organizan esas fuerzas humanas, Dios irá más adelante y hará lo que Dios quiera. Con frecuencia, los creyentes piensan y hablan (y, con la misma frecuencia, los no creyentes entienden que creyentes como Juan Pablo siguen el mismo pensamiento) como si Dios fuera el Técnico Final, que el Desesperado Dueño de la Casa llama cuando, por su estupidez y arrogancia, pensó que podía arreglar la gotera del techo, y ha terminado flotando dentro de su propia casa, invadida

ahora por laas destructivas aguas de i, ` , Compone-
dor de Mallos Asuntos, el Llanero j, ~L parecía la
muerte y el l desastre, el Héroe del Ú s el Dios de
Juan Pablo:' in

Tampoco Jebe enmarcarse el ,S', ±ruir la torre
del argumerntode la Torre de Babel, 'JItir rado por la
de sus suefhosgeopolítícos. Por su` una afrenta
arrogancia, alentado por el orgullo, k' momento
que Dios nito puede tolerar y no tti; 'P1' éxito en su
crucial, justlamente cuando parece empresa sirn dios, llegará y, con unS \ 'un , ocio lo que
ellos hacen,, confundirá sus planes, ,,\ole rabies y los
dispersará cconno si fueran pigmeos ', q una fuerza
ınfinitamentite superior. No es así Q la, e I plan y las
ıntenciones delDíos que adoray sir, de en un Dios
de salvaciórn que tanto amaba al "tii,,b`,, e s que en él
había, que eel propio hijo de Dios rn~ or rn bres pudie-
ran vivir etearnanente. v

Ya sea ¡que alguien comparta c 1ur,
Juan Pablo„ debe entender esa c:or-, Urr. i cen bajo el
está basadau. Essimplemente éste: ll~ le más mí-
impulso de estas fuerzas regionaler~' ,VI,, -r, el plan de
nimo-, hassidc previsto e incorpo R)Psar de las
salvación dee Dos. El deseo final ho°
acciones y Icogres de los hombres, s~ s

Es muy cierto que en la pers,pE, rac las acciones
actuales de i los hombres hay un elenín, de , su convicción
de que en muestra situación geopoat~ in`. te-- la vida de
Juan Pablo- una intervención dire~o,, , ct regiones del
mundo, con i Rusia como su punto c~e'. g iones de la
tierra del hommbre profundamente af1~ ór1 enfocada.
Pero no seráá ura intervención estilar cu parecido a la
separación cde gas aguas del Mar 1".en amente los
Elegidos esc;aparan a la destrucción ~eq Pablo es un
Dios de amor r, sin duda, es el mismo.. b intervención.
Habrá un Appocelipsis, la clara fe'vq, Rcj al y el mal
consumado :sonirreconciliables. Pen, 11E,- 1s los aconte-
cimientos re(glorales, ese Amor este, +, Aa, para llevar el
actual drama dE las cosas hurrana arnteado por
Dios. ro á , s

Para aquellos que no entienden la w,) conocen su
convicción, lilógicamente pueden se,` bs ervaciones

vi

generales que hace sobre las cuatro regiones y las fuerzas que actúan en ellas, especialmente para aquellos que son partidarios de una u otra de esas fuerzas. Porque, en cada caso, el cambio que Juan Pablo subraya es fundamental. En algunos casos, hay cambios que considera catastróficos por sus actuales efectos sobre las vidas de los hombres, mujeres y niños comunes.

En términos generales, dentro de las naciones de las cuatro regiones, la observación de Juan Pablo es que todas las antiguas verdades que imperaban, están siendo cambiadas. En algunos casos, están siendo liquidadas. Y todos los antiguos símbolos -esas abreviaturas comunes por medio de las cuales poblaciones enteras expresan y comparten esas verdades- están siendo cambiados y liquidados, también.

Si alguna vez hubo una nación que viviera de acuerdo con esos símbolos, ésa fue Estados Unidos.

En Norteamérica, la fuerza militar era un hecho, pero era algo más. Era un símbolo de un poder que alguna vez perteneció únicamente a ese país. Pero ahora ese poder ha sido distribuido entre otros. En Norteamérica, la democracia hecha por el hombre era un hecho, pero era algo más. Era el ideal para los pueblos sin libertad de otras partes. Pero la democracia en Estados Unidos está padeciendo enormes tensiones. En las municipalidades y gobiernos estatales, en el Capitolio y en la Casa Blanca, y en las tres ramas del gobierno -ejecutiva, legislativa y judicial-, se están imponiendo realineamientos que son demasiado profundos para pasar por otro pequeño desplazamiento en el sistema de controles y equilibrios.

En Norteamérica, la economía una vez autogeneradora, independiente, era un hecho, pero era algo más. Era el símbolo de la protección total para aquellos que eran suficientemente afortunados como para vivir allí. Pero ahora la economía norteamericana depende seriamente, hasta ávidamente, de la economía del mundo que la rodea, y las vidas y fortunas de las personas que viven allí dependen de lo que sucede en las vidas y fortunas de más de dos docenas de naciones. El águila norteamericana es todavía el símbolo nacional de la fuerza y el orgullo encumbrado y de la osadía independiente. Pero ya no es el símbolo de la fuerza de la potencia exclusivamente predominante. El orgullo y la osadía ni siquiera son cultivados como virtudes nacionales. Uno ha sido mancillado como "imperialista", la otra ha sido ridiculizada como inepta. La propaganda de "la culpa es de Estados Unidos" ha desempeñado su parte en esto. Pero, principalmente, este cambio se debe al hecho nuevo de que las empresas norteamericanas ya no son las de una "nación bajo el manto de Dios". El consenso público es que una pared prohibe que los norteamericanos piensen y actúen como "una nación bajo el manto de Dios". Pero fue ese convencimiento original lo que instiló el orgullo y estimuló la osadía.

En la Unión Soviética, tres eran los símbolos supremos. En lugar del águila, ellos tenían al oso ruso incalculablemente peligroso. En lugar de la democracia hecha por el hombre, tenían al Estado-Partido hecho por el hombre, alojado en el Kremlin y dominando a todas las Rusias (y mucho más, además) desde la Plaza Roja de Moscú. Y sin paralelo en ninguna parte, tenían las vastas extensiones de nieves invernales que eran la garantía definitiva de que la Madre Rusia jamás podría ser invadida con éxito, no por Napoleón Bonaparte, quien regresó furtivamente a Francia con apenas diez mil sobrevivientes en harapos de una fuerza invasora de cuatrocientos mil, y no por Adolfo Hitler, quien perdió en esas nieves rusas tres ejércitos enteros. Ni por nadie, decía el proverbio ruso. La Madre Rusia era inexpugnable.

Ahora, en contraste, el Occidente tiene que tratar con lo que parece un amistoso e inofensivo osito de juguete, que quiere comer nuestra comida y ser como nosotros. Parece que el profesionalmente subversivo Estado Partido ha renunciado a todos sus deseos de subvertir la democracia, en realidad, quiere democratizarse él mismo hasta donde sea posible. Y aunque las nieves rusas formaran montículos todavía más altos, aun en el verano, no afectarían a los invasores invisibles que penetran a todas partes y que son bien recibidos en todas partes a medida que la nueva información global y las redes de comunicaciones atraviesan esta región.

En China, también, hubo una época, no hace mucho tiempo, cuando había tres símbolos que en todas partes hablaban de esa nación, que es en sí misma una vasta región. Eran los símbolos de sus líderes y su pueblo, de su fuerza interior y de su amenaza exterior.

El dragón era el fiero y vengativo ángel exterminador de China; era el incalculable protector de China como centro del mundo, el "Reino Medio", y simbolizaba el papel del dictador final del destino de China. La Gran Muralla hecha por el hombre le decía al mundo que China estaba separada, contenida en sí misma, que era un lugar que no podía y no sería asimilado al resto del mundo. El largo, sinuoso río Amarillo reflejaba en sus aguas perpetuamente fluyentes la perpetuidad de la propia identidad china. Los demonios externos vienen y se van, siempre había dicho ese río, pero China continúa eternamente.

En estos días, el dragón ha sido transformado en otra realidad: la diminuta figura de Deng Xiao-ping encabezando al PC de China desde atrás de los vigilados muros del recinto de Zhongnanhai, donde vivieron una vez los emperadores de China y desde donde él y los miembros del PC intentan mantener el control por medio de los medios clásicos del terror leninista.

Como las nieves rusas, la Gran Muralla ya no es una barrera para la información y las ideas, o para los aviones jet y los misiles. Tan débil es ahora esa barrera como símbolo, que, tal como en la antigua leyenda china las lágrimas de Meng Jiangnui deslavaron esa parte de la Muralla donde

ella encontró a su amante muerto, así las lágrimas de esperanza y sufrimiento derramadas por el pueblo chino pueden amenazar con derrumbar todo aquello que esa Muralla ha representado.

En cuanto al río Amarillo, por cierto que sigue fluyendo como siempre lo ha hecho. Pero para la mente china de hoy, su simbolismo ha sido rudamente hecho a un lado por su función práctica. Ahora es la llave para el flujo de bienes y servicios requeridos para satisfacer el nuevo deseo capitalista que hay entre el pueblo. Y aquellos que hablan de su color no exhalan una palabra sobre la perpetuidad que se refleja en sus aguas amarillas. En cambio, ven la industrialización ribereña, de la que dependerá el futuro cercano de China; y ven la contaminación.

Profundos como son los cambios en esas tres primeras de las regiones cruciales de Juan Pablo, es en Europa Occidental donde ve el cambio más profundo y la fuente del mayor patetismo en términos del destino humano. Mucho antes de que los símbolos de su identidad perdieran su significado para Estados Unidos, la Unión Soviética y China, Europa libremente arrojó las instituciones que alojaban a los símbolos de la identidad única que esa región jamás alcanzó como una unidad.

Europa nunca dependió de la protección natural de las nieves, ni de la defensa de una muralla de 2,400 kilómetros hecha por el hombre, ni de un río como símbolo de su continuidad.

Durante los siglos en que la unidad europea estaba en su apogeo, vibrante, los europeos alojaban sus esperanzas y descubrían su creyente confianza bajo las bóvedas y las agujas góticas de las iglesias que ellos construían. Llamaban a todo el territorio por una especie de nombre de familia: Cristiandad. Y en el lapso de sólo cien años -entre 1170 y 1270 solamente- construyeron ochenta catedrales e iglesias importantes, símbolos vivientes de la realidad de sus vidas: la fe católica.

La protección de Europa estaba centrada en su fe. Su identidad la proporcionaba el papado. El principio unificador de su civilización residía en su común reconocimiento de la primacía del Papa.

Esa Cristiandad ha dejado de existir. La fe que una vez fue la protección de Europa ahora está muerta en esas naciones. Y el papado ya no es más un símbolo de su identidad, como la primacía del papa tampoco es su preocupación o interés.

Mientras que es cierto que el cristianismo ya no es entendido como una fuerza a la que haya que tomar en consideración en la Europa de los noventa, es igualmente cierto que el papa Juan Pablo no exhibe ninguna insistencia inútil en el sentido de que debería serlo. Ésta es una de las características desconcertantes de su política papal. En 1988, en una alocución asombrosa para algunos por su franqueza, Juan Pablo le dijo a un grupo visitante, compuesto por delegados y estudiantes europeos, que no

tenían que construir su nueva Europa de 1992 (y de años por venir) sobre los principios católico-romanos. Manifestó la advertencia de que no debían olvidar las tradiciones de civilización y cultura de Europa. Y aunque el pontífice sabe que eso es muy diferente a colocarse en medio de ellos como el símbolo viviente de esa civilización y de esa cultura, ésta no fue su intención ni por un momento.

Un hecho de la vida geopolítica que debe manejar Juan Pablo es que la desaparición de las fuerzas que, hasta hace poco, dominaban en estas cuatro regiones principales, no ha resultado en una situación neutral para ninguna de ellas. Y por cierto, tampoco para el Papa.

En Estados Unidos y Europa -de hecho, en todas las economías de mercado de las naciones occidentales- el papa Juan Pablo ve una mentalidad, una sola convicción. En sus líneas más generales, ve la misma mentalidad reflejada en las palabras y en las acciones de polacos y húngaros, rumanos, alemanes orientales, checoslovacos y búlgaros y, cosa que no sorprende, de los propios soviéticos, mientras se debaten con las libertades recién halladas que hasta ahora les ha ofrecido el gorbachovismo. Él detectó la misma convicción en las protestas estudiantiles de 1989 en la Plaza de Tiananmen, en Pekín, y obviamente se encontraba detrás de las políticas del gobierno central de Pekín. Es, finalmente, una convicción que siempre ha sido compartida por varios de los grupos globalistas aspirantes que llaman la atención del Papa: los de la Nueva Era, los Megarreligiosos y los Humanistas, con toda seguridad, y en términos más concretos, los Internacionalistas y los Transnacionalistas.

En otras palabras, esta convicción es tan común que Juan Pablo la identifica como una de las fuerzas principales que moldea hoy la sociedad de las naciones. Hay muchas discusiones acerca de esta fuerza, pero no se ha llegado al acuerdo sobre un solo nombre. Aquellos que exaltan esta mentalidad y defienden sus cualidades contra todos los adversarios, le dan nombres generales tales como "secularismo", o "realismo", o "sentido práctico". Los críticos se refieren a ella con otro conjunto de nombres. "Materialismo", "secularismo" y "terrenalidad" son empleados con frecuencia. Aquellos que condenan a esta convicción, la ven como "neopaga nismo", "ateísmo", "apostasía" y hasta "satanismo".

Cualquiera sea el nombre para defenderla o atacarla, hay muy poca dificultad para reconocer a esta fuerza -al poder de esta convicción- como una influencia que opera en los individuos y en los grupos corporativos. Y tampoco hay dificultad para identificar las obvias preferencias y fobias que son las compañeras constantes de aquellos que están guiados por esta mentalidad.

Si hubiera un lema para este punto de vista, sería algo parecido a: "Que la experiencia sea tu guía". Tu única guía.

Aquellos que viven de acuerdo con este lema -o, en cualquier caso, de acuerdo con su significado- manifiestan, en todas las áreas, una preferencia constante y fundamental por la experiencia de la vida. En los asuntos prácticos de la vida cotidiana, en las dificultades o en la excitación del trabajo cotidiano y en el sueño y la búsqueda cotidiana de la prosperidad, se reconoce que la experiencia concreta es superior a cualquier principio o regla que pudiera llegar por cualquier otro medio, sin importar cuál sea la fuente. Eso es más o menos hasta donde llegan las preferencias. Ésa es la experiencia. Las fobias, por el contrario, están a la vuelta de cada esquina.

La fobia fundamental es contra todos los principios y reglas que vienen de cualquier origen fuera de la propia experiencia de uno. De hecho, es una regla de la experiencia misma, que uno debe rehusarse a ser guiado por cualquier regla o cualquier principio que no ha visto demostrado con sus propios ojos, y de preferencia, en su propia vida. "Todo lo que va, viene", está bien como principio, por ejemplo. Toda persona y todo grupo de más de tres años de edad ha visto cómo funciona en términos de experiencia, y que tiene aplicaciones prácticas.

Pero una regla o principio como "Buscad primero el Reino de Dios", o "¿Cuál es el beneficio de un hombre que gana el mundo entero y pierde su propia alma?", no es realista y práctico. De hecho, cualquiera que sea de esta opinión le dirá que tales reglas y principios son "abstractos" e "imprácticos". Los pocos que todavía hablan en términos filosóficos condenan tales reglas y principios como "apriorísticos".

Para las personas -individuos, grupos y naciones- que comparten esta opinión, el juicio de lo que es verdadero depende, como todo, de su propia experiencia. No se puede deducir de principios "abstractos" cómo deben actuar para ser "moralmente buenos" ante sus propios ojos, y para tener éxito en el negocio de vivir. Y no puede anunciarlo papa ni profeta, sacerdote ni filósofo. Solamente puede sacarse en conclusión por la experiencia, individual o común, pero siempre concreta.

En su máximo alcance, esta deferencia suprema hacia la experiencia significa que, en sí y por sí, solamente la humanidad tiene la capacidad de evitar la derrota y la desesperación. En sí y por sí, sólo la humanidad tiene la capacidad de crear la salvación, aquí mismo. Y, si ese tipo de salvación no es el Paraíso de la Biblia, o el Cielo de los cristianos, en cambio contiene la promesa de un mayor o menor alivio del dolor y de la necesidad. De hecho, contiene la promesa de que las circunstancias materiales sean tan favorables como puedan modelarse.

Dada tal fobia reinante hacia las reglas y principios absolutos, y dada la fobia compañera hacia cualquier autoridad que proclame reglas y principios absolutos, debe quedar en claro que los secularistas no dan preferencia a la Biblia de los cristianos o judíos ni al Corán del islam. Pero tampoco dependen del capricho personal. Al comportamiento secularista no lo gobierna el azar impredecible. Lo hace la experiencia acumulada.

La experiencia acumulada de una nación puede hallarse en sus documentos nacionales, en su historia nacional, en su folklore y en sus tradiciones. Todo eso, trabajando en combinación con la actual experiencia vivida, proporciona un conjunto de lecciones y de valores prácticos a los miembros de cada nación y a cada nación como un todo.

Dentro de ese marco, la religión organizada bien puede tener una función valiosa, siempre que no se insista sobre ninguno de los preceptos morales o de las doctrinas de la religión organizada como reglas y principios absolutos que deben gobernar el comportamiento humano. Por cierto, para ser un elemento útil en la preservación de lo que los secularistas llaman el "alma" de una nación, la religión debe unirse al arte y a la literatura en su ajuste al nivel concreto de la experiencia.

De este modo, el humanista Schuyler G. Chapín puede hablar tranquilamente de las artes como algo "vital para mantener nuestra existencia nacional", a pesar de nuestra "actual sociedad [estadounidense] orientada hacia la codicia, anti-intelectual". Pero ningún buen secularista diría lo mismo de la religión organizada en tanto ésta insista sobre sus reglas y principios absolutos, y sobre su recurso a la autoridad absoluta... aunque esa autoridad sea la de Dios.

El historiador Arthur Schlesinger pone a la religión organizada claramente en su lugar dentro del esquema secularista de las cosas. Schlesinger escribió que los norteamericanos deben salvarse, "cualquiera sea el riesgo de herejía o de blasfemia... sostenido por nuestra historia y nuestras tradiciones"; porque "la mente norteamericana es, por naturaleza y tradición, escéptica, irreverente, pluralista y racionalista... el relativismo es el estilo norteamericano".

Es típico de nuestra era de comunicaciones globales que la descripción y elogio más exactos, y más conmovedores, de la fobia secularista a la religión y a la autoridad religiosa haya salido de China. El astrofísico Fang Lizhi, nacido y criado durante los largos días del gobierno de Mao Tse-tung, saltó a la atención internacional durante la visita que hizo el presidente Bush en 1988 a China continental, cuando se propaló ampliamente que el Presidente había incluido a Fang en su lista de invitados a la cena de honor y las autoridades chinas lo habían excluido. Un conocido disidente en la China comunista, Fang vio la escritura en la pared y pronto buscó refugio en la Embajada Americana en Pekín, donde permaneció hasta el verano de 1990. Ahora reside en Inglaterra.

El año anterior, en 1987, Fang escribió un cántico a los ideales más altos del secularismo. Decía en esa obra que el hombre no está hecho para permanecer bajo el control del "poder despótico". Gobernado solamente por ese poder, el hombre debe dedicarse a la ciencia como único camino apropiado a su dignidad. Como es de esperarse, bajo la pluma de Fang Lizhi al comunismo y sus absolutos no les va mejor que a la religión. "La ciencia sólo tiene desdén y repulsión por las maldiciones de los tótems, por las bar-

baridades, la adicción a las mentiras y la adoración de lo inexistente; todo lo cual constituyen los bastiones de la dictadura política". En la mente de Fang, lo "inexistente" amontona la ideología de los marxistas y la fe de los creyentes en una sola pila de cosas despreciables.

Con palabras que recuerdan los primeros peanes de elogio secularista murmurados hace más de doscientos años por el francés Denis Diderot (él y sus colegas *encyc%pédi.stes* fueron los teóricos y los fundadores del secularismo moderno), Fang observaba que "lo que le proporciona al hombre felicidad y libertad es, en primer lugar, la sabiduría, una sabiduría que manifiesta razón y sobriedad. . No son los gritos de la ignorancia y el oscurantismo ni, mucho menos, las amenazas del derramamiento de sangre en contra de la libertad". Con esa sabiduría, el hombre puede vencer todos los sufrimientosy dificultades. El hombre tiene dentro de síy de sus poderes naturales la posibilidad de recrear su universo.

El papa Juan Pablo ha dejado en claro lo importante que considera al secularismo como una de las principales fuerzas regionales. No se lo puede tratar con ligereza, ni se puede esperar que desaparezca, ni se lo puede anular como un debate filosófico de interés sólo para los académicos, clérigos profesionales y fanáticos religiosos. Para Juan Pablo, el secularismo es una enfermedad del mundo moderno que se está extendiendo. Y, en forma tan segura como los detectives médicos rastrean una epidemia hasta su origen, así el secularismo encuentra que su nacimiento tuvo lugar en ese periodo de la historia europea llamado la Ilustración, un nombre elegido por los incipientes secularistas de la época.

El repentino y excitante brote de investigación científica durante el siglo XVIII -los avances fundamentales en el conocimiento del universo físico y el nacimiento de los nuevos métodos científicos- produjeron una mentalidad que rechazó todos los absolutos presentados anteriormente por la religión y la revelación religiosa. En cambio, los nuevos pensadores se apegaron a la experiencia como la fuente del conocimiento y del mejoramiento de la humanidad. Ése, decían, era el único camino viable para la humanidad.

De esa Ilustración nacieron las "certidumbres" sobre las que se han basado todos los sistemas políticos y sociales modernos en el Occidente, sin exceptuar al marxismo político. Los occidentales han blandido, y siguen blandiendo, la libertad humana y la racionalidad humana como las creadoras únicas y suficientes de todo el bien que el hombre busca en sus esfuerzos históricos: la prosperidad económica, la paz y el orden entre las naciones, el progreso científico, los avances tecnológicos, el florecimiento artístico, la excelencia literaria. Sobre la base exclusiva de la autoconfianza, el hombre puede alcanzar todos esos bienes, de acuerdo con el secularismo de la Ilustración. La humanidad puede ser moralmente buena.

En el siglo XIX, una voz muy extraña y perturbadora irrumpió en esta proyección rosada. Pertenecía a ese alemán retorcido y perverso, Friedrich Nietzsche (1844-1900), y anunció irrecusablemente: "Los hombres no pueden ser buenos sin Dios". Luego, no fuera que los hombres se sintieran tentados a estar de acuerdo y volvieran a buscar a Dios, Nietzsche agregó con su risa de loco: "Pero, por supuesto, ¡Dios está muerto!"

La advertencia de Nietzsche de que los hombres no pueden ser buenos sin Dios cayó en oídos sordos, y su burlona afirmación de que Dios estaba muerto fue tomada como si significara que la noción de Dios predicada por el cristianismo tradicional hubiera demostrado ser una fabricación de mentes supersticiosas e ignorantes. En cambio, siguiendo la línea secularista, se afirmó la existencia de Dios. Pero era Dios empujado a tal distancia del hombre como para ser inaccesible, inimaginable, inalcanzable, Dios despojado de su paternidad de todos los hombres, de su amorosa salvación de todos los hombres y de su infinito deseo de estar con los hombres y que su gloria fuera vislumbrada como belleza perceptible y verdad pensable; o era Dios completamente identificado con la humanidad y con este cosmos humano -como lo describen los Megarreligiosos y los de la Nueva Era-, Dios no sólo en este cosmos sino Dios como este cosmos, Dios como cada uno de nosotros, Dios como todos nosotros fundidos juntos en la humanidad.

Tan completa es la distorsión secularista de la imagen de Dios y deja tan completamente al hombre librado a sus propios medios, que constituye una blasfemia y sacrilegio sutiles y astutos. Dentro del acto secularista aparentemente noble y heroico de marchar solo, el papa Juan Pablo oye un eco del grito perennemente malo de aquel primero y más antiguo blasfemo: "No serviré".

Al concentrarse en el secularismo como una de las principales fuerzas regionales del mundo, Juan Pablo enfoca su particular atención sobre Occidente. Y descubre una diferencia radical, pero que disminuye constantemente, entre Europa y Estados Unidos.

En la mayoría de los países europeos, el secularismo ya ha triunfado completamente. En esa región, las religiones organizadas (católica, protestante y judía) son consideradas iguales en su insistencia en los absolutos. En consecuencia, se considera que tienen poco o nada que contribuir a la actual vida política, económica y cultural de los países de Europa Occidental.

Juan Pablo es explícito acerca de la condición de esta Europa "postcristiana". Le comentó a un periodista a comienzos del verano de 1989: "Hay un vacío en Europa, pero no es un vacío completamente neutral, porque ciertas fuerzas se mueven en este vacío, sobre todo, fuerzas occidentales, que están ligadas entre sí. Una de esas fuerzas es la economía de libre mercado, la economía capitalista. La otra fuerza es la ciencia moderna,

dominada, a pesar de todo, por las ciencias naturales, teñidas de positivismo". Y concluyó el Papa: "Si uno considera todos estos elementos, es fácil comprender por qué este vacío no está muy adaptado, muy abierto y disponible para ser llenado con contenidos cristianos".

En la perspectiva de Juan Pablo, no hay posibilidad de que el cristianismo tal como fue una vez vuelva jamás a la existencia, su fe expresada en las elevadas agujas de sus catedrales, su pueblo arrodillado bajo las bóve das para adorar ante los tabernáculos de la divina Palabra hecha carne. Es cierto, la religión y la autoridad religiosa ya no están en seria competencia dentro de las vidas nacionales, las consideraciones económicas, las estructuras educativas o la ingeniería social de los doce países que se están acelerando hacia la muy deseada Europa de 1992+. Ahora que Mijaf Gorbachov ha dado esperanzas de que sus ex naciones satélites así como su propia URSS se asocien con las doce de Europa, desde el Atlántico a los Urales, el secularismo de Europa Occidental se verá reforzado.

Los principios sobre los que los europeos se están organizando en todos los sectores de la vida, están extraídos exclusivamente de los iconos del secularismo, de las ciencias positivas y de las lecciones de la experiencia.

Fuera de la Embajada Americana en Pekín, donde Fang Lizhi ha buscado refugio, el mismo secularismo que él ha proclamado, reina absoluto entre los millones que pertenecen al Partido Comunista chino y entre los millones más que no. Porque el secularismo es sin duda un producto derivado del confucianismo decadente, y el confucianismo ha proporcionado a los chinos una estructura supuestamente ética durante más de mil años. Puede haber poca duda de que los estudiantes amotinados en la Plaza de Tiananmen en 1989 no sólo profesaban un rancio secularismo revestido con las ahora dañinas hierbas del marxismo. Estaban insistiendo en su tipo de maoísmo y de secularismo. El Estado-Partido chino prefería su propio tipo. Había que liquidar a los estudiantes... una vieja ley inflexible del leninismo clásico. Ahora recibimos un fantástico paralelo del secularismo profesado por los estudiantes de algunos de los ex comunistas más influyentes de Europa Oriental, que ahora están colaborando en la reconstrucción de sus estados y economías asolados por los soviéticos. Estos ex comunistas "han estado diciendo que Marx fue sólo un bien intencionado traspié en el camino que comenzó en 30 D.C." (el año supuesto de la crucifixión de Cristo y, por lo tanto, del comienzo de la "liberación" humana de las estructuras pecaminosas del capitalismo), según señaló el Economist del 23 de diciembre de 1989.

Entre las que comúnmente son consideradas las principales naciones occidentales, por lo tanto, Estados Unidos es único en este asunto del secularismo, en el sentido de que todavía arde una antigua y amarga contienda entre los secularistas norteamericanos y ciertos grupos dentro de la religión organizada. Los dados no han sido echados definitivamente en favor de uno u otro lado.

Fieles a sus ideales, los campeones del secularismo en Estados Unidos apelan, como testigos de la justicia de su causa, a la historia nacional y a una especie de patriotismo profundamente sentido. Defienden al secularismo como la base de las libertades democráticas, de los derechos humanos básicos y de la integridad personal de cada norteamericano. En el resbaloso s/ang de Arthur Schlesinger Jr, el secularismo "es de lo que se trata Estados Unidos". Está en el corazón de lo que significa Estados Unidos, quiere decir.

Sin embargo, ni siquiera un lenguaje tan apasionado y arrebatador cubre la grieta que se ensancha cada año entre dos segmentos de la población norteamericana claramente diferentes y opudstos.

De un lado están los dos tercios de la actual población de Estados Unidos (de doscientos cincuenta millones de personas), que no sólo creen en los absolutos religiosos y en alguna forma de autoridad absoluta basada en la religión, sino que se empeñan en organizar de acuerdo con éstos sus vidas personales y corporativas.

Del lado opuesto está una minoría de norteamericanos singularmente influyente, que mantiene como dogma de su vida que el secularismo es tan norteamericano como mamá y el pastel de manzana. Firmemente atrincherada en el stablishment : en el profesorado de universidades, por ejemplo, en las cadenas de prensa, radio y televisión, en asociaciones tales como la Asociación Nacional de la Educación (ANE), en las oficinas del gobierno estatal y federal esta minoría parece capaz de volcar en su favor el ímpetu oficial de la nación. El campo de batalla preferido por la minoría secularista se encuentra en áreas importantes de interés religioso: temas tales como el aborto, la anticoncepción, la homosexualidad, la pornografía, la eutanasia y el rezo en las escuelas se han destacado como áreas clave de la contienda.

Hay miembros de la mayoría que se quejan de que el movimiento constante de Estados Unidos hacia el secularismo, en éstos y otros temas, se apoya en las posiciones de influencia pública que tiene la minoría secularista, y en las decisiones judiciales que han sido tomadas sin consultar las opiniones y deseos de la mayoría de la población. Señalan que en el actual clima del stablishment de Estados Unidos (completamente secularista), es imposible desarrollar la claridad moral, persuadir a los norteamericanos que emprendan trabajos arduos y que ahorren sus ganancias en lugar de gastarlas, y persuadir al cuerpo político de Estados Unidos para que alimente una genuina confianza en el país y en Occidente.

¿Cuáles serán ahora los cimientos de la integridad política y de la justicia social?, preguntan. ¿De la administración económica basada en el sacrificio de los deseos de hoy por la promesa de mañana? ¿De la responsabilidad social? ¿Todas estas cosas se definirán en términos del nacionalismo norteamericano? ¿De nuestras ambiciones consumistas? ¿De nuestra ciencia y tecnología? ¿Simplemente de "vida, libertad y la búsqueda de la felicidad"?

Durante un tiempo, entre una clase influyente de pensadoras y políticos norteamericanos, se buscaban las respuestas a esas preguntas en la doctrina política de Juan Calvino (1509-64). Dios era, de acuerdo con Calvino, un soberano del cosmos profundamente trascendente. Toda la vida humana estaba corrompida por el pecado. La obligación del hombre era emprender una fiel administración -económica, política, artística- de este cosmos, transformándolo de esa man--ra. Los norteamericanos de esta inclinación hicieron de la "terrenalidad transformadora" su objetivo. No dio resultado, porque, como escribió Glenn Tinder en 1989: "La política es un dominio de la oscuridad moral, y la oscuridad no puede ser disipada por la virtud y la sabiduría humana".

Durante un tiempo, se hizo todavía otro intento para estimular la debilitada herencia ilustrada. En una teoría política actual, iniciada principalmente por Karl Barth e impulsada por "Reformistas Radicales" como Jacques Ellul, se proponía que, para siempre, el verdadero cristiano estará reñido con las estructuras sociales y políticas de este mundo, mientras espera la llegada del Reino de Dios en su plenitud. Desempeñará la función de testigo o de profeta, sin permitir jamás que los demás olviden que éste es un mundo de pecado.

Ambas corrientes, cada una todavía viva hasta cierto grado, han demostrado ser ineptas e impotentes ante las aplastantes mareas de secularismo que han estado barriendo a la sociedad norteamericana desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Ambas sufrían del mal de la teorización académica: no tenían una expresión religiosa concreta, fácilmente accesible y atractiva para las masas de norteamericanos. Además, la postura profética carecía de impacto político-social, y el calvinismo político experimentó la corrupción de la política en su esfuerzo por ingresar a ella.

Ninguna de éstas, ni las mejores conocidas iglesias norteamericanas de las corrientes principales, ni la sólida Iglesia católica romana han sido capaces de hacer mucho para impedir la gradual pero constante secularización del sistema norteamericano. Y sin embargo es imposible para Juan Pablo eliminar la posibilidad de una reacción violenta entre el grueso de los creyentes norteamericanos. Pero, año tras año, a medida que la secularización se extiende a través de Estados Unidos, la posibilidad de una reacción semejante se vuelve más y más débil.

En relación con esto, fue instructivo, aunque no sorprendente, para el papa Juan Pablo, observar la actuación de Mijail Gorbachov en el suelo norteamericano en 1987. Como táctico soberbio que es, obviamente Gorbachov ve en Estados Unidos lo que ve Juan Pablo. Por lo tanto, se las arregló para presentarse como un benévolo y afable secularista.

Hablando en la Asamblea General de la O.N.U., en Nueva York, en ?fecto, el líder soviético extendió su mano para decir: "¡Miren! No soy Lenin :¡ Stalin ni Jrushchov ni Brezhnev. Yo soy Mijail Serguéievich Gorbachov. oy un secularista, como ustedes, prácticos norteamericanos. Estrechémonos las manos y hagamos algunos tratos honestos y ventajosos. ¡Que gane el mejor!" Ese llamamiento fue directo al corazón de los contendientes secularistas-globalistas más poderosos de las regiones occidentales. Y no pasó desapercibido para el papa Juan Pablo, pero por razones diferentes.

Juan Pablo sabía que una fuerza regional muy diferente yacía detrás de la flexible máscara secularista de Mijaíl Gorbachov. Y ya sabía, también, que las pasmosas sorpresas que éste, el más astuto de los líderes soviéticos, tenía reservadas para el mundo en los meses siguientes, hacían que para él fuera imperativo dominar el escenario en el Occidente como un héroe en la mejor tradición secularista.

Todavía hay muchas preguntas que contestar sobre Mijail Gorbachov, y puede ser que el propio Gorbachov todavía no pueda contestar algunas de las más importantes. Pero en la mente del papa Juan Pablo no hay ninguna duda acerca de su postura secularista. El hombre que está detrás de la mano extendida es un maestro en la técnica de la penetración cultural de Antonio Gramsci. Siguiendo los dictados de Gramsci, ha reconocido claramente el valor seductor del secularismo entre los capitalistas democráticos. Como heredero directo de Lenin, y el primero de sus sucesores en abandonar las distorsiones estalinistas del leninismo, Gorbachov al fin ha presentado con éxito el leninismo al Occidente. Y lo ha hecho en términos secularistas respetables, para no decir deslumbrantes.

La evaluación moral de Juan Pablo del estilo de secularismo de Gorbachov (lo que el líder soviético llama su "nuevo pensamiento") descansa éñ lo que el propio Secretario General bosquejó como las tres características dominantes de ese pensamiento: "las lecciones del pasado, las realidades del presente y la lógica objetiva del desarrollo mundial".

Está totalmente excluida de estas características toda tradición de dependencia del Creador de este mundo y del Salvador de todos los hombres y mujeres. El mundo, tal como piensa en él Mijaíl Gcrbachov, por lo menos para consumo público, es un mundo en sí mismo. Es el mundo del ateo profesional y del materialista confirmado. Es un mundo de cielos de bronce y de tierra muerta, donde la mirada del hombre no puede encontrar una extensión infinita para vagar, y sólo encuentra el reino de la materia interminable para fascinarlo. Que no busque ninguna luz desde lo alto para los ojos de su alma, sino solamente la luz que sale de la materia bruta.

El genio de Gorbachov hace que esta visión relumbre ante las mentes secularizadas de norteamericanos y europeos, hasta un grado que es difícil de exagerar. Para esas mentes, Gorbachov se ha convertido en el ángel custodio del secularismo, que los convoca para que lleguen tan alto como ellos mismos están deseando llegar, con él como guía.

Él es la seguridad que tienen de que no estamos condenados a sufrir en el futuro por todas esas cosas que nos han afligido en el pasado: la desigual-

dad, la indignidad, la horrible necesidad de las cosas básicas de la vida, la injusticia brutal e institucionalizada, la muerte temprana e ignominiosa. Él es su garantía viviente de que, juntos, podemos alcanzar el centro mismo de esta tierra, cada lugar oculto de este cosmos humano. Juntos, podemos humanizarlo todo.

No somos necesariamente entidades pigmeas separadas, empequeñecidas por los cielos y tropezando sobre una llanura oscurecida. Porque Gorbachov nos mostrará cómo el intelecto colectivo de la humanidad puede acumularse, y se hará, en una nueva (y geopolitizada) forma de las actuales Naciones Unidas. En ese día de la historia humana, el hombre -que es cada uno de nosotros- se convertirá en un gigante, parado como centro y foco de todas nuestras actividades humanas como naciones y como personas. Ésa es la atrayente altura del alcance neo-leninista de Gorbachov.

Tampoco estamos solos en este esfuerzo, como de Atlas, por llevar el universo sobre nuestras espaldas. Gorbachov puede ser el principal ángel custodio en este esfuerzo globalista. Pero señala a otros ángeles que todos debemos obedecer. Señala a los procesos objetivos que, sin que nosotros se lo pidamos, forman los canales globales para el avance de la historia. Y señala a la lógica de hierro de la propia historia. Estos procesos de los que habla Gorbachov se nos hacen evidentes en varias formas, y siempre parecen señalar hacia esa lógica de hierro de la historia de la que habla él.

Como ejemplo simple, el medio ambiente de nuestro mundo está amenazado. Si eso significa que debemos dejar de usar plástico y clorofluorcarbonos, entonces la lógica de hierro de la historia exige que debemos encontrar mejores maneras de empacar nuestras comidas rápidas y de tirar nuestra basura, y mejores formas de refrigeración, y mejores formas de administrar nuestros desodorantes. De manera similar, nuestro planeta no puede mantener una población demasiado grande. Si eso significa que debemos tener menos personas, entonces la lógica de hierro de la historia exige que practiquemos la anticoncepción, el aborto y hasta la eutanasia.

Juan Pablo está de acuerdo con la opinión de Mijaíl Gorbachov de que procesos globales tales como ésos están ganando nuevo ímpetu cada día, y que, en su misma aceleración, están afectando la política mundial. En sustancia, Gorbachov dice, ¿qué mejor prueba de que sólo tenemos que seguir las indicaciones mudas pero claras de estos procesos objetivos? La lógica de la historia entonces se hará cargo. Por esos medios llegaremos a la felicidad y a la plenitud de la vida.

¿Qué mejor prueba, responde Juan Pablo, de que el "nuevo pensamiento" de Gorbachov no es simplemente el secularismo del Occidente? No es misterioso ni angélico ni seductor, tampoco. Y, sobre todo, no es nuevo. Es materialismo dialéctico, el mismo que ha sido una fuerza importante en el mundo desde que fue elaborado y adaptado por Karl Marx como razón y justificación de su ideología atea del comunismo, e incorporado finalmente a la maquinaria sociopolítica del internacionalismo leninista.

La nuestra no es una época filosóficamente ilustrada. Nuestros antepasados hubieran reconocido el materialismo dialéctico de Gorbachov tan rápidamente como Juan Pablo. Pero presentado tal como hoy lo ofrece Gorbachov -como un aparente regalo colocado a los pies del Occidente secularista-, el leninismo puede ser acomodado tan fácilmente como cualquier otro ideal humanístico. Porque pasa la única prueba exigida: no plantea exigencias religiosas ni morales que los secularistas no hayan ya consentido en seguir.

Para usar una expresión común y agradable para los secularistas de Estados Unidos y de Europa, los "valores humanos" del gorbachovismo no son ni más y ciertamente no menos que los "valores humanos" reivindicados por los Humanistas, Internacionalistas y Transnacionalistas del Occidente capitalista.

Para Juan Pablo, hay una falacia humana básica que paraliza al secularismo predominante en el Occidente y en el gorbachovismo. La idea prevaleciente (actualmente erigida en principio) es que debe mantenerse a toda costa -a costa de la misma libertad- un muro entre la iglesia y el estado, entre la religión y la vida pública. El Muro, frecuentemente capitalizado para personificarlo como una entidad legal muy parecida a Estados Unidos es más sagrado que la maternidad y el pastel de manzana. Pero, arguye el Pontífice, la idea de que podemos estar relacionados con el mundo y no con Dios es tan falsa como la idea de que podemos estar relacionados con Dios sin estar relacionados con el mundo.

En otras palabras, dada toda libertad y justicia humana sustancial y constitucionalmente garantizada, no hay una garantía concomitante de que la vida humana no será moralmente vacua, espiritualmente degradada y culturalmente vulgar. Los valores de la libertad deben estar garantizados por valores superiores. Usted no puede practicar un sistema político sin la espiritualidad de la religión, como no puede ejercer una espiritualidad que no sea política, aun en una sociedad profundamente humana y civilizada. El filósofo religioso ruso Nicolás Berdiaev comentó: "Una vez que el pan ha sido asegurado, entonces Dios se convierte en una dura e inevitable realidad, en lugar de ser un escape de la cruda realidad". Porque, como señala Juan Pablo, no es suficiente para los individuos de una institución pública practicar lo divino en privado (oración, adoración, buenas obras, etc.); su institución como institución debe reconocer a Dios y explicar institucionalmente esa divinidad. La santidad es el objetivo no sólo de los individuos, sino de las instituciones humanas. Todo esto, por supuesto, es rechazado por el actual secularismo.

Para darles a Estados Unidos y a sus imitadores entre las naciones capitalistas el mérito debido, Juan Pablo señala rápidamente que el propio capitalismo ha generado una tercera fuerza, que está ganando ímpetu y simpatía

entre las naciones. Es una fuerza por lo menos tan seductora como el neoleninismo de Gorbachov, una fuerza que conocemos como el sistema económico de mercado abierto de las naciones occidentales.

"El impulso creativo del pueblo, tina vez desatado, les. . . traerá un tesoro mayor que las simples riquezas que ustedes crean. Le dará a cada uno de ustedes el control sobre su propio destino, ¡un destino húngaro!", le dijo el presidente Bush al gobierno húngaro en julio de 1989.

Así como las palabras del papa Juan Pablo a sus amados polacos en 1979 resonaron en todas las naciones del imperio soviético, las palabras de este Jefe Ejecutivo de la democracia capitalista resonó en las capitales de soladas de los satélites con variantes locales. "¡Un destino polaco!" "¡Un destino checoslovaco!" "¡Un destino alemán!" "¡Un destino búlgaro!" "iUn destino rumano!"

De hecho, entre 1979 y 1989 los tiempos y el liderazgo habían cambiado en la Unión Soviética, y también en Occidente. Y Mijail Gorbachov había ido a las Naciones Unidas buscando un apretón de manos y un trato. Ahora él tenía lo que quería. Siguiendo sus propios preceptos de los procesos objetivos y de la lógica de hierro de la historia, Gorbachov había rechazado las clásicas economías marxistas. Lo había hecho por una simple y no-ideológica razón. Desde hacía mucho que había fracasado la economía de mercado cerrado de la Unión Soviética y de sus satélites. Esa economía había aislado meramente al Estado-Partido de las vibrantes fuerzas del mercado del resto del mundo, forzando a las economías de las naciones del Este a una ineficiencia rutinaria y al empobrecimiento regional.

En consecuencia, para Gorbachov, el proceso objetivo en desarrollo era y sigue siendo la necesidad urgente de encontrar soluciones para su crisis económica. La lógica de hierro de la historia lo impulsa a desarrollar un sistema de mercado compatible con sus propias metas. Un sistema de mercado que está abierto, pero, como dice él, es "socialista". Un sistema que será más "humano y más productivo" que el fracasado sistema marxista-leninista. Pero debe ser un sistema que no significará -que no puede significar, insiste él- la adopción de la democracia capitalista. Será "socialista".

Para Juan Pablo es obvio que, como gran maestro geopolítico, Gorbachov comprendió desde el comienzo que tendría que pagar un precio para separar su nao-leninismo, como ideología, de la desacreditada economía del marxismo-leninismo. También está claro para el Papa que Gorbachov había calculado muy por adelantado el precio máximo que estaría dispuesto a pagar.

La primera cuota de ese precio fueron monedas de la reforma burocrática, esencial para barrer la ineptitud, la corrupción y la inercia institucionalizada. La segunda cuota fue un poco más alta. La planificación estatal tendría que permitir importantes avances de la iniciativa privada, de la propiedad personal y de la explotación privada para obtener ganancias.

La tercera cuota fue más cara todavía, porque tuvo que ser pagada en esa moneda tan cuidada por el Estado-Partido: la soberanía política dentro y fuera de !a Unión Soviética. Sin el control local en todas las enjauladas, pero nunca muertas, soberanías de las naciones cautivas -Polonia, Hungría y todo el resto-, no habría innovación económica, ni competencia industrial ni producción fructífera. Sin alguna "liberalización" de la política interna de la URSS, no habría manera de salir del estalinismo conservador.

En realidad, como sabe Juan Pablo, la propia soberanía de Rusia no está excluida de los cálculos de Gorbachov. "Nuestro Partido", le dijo Gorbachov a la Decimonovena Conferencia General del PCUS el 1o de julio de 1988, "debe ser en todos los aspectos un partido leninista, no sólo en contenido, sino también en sus métodos". Esos métodos ya incluían la idea original de Lenin de un gobierno arraigado en 1a aprobación del pueblo", y en la autoridad estatal acumulada sobre las bases de los soviets... cierta variación, en otras palabras, del concepto de consejos populares de Lenin.

Así, cuando más de trescientos mil mineros soviéticos se fueron a la huelga en las minas de carbón de Ucrania, en julio de 1989, Gorbachov se declaró `enormemente inspirado" porque ellos estaban "tomando las cosas completamente en sus manos". Y por cierto los mineros recibieron promesas indefinidas de participación en las ganancias, de administración industrial y de cargamentos de alimentos, ropa y otros bienes de consumo escasos. Los mineros hasta llegaron tan lejos como para pedirle a Gorbachov que borrara el Artículo Seis de la Constitución Soviética, que establece al PCUS como la "fuerza dirigente y guía" de la sociedad soviética. Aún así, dijo Gorbachov, las negociaciones eran "exigentes... pero buenas y constructivas". Por cierto, en febrero de 1990, esa vaca sagrada, el Artículo Seis de la Constitución Soviética, fue aparentemente sacrificada en una disputada reunión del liderazgo comunista en el Kremlin. Se decidió que el PCUS no tendrá el monopolio del poder político soviético.

Pero llegó el momento en que Gorbachov dejó en claro ante el mundo el precio que no estaba dispuesto a pagar. Ni la Unión Soviética ni las naciones del Pacto de Varsovia se transformarían en democracias capitalistas. En realidad, se ha tomado la molestia de advertir que bajo ninguna circunstancia eso estaría incluido en sus tratos con Occidente o con cualquier otro. "Esto sería muy peligroso", ha dicho, haciendo resonar nuevamente los sables del conflicto, "y meramente reviviría las enemistades de una época anterior".

Obviamente era una referencia a la Guerra Fría, a los amargos cuarenta y cinco años de contienda entre Este y Oeste. Y estaba dirigida directamente a los líderes políticos y empresariales de Occidente, quienes están resueltos a mantener el acto de equilibrio de su trípode. . . y por lo tanto, la estabilidad, la paz y la expansión del comercio. Gorbachov no será un capitalista de nacimiento, pero sabe claramente dónde está el corazón capitalista, y busca establecer una convergencia de facto entre su Este y el Oeste,

hecha posible por una aplicación tan amplia como sea posible de las técnicas occidentales en la economía y en la industria.

Cuando Juan Pablo piensa en esa convergencia, está pensando en mucho más que una mera conveniencia adecuada o activa, un mero apareamiento de necesidades y capacidades. Porque, con toda franqueza, tanto el capitalismo como el leninismo tienen serios problemas para los que uno u otro ha desarrollado algunas soluciones.

El capitalismo, en su actual forma libertaria, hace de la libertad individual su fuerza motora. El leninismo hace del control gubernamental la fuerza motora, pero ese control ha demostrado ser inadecuado para el desarrollo económico e industrial.

Los países capitalistas no han sido capaces de corregir la inevitable mala distribución de bienes y servicios, o las dislocaciones que causan esos mercados desenfrenados. De ahí que avancen hacia el control del gobierno a través de "redes de seguridad" como la asistencia social y medidas de auxilio social relacionadas, reglamentación sobre el medio ambiente, subsidios a la educación, subsidios a la vivienda y otras facilidades.

El leninismo soviético no ha sido capaz de limitar el daño hecho por el control total del gobierno. Por lo tanto, Gorbachov debe guiar a la URSS y a sus ex satélites hacia un sistema que armonizará las necesidades económicas del sistema y el objetivo leninista del sistema.

Hay más de unos cuantos encabezados semejantes bajo los cuales una deficiencia de un lado ha sido satisfecha por una solucićr -aceptable o no- del otro lado. Pero cuando Juan Pablo piensa y habla de convergen cia, no es eso lo que tiene en la mente. Está pensando en la convergencia lógica que surge entre los dos, porque ambos rechazan cualquier base religiosa o de "fe" para las aspiraciones y actividades humanas.

La debilidad y la vulnerabilidad de Occidente quedan así expuestas ante Juan Pablo. Sin basar su postura en alguna regla absoluta de moralidad, sin reconocer el dominio y la voluntad de alguna persona divina como la razón a favor o en contra de esta decisión o de aquella condición, sin pedir la protección divina de los errores, los negociadores occidentales ahora están trabando mentes y voluntades con un hombre que usa una máscara flexible que lo hace parecer igual que ellos y habla el lenguaje que ellos usan. Cualquier mención que ellos hagan de lo que en Occidente se llaman valores humanos -la dignidad del individuo, los derechos humanos, las libertades democráticas-, pueden ser y ya han sido igualadas en los labios de Gorbachov por elevadas expresiones que igualan a todas las de ellos.

La flexibilidad de esa máscara le permite oportunidades casi interminables de vencer la desconfianza occidental. Permitiendo la aparente "democratización" de los ex satélites de la URSS, permitiendo que florezcan (casi) mil flores de crítica y de opinión independiente, públicamente, en la Unión Soviética, retirándose aparentemente de Afganistán, abriendo Moscú a los arcos dorados de McDonald's -la lista es interminable- Gorbachov

parece estar dando interminables muestras de su buena fe y de su apego a esos "valores humanos" que el Occidente pregona como sus propias normas de moralidad humana aceptable. Mientras tanto, el presidente soviético les ofrece a sus colegas occidentales el vino embriagador de nuevas posibilidades de mercados, banca, corretaje y coinversiones, y un final al desperdicio anual de dólares en el escudo defensivo y ofensivo de Occidente.

El enfoque secularista de los problemas humanos que es compartido por ambas partes, las ha colocado a ambas en esta posición precaria. Porque lo que el secularismo mata es la fuerza de la obligación moral hacia una autoridad que se cree y sostiene que está fuera de la conciencia humana y de todas las conciencias humanas, que es superior a la conciencia humana como tal, y que está provista de sanciones para imponer la ley moral o para castigar su violación. El secularismo no permite tal absoluto. "Uno no puede sino lamentar", declaró Juan Pablo bastante mordazmente durante su alocución sobre el estado del mundo en enero de 1990, ante el cuerpo diplomático de ciento veinte embajadores acreditados ante la Santa Sede, "la ausencia deliberada de toda referencia moral trascendental en el gobierno de las así llamadas sociedades desarrolladas". Esa palabra "deliberada" provó un susurro momentáneo de comentarios entre el cuerpo de diplomáticos, por lo demás, decoroso. Dios y su ley moral, les estaba diciendo Juan Pablo tajantemente, han sido omitidos deliberadamente de vuestros consejos de estado.

Por lo tanto, hay una ceguera espiritual, una miopía en cosas del espíritu y de Dios, ésta es la conclusión de Juan Pablo. Se está volviendo peor, de acuerdo con el Pontífice. Porque esa profundidad de la ceguera ante la dimensión moral de la vida humana trae, como consecuencia, un oscurecimiento de la claridad de la mente, de manera que los juicios prácticos y sumamente importantes que tienen que hacer los norteamericanos cuando se las tienen que ver con un Maestro Malabarista de la habilidad de Gorbachov, no darán en el blanco, estarán de través, desequilibrados por elementos sin importancia. En febrero de 1990, el casamiento de Susan Eisenhower, nieta de Dwight D. Eisenhower, con Roald Sagdeyev, consejero de Mijaíl Gorbachov, provocó en millones el convencimiento de que "la Guerra Fría realmente ha terminado". Maureen Dowd, informando los acontecimientos del día en Moscú, el 7 de febrero de 1990, cuando el Politburó del Kremlin decidió relajar su monopolio sobre el poder político soviético, escribió en *The New York Times* que ese día en Washington "algunas personas estaban pasmadas. Otras estaban paralizadas, incapaces de absorber otro golpe notable más contra el comunismo. . . Así que hoy la reacción fue mayormente de un mudo asombro ante los acontecimientos de Moscú".

Inconscientemente, Peggy Noonan, escritora de discursos para Ronald Reagan y el presidente Bush, puso el dedo sobre el efecto de esa percepción oscurecida que tiene la mente norteamericana. "Quizá hemos agotado

nuestra capacidad para sorprendernos y deleitarnos cuando observamos a los niños en la Plaza de Tiananmen citar a Jefferson y a los niños de Berlín Oriental llevando piquetas al Muro de Berlín mientras los guardias de Alemania Oriental sonreían ante la cámara".

Aquellos que tienen que ver con Gorbachov y el gorbachovismo no necesitan ni sorpresa ni deleite. Por el contrario, esas emociones son las reacciones lógicas de las personas que se han vuelto ciegos en la Gaza de Mijaíl Gorbachov. Y el peligro es que una vez que hayan terminado el deleite y la sopresa pasajeros, cuando se instale la fría realidad, la ceguera espiritual y las cadenas de esta prisión moral que aplasta al espíritu humano finalmente resultarán demasiado. Los hombres muy bien pueden sentirse tentados a sacudir y derrumbar los pilares mismos de su confinamiento material y terrenal, pereciendo de esa manera, a menos que un amoroso Padre de todas las criaturas todavía ame tanto al hombre que no lo abandonará en la prisión secularista que él mismo ha hecho y en la oscuridad de su propia mente sin ayuda.

"Todo ha sido previsto por Dios", comenta Juan Pablo. "El Padre de todos nosotros ha arreglado los asuntos humanos de modo que terminarán con el hombre siendo salvado de sí mismo". Porque hoy los hombres necesitan esa salvación. "El creciente secularismo tiende a oscurecer más y más y últimamente a negar los valores naturales de la criatura humana... que el plan redentor de Dios reconoce y autoriza". Sin esos valores, la sociedad humana se desintegraría.

19

Las fuerzas del nuevo orden: los dos modelos de una casa geopolítica

En las arenas movedizas de los asuntos humanos de hoy, los nuevos contornos más sorprendentes son proporcionados por dos líderes, Juan Pablo II y Mijaíl Gorbachov. Este último aparece como el agente activo de cambios a los que el Occidente está reaccionando, mientras que Juan Pablo II da toda la impresión de alguien quien, no en mera reacción, está observando a estos participantes activos y reactivos. ¿Por qué estos dos líderes deben ser capaces de ejercer estas funciones clavel, es una fuente de desconcierto para aquellos que no están conscientes de la importancia de los dos hombres, y para aquellos que a veces no aciertan a evaluar correctamente y a apreciar la razón de la importancia de ellos.

Estos dos hombres son los únicos entre los líderes mundiales que no sólo encabezan instituciones geopolíticas, sino que tienen objetivos geopolíticos. La geopolítica es su negocio. Ahora, la naturaleza precisa del movimiento en los asuntos mundiales es geopolítica. Solos entre los líderes, estos dos hombres tienen un conocimiento directo de lo geopolítico. Pero para la vasta mayoría de observadores y para muchos que están en el gobierno, la geopolítica es simplemente una forma de hablar sobre la relación mutua entre los diferentes sistemas de política. Así, se les escapa el gigantesco cambio que se está efectuando en las arenas movedizas.

El término "geopolítica" es una invención relativamente reciente. Está compuesto por dos palabras griegas, que quieren decir "tierra" y "sistema político", cosa que los antiguos griegos jamás combinaron.

Aquellos griegos estaban muy conscientes de las relaciones entre los

diferentes Estados y naciones, cada uno con su propio sistema político, siendo cada uno lo que los griegos llamaban una politeia. Veían a todas éstas como si constituyeran una organización débilmente conectada de entidades políticas diferentes. Ya fuese que las relaciones entre ellas estuvieran basadas en el comercio pacífico o en alianzas celebradas y asociaciones, o en la subyugación y la dominación imperial, la noción griega fundamental de internacionalismo era que éste involucraba diferentes sistemas políticamente estructurados. Un Estado, una politeia, podía dominar a varias. Varios Estados podían agruparse juntos en alianzas ofensivas y defensivas o en sociedades comerciales e industriales. Pero jamás hubo un momento en que la misma estructura política fuera aceptada y establecida en lo que originalmente eran Estados políticamente diferentes. Jamás nadie propuso que la misma politeia fuera compartida libremente por los diferentes Estados y naciones.

Ésta era la limitada extensión de su internacionalismo. Posteriormente en su historia, algunos pocos individuos loaron y trataron de practicar el ¡deal de la cosmopolitis, el ciudadano del mundo, el individuo que se sentía "en casa" en todos y cada uno de los sistemas políticos de aquellos días. Pero esto era visto como un capricho individual, una experiencia romántica y algo exótica, no como una condición deseable para la humanidad en general, y por cierto no como la encarnación de un ideal político por el cual |uchar. Ni siquiera concibieron jamás una cosmopoliteia. Nunca conjuntaron una palabra para "tierra" o "mundo" con la palabra para "sistema político".

Hasta fines del siglo diecinueve y comienzos del veinte, este internacionalismo proporcionó el único marco de referencia dentro del cual se consideraban las relaciones entre las diferentes naciones y Estados.

En algún momenti; del siglo diecinueve, los no-griegos acuñaron el término "geopolítica". Para entonces, los elementos constituyentes del internacionalismo -Estados y naciones- habían cambiado. En primer lugar, ahora los hombres podían hablar de la totalidad de la tierra, de todo el mundo, y de todas las naciones que estaban en él. La exploración había cubierto la faz del globo. En segundo lugar, la escena mundial estaba dominada por enormes imperios comerciales -británico, francés, otomano, austriaco, alemán, holandés, ruso, chino- y por algunos más pequeños -español, portugués, italiano, japonés- acaparando el crudo poder de los recursos de la tierra y de la hegemonía financiera que de ahí se deriva. Estados Unidos, c,ue en esa sociedad de naciones no era ni una potencia secundaria ni un imperio comercial todavía, estaba en las últimas etapas de su propia formación. No fue sino hasta que Woodrow Wilson abordó el George Washington con rumbo a la Europa de la primera posguerra que Estados Unidos comenzó a ejercitar auténticamente sus músculos internacionalistas.

En esta situación mundial, había nacido una cierta homogeneidad y una estandarización general entre las naciones y Estados. Las relaciones internacionales eran más complejas de lo que habían sido jamás. Escritores, pensadores y políticos, así como banqueros y economistas, pensaban en ese mundo como un sistema de Estados vagamente coagulado, en el que los Estados regulaban sus relaciones mutuas por medio de algunas reglas de conducta muy generalizadas y generalmente observadas. Para un número diminuto de las clases muy privilegiadas, sin duda había una forma más desarrollada del viejo cosmopolitismo griego, pero seguía siendo algo exótico.

Cuando se usaba el término "geopolítica" en referencia a ese sistema mundial, implicaba el complejo de relaciones entre todos aquellos intereses nacionales de alcance mundial y los "juegos" que jugaban las naciones, Kriegspiel y Staatspiel, el mantenimiento de la paz y la conducción del arte de gobernar en tiempos de paz. Sus tiempos de paz siempre estaban definidos en términos de un enemigo. La guerra era sencillamente la conducción del arte de gobernar y de la diplomacia en una forma más brutal con ese enemigo. Como decían los franceses cínicamente: Plus qa change, plus c est la méme chose.

Como el monopolio del comercio y de las finanzas, así como el poderío militar, descansaban en manos de las Grandes Potencias, también se usaba "geopolítica" para incluir las relaciones entre todos los poderes secundarios y los principales. Esa red de relaciones -que reproducía el internacionalismo de los antiguos griegos en un ámbito más sofisticado y definitivamente mundial- estaba construida y mantenida con un fin a la vista: el equilibrio de poder entre los Grandes, y entre sus aliados, entre los Pequeños. Los choques económicos, culturales, militares, entre los miembros de esa sociedad internacional, estaban relacionados con el orgullo de la ubicación y la hegemonía, ya fuese en una parte del glot-o -Gran Bretaña en Europa, Turquía en el Medio Oriente- o internacionalmente, digamos, en un choque financiero general o en la supremacía naval sobre los siete mares.

Fundamentalmente, nada había cambiado realmente desde los griegos. El internacionalismo tenía como unidad básica a la politeía individual arraigada en un Estado o nación en particular, ya fuese la Inglaterra imperial, la Francia republicana, la Norteamérica democrática o los diminutos protectorados como Sierra Leona o Sarawak. En un sentido genuino, aunque limitado, el todo podría ser descrito como geopolítico; la palabra incluía a todos los sistemas políticos existentes sobre toda la tierra.

A lo largo de ese camino de veinte siglos desde los griegos hasta los tiempos modernos, sólo había dos instancias en las que el pensamiento y las metas concretas de algunos hombres fueron más allá de esta noción y de esta práctica de internacionalismo, y se acercaron al punto en que la realidad de la "tierra" y "un sistema político" podían conjuntarse en una palabra.

Cronológicamente, la primera fue claramente enunciada y planteada como meta y como ideal por un grupo de hombres y mujeres que comen-

zaron en el ocaso de la civilización griega como una chusma de pescadores, sirvientes, esclavos, pequeños comerciantes, sucios granjeros, artesanos y trabajadores -judíos y no judíos-, a quienes sus enemigos llamaron burlonamente "cristianos". Ese nombre se quedó. En los primeros días de su existencia en Jerusalén y sus alrededores, se autodescribían como "una comunidad con un corazón y un alma, y teniendo todas las posesiones en común".

Uno de sus primeros líderes en el primer siglo de este primer milenio, Pablo de Tarso, examinó el microcosmos de nacionalidades y reinos, religiones y culturas que lo rodeaban, y formuló la refinación cristiana del internacionalismo entonces reinante. Al hacer esto usó su usual elocuencia brillante, pero necesariamente en términos de lo que él conocía en sus días como sociedad de las naciones. Y, aunque lo más lejos que llegó hacia el Occidente personalmente fue España, lo más lejos hacia el Oriente y al Norte fueron Grecia y Turquía, y lo más lejos hacia el Sur fue Arabia, habló para todas las naciones y pueblos de la raza humana.

Les escribió a los habitantes de Colossae, una ciudad localizada en lo que ahora es la provincia de Denizli, en Turquía occidental: "Ahora deben darse cuenta que se han convertido en hombres nuevos a raíz del conoci miento que ahora tienen sobre su Creador y su mundo preferido, en el que no debe haber distinción entre judío y no judío, cristiano judío y cristiano gentil, conciudadano y extranjero, persona conocida y desconocida, esclavo y hombre libre. Porque ahora Cristo es todos nosotros, y Cristo está en todos nosotros". El inventario que hace Pablo de las diferencias y divisiones que separaban a las personas de sus días en sistemas y grupos diferentes y en guerra, encuentra paralelos exactos en nuestra moderna sociedad de naciones, Estados y pueblos. De acuerdo con Pablo, todas las diferencias y divisiones han sido trascendidas por una nueva unidad.

Tampoco estaba hablando Pablo de una unidad puramente espiritual. Estaba mostrando un anteproyecto para una nueva sociedad de pueblos y naciones que no estuvieran divididos por. el nacionalismo, el origen racial, la diversidad cultural, la riqueza y la pobreza, los sistemas políticos o el odio religioso. Tampoco imaginaba que la meta de esa sociedad de pueblos fuera un equilibrio de poder manteniendo el equilibrio de los más grandes y de los más pequeños. En su frase cargada de significado, es la unidad en Cristo a escala total. Una georreligión centrada en Cristo y dependiente de él: esto es lo que Pablo presentaba como la estructura subyacente del internacionalismo ideal. En su contexto, Pablo podría haber usado justificadamente esa palabra híbrida, "geopolítica", porque él estaba hablando de una *geopoliteia,* una estructura verdaderamente geopolítica para toda la humanidad como una sola raza.

Como pasa con frecuencia, Pablo fue el formulador inteligente y perceptivo de una doctrina que sería enseñada y propagada a todos los pueblos y naciones por otro hombre, Pedro el Gran Pescador, y por sus suce-

sores en Roma. A pesar de su oscuridad y de su muerte cruel, a Pedro le habían dado las Llaves de la autoridad para enseñar a todos los hombres y mujeres, y para así establecer la *geopoliteia* que Pablo había anunciado como el plan de Dios para todos los hombres. Esa autoridad estaba garantizada por la sangre que Cristo derramó. Dentro del periodo de alrededor de trescientos años y de los pontificados de treinta y dos sucesores de Pedro como Obispo de Roma y detentador oficial de las Llaves de esta sangre, la inicial oscuridad del Detentador del cargo había sido dispersada; el papado de Pedro ahora asumía un papel crecientemente dominante en el desarrollo de las naciones. La meta paulina, la *geopoliteia* cristiana, era la meta de ese papado.

A ese papado y a su organización institucional, la Iglesia católica romana, les llevó casi la totalidad de dos mil años alcanzar, en lo concreto, su *status* y condición como georreligión. Llevó todo ese tiempo y los altibajos de 264 pontificados para que la filosofía política y las metas de esa georreligión se purificaran y purgaran de las acrecencias de la cultura y de la civilización que a lo largo del camino obstaculizaron el desarrollo de la geopolítica papal y católico-romana.

Cuando casi pasaron dos mil años desde que Pablo expresó su visión mundial de una genuina georreligión, el sucesor 263 del oscuro Gran Pescador reina y gobierna en Roma como la cabeza titular de esa georreligión alojada en una estructura genuinamente geopolítica. Porque Juan Pablo II no es sólo la cabeza espiritual de un cuerpo mundial de creyentes, sino también el Jefe Ejecutivo de un Estado soberano que es un miembro reconocido de nuestra sociedad de Estados de finales del siglo veinte. ¿Con una meta y una estructura políticas? Sí, con una meta y una estructura geopolíticas. Porque, en un análisis final, Juan Pablo, como pretendiente a Vicario de Cristo, reclama para sí el derecho de ser la corte de último recurso sobre la sociedad de Estados como sociedad.

Uno de los factores reveladores que hacen resaltar a Juan Pablo II como un líder mundial fundamental, ha sido precisamente la impresionante aparición de una capacidad genuinamente política de parte de su Santa Sede, considerada hasta ahora -y durante varios siglos- como una institución que debe ejercer cualquier influencia que ejerza exclusivamente en las esferas estrictamente "religiosa" y "espiritual". Había -o debía haber- un muro entre la "Iglesia" y el "Estado".

El interludio Noriega, a fines de 1989, fue la revelación más reciente. Las autoridades del Ejército norteamericano, la administración Bush y los diez o quince gobiernos latinoamericanos involucrados en ese desplante caribeño, emergieron de su exitosa conclusión con un concepto del Vaticano de Juan Pablo totalmente renovado. Sus hombres vaticanos, sacerdotes todos ellos, desplegaron no solamente una comprensión detallada de los asuntos que se arracimaban alrededor del refugiado hombre fuerte panameño, sino también un enfoque sofisticado de los problemas diplomáticos, militares,

gubernamentales y políticos que se erizaban alrededor de la embajada de la Santa Sede de la ciudad de Panamá. Ya fuese en relación con el Nuncio Papal Laboa, de sus dos principales asistentes allá, o de los funcionarios relevantes de la "Segunda Sección" del Vaticano (de Relaciones con los Estados) -el arzobispo Angelo Sodano, "ministro de Relaciones Exteriores", el arzobispo Edward Cassidy, subsecretario de Estado, monseñor Giacinto Berlocco, emisario especial, o los demás expertos internos-, la evolución del concepto de la Santa Sede que tenían todos fue muy manifiesta. Uno de los principales voceros militares, general Maxwell Thurman, en su primera aparición ante los periodistas se refirió al arzobispo Laboa como "una especie de embajador". Pero, con el correr de los acontecimientos, cuando anunció la capitulación de Noriega, el general se refirió respetuosa y correctamente al "Nuncio Papal arzobispo José Sebastián Laboa", cuyo "profesionalismo" el general elogió.

Un asistente militar comentó : "Estos hombres no iban por ahí rociando agua bendita y sacudiendo rosarios. Realmente, nos condujeron a una solución". Al final, todos los interesados -los panameños con sus temores y deseos de venganza, los diplomáticos latinoamericanos acostumbrados a las resbaladizas laderas de las concesiones, los norteamericanos empeñados en su "Operación Causa Justa"- estuvieron unánimemente de acuerdo en que los hombres de Juan Pablo nunca permitieron que el aspecto moral se perdiera en la refriega entre los partidarios de Noriega, sus enemigos panameños y la virtuosa ira de la fuerza expedicionaria norteamericana.

Nadie, en ninguno de los tres grupos, pensó ni por un momento que la Santa Sede de Juan Pablo "no debiera tener algo que ver con tales cuestiones puramente seculares y de Estado", como señaló un comentarista de la costa este.

El segundo avance hacia una meta concreta, más allá y trascendiendo el mero internacionalismo, vino del cerebro del más destacado fanático y zelota y el genio organizador más grande en diez siglos: V. I. Lenin. Concebido en esa mente retorcida, nacido en la carnicería y la crueldad del derrocamiento de la Rusia zarista por los marxistas, el segundo intento llegó a encarnarse en la mayor creación política híbrida de toda la historia del mundo: el Estado-Partido de la URSS.

Nunca una nación en ningún sentido aceptado de la palabra, ni un imperio tal como hemos sabido que son los imperios, la URSS fue armada con la forma de un Estado, pero diseñada y construida exclusivamente para servir de vehículo a la toma de posesión política marxista-leninista de todos los demás Estados, sobre las olas de una revolución proletaria supuestamente mundial. Ésa es una meta completamente geopolítica, alojada en una estructura intencionadamente geopolítica. Lenin y sus sucesores construyeron esa estructura geopolítica. No aloja ninguna religión, aloja una ideología que es, innegablemente, una geo-ideología.

Lo que a muchos en Occidente les resulta difícil separar es la fachada de

la identidad nacional -la URSS como una nación miembro de la sociedad de naciones- y el edificio y propósito del Estado-Partido de Lenin que existe y opera detrás de ella. Es una troika compuesta por el PCUS, el Ejército Rojo y la KGB. Su razón de ser y su única meta no es el bienestar de los habitantes de la URSS, sino el objetivo ideológico de todos los marxistas-leninistas leales y genuinos: una estructura geopolítica marxista que abarque a todas las naciones y a todos los pueblos del globo.

La posesión, la alimentación y el progreso de esa estructura geopolítica, además de la mentalidad más bien rara que ha engendrado en los soviéticos, constituye un primer e importante paralelo entre Juan Pablo II y Mijaíl Gorbachov. Pero el paralelo va más lejos.

No sólo ambos hombres son eslavos y ambos son jefes de los únicos modelos de organización geopolítica que tenemos disponibles cuando examinamos hoy a la sociedad de naciones y de Estados en su tendencia hacia el nuevo orden mundial que debe ser algo más que una estructura meramente Internacionalista o hasta Transnacionalista. Estos dos poderosos líderes mundiales han decidido apostar.

El papa Wojtyla decidió muy al principio de su pontificado que lo geopolítico recibiría el grueso de su atención y sería el foco de su actividad papal. Se haría para sí un lugar especial en los asuntos mundiales, al tiempo que atendería las ruinas de su propia institución de una manera sólo marginal. Jugó y está jugando, apostando no sólo sobre la durabilidad de su Iglesia -que pueda sobrevivir a las ruinas que crecen continuamente-, sino también sobre el objetivo que había elegido para su papado: que él pudiera jugar una parte integral en la formación geopolítica de la sociedad de las naciones.

Por su parte, Mijaf Gorbachov ha modificado y adaptado severamente el marxismo-leninismo de la URSS, dejando de perseguir la estrategia santificada, como estaba, por las dos figuras más grandes en los setenta y tres años de la historia de ese Estado-Partido, Lenin y Stalin; se ha dedicado a moldear la estructura y las metas de ese Estado-Partido de acuerdo con la forma recomendada apasionadamente por el héroe más grande, pero no glorificado, del comunismo, el sardo Antonio Gramsci.

Ningún teórico marxista analizó jamás la adecuada postura y estrategia geopolítica del Estado-Partido marxista-leninista más inteligentemente de lo que él lo había hecho. Infaliblemente, Gramsci puso su dedo sobre la única estrategia que posiblemente podría asegurar una victoria total del Estado-Partido a través de una revolución proletaria mundial.

Purificó el término sagrado (para los marxistas) de "proletariado" del significado decimonónico, pasado de moda, que todos los líderes, desde Karl Marx hasta Yuri Andropov, aceptaron estúpidamente. Básicamente, lo que se necesita no es la penetración política de los países capitalistas, ni la superioridad militar, dijo Gramsci, sino la corrupción de su base cultural cristiana.

Gramsci propuso una nueva forma de marxización: reducir las expectativas de todos los hombres de cualquier salvación que venga desde lo alto, -en arte, en literatura, en ciencia, en medicina, en obras sociales, en política, en finanzas, en comercio, en industria-. Prometer a todos los hombres la liberación de lo que los aflige por medio del enaltecido esfuerzo humano -y sólo humano- por medios intelectuales, emocionales, científicos, éticos. Enseñarles que toda esperanza de progreso yace dentro de ellos mismos.

Infaliblemente, también, Gramsci puso claramente de relieve el postulado fundamental del marxismo: su total y profundo materialismo. Pero éste, señaló Gramsci, proporcionará el terreno común que los marxistas pueden compartir con los capitalistas de Occidente. únanse a ellos, exhortó Gramsci a sus compañeros comunistas. Participen en sus estructuras que buscan la ganancia, que hacen el "bien social", que hacen y conservan la paz internacional; en sus movimientos artísticos, en sus esfuerzos literarios, en sus esfuerzos por elevar los niveles de salud y de vida, y sí, hasta en su profesión de metas éticas y religiosas. Conviértanse en miembros de la casa global que ellos están construyendo, en miembros genuinos de su familia humana, colaborando en la liberación de todos los hombres de la esclavitud y de la insignificancia de la vida diaria.

Todo esto, pero con una condición importante. Que todo el esfuerzo sea solamente del hombre por el hombre. Colaboren para llenarle el estómago con comida fresca y para llenarle la mente con conocimiento fresco. Pero asegúrense que él crea que tanto la comida como el conocimiento son su creación, el resultado solamente de sus propios y nobles esfuerzos. Asegúrense que el hombre nunca repita el famoso grito del filósofo alemán Martin Heidegger: "Sé que sólo Dios puede salvarnos". En 1989, el nuevo líder de Checoslovaquia, Vaclav Havel, les diría a sus compatriotas: "En los decretos organizativos, es verdaderamente difícil descubrir que Dios es el único que puede salvarnos". Mijaíl Gorbachov, como discípulo de Gramsci, diría: "Asegúrense que nadie escuche a Havel".

El juego de Gorbachov es con la durabilidad del Estado-Partido: que pueda durar mientras pasa por un periodo de repliegue territorial y de exposición a todas las atracciones del capitalismo y de la democracia occi dental. Vale la pena apostar, piensa él, a causa del premio geopolítico que está en juego.

Cualquier evaluación útil y estimación exacta de estos dos hombres, Karol Wojtyla y Mijaíl Gorbachov, debe partir de esta premisa geopolítica. Ambos hombres piensan y planean geopolíticamente. No ven a las naciones del mundo como grupos diversos y divergentes de hombres y mujeres que están aprendiendo con dificultad a llevarse bien, o meramente como una reunión de potencias que deben modificar y adaptar sus recursos para sobrevivir. Cada hombre, a su modo, presume -supone sería una palabra mejor- que la diversidad y la divergencia son accidentes de la historia humana, que en realidad finalmente todos son impulsados por una fuerza más grande que la que puede juntar uno o varios de ellos. En su auténtico marxismo-leninismo, con su craso materialismo, Gorbachov reconoce esta fuerza como el ciego destino histórico. En su genuino catolicismo romano, el papa Wojtyla cree que éste es el poder de Jesucristo como cabeza de toda la raza humana.

Difieren profundamente en este punto fundamental. Pero coinciden en el punto de observación desde el que parten: la totalidad de las naciones, sus diferentes tendencias y debilidades como parte de esa totalidad. Sin una apreciación de ese punto de observación geopolítico y único, no es posible entender los movimientos que hacen, las vueltas y revueltas en sus estrategias, y, a causa de su indudable influencia sobre los asuntos internacionales, sería difícil trazar la trayectoria que seguirá la sociedad de las naciones en la presente década a medida que avanzan hacia lo que todos imaginan como un nuevo orden mundial.

Los dos principales vehículos de ese avance son, obviamente, la interdependencia de las naciones individuales y la decisión y deseo generalizados de experimentar el desarrollo. Entre las naciones han disminuido las distancias, no meramente geográficas, sino también económicas y culturales. Porque cada año esa interdependencia económica se intensifica como medio del desarrollo. Para facilitar esa interdependencia, las diferencias y disputas políticas se están diluyendo y debilitando por un egoísmo ilustrado. El destacado ejemplo actual de esta necesaria desminución de las distancias políticas lo proporcionan los cambios de 1988-89 en las estructuras políticas de las naciones satélites de los soviéticos y, hasta cierto punto, en la estructura política de la propia URSS. Hasta las prerrogativas nacionales -digamos, la moneda de un país- están siendo restringidas, modificadas, abolidas, tal como se planea actualmente para la Comunidad Económica Europea de 1992+. Ya se puede decir con seguridad que, en la sociedad de las naciones, la perspectiva está más intensamente orientada hacia el lado internacional de la vida de lo que jamás estuvo antes. Bajo el ímpetu del deseo por el desarrollo, esta actitud internacional se está transformando en una perspectiva transnacional y globalista a medida que la interdependencia da nacimiento a esfuerzos conjuntos y a la participación multilateral en proyectos mutuamente beneficiosos.

Pero ese avance hacia un nuevo orden mundial está estimulado no sólo por el deseo por el desarrollo y las demandas de la interdependencia. Hoy, por primera vez en la historia, toda la raza humana está enfrentándose a geoproblemas: la elección entre la paz y la destrucción nuclear de la civilización de este planeta; el deterioro del medio ambiente del propio globo como habitat humano; y problemas individualizados como el azote del SIDA, la proliferación de las drogas y la difusión del hambre. Ninguno de ellos puede ser resuelto por ninguna nación sola sin la cooperación de todas

las demás. Porque todas están profundamente amenazadas por estos problemas, en sus territorios y en sus pueblos. Por estas causas solas, un globalismo tenía que nacer.

A menudo se discute este nuevo globalismo con un uso liberal de los términos "geopolítica" y "geopolítico". Pero, para ser muy exacto, lo que se está discutiendo es el internacionalismo de los antiguos griegos con una pe queña dosis de su cosmopolitismo -esto último más bien como una cuestión de capricho o de licencia poética por parte de algunos globalistas.

Aquellos que no se permiten ningún capricho, pero que están resueltos a crear el nuevo orden mundial, hablan como si ese nuevo orden mundial fuese mucho más allá de la colaboración entre naciones, de la asociación y de la entremezcla transnacional sobre la base del igualitarismo democrático, tal como ha evolucionado en las democracias occidentales individualmente. Pero el interdicto de Fukuyama les prohíbe hacer cualquier descripción explícita y detallada de ese nuevo orden. Porque Francis Fukuyama tenía razón: del actual internacionalismo no puede salir ningún nivel de pensamiento ni estructura que esté más allá de lo que proporciona el igualitarismo democrático. Lo que está más :allá de ese nivel de percepción y de esa estructura, no puede ser proporcionado por el internacionalismo más profundo ni por el transnacionalismo más ardiente.

El hecho concreto de la vida internacional de hoy es que estamos en medio de un periodo intensamente globalista, y ninguna de nuestras estructuras políticas, nacionales o internacionales, es geopolítica. No poseemos la estructura adecuada o necesaria para alojar a una sociedad geopolítica de naciones y Estados. Hasta que :-ea creada, todo lo que podemos tener, y que tenemos cada vez más, es una -,ociedad de naciones cada vez más dependientes, ligadas por acuerdos cada .^z más numerosos entre las unidades individuales de esa sociedad.

Ese término clave de "geopolítico", en realidad, se refiere básicamente a la estructura, y sólo secundariamente a la ideología, el espíritu o *ethos* (capitalismo democrático, marxismo-leninismo u otro) que está infundido en esa estructura. En la etapa presente de nuestra experiencia humana, podemos llegar a una idea de lo geopolítico algo satisfactoria, comenzando por la estructura que hemos conocido durante largo tiempo: la política.

Para ser geopolítica, una estructura tendría que estar equipada con poderes legislativo, ejecutivo y judicial sobre todos sus habitantes, y, en este caso, eso significa todas las naciones. La creación y el ejercicio exitoso de esos poderes dependen de la unidad dentro de la cual vivan todos los habitantes. Todavía no sabemos -ni siquiera podemos imaginarlo con nuestra fantasía ni razonarlo con nuestras mentes- cuál podría ser el principio de esa unidad, porque todas nuestras unidades políticas han estado basadas en un territorio común, en un origen racial común, en un lenguaje común, hasta en una religión común o -su pálida imagen- una ideología común. Y todas esas unidades políticas -naciones, Estados, "países" o

"potencias", las llamamos a veces-, descansan sobre principios aparentemente inviolables de derechos humanos que surgen de una multiplicidad de diferencias (lingüísticas, territoriales, culturales, raciales).

Como señaló Fukuyama, mientras que el "igualitarismo democrático" está emparejando a todas estas unidades diferentes que componen la sociedad de las naciones, nada que se derive de ese mismo 'igualitarismo democrático" en sí, proporciona ninguna apertura para considerar una estructura geopolítica dentro de la cual todos los diferentes Estados miembros pudieran ser asimilados políticamente a un modelo. Porque esa proyección más lejana de nuestro pensamiento político presume unidades *nacionales.* ¿Cuál podría ser el principio de la unidad geopolítica, necesario para una estructura geopolítica verdaderamente viable? El interdicto de Fukuyama es un arma de dos filos que hace un tajo entre nuestro presente y nuestro pasado, pero que también nos separa de cualquier futuro basado en el 'igualitarismo democrático" y su base política.

En toda nuestra experiencia humana registrada, y dentro de los límites de nuestra razón, no podemos encontrar ninguna respuesta satisfactoria acerca del principio de la unidad geopolítica. Nuestro sendero hacia esa respuesta está bloqueado por la forma en que pensamos, percibimos y elaboramos juicios acerca de esa categoría muy familiar de agrupamiento humano que llamamos una nación o un Estado. La forma en que pensamos acerca de ella está profundamente arraigada por siglos de experiencia.

Cuando los levantamientos en Rumania liberaron a la población del puño de hierro del ,gobierno de Nicolae Ceausescu, el deseo de cambio y de una nueva estructura política desbordaron la frontera oriental de Rumania volcándose en la t.,l old.=3via soviética (parte de Rumania antes de la anexión de 1944 forzada p: :r los soviéticos). Uno de los disidentes moldavos, Oazug Nantoy, expresó 'a terrible dificultad que ahora surgía para rumanos y moldavos: cómo inventar la política nacional moldava a nivel popular después de tantos eñes de estalinismo. C,ijo Nantoy: "Lo peor que todavía tenemos de la era de Stalin es la forma *en que pensamos.* No podemos obtener un nuevo pensamiento a crédito".

En el plano mucho más amplio y mundial que ocupa la sociedad de las naciones, existe la misma dificultad. Líderes y estadistas, así como empresarios Transnacionalistas y activistas Internacionalistas, han heredado una forma de pensar sobre las relaciones internacionales que en sí misma les impide pensar geopolíticamente. Para ellos sería una poderosa hazaña de la razón y de la imaginación de pensar (liberarse de) el marco de referencia de esas relaciones, dentro del cual ellos han pensado y vivido y planeado hasta ahora, y que es la forma espontáneamente aceptada en la que ellos comprenden todo lo que está ocurriendo alrededor de ellos en nuestro mundo. Desgraciadamente, como comentó Nantoy a propósito de sus compatriotas moldavos, no pueden obtener "un nuevo pensamiento a crédito".

Es relativamente simple declarar en unas cuantas palabras lo que implica teóricamente la geopolítica. Es muy difícil pensar geopolíticamente en la sociedad de las naciones en una forma práctica, y entender las implicaciones fácticas de una estructura geopolítica que aloje a esas mismas naciones. Por lo tanto, es muy difícil, para la mayoría de los modernos, entender qué tratan de hacer Juan Pablo II y Mijaíl Gorbachov.

Estos dos líderes tienen mentalidad geopolítica, y ambos están manejando sus situaciones individuales desde un punto de observación geopolítico y con una meta geopolítica a la vista. Sus declaraciones y acciones, su entrar y salir a través de los acontecimientos actuales, la mezcla de hechos relacionados con ellos y la abundancia de comentarios internacionales sobre ellos, todo esto está atravesado por un hilo geopolítico que es difícil de desenredar. La geopolítica es, al mismo tiempo, tan grandiosa en sus suposiciones, tan amplia en sus implicaciones mundiales, y sin embargo tan dependiente de una maquinaria tan complicada, que queda fuera del alcance de nuestros modos normales de pensamiento.

Sin embargo, si hay alguna tendencia general identificable en las relaciones actuales entre las naciones, seguramente es geopolítica. Inclusive antes de sumarse oficialmente a esta tendencia, los líderes occidentales ya estaban en connivencia con ella. Ahora que la tendencia geopolítica se ha convertido en un elemento activo en nuestro mundo, corre un "nuevo pensamiento". . . otra vez, a crédito otorgado por ese principal agente de cambio, Mijaíl Gorbachov.

20

La connivencia diplomática

En las primeras etapas de cualquier cambio profundo en los asuntos internacionales, hay una práctica consagrada por el tiempo que gobierna la conducta de las grandes potencias del mundo. Uno de los practicantes más exitosos de este enfoque, el aventurero-estadista fránces del siglo XVIII, Charles-Maurice de Talleyrand, ingeniosamente llamó a ese proceso sigiloso *la connivance diplomatique.* La connivencia diplomática.

Talleyrand mantenía que los estadistas inteligentes y previsores que contemplan realizar un brusco alejamiento de una política establecida, mantendrán a la vista el pensamiento público y la reacción de sus naciones. En consecuencia, mucho antes de revelar su nueva política, llevarán a cabo diálogos privados entre ellos, explorando los aspectos más sensibles y delicados de sus planes.

Se alcanzan acuerdos de peso y de principio en la intimidad de las cancillerías diplomáticas, en la correspondencia altamente secreta, en las privilegiadas comunicaciones de persona a persona. Acuerdos sobre hasta dónde está dispuesto a comprometerse cada participante, sobre cuál será el momento propicio, en general, y sobre los principales pasos a través de los cuales el público en general se va a enterar del cambio que se planea.

Precisamente ese proceso había estado en operación durante más de tres años antes de que Mijaíl Gorbachov comenzara a desempeñarse como Secretario General del PCLIS en marzo de 1985, trayendo consigo cambios de una naturaleza y alcance realmente terribles.

Cuando Gorbachov llegó a la cima del montículo soviético, de hecho, ya había comenzado a filtrarse información sobre lo que estaba por pasar, a través de canales del gobierno, de los ministerios y de las misiones di-

plomáticas, dirigida hacia los equipos de cerebros y las agencias paragubernamentales, así como hacia los centros financieros, industriales, culturales y periodísticos máp influyentes. A todo lo largo, las mentes fueron preparadas y aclimatadas por medio de un proceso de discusiones y reacciones, acuerdos y preparativos.

Para algunos, la sorpresa fue que Gorbachov -un líder que no había sido probado, después de todo, sin experiencia en el escenario mundial- pareció moverse tan rápido después de su advenimiento como Secretario General, que parecía dominar tanto tan rápidamente como para tomar al mundo por asalto, sin importarle aprender a fondo el proceso normal de la connivencia diplomática.

Sin embargo, el papa Juan Pablo no se sorprendió. En primer lugar, Gorbachov estaba mejor preparado para su nuevo papel internacional que la mayoría de los burócratas soviéticos. Inclusive en sus días de Stavropol, había demostrado su inclinación geopolítica, así como su ávido interés y su talento para las conexiones internacionales, durante las visitas oficiales que hizo a Bélgica, Italia, Alemania Occidental, Francia y Canadá. Pero estaba muy lejos de ser todo.

Al comenzar los años ochenta, Gorbachov se atrincheró como el protegido especial del jefe de la KGB, Yuri Andropov. En 1982, cuando Andropov sucedió a Leonid Brezhnev como Secretario General, Gorbachov permaneció a su lado. A medida que declinaba la salud del anciano Andropov, era el joven y confiable Gorbachov quien actuaba corno Secretario General de *facto,* yendo y viniendo entre el cuarto de enfermo de Andropov y el Secretario General de Moscú. Era Gorbachov quien transmitía los deseos y decisiones del amo, sobre las cuestiones de la mayor confidencialidad y de alta seguridad del Estado, a los subordinados burocráticos de Andropov. Sobre la base de que "necesita saber", finalmente Gorbachov estuvo enterado de todo lo que había que saber. Conocía todas las decisiones ejecutivas tomadas por Andropov. Cuidaba que esas decisiones se transmitieran a las manos de las ramas ejecutivas relevantes del gobierno soviético y del Partido Comunista.

Después de la muerte del Secretario General, en febrero de 1984, Gorbachov desempeñó la misma función para el sucesor de Andropov, Konstantin Chernenko. Ya con setenta y tres años y enfermo, Chernenko era un hombre moribundo en el momento de su elección para ocupar el puesto más alto de la Unión Soviética.

Cuando llegó el momento en que Chernenko ya no fue capaz de sentarse con sus colegjs del Politburó, las fotografías de la prensa mostraron a Mijaíl Gorbachov -ahora más experimentado, informado y profundamente relacionado con los nervios del poder soviético- sentado simbólica pero discretamente, detrás de la silla vacía de Chernenko. Y durante los 175 días inmediatamente anteriores a la muerte de Chernenko, cuando estaba por completo oculto a la vista del público, Gorbachov estaba junto a su lecho.

Como miembro acreditado del liderazgo internacional, el papa Juan Pablo era otro de aquellos que estaban enterados de los cambios que se planeaban. Pero, gracias a sus propias fuentes de información independientes, Juan Pablo también era capaz de corregir la mayoría de las distorsiones partidistas que inevitablemente penetran en el proceso de la connivencia diplomática, en tanto cada bando busca su propia ventaja... incluyendo algunas distorsiones introducidas por miembros de la anti-Iglesia que estaban dentro de su propia cancillería y que nunca desperdiciaban una oportunidad en sus esfuerzos por transformar tanto la Iglesia cuanto el papado.

Desde su punto de observación del Vaticano como una ventana abierta sobre el mundo entero que lo rodeaba, y como hombre nacido y criado en la genuina geopolítica, Juan Pablo vio, a comienzos de los ochenta, las señales inequívocas de que la iniciativa fundamental en los asuntos mundiales había sido magistralmente tomada por una estrategia geopolítica muy superior a cualquier comprensión prevaleciente en los consejos privados de Occidente. La sociedad de las naciones estaba quedando encerrada en un libreto que parecía estar dominado por Moscú y que se representaría al final del segundo milenio.

Todas las diferentes facciones de Occidente, todos los diversos movimientos globalistas religiosos y antirreligiosos del momento, la República Popular de China, ese gigante impotente que llamamos el Tercer Mundo, y la organización institucional católica romana de Juan Pablo, junto con las demás formas de cristianismo, fueron rápidamente arrebatadas por ese juego final del milenio.

Para el papa Juan Pablo II, la señal más obvia de que se estaba desarrollando un importante proceso de connivencia diplomática y que por lo tanto se acercaba un importante alejamiento del orden mundial que había prevalecido durante cerca de medio siglo, salió a la superficie en un cierto cambio de actitud que se hizo notorio en la conversación y en el comportamiento de los funcionarios superiores y negociadores del poder en las naciones capitalistas. Entre los líderes Internacionalistas y Transnacionalistas del Occidente, el consenso comenzó a girar alrededor de la idea de que finalmente el liderazgo soviético se había dado cuenta de la sencilla verdad: todo el sistema económico soviético estaba por hacer implosión.

Parecía suficientemente lógico para cualquiera que tuviera una pizca de verdadero sentido capitalista que, después de setenta años de implacable marxismo -con su PNB tragado por los armamentos, y con su privilegiada *nomenklatura* apoyada encima de una burocracia desesperadamente ineficiente-, la Unión Soviética por lo menos enviaba señales de que económica, financiera, social y psicológicamente estaba en sus últimas etapas. Parecía inevitable que lanzara señales pidiendo ayuda. Y parecía que estaba próximo el momento de triunfo de los Internacionalistas-Transnaciona listas.

En consecuencia, comenzaron a ir de regreso hacia la Unión Soviética las señales lanzadas por Occidente. Y siendo como es el proceso de connivencia diplomática, algunas de las señales eran discretas, casi privadas, se diría. La conducta de los submarinos soviéticos alrededor de la costa de Suecia fue una de esas señales. Durante una cantidad de años, los submarinos soviéticos han estado penetrando a las aguas territoriales suecas, poniendo a prueba la eficacia de los anillos de sensores submarinos que protegen a las bases navales suecas, probando de ese modo las defensas de Suecia. Bajo Gorbachov, las violaciones soviéticas alcanzaron un nivel récord en 1988. Aun después que un submarino soviético, un navío tipo Whiskey armado con torpedos nucleares, se encalló en las rocas frente a Karlskrona en 1981, las penetraciones no disminuyeron. ¿Por qué Suecia no ha protestado violentamente? ¿Por qué Estados Unidos, con sus intereses en la defensa sueca -aunque Suecia es neutral-, no le ha hecho un planteamiento a Gorbachov? ¿Por qué, finalmente, él insiste en ello? La respuesta final reside en la búsqueda de señales: señales de tolerancia y no beligerancia por parte de Suecia, señales de la comprensión de Estados Unidos frente a la sensibilidad soviética en relación con sus costas en el Báltico. En una palabra, es connivencia diplomática.

Otras señales son más abiertas. La situación económica de la Unión Soviética, conocida con exactitud en Occidente, comenzó a recibir una gran atención en los informes de los medios europeos y norteamericanos. Se puso de moda, a falta de una palabra mejor, discutir las oportunidades para la paz que implicaría el hecho de que la Unión Soviética no pudiera mantener sus subsidios al exterior. Que no pudiera reconstruir su infraestructura decrépita. Que no pudiera competir en la economía mundial. Que no pudiera abastecer a su propio pueblo con los bienes de consumo necesarios. Que necesitara por lo menos dos décadas -y una enorme inyección de créditos occidentales y otro tipo de ayuda- para corregir su postura peligrosa.

Muy pronto comenzó a aparecer la idea compañera de que, aunque la fracasada economía soviética presentaba una oportunidad para que Occidente tuviera un nuevo enfoque, sería un peligro directo para todos que éste fuera demasiado pusilánime o demasiado doctrinario como para no cruzar el puente de la cooperación económica. Si Occidente forzaba a Moscú a llegar al borde de su propia destrucción, decía el argumento, ¿qué seguiría conteniendo la mano de los soviéticos para darle un golpe final al Occidente? Aunque generalmente velada, la idea parecía ser que Moscú no caería sola en el olvido.

Algo menos públicamente al principio, y durante el mismo periodo, el proceso de connivencia diplomática comenzó a estimular algunas iniciativas financieras y comerciales básicas. Se pusieron en movimiento dos mecanismos para proporcionar un cierto alivio a las presiones de la Unión Soviética.

El primer mecanismo fue una reprogramación de las deudas soviéticas con Occidente. En la práctica, este mecanismo significaba que no se les exigía a los soviéticos que pagaran el principal que ya debían. Y significaba que los pagos de intereses quedarían en un impase por medio de un aplazamiento, o serían financiados por nuevos préstamos pasados de un consorcio bancario a otro, que no estarían listados en la información proporcionada a los accionistas. Involucrados aquí, estaban bancos tan importantes de Estados Unidos como el First Chicago, Chase Manhattan, Citibank, Manufacturers Hanover Trust, Chemical Bank, Bankers Trust, Marine Midland y el Bank of America.

Claro está que se entendía que este mecanismo echaría una pesada carga económica sobre el propio Occidente. En Estados Unidos, por ejemplo, las pérdidas sufridas por los bancos en esta operación fueron deducidas, hasta donde lo permitió la ley, del pago de impuestos. El contribuyente norteamericano, de esa manera, recibió la carga de cerca de la mitad de las pérdidas.

De todas maneras, para los políticos valía la pena, aparentemente, seguir el juego de la deuda pública creciente. Sin duda, parecía ser una oportunidad, literalmente, de una vez en la vida, para extender por lo menos las dos primeras patas del trípode capitalista -comercio y finanzas- hasta la propia Unión Soviética. Si todo eso podía lograrse, ¿quién podía dudar de que la tercera pata del trípode -la seguridad física de todas las naciones- sería enormemente fortalecida?

El segundo mecanismo para aliviar las cargas económicas que estaban aplastando al sistema soviético fue la convertibilidad. El rublo ruso no era, y todavía no es, convertible en los mercados monetarios mundiales, ni tampoco es directamente convertible ni siquiera entre las naciones del Este, del Pacto de Varsovia. Por lo tanto, se diseñó un nuevo mecanismo de convertibilidad para darle facilidades al rublo. Los bancos de Alemania Occidental y de Japón llegaron a un acuerdo para sostener una limitada cantidad de rublos en el mercado a un nivel preestablecido. Por este medio, los soviéticos se volvieron elegibles para ser miembros de todas las organizaciones monetarias internacionales que funcionan como conductos para el capital norteamericano.

William Verity, entre otros voceros de alto nivel, dejó en claro que este importante proceso financiero en favor de los soviéticos disfrutaba de aceptación en importantes esferas de influencia. Verity fue uno de los fundadores, en 1973, de la Comisión Comercial y Económica Estados Unidos-Unión Soviética (USTEC), y presidió esa Comisión de 1978 a 1984. En 1987, Verity declaró que "Estados Unidos va a tener que acostumbrarse a la idea de que los soviéticos son buenos socios comerciales".

Cualquiera fuera su valor como socios comerciales, los soviéticos demostraron ser maestros en el juego de la connivencia diplomática. Aun antes de que lo que se llegó a llamar gorbachovismo fuera sentido por el público en general, los soviéticos habían recibido 16,000 millones de dólares

en créditos y préstamos sin garantía por medio de tratos comerciales y financieros con Europa Occidental y Japón.

En 1988, con Gorbachov al mando, la deuda total soviética con Occidente llegó a 179,000 millones de dólares en préstamos de bajo interés, sin garantía, y estaba creciendo a un ritmo de 2,000 millones mensuales. Además, los expertos financieros tanto del Este como del Oeste estaban de acuerdo en que el régimen soviético necesitaría 100,000 millones de dólares más en capital occidental durante los siguientes cinco años.

Quizá nunca se sepa cuánto pueda haber contribuido Gorbachov, en el extremo soviético, en las primeras etapas de la connivencia diplomática para la salvación económica de la Unión Soviética, y cuánto fue el producto de la lluvia de ideas del jefe de la KGB y posteriormente Secretario General, Andropov y otros. Lo que sin embargo es seguro para el papa Juan Pablo, es que haya sido Mijaf Gorbachov o no el consumado planeador; una vez que alcanzó el pináculo del poder, Gorbachov demostró ser el genio más hábil de todos en el proceso de la connivencia diplomática.

Con Gorbachov sobre la escena, una nueva energía comenzó a intensificar la acción en la esfera de los asuntos internacionales que las naciones capitalistas reclamaban como propia. Durante los años entre 1985 y 1988, la apertura y franqueza del Secretario General, tan pasmosas para la mayoría en Occidente, era exactamente lo que ordenaban los doctores financieros. En apariencia desobedeciendo abiertamente la tradicional reserva soviética en esos temas, Gorbachov de buena gana habló de sus déficit presupuestales. Deploró públicamente la condición de la infraestructura soviética. Sé quejó de la locura de los esfuerzos soviéticos por contener la inflación con controles de precios, que sólo agravaban la ya desastrosa escasez de alimentos y de bienes de consumo de todo tipo.

Sus expertos en el campo financiero pronto se sumaron a su exuberante Secretario General en una especie de coro griego de desvalimiento soviético. El economista soviético Victor Belken describió a la URSS, ante Occidente, en los términos más severos como "una economía caníbal que se está comiendo a sí misma". No sólo eso, intervino el colega de Belken, el economista Vladimir Tejonov, la capacidad del gobierno para imprimir dinero, en las circunstancias, era "como poner a un alcohólico a cargo de un expendio de bebidas". Pero un tercer importante economista soviético hizo sonar la nota que ningún internacionalista ni transnacionalista quería oír. Había un verdadero peligro de un "giro a la derecha" en la Unión Soviética, advirtió Leonid Abalkin, a menos que se registrara algún rápido progreso económico "en dos años".

En un frente distinto, los asuntos de control de armamentos y de desarme fueron el objeto de más connivencia, aun antes de que el presidente soviético llegara a Washington en diciembre de 1987. Estuvo tan bien hecho que hoy, a la luz de los acontecimientos recientes de comienzos de 1990, es imposible resistirse a la conclusión de que la desmilitarización de Europa

(del Este y del Oeste) ya estaba planeada por Gorbachov junto con la unificación de las dos Alemanias, tres años antes de que éste lanzara esos comentarios, dejando paralizadas de alivio a las autoridades norteamericanas.

Ya en abril, en 1987, diez almirantes y generales norteamericanos retirados se habían sentado con ocho de sus colegas soviéticos, bajo los auspicios del Centro para la Información de la Defensa. Para discutir: reducción de armamentos de ambas partes. Propuesta soviética: Estados Unidos y la Unión Soviética deberían retirar todas sus tropas de países extranjeros. La pregunta de los norteamericanos: ¿No significaría eso que caerían los gobiernos comunistas de los países satélites de Europa Oriental? La reacción soviética: lY qué? La pregunta siguiente: ¿No revive esto toda la cuestión de las dos Alemanias... y el Muro de Berlín y . . . y ... y ... ? La reacción soviética: Sí.

Las reuniones continuaron en Washington, Moscú y Varsovia. El efecto neto fue la disipación de la razón básica del enorme gasto y de los problemas que Estados Unidos había cargado durante cuarenta y cinco años -un escudo defensivo europeo contra esas tropas soviéticas acantonadas en toda Europa del Este-. Esa razón básica era el miedo. Por lo tanto, la OTAN. Por lo tanto, un gasto anual mínimo norteamericano de 150,000 millones.

En el momento en que Gorbachov llegó a Washington en diciembre de 1987, Washington estaba listo para recibirlo, listo para seguir adelante con la connivencia diplomática. "Todo el mundo se siente amistoso", señaló un importante comentarista de noticias de la televisión. El mejor ejemplo de lo amistoso que se había vuelto todo el mundo con todos los demás, de lo rápidamente que se estaba moviendo todo a lo largo de un camino muy recto, se presentó cuando por fin Mijaf Gorbachov puso los pies sobre el pavimento de Washington, D.C., ese diciembre. Su mayor logro durante esa visita no se produjo en la Casa Blanca, ni entre las excitadas multitudes de norteamericanos que empujaban para estrecharle la mano cuando dejaba a su caravana de automóviles. Su triunfo principal se produjo en la Embajada Soviética, donde participó en una reunión, organizada por la USTEC, con los defensores más destacados del comercio con créditos blandos entre la Unión Soviética y Estados Unidos. Entre los presentes en la reunión estaban Armand Hammer, el magnate cerealero Dwayne Andrews y James H. Giffen, presidente de la USTEC.

En la mejor tradición de la connivencia diplomática, Giffen fue explícito sobre las intenciones de USTEC en una entrevista con la NBC. "El nivel del comercio [no agrícola] podría ir de mil millones de dólares ... hasta cuatro o cinco mil millones por año, y quizá hasta más alto, en el rango de los diez a quince mil millones", dijo. En respuesta a las consecuencias de una proyección semejante, le preguntaron a Giffen: "¿Realmente ustedes quieren hacer de la URSS una superpotencia económica?"

La respuesta fue directa. "Pienso que 0.

Los acontecimientos subsiguientes confirmaron lo que Juan Pablo ya

comprendía que era la situación. Giffen estaba hablando en nombre de una amplia gama de intereses importantes de Estados Unidos y del resto de Occidente.

En la primavera siguiente, en abril de 1988, la USTEC celebró en Moscú su duodécima reunión anual. Dirigidos por William Verity -no en su papel de fundador de la USTEC, sino como secretario de Comercio de Estados Unidos-, quinientos hombres de negocios norteamericanos emprendieron, con un número correspondiente de hombres de negocios soviéticos, un proceso de celebración de tratos sin precedentes. A finales de 1988, otra ráfaga de tratos de negocios involucró a Alemania Occidental, al Reino Unido, a Francia e Italia en la extensión de una nueva línea de crédito para la Unión Soviética de 11,000 millones de dólares.

El 30 de marzo de 1989, el Consorcio Norteamericano de Comercio, compuesto por seis de las mayores corporaciones de Estados Unidos -RJR Nabisco, Mercator, Eastman Kodak, Chevron, Archer-Daniels-Midland y Johnson 8 Johnson- firmó un importante acuerdo comercial que se espera que finalmente inyecte 10,000 millones de dólares en la economía soviética. Para el segundo trimestre de 1989, cerca de doscientas compañías de Europa Occidental y de Estados Unidos habían formado coinversiones con contrapartes soviéticas; y en mayo de ese año, cinco bancos europeos y tres bancos soviéticos anunciaron la primera inversión conjunta en la banca de la historia soviética: el Banco Internacional de Moscú.

Encima de todo eso, a través de ventas de bonos, firmas de valores, compañías de seguros y corporaciones, a los soviéticos se les concedió el acceso a los mercados financieros occidentales, libre de toda supervisión. Es decir, no se les exigió que divulgaran datos económicos básicos.

Desde el punto de vista del papa Juan Pablo, a nivel práctico daba lo mismo saber cuánto de todo esto era teatro preparado -en otras palabras, connivencia diplomática- y cuánto estaba maniobrando cada bando en una competencia completamente honesta para adquirir ventaja en su propia agencia globalista. Lo más sorprendente para el Papa eran tres cosas. Primera, el nivel y el alcance de la ayuda prestada a Gorbachov por parte de Occidente se intensificaban constantemente. Segunda, Este y Oeste parecían ser recién casados muy compatibles, o, de cualquier modo, compañeros de cama. Y tercera, la mentalidad, visión y habilidad geopolíticas verdaderamente insólitas del Secretario General soviético eran evidentes en cada movimiento que él hacía.

Ahí estaba Mijaíl Gorbachov, cortejado por los pretendientes occidentales hasta que los atrapaba, consintiendo finalmente, con sonrojada inocencia, en aceptar el dinero occidental, el crédito occidental y el comercio occidental.

Y ahí estaba Occidente, consintiendo a las condiciones de Gorbachov. Consintiendo, en primer lugar, en el papel perturbador de la KGB en todos los tratos de negocios. Cierto, el Occidente necesitaba unos pocos consejos

prenupciales en ese tema. Paul Konney, vicepresidente de Tambrands (uno de los participantes en el trato del 30 de marzo de 1989) afirmó que "en todos nuestros tratos hay una presencia de la inteligencia, muy agresiva, hostil". No obstante, el hecho de que Gorbachov se hubiera alimentado en los pechos de la KGB durante sus años con Andropov no parecía presentar serios problemas. La opinión de Konney era que: "La gente necesita acostumbrarse a eso. Habrá un representante de la KGB en la organización de la coinversión de cada uno".

Escuchando ese consejo, y echando un vistazo, quizá, si uno tenía la oportunidad, a la medalla de bronce del Kremlin que descansaba sobre el escritorio de James Giffen, de la Mercator Corporation, uno no podía sino ver algo más que el viejo deseo dominante de obtener una ganancia. Había un elemento nuevo que no existía en la mezcla internacional antes de que Gorbachov llegara a la escena mundial. Había un espíritu alegre y confiado que se filtraba hacia abajo, desde las alturas, para consolar a muchos que de otro modo hubieran estado nerviosos. Y ésa es la idea central y el propósito de todo el proceso de la connivencia diplomática.

En el momento en que estaba la vía libre para que el primer ministro de Italia, Ciriaco de Mita, convocara, como lo hizo en 1989, a poner en práctica "un Plan Marshall para la Unión Soviética", estaba más allá de toda duda que estaba plenamente en marcha el proceso más serio de connivencia diplomática que se hubiera presentado en cincuenta años.

A los pocos meses de la elección de Mijaíl Gorbachov, en marzo de 1985, para el puesto de Secretario General del Comité Central del PCUS, él y el presidente Reagan se reunieron en su primera cumbre, en Ginebra, Suiza, el 19 y 20 de noviembre de 1985. Con esa reunión, apareció la primera señal pera el público en general de que-se estaba produciendo un profundo cambio en los arreglos entre las naciones.

Cuando el presidente Reagan regresó de esa cumbre, dio un informe moderado al Congreso y a la nación norteamericana. El presidente dijo sumariamente: "Fue una reunión constructiva".

Difícilmente "constructiva" era una descripción amplia. Se podía medir mejor la profundidad de los acuerdos alcanzados en esa reunión examinando uno solo de sus productos.

El Acuerdo *General sobre Contactos, Intercambios y Educación C~fica y Tecnológica y Otros Campos* -por comodidad, algunos analistas del Vaticano lo llaman el Acuerdo *General*- fue redactado por el secretario de Estado, George Shultz, y el ministro de Relaciones Exteriores soviético, Eduard Shevardnadze, y fue firmado en la cumbre por Reagan y Gorbachov. Los temas cubiertos en sus provisiones abarcaban toda la vida cultural de Estados Unidos y de la Unión Soviética. Se trataban todas las fases de la educación y todas las ramas del arte. Autorizaba los programas de intercam-

bio mutuo, la homogeneización de los currícula, el compartir las instalaciones y la adoctrinación mutua de los dos pueblos involucrados.

Una parte del *Acuerdo General* -el Artículo II, Sección 3- estipulaba que ambas naciones debían estimular la "cooperación en los campos de la ciencia y la tecnología, de las humanidades y de los estudios sociales".

De acuerdo con el Artículo IV, Sección 1.d., la idea básica de "cooperación" parecía ser "realizar estudios conjuntos sobre los libros de texto entre organizaciones apropiadas de Estados Unidos y de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas". La cooperación cubriría toda la instrucción basada en la computación, *hardware* educativo y diseño del currículum para todos los grados de la educación primaria y secundaria, así como para los estudios superiores y universitarios.

La meta obvia era una homogeneización total no sólo de los métodos de enseñanza y aprendizaje, sino también de los que se enseñaría y aprendería. Idealmente, el contenido de todos los currícula llegaría a ser idéntico. Algún día, pronto, uno supone, los escolares de Privolnoye, lugar de nacimiento de Gorbachov, y los escolares de Tampico, Illinois, lugar de nacimiento de Reagan, aprenderán todos los mismos contenidos.

Para los Transnacionalistas, éste quizá haya parecido un gigantesco paso preparatorio: hace el viejo sueño de una educación global desprejuiciada, uniforme. Para el papa Juan Pablo, era un paso gigantesco dado hacia el futuro cercano con los ojos cerrados y los recuerdos obliterados.

Por ejemplo, la cooperación en las "ciencias sociales" cerraba los ojos ante la prostitución oficial de la psiquiatría y la psicología en la Unión Soviética, al utilizarlas como herramientas clínicas para infligir tortura mental y física como castigo político y para eliminar a los disidentes. La URSS había sido efectivamente eliminada de la Asociación Psiquiátrica Mundial en 1983 precisamente por esas prácticas. En el momento de firmar el *Acuerdo General* no había sido admitida nuevamente, y, de hecho, una delegación de expertos norteamericanos informó, después de una visita a la Unión Soviética en 1989, que en ese campo no había ningún cambio sustancial. Sin embargo, parecía que no había que provocarle tensiones a la connivencia diplomática por este factor.

0 tomemos la cooperación en las humanidades. Tal como se las enseña en la Unión Soviética, todas las humanidades están marinadas en marxismo-leninismo, como cosa natural. Y como cosa natural, la historia está dis torsionada por una profunda marxización de las ideas, por la supresión sistemática de los hechos y por mentiras abiertas. Por lo tanto, uno podría preguntarse qué currícula comunes podrían elaborarse entre la URSS y Estados Unidos, o cualquier otro país de Occidente. Presumiblemente, el mismo espíritu alegre y confiado que imperaba en el comercio y en las finanzas supuso que tales problemas se resolverían por sí solos.

Mientras tanto, la cooperación en la ciencia y en la tecnología presentaba interesantes problemas propios. Difícilmente Juan Pablo estaba solo al ver que en estas áreas toda la ventaja fluía hacia los soviéticos. No veía sino una hemorragia mayor que la que ya había tenido lugar en materia de tecnología norteamericana vital en favor de la URSS.

Sin el *Acuerdo General, los* soviéticos hicieron todo lo posible para obtener esa tecnología, principalmente por medio del subterfugio del espionaje, y por las acciones adúlteras de terceros gobiernos y empresarios. Hasta qué punto el *Acuerdo General* convertiría en innecesarias para los soviéticos tales actividades irregulares, llegó a ser un tema fascinante de discusión entre algunas personas del Vaticano.

De acuerdo con el doctor Stephen D. Bryen, que encabezó el programa de seguridad del Pentágono durante la administración Reagan en 1988, más de la mitad de la tecnología que constituye los sistemas de armas de la Unión Soviética posiblemente provenía del Occidente. Y el Departamento de Defensa de Estados Unidos ha declarado, sobre la base de cifras reales, que las transferencias comerciales y de tecnología a la Unión Soviética, ya le han ahorrado a la URSS miles de millones de dólares, han reducido el tiempo para desarrollar armamentos, y han equivalido a una ganancia de 6,600 a 13,300 millones de dólares en tecnología militar.

Sin embargo, aparentemente, no existe algo como demasiada tecnología, y, aparentemente, los soviéticos confiarían sólo hasta ahí en el *Acuerdo General* para adquirirla. En 1989, cuatro años después de la cumbre de Ginebra, los soviéticos pagaron un buen pedazo del efectivo que Occidente les estaba proporcionando a la Compañía Toshiba, de Japón. A cambio, y violando solemnes acuerdos, Toshiba les proporcionó a los soviéticos la tecnología norteamericana de máquinas-herramienta que les permitía construir submarinos casi indetectables. El caso llegó a los titulares y provocó la indignación pública. Pero difícilmente se trataba de un incidente aislado, y Japón no era el único transgresor.

En una vena parecida, los soviéticos continuaron dando su ayuda a los subrogados extranjeros, en un monto de alrededor de 127,000 millones de dólares en 1988: 1,000 millones de dólares a Nicaragua, 2,000 millones de dólares a Vietnam, 5,000 millones de dólares a Cuba, más miles de millones a Europa Central, Afganistán, Etiopía, Angola y los subrogados latinoamericanos como el poderoso grupo marxista Sendero Luminoso, que tantas dificultades le causa a Perú.

Sin sombra de duda, el objetivo del *Acuerdo General* -al menos, desde el punto de vista de los Sabios de Occidente- era "transformar la forma del mundo", para citar al internacionalista George Ball, porque "tarde o temprano vamos a tener que hacer frente a la restructuración de nuestras instituciones de modo que no estén limitadas meramente a los Estados-nación. Hay que comenzar primero sobre una base regional [Estados Unidos-URSS[, y finalmente se puede avanzar hacia una base mundial". En esa

opinión quintaesencialmente internacionalista, el *Acuerdo General* es un borrador para lo que se llama "una cómoda fusión" de las poblaciones de Estados Unidos y de la Unión Soviética.

Tomando en consideración no sólo el enorme alcance del *Acuerdo General,* sino su propio conocimiento íntimo de la Unión Soviética y su conocimiento igualmente íntimo del proceso de la connivencia diplomática, el papa Juan Pablo llegó a una conclusión inevitable. Ese *Acuerdo* no fue redactado específicamente para ser aprobado en la cumbre de noviembre de 1985. No fue armado en un día, ni siquiera en los pocos meses que iban de marzo, cuando Gorbachov fue elegido para el máximo puesto soviético, a noviembre, cuando se encontró con Reagan.

Más bien, ese *Acuerdo* provenía de tableros de dibujo ya establecidos. Llevó tiempo, esfuerzo y organización producir ese *Acuerdo,* así como llevó tiempo, esfuerzo y organización efectuar la atropellada corrida hacia el Este por parte de intereses bancarios y comerciales.

Sin duda, las políticas visibles en ambas áreas reflejaban el ilimitado ámbito del gorbachovismo, así como las intenciones igualmente ilimitadas de los Sabios. Porque ambas partes intentan crear nada menos que una or ganización de todos los asuntos humanos ... un "nuevo orden mundial", para usar una frase consagrada que emplean tanto Gorbachov cuanto los Sabios.

En la evaluación de Juan Pablo, sin embargo, la ventaja inicial era de Gorbachov. Porque esas políticas iniciales también reflejaban esa alegre y confiada aceptación del pensamiento básico leninista por parte de los Sa bios. Una aceptación -una continua connivencia- que se estaba convirtiendo en la marca característica, si no en el grito de batalla, de los Sabios, al tiempo que salían a la palestra con el líder que había sido juzgado -y no sólo por Yuri Andropov- como el que tenía más probabilidades de lograr que se convirtiera en realidad el sueño final de Vladimir Lenin del mesianismo soviético.

21

"Con ojos fríos, contemplo al mundo"

Después del discurso seminal de Mijaíl Gorbachov en las Naciones Unidas, en diciembre de 1988, los voceros de la Santa Sede del papa Juan Pablo se sintieron forzados a subrayar la promesa positiva que ofrecía el líder soviético para la paz y el desarrollo mundial.

Sin embargo, el propio Juan Pablo no hizo ningún comentario papal. De su análisis final de lo que hace funcionar a Mijaíl Gorbachov y de lo que le da al gorbachovismo su ímpetu, depende toda una gama de importantes deci siones papales que están directamente relacionadas con el bienestar de su Iglesia universal y el éxito de su papado. Porque el terreno específico de ambos hombres es la sociedad de las naciones, el Papa debe hacer ese juicio del líder soviético en un contexto geopolítico que necesariamente incluye las vastas fuerzas mundiales con las que Gorbachov está en confabulación o en contienda.

Y aunque es cierto que finalmente Juan Pablo debe hacer su juicio a la luz no meramente de los hechos derivados de sus fuentes de inteligencia, sino de los hechos que le llegan por privilegio papal, también es cierto que, en esta ocasión, mientras Gorbachov recibía los aplausos en la ONU, el Pontífice estaba en posesión de sus propias fuentes de información sobre las reuniones en el Kremlin, sobre el punto de vista de Mijaíl Gorbachov, y sobre lo que había pasado entre el presidente Reagan y el Secretario General en sus cumbres de Ginebra y de Moscú. Estaba consciente de las posibilidades, familiarizado con las promesas y enterado de las realidades que estaban detrás de los esfuerzos de relaciones públicas y de propaganda hechos por ambas partes.

Por lo tanto, a medida que avanzaba 1989, durante todas las acciones

sorprendentes que iban a propulsar a Gorbachov al centro de las políticas y de los planes organizados de Estados Unidos y de las naciones occidentales y de los Sabios, la atención del papa Juan Pablo permaneció fija en la mentalidad fundamental de las partes involucradas. Y ahí encontró poco que pudiera sorprenderlo.

Antes de repasar esos sorprendentes acontecimientos de 1989, y para entender cómo ve el Papa el pasmoso éxito alcanzado por Mijail Gorbachov antes de la primavera de 1990, se debe conocer la recapitulación que hace el Pontífice de Gorbachov y su gorbachovismo, que es muy útil para explicar dónde está parado Juan Pablo, y cómo ve la actual estructura geopolítica que se está construyendo entre las naciones y pueblos de Europa (incluyendo a la URSS en una condición diferente) y del continente norteamericano.

El familiar proceso de los Sabios tenía más de cuarenta años. Había congelado toda la actividad internacional llevándola por senderos muy trillados. Avanzaba a tropezones. A veces daba dos pasos para atrás por cada paso hacia adelante. Dependía de una atmósfera de "o-o", haciendo advertencias sobre una mortal colisión final o, por lo menos, de una serie de sacudones a todo el sistema mundial de las naciones. En términos de una final armonía y cooperación internacional, parecía más y más carente de una esperanza real y de un cambio significativo.

Sin embargo, tan embobado seguía el Occidente con su posición en el escenario mundial y con su propio programa interno para el desarrollo de las naciones, que se había vuelto predecible su reacción ante cada nuevo *ballet d invitation* orquestado por la inteligencia leninista. Cada vez, el Occidente primero estaba sorprendido, después fascinado, después hipnotizado, después embaucado, y finalmente, desilusionado. . . pero siempre listo para entrar nuevamente al ciclo.

Cuando el presidente Reagan estuvo preparado para romper ese esquema con su propio principio de "Confía, pero verifica", la dificultad era que ningún gobierno occidental era capaz de hacer la verificación requerida.

Obviamente, ninguna agencia de inteligencia occidental -y, por lo tanto, ningún gobierno occidental- tenía ningún indicio de que el sistema soviético pudiera realmente producir un personaje como Mijaíl Gorbachov desde adentro de sus enigmáticas entrañas. O, una vez que tomaron nota de él, de que pudiera ser ascendido a la posición de supremo poder soviético. O de que, una vez ahí, sacaría -o ni siquiera de que podría sacar- tanta delantera a sus colegas occidentales en su condición de estadista y en la formación de la opinión internacional. "Rompe el protocolo", farfulló un funcionario francés, como para señalar la propia opinión de Juan Pablo, cuando Gorbachov dejó caer su carta del 14 de julio como una bala de cañón del Día de la Bastilla en medio de la reunión del "Grupo de los Siete". "Que se vaya al diablo el protocolo", contestó un británico. "¿Qué hacemos con él?"

Pero el principio que sigue el Papa al evaluar las reacciones occidentales ante el fenómeno Gorbachov, es mucho más sustancial que hacer observaciones sobre políticas demasiado satisfechas de sí o capacidades de inteligencia debilitadas. Más bien, tiene que ver con el hecho de que la mente occidental no ha encontrado manera de imaginar la actitud de la genuina mente leninista, y que es improbable que lo haga. Porque ni siquiera la noción básica del árido humanitarismo tiene lugar en el código de Marx, Engels, Lenin, Stalin y Mao. En términos morales familiares para la mente occidental, no hay forma de comprender la mentalidad comunista -lo que Dostoyevski llamó "el fuego de la mente"- que anima a los campeones y guardianes del Estado-Partido leninista.

Las fuentes de información a disposición de la Santa Sede de Juan Pablo le indicaban que, de acuerdo con las apariencias, en las variadas reacciones de las naciones occidentales hacia las primeras fases del fenómeno Gorbachov, había granos de verdad mezclados con generosas porciones de pensamientos afectuosos e ilusionados, una antigua desconfianza, temores latentes y patentes y la inercia del pensamiento analítico de los burócratas occidentales.

Del otro lado de la moneda, el principio fundamental empleado por el papa Juan Pablo al formar su propio juicio general sobre el fenómeno Gorbachov, se presenta en absoluto contraste con el que le aplica a Occidente. Y en este caso, el principio, aunque confirmado por los observadores de Juan Pablo que desde todo el territorio soviético observan al Kremlin, se origina en su larga experiencia directa de la mentalidad leninista, cuando conoció sus rasgos reales, de cerca, en su patria polaca.

En esencia, ese principio reconoce la tónica del Estado-Partido leninista como una organización de contrainteligencia de principio a fin. Y en la práctica, ese principio lleva a su significado más profundo al cauteloso lema del presidente Reagan, "Confía, pero verifica".

Confía en Gorbachov, estaba diciendo Reagan, pero verifica sus palabras a través de sus hechos. La experiencia de Juan Pablo le ha enseñado que las promesas hechas y los hechos realizados vienen desde el corazón de una operación de contra inteligencia institucionalizada. De una manera u otra, tanto las palabras cuanto las acciones colaboran con el propósito general del Estado-Partido de fortalecerse en todas las circunstancias, y de alcanzar sus objetivos últimos para su propio y exclusivo éxito en el Occidente capitalista y en el mundo en general.

Desagradable y cínico como pueda sonar ese principio, cada fuente de información y cada indicación confiable que tiene a su disposición Juan Pablo, le dice que los huesos y la estructura del Estado-Partido leninista -el Secretariado, la KGB y el Ejército Rojo- permanecen intactos y funcionando.

Siendo así las cosas, desafía la credibilidad el pensar que Gorbachov es

una mente enteramente original, decidida secretamente a poner cabeza abajo al sistema del Estado-Partido y a reincorporar a la Unión Soviética a la comunidad de naciones libres. El sistema leninista no permite que un personaje semejante -aunque él sea Mijaíl Gorbachov- viva más tiempo del que se necesita para extinguir una vida humana. En consecuencia, en tanto el Estado-Partido leninista permanezca intacto y funcionando, permanece intacto y funcionando el principio fundamental de Juan Pablo para comprender a Gorbachov.

Sin embargo, nada de esto quiere decir que haya cambiado poco o nada en el Kremlin con el advenimiento de Gorbachov. Los principios leninistas siguen siendo válidos. Pero ha habido un giro en las operaciones. Y ese giro ha estado basado principalmente en dos cosas: en los especiales talentos personales y geopolíticos del propio Mijaíl Gorbachov, y en los principios que recomendó insistentemente a sus hermanos comunistas, hace más de cincuenta años, el desconocido genio italiano, Antonio Gramsci.

De esos dos elementos en la nueva mezcla de leninismo, en ciertos aspectos Gorbachov ha sido una enorme sorpresa para el papa Juan Pablo. Porque es el primer líder soviético que ha llegado a la cima libre de la torpe tosquedad, la incultura personal y el provincialismo contraproducente de sus predecesores en el alto cargo. Juan Pablo no se maravilla de que hasta Margaret Thatcher, que jamás ha sido amiga del marxismo-leninismo, dijera cuando se encontró por primera vez con Gorbachov, que había sentido el impacto "en cada molécula de mi ser".

Tampoco estaba sola la señora Thatcher en su entusiasmo a medida que el vibrante Secretario General exhibía ante el mundo una indudable superioridad como estadista y como líder en comparación con las ya conocidas y mediocres actuaciones de sus contrapartes europeos y norteamericanos. Su éxito en la escena mundial se volvió tan palpable, de hecho, que mientras lo seguían los roncos cánticos de "¡Gorbi! ¡Gorbi! ¡Gorbi!" a través de toda su triunfal visita de Estado a Alemania Occidental, el tabloide Bild decía arrullado ramente que "lo que significaba miedo y amenaza para nosotros, se ha convertido en un mimoso animal sin garras sangrientas".

En reacción, el vocero soviético Georgi A. Abatov se pudo permitir un poco de modestia: "No esperábamos una bienvenida semejante".

El segundo elemento del neoleninismo de Gorbachov -la plena realización, finalmente, de los principios de Antonio Gramsci- sorprende a Juan Pablo solamente por el singular dominio que tiene Gorbachov de las técnicas requeridas, y los nervios de acero que demuestra mientras las ejecuta.

Fundamental en este elemento del neoleninismo de Gorbachov, es un punto de Gramsci con el que el papa Juan Pablo está totalmente de acuerdo: entre el crudo leninismo y el crudo capitalismo, jamás hubo y todavía no hay ninguna diferencia esencial. En cada caso, la fuerza motriz es el materialismo. En el fondo, cada sistema es exclusivamente materialista. Ninguno de los dos mira más allá del aquí y ahora material. Ninguno de los dos valora o

define al hombre y a la vida de cada individuo más allá de los bienes materiales que produce y consume.

A Juan Pablo le parece claro que la comprensión de Gramsci que tiene Mijaíl Gorbachov es la misma que la suya. Es sólo que, desde sus puntos de observación a los lados opuestos de la valla materialista, estos dos líderes deben ver, y ven, todo el proceso de la política gramsciana desde puntos de vista exactamente contrarios.

Gramsci advirtió que el leninismo no podía competir con Occidente en los campos económico y militar. Mas, advirtió que, aunque esa competencia fuera posible, no significaría la victoria final del leninismo. En cambio, dijo Gramsci, esa competencia probablemente conduciría a una lucha larga y desgastante, erosionaría la fuerza de voluntad y los recursos del Estado-Partido leninista y, lo peor de todo, dejaría intacto y sin conquistar el terreno cultural del Occidente, la mente popular, con todo y sus ideales trascendentes tan ajenos al leninismo.

En el mejor de los casos, predijo Gramsci, cualquier lucha económica y militar semejante, entre el leninismo y el capitalismo tal como él lo conocía, llevaría a un aburrido estancamiento.

Debía haber competencia, por supuesto. Pero, exhortaba Gramsci, como si le hablara directamente al genio de Gorbachov, que sea una disputa por la mente popular. Que esa competencia la dirija el Estado-Partido, pero que se libre, día a día, en la esfera de acción de los propios capitalistas. Y que los medios no sean militares, sino la dulce aculturación de ideas e ideales. Promover todas las áreas de convergencia cultural. Y sobre todo, despojar al Occidente de cualquier último vestigio colgante del Dios trascendente del cristianismo. Entonces Occidente será gravemente vulnerable a la penetración de la "dialéctica" fundamental del materialismo marxista.

Por lo que a muchos les pareció -pero no al, papa Juan Pablo- como una mano afortunada en esta vuelta de la historia, Mijaíl Gorbachov llegó al poder en un momento tan perfecto que el propio Gramsci no podría haber deseado uno mejor.

En 1985, en Occidente, la influencia de la tradicional filosofía cristiana era débil e insignificante. La influencia de los creyentes cristianos era restringida. Las áreas verdaderamente vibrantes de la vida cristiana eran reducidas. La secularización de las jerarquías, burocracias y clero de las iglesias -incluyendo a la Iglesia católica romana y sus alguna vez cacareadas órdenes religiosas- era extensa. Y la licencia moral, cada vez más difundida, de los países occidentales estaba bien atrincherada.

Mirando fríamente el genio de Mijaíl Gorbachov, y atendiendo siempre a su propio principio de juicio respecto al Estado-Partido soviético como una intacta organización de contrainteligencia por excelencia, Juan Pablo sabía que la magistral estrategia de Gramsci ahora era factible. Hablando hu-

manamente, ya no era demasiado pedir que se despojara a las grandes mayorías de hombres y mujeres de Occidente de esos últimos vestigios que les quedaban del Dios trascendente del cristianismo.

En el análisis del papa Juan Pablo, en realidad, el desafío más grande para Gorbachov sería conseguir hipnotizar al Occidente capitalista, preocu. pado obsesivamente con su modelo del trípode para el desarrollo y la estabilidad internacional.

Por esa razón, al Papa no le sorprendió el "nuevo pensamiento" del Secretario General en su discurso en las Naciones Unidas. Fue en ese discurso, de hecho, que el propio líder soviético confirmó el análisis de Juan Pablo de que había un giro en las operaciones del Kremlin, y que el proyecto de Gramsci estaba sobre la mesa en Moscú.

En pocas palabras, el discurso de Gorbachov era Gramsci actualizado. Tranquilizó la mente de Occidente en relación con la preocupación y el peligro militar. Buscó fascinar a esa mente más aún con dinero y bienes, y ganancias y avances tecnológicos. Y apuntalándolo todo, había un fascinante cambio en el énfasis. Gorbachov estaba pidiendo ayuda, muy bien. Pero lo estaba haciendo al proponer lo que parecía una genuina sociedad con el Occidente en las áreas de la más profunda preocupación de éste, Seguramente, Gramsci hubiera estado orgulloso.

Dado el análisis papal de Gorbachov y del neoleninismo de la URSS, Juan Pablo no encontró el significado más profundo del discurso del Secretario General en las Naciones Unidas en su contenido. Ni siquiera era muy significativo, en opinión del Pontífice, que Gorbachov hubiera efectivamente reclamado para sí el lugar central de la acción internacional; eso, por lo menos, no era nuevo, porque el Occidente siempre había reaccionado ante la iniciativa soviética. La verdadera importancia de la hora que le llevó pronunciar su discurso residía en ese hecho de que Gorbachov fuera capaz de disociarse a sí mismo con tanto Hxito de setenta años de historia. Y residía en el hecho de que se había apoderado del lugar central de la aclamación internacional. Eso era nuevo.

Por lo tanto, desde el punto de vista de Juan Pablo, el hecho de que Gorbachov hubiera sido capaz de oponerse abiertamente a la historia y pararse frente al mundo como su nuevo héroe, era el único elemento nuevo que había que factorear en la fórmula por la cual la Santa Sede debe juzgar la cambiada y cambiante condición de la sociedad humana.

Comprender la interpretación del Papa de lo que hizo posible, en esos términos, el triunfo de Gorbachov en la ONU, es comprender la profunda dificultad que enfrenta Juan Pablo en el gorbachovismo.

En primer lugar, a pesar de las apariencias, cuando Gorbachov se puso de pie para dirigirse a los delegados de la ONU ese día de diciembre, el hecho real era que ninguno allí había hecho menos que él para aliviar los

problemas de los que habló con tal pasión. Nadie había hecho menos que él y su Estado-Partido por la paz mundial, o por limpiar nuestro medio ambiente contaminado, o para aliviar la miseria de millones. De los bosques de Alemania Oriental, el 41 por ciento está muerto o agonizante, el 10 por ciento de su pueblo bebe agua de mala calidad. La contaminación del aire en el norte de Checoslovaquia es tan grave que la esperanza de vida disrninuye de tres a cuatro años. En Hungría, una de cada diecisiete muertes se debe a la contaminación del aire. Casi toda el agua de los ríos de Polonia es inadecuada para consumo humano, y el 50 por ciento es tan tóxica que es inadecuada para uso industrial. El río Vístula, que corre a través de Varsovia, es una cloaca sin vida. Por lo menos el 25 por ciento del suelo polaco está demasiado contaminado para cultivarlo. Tendrá que prohibirse el cultivo de verduras en la región de Silesia a causa de las cantidades anormales de plomo y cadmio que hay en el suelo. En la Unión Soviética, 102 ciudades (50 millones de personas) están expuestas a una contaminación industrial diez veces mayor que lo que indican las ncrrnas de seguridad. El Mar Ara¡ y el Asia Central han sido contaminados por e¡ uso indiscriminado del agua, de pesticidas y fertilizantes. Grandes extensiones de Polonia y de la URSS están presenciando ahora el nacimiento de bebés deformes y la misteriosa Jparicion de enfermedades ce la piel que no >;~t2n descritas en los libros de medicina... aparentemente, son los resutt:.dcs riea desastre de Chernobyl.

. ' c?c: más, muchos de los delegados que escuchaban el discurso de (c,G2)cru;v repres¿ntaban a gcbiernos que imbían trabajado y habían gas- at.r; u uc:„·,¡~o ;i sus recursos ;para ayuctor curar los males de las naciones loe nacían sufrido cruelmente í;c;r la m:~lc ad del cisterna encabezado ahora fr;c;r Miiail e.3crbachov. `.tíuctlc-s rnás de ::3os delegados venían de naciones jardines, y · :¡nos aún r,:, nacidos, habían sido sembrados n:rasa da rnr.erte de la ineficirr;ncia y !a irreflexión soviética en el usú col necaio ambiente. Otros más n.?l:rc;sentaban a pueblos que habían sido aplastados por la bota del militarismo soviético.

Más aún, en sí mismas, las palabras de Gorbachov de ese día no eran aiferentes ni más nuevas ni más alentadoras que las llamadas a nuestras conciencias hechas por el presidente Reagan en por lo menos una media docena de ocasiones: en su discurso de Normandía, conmemorando la invasión aliada de 1944, por ejemplo, o en su discurso en la Universidad de Moscú, en mayo de 1988.

Sin embargo, ningún llamamiento hecho por el presidente norteamericano -ni por cualquier otro líder de las naciones occidentales- fue recibido jamás con nada parecido al entusiasmo con que se recibió el discurso de Gorbachov ante la ONU.

¿Dónde se encontraba la diferencia? La respuesta del papa Juan Pablo a esa pregunta era desalentadora, pero, una vez más, no era sorprendente.

Parecería que la diferencia consiste en el clima religioso, político y moral que ahora acompaña a las naciones en sus esfuerzos por encontrar un

nuevo liderazgo para el mundo al final del segundo milenio. Porque ese clima es tal, que un cuerpo internacional tan ampliamente representativo de las naciones como es la ONU no desea depender de Dios y no tiene intención de presentar ofrendas ante ningún altar.

En ese clima, el presidente norteamericano, como jefe titular de Occidente, no está en posición de galvanizar a las naciones, porque, típicamente, los norteamericanos anuncian sus planes y sus ideas con una rectitud nacida originalmente de un vientre religioso. Y sus contrapartes europeos están todavía peor, porque ellos hablan de sus ideas en los términos hastiados de líderes que una vez cuidaron los Altares de Dios, pero que ahora han vuelto sus espaldas a su propio pasado.

En el clima actual, sólo podía llevarse la victoria alguien que residiera en el corazón del único imperio autoproclamado y oficialmente antirreligioso, anti-Dios, que nuestro mundo ha conocido jamás. Sólo alguien por encima de la más ligera sospecha de ser moralmente bueno por una razón extraterrena. Sólo alguien decidido a tener éxito y a triunfar exclusivamente en este mundo. Sólo alguien en el centro del firme, rígido marxismo. Sólo ese alguien tenía una probabilidad de ser escuchado en sus propios términos. . . y de apartar al Occidente de su arraigada y antigua política de contención.

Dadas las cosas como estaban dadas, por lo tanto, Mijafl Gorbachov era el líder perfecto para anunciar la nueva era. Y era el perfecto servidor de las fuerzas naturales que la sociedad de las naciones ahora ha acordado que todos debemos obedecer.

Dadas las dificultades de la Unión Soviética, sólo era lógico que pidiera ayuda y cooperación. Dado el deseo de las naciones occidentales de encontrar nuevos y ventajosos mercados para sus bienes y servicios, era sólo razonable que respondieran con una embriagadora combinación de alivio y entusiasmo. Dado el hecho de que, como generación, somos notables, aun entre nosotros mismos, por saber poco o nada de lo que precedió a los cuarenta y cinco años que han modelado las acciones y las iniciativas de las naciones, era sólo natural que el llamamiento cuidadosamente afilado de Gorbachov encontrara un resonante éxito.

Hasta pasando por alto las cuatro o cinco verdades a medias expresadas por Gorbachov en su discurso de la ONU, y una o dos grandes mentiras que repitió, y la duplicidad y crueldad de la conducta de la Unión Soviética en el pasado y en el presente, para Juan Pablo y para sus consejeros era obvio que el sentido globalista de este soviético era muy superior el de cualquier líder internacionalista o transnacionalista. Simplemente habían sido superados.

Además, como punta de lanza oficial del proceso leninista, Gorbachov incluso habla conseguido una interpretación más exacta que la que tenían los Sabios de las emociones profundas que corrían como un río subterráneo entre los pueblos de todas las naciones. El brío que llevaba la actuación de Gorbachov en la ONU se originó en ese hecho preciso. Porque puso francamente en palabras los sentimientos ampliamente experimentados, aunque no siempre abiertamente expresados, por los pueblos y las naciones.

Como alguien de quien se podía haber esperado que blandiera la intransigencia y la amenaza, Gorbachov habló en cambio de resolver los problemas que nos acosan a todos. Asumiendo una insuperable postura globalista, declaró en nombre del mundo que todos hemos tenido suficiente de esos problemas. Asumiendo una postura geopolítica casi única, propuso que encaremos la erección de estructuras internacionales y que comencemos a ocuparnos de la represión económica, a ocuparnos de la contaminación del aire y de la tierra y del agua, a ocuparnos del hambre y de la enfermedad y de las vidas destrozadas.

Interpretando la mente popular de Occidente como si hubiera nacido en él, propuso terminar con el temor mortal por nuestra supervivencia como raza. Y en eso, Gorbachov pulsó la profunda urgencia de hombres y mujeres, en todas partes, por dejar atrás todas las amenazas de extinción. Dio la esperanza de que la familia humana pueda revisar -si todo va bien, quizá hasta destruir- la sensación de impotencia sin rumbo que ha llegado a albergarse en nuestras vidas como una pena secreta.

Finalmente, ésa era la deslumbrante atracción del gorbachovismo. La ayuda para todo nuestro dolor y todo nuestro temor residía en instituciones humanas perfectamente alcanzables que unificarían económicamente a la sociedad, y, por último, también políticamente.

A pesar de la historia sangrienta y de los problemas actuales de la Unión Soviética, en unos meros cuatro años como Secretario General del Comité Central del PCUS, Mijafl Gorbachov había forzado a hacer una redefinición de los términos en los que se perseguirá el desarrollo internacional a partir de ahora. Y había dejado a sus pares políticos en el escenario mundial comiendo el polvo que él había levantado.

Durante la primavera de 1989 -es decir, en los meses entre la declaración de intenciones de Gorbachov en la ONU y sus incursiones en Alemania Occidental y Francia para comenzar a llevarlas a la práctica-, el papa Juan Pablo tuvo una innecesaria y desagradable confirmación de que, sin importar el país o el contexto, los principios básicos por los que juzga la mente leninista, por oposición a la mente de los líderes del Occidente capitalista, seguían siendo completamente exactos.

Esta vez el contexto era China, donde otro ballet *d'invitation* -que no era el primero desde que la revolución de Mao Tse-tung alcanzó la victoria- se estaba tocando en la Plaza de Tiananmen, en Pekín. Aunque es cierto que el régimen leninista de China no ha recorrido tanto camino en la marcha de la historia como la Unión Soviética de Gorbachov, y que el presidente Deng Xiao-ping no es rival para Gorbachov cuando se trata de urbanidad, los acontecimientos trágicos que comenzaron en Pekín el 21 de abril de 1989

llevaron a Occidente a través de cada paso de su reacción, tan conocida ahora para la Santa Sede.

Todavía absorto con su propia agenda internacional, el Occidente primero se sorprendió, luego se fascinó, luego quedó hipnotizado, luego quedó embobado y, finalmente, se desilusionó... pero quedó listo para iniciar el ciclo completo nuevamente. Y otra vez la mente de Occidente no pudo imaginar la actitud de la mente genuinamente leninista. Así como la inteligencia occidental había falladte para predecir, analizar correctamente o por lo menos mantener el ritmo con el fenómeno del gorbachovismo, de la misma manera esa inteligencia hizo cálculos groseramente equivocados sobre los estudiantes que encabezaban el alzamiento de Pekín, así como sobre la naturaleza del gobierno chino.

En relación con los estudiantes chinos, la ignorancia y la ilusión occidentales pasaron por información confiable y comprensión. Parecía que en Occidente no había ningún atisbo del descontento estudiantil en China hasta que la magnitud de ese descontento se manifestó claramente en los acontecimientos. Y, una vez que el descontento había hecho erupción, el Occidente ya había perdido de vista el hecho de que los propios estudiantes estaban inmersos en el leninismo. Eran la versión china de un joven obrero fabril francés, citado en *The New York Times: "No* podría pensar en no ser comunista", dijo ese joven. "Es mi vida. Yo no hago un esfuerzo para ser un comunista. Lo vivo".

Cuando comenzaron las demostraciones, en forma más bien pequeña, en la Plaza de Tiananmen, después del funeral del líder liberal del Partido Hu Yao-bang, los estudiantes estaban pidiendo que se terminara con las "prácticas corruptas" en el gobierno, y que hubiera un "diálogo significativo" entre los líderes del Partido y la gente común. Pero no estaban pidiendo el derrocamiento del sistema socialista maoísta.

Cuando algún alborotador salpicó con pintura el cartel gigante con la redonda cara de Mao Tse-tung mirando hacia la plaza, los estudiantes se apresuraron a limpiarlo, gritando dichos de Mao y exclamando "¡Viva el camarada Mao que nos libertó!"

Sin embargo, persistió el autoengaño occidental, que se nutrió con los informes de los medios que exhibían lo que los periodistas occidentales describieron como una estatua casera copiada de la Estatua de la Libertad que sostiene la antorcha de la libertad por encima del puerto de Nueva York. Se pensó tan poco como fue posible en el hecho de que los estudiantes no tenían a la Estatua de la Libertad en la mente, sino a la "Diosa de la Razón". Sin duda, el brazo levantado y la antorcha fueron copiados de la Dama de la Libertad. Pero su nombre y el gorro frigio fueron tomados de la Revolución Francesa. Y fue saludada por los estudiantes con el canto de la "Internacional", el himno socialista de todas las naciones.

Un comentarista, un belga, señaló: "Estos chicos no saben cuántos seres humanos fueron muertos con esa canción, y cuántos derechos democráticos han sido pisoteados por los cantantes de esa horrible canción". Quizá. Pero no pasaría mucho tiempo antes de que "esos chicos" mismos se sumaran a muchos mártires que habían marchado hacia el olvido cantando la tonada que ellos cantaban.

Con respecto al gobierno comunista chino, mientras tanto, la ignorancia de la inteligencia occidental y de su análisis pasaba todos los límites del espejismo y de la deficiencia, y entraba al dominio del desconocimiento.

La rápida expansión de las manifestaciones de estudiantes y de su muy ruidoso descontento hacia otras ciudades importantes e incluso hasta el campo chino, fue suficiente para llevar a muchos gobiernos y hombres de negocios occidentales a hacer cálculos sumamente equivocados.

Hipnotizados por la forma en que los chinos se habían aficionado al Kentucky Fried Chicken, a la Coca-Cola, a las computadoras y a las ganancias capitalistas, no tomaron en cuenta el obsesivo leninismo de Deng Xiao-ping ni la naturaleza funcional de su Estado-Partido leninista organizado de manera clásica. Los análisis que había parecían basarse en información prejuiciada proporcionada por los intelectuales liberales del Partido Comunista Chino (PCC) y la vasta burocracia china.

Acerca del propio Deng Xiao-ping, la ignorancia de Occidente era profunda. La gente recordaba la visita de Deng a Estados Unidos, y las fotos de la prensa que mostraban al diminuto líder chino con un enorme sombrero en una barbacoa texana. Sabían que se había pregonado que era un amigo personal del presidente Bush desde los pasados días de éste como embajador en la China de Deng. Con una información tan lamentable como guía -y desde los gritos inaugurales hasta los últimos disparos de rifle de lo que la televisión estatal de Pekín llamó el "acontecimiento de Pekín"- los analistas occidentales se hicieron eco de una opinión que no tenía ningún parecido con la de la inteligencia del papa Juan Pablo.

Los comentaristas presentes en Pekín, así como las declaraciones del gobierno norteamericano y hasta algunos comentarios improvisados del propio presidente Bush, todos parecían señalar hacia la convicción de que, en vista de una protesta tan extendida y pacífica por parte quizá de hasta un millón de chinos, el PCC encabezado por el bueno de Deng Xiao-ping tendría que hacer concesiones. Concesiones democráticas.

Cuando pasaban los días y no llegaba ninguna concesión, las ilusiones acerca de Deng se rodearon de fantasías. Deng estaba en favor de los estudiantes. Detrás del escenario había una amarga lucha en el Politburó del PCC entre los de línea blanda, encabezados por Deng, y los de línea dura encabezados por !_¡ Peng. Deng estaba enfermo. Deng estaba agonizando. Deng estaba muerto.

En todo esto, e) papa Juan Pablo vio nuevamente la profunda y universal exactitud de su percepción de que Occidente no tiene modo de penetrar

la mente leninista. Por el contrario, Deng era visto como un hombre completamente occidentalizado sometido a la influencia de la compasión, con simpatía hacia los desvalidos, horrorizado por el derramamiento de sangre, inspirado por los mismos vestigios de la civilización cristiana que todavía conmueven la mente y el corazón occidentales. Esos remanentes cristianos se pueden llamar ahora "motivos humanitarios". Pero, cualquiera sea el nombre, el Occidente esperaba que Deng se condujera de acuerdo a tales normas.

Deng no lo hizo. Más, Deng no podía hacerlo. Deng Xiao-ping fue formado por Mao Tse-tung. Y Mao no sólo fue formado por Lenin, fue formado dentro de una sociedad que nunca había sido profundamente penetrada por los ideales cristianos, como lo había sido Rusia.

El engaño y la ilusión sobre Deng y sobre China comunista se remontan directamente a la época de Mao. Cuando ese revolucionario se abrió camino a tiros hasta el puesto de presidente del PCC, con control sobre toda China, en 1949, la reacción de Occidente fue una copia casi exacta de la rosada adulación que había santificado los primeros treinta años de estalinismo en la Unión Soviética.

La China de Mao comía bien. La China de Mao era ordenada. La China de Mao estaba tranquila. El nuevo Hombre y la nueva Mujer de la China de Mao surgían, enteros y saludables, de la sabia frente del Presidente, como Atenea de la cabeza de Zeus en el antiguo mito griego.

Antes que cualquier otro líder comunista importante, Mao Tse-tung comprendió la enseñanza básica de Antonio Gramsci: hay que transformar la cultura del pueblo.

En la versión de Mao, eso resultó: hay que limpiar del pasado la memoria del pueblo. Hay que enseñar al pueblo: "No piensen. Nosotros pensaremos por ustedes. Ustedes serán felices".

Así, el Nuevo Chino y la Nueva China de Mao se levantaban cada mañana con la tonada de "El Oriente es rojo". Todos se lanzaban a hacer movimientos aeróbicos para saludar cada buen nuevo día en la tierra de Mao. Todos trabajaban sin preocuparse por el dinero. Todos estaban en éxtasis al ser una unidad sin rostro, humilde, en el enorme hormiguero de la sociedad sin clases de Mao. Todos usaban una copia del traje de Mao, prefiriéndolo al decadente traje occidental. Y, prefiriéndolos a la decadente pornografía occidental, todos leían el periódico del Partido y el *Libro Rojo* de Mao, de máximas sabias y profundas. Sin embargo, leían poco más que eso, porque -como sermoneaba el propio *Libro Rojo*- "Si lees demasiados libros, éstos petrifican tu mente".

En 1966, después de quince años de "El Oriente es rojo" y del *Libro Rojo,* la antigua cultura china que Mao buscaba erradicar y remplazar estaba todavía muy viva.

Mao meditó su problema. Reposando en el exquisito lugar de descanso de Kuling, en la montaña Lu, en **las tierras altas de Lushan en la** provincia central de Kiangsi, quizá recordó la máxima que había incluido en su *Libro Rojo,* que dice así: "La revolución no es una cena, o escribir un ensayo, o pintar un cuadro, o hacer un bordado. No puede ser tan refinada, tan descansada y gentil, tan moderada, amable, cortés, sobria y magnánima".

Dirigiendo la mirada sobre el panorama de jardines, lagos, templos y riscos salientes, Mao escribió uno de sus poemas más famosos: "Con ojos fríos, contemplo al mundo".

Cuando el Presidente bajó de la montaña, lanzó la devastadora "Revolución Cultural" de 1966-76. Envió a millones de hombres y mujeres jóvenes a arrancar todos los rastros de la antigua cultura china. El holocausto que ejecutó Mao, en vidas humanas y en tortura, seguramente excedió al holocausto europeo bajo Adolfo Hitler, y al holocausto ucraniano bajo Joseph Stalin.

Incluidos en ese holocausto estuvieron algunos de los camaradas más antiguos y más fieles de Mao. Deng Xiao-ping -uno de los primeros seguidores del Líder Supremo Mao Tse-tung- fue recompensado por su fidelidad de toda la vida al leninismo y al maoísmo convirtiéndolo en el blanco N° 2 de la Revolución Cultural de Mao. "El N° 2 que ha emprendido la vía capitalista", ése fue el título burlón que le dieron. El "N° 1 que ha emprendido la vía capitalista", el presidente Liu Chao-chi, fue asesinado por orden de Mao. Deng, que debía ser el siguiente se salvó solamente porque, como excepción a la regla, el hijo de Deng, Pufong, no prestó falso testimonio contra su padre.

Un brillante físico de la Universidad de Pekín, Pufong fue torturado, sodomizado, golpeado brutalmente y tirado por una ventana por sus interrogadores. Sobrevivió con los dedos quebrados, con el oído dañado, los órganos internos desgarrados y la columna quebrada, que lo dejó permanentemente confinado a una silla de ruedas.

Gracias a la constancia de su hijo, Deng Xiao-ping también sobrevivió. Humillado en público, acusado y escupido, Deng quedó como prisionero en las instalaciones militares de Jiangxi para ser "reeducado" por un comité leninista de instructores de la prisión.

A pesar de la tortura y de la humillación que habían padecido tanto él como su hijo, el comunismo siguió siendo "un fuego de la mente" para Deng. Y, a ese respecto, estaba siguiendo una tradición que había sido santificada por la sangre desde hacía mucho tiempo. Estaba siguiendo las huellas del viejo bolchevique Nikolai Bujarin, por ejemplo. Antes de morir ante el pelotón de fusilamiento de Stalin, el 14 de marzo de 1938, Bujarin rogó en su última voluntad y testamento que los camaradas que estaban por ejecutarlo recordaran "que, en la bandera que llevarán en la victoriosa marcha del comunismo, también hay una gota de mi sangre". Murió confesando su "culpa" por acusaciones que él sabía que habían sido fabricadas, e

instando a la victoria al Partido que había decretado su muerte para complacer a Joseph Stalin. De manera similar, Imre Nagy marchó hacia su patíbulo el 16 de junio de 1958, protestando: "Si mi vida es necesaria para probar que no todos los comunistas son enemigos del pueblo, hago con gusto el sacrificio".

La buena disposición a morir para demostrar la lealtad de uno al sistema que está por terminar con su vida, es el "ojo frío" del leninismo en su expresión más fría. Pero no puede haber duda de que Deng fue formado y educado en esa misma tradición. Si lo hubieran puesto frente a un pelotón de fusilamiento, o si lo hubieran ahorcado silenciosamente en una prisión secreta, uno puede estar seguro de que hubiera muerto afirmando su lealtad a la ideología de sus asesinos. Como los estudiantes de la Plaza Tiananmen, él hubiera gritado no por su vida, sino su lealtad hacia el "Presidente Mao que nos libertó".

Tal como pasó, cuando terminaron los horrores de la Revolución Cultural y se restableció el orden, Deng todavía estaba entero; y tuvo lugar la misma procesión desde Occidente hacia China, como la que se había dirigido hacia la Unión Soviética de Stalin años antes. China fue completamente santificada de nuevo por una procesión de catedráticos universitarios, clérigos amistosos, benefactores internacionales, autonombrados filósofos mundiales, socialistas de salón y marxistas millonarios en sus aviones privados.

Cuando Estados Unidos decidió jugar la "carta de China" contra la Unión Soviética durante la administración Nixon, fue fácil -en realidad, era casi una tradición occidental- ignorar la brutalidad. Ignorar al millón de tibetanos muertos y a otro millón y medio empujados al exilio por el brutal genocidio tibetano llevado a cabo por la China de Mao, por ejemplo. E ignorar el genocidio de Pakistán en Bangladesh, porque era Pakistán quien le había abierto a Occidente la puerta del frente de Mao. Cualquier disgusto hacia los chinos estaba limitado, con cierto cuidado, al "corrupto" Kuomintang de Chiang Kai-shek en Taiwan.

Tal como resultaron las cosas, la infatigable lealtad leninista de Deng Xiaoping lo condujo a un destino muy diferente al de Nikolai Bujarin o Imre Nagy. El año de 1982 lo encontró, no en la tumba de un mártir, ni siquiera en una instalación militar, sino en el lugar de Mao Tse-tung como Presidente del Comité Central del PCC.

Una vez más, la brecha de ignorancia entre la mente leninista y la mente occidental condujo a muchos a creer que, porque Deng había sufrido tan terriblemente durante la Revolución Cultural, su ascenso al puesto de máximo poder seguramente significaría el amanecer de un día diferente. La suya sería una visión más humana y el régimen más abierto. El hecho fue, sin embargo, que Deng era lo que siempre había sido y lo que sigue siendo hoy: un leninista hasta los huesos en el mismo patrón de Mao Tse-tung.

Bajo la presidencia de Deng, su hijo, Pufong, fue hecho director del Fondo de Asistencia para los Minusválidos de China (FAMC) y fundó la Compañía Kanghua (CK). El plan era que CK se ocupara del respaldo financiero para FAMC. En la práctica, no obstante, el plan parece haber despertado los instintos empresariales de Pufong; los fondos que reunió a través de las actividades de CK nunca llegaron a FAMC, pero en cambio fueron enviados a la sucursal de CK en Shensen, cerca de Hong Kong. Tan descarada era la actividad de Pufong que contribuyó a la sensación pública de que había corrupción en los altos puestos, y Deng tuvo que reprobar públicamente a su hijo por "permitirse ser explotado por otros".

Lo que pasó en gran parte desapercibido, y fue probablemente poco comprendido en Occidente, fue el hecho de que todo el PCC es una estrecha red de relaciones familiares entretejidas. Con seguridad había corrupción empresarial, porque eso es tan endémico en el Estado-Partido como en **el sistema capitalista.** Pero, curiosamente, eso no diluye un sentido altamente ortodoxo de ideología marxista. Y, sobre todo, ni siquiera la atracción de la ganancia diluye el impulso a proteger al Estado-Partido de actividades que puedan poner en peligro su control leninista sobre el pueblo. En eso, como en todas las cosas esenciales, no podía esperarse que Deng cediera.

Cuando comenzaron las manifestaciones de estudiantes chinos en abril de 1989, los analistas occidentales quizá conocían el discurso secreto de Deng Xiao-ping a los funcionarios superiores del partido, en el que el Presidente advirtió: "Podemos permitirnos derramar un poco de sangre", si era necesario, para detener al movimiento estudiantil. Pero, si lo hacían, parecían atrapados de todos modos por la charada pública de tolerancia que jugaba el presidente chino de ochenta y dos años, Yang Shang-kun, ayudado por el jefe del aparato de seguridad, Qiao Shi, de sesenta y cinco.

El personal de los medios occidentales fue reforzado más o menos en este momento, en preparación para una visita del ubicuo Mijaíl Gorbachov, quien iba a llegar para una especie de cumbre de acercamiento chino soviético que había sido organizada hacía un tiempo. Es justo decir, por lo tanto, que en un momento crítico la mayoría de los reporteros y comentaristas que estaban en el lugar no eran parte del diminuto cuerpo de observadores de China más experimentados.

Así, en un momento crucial, probablemente era un poco más fácil crear la ilusión no sólo de que el control del PCC estaba en ruinas, sino que el viejo régimen conducido por el presidente Deng Xiao-ping se estaba desintegrando. Como lo expresó Edgar Marin, director del Consejo Nacional de Investigación Científica: "La desintegración entre sus creyentes de la esperanza en la salvación terrenal por medio de la revolución comunista, trae la regeneración de los derechos del hombre y la idea de democracia".

La mayoría de los analistas o -.cidentales parecían inconscientes de que

el propio presidente Yang había sido secretario general de la Comisión Militar del PCC, o de que el hermano menor de Yang era entonces comisario en jefe del ejército, o de que el yerno de Yang era jefe de Estado Mayor, o de que otro pariente de Yang era comandante de la 27a. Unidad del Ejército.

En cualquier caso, la actuación convincente del gobierno duró lo necesario para descubrir los centros organizados de revuelta contra la obediencia al régimen. Los estudiantes parecían atrapados en un dilema por la atención de los medios. Les daban la bienvenida a las cámaras como un medio para popularizar sus demandas, y temían el hecho obvio de que si el mundo estaba observando, también el PCC.

En cuanto a la prensa occidental, pareció reflejar la gama de respuestas usuales del Occidente ante una inesperada actividad leninista. Primero estuvieron sorprendidos ante los acontecimientos que se estaban desarrollando. Después quedaron hipnotizados. Luego se sintieron entusiasmados. Y finalmente estuvieron desilusionados.

Tan completo y tan efectivo fue el engaño del PCC que, después de que los tanques y los transportes blindados de personal habían entrado en la Plaza de Tiananmen el 3 de junio, un horrorizado comentarista de la televisión norteamericana preguntó, ¿cómo pudo, el Deng que nosotros pensamos que conocían, hacer esto?

Aún así, persistía la ilusión de que, de algún modo, todo resultaría de acuerdo con el libreto occidental. Aparecieron informes de que la 27a. Unidad del Ejército estaba en camino, que defendería a los estudiantes contra los contingentes de línea dura que amenazaban con extinguir al valiente movimiento, que estaba por tener lugar una guerra civil en miniatura en la Plaza de Tiananmen.

Inevitablemente, el desencanto se convirtió en horror cuando la 27a. Unidad del Ejército -controlada estrechamente por el PCC y profundamente leal a él- a tiros limpió de manifestantes la Plaza de Tiananmen, aplastando a muchos de ellos bajo las orugas de los pesados tanques, segando a algunos miles con sus cañones e instituyendo rápidamente lo que sólo puede llamarse un reinado público del terror.

Al fin, Deng Xiao-ping dijo en una declaración pública: "Un número muy pequeño de personas creó desorden, y éste eventualmente se convirtió en una rebelión contrarrevolucionaria. Están tratando de derrocar al Partido Comunista, derrumbar el régimen socialista y subvertir la República Popular de China para establecer una república capitalista".

Semejante declaración sólo podía esperarse como el acto final de la terrible charada. En todos los aspectos, Deng estaba mintiendo descaradamente. El número de personas involucradas, y el número que obviamente simpatizaba y estaba lista para ser arrastrada por la protesta contra la corrupción, era cualquier cosa menos pequeño. Y los propios estudiantes eran cualquier cosa menos contrarrevolucionarios. Deng sabía que los estu-

diantes no tenían intención de derrocar al PC o de abandonar el socialismo marxista. Había oído sus fervientes gritos en apoyo al "Camarada Mao que nos libertó". Pero también había oído sus demandas de diálogo y de poner fin a las prácticas corruptas en los altos puestos, y él no aceptaría nada de eso. Como en la época de Mao, así en la época de Deng. El Estado-Partido era omnisciente. Y era todopoderoso. Y así seguiría siendo.

El horror y la confusión de Occidente ante la acción orquestada por el PCC de Deng Xiao-ping fueron un retrato exacto de la incapacidad de la mente occidental para imaginar la actitud fundamentalmente inhumana de la mente verdaderamente leninista. Deng sabe lo que es la tortura. Sabe lo que son lu crueldad y el lavado de cerebro. Conoce el orgullo de un padre, y sabe lo que es ver sufrir a un hijo. Conoce el dolor ante la pérdida de la libertad personal de uno. Sin embargo, obviamente todo eso puede arder en "el fuego de la mente" que es el leninismo.

En los cañonazos que derribaron a los estudiantes en la Plaza de Tiananmen, en los jóvenes cuerpos aplastados bajo los tanques, en las apresuradas piras de medianoche alimentadas con la gasolina arrojada sobre montículos de bicicletas enredadas y cadáveres mutilados, en los juicios sumarios y en las sentencias de muerte que los siguieron. . . en todo eso se exhibía el fuego inhumano que anima todas las políticas y todos los *ballets d7nvitations* del Estado-Partido leninista, ya sea en China, en la Unión Soviética o en cualquier otra parte.

Incluso, cuando el "acontecimiento de Pekín" alcanzaba su cima de horror, el papa Juan Pablo no tuvo dudas de que el Occidente, de algún modo, encontraría el camino para ver en todo ello el libreto que deseaba ver.

En ese sentido, fue de intenso interés para Juan Pablo que, en medio de la primera campaña hecha y derecha de Mijaf Gorbachov para ganarse las mentes occidentales, y casi como prólogo al "acontecimiento de Pekín", L.n "acontecimiento" similar fue representado en la Unión Soviética.

El 4 de abril de 1989, 158 georgianos se declararon en huelga de hambre para forzar algún grado de autonomía de la Unión Soviética. El 8 de abril, más de ocho mil ciudadanos estaban en las calles de la capital de Georgia, Tiflis.

Aunque los fieros e independientes georgianos estaban inconscientes de ello, Moscú sabía exactamente lo que habían planeado el Partido Demociático Nacional Georgiano y sus líderes, el presidente Georgi Chanturya y el segundo, Vano Khukhunaishvili. El mismo día de las manifestaciones de Tflis, un decreto del Soviet Supremo, redactado por Gorbachov, firmado por él y emitido en su nombre, selló el destino del movimiento secesionista georgiano.

Por ese decreto, cada una y todas las cosas que animaban al levantamiento georgiano se convirtieron en crimen. Estaba dirigido directamente

contra todos aquellos que pedían la alteración del sistema soviético "en formas que contradicen la Constitución de la URSS". Estaba dirigido a aquellos que producían "materiales" que argumentaban en favor de la al. teraciór, del sistema soviético, y a aquellos culpables de "incitar a la hostilidad o lucha étnica o racial". Estaba dirigido a aquellos que desafiaban el papel del Partido Comunista de la Unión Soviética "como la fuerza dirigente y guía de la sociedad soviética".

Un día después, el 9 de abril, y por órdenes del Politburó de Mijaíl Gorbachov, fueron enviadas tropas de seguridad -no milicias locales, como después manifestó Moscú- con tanques y transportes blindados. Las multi tudes fueron rociadas con un gas lacrimógeno llamado cloroacetofenone y después con un gas venenoso conocido como CN. Los que todavía se quedaron fueron finalmente dispersados por soldados que empuñaban armas y por palas con bordes especialmente afilados: herramienta sujeta con correas, veinte de cada lado, a los costados de cada tanque. Por lo menos veinte georgianos murieron en la ofensiva, y más de 180 fueron hospitalizados. El ministro de Relaciones Exteriores de Gorbachov, Eduard Shevardnadze, nativo de Georgia él mismo, voló rápidamente a Tiflis con instrucciones para el liderazgo local del partido. El 10 de abril se declaró la ley marcial, y, esa misma noche, más de 120 tanques y camiones blindados ocuparon las principales intersecciones, puentes y plazas.

En los días subsiguientes, alrededor de quinientas personas fueron arrestadas y encarceladas para interrogarlas y castigarlas. Helicópteros militares monitoreaban las calles y los techos desde arriba. Los únicos signos de protesta que finalmente quedaron eran suficientemente lamentables. La mayoría de las mujeres y muchos hombres, cuando se aventuraban a salir, estaban vestidos de luto y sollozaban abiertamente. En la Plaza Lenin, fueron arrojadas miles de flores donde los ciudadanos de Tiflis habían sido muertos por balas, gas o palas.

Mientras tanto, las autoridades confiscaron sesenta mil armas de fuego legalmente registradas; arrestaron a doscientas personas por violar el toque de queda; expulsaron a todos los periodistas extranjeros de Tiflis, y difun dieron un reportaje de Mijaíl Gorbachov fulminando al "extremismo" y a los "elementos aventureros", y reafirmando la resolución del gobierno soviético de combatir las acciones nacionalistas "destructivas".

Sin embargo, de acuerdo con un anuncio del Kremlin, la decisión de usar tropas antimotines y gas tóxico y palas afiladas en la Georgia soviética el 9 de abril, "fue tomada localmente por las autoridades georgianas". Gorbachov estaba "completamente disgustado".

Disgustado o no, el 12 de abril Gorbachov trazó en la arena la misma raya leninista que pronto trazaría Deng Xiao-ping. "Estamos absolutamente en contra" de las demandas de autonomía de los georgianos, dijo, porque sería equivalente a "quebrar la estructura del Estado nacional de nuestro país".

Para Juan Pablo, en esta situación quedó demostrado cuán absolutamente la mente occidental está fija en el cemento de sus ilusiones, cuando -sin perturbarse por los acontecimientos de Tiflis, y perfectamente enterado de las manifestaciones estudiantiles que habían comenzado en la Plaza de Tiananmen- Mijaíl Gorbachov llegó, en medio de grandes especulaciones y excitación por la cumbre con Deng que había sido programada algún tiempo antes.

Para muchos que sirven a la Santa Sede, fue fascinante observar el entusiasmo desplegado ante Gorbachov, tanto por parte de los estudiantes chinos que clamoreaban por verlo como por muchos miembros experimen tados de la prensa occidental, que habían llegado básicamente para cubrir la cumbre Deng-Gorbachov.

Una vez que había salido de China, las reacciones de Gorbachov por el "acontecimiento de Pekín" que se publicaron concordaban con sus comentarios sobre Tiflis, y con lo que Juan Pablo hubiera esperado, basado en su interpretación de la mente leninista. Una vez que Deng había desplegado las mismas tácticas que Gorbachov había usado en Tiflis, el Secretario General expresó "pesar" por la cruel represión del gobierno chino contra las manifestaciones estudiantiles, pero les confió a los reporteros que la información soviética sobre la situación era "todavía vaga". El 15 de junio, durante su visita triunfal a Alemania Occidental para promover el fin de las "barreras artificiales" entre el Este y el Oeste -y aunque, por lo menos, Gorbachov había leído informes transcritos cada hora que emanaban de Pekín hacia el Kremlin-, advirtió que: "Debemos mostrar gran responsabilidad y equilibrio en nuestra evaluación" de la situación en la Plaza de Tiananmen, "todavía no sabemos todo sobre la situación".

Mientras tanto, el servil Congreso Soviético de Diputados del Pueblo, de Gorbachov, condenó todas las presiones del Occidente sobre Pekín para que respondiera democráticamente a las demandas de los estudiantes. La masacre de estudiantes, dijeron los diputados, era "un asunto interno" de China. "Cualquier ruptura en el proceso de reformas en este enorme Estado [China]. . .", agregó Gorbachov, "causas la un daño importante a todo el proceso de recuperación en el mundo". En los días siguientes a Tiflis y Tiananmen, el mundo muy bien podría haber preguntado: "¿Qué proceso de recuperación?" Pero, como cualquier verdadero leninista, Gorbachov sabía el ejercicio que debía seguir cuando se presentara cualquier obstáculo serio al proceso leninista. Se agachó debajo de la mesa de conferencias para golpear el piso con la maza de hierro de la amenaza militar.

Por ahora, sin embargo, las amenazas parecían innecesarias. El Occidente parecía tan capturado por la idea de recuperación de Gorbachov que había

más preocupación por los riesgos de que éste sobreviviera en su país que por los acontecimientos en Tiflis o por las reacciones soviéticas ante los acontecimientos de China.

La principal preocupación parecía ser por la duración de Gorbachov contra los soviéticos de línea dura del Kremlin. Durante una entrevista concedida en su casa de Moscú y publicada en enero de 1989 en el respetado *Le Figaro de* Francia, el finado y célebre físico soviético y activista por los derechos humanos Andrei D. Sajarov, ya había predicho que "los conservadores [los estalinistas] derrocarán a Gorbachov, o al menos le impondrán sus opiniones". En la misma entrevista, la igualmente famosa e igualmente activista esposa de Sajarov, Yelena Bonner, había ido aún más lejos: "No apostaría diez rublos a [la supervivencia de] Gorbachov".

Sin embargo, nada parecía desequilibrar al Secretario General. Contra todas las dudas sobre su capacidad para vencer a los muy mencionados de línea dura, 74 de los 301 miembros del Comité Central renunciaron "volun tariamente". Por cierto, esto no era la Revolución Cultural de Mao ni una sangría estalinista. Pero era una clásica purga soviética. Manejada con precisión quirúrgica por Gorbachov, barrió efectivamente con el propio veterano "Sobreviviente Congelado", Andrei Gromyko, más un ex ministro de Defensa, nueve generales, muchos líderes regionales y otros que alguna vez fueron figuras del Politburó, y un cierto número de "almas muertas", como denominó una vez el novelista ruso Gogol a los burócratas corruptos.

Si los fríos ojos del leninismo se manifestaban al mundo desde el centro de esos acontecimientos de 1989 como Tiflis y Tiananmen, y desde la sangrienta purga de Pekín y la purga incruenta del Comité Central del PCUS, había y todavía quedan ciertos aspectos excepcionales del comportamiento de Mijaíl Gorbachov que han provocado una pregunta en el mundo que no había sido provocada en más de setenta años de liderazgo marxista-leninista en la Unión Soviética. Esa pregunta concierne a la fe. La fe cristiana. La fe de Gorbachov.

"Seguramente", dijo Gorbachov no mucho después de su surgimiento como Secretario General en 1985, y para asombro de muchos, "seguramente Dios en lo alto no se ha negado a darnos la sabiduría suficiente para encontrar formas de traer un mejoramiento en nuestras relaciones".

Ése no era el lenguaje de un leninista de ojos fríos. Y resultó no ser un ¡ncidente aislado. "Jesucristo solo sabía las respuestas a todas las preguntas", dijo Gorbachov en el curso de ese mismo año, "y sabía cómo alimentar a veinte mil judíos con cinco hogazas de pan... Si Dios y el Politburó están bien dispuestos hacia mí, encontraré las respuestas".

Uno no puede imaginarse a Vladimir Lenin diciendo cosas como ésas. En una etapa, Joseph Stalin hablaba de la Madre Rusia. Pero uno no puede imaginárselo fácilmente diciéndole a Franklin Raoseveit o a cualquier funcionario norteamericano las palabras que el secretario de Estado George Shultz escuchó de Gorbachov cuando el líder soviético comenzaba su primera visita a Estados Unidos, en 1987: "La visita ha comenzado. ¡Tengamos esperanza! ¡Que Dios nos ayude!"

A medida que se alargaba 01 periodo de Gorbachov, los acontecimientos asombrosos continuaban provocando esta pregunta inaudita. De hecho, durante la Misa de Jubileo de 1988, en Kiev, que marcó el milenio de la conversión de Rusia al cristianismo, desde el púlpito se oyó un grito notable: "Finalmente Dios nos ha enviado a Gorbachov, pero Satanás quiere matarlo". Aun reconociendo la estrecha conexión entre el sacerdocio soviético y la KGB, permanece el hecho de que miles de creyentes -hombres y mujeres jóvenes así como viejos, muchos de ellos sollozando- poblaron las calles de Kiev en esa ocasión para venerar abiertamente los sagrados ¡conos, y aparentemente con nada del acostumbrado miedo de la represión o de las represalias del Estado-Partido.

Para muchos, aún más convincentes fueron los comentarios directos, espontáneos, de Gorbachov después del terremoto que devastó a Armenia ese mismo año. Gorbachov interrumpió una visita a Estados Unidos para recorrer la región azotada. Mientras estaba allí, aprovechó la oportunidad para criticar duramente a sus oponentes internos nuevamente con los términos usuales. "Están luchando por el poder", protestó. "Deben ser detenidos usando todo el poder a nuestra disposición, político y administrativo". Pero entonces agregó una dimensión sorprendente e inesperada a sus advertencias: "Que Dios los juzgue. No son ellos los que van a decidir el destino de esta tierra... Éste es el borde del abismo. Un paso más y es el abismo".

En diciembre del mismo año, cuando la Madre Teresa de Calcuta visitó la Unión Soviética para colaborar en los esfuerzos de recuperación de Armenia, fue recibida en el Kremlin con todos los honores por el Primer Ministro soviético Nikolai Ryzhkov, en compañía del ministro de Relaciones Exteriores Eduard Shevarcinacize y el secretario general del Partido Comunista Armenio. Le aseguraron a la Madre Teresa, en los términos más cálidos, que la Unión Soviética esperaba grandes cosas del trabajo de sus misioneras católicas en las áreas devastadas de la URSS.

El papa Juan Pablo, quienes le rodean y sus observadores del Kremlin no ignoran tales palabras y comportamiento de parte de Mijafl Gorbachov. Por el contrario, esta pregunta sobre la relación de Gorbachov con Dios -con el Dios de su juventud, con el Dios de la historia, con el Dios de la divina gracia y de la salvación del hombre- está entre las preguntas más importantes puestas a consideración de Juan Pablo.

De hecho -y a pesar de la experiencia personal del Papa con los ojos fríos del leninismo y de su actual información de inteligencia-, una dimensión crucial de la evaluación papal de Mijafl Gorbachov en los términos geopolíticos actuales reside en la visión que tiene el Pontífice de este particular líder soviético como un instrumento especial de Dios. La cuestión de Gor-

bachov y Dios, por lo tanto -la cuestión de una posible ambivalencia en Gorbachov entre los ojos fríos del leninismo y los ojos de la fe- es un factor crucial para Juan Pablo en el juego final del milenio. Y para el creyente que es Juan Pablo, éstas no son meras palabras. Son normas de pensamiento y de acción.

Que el Occidente también se ha vuelto interesado en esta cuestión, si es que no fascinado por ella, quedó subrayado durante una conferencia de prensa que Gorbachov mantuvo en el Palacio del Elíseo, en París, el 5 de julio de 1989. Al preguntársete si había sido bautizado, Gorbachov contestó casi despreocupadamente que sí, y que una cosa así era "bastante normal" en la Unión Soviética.

A pesar de la fácil respuesta del Secretario General, el hecho es que ni el bautismo ni virtualmente cualquier otra faceta de una forma de vida cristiana es un elemento "normal" en una carrera pública exitosa en la Unión So viética. Más bien, tales cosas son seguros y verdaderos obstáculos hasta para obtener el ingreso a los estudios universitarios. Y son obstáculos absolutamente insuperables para ingresar ---ya no digamos para progresar- en el sistema del Partido Comunista soviético. La documentación de ese hecho es dernasiado abundante como para permitir cualquier cisiniulo.

Un juicio exacto sobre Gorbachov en esta materia debe tomar i n c;;;er:,a F:1 i~:ntre rr mista del que ha venido, c,mo leninista convencida. í:':i 1305, Lenin >e hizo eco <<e sCarl Marx y dijo que: °l_a religión es una especie de ginebra esprrtual en la que los --sclavos del capitalismo ahogan su ferina humana y su aspiración a cualquier vicia humana decente". En 1915, su tono áue más !-rural. ''Todas las clases opresoras, de cualquier descripción, necesitan dos funciones sociales para salvaguardar su dominación: la función de un verdugo y la función de un sacerdote. El verdugo es para sofocar la protesta... el sacerdote los reconcilia con la dominación de clase, los aparta gradualmente de las acciones revolucionarias". En 1917, su pronunciamiento fue horriblemente antihumano: "Debemos ser ingenieros de almas", y prosiguió describiendo cómo sus bolcheviques destruirían las identidades tradicionales de todos esos seres humanos ahora en su poder, para reconstruirlos como especímenes de la "nueva humanidad socialista".

Dada esta herencia ideológica que le viene a través de Joseph Stalin ("Matad a los sacerdotes eunucos y matáis a este Cristo") y de Nikita Jrushchov ("Creer en Dios contradice nuestra visión comunista"), Juan Pablo tiene que considerar detenidamente la aparente contradicción entre la posición de Gorbachov, como Secretario General de la Unión Soviética, y sus palabras y su tolerancia con respecto a la religión. Se sugieren por sí mismas tres alternativas, y, aunque las consecuencias de cada alternativa son bastante eJaras, el jurado papal todavía está deliberando sobre una decisión final relativa al libreto al que se enfrenta el Papa.

Un posible libreto Dios-y-Gorbachov es que, al hablar de "Dios" y "sabiduría" y el "abismo", y cosas parecidas, Gorbachov está usando un vocabulario e ideas vacíos de todo significado místico o trascendental, en forma parecida a la de las tropas de élite de la SS de Hitler cuando adoptaron el lema Gott mit Uns, Dios con nosotros. Por cierto, ésa era una hipocresía monumental y virtuosa de parte de hombres decididos a manchar toda la creación de Dios con brutalidad y asesinatos masivos, pero nadie la consideró como una expresión de creyentes.

Si éste es el caso de Gorbachov, entonces su comportamiento a este respecto probablemente no es más importante que el de cualquier hombre que usa ciertas formas de hablar, aprendidas temprano en su vida familiar, para enfatizar un punto. Como Juan Pablo sabe bien, el ruso es tan rico como el polaco en tales expresiones e imágenes.

La segunda posibilidad es que Mijaíl Gorbachov sea el clásico criptocristiano: que sea un cristiano plenamente creyente de la variedad rusa ortodoxa, verdaderamente adherido a las creencias fundamentales de la ortodoxia, secretamente adorando en su corazón, plenamente dependiente, en sus plegarias y esperanzas y carrera, de la ayuda y de la inspiración de Dios.

Si éste es el caso, entonces Gorbachov sería realmente el "topo" de Dios colocado en el pináculo del sistema ateo soviético en un momento crucial de la historia. Si éste es el caso, entonces Mijaíl Gorbachov sería el hombre del siglo XX elegido por Dios para un papel y un destino sumamente singulares. Y si éste es el caso, entonces el mundo ha estado asistiendo, completamente inconsciente, al mayor drama de nuestro tiempo, un drama que sólo acaba de comenzar.

La tercera posibilidad es que la historia de Gorbachov sea mucho más típicamente soviética y más de "ojos fríos" de lo que a algunos les gustaría creer. Puede ser que dentro de sí, y en sus relaciones sumamente caute losas con el Consejo de Ancianos, el Secretario General sea un fanático ateo soviético, un completo creyente, con Lenin, de que "toda religión es una completa vileza", un leninista de cuerpo entero de estilo clásico... pero uno extremadamente astuto, que se da cuenta que un cierto nivel de palabrerío cristiano convincente todavía puede ayudar a asegurar la profunda y extensa integración con el Occidente que necesita la Unión Soviética, de cuyo destino él es ahora el principal guardián y propagador.

Si este tercer libreto es el verdadero, entonces tendría un significado mortal para el papa Juan Pablo y para el Occidente. Si es cierto, significaría que en la lista soviética de enemigos que hay que penetrar, engañar, fer mentar y dominar, Gorbachov ha puesto a la religión y a las organizaciones religiosas formales encabezando su lista. . . tal como aconsejó Antonio Gramsci. Si éste es el verdadero libreto, significaría que la organización católico-romana del papa Juan Pablo es el primer objetivo. Si es cierto, significaría que Gorbachov es el líder soviético más peligroso que la Iglesia ha enfrentado, el autor de la seducción final, el practicante por excelencia

del engaño de la inteligencia de la KGB, y los "ojos fríos" más fríos que el leninismo haya producido hasta ahora.

Hay mucha evidencia empírica que uno espera descubrir al evaluar el significado real de un comportamiento tan inesperado de parte de un líder supuestamente ateo de un Estado-Partido profesional y militantemente ateo. Y la evidencia que existe es tan equívoca que puede ser, y en algunas conversaciones vaticanas frecuentemente es, usada para reforzar posiciones opuestas sobre la cuestión.

Los cuatro abuelos de Gorbachov y sus dos padres eran creyentes genuinos de la fe ortodoxa rusa. Los familiares iconos rusos de Cristo y de su Madre, María, estaban escondidos detrás de los obligados retratos de Lenin y de Stalin que colgaban en la casa de sus abuelos paternos.

Nacido el 2 de febrero de 1931, Gorbachov creció en lo peor del terror estalinista. Sabemos que fue bautizado, que se declaró solemnemente que su santo patrono sería el fiero defensor del propio Cielo, San Miguel Arcángel, que fue regularmente a la iglesia, que participaba con sus padres en la liturgia... cantaba los antiguos himnos eslavos, confesaba sus pecados y recibía la Santa Comunión.

Más, sabemos que todo esto ocurría en lo más intenso de las purgas estalinistas, de los juicios fingidos, de la tortura, de los interrogatorios a medianoche y las deportaciones y ejecuciones repentinas que diezmaron al clero y a los piadosos legos de la Iglesia. Hasta en la ciudad provincial de Privolnoye, practicar la fe de uno como lo hicieron los Gorbachov en los treinta, era un acto de heroísmo cristiano.

Gorbachov, ¿siguió siendo héroe, por lo menos en su corazón, al alcanzar la madurez? ¿O la presión fue demasiado para él? ¿O la fe no fue suficiente para él? Cualquiera que sea la respuesta, a los quince años fue aceptado en el Komsomol, en realidad, la "Liga Menor" del Partido Comunista. Nadie conocido como un creyente activo podría haber conseguido eso. La adoctrinación del Komsomol no sólo requiere una negación formal de la religión, sino una profesión formas del ateísmo propagado oficialmente por el Estado-Partido. Gorbachov debe haber pasado los requisitos básicos.

A partir de ese momento, de hecho, debe haber pagado sus derechos leninistas en toda la línea. Porque no fue meramente aceptado, prosperó. Fue a la universidad. En 1952, ingresó al Partido Comunista. E inició una carrera tan distinguida entre sus colegas que llamó la particular atención del jefe de la KGB, Yuri Andropov, que se convirtió nada menos que en su mentor. Y, habiendo pasado todas las pruebas y desafíos, finalmente llegó a la cumbre del éxito soviético como Secretario General del Partido Comunista de la Unión Soviética.

Dados esos tres libretos contradictorios, ¿cómo debe interpretar semejante historia el papa Juan Pablo?

Si Gorbachov ha sido un criptocristiano todo el tiempo, entonces su motivación debe haber sido extraordinariamente pura para permanecer intacta tanto tiempo, y en circunstancias tan extrañas y personalmente peligrosas. Mas, su fe debe haber sido nada menos que heroica en su profundidad y alcance, porque el único objetivo de semejante ejercicio podría haber sido llegar tan lejos en su carrera como Dios lo hiciera posible para él, con la intención de liquidar el ateísmo oficial del Estado-Partido.

Cuando se lo ve en esos términos, parecen más probables la primera o la tercera alternativa, ya sea un alejamiento benévolo o mortal de la fe. En ambos libretos, a pesar del temprano contacto del joven Gorbachov con todo el "mobiliario" del pensamiento cristiano en la intimidad de su vida familiar, en el momento en que ingresó al Komsomol -y con seguridad en el momento en que se graduó en la universidad y entró al Partido Comunista- había renunciado al cristianismo de su familia.

Quizá las razones objetivas fueron bastante comunes. La omnipresente visión materialista y atea que lo rodearon, lejos del hogar, la presión de sus iguales, la presión del Partido, la presión de la ambición personal, la doctrina y la motivación a medida que avanzaba en la Universidad de Stavropol, en la Universidad de Moscú, en el Partido Comunista. Todo esto hubiera alejado a Gorbachov de la creencia y del culto cristianos.

En estos días ese camino no es tan extraordinario. De hecho, es más o menos el mismo camino seguido por tantas personas con parecida mentalidad en el Occidente que éstas han recibido un nombre especial. Con frecuencia se les llama cristianos "anónimos". Cuál sería entonces, fundamentalmente, la diferencia entre Gorbachov y Nikita Jrushchov, quien confesó en 1958: "Pienso que no hay Dios. Me liberé hace mucho tiempo de ese concepto". O entre Gorbachov y Pufong, el hijo de Deng Xiao-ping, quien hace unos años le dijo a la Madre Teresa que "nosotros partimos de un punto diferente, pero estamos haciendo la misma labor... Yo mismo soy un ateo". O entre Gorbachov y el historiador norteamericano William Shirer, quien admitió ante un reportero en 1989 que "mi padre era un presbiteriano ortodoxo y yo estoy seguro de que él creía en el cielo y el infierno, y ese tipo de cosas. Para mí, todo eso ha desaparecido".

Si, como Jrushchov y Shirer, Gorbachov es un cristiano "anónimo", él ha dejado de creer en la importancia espiritual de la práctica religiosa organizada y formal, y en la verdad de la enseñanza de la Iglesia sobre lo sobrenatural. Pero en ese caso, tampoco sería un enemigo decidido a lograr la muerte final de toda esa práctica y creencias. Sin duda, muy bien podría retener alguna vaga idea de un Dios redefinido y benigno. Y lo que crea cualquier otra persona estaría bien para él, y bien para el Dios benigno que él vagamente reconoce.

Después de todo, cuando hablaba al Comité Central el 5 de febrero de 1990, pidió una amplia gama de medidas "para enriquecer el mundo espiritual de la gente", especialmente en los niveles educativo y cultural. "Las

cifras del crecimiento industrial", afirmó, han opacado los "valores humanos". En esta era de información, prosiguió, "somos casi los últimos en darnos cuenta que el activo más costoso es el conocimiento, la amplitud de la perspectiva mental y la imaginación creativa". Aunque éste no es un lenguaje propiamente religioso, es lenguaje del espíritu... tales palabras nunca hubieran salido de los labios de un Stalin o de un Lenin.

Si Gorbachov es ese espécimen inferior de cristiano anónimo, siempre existe la probabilidad de que, ahora o después, Gorbachov pueda "dar un salto hacia atrás". Enfrentado con los dilemas más serios, quizá busque esa fuente de salvación y de solución de todos los problemas sobre la que cantaba en aquellos antiguos himnos eslavos, y que aprendió a reconocer como el verdadero gobernador del destino del hombre sobre las rodillas de su madre. Quizá hubo hasta un atisbo de una actitud así cuando Gorbachov habló tan inesperadamente del "borde del abismo" en la Armenia asolada por el terremoto.

Por otra parte, quizá -y según el modelo de Stalin- la tercera posibilidad es el caso para Gorbachov. Si ha renunciado a su fe, ¿cuán probable es que las razones no fueran comunes ni benignas en absoluto? ¿Cuán probable es que, llevado por sus propios dones y por la mano invisible del destino hasta el puesto más alto de la Unión Soviética -de la nación y del sistema-, simplemente haya entendido, en su estilo penetrante y sensato, que no podía continuar comportándose como sus seis predecesores, y se acercó al modelo de Pufong?

Con toda seguridad Gorbachov es más sofisticado que Nikita Jrushchov y Leonid Brezhnev, con su provisión lista de chistes sucios acerca de los creyentes religiosos. Para ellos no era insólito ofrecer cenas a sus invitados de honor en el magnífico Granovitaya Palata del Kremlin. Terminado en 1491 por el zar Iván III para conmemorar su victoria más cruenta sobre los mayores enemigos de Rusia, los tártaros, el Palata está decorado desde los techos hasta los pisos con obras del maestro Andrei Rublev, invaluables iconos de Cristo, su Madre, los ángeles y los santos, todos dominados por un gigantesco fresco de la Última Cena, cuyo propósito era recordar a todo el que comía allí que todos estamos destinados a comer y tomar, finalmente, el Pan de los Ángeles y la Sangre del Cordero.

Para los predecesores más recientes de Gorbachov, todo eso, y el matiz cálido, rojo-anaranjado, del Palata, tan sugerente de la Resurrección de Cristo, probablemente eran tan significativos como para el zar las agonías de los tártaros cuando eran empalados vivos al día siguiente de la victoria.

Aún así, decir que Gorbachov es más entendido y menos tosco que Jrushchov o Brezhnev no es decir que no pueda haber hecho algo más que alejarse afablemente de la fe de su niñez. No es concluir que, aunque no insulta a todas las religiones como lo hacía Lenin, no pueda ahora compartir el mordaz ateísmo de Lenin. Tampoco es negar la posibilidad de que detrás de una fachada mucho más agradable, Gorbachov pueda demostrar ser tan

letal, a su modo, como lo fue Stalin. Una vez que habían terminado sus días de seminario, Stalin fue responsable, probablemente, por más actos de sacrilegio y de blasfemia que cualquier hombre en la historia.

Para Juan Pablo, hay tentaciones en sus análisis sobre Dios y Gorbachov. Porque el tema es tan importante en términos de lo que el Papa puede esperar del líder soviético durante los futuros acontecimientos críticos, la mayor tentación es ir de un extremo al otro.

Sería muy fácil hacer juicios afectuosos e ilusionados. Después de todo, el Papa sabe que la Madre Teresa sólo podía haber recibido la bienvenida que recibió en Moscú con el más completo acuerdo del Secretario General. Pero también sabe que, por haber recibido el Premio Nobel de la Paz, y por ser alguien ya aceptado en Cuba y en China comunista, la Madre Teresa se ha convertido en un símbolo internacionalmente aceptable de los sentimientos "humanitarios" del hombre por el hombre.

El Papa sabe que la madre de Gorbachov, María Panteleyevna, va a la iglesia tan fielmente como siempre, y hasta hoy, cada año hace preparar un pastel de cumpleaños para su hijo, y se encarga de que esté decorado con las dos letras que representan el grito de ánimo de los creyentes rusos: "iXB!" ¡Xristos *Boskres!* "¡Cristo ha resucitado!" Pero también sabe que la hija de Jrushchov, la esposa de Aleksei Adzhubei, le pidió al papa Juan XXIII que bendijera sus medallas religiosas, y recuerda la piedad cristiana de la doliente viuda de Leonid Brezhnev ante el féretro abierto de su esposo, en Moscú.

Siguiendo la teoría de que es mejor tomar una decisión mala, por precaución, que no tomar ninguna, ¿se sentirá tentado el Papa por el otro extremo, entonces? ¿Le aplicará a Gorbachov, por ejemplo, el retrato escrito que nos dejó Haing Ngor del líder leninista de Kampuchea, Pol Pot, quien libró a su país de cerca de dos millones de sus ciudadanos por los métodos más brutales y más crueles que se conocen? Aquellos que conocían a Pol Pot, escribió Haing Ngor, "veían a un hombre cuidadosamente acicalado, que hablaba suavemente y sonreía con frecuencia; tenía manos pequeñas, suaves, casi femeninas. Sobre todo, recordaban algo especial de su carácter: decían que era fácil confiar en él".

La verdad del asunto es que el propio Juan Pablo es demasiado práctico y tiene los ojos demasiado fríos como para dejarse llevar por Iz evidencia proporcionada por representantes. Y eso pasa, también, con los otros realistas en quienes él confía, en el Vaticano y en otras partes. Se exige a sí mismo un juicio calmado e independiente. Y, sobre todo, tiene presente el principio fundamental de la clásica operación KGB de "ojos fríos": si estás dispuesto a ser engañado, lo serás. Un momento clave en la evaluación de

Juan Pablo con respecto al cristianismo y creencias religiosas de Mijaf Gorbachov habrá llegado durante la cumbre vaticana del 1 de diciembre de 1989. Habrá sido muy discreto y evasivo acerca de su percepción de la religiosidad de Gorbachov. Habrá comentado que el presidente soviético, aparte de ser un instrumento obvio de la divina providencia y una señal específica de los tiempos, sigue "abierto a la gracia de Cristo".

Como tal, Gorbachov puede ser alguien que creyó alguna vez y que regresa, a tropezones, a su antigua fe, actuando mientras tanto como el personaje de Shakespeare y como Pol Pot de Kampuchea, alguien que "sonríe y sonríe y es un villano". Cualesquiera palabras que use Gorbachov y que estén humanamente bien intencionadas, aunque sea partidista y sólo cristiano en forma residual, irán de su boca al oído de Dios, y provocarán la divina gracia para los fines que Dios tiene en su mente, sea lo que sea Gorbachov.

Por el contrario, cualesquiera intenciones destructivas que el leninista Gorbachov abrigue en relación con el cristianismo y su canalla civilización de Occidente, serán frustradas por el Ángel Guardián cuyo nombre él todavía lleva y que siempre ve la faz de Dios.

Mientras tanto, sin embargo, Juan Pablo no puede permitirse simplemente esperar, hacerse a un lado en medio de la grandeza del aislamiento papal, en un vano esfuerzo por aguantar hasta el final la embestida dei gorbachovismo. Toda su política lo ha involucrado a él, a su papado, a su institución eclesiástica y a su pueblo católico romano en el juego final del milenio. En consecuencia, su política con respecto a Gorbachov debe ser sabia co+-no la de una serpiente, pero sencilla como la de una paloma. Hasta que la evidencia le diga otra cosa, tomará al Secretar;o General como el leninista que declara ser, y, como siempre ha sido su práctica, Juan Pablo no esperará de la mente leninista lo que él sabe que la mente leninista no puede dar.

22

"Nuevo Pensamiento"

Aunque hay muchos que no lo reconocerán fácilmente, un hecho de la vida internacional apenas disimulado es que, durante los últimos cuarenta y cinco años, la Unión Soviética ha sido el factor catalítico de más importancia en la vida de la comunidad de las naciones.

En el escenario mundial, el actor por excelencia no ha sido Estados Unidos. No ha sido ningún grupo globalista, religioso o no. Ni siquiera ha sido el más militante o el más estratégico entre los países en desarrollo o subdesarrollados. Y no ha sido la Iglesia católica romana del papa Juan Pablo.

Cuando Juan Pablo habla sobre su propia Iglesia en estos términos, no se está refiriendo meramente al éxito de las agencias soviéticas en desarrollar y popularizar la engañosa penetración gramsciana de la doctrina cris tiana con la Teología de la Liberación marxista -aunque ése es su mayor dolor de cabeza entre la gente de América Latina-. Tampoco está hablando acerca de la flaqueza de la ortodoxia doctrinal de los semanarios y órdenes religiosas en toda la Iglesia, ni acerca de los miles de obispos, sacerdotes, monjas y legos (incluyendo monasterios, conventos e iglesias ente•as) destruidos sistemáticamente por la URSS.

De lo que está hablando Juan Pablo -de lo que siempre habla Juan Pablo- es de política exterior. Está hablando acerca de la política exterior general que ha seguido la Santa Sede durante los últimos treinta años o más.

Comenzando con el reinado del papa Juan XXIII, de 1958 a 1963, y continuando a través del reinado de quince años del papa Paulo VI, el factor soviético ha sido de primordial importancia en decisiones políticas cruciales.

Hasta indujo a los predecesores de Juan Pablo a demorar la obediencia a los mandatos del Cielo en cuestiones de suprema importancia. Y aunque Juan Pablo jamás contradiría a sus predecesores, esas decisiones han vuelto mucho más complicado y espinoso su propio gobierno de la Iglesia.

Cualquier otro jefe de Estado, líder político o agente del poder, actualmente, si es franco, reconocería lo mismo en relación con sus propias decisiones sobre política exterior. La Unión Soviética ha sido el primer actor. Todos los demás han reaccionado.

En consecuencia, cuando Mijaf Gorbachov llegó a la plenitud del poder en la Unión Soviética en la primavera de 1985, todo el mundo fue su escenario. De ninguna manera estaba preparado a hacer ver que no se daba cuenta de ese hecho de la historia reciente... ni en el asunto del Acuerdo *Genera/* que firmó con el presidente Reagan en 1985, ni en ninguna otra cosa. Y así, a fines de 1988, habiendo dominado el proceso de la connivencia diplomática para su enorme beneficio -no sólo en términos de ayuda y confort recogidos del Occidente, sino sobre todo en términos de aceptación ideológica- Gorbachov estaba listo para hacer suyo ese escenario.

En mayo de 1988, en el año final de su presidencia, Ronald Reagan fue autorizado por el secretario general Gorbachov para dirigirse a los estudiantes y al profesorado de la Universidad Estatal de Moscú. Por lo tanto, el "Gran Comunicador" dio un paso adelante en Moscú para pronunciar "un mensaje de paz y buena voluntad, y esperanza por una creciente amistad y cercanía entre nuestros dos pueblos". La actitud del Presidente fue sonriente y confiada. Del contenido de su discurso estaba ausente cualquier reproche. No hizo alusiones veladas al "imperio del mal" que una vez vio en la Unión Soviética, y que seguramente sabía que todavía estaba vivo en ella.

En cambio, el presidente Reagan se explayó sobre la libertad de Estados Unidos y sus frutos, y sobre la posibilidad de "un nuevo mundo de reconciliación, amistad y paz". Una y otra vez, se refirió a las "muchas horas juntos" que habían pasado él y el secretario general Gorbachov. "Siento que nos estamos conociendo muy bien el uno al otro".

Lo que esos dos hombres se dijeron durante esas "muchas horas juntos", ha sido el tema de muchas especulaciones alrededor del mundo. Pero lo que parece seguro es que Gorbachov impresionó tan favorable mente a Reagan como para obtener de él lo que equivalía a una aprobación pública del programa del Secretario General para las futuras relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Esa aprobación fue un gran triunfo para Gorbachov en su impulso, constantemente en aumento, para cambiar fundamentalmente la política oficial de Estados Unidos hacia la Unión Soviética. De manera característica, sin embargo, el líder soviético no esperó a que nadie lo alcanzara. Utilizó su propio triunfo para dar un enorme salto hacia otro todavía mayor. Y lo hizo rápidamente.

El 7 de diciembre de 1988 -el Día de Pearl Harbor en el calendario de la historia norteamericana-, cuando el presidente Reagan se estaba preparando para entregarle la Casa Blanca al presidente electo George Bush, Mijaíl Gorbachov dio una zancada hacia adelante para hablar ante una sesión plenaria de la Asamblea General de las Naciones Unidas, en Nueva York.

En un discurso de una hora, pronunciado con vehemencia, y con la pasión escrita claramente en sus rasgos, el líder soviético presentó la primera formulación plena y clara del gorbachovismo: de su "nuevo pensamiento", para usar el concepto de su libro, Perestroika, que había sido publicado mundialmente no mucho antes. A medida que sus palabras vivas llenaban ese foro de naciones, no había ningún otro líder en poFición de desafiar su formulación, y, a juzgar por la reacción, en todo caso ninguno deseaba hacerlo.

Gorbachov preparó el escenario para su programa en lo que parecieron los términos Internacionalistas-Transnacionalistas más clásicos. "La economía mundial", observó, "se está transformando en una sola entidad fuera de la cual ningún Estado puede desarrollarse". Para él, como para sus contemporáneos, este mundo ahora estaba construido sobre un sistema de trípode, y por lo tanto: "Es virtualmente imposible, para cualquier sociedad, estar 'cerrada'". Al mismo tiempo, sin embargo, "han aparecido nudos en las principales líneas económicas de nuestro mundo: Norte-Sur, Este-Oeste, Sur-Sur, Este-Este". Norte-Norte, podría haber agregado, y Oeste-Oeste. Pero no lo hizo.

Como un geopolítico magistral, Gorbachov pidió una solución que consistía en la formación de estructuras geopolíticas seminales.

Nuestra situación, dijo, exige la "creación de un mecanismo totalmente nuevo para hacer progresar la economía mundial. . . una nueva estructura de la división internacional del trabajo. . . un nuevo tipo de progreso indus trial de acuerdo con los intereses de todos los pueblos y Estados... Un mayor progreso ahora es posible sólo a través de una búsqueda del consenso universal en el movimiento hacia un nuevo orden mundial". Con un golpe geopolítico tan audaz como su plataforma básica, Gorbachov se lanzó a los principios del mundo geopolítico que él ve como deseable.

Comenzando con, la idea leninista fundamental, que ahora ya no es inquietante para muchos oídos occidentales, de "el intelecto y la voluntad colectiva de la humanidad", el Secretario General propuso "la supremacía de la idea central, para toda la humanidad, sobre la multitud de tendencias centrífugas" tal como las encontramos hoy entre Este, Oeste, Norte y Sur. Sólo al permitir que "esta idea central domine, la sociedad de las naciones se desarrollará hacia el ideal: una comunidad mundial de Estados con sistemas políticos y políticas exteriores basados en la ley". Gorbachov no dejó dudas de que él estaba hablando sobre leyes internacionales obligatorias para todas las naciones.

Por supuesto, para dejar que "esta idea central domine", las naciones

deben cambiar su enfoque filosófico sobre la tarea de alcanzar la unidad mundial en medio de !a diversidad de las naciones. Porque en esta forma, también cambiarán sus relaciones políticas. Para realizar esta tarea, continuó el apasionado Gorbachov, las naciones deben confiar en "procesos mundiales objetivos".

Uno de esos procesos, propuso, sería apoyarse en el acuerdo de Helsinki de 1975, de manera que la integridad territorial soviética fuera aceptada como final y definitiva. Otro "proceso objetivo", dijo Gorbachov, sería apoyarse en la unidad natural de las dos Alemanias, permitiendo así que Alemania Occidental tomara una posición más neutral frente al resto de Europa.

En un tercer ejemplo, Gorbachov consideró las realidades gemelas de un mundo interdependiente y la necesidad para la integración de la paz mundial. Nos guste o no, dijo, ahora todos somos interdepend¡entes. Ninguno de nosotros puede tener paz si los demás no la tienen. La paz se ha convertido en indivisible. Por lo tanto, exhortó Gorbachov, comencemos un diálogo político mundial entre todas las naciones, porque, dentro de ese diálogo, puede avanzar el arduo proceso de negociación entre Este y Oeste.

Pasando al terreno geopolítico más amplio, Gorbachov adelantó la necesidad de una autoridad administrativa centra! para organizar y galvanizar todos estos procesos objetivos. Y declaró que entre todas las instituciones mundiales, sólo las propias Naciones Unidas eran "una organización capaz de acumular el intelecto y la voluntad colectivos de la humanidad".

Si las naciones consienten en cooperar de esa manera, entonces la "cocieatividad" o "codesarrollo" beneficiaría a todos. Si las naciones consienten, la cooperación puede incluir la exploración del espacio y la protección ambiental. Puede conducir a la conversión de la producción de armas a una economía de! desarme. Puede borrar las paralizantes deudas de las naciones de! Sur. A través de esa cooperación, se puede crear una patria para los palestinos. A través de tales medios, sin duda, pueden tratarse y resolverse, por fin, todos los apremiantes problemas globales que desgarran nuestra unidad como comunidad humana.

Claramente, Gorbachov no estaba hablando sobre la política entre las naciones, porque ésa no es sino nuestra actual condición. Estaba habiando sobre geopolítica genuina. E hizo una advertencia: "Sin la O. N. U., la política mundial es inconcebible". De todas las instituciones creadas hasta ahora, "la O. N. U. encarna, hasta cierto punto, los intereses de diferentes Estados. Es la única organización que puede canalizar sus esfuerzos --bilaterales, regionales y totales- en una misma dirección".

El geopolítico que hay en Mijaíl Gorbachov puede ser impresionante: pero jamás aplasta a su instinto político inmediato. ¿Significaba el programa del Secretario General que los capitalistas deben renunciar a su forma de vida, y los marxistas, renunciar a su marxismo? ¡En absoluto! Ninguno de nosotros "necesita abandonar sus convicciones, filosofía y tradiciones, ni cerrarnos" ante el nuevo orden.

¿Pretendía el Secretario General, como lo habían hecho todos sus antecesores, que los soviéticos son los únicos que tienen razón? ¡En absoluto! "No aspiramos a ser los portadores de la verdad final".

Entonces, ¿qué proponía el Secretario General que sucediera entre capitalistas y marxistas? "Transformemos nuestra rivalidad", ofreció con una sonrisa, "en una competencia sensata. . . ¡una competencia honesta entre ¡deólogos! De otro modo, nuestra rivalidad será suicida".

Y finalmente, el llamado último. ¿Por qué proponía el Secretario General a las naciones este panorarrra del "r.uevo pensamiento"? Porque, explicó con detpnirniento, "el mundo está en un punto critico de su desarrollo. . . Está emergiendo un nuevo mundo". Hoy, "las relaciones internacionales deben humanizarse... el mundo debe convertirse en un lugar más seguro. más conducente a la vida normal". Las relaciones internacionales sólo pueden ser humanizadas si "el hombre, sus preocupaciones, derechos y libertades, son colocados en el centro de las cosas.. . La idea de democratizar al mundo entero se ha convertido en una poderosa oleada y en una fuerza política.. . y tengo un sentimiento de responsabilidad hacía mi propio pueblo y hacia la comunidad internacional".

Cuando Gorbachov había dicho todo lo que había venido a decir y había tomado asiento, los delegados que se habían amontonado en las filas de asientos de la sala de la O. N. U. para escucharlo, estallaron en un fuerte y desacostumbrado aplauso. Ésta no era la ovación ritual debida a cualquier Jefe Je Estado que decide hablar en las Naciones Unidas. Era mucho más que eso. Era un tributo personal a Mijaíl Gorbachov. Era una entusiasta aceptación de sus palabras. Era una aprobación internacional de su persona como vehículo de sus propias esperanzas acariciadas y universalmente compartidas.

En una sola hora, Gorbachov se había librado a sí mismo, y también a su Estado-Partido, de todos los espectros de los pasados líderes sovifiticos -Stalin, Vyshinsky, Molotov, Gromyko, Brezhnev, Jrushchov- cuyos recuerdos cubrieron durante tanto tiempo !os salones de la O. N. U. con e! manto de la desconfianza. En una sola hora, había disipado todos esos funestos recuerdos como otras tantas gastadas supersticiones. En una sola hora, se había convertido en la personificación de una esperanza l' de una advertencia... una esperanza de que ¡a tristeza pudiera al fin ser remplazada por la alegría humana; una advertencia de que la única alternativa a la esperanza que él les ofrecía a todos era e! implacable fratricidio de Caín.

Finalmente, en una sola `lora en ese estrado, Gorbachov había hecho a un lado a todos sus pares en las naciones y centros de poder riel Occidente, para reclamar el lugar central de la atención y de la aprobación internacional. Tan prolongado fue el tributo a él mismo, a su logro y a su llamado a la acción, ¡que Gorbachov sa puso de pie e hizo una reverencia!

Si las dificultades que ya acosaban a Gorbachov en su país provocaban preocupación (o, en algunos círculos, una momentánea esperanza) de que el líder soviético pudiera no estar a la altura del papel del primer actor en os asuntos internacionales, él mismo parecía no tener tales pensamientos mientras aumentaba magistralmente la presión sobre el nuevo presidente norteamericano, George Bush, para que reaccionara a sus propuestas. Con un tratamiento que era una combinación de la zar;n,~roria y el garrote, y a través de una complicada serie de movidas internacionales cuidadosamente ideadas, Gorbachov elevó el nivel de tensión y de expectativa en Estados Unidos, en Europa y Japón.

En los primeros meses de 1989, mientras los líderes occidentales discutían los planes detrás del escenario, Gorbachov hizo anuncios de sus propios planes para llevar adelante su campaña en visitas a Alemania Occidental y a Francia, en junio y julio. Las reacciones en esos dos países y en todas partes, penetradas como estaban de expectativa, aumentaron aún más la presión sobre el presidente Bush. "Parecemos un puñado de frijoles", dijo el representante de Wisconsin, Les Aspin, jefe del Comité de Servicios Armados de la Cámara, "y Gorbachov parece un tipo que quiere una relación diferente en Europa".

Antes de que Bush hubiera recobrado el aliento como presidente, el Secretario General soviético había creado para él la clásica situación aguanta-o-calla, de la que no hay escape. En la mente de nadie se planteaba la pregunta de quién era el actor en el escenario mundial, y quién era el que reaccionaba. Gary Orren, profesor de política pública en Harvard, dijo: "Lo que ahora tenemos no es una crisis percibida, sino una oportunidad percibida sin ningún plazo evidente. En lugar de un mal tipo, tenemos a Gorbachov".

Dada esa oportunidad, tan largamente esperada, ¿qué planeaba hacer la administración Bush? ¿Qué estaba pensando la administración? ¿Tenía alguna respuesta la nueva administración? ¿Algún liderazgo que ofrecer? Un editorial norteamericano reprendía específicamente al propio presidente, cuyas "excusas para ir tan despacio ahora probablemente... agudicen el contraste entre un liderazgo dinámico, vivaz, y una administración norteamericana atascada en su propia cautela". En ciertos círculos del Vaticano, era claro que la administración norteamericana estaba menos atascada por su cautela que por complicadas discusiones con aliados, y por profundas consultas dentro de las continuas tradiciones de los "Sabios" de Occidente.

Luego, en una serie de cuatro discursos -en Hamtrarrmck, Michigan, el 1 de abril; en College Station, Texas, el 12 de mayo; en la Universidad de Boston, el 21 de mayo, y en New London, Connectitut, el 26 de mayo- el presidente Bush grabó la posición clara de Estados Unidos y de Occidente. Sin duda fue música para los oídos de Gorbachov.

»Es hora de ir más allá de la contención", declaró el presidente norteamericano. Y en esa frase, la política Kennan -la doctrina básica que habla guiado la reacción de las naciones occidentales ante la Unión Soviética durante sesenta años, la política fundamental que Gorbachov necesitaba eliminar y remplazar para que la *perestroika* funcionara-, fue consignada al archivo muerto.

Ahora hay una "nueva política", prosiguió Bush, "una que reconoce todo el alcance del cambio que está ocurriendo alrededor del mundo y en la propia Unión Soviética... Buscamos la integración de la Unión Soviética en la comunidad de naciones. . . Finalmente, nuestro objetivo es recibir a la Unión Soviética de regreso en el orden mundial". No había traición al pensamiento de los Sabios en ese objetivo. Ellos siempre habían tenido la visión de un "nuevo orden mundial".

El Presidente puso condiciones para darle la bienvenida a la Unión Soviética en ese orden mundial. Equivalía a vetar, punto por punto, ciertas acciones soviéticas. Las diabluras soviéticas en Cuba y Nicaragua debían terminar. El robo soviético de la tecnología occidental debía terminar. El uso soviético del tráfico internacional de drogas para debilitar a las poblaciones de Occidente debía terminar. Las restricciones soviéticas al libre intercambio de libros e ideas, y al movimiento de los pueblos, entre Este y Oeste, debían terminar. La supresión soviética de los derechos humanos debía terminar. El mantenimiento soviético de fuerzas amadas, obviamente preparadas para atacar e innecesarias para la defensa, debía terminar.

"Una nueva brisa está soplando sobre las estepas y las ciudades de la Unión Soviética", dijo Bush, reaccionando a la esperanza popular que Gorbachov había creado por su presencia misma sobre el escenario de los titanes.

"¿Por qué no, entonces, dejar que crezca este espíritu de apertura, dejar que caigan más barreras?... Quizá el orden mundial del futuro realmente será una familia de naciones".

El cuadro de esa "familia de naciones" pintado por el presidente Bush, y el retrato que hizo del "nuevo orden mundial", era el modelo de la visión del futuro Internacionalista-Transnacionalista. Ahora vemos ante nosotros, declaró el Presidente, "una creciente comunidad de democracias garantizando la paz internacional, y la estabilidad y un dinámico sistema de mercado libre generando prosperidad y progreso a escala global".

Luego abrazó el objetivo moral más alto posible para la razón humana sin la ayuda de la gracia de un Dios trascendente. La era de un nuevo orden mundial, declaró, tiene "un cimiento económico: el éxito demostrado del M,:rcado libre; y, alimentando ese cimiento, están los valores arraigados en la libertad y la democracia".

En esas palabras resonaba la santificada voz de John McCloy. Y también las voces de Elihu Root y Henry Stimson y los demás gigantes que tanto lo habían inspirado, las voces de todos los Sabios cuya meta, todavía dominante, era la meta histórica de un nuevo orden mundial regulado por el progreso económico bajo cielos humanos. Un nuevo orden mundial alcan-

zado sir la intervención de un Cielo que esté más aliá de los cielos visibles. Un nuevo orden mundial alcanzando dentro del señorío del hombre, y sin el Señorío del Hijo del Hombre. El presidente Bush había llegado tan lejos como había podido y todavía permanecía dentro de los lineamientos mentales y morales de los Sabios.

Una vez más -en el análisis vaticano, por lo menos- el único cambio fundamental había sido en favor de Gorbachov. Los procesos originales dp. Occidente, basados en la política Kennan, habían sido ideados como una reacción. Bush le había anunciado al mundo un cambio de dirección, un cambio de velocidad por el que el Occidente estaba agradecido. Aún así, Occidente satisfaría y compensaría, pero no liquidaría, la meta fundamental del proceso leninista. Ausente la básica doctrina Kennan de la contención, sin embargo, en algunas mentes la pregunta era: ¿Qué política central la remplazaría, y de quién sería la política?

Y así se había realizado la primera y más difícil fase del plan geopolítico de Mijaf Gorbachov. En relación con él, la contención había terminado como política norteamericana y occidental básica. Y quedaba abierto el camino para que el líder, que ya se había asegurado la mayor ventaja, pusiera en su lugar un elemento clave en el nuevo juego final geopolítico. Los adversarios del proceso leninista habían caído en una posición perfecta.

¿Qué mejor momento, entonces, para que Gorbachov hiciera el seguimiento de su ventaja, ahora impresionante? ¿Qué mejor momento que éste para comenzar las primeras demostraciones clínicas de los "procesos mundiales objetivos" que habían puesto a las naciones de pie, admiradas, en las Naciones Unidas? ¿Qué mejor momento para hacer algo más que saltar de un triunfo a otro mayor? ¿Qué mejor momento para efectuar una carrera completa y abierta hacia una meta geopolítica fundamental?

El verano estaba cerca. Y si una "nueva brisa" estaba "soplando sobre las estepas y las ciudades de la Unión Soviética", como había dicho Bush, de la misma manera estaban también soplando los vientos del gorbachovismo a través del Occidente.

La recepción que le dio Alemania Occidental a Gorbachov durante la visita que hizo en junio, y que él había anunciado con oportunidad de político después de su discurso en la O. N. U., fue deslumbrante. Las multitudes eran deslumbrantes. Las enormes ventas de monedas y sellos de Gorbachov fueron deslumbrantes. Los aretes con la Estrella Roja y la ropa rojo brillante que las personas vestían err su honor, fueron deslumbrantes. El deleite de Gorbachov al sumergirse entre las multitudes para firmar autógrafos, estrechar manos, ser tocado por los que le deseaban suerte. . . todo ello era deslumbrante. Un estudiante comentó: "Podría ser norteamericano, y por lo menos estar asesorado por los norteamericanos, en la forma en que hace las relaciones públicas".

Gorbachov no necesitaba asesoría de los norteamericanos, sin embargo. Y él estaba persiguiendo algo que era mucho más que el brillo.

En sus visitas a Bonn, Stuttgart, Dortmund y otras ciudades, quedó en claro que perseguía una nueva unión. Y no eran sólo palabras. En la O. N. U., había hablado de que Alemania Occidental tomara una posición más neutral frente al resto de Europa. Ahora, en suelo germano, dio vida a esa propuesta

Una nueva etapa del poder económico soviético-alemán occidental, sugirió, estimulado por los vastos recursos de la Unión Soviética, crearía un coloso que, con el tiempo, podría dominar a Europa. En resumen, Gorbachov -ni por un momento ciego a la historia, y siempre un geopolítico hasta la médula de sus huesos- perseguía la Europa de los sueños de Lenin. Por supuesto, no expresó ese sueño con los términos de Lenin. "Nuestra casa común europea", fue como lo dijo. Pero en esa frase atrayente, no estaba hablando sobre la Europa de los "europeizadores" cuyo objetivo es una nueva unidad en 1992.

Más bien, les estaba ofreciendo a los alemanes occidentales la posibilidad de que ellos -ahora, un gigante económico, pero todavía un enano político- pudieran alcanzar un nuevo *status* en sociedad con la Unión Soviética de él. `Esto exige un nuevo pensamiento político", fue el iema de Gorbachov ante los mejores alemanes, mientras él y el Canciller germano occidental, Helmut Kohl, firmaban una Declaración Conjunta y otros once acuerdos. "Cortejado por ambas potencias mundiales, el enano político, Alemania Occidental, está despertando y creciendo hasta su tamaño normal como el poder central de Europa", respondió el periódico liberal *Süddeuslsche Zeitung* en un editorial.

Al ser preguntado sobre el Muro de Berlín, Gorbachov llevó esa pregunta cargada de emoción todavía más lejos de lo que cualquiera hubiera esperado. En la O. N. U., había hablado de una confianza en la natural unidad de las Alemanias. Ahora, en suelo alemán, Gorbachov levantó una punta del telón que todavía cubría los sorprendantes "procesos objetivos" que tenía reservados tanto para el Este como para el Oeste. "Nada es eterno. . .", dijo. "No creo que el Muro de Berlín sea la única barrera entre el Este y el Oeste... Las condiciones en el continente algún día podrán volver obsoletas a todas las obstrucciones en las fronteras". Entre sus oyentes, nadie, y sin duda, nadie en el Occidente, podría haberse atrevido a pensarlo en ese momento: en dieciocho meses, el Muro habría desaparecido, y las dos Alemanias estarían discutiendo la unificación.

Gorbachov había programado su visita a Francia, en julio, para que precediera por cuestión de días la reunión de 1989 del "Grupo de los Siete", Programada para que tuviera lugar en París ese año; las decisiones y acciones del grupo son fundamentales para la federación de la Comunidad

Europea. Durante esa visita, emergieron algunos detalles más de la visión que tenía el Secretario General de la "casa común europea" que él imaginaba. No era la visión del Grupo de los Siete.

Esa casa común, dijo Gorbachov, se extiende desde los montes Urales, en Rusia, hasta el Atlántico. Todavía más impresionante fue lo que agregó a esos contornos: "La URSS y Estados Unidos constituyen una parte natural de la estructura política internacional europea. Y su participación en su evolución no sólo está justificada, sino que también está históricamente determinada". De hecho, Gorbachov protestó amargamente contra aquellos a "quienes les gustaría colocar a la URSS fuera de Europa".

Con la misma fuerza, condenó a todos a quienes les gustaría crear una Europa desde el Atlántico hasta los Urales, aboliendo los gobiernos socialistas en los satélites soviéticos. En Alemania, ya había dicho que la URSS estaba procurando crear un "sistema de mercado socialista". Ahora, en Francia, advirtió al mundo que no esperara que el Este "regresara al regazo capitalista... éste es un pensamiento irreal y hasta peligroso". Entendido eso, sin embargo, también señaló que no le preocupaba la idea de un sistema multipartidista.

Cuando Gorbachov regresó a Moscú, de ninguna manera abandonó el campo al Grupo de los Siete. En realidad, fue en medio de su cumbre de París que él hizo su jugada más directa y audaz. Interfirió en las deliberaciones del Grupo de los Siete (decir que dominó esas deliberaciones no sería una gran exageración) por medio de la táctica inaudita de enviarles una carta.

Fechada el 14 de julio -el Día de la Bastilla en el calendario de la historia de Francia-, la carta de Gorbachov estaba dirigida al presidente francés Mitterrand, como jefe de la nación anfitriona de la reunión del Grupo de los Siete, pero fue leída a todos los jefes de Estado visitantes, el presidente Bush entre ellos. Y en términos de sus implicaciones de largo alcance, así como en términos de robarse los titulares de la prensa, fue una bomba tan grande como había sido su discurso de diciembre en Nueva York.

Las propuestas que había en esa carta de Gorbachov estaban hábilmente calculadas y giraban sobre su visión geopolítica. La Unión Soviética, decía en esencia, tiene la intención de sumarse a los esfuerzos de Occidente en la mutua cooperación económica. "La formación de una economía mundial cohesiva implica que su integración económica multilateral esté colocada en un nivel cualitativamente nuevo".

¿Qué nuevo nivel? Nada menos que una asociación directa de la Unión Soviética con el Grupo de los Siete y con la Europa que ellos planeaban para 1992 y después.

"La cooperación multilateral Este-Oeste en problemas económicos globales está muy por detrás del desarrollo de los lazos bilaterales", declaraba Gorbachov. "Este estado de cosas no parece justificado, tomando en cuenta el peso que tienen nuestros países en la economía mundial". Una cosa era

hacer una unión europea de doce naciones. Pero, ¿no tendría más sentido una unión entre la URSS y sus Estados clientes de Europa Oriental, por un lado, y las doce naciones europeas occidentales, por el otro? ¿Más sentido económico? ¿Más sentido en términos de beneficios financieros?

Habiendo abierto con su audaz y arrebatadora plataforma geopolítica, como lo había hecho en las Naciones Unidas, Gorbachov seguía en su carta haciendo propuestas que, si se las pusiera en práctica, alterarían radicalmente el rumbo planeado de la unión europea. Proponía comenzar con "reuniones de expertos de gobierno" para desarrollar un "lenguaje económico común" y para intercambiar información sobre áreas que incluían el desarrollo económico y líneas de crédito y ayuda al Tercer Mundo.

La meta de Gorbachov era clara. "El mundo sólo puede ganar con la apertura de un mercado tan grande como el de la Unión Soviética". Y dejó en claro su intención en lo que se puede describir como un juramento diplomático: "Nuestra *perestroika* es inseparable de una política dirigida a nuestra plena participación en la economía mundial. . . dentro de nuestra casa común europea".

La conmoción del Grupo de los Siete al recibir el sorprendente desafío de Gorbachov fue tan palpable como para que se sintiera en público. El presidente Mitterrand trató de dejarlo de lado con un ademán galo. Podemos sentarnos y conversar en la sala de "nuestra casa común europea", bromeó, quizá hasta podemos ir en tropel a la cocina y "tomar juntos un bocadillo". Pero esperemos "antes de retirarnos a la recámara principal". El presidente Bush fue un poco más conservador al usar una imagen similar. Podían, por supuesto, "caminar de un cuarto a otro", y ese tipo de cosas, Pero ahora "cualquier otra cosa" sería prematura.

Podrían haberse ahorrado la saliva. Gorbachov no perseguía un interludio indecente ni un paseo por la casa. Ni siquiera serviría un matrimonio por la fuerza. Él quería todo. Y, para algunos, el momento que escogió sólo ponía otra vez de relieve su percepción, rápida como el rayo, de cómo hacer mejor el seguimiento para su propia ventaja.

El papa Juan Pablo, por su parte, interpretó el razonamiento y la acción de Gorbachov como un ejercicio de libro de texto de geopolítica. Gorbachov había dado una profunda embestida en el corazón del programa Internacionalista-Transnacionalista. Había dado la embestida en los propios términos de ellos y más o menos en su propio lenguaje del trípode del comercio, las finanzas y la seguridad militar. Y finalmente, para hacerlo había usado una espada de doble filo.

Por una parte, la *perestroika* de Gorbachov era la única solución para sus propios problemas soviéticos internos. Por otra parte, el Grupo de los Siete no podía permitirse una vuelta al status que pre-Gorbachov entre el Este y el Oeste. Pero si la *perestroika* fracasaba, ésa sería la única alternativa.

"Las viejas barreras artificiales entre los diferentes sistemas económicos se están liquidando", había dicho Gorbachov. Por lo tanto, el sistema económico

de! Este no podía quedarse abandonado. Ya no era posible volver a caer en la doctrina Kennan. Y, por lo tanto, otra política fundamental de Occidente -la largamente planeada Comunidad Económica Europea- se había vuelto vulnerable a un cambio fundamental según la decisión y programación de Gorbachov. Éste se había convertido en el agente activo en la vida internacional. Otras naciones asumieron el papel de reactores. Pero la iniciativa estaba en manos de él.

En la perspectiva geopolítica de Gorbacho,, el momento era el correcto para dar su paso más audaz de todos. "Es virtualmente imposible para cualquier sociedad estar 'cerrada'", había dicho en las Naciones Unidas, Había eliminado la doctrina de la contención. En Alemania había aludido a la creación de nuevas condiciones que harían que las actuales "obstrucciones en las fronteras (fuesen) obsoletas". Había lanzado un desafío de ofrecer-o-callar al Grupo de los Siete.

Seguro en su propia posición dentro de la estructura del Partido-Estado -que comprendía todavía el Secretario General, la KGB y el Ejército Rojo-, y habiendo asegurado por lo menos hasta cierto punto la asociación del Occidente, también, Gorbachov se lanzaba con todo ímpetu al reacomodo de las naciones satélites del Este, necesario para que se adaptaran al reordenamiento de los asuntos humanos para el que él se estaba preparando.

Durante todos sus desafíos a las naciones occidentales, de hecho, había estado tomando acciones paralelas que volvían sorprendentemente claro el hecho de que él ya estaba siguiendo el camino de sus propios desafíos. En la Unión Soviética y en la totalidad de los satélites orientales, los acontecimientos que ponían muy nerviosos, sin duda, a los observadores, confirmaban que éste era un líder soviético que quería decir lo que estaba diciendo, aunque se tomara el tiempo que le placiera para seguir adelante con acciones que iban de acuerdo con sus palabras.

Juan Pablo se dio cuenta en 1988, que geopolíticamente no tenía sentido -y sabía que su colega geopolítico Mijaíl Gorbachov se habría dado cuenta de lo mismo- que el presidente soviético hubiera arremetido tan decididamente para incluir a la URSS en "una Europa desde el Atlántico hasta los Urales", y al mismo tiempo supusiera que iba a dejar el imperio soviético tal como estaba ur, Archipiélago Gulag con muchos Gulags atados a él. Esa propuesta meramente evocaría todo el "viejo pensamiento" del Este versus el Oeste. No habría `nuevo pensamiento". Las dos estructuras adversarias seguirían de pie. No sería posible ninguna estructura común que alojara al Este y al Oeste, y, al final, la perestroika (reconstrucción) de Gorbachov evolucionaría hacia una perestroika (guerra a tiros).

El libreto que debía seguirse en las maniobras diplomáticas venideras de Gorbachov para 1989, tenía que ser elaborado por él de tal manera que provocara el "nuevo pensamiento" en Occidente, pero sin poner en peligro su propia posición de poder en la URSS. En este juego a dos puntas, Juan Pablo podía ver que su propia Polonia y los demás satélites muy bien podían convertirse en peones impotentes, pero con un papel fundamental que desempeñar en las maniobras diplomáticas futuras.

Ya a comienzos de 1989, cuando se hizo evidente que Gorbachov vendría a Italia en una visita de Estado en diciembre, surgió naturalmente la pregunta: ¿por qué no habrían de reunirse e! Papa y el presidente soviético? Un colaborador del Vaticano respondió suavemente a la inquisición de un reportero: "Eso se presta a una interesante especulación". Pero si el Papa iba a admitir que el representante soviético entrara a su Vaticano y se sentara con él, no debía ser visto, ni resultar meramente, como uno más de esos encuentros "me-dio-gusto-verlo-porque-no-me-arrancó-la-mano-de-un-mordisco", como Harry Hopkins describió una vez su primera reunión con Joseph Stalin.

El Vaticano ya había tenido numerosos encuentros de ese tipo con los soviéticos. Comenzando con el saludo de cumpleaños de Nikita Jrushchov al papa Juan XXIII, el 25 de noviembre de 1961, hubo una serie de "contactos" Vaticano-Kremlin: la visita del yerno de Jrushchov, Aleksei Adzhubei, editor del Izvestia de Moscú, en 1962; los breves encuentros del papa Paulo VI con los soviéticos en las Naciones Unidas en 1965; su recepción del presidente soviético Nikolai V. Podgorny en 1967, y sus breves contactos incidentales en el Vaticano, en cuatro ocasiones, con otros bravucones soviéticos y comunistas de los satélites de Europa Oriental. Juan Pablo se reunió dos veces con el ministro soviético de relaciones exteriores Andrei Gromyko (24 de enero de 1979 y 27 de febrero de 1985) para mantener conversaciones sustanciales. Pero en 1984, cuando el Papa deseaba visitar Lituania, se le negó el permiso. ¡Basta de tales encuentros! Juan Pablo no los necesitaba más. No volvería a estar en el extremo del garrote en el que se pide permiso.

En consecuencia, en 1988, cuando el ya entusiasta Mijaíl Gorbachov invitó al papa Wojtyla a que fuera "con todos los demás líderes religiosos" a la "Celebración de Moscú" de 1988, Juan Pablo se negó, enviando en cambio a siete cardenales (encabezados por el Secretario de Estado Agostino Cardenal Casaroli, llevando una carta que expresaba las quejas del Papa). Casaroli tuvo una entrevista de noventa minutos con Gorbachov, y otra conversación con el ministro de relaciones exteriores Shevardnadze, durante las cuales dejó que los dos hombres sintieran el acero debajo del suave guante de la romanitá. Habían comenzado las maniobras.

Gorbachov deseaba una cumbre, muy publicitada, con el Santo Padre. Ahora se daba cuenta de quién era este hombre y lo que representaba. No era un mero prelado como el servil Patriarca de Moscú o sus colegas, los

prelados ortodoxos, quienes habían marchado de acuerdo con el atroz trato que los predecesores de Gorbachov le habían otorgado a la religión. Él era una figura internacional, un potentado con una aplastante influencia moral. Y era un polaco de polacos. Si alguien podía facilitarle el camino a Gorbachov con los católicos de Lituania y Ucrania (ambos, lugares potenciales de dificultades para Gorbachov), era el papa Wojtyla. Además, este Pontífice era un miembro con la tarjeta del *stablishment* occidental. Una cumbre con él era imprescindible para las credenciales de Gorbachov como el candidato más nuevo -aunque inesperado- a ingresar a ese club.

Así que comenzaron las maniobras para llegar a posiciones deseables y mutuamente aceptables, acompañadas por las señales acostumbradas. Juan Pablo comenzó a "hablarle" a Gorbachov, mientras hablaba en la realidad con terceros... polacos, checos, lituanos, ucranianos. En febrero de 1989, los soviéticos devolvieron a los católicos la catedral de Vilna, capital de Lituania, y la jerarquía fue aumentada. El mismo mes, Juan Pablo dio su señal de aprobación para que los obispos polacos participaran en un comité conjunto con delegados del gobierno comunista para bosquejar una nueva relación entre la Iglesia y el Estado en Polonia. En junio, el Vaticano y Varsovia habían acordado establecer relaciones diplomáticas; Jerzy Kuberski, de cincuenta y nueve años, miembro del Comité Central del PCP, se convirtió en el embajador de Polonia ante Juan Pablo, y el arzobispo de cincuenta y un años, Jozef Kowalczyk, en el representante de Juan Pablo en Varsovia. Juan Pablo dijo, echando una mirada hacia el Este: "Lo he hecho [contribuir a las reformas en Polonia] como parte de mi misión universal, y así debe ser visto... Está integrado a mi misión tal como está integrado a la evolución histórica del mundo". Éste era un mensaje, en lenguaje diplomático, destinado al atento Gorbachov, y le decía: "Lo que hoy hago en mi patio trasero papal de Polonia, tiene significado solamente en vuestro contexto total".

Terceras partes que hacían de intermediarios sondearon la probabilidad/posibilidad de una cumbre Wojtyla-Gorbachov en diciembre. La reacción del Vaticano fue una respuesta "Sí-por-supuesto-pero". En julio, Gorbachov (atento a las quejas del Papa) envió otra señal: permitió que Juan Pablo designara a un obispo católico en Bielorrusia; el primer nombramiento de ese tipo en sesenta y tres años. En el acto Juan Pablo dio instrucciones a su "ministro de relaciones exteriores", arzobispo Angelo Sodano, para que iniciara negociaciones sobre una posible reunión con el presidente soviético durante su planeada visita de Estado a Italia.

Mientras tanto, semanas después de su discurso de diciembre de 1988 en las Naciones Unidas, y durante toda esa primavera y comienzos del verano de 1989, los titulares de todo el mundo comenzaron a tomar un tono asombrado y jadeante en su esfuerzo por seguirle el ritmo al gorbachovismo interno. Una simple muestra de las noticias de los titulares, cuando se

la vuelve a leer hoy, todavía provoca maravilla ante la habilidad de la conducción y de la escenificación de los acontecimientos, todavía más notables porque Gorbachov estaba tratando con las fuerzas volátiles de la pasión popular y de los sentimientos nacionalistas. El repertorio de sucesos tranquilizadores que tenía Gorbachov para los observadores nerviosos no tenía fondo.

[Marzo] El Partido Comunista de Leningrado Queda Hecho Jirones [después de las elecciones de marzo]... Gorbachov Aclama el Poder del Pueblo. . . Los Soviéticos Aceptan Discutir Terrorismo, Drogas y Problemas Ambientales. . . Jefe de la KGB Vladimir A. Kryuchov Se Reúne con Jack F. Matlock, Embajador de Estados Unidos en Moscú... Gorbachov Condena la Colectivización Agrícola de Stalin, Propone Devolver Granjas a las Familias... Gorbachov Sanciona Nuevas Leyes Propuestas sobre Religión, Educación Religiosa, Servicios Religiosos, Libre Publicación de Libros Religiosos y Actividad de la Iglesia en Obras de Caridad... Elecciones Soviéticas Libres... Insurgentes Soviéticos Se Bañan en el Resplandor de la Victoria...

[Abril] El Kremlin Propone una Purga Arrasadora de Miembros Corruptos de su Máximo Liderazgo. . . El Partido Comunista Soviético No Necesita Dominar en las Naciones Satélites de Europa Oriental... El Cambio es Urgente, Insiste Gorbachov. . . Estados Unidos y Moscú Intercambiarán Expertos Diplomáticos... Los Soviéticos, Después de 33 Años, Publican Discurso de Jrushchov Contra Stalin... Repican las Campanas al Devolver los Soviéticos las Iglesias a los Fieles... Funcionario Comunista Húngaro Dice Es Prioritario Institucionalizar Pluralismo Político. . . Moscú Importa Bienes de Consumo para Calmar al Público... Advenedizos Políticos Soviéticos Forman una Coalición... Gorbachov Planea Dejar de Producir Uranio para Armas... Periódicos Soviéticos Anuncian Hallazgo de los Restos del Zar Asesinado y de su Familia. . .

[Mayo] Veinte Expertos de Washington Dicen "Gorbachov es Auténtico"... Norteamericanos y Rusos Trabajan Juntos Tranquilamente en Exploración Espacial. . . KGB Busca Imagen Amistosa, Más Alegre... Encuesta Descubre que el Gobierno de Gorbachov Tranquiliza las Mentes Norteamericanas Acerca de los Soviéticos... Los Soviéticos Imprimen Informe que Dice que Stalin Acordó con Hitler Partir Polonia... La Legislatura Lituana Declaró que la República Quiere la Independencia...

[Junio] Jefe de la KGB Dice Nueva Legislatura Soviética Debe Vigilar a la KGB... Ex Jefe de la KGB Vladimir Semichastny Dice Ex Secretario General Yuri Andropov Ejecutó Purgas [asesinatos] de Stalin y Pasó por Alto la Corrupción. . . "La historia sangrienta del edificio principal [cuar-

te¡ general de la KGB] de la Calle Dzherzhinsky [en Moscú] es demasiado ¡mperdonable. Éste es el lugar desde el que salían las órdenes para destruir y perseguir a millones. Este servicio [la KGB] sembró dolor, gritos de agonía, tortura y miseria en toda su tierra natal" [Yuri Vlasov hablando en el Nuevo Congreso Soviético]... Preguntas Directas al Jefe de la KGB ante la Legislatura Soviética; Oye Denuncias... La Huelga de los Mineros Siberianos se Extiende Mientras las Autoridades Hacen Concesiones... Hungría Desmantela Toda la Cortina de 240 Kilómetros de Alambre de Púas que la Separa de Austria. . .

Los titulares sobre Polonia eran "completamente increíbles", comentó el *FrankfurterZeitung*. Para aquellos con recuerdos, fueron:

(Abril] Solidaridad Recibe Pleno *StatUS* Legal... El Parlamento Polaco Acepta Conversaciones Con Solidaridad. . . "Polonia Se Ha Unido a Europa", Dice Lecn Walesa. ..

[Mayo] Polonia Comunista Reconoce Pacto Soviético-Nazi Sobre su Destino. . . "Ahora Polonia tiene una nueva posibilidad de transformación en la vida social, política, económica y moral de la sociedad entera" [Juan Pablo 11]...

[Junio] *Gazeta,* Primer Periódico Publicado Independientemente en el Bloque Soviético... Aplastante Victoria de Solidaridad [en las elecciones nacionales]... Los Comunistas Piden Coalición con Solidaridad. .. Varsovia Acepta Victoria de Solidaridad [en las elecciones] y Humillantes Pérdidas del Partido... Funcionario Comunista Polaco Admite las Masacres de Oficiales Polacos por órdenes Directas de Stalin [4,254 en Katyn, 3,841 en Degachi, 6,376 en Bolugaye] en Junio de 1940... Solidaridad Busca US 10,000 Millones en Ayuda para Polonia... Solidaridad Ha Aceptado Responsabilidad por el País. . . Francia Dará Nuevo Préstamo Bancario a Polonia [US $ 1,150 millones para la reconstrucción, 110 millones en otros préstamos]... "Solidaridad no necesita gobernar, sólo ejercer el control y ampliar la democracia" [Lech Walesa].. . Walesa Respaldará a Cualquier Presidente Comunista...

Todos estos acontecimientos rápidos como ráfaga de fuego, además de provocar admiración, satisficieron una cierta hambre en Occidente, donde gobiernos, comentaristas y el público en general deseaban. ver cambios en el imperio soviético, cambios que les dieran la tranquilidad de que la tensión Este-Oeste verdaderamente había desaparecido. Pero todo lo que había sucedido hasta ese momento en 1989 resultó ser un mero preludio para el vino embriagante que el presidente soviético estaba por ofrecer a sus esperanzados cohabitantes de la Casa del Nuevo Orden en "una Europa desde el Atlántico hasta los Urales". Juan Pablo ya podía escribir el librero

geopolítico para el menú venidero de Gorbachov durante los restantes rneses de 1989 y la década de los 90.

Comenzando en agosto y terminando en diciembre, las seis naciones satélites están convulsionadas por el cambio. El 19 de agosto, el hombre fuerte Wojciech Jaruzelski designa a un funcionario superior de Solidaridad, Tadeusz Mazowiecki, como el primer Primer Ministro no-comunista de Polonia desde 1948. El 10 de septiembre, Hungría abre sus fronteras con Austria para permitirles el acceso a Alemania Occidental a hordas de alemanes orientales (casi 200,000 cruzaron hasta comienzos de noviembre). *El* 17 de octubre, el Partido Comunista Húngaro se desbanda y abandona el nombre de comunista para autodescribirse. János Kádár, viejo estalinista, había abandonado el liderazgo el 22 de mayo. *El* 17 de octubre, el nuevo parlamento húngaro reescribe la Constitución, permitiendo un sistema multipartidista y elecciones libres.

Ese agosto, también, los contactos y las señales Wojtyla-Gorbachov se multiplicaron. El 24 de agosto, Yuri E. Karlov, representante personal del ministro de relaciones exteriores soviético Eduard Shevardnadze, llevó en sus manos un mensaje de Gorbachov, declarando su "preparación para un desarrollo mayor" de las relaciones Vaticano-Kremlin. También mencionaba lemas drásticos" -el medio ambiente, la guerra nuclear, el hambre mundial- que necesitaban ser ventilados entre los dos líderes. Juan Pablo respondió que iba a enviar a Moscú al arzobispo Sodano para las discusiones.

Al día siguiente, tres metropolitanos ortodoxos rusos llegaron a Castel Gandolfo, la residencia de verano del Papa, veinticuatro kilómetros al sur de Roma, para discutir el problema existente entre los prelados rusos ortodoxos y los católicos de Ucrania. En 1946, la Iglesia ortodoxa rusa había prestado su aquiescencia a la masacre o deportación de todos los prelados católicos, y también había tomado las iglesias e instituciones ce•ólicas. ¿Qué iba a suceder ahora? Ya los ortodoxos podían ver desde lejos que el día del juicio se estaba acercando. Pero el precio: ¿devolver sus ganancias mal habidas? Negociación, replicó Juan Pablo, y por supuesto, alguna restitución.

Siguieron conversaciones y contactos y gestos de buena voluntad, con algún ocasional pasaje difícil. Ese mismo agosto, Juan Pablo recibió en audiencia privada a Tadeusz Mazowiecki, el nuevo Primer Ministro no comunista de Polonia -un viejo amigo y aliado en sus días de Cracovia- junto con el ministro de comercio, comunista, Marcin Swiecicki, el ministro de relaciones exteriores, Krzysztof Skubiszewski y el líder parlamentario de Solidaridad, Bronislaw Geremek. Claramente, si usted quería saber qué iba a pasar el lunes siguiente en Europa Central y en la URSS, se podría haber enterado el sábado anterior, si hubiera tenido entrada al Vaticano de Juan Pablo.

El 6-7 de octubre, al sobrevolar por el espacio aéreo de la URSS en

camino al Lejano Oriente, Juan Pablo transmitió un mensaje de radio a Gorbachov, pidiéndole a Dios que lo bendijera a él y al pueblo soviético, y enviando su bendición a todos ellos. El mismo mes, Sodano regresó a Moscú con una solicitud relativa a la paz en Líbano, reuniéndose tanto con Gorbachov como con Shevardnadze. También, con el permiso de Gor. bachov, el 13 de octubre se celebró una misa ortodoxa rusa en la Catedral de San Miguel Arcángel, en el Kremlin. Éste fue un llamado directo al corazón religioso de Juan Pablo, porque el 13 de octubre era el aniversario setenta y dos de la aparición de la Virgen María en Fátima, Portugal. Toda la política exterior de Juan Pablo está construida sobre el significado de esa aparición celestial, y él también le atribuye a la Virgen de Fátima el hecho de que, el 13 de mayo de 1981, las balas dirigidas hacia su cabeza por el asesino Mehmet Alí Agca no dieran en el blanco. Además, se celebró otra misa rusa ortodoxa el 22 de octubre en la Catedral de la Asunción, también en el Kremlin, en honor de la Virgen de la Ternura: María representada en un ¡cono muy antiguo conservado en la Catedral. Sin el conocimiento de las autoridades soviéticas, un obispo checo expatriado entró a la misma cate dral más o menos a la misma hora y celebró discretamente una misa católica romana, ocultando lo que estaba haciendo detrás de los amplios pliegues del propio periódico del Papa, el *Osservatore Romano.*

Con la bendición de Juan Pablo y la autorización de Gorbachov, diez cristianos y ocho soviéticos se sentaron a una mesa en forma de U en un castillo del siglo XVII de Klingenthal, en las afueras de Estrasburgo, Francia, y durante dos días (octubre 19-21), bajo el retrato de Carlomagno, el em. perador del siglo IX que ha sido llamado el padre original de Europa, discutieron la posibilidad de que cristianos y marxistas fueran capaces de construir juntos una nueva Europa.

"Queremos crear una nueva Europa por el bien del hombre, por su libertad política y espiritual", declaró Nikolai Kowalski, el máximo experto en cuestiones religiosas de Gorbachov. Con el cardenal Poupard, presidente del Intituto Pontificio para la Cultura, escuchándolo, Viktor Garadia, director del Instituto Soviético para el Ateísmo Científico, afirmó: "La oposiciór del marxismo a la religión es cosa del pasado". Pero, advirtió Mijaf Narinsky, historiador soviético, "los cristianos deben ayudar... o nuestra actual *perestroika* podría convertirse en *perestre/ka"*.

Ante ellos, el jurista Aleksandr Berkov y los demás delegados soviéticos, los cristianos presentes enfatizaron que "la libertad de conciencia ahora es considerada en Occidente como un derecho humano básico que requiere garantías legales". Sí, respondieron los soviéticos, una nueva ley, ahora en su segunda revisión estaba debatiéndose en el parlamento soviético. "Necesitamos tiempo, tiempo y su paciente comprensión", dije Aleksandr Be ——

Mientras tanto, el 18 de octubre, Erich Honecker, el líder comunista de Alemania Oriental, es remplazado por Egon Krenz y enviado a prisión 1.

esperar su juicio. Krenz durará sólo unas pocas semanas. Allá en Bulgaria, Todor Zhivkov, líder estalinista desde 1954, es obligado a renunciar el 10 de noviembre. El día previo, el gobierno de Alemania Oriental anunció la apertura del Muro de Berlín en todos los puntos. En un mes, el Muro efectivamente ya no existirá. A mediados de diciembre, piedras y partes de él estarán en venta en Bonn, París, Londres, Nueva York y los Ángeles.

A mediados de noviembre, entre los ecos de lo que estaba sucediendo alrededor del Muro de Berlín, en Checoslovaquia, en Bulgaria y en Rumania, se habían hecho todos los arreglos para la reunión en el Vaticano. Gor bachov había destituido al contencioso y chauvinista metropolitano Filaret de su puesto como jefe de la "Oficina Externa" de la Iglesia ortodoxa rusa (maneja todas las reuniones y tratos con el Vaticano), remplazándolo con el muy prorromano arzobispo Kirill de Smolensk. Era una movida obviamente deseada por Juan Pablo, un deseo suyo delicadamente señalado, que el hombre fuerte soviético no tuvo escrúpulos en satisfacer. Para eso estaban los prelados ortodoxos, para auxiliar al gobierno soviético.

El 27 de noviembre, llegó el metropolitano Juvenali de Kolomna, con una mezcla de ruego y queja, a decirle a Juan Pablo que "no podemos conducir negociaciones fraternales cristianas bajo la boca de un revólver". A Juvenali, que quería que Juan Pablo impidiera que los ahora triunfantes católicos recuperaran la Catedral de la Transfiguración de Lvóv, se le recordó que allá en los años cuarenta, su Iglesia no había hecho nada cuando las armas soviéticas escupían balas contra los católicos de Lvóv y de Ucrania. Pero se le dijo que todo se puede negociar, la la sombra de la política de « *glasnost* del presidente Gorbachov!

El 29 de noviembre, el líder comunista checoslovaco Milos Jakes renunciará. Alexander Dubcek -héroe de la malhadada "Primavera de Praga" de 1968, desde entonces deshonrado y degradado- y Vaclav Havel, alguna vez enviado a prisión por sus opiniones antimarxistas, se convertirán en los héroes nacionales. Llegará el fin de diciembre antes de que el último de los viejos estalinistas que resiste, el "Cerdo de Rumania", Nicolae Ceau§escu, sea juzgado, encontrado culpable sumariamente y -todavía sin creer que todo ha terminado- ejecutado con su esposa, Elena, quien ya era motejada amargamente de "Lady Macbeth".

A fines de noviembre, todo estaba en su sitio para la cumbre vaticana. Raisa Gorbachov, apodada la "Reina del chic del Kremlin" por los periódicos italianos, realizó su actuación como socialista en Messina, el 30 de noviembre, provocando gritos de "¡Viva Raisa!", en las multitudes de sicilianos y de grupos de monjas católicas que agitaban banderas rojas. Estaba allí para depositar una corona en el monumento en honor de los marineros rusos de cuatro barcos de guerra de la Armada Imperial Rusa, que desembarcaron y salvaron las vidas de miles de sicilianos que habían sido enterrados por el terremoto de tres días de diciembre de 1908.

Si a!guna vez los observadores de Occidente necesitaron una señal de que el señor Gorbachov tenía la intención de realizar vastos y pacíficos cambios con vistas al igualitarismo democrático, seguramente tuvieron esa señal en la oscuridad que tragó a todos esos fieles baluartes del Estado-Partido: János Kádár de Hungría, Milos Jakes de Checoslovaquia, Erich Honecker de Alemania Oriental, Todor Zhivkov de Bulgaria, Wojciech Jaruzelski de Polonia. Todos ellos partieron porque el Estado-Partido decidió que debían hacerlo, porque se les aseguró a las tropas soviéticas acantonadas en sus territorios que ya no acobardarían a las masas. En un sentido, esos que fueron una vez los patrones del Partido eran víctimas del "nuevo pensamiento".. . sólo si consentían en su propio despido podían ahora, por su autoinmolación, servir al Estado-Partido. En cualquier caso, no tenían elección. Frente a la negativa de Ceau§escu a servir así a la causa e irse, junto con sus odiados matones de Securitate, había amenazas, tanto de las autoridades del pacto de Varsovia como de la gente de la OTAN, de que si era necesario apoyarían con armas y municiones a esas multitudes rebeldes. Aun ahí funcionaba la connivencia. La administración de George Bush había consultado a sus aliados de la OTAN y a las naciones del Pacto de Varsovia sobre una "respuesta coordinada" a Ceau§escu dentro del marco de la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa (la CSCE de los acuerdos de Helsinki de 1975), si Ceau§escu demostraba ser un problema intratable. Tal como resultó después, no lo fue.

"Nuevo pensamiento" difícilmente es un término adecuado para describir las reacciones generales entre los observadores occidentales de estos acontecimientos. Era una verdadera admiración, interrumpida por ese esperanzado suspiro de alivio: `¡La Guerra Fría realmente terminó!" Para muchos gobiernos, esos cambios eliminaban cualesquiera dudas persistentes sobre la honestidad de Gorbachov. Ridícula pero enérgicamente, el acosado dictador de Cuba, enfrentado a una severa reducción en su limosna anual enviada por la Unión Soviética, y temeroso de que su número fuera el siguiente, usó una expresión atenuada para quejarse, a principios de diciembre, de que "se está volviendo muy difícil construir un Estado comunista" mientras "los reformadores están calrimniando al socialismo, destruyendo su valor, desacreditando al Partido y liquidando su papel dirigente... sembrando el caos y la anarquía por todas partes". Pero Juan Pablo pronunció un mordaz responso sobre la ideología marxista de estos antiguos regímenes comunistas, describiendo a esa ideología como un "mito" y una "utopía trágica".

Ahora, para el Occidente, el presidente soviético (como el mayordomo elogiado por el novio en la fiesta de las bodas de Caná) había reservado el buen vino hasta el final de un año-estandarte que marcaba el comienzo de una nueva década. Ahora, visto retrospectivamente, la oportunidad -y la suerte- de Gorbachov estaba perfectamente adaptada a su situación personal dentro de la URSS y al frente, a los ojos de los líderes contemporáneos. Él tendría su "nuevo pensamiento".

Juan Pablo había declarado: "La tarea difícil del líder soviético es que debe íntroducir cambios sin destruir al Estado-Partido". Era un resumen lacónico del peligro mayor que el papa Wojtyla veía que amenazaba la situación interna de Gorbachov en la URSS. El peligro era una pérdida total de apoyo para sus metas geopolíticas entre los que, ellos solos, lo hacían viable como Secretario General y ahora debían hacerlo viable como presidente soviético con poderes parecidos a los de un zar. Sólo en esa forma tenía una oportunidad realista de mantener unida a la desmañada URSS, ya tensa bajo el impulso de fuerzas centrífugas, y de rescatar de ella un reducido núcleo de territorio.

Porque estaban comenzando a aparecer enormes y virulentas tensiones dentro de la propia estructura de la URSS. Los fuegos del conflicto étnico y de infortunios económicos estaban ardiendo súbitamente en las seis repúbli cas musulmanas -Azerbaiján, Turkmenistán, Tacijikistán, Uzbekistán, Kazakstán, Najicheván-, desafiando el control central de Moscú en un área que cubre el flanco sur de la Unión Soviética, un área estratégicamente sensible. En Kirguizia. Moldavia, Armenia, Georgia, Bielorrusia y Ucrania, los vientos de la oposición y de la autonomía local estaban haciendo sonar alarmas de altos decibeles en el muy secreto Consejo de Defensa de la URSS.

Los tres estados bálticos, Lituania, Estonia y Letonia, echando miradas hambrientas a las sucesivas "liberaciones" de los satélites de Europa Oriental, dijeron muy directamente que querían salirse de la URSS. Ya en 1988, el parlamento lituano declaró que era soberano y no estaba subordinado a la URSS. El movimiento nacional lituano, Sajudis, tenía el respaldo de la mayoría de los lituanos, incluyendo -en una población muy católica- el apoyo de una minoría no católica representada, por ejemplo, por el escritor judío Grigorijus Jakovas Kandvivius, quien fue electo al parlamento. Los representantes electos de Estonia habían hecho la misma declaración de independencia. Los letonas celebraron el Día de la Independencia el 18 de noviembre de 1988, con manifestaciones públicas iluminadas por miles de banderas nacionales letonas, marrones y blancas.

Mientras tanto, la perestroíka todavía no había producido resultados tangibles. Las filas delante de las tiendas vacías eran igualmente largas: los productos de primera necesidad escaseaban; el combustible era caro; se estaban difundiendo historias desmora!izantes sobre descontento en las Fuerzas Armadas, sobre continuas atrocidades soviéticas en Afganistán; sobre las provisiones especiales de alimentos deliciosos y hermosos artículos de lujo disponibles para la sagrada *nomenklatura;* sobre revueltas contra Gorbachov dentro del Partido, inclusive dentro del todopoderoso Comité central. Además, la economía soviética se estaba ahogando, y todavía se está ahogando, por una inflación cada vez peor, pero escondida, enormes déficit presupuestales obligando a miles de millones de rublos a perder su Poder de compra, mientras que los, controles de precios distorsionan el uso de los recursos y fuerzan a los artículos a dirigirse a los florecientes merca-

dos negros, que solamente nutren una economía subterrá nea que no hace nada por el mejoramiento de los ingresos estatales.

En el momento en que el presidente soviético iba a reunirse con el presidente Bush en Malta, el 2 de diciembre de 1989, la pregunta que se oía afuera con más frecuencia era: "Gorbachov, ¿va de salig a?" Varios funcio. narios de la administración Bush declararon abiertamente que Gorbachov "no puede sostenerse". Muchos hablaron de "salvar al señ or Gorbachov".

Para rechazar y derrotar a los elementos "conservacl ores" de la URSS que podían vencerlo -así se transmitió el mensaje a Occidente de mil y una maneras-, el presidente soviético en peligro necesitaba un nuevo tipo de cooperación del Occidente. Las presiones y exigencias occidentales debían ajustarse para servir a su conveniencia, para que rechazara los ataques básicos que se levantaban contra él en el frente interno. La *perestroika* no estaba funcionando, se quejaban sus adversarios, y en tod a esta *glasnost,* estaba rematando toda ¡atienda soviética -vendiéndola N los capitalistas es lo que quería decir su oponente Ligachev- y al mismo tiempo desmoralizando el espíritu marxista soviético. El coronel retirado Iclor Lopatin, como líder del Consejo para el Frente Interno, el cabildeo de los irusos de Letonia y de las demás repúblicas soviéticas en Moscú, criticó duramente al gorbachovismo como una amenaza a las unidades de comuni1 stas leales en toda la Unión Soviética.

Enfrentado con una oposición tan violenta, Gorbachcov hizo que todos los interesados en el Occidente supieran que no debar n percibirlo como concediendo condiciones "humillantes" y debilitantes ar las democracias occidentales. Éste era el muy deseado "nuevo pensamientt o", Con ja coope. ración occidental, podía eludir a sus enemigos y persegyjir sus principales metas internas. En el Vaticano de Juan Pablo había mucha admiración por la tenaz voluntad, como la de un *terrier,* con la que Gortbachov perseguía implacablemente el desmantelamiento de las naciones soviéticas satéli . tes, en el exterior, mientras contrarrestaba las reacciones de los de "línea dura", en el interior, contra esa misma política, buscando.) poderes todavía mayores para sí mismo, dentro del país, y una aprobación , más completa de sus ideas. Porque esa política exterior con respecto a loss satélites tenía la intención de obtener -como uno de sus efectos princippales- el "nuevo pensamiento" de Occidente, y que ese "nuevo pensamier, nto" le permitiera vencer a sus enemigos en el interior.

En tanto pudiera retener su secretariado general del CZomité Central, su alianza con la KGB, y por lo tanto su control sobre la oficia,alidad del Ejército Rojo, esos poderes "zaristas" que necesitaba serían suyos,s porque estarían garantizados por los 230,000 soldados de la KGB (con tanqulues, helicópteros, artillería y aviones propios), por 340,000 soldados de Interrrnal, por unidades de élite como los 30,000 Spetsnatz, por unos 70,000 pataracaidistas y por algunas divisiones de la Guardia particularmente confiables,s. En resumen, su fuerza final residía en su brazo militar de más de tres cuargrtos de millón de "efectivos" sumamente entrenados y cuidadosamente adoctrinados, que podían contar con el ciego apoyo ideológico y la lealtad de quizá 15 a 20 millones de habitantes en la URSS. El destino y la fortuna personal de Gorbachov se reducían a eso.

La observación que le hizo Juan Pablo al periodista y escritor francés André Frossard, aunque se adelantó dos años a los sorprendentes acontecimientos del otoño y el invierno de 1989, indicaba la penetración con que había comprendido la posición del presidente soviético en relación con occidente y hasta qué extremos tendría que llegar Gorbachov para obtener finalmente de sus contemporáneos occidentales el tipo de cooperación y colaboración que se necesitaba para que su marxismo-leninismo, reformado y renovado, llevara al Estado-Partido por encima del obstáculo más grande que se había presentado en su camino desde noviembre de 1917. "El líder soviético debe cambiar la forma en que funciona el sistema [soviético], sin cambiar ese sistema", le señaló el Pontífice a Frossard.

A pesar de todo lo que provocó Gorbachov en los satélites del Este y en la URSS para fines de noviembre de 1989, persistía esa dificultad fundamental para la mente occidental: el sistema soviético. El temor y la aprensión que había engendrado y alimentado generosamente durante setenta años era un fuego que ardía en la mente occidental. La expresión más impresionante de ese temor y de esa aprensión fue compuesta y publicada por un anó imo "Z" en el otoño de 1989. "Z" era bastante franco y directo: no imoorta que el líder soviético *esté* haciendo a su sistema socialista más humano, y ni siquiera importa que por algún juego de manos aparentemente lo remplace por una economía de mercado... y hasta con los ropajes de una democracia occidental. No importa, afirmaba "Z"; el hecho brutal es que el Estado-Partido permanece intacto. Es el monstruo. Ése es el único hecho que merece la atención. En tanto permanezca el Estado-Partido, recomendaba "Z", la de Occidente debería ser una política de mantener las manos afuera. Que Gorbachov y su Estado-Partido se cuezan en su propio jugo y perezcan... porque seguramente perecerán.

En otras palabras, la actitud de "Z" daba una opinión negativa del resumen que hacía Juan Pablo de la dificultad de Gorbachov. No, contestaba "Z", para sobrevivir y tener éxito, Gorbachov no puede hacer lo que el Pontífice sugería que tenía que hacer. Pero "Z" estaba hablando -igual que el Pontífice- sobre hechos. El astuto presidente soviético sabía y sabe que, afortunadamente para él, no son los hechos los que mueven hoy a la opinión internacional y a las mentes de los individuos; es su percepción de los hechos. Su percepción se convierte para ellos en la realidad, sin importar cuáles sean los hechos.

El gambito que se permitiría el líder soviético entre el 1 de diciembre de 1989 y mediados de febrero de 1990, casi le aseguraría que la percepción general occidental se convirtiera en la siguiente: el Estado-Partido, si no completamente muerto, está sin duda camino de salir de toda existencia

efectiva. El "nuevo pensamiento" sería impulsado hasta su conclusión lógica, "Z" fue ridiculizado, en las palabras de Vladimir Simonov, analista político de la agencia soviética de prensa, Novosti, controlada por el gobierno, como · un híbrido de extremismo de ultra-derecha e ingenuidad... la posición de los enterradores de la *perestroika*. . . que todavía consideran a la Unión Soviética como algo diabólico".

Si se necesitaba algo para demostrar de manera convincente que la tesis de "Z" no había tenido un impacto apreciable en el avance del "nuevo pensamiento" en la mente oficial de Occidente, fue la llegada del presidente Bush, el 1 de diciembre, en el barco de guerra norteamericano *Belknapp* en las aguas de las costas de Malta, donde estaba programado para celebrar una reunión cumbre con el señor Gorbachov el 2 de diciembre. En vísperas de la cumbre del Vaticano, el irónico vocero soviético, Gennadi Gerasimov, comentó: "Han estado hablando durante años sobre un diálogo entre cristianos y marxistas. Esta vez será real. Esta vez será una conversación conceptual". En los labios marxistas de Gerasimov, "conceptual" quería decir "realista" y "práctico". . . lo opuesto a la emoción religiosa y la pasión ideológica.

23

La cumbre vaticana

En la gama de "cumbres"queel ;hundo ha presenciado desde 1945, la cumbre Wojtyla-Gorbachov del 1 de diciembre de 1939, hizo sonar una cuerda peculiar y propia. Exhibió las características acostumbradas de las cumbres: dos líderes supremos sentados juntos para discutir sus relaciones mutuas, la panoplia y el poder en evidencia por ambas partes, el interés mundial en la reunión y en sus consecuencias, y la función vital de su reunión en los asuntos concretos y actuales de sus contemporáneos.

Pero, a diferencia de otras cumbres, cuando ésta terminó y había pasado, no hubo una precisión disponible satisfactoria sobre lo que habían negociado estos dos hombres, el Papa de Todos los Católicos y el Líder Leninista de Todas las Rusias. Porque seguramente hubo negociación, una negociación muy deseada por el líder soviético en su carrera para lograr *un status* internacional enteramente nuevo para su URSS, y una negociación muy estimada por este Papa eslavo, cuya política papal y su devoción personal están orientadas irrevocablemente hacia las tierras de los eslavos. Y, hay que decirlo, fue una negociación asiduamente monitoreada por los líderes del Occidente, quienes habían sido estimulados por el meteórico presidente soviético a ligar íntimamente el futuro de sus países y naciones con el futuro de este hombre.

Sin embargo, no se tendría ninguna precisión en las semanas preparatorias para esa cumbre ni en los días siguientes a la misma. Se asignaron mil cuatrocientos periodistas y reporteros para cubrir la visita de Estado de Mijaf Gorbachov a Italia. Iba a mantener importantes reuniones con funcionarios de gobierno. Pero ese aspecto de su visita recibió un "valor de noticia" igual al de la visita de Raisa Gorbachov a Messina el 30 de noviembre. "Buena venta",

por cierto, pero no noticia de primera plana, de grandes titulares. El foco central del interés era la reunión Wojtyla-Gorbachov.

Durante sennanas antes de que tuviera lugar, fue anunciada, analizada y criticada extensa e intensivamente por los medios. Los comentarios de los líderes mundialees y las predicciones de los sabihondos llenaron las columnas y editoriales de kos periódicos. Pero ninguna estimación del próximo encuentro entre el Papa reinante y el actual hombre fuerte del más grande, y poderoso Estado todiavía oficialmente anti-Dios, fue ni siquiera casi exacta. Todos conocían algune)s detalles. Nadie parecía capaz de explicarlo claramente.

Porque era patente que no se trataba de un acto religioso, tal como entendemos norrmalmente un acontecimiento así. Pero, ¿quién podía dudar de que la religiórn sería un factor condicionante en el diálogo de ese día entre el anfitrión papal y el visitante soviético? Éste no era un encuentro común entre "grandes" : un encuentro gélido de guerreros fatigados alrededor de la mesa con paño verde del poder crudo. Pero aún así, si algún poder genuino existía ese día, s;eguramente estaba encima de las espaldas del papa Wojtyla y de Mijaíl Gorbiachov.

El hombre soviético no estaba en Roma para hacer una visita social "para seguir los pasos de los Césares", y, de paso, "ver al Papa". Tampoco era una sesión de regateeo, una negociación sobre "galletas" entre "traficantes" internacionales. Hormbres subordinados, los "duendecillos" y muchachos del "cuarto trasero"' del Vaticano y del Kremlin, realizarían todas las discusiones y las negociaciones punto por punto.

Finalmente;, el encuentro tampoco era previsto como una de esas "celebraciones", unza reunión diplomática adornada con sonrisas y apretones de manos, interrumpidos por oportunidades para tomar fotos, destacada por una ceremonia pública de "firma" y entrega de plumas de recuerdo, invocando buenos '"sentimientos" hacia "el otro lado" y culminando con el choque de las copas de,, champaña en un banquete de Estado para los brillantes. Sin duda, habría aprretonesdemanosysonrisas, yoportunidades para sacarfotos y -para los "dwendecillos" quetrabajaban entre bambalinas- bocadillosalla italiana; pero ttoda esa panoplia acostumbrada fue presentada en el claroscuro peculiar de la antigua romanitá de la Santa Seoe.

Durante la;s últimas semanas y los últimos días de noviembre, hubo intentos diligentes para disminuir el encuentro, describiéndolo cómo un silencioso triurnfo de la Ostpolitik del Vaticano, largamente sufriente, de casi cincuenta años;, originada en el Vaticano del papa Pío XII, mantenida por los papas Juan XX:III y Paulo VI y coronada por el secretario de Estado Agostino Cardenal Casaroli. Pero no era así. Los giros y vueltas de esa Ostpolitik había proporcionado) distensiones temporales en casos aislados. Pero la reunión próxima, si era el hijo de esa Ostpolitik, sería tan sorprendente como un brillante flamenco nacido de un par de perplejas aves de corral. La Osipolitik de Casaroli era un largo, retorcido y oscuro túnel que no tenía ni una chispa de luz, ningrún fin a la vista.

Si jamás hubiera habido una Ostpolitik, esa reunión hubiera tenido lugar de todos modos. Si sólo hubiera existido esa Ostpolítik, se hubiera empantanado en la maraña del protocolo deliberadamente difícil, y hubiera quedado torturada por las zarzas de la mala voluntad intencional. Sólo a causa de lo que Wojtyla había logrado en sus primeros diez años, y sólo a causa de que Gorbachov en su desesperación había mirado más allá dei aquí y ahora del momificado marxismo-leninismo, era posible el futuro encuentro.

Otros analistas lo veían como una posibilidad para que estos hombres -cada uno necesitando algo de otro- exhibieran sus fichas para regatear y se reclamaran sus pagarés. Pero éste no era el caso. Los pagarés habían sido pagados. Las fichas se habían eliminado entre sí. Ésa había sido la esencia de la Ostpolitik.

Otros más contemplaban la futura reunión con desubicada piedad y miopía histórica, viéndola romo una concesión fatal que bordeaba en la blasfemia. . . ¡la Iglesia rec iendo, junto a la Tumba de los Apóstoles, al hombre que se parecía tanto a la sucia Bestia del Apocalipsis que se había predicho que contaminaría el Santo de los Santos! Pero el papa Wojtyla no teníaintenciónde permitirque esa Tumba fuera mancillada, para eso confiaba en la protección del Arcángel Miguel. El presidente Gorbachov no tenía intención de tratar de profanar, desacralizar o siquiera trivializar el terreno del Vaticano sobre el que caminaba y la sagrada presencia del Altísimo alojada inmemorialmente dentro de esas paredes. Cualquier cosa de esa naturaleza estaba tan distante de las intenciones del Papa y del Presidente como un acto banal de obscenidad común.

Entre cualquiera de esas motivaciones y lo que realmente animaba a los líderes en la reunión de diciembre, la distancia y la diferencia podrían ser adecuadamente comparadas con la distancia y la diferencia entre una pocilga en una sucia granja y el Monte Everest en los Himalayas. Al no estar atestada con los pequeños detalles de personalidad y carrera, ni maneada con pequeñas vanidades (quejas, preferencias), ni preparada, ni siquiera parcialmente, con vistas a "los votantes allá en el país" o a las políticas parlamentarias internas, la reunión se ocuparía de la estructura de nuestra sociedad humana, su sustancia, su promesa, sus peligros y su destino final previsible.

A pesar de la omnipresente imprecisión que teñía a la próxima cumbre, cuando todos los pronósticos y pre-análisis concebibles habían sido expuestos i.,terminablemente, quedaba una convicción firme y ampliamente compartida, jamás expresada ampliamente en palabras, pero de todos modos dando vueltas en las mentes de las personas.

Si algo iba a trascender de ese 1 de diciembre en el Vaticano, algo realmente merecedor de ser noticia, realmente importante para el hombre de la calle, tendría la naturaleza de un drama; y todo el resto pertenecía al "maquillaje" del elenco de apoyo, a la decoración cuidadosamente planeada

ya¡ acompañamiento apenas audible de una voz muy antigua y muy moderna que recordaba a todos, nuestra esperanza humana más profunda, más violenta: vera¡ Padre de todos nosotros cara a cara, y, finalmente, gustar la paz del verdadero hogar sobre la tierra.

Esta sensación de drama, esta sensación universalmente experimentada de que no solamente estaban por conversar dos personajes importantes sino que estaba por suceder algo que afectaba a todos, penetraba la mente de observadores y comentaristas. El destino de todos en los próximos años no ¡ba a ser meramente discutido, sino enérgicamente modelado.

Para la mayoría de la gente actual, no había nuevo pensamiento disponible "a crédito" y, por lo tanto, no había forma en que imaginaran los pensamientos que Wojtyla y Gorbachov iban a expresar verbalmente con cuidado. Pero, se tomó conciencia de que ahora, en vísperas de la década más importante en dos mil años, alguien con una estatura mayor que la de un simple "líder religioso" estaba en estrecho diálogo con alguien dotado temporalmente con más intuición trascendente que cualquiera de sus predecesores leninistas.

En efecto, cuando amaneció ese primer viernes de diciembre, un mar de la misma conciencia acerca del drama que se desarrollaba en el Vaticano estaba lamiendo las mentes de todos, los testigos cercanos, **aquellos interesados desde lejos,** el contrario, el desconfiado, el clínico, el esperanzado. Ese mar de conciencia parece haber sido tan universal como las aguas de los océanos que fluían yrefluían alrededordelos bordes de los cinco continentes, proporcionando un simbolismo y una imagen peculiarmente adecuada para |a ocasión. Ya fuese alrededor del Arcángel soviético en el Círculo Ártico, alrededor de las sinuosas costas de la vieja Europa, bañada por sus tres mares principales -el Atlántico, el Mediterráneo, el Mar del Norte-, alrededor de las masas continentales de África, la India, Australia, o alrededor del recién bautizado Anillo del Pacífico, estas mismas aguas oceánicas reflejaban la difundida conciencia acerca del acontecimiento vaticano. Nadie quedó indemne. Así como ninguna costa humana podría escapar al baño de las aguas oceánicas, así nadie podría estar inconsciente, incluidos los más contrarios: el Cangrejo Ermitaño de la Albania del Adriático, el Payaso del Caribe de Cuba, el Dictador Mendigo de Nicaragua, o la asustada banda de los Puristas No-Me-Toquen de Pekín.

Simbólicamente, también, estas mismas aguas se agitaban alrededor de la isla de Malta, donde el presidente Bush, custodiado por el poderío naval norteamericano, con una flotilla soviética a un lado, ya esperaba al presidente soviético, quien llegaría directamente después de su visita a Juan Pablo. Había un mensaje simbólico y una imagen intimidante transmitidos por las violentas olas de esas aguas, agitadas lentamente, hasta convertirlas en una furia por unatormenta invernal, alrededor de Malta. El presidente soviético tendría que esperary esperarantes de reunirse con el presidente norteamericano. El líder norteamericano tendría que arriesgarse en un viaje en lancha de motor a través de esas aguas agitadas para llegar hasta el líder soviético.

En contraste, la reunión del papa Wojtyla y el presidente Gorbachov transcurrió con gran tranquilidad y con la acostumbrada etiqueta vaticana. La Plaza de San Pedro, bañada en sol bajo un claro cielo azul, estuvo cerrada a todo tráfico desde la mañana ,emprano. Detrás de las barricadas, había un policía cada quince metros. A las 10:50 A.M. la caravana soviética de cinco limusinas ZIL de fabricación rusa, llevando a Gorbachov, su esposa Raisa y veinticuatro funcionarios y asistentes y encabezada por un vigilante helicóptero del ejército, se deslizó serenamente a través de los arcos renacentistas hacia el Patio de San Dámaso. Un grupo de caballeros vestidos de negro, la fila de recepción, esperaba.

Sin esperar a que el chofer abriera la puerta, Gorbachov salió por ella, con la mano extendida, una amplia sonrisa en los labios mientras caminaba sobre la alfombra oriental extendida sobre las antiguas piedras, para saludar al obispo Dino Monduzzi, prefecto de la propia casa del Papa. Raisa lo siguió, vestida de rojo, Gorbachov con un traje azul oscuro pero sin la acostumbrada hilera de medallas que los líderes soviéticos acostumbran exhibir, aunque estuvieran vestidos de civil. Había sonrisas y apretones de manos por todas partes. Veinticuatro guardias suizos, vestidos con los uniformes rayados azul y oro diseñados por Miguel Ángel, ejecutaron, como guardia de honor, su ejercicio con las alabardas, el *picchetto.*

Luego el presidente, seguido por su comitiva, entró al Palacio Apostólico y avanzó por la alfombra roja a lo largo del corredor, sembrado de aparatos del equipo audiovisual que emitían guiños. Fray Giovanni D'Ercole, vocero de prensa asistente y "director de tránsito", por el momento, susurraba constantemente en el micrófono colocado detrás de su cuello romano mientras avanzaba el grupo soviético, y cada paso de Gorbachov era observado por los ubicuos monitores digitales a medida que el cortejo se acercaba al elevador.

Al llegar al tercer piso del Palacio Apostólico, los Gorbachov encontraron a un sonriente Juan Pablo 11 de pie y esperándolos. Llevaba su blanca sotana papal, con una cruz de oro colgada sobre el pecho. Se dirigió al presidente soviético en ruso como "Señor Presidente". Gorbachov alternó entre "Santo Padre" y "Su Santidad", igual que Raisa Gorbachov.

Si estos dos hombres, Wojtyla como papa y Gorbachov como hombre fuerte soviético, se hubieran encontrado diez años antes -el momento en que Juan Pablo acababa de llegar de Polonia a su cargo de Papa y Gorbachov de la provincia de Stavropol para instalarse en Moscú como secretario de agricultura y secretario del Comité Central del Partido Comunista-, seguramente algunos comentaristas exuberantes se hubieran puesto poéticos en las cosas que imaginaban.

Éstas hubieran sido alimentadas por la zancada ágil, casi de pantera, de un Karol Wojtyla con el rostro todavía fresco -el campesino polaco directamente desde los *polanie* (campos) de su patria y en busca del tradicional

enemigo de Polonia que se encuentra al Este. Hubieran visto un aura invisible de muda confrontación entre él y la activa, fornida figura del hombre soviético como el imperioso, agresivo *boyardo* ruso de hablar rápido, listo para abrirse camino con un machete, de inmediato, imperturbablemente, hacia la meta del imperio y de las posesiones extranjeras.

"Pero la década intermedia había cobrado su precio en ambos hombres. En uno como el Poseedor de las Llaves para el Cielo, que brillan con la sangre humana de su Dios. En el otro, como la quintaesencia del comisario leninista, Campeón de la Hoz y el Martillo, a los que hoy él proclama haber limpiado de la sangre humana de millones segados en la fea cosecha de muerte hecha en el camino hacia la tierra del nunca-jamás de la Utopía marxista. Ambos hombres han pagado sus derechos por su acceso personal al plano frío, desolado de la geopolítica que hoy ocupan, y sobre el cual conversarán solos en este día de diciembre.

Quizá, sin duda, ninguno de los dos es ya consciente del vasto cambio de mente que ha experimentado a causa de lo que ha tanido que sufrir para alcanzar un equilibrio tolerable sobre esas alturas poco frecuentadas. Ése no fue un sufrimiento del cuerpo sino del espíritu, que deja heridas invisibles que nunca se curan, nunca cicatrizan.

Wojtyla y Gorbachov son mucho, mucho más viejos que lo que asegurarían por sí mismos esos diez años corrientes; y la diferencia de doce años entre el Papa (setenta) y el Presidente (cincuenta y ocho) no representa una diferencia. Como líderes, han aprendido cuándo detenerse para esperar los acontecimientos y cuándo saltar adelantándose a ellos; como inspiradores, qué esperanzas no hay que despertar; como comandantes en jefe, qué órdenes no hay que dar. Son más sabios, no mástristes, pero ciertamente más sobrios y relajados porque están más seguros que nunca lo estuvieron antes que la construcción que han apoyado sobre los acontecimientos será puesta a prueba por lo que va a pasar durante el resto de sus días sobre la tierra.

Una primera mirada recíproca mientras avanzan para estrecharse las manos, la primera mirada que se cruza entre ellos de los ojos de uno a los del otro en una rápida evaluación del humor y el temperamento, la presión de la palma contra la palma y de los dedos contra los dedos, el sonido mismo de sus primeras sílabas... todo eso es suficiente para un reconocimiento rápido, para establecer entre ellos la autenticidad de la conversación próxima.

Terminadas las convenciones preliminares, los ayudantes vaticanos guían suave y rápidamente a cada uno: el ministro de relaciones exteriores Shevardnadze con sus asistentes y asesores se van en una dirección para sentarse a discutir con el cardenal Casaroli, con el vicesecretario de Estado, arzobispo Cassidy, y con sus equipos de la `Segunda Sección" del Vaticano; Raisa Gorbachov sale en camino a ver las Salas y las "Loggias" de Rafael (ya ha visto sus réplicas en el Hermitage de Leningrado) y para frustrarse en éste, su segundo intento de ver la Capilla Sixtina. Cuando ella y su esposo estuvieron aquí como visitantes poco notorios en 1971, la Capilla estaba

cerrada por reparaciones; de la misma manera, hoy, 1 de diciembre de 1989, no puede verla.

A las 11:03 A.M. el papa Juan Pablo conduce a Mijaíl Gorbachov a su biblioteca privada, le indica una silla, se sienta frente a él, abre sus notas y comienza a hablar. Una reproducción del tesoro nacional de Polonia, el icono de Nuestra Señora de Czgstochowa, llevando la marca de un sable tártaro en la mejilla, ha sido colocada sobre un atril a la derecha de los dos líderes y a algunos metros de la mesa ante la cual se sientan. Es el "toque" de Juan Pablo a la escena.

Fuera de las puertas cerradas de la biblioteca papal, cuatro guardias suizos están de pie en alerta. Todas las vías que llevan a esas puertas, dentro del Palacio Apostólico, están sembradas de elementos del Servicio Secreto del Vaticano, de la policía italiana y algunos de los guardaespaldas personales de Gorbachov. Los monitores de televisión y las radio-comunicaciones barren cada centímetro de los corredores, salones, elevadores y vestíbulos. La vigilancia exterior electrónica y "física" sobre los terrenos que rodean al Palacio y en el aire encima de él aíslan a los dos hombres de cualquier interferencia.

Tal como se planeó, los dos hombres tendrán unos cinco minutos a solas, conversando en ruso. Luego se les unirán intérpretes y algunas personas más. El cambio asegura exactitud y corrección en lo que se entiende, así como un registro con testigos de lo que transcurre entre los dos líderes. Enemigos y amigos de ambos en el Vaticano y en el Kremlin deben tener algunas migajas para masticar y digerir.

Los minutos iniciales juntos y solos les permiten a estos hombres algunas cosas que ambos necesitan. Aquí se revisa la sustancia de la negociación de hoy entre el papa Wojtyla y el presidente Gorbachov. Antes de que participe cualquier tercero de cualquiera de ambas partes, deben tener la posibilidad de ponerse de acuerdo sobre aquello que no será ventilado verbalmente durante la sesión plenaria. Porque ambos hombres tienen disidentes y adversarios en sus casas y éstos no deben enterarse de ciertas metas finales y ciertas decisiones que el papa Wojtyla y el presidente Gorbachov alimentan en la única intimidad que es absoluta: sus propios corazones y voluntades.

Además, deben tocarse uno o dos temas que es mejor que no se mencionen en comunicados públicos. ¿Quizá algún individuo en particular de un lado o del otro? ¿Un prisionero olvidado en el Gulag? ¿Una cuestión de inteligencia entre el Vaticano y el Kremlin? ¿Un fugaz diálogo sobre el frustrado asesino de Juan Pablo, Mehmet Alí Agca?

Y después había seguridades que darse mutuamente, sobre las que el ancho mundo jamás oirá: la profundísima intención de Juan Pablo de visitar la Unión Soviética, la disposición final de Mijaf Gorbachov con respecto a Dios y a la religión en Rusia. Estos temas están finalmente conectados, puesto

que ambos hombres están convencidos de que la visita papal será mucho más que una mera visita papal. De ese acontecimiento dependerá el juicio último de la historia sobre la significación de Gorbachov y de Wojtyla. Quizá, sin duda, es por eso que el presidente soviético intercaló sus palabras reales de invitación a Juan Pablo con un "si Dios nos mantiene a todos vivos y sanos mientras tanto".

Finalmente, entre los dos hay una evaluación, en la que están de acuerdo, de la situación de los asuntos mundiales y cuál es la dirección más deseable en la que deben marchar. No es la primera vez que ha surgido este tema entre ellos. Ya comparten palabras, conceptos y principios, así que no hay necesi. dad de explicaciones largas o de una exposición detallada. Ya, a través de intermediarios personales de confianza, hantenido una comunicación sustancial sobre los puntos sensibles. Así que ahora actúan más o menos ala manera de dos patrones preparándose para ponerse a la vela, que tocan los aparejos clave, prueban el timón, se aseguran de que funcione la radio del barco, echan un vistazo a las provisiones y escudriñan momentáneamente su viaje ya planeado en el mapa. Hay muy poca necesidad de conversar o de una extensa discusión, sólo frases significativas y gestos indicativos. Después están preparados para darle órdenes a la tripulación.

La sesión con intérpretes, usando una mélange de polaco, ruso e italiano, irá a los detalles sobre los que los líderes desean establecer un protocolo de acuerdo. Las consultas previas entre la gente del Vaticano y del Kremlin han localizado las áreas generales en las que los dos líderes pueden celebrar un acuerdo público: el establecimiento de un canal permanente de comunicación oficial entre el Kremlin y el Vaticano, plenas relaciones diplomáticas, la aprobación de una medida efectiva sobre la libertad de conciencia y la libertad religiosa en el Parlamento soviético, las demandas de la Santa Sede en nombre de susfielesde los estados bálticos, Ucrania, Bielorrusia yotras partes de la Unión Soviética, la política soviética en América Latina y el Medio Oriente, una visita oficial del papa Juan Pablo II a la Unión Soviética en respuesta a la invitación oficial de Gorbachov, y, finalmente, la relación presente y futura entre la Santa Sede y el Patriarcado ruso ortodoxo de Moscú.

¿Quién, entre todos nuestros actuales líderes mundiales, podría haberse sumado provechosamente a esa negociación -porquefue negociación- en esta cumbre geopolítica? Esa pregunta es recibida por el mismo silencio de desconocimiento que envuelve a la reunión vaticana.

Esencialmente, esa negociación entre los dos consistió en identificar las similitudes, paralelos y coincidencias entre sus mentes e intenciones geopolíticas individuales. El acuerdo entre los dos se alcanzó emparejando Y midiendo mente con mente, intención con intención. El desacuerdo entre ellos era evidente donde la mente no encontraba a la mente, donde la intención contradecía a la intención.

Pero nunca, como debe ser la regla entre los dos únicos participantes en un genuino ytenso juego en el que ambos están apostando todo para ganarlo todo, hubo choque ni infracción a causa de las diferencias individuales entre ellos. Conocimiento de éstas, y mutuo reconocimiento de ellas, esto era todo lo que requería el éxito de la reunión. Éste no era un campo de batalla, ni competencia.. . todo eso pertenecía al exterior, al terreno abierto de millones de seres vivos, de ideologías, gobiernos y ejércitos adversarios, y de la materia y tema de la economía y de la industria.

Entre estos dos jugadores, debe ser con "todas las cartas sobre la mesa". Juan Pablo sabe que el líder soviético es un leninista convencido. "Soy un comunista, un comunista convencido", proclamó públicamente unos días antes de la reunión. "Para algunos eso puede ser una fantasía. Pero para mí es mi meta principal". En cuanto al Papa con el cual está por encontrarse: "Nosotros (los marxistas) no ocultamos nuestra actitud hacia la mentalidad religiosa. La desdeñamos porque es deficiente por ser no-materialista y acientífica".

Mijaíl Gorbachov sabe, y Juan Pablo sabe que Gorbachov sabe, que este papa polaco no ve ninguna posibilidad ni siquiera de supervivencia -mucho menosdeéxito- para elgorbachovismoamenos quelosrusos seconviertan a la religión, y renuncien, denuncien y execren el marxismo-leninismo. "Ningún sistema político y ninguna ideología construida sobre un concepto materialista del hombre ydelavida humana puede hacer nada más que hundir al hombre en la miseria más profunda y enviarlo al exilio más oscuro de su verdadero destino". Ésta .ue una de las críticas más tempranas que hizo Juan Pablo del marxismo-leninismo, mientras todavía era un cardenal polaco. Todavía piensa así.

En consecuencia, entre estos dos hombres, nada de camuflaje, nada de engaño, nada de representación en su valoración mutua, así como en la interpretación de las cartas "sobre la mesa" del otro.

Obviamente, algunas cartas son idénticas a ambos lados de la mesa, aquellas, por ejemplo, que representan los elementos que ambos hombres concuerdan en que son fundamentales en el juego final que ahora se está jugando para formar el nuevo orden mundial: Europa Occidental, Europa Central, la URSS, Estados Unidos y la República Popular de China (RPC). Todos los demás elementos -Japón, América Latina, África, el subcontinente de la India y Pakistán, el Sudeste de Asia, Corea y los restantes miembros de la sociedad de las naciones- serán arrastrados lo quieran o no al juego de los elementos principales.

De esos elementos principales, hay un mutuo acuerdo de que la RPC es el que domina el arreglo de todos los demás. Es la razón básica que dicta las jugadas de Mijaíl Gorbachov dentro de la URSSy en Europa Central, y esas jugadas a su vez han decidido la dirección en la cual se moverán Europa Occidental y Estados Unidos.

A cada lado de la mesa, hay una carta qúe siempre está debajo de la mano

derecha de los jugadores: identifica la meta geopolítica general y última de su propietario. El gesto de la mano es meramente eso, un gesto, para indicar la inviolabilidad, no para esconder su mensaje. Porque cada uno ya ha visto la carta del otro; por eso es que han llegado juntos como jugadores del juego final.

Como Gorbachov sabe, la meta de Juan Pablo es una estructura geopolítica para la sociedad de las naciones, diseñada y mantenida de acuerdo con los planes éticos y lineamientos doctrinales del cristianismo, tal como enseña y lo propaga el Pontífice romano como Vicario terrenal de Cristo. No está a favor del "Este" de Gorbachov ni del "Oeste" del capitalismo, porque ninguno de los dos puede crear la necesaria estructura de las naciones. Finalmente, no puede haber concesiones con el materialismo dialéctico de ese "Este" o con el materialismo capitalista de ese "Oeste".

Tampoco será necesaria ninguna concesión en el corto plazo. Juan Pablo está convencido de que ni el "Este" ni el "Oeste" puede lograr por sí mismo la creación de una estructura geopolítica; y esto se debe principalmente a que, antes de que se haga cualquier movimiento definitivo en un esfuerzo semejante, la condición de todos los principales jugadores será severamente modificada por un acto de Dios. Ese acto tendrá como epicentro precisamente esa área centro-europa entre el río Oder en el oeste y los montes Cáucaso en el este.

Como Juan Pablo sabe, la meta de Gorbachov es una estructura geopolítica correspondiente al ideal leninista: la marxización de la masa continental eurasiática entera, desde el Atlántico hasta el Mar de China, como primer paso, después, la marxización del hemisferio occidental. Juan Pablo supone que es axiomático que la muy cacareada separación sino-soviética es un movimiento táctico de largo alcance, ideado para facilitar el acercamiento soviético al Occidente, mientras se mantiene intacto el leninismo puro en su esencia entre los más de mil millones de habitantes de China. Ahora más que nunca, desde el impulso de Gorbachov hacia alguna forma de integración con la naciente Europa de 1992+, esta política de dos cabezas se ha vuelto de capital importancia.

Juan Pablo ha seguido todos los movimientos que ha hecho su equivalente soviético en los últimos dos años. Por cierto, el primero de esos movimientos -la liberalización de Polonia, territorio y nación clave de Europa Central, que hizo caer a todos los dominós satélites-, en gran parte fue hecho posible por las políticas del arzobispo Karol Wojtyla y del primado polaco Stefan Cardenal Wyszynski. Puede predecir, sin que se lo diga su principal autor, cuáles serán los movimientos subsecuentes. Ha leído las palabras de Gorbachov en el Foro de los Estudiantes el 5 de noviembre de 1989: "Estamos impulsando un marxismo-leninismo libre de las capas de dogmatismo, rancidez y consideraciones miopes. . . Estamos volviendo a sus raíces y desarrollándolo creativamente para avanzar".

Pero esas dos cartas quedan fuera de toda discusión. Hay un cierto elemento, entre los dos hombres, de "Nos veremos en Europa Central", no tanto como el desafío de "Te veo mañana en el O.K. Corral" famoso de Wyatt Earp, sino ciertamente en el espíritu de Tomás Moro dirigiéndose al verdugo que está por cortarle la cabeza: "Ruega por mí, como yo lo hago porti, para que alegremente nos encontremos en el Cielo".

Todas las demás cartas están disponibles para ser examinadas y para jugar, hasta la carta de triunfo, el as con que cuenta cada hombre. Está la confianza de Juan Pablo en una intervención celestial, la evocación de un estado de **conciencia,** en toda la humanidad, profundamente nuevo. Está la creencia casi servil de Gorbachoven la llegada del "socialismo leninista" como "el inevitable resultado del desarrollo de la civilización y del esfuerzo histórico de la clase obrera y de todo el pueblo trabajador", como les dijo a los estudiantes de Moscú el 5 de noviembre.

Juan Pablo sabe que, en la visión a largo plazo de Gorbachov, no importa que éste haya tenido que aflojar las riendas del control sobre los satélites centroeuropeos. El presidente soviético sabe que han nacido escuelas de pensamiento y convicción marxista y paramarxista en todas las aspirantes élites intelectuales del Occidente: en la Universidad de Stanford, entre los Grupos Críticos de Estudios Legales (los "Crits") de la Escuela de Leyes de Harvard, en el Grupo de Estudios Críticos de la Escuela de Frankfurt, entre los "estructuralistas" y "deconstruccionistas" de Francia, en los movimientos izquierdistas de Estudios Negros, en el Consijo Mundial de Iglesias, en los grupos de Estudios del Tercer Mundo, entre las feministas radicales, y en todos los departamentos de humanidades de la mayoría de las principales universidades. En la cima de esa ola de color marxista, hay veintenas de clérigos y monjas, profesores de seminarios, intelectuales, escritores, todos ellos de la Iglesia católica romana de Juan Pablo y todos traduciendo el marxismo a los sagrados términos cristianos, de modo que el pensamiento básico marxista pueda volverse aceptable para los cientos de millones de católicos de los países del Tercer Mundo, especialmente en América Latina.

No, Gorbachov no necesita temer. La teoría y el entusiasmo marxistas jamás morirán en tanto tales élites los hagan avanzar. ¿No fue ése el giro básico que le dio Antonio Gramsci al leninismo clásico? LY no es él, Gorbachov, el mejor alumno del difunto teórico sardo? Tampoco necesita temer Juan Pablo. Sabe que el destino del marxismo -la teoría, los teóricos y los practicantes- y de los planes estructurales de Gorbachov para Europa y Asia no se decidirá en la tierra, sino en el Cielo.

Estando de acuerdo en disentir en las cosas últimas, estando de acuerdo en coincidir acerca de varias medidas y condiciones interinas que afectan a la Ucrania, Lituania y América Latina católicas, estos dos hombres cubren el concepto de Estados Unidos tal como lo desarrolló el presidente Bush y él secretario de Estado Baker: las tres esferas concéntricas de unidad internacional: la Comunidad Económica Europea, la Organización del Tratado del Atlántico Norte (a la que ahora se le ha asignado un papel político) y la Gran

Europa (los Estados de Europa Occidental, los ex satélites, la Unión Soviética y Estados Unidos). En suma, una primera estructura geopolítica que alberga a unos 800 millones de almas desde los Urales, en la URSS, hasta la costa de California, bañada por las aguas del Pacífico. Teóricamente redondeado y acabado como concepto funcional, no hay manera de reducirlo a un sistema funcional práctico, a menos que se contrarreste y desvíe la ominosa promesa de que la RPC pueda actuar para echarlo a perder.

Finalmente, algunas cartas son descartadas: la anomalía de Albania, desagradable, hostil y amarga, en medio de la euforia europea; la diablura de la Cuba de Castro, que ha dejado de serle útil a Moscú; los giros del PR del nicaragüense Daniel Ortega; la prostitución del Patriarcado ruso ortodoxo de Moscú ante las políticas del Estado-Partido leninista.

Revisando todos estos temas, asegurando el acuerdo donde era posible, subrayando diferencias inamovibles, enfatizando los pasos posteriores de ur gradual acercamiento entre la Santa Sede y el Kremiin, cada hombre ha medido al otro y ha decidido a estas alturas hasta dónde puede confiar en él, y dónde los puntos de profunda divergencia pueden provocar abierta hostilidad, hasta reacciones hostiles. Esta revisión mutua, completada en lo esencl,,l antes de encontrarse, se refleja ahora en cómo conducen, junto con sus asistentes, las discusiones reales de la reunión: punto por punto y, a veces, palabra por palabra.

Metódica y deliberadamente, a veces con dificultad, los dos hombres ratificaron en términos mutuamente aceptables su entendimiento y compromisos en esos temas.

Cuando uno ha repasado todos los detalles de esa reunión, hay una conclusión que permite tener una mera indicación de su función geopolítica No se podría haber logrado ninguno de los acuerdos alcanzados por los do hombres durante los sesenta y ocho minutos que estuvieron juntos ccn asistentes e intérpretes (11:10 A.M. a 12:18 P.M.), ni acuerdo alguno elabo rado trabajosamente por la reunión paralela que se desarrolló en forros concurrente durante unos cincuenta y siete minutos entre el ministro soviética de relaciones exteriores, Eduard Shevardnadze y el secretario Agostlr Cardenal Casaroli, apoyados por sus asistentes, sin el encuentro persona a persona del Papa y el Presidente soviético.

¿Por qué, entonces, ese encuentro? ¿Cuál era el elemento que únicamente estos dos hombres podía y tenía que contribuir a una reunión personal, si se quería que el acercamiento Vaticano-Kremlin tuviera éxito?

Expresado con sencillez, la reunión del Vaticano se relacionó con abun lentes arreglos permanentes y de procedimiento, la sustancia y materia de ,cuerdo. Sólo Juan Pablo y Mijaíl Gorbachov podían tomar las tendencias fenerales y los principios (para ponerlos en práctica) del acuerdo propuesto ,, juntos, colocar esos detalles dentro del marco de sus intenciones y ambl~ ciones geopolíticas. Éste era un proceso especial, que los dos líderes fueron ^apaces de ejecutar satisfactoriamente sólo en presencia del otro.

Algo propuesto por el Kremlin durante las conversaciones preparatorias de la reunión, antes de diciembre, pudo haber sido incorporado al texto propuesto del acuerdo como merecedor de consideración y como un punto posiblemente aceptable por el Vaticano. Del mismo modo, del lado Vaticano, puede haber habido algo adelantado por los agentes de Juan Pablo, que fue, también, incorporado como un punto posiblemente aceptable por los agentes de Gorbachov.

Pero, durante el verdadero encuentro, cuando un líder propone uno de esos puntos para llegar a un acuerdo, y procede a explicarlo desde su punto de vista geopolítico, sólo entonces será claro para el otro líder si ese punto es aceptable o inaceptable desde su punto de vista geopolítico. Porque los dos están discutiendo cada punto contra el telón de fondo de la geopolítica, y sólo dentro de ese marco de referencia es que todos los puntos se incorporan al acuerdo general.

De aquí, la necesidad de intérpretes de ambas partes, para asegurar la comprensión verbal de cada término clave empleado -puede sertan simple como "y" en lugar de "o"-, y de aquí, también la necesidad de asistentes especializados para tercer información en el mismo momento. De aquí, por encima detodo lo demels, la necesidad del encuentro directo, cara a cara, boca a oído, de los dos líderes. Porque en el lenguaje hay más que el significado de las palabras que da el diccionario. Está la connotación que tiene una palabra para quien la usa. Y está su intención al usarla. Ambas, connotación e intención, se perciben mejor en un diálogo a viva voce. Tanto depende de la mentalidad geopolítica, que los dos líderes pueden usar un lenguaje comprendido por todos los presentes, pero lo que entienden y quieren decir ellos dos se les puede escaperatodos los demás. Literalmente, están hablando por encima de las cabezas de todos los presentes.

El término "paz" es un ejemplo. Políticamente, para aquellos que están escuchando a los dos líderes, el término significa la ausencia de conflicto y un acuerdo entre enemigos posibles o reales para renunciar al conflicto. Geo políticamente, el térmiho significaba y significa algo más para Juan Pablo y Gorbachov: no un arreglo sin conflictos entre el dúo, sino la condición unitaria de un nuevo orden entre ellos. ¿Encajará en esa condición unitaria el mejoramiento de los católicos ucranianos? Bien puede satisfacer todas las actuales exigencias políticas de Juan Pablo, los ucranianos o Gorbachov. Pero puede dañar al proceso de desarrollo unitario. Por lo tanto, ¿qué quiere decir Juan Pablo cuando habla de "paz" como su meta? ¿Y Mijaíl Gorbachov? Cada uno de ellos está consciente de lo que quiere decir geopolíticamente el otro cuando habla de "paz".

En otras palabras, ho podía haber un acuerdo realmente sólido entre la Santa Sede de Juan Peblo y el Kremlin de Mijaíl Gorbachov a menos que ambos se encontraran en persona y, comunicándose laboriosamente a través de intérpretes y asistentes, llegaran a un entendimiento mutuamente aceptable, confiado a un lenguaje escrito que ambos aceptarían.

A las 12:18 los dos líderes salieron de la biblioteca papal. Raisa Gorbachov, sentada en una silla en el pasillo fuera de la biblioteca, había estado esperando durante algún tiempo. Se había colocado un micrófono flanqueado por dos sillas bajo un cuadro de la Resurrección de Cristo del artista del Renacimiento Pietro Vannucci ("Perugino"), conocido en su época por su profesión de ateísmo y simultáneamente por su devoción religiosa. Como el icono de la Virgen sobre ese atril de la biblioteca, la elección del lugar para los comentarios de Mijaíl Gorbachov p3steriores a la reunión había sido hecha por Juan Pablo.

Gorbachov caracterizó a su encuentro con Juan Pablo como "un acontecimiento verdaderamente extraordinario. . . Teníamos mucho que discutir. Sentí que mis pensamientos y mis preocupaciones habían sido debida mente apreciados, así como mis explicaciones de los problemas que existen ahora... incluyendo problemas entre el Estado y varias iglesias, que estamos considerando en un espíritu de democracia y humanismo".

En principio, el Papa y él habían alcanzado un acuerdo para establecer relaciones diplomáticas, y "anunciamos que hemos invitado al Santo Padre a visitar la Unión Soviética". Gorbachov reiteró los cambios que estaban produciéndose -"dentro del marco de la *perestroika"*- en el *status* de los creyentes en la Unión Soviética, y agradeció al "Santo Padre" por haber hecho posible su visita.

Luego es el turno del Pontífice para concluir esta reunión, con algunos comentarios en italiano. Gorbachov se hunde en un sillón de felpa blanca, de respaldo alto, mirando ocasionalmente una traducción rusa del discurso de Wojtyla, medio entendiendo el italiano, asintiendo en silencio con la cabeza una y otra vez, echando un vistazo casual al pequeño círculo de dignatarios y asistentes que los rodean. Los tonos profundos de bajo de este Sacerdote, el olor del Santuario que flota en el aire, los iconos de santos y misterios sobre las paredes, hasta su comprensión a medias de las palabras habladas, todo es poderosamente evocativo. Juan Pablo está diciendo: "Esta reunión será interpretada como una señal, como algo singularmente significativo, como una señal de los tiempos que han madurado lentamente, como una señal rica en promesas. . ."

No hay manera de que este hombre soviético, con su rapidísima inteligencia pasando como un rayo de un lado al otro por todos los detalles, pueda escapara la voz de los recuerdos más profundos que hay en él. En su vida han abundado las señales. Hace tiempo, cuando todo en él estaba fresco -los primeros años de su adolescencia-, convicciones indelebles, inexpresadas, fueron impresas en su alma y reflejadas por las vívidas sensaciones que se experimentan sólo en plena juventud. Vivió esos primeros e impresionables años en medio de la abundancia de tales señales.

Los días de Pascua y los días santos en la misa rusa de su natal Privolnoye. parado entre su padre y su madre, frente al iconostasio que oculta de la vista al sacerdote mientras consuma el Misterio, escuchando y tratando de sumarse a la cadencia ascendente y descendente de los antiguos himnos eslavos, entendiendo a medias las palabras, pero entendiendo plenamente el significado de todo ello. Rodeado de signos que encubren al Misterio y su significado -las parpadeantes velas de la adoración, el dulce olor del incienso de la plegaria, el sabor privilegiado del pan de la Sagrada Comunión teñido por el vino consagrado, el azul y el oro y la plata y el rojo de los iconos sagrados que están sobre las paredes, desde las que su santo patrono, el Arcángel Miguel, junto con santos y ángeles, con Cristo y su Madre, lo mira a él, la unidad suya con sus padres, con los demás adoradores y con el sacerdote-, su *sobornost.* Ese niño de Privolnoye era "padre del hombre" que ahora estaba escuchando a otro sacerdote en otro Santuario que encarnaba al mismo Misterio.

Nada, en los años fugitivos transcurridos desde aquella primavera de la vida, había borrado esas profundas marcas de su alma. No, ni las juveniles, obedientes declaraciones de ateísmo en el Komsomol, ni las solemnes profesiones de ateísmo científico en el partido, ni todos los juramentos de toma de posesión al ascender por la escalera de la jerarquía, ni siquiera la cobarde sumisión al dictado del Consejo de Ancianos requerida para ser admitido al liderazgo del Estado-Partido. Realmente, nada había cambiado en él. Meramente la elección de su voluntad y su conducta exterior. Ambas podían cambiar en un instante. "No hay ateos en los hoyos de protección", fue un comentario de un soldado que regresaba de la guerra de trincheras de Flandes de la Primera Guerra Mundial. Este día, en el Vaticano, ningún ateo está escuchando al papa Juan Pablo fi.

"El presidente soviético es un huésped largamente esperado", continuó Wojtyla, "un hombre cuyas palabras verdaderamente demuelen los ídolos y eliminan las piedras del camino de la caravana humana. . ." Por cierto, un homenaje elegante a la inteligencia y sobresaliente habilidad geopolítica de Mijaf Gorbachov. Pero, también, una momentánea estocada de luz en su corazón y en los rincones más íntimos de su mente. Una vez que demueles los ídolos, estaba implicando Wojtyla, sólo queda la divinidad que aq uellos ídolos imitaban. Una vez que quitas las piedras del fratricidio de tu camino, sólo queda amor. "En el corazón del hombre, siempre permanece un cierto espacio que sólo Dios puede llenar, siempre un deseo que sólo Dios puede satisfacer". Era al mismo tiempo un análisis y una advertencia. Wojtyla el geopolítico pronunció el análisis. Wojtyla el sacerdote emitió la advertencia.

En términos más francos, podría haber dicho: "Su Lenin, en 1905, llamó a la religión'una especie de ginebra espiritual en la que los esclavos del capital ahogan su forma humana y sus pretensiones a cualquier vida humana decente'. Y un poco después, Lenin dijo que 'el único ídolo que permitimos Y mantenemos es el ateísmo'. Aun si su demolición de ese ídolo es una condición temporal y temporizadora, señor Presidente, tenga cuidado con

aquel que se su ponía que ese ídolo suplantaba. Usted lo conoció una vez. Usted lo adoró una vez. Es terrible caer en las manos de un Dios vivo. Porque lo conquista todo por el amor, porque él es el amor mismo. Inclusive si su abandono del fratricidio es la estratagema de hoy para comprar el tiempo de mañana y los créditos en dólares de la semana próxima, cuidado, porque usted le ha dado al amor un espacio para respirar. Y ese amor lo conquista todo, incluida la muerte que puede estar reservando en su corazón corno destino final para sus adversarios".

En el texto escrito de los informes de los periódicos no se escuchaba el eco de estas íntimas resonancias de las palabras del papa Wojtyla. Estaban palpablemente presentes en su voz viva cuando hablaba.

Durante el resto de su discurso, el papa Wojtyla fue sensato y moderado, Apoyó a la *perestroika, "si* ayuda a proteger e integrar los derechos y los deberes de **los individuos y de los** pueblos de manera que pueda resultar la paz en Europa y en el mundo". Por supuesto, señaló, "muchos creyentes en la Unión Soviética han padecido vidas dolorosas desde 1917... En su nombre, sean latinos, bizantinos o armenios, alimento la firme esperanza de que po. drán practicar libremente su vida religiosa". Juan Pablo estaba pensando en situaciones tales como la de la venerable Catedral de Kazán, en Leningrado, hoy un Museo del Ateísmo Soviético, así como la de su congregación de creyentes. Con algunos comentarios más sobre las esperanzas que tenía sobre la completa normalización de las condiciones en la Unión Soviética, y una última palabra de agradecimiento al presidente soviético, Juan Pablo concluyó.

Quedaba el intercambio de regalos. El papa Wojtyla le dio al soviético una reproducción de noventa centímetros de alto de un mosaico de la tumba de San Pedro que representa a Cristo. "Éste es un recuerdo de este acontecimiento histórico", dijo. Gorbachovtenía para Juan Pablo una reproducción en dos volúmenes de un salterio de Kiev del siglo XIV. "Creo que lo encontrará interesante", le dijo al Papa. Para Raisa, Juan Pablo tenía un rosario con una cruz de oro y cuentas de madreperla. Las palabras que le murmuró a la señora Gorbachov no fueron registradas. En la jerga diplomática romana, los regalos no fueron ni "neutrales" ni "bofetadas en la cara". Fueron "tentativos" y "positivos", pero expresiones "seguras" de genuina satisfacción y cordialidad.

Finalmente llegó el último momento entre los dos hombres, el momento final de dejar la presencia del otro, un último encuentro de los ojos, un gesto de despedida de las manos, cuando instintivamente Juan Pablo diría: "Que Dios lo acompañe en su viaje, señor Presidente", para luego alejarse, rompiendo el delicado filamento del contacto entre ellos de persona a persona, con la cabeza ller-ia de detalles, el corazón oprimido por esperanzas fantásticas y profundas aprensiones. Desde allí, sólo podía oír los fuertes golpes de' helicóptero de escolta que encabezaba a las cinco limusinas al salir del Patio de San Dámaso. Pero, con los ojos de la mente, podía verlo todo claramente.

Más que cualquier ayuda que Juan Pablo hubiera prometido o pudiera darle a Gorbachov, estaba la protección del Arcángel Miguel, cuyo nombre'a habían dado a Mijaf Gorbachov, y que era su patrono personal; y estaba la protección de la Virgen de la Ternura, cuyo santuario está a tiro de piedra del escritorio detrabajo de Gorbachoven el Kremlin,ysin cuya aprobación yfavor este Presidente soviético jamás podría haber tenido éxito, no podría haber sobrevivido a los lobos salvajes de la disensión, del odio y de la violencia en las calles de Moscú, en Azerbaiján, en Georgia, en Ucrania, en el Mar Báltico y en China.

¿Era Adiós, hasta el Cielo? ¿O era Do *Zwidanya,* hasta otra vez en esta tierra? ¿Era Gorbachov un instrumento temporal de la providencia de Dios, este día su hora más gloriosa, para ser hecho a un lado pronto? LO era el destinado a presidir la próxima develación del destino humano allá en la antigua patria de los eslavos y de todos los "europeos" entre el río Elba y los Montes Cáucaso? A Juan Pablo le quedaban las sollozantes palabras del agonizante Pío VI, un hombre que había conocido a esos lobos salvajes: "Que el dulce misterio del amor de Dios nos consuma a todos en su paz".

El Presidente soviético salió del Vaticano a las 12:57 P.M. Iba a comer y a visitar por la tarde el Coliseo, donde, al estilo americano, se "lanzaría" entre las multitudes de entusiastas romanos, como lo había hecho en Washington, Nueva York, Bonn, París y Pekín.

Había participado en lo queel propio *OsservatoreRomano* del Papa había descrito como "un momento de singular intensidad" y un periódico italiano llamó "la cumbre del siglo". El subsecretario de Estadc Jel Vaticano, arzobispo Cassidy, fue más sobrio: "Nuestra impresión es que el señor Gorbachov tiene la visión de un mundo no sólo en el que no haya conflicto, sino un mundo en el que haya una cooperación decentey real... pero las comunidades católicas tendrán que ser normalizadas... los obispos reconocidos y establecidos en sus sedes... las iglesias abiertas... una comunidad capaz de realizar el culto en situaciones normales" antes de que Gorbachov alcanzara una credibilidad total. Juan Pablo, por medio de su colaborador vaticano, Cassidy, estaba declarando su exigencia de que Gorbachov llevara a cabo lo que el columnista Cal Thomas llamó adecuadamente "un abandono consciente y público de las Convicciones de los fundadores alemanes y rusos del comunismo marxista".

En las semanas siguientes a la reunión, hubo muchas reflexiones sobre ella, muchos análisis de su significación y en consecuencia se tomaron muchas decisiones prácticas. Gorbachov, en su mensaje de Año Nuevo, declaró que "ahora el mundo está avanzando constantemente en búsqueda de la felicidad, la libertad y la democracia". Ahora tenemos, afirmó, "la meta de un socialismo humano, democrático, y de una sociedad de libertad y justicia... Todos en la

Unión Soviética deben ahora soportar parte de lo que el país entero está experimentando en las complejidades y pasiones de la Unión Soviética. . ,"" Por televisión pidió que le dieran "una práctica de razón, bondad, paciencia y tolerancia". ¡Uno casi esperaba que terminara con un "Dios los bendiga a todos, mis conciudadanos soviéticos!", comentó el periodista Yves de la Coste.

En su mensaje de Año Nuevo, el escritor, santo y presidente de Checoslovaquia, Vaclav Havel, instó a Juan Pablo a visitar su país (Juan Pablo fue en abril). En su discurso anual al vasto cuerpo diplomático en Roma, el 13 de enero, anunció el próximo nacimiento de una "Europa de¡ Espíritu" y de la "casa común de todos los europeos", y felicitó a Estados Unidos y a la URSS por su nuevo acercamiento a la "paz y unidad".

Cada uno de estos hombres regresa a su propio hábitat completamente persuadido de que, dadas las circunstancias, ha dado el paso más sabio hacia su meta final y ha ganado de su contraparte las mejores condiciones posibles. Cada uno espera que el otro cumplirá su parte de¡ acuerdo. Cada uno, a su propio modo, espera que el otro tendrá la fuerza y el tiempo para hacerlo así. Porque cada uno, a su modo, está atado a una programación más bien inevitable, que ya está corriendo con el paso de los minutos, horas, días y semanas que se deslizan. Esa programación es la carga que lleva cada hombre a la espalda, que le recuerda continuamente el plazo final inevitable que se ha comprometido a cumplir al entrar al colosal juego de la geopolítica.

Mijaíl Gorbachov debe presidir audaz, pero prudentemente, el proceso de desmembrar al enorme y enfermo gigante soviético, ya paralizado en sus extremidades, anémico en sus arterias internas y profundamente perturbado por lo que ha pasado por su alma en todos estos años. Lo que ya le ha sucedido puede verse con exactitud como desintegración, aunque sea una desintegración permitida y gobernada por un principio de Lenin que Gorbachov ha aprendido bien: "No pongas lo que es transitorio por encima de lo que es esencial". La anterior unidad pacífica de todas las partes de la híbrida URSS era y es transitoria comparada con lo esencial, que es la preservación de la "Revolución". Esa unión representaba intereses meramente inmediatos de¡ aquí y ahora. En la "Revolución" continua residen los intereses externos de la "clase trabajadora de¡ mundo como un todo".

Pero los gritos de alarma serán más y más altos, a medida que los ataques espasmódicos sacudan más y más partes de la URSS de Gorbachov; y el fatal plazo final se acercará más, a medida que la troika de¡ Comité Central, la KGB y el Ejército Rojo encuentre que su fuerza se diluye más y más, mientras que, al Este, a lo largo de una frontera de 6,400 kilómetros, el otro socio en la preservación de la "Revolución" se muestra más fuerte y más palpablemente leninista que la enferma URSS. ¿Hasta dónde debería ir la nueva permisividad? Seguramente no tan lejos como para que Gorbachov o su sucesor presida sobre algo parecido al diminuto Ducado de Moscú de hace cinco siglos. Ése sería el punto de¡ que no habría regreso. Pero, ¿hasta dónde? En

principio: hasta donde sea necesario para integrar al Estado-Partido en la "casa común europea". Pero, ¿qué pasaría entretanto?

En ese "entretanto" reside el juego de Gorbachov: que, antes de llegar al punto sin retorno, él ocupe efectivamente la sala y la recámara de esa "casa común europea". Un matrimonio pleno. Entonces tendrá un poder real o potencial sobre una unión mayor que la anterior URSS. Puede mirar con confianza hacia el Este y purificar a la "fraternidad socialista" china de su terrible desviación al sustituir el puro leninismo internacionalista por una versión moderna de su muy antiguo "feudalismo guerrero", y al traducir equivocadamente la victoria universal de la revolución proletaria mundial de Lenin como el insignificante "territorialismo" siempre pretendido por el antiguo y odioso Reino Medio. La corrupción capitalista puede tolerarse... hasta usarse. Pero la "desviación china" destruye el alma de¡ leninismo.

Juan Pablo, también, debe seguir presidiendo audaz, pero prudentemente, la desintegración de su organización institucional católica romana. Él, a su modo, igual que el presidente soviético al suyo, está comprometido con ese curso de acción e inacción. Pero, ¿cuán lejos es demasiado lejos?

Debe seguir con su misión, tal como ha entendido que es desde que se convirtió en el poseedor oficial de las Llaves. Él cree que esas Llaves están garantizadas por la sangre humana de¡ hombre que él venera como Dios. También cree que esta misión geopolítica que ha sido elegido para cumplir como Papa quedará coronada por un éxito jamás registrado en la vida de ningún Papa anterior. Que, en efecto, a la vista de todas las naciones, su autoridad por derecho de esas Llaves será declarada en los cielos, encima de cada nación, de manera que a través de la faz de la Tierra todos los hombres y mujeres verán claramente cuál es su posición en la relación con aquel que derramó su sangre para hacer que esas Llavesfueran perdurables hasta el fin de todo el tiempo humano.

Pero cuanto más su organización institucional desciende a las vergonzosas ruinas de la desintegración, y cuanto más disminuye el número de aquellos que son católicos en su creencia y en su práctica, y cuanto mayor es el número y el poder de aquellos que están dentro de su Iglesia y que ya no son genuinos católicos romanos, más fuertes son los gritos de alarma a medida que se acerca el plazo final, el punto sin retorno, más allá de¡ cual no será cierto ni exacto hablar de una Iglesia católica romana visible.

24

"Nueva Arquitectura"

Ya fuese una percepción tácita de que la cumbre Wojtyla-Gorbachov en el Vaticano superaba a la cumbre Bush-Gorbachov en aguas de Malta, o que las suposiciones y estimaciones acerca de la cumbre de Malta ya hubieran pronosticado exactamente los resultados de la breve reunión de Gorbachov con el presidente Bush, el hecho es que ninguna excitación notable rodeó a las flotillas nortean—ricana y soviética durante esos pocos días de comienzos de diciembre de 1989. Los feos vientos invernales, la molestia del presidente soviético porque lo hacían esperar, las críticas de Gennadi Gerasimov, ésos y detalles parecidos fueron los que hicieron las noticias. Todos los observadores daban por descontado de que los dos presidentes iban a poner su sello final al "nuevo pensamiento".

De manes a que no resultó una gran sorpresa cuando el señor Bush, inmediatamente después de la cumbre de Malta, resumió los resultados diciendo: "Estamos en el umbral de una era completamente nueva en las relaciones norteamericano-soviéticas". El Presidente estaba anunciando así la entrada oficial de Estados Unidos en el juego final del milenio. ¿Su base? El "nuevo pensamiento" era llevado a su conclusión lógica: "Yo, el Presidente de Estados Unidos, le daré un puntapié a nuestra burocracia y la empujaré para hacerla ir tan rápido como pueda", sobre comercio y créditos, sobre dos acuerdos sobre control de armas. . . ambos tratados debían estar terminados y listos para firmarlos en la siguiente reunión cumbre, en junio de 1990. El señor Bush no lo explicó con tantas palabras, pero era parte esencial del "entendimiento de Malta" que Estados Unidos ejefcería una gran circunspección en sus palabras y acciones para no volver al señor Gorbachov vulnerable en su país a los ataques de los nuevos "patriotas"

rusos y de aquellos que ya estaban hablando a gritos sobre el hecho de que Gorbachov se "agachaba" ante los yanquis.

Indudablemente, el presidente soviético le informó al señor Bush su programa diciembre-febrero, así como su programación planeada para el resto de 1990, consiguiendo así que lo confirmaran como "nuestro hombre en Moscú". La regla "debemos ayudar al señor Gorbachov" entró en pleno vigor. Pasarían algunas semanas antes de que Vaclav Havel, nuevo presidente de Checoslovaquia, criticara gentil, pero directamente esta actitud occidental. "En Occidente hay una tendencia a personalizar la historia", le dijo Havel a la periodista Lally Weymouth. "A mí me parece que sin importar lo grande que sea la participación de Gorbachov en esto [los cambios en la URSSj, es algo que no existe y cae con su persona". Pero el liderazgo norteamericano continuó de acuerdo con ese principio. "Ustedes tienen un romance con Gorbachov, pero nosotros no lo amamos como ustedes", le dijo un activista lituano a un visitante norteamericano.

Amado o no, Gorbachov siguió adelante con el valor propagandístico de una prometida visita papal a la Unión Soviética y con la ayuda de Juan Pablo para calmar a los católicos de los países bálticos y de Ucrania como resultados palpables de la reunión Vaticano-Moscú del 1 de diciembre; y, después de las resoluciones post-Malta del señor Bush, el "nuevo pensamiento" era definitivamente in. El líder soviético se había asegurado la cooperación occidental en su lucha interior para conseguir esos poderes "zaristas" que necesitaba para tener el control completo de su situación. Gorbachov se había convertido ahora en el elemento clave en el juego final del milenio tal como lo planeaban los líderes occidentales.

Pero para el Pontífice era claro el contraste entre los objetivos de los líderes occidentales y de Juan Pablo. La cooperación de Occidente era otorgada en vista de la meta final de los "Sabios", el "nuevo orden mundial". Juan Pablo estaba llevando adelante la perenne tradición cristiana de aceptar la cohabitación forzosa con el mal, sabiendo que, en general, ningún nuevo orden mundial podría surgir exitosamente que no estuviera basado en el gobierno y reinado de Gristo, y que en esta particular situación histórica, la solución final de las dificultades del mundo se efectuarían a través de la intervención de la Reina del Cielo.

Mientras tanto, una vez más podría haber escrito el verdadero libreto de los logros de Gorbachov entre diciembre de 1989 y febrero de 1990. Los logros fueron fenomenales, el "nuevo pensamiento" que generaban fue tan estimulante para Occidente que una atmósfera casi de Alicia en el País de las Maravillas invadió por un momento la atmósfera internacional.

"Moscú se siente inconmensurablemente más cómoda en la arena internacional que nunca antes", se jactó el ministro soviético de relaciones exteriores Eduard Shevardnacize el 5 de diciembre. Bien podían jactarse él y sus colegas. El presidente Bush se había comprometido a: tener listos los dos tratados -armas nucleares estratégicas, fuerzas convencionales- para

la reunión cumbre de junio, facilitar las reformas económicas en la Unión Soviética y, lo más importante, no estorbar al aventurerismo de la Unión Soviética en Afganistán, Siria, Cuba, Nicaragua, Etiopía y El Salvador.

Los acontecimientos que siguieron a estos comienzos tomaron el aire de Ib inevitable.

Hacia finales de la segunda semana de diciembre, el secretario de Estado norteamericano, Baker, había bosquejado una "nueva arquitectura" construida sobre los "antiguos cimientos" de la OTAN, la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa (CSCE) de 1975-76, y la Comunidad Europea (CE). Estados Unidos, la CE y la URSS se reunirían en junio, en una asamblea de treinta y cinco naciones de la CSCE, para marcar el lugar y la función de una Alemania unificada en esa "nueva arquitectura". Porque una Alemania reunificada sería el casquete del círculo interior de esa "arquitectura", la comunidad occidental de naciones. El segundo círculo incluiría a la Unión Soviética y sus antiguos satélites. El tercer círculo, el más externo, abrazaría todo en un amplio ademán que iría de Helsinki a Vladivostok, en el Océano Pacífico. El señor Baker estaba planeando como Internacionalista, por supuesto. Fiel a esa mentalidad, ahora ¡rabia presentado su así llamado marco dos-más-cuatro: dentro de este arreglo, las dos Alemanias se pondrían de acuerdo en un camino a seguir, que las conduciría a la unificación; luego las cuatro potencias -Estados Unidos, Inglaterra, Francia y la URSS- se sentarían con los delegados de toda Alemania y negociarían los delicados temas de las nuevas y las viejas fronteras y de la seguridad internacional.

Correctamente, el señor Gorbachov habló ruidosamente sobre toda eso. "Nadie tiene el derecho de ignorar el potencial negativo formado en Alemania en el pasado". Agregó que "la Unión Soviética tiene un derecho inalienable de esperar, y la capacidad de realizar los esfuerzos para asegurar, que nuestro país no tendrá que sufrir daño moral o político o económico por la unificación alemana". La excelente combinación de ruidos de sable v rectitud mostraba que Gorbachov veía en esta "nueva arquitectura" ¡c., lineamientos nuevos de su plan geopolítico. "Nuestro leninismo ahora esté purificado y es capaz de alcanzar sus metas señaladas", les dijo a los militar tes de Moscú.

Juan Pablo señaló, en este mismo periodo, que "es tiempo oportuno de reunir las piedras de los muros destruidos" y "construir juntos nuestra cas, común", basada en las "raíces espirituales que han hecho a Europa", pero, que todos los esfuerzos fracasarían si las naciones no terminaban con "1 presencia y difusión de contravalores tales como el egoísmo, el hedonismo el racismo y el secularismo práctico". Su agenda geopolítica siguió siendo'~1 misma porque su interpretación de todos estos acontecimientos no hab'~'' cambiado: sobre una base exclusivamente materialista, ni siquiera todas la: naciones involucradas en la CSCE (las naciones de la OTAN y del Pacto dr Varsovia, más doce naciones europeas neutrales) podrían alcanzar aunque fuera un éxito limitado. Pero de todos modos iban a hacer el intento.

Porque no podía negarse el efecto producido ahora en las mentes Internacionalistas de Occidente. Hasta el calendario de elecciones libres prometido ahora para 1990 era sorprendente para mentes que, durante cuarenta y cinco años, jamás habían asociado un proceso democrático, como 31 de una elección libre, con el Archipiélago Gulag soviético: 24 de febrero, Lituania; 25 de febrero, Moldavia; 4 de marzo, Ucrania; 18 de marzo, Alemania Oriental, Letonia y Estonia; 25 de marzo, Georgia y Hungría; 20 de mayo, Rumania y Bulgaria; 8 de junio, Checoslovaquia, y, para redondear todo esto, las elecciones de diciembre en Alemania para elegir un *Reichkanzler* para toda Alemania,

Los cambios prometidos por Gorbachov comenzaban a aparecer lenta, pero seguramente. En Bruselas, Eduard Shevardnadze se sumó a Estados Unidos para condenar a Nicolae Ceaujescu por la represión de disidentes en Rumania. "Sólo puedo expresar mi profundo pesar", dijo. "Estamos categóricamente en contra del uso de la fuerza". La odiada KGB lanzó un extraordinario esfuerzo de relaciones públicas para reformar su imagen como "sólo un servicio de inteligencia como los que poseen todas las demás potencias occidentales". Pero fue en Lituania que Gorbachov comenzó a revelar su sorpresa más grande.

Ya en febrero de 1986, le había dicho al histórico Congreso del Partido Comunista soviético que "ningún partido tiene el monopolio de lo que está bien", y continuó de manera significativa: "Necesitamos restructurar el aparato interno del Partido, mayor democracia dentro del Partido y una reforma electoral nacional". En junio de 1988, les dijo a sus Soviets: "El papel dirigente del Partido dependerá enteramente de su prestigio real, el cual, en todo momento, tendrá que ser reafirmado por hechos concretos." Ahora, a fines de diciembre, el Partido Comunista de Lituania rompió sus lazos con el Partido Comunista de Moscú y se declaró el Partido Comunista Independiente de Lituania. Era un rechazo directo al Artículo Seis de la Constitución soviética, que garantizaba al PC de la Unión Soviética el "papel dirigente" en el comunismo mundial.

A mediados de enero de 1990, Gorbachov voló a Lituania durante tres días de persuasión, amenaza y argumentación. Estaba bien enterado de la situación. El Partido Comunista local ya había declarado su indepenriencia con respecto al control de Moscú. "Hemos cruzado el umbral y no hay retroceso", dijo Algirdas Brazanskas, primer secretario del Partido Comunista y líder del Politburó. De todos modos, como señaló otro miembro del Politburó lituano, "Gorbachov será derrocado en un año".

Sin inmutarse, Gorbachov desafió a todos los contendientes en las reuniones del Partido y en las calles de Vilna, la capital de Lituania. Sus esfuerzos estaban respaldados por equipos muy eficientes de la KGB, que trabajaron asiduamente para debilitar el sentimiento antisoviético que animaba a los trabajadores, administradores e intelectuales lituanos. En su último día allí, al final de un maratónico debate público de cuatro horas con

los lituanos, un lituano se puso de pie y le preguntó directamente al presidente soviético: "¿Está usted a favor de un sistema multipartidista?" La respuesta de Gorbachov fue totalmente inesperada. "No veo nada trágico en un sistema multipartidista", dijo Gorbachov, encogiéndose de hombros, "si surge de las necesidades realistas de la sociedad y las satisface. Uno no debe temerle a un sistema multipartidista". Era el 13 de enero.

Menos de un mes después, el domingo 4 de febrero, el día anterior a la apertura de la sesión plenaria del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, hubo una reunión muy extraña en la Plaza Roja de Moscú. Era extraña para Moscú porque era la primera reunión de tantas personas -más de 250,000- en esa plaza en más de setenta años. Era extraña para el Estado-Partido porque, como regla absoluta, la ley y la práctica soviéticas prohíben cualquier reunión de más de cien personas en la calle sin permiso oficial, y porque se produjo precisamente para instar al Partido Comunista a que renunciara a su monopolio político en ese vasto territorio. "¡Renuncia! ¡Renuncia!" eran los gritos bajo los muros del Kremlin. "¡Viva la revolución pacífica de febrero de 1990 que ahora se está desarrollando!", gritó Yuri N. Afanasyev, miembro del Congreso de Diputados.

Finalmente, era extraña porque la policía no tomó ninguna acción cuando los compactos miles se amontonaron en la Prospekt Marx después de una marcha de seis kilómetros y medio, ni cuando orador tras orador denunció el status comunista de la URSS y reclamó un sistema político multipartidista. De hecho, Radio Moscú anunció por anticipado esta manifestación. ¡Oficiosamente, esta manifestación tenía la aprobación oficial! "¡No toquen a nuestro Presidente!", advertía un cartel escrito a mano.

Arriba, junto a las ventanas que dan sobre la Prospekt Marx, Gorbachov podía señalar a esos miles; ellos iban a ser sus mejores aliados cuando se enfrentara al día siguiente a los 250 miembros del Comité Central. Nadie tenía que subrayar lo que era obvio: sólo un hombre podía haber enviado la señal que reunía a las multitudes, enmudecía a la policía y daba instrucciones a los medios. "Éstas son fuerzas democráticas", comentó el reportero de la televisión a la hora de las noticias, mientras la pantalla mostraba la pancarta sostenida en alto por los manifestantes: "¡Gorbachov! ¡Estamos contigo!" Para que nadie pasara por alto el mensaje de cambiar-o-morir, en la televisión de la noche la noticia fue seguida por reportajes desde los ex satélites.

Los observadores occidentales tenían una alternativa. Podían considerar las muy recientes quejas de Gorbachov contra un sistema multipartidista y su visita a Lituania como tercos intentos de rechazar un resultado temido. O podían considerarlo todo como un hábil empleo de la presión psicológica para colocarlo a él en la posición del revolucionario francés que justificaba su repentino cambio de lealtad diciendo: "Hice todo lo que pude. Pero el pueblo dirige. ¡Debo seguirlo!"

El lunes 5 de febrero Gorbachov abrió la sesión plenaria del Comité

Central del Partido Comunista de la Unión Soviética. Dejó caer su bomba precisamente al comienzo: el Partido Comunista debe renunciar al poder absoluto garantizado por el Artículo Seis de la Constitución soviética. "El punto capital de la renovación del Partido es la necesidad de librarlo de todo lo que lo ataba al sistema autoritario-burocrático... El Partido Comunista soviético intenta luchar por el status de partido gobernante. Pero lo hará estrictamente dentro del marco del proceso democrático, abandonando cualesquiera ventajas legales y políticas".

Ahora no podía haber duda: el monopolio del PC había terminado. Había pluralismo. El sistema multipartidista sería legal y constitucional. Como para probar más aún cuán lejos podía llegar la de-marxización de la URSS, la plataforma del Comité Central publicada el 7 de febrero contenía una aprobación de la propiedad privada. Esto no sólo era el abandono de la dictadura económica del Partido, era el repudio de uno de los principios básicos de Karl Marx y una evidente adopción del principio sobre el que está construido todo verdadero capitalismo. Sin embargo, el CC no proclamó el principio. Sólo permitía la propiedad privada. El CC también se enfrentaba al acertijo planteado por la propiedad privada en una economía marxista cerrada y planificada: "cómo descubrir una combinación orgánica de métodos planificados y de mercado para regular la actividad económica". Y los redactores de la plataforma hablaban de "una necesidad de un procedimiento en el que la administración económica planificada, centralizada, será ejercida a través de precios, impuestos, tasas de interés, créditos, pagos, etcétera".

Todo esto sonaba como capitalismo en potencia. Gorbachov hizo a un lado con despreocupación las preguntas llenas de asombro de los reporteros, el viernes 9 de febrero: "Estos cambios se han estado produciendo en este país desde 1985". Todo esto era una evolución normal en el proceso democrático soviético. ¿Por qué la sorpresa?

Era un tanto para el "nuevo pensamiento". Todavía vendrían más para sumar seguridad.

El 12 de febrero, los líderes del parlamento soviético votaron en favor de celebrar "una sesión extraordinaria. . . en el futuro más cercano" para votar nuevos poderes para la presidencia soviética. . . el puesto de Gorbachov. "Un poder presidencial democrático sería suyo: mantener el desarrollo estable del país, acelerar la *perestroika,* garantizar su irreversibilidad, asegurar el normal y efectivo funcionamiento de todas las instituciones estatales y públicas en el proceso de democratización, asegurar la ley y la seguridad de los ciudadanos, proteger los intereses de la Unión Soviética y representar a nuestro Estado en la arena internacional".

Éstos eran los poderes absolutos, "zaristas", que necesitaba. Lo que Lenin y Stalin habían acumulado por el derramamiento de sangre, la tortura, la masacre de millones, las mentiras y la propaganda, este Magistral Artesano del Estatismo lo había obtenido en forma incruenta y por un voto

aplastante. Era el tanto número 2 para el "nuevo pensamiento" de Occidente.

Finalmente, como tercer tanto, estuvo la gran sorpresa del 13 de febrero. En Ottawa, la Unión Soviética acordó con los líderes de Occidente que debían comenzar inmediatamente las conversaciones, con un calendario rápido, con vistas a la reunificación de las dos Alemanias en una sola. El significado de esta decisión conjunta era enorme. Significaba que la URSS estaba directamente involucrada en dar forma al futuro de toda Europa, porque, en esa Europa convertida en un todo, la hegemonía económica y el liderazgo dinámico residirían en una Alemania reunificada bajo condiciones garantizadas por la URSS. Significaba, aun en el corto plazo, la disminución de la hegemonía norteamericana, y eso también en un sentido militar, porque nadie era tan tonto como para no darse cuenta de que Alemania se rearmaría, quizá dentro de una fuerza europea, quizá no. También colocaba los cimientos para el surgimiento de un antiguo sueño: la Alianza Nórdica, o Alianza Ruso-Alemana. Gorbachov, como líder semejante a un zar, tendría una inmensa influencia sobre todos esos procesos.

En el "nuevo pensamiento" ahora predominante en las capitales occidentales, todas las principales políticas y actividades gubernamentales estarían orientadas hacia la reunión de junio de las treinta y cinco naciones y a la cumbre Estados Unidos-URSS más o menos en la misma época. Estados Unidos y sus aliados estaban decididos a "ayudar" al presidente soviético y a evitar darles a los enemigos de él cualquier asidero con el que derrocarlo.

Se le dio carta blanca a Gorbachov para que fijara la fecha de la próxima cumbre Estados Unidos-URSS cuando más le conviniera políticamente. Tampoco enfatizó el secretario de Estado Baker, de ninguna manera, la objeción norteamericana a que la URSS enviara una dotación de nuevos Mig-29 a Cuba y a la India. No reiteraría públicamente la insistencia de Estados Unidos sobre la independencia de los tres estados bálticos. Tampoco se diría una palabra sobre los treinta millones de minas terrestres sembradas por los soviéticos en Afganistán. Pues el "nuevo pensamiento ordena a Occidente facilitar tanto como sea posible la declarada meta del señor Gorbachov: terminar con el gobierno totalitario del Partido Comunista. Es por esto por lo que muchos hablarían más bien de conspiración entre Estados Unidos y Gorbachov que de "nuevo pensamiento" de Estados Unidos con respecto a la URSS. Muchos más van más lejos e insisten en que la motivación de Gorbachov es el leninismo básico, y que detrás de todas las sonrisas y las concesiones a la democratización, ahí permanece una mirada fría, calculadora.

"La imagen occidental de que Gorbachov es democrático no es correcta. . . Gorbachov está jugando con Occidente en la forma en que un gato juega con un ratón. . . Es un realista que vio el precipicio de la decadencia V de la destrucción, y se apresuró a volverse hacia Occidente para evitar una explosión en su propio país", previno Bronius Genzelis, de Lituania, miembro del Congreso de los Diputados del Pueblo (el nuevo superparlamento que Gorbachov ha creado en Moscú).

De todos modos, al final de este hábil asalto de estadista geopolítico de Mijaíl Gorbachov, quedaba el hecho de que las excitadas mentalidades de las naciones habían aceptado, predeciblemente, la postura de reacción con la que él había contado. "El Occidente no se da cuenta plenamente que los soviéticos no han ganado la tercera guerra mundial, la guerra sin armas [por la victoria económica]", dijo Vytautus Lansbergis, líder del movimiento lituano por la independencia, Sajudis. "Por el contrario, se han desplomado. Pero están hablando de condiciones de paz como si hubieran triunfado. El occidente le habla a Gorbachov como a un igual".

Eso resumía expresivamente el logro de Gorbachov. En lugar de quedar relegado para cocerse en su propio jugo local soviético, él y su URSS eran ahora bienvenidos al juego final del milenio.

La satisfacción soviética era casi oleaginosa. El ministro de Relaciones Exteriores Shevardnadze echó una mirada hacia los días de la Guerra Fría cuando Stalin predijo una "victoria inevitable" para el marxismo y Nikita Jrushchov le dijo a Occidente "Los enterraremos". Para ser franco, Shevardnadze les dijo a sus colegas occidentales en la reunión de Ottawa de mediados de febrero, "nuestro país pasó demasiado tiempo luchando con el dilema de la verdad versus la felicidad". Los soviéticos, dijo, habían pensado que debían "preferir la ansiedad de alguien que conoce la verdad" -que la revolución proletaria triunfaría-, "y no elegir la tranquilidad de aquellos [el Occidente] que la ignoran". Pero, prosiguió magnánimamente: "Hoy nuestro país está enfermo. .. Nos convertiremos no sólo en un país grande y fuerte, sino en un hogar genuinamente acogedor y civilizado para hombres y mujeres. Un Estado así tiene que sobrevivir". Como un mea culpa, éste chorreaba engañosa santurronería, que, bajo circunstancias normales, hubiera sido recibida en Occidente con ataques de risa y rechiflas de "¡Hipócrita!" Pero en el "nuevo pensamiento", esto era música para los oídos occidentales.

Saldrían más cosas del parlamento soviético, ese febrero. El grupo de trabajo parlamentario, el 21 de febrero, apareció con un proyecto de ley que le daba al presidente Gorbachov nuevos y extensos poderes sobre las ramas legislativa y ejecutiva del gobierno: el poder para pasar por alto al parlamento, el poder para pasar por alto al Politburó, poder sobre el Ministerio del Interior, la KGB y el Ejército Rojo. Poder absoluto, en otras palabras.

El nuevo presidente de Checoslovaquia, Vaclav Havel, proporcionó un golpe final y efectivo en favor de "ayudar al señor Gorbachov" y, en consecuencia, en favor de la dedicación norteamericana total al juego final del milenio. En su estilo infantil, casi de santón, el ex escritor de obras de teatro se dirigió al Congreso de Estados Jnidos el 21 de febrero. Es dudoso que, al terminar, hubiese dejado algún disidente en las bancas.

ap 9ueojao eAlloadsjad el jod sepeu!wnj! a'sewap sol sopo, ejed uóioeliox a
A pepanou ap seuall ueisa 066 L ap seuewas sejawud set anb seiluaiw

·sauo!oeu set ap pepa!oos el ua
eMs el uoo Opyes eq es 9JOye elsgH ·ofpoBai ow!liaal ap sauo!oelsaj!ue w
saluejagnxa uoo ojad 'i s 'pep!l!nbueil aua!1 AoLpegjoD riel!" *opelsa uis
ÁjeBall e ow!xgid'„saiopelegeil sol ap osi9Jed„ lap uoulpe owoo'op!IJed
¦ap lesJeA!Un empelo!p el ap einionjlsa el e asieisnle eied -joualul ouasip
A uq!o9Jooap ap 0619 jod ep!n6as 'epunjoud eza!dw!l eun ez!nb- sauo!oe1
-depe seood Anw ejei!saoau uq!oonjlsuoo ua ejoge eo!i)lodoa6 eseo e I
·saleualew sezjanj ser ap eo!logle!p alq!is!saju! el ofeq ejiBins aluawein5es
anb uaajo soulnua6 sels!xjew sol sopor anb pepunUodo el eJ@A lá OJUGW
-ow ja!nbleno ua 'ein6 ol anb znl el V aluasajdiuwo A epunjoid 'e1aldwoo
'eiiadsa 'ejes leluappoo einilno el ap eue!oswei6 uóioejlauad el ·uolooeaj
ap eÁ'a1uepao0 ap einlsod el a!onpuoo ejed -uóiooe el ap alu@Be ledpuud
owoo eluewenanu- asieinlu@Ae ejll!wjad al „oiua!wesuad onanu„ la apuóp
elseq ejugnosap AogoeqjoE) peh"1 'olioo aluaweA!lelaj odwa+l un u3

opuaM~lsuoo elsa as anb eseo el ap
oyoal la ofeq aluawle!o!lo ope!6ola A opejope ejes ou 13 «so¡(] ap eiouap!A
-oid el ap apuedep oi!xq la anb uejaoouooaj ou soueuo!slA sol 'osen a,sa
u3 ·olew eje anb ol A ouanq eje anb ol ap ep!paw owoo e¡Ajas 'opelanaj eq
el olsuj owoo ¡el 'lejow Aal el ooodwel ,,opewe aq so oA owoo 'soilo sol
e soun sol soewy„ ap ou!A!p oldaoaid le e!oualpago ua opueaueld egelsa
es OISO ap epeN ·sows!leuopeu sol ap owsi0BU!f la A se1s!u!Aneyo seióoloap!
ser ap sopeoialle sol zoA ueijpual ou eA ogoa¡ oAno ap ofegap eo!lilodoa5
e.rnlanjlsa eun ap oiluap opoi - . .saoilaj A salgepnles sew seuoioelgod
'eu!luadaj ugponjisap el ap ezeuawe el e oloadsaj uoo peiiaq!i sew 'salgel
-sa sesiAip sew 'oiojawoo sew 'sopejnloelnuew saualq sew 'pepuadsad
sew 'zed se" ·e!ujopl9Z) ap eoipoed eisoo el A 'e!snb ua 'salero sol ajlua seo
-!ueaoo sen6e set opue6GAeu A sa1e1uawluoo sCJaaii ser opuednoo ,soadojna,
ap sauo11!w 009 ap JopapaJle ap'AogoeqjoD ap „unwoo eseo„ el e epeijooaa
A epe¡depe A epelsnfe ops eigeq ,aluap!ooo ap so!geg„ sol ap eajlilod
-oa6 uó!s!A el '0661 ap OJ@JgaJ ua 'OUJ@!/\U! lap saluu!; seip sol ua 'isy

opueq epeo e aluawalq!ls!sajn
ueeile anb sauo!s!A ser ailue leo!pei elouajapp el ua asieosnq eigap'oiual!w
¦ap leuij oBanf lelel la ua soauejodwaluoo saiop!ladwoo sns A sanell set
ap Jopaasod la ailua e!ouajapp esa ap aluan1 el A'eluawepelJaoe opeluoo
eigeq AogoeqjoEJ lief!lN anb el uoo uo!ooeaj ap einlsod el aluawalgpap
-aid A alua!pago opeldaoe ueigeq (solqand sns solfa uoo A) aluapoo0 ap
sajapl sol 'sew z@A eun 'anbjod ·olged uenp ap aluajappu! !seo pep!¡inbueAl
el uoo aiseiluoo ue '1q ap pep!pgeq el ap se!ouanoasuoo ser ua sep9Jonlonu!
ejoge 'sauo!oeu se¡ ap sapep!leluaw sepel!oxa ser uegepanb 'AOgoeqjo9
pef!W ap aijed jod oo!lilodoe6 elslpeisa aluelluq ap o!o!oiafa alsa ap leu!~ ld

joluapad A iopeajZ) 'soi(] ap seinleuo ser sopor ailue leinleuaigos ozel
un eje ajgwoq lap e!l!wej el 'elAl!oM eded la ejed 'uloourl wegejqy ejed
¦angH eJed -eo!lilod el A uq!onlona el 'eo!lqua6 el ap opellnsaj la eje aagwoi.l
¦ap e!l!we; el 'sopa eJed -pep!u!A!p el ap e!ouajalaj ap ooiew lap ouuap olsa
opol ueijeooloa pepleaj ua anb soljanbe ap ojawnu le olueno ua oo!ldgosa
ela!luas as ows!w 13 *o!ual!w lelo leu!; oBanf la e!oeq selieluauo e gpnAe A
saluew segonw ua „olua!wesuad onanu„ la gqejó osinoslp ns'epnp u!g
asa ueia!An1

so!ieluawgo sns anb eja!p!dw! sop!un sopels3 ap A eoodq el ap alueu!wop
ows!jelnoas la enb -aluaweaueluawow souaw ol jod- opeluawel jageq
agap osad jaoey anb elgeq anb ol eje ou anb eiges 19AEH'seouelsunono set
seped -¦3 ap eu!A!p znl el A epnÁe el 'uq!o!puaq el uejaip!d A só¦!4 e uejejauGA
¦ueaell!pójje es enb olopuegonosa uegelsa enb osajBuoj lelo sagwalw sol
sopor e EJE¡!AU! langH anb 'lelo¡ ezenbuej; el jezueole ejed'egeilel olós
·„ol!xq !w 'eluedwoo !w 'sied

¡w 'e!llwe; !w e jouadns oBle alue pep!l!gesuodsaj 'pep!l!gesuodsaj el sa
'sal9Jow gas e ueA !s'sauo!ooe sejisanu sopor ap eu!nua6 lejgalr9A euwnloo
eoiun el anb japuajdwoo ap saoedeou! sowos eJAepol„ ·o!pawai la oÁeagns
op!wil A opemasaj ajgwoq alsa 'oBan3 -„eiwouooa el A e!oualo el 'eoiljlod
el anb salue pepleaow el jauod owoo sowages ou eJAepol„ -led!ou!jd
epuaaeo el ua opap la osnd oBan·l · aluaweuajas IaneH oflp '„jas onsanu ap
eialsa el ua L>Jejofaw epeu'euewnq e!oua!ouoo el ap ejalsa el ua legol6 uó!o
-nlonaj eun uiS„ ·ao!pluod lap la owoo oA!loaja uel jelnoas afenBual un ua
A . . . ug!oenl!s el alue olged uenp eded lap eAJas9J epunjoid el jofacu opesaid
-xa jageq eupod a!p9N -jepiooaa uegel!seoau anb joloel wlo eigeg 'uó!oew
-!¡se ns ua 'osad o!u@p w ¦ap leu!l oBanf la ue eueo!jawealjou uó!oedpllied
el ap A ,olualwesuad onanu„ lelo 'sapepan6!gwe u!s 'ejelo uq!oegojde eun
:no eqeasap e!oua!pne ns enb ol opol ogo!p eigeq IaneH'seinlle sesa V
.„epejoowap el e!oey 'opeo!ldwoo aluawes

-uawu! ojad 'alq!sjanaan ou!weo ns ua eo!lq!AOS uó!un el e uepnÁe !s 'opol
aigos 'soujepnÁe uapand sapaisn :ep!A !w epo, op!s eq owoo eo!lopeied
ue1 se eisandsaj !W ¿sopun sopeis3 Aoq soujepnAe apand owó:)?„
·aagwoq

¦ap e!l!we1 el jeajo e A - ·pepielod!llnw ap eje eun e ieilua uenl!waad
sou soueuo!onlOAOJ so!quieo sols3 ' ' .epuapuadapu! el A eioejoowap el
epeq ou!weo un opueosnq uelsa sauopeu sejisanu A -opueuojowsap elsa
as 'sal!l9les sns ap eijoÁew el ua owoo lse 'eollq!AOS uó!un el op o!ieiyeloi
ewa,s!s la„ eioge ouad ·„sabed solo ua op!p!A!p leuasie awjoua A ojos
un ua oili!Auoo as edojn3 ... jels!nbuoo ueinp!oap sied qnb A sáluewago6
sns e elj'ujnoo sal es enb owlxgjd ol eras qnb eiges a!peu enbjod alua6 el e
sell!pesad egeoonojd al oluawepeo!;!lsnf anb sied un eje - * · eo!iq!AoS ug!un
el 'ie!punw eaiang epunBag el ap sgndsaa ... ajgwoq lap eil!we; el gwell
uloouí-¦ aiuap!saad uej6 a,sanA enb ol jeajo sowajpod 'sowe xa A sonelosa
xa'souanbad A sapuej6'swlosou sopol anb el ua eje eun e sowealu3„

una mayor armonía y homogeneización de los objetivos existentes dentro de la URSS y en Europa, Juan Pablo permanece aparte. Está tranquilo en su inconmovible confianza y esperanza, aunque siempre repite su mensaje fundamental: el pecado capital del hombre contra el hombre no es principalmente el fratricidio del cuerpo, sino el fratricidio del espíritu. La única manera de evitarlo es por medio de una total conversión a Dios.

Emprendió un viaje de ocho días (del ?-5 de enero al 1 de febrero) a través de cinco empobrecidos países de África Occidental: Cabo Verde, Guinea-Bissau, Malí, Burkina Faso y Chad. Fue la imagen invertida de su viaje a Escandinavia durante los días de la primera embestida diplomática de Mijail Gorbachov contra Europa. Allí, hablando entre personas dedicadas a la "buena vida", paternalmente advirtió, tanto a Gorbachov como a todos los europeos, que su actual propósito principal -básicamente en sus negociaciones- debía ser revivificar el espíritu y la creencia en Dios como la fundamentación viable de la "nueva Europa" y el "nuevo orden mundial" que el señor Gorbachov predicaba y ellos imaginaban.

Aquí, en el cinturón de la pobreza y de la desesperanza de África, sus ojos miraban hacia el norte, a las capitales de Europa y América del Norte, y hacia los diplomáticos, agentes, ministros de Estado y emisarios que iban de un lado al otro realizando tórridas negociaciones. Esta pobreza de África, dijo, "es una herida abierta... ¿Cómo juzgará la historia a una generación que, teniendo todos los medios para alimentar a la población del mundo, se rehúsa a hacerlo, con indiferencia fratricida? ¿Qué clase de paz pueden esperar los pueblos que no ponen en práctica el deber de la solidaridad?"

Tuvo especial significado su afirmación, hecha ante los gobernantes promarxistas -Aristide Pereira de Cabo Verde, Joáo Bernardo Vieira de Guinea-Bissau, Baise Compaoré de Burkina Faso-, de que "el neocolonialismo, presentado bajo el disfraz de la cooperación, es un mal que la Iglesia no puede aceptar". Se refería indirectamente al marxismo africano, que es nada más que un flojo tejido de lemas y metas sociales. Se refería directamente a la camisa de fuerza de la ideología que animaba a Gorbachov y que ahora obtenía una estrecha cooperación de Occidente. "Está el colonialismo del territorio", había dicho durante su visita a Burkina Faso en 1980, "pero el colonialismo más pernicioso es el del espíritu".

Pavel Negoitsa, un reportero del periódico sindical soviético Trud, y el primer periodista soviético que participó en un viaje papal, escribió que este Papa "es una gran fuerza moral" y que su método era parecido "a las continuas gotas de agua sobre una piedra", esta vez, "la dura piedra de la opinión mundial". Finalmente, esa piedra se "desgastaría" y se "rendiría". Pero Negoitsa no podía explicar esa constancia en la conducta del Pontífice.

Para Juan Pablo, la rueda de los procesos internacionales ha hecho que la mirada de los hombres se vuelva definitivamente hacia esa porción del globo (Europa Central y el territorio occidental soviético) donde, Juan Pablo está convencido, tendrán lugar los acontecimientos que fundarán al verdadero nuevo orden mundial, sorprendiendo infinitamente más a hombres y mujeres que los acontecimientos de 1989-90. Inmensamente seguro en su fe como "el completo esclavo de María", pudo contemplar el 13 de febrero de 1990 como un día de confirmación de su fe y su confianza. El día trece de cada mes era y es su día preferido para su patrona de Fátima.

Ya sea celebrando la misa en Oslo, o besando a niñitos en la clínica de leprosos de N'Djamena, en Chad, o consolando a una vieja pareja en una choza miserable de Ouagadougou, en Burkina Faso, o parlamentando con el Amo de Todas las Rusias en su biblioteca vaticana, Juan Pablo permanece firme en su propósito y en su confianza. Ni el secularismo de Occidente, ni el leninismo de los soviéticos, ni el neomarxismo de los chinos, alterarían o podrían alterar eso. Porque se han establecido los esquemas para el juego final del milenio. La sociedad de las naciones quedó encerrada en un rumbo fijo que conduce al choque final entre las dos visiones geopolíticas: la del Cielo y la de los hombres recurriendo a sus propios medios.

25

El juego final del milenio

Así, antes de que se iniciara una nueva primavera en 1990, estaban formados y fijados todos los esquemas para conducir los asuntos de las naciones en el futuro previsible. Ahora, en estos momentos finales del segundo milenio, el viejo juego de todo-o-nada entre las dos superpotencias y sus partidarios había terminado, para todos los propósitos; su gran y decisivo juego final había comenzado de verdad.

Durante el juego del todo-o-nada, en todas partes, tal como Juan Pablo había analizado la situación, había muerto una generación entera, otra había nacido y había pasado la madurez, y una tercera acababa de nacer. Era una competencia de sube y baja, o, si lo prefiere, un tira y afloja iniciado por los sueños utópicos de un Lenin y un Stalin, fomentados por sus secuaces en muchas tierras, y animado por el principio del fratricidio. "Los enterraremos", había gritado Nikita Jrushchov, golpeando el escritorio con su zapato, en las Naciones Unidas.

Durante cerca de setenta años, el bienestar y el progreso, así como el sufrimiento y las dificultades de todas las naciones, habían estado encuadrados en los patrones del sube y baja trazados por la variable fortuna de las dos superpotencias. El Occidente representaba ciertos valores básicos: libre empresa, mercados libres, libre comercio, todo alojado en instituciones políticas libres; la primacía del individuo, social, económica y políticamente; la creación de la riqueza, no su mera distribución o redistribución, como la meta del orden económico. Pero otro valor más regía la mente norteamericana en particular: un sentido de su responsabilidad como la única potencia capaz de involucrarse en ese tira y afloja, la única potencia capaz de contrarrestar al adversario soviético.

El aseguramiento de la paz general se definía estrictamente en términos de un enemigo fratricida. Paz era la capacidad de desalentar los deseos letales del enemigo. Cada bando intentaba pesar más que el otro en el juego de equilibrio. Pero ninguno triunfaba realmente, porque ninguno lograba montarse a horcajadas sobre el centro y controlar los dos extremos. De una manera u otra, todas las presiones y tensiones experimentadas por las naciones, así como sus éxitos y seguridades, resultaban de las cambiantes victorias, hacia atrás y hacia adelante, del implacable tira y afloja entre los dos gigantes competidores, quienes estaban dedicados, ambos, a arrastrar finalmente al otro, pateando y peleando, pero cautivo, a su propio terreno.

Eso estodo lo que esas generaciones habían conocido. El suyo había sido un mundo de un peligroso balancín, de un letal tira y afloja. El valor y la seguridad de sus vidas como naciones llegaron a medirse a lo largo de la gran división entre los dos contendientes.

Entre las olas sucesivas de Guerra Fría, deshielo y détente, corrían las vacías gentilezas de las interminables conversaciones sobre desarme, las recriminaciones mutuas, el ocasional derramamiento de sangre, las recurrentes expulsiones de diplomáticos "ojo por ojo", por "conducta poco diplomática", porque el otro bando acababa de hacerlo mismo, los horrorosos "espectáculos secundarios" de Vietnam, Afganistán, Nicaragua, Namibia, Etiopía, y, manteniéndose encima de todo esto, el temor de un súbito holocausto nuclear.

Coronando este proceso de desgaste, estaba la presión constante de todas las naciones para hacer una elección, para tomar partido, o para permanecer neutral. . . lo que cada bando calificaba como una manera disimulada de optar por el otro bando. De ahí esas horribles coordenadas "Este-Oeste" y "Norte-Sur", que Juan Pablo fustigaba. Era la peor de todas las épocas, tanto así que el mejor consuelo que se ofrecía era que por lo menos se estaba evitando la tercera guerra mundial. "No hemos tenido una guerra mundial importante durante más de cuarenta años", era el comentario. Como si eso fuese lo mejor que pudiera esperar el hombre.

Muy recientemente y muy repentinamente, terminó este agotadorjuego global. Increíble, pero realmente, terminó. Ya no había contrapeso en el balancín, ni tensión alguna en el tira y afloja. Nadie podría explicar precisamente por qué, de manera satisfactoria para todos. El razonamiento y la fantasía rivalizaron para explicar el cambio repentino.

Los dos contendientes principales han decidido converger; buscar, identificar yampliar toda posible área de cooperación, colaboración y participación; extirpartodas las endurecidas verrugas del odio y la desconfianza que han estropeado los rostros que se mostraban entre sí; crear la confianza abriéndose mutuamente sus procesos parlamentarios, sus medidas de defensa y estratégicas; establecer una unidad de propósito y de acción en varios sectores científicos y humanitarios; introducir entre sus pueblos formas de vivir, de aprender, de comprender y de juzgar que no puedan etiquetarse

como típicamente norteamericanas o típicamente soviéticas o rusas, pero que merecerán ser descritas como humanas y comunes a ambos. Porque sólo así se puede comprenderlo que está diciendo hoy el liderazgo a ambos lados de la verja.

La decisión de buscar esa convergencia y los pasos concretos ya dados en esa dirección bosquejan el carácter básico de este nuevo juego de las naciones: habrá jugadas por parte de una nación, luego las jugadas de seguimiento por parte de la otra. Luego, la creación de nuevas relaciones y fuerzas recíprocas, posibilitando y provocando posteriores jugadas de parte de cada jugador, ytodo esto intencionadamente dirigido a alcanzar la convergencia. Cada vez que se da un paso hacia adelante, el pie debe apoyarse en un cuadrado de confianza ya confirmado. El principio públicamente anunciado por el presidente Ronald Reagan sobre su confianza en Mijaíl Gorbachov, ha sido elevado a principio universal: "Confía, pero verifica". De ambos lados.

Claramente, esto también es un juego final. No tanto porque su comienzo marque el fin del juego a todo-o-nada que atormentó a la sociedad de las naciones durante dos generaciones. Principalmente porque, en este juego nuevo, las naciones están escribiendo una coda definitiva a lo que ellas han sido, como sociedad, durante la mayor parte de este segundo milenio que ahora se acaba.

Su fin, para el que apenas faltan diez años, será la señal de despedida a un sistema de naciones de la sociedad humana que, en sus peores paroxismos, casi había decidido cometer suicidio -por una completa masacre industrial de millones de seres humanos o en un horno nuclear-, y, en el mejor de los casos, permitía alas naciones aguantar el aburrimiento mortal de una contienda perpetua, porque algunos saboreaban la dulce victoria y el resto vivía con la esperanza de la victoria. . . como si eso fuese lo mejor que el hombre pudiera hacer por el hombre.

Pero, en altas esferas, no hay ilusiones sobre la naturaleza de este juego final. El corazón del mismo reside en la competencia. Todavía es un arreglo de todo-o-nada. El Occidente no ha renunciado a ninguno de los valores básicos que ha defendido y propagado durante los últimos setenta años. El Este soviético no ha renunciado a su meta utópica; pero, bajo la presión de circunstancias inalterables, el liderazgo ha decidido adoptar un camino diferente hacia esa meta. Ambos han estado de acuerdo con condiciones que significan, en efecto, que uno u otro predominará finalmente, y que al final enterrará al otro sin los horrores de una guerra a tiros. La conversión gramsciana del leninismo preserva el centro ardiente del mismo.

No hay ningún miembro normalmente consciente y normalmente bien informado en los varios centros pie poder y de cabildeo de los diferentes intereses del "Este" y del "Oeste" que no haya reconocido el efecto termina! de este juego final, aunque pocos pueden imaginar fácilmente esa planeada sociedad de las naciones en la que estarán eliminadas las actuales diferencias

aceptadas que marcan a todas las naciones. Y algunos lo encuenti an ternible, hasta horroroso. Nadie espera que el orden mundial evolucione hasta combinar lo mejor del leninismo ydel capitalismo, como podría decir un optimista. No es posible ni un capitalismo "leninizado" ni una versión capitalista del leninismo. Tampoco nadie conoce, con seguridad, los factores que precipitaron el fin del viejo juego y, en un cierto sentido real, impusieron el juego final con tal facilidad y con tal rapidez, dictando las nuevas reglas, hasta fijando el programa. El juego final sigue un nuevo calendario.

Todos reconocen un hecho sobresaliente: este cambio repentino, aparentemente benigno, comenzó casi simultáneamente con el acceso de Mijaíl Serguéievich Gorbachov al puesto de poder supremo de la URSS, y con su meteórico ascenso como la personalidad dominante y el catalizador fundamental de la vida internacional.

Desde el comienzo de su pontificado, Juan Pablo ha estado hablando incesantemente sobre la convergencia de las naciones. Él tenía s la vista el juego final diez años antes de que los demás hombres lo enfrentaran; y, para dolor suyo, ha sido visto muchas veces en Occidente como un hombre del Este, y por muchos del Este como un hombre de Occidente. De ninguna manera frenado por esa comprensión equivocada, Juan Pablo hizo girar el éxito de su pontificado sobre lo que era y todavía sigue siendo una apuesta relativa al actual juego final. Dotaría a su papado de un perfil internacional y, como Papa, se movería entre los líderes mundiales y las naciones, reivindicando una posición para sí mismo como un líder especial entre los líderes, porque él planea surgir de esa competencia como el vencedor.

Alcanzó su objetivo inmediato. Logró el perfil papal de alta definición internacional. Era el primer paso en su juego. El segundo paso ha sido más azaroso, pero está íntimamente ligado con el primero. El esfuerzo gigantesco que ha realizado en el plano internacional no ha sido alcanzado ni siquiera a medias por un esfuerzo de su parte para detener el deterioro de la estructura de su Iglesia, que se da año tras año. No ha habido una genuina política para revertir la vergüenza actual de su Iglesia, concretamente, la lenta, pero segura transformación de esa estructura católica en una cosa sumamente no-católica, una versión deformada, coja, con cicatrices y enferma de lo que era hace veinticinco años.

Sus energías, sus intereses, su tiempo y su talento han estado casi exclusivamente preocupados por el juego final. Y, ahora *que* éste ha comenzado en serio, más que nunca su concentración se enfoca en los patrones que están emergiendo y en el maestro de magia, Mijaíl Gorbachov. Porque la apuesta de Juan Pablo va a cuestas del gorbachovismo.

Ese juego final, al que el gorbachovismo ha obligado a entrar a todos, llegó como un alivio para la generalidad de las personas en todas partes.

En el "Occidente", donde hombres y mujeres han llegado a tener el alma fatigada de incesantes rondas de tensiones, deshielos, rearme, choques armados e interminables temores. En el Este, donde cada promesa del

marxismo-leninismo ha sido remplazada por su opuesto: la prisión de la mente y el cuerpo en lugar de la libertad, hambre en lugar de abundancia, trágico atraso en lugar de progreso, inef¡ciencia en lugar de alta eficiencia, una sociedad agobiada por el privilegio en lugar de tener igualdad, desesperanza en lugar de esperanza.

En el Oriente ya no tan Lejano, cuya comida, lenguas, religiones, guerras, refugiados, se han convertido en noticia diaria para la señora Calabaza, don. dequiera que esté. En el hemisferio occidental, donde, allá en el norte, hombres y mujeres finalmente se están cansando de su rutina que tiende, incesantemente, a producir una ratonera mejor; y donde, allá en el sur, hom. bres y mujeres están comenzando a sospechar que no hay una salida humanamente aceptable de los pantanos de la impotencia económica y de los nacionalismos ineptos. Los miserables del mundo ahora saben cómo vive la "otra mitad"; y la "otra mitad" no sólo ha perdido su energía, sino que está atrapada en su propia retórica de desafío.

Esta masa de tensiones en espiral tenía que terminar; y mientras que el comienzo del juego final fue una sorpresa, en todas partes hombres y mujeres lo están tomando a bien. Es como si supieran que tenía que haber una forma de salir del callejón en el que los había cercado el proceso leninista y ese proceso de los Sabios de Occidente, la payasada amoral del crudo capitalismo que jugaba con el medio ambiente humano y con las vidas de millones de desamparados del Tercer Mundo, quienes se apartaban del apoyo de sus antiguas tradiciones porque habían sido conducidos, por esperanzas vacías y falsas promesas, a consagrarse a los nuevos dioses de la eficacia económica.

Ahora ya por bastante tiempo, y durante un apreciable periodo antes de que el gorbachovismo se convirtiera en un catalizador dentro de los asuntos internacionales, Juan Pablo se ha enfrentado resueltamente a los acontecimientos inevitables y a los acompañamientos del juego final.

Por cierto, la anteriormente segregada sociedad de naciones calificada como el "Este", está siendo penetrada por la tecnología, el *know-how* de los negocios, las habilidades gerenciales del "Oeste", junto con la llamativa panoplia de símbolos que anuncian las bondades de Big Mac, Kentucky Fried Chicken, chocolate Nestlé, champaña francés, ropa y vinos italianos, y medicinas alemanas para preparar uno mismo.

Pero la penetración de Occidente por parte del Este, aunque incluirá algunos bienes de consumo selectos, y cierta panoplia de símbolos de la buena vida dei Este (sin duda, adaptados a los gustos norteamericanos Y europeos), será de un tipo más profundo. Tendrá lugar en el nivel donde se entremezclan la cultura y el espíritu humano, y donde se moldean las sensibilidades humanas a través de la silenciosa operación de las ideas y de los juicios básicos acerca de la condición humana. Porque esta penetración tendrá que realizarse por la convergencia planeada de mentes y voluntades.

Occidente, ya profundamente secularizado, va a converger en ese nivel tan importante con las mentes y las culturas ya impregnadas con el secularismo, oficialmente alimentado, de la patria leninista, y -de esto todos pueden estar seguros- bajo la vigilante supervisión, la hábil manipulación y el experto monitoreo del Estado-Partido. Sería tonto de parte de cualquier estadista o político de la Europa de los noventa, con el gorbachovismo en pleno vigor, no darse cuenta y no actuar de acuerdo con el hecho de que la penetración política y el control de Europa, en sus instituciones continentales así como en sus legislaturas individuales, es la meta clave del gorbachovismo. Juan Pablo debe asistir ahora a la penetración y al control soviético, y es impotente para impedirlo. El fantasma de Gramsci revoloteará en forma triunfante sobre la marxización de la cultura política europea y sus primeras instituciones continentales.

Porque Juan Pablo pudo predecir, ya en 1988, que los partidos eurocomunistas de Europa (de Italia, Francia, España, Alemania, Bélgica) serán aceptados y se les otorgará un status igual en la CEE, así como en las demás instituciones europeas. Con el nacimiento de las alianzas políticas entre comunistas ysocialistas a niveles nacionales, el Parlamento Europeo sería una realidad. Bajo los planes gorbachovistas de "liberalización" para los satélites soviéticos de Europa Oriental, y a raíz de su propuesta de 1989 (él no solicitó, propuso) de que por lo menos esas naciones orientales, si no la propia Unión Soviética, fueran admitidas en la "casa común europea", Europa, desde el Atlántico -o por lo menos desde Calais en el Canal de la Mancha- hasta los Urales rusos sería, en breve tiempo, una Europa socialista, cuyos legisladores deberían su lealtad final a la Unión Soviética y cuyas funciones ejecutiva, legislativa y judicial estarían ocupadas por hombres y mujeres de la misma marca ideológica. Cuando el primer ministro griego Andreas Papandreou anunció el 28 dejulio de 1989 que "nuestro partido socialista y la izquierda (los comunistas] deben tener la oportunidad de gobernar al país democrática, progresista y patrióticamente", estaba leyendo sabiamente la inscripción en la pared que indicaba hacia dónde irían la política griega y la europolítica.

Esta planeada penetración de la europolítica irá de la mano con la "liberalización" y la "democratización", controladas por Moscú, dentro de los satélites soviéticos. Tanto la "liberalización" como la "democratización" serán introducidas a través de los partidos comunistas, a través de la cooperación de individuos particulares que fueron plantados "profundamente" por los soviéticos en organismos supuestamente antisoviéticos, y a través de los planes clandestinos de la KGB. Cudlquier aparente "liberalización" y "democratización" dentro de la propia Unión Soviética será conducida por los mismos medios: todas las instituciones estatales coordinadas por la KGB.

Juan Pablo, asícomo algunas otras personas, se ha enterado de que a los estadistas, políticos, analistas y pensadores occidentales les resulta casi imposible imaginar que los movimientos disidentes, como el de Alexander Dubcek de 1968 en Checoslovaquia, los movimientos de Solidaridad y de KOR

en la Polonia de los ochentas, el de Sajarov y otros movimientos disidentes rusos dentro de la Unión Soviética, siempre han sido, ytodavía son,formados, guiados y controlados por el aparato del PC. Muy pocos contemporáneos están familiarizados, en el Occidente, con la minuciosidad que siempre ha caracterizado al proceso leninista.

Por lo tanto, Juan Pablo, desde 1988, ha tenido que vivir con el conocimiento de que tanto Estados Unidos como Europa Occidental están ahora atrapados en los inicios de un abrazo político cuyo único propósito es controlarlos a ambos, y así volver inevitable el aprovechamiento de su poderío económico para consolidar un verdadero imperio leninista.

El tercer paso del juego papa¡ involucra, por supuesto, a Gorbachov y a su URSS, pero no como elemento clave.

Ése es el misterio de la divina providencia, en la que cree firmemente Juan Pablo y de la que depende totalmente el éxito brillante c el fracaso miserable de su juego papal. Considerado prácticamente, el éxito de su participación papal en el juego final depende de un acontecimiento cuyo momento y ocasión él es impotente para determinar, y la naturaleza del cual no puede influir ni modelar de manera alguna. Sin ese acontecimiento, será impotente precisamente en el momento cumbre del juego final. Respaldado por ese acontecimiento, no puede sino emergercomo el hombre más poderoso de su época.

Pero el precio que tiene que pagar está lleno de amargura para él.

De3de el punto de vista del estricto catolicismo romano, es una perspectiva desoladora en el corto plazo. El grueso de los eclesiásticos (obispos, sacerdotes, cardenales) y las vastas masas de laicos de Europa y del continente norteamericano, ya están enajenadas de ese estricto catolicismo, ¡¡armándose a sí mismos "católicos sin los romanos" y miembros de la "iglesia sin Papa". La anti-lalesia, los enemigos directos de Juan Pablo dentro o fuera del regazo católico, han desarrollado un secularismo específicamente católico romano, que ahora disfrutará de un nuevo estímulo en dirección hacia un sentimiento y un modo de conducta panreligioso cada vez mayor. El catolicismo de "supermercado" (tome y elija), fomentado o permitido por tantos eclesiásticos, el igualitarismo "ecuménico" (todas las religiones vienen a ser la misma cosa) de tantos más, el fijo mellado de la educación católica, el antipapismo de obispos y teólogos... todo esto proporciona un semillero abierto y listo para plantar un abandono nuevo y más profundo de las cosas católicas esenciales. Y esta situación, por el momento irremediable, en la estimación de Juan Pab:o, le proporcionará más frustración e irritación de lo que jamás pudo haber esperado.

Por el momento, y hasta que el nuevo secularismo registre algunas victorias señaladas, el neo-catolicismo y la anti-Iglesia se mezclarán con los enclaves del genuino catolicismo tradicional, y no estarán clara -y del¡-

beradamente- separados y diferenciados de éstos. Porque la anti-Iglesia todavía busca la autenticidad, autenticidad católica. Quieren apropiarse de todo el legado de Roma. Pero inevitablemente los dos se separarán cuando se consuma la penetración.

En esa consumación, los católicos de Juan Pablo se enfrentan a la posibilidad real de que por primera vez desde el año 315 -hace 1,575 años- su genuino catolicismo perderá todos sus preciosos hitos, en la civilización occidental que creó y en todas las culturas que hizo crecer en la nutritiva y protectora sombra del una vez poderoso árbol del cristianismo apostólico y católico. Ahora es posible que la Iglesia católica romana, en su catolicismo, se vuelva una entidad socialmente sin importancia y políticamente invisible; que se convierta en un paria cultural, como sin duda lo fue durante los primeros trescientos años de su existencia.

El juego final por excelencia.

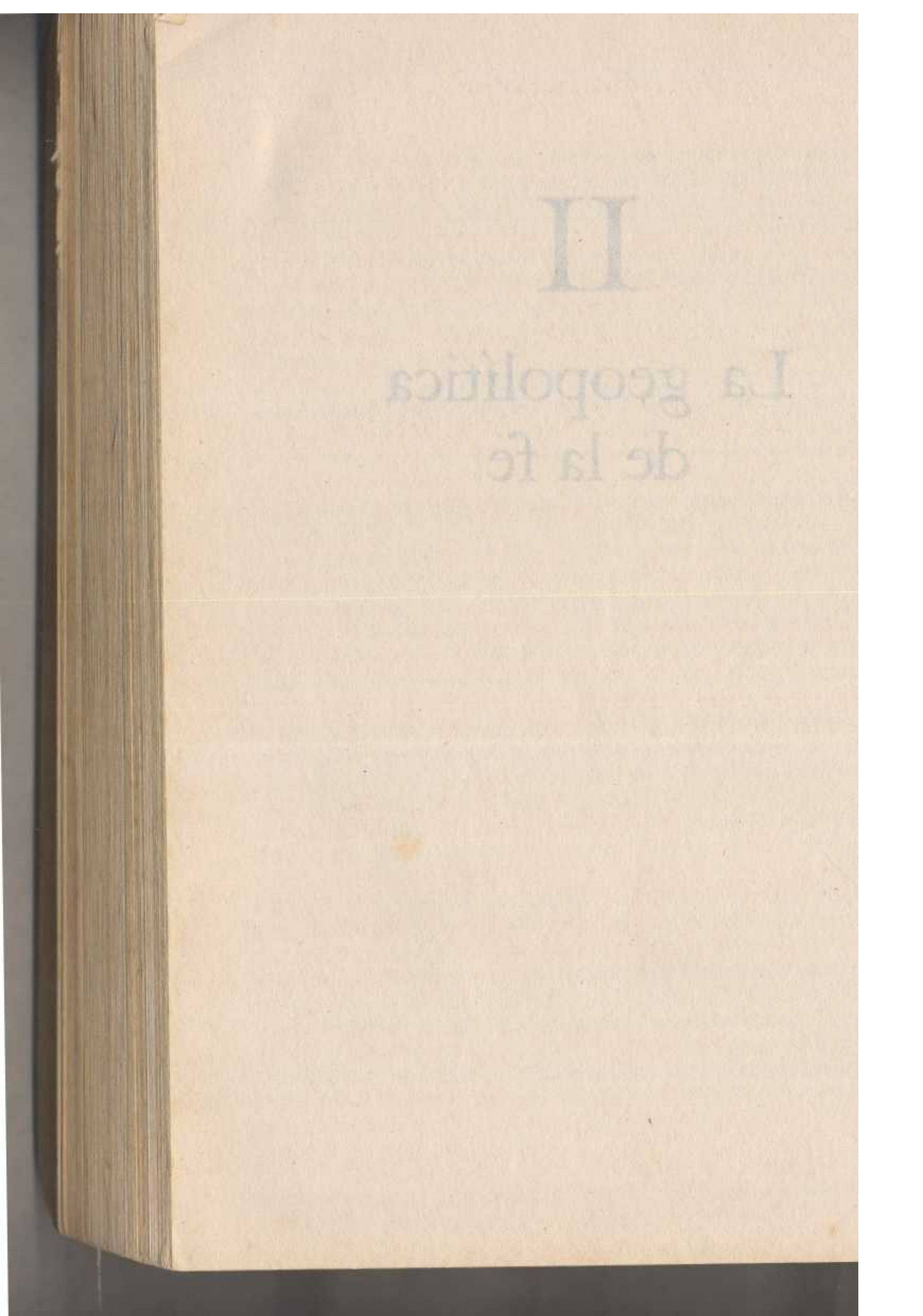
La anomalía del milenio será proporcionada por la figura única de Juan Pablo. Con su alto perfil internacional todavía invulnerable a la anti-Iglesia, todavía poseerá las Llaves de esa Sangre como la envidiable fuente de una autoridad única, y sobre sus espaldas descansarán la esperanza y la garantía que Cristo dio, de una vez para siempre, a Pedro, en un lugar desierto cerca de la ciudad romana de Cesárea de Filipo, en la antigua Judea.

No sólo se necesitan calmados nervios de acero para desempeñar ese papel, y no sólo debe tener una comprensión inquebrantable de los intangibles de la fe, preservados en una profunda tranquilidad. Debe tener claro en su propia mente, debe haberlo pensado todo hasta el fin, no en una serie de conceptos abstractos, sino dentro de una visión programática entretejida con el Árbol del Bien y del Mal del que el hombre una vez comió, el grito de muerte del Dios Hombre en el Calvario, la terrible incursión contra la humanidad por parte de los Cuatro Jinetes del Apocalipsis, y el canto de éxtasis de los miles destinados, por toda la eternidad, a comer en el Banquete del Cordero en el Reino final.

Si su generación contemporánea de hombres S- mujeres se diera cuenta lo adecuado y equipado que ha estado este hombre, este Papa polaco, para tener esa visión y cumplir con su papel, ya estarían bendiciendo su propio destino por vivir con €l estos tiempos católicos. Una generación posterior y más sabia, seguramente lo venerará como jamás soñaron hacerlo sus contemporáneos. Porque suya es la visión. Porque suyo es ese papel, como Servidor del Gran Designio.

II

La geopolítica de la fe



Sexta parte

La visión del servidor



26

Lo polaco y el papado

Desde el comienzo de su pontificado en octubre de 1978, el papa Juan Pablo II ha conducido los asuntos papales y se ha comportado de tal manera que realmente sus contemporáneos tienen sólo dos interpretaciones plausibles. O bien es un excelente ejemplo del clásico "hombre de paja", con un "acto" muy bueno, además. O anuncia una fuerza nueva y, sin embargo, no reconocida en la geopolítica de las naciones, una fuerza que, como realmente pretende, será el factor final y decisivo que determinará el nuevo orden mundial. En el análisis final, no hay otras formas factibles de racionalizar la actuación de este Papa en la escena mundial.

En las ferias rurales inglesas, el hombre de paja era engalanado como rey o reina o noble o gobernador, u hombre rico. Las ropas, joyas, diadema, dinero y rasgos eran de paja pintada, animados por un actor de circo que llevaba el traje de paja y que seguía el libreto de un acto que inevitablemente terminaba con el desconcierto total del hombre de paja, en medio de las risotadas y la rechifla de un público encantado porque se había desenmascarado a un simulador. Toda la panoplia quedaba desgarrada. Todos los gestos del acto resultaban ridículos. El final era siempre el mismo: una pila de paja desechada, y la total indiferencia de la multitud, que se dirigía hacia otras atracciones.

El "hombre de paja" más destacado de los tiempos modernos fue seguramente el dictador Benito Mussolini, quien, en los años treinta, proclamó haber fundado el Tercer imperio Romano, tener un ejército, una fuerza aérea y una armada invencibles, y ser el árbitro del destino de Europa. El ejército, la fuerza aérea y la armada fueron completa, rápida y devastadoramente destruidos por los aliados. Su "Tercer Imperio Romano"

quedó destruido, de la noche a la mañana, como si fuera de viaja. Fue traicionado y muerto ignominiosamente por su propio pueblo. Todo terminó en ruinas abandonadas e irrisión. El imperio, las fuerzas armadas invencibles, la nueva Roma. . . todo era un engaño: la actuación de un hombre de paja.

Desde 1978, su Santidad se ha labrado asiduamente una proyección internacional. Precisamente, él mismo lo ha hecho, no agentes de prensa, no un equipo internacional de celosos partidarios, no una inteligente maqui naria de propaganda, sino él mismo en persona. Y lo ha hecho como si fuera tanto su derecho cuanto su deber. Ningún Papa hizo esto en una escala si milar. Tampoco lo ha ni siquiera intentado ningún ser humano en la historia conocida. Este gambito papal es único.

Hasta febrero de 1990, había pasado el 8 por ciento de su pontificado -un total de 326 días- en 45 viajes papales a 91 países, pronunciando un total de 1,559 discursos en 32 idiomas, siendo visto y oído en persona o en circuito de audiovideo por más de 3,500 millones de personas, y cubriendo suficientes kilómetros como para haber volado 17 veces alrededor de la Tierra. Dentro de Italia, ha hecho 85 viajes a lo largo de la península en forma de bota (en kilómetros, el equivalente a haber recorrido 34 veces el país de un extremo al otro), consumiendo en esto el 23 por ciento del tiempo de su pontificado.

¿La actuación inteligente de un hombre de paja? Difícilmente Los gobiernos involucrados no lo han tratada como un espectáculo pasajero, tampoco los medios ni la gente común. Los cientos de miles que se amontona ron para verlo y escucharlo, y la extensa cobertura de los medios (¿a qué otro visitante de Estados Unidos se le asignaron 16,000 periodistas para cubrir su visita?) eran el material de los sueños dorados pero vanos de muchos políticos.

Tampoco ha ido Juan Pablo a ninguna parte como un mero turista y ni siquiera como un visitante distinguido o un personaje famoso. Con pocas excepciones, cada una de las visitas a esos 91 países fue formalmente una visita de Estado, o fue considerada como tal por el gobierno anfitrión, aunque se hicieran esfuerzos para evitar cualquier apariencia de reconocer su pretensión al liderazgo moral y religioso de toda la raza humana en un México anticlerical, en una ing!aterra protestante y en una Polonia estalinista. Aparentemente, todos se dan cuenta de que está en una categoría superior a la del Dala¡ Lama, el Patriarca de Constantinopla, el Arzobispo de Canterbury, Billy Graham, cualquier itinerante swami indio de renombre o cualquier otro líder religioso que viaja.

Por encima y aparte de todos los líderes religiosos y todos los actuales jefes de Estado de naciones grandes o pequeñas, Juan Pablo ha establecido relaciones personales con los líderes gubernamentales cie los 91 paises. Han discutido con él las serias tareas de gobierno y los asuntos mundiales, como con un igual que les habla a todos ellos sobre religión y moralidad.

Alrededor de su Vaticano hay 120 misiones diplomáticas, enviadas por sus gobiernos. Cuando comenta sus asuntos, emite un juicio sobrio y se toma nota de los matices. Notaron que en 1989 él no se sumó a la euforia general por el derretimiento del Muro de Berlín, ni dijo "la Guerra Fría ha terminado"; sólo dijo que "el año 1989 muy bien podría señalar la declinación de !o que se ha llamado la 'Guerra Fría' ". Habla como alguien ante quien las principales potencias son responsables. "Los líderes de Estados Unidos y de la Unión Soviética me han asegurado que tienen el deseo de colocar las relaciones internacionales : abre un cimiento más firme, y a considerarse mutuamente más como socios que como competidores". El tono es paternal, no paternalista. Y tiene autoridad. Este hombre habla como si tuviera el derecho a hacerlo, a la vista de aquellos que son el tema de su comentario. Ningún gobierno se ha ofendido ron él.

En realidad, no hay manera de que Juan Pablo 11 y su comportamiento internacional puedan ser considerados como un "hombre de paja" dedicado a hacer una "actuación" divertida. Cuando Mijaíl Gorbachov se dirigió a Juan Pablo como "la autoridad moral más alta del mundo", el 1 de diciembre de 1989, en el Vaticano, con seguridad que sólo estaba reconociendo la realidad de cómo él y otros líderes de gobierno, del Este y del Oeste, ven y tratan a este Papa.

Si el mundo no está tratando en este Papa con un hombre de paja, entonces queda sólo la otra alternativa. Pero la sola idea de que Juan Pablo encarne o represente una fuerza a la que hay que tomar en cuenta en la actual tendencia geopolítica de los asuntos mundiales, es muy dolorosa y desagradable para muchos; para muchos más es incomprensible, y para más todavía, totalmente inadmisible. Estas reacciones tienen razones sólidas.

El juego más nuevo en la Ciudad de¡ Hombre es la construcción de ur~a estructura geopolítica. Todo aquel que es alguien, en términos de poder sociopolítico y económico, participa en él, algunos deliberadamente, otros de mala gana; y finalmente, se reconoce que todas las naciones, grandes y pequeñas, participarán. Es el juego final del milenio.

Ahora se está formulando por primera vez la ciencia de la geopolítica. Los primeros pasos vacilantes, sobre el plano geopolítico, los están ensayando los infantes Internacionalismo y Transnacionalismo de las últimas décadas. Para la vasta mayoría de participantes reales y posibles, la geopolítica aparece como una nueva forma (la forma del "milenio") de reacomodar la distribución de la riqueza, el poder político y la libertad humana sobre la faz del globo. El tema de la geopolítica es todo el universo material. La fuerza que moldea y modela nuestra geopolítica es la voluntad combinada de millones de hombres y mujeres atraídos hacia la creación de un nuevo orden mundial. El instrumento para construir una estructura geopolítica es la organización, sobre una escala nueva y sin precedentes, porque se pretende

y se planea que sea más internacional, más que supranacional. Será, en la mente de sus planificadores, geopolítica. Y nadie, sino un tonto, sugeriría que los principales "impulsores" de esta organización están actuando básicamente, o aunque fuese secundariamente, por motivos puramente religiosos.

Aquí viene Juan Pablo, caminando entre los "grandes", hablando a todos los "pequeños", y el tono de lo que continúa diciendo incesantemente sobre esta geopolítica es estrictamente religioso. Sus comentarios no giran sobre una base puramente ética o moral. Es religiosa y específicamente cristiana desde una perspectiva católico-romana.

Realmente, nadie sospecha que esté buscando el engrandecimiento territorial, oro, poder político o placer personal. En sus expresiones más vagas (y ya son lo suficientemente específicas como para ser perturbadoras para nuestros líderes mundiales secularistas), insiste en que, así como ningún sistema político es viable a menos que esté basado sobre la espiritualidad de una genuina creencia religiosa en Dios y en Cristo, ninguna creencia religiosa es viable a menos que esté profundamente involucrada en sistemas políticos.

Sin embargo, en su expresión más específica, insiste en que los hombres no tienen una esperanza firme de crear un sistema geopolítico viable a menos que sea sobre la base del cristianismo católico-romano. "Uno sólo puede lamentarse por la deliberada ausencia de toda referencia moral trascendental", les dijo a todos en su discurso del 13 de enero de 1990, dirigido al cuerpo diplomático internacional ante la Roma vaticana. "Cristo es la única fuerza de Europa y el rey de todas las naciones", afirmó.

Nadie, ya sea un individuo o un organismo, le ha concedido formalmente el derecho a actuar y hablar como la autoridad religiosa y el monitor moral de la sociedad de las naciones. Ha asumido este manto, y nadie que tenga importancia realmente le disputa ese hecho. Nadie se le resiste, excepto los actuales marxistas-leninistas, "no-me-toquen", de Pekín. . . y hasta ellos están haciendo ahora lo que puede pasar por sonidos remotamente conciliatorios. ¿Por qué es que un hombre de una atrasada ciudad polaca llamada Wadowice, ahora jefe de una institución religiosa, ha llegado a ser un comentarista respetado y un participante exitoso en nuestra geopolítica? La pregunta se vuelve más aguda cuando se considera lo que todo líder mundial, bien informado, sabe sobre Juan Pablo.

Es ampliamente sabido que el principal énfasis personal en la vida de Karol Wojtyla siempre ha sido, y todavía es, su relación con María, la madre de Jesús. Su lema personal -Totus Tuus (enteramente tuyo) - se relaciona con ella y recuerda actos especiales de autoconsagración a ella, que él emprendió personalmente años atrás.

Para la mente de la generalidad y, particularmente, para la mente de otros líderes mundiales, es un pensamiento llamativo, si es que no algo desconcertante, que este hombre intensamente activo, en todo lo que hace

esté buscando llevar a la práctica, consciente y expresamente, un mandato que le ha dado a él, como Papa, una persona a la que venera como la madre del Dios que adora. Si se limitara a la sacristía y al altar y al púlpito, si tuviera el aspecto y sonara como lo que la literatura y la imaginación mundana describen como "el hombre santo en su celda", como el tipo gurú, inclusive como el fanático religioso, por lo demás inofensivo, ellos podrían entenderlo.

Pero observan a este hombre que está acechando las mentes y los corazones de millones, en toda la escena mundial. Están encerrados con él, como promotores e impulsores de nuestra historia actual. Él discute complicados temas, de largo alcance, de la política, de la economía, de las finanzas, de la guerra y la paz, de la tecnología y de la ética. Se encuentran tratando con un genuino intelectual, i ~aduro, informado, consciente: una persona de crudo realismo y emocionante compasión para las necesidades básicas de los hombres y mujeres comunes. En el circuito diplomático, en los juegos de poder entre las naciones, ha demostrado una agilidad y una sensibilidad que no son inferiores a las de nadie. Es un profesional respetado por profesionales.

A pesar de todo eso, tienen que tomar en cuenta que Juan Pablo está siguiendo una programación que él afirma que ha sido establecida en el Cielo, y él supone plenamente que lo que hace, y lo que ellos hacen, sólo tendrá éxito si se adapta a la predicha secuencia de acontecimientos históricos que confiadamente atribuye a una mujer que él, junto con otros millones, venera bajo el símbolo de su corazón: lo llaman el Inmaculado Corazón de María.

En consecuencia, la aparente anomalía que el papa Wojtyla presenta para la mente normalmente secular de sus pares y contemporáneos, es esta combinación de una percepción y un análisis geopolíticos realistas con una devoción y una perspectiva mundial religiosas, basadas evidentemente en una profunda convicción religiosa y devocional. Para la mente secular, lo asombroso es que lo geopolítico encaja con lo religioso: uno no suprime inhibe ni descalifica al otro. De hecho, tiene una inclinación mental geopolítica porque tiene ese calibre religioso. Tiene esta particular mentalidad religiosa mariana a causa de su geopolítica.

Entonces, la pregunta final sobre Karol Wojtyla se reduce a esto: ¿por qué está tan seguro geopolíticamente (y es tan hábil), en vista de su nada mundana adhesión al mundo invisible, intangible, de María y de Cristo y de Dios? Llama poderosamente la atención, y se le escucha atentamente, en el plano geopolítico; ¿cómo es eso? ¿Qué es lo que formó esta habilidad geopolítica en él? ¿Qué tiene que ver eso con su insistente devoción mariana? ¿Cómo explica usted a este Papa, en términos de antecedentes, herencia y oficio papal? Que tenga una devoción muy ferviente a la Virgen María no es sorprendente en un Papa muy católico. Pero una mente profundamente geopolítica que salga de Polonia... esto les parecerá muy inespe-

rado a muchos, y por una razón fundamental: la historia de Polonia durante los últimos 195 años, aproximadamente.

Polonia, como país separado, pueblo independiente y nación soberana, literalmente dejó de existir en 1795.

Con un breve interludio de veintiún años (1918-39) de relativa libertad para los polacos, ese periodo de casi doscientos años constituye una ho. rrible letanía de sepultura natural, esclavitud demográfica, persecución lingüística, derramamiento de sangre, empobrecimiento económico, opresión religiosa, una connivencia general entre las naciones poderosas para borrar de la memoria humana a Polonia como Estado-nación, dos guerras mundiales, un verdadero genocidio emprendido por los nazis con la científica minuciosidad de la mente alemana, un intento posterior de los soviéticos por erradicar lo polaco con la crueldad sólo alcanzada por el estalinismo. Los polacos, como raza, debieron haber quedado desmoralizados más allá de la posibilidad de recuperación y su carácter polaco debita haber sido bas._ tardeado más allá de la posibilidad de reparación, por ese constante trato brutal.

Si algún grupo étnico en la sociedad de las naciones tiene hoy una acusación, absolutamente inatacable, para presentar ante el tribunal de la justicia humana, es el pulaco. Pero más importante que la búsqueda de una justicia que no está disponible, es la doble pregunta sobre la supervivencia de Polonia. ¿Cómo han emergido los polacos, de ese remolino mutilante, como el único país de¡ bloque oriental capaz de doblegar la mano de hierro de¡ leninismo imperial? ¿Y cómo es que la figura grandiosa de¡ "Papa polaco" llega caminando tranquila y cuidadosamente, salida de la misma oscuridad destructiva, sin rencor contra nadie, sin que lo manee el localismo, y con un espíritu que abarca un plano geopolítico tan omnicomprensivo y tan universalista que encuentra allí pocos iguales genuinos?

Dados esos antecedentes, este "Papa polaco" no debió emerger así, y Polonia no debería tener una identidad real, a menos, como ha estado siempre implícito en Polonia Sacra, que los polacos tengan asignado un papel especial en nuestra historia por la sacralizadora mano del Señor dula historia. Porque sacra quiere decir precisamente, en esa frase, "puesta aparte", "consagrada", "especialmente destinada" por el Altísimo.

Profundizando esta conclusión, se encuentra el hecho más notorio acerca de¡ "Papa polaco". Lo polaco lo hizo.

Todos conocemos a los hombres y mujeres que formaron el carácter de Karol Wojtyla como el "Papa polaco", como modelos, mentores, instructores, consejeros y ejemplos. Sus padres, su madrastra, su hermano; sus sacerdotes, maestros, profesores, amigos personales; los obispos y cardenales que desde el comienzo tuvieron una participación en su formación, los papas y políticos que dominaron sus días; los pensadores, filósofos, escritores, que tomaron su mente por asalto. Conocemos sus nombres y sus ocupaciones, dónde y cómo vivieron y cómo murieron. Y él es genuinarnente su hijo, el producto de sus ambiciones más altas y sus deseos más profUndos. No estamos hablando de predecesores polacos tan distantes como el arzobispo Nicholas Traba, de Gniezno, o Stanislaw Cardenal Hosius de Warmia, cada uno de los cuales estuvo a punto de ser nombrado Papa en los siglos XV y XVI.

Quienes modelaron a Juan Pablo en lo polaco fueron, en su mayoría, polacos que sin excepción fueron formados en ese periodo de la historia que se reconoce que fue el peor para lo polaco, algo así como seis genera ciones bastante recientes. Karol Wojtyla pertenece a ellas; no es Melquisedec, sin estirpe, sin antepasados; tampoco es un integrista "agitado", apartándose de la tradición que lo hizo y buscando una nueva identidad, más amplia que aquella en la que nació y a la que fue adaptado por sus modeladores. Recibió de manos de ellos su herencia espiritual. Su política y su espíritu polaco, su geopolítica y su fe, son los regalos que le dieron. Las transformaciones que él ha realizado mientras tanto, son sencillamente una función de su destino superior como Papa que preside el juego final de¡ milenio.

Si cualesquiera de esos hombres y mujeres ya muertos caminaran hoy sobre la tierra, rápidamente reconocerían como suyo a este "Papa polaco". Su desafío al gobierno estalinista de Polonia, de 1979, sería el mismo desafío que ellos lanzaron en su propia época a destructores igualmente sin dios, Víctimas principales de las "estructuras pecaminosas" impuestas sobre ellos por el maligno consenso de austriacos, alemanes y rusos, se identificarían inmediatamente con la dura crítica de Juan Pablo a las "estructuras pecaminosas" que surgieron de¡ consenso del Este y el Oeste, y que fueron impuestas a las naciones de Europa Oriental durante el periodo 1945-85. El materialismo del marxismo-leninismo y de crudo capitalismo no era peor que el materialismo de los captores de Polonia durante su larga noche de sepultura, el mal del materialismo que ellos conocieron directamente; y más de dos generaciones de ellos sintieron el látigo soviético sobre sus espaldas.

Más importante que cualquier otro regalo dado a Karol Wojtyla, esos predecesores y antepasados fueron forzados, por las circunstancias históricas, a adoptar una actitud mental y una perspectiva geopolítica, cuando alrededor y entre ellos reinaba un conjunto arrogante de emperadores, reyes y gobiernos nacionalistas, de mente localista. Propia de los polacos era la profunda convicción de que la geopolítica implicaba la georreligión, y que su georreligión -el catolicismo romano- implicaba geopolítica. Encima de todo eso cada uno de esos antepasados de Wojtyla podría haber elegido (y muchos lo hicieron) el lema personal de Karol Wojtyla, Totus Tuus. Porque la Virgen María fue el icono de esperanza que eligieron durante una noche larga y oscura.

Todo eso es el patrimonio, la herencia espiritual de Karol Wojtyla específicamente como hijo de Polonia, y llegó a sus manos de sus antepasados y mentores polacos. En su mayoría, ellos mismos se formaron durante el periodo que fue al mismo tiempo la peor y la más milagrosa época para una

naci,n de personas cuya historia singular está basada en improbabilidades y r , aros. Ellos eran los portadores y la encarnación de la Polonia que sie re ha sido y que sigue siendo la *plaque tournante* geopolítica de "Eur,,oa desde el Atlántico hasta los Urales". Ésta es la Polonia que durante mucho tiempo ha sido llamada Polonia Sacra, un pueblo seguro de que su nacionalidad está garantizada no por cualquier gobierno o Estado, sino por una sagrada decisión de Dios, con quien han hecho, como nación, una serie de tres pactos solemnes. Polonia puede ser crucificada como Estado-nación, pero Polonia no morirá. Dios no abandonará a los polacos.

Aún así, hay preguntas profundas acerca de la política y las acciones del papa Juan Pablo II para las cuales no pueden encontrar respuesta ni siquiera algunos de aquellos que lo comprenden mejor. ¿Qué es lo que concibe precisamente como estructura geopolítica para su mundo actual? ¿Por qué no ha emprendido una reforma completa de su ruinosa organización institucional católico-romana? Justamente aborrece al marxismo, y considera que el socialismo es simplemente la antesala de la decadencia espiritual que prepara el camino al marxismo. Ve y ha dicho, en términos que no hacen excepción, que el capitalismo por sí no tiene soluciones humanas, sólo habilidades y técnicas humanas para el beneficio material y el engrandecimiento económico. Entonces, ¿cuál piensa que debería ser el carácter económico-político de un nuevo orden mundial viable? A veces, tanto en cuestiones eclesiásticas como de Estado, parece estar esperando, estar preparándose, estar contemporizando. ¿Qué está esperando? ¿Por qué duda o contemporiza?

Las raíces de su perspectiva geopolítica y georreligiosa pueden identificarse en la historia de su amada Polonia; así puede resolverse la mitad del enigma que Juan Pablo presenta al mundo exterior a él. Pero la otra mitad es mucho más enigmática y más importante para los hombres y mujeres comunes. En un momento en que muchos están convencidos de que la aurora de la paz mundial final ya se ha iniciado en 1990, Juan Pablo II está en abierto desacuerdo. Claramente, está convencido de que el mundo como una familia, y las naciones como una sociedad, se enfrentan al mismo peligro de extinción al que una vez se enfrentó Polonia. Sin embargo, no es un pesimista. ¿Cuál es la base de su interpretación negativa de nuestras probabilidades humanas? Y, nuevamente, ¿por qué el evidente optimismo? Para responder a esa mitad del enigma, tenemos que hacer algo más que comprender su herencia polaca. Para la solución, tenemos que mirar fuera de Polonia hacia *el* acontecimiento georreligioso y geopolítico por excelencia.

27

Los pactos de lo polaco

La idea geopolítica expresada tan frecuentemente por el papa Juan Pablo y por Mijaíl Gorbachov de que el mundo, o por lo menos una buena parte de él, comprende a "una familia", no es inverosímil. Existe un consenso general entre antropólogos, lingüistas, agroespecialistas y expertos culturales de que relativamente poco después de que los últimos glaciares retrocedieran sobre la masa continental eurasiática -hace unos doce mil años-, florecieron allí los remotos ancestros de casi todos los pueblos que ahora ocupan a "Europa desde el Atlántico hasta los Urales", y América del Norte también.

Los "caucásicos", como se llama a esta antigua raza*, son identificados por los eruditos como los poseedores de la "cultura de Kargan", y de la lengua madre que se considera la raíz de todos los lenguajes occidentales de hoy. Cazaban, pescaban y recolectaban alimentos en las estepas situadas entre los mares Caspio y Negro, del lado norte de la cadena montañosa de los Cáucasos, ese bastión de casi quinientos kilómetros que impide el paso hacia el sur, a las fértiles llanuras de lo que conocemos como Turquía central y el Medio Oriente.

Al oeste de esa cadena montañosa, el pico más alto de Europa, el Monte Elbruz, un volcán apagado de 5,633 metros, se erguía sobre ellos, coronado por sus nubes, envuelto en sus vientos, sus neblinas, sus dioses y sus misterios imaginarios. Hacia el norte, las verdes llanuras se extendían

' **El autor emplea la palabra "-:aucásico" que se aplica, en realidad, para definir características físicas, no culturales, y que equivale a lo que llamamos comúnmente "raza blanca', que también incluye a los pueblos del norte de África, del Medio Oriente y norte de la India. Lo correcto en este caso es hablar de pueblos de lengua indoeuropea, o simplemente de pueblos indoeuropeos.**

hasta el corazón de Rusia, desde los Montes Urales hasta las tierras bajas siberianas.

En algún momento antes del 7000 a.C., una vasta revolución cambió el modo de vida de los caucásicos y los empujó hacia su destino. De ser simples recolectores de alimentos, se convirtieron en productores. Las más tempranas comunidades agrícolas conocidas por nosotros existieron en esa área. Descubrieron y aprendieron las técnicas primitivas de la rotación de los cultivos y la cría de ganado. La procreación humana se volvió una fuente y una causa de bendiciones en la nueva sociedad. Más manos eran la clave para cultivar más terreno. Algunos de los vestigios más antiguos y hallados con más frecuencia, correspondientes a este periodo, son figurillas de una diosa cuyos rasgos más característicos -el vientre distendido, los grandes serios- enfatizaban la fertilidad femenina.

Es fácil comprender la secuela. Más suelo -más territorio- significaba la expansión hacia el exterior. A medida que la población aumentaba con cada generación -más o menos cada treinta años-, se ganaba más tierra y se necesitaba más. Las especulaciones de los antropólogos úicen que ¡-- población debió avanzar en su expansión de cincuenta a sesenta y cinco kilómetros con cada nueva generación. Sin embargo, pudo haber sido mucho más rápido; porque alrededor del 6500 a.C., los métodos agrícolas caucásicos habían llegado a Grecia. Y en 3500 a.C. se los practicaba, hacia el oeste, hasta en las islas Orcadas, frente a Escocia.

El Monte Elbruz y la cordillera del Cáucaso, que bloqueaban el camino hacia el este y hacia el sur, determinaron que parte de la expansión y conquista caucásica fuera hacia el norte, hacia e! centro de Rusia, y luego hacia el teste, hasta la bahía de Galway [en Irlanda] y el Atlántico, y -uno o dos milenios más o menos- hasta alcanzar el borde este del Océano Pacífico.

Constantemente en movimiento, los pueblos caucásicos se impusieron a sí mismos y a su lenguaje dondequiera que fueron. La básica unidad lingüística de "Europa desde el Atlántico hasta los Urales" apenas es quebrantada por el origen asiánico del finlandés, el estonio y el húngaro*. Inclusive idiomas como el vascuence y el albanés, que parecen tan ajenos a las lenguas occidentales modernas, son brotes de la original lengua madre caucásica.

En el milenio de su primera gran expansión, su migración constante y la tiranía de la distancia significaron, inevitablemente, que grupos enteros de pueblos caucásicos se separaran y vivieran aparte. Se desarrollaron dialectos de la lengua original -el eslavo, el teutón, el celta y el itálico, por

' El finlandés, el estonio y el húngaro no son lenguas asiáticas sino que constituyen un grupo dentro de una gran familia lingüística, la uralo-altaica. Con respecto al vascuence, hasta ahora no se ha demostrado que tenga ninguna relación con las lenguas indoeuropeas. El albanés, efectivamente, es una lengua indoeuropea.

ejemplo-. Alrededor del 3000 a.C., áreas enteras se distinguían entre sí por diferentes idiomas, los dialectos del caucásico original.

Un idioma recientemente desarrollado, en particular (el Antiguo e_^lavo, hablado por personas que se llamaban eslavos) dominó algunos cientos de kilómetros hacia el este, desde el río Elba, hasta el centro de Rusia, hacia el sur llegó hasta el Peloponeso, en Grecia, y hasta el sudeste, a !o que hoy es Ucrania; y, por supuesto, permaneció en las tierras de la estepa originales, entre el Mar Negro y el Caspio. Para describirse a sí mismos, como señala el historiador Iwo C. Pogonowski, los eslavos decían que eran personas "que se comunicaban por la palabra de la boca" (s/ovo - la palabra hablada[, diferenciándose de las personas de lenguaje ininteligible o de aquellos que eran mudos.

Mucho antes de que Atenas alcanzara la gloria que fue Grecia, las poblaciones caucásicas de Europa oriental se habían subdividido en bálticos y germanos al norte, con los eslavos cubriendo la porción restante de Europa central y oriental. Una vez que los caucásicos hubieron tomado posesión de la vasta masa territorial, dentro del dominio caucásico se establecieron sólo pequeños bolsones de pueblos racialmente diferentes: los estonios asiánicos sobre el Báltico, y los fineses asiánicos en Finlandia, en el siglo I d.C., por ejemplo, y los magiares en Hungría alrededor dei siglo IX d.C. Los pueblos semitas del sur, inflamados por el Islam, trataron durante mil años, a partir de alrededor del 600 d.C., de dominar a los caucásicos y ocupar sus tierras, pero, al final, hasta esa sangrienta empresa terminó.

Los eslavos formaron comunidades estrechamente entretejidas. Vivían de su agricultura y comerciaban con las comunidades cercanas. Tenían un sistema comunal de autogobierno cuya estahilidad dependía del consenso que alcanzaban entre sí. Y concedían mucha importancia a los acuerdos que elaboraban en francas discusiones entre iguales. La práctica del sobor -la reunión comunal donde se tomaban por consenso todas las decisiones que afectaban a la comunidad- fue típicamente eslava. El principio no era e! del tipo de mayoría alcanzada por el sistema de un hombre, un voto. Más bien, e! principio era el de *sobornost, el* consenso del sentimiento y el pensamiento de los participantes en el sobor.

Alrededor del 700 d.C., surgieron dos poderosos reinos eslavos. Uno estaba centrado en el área situada entre los dos ríos de la Polonia moderna, el Oder y el Vístula. El otro, que se llamaba Rus, estaba centrado en Kiev. Ambos se consideraban partes integrales de esa "Europa desde el Atlántico a los Urales" de la que hoy hablan tan apasionada y persistentemente Juan Pablo 11 y Mijaf Gorbachov; y ambos eran parte de esa "familia única" sobre la que hablan ambos líderes. Desde el río Oder, en Polonia, hasta el río Dnieper, en Rusia, el área entera era considerada la patria tradicional de los eslavos. Allí se moldearon los rasgos diferentes y definitivos de lo polaco y de lo ruso, nacidos del linaje y del lenguaje de su herencia común caucásica.

Una tradición del folklore polaco nos cuenta que un hombre llamado Lech -uno de los tres hermanos de la familia Piast, que pertenecía a la tribu de los Po!anianos, o Polanie- fue guiado un día por un águila blanca a un lugar cercano a su nido. Allí, en un sitio llamado Cniezno -un nombre que significa "nido" o "cuna"-, Lech fundó su nuevo reino de Polonia, que sería gobernado por la dinastía Piast durante cuatrocientos años.

Lo que parece indudable en esta tradición es que el fundador de la dinastía Piast era lo que hoy llamamos un hombre común del pueblo, que vivía en la tierra de los polacos. El águila blanca que se dice que siguió es todavía el emblema oficial de Polonia, y la dinastía que se dice que fundó llegó a simbolizar a la tradición de los polacos, en su unidad como pueblo en ininterrumpida continuidad sobre la tierra de sus ancestros.

Fue esa antigua y perdurable tradición que el papa Juan Pablo recordó al mundo cuando habló en Gniezno en 1979. Dijo: "Aquí... saludo con veneración el nido de Piast, el origen de la historia de nuestra patria y la cuna de la Iglesia. . . Somos un pueblo que [Dios] reclama como suyo. Todos juntos, también formamos la raza real de los Piast".

Los registros históricos nos dicen que en algún momento alrededor del año 840, el líder de los eslavos polanianos -un hombre de la familia Piast cuyo nombre era, en realidad, Chroscizko- fundó la dinastía Piast, y que formó su reino principalmente por la unión de sus polanianos con otras cinco tribus: vístulos, polabios, silesios, mazovios y casubios, o pomeranios orientales. Los miembros de ese reino se llamaban a sí mismos polacy.

Durante los primeros cien años de su existencia, Polonia era una accidentada porción de territorio, una empresa azarosa desde el comienzo. Carente de toda barrera natural efectiva como frontera, separada sólo por vastos bosques de las rutas normales del comercio y la migración, el territorio y la nación de Polonia, con su ciudad capital en Gniezno, estaba en una posición precaria. Situada en medio de pueblos eslavos, los habitantes de los "campos polacos" - pola significa exactamente eso: campos-, eran un blanco obvio para sus vecinos codiciosos. Y desde el comienzo tales vecinos fueron numerosos, principalmente tribus germanas, eslavas y asiánicas en busca de territorios nuevos.

Inmediatamente al sur de Polonia existía el reino eslavo de la Gran Moravia. Al este, el ducado de Kiev, que estaba erizado de intenciones bélicas. Hacia el norte y el oeste se encontraban los bálticos y los germanos. Dentro de ese primer siglo, una parte de la Gran Moravia desapareció absorbida en el imperio germano, y el resto fue dominado por los invasores magiares. Al este de Polonia, los eslavos rutenos constituían una nueva amenaza.

Para la época en que Polonia ingresaba al segundo siglo de su incierta existencia como nación, dos tradiciones diferentes, pero auténticamente cristianas, dominaban la mayor parte de Europa. Excepto una gran parte de Escandinavia y el territorio llamado Prusia hasta hace poco, Europa, desde el Atlántico hasta los Urales, era conocida como la cristiandad. "Europa era la fe, y la fe era Europa", escribió Hilaire Belloc.*

Aunque como religión era uno solo, el cristianismo sin embargo estaba dividido en dos partes diferentes, que seguían dos tradiciones opuestas. La línea de división coincidía aproximadamente con el meridiano que separa la masa continental europea en este y oeste, corriendo desde Finlandia en el extremo norte, extendiéndose hacia el sur a lo largo del río Elba en la actual Alemania hasta el Mar Adriático alrededor del tacón de Italia.

Europa, al este de esa línea, era principalmente el territorio de los pueblos eslavos. Su tradición formativa religiosa y cultural brotaba del imperio más glorioso y más perdurable jamás modelado por el hombre, el imperio bizantino de los griegos, cuya capital, Constantinopla, estaba n m-tada estratégicamente en el curso de agua que conectaba a los n--Tres Mediterráneo y Negro, es decir, entre los continentes europeo y asiático.

Al oeste de esa línea, Europa estaba poblada en su mayoría por pueblos nórdicos, germánicos y románicos. Su tradición forrnativa religiosa y cultural surgía de la mente romana y latina. Durante los primeros mil años de que la Roma papal cristiana fuese un poder visible entre los hombres -desde el 400 al 1400 d.C.-, el papado romano y su estructura eclesiástica, la Iglesia, fueron los modeladores de esa cultura y esa tradición occidental.

Polonia se encontró en una posición peculiar. Geográficamente, ya era la *plaque* tournante de la estabilidad política interior de Europa y del equilibrio de poder. Aunque la mayor parte de su territorio se encontraba en la región occidental, estaba a horcajadas sobre la división este-oeste. Permanecía como una puerta abierta hacia el corazón de Rusia en una dirección, y hacia las tierras del oeste en la otra. Además, era el vital terreno central entre la Europa del norte y del sur. Dado el hecho de que tanto Roma cuanto Constantinopla tenían ímpetu y eran expansionistas en todo sentido -religiosa, cultural, política y territorialmente-, rlo existía la opción de la neutralidad. Polonia tenía que elegir entre este y oeste, o sería invadida.

Fue el quinto rey Piast de Polonia, Mieszko I (921-992) quien hizo la elección. Era un líder eslavo de un pueblo eslavo, y la cosa más natural para él hubiera sido volverse hacia el este, para aliarse con lo que ciertamente parecía el poder superior de Constantinopla, y optar por esa tradición cristiana como una parte inevitable del trato. Pero Mieszko no lo hizo.

En el año 965, Mieszko se casó con una princesa, Dubrovka, de Bohemia, católica romana. Sin embargo, es claro que la decisión de él fue mucho más allá de una simple alianza política. De hecho, fue más allá hasta de su propio bautismo, en el año 966. Porque no sólo se dedicó a convertir a Polonia al cristianismo. Por un pacto solemne -el Pacto Piast de 990

Habría que exceptuar también la mayor parte de la península ibérica, invadida por los musulmanes en 711.

d.C.-, entregó ala nación enteraya¡ Estado de Polonia como propiedad de la Santa Sede de Pedro, en la persona del papa Juan XV.

El acto de Mieszko fue una de esas decisiones trascendentales hechas por personas clave de la historia bajo la presión de acontecimientos concre. tos, y de acuerdo con su interpretación de lo que está en juego. Su problema es, generalmente, de carácter inmediato. Su elección es práctica. Pero el efecto de lo que hacen decide el destino y la suerte de generaciones que aún no han nacido. La decisión de Mieszko fue de este tipo.

Tenemos todas las razones para creer que Mieszko previó, por lo menos en un esbozo, las consecuencias que seguirían a su elección. Cualquier examen de las circunstancias en las que hizo la donación consagrada en el Pacto Piast, lo convence a uno de que fue hecha, básicamente, por razones religiosas y espirituales. Por un acto de una improbabilidad tan enorme como el Pacto Piast, Mieszko en efecto estaba diciendo que sólo Cristo podía asegurar la seguridad de los polacos, y la Sede romana no sólo era el centro del mundo, sino que su cabeza titular era asimismo el señor titular del mundo, y que la autoridad pontificia del Papa era la autoridad de Dios. La Roma de los Papas sería adonde mirarían los polacos en busca de inspiración, liderazgo y autoridad.

Como era predecible, no todos estuvieron de acuerdo con Mieszko. Como siempre en los casos conocidos de las conversiones masivas, permanecía un núcleo sólido de la religión original, el paganismo que los eslavos de Polonia habían traído consigo en su largo viaje desde la sombra del Monte Elbruz, en las estepas situadas entre los mares Negro y Caspio. El dios supremo de los caucásicos había viajado con ellos por toda Europa, metamorfoseándose en el Wotán de los pueblos germánicos, Odín de los escandinavos, Zeus de los griegos, Júpiter de los latinos, Perún de los rusos.

No sabemos qué nombre le dieron los polacos precristianos; pero en 1038, menos de cincuenta años después del Pacto Piast de Mieszko, el culto tribal de ese dios pagano brotó en contra de la conversión al cristianismo. Tan virulenta fue la revuelta que los historiadores la han !¡amado un retorno al paganismo. No fue eso. Pero fue una costosa limpieza de los polacos como pueblo, y, durante un tiempo, la mayor parte de lo que se había logrado en las primeras décadas de cristianismo polaco fue destruido en un último chasquido de la cola de la vieja serpiente, al protestar ésta contra la expulsión de su antigua posición entre los polacos.

Cuando terminó -y terminó rápidamente-, por la decisión y por el ejército polacos, Polonia estaba firmemente alojada en el Occidente como ancla oriental de Europa. Compartía esa comunidad occidental de los pueblos que vivían en los territorios ahora llamados Francia, España, Portugal, Bélgica, Holanda, Italia, Austria, Alemania, los cinco países escandinavos, Inglaterra e Irlanda. Todos fueron directa y exclusivamente formados por los emisarios misioneros de la Iglesia católica y de su jefe, el Obispo de Roma. Porque se le atribuía, y él reclamaba, no sólo la reglamentación espiritual y

religiosa de esos pueblos, sino también la supervisión de todas las estructuras socioculturales y políticas. Líder espiritual y señor político, el Papa era la piedra clave preeminente -a menudo disputada, pero perseverante- en esa porción de la antigua Europa.

Los pueblos que vivían allí -inclusive los xenófobos nativos de Inglaterra- podían circular, y circulaban, a través de sus tierras con relativa facilidad. Los pueblos de ese territorio occidental compartían los mismos días santos, símbolos culturales, fuentes educativas (principalmente grecorromanas), alimentos, hábitos de vida y estructuras sociales y políticas. Era común el matrimonio entre personas de diferentes pueblos. Los oficios, el comercio, la banca, las artes, las normas morales y las leyes, las ciencias, tal como estaban.. . todas estas estrategias del vivir eran homogéneas, por lo menos en sus líneas generales.

Fue en ese contexto que se formaron los rasgos iniciales de Polonia. Jamás habría otra erupción de paganismo entre el pueblo polaco. Desde aquel!a época, en todos los altibajos de su destino, ni la nación ni ningún gobierno de Polonia libremente elegido repudiaría jamás el señorío del hombre que ocupa el trono de Pedro. La orientación de los polacos hacia Roma se convirtió en un rasgo nacional que nunca ha sido eliminado. Y ase solo hecho llegó, con el tiempo, a marcarle un destino especial a estas personas y a su tierra, y una perspectiva geopolítica a generaciones de sus líderes.

La elección hecha por Mieszko I y declarada con tal profundidad en el Pacto Piast, determinó las dos direcciones principales en las que se desarrollarían el espíritu y las actitudes de su nación. Su orientación hacia Roma -su romanitas, como la llamaban los polacos- se convirtió en la fuerza que moldeó el pilar vertical y el plano horizontal de su identidad nacional.

Verticalmente, la romanitas era el medio para que la mente y el alme polacas ascendieran hasta Dios. Para los polacos, Roma era verdaderamente la Ciudad Eterna sobre la Colina; les mostraba la fuente de su seguridad y de su salvación en la vida y después de la vida. En espíritu y en actitud, los polacos trascendieron todo el tiempo y el espacio dentro de su ambiciór cristiana de considerar al Cielo de Dios como la razón final y la mente de toda la vida terrenal.

Mientras tanto, en e! plano horizontal, la romanitas de los polacos unió la vida práctica y el destino de Polonia con los de la Sede de Pedro como un poder visible extendido a través del mundo. El lugar donde se encontraban esos planos vertical y horizontal de la vida y formaban una cruz, era la patria de Polonia. Éste sería el lugar geográfico sobre la tierra donde lo celestial y lo territorial se unían para formar el ideal cristiano romano.

A la sombra de esa cruz, los polacos construirían un modelo sociopolítico que debe figurar como la octava maravilla del mundo. Sobre esa

cruz, los propios polacos seríais crucificados una y otra vez. Con esa cruz como su garantía como nación, los polacos nunca morirían.

Durante los siguientes quinientos años, se desarrollaron los rasgos iniciales de Polonia. Su territorio se extendió. En una etapa, el rey Piast tomó el trono de Praga, y conquistó hacia el este hasta Kiev. Polonia libró sus primeras batallas importantes como bastión del cristianismo occidental contra los mongoles; y vio la creación de su mortal enemigo -el Estado Monástico germano de Prusia- per parte de los hermanos alemanes conocidos como los Caballeros Teutónicos. Las potencias europeas reconocieron la igualdad política de Polonia con Francia, Italia y Alemania. Los polacos adquirieron a su primer patrono nacional, San Estanislao, junto con otros once santos canonizados y setenta y uno beatificados. Se codificó la ley general del reino. En 1264, el rey Piast Boleslao Pobozny - Boleslao el Piadoso- otorgó a los judíos la Carta General de las Libertades Judías, que esencialmente creaba, dentro de Polonia, una nación judía autónoma y autogobernada, que estaba exenta de la defensa de la tierra y que tenía sus propios juzgados y tribunales, basados en la ley talmúdica. En 1364 se creó la Universidad de Cracovia.

Tan obvia era la mente latina y romana en todos los rasgos polacos fundamentales y en su desarrollo, que un geógrafo árabe que escribió a mediados del siglo XII describió a Polonia como "un país lleno de sabiduría y de sabios romanos". Pero lo mejor -y ciertamente lo más improbable-- todavía estaba por venir.

Con la muerte de Elzbieta Bonifacja, hija pequeña del rey Ladislao, en 1399, terminó la dinastía Piast. Cualquier apostador de la época con un gramo de sentido y una modesta cantidad de experiencia, hubiera puesto su dinero del lado de la lucha y la contienda sangrienta para arreglar la cuestión del poder y de la corona de Polonia. Ésa era en general la forma en que se hacían las cosas. Pero cualquier apostador que hizo eso en Polonia, en 1399, habrá perdido hasta la camisa.

Lo que hicieron los polacos no tenía paralelo sociopolítico en la historia ni en su mundo contemporáneo, y muy pocos en nuestra propia época. Crearon, guiándose por su fabulosa visión del mundo, un periodo de mo narcas electos. Siguiendo a ese periodo, de 1493 a 1569, fueron todavía más lejos y crearon una monarquía constitucional. Finalmente, de 1569 a 1795, todo el proceso floreció dando un pleno sistema de gobierno republicano -la Primera República Polaca-, tan asombroso que durante varios cientos de años no se desarrollaría en ninguna parte un sistema democrático tan impresionante como la *Rzeczpospolita* polaca.

La primera etapa de esa transición histórica improbable tuvo su inicio

cuando Polonia, representada por la notable reina Piast Jadwiga, aceptó como su líder al gran duque Ladislao Jagiello, de Lituania. Sin embargo, los polacos pusieron dos condiciones: Polonia y Lituania se unirían, y el duque se convertiría al cristianismo. El duque se convirtió, y en 1386 se casó con Jadwiga. No obstante, el hecho más notable fue la unión de los dos Estados.

Formalizado en el Acta de Unión de 1413, los territorios unidos se extendían por el este hasta Moscú y el río Volga. Y la cosa extraordinaria e improbable fue esta Acta de Unión. Porque no sólo fue la constitución por la cual los dos Estados aceptaron gobernarse como una unidad; echó las bases para una isla de civilización en el mar de pueblos combatientes que la rodeaban. Como el preámbulo de la Constitución norteamericana, la declaración central del Acta de Unión reflejaba y siguió siendo, para siempre, el ideal de acuerdo con el cual viviría la nación. Era un ideal que emergía del pensamiento y de las enseñanzas de hombres de la Iglesia romana como Tomás de Aquino, Antonois de Florencia, Nicolás de Oresme y Guillermo de Ockham, entre otros.

El acuerdo jagielloniano declaraba: "Es sabido por todos que un hombre no alcanzará la salvación si no está sostenido por el amor divino, que no comete errores, irradia bondad, reconcilia a aquellos en discordia, une a los que pelean, disipa el odio, pone fin a la ira, proporciona todo el alimento de la paz...

"A través de ese amor, se establecen las leyes, se mantienen los reinos, se conservan en orden las ciudades, y el bienestar del Estado es llevado a su nivel más alto... Que este amor nos haga iguales, a quienes ya han unido la religión y la identidad de las leyes y los privilegios".

Repentinamente, se definía un nuevo principio geopolítico. Dos Estados independientes acordaban la unión a través del amor más que de la conquista. Y, con ese nuevo principio, llegaban tres férreas consecuencias: no hacer uso de las fuerzas armadas para conquistar a otros, recurrir a la fuerza armada sólo en defensa propia y agrandar el Estado sólo a través de la unión voluntaria entre los pueblos.

Las bendiciones que recaían en la Polonia jagielloniana eran tan extraordinarias e improbables como la propia Acta de Unión. Les tomaría trescientos años a las demás potencias importantes de Europa antes de que fueran capaces de establecer la organización social, las bases legales y las instituciones políticas suficientes para garantizar -al menos en principio- los derechos fundamentales de la dignidad y la libertad humanas que llegaron a ser otorgados constitucional y civilmente en el pleno florecimiento de la República de Polonia.

El principio estructural de la nueva república -porque eso era- era un sistema político de legislaturas locales *(seimik) y* una legislatura nacional *(Seim),* basado en una sociedad pluralista y dirigido a obtener un perfecto equilibrio entre el poder y la libertad. En 1494, el *Seim* se volvió bicameral, con una Cámara de diputados y un Senado. A partir de ese momento,

brotaron de la monarquía constitucional de Polonia órganos de la democracia claramente reconocibles para nosotros como nuestros modelos.

Se instituyeron elecciones generales, las primeras en el mundo, tal como sabemos por la historia. Se establecieron comités senatoriales de vigilancia para atender preocupaciones tales como los derechos y limitaciones de la ;monarquía constitucional polaca -solamente el *Se¡m* podía llevar al país a la guerra y ratificar tratados- y para evitar la corrupción en el gobierno. Se establecieron un tesoro estatal y una corte fiscal del tesoro. Los tribunales inferiores, con jueces elegidos, se dirigían hacia una Suprema Corte de Apelaciones, y se encargaban de los intrincados sistemas legislativo, civil y religioso basándose en el principio del *habeas corpus,* que ya había sido adoptado por el Acta de Cracovia de 1433.

La lista de tos logros sociopolíticos de Polonia durante el curso del siglo XV fueron más allá de lo meramente improbable. Hoy, siguen siendo envidiables el desarrollo y la aplicación concreta de principios tales como el gobierno con el consentimiento de los gobernados, la libertad de religión, la definición y la protección de los derechos y libertades personales, las elecciones generales y los controles y equilibrios constitucionales para reprimir cualquier tendencia autocrática de parte del Estado.

No obstante, tos procesos improbables no habían terminado en Polonia.

Desde 1520 **hasta 1650, las guerras religiosas desgarraron las** entrañas de todos los países europeos. Un viruiento antisemitismo diezmó a la judería europea, y en la primera mitad del siglo XVI el término "católico" se volvió diferente al de "cristiano".

En medio de todo eso, en 1569, Rutenia -una gran porción de territorio de !o que posteriormente llegó a ser la porción occidental de la URSS- se unió a Polonia y Lituania en lo que se llamó la "República Unitaria", o 13 Primera República Polaca. Los tres territorios estaban decididos a formar un solo Estado, cuajado como una familia por el misterio cristiano del amor de Dios por todas sus criaturas.

Una lectura cuidadosa de la Constitución promulgada por el rey de Polonia Zygmunt August, y de otros documentos históricos relevantes para esta República Unitaria, dermuestra el sorprendente internacionalismo de Polonia, mucho antes de que naciera nada parecido en el resto del mundo. Estas creaciones polacas ya estaban fundamentadas en un marco de referencia geopolítico, que inclusive había avanzado más allá del mero pensamientro transnacionalista.

En la República Unitaria no hubo guerras religiosas ni pogroms antisemitas. Más bien, había un principio de libertad religiosa conscientemente adoptado. Conteniendo una vasta mayoría de católicos romanos, la República practicaba una forma de pluralismo y tolerancia religiosa que todavía faltaba en Europa y en las Américas. Tampoco estaba basado este principio de libertad religiosa en alguna teoría vaga de los derechos del hombre. Estaba arraigado en la ley específica y básica propuesta en el Concilio de Constanza (1414-18) por un delegado polaco, Pávei Wlodkowicz: "La licencia para convertir [por la predicación y el ejemplo] no es una licencia para matar o expropiar".

Así, cuando el odio basado en la religión, generado por la reforma protestante, alcanzaba su cima en el siglo XVII, la Primera República Polaca era un espectáculo extraordinario: una comunidad multiétnica y multiconfesional, basada en una idea cosmopolita de pertenencia humana a la familia de naciones y de pueblos. Polonia había desarrollado un modelo de democracia participativa que funcionaba.

Tan decididos estaban los polacos a vivir de acuerdo con tales principios, que en 1645 en Torún, el rey Ladislao IV mantuvo el Colloquium *Caritativum* -el Diálogo Amoroso-, que fue exactamente lo que se anunciaba que sería. En un momento surriamente improbable, cuando el odio religioso atizaba guerras y dirigía las políticas en Europa, polacos católico romanos, cristianos ortodoxos orientales y por lo menos dos sectas protestantes -luteranos y calvinistas- acordaron vivir y dejar vivir, estar en desacuerdo incruentamente y fomentar su mutuo amor.

Ésta fue la expresión clásica del ideal polaco, de lo polaco vivido en el plano práctico -horizontal- de la existencia mundana. Esta forma republicana de gobierno nacional, alineada con la orientación fija de los polacos católicos hacia la salvación de Cristo a través de Roma, resumió, para un mundo combatiente, lo que los polacos concebían que eran ellos mismos como nación.

A los polacos no les pasó desapercibido, estando rodeados cada vez más por poderes protestantes, que había cierta vulnerabilidad presente en un sistema de gobierno donde los reyes no eran hereditarios sino electivos, y donde se necesitaba tiempo para elegir un sucesor adecuado y aceptable después de la muerte de un monarca reinante. La vulnerabilidad residía en el periodo de transición entre un rey y el siguiente, en el interregno. Dado su demostrado amor a la "Dorada Libertad", los polacos no querían que llegara ningún hombre fuerte a hacerse cargo del trono por la fuerza de las armas.

Para resolver la potencial dificultad antes de que se convirtiera en un problema real, en 1573 el *Sejm* de la República Unitaria confirió al Obispo Primado de Polonia el derecho y el deber de actuar como jefe de Estado y como jefe ejecutivo durante el periodo entre la muerte de un rey y la elección de su sucesor.

Por lo tanto, el Obispo Primado de Polonia llenaría el vacío de poder y autoridad cuando no existiera un jefe de gobierno legalmente elegido. Por título parlamentario, el Obispo Primado era *Interrex. Su* función especial

como *interrex* era proteger la soberanía y la religión de los polacos de la afrenta y el peligro. Representaba a los polacos como un pueblo, y supervisaba su soberanía política y constitucional. En momentos en que ellos estaban privados de su cabeza política debida y legal, él encarnaba sus derechos y aspiraciones. En términos prácticos, formaría un gobierno estilo regencia para proteger los intereses de ellos.

Cortado de la misma tela que el Pacto Piast del rey Mieszko I, que lo precedió por unos seiscientos años, el Pacto del *Interrex* se mantuvo en vigor a través de los siglos y aún se mantiene hoy. Como el Pacto Piast, nunca sería olvidado ni quebrantado. Fue puesto en práctica en el siglo XV por el obispo primado de Gniezno, Zbiegniew Olesnicki, en el siglo XVI por el obispo primado Jan Laski, y, quizá con mayor fatalidad, en el siglo XX por el obispo primado August Hlond, y por su sucesor, Stefan Wyszynski, quien, además de ejercer la función de *Interrex* en un contexto del siglo XX y además estalinista, fue el mentor más cercano dei papa Wojtyla.

Para aquellos que habitualmente piensan en términos de un muro entre la Iglesia y el Estado, el concepto de *Interrex* es incomprensible. Peor, hasta es repugnante para aquellos que piensan en términos de todas las religiones como la misma, y que, por lo tanto, sostienen en esencia que ninguna religión es auténtica o verdadera.

Sin embargo, los polacos basaban su razonamiento en la alineación de su vida diaria con el pilar vertical de su fe, la alineación de lo mundano con lo divino que había sido la marca distintiva de lo polaco durante quinientos años, para esas fechas. Rechazaban como una perspectiva inaceptable para lo polaco cualquier idea de que no hubiera un trascendente único de un Dios Salvador que requiere adoración y creencia. Una visión tal era y seguiría siendo la muerte para la grandeza del catolicismo de Polonia, que recientemente ha alcanzado un grado de justicia civil y libertad y tolerancia religiosa sin tener modelos ni pares contemporáneos sobre la faz de la tierra a los que imitar.

El Pacto del *Interrex* ha sido tan crucial para la supervivencia de Polonia como pueblo (una supervivencia que demostraría no ser sino milagrosa) que debe ser colocado junto al Pacto Piast como el Segundo Pacto de lo Polaco.

El Tercer Pacto de lo Polaco se produjo en circunstancias muy diferentes de aquellas que condujeron al Pacto Piast y al Pacto del *Interrex,* circunstancias de peligro mortal para Polonia. Aún más que los dos primeros, el Tercer Pacto refleja la intimidad con lo divino que yace en el corazón del catolicismo polaco y de la nación polaca como pueblo.

En el siglo XVII, Polonia era una potencia que había que tomar en cuenta en la Europa Central. Era comercial e industrialmente próspera. Poseía un ejército bien entrenado que incluía a cuarenta mil cosacos y

estaba respaldado por múltiples reservas. Había derrotado a los rusos, trayendo a Varsovia, encadenado, a su zar Szujski. Había derrotado a los Caballeros Teutónicos en la terrible batalla de Tannenberg en 1410. Internamente, era la tueca del humanismo; a ese respecto, una de sus estrellas más brillantes fue el astrónomo Copérnico, quien permanece como personaje clave de la astronomía moderna. Y seguía siendo robustamente católica romana frente a un luteranismo y un calvinismo rampantes, y a una Turquía otomana belicosa y expansionista.

En 1648, la República Unitaria de Polonia fue invadida y atacada tanto por fuerzas suecas como turcas. En cierto momento de la guerra, sólo se resistía contra los invasores suecos el Monasterio Paulista de Jasna Góra -la Montaña Brillante-, que mira sobre la ciudad de Czgstochowa.

En ese monasterio se conservaba el icono polaco más famoso de María y el Niño Jesús. Especial objeto de veneración desde los antiguos tiempos del cristianismo polaco, el icono había estado alojado en Jasna Góra desde 1382. Se dice que ha sido pintado por San Lucas Evangelista sobre una tabla que originalmente sirvió de mesa para Jesús, su madre María y su padre adoptivo, José, en su hogar de Nazareth. La mejilla derecha del rostro de María que aparece en el icono lleva una cicatriz infligida por un sable tártaro en 1430. Milagrosamente, como parecía, Jasna Góra nunca fue tomado. Después de cuarenta días de sitio, el ejército sueco se retiró.

En 1655, después que llegó la paz, el rey Jan Kazimierz proclamó a María Reina del Reino de Polonia. Igual que el Pacto Piast y el Pacto del *Interrex,* esa proclamación -junto con su promesa implícita a María de prestarle especial lealtad y de confiar en su protección- nunca ha sido rescindida o negada o abandonada por la nación polaca, o por cualquier gobierno polaco, católico o comunista, desde 1655. A menudo Polonia era descrita, y de hecho era, como el Jardín del Edén de la Nueva Eva: de María, la Virgen Madre de ese Jesús a quien los polacos adoraban como Dios, Creador y Redentor.

Para las naciones del Occidente de hoy, decatolicizadas y decristianizadas, el problema presentado por el Pacto polaco con María es aún peor que el problema del Pacto del *Interrex.* De hecho, parece simplista, directamente supersticioso y objetable. Sin embargo, desde el comienzo del cristianismo romano en Polonia, a María se le acordó una posición especial, correspondiente a la dignidad que siempre se le había acordado en la Iglesia como madre del Hijo de Dios: como la madre celestial, por lo tanto, de todo quien pertenece a Cristo.

En la base de esta veneración de María está la certeza católico-romana de que todo el propósito de conocer a Jesús es amarlo. Por ejemplo, todo el propósito de confesar los pecados y de asistir al sacrificio de la misa es estar estrechamente ligado, personal e íntimamente, con Jesús. Pero esa intimidad no es un acontecimiento del grupo. El catolicismo nunca fue una religión de sentimientos masivos o de grupos. Por cierto que cada católico

pertenece a la comunidad de creyentes. pero el lazo de cada católico con Jesús es personal.

De acuerdo con el catolicismo, no hay posibilidad de conocer y amar a Jesús, a menos que sea aceptado tal como se nos presenta. Tal como se presentó, en otras palabras, en su vida, en sus sufrimientos físicos, en su resurrección, y tal como se presenta hoy en su Iglesia, bajo los velos de la Eucaristía como el sacramento central de¡ catolicismo romano. Porque, en ese sacramento, los católicos sostienen que realmente participan en todo lo que hizo Jesús, tanto antes de morir como después... que están unidos con Jesús en la realidad de su vida terrenal y de su vida celestial.

En las palabras bíblicas, se cree que Jesús dice: "¡He aquí! Estoy parado ante la puerta y llamo. Si cualquier hombre me admitiera, entraré con él, y comeré con él y él conmigo". La garantía de Dios de la intimidad personal.

Esa certeza es la base de lo que los católicos de fe vibrante siempre han hablado como de su vida espiritual, "íntima" o "interior". Ése es su vocabulario de identificación personal con Jesús y de su convicción de que Jesús desea una intimidad personal con cada uno.

Tradicionalmente en la vida católica, tal intimidad es producida por la gracia de Dios en el individuo, y por la cooperación con esa gracia por parte de cada persona. Se fomenta la asociación íntima, en otras palabras, al entrar a todos los detalles de la vida de Cristo sobre la tierra y en el Cielo, a través de la plegaria y de las prácticas ascéticas y de¡ esfuerzo mental: al entrar a sus palabras, sus pensamientos, sus acciones, a su relación terrenal y eterna con su madre, con su padre adoptivo, con sus santos y sus compañeros, con su Padre celestial y su Espíritu Santo, con sus sacramentos y sus leyes, con su gobierno de la historia humana. Todo eso es parte de la intimidad de cada individuo con Jesús.

En todo eso, María ha tenido un lugar especial desde los primeros días de la Iglesia. Los católicos han entendido, por el conocimiento de la fe, que, como la mujer seleccionada desde la eternidad para ser la madre de Cristo sin ninguna colaboración de un hombre, María fue privilegiada desde su concepción en el vientre de su madre. Durante muchos siglos antes de que fuera declarado dogma, los fieles han sostenido que, cuando terminó la vida mortal de María, ella fue transferida en cuerpo y alma al Cielo de la gloria de su Hijo, donde ocupa una posición especial.

Es esa certidumbre, y esa inexpresable alegría de la intimidad tocada con la gloria de Dios, lo que el rey Jan Kazimierz proclamó como el Tercer Pacto de lo Polaco en 1655. Pero inclusive antes de eso -bastante al comienzo de la historia de Polonia como República Unitaria-, la relación con María como la madre de Jesús y, por lo tanto, como un aspecto esencial de la intimidad católica con su Hijo, había recibido expresión viva y concreta.

En 1617, dentro de un área de varios kilómetros cuadrados que se extiende entre Wadowice, donde nació Karol Wojtyla, y Cracovia, donde vivió, estudió, fue ordenado sacerdote y sirvió como Cardenal Arzobispo, el conde palatino Mikolaj Zebrzydowski inició un proyecto notable, en cumplimiento de un juramento penitencial. En el curso de dos generaciones, esa área, marcada por cuatro colinas y conocida como Kalwaria Zebrzydowska, fue cubierta con construcciones -monumentos, casas, iglesias, capillas, santuarios, sendas, calles y caminos- que reproducían los principales acontecimientos de la vida de Jesús y sus compañeros. En Kalwaria están representados el lugar de¡ nacimiento de Jesús en Belén, su hogar en Nazareth, el antiguo Jerusalén que presenció su prédica, pasión, muerte y resurrección y la fundación de su Iglesia.

Y allí, empequeñeciendo las reproducciones de¡ Monte Sión, de¡ Monte Moria y de¡ Monte de los Olivos, se eleva la basílica dedicada a María como Madre Angélica. Hoy allí, todos los años en la celebración de la resurrección de Cristo en la Pascua, y en la celebración de la Asunción -el traslado de María en su persona entera, cuerpo y alma, hacia el eterno Cielo de su Hijo-, alrededor de sesenta mil polacos comparten la intimidad entre lo divino y lo humano. Expresan un amor especial por María, porque Jesús la eligió como su madre. Se colocan a cargo suyo y bajo su protección, porque como bebé y como niño, Jesús eligió libremente hacer exactamente eso. Así dijo el Tercer Pacto de lo Polaco en 1655. Y así lo dice hoy.

Estos Tres Pactos de lo Polaco -el Pacto Piast con la Santa Sede, el Pacto con el Primado católico romano de Polonia como *Interrex,* el Pacto con María como Reina de Polonia-, definen la herencia, el significado y la fuerza de lo polaco. Actualmente, el polaco cuyo carácter como tal es de vital interés para el mundo en general es el papa Wojtyla, y en un aspecto específico: ¿qué tiene realmente que ver "lo polaco" con el carácter y política papal de ese "Papa polaco'?

Es un detalle curioso acerca de¡ pontificado de doce años de Juan Pablo que, al comienzo, casi constantemente se referían a él como el "Papa polaco", pero con el paso de los años, la etiqueta polaca ha sido más frecuentemente omitida, casi como si las personas hubieran dejado de preguntarse y decirse "¿un Papa polaco?" Este cambio puede atribuirse a la estatura internacional que el papa Juan Pablo ha alcanzado durante los años intermedios; hoy es visto principalmente como un ciudadano cosmopolita, como perteneciente al mundo entero. Es el signo más seguro de¡ éxito de su impulso para alcanzar un *status* y una estatura geopolítica a ojos de sus contemporáneos.

Pero dejar de lado su carácter de polaco como factor fundamental en su carácter y política papales, entraña una comprensión equivocada del papel que ha intentado y hoy intenta desempeñar como Papa, y de la visión geopolítica que lo anima.

La primera vez que esa frase, el "Papa polaco", surgió en las mentes de las personas y pasó por sus labios para describir a Karol Wojtyla, fue la

primera vez que el mundo posó su mirada sobre él como papa Juan Pablo II; y fue, con toda probabilidad, a causa de un simple gesto espontáneo de su parte en esa ocasión.

A las 8:17 P.M., la noche del día que fue elegido Papa, el 16 de octubre de 1978, salió al balcón del frente de la Basílica de San Pedro, en Roma, flanqueado por algunos cardenales y funcionarios. La luz dorada de la iluminación captó el rojo sangre y el blanco de sus vestimentas, el azul de sus ojos, pero reveló otro detalle (un gesto particular suyo) que tomó por sorpresa a todos los observadores del Vaticano. Según la memoria viva, ningún Papa había usado jamás ese gesto, no era "romano", en ese sentido, ni tampoco "católico romano" según la experiencia de millones de católicos romanos del mundo occidental que observaban esa escena en vivo o por televisión vía satélite. Y sin embargo pareció totalmente adecuado y, porque era desacostumbrado y nuevo, una señal de que este Papa representaba una nueva era.

Era la posición de sus manos. Las fotografías y grabaciones de video de los cinco papas anteriores (Juan Pablo I, Paulo VI, Juan XXIII, Pío XII, Pío XI), que se remontan a 1922 -los únicos papas de la historia que fueron captados en película en ese momento solemne de su primera aparición frente a todo el mundo- muestran una tradición uniforme. Como Papa recién electo, cada uno sostuvo las manos juntas al nivel del pecho, palma contra palma, los dedos contra los dedos, los pulgares cruzados. Era y todavía es el gesto normal católico romano para rezar y adorar a Dios.

Las manos de Karol Wojtyla estaban cerradas, como puños, y su antebrazo derecho estaba cruzado sobre el izquierdo, formando así una cruz sobre su pecho, cada puño casi tocando el hombro derecho y el izquierdo. Muchos de los espectadores de esa noche no habían visto jamás este gesto, significaba poco para ellos. Algunos se dieron cuenta que lo habían visto representado en iconos de santos de los países de Europa del Este, particularmente de mártires que marchaban a la muerte o que yacían en el reposo de la muerte. La mayoría de los que lo notaron, lo tomaron como un gesto de plegaria "polaco" o "eslavo". Esto fue reforzado por el tono de sus tres primeras palabras: "Sia lodato Gesucristo" (Jesucristo sea loado). El lenguaje era por cierto italiano, y la expresión era católica romana. Pero la voz de bajo con su pronunciación inequívocamente eslava -particularmente la l y la o y las demás vocales largas- resonaba con ese ritmo que tantos habían escuchado sólo en himnos eslavos.

Este Papa era completamente nuevo. Éste era el "Papa polaco".

Cuando Karol Wojtyla se convirtió en Papa, la mayoría de la gente en Occidente sabía poco acerca de Polonia y todavía menos acerca de Rusia. Pero con su elección a la Sede de Pedro, por lo menos había llegado al público occidental en general alguna información exacta sobre las condiciones modernas de Polonia. Pero lo que se filtra a través de los medios noticiosos y del actual torrente de novelas y libros de viaje sobre ambos

países, no es suficiente para darle ninguna sustancia al término "polaco" cuando se le aplica al Papa actual. "Lo polaco" en él sigue siendo un nombre vago, mal definido, que sólo indica dónde nació pero poco más queda en claro. Tal pobreza de detalle y falta de claridad acerca del carácter polaco de Juan Pablo se convierte en una paralizante desventaja en vista del giro geopolítico que Karol Wojtyla le ha dado a su papado. Esta inclinación geopolítica suya, ¿ha eliminado lo polaco como factor, o -inversamente- cuán genuina puede ser la mente geopolítica de alguien que es genuinamente polaco?

¿Estamos tratando aquí con dos opuestos (lo polaco y lo geopolítico) en un mismo personaje?

Los hechos de la historia pueden ser sorprendentes para muchos. Quienquiera que dice "Polonia", significando la nación polaca, y con pleno conocimiento de lo que está hablando, está diciendo tres cosas acerca de esa "Polonia", que desconciertan a la mente moderna como irreconciliables: Polonia el bastión de la Roma papal como el centro de una georreligión; Polonia el verdadero santuario de esa intimidad religiosa con la divinidad que es específicamente católica romana, y Polonia la comunidad de naciones. Esa "Polonia" es el resultado directo de los Tres Pactos de lo Polaco, y los rasgos sobresalientes de Juan Pablo como Papa, tienen un claro linaje que se remonta a esos Pactos.

El propio Pacto Piast es el vientre mismo de lo polaco, y es también el crisol en el que se formaron y purificaron las dimensiones y la implacable certidumbre de la visión política que impulsa a Juan Pablo. Este Pacto inicial aseguró que su asociación con Roma fuera tan natural como su asociación con Cristo y su madre, María. Para él se volvió una segunda naturaleza la idea y la meta de que los hombres **pertenecieran a la familia de las naciones, más** que un mero Internacionalista, más que un simple Transnacionalista, quienes conciben a las naciones como una asociación de partes diferentes relacionadas por pactos modelados por los humanos. Dándole forma a él como geopolítico a causa de su georreligión, el pacto le permitió partir de la real unidad de todos los hombres y mujeres de acuerdo con el principio jagielloniano.

Comenzando con el Pacto Piast de 990, los polacos, como una nación de personas, se habían identificado creciente y únicamente como un pueblo que no sólo se comunicaba inteligiblemente con Dios sino que formaba sus asociaciones prácticas y diarias, entre síy con las naciones que lo rodeaban, sobre el principio de ese "amor divino", citado en el Acta de Unión jagielloniana, por medio del cual "se establecen las leyes, se mantienen los reinos, se conserva el orden en las ciudades y el bienestar del Estado es llevado a su nivel más alto".

El efecto maravilloso de ese Pacto y de sus consecuencias georreligiosas pudo verse en la Polonia del siglo XVI, que alojaba a una población de polacos, lituanos, rusos, alemanes, armenios, tártaros, rutenos, estonios,

letones, daneses, noruegos, judíos, y la comunidad emigrada de escoceses más grande del mundo. Todos ellos representaban una docena de religiones, incluyendo el catolicismo romano, y todos ellos se consideraban ciudadanos polacos dentro de un marco que respetaba sus derechos étnicos y religiosos. La Polonia de 1939 alojaba a cerca del 40 por ciento de los judíos del mundo de ese momento, el 10 por ciento de la población total de Polonia. Ésta era la patria preferida de los judíos fuera de su patria de Israel.

Lo polaco, de hecho, y en el sentido de esos grupos diversos, no tenía una nota distintiva étnica, religiosa o nacionalista. Tenía matices geopolíticos, y esto en el territorio de una nación que, sin sombra de duda, era profunda y confesiona¡mente católico romana. ¿Cómo o por qué llegó la nación polaca a esa concreta estimación de la libertad humana y de comunidad humana que no comenzó a alborear sobre los pueblos supuestamente más ilustrados de Europa Occidental y de América del Norte antes de la mitad del siglo XX?

Este rasgo de lo polaco le dio al papa Wojtyla su profundo amor a la libertad y su comprensión de la misma, y su odio por la prostitución de la libertad por parte de aquellos que dicen su nombre en favor de ésta o aquella causa. Le dio una profunda comprensión del potencial de la democracia y del republicanismo occidental, y su repulsión por la falta de fe de Occidente. Le dio su modelo para las asociaciones libres entre las naciones sobre la base del amor, pero no sobre la base de la conquista o de la codicia por el poder o la ganancia.

En el nombre de Polonia hasta hay más cosas implícitas que son relevantes para la carrera papal de Juan Pablo II. Si se hiciera una investigación y un examen, digamos, entre los países de Europa -y que se extendiera inclusive a las Américas-, buscando un país cuya historia nacional pudiera ser considerada como una preparación "natural" para la geopolítica en general y la geopolítica papal en particular, casi el único país que responde a esta descripción sería Polonia. Esto no quiere decir que cada minero de Silesia y cada trabajador de los astilleros de Gdansk y cada granjero y ama de casa e intelectual de Polonia es, o podría ser, un geopolítico practicante. Pero sí significa que lo peculiar de Polonia, su espíritu nacional y sus aspiraciones, los hechos históricos concretos vividos por los polacos, junto con su arte y folklore, serían las condiciones más favorables en las que una mente de inclinación geopolítica podría nutrirse y desarrollarse, dadas la voluntad necesaria y la oportunidad. Wojtyla tuvo la educación, la sensibilidad y el interés que facilitaron que adoptara una actitud y una política geopolíticas.

Mucho más profunda e intrincadamente de lo que se ve a primera vista, el Pacto Polaco con María, la madre de Jesús, ha sido y será siempre un elemento operativo clave en la mentalidad geopolítica de este Papa y en su carrera como tal (esto debe enfatizarse). Mucho antes de convertirse en Papa, había concretado el Pacto general polaco con María en una forma personalizada, consagrándose a sí mismo a María, como sacerdote, como obispo y como cardenal. Su lema, *Totus Tuus,* refleja esa decisión.

Pero todo eso ha sido la preparación para el señalado papel que él cree firmemente que María jugará un día, al traer a la existencia visible la estructura geopolítica que él ha hecho su meta. Nuevamente, de acuerdo con su mente, basa esta expectativa en un hecho georreligioso en el que María figura como el instrumento de la divina providencia. Cree que Dios, por medio de María, ya ha prevenido a las naciones y ha predicho ese resultado geopolítico.

La escuela en la que se desarrolló el agudo sentido de lo geopolítico que tiene Wojtyla, diferente del nacional, nacionalista, regional e ideológico, fue la que tuvo durante todos sus días como clérigo en Polonia. A partir de 1948, lo cubrió la sombra de Stefan Cardenal Wyszynski, Primado de Polonia y -en las circunstancias estalinistas de la segunda posgué7ra en Polonia- el *ínterrex* efectivo quien, durante un periodo de alrededor de treinta y tres años, protegió cnn éxito al pueblo polaco de la desmoralización leninista planeada por sus amos de Moscú. No sólo hizo eso; redujo a la impotencia a los estalinistas polacos -ellos, que, en teoría, tenían el poder absoiuto- y directamente hizo que fuera inevitable la °liberación" gorbachovista de Polonia y de los demás satélites de Europa Oriental. Triste o agradecidamente, Gorbachov tiene una deuda con Wyszynski.

Como arzobispo y después como cardenal, Wojtyla trabajó íntimamente con Wyszynski, aprendiendo directamente de él no sólo la función del *interrex sino,* lo que es más importante, la forma geopolítica de razonar sobre el entonces omnicomprensivo leninismo de la URSS y sobre las fatales debilidades del Occidente capitalista.

Siglos antes de que Karol Wojtyla caminara por los campos y selvas y trepara las laderas montañosas de Polonia, los Pactos de lo Polaco les ganaron a los polacos la misma enemistad de los poderes del mundo que Cristo les legó a sus seguidores. Los Pactos proporcionaron a los polacos el único medio imaginable por el que fueron capaces de sobrevivir durante siglos como pueblo, aunque estuvieran privados de su propio gobierno soberano, su propia nacionalidad y un territorio que pudieran llamar propio. Completamente repartidos entre austriaco, rusos y alemanes entre '.795 y 1918, luego profundamente sovietizados estructuralmente durante cuarenta años, los polacos en magia fueron impermeables, y demostraron que en ellos residía un dinamisme, autopropulsado e imparable que mantuvo mecanismos cultura'.-s, sociales y espirituales protectores, y que aseguró la perseverancia del racía stdnu polaco, el inolvidable e inquebrantable deseo de sobrevivir. Los polacos siempre cantaban en su himno nacional: "En tanto r;osotros vivamos, Polonia vive. . ."

28

Los pactos de extinción

En 1795 fue un hecho consumado la muerte y sepultura de la Primera República Polaca. Fue el resultado directo de los pactos que, para su extinción, se concluyeron entre las grandes potencias de Europa. Duró 125 años completos, hasta 1919, cuando se estableció la Segunda República Polaca, para vivir una precaria existencia de veinte años hasta 1939, cuando, una vez más, su extinción fue realizada por la Alemania hitleriana y la Rusia esta¡ '-nista, cuyo objetivo manifiesto era liquidar para siempre no simplemente a la nación-Estado de Polonia, sino a los polacos como un grupo étnico y nacional distinto. Ninguna otra gran potencia de Europa objetó realmente ese resultado. Como escribió David Lloyd George en una carta muy difundida del 28 de septiembre de 1939: "el pueblo de Inglaterra no está preparado para hacer colosales sacrificios para restaurar en el poder a un régimen polaco representado por el actual gobierno. . ." Lloyd George prosigue diciendo que la URSS tenía todo el derecho a tragarse a la república polaca.

Cuando los aliados occidentales, Gran Bretaña y Francia, finalmente declararon la guerra a Alemania, ostensiblemente para liberar a Polonia, era manifiesto que se debía a que ellos mismos se enfrentaban a una amenaza mortal. La "extraña guerra" de septiembre de 1939 a marzo de 1940 fue una época de opciones intensamente estudiadas. No necesitaba haber terminado con la declaración de la verdadera Segunda Guerra Mundial a comienzos de la primavera de 1940.

La "verdadera prueba del pastel" llegó con los acuerdos trágicamente erróneos de Yalta y de Potsdam entre Joseph Stalin y los aliados occidentales: una vez más Polonia fue condenada a la extinción, una vez más su pueblo tendría que mezclarse, sin distinguirse de los "pueblos" y las "repúbli-

ces" del Archipiélago Gulag estalinista... y eso, durante otros cuarenta y tres años. Otro pacto para la extinción polaca.

Aparte del golpe mortal que significaba para los derechos de los polacos como individuos y ciudadanos, sin embargo, la planeada extinción de Polonia durante un terrible total de 168 años fue un error geopolítico e histórico de proporciones universales. Como el resultado neto fue una visión parcial y desequilibrada de la historia, de modelos de la historia y de lecciones de la historia para las generaciones posteriores, fue un error que estaba condenado a repetirse, y no solamente en Polonia. Y a pesar de todos sus retorcimientos y giros y complicaciones, la historia de Polonia, desde la época del Renacimiento hasta nuestros propios días, deja en claro que los soviéticos no fueron de ninguna manera el primer grupo impulsado ideológicamente que practicó la eliminación profesional de bloques enteros de la historia, tampoco fueron los primeros en pensar en la espantosa estratagema de la "no-persona": la persona que los demás están de acuerdo en fingir que nunca existió.

Pero esta extinción de Polonia tuvo un resultado más de consecuencias de largo alcance: alimentó entre los polacos, y particularmente en los hombres y mujeres que fueron los mentores y antecesores intelectuales, religiosos y morales de Karol Wojtyla, una vívida conciencia de la geopolítica. Porque su destino como nación, sus vidas diarias como pueblo y la razón misma de ser polacos, dependía de asuntos vastamente intrincados que involucraban a las grandes potencias de la política mundial. El *racja stanu* por el que los polacos estaban y están justificadamente preocupados -la razón de ser de Polonia como Estado-nación-, ha estado tanto tiempo entrelazado con asuntos internacionales y acontecimientos mundiales que Polonia ha tomado una connotación permanente geopolítica.

Los alcances superiores de esa connotación y de su dimensión global estaban garantizados por el inherente romanismo de Polonia y lo que él representa. En un sentido verdadero y no despectivo, Polonia se convirtió en un peón del juego geopolítico, al que se emplea regularmente. Entonces no es de sorprenderse que Juan Pablo viniera equipado geopolíticamente. Los Pactos de Extinción lo aseguraron.

Las tres fuerzas principales que condujeron directamente a la desaparición de la Primera República Polaca en 1795, surgieron de motivos y antecedentes tan variados que, sin la ventaja de la visión retrospectiva, uno hubiera esperado que estallara la guerra entre ellas, más que la fusión de intereses que en cambio brotó.

Dos de esas tres fuerzas principales tuvieron sus primeros comienzos en las profundas y violentas tensiones creadas sobre el orden y la unidad europea por la reubicación del papado en Aviñón (Francia) durante sesenta y ocho años, desde 1309 hasta 1377, y por el Gran Cisma que siguió durante

otros treinta y nueve años, desde 1378 hasta 1417. Si alguna vez se abrió una puerta de cambio en los asuntos de los hombres y de las naciones, esos 108 años constituyeron tal puerta.

Hasta entonces, el papado había sido la única institución altamente desarrollada y estable durante cientos de años, dándole al mundo medieval una sensación de orden, unidad y propósito. En ese mundo de la primitiva Europa, todo -política, comercio, ley civil, gobierno legítimo, arte, conocimiento-, todo dependía de la estructura eclesiástica que se extendía desde el Papa a los cardenales y obispos, sacerdotes y monjes, y hacia afuera a través de todas las ramificaciones de la vida.

Con el Gran Cisma llego un sacudimiento repentino de duda universal en relación con cuál de los tres pretendientes rivales era el sucesor válido de Pedro el Apóstol. Y junto con la duda, brotaron las primeras semillas de desafío al orden establecido entre los círculos intelectuales, artísticos y aristocráticos de la sociedad europea. Nuevamente, sólo la retrospección histórica nos permite ver ahora que, con el Gran Cisma y el papado de Aviñón, algo vital había abandonado a la Roma papal, algo precioso y valioso para el nombre y la posición del papado. Los hombres, por primera vez, comenzaron a cuestionar las pretensiones papales. Fue en este contexto que Catalina de Siena (1347-1380) anunció las palabras que había escuchado en una visión del Cielo: "Las Llaves de esta Sangre siempre pertenecerán a Pedro y a todos sus sucesores".

La revuelta doctrinal de John Wycliffe (1330-1384) en Inglaterra, imitada y seguida por Jan Hus (1370-1415) y sus husitas en Bohemia, fue una temprana advertencia de los problemas que se estaban preparando. Porque, sobre bases doctrinales, esos hombres comenzaron a desafiar el orden civil y político establecido sobre la base de la autoridad papal.

En este clima desacostumbrado de incertidumbre y desafío que llegó a caracterizar a la Italia del temprano Renacimiento, surgió una red de asociaciones humanistas con aspiraciones a escapar al control general de ese orden establecido. Dadas aspiraciones como ésas, estas asociaciones tenían que existir en la protección del secreto, por lo menos en sus comienzos. Pero aparte del secreto, estos grupos humanistas estaban marcados por otras dos características principales.

La primera era que estaban en rebelión contra la interpretación tradicional de la Biblia, tal como la mantenían las autoridades eclesiásticas y civiles, y contra los fundamentos filosóficos y teológicos que proporcionaba la Iglesia a la vida civil y política.

Dada la primera característica, la segunda era inevitable: una oposición virulenta, profesional y confesional a la Iglesia católica romana y, en particular, al papado romano, tanto como poder temporal cuanto como autoridad religiosa.

No era sorprendente, dado tal ánimo, que estas asociaciones tuvieran su propia concepción del mensaje original de la Biblia y de la revelación de Dios. Se aferraban a lo que consideraban ser un cuerpo de conocimiento ultrasecreto, una gnosis, que basaban en parte en tendencias cúlticas y ocultistas que se derivaban del Norte de África -notablemente, de Egipto- y, en parte, de la clásica *Kabbala* judía.

La *Kabbala,* el punto más alto del misticismo en la larga historia del judaísmo, era descendiente directo de la antigua tradición mística judía anterior al exilio, arraigada en las figuras del Carmelo, Elías y Eliseo. Dejó claros trazos en la Biblia canónica judía: la Ascensión de Elías, el Milenarismo de Amós, las Canciones del Siervo del Deutero-Isaías, las Visiones del Carruaje de Ezequiel, las profecías de Jeremías sobre la Nueva Alianza, la obsesionante belleza de las profecías de Malaquías.

La propia *Kabbala* judía fue un intento de bosquejar cómo el simple hombre mortal, dentro de la estricta tradición mosaica de la separación total de Dios con respecto al hombre, podía alcanzar el conocimiento (y, finalmente, la posesión) de la divinidad. Porque ese conocimiento, o *Kabbala,* sería él mismo la posesión. La única preparación para la recepción de la *Kabbala* era la pureza según la Torá, y traería consigo efectos y cambios profundos en el cosmos material del hombre.

En otras palabras, la *Kabbala* era una doctrina espiritual sobre la intervención de la vida completamente ajena y sobrenatural del único Dios, el Creador de todas las cosas, en el cosmos material.

Ya fuese por ignorancia o por premeditación, o por ambas cosas, los humanistas italianos expurgaron la idea de la *Kabbala* casi más allá de lo reconocible. Reconstruyeron el concepto de gnosis, y lo transfirieron a un plano completamente de este mundo. La gnosis especial que buscaban era un conocimiento secreto de cómo dominar las ciegas fuerzas de la naturaleza con un propósito sociopolítico.

En el mundo precientífico, anterior a la Ilustración, antes de que Francis Bacon "hiciera sonar la campana que convocó a todos los ingenios", alrededor de 1600, ese dominio involucraba, entre otras cosas, lo que popular pero erróneamente se llama métodos "cabalísticos" de la alquimia (el esfuerzo por cambiar la naturaleza elemental de las sustancias, principalmente de los metales). De hecho, los decididos cabalistas humanistas siempre estaban buscando lo que se llamaba la Piedra Filosofal, u-i mineral que, por su toque más ligero, podía transmutar en oro a los metales bajos, como el plomo.

No obstante, detrás de todo eso -detrás de la búsqueda de los cabalistas de un secreto conocimiento de las fuerzas de la naturaleza, y detrás del mito de la Piedra Filosofal-, yacía el ansia de regenerar al mundo, de eliminar las fuerzas bajas o malignas, y de transmutarlas en el oro de una sociedad humana llena de paz y próspera.

Los iniciados de aquellas primeras asociaciones humanistas eran devotos de la Gran Fuerza -el Gran Arquitecto del Cosmos- a quien representaban bajo la forma del Sagrado Tetragrámaton, YHWH, el símbolo judío

para el nombre de la divinidad que no debe ser pronunciado por los labios mortales. Tomaron prestados otros símbolos -la pirámide y el ojo que todo lo ve-, principalmente de fuentes egipcias.

Sobre bases como éstas, las nuevas asociaciones proclamaron ser las auténticas portadoras de una antigua tradición que pasaba por alto t. nto el judaísmo normativo rabínico como el cristianismo, una tradición de IJ que ambas religiones habían brotado pero que los cabalistas insistían en que era más pura y más verdadera que cualquiera de ellas.

Debe seguir siendo una pregunta sin respuesta hasta dónde estas asociaciones ocultistas podrían haber progresado y cuál podría haber sido su influencia en diferentes circunstancias históricas. Porque, tal como fue, el movimiento humanista que produjo tales sociedades ocultas encontró suelo fértil entre los disidentes de más allá de los Alpes. Hasta donde han llegado las investigaciones históricas, parecería que a través de toda la porción de Europa Central -desde los Alpes a través de Suiza, Austria, Polonia, Alemania y Escandinavia- corría el mismo descontento con el orden establecido, y la misma tendencia a abandonar los dogmas del papado romano en favor de una interpretación "más primitiva" y, por lo tanto, más fiel, de los hechos de la Biblia.

Sin duda, las nuevas asociaciones secretas eran vehículos dispuestos para ese descontento. Con el tiempo, de hecho, y a través de una serie imprevisible de fusiones y mutaciones, la descendencia de esas asociaciones humanistas del temprano Renacimiento evolucionó para llegar a ser una potente fuerza internacional, religiosa y sociopolítica, que determinaría toda una nueva serie de alianzas europeas, y el destino de las naciones, incluyendo el tétrico destino que esperaba a Polonia.

En primer lugar, a medida que se extendían hacia el norte más allá de los Alpes, encontraron adherentes entre los grupos disidentes ya existentes, tales como los Hermanos Moravos, de origen husita, los Unitarios y los Neoarrianos. No había duda de que la revuelta estaba creciendo. A medida que se intensificaba ese clima, la expansión hacia el norte y la aceptación de los humanistas ocultistas se mezcló cronológicamente, y en forma muy importante, con los comienzos de la Reforma protestante a principios del siglo XVI.

Como sabemos ahora, algunos de los principales arquitectos de la Reforma -Martín Lutero, Philip Melanchthon, Johannes Reuchlin, Jan Amos Komensky- pertenecían a sociedades ocultistas. Y tanto Fausto como Lelio Sozzini, los teólogos italianos y antitrinitarios, encontraron mecenazgo, fondos y una red de apoyo fuera de su natal Italia. El socinianismo, que toma su nombre de los dos Sozzinis, en realidad fue bien recibido entre los hermanos de lo oculto allá en el norte, en Suiza, Polonia y Alemania.

Mientras tanto, en otros climas del norte, una unión mucho más importante tenía lugar, con los humanistas. Una unión que nadie podría haber esperado.

En el siglo XIV, durante la época en que las asociaciones cabalistas-humanistas estaban comenzando a encontrar su orientación, ya existían -particularmente en Inglaterra, Escocia y Francia- gremios o guildas medievales de hombres que trabajaban la piedra caliza con hacha, cincel y mazo. Francmasones de oficio, y temerosos de Dios en su religión, estos hombres encajaban perfectamente en el orden jerárquico de las cosas sobre el que se apoyaba su mundo. En las palabras de un antiguo *Libro de* Cargos inglés, a los francmasones medievales se les exigía "principalmente amar a dios y a la santa iglesia y a todos los santos".*

Los francmasones estaban totalmente separados de otros que trabajaban la piedra -de los que tallaban la piedra dura, los marmoleros, los que trabajaban el alabastro, de los no especialistas y de los albañiles-. Los francmasones ganaban un salario y vivían una vida de movilidad y de un cierto privilegio. Eran artesanos viajeros que se mudaban al sitio donde podían emplear sus habilidades, estableciendo albergues temporales para su alojamiento, descanso y recreación, y para las discusiones comunitarias de su oficio.

Como especialistas empleados por patrones ricos e influyentes, estos artesanos de la piedra caliza tenían secretos profesionales, que rodeaban con las reglas de la guilda. . . los "Antiguos Cargos" de las guildas de francmasones ingleses y escoceses. Siendo éste el caso, su alojamiento, o logia, estaba fuera del alcance para todos los que no fueran francmasones acreditados.

Para frustrar a los intrusos, desarrollaron una señal entre ellos, lo que los francmasones ingleses llamaban la "Palabra". pero que también podía ser una frase o un gesto de la mano, por medio de la cual se reconocía a un miembro que disfrutaba de los privilegios de entrada y participación en su logia.

Nadie que viviera en el siglo XIV podría haber predicho una fusión de mentes entre los gremios de francmasones y los humanistas italianos. La fe tradicional de unos, y la hostilidad ideológica tanto hacia la tradición como hacia la fe de los otros, debió haber hecho que una mezcla entre los dos grupos fuera tan probable como entre el agua y el aceite.

Sin embargo, en la segunda mitad del siglo XVI, hubo un cambio en el tipo de hombre reclutado para las guildas francmasónicas. A medida que disminuía progresivamente el número de francmasones que estaban trabajando, u "operativos", iban siendo remplazados por los que se llamaban Francmasones Aceptados -caballeros ociosos, aristócratas, hasta miembros de las familias reales-, quienes levantaban el hacha, el cincel y el mazo

* A quienes trabajaban la piedra caliza (fieestone, en inglés) se les llamaba *heemasons,* cuya traduce ón, francmasón, tiene otra connotación. Sin embargo, se ha preferido utilizarla en lugar de la palabra "albañil", pues ésta confundiría el sentido del texto.

sólo en las ceremonias simbólicas ultrasecretas de la logia, todavía protegida por los "Cargos" y la "Palabra". Había nacido el masón "especulativo".

La nueva Masonería se alejó de toda obediencia al cristianismo eclesiástico romano. Y nuevamente, igual que para los humanistas ocultistas italianos, el secreto garantizado por la tradición de la Logia era esencial dadas las circunstancias.

No obstante, los dos grupos tenían más en común que el secreto. Por los escritos y registros de la Masonería especulativa, resulta claro que el principio religioso central se convirtió en una creencia en el Gran Arquitecto del Universo, una figura que en ese momento ya era conocida por la influencia de los humanistas italianos, una figura que no puede ser identificada con el Dios trascendental que eligió a la raza judía como un pueblo especial o con el Dios trascendental de la revelación cristiana encarnado en Jesús de Nazareth. Más bien, el Gran Arquitecto era inmanente al cosmos material, y esencialmente era parte de él, un producto de la mente "ilustrada".

No había una base conceptual por la cual pudiera reconciliarse una creencia así con el cristianismo. Porque quedaban excluidas ideas tales como el pecado, el Infierno como castigo y el Cielo como recompensa, un sacrificio de la misa eternamente perpetuo, santos y ángeles, sacerdote y Papa. Por cierto, el concepto entero de una o¡ ganización eclesiástica encargada de propagar ese cristianismo, como el concepto de un liderazgo religioso infalible personalizado en un Papa que detentaba la irresistible autoridad de las Llaves de Pedro, era consid3rado falso y antihumano.

En la rivalidad inevitable que se desarrollaría entre **las potencias católicas** y protestantes de Europa, el papado romano -que todavía fue un poder temporal hasta bien entrado el siglo XVII- lógica, aunque insensatamente, tomaría partido, del mismo modo que la Logia se uniría con los elementos protestantes que participaban en la activa lucha.

En medio de todo este fermento que se concentraba permanecía Polonia, todavía firme y vibrante en el corazón estratégico de la Europa Central, y todavía incondicional en su lealtad hacia la Santa Sede de Roma, como lo declaraba el Pacto Piast. Durante bastante más de cinco siglos, como monarquía hereditaria, después como monarquía constitucional y como República Unitaria, Polonia había sido el bastión del cristianismo romano, y la única fuerza militar que había detenido la embestida de los turcos otomanos.

Sin embargo, inclusive antes de su tercera y fina¡ victoria, bajo Jan Sobieski, sobre los turcos, en Viena en 1683, la posición geopolítica de Polonia en Europa había sido radicalmente alterada por la Reforma protestante lanzada más de 150 años antes, en 1517, per Martín Lutero. De hecho, aunque intentara o demostrara ser cualquier otra cosa, en términos geopolíticos la Reforma protestdnte fue un megaterremoto. En el momento del triunfo de Sobieski de 1683 sobre los turcos, Polonia estaba prácticamente rodeada y ciertamente amenazada por un nuevo mundo protestante: Prusia, Suecia, Sajonia, Dinamarca, Transilvania (Hungría protestante). La enemistad de esos países hacia Polonia era compartida por otras potencias europeas que surgían, principalmente Inglaterra y Holanda, para entonces ambas naciones protestantes.

En una serena retrospección, pare^e más allá de toda sombra de duda que un factor que contribuyó principalmente a la desaparición de la Primera República Polaca fue la influencia de los ahora humanistas francmasones, fundamentalmente entre los enemigos protestantes de Polonia, pero eventualmente, y hasta un grado importante, dentro de Polonia también.

En la era de la Masonería Aceptada, la pertenencia a la Logia se extendió por las clases gobernantes y académicas de los países protestantes. Las grandes universidades de Europa, en Alemania, Austria, Francia, Holanda e Inglaterra, así como los círculos científicos, todos proporcionaban reclutas para la Logia. De hecho, la masonería europea llegó a ser, fundamentalmente, una organización de aristócratas, grandes terratenientes y propietarios de bienes raíces, banqueros y agentes. Los príncipes de sangre real se unieron a la Logia en cantidades importantes: Jorge IV de Inglaterra, Oscar II y Gustavo V de Suecia, Federico el Grande de Alemania, Cristián X de Dinamarca, para nombrar sólo algunos.

El objetivo de los humanistas cabalistas siempre había sido el cambio sociopolítico. Pero con tales miembros como los que atraía, la masonería europea no quería ninguna revolución social. El principal objetivo de los francmasones europeos era político: asegurar el equilibrio de poder en Europa para Inglaterra, Prusia, Holanda y Escandinavia.

El nudo del problema era, sin embargo, que cualquier cálculo estratégico de estos países, que habían renacido recientemente como potencias protestantes, tenía que contemplar la remoción de la Primera República Polaca, si es que alguna vez se iba a concretar su sueño de la gran alianza protestante del norte.

En el siglo XVI, para la cultura, el conocimiento, el arte, el pensamiento y la filosofía, los ojos de Polonia estaban en París. Sus sables se dirigían hacia el naciente ducado de Moscú, en el este, y al poder otomano europeo hacia el sur. Su corazón permanecía fijo en Roma. Dentro de sus propias fronteras, era una federación de cinco o seis grupos étnicos dentro de una república basada en la libertad constitucional de religión y culto, que impulsó al cF,olicismo, viviendo en paz con los protestantes que estaban en su seno, y proporcionando a los judíos autonomía legal, religiosa y civil en una patria lejos de su patria. El país había llegado a ser militarmente fuerte, económicamente próspero, políticamente maduro, culturalmente avanzado.

Más importante para el sueño de la alianza protestante del norte, no obstante, era que en dos aspectos Polonia seguía siendo lo que siempre había sido.

Geopolíticamente, era todavía la estratégica *plaque tournante* de Europa Central. Del total de la población de Europa, de 97 millones, sólo Francia, con una población de 15.5 millones, superaba a los 11.5 millones de Polonia. Las fronteras polacas iban desde el río Oder, en el oeste, hasta 200 kilómetros más allá de las tierras ribereñas del Dnieper, en el este; y desde el Mar Báltico en el norte hasta el río Dniester en el sur.

Mientras tanto, religiosamente, Polonia era todavía profundamente romanista y papal en su corazón, su mente y su lealtad.

Como pueblo, como nación unitaria y como eje estratégico, Polonia era, por lo tanto, una de las principales potencias que obstaculizaba el camino de una hegemonía en el norte de Europa ejercida por las potencias protestan. tes.

El plan básico para la liquidación final de la República polaca ya comenzó en la segunda mitad del siglo XVI, como una empresa estrictamente militar. Primero, parece haber tomado la forma de un clásico e implacable movimiento de pinzas: los turcos otomanos atacando desde el sur, los suecos desde el norte, y la flota de guerra de la Holanda protestante actuando en coordinación con los ataques turcos y suecos, al hostilizar a las cabezas de playa polacas en el Báltico.

Gustavo Adolfo de Suecia tenía un ímpetu adicional para participar en este esfuerzo en contra de Polonia. Como brillante estratega, seguramente apreciaba la importancia de liquidar a Polonia en favor de establecer la deseada hegemonía protestante. Pero en un mundo donde los parentescos reales cruzaban todas las fronteras y eran parte de toda iniciativa internacional, ya fuese amistosa u hostil, él tenía su propia pelea dinástica (malhadada para él, según resultó) con el rey de Polonia, Zygmunt II, quien de hecho fue rey de Suecia desde 1597 hasta 1604.

Sangrientos como fueron, estos primeros esfuerzos contra Polonia fueron arruinados por la derrota turca de 1571, en el combate naval de Lepanto,, por la segunda derrota turca a manos de los polacos, en 1621, y por la múerte repentina de Gustavo Adolfo en batalla, en 1632.

Cuando la sola guerra fracasó para alcanzar la meta de los poderes protestantes de entregar el territorio de Polonia en manos de los aliados protestantes y eliminarla de la escena como potencia, el esfuerzo se desplazó hacia el desmembramiento del territorio de la Primera República, con el motivo aparentemente legítimo de la sucesión dinástica.

Aunque no cabe duda de que todas esas guerras constantes debilitaron seriamente a Polonia, fue este esfuerzo "diplomático" -largo y complejo y con la participación de muchos jugadores- lo que resultaría ser la ruina de Polonia. Y en la negociación, finalmente establecería un nuevo patrón para lo$ tratados internacionales que llegaría hasta bien entrado el siglo XX.

Entre los muchos y complejos factores en este nuevo asalto contra Polonia, estaban los planes de gran alcance de Oliver Cromwell como Lord Protector de la república inglesa, desde 1653 hasta 1658. La política exterior de Cromwell tenía como objetivo el debilitamiento de la España imperial y la creación de una gran alianza protestante entre Inglaterra, Alemania, Dinamarca, Suecia y una Holanda libre de la dominación española.

Un segundo factor, estrechamente relacionado, era la sociedad secreta quizá más antigua de las que surgieron en Alemania en el siglo XVII: la Orden de la Palma. La orden reclutaba a sus miembros en Alemania, Es candinavia y Turquía otomana; las tres habían comprendido, hacía mucho tiempo, que la presencia de Polonia constituía el obstáculo más grave para sus planes mercantiles y de comercio. Las investigaciones históricas del erudito polaco Jan Konapczynski han señalado correctamente la importancia del intento de cooperación de Cromwell con la Orden de la Palma. Pero, con o sin Cromwell, en los últimos años del siglo XVII, la orden se preocupó seriamente por la elección de quien se convertiría en el rey electo de Polonia.

Dados esos complejos linajes reales de Europa, tal idea estaba lejos de ser frívola o inalcanzable. Porque la Orden de la Palma incluía líderes tan activos y poderosos como el canciller sueco, Axel Gustafsson Oxenstierna, el rey sueco Gustavo Adolfo, y a Federico Guillermo, gran elector de Brandenburgo. El obispo moravo, Jan Amos Komensky, actuó como agente de la orden entre los suecos y los alemanes. Y el filósofo alemán Gottfried Leibniz, como secretario de la Sociedad Alquimista de Nuremberg -afiliada a la Orden de la Palma- empleó sus indudables talentos en favor de conseguir que el palatino Felipe Guillermo fuera elegido rey de Polonia en 1668-69, cuando la corona polaca en efecto quedó vacante. El esfuerzo de Leibniz fracasó, pero fue una portentosa tentativa tendiente al desmembramiento legal de Polonia.

Cuando el siglo XVII se acercaba a su fin, otro esfuerzo por apoderarse de Polonia desde adentro estuvo mucho más cerca del éxito. Federico Augusto I de Sajonia fue electo rey de Polonia en 1697. Como el primer rey Piast, Mieszko I, en 966, y como Jagiello en 1386, Federico se convirtió al catolicismo romano. Pero en su caso, no era más que un ejercicio para pasar revista, porque era y siguió siendo un devoto de la *Kabbala* reconstruida, y se dedicaba a los así llamados experimentos cabalísticos.

El primer ministro alemán de Federico, el barón Manteufel, claramente era del mismo tipo. De hecho, algunos años después, en 1728, creó la Logia Masónica de la Corte, en Dresden, con una filial en Berlín. El sello de esta Logia era la Cruz Rosada (la cruz con una rosa superpuesta), y contaba entre sus miembros al propio Federico Augusto I, y a dos reyes de Prusia, Federico Guillermo I y jederico Guillermo II.

A diferencia de Mieszko y de Jagiello, Federico Augusto I no duró mucho como rey de Polonia. Pero durante su reinado de siete años, su política exterior estuvo dirigida hacia el reparto final de las tierras de Polonia

entre sus vecinos, un esfuerzo que continuó incluso después de haber sido depuesto, en 1704.

No favorecía a la posición de Polonia, en esta nueva embestida política desde su interior, el haber estado continuamente en guerra desde 1648. En un momento dado, había resistido lo que los historiadores polacos contem. poráneos llamaron el "Diluvio": una invasión combinada de su territorio por suecos, alemanes de Brandenburgo, húngaros de Transilvania y moscovi. tas, todos los cuales estaban contando con el apoyo de la Inglaterra de Cromwell y con una rebelión interna, dentro de Polonia, de protestantes y de católicos pro protestantes.

Polonia sobrevivió al "Diluvio", tal como había sobrevivido a tantas guerras. Pero cuando se iniciaba el siglo XVIII, había sostenido más de un siglo de conflictos armados casi continuos. Ahora, un abuso de los privile. gios constitucionales por parte de los propios polacos, y una sucesión de gobernantes débiles e inaceptables -Federico Augusto I fue sólo uno- llevó al país a la condición del "Enfermo de Europa".

La primera mitad del siglo XVIII fue, también, una época que presenció el gran florecimiento de las logias masónicas europeas, el verdadero alborear de la Masonería Aceptada, y Polonia no escapó a su impacto, de ninguna manera. Indudablemente, en realidad la masonería había sido introducida como una dimensión importante entre las clases dominantes de Polonia por Federico Augusto I, y, sin duda, la influencia del primer ministro Manteufel explica el carácter prusófilo de la masonería polaca que subrayan algunos historiadores.

Ésta era también la época de la Ilustración. En consecuencia, inevitablemente, la filosofía y la ciencia entraron a la liza, porque muchos brillantes exponentes de las nuevas disciplinas eran también adherentes de los prin cipios de la masonería. La inteligencia humana, como reflejo y parte de la sabiduría del Gran Arquitecto de los humanistas ocultistas, era vista ahora como el elemento infalible del progreso humano.

Mientras que se mantenía la noción del Gran Arquitecto, el elemento alquimista de las viejas asociaciones humanistas cayó en el desprestigio y en el desuso, con la embestida de los descubrimientos científicos. Las energías de los nuevos iniciados se canalizaron por vías más prácticas para alcanzar sus metas sociopolíticas.

Sobrevivió gran parte del simbolismo y del ceremonial que había evolucionado en ese temprano cabalismo precientífico. Pero el humanismo masónico, como fuerza viva, ahora confiaba en la investigación humana sin in hibiciones como único fundamento de la civilización humana, investigación libre de todo juicio, especialmente de parte de la Iglesia y de la religión, porque permanecía intacta esa fundamental ideología antieclesiástica heredada de los disidentes italianos del siglo XIII.

Como era de esperar, tales elementos políticos y filosóficos incluidos en la masonería como bloques de su cimentación ideológica, exacerbaron el odio ya virulento contra el papado romano. Y esto fue cierto especialmente en los países centrales del catolicismo, Francia, Bélgica, Italia y España.

Por ejemplo, la logia masónica más poderosa y preponderante de Europa era el Gran Oriente de Francia. La hostilidad antirromana y anticristiana del Gran Oriente llegó a ser casi legendaria. Con verdadera lógica gala, de hecho, sus participantes abolieron hasta la vieja obligación masónica de creer en el Gran Arquitecto del Universo. Al dar este paso -audaz hasta para los Masones Aceptados de la era de la Ilustración-, los masones franceses estaban siendo muy franceses: adelantándose a todos los demás, y desconcertantes en su franqueza. Pero fue el tipo de masonería del Gran Oriente el que dominó en países católicos como Portugal, España y Austria, y en la propia Italia.

Ya en 1738, el papa Clemente XII pudo ver las plenas implicaciones georreligiosas y geopolíticas de la Masonería Aceptada, cuyas logias incluían no sólo a los nuevos y profundamente influyentes líderes intelec tuales, sino también a los personajes políticos más poderosos del momento. Clemente condenó a la masonería como incompatible con la creencia católica, como indudablemente lo era. Y condenó su secreto como una práctica ilegal que haría posible la subversión de naciones y gobiernos.

Sin embargo, para entonces parecería que los dados estaban casi echados. Y Polonia se convertiría en el cumplimiento clásico de la advertencia del papa Clemente relativa a la subversión de naciones y gobiernos.

Durante la primera mitad del siglo XVIII, las logias masónicas -muchas de ellas modeladas sobre el Gran Oriente y sobre la masonería anglo-teutónica- proliferaron en Polonia como los huevos en un gallinero. De acuerdo con historiadores de la talla de Stanislaw Zaleski, Jedrzej Giertych y Stanislaw Malachowski-Lipicki, unas 316 logias estuvieron esparcidas por Polonia en los setenta y tres años que van de 1738, cuando el papa Clemente manifestó su condena, y 1815, cuando las Grandes Potencias del mundo acordaron ratificar, en el Congreso de Viena, bajo la ley internacional, el entonces hecho consumado de la eliminación de Polonia de la faz del mundo geopolítico.

Como en cualquier otro país, el factor determinante de la influencia de las logias sobre el destino de Polonia no fue su número, o la cantidad de sus miembros -que los historiadores informan que eran 5,748-. Más bien fue, como siempre, el hecho de que la masonería reclutaba con éxito a los intelectuales dirigentes e influyentes y a los miembros de la realeza y de la aristocracia, políticamente poderosos... la "superestructura" de la sociedad que Karl Marx y Friedrich Engels señalarían como los opresores de las "masas trabajadoras", apenas treinta y tres años después del Congreso de Viena.

La trayectoria histórica de la fundación de importantes logias masónicas humanísticas en Polonia y la de los tres sucesivos robos de territorio polaco (llamados repartos), son convincentes en cuanto a que parecen entrelazarse.

Una de las logias más importantes, Wisniowiec, fue fundada en 1742 en Volhynia. En Varsovia, cuatro grandes logias -Tres Hermanos, Dukla, Buen Pastor y Sármata Virtuoso- fueron fundadas en 1744, 1755, 1758 y 1769, respectivamente. La Gran Logia Polaca data de 1769, también; su autoridad doctrinal era el Capítulo Escocés de San Andrés, y el capítulo Rosacruz fundado en Alemania por el ex primer ministro de Polonia, Manteufel.

Dentro de este periodo asombrosamente fértil para la masonería, Polonia vio la elección de tres monarcas -la última que vio como república- que figuraban entre los más ardientes promotores de la masonería polaca. Augusto 111 murió en 1763. Fue sucedido por Stanislaw Leszczynski, que murió en 1766. A su vez fue sucedido por Stanislaw Poniatowski, quien sobrevivió a la república unos tres años.

Dentro de ese periodo, también, Polonia fue sometida a una implacable invasión, al hostigamiento comercial, a un creciente aislamiento internacional, y a lo que probablemente fue la influencia más paralizante de todas: la subversión interna a gran escala.

Estudios académicos recientes demuestran que durante los dos primeros tercios del siglo XVIII, gran número de los miembros de la élite política e intelectual polaca fue conquistado por los ideales humanistas de la maso nería. En consecuencia, colaboraron de buena gana para producir una parálisis constitucional en la Primera República Polaca. Porque claramente, en toda su extensión e implicaciones, los Tres Pactos de lo Polaco (el Pacto Piast con la Santa Sede de Roma, el Pacto con el obispo primado como *Interrex* y el Pacto con María como reina del reino de Polonia) eran irreconciliables con la intención secularizante de la masonería. Daba la casualidad, muy agradable para la masonería, de que la fortuna política de la Santa Sede estaba en visible declinación en toda Europa, en esta época.

Es más que simplemente irónico que el primer gran modelo de gobierno democrático moderno fuera también el primero en caer víctima de todas las trampas que últimamente se han vuelto nuevamente familiares.

La legislatura de Polonia comenzó a usar sus poderes de supervisión para usurpar los poderes del jefe de Estado electo. Siguió el ejemplo la suprema corte, invadiendo el dominio de la legislatura. Los representantes comenzaron a recurrir a artimañas políticas para asegurarse la constante reelección. La libertad democrática era citada como base para socavar los cimientos morales sobre los que se había basado esa libertad, y para paralizar al gobierno siguiendo las líneas doctrinarias del humanismo ideológico.

Todas estas condiciones amargantes e inhibidoras habían contribuido con una parte generosa a la decadencia política de Polonia y a su debilidad interna en el momento en que Stanislaw Poniatowski tomó el poder en 1766, como el tercero en la sucesión de reyes polacos masónicos.

En 1772, Polonia estaba tan debilitada por las guerras, las intrigas internacionales y el gobierno corrupto, que se volvió posible el primer desmembramiento parcial de su territorio: el Primer Reparto de Polonia. Rusia y Prusia, en alianza con Austria, fueron los beneficiarios, dividiendo los primeros despojos en tres partes.

Más o menos también en esta época, comenzó en Rusia y en Prusia ese proceso que se iba a convertir en algo tan familiar: la difamación de todo lo polaco y el envenenamiento de la mente europea con un disgusto que equivalía al desprecio a los polacos y a lo que quedaba de Polonia.

En el frente masónico, en Polonia, estalló una rivalidad intramasónica por el predominio en la masonería polaca. Después de muchas disputas entre las autoridades masónicas inglesas, francesas y alemanas, la Logia Real York, de Berlín, se alzó con la victoria. En 1780, organizó una nueva logia polaca, Catalina de la Estrella Polaca, y obtuvo para ella, de las autoridades inglesas, una patente como Gran Logia Provincial. En 1784, se convirtió en el Gran Oriente polaco.

En 1790, en el frente político, la Primera República Polaca se había deteriorado hasta alcanzar un estado tan impotente, que fue obligada a celebrar una alianza, antinatural y finalmente mortal, con su enemigo mortal, Prusia. Se firmó el Pacto Prusiano-Polaco de 1790. Su principal arquitecto, Ignacy Potocki, era Gran Maestre de la masonería polaca. Y las condiciones del paenc eran tales que, dadas las circunstancias, eran inevitables las dos particiorfés siguientes y finales de Polonia.

Los golpes finales cayeron rápidamente sobre Polonia. En 1793, el Segundo Reparto redujo a Polonia, de su población original de 11.5 millones, a alrededor de 3.5 millones. En efecto, sin embargo, era meramente un preludio al Tercer Reparto. A fines de 1795, había terminado la larga lucha por quitarles Polonia a los polacos. El último jefe ejecutivo de la Primera República Polaca libremente elegido, el rey Stanislaw, fue obligado a abdicar por Rusia, Prusia y Austria. Triunfantes al fin, las Tres Potencias procedieron a dividir entre sí al cadáver de Polonia.

En una gran prefiguración de las cosas que vendrían en el siglo XX, Rusia arrebató toda Lituania y Ucrania, con una población sumada de alrededor de un millón y medio de personas. Prusia tomó Mazovia, con Varsovia en el centro: un millón de personas más. Y Austria se llevó la región de Cracovia y su millón de habitantes.

Completada la extinción de Polonia, todo lo que quedaba por lograr era la erradicación del nombre de Polonia del mapa de Europa, y la eliminación del recuerdo de la presencia polaca en Europa. Fue precisamente a esa política declarada abiertamente y perseguida que las Tres Potencias se comprometieron conjuntamente.

Entre el pueblo común polaco, ahora dividido obligadamente entre otras

poblaciones, permanecía la esperanza de que la decisión tripartita de liquidar a su país sería revertida. Esa esperanza recibió un enorme impulso con los repentinos y asombrosos éxitos militares del francés Napoleón Bonaparte. A partir de 1796, sólo un año después del Tercer Reparto de Polonia, sus resonantes victorias contra todos los contrincantes arrojaron a todos los poderes de Europa a un violento repliegue; y, en términos políticos, era razonable que los polacos concibieran esperanzas.

A pesar de su extraordinario genio como estratega militar, sin embargo, y a pesar de sus grandiosas ambiciones imperiales, Napoleón era y siguió siendo un hombre de la Revolución Francesa. Cuando miraba un mapa de Europa, sólo veía territorios que conquistar, y los contornos de las campañas militares para hacerlo. Ni una vez captó las fuerzas geopolíticas que actuaban en Europa.

En consecuencia, atacó donde 'debió haber defendido y haber sido amistoso: sus aliados naturales estaban en Polonia, Rusia, España e Italia, y con ellos, podría haber derrotado a la alianza del norte alineada contra él. Además, conservó lo que debió haber destruido, Prusia, por ejemplo, después de haberla derrotado completamente en la batalla de Jena. Y, finalmente, descuidó el establecimiento de la fuerza donde la necesitaba. Una Polonia dividida fue el ejemplo más patético de ese descuido, porque, aunque creó el ducado de Varsovia, éste no era más que una triste caricatura de Polonia, y no restableció el Estado-nación polaco ni constia nó nada que pudiera servir de ayuda para Bonaparte.

Al final, el mundo entero quería terminar con el "pequeño cabo", porque, en tanto se mantuviera fuerte, no habría paz en Europa. Después de recorrer desbocadamente el continente durante casi veinte años, Napoleón fue definitivamente eliminado. Desterrado a la remota isla de Santa Helena en junio de 1815, murió allí el 5 de mayo de 1821.

Aun entonces, sin embargo, el bonapartismo produciría quizá la más importante de sus consecuencias perdurables: el poder crudo, y la preponderancia de ese poder, fue a partir de entonces aceptada como la vara de medir internacional para arreglar los asuntos humanos.

Las potencias victoriosas de Europa se reunieron en Viena en septiembre de 1814 para reacomodar el mapa de su continente. Europa jamás volvería a ser como era antes de Napoleón. En el Congreso de Viena no hubo ni un principio religioso ni ningún tipo de persuasión moral para las decisiones que se tomaron. Ciertamente, Europa no estaba ni siquiera remotamente preparada para nada parecido al principio geopolítico expresado plenamente cuatrocientos años antes en el Acta de Unión de Polonia, por el cual las potencias acordaban unirse y gobernarse sobre la base de ese amor divino a través del cual "se establecen las leyes, se mantienen los reinos, se conserva el orden de las ciudades y el bienestar del Estado es llevado a su nivel más alto".

Muy por el contrario, el Congreso de Viena fue la primera reunión internacional de los poderes europeos donde la regla práctica era dividir los despojos de guerra. Aparte del objetivo de impedir la repetición del peligro al que todos habían estado sujetos con Bonaparte, el propósito de las partes victoriosas era equilibrar el crudo poder entre ellas mismas. Y con eso, proporcionaron el modelo que sería seguido por la Conferencia de Versalles de 1918, y por las conferencias de Yalta y de Postdam al final de la Segunda Guerra Mundial.

La trayectoria histórica de las relaciones políticas de la masonería y la desaparición de Polonia parece haber continuado; porque los historiadores han señalado la identidad masónica de los principales motores del Congreso de Viena: Metternich, de Austria; Castlereagh, de Inglaterra; Czartoryski, un polaco, y el zar ruso.

Ercole Cardenal Consalvi, como secretario papal, representaba los intereses del Papa. Pero su participación fue poco más de lo que podría llamarse un acto de presencia, requerida sólo por el hecho de que los participantes veían a los Estados papales como parte del orden mundial que querían restablecer después del tumulto causado por Bonaparte. De hecho, "Santa Sede", como un título papal internacionalmente reconocido, se originó en los acuerdos del Congreso de Viena. Más allá de eso, sin embargo, la presencia del cardenal tuvo poco más efecto que la ausencia de cualquier representante papal en la Conferencia de Versalles un siglo después, cuando los vencedores de la Primera Guerra Mundial acordaron, por anticipado, que la Santa Sede no opinaría sobre los términos que dictaban el fin de esa guerra con Alemania.

Entonces, en las circunstancias que prevalecieron en Viena en 1814-15, se evaporó cualquier esperanza que pudiera haber existido de revertir el Tercer Reparto de Polonia. En sus arreglos para equilibrar el poder, el Congreso ratificó la mutilación tripartita de Polonia, y la continua crucifixión del pueblo polaco como nación, por medio de lo que se declaró y sostuvo que era el derecho internacional.

La Primera República Polaca, con su monarquía constitucional y sus espléndidas instituciones democráticas, debía morir. Los polacos, como nación de personas de Europa, oficialmente dejaron de existir. Efectivamente, Polonia, como una entidad geopolítica, debía desaparecer de todos los mapas de Europa. Para Polonia -pueblo y país- la decisión del Congreso fue la muerte y el entierro.

En el arrebato de su victoria, los participantes en el Congreso de Viena sufrieron de una carencia de preciencia por lo menos tan severa y tan costosa como la falta de perspicacia geopolítica de Napoleón. Como miembros del antiguo régimen de testas coronadas y de una aristocracia autocrática, privilegiada y terrateniente, no pudieron apreciar otro legado que Napoleón les había dejado.

Como hijo de la Revolución, Bonaparte había sembrado las semillas de la disolución por toda Europa. Había destrozado la dura superficie impuesta

sobre los pueblos europeos por el antiguo régimen. Había mostrado sus fallas, demostrado sus debilidades, probado que no era perpetuo. Ahora era una cuestión de tiempo antes de que el pueblo -diferente de la tradicional superestructura de la sociedad - saliera y exigiera su lugar bajo el sol. Fue, de hecho, una mera cuestión de treinta y tres años antes de que Karl Marx y Friedrich Engels publicaran El *Manifiesto Comunista.*

Para entonces, no obstante, Europa se había privado totalmente a sí misma no sólo de los modelos democráticos polacos de libertad y derechos políticos y religiosos en un contexto europeo. También se había privado de la tierra que había permanecido estratégicamente durante mil años como el bastión septentrional, fuerte y vibrante, de Europa Central.

Dado que el objetivo acordado internacionalmente era, tal como lo registraron los sentimientos en el Congreso de Viena, inculcar el convencimiento de que "nada bueno puede salir de Polonia", y de que "nada bueno y aceptable debe atribuirse a Polonia y sus polacos", la cuestión de qué hacer con la masonería polaca se convirtió en un interesante problema logístico.

En esencia, la dificultad fue limpiamente salvada. El Gran Oriente polaco, que databa del periodo entre el Primero y el Segundo Reparto de Polonia, fue disuelto el 24 de septiembre de 1824 por orden del zar Alejandro I. Todas las demás logias existentes en los territorios conocidos antes como Polonia -el reino del Congreso, el gran ducado de Lituania, partes del imperio ruso y la Ciudad Libre de Cracovia-, fueron asimismo disueltas. Las organizaciones masónicas alemanas tomaron las logias que quedaron en Poznania. Y la liquidación de la masonería polaca quedó completada cuando la logia polaca conocida como "Piast Bajo las Tres Columnas Sármatas", junto con la logia alemana *Zur Standhaftigkeit, o* Resistencia, fue fusionada para formar una nueva logia alemana, *Tempel der Eintracht, o* Templo de la Unidad, a la que el gobierno prusiano le dio total apoyo, como lo hacía con las demás logias alemanas que estaban en su territorio.

Fue sólo después de la insurrección polaca de 1831 que las logias puramente polacas levantaron sus cabezas tentativa, pero distintamente una vez más, en Besangon y en Aviñón, Francia, en 1832, en Londres (la Logia Nacional Polaca) en 1846, y en una nueva logia en la famosa Escuela de las Fuerzas Armadas Polacas, en Cúneo, Italia, en 1862. Por lo demás, hasta la masonería polaca tendría que esperar hasta el comienzo del siglo XX para revivir.

Si hay que decir que el objetivo final de los enemigos de Polonia era la eliminación del papado romano como una fuerza georreligiosa y geopolítica en Europa, entonces también hay que decir que la floreciente francmasonería de la Ilustración logró por lo menos dos grandes victorias en ambos aspectos sobre la Iglesia católica romana.

En 1773, el año siguiente al Primer Reparto de Polonia, y un momento en que Roma se encontraba debilitada en el sentido político tradicional, se consiguió la supresión de la Sociedad de Jesús bajo la dirección arquitectónica, se podría decir, de masones decididos: el marqués de Pombal, consejero real del imperio portugués; el conde de Aranda, consejero real del imperio español; el duque de Choiseul y el ministro de Tillot en el imperio francés; el príncipe von Kaunitz y Gerard von Swieten en la corte imperial de María Teresa de Habsburgo, en Austria. Con ese golpe, se privó al papado romano de un batallón de fieles papales internacionalmente distribuido, altamente entrenado, profundamente respetado y enloquecedoramente ingenioso. Su supresión, en un momento crítico, eliminó al instrumento ofensivo y defensivo más decidido que jamás se colocara en manos de los pontífices romanos. Fue una pérdida cuyas consecuencias serían sentidas por el papado hasta el día de hoy.

El segundo logro -la liquidación de Polonia en el mismo periodo general- fue un golpe en la misma dirección, en lo que concierne a su impacto específico sobre el papado. Porque la destrucción de Polonia como Estado-nación despojaba al catolicismo romano, como fuerza geopolítica, de un bastión septentrional y de una poderosa influencia católica en los asuntos internacionales de Europa Central. Y despojaba al catolicismo romano, como fuerza georreligiosa, de un poderoso centro de irradiación de la doctrina católica.

Alguna idea de la enemistad confesional que mantenía la masonería contra el papado romano se puede recoger de la *Instrucción Permanente,* que había sido redactada unos años después del Congreso de Viena, en 1819-20, por los Grandes Maestros de las logias francesas, austriacas, alemanas e italianas:

> . . . debemos volver nuestra atención a un ideal que siempre ha sido de interés para los hombres que aspiran a la regeneración de toda la humanidad... la liberación del mundo entero y el establecimiento de la república de la hermandad y de la paz mundial. . . Entre los muchos remedios, hay uno que nunca debemos olvidar: . . . la total aniquilación del catolicismo y hasta del cristianismo... Lo que debemos esperar es un papa adecuado a nuestros propósitos. . . porque, con un papa así, podemos efectivamente aplastar la Roca sobre la cual Dios construyó su Iglesia... Buscad un papa que se ajuste a nuestra descripción... inducid al clero a marchar bajo vuestra bandera en la creencia de que están marchando bajo la bandera papa¡... haced al clero más joven, secular, y hasta a los religiosos, receptivos a nuestras doctrinas. Dentro de algunos años, este mismo clero joven ocupará, necesariamente, puestos de responsabilidad... Algunos serán convocados para elegir a un futuro papa. Este papa, como la mayoría de sus contemporáneos, estará influenciado por esos. . . principios humanitarios que ahora estamos haciendo circular. . . Los alquimistas medievales perdieron tanto tiempo como dinero para llevar a la práctica el sueño de la "Piedra

sobre los pueblos europeos por el antiguo régimen. Había mostrado sus fallas, demostrado sus debilidades, probado que no era perpetuo. Aíiora era una cuestión de tiempo antes de que el pueblo -diferente de la tradicional superestructura de la sociedad - saliera y exigiera su lugar bajo el sol. Fue, de hecho, una mera cuestión de treinta y tres años antes de que Karl Marx y Friedrich Engels publicaran El *Manifiesto* Comunista.

Para entonces, no obstante, Europa se había privado totalmente a sí misma no sólo de los modelos democráticos polacos de libertad y derechos políticos y religiosos en un contexto europeo. También se había privado de la tierra que había permanecido estratégicamente durante mil años como el bastión septentrional, fuerte y vibrante, de Europa Central.

Dado que el objetivo acordado internacionalmente era, tal como lo registraron los sentimientos en el Congreso de Viena, inculcar el convencimiento de que "nada bueno puede salir de Polonia", y de que "nada bueno y aceptable debe atribuirse a Polonia y sus polacos", la cuestión de qué hacer con la masonería polaca se convirtió en un interesante problema logístico.

En esencia, la dificultad fue limpiamente salvada. El Gran Oriente polaco, que databa del periodo entre el Primero y el Segundo Reparto de Polonia, fue disuelto el 24 de septiembre de 1824 por orden del zar Alejandro I. Todas las demás logias existentes en los territorios conocidos antes como Polonia -el reino del Congreso, el gran ducado de Lituania, partes del imperio ruso y la Ciudad Libre de Cracovia-, fueron asimismo disueltas. Las organizaciones masónicas alemanas tomaron las logias que quedaron en Poznania. Y la liquidación de la masonería polaca quedó completada cuando la logia polaca conocida como "Piast Bajo las Tres Columnas Sármatas", junto con la logia alemana Zur *Standhaftigkeit,* o Resistencia, fue fusionada para formar una nueva logia alemana, Tempel der *Eintracht, o* Templo de la Unidad, a la que el gobierno prusiano le dio total apoyo, como lo hacía con las demás logias alemanas que estaban en su territorio.

Fue sólo después de la insurrección polaca de 1831 que las logias puramente polacas levantaron sus cabezas tentativa, pero distintamente una vez más, en Besangon y en Aviñón, Francia, en 1832, en Londres (la Logia Nacional Polaca) en 1846, y en una nueva logia en la famosa Escuela de las Fuerzas Armadas Polacas, en Cúneo, Italia, en 1862. Por lo demás, hasta la masonería polaca tendría que esperar hasta el comienzo del siglo XX para revivir.

Si hay que decir que el objetivo final de los enemigos de Polonia era la eliminación del papado romano como una fuerza georreligiosa y geopolítica en Europa, entonces también hay que decir que la floreciente francmasonería de la Ilustración logró por lo menos dos grandes victorias en ambos aspectos sobre la Iglesia católica romana.

En 1773, el año siguiente al Primer Reparto de Polonia, y un momento en que Roma se encontraba debilitada en el sentido político tradicional, se consiguió la supresión de la Sociedad de Jesús bajo la dirección arquitectónica, se podría decir, de masones decididos: el marqués de Pombal, consejero real del imperio portugués; el conde de Aranda, consejero real del imperio español; el duque de Choiseul y el ministro de Tillot en el imperio francés; el príncipe von Kaunitz y Gerard von Swieten en la corte imperial de María Teresa de Habsburgo, en Austria. Con ese golpe, se privó al papado romano de un batallón de fieles papales internacionalmente distribuido, altamente entrenado, profundamente respetado y enloquecedoramente ingenioso. Su supresión, en un momento crítico, eliminó al instrumento ofensivo y defensivo más decidido que jamás se colocara en manos de los pontífices romanos. Fue una pérdida cuyas consecuencias serían sentidas por el papado hasta el día de hoy.

El segundo logro -la liquidación de Polonia en el mismo periodo general- fue un golpe en la misma dirección, en lo que concierne a su impacto específico sobre el papado. Porque la destrucción de Polonia como Estado-nación despojaba al catolicismo romano, como fuerza geopolítica, de un bastión septentrional y de una poderosa influencia católica en los asuntos internacionales de Europa Central. Y despojaba al catolicismo romano, como fuerza georreligiosa, de un poderoso centro de irradiación de la doctrina católica.

Alguna idea de la enemistad confesional que mantenía la masonería contra el papado romano se puede recoger de la *Instrucción Permanente,* que había sido redactada unos años después del Congreso de Viena, en 1819-20, por los Grandes Maestros de las logias francesas, austriacas, alemanas e italianas:

> . . . debemos volver nuestra atención a un ideal que siempre ha sido de interés para los hombres que aspiran a la regeneración de toda la humanidad... la liberación del mundo entero y el establecimiento de la república de la hermandad y de la paz mundial... Entre los muchos remedios, hay uno que nunca debemos olvidar: ... la total aniquilación del catolicismo y hasta del cristianismo... Lo que debemos esperar es un papa adecuado a nuestros propósitos. . . porque, con un papa así, podemos efectivamente aplastar la Roca sobre la cual Dios construyó su Iglesia... Buscad un papa que se ajuste a nuestra descripción... inducid al clero a marchar bajo vuestra bandera en la creencia de que están marchando bajo la bandera papal... haced al clero más joven, secular, y hasta a los religiosos, receptivos a nuestras doctrinas. Dentro de algunos años, este mismo clero joven ocupará, necesariamente, puestos de responsabilidad. . . Algunos serán convocados para elegir a un futuro papa. Este papa, como la mayoría de sus contemporáneos, estará influenciado por esos. . . principios humanitarios que ahora estamos haciendo circular. . . Los alquimistas medievales perdieron tanto tiempo como dinero para llevar a la práctica el sueño de la "Piedra

> Filosofal". . . El sueño de las sociedades secretas [tener a un papa como aliado suyo] será hecho real por la muy simple razón de que está fundado sobre las pasiones humanas...

Parecería que los masones le habían sacado la delantera a Antonio Gramsci y al brillante plan que les propuso a sus hermanos marxistas para extinguir al catolicismo romano como fuerza central que impedía la descris tianización de la mente occidental. Porque marxistas y masones, sin importar lo diferentes y opuestos que pueden ser políticamente, están de acuerdo en colocar todas las esperanzas y felicidad del hombre en el ambiente de este mundo, sin ninguna intervención de una acción proveniente de afuera de este cosmos, y sin señalar a una vida fuera de este mundo como la meta de toda la vida y el esfuerzo humano. El marxismo y la masonería trascienden, ambos, a los individuos y a las naciones, y a los años humanos y a los siglos. Pero es más bien un abrazo omnicomprensivo, que ciñe todo apretadamente a la materia del cosmos, sin elevar de ninguna manera al corazón y al alma hacia un amor y una belleza transhumanos más allá del límite exterior de la materia muda y muerta.

Hay ecos de estas políticas extremas, similares y perturbadoras, en las actividades de la superfuerza y de la anti-Iglesia a las que se enfrenta hoy el papa Juan Pablo II, así como en las declaraciones de algunos que se llaman a sí mismo "católicos progresistas". Porque todos estos elementos de influencia en la Iglesia romana de hoy, desean continuar con una nueva eclesiología que en efecto eliminaría el ejercicio católico del Oficio Apostólico. Pero en 1820, todavía faltaba más de un siglo para la posibilidad real de que una agenda semejante pudiera concretarse. Hoy, es la política actual de los enemigos de Juan Pablo que están dentro de la Iglesia.

Mientras tanto, el compromiso de eliminar a Polonia y a sus Tres Pactos de lo Polaco, y de ver que "nada bueno y aceptable debe atribuirse a Polonia y a sus polacos", fue llevado a extremos extravagantes en instancias particularmente importantes.

Un caso oportuno, curioso e ilustrativo, tocaba al pr,)pio papado, un poco más de ochenta años después de que se terminara la escritura de la *Instrucción Permanente, y* un poco menos de ochenta años antes de la elección en 1978 del papa Juan Pablo II. Concernía al cartero de la aldea, en la población italiana de Riese, en la Alta Venecia, un tal Giovanni Battista Sarto de nombre, y a su esposa, Margherita, una costurera.

Sarto había nacido como Jan Krawiec en Wielkopolska, Polonia. Cuando su parte del país cayó en manos de Prusia, Sarto encontró asilo político en Italia, primero en Godero, cerca de Treviso, y finalmente en Riese, donde ganaba un ducado diario entregándole la correspondencia a los aldeanos.

El 2 de junio de 1835 les nació un hijo a los Sarto, y lo bautizaron Giuseppe Melchiorre Sarto. El niño, "Pepi" para su familia, fue a la escuela en Castelfranco y Asolo. Siendo un joven, fue ordenado sacerdote en 1858.

Siendo un hombre maduro, en 1884 se convirtió en obispo de Mantua. Y ya se estaba volviendo un poco mayor en 1893, cuando fue designado cardenal y ascendido a la sede de Venecia.

Después de la muerte del papa León XIII el 20 de julio de 1903 el Cónclave papal evitó por poco cumplir el sueño de la *Instrucción Permanente* y elegir a Mariano Cardenal Rampolla del Tindaro -el Secretario de Estado del Vaticano y un miembro de la logia masónica- como Papa y Vicario de Cristo. De hecho, Rampolla en realidad recibió el número de votos requerido. Pero Jan Cardenal Puzyna, de Cracovia (que entonces era parte del Imperio Austro-Húngaro) ejerció el poder de veto que en ese momento disfrutaba su imperial señor, Francisco José de Austria. Francisco José conocía la identidad masónica de Rampolla, pero probablemente tenía tantas razones político-financieras como religiosas para excluir a Rampolla de la Sede de Roma.

Se necesitaron siete votaciones más antes de que los Cardenales Electores eligieran a Giuseppe Melchiorre Cardenal Sarto de Venecia, de sesenta y ocho años, quien escogió el nombre papal de Pío X.

Cuando Sarto fue elegido Papa, el desorden de los altos funcionarios de la monarquía austriaca fue casi tanto cómico cuanto trágico, mientras se precipitaban a destruir todos los certificados y registros que podían revelar los orígenes polacos de Pío X. De acuerdo con los sentimientos, objetivos e intenciones expresados por el Congreso de Viena, nada tan bueno como un Papa podía salir de Polonia.

Sin embargo, a pesar de todos los esfuerzos en contrario, por lo menos sobrevivió un rastro de la herencia polaca de Sarto. El apellido original del padre de Sarto, Krawiec, también es la palabra polaca que significa "sastre". Ésa, en realidad, fue la razón por la que eligió Sarto como su apellido italiano, porque *sarto* es la palabra italiana que significa "sastre".

Aún así, se procuraba tan vigorosamente la muerte y entierro de Polonia y de lo polaco, que hombres mayores, de supuesta probidad, pululaban como hormigas para devorar todos los registros oficiales, en Cracovia y en Italia, que pudieran revelar los orígenes polacos de la familia Krawiec-Sano.

29

El campo de entrenamiento *papal: "¡Deus vicit!"*

El zar Nicolás I le dijo con arrogancia a una delegación visitante de nobles polacos, en 1833: "Los polacos deben recordar que las tierras que tradicionalmente ocupan son de supremo valor para los intereses no sólo de nuestra Majestad Imperial, sino para los de las otras principales potencias europeas. La propia naturaleza y la Divina Providencia han escrito claramente este destino del polaco, para que todos lo vean, en la geografía y en la historia". Si el concepto (así como las palabras concretas) de "geopolítica" y de estructura "geopolítica" hubieran sido de uso corriente en 1830, seguramente Su Majestad les podría haber dicho a sus visitantes polacos que no era la política nacional polaca sino la geopolítica lo que debía enmarcar su pensamiento y determinar sus acciones.

De manera similar, sin un marco de referencia geopolítico en mente, no es posible una interpretación exacta de Juan Pablo 11. Seguirá siendo un enigma para los católicos y un obstáculo para sus propios adherentes.

Como político, no ha interferido de ninguna manera enérgica en la política interna de Polonia, ya sea para salvar a Solidaridad de su actual fragmentación o para fomentar un poderoso movimiento democrático católico o cristiano. Cualquiera sabe dónde está puesto su corazón como polaco, como católico y como Papa. Pero manifiestamente permanece inmerso y activamente involucrado en las relaciones geopolíticas entre Polonia y otras naciones europeas, así como en el lento desmembramiento de la URSS. Obviamente, está mirando más allá de los confines de Polonia y de los intereses políticos locales del catolicismo polaco. Está pensando y planeando como un geopolítico.

Pero la dificultad que están experimentando sus contemporáneos para

asimilar este papel en un Papa moderno, seguramente brota de lo que el zar Nicolás llamó eufemísticamente la combinación polaca de "geografía e historia". Más de cien años después, un Stalin y un Jrushchov emplearon, cada uno en su estilo inimitable, un lenguaje más directo y brutalmente franco que el zar cuando se refirieron a la importancia de Polonia para la seguridad de la URSS dentro del sistema continental europeo.

Por ese hecho de la importancia de Polonia para la URSS, automáticamente Polonia se vuelve importante para las demás naciones europeas que comparten el continente con la URSS, así como con Estados Unidos. Porque, en el verano de 1990, Estados Unidos se había declarado "una potencia europea", y los europeos ya estaban describiendo así a Estados Unidos. Así, los europeos de 35 naciones, los ex satélites soviéticos (menos Rumania, por el momento), la nueva "Rusia" de Mijaíl Gorbachov y Estados Unidos, están ahora comprometidos a crear una economía integrada y una estructura geopolítica en la cual alojar esa economía. El instinto por la geopolítica de Juan Pablo y su entrenamiento casero, por así decirlo, en cuestiones geopolíticas, han sido suyos por ser polaco. Porque su Polonia ha sido un peón geopolítico durante casi doscientos años.

Sin embargo, eso no quiere decir que los polacos dejaran de exhibir la conducta que se ha vuelto tan familiar para nosotros en las muchas brutalidades, represiones y "pequeñas" guerras que se acostumbran en nuestros días para ganar o mantener alguna participación en el equilibrio mundial del crudo poder. De acuerdo con esto, en realidad, la primera larga noche de la esclavitud polaca estuvo interrumpida por las llameantes explosiones de sucesivas rebeliones polacas. Fueron el levantamiento de Varsovia, de 1830, contra los rusos, y los levantamientos de 1846, 1848 y 1863 contra sus otros ocupantes y opresores.

Aparte de sus rebeliones internas, miles de polacos emigraron para tomar las armas bajo las banderas de otras naciones. . . de Turquía, en primer lugar, una potencia que tenía sus razones muy diferentes para oponerse a las Tres Potencias, Austria, Prusia y Rusia. Otros miles de polacos, como el gran compositor y pianista Federico Chopin, formaron una especie de ejército de expatriados que inundaron Europa y dedicaron sus vidas y carreras a mantener la causa de Polonia ante los ojos del mundo lo mejor que podían.

Pero el elemento único en la situación de Polonia, y el que hizo que fuera imposible alcanzar su muerte, largamente buscada, era la radical distinción entre los polacos como nación y Polonia como Estado soberano.

Desde la época del Pacto Piast de 990 con la Sante Sede, la identidad polaca -polonicitas- era algo más que "lo francés" o "la italianidad", o la "americanidad" o "la alemanidad". Porque lo polaco estaba anclado, no tanto en las siempre cambiantes fronteras y fortunas de su territorio, sino en esa configuración ver'ical de la fe de la gente, entrelazada con el plano horizontal de sus vidas diarias como polacos, y expresada en él.

La orientación de los polacos era hacia Roma. Era la misma romanitas

que durante tanto tiempo había sido el medio para que ascendiera la mente y el alma polaca hacia Dios: la unión de sus vidas prácticas y de su fortuna como pueblo a ese ideal cristiano romano. Ésa siguió siendo la realidad central de la nación polaca. Y esa realidad siguió enraizada en los Tres Pactos: su pacto con el Vicario de Cristo como señor de Polonia, su pacto con María como reina de Polonia y su pacto con el obispo primado como *interrex* de Polonia.

Para decir la verdad, en las personas de Pío VII y de Gregorio XVI -es decir desde 1829 hasta 1846- el papado, a lo sumo, estuvo apenas a la altura de sus responsabilidades del Pacto Piast con la Santa Sede. Gregorio, en particular -que fue elegido a través de la influencia austriaca y estaba protegido por las armas austriacas-, tuvo una mano tan torpe y tan poco conocimiento o comprensión de lo que estaba pasando, que en junio de 1832 realmente emitió una encíclica formal condenando rotundamente el levantamiento polaco de Varsovia, dominada por los rusos.

Esa colaboración papal en el reparto de Polonia les costó cara a los polacos. Pero ni siquiera ese factor produjo una profunda o duradera diferencia en su supervivencia. En primer lugar, por supuesto, Gregorio XVI no tenía la última palabra en materia del pacto de Polonia con el Vicario de Cristo en Roma. Desde la época en que Pío IX sucedió a Gregorio, en 1846, cada Papa romano se ha vuelto más consciente que el anterior de los profundos temas que están en juego en Polonia.

Aparte de los cambios de la política en Roma, sin embargo -de hecho, mucho antes de 1846-, ya había comenzado lo que los historiadores polacos han descrito como la "labor orgánica" de autopreservación, el silencioso trabajo constructivo de preservar lo polaco. Polonia y la cultura polaca siguieron viviendo, porque los polacos, como polacos, siguieron viviendo.

Nació toda una nueva y cohesiva literatura que honraba a lo polaco y la *romanitas* polaca. Entre los hombres y mujeres que alimentaron los fuegos de la perseverancia entre sus compatriotas, había escritores que siguen siendo tan desconocidos en otras naciones occidentales como las raíces polacas de sus propias democracias. Henryk Sienkiewicz fue para los polacos en aquella terrible época lo que el autor teatral-y-presidente Vaclav Havel llegó a ser para Checoslovaquia en 1990. Hay una larga lista de honor de esos escritores polacos (María Konopnicka, J. I. Kraszewski, Boleslaw Prus, Eliza Orzeszkowa, entre muchos más) que se convirtieron en parte de la apasionada negativa de los polacos a dar su consentimiento a su esclavitud o a ver su esclavitud como la extinción de Polonia.

El pacto de Polonia con María tampoco estuvo jamás en duda o en peligro entre la gente. En su "labor orgánica" por preservar lo polaco, jamás descuidan reunirse en días santos especiales, por decenas de miles, como lo han hecho por más de doscientos años, en el Kalwaria Zebrzydowska, cerca de Cracovia, con su basílica dedicada a María. Jamás dejaron de hacer sus peregrinaciones masivas al monasterio de Czgs:ochowa, sobre su

"Montaña Brillante" de Jasna Góra, donde el lastimado icono de María y su Hijo infante permanecía alojado. Siempre la realeza de María, que tales iconos representaban, arrojó rayos de luz a través de la oscuridad de la noche polaca.

Aún así, sin liderazgo ni organización, es dudoso que la lealtad a Roma o la mayor piedad íntima hacia Dios y su sagrada familia hubieran preservado, solas, la identidad o cohesión de Polonia como nación en algún sentido práctico. Y ahí fue donde el Pacto del *interrex* (por el cual el obispo primado de Polonia estaba obligado a encabezar a la nación cuando el gobierno constitucional estaba en suspenso y fallaba el liderazgo político) demostró ser el elemento esencial para la supervivencia.

Alrededor del obispo de Gniezno y de Varsovia, y alrededor de lo que representaba, los polacos erigieron exitosamente el paradigma de la cultura polaca, con pactos y todo. Desde la época de Pío IX, a mediados del siglo XIX -y particularmente desde el comienzo del siglo XX- en la jerarquía católica polaca han sido designados eclesiásticos que, en lo más profundo, estaban orientados hacia Roma, todos completamente devotos a María como Reina de Polonia, todos provistos de una fe a la que no había tocado la tormenta de fuego del protestantismo ni el diluvio del humanismo masónico. Al pasar las décadas, decenas más decenas de obispos, sacerdotes, monjas y fieles laicos sufrieron tortura, deportación, ejecución, esclavitud y servidumbre constante en su propio suelo. Pero nada de eso, ni todo eso junto, pudo eliminar o disminuir la función del *interrex* como una fuerza básica que unía al pueblo de una manera que parecía más allá del poder de comprensión de sus adversarios.

Hubo un momento en el tiempo en que el catolicismo de Polonia casi fue conducido por un camino fatal. Ese momento alcanzó su paroxismo alrededor de 1848 -el año de la revolución en Europa, la Primavera de las Naciones-, cuando la profunda noche polaca estuvo sujeta a la tortura de la falsa y engañosa luz de una aurora ilusoria.

Entre los líderes y la inteligencia polaca desterrada, principalmente en Francia, surgió una profunda y conmovedora convicción de que Polonia, en imitación del propio Cristo, resucitaría de la tumba del desmembramiento territorial. Era nada menos que un mesianismo nacional, y se desarrolló para convertirse en una vigorosa creencia entre los emigrados polacos en París.

Entre Polonia y Cristo hacían una comparación hecha y derecha. Polonia, decían, había sufrido una muerte violenta a manos de los enemigos, como Cristo. Los sufrimientos y la muerte de Polonia eran redentores, como eran los de Cristo. Como Cristo había resucitado de entre los muertos, así lo haría Polonia. Así como la Ascensión de Cristo liberó a todos los hombres del pecado, así la Ascensión de Polonia liberaría a todas las naciones de la opresión. Tan lejos iban los mesianistas en su febril entusiasmo, que creían

que los difuntos héroes polacos del pasado reencarnarían y hasta desarrollarían poderes angélicos de persuasión moral.

El alcance de esta Polonia Ascendida que imaginaban los mesianistas no sería geopolítico en el sentido que se había vuelto normal, para ese entonces, en el pensamiento polaco: sería supergeopolítico. Sentían que Polonia proporcionaría en un microcosmos un modelo para el nuevo orden mundial. Y en los sueños de estos entusiastas, ese orden mundial excluiría para siempre el vie?o internacionalismo divisor, todavía incrustado tan profundamente en los constructores de imperios contemporáneos del siglo XIX: los franceses, los holandeses, los ingleses, los alemanes, los rusos y los chinos.

Esta nueva identidad polaca fue profetizada, principalmente, por tres poetas polacos, cada uno de los cuales nació y murió durante el periodo de la inexistencia oficial de Polonia: Adam Mickiewicz (1798-1855), Zygmunt Krasinski (1812-1859) y Julius Slowacki (1809-1849), cuyos versos fueron usados para expresar el profundo lazo entre el papa Juan Pablo II y el pueblo polaco en 1979 cuando lo aclamaron y cantaron con él, y sollozaron al verlo cuando fue a Polonia y emitió su primer desafío directo, geopolítico, como Papa, a Moscú. Porque él era de ellos en un sentido muy especial, era su interrex en la propia Roma. "Necesitamos fuerza / Para elevar este mundo de Dios", se oyeron las palabras de Slowacki en el repentino silencio de las multitudes la víspera de la partida de Juan Pablo. "Así que aquí viene un Papa eslavo / ¡Un hermano del pueblo!"

Cada uno de estos poetas insistía en la figura de Cristo de Polonia, y cada uno tomaba a Polonia -el centro de la cruz formada por la romanitas y la polonicitas - como el punto de salvación para los polacos y para todos los seres humanos.

En las espantosas circunstancias en las que se encontraban los mesianistas, su sueño es comprensible como un errante vástago de la "labor orgánica" de autopreservación. Pero en su base, su catolicismo era erróneo, un hecho que les señaló su compatriota y archicrítico, el gran poeta, filósofo y patriota, Cyprian Norwid. Había sólo un Cristo en la historia humana, no podía haber otro. Había sólo una cruz sobre la cual podía tener lugar una crucifixión redentora. Había sólo una muerte humana y resurrección divina, la de Cristo, que podía tener un valor redentor universal. Ningún otro individuo -y ninguna nación en absoluto- podía ser descrito exactamente en estos mismos términos.

A su tiempo, la mayoría de estos mesianistas polacos llegaron a reconocer el error de confundir a Polonia con Cristo. Más aún, en reacción a su propio error (y en una jugada que tendría profundas y perdurables repercusiones para Polonia, para lo polaco, para la fuerza casi increíble que el interrex la proporcionaría a la supervivencia de Polonia, y para la formación directa de Karol Wojtyla como sacerdote y Papa) algunos de los mesianistas formaron una nueva orden religiosa, los Padres Resurreccionistas.

Fundada con la aprobación papal, la vocación de los resurreccionistas era la de reinterpretar la historia polaca de manera ortodoxa, predicar correctamente la sola y única resurrección divina (la de Cristo), y prepararse para ese día eventual cuando Polonia Sacra fuera llamada a jugar un papel especial en la sociedad de las naciones libres.

En 1866, los Padres Resurreccionistas fundaron el Colegio Polaco de poma, donde podían ser preparados sacerdotes polacos. "Este colegio será mío, y seré el gobernante para estos pobres polacos aquí en Roma, pues no tienen un gobernante propio", declaró el papa Pío IX.

Con su catolicismo otra vez ajustado correctamente, y con su geopolítica firmemente arraigada en esa orientación de la mente, los resurreccionistas establecieron su Colegio Polaco bastante rápidamente como un lugar indispensable para la formación eclesiástica ortodoxa de la jerarquía católica polaca. En un momento en el que toda la vida de la Europa Central estaba basada en el imperium -en el poder y el brillo de la majestad y de la gloria imperial-, y en un momento en el que no sólo Polonia, sino la propia Roma, estaba despojada de su anterior status como poder temporal y parecía a merced del imperium, el Colegio Polaco se purificó de todos los instintos retrógrados que habían desviado tanto a los mesianistas, y lo mismo sucedió con los muchos sacerdotes que sirvieron o estudiaron o permanecieron allí.

En resumen, bien puede ser verdad que sin el Colegio Polaco de Roma, no hubiera habido un interrex. Y es verdad más allá de toda cuestión que sin el interrex, no hubiera habido una Segunda República Polaca, y no hubiera habido supervivencia posible contra las crueles y sangrientas mareas del genocidio nazi y de la esclavitud estalinista. No hubiera habido Polonia.

En cambio, lo que sucedió fue que el Colegio Polaco de Roma influyó y ayudo a formar las generaciones de obispos y sacerdotes polacos, quienes no podrían ser quebrados en espíritu ni en voluntad por la más vil brutalidad de sus opresores. Tampoco permitirían que la voluntad de los polacos o su espíritu polaco fueran quebrantados.

El siglo XX que alboreó sobre Polonia demostraría ser un nuevo crisol de sufrimiento y esperanza para su pueblo. Para entonces, la Iglesia de Polonia estaba poblada de sacerdotes y obispos que llegarían a ser los modeladores, los maestros y los ejemplos de la polonicitas del siglo XX, de una incorrupta romanitas polaca y de una mentalidad georreligiosa y geopolítica que era tan incomparable en su mundo como lo había sido la Primera República Polaca en el mundo del siglo XVI.

Éstos eran los hombres que fueron los antepasados directos, eclesiásticos y religiosos, de Karol Wojtyla.

Al estallar la Primera Guerra Mundial en 1914, el obispo primado e interrex de Polonia, Edmund Cardenal Dalbor, vio a dos millones completos de sus gentes reclutadas forzosamente para pelear la guerra de sus opresores rusos, austriacos y prusianos. Al final de la guerra, habían muerto

220,000 polacos que habían servido en los ejércitos de Austria, así como 110,000 del ejército alemán y 55,000 del ejército ruso. En los territorios que habían sido de Polonia antes de los repartos, fueron destruidos dos millones de edificios y dos tercios de todos los patios y estaciones de ferrocarril. En total, fueron sacrificados 10,000 millones de dólares en propiedad polaca en la guerra de los demás.

Finalmente, frente a toda esa destrucción, las fuerzas austriacas estaban en retirada de las tierras polacas a comienzos de 1918, y por fin una derrota germano-austriaca aparecía en el horizonte. Aun antes del armisticio del 11 de noviembre, el cardenal Dalbor puso en movimiento una serie completa de acontecimientos políticos, y una cascada de nueva esperanza para Polonia.

A comienzos de 1918, en su papel asignado como *interrex*, Dalbor reunió a un Consejo de Regencia compuesto por el arzobispo Alexander Kakowski, el príncipe Zdzislaw Lubomirski y el doctor Jozef Ostrowski. Los delegados polacos al parlamento austriaco aprovecharon la situación, en la que los hechos se desarrollaban rápidamente, para declarar su independen. cia de Austria como ciudadanos de una Polonia liberada.

Aunque a los polacos no se les había permitido gobernarse durante más de un siglo, de ninguna manera habían olvidado cómo hacerlo. El 7 de noviembre de 1918 se formó en Lublín un gobierno provisional polaco. El propio día del armisticio, el 11 de noviembre, el Consejo de Regencia se disolvió y transfirió el poder al comandante de las legiones polacas, Jozef Pilsudski. Éste a su vez emitió un decreto declarando a Polonia como república -la Segunda República Polaca-, con él mismo como jefe de Estado provisional. En apenas dos meses más, se realizó una elección general para un parlamento constitucional polaco.

Apenas se había derramado esta cascada de esperanza, sin embargo, cuando cayó sobre Polonia una sombra de lo que le estaba reservado. En febrero de 1919, con el nuevo *Sejm* polaco recién elegido, el gobierno bolchevique de Lenin en Rusia, hizo el intento de aniquilar a la Segunda República Polaca antes de que pudiera consolidarse. En la empresa, Lenin lanzó un ejército de 800,000 hombres. Con una superioridad en artillería de tres a uno sobre los defensores polacos, el mariscal bolchevique Mijaíl Tujachevsky pronto avanzó hasta las puertas mismas de Varsovia.

Aun frente al desastre seguro, el cardenal primado Dalbor no iba a permitir que se negara nuevamente a Polonia. Hizo lo que dictaban los Pactos de lo Polaco. Antes de que se trabara la batalla decisiva, en agosto de 1920, encabezó a sus obispos en una formal rededicación de la nación polaca a María, como su reina. Hizo en nombre de la Segunda República Polaca el mismísimo pacto de confianza que había sido hecho por el rey Jan Kazimierz en nombre de la Primera República, precisamente antes de que los suecos fueran inesperadamente expulsados de Polonia en el siglo XVII.

Por cierto, tuvo los mismos resultados. A pesar de todos los pronósticos adversos, los polacos derrotaron al ejército superior de Lenin y persiguieron sus restos mucho más allá del río Vístula y de las fronteras orientales de Polonia. La fecha de la inesperada derrota de Tujachevsky fue el 15 de agosto, la fiesta de la Asunción de María al Cielo. Y, como lo declarará cualquier polaco hasta el día de hoy, esa victoria fue un milagro: el "Milagro del Vístula". Ese milagro fue el efecto de la intercesión protectora de María ante Dios, quien finalmente decreta el resultado de todas las batallas humanas. Los estrategas militares, ciertamente, no tenían una mejor explicación. Y, a los ojos de la fe que siempre ha sido el privilegio de Polonia, no había duda sobre ello.

Ejército de Lenin o no, los polacos nunca se habían detenido en sus esfuerzos por poner en funcionamiento su Segunda República. El 20 de febrero de 1920, con los rusos todavía bombardeándolos, el recién electo *Sejm* adoptó una Constitución y procedió a erigir un sistema ordenado de gobierno para Polonia.

Mientras tanto, en el frente internacional, los polacos no habían perdido ninguno de sus ideales o de su capacidad para ver las consecuencias y beneficios de las alianzas internacionales formadas libremente. Jozef Pilsudski propuso una federación de naciones, encabezada por Polonia, y que incluiría a Finlandia, Georgia, Azerbaiján y Armenia. Era una propuesta brillante, destinada a bloquear todos los avances del Estado bolchevique de Lenin, y a estabilizar a Europa Central. De haberse llevado a la práctica el plan de Pilsudski, de hecho, no hubiera habido una Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo, eso no podría ser. El ánimo ideológico en contra de Polonia como un poder católico integral en Europa Central, todavía estaba vibrante y demostraría estarlo tan costosamente para el mundo como nunca. El diablo de la masonería inglesa y francesa volvió a levantar su cabeza, personificada ahora en David Lloyd George, primer ministro de Inglaterra en la época de la guerra y ardiente francmasón, y en el francés Georges Clemenceau. Lloyd George llegó hasta el punto de falsificar la línea de demarcación entre Polonia y el nuevo Estado ruso (la así llamada línea Curzon), que habían acordado los ministros aliados de diciembre de 1919. Lloyd George desplazó esa línea, ilegal y deshonestamente, para incluir la región polaca de Lvóv en territorio soviético.

En los primeros meses de toda esta esperanza y actividad, cuando la Primera Guerra Mundial estaba claramente en su última fase y el cardenal primado Dalbor estaba trabajando para establecer la Segunda República Polaca, el cuartelmaestre polaco Karol Wojtyla se retiró del Cuartel General del Ejército austriaco, en Cracovia. Con su esposa, Emilia, y su pequeño hijo, estableció su residencia en la ciudad industrial de Wadowice, a unos cincuenta kilómetros al sudoeste de Cracovia. Allí, el 18 de mayo de 1920, precisamente tres meses antes de la reconsagración de Polonia a María y del "Milagro del Vístula", a los Wojtyla les nació un segundo hijo, Karol. Crecería hasta ser un

joven en la breve primavera de veintiún años de independencia polaca, y bajo la influencia de algunos de los eclesiásticos más extraordinarios que se reunieran jamás al mismo tiempo en una sola nación.

Los hombres que dieron el tono de Polonia y de lo polaco durante la niñez y juventud de Karol Wojtyla, después de la muerte del cardenal Dalbor, estaban encabezados por el cardenal primado August Hlond, cuyas políticas eran claras, concisas y coherentes con el ideal geopolítico de Polonia arrai. gado en los Tres Pactos. No es preciso mucho esfuerzo para ver que esas políticas son coherentes, también, con las exhortaciones de Karol WOjtyla como papa Juan Pablo II en los años ochenta y noventa.

Los polacos como nación, decía Hlond, no debían creer meramente de una forma pasiva en lo que enseña la Iglesia, sino que debían "entrar en acción con la Iglesia. . . con una poderosa ofensiva católica en todos los frentes. . . Queremos que muera el localismo, y que viva lo que es la verdad del espíritu y la sustancia de la vida sobrenatural".

Como los influyentes padres resurreccionistas del Colegio Polaco de Roma, Hlond expresaba consistente y enérgicamente el ideal moderno de lo polaco y de la romanitas polaca, purificado de toda tendencia retrógrada o de nostalgia por las glorias imperiales, y purgado de los errores mesiánicos. Pero también era firme en la convicción de que la vida temporal y la vida espiritual no podían ser separadas por un muro sin graves consecuencias.

Con un ojo fijo en el humanismo mesiánico que había sido tan costoso para Polonia, y hacia el esfuerzo aparentemente perdurable por difamar y aislar tanto a Polonia como a Roma, Hlond insistía en que la Iglesia no es "una planta de invernadero" o "un museo lleno de personas retardadas porque practican la santidad", o "una gran fortaleza rodeada de alambres de púa... ocupada solamente en rechazar ataques".

Más bien, sostenía con toda su energía que la Iglesia es 1a constructora del mundo" y "la guardiana de las naciones. . . estructurando la relación entre el progreso temporal y el cultivo sobrenatural del alma humana".

Claramente, entonces, Hlond rechazaba todo pensamiento de que la Iglesia Universal debiera considerar la vuelta a glorias temporales pasadas. Argüía vigorosamente: "Es errónea la actitud de que de algún modo la tarea de la Iglesia sea devolver las formas presentes a **las pasadas, al barroco, al medievalismo en las** nubes. No es la tarea de la Iglesia impedir el movimiento de la humanidad hacia el futuro".

No obstante, en opinión de Hlond, la Iglesia en el siglo XX tenía el mismo mandato georreligioso y, por lo tanto, geopolítico que había tenido desde el siglo primero, cuando Cristo, como su fundador, le había confiado su mandato mundial. En una sonora frase Hlond resumía esa función geopolítica de Roma. Su tarea, decía, no era "ocuparse de que las épocas de la historia mundial sean todas iguales en términos de la estructura de las condiciones sociales y políticas, sino más bien que cada época pueda vivir de acuerdo con el espíritu de Cristo".

Mucho antes de que Karol Wojtyla se convirtiera en sacerdote, él y toda Polonia oyeron a este obispo local polaco dando una clara definición de esa actitud católica universalista, que los obispos y sacerdotes de otras tierras han olvidado o jamás conocieron. Es una actitud que muchos burócratas del Vaticano, encabezado ahora por Karol Wojtyla, tienen dificultades para comprender en este Papa consumadamente polaco.

Es una actitud que contradicen, de hecho, muchos obispos, quienes se encargan de moverse en la dirección exactamente opuesta, retirándose hacia los localismos regionales de la "Iglesia Norteamericana" de Estados Unidos, o la "Iglesia Hinduizada" en la India, o la "Iglesia de la Teología de la Liberación", en América Latina.

La romanitas que Hlond alentaba en sus polacos -Clero y pueblo por igual- no permitía ningún rastro de tal provincialismo y ningún prejuicio o particularidad étnica, polaca u otra.

Por el contrario. El cardenal primado sermoneaba a Polonia en términos fuertes que "cuando la porción más pequeña de la jerarquía de la Iglesia pierde el contacto vital con el resto de la Iglesia.. . deja de ser un organismo y una porción de la Iglesia". Además, insistía en que el equilibrio es complejo pero importante entre el elemento jerárquico -los obispos- y los laicos, quienes "tienen conciencia de que son la Iglesia. . . teniendo un papel que desempeñar con la jerarquía en la misión de la Iglesia".

August Hlond vivía lo que predicaba. Sencillamente no era un cardenal obispo de invernadero, sino un líder vibrante y efectivo que se ocupaba, él y su nación, de desarrollar la clásica creencia polaca en una comunidad de naciones basada en los ideales de la Primera República Polaca. Había una diferencia, sin embargo. Los tiempos habían cambiado, y Hlond amplió incluso aquellos avanzados ideales, purgándolos de los rasgos eurocéntricos que innegablemente habían sido parte de la Polonia clásica.

En todos los aspectos, la mente de August Hlond y la mente de la jerarquía de Polonia eran esencialmente idénticas. Arracimados alrededor de él, y creando una atmósfera de cohesión en Polonia, estaban todos los antepasados eclesiásticos de Karol Wojtyla, prelados conocidos por su piedad y su celo, algunos de los cuales han sido propuestos para ser canonizados en la Iglesia a la que sirvieron. Alexander Cardenal Kakowski de Varsovia, el arzobispo latino Eugeniusz Baziak de Lvóv, el obispo Zygmunt Lozinski de Minsk y Pinsk, el obispo Jozef Sebastjan Pelczar del Prezemysl, el obispo Konstanty Dominik de Chelmno, el obispo Micha¡ Kozal de Wloclawek, quien moriría en Dachau.

El equilibrio en ese sobresaliente equipo de eclesiásticos polacos estaba redondeado por eclesiásticos del calibre del arzobispo armenio Jozef Teodorowicz de Lvóv, el obispo Jozef Felix Gawlina, capellán militar en jefe, y el arzobispo ucraniano Andrzej Szeptycki de Lvóv, en cuyo seminario era rector un joven ucraniano, Josyf Slipyj, quien sería después el famoso cardenal Slipyj.

Éstos, y miles más que trabajaron con ellos, fueron los hombres cuyas ideas e ideales siempre permanecieron en completa cohesión con la distintiva historia de la Polonia católica, pero que, sin embargo, desarrollaron las ideas de polonicitas y romanitas más allá de cualquier alcance que pudo haberse concebido en la Polonia eurocéntrica del siglo XIX.

El primer miembro de esa jerarquía polaca que directa y personalmente afectó la vida y la carrera del joven Karol Wojtyla fue Adam Sapieha, un hombre tan extraordinario que su carácter parecía personificar la fuerza y la debilidad -la dureza y el orgullo- de Polonia Sacra en su apogeo como la tercera potencia de Europa y como el bastión católico romano contra la incursión militar, así como contra los ataques doctrinales a su fe milenaria.

Nacido en 1867, Sapieha heredó todas las características de una familia de príncipes que habían ganado su prominencia en la Primera República Polaca por pura decisión y firmeza. En la guerra, eran peleadores intrépidos, enemigos difíciles, prisioneros ingobernables y magnánimos vencedores. Fe, honor y libertad eran las reglas de acuerdo con las que vivían y, con no poca frecuencia, morían. Acostumbrados a mandar, hábiles en la batalla, se volvieron igualmente hábiles en los placeres del liderazgo en una monarquía democrática. Y en la comunidad multirracial polaca, adquirieron, también, un estilo de lenguaje diplomático y de negociación que parecía morir en el resto del mundo, como sucumbió en cambio al lenguaje crudo y al asesinato industrializado en la guerra que han manchado a la diplomacia y a las relaciones internacionales desde la Primera Guerra Mundial.

En la época en que Adam Sapieha se convirtió en arzobispo de Cracovia, en 1912, su polonicidad y su romanitas habían sido fermentadas y enriquecidas por sus estudios en el Canisianum, el colegio internacional de Innsbruck, Austria, y por un periodo de trabajo en Roma, donde no sólo recibió entrenamiento diplomático, sino que llegó a ser secretario privado del papa Pío X, cuyo linaje de hijo de un cartero polaco de Riese tantos habían hecho por borrar.

En estrecha asociación con el cardenal Dalbor como interrex, Sapieha ayudó al pueblo de su región durante el horrible sufrimiento y la ruina de la Primera Guerra Mundial. Más aún, a causa de su linaje, de las relaciones papales y diplomáticas que había adquirido en Roma, y no menos a causa de su indomable postura y prestigio personal, con frecuencia era más influyente que el propin Dalbor en las complejidades involucradas en la formación de la Segunda República Polaca.

En 1938, siendo un joven de dieciocho años, Karol Wojtyla llegó a estar bajo la influencia directa de este orgulloso, influyente, sumamente experimentado y claro proponente de la romanitas polaca. La madre de Wojtyla, Emilia, y su hermano mayor, Eduard, habían muerto. Él y su padre se mudaron a un departamento en el sector Debnicki de Cracovia. Como

[redacted]apieha siempre estaba al acecho de las vocaciones, y porque tenía el hábito de visitar extensa y frecuentemente a su pueblo, es seguro que Sapieha y el joven Wojtyla se conocieron poco después de la mudanza a Cracovia.

Para entonces, la guerra ya estaba nuevamente en el horizonte. El papa pío XII urgió al cardenal primado Hlond a que saliera de Polonia; y, como preparación de ese movimiento, se le dio una jurisdicción eclesiástica más amplia al arzobispo Sapieha. En efecto, durante la ausencia de Hlond de Polonia, durante la Segunda Guerra Mundial, Sapieha funcionaría como primado, y, en términos prácticos si no estrictamente legales, asumiría también la función de interrex.

El 1 de septiembre de 1939 Adolfo Hitler volcó setenta divisiones blindadas -un total de cerca de un millón de hombres- a través de la frontera polaca, en un asalto relámpago (blitzkrieg) por tierra, mar y aire. Una vez más, Polonia se convirtió en el principal Campo de Matanza de Europa. Y los polacos mismos se convirtieron en el objeto de un genocidio planeado.

El 25 de enero de 1940, de acuerdo con las instrucciones del mariscal de campo nazi Hermann Góring, entraron en efecto en Polonia las provisiones de la así llamada Circular Secreta. En las palabras del gobernador general de Polonia, el alemán Hans Frank -el "Cerdo de Polonia", como fue justamente apodado-, la Circular Secreta era el manual de la política alemana de "asegurar que ningún hombre, mujer o niño polaco quedara vivo para ensuciar los territorios que ahora y para siempre son parte del Tercer Reich". Bajo Frank, esas políticas alcanzaron un alto grado de profunda implacabilidad e inmisericorde crueldad.

Los polacos fueron divididos en dos clases. Aquellos empleados en industrias esenciales para el esfuerzo bélico alemán serían conservados vivos con las raciones más pequeñas posibles. El resto -mujeres, niños, clero, científicos, maestros, doctores, arquitectos, comerciantes, artesanos que no eran esenciales-, todo sería eliminado por medio de la ejecución, el harTibre y la deportación.

Los registros son casi increíbles. Los alemanes mataron a seis millones de ciudadanos polacos, incluyendo a 644,000 muertos en combate y un millón más deportado para morir en Siberia. Los nazis desarrollaron su red eficientemente brutal de 8,500 campos de concentración de Polonia y los organizaron, como la industria que eran, en trece distritos administrativos. De los 18 millones de europeos prisioneros en estos campos, 11 millones murieron, 3.5 millones de polacos y 7.5 millones de otras naciones.

La Iglesia católica romana y su jerarquía se convirtieron en un blanco concentrado para el general Frank. Todos los obispos fueron por lo menos hostigados. Algunos sólo fueron puestos bajo arresto domiciliario. Otros, sin embargo, fueron torturados, y muchos fueron deportados o muertos. Uno de los casos más notables fue el del padre Antón Baraniak, quien había sido secretario del cardenal primado Hlond antes de que el cardenal saliera

de Polonia hacia Francia e Italia. Durante su prisión, Baraniak fue hecho obispo y, por lo tanto, se convirtió en el único obispo polaco encarcelado por los nazis.

Obviamente, era la estrecha relación de Baraniak con el cardenal primado Hlond lo que le interesaba a Hans Frank. Había que conseguir delicados secretos vaticanos, y más allá de eso, si Baraniak, como clérigo relacionado estrechamente con el formidable August Hlond, podía ser obligado a aprobar públicamente la presencia nazi, la vida de Frank en Polonia sería más fácil. A pesar de la tortura a la que fue sometido, sin embargo, Baraniak se convirtió en una desilusión para el "Cerdo de Polonia", y en un símbolo de resistencia para los polacos.

En 1942, bastante más de 7,500 sacerdotes polacos habían sido deportados a los campos de concentración especialmente infames de Sachsenhausen-Oranienburg, Buchenwald, Radogoszcz y Opausa. Todas las oficinas diocesanas fueron cerradas. Todos los seminarios polacos y todos los establecimientos educacionales secundarios y superiores fueron clausurados. Todas las bibliotecas polacas que no fueron destruidas fueron transportadas a Alemania, y no se podían publicar libros ni periódicos nuevos. En Gniezno, el histórico palacio del primado, fue destruido, y la catedral se convirtió en una sala de conciertos alemana.

Como gobernador general, el "Cerdo de Polonia" decidió establecer su residencia y cuartel general en la Cracovia del arzobispo Adam Sapieha, y hacer de esa ciudad un ejemplo especial de su profunda bruteza nazi.

Frank tomó para su residencia privada al castillo Wawel, una antigüedad maravillosa e invaluable. La Academia de Minería de Cracovia se convirtió en su cuartel general oficial. El "Instituto pata el Trabajo Alemán en el Este" (el odioso eufemismo para designar a aquellos que idearon y dirigieron este concertado genocidio de polacos) fue alojado en los edificios de la Biblioteca Jagielloniana, cuyas colecciones y contenidos fueron embarcados hacia Alemania. La venerable Universidad Jagielloniana fue cerrada, y sus profesores fueron deportados a dos de tos campos de concentración más temidos, Fuerte VII y Lawica, donde los prisioneros eran degradados, vilipendiados y torturados, y donde la mayoría se sumó al número de muertos.

Los nombres de las calles de Cracovia fueron todos cambiados por nombres alemanes. La oficialidad alemana estableció su residencia en las confortables casas de las que habían sido las orgullosas avenidas Krasinski, Mickiewicz y Slowacki. Pero lo peor de todo era la prisión de la calle Montelupi, donde noche y día cualquiera que pasara podía oír los ruidos del osario en que se había convertido ese lugar: los alaridos de los torturados, los gemidos de los que morían de hambre y de los agonizantes, la risa maníaca de los prisioneros vueltos locos y, con no poca frecuencia, los sonidos **staccato** de los pelotones de fusilamiento.

Desde el comienzo, la ocupación alemana en general, y la presencia en Cracovia del "Cerdo de Polonia", en particular, fueron para Aciam Sapieha lo

que las banderas rojas son para un toro. En las heladas entrevistas que tuvieron lugar entre los dos hombres, es dudoso que la brutalidad y arrogancia nazi de Hans Frank fueran rival para la dignidad altiva, serena y superior del arzobispo Sapieha, que siempre habían sido tan útiles para el cardenal Dalbor.

En su vida diaria como *interrex* de Polonia en ejercicio, sin embargo, Sapieha era todo menos sereno. Más bien, era el ejemplo vivo, palpitante, de la sentencia del cardenal Hlond de que la Iglesia no puede tratar con sus enemigos mortales "corriendo hacia las sombras" ni puede estar "ocupada solamente de rechazar los ataques". En cambio, el llamado era "salir airosa y establecer la victoria que vence al mundo".

En un sermón en su residencia, Sapieha habló de la necesidad de purificar a Polonia Sacra de "la suciedad de estos cerdos", pero debía ser "inteligentemente hecho, porque somos polacos", dijo.

En su estilo frío y duro, el arzobispo quería decir lo que decía cada palabra, y encontró muchas y variadas maneras de hacer exactamente lo que decía. Ya en 1939, viendo la escritura sobre la pared, había establecido seminarios y universidades clandestinos. Ahora, en una infatigable labor de juicios correctos y decisiones prácticas de las que dependían su propia vida y las vidas de otros miles, Sapieha entró en lo que era nada menos que una conspiración nacional polaca contra los nazis. Mantuvo al Vaticano informado sobre el estado real de los asuntos en Polonia, y, a través del Vaticano y del gobierno polaco en el exilio en Londres, colaboró con los guerrilleros polacos. Emitió falsas actas de bautismo para judíos, y organizó redes para alimentar y esconder a aquellos que no pudieron ser llevados hacia la libertad.

Indudablemente, Adam Sapieha era el hombre de la Iglesia más prominente, influyente y capaz que había quedado libre en Polonia. Y, para la mente polaca católico-romana, su presencia activa como *interrex* interino durante esos años sangrientos y decadentes de la Segunda República Polaca, era todavía otra indicación de la providencia de Dios sobre Polonia Sacra,

A los dos años de iniciada esta planeada desolación de su patria, el joven Karol Wojtyla tomó la decisión de ingresar a la vida sacerdotal. Solicitó permiso al arzobispo Sapieha para estudiar para el sacerdocio. Ya había pasado un año estudiando lingüística en la Universidad Jagielloniana, y cuando los alemanes la clausuraron, pasó otro año como asistente en un cuarto de calderas de la planta química Solvay.

Después de que Sapieha lo aceptara en el seminario clandestino, no hubo ninguna señal exterior para que los alemanes se dieran cuenta de que la vida de Wojtyla había cambiado. Eso hubiera sido fatal, con toda seguridad. Continuó viviendo en su casa con su padre, y trabajaba sus horas en la

planta química. Pero en sus horas libres, junto con otros seminaristas clan. destinos, seguía cursos de filosofía y de teología en la residencia del arzobispo. Y quedó bajo la estrecha dirección personal de Adam Sapieha, el primero de dos extraordinarios arzobispos que serían los más responsables por su propia formación como el eclesiástico que iba a llegar a ser.

En sus dos años bajo la dirección de Sapieha, Wojtyla recibió muchas de las reflexiones del hombre mayor y mucha de su experiencia. De manos del arzobispo, recibió su primera instrucción sobre cómo trata un verdadero eclesiástico con un enemigo mortal de la fe de la Iglesia. Como recordaba más tarde otro de los seminaristas clandestinos de Sapieha, cuando el arzobispo de Cracovia salía de su residencia oficial en su carruaje, creaba una inmediata atmósfera de respeto. "No un simple hombre, sino toda una gran institución -la Iglesia- estaba pasando junto a ti".

Repentinamente, el 7 de septiembre de 1944 -Domingo Negro-, los escuadrones alemanes avanzaron en abanico a través de Cracovia. Se estaban preparando para partir en vista de que avanzaban los ejércitos soviéticos bajo el mando del mariscal Iván Koniev. Todos los polacos adultos debían ser atrapados y deportados a Alemania. El nombre de Karol Wojtyla estaba en su lista.

No está claro si en su prisa los escuadrones no peinaron la sección Debnicki de la ciudad, donde él vivía, o si Wojtyla los eludió. En cualquier caso, no lo atraparon. Un mensaje posterior de Sapieha le dijo a él y a otros seminaristas clandestinos que se dirigieran a la residencia del arzobispo y se escondieran ahí.

En enero de 1945, los alemanes se habían ido. Pero los acuerdos aliados de 1945 y 1946, de Yalta, Teherán y Potsdam, "asignaron" a Polonia y su pueblo a la zona de influencia soviética, y a su segunde noche oscura de entierro como nación. Ahora mandaban los estalinistas.

En la mente de Sapieha no puede haber habido duda sobre lo que iba a pasar; era demasiado realista como para jugar juegos mentales consigo mismo o con cualquier otro. Con esa misma previsión y perspicacia que caracterizaba tanto de lo que había logrado como hombre de Iglesia, distinguió a Karol Wojtyla de entre sus seminaristas e hizo los arreglos para que saliera de Polonia en 1946 para seguir estudios de doctorado en Roma.

Para entonces ya ordenado sacerdote, durante los dos años siguientes el padre Karol Wojtyla vivió en Roma, en el Colegio Belga, que no estaba dirigido por los padres resurreccionistas, pero que estaba imbuido con el mismo espíritu de tomanitas polaca que había proporcionado a la Iglesia de Polonia su indomable clero durante casi un siglo hasta ese momento.

Mientras tanto, Wojtyla siguió sus estudios en el Angelicum, en aquel tiempo, fácilmente, la mejor escuela de la Iglesia, y todavía dirigida por dominicanos tales como Garrigou-Lagrange, que, fácilmente, estaba entre las mejores mentes de cualquier parte.

En la época en que Wojtyla regresó a Polonia en 1948 para hacerse

cargo de su propio puesto como párroco, Polonia era un Estado comunista unipartidista, bajo el gobierno del colaboracionista de Stalin, Boleslaw Bierut. Adam Sapieha, ahora cardenal, viviría tres años más. August Hlond había muerto, y el primado e *interrex* de Polonia era el "Zorro de Europa", Stefan Wyszynski.

No cabe duda de que el trato brutal sufrido por la nación polaca a manos de los alemanes, seguido por la traición aliada a la Segunda República Polaca y la implacable estalinización de todas las cosas que siguió, hicieron desaparecer todo etéreo romanticismo que podía haber quedado en los polacos.

Como muchos de su generación nacidos entre las guerras mundiales, Karol Wojtyla había sido influenciado por los poetas mesianistas del siglo XIX. En primer lugar, Mickiewicz había adquirido estatura mundial, y las imágenes que él y los demás habían usado, su genuino lirismo, el lenguaje que moldearon, los conceptos que desarrollaron, habían entrado fácilmente en la conciencia del pueblo como parte de su herencia polaca durante su surgimiento a la breve luz del día de la Segunda República Polaca después de más de 120 años de esclavitud.

Ahora, sin embargo, el gran mundo había ofrecido una vez más a Polonia como a una no-nación para ponerla bajo el control total de un poder inmisericorde. Y una vez más, era un poder que precisamente pretendía descuartizar y cremar la polonicidad clásica.

En esta segunda noche que cayó sobre Polonia Sacra, los polacos de la generación de Wojtyla vieron una clara señal de Dios de que el destino de Polonia no sería ni el papel mesiánico imaginado para su país por sus soñadores pasados y difuntos, ni *su status* republicano intentado entre las dos guerras mundiales. Todo eso quedaba nulo y sin efecto. No encajaba en el plan general de Dios para Europa. Ni encajaba con la particular providencia de Dios para este pueblo. Su verdadera grandeza, parecía, ligada siempre a los Tres Pactos de lo Polaco, era estar enlazado a la Europa más grande que siempre se había extendido, en sus cálculos geopolíticos, desde el Atlántico hasta los Urales.

Lo que se necesitaba en este nuevo momento de opresión, no obstante, era una nueva actitud. Una nueva iniciativa. Un plan para hacer frente al aquí y ahora de los estalinistas soviéticos domésticos. En la imagen vulgar pero vívida que usó Jozef Swiatlo después de desertar del marxismo soviético al Occidente en 1953, Polonia en este momento de su última traición era como una virgen cuya recámara estaba llena de violadores. "A menos que tenga un plan", decía Swiatlo, "probablemente el sol salga en la mañana, pero seguramente ella ya no será virgen en esa mañana".

El plan de Polonia sería ideado por Stefan Wyszynski. Y a medida que ese plan se desarrollaba, sería llevado a la práctica en toda su astucia y tenacidad por su jerarquía entera.

Con el arzobispo Adam Sapieha, Karol Wojtyla había aprendido a so. brevivir frente a un enemigo que se dedicaba casi exclusivamente a la sangre y la muerte. Hitler había decidido liquidar a los polEcos porque sa bía que no podía cambiar lo que eran como pueblo. El prol:lema de Hitler era que estaba dedicado al mal. Pero no era estúpido.

Durante sus años con el arzobispo Stefan Wyszynski, el hombre más joven comenzaría ahora a aprender las lecciones duras, prácticas, elementales, de cómo vivir y enfrentarse día a día con fuerzas irremovibles por su unidad étnica y decididas a extinguir toda lealtad a la *romanitas* polaca y a toda fe religiosa misma.

Al comienzo, en 1948, Nojtyla era párroco en Cracovia, todavía "inexperto" y con mucho por aprender. Sin embargo, sumamente rápido, llegaría a ser uno de los colaboradores más apreciados de Wyszynski, una vez que fue designado obispo. Tomó muy poco tiempo para que los dos hombres encontraran que la colaboración entre ellos era fácil y fructífera. Wyszynski descubrió que ya, como joven eclesiástico, Wojtyla estaba pensando siguiendo líneas universales -como él- y que no había ni un indicio de localismo en Wojtyla. Sumado a esto, estaba el sentido de oportunidad de Wojtyla y su amplio conocimiento de los hombres y de los asuntos humanos. Los dos hombres pensaban igual. Con el tiempo, sería Wojtyla quien estaría al lado del arzobispo apoyándolo incondicionalmente durante el estalinismo y frente al señalado descuido de Polonia por parte del mundo.

Para el destino de Polonia, para la formación de Karol Wojtyla, y para lo que sólo se llamaría la geopolítica de la pura supervivencia, no pudo haber un *interrex* más apto, como líder de Polonia, que Wyszynski, ni un momento más importante para que la Providencia lo trajera al escenario mundial.

Sociólogo profesional, habiendo viajado ampliamente y con más de cien publicaciones hechas a comienzos de la década de los treinta, Wyszynski nunca hizo un, secreto del hecho de que consideraba al nacional-socialismo de Hitler, en la vecina Alemania, como "un regreso a la barbarie de la jungla". Un resultado fue que pasó viajando todos los años de la Segunda Guerra Mundial, con un precio puesto a su cabeza. El hecho de que jamás fuera capturado puede haber sido la primera de las mil y una razones por las que, con el tiempo, la gente comenzaría a llamarlo el "Zorro de Europa".

Poco después del fin de la guerra, en 1946, Wyszynski fue hecho obispo de Lublín. Después de la muerte del cardenal Hlond, dos años más tarde, y a pesar del hecho de que era el más nuevo de los obispos de Polonia, fue nombrado arzobispo de Gniezno y Varsovia. A los cuarenta y ocho años, era primado e *interrex* de Polonia. La tarea de mantener vivos a Polonia y a lo polaco era suya.

Lo que Wyszynski quería era un tercer camino entre el marxismo revolucionario y el capitalismo liberal, o "rígido", como pensaba alguna gente. Sin embargo, como todos sabían para entonces, eso no era lo que Stalin tenía en su mente para Polonia.

Aun antes del fin de la Segunda Guerra Mundial, de hecho, Stalin había decidido que esta vez él aseguraría la posesión de Polonia por parte de la Unión Soviética. No toleraría una repetición de la ignominiosa derrota del mariscal Mijaíl Tujachevsky, el 15 de agosto de 1920. No habría un nuevo "Milagro del Vístula" porque esta vez Stalin se encargaría de que ninguna legión polaca quedara en suelo polaco para resistir a las fuerzas invasoras soviéticas, conducidas ahora por el mariscal Iván Koniev.

Stalin comenzó a diezmar a la oficialidad polaca con una serie de masacres. El primer grupo asesinado constaba de 4,143 oficiales; todos fueron enterrados rápida y subrepticiamente en la selva de Katyn, cerca de Smolensk, en Rusia. Siguieron otras masacres de oficiales polacos. Estas atrocidades fueron seguidas por la formación de un ejército polaco como parte de las fuerzas armadas soviéticas, y por la deportación de algunos cientos de miles de polacos al interior del Gulag.

Mientras tanto, en el frente político, Stalin no tenía intención de permitir que el gobierno polaco, todavía exiliado en Londres, tomara de nuevo el poder en Polonia en tiempo de guerra. Porque ese gobierno estaba dirigido por el gran Partido de los Campesinos de Stainislaw Mikolajczyk, un firme anticomunista que era anatema para los soviéticos.

En consecuencia, ya en julio de 1944 el dictador soviético había creado un gobierno-en-suspenso polaco para la posguerra, que ubicó en un oscuro centro provincial en la frontera polaco-soviética. Boleslaw Bierut fue elegido para encabezar esta Tercera República Polaca de diseño soviético. Nacido en Polonia, Bierut era el principal agente de seguridad soviético de Stalin, ex jefe de la Sección Polaca del NKVD durante siete años. En diciembre de 1944, a los cinco meses de su formación, el gobierno de Bierut había sido instalado en Varsovia por el blindaje de las divisiones soviéticas de Stalin que avanzaban constantemente contra los nazis.

Unos dos meses después, en febrero de 1945, tuvo lugar la Conferencia de Yalta. Stalin salió de ella con el acuerdo del presidente norteamericano Roosevelt y del primer ministro británico, Churchill, para que aprisionara a Polonia.

Otros dos meses más y, en una charada que señalaba de nuevo la aceptación internacional de ese destino para Polonia, Wincenty Rzymowski firmó la Carta de las Naciones Unidas como nuevo "ministro de Relaciones Exteriores" de la nueva "República Democrática de Polonia". Tres meses después, en julio, los acuerdos de Potsdam confirmaban la posesión estalinista de virtualmente toda Europa Central. La Cortina de Hierro estaba colocada.

Aunque era una de más de media docena de naciones libres encerradas en la mazmorra del control totalitario soviético, Polonia era una clase especial de cautiva y tenía que ser tratada en forma diferente de las demás. Los alemanes orientales, los búlgaros, los húngaros, todos debían ser tratados como naciones siervas que complementaban a la URSS. Finlandia ya era un Estado y nación autónoma dentro de la "órbita soviética".

Polonia no sería como ninguna de ellas. El objetivo estalinista, como el objetivo de las Tres Potencias en 1815 y el objetivo de Alemania en 1939, era liquidar todas las estructuras sociales que eran espiritual, cultural y nacionalmente polacas. La prisión era un preludio para la muerte planeada. Polonia sería una no-nación.

El viejo Senado fue abolido y remplazado con un nuevo Seim, reunido en elecciones arregladas por los soviéticos. Nadie se quedó atónito cuando, Boleslaw Bierut se convirtió en el primer presidente de la Tercera República Polaca, con el marxista Jozef Cyrankiewicz como su primer ministro y el mariscal de Rusia K. Rokossovsky como ministro de Defensa.

En toda Polonia, y bajo el control directo y personal de Boleslaw Bierut, políticos y "técnicos sociales" importados de la Unión Soviética instituyeron un minucioso programa de totalitarismo estalinista. Los comisarios políticos limpiaron cuidadosamente de todos los disidentes al ejército y a la policía polaca. Los entrenadores soviéticos del NKVD desarrollaron una nueva policía secreta y una nueva milicia. Se emprendió un vasto registro de cada polaco y de cada actividad polaca. Sobre cada fase de la vida polaca se cernía la sombra de los entrenados misioneros de la sovietización, los comisarios políticos.

Entre 1946 y 1949, Polonia fue sovietizada en un plan trienal de "reconstrucción"; otro plan quinquenal aguardaba después de eso. La cultura en todas sus formas organizadas -los medios, la erudición, las instituciones educativas de nivel primario, secundario y universitario- estuvo sujeta al más rígido control político e ideológico, de acuerdo con la estricta ortodoxia leninista. Se eliminó la propiedad privada y el comercio privado de bienes y servicios. Se colectivizó la agricultura, y una nueva forma de servidumbre, las granjas estatales, quedó establecida. Todo debía estar gobernado por los dictados económicos y políticos de la Unión Soviética de Stalin. El ojetivo era eliminar la mente independiente, individualista, occidental y latina de Polonia, y remplazarla con el sistema de pensamiento y moral eurasiático que el leninismo había impuesto con tanto éxito sobre Rusia.

El cardenal primado August Hlond jamás abandonó su dureza y su independencia de espíritu. Sin embargo, no había sido un hombre joven cuando se fue de Polonia en 1939, y cuando regresó después de la Segunda Guerra Mundial, ya no poseía el puro vigor físico necesario para enfrentar la nueva e increíble embestida del estalinismo con el ingenio y la energía que exigía.

En el momento en que Stefan Wyszynski fue elevado en 1948 a la imposible posición del arzobispo primado e *interrex* de Polonia, la "reconstrucción" estalinista ya había llegado muy lejos. Nada ni nadie se movía fuera de la red de acero del control totalitario lanzado por el presidente Bierut sobre todo el país y sobre las vidas diarias de sus millones de habitantes.

En esas circunstancias, sólo el más optimista podía haber previsto

siquiera una fracción del éxito alcanzado por Wyszynski. Polonia no era una nación donde las olas de sentimiento nacional pudieran expresarse en abierta confrontación, como podía hacerse en la India o en Estados Unidos. No era un lugar, por lo tanto, donde los grandes hombres pudieran caminar bajo los reflectores de la opinión mundial para modelar esas pasiones y exhortar a los gobiernos a la descolonización o a conceder los derechos civiles. A diferencia de un Martin Luther King Jr., o de un Mahatma Gandhi, un Stefan Wyszynski no era inevitable en la Polonia de 1948. Dadas las fuerzas que había contra él dentro de Polonia y más allá de sus fronteras, hacia el este y el oeste, ni Wyszynski ni el poder que desarrolló eran ni siquiera probables, mucho menos inevitables.

De todos modos, el alcance del poder del que finalmente llegó a disponer era geopolítico hasta un punto tan convin,ente que, durante su vida, moldearía todas las realidades vitales del juego final del milenio que llegaría a un punto crítico en los años 90, el juego final en el que el protegido de Wyszynski de treinta años, el papa Juan Pablo II, llegaría a estar tan profunda y peligrosamente comprometido. Wojtyla aprendería las lecciones básicas de un táctico magistral, y comprendería cómo uno puede comenzar en la última posición para terminar encabezando la jauría.

La esencia de la actitud de Wyszynski hacia el estalinismo y el programa de estalinización de Polonia quedó resumida en un feroz cañonazo que incluyó en uno de sus primeros sermones. "Es casi locura exigir que una nación entera renuncie al cristianismo sólo porque un pequeño grupo de personas cree que la reconstrucción de la sociedad es imposible sin una ideología materialista", acusó.

Para cualquier otro, ése podría haber sido un pensamiento interesante. Para el gobierno comunista de Polonia, controlado por los soviéticos, sin embargo, y para el presidente marxista Boleslaw Bierut, era una confirmación más de que l**a victoria total del marxismo-leninismo no quedaría asegurada en Polonia hasta** que el catolicismo polaco hubiera sido extirpado por completo. No había dos maneras para resolver los temas que estaban en juego. No se tomaron en consideración concesiones útiles. No eran posibles victorias a medias. Desde su punto de vista, cada parte iba al todo o nada.

Dada la experiencia que tenían hasta el momento con los eclesiásticos de otros países, es dudoso que el gobierno soviético, en Moscú o en Varsovia, contemplara algún problema serio con la jerarquía de Polonia. Ya el cardenal Mindszenty, en Hungría, y sus contrapartes en Rumania, Checoslovaquia y Lituania se estaban comportando de manera parecida a la del clero ortodoxo ruso en los años 20. Es decir, habían asegurado las escotillas, crearon una "resistencia moral" desde atrás de sus fosos de separación y lanzaron proyectiles tan poco importantes para Stalin y sus subrogados del bloque oriental como los anatemas y definiciones dogmáticas de la Iglesia.

Si la experiencia servía de alguna guía, entonces, la Iglesia de Polonia terminaría en algún punto entre el martirio y la corrupción... y totalmente ineficaz en su supuesta batalla con el estalinismo.

La ironía era que lo que había en Stefan Wyszynski, que ni los soviéticos ni sus títeres en Varsovia pudieron comprender, sería el elemento que finalmente los derrotaría. La ironía era que en el arzobispo Wyszynski, el gobierno comunista polaco no tenía enemigo. Porque él consideraba a Boleslaw Bierut y a su régimen como desorientados y delincuentes hijos de la patria polaca, como hombres que, en las palabras de Cristo, al que servía, no sabían lo que hacían.

Eso no era todo, por supuesto. Porque Wyszynski haría su mejor esfuerzo para proporcionar a sus errantes compatriotas, como polacos que eran, algunas de las lecciones que hasta entonces se les habían escapado.

Una lección que intentaba enseñar al gobierno de Varsovia era que, en el Primado de Polonia, ellos no estaban contra la mente "clerical" que tanto despreciaban y trataban con tanto desdén. En cambio, estaban contra el poder de Dios Eterno que repetidamente había sacralizado su patria común.

Una lección que sin duda se derivaría de la primera, era que todo el enfrentamiento que sobrevendría entre el régimen comunista y la Iglesia, sería una pelea desigual. Y mientras que los miembros del gobierno no podían saberlo, a los ojos de Wyszynski ellos serían los contendientes inferiores. Porque habían estado convencidos de que las únicas dos fuerzas que importaban en el mundo eran la bruta realidad de la URSS de Stalin y el decadente capitalismo del Occidente. Además, habían estado convencidos de que la única importancia de la Iglesia -ya fuese en Polonia o en cualquier otra parte- era la de ser el principal bastión del capitalismo. Por lo tanto, hundiendo a la Iglesia -especialmente en Polonia- estarían a la vanguardia de la revolución proletaria que había sido designada por las ciegas fuerzas de la historia para transformar al mundo.

Podían ser polacos, pero en cuanto a tales convicciones, Wyszynski sabía que eran víctimas y sufrían el engaño de un mito simplista, abstracto y primitivo. Sus mentes habían sido sacadas de la realidad, empobrecidas en su conocimiento y habían recibido las anteojeras de las mentiras. A pesar de todo eso, sin embargo, no se engañaba con respecto al ardor de las convicciones de ellos.

En las circunstancias, quizá la tercera lección que el primado les tenía reservada era, en realidad, la primera y más práctica con la que tendrían que tratar los miembros del gobierno. Porque era concerniente al hecho de que Wyszynski no era el tipo de clérigo enclenque que los soviéticos habían encontrado en todas partes. No se escurriría para cobijarse en sus ropajes escarlata. Permanecería al descubierto, y los expulsaría de su propio terreno; y, siguiendo métodos que confundirían a todos, en las palabras del cardenal Hlond, él entraría "en acción con la Iglesia" y conduciría una "poderosa ofensiva católica en todos los frentes".

Casi inmediatamente después de su consagración como arzobispo primado en 1948, Wyszynski tomó la iniciativa en su choque con el estalinismo, que continuaría durante treinta y tres años. Enfrentado a un sistema estalinista completamente instalado, Wyszynski tomó al gobierno enteramente fuera de guardia con una propuesta escandalosa. En una reunión con el ministro de Administración Pública, Wladyslaw Wolski, el arzobispo sugirió, nada menos, que hubiera un acuerdo entre la Iglesia y el gobierno.

"Formulemos un entendimiento", sugirió. "El gobierno y la Iglesia establecerán una comisión mixta de funcionarios gubernamentales y tres obispos católicos". El objeto, explicó, sería establecer y mantener un "entendimiento" entre el Episcopado y el gobierno.

La idea era, literalmente, pasmosa. Y no sólo para los comunistas. Nadie había pensado jamás en una cosa así, ni la había propuesto. Ante sus propios obispos sorprendidos, Wyszynski admitió que era una empresa "azarosa" pero que era el único camino que tenían abierto. Si se juzga la cuestión por sus negociaciones personales con el gobierno, sin embargo, uno jamás hubiera pensado ni por un momento que había algún riesgo involucrado para nadie.

Su problema inmediato, en realidad, era que sus adversarios probablemente verían su llamamiento para celebrar un entendimiento como un llamamiento para ceder. Considerando que ellos tenían el control total político, civil y militar de Polonia -incluyendo a las divisiones soviéticas acantonadas en suelo polaco, la policía secreta organizada por el NKVD, y el siniestro Ministerio del Interior, con sus interminables expedientes sobre cada polaco y su descarada vigilancia de sus vidas cotidianas-, los hombres con quienes él tenía que tratar no estarían inclinados a ceder.

Wyszynski llegó al problema desde un punto de vista que era tan escandaloso como su misma propuesta. Su argumento era que su programa era el único programa realista que el gobierno podía seguir.

Para hacer entender su agresivo argumento, el arzobispo se aprovechó plenamente del hecho de que, comunistas o no, estaba tratando con hombres que eran polacos. En efecto, les dijo que ellos estaban tan aferrados como él a su común racia stanu. . . a ese particular nacionalismo polaco que está entretejido con el interés y el bien del Estado.

Quizá era la premisa más pequeña posible de realidad polaca concreta, pero para hombres tan profesionalmente sin fe como éstos, también era la cosa más básica que tenían en común con Wyszynski. Porque racja stanu, como Polonia Sacra, era una frase antigua que encarnaba un antiguo principio. Los polacos siempre la habían usado para expresar el derecho de su nación a existir, para expresar el derecho de Polonia a que ni su integridad territorial ni su identidad nacional estuvieran amenazadas por nadie desde afuera de sus fronteras, y tampoco dentro de ellas.

Intencionalmente, Wyszynski estaba invocando la herencia común de todos los polacos, quienes, como pueblo, habían sido objeto de la aniquilación desde el siglo XVIII. Pero no iba a confiar en un llamamiento puramente emocional. Desplazando su argumento para incluir un buen pedazo de terreno nuevo, en reuniones sucesivas desafió al régimen de Bierut para que explicara cómo el gobierno podía esperar mantener hasta el orden nacional, mucho menos su precioso *racja stanu,* a menos que tuviera la cooperación de la jerarquía del arzobispo. Después de todo, Polonia era católica en un 98 por ciento. En consecuencia, claramente, la Iglesia era la fuerza más difundida entre los polacos, y la jerarquía era, indiscutiblemente, el elemento más estratégico con el que tenía que tratar el gobierno de Polonia.

El argumento sólo podía haber venido de Wyszynski. No importaban todas esas divisiones soviéticas en suelo polaco y todas las fuerzas de seguridad y toda la vigilancia. Wyszynski conocía a sus polacos. Su llamamiento, con guante de terciopelo, a la patria y al pueblo, tenía un poderoso atractivo, hasta para los marxistas polacos. Y su amenaza de desorden civil, hecha con un puño de hierro, tenía su efecto, también.

Estimulado por el hecho de que el gobierno no rechazara directamente su propuesta, y no siendo un hombre que se quedara parado sobre un pie cuando podía pararse sobre los dos, Wyszynski, antes de que sus adversarios tuvieran tiempo para digerir completamente sus argumentos iniciales, recomendó a la atención del gobierno una serie de consideraciones políticas y cuaGipolíticas.

Uno de los temas más complejos que planteó involucraba a las así llamadas Tierras Occidentales, territorios que quedaban al occidente de la línea trazada entre los ríos Oder y Neisse, más una pequeña porción de Prusia Oriental. Originalmente parte de la Primera República Polaca, las Tierras Occidentales habían sido absorbidas por el imperio alemán, y habían vuelto a Polonia en 1945. Pero todavía quedaba por arreglar un tratado internacional con Alemania para asegurarle esas tierras al actual gobierno de Polonia. Tal complicación era agua perfecta para el molino de Wyszynski.

¿Cómo, se preguntaba, podían esperar los comunistas polacos asegurar el tratado sobre las Tierras Occidentales si la influyente jerarquía alemana, repugnada por la actitud anticatólica del régimen polaco, se decidiera a presionar para que hubiera interminables demoras? O quizá la jerarquía alemana se las arreglara para matar completamente al tratado.

Y luego, por supuesto, estaría la complicación de que sería imposible la aceptación internacional de las pretensiones de Polonia a las Tierras Occidentales, a menos que el Vaticano nombrara obispos polacos para las diócesis de aquel territorio. Wyszynski concedía que el gobierno podía odiar al Vaticano. Pero seamos realistas, dijo, en efecto. ¿Cómo podían esperar los comunistas polacos asegurar que se firmaría el tratado si la Santa Sede, también repugnada por la actitud anticatólica de Varsovia, se rehusaba a remplazar a la actual jerarquía alemana por cuadros polacos?

Y todavía había más, como señaló Wyszynski. Porque ambas cuestiones iban parejas con el deseo -la franca necesidad, en realidad- que tenía el gobierno polaco de firmar un tratado puramente comercial con Alemania Occidental. Ya en 1948 los norteamericanos habían puesto a los alemanes occidentales en una situación bastante sólida, comparada con las naciones del bloque oriental. Sólo parecía probable que, si los obispos alemanes y la Santa Sede decidían detener o matar un tratado, el otro probablemente también se extinguiría.

En resumen, en una serie de reuniones para reñir por la propuesta de Wyszynski de que se estableciera la Comisión Mixta, el arzobispo no sólo les enseñó una o dos lecciones a sus hijos desorientados y delincuentes, sino que dirigió un taller de negociaciones descaradas.

Durante los cuatro años anteriores, desde que el ejército de Stalin instalara al gobierno de Bierut en Varsovia, ese gobierno había seguido en Polonia sus políticas torpes, en el supuesto de que estaba enfrentándose a un problema puramente local. Pero por toda su historia, y hasta los huesos, los polacos jamás habían sido una nación localista.

Ahora, habiéndole abierto la puerta a Wyszynski -algo que no podía evitarse-, repentinamente el gobierno comenzaba a ver abismos que se abrían por todos lados. Para empezar, el abismo número uno: un perpetuo estado de revuelta de la población católica polaca, fomentado por el clero. Abismo número dos: pérdida de las Tierras Occidentales. Abismo número tres: más dificultades con la Santa Sede. Abismo número cuatro: fracaso de las deseadas buenas relaciones con Alemania Occidental, con propósitos comerciales.

En lo concerniente a la agenda, ésa era una lista impresionante. Pero, oficiosamente, había otro abismo. El abismo entre lo que los funcionarios soviéticos y del gobierno polaco esperaban encontrar en el Primado de Polonia y lo que él resultó ser.

Explícitamente en palabras e implícitamente en sus acciones, Stefan Wyszynski estaba rechazando toda idea de un martirio pasivo o de una corrupción activa. No cedería como el clero ortodoxo de Rusia, ni sería un mártir como el Primado de Hungría, ni sería como cualquiera del resto de ellos. ¿Cómo iban a tratar con él los comunistas, entonces?

A ese respecto, de hecho, Wyszynski no escatimó palabras y no dejó nada a la imaginación. Dijo: "Si Dios demanda nuevamente nuestro martirio, no retendremos nuestra sangre. . . Pero el ideal de hoy debe ser la capacidad de la Iglesia y de Polonia para vivir, más que la capacidad para morir; ya hemos demostrado nuestra capacidad para morir en Dachau y en el levantamiento de Varsovia...

"Quiero a mis sacerdotes en el altar, en el púlpito y en el confesionario. No en una prisión... Quiero el martirio solamente como último recurso, será siempre una gracia y un honor".

En cuanto a sí mismo, Wyszynski agregaría mi tarde: "Para mí es igual

si tengo que sembrar palabras o mi propia sangre, en tanto Polonia siga siendo el reino de Cristo".

Al final, aparentemente el gobierno sintió que la mejor manera de tratar con este zorro era precisamente hacer eso. Tratar con él. A pesar de las enormes probabilidades en su contra, a los cinco meses de su consagración como Primado de Polonia, Wyszynski se sentaba como miembro de la Comisión Mixta de representantes del gobierno y obispos polacos, para comenzar a elaborar trabajosamente un "entendimiento", tal como él había propuesto.

Es una medida de la enormidad del milagro que había alcanzado Wyszynski, que en la Alemania ocupada de los primeros años de la Guerra Fría, administrada como estaba por los comisionados aliados, los poderosos contingentes norteamericano, británico y francés encontraban difícil conseguir incluso que el *Kommandantur* soviético se reuniera con ellos para discutir el problema de la depuración de las aguas residuales de Berlín.

En verdad, la Comisión Mixta de Polonia era una propuesta que ponía nerviosos a muchos que se interesaban desde lejos, así como a los comunistas polacos que estaban en la escena. Los círculos progresistas de Europa Occidental y de Norteamérica lanzaron contra Wyszynski críticas acres y a veces mortalmente intencionadas. En varios círculos predecibles brotó nuevamente odio ante cualquier éxito católico-polaco. Y no era lo menos importante, pero había rumores en Roma entre esas autoridades vaticanas que evitaban las amabilidades diplomáticas hasta con el más humilde funcionario soviético.

Un elemento que había en Wyszynski y que era particularmente desconcertante para sus adversarios, ya fuera en Polonia o en el exterior, concernía a la cuestión de su actitud hacia el marxismo, y dónde estaba parado en el espectro político en general. Porque, después de todo lo que había pasado en Europa Central y en Polonia, particularmente durante los últimos dos siglos, no quedaban muchos en el mundo que fueran lo suficientemente ingenuos como para tragarse alguna tontería sobre la separación de Iglesia y Estado.

El filósofo marxista Leszek Kolakowski trató de hacer que el arzobispo se definiera al preguntarle si estaba contra el sistema comunista polaco porque era ateo, o porque sólo permitía al partido comunista y no era políticamente pluralista.

Wyszynski nunca le contestó directamente a Kolakowski. Pero en realidad, rechazaba al comunismo, y luchaba con dientes y uñas contra el marxismo burocrático construido sobre un ideal materialista. En lo que concernía a él, además, esa ideología marxista era totalmente impráctica y no funcionaba para Polonia. De hecho, él se encargaría de que así fuera.

tY qué pasaba entonces con el capitalismo? ¿Iba Wyszynski a tratar de inyectar ese odiado elemento en el "acuerdo" que quería entre la Iglesia y el gobierno?

Nuevamente, la posición del primado era inquietante para muchos que monitoreaban estas discusiones y acontecimientos desde el extranjero. Porque el materialismo práctico e inquebrantable del crudo capitalismo le repugnaba, igual que el materialismo marxista.

El hecho fue que Wyszynski nunca se desvió de su idea de que seguramente debía haber un camino intermedio, un tercer camino, como lo llamana él, entre el comunismo marxista y el capitalismo materialista: el tercer camino que permitiría que existiera una democracia genuina al mismo tiempo que no fomentaba el materialismo. Porque cualquiera fuese la forma en que viniera, y cualesquiera fuesen sus ropajes sociopolíticos, el materialismo sier,pre había conducido al ateísmo práctico.

Sin embargo, a pesar de todas las preguntas teóricas del mundo, el problema inmediato de Wyszynski era pragmático. Tenía que idear un curso de acción frente a un poder estatal con el que los polacos tenían que vivir, les gustara o no. Tenía que haber un acuerdo que sirviera como una base funcional entre él, como primado e *ínterrex, y* el gobierno del Estado comunista.

En los dos años de interminables discusiones y regateos de la Comisión Mixta, entre 1948 y 1950, el gobierno mostró cuánto detestaba toda idea de tener que contender con este obispo insolente. Las negociaciones siempre eran negativas, regateos contenciosos, y a veces bordeaban algo muy cercano a la guerra.

Los miembros del gobierno de la Comisión Mixta le lanzaban insultos a Wyszynski, lo amenazaban, lo difamaban en la propaganda publicada en los periódicos locales, y no era raro que salieran de estampida de las reuniones jurando no regresar.

Por su parte, Wyszynski daba tanto como recibía. No le importaban los insultos y jartiás los devolvía. Pero dejaba en claro que estaba preparado a responder a las amenazas con información que, si se hacía pública, degradaría a los miembros del gobierno a ojos de Polonia y del mundo. Y cuando los miembros de la delegación del gobierno salían violentamente de las reuniones, él sabía que tendrían que regresar. Porque era cierto que necesitaban a Wyszynski, y a él no le faltaban maneras de demostrarles cuánto.

Lo necesitaban, principalmente, como un factor estabilizador en una población muy inquieta y contraria. Wyszynski, hábilmente respaldado por Wojtyla, siempre estuvo en contacto con la población a través de sermones, discursos, artículos periodísticos, continuas visitas a varias partes del país. La máquina cultural y social que él siempre estaba construyendo lo mantuvo sumamente visible entre la gente y completamente accesible. Ningún miembro del gobierno era tan conocido como él a nivel popular. Confiaban en él -de manera única- en que siempre diría la verdad, siempre protegería al pueblo.

Habiendo avanzado milagrosamente una pulgada, al conseguir que las negociaciones de la Comisión Mixta continuaran, y a pesar de todas las dificultades durante los dos años siguientes, Wyszynski procedió a sepa rarse una milla. Sus proposiciones eran tan completamente descaradas como había sido su propuesta original.

burante una reunión de seis horas en el Palacio Wilanów con Franciszek Mazur y el contingentey del gobierno que éste encabezaba, el primado argumentó abiertamente; aunque con cierta sutileza, contra el marxismo. Lo caracterizó como algo propio del ambiente anglo-salón que había sido aplicado a un pueblo, los rusos, cuyas almas eran ortodoxas orientales. Esta variedad rusa del marxismo contenía, por lo tanto, tres elementos gire la hacían impráctica para Polonia: era eurasiática, exhibía enemistad contra el catolicismo romano, y era antiindividualista.

Polonia, por el contrario, era o< cidental, latina e individualista. Si se sha aplicar el marxismo a los po''acos, argüía Wyszynski, no podía ser la variedad rusa. Y no podía ser hostil a'la Iglesia romana. Ahora insistía, como siempre lo había hecho, en que no había una conexión teórica necesaria entre el ateísmo y el marxismo. Más imponai ite, insistía en que no había una conexión práctica necesaria entre el ateísmo ;l el nuevo sistema de Polonia.

Sin embargo, la sutileza no siempre estaba en el orden del día para Wyszynski en el calor de estas reuniones. "No hay nada más vil que la religión del estado. . . la peor forma de esclavitud", les disparó Wyszynski a los negociadores del gobierno en un momento dado. ¿Por qué querrían ellos evacuar de la mente y del alma polaca su energía vital, un vibrante catolicismo? ¿No podían ver que estaban dañándose a sí mismos por rencor?

Mezclando el insulto y la insinuación en una pregunta retórica, Wyszynski les preguntó a sus adversarios de la comisión si, cuando se tratara directamente del asunto, el gobierno preferiría tener la moralidad independiente y práctica del catolicismo romano o la cobarde subyugación de las conciencas polacas para que adoraran al Estado, y la pura venalidad que la acompañaría.

¿No sería mejor, argumentó -en realidad, no sería más inteligente y más práctico-, usar las energías polacas para reconstruir la vida cultural y el vigor político de Polonia?

Peor, acusó al gobierno de una especie de atraso que era particularmente odioso para ellos como polacos, dada la historia de los Tres Repartos. "Olvídense de toda esa 'ensalada' ", acusó con abierto desdén, "de la francmasonería y la filosofía individualista recogidas en Francia por políticos e intelectuales polacos mentalmente empobrecidos. No es merecedora de la realidad del siglo XX". Wyszynski aborrecía el popurrí -la "ensalada"- de la democracia cocida a medias, el totalitarismo popular, el rabioso anticlericalismo y los ideales utópicos que se convirtieron en la materia esencial de la política radical francesa del siglo XIX y que se filtró hacia Polonia a través de sus emigrados.

Finalmente, con el apoyo constante y activista de su clero en toda Polonia durante dos años de lo que equivalió a una guerra de guerrillas sociopolítica, Wyszynski y sus obispos de la Comisión Mixta finalmente acorralaron a sus adversarios y los arrastraron, pateando y gritando y todavía malignamente opuestos a él, hasta el punto de firmar por fin un acuerdo con el Episcopado polaco.

El 14 de abril de 1950, oficialmente se acordó en un documento legal que se garantizaría la educación religiosa en las escuelas. Se garantizaba el status de instituciones y asociaciones católicas como la Universidad de Lublin y todos los órganos caritativos de la Iglesia. La prensa católica y las editoriales católicas eran libres de funcionar. Se levantarían tos obstáculos para la construcción de nuevas iglesias; la educación seminarista y los nombramientos eclesiásticos, y las designaciones del clero para ocupar puestos eclesiásticos estarían libres de la interferencia del gobierno.

En efecto, Wyszynski había propuesto, había luchado y conseguido un acuerdo legal que cubría las principales necesidades de la Iglesia. Cualquier cosa que sucediera a partir de entonces, la Iglesia y el pueblo de Polonia tenían una posición inexpugnable que sostener ante el gobierno y el mundo. Teman una pierna sobre la cual pararse.

Ahora, como lo comprendía Wyszynski, la guerra de verdad comenzaría.

Durante los más de veinticinco años siguientes, la táctica del gobierno fue violar sistemáticamente cada provisión del acuerdo de abril de 1950 por todos los medios a su disposición. El gobierno se dedicó a un programa orquestado para roer cada vestigio de libertad que había otorgado: la libertad de culto, de asociarse con fines religiosos, de estudiar el catolicismo, de ejercer ese catolicismo en sus formas tradicionales y de actuar como miembros vivos de la Iglesia católica romana.

Nuevas reglamentaciones y prc.hibiciones del gobierno se dirigían a cada sector: la educación de los niños, la preparación en los seminarios, la publicación de libros y periódicos, la actividad pastoral de sacerdotes, obis pos y órdenes religiosas. Los pasaportes que les hubieran permitido a Wyszynski y a sus obispos hacer sus visitas obligatorias a Roma no estaban disponibles. Ediciones enteras de libros católicos eran requisadas y destrozadas; sesenta mil ejemplares de tres libros escritos por Wyszynski corrieron esta suerte en un solo día. Camiones y furgonetas equipadas con estridentes altavoces daban vueltas alrededor de las iglesias durante la misa para que no se pudieran escuchar los sermones.

Para aquellos que, en Polonia y en otras partes, Jamaban a esta política de duplicidad del gobierno una política de mala fe, Wyszynski tenía una respuesta directa y práctica. En su mente, casi tenía tanto sentido hablar de "buena fe" o "mala fe" en los marxistas-leninistas como tendría hablar de políticas "higiénicas" o "antihigiénicas" entre los zorrillos salvajes.

Para la mentalidad marxista-leninista, no hay verdad ni falsedad. Sólo hay conveniencia. En el pensamiento marxista-leninista, si era útil el propósito que se tenía a la mano hacer ciertas promesas solemnes el lunes, entonces ellos harían esas promesas. Llegado el martes, si ya no era útil al propósito mantener esas promesas, no se mantenían. En el marxismo, la crasa conveniencia es la regla para aquel que no es un tonto.

A cierto nivel, la respuesta de Wyszynski a esta regla del gobierno de la crasa conveniencia era la simplicidad misma. Sería conveniente para el gobierno obedecer y mantener su palabra. En una lucha prolongada y difícil, una y otra vez el Primado encontraría las maneras de usar el acuerdo legal que él había ganado para mantener los pies del gobierno en el fuego de su propio y ardiente fracaso.

Wyszynski y todo su cuerpo sacerdotal se dedicaron a alimentar ese fuego a nivel popular. Porque la fuerza de Polonia siempre ha estado en su pueblo y en sus pactos. El genio de Wyszynski como *interrex* fue no romper jamás definitivamente con el gobierno, pero no permitirle jamás al gobierno que infringiera el acuerdo sin lanzarle violentas protestas.

Sin embargo, como siempre ha sido el caso, el verdadero tour *de* forte de la lucha de Polonia por la supervivencia como nación, era desatar contra el gobierno ajeno todas las fuerzas de lo sobrenatural, todas las fuerzas que hoy son inconcebibles para muchos observadores, comentaristas y analistas, ilustrados por lo demás.

Por pura organización, y con una febril actividad que desafía la imaginación, los obispos y el clero polacos trabajaron en forma de una falange cerrada bajo el liderazgo constante y astuto de Wyszynski, para moldear y forjar la fuerza básica de la creencia religiosa polaca para convertirla en una antorcha ardiente que, a su tiempo, llegaría no sólo a amenazar al gobierno comunista de Polonia, sino a quebrar el dominio mismo de la Unión Soviética en Europa Central.

La intensa actividad pastoral los mantenía a todos ellos en contacto estrecho con el pueblo, virtualmente veinticuatro horas al día cada día de cada año. El arzobispo Wyszynski solo pronunciaba por lo menos seiscien tos sermones al año, y daba incontables alocuciones públicas, además. Hacía visitas pastorales a todas las partes de Polonia. Y desde su cancillería en la calle Miodowa de Varsovia, se derramaba un caudal de cartas personales, memoranda, aides-mémorie, telegramas e instrucciones.

Probablemente el régimen polaco no necesitaba tal actividad como excusa para las tácticas brutales y traicioneras que se convirtieron en una parte normal de su arsenal anti-Iglesia; porque el presidente Boleslaw Bierut y su gobierno desplegaban una enemistad auténticamente mortal en el sentido físico. Sacerdotes y obispos eran arrestados y encarcelados temporalmente. Las monjas eran hostigadas. Los sacerdotes y los laicos católicos

prominentes eran asaltados. Bandas organizadas de "duros" buscaban confrontaciones amenazantes. Se hacían repentinas y rudas inspecciones gubernamentales en las instalaciones de la Iglesia. Los seminarios eran alterados por repentinas violaciones de inspectores.

A través de todo esto, sin embargo, Wyszynski se mantuvo firme con el régimen de Bierut en Varsovia, sobre la base del acuerdo que habían firmado con él. Les gustara o no, ese "entendimiento" era un inexpugnable instrumento legal que podía ser mostrado al mundo.

Cuando se impuso sobre la actividad de la Iglesia una nueva y opresiva sanción legal, pasó a la ofensiva, recordando lo que era verdaderamente conveniente para el gobierno. "Estas restricciones serán dañinas para la imagen de Polonia en el extranjero", advirtió. Si no se podía confiar en ellos para que respetaran una cuestión interior tan simple como el acuerdo oficial de abril de 1950, ¿cómo podrían otras naciones tener la confianza para tratar con ellos?

Cuando los funcionarios del gobierno reclamaron para sí el derecho de efectuar una estrecha vigilancia de todas las asociaciones de la Iglesia y de permitirlas o prohibirlas, se volvió hacia ellos con una acusación de violar el derecho fundamental e internacionalmente reconocido de libre asociación. "Nadie puede darle a nadie el derecho de libre asociación, ni negarlo. Simplemente por existir, cada hombre tiene este derecho. Las Naciones Unidas lo dicen. La Constitución de la URSS lo declara".

Cuando el gobierno les negó sus pasaportes a Wyszynski y a algunos de sus obispos, él les recordó que lo conveniente para ellos era pensar en el asunto en términos de la integridad territorial de Polonia. "¿Realmente espera este gobierno que el Vaticano dé el reconocimiento canónico al carácter polaco de las Tierras Occidentales? Bueno, entonces, ¿por qué no podemos nosotros, los obispos polacos, ir legalmente a hablar con los funcionarios vaticanos sobre este tema crucial?"

Cuando, siempre atentos al papel más amplio que veían para Polonia, Wyszynski y sus obispos escribieron una carta a los obispos alemanes sugiriendo una reconciliación de posguerra entre alemanes y polacos -"Nosotros perdonamos, y pedimos perdón", proponía la carta-, el gobierno de Bierut trató de usar las tácticas del arzobispo en contra de él. El Primado era un servidor de los "banqueros de Wall Street" y de la CIA, acusaban; en unión con el Vaticano, estaba conjurándose contra el nacionalismo polaco, el *racia stanu* que él manifestaba considerar tan querido.

Wyszynski no estaba para que lo acusaran de ningún cargo semejante, sin embargo, y, en cambio, arrojó a sus acusadores al mar frío y enrarecido de la geopolítica. "Cuanto más pronto se dé cuenta el gobierno de que nuestra carta [a los obispos alemanes] ha abierto el camino para un acuerdo polaco con la república alemana, mejor será para su propia salud política. Por medio de ese acuerdo, la URSS recibe ayuda. Porque tiene dificultades por el surgimiento de una China enemiga. La URSS necesita poner en orden

su patio trasero europeo, alcanzar allí alguna unificación. Nuestra carta ha ayudado a esa política".

No todos los argumentos y estratagemas de Wyszynski se alzaban con la victoria en términos de éste o ese tema en particular. Porque lo que estaba sucediendo no era enteramente acerca de esos temas en particular. Para Wyszynski, era acerca de la relación de Polonia -los polacos, lo polaco y su territorio- con el Cielo. Y para Boleslaw Bierut y su régimen, era acerca del poder bruto y de la posición de la "República Democrática de Polonia" en la marcha hacia el "Paraíso de los Trabajadores".

Bierut tenía el poder bruto, no podía haber duda sobre eso. Pero Wyszynski parecía ignorar ese hecho tercamente. Era incansable frente al hostigamiento del gobierno, constante y a menudo peligroso. Y comprendía que bajo la imperfecta superficie del programa del gobierno, siempre estaba la intención de atraparlo en una decisión precipitada, algún movimiento imprudente o alguna situación que justificaría su remoción de la residencia del primado, y de la escena pública por completo.

No obstante, para consternación del gobierno, no había forma de atrapar a este Zorro de Europa (porque así era ampliamente conocido para ese entonces). Una y otra vez, una u otra maniobra por los flancos, hecha por Wyszynski, ponía de cabeza a éste o aquel gobierno. Y, una y otra vez, el primer ministro Jozef Cyrankiewicz murmuraba con frustración: "¡Nuevamente ese obispo! ¡Ese obispo nuevamente!"

El gobierno polaco no quedó complacido al enterarse que en noviembre de 1952 el arzobispo Stefan Wyszynski sería elevado al rango de cardenal, con ceremonias públicas que dirigiría el papa Pío XII, en Roma, en enero de 1953. Y como era el caso más de una vez, el gobierno de Bierut conoció la decisión secreta tomada en Roma antes de que se anunciara públicamente, y aun antes de que Wyszynski supiera; porque hacía mucho tiempo que el Vaticano había sido penetrado por la inteligencia del bloque oriental.

Por supuesto, no se le permitiría a "ese obispo" que fuera a Roma a recibir el sombrero rojo. Pero, como no se requería la presencia de Wyszynski en Roma para que fuera válida su nueva dignidad de cardenal, la victoria de los comunistas sin duda fue una victoria mezquina. El nombramiento hecho por el Papa lo convertía en cardenal. La ceremonia pública era meramente la solemnización del hecho.

En vista de tal bofetada contra sus propias políticas, el gobierno polaco lanzó su política de hostigamiento hasta un nuevo nivel. Por decreto del gobierno, los monasterios fueron disueltos y pillados, y clases enteras de seminaristas fueron reclutadas para el ejército, para el servicio nacional. La impresión y publicación fueron paralizadas por drásticos cortes en el suministro de papel. Se establecieron onerosos impuestos sobre las instituciones de la Iglesia. La enseñanza religiosa fue suprimida en un tercio de todas las escuelas.

Posteriormente, Wyszynski y sus obispos polacos escribieron una de

sus cartas al pueblo polaco en la que consignaban el meollo y esencia de los estragos que continuamente causaba en Polonia el gobierno de Bierut: "Cualquier cosa que servía al sistema o a ciertas personas era llamada moral, y cualquier cosa que los molestaba era llamada inmoral o mala. En esta forma, la moralidad fue hecha esclava de las personas y del sistema. . . Las palabras perdieron su valor. La mentira reinaba en los medios de comunicación social, la información era falsificada, se pasaba en silencio por encima de la verdad, se hacían comentarios perversos. Todos decían que la prensa miente, la radio miente, la televisión miente, la escuela miente. Hasta que, al final, las mentiras se volvieron contra los mentirosos".

Así, la lucha continuaba y continuaba, hasta que un día el gobierno intentó lo imposible. Hizo avances para tomar el poder directo y legal de nombrar obispos y otros funcionarios diocesanos.

Esta vez, Wyszynski no cedería una pulgada. No había táctica de distracción, ni refugio en la premisa del *racja stanu,* ni advertencias sobre las consecuencias internacionales o los beneficios geopolíticos. La única premisa ahora en juego era el derecho de la Iglesia a gobernarse a sí misma. El cardenal y sus obispos replicaron a la jugada del gobierno con una respuesta a quemarropa en términos inequívocamente romanos.

El 22 de septiembre de 1953, seis obispos de Polonia fueron arrestados bajo cargos fraguados. Todos fueron encarcelados, y uno de ellos, el obispo Czeslaw Kaczmarek, fue sentenciado a doce años.

Wyszynski sabía que su turno llegaría pronto. De hecho, cinco días antes de que fueran detenidos el obispo Kaczmarek y sus compañeros, el cardenal les dijo a sus obispos: "Si me concedieran escoger alternativas, elegiría la prisión antes que el privilegio, porque en prisión estaría junto a los más atormentados. El privilegio podría ser una señal de que estoy dejando el camino correcto de la Iglesia, de verdad y amor".

El 25 de septiembre, mientras el cardenal se estaba preparando para acostarse poco después de las diez de la noche, siete automóviles, con las ventanillas oscurecidas con barro seco, se detuvieron ante su residencia de la calle Miodowa. En cuestión de minutos, los oficiales de la policía estaban dentro de la casa.

Wyszynski supo de inmediato lo que estaba pasando. Bajó de su recámara y se le entregó un decreto del gobierno que ordenaba su "remoción" de la ciudad de Varsovia. No se daban razones, no se invocaba ninguna ley. Se requería su firma en el decreto. Wyszynski se rehusó a firmar. "No puedo reconocer una decisión para la que no veo ninguna base legal... No dejaré así voluntariamente mi residencia".

-Por lo menos lea el decreto, señor. Y fírmelo -fue la respuesta.

Había leído el decreto. En lugar de su firma, escribió: "He leído esto".

El cardenal tomó su breviario y su rosario. Le llevaron su abrigo y su sombrero. Lo escoltaron hasta uno de los autos que esperaban, y en unos minutos la oscuridad de las calles c e Varsovia tragó a la caravana.

Algunos detalles del arresto de Wyszynski ahora son claros para nosotros por los registros del gobierno y los diarios de los funcionarios gubernamentales. Es claro que la decisión de detenerlo fue incubada en Varsovia y fue aprobada en Moscú. Fue al propio ministro del interior que el primado le había dicho: "Preferiría sentarme en una prisión polaca a estar cómodo en Biarritz". Ahora está claro que, en las palabras del mismo ministro, la remoción de Wyszynski debía ser "final e irreversible".

Excepto quizá como un enemigo público declarado que al fin había sido desenmascarado por los vigilantes guardianes del socialismo, no se le debía permitir al cardenal que volviera a salir a la superficie como una figura pública de Polonia.

Con la voz de Wyszynski acallada y sus funciones directivas terminadas, el gobierno se movió rápidamente. La maquinaria de terror del presidente Boleslaw Bierut se puso en acción en toda Polonia, desmoralizando, hostigando, interrumpiendo y bloqueando todas las actividades relacionadas con la Iglesia. Karol Wojtyla se movió rápidamente en el contraataque. Se comunicó con todos los obispos, les dio instrucciones especiales a todos sus sacerdotes, se comunicó privadamente con el Vaticano y estableció un sistema de monitoreo para rastrear los movimientos y ubicación del cardenal.

El 28 de septiembre, precisamente tres días después de la "remoción" de Wyszynski, su remplazante interino, el obispo Micha¡ Klepacz, aterrorizado por horas de amenazas, fue forzado a emitir una declaración procomunista. Ante más amenazas, el 17 de octubre Klepacz juró obediencia al gobierno comunista. Wojtyla se aseguró de que todos supieran lo que se estaba tramando en esta charada del gobierno.

Salieron cartas subrepticiamente de Polonia a Roma y a las capitales occidentales diciendo toda la verdad. Encima de eso, un ex ayudante del brutal Boleslaw Bierut -no era otro, de hecho, que el Jozef Swiatlo que ahora comparaba a Polonia, en sus primeros años bajo Stalin, con una virgen cuyo dormitorio había sido invadido por violadores- se había convertido en un conocido y sumamente bien informado exiliado y comentarista anticomunista, que emitía informes diarios por radio Europa Libre sobre el estado interno de Polonia.

En cuanto al propio Wyszynski, mientras tanto, se consideraron varias formas posibles de eliminarlo. Por un breve periodo, se pensó seriamente en el asesinato directo... se podía arreglar un "accidente" en el camino. Pero en cambio se decidió ordenar su arresto al máximo. Su confinamiento sería tal que, si no lo mataba, lo debilitaría físicamente y desequilibraría su personalidad. Sería masilla en manos de sus captores.

Mientras se llevaba a cabo el lavado de cerebro, la propaganda del gobierno prepararía a la mente pública de Polonia y del extranjero para un enorme juicio teatral para condenar al "señor Wyszynski" por "pecados contra el pueblo". . . groseras violaciones monetarias, por ejemplo, más colaboración con la CIA, complotarse con el Vaticano para derrocar a la República Popular de Polonia, y bajeza moral entre su séquito y en su propia vida personal.

Se esperaba que eso pusiera fin a la problemática presencia de Stefan Wyszynski como primado e *interrex,* así, la frustrante oposición entre su clero y los laicos caería hecha pedazos. Por supuesto, nada de esto iba a pasar. Wyszynski, lejos de quedar reducido a masilla, con el cerebro lavado para admitir crímenes horribles, sólo parecía volverse mentalmente más fuerte y más activo que nunca. Luego se encontraba el mecanismo eclesiástico que había creado, y la intrincada ramificación de organizaciones católico que había creado y preparado precisamente para una táctica semejante del gobierno. También estaba Karol Wojtyla. Años más joven que todos los obispos, rápidamente pasó al frente como el líder durante la prisión de Wyszynski. Era confiado y tranquilo, provocando así la confianza y la tranquilidad en aquellos que lo rodeaban. Los informes a Roma eran claros y equilibrados. Obviamente, entendía todos los factores, nacionales e internacionales, que estaban en juego en esta crisis.

El primer lugar de encarcelamiento de Wyszynski estaba en el frío extremo norte de Polonia, en un monasterio capuchino de Rywald. Después, en octubre, fue llevado a otro ruinoso monasterio, en Stoczek. La ubicación en el norte, con una protección inadecuada contra las temperaturas heladas y la humedad del invierno polaco, tenía la intención de asegurar, por lo menos, el quebrantamiento físico del cardenal; tanto más cuanto que, como el gobierno sabía, Wyszynski había padecido problemas de pecho en años anteriores. Si el gobierno tenía suerte, hasta podía morirse.

El gobierno no debió haber sido tan tonto. Pero hasta después de todos sus años de tratos con el "señor Wyszynski", es justo decir que, excepto la fe que rechazaban, probablemente nada podía haberlos preparado para lo que estaba por venir. Porque pertenecería a un terreno hecho accesible a la mente humana sólo por la gracia especial del Dios que Wyszynski adoraba, por el Cristo que adoraba como Salvador, y por los privilegios especiales otorgados por Dios a la madre de Cristo como Reina del Cielo.

Frente a la desesperanza tan lúgubre como el paisaje de invierno de Stoczek, Wyszynski buscó en su pena fortaleza y perseverancia. Aislado de su Iglesia, de Roma, de su pueblo, de su país, buscó la confianza para mantener el optimismo de la oscuridad que envolvía su vida como prisionero.

En la miseria, que se profundizaba, de este "final e irrevocable" destierro de su labor, este polaco de polacos entró a la única dimensión que le quedaba; a la dimensión más grande de todas: Polonia como la sagrada posesión de Dios; Polonia como la nación que se había confiado, en la intimidad de la fe, a la protección de la mujer que había sido elegida por Dios para proteger a su Hijo; Polonia como Reino de María.

El 8 de diciembre de 1953, el día en que la Iglesia conmemora y celebra la especial pureza de María, que le había sido otorgada por una "gracia y privilegio único de Dios Todopoderoso", como había escrito el papa Pío IX casi un siglo antes, el cardenal prisionero, como primado e *interrex de* Polonia, hizo un acto de devoción y consagración a María.

En ese acto de "servidumbre voluntaria", Wyszynski afirmó para sí, y para la Polonia de mediados del siglo XX, el mismo Pacto de Polonicidad que había sido declarado por el rey Jan Kazimierz en 1655, después de haber defendido la, Montaña Brillante de Jasna Góra contra los suecos. Wyszynski se ligó a $í mismo y a Polonia con las victorias de Jan Sobieski sobre los turcos en Chocim, en 1673, y en Viena en 1683. En la intimidad de la fe, y en la historia tangible, siguió el mismo camino que había conducido a que los polacos derrotaran al ejército soviético, enormemente superior, en el "Milagro del Vístula"„ en 1920.

En suma, tal corno había hecho cada uno de esos predecesores, Wyszynski le estaba pidiendo a María, dentro de la voluntad de Dios, que lo utilizara para la tarea de salvar almas y de salvar a Polonia. Estaba atrayendo sobre sí y sobre su nación la protección sobrenatural de la gran Reina de Polonia.

Y así fue que el confesadamente ateo gobierno de Polonia, al violar la persona del cardenal como primado, y al volverlo importante para tratar con ellos en el plano tangible de su contienda, lo había conducido a renovar el inmemorial Tercer Pacto de la identidad nacional de Polonia. Lo habían forzado a entrar al alto nivel del terreno del Cielo.

Durante los dos años siguientes, el Consejo de Obispos polacos bajo su jefe interino, el obispo Micha¡ Klepacz, y siguiendo las directivas de Wyszynski dadas desde la prisión, reactivó la Comisión Mixta, organizó peregrinaciones y reuniones de oración (el tema de las cuales era la injusta prisión del primado) y mantuvo una andanada de solicitudes para que él fuera liberado sobre bases legales y constitucionales. El terreno henchido de protestas contra el encarcelamiento, durante los dos años, fue un factor que contribuyó a la liberación final de Wyszynski. Pero igualmente importante fue la dura lección aprendida por el gobierno: la maquinaria religiosa creada por Wyszynski sólo duplicó su energía y su actuación a causa del duro tratamiento recibido por el primado. Para el gobierno, era una situación en la que no ganaba de ninguna manera.

En el otoño de 1954, Wyszynski fue trasladado de Stoczek, en el norte de Polonia, a Prucinik Slaski, en el extremo sur. Luego, en octubre de 1955, fue llevado a su último lugar de prisión, en Komancza, en la provincia de Sanok, cerca de la frontera checoslovaca.

Con el comienzo de la primavera de 1956, el panorama nacional y político de Polonia comenzó a cambiar. La mala administración comunista, en general, había producido ahora filas para comprar pan, hambre, un estado

empobrecido y ruinoso en las ciudades y aldeas, inflación, empresas no rentables y una infraestructura industrial tambaleante.

En marzo, el primer secretario del Partido Comunista, presidente Boleslaw Bierut, fue a Moscú a visitar a Nikita Jrushchov para rendir cuentas de su lastimoso expediente. Aparte del fracaso de Bierut, y de la personal antipatía que le tenía Jrushchov, el dictador soviético no tomó de buen agrado las untuosas e inoportunas insinuaciones de su visitante en el sentido de que sabía muchas cosas que condenaban casi a todos los del liderazgo de Moscú, incluyendo al propio Jrushchov. Bierut recibió un balazo en Id nuca.

En Komancza, el cardenal Wyszynski rogó por el alma eterna de Boleslaw Bierut, el hombre directamente responsable de su cautiverio. Mientras tanto, en el gobierno de Polonia el puesto máximo se le dio al lúgubre, cruel y mujeriego agente de la seguridad soviética Edward Ochab, quien se había ganado el apodo de "Gloom-and-Doom-and-Boom" Ochab entre el populacho polaco ("Lobreguez-y-Fatalidad-y-Estampido").

Ochab tenia las manos llenas. La miseria económica de Polonia finalmente estaba comenzando a hacer erupción en el tipo de descontento que conduciría a la derrota del comunismo político en los ochenta. En junio de 1956, estallaron en Poznan motines de trabajadores al grito de "pan y libertad". Las oficinas del partido comunista fueron destruidas, se quemaron los archivos de la policía secreta y, en los desórdenes de la ciudad, murieron cincuenta y tres personas.

Incitados por el ejemplo polaco, los trabajadores húngaros estallaron en motines, y finalmente se levantaron en plena revuelta contra sus amos soviéticos. Los tanques del Ejército Rojo retumbaron a través de Hungría y aplastaron la revuelta. Pero en Moscú la lección no pasó desapercibida.

En medio del Octavo Plenario de su Comité Central, Nikita Jrushchov tomó a algunos de sus hombres principales y voló a Varsovia. Simultáneamente, los tanques soviéticos se movieron hacia el oeste, hacia esa ciudad. En conversaciones sostenidas en la capital polaca del 19 al 21 de octubre, los camaradas soviéticos y polacos acordaron calmar las cosas. Más exactamente, Jrushchov dejó en claro que no toleraría más motines. El país tenía que ser pacificado. Después del sangriento aplastamiento del levantamiento húngaro, no podían recibir un segundo ojo negro internacional en Polonia.

El aislamiento de Wyszynski en Komancza no era tan completo como para que no fuera capaz de seguir el desarrollo de la situación. Y claramente vio algo nuevo en estos acontecimientos, algo más que la problemática inquietud sociopolítica de Polonia estaba motivando ahora la política y el comportamiento de Moscú. Gradualmente, se filtraron las noticias a través de los conductos clandestinos que rodeaban por debajo toda la vida política y social del imperio soviético. El Estado-Partido, en sus círculos más confiden-

viales, estaba pasando por un profundo trastorno. Los geopolíticos del Kremlin se encontraban en una profunda reevaluación de su situación mundial.

El 15 de marzo de 1956, mientras contemplaba el cambiante panorama, el cardenal llegó a una decisión aparentemente simple pero grave, que era única y al mismo tiempo totalmente congruente con la permanente visión mundial inherente a su condición de polaco. Esta decisión era, como les dijo a dos visitantes de la prisión ese día, no simplemente la única solución que quedaba para el peligro del catolicismo en Polonia, sino la única condición contra el futuro inseguro de la URSS. Él dedicaría a Polonia como nación, como pueblo y como territorio en servidumbre voluntaria a María, en nombre de Europa y del mundo, y lo haría junto con todos los obispos de Polonia y con todos los católicos polacos. Sería un acto verdaderamente nacional de servidumbre voluntaria en nombre del mundo.

Así, había algo más en la decisión de Wyszynski que la mera devoción privada. Su propuesta contenía un elemento único que, desde el comienzo, elevaba todo el plan y la visión hacia el plano inequívocamente georreligioso y geopolítico que siempre había estado implícito en la perspectiva de Polonia. La dedicación que proponía no sería para su libertad personal o por la libertad nacional de Polonia. Ahora la intención sería por toda la Iglesia romana, y por el mundo en el que esa Iglesia ahora se encontraba. Más, la intención sería que cesara la lenta tortura de la Iglesia y del mundo por el marxismo-leninismo, que terminara el odio, que el cáncer del marxismo fuera eliminado de toda la humanidad.

En dos mil años de historia de la Iglesia, jamás una nación se había ofrecido a sí misma, como Wyszynski tenía la intención de que lo hiciera Polonia, por el mundo. Tampoco es probable, en el curso puramente natural de las cosas, que cualquier nación que hubiera sido tratada por el mundo como Polonia había sido, tuviera una inclinación semejante.

Quizá en la idea de Wyszynski había un rastro de los mesianistas polacos del siglo XIX, porque suponía un papel mesiánico para Polonia. Pero si así era, no se apoyaba en nada del falso catolicismo de aquellos poetas-soñadores. Y era eminentemente realizable.

El plan de Wyszynski fue formulado rápida y realistamente. Tomaría tiempo y un esfuerzo concertado organizar que la nación entera se uniera, como un solo hombre, en un solemne voto de dedicación. Wyszynski buscó, por lo tanto, la perfecta oportunidad del milenio de la conversión de Polonia al cristianismo como la fecha para la consagración nacional hecha y derecha. Ese aniversario de los mil años caería en 1966. El cardenal tendría diez años para preparar la celebración. Los preparativos comenzarían con un solemne voto de dedicación nacional, hecho por la nación y sus obispos, el 26 de agosto de 1956. Cada año, en agosto, los obispos de Wyszynski organizarían procesiones populares en las que se llevarían reproducciones del santo icono de Nuestra Señora de Jasna Góra, de la ciudad a la aldea al

villorrio. Cada año, los obispos conducirían a su pueblo en el voto del milenio, compuesto por el cardenal primado. Y durante cada una de esas celebraciones anuales, los obispos pronunciarían sermones enfatizando los temas generales de ese voto. Finalmente, en 1966, los obispos conducirían a todo el pueblo en una repetición final, nacional, de ese voto.

Cómo se las arreglaría para coordinar todo esto desde su aislamiento en Komancza no era una cuestión que preocupara a Wyszynski. Dios -y sus obispos y su pueblo- proporcionaría lo que se necesitara; porque ahora él estaba actuando como primado y como *interrex.* Además, el animador general del espíritu de esta dedicación nacional era Karol Wojtyla. Aparentemente, él captó los temas geopolíticos y georreligiosos involucrados en la propuesta toda. En esa fecha futura de 1966, Wojtyla predicaría el sermón clave y desplegaría una captación arrasadora de los temas mundiales, enormemente vitales, que estaban involucrados en la conducta de Polonia bajo la presión del marxismo-leninismo.

El mismo día que tomó su decisión, por lo tanto -15 de marzo de 1956-, sin brillo ni fanfarria que señalara la ocasión, Wyszynski escribió las palabras que se usarían en la dedicación. Esas palabras eran simples, mencionando solamente a Polonia, sus familias, su país, su trabajo, su religión, sus esperanzas. Pero era la ofrenda religiosa de todo esto -"en el espíritu de los votos de nuestros antepasados", los Tres Pactos de lo Polaco- lo que constituía el poder moral de esa dedicación nacional.

Una vez que hubo compuesto ese voto nacional, comenzó con los planes prácticos. La intención sobrenatural del cardenal primado parecía desarrollarse entre los polacos con una impresionante energía interna. El 26 de agosto de ese mismo año, sólo cinco meses después de la decisión de Wyszynski, el pueblo se reunió en toda Polonia para la primera de las celebraciones anuales. En Jasna Góra sola, un millón de personas se congregaron alrededor del monasterio donde se conserva el icono de María, quintaesencialmente polaco. En cada rincón del territorio, a medida que cada una de las promesas del voto era declamada por los obispos, voces polacas, en todas partes, gritaron en respuesta: "Reina de Polonia, ¡lo prometemosl"

Solo en su prisión de Komancza, el cardenal primado Wyszynski estaba de pie frente a una reproducción del icono de Czgstochowa y recitó el voto que había compuesto. Posteriormente, se determinó que la primera dedicación se había realizado en todas partes del país dentro del mismo periodo de tiempo de unos veinte minutos, y con notable espontaneidad.

A partir de ese momento, la liberación de Stefan Wyszynski de su confinamiento "final e irreversible" y su reposición en sus deberes públicos como primado, parecían haber sido nada más que una cuestión de tiempo y de oportunidad.

30

El campo de entrenamiento papal: bajo el signo de *Solidarnosc*

Es verdad que el Karol Wojtyla que se ha dado a conocer al mundo como el papa Juan Pablo II, fue formado en el vientre de la historia terrible y orgullosa de Polonia, y que fue criado en la cuna de la *romanitas* polaca y de los Tres Pactos de lo Polaco. Pero también es verdad -y es igualmente importante- que llegó a la madurez como sacerdote, como obispo y como geopolítico al lado de Stefan Cardenal Wyszynski, quien fue el eclesiástico primado de Polonia y su más formidable *interrex* durante más de treinta años... precisamente los años de la formación de Wojtyla como hombre de Iglesia.

Como lo había hecho el arzobispo Adam Sapieha antes que él, el cardenal Wyszynski distinguió al padre Karol Wojtyla de entre sus compañeros sacerdotes, como a alguien con un conjunto de talentos personales que lo señalaban para una carrera especial en la Iglesia. Wojtyla tenía una mente comprehensiva que siempre colocaba los detalles dentro del contexto más amplio. Tenía una profunda piedad personal que era auténticamente católica romana, y al mismo tiempo, tenía una curiosidad intelectual voraz, una familiaridad actualizada con las corrientes del pensamiento político y religioso, y una robusta independencia de juicio. También tenía "presencia", esa señal indefinible pero definida de una personalidad poderosa. Wyszynski sabía que de ese material se hacían los líderes.

Durante veintidós años, desde el regreso de Wyszynski a Varsovia en 1956 hasta la elección de Karol Wojtyla como Papa en octubre de 1978, creció entre estos dos eclesiásticos temperamentalmente diferentes una simbiosis de devoción religiosa, de unión con la patria polaca, de acuerdo sobre el destino de Polonia dentro de la sociedad de las naciones y sobre la función geopolítica del papado romano.

d

En las palabras de su perceptivo biógrafo And (,. rzej M Simplemente ewnte prestó
Wyszynski "no creó nuevas doctrinas o ideologías. guía lo mejor de lo que
atención a las peores posibilidades", mientras persegL1ictamen de su propio
era capaz su pueblo. Y al hacer esto, seguía el diG "en acción con la Igle-
antecesor inmediato, August Cardenal Hlond. Entró "'5s", Hasta el final de su
sia.. . con una poderosa ofensiva en todos los frentes obispos y sacerdotes y
vida, Wyszynski trabajó con toda su Iglesia, con sus oC la variedad marxista, o
pueblo, ocupándose de que el localismo (ya fuese de 191o que es la verdad del
de cualquier otra) muriese, y de asegurarse de que "la;,
espíritu y la sustancia de la vida sobrenatural" viviese.

A causa dei complejo papel que estuvo llamado a deOesempeñar el cardenal 8-80), quizá era prede-
en este periodo crucial de la historia de Polonia (1948"e Wyszynski en una luz
cible que no todos en el mundo verían las acciones de ~ o por el secretario del
tan favorable. Desde el momento en que fue llamado ra la ayuda que el go-
Partido, Wladyslaw Gomulka, para que proporcionara , virtualmente desde el
bierno comunista necesitaba tanto -lo que es decir, vh primado polaco tuvo
momento del regreso de Wyszynski a Varsovia-, el P vaticana.
sus críticos en el país, en el exterior y en la cancillería v.9 su liderazgo superior,
El gobierno de Gomulka estaba compuesto, en sI-~s, por incondicionales
por hombres asustados, y en sus escalones inferiores, eres del Partido habían
del Partido, estalinistas realmente veteranos. Los lídere'3do, que su debilidad
llegado al punto de admitir, por lo menos en privad 410 iría de acuerdo con
radicaba en el hecho de que la masa de los polacos no i consecuencia, como
ninguna forma de intensa sovietización de Polonia. En G Aleksander Zawadski
Primer Secretario del Partido, Gomulka -junto con a le Relaciones Exterio-
como jefe de Estado, Adam Rapacki como ministro de paba de fracasar en su
res, y el primer ministro Jozef Cyrankiewicz, quien acaba slaboró un plan para
intención de no volver a ver libre a Wyszynski- elan
modelar un "Camino Polaco al Socialismo". Wyszynski y su autori-
Para que su plan funcionara necesitaban a Stefan WI sorpresa de muchos
dad sedante sobre el pueblo. Y ante la confusión y sG
dentro y fuera de Polonia, Wyszynski aceptó. un buen número de
Al hacerlo, el cardenal se atrajo el reproche de u iliro el coraje y el ingenio
observadores de Polonia, que quizá no hubieran tenido P ub¡eran visto forzados
para buscar formas de salir ganando, si alguna vez se hub ista-leninista.
a compartir su patria con un gobierno totalitario marxista nos de esos críticos
En su propia pobreza de alternativas, quizá algunG que un conservador
alimentaron la idea de que Wyszynski no era más gJ;as anterior a que el
político que, si pudiera, regresaría al estado de cosasP,s propios líderes del
comunismo tomara el poder. Sin embargo, como los %do más provecho en
Partido polaco, esos criticones podrían haber encontradG)n tanta frecuencia le
la idea de que, dadas las ideologías anteriores que con -

Las presiones que ya habían estado aumentando sobre el nuevo gobierno de Edward Ochab se estaban volviendo intolerables. La situación estaba cada vez más cargada del peligro de motines a gran escala y de una revuelta nacional. Hasta los comunistas polacos_ estaban insatisfechos con los métodos estalinistas, y Ochab descubrió que no podía frenar la inquietud nacional. A mediados de octubre, Ochab fue remplazado por Wladyslaw Gomulka como presidente y primer secretario del PC polaco.

Estaban aquellos que siempre sospecharon que Gomulka sufría una profunda alteración psicológica. Si era cierto, el problema no se interponía en el camino de su comprensión de que, para la vasta mayoría de los tra. bajadores polacos (para el grueso de la población, en consecuencia), Stefan Wyszynski representaba el único vestigio creíble de autoridad aceptable. Siendo ese el caso, Gomulka despachó rápidamente a dos emisarios a Komancza para que hablaran con el prisionero Wyszynski.

No era cuestion de que el cardenal simplemente saliera a la luz del sol de su libertad personal. Como siempre había sido el caso, él mismo comprendía que en el régimen comunista estaba tratando con un adversario de fuerza inferior. Gomulka tendría que negociar. Y Wyszynski era un maestro supremo en ese arte.

Los representantes del presidente preguntaron cuáles eran las condiciones del primado para consentir en dejar su confinamiento, para aceptar su restauración al lugar que le correspondía, y para ayudar a que Gomulka restaurara y mantuviera el orden en Polonia.

La réplica del cardenal fue una simple y directa letanía de errores terribles que debían ser corregidos. Debía haber una restauración de toda la libertad eclesiástica en Polonia, incluyendo los nombramientos hechos por la Iglesia del clero y de los obispos. Debía ser reinstalada la Comisión Mixta y reiniciado su completo y malhumorado funcionamiento. Debían tener lugar negociaciones con la Santa Sede, a través del propio Wyszynski como primado, para alcanzar un acuerdo formal e internacionalmente válido, un concordato, entre la Santa Sede y Polonia. Debía liberarse a todos los obispos, sacerdotes y teólogos que habían sido encarcelados. Se levantarían todas las leyes restrictivas para que no se restringieran las tiradas de los periódicos, para que no se negaran los pasaportes y las licencias de publicación, y para que las instalaciones bancarias pudieran operar sobre algo que se acercara a una base razonable. Y, lo que no era menos importante, el Partido debía repudiar las "confesiones" forzadas del juicio fingido del obispo Kaczmarek, y el propio Kaczmarek debía ser liberado y devuelto a la Iglesia.

Al hacer sus demandas, Wyszynski no estaba confiando en algo tan endeble como las condiciones cambiantes y de profundización de la inquietud social y política de Polonia. En primer lugar, hacerlo así hubiera sido ignorar la conocida arrogancia de los ;.teólogos marxistas-leninistas, tanto de Varsovia como de Moscú, en los años cincuenta. En breve, de hecho, algunos de esos ideólogos se hubieran aventurado en su arrogancia hasta llegar al borde de la guerra nuclear con Estados Unidos. En segundo lugar, Wyszynski entendía que, ahora no menos que antes, los comunistas polacos deseaban verdadera y profundamente librarse de él y de la existencia misma de su Iglesia.

Pero principalmente, para el creyente que era Wyszynski, y para cualquier creyente que examinara las circunstancias de su exitoso regreso como primado e *interrex* de Polonia en funciones, todas esas condiciones de inquietud social y política que habían llevado al régimen a esta interesante coyuntura, eran precisamente los elementos usados por la providencia de Dios en favor de Polonia. Los motines de "pan y libertad" de Poznan, la revuelta húngara, el fracaso de Boleslaw Bierut, la torpe administración de la economía de Polonia, el fracaso de Edward Ochab. . . todo eso lo entendía Wyszynski en el plano del espíritu, de la gracia de Dios, y del destino humano como un asunto planeado por Dios, el Señor de la historia humana.

En su arriesgado recurso al poder intercesorio de María como Madre de Dios, Wyszynski sabía que había hecho un llamamiento al poder de Dios, a escala nacional. En consecuencia, hasta donde le concernía, él tenía todas las cartas. Y no había jugado su mano imprudentemente.

En la noche del 28 de octubre de 1956, Wyszynski estaba de nuevo en su casa, en la residencia del primado en la calle Miodowa, con todas las condiciones que había exigido en su bolsillo, y en su récord una victoria total e inesperada sobre un enemigo que había parecido apabullantemente poderoso. Los polacos de Wyszynski fueron los primeros en entender el lacónico comentario del cardenal sobre su victoria sobre el gobierno: *IDeus* vicit!" ¡Dios venció!

Wyszynski no estaba adaptando una frase de Julio César. Estaba haciéndose eco de la declaración de la victoria del rey de Polonia Jan Sobieski III, después de haber derrotado a un ejército turco abrumadoramente poderoso, en el Monte Kahlenberg, Viena, el 12 de septiembre de 1683. Los turcos otomanos, en el cenit de su poder, casi conquistaron toda Europa occidental. "¡Ven¡, *vid¡, Deus vicit!"* -¡vine, vi, Dios venció!- fue la respuesta de Sobieski ante las aclamaciones que recibía por su victoria. Para siempre, ese trozo de territorio con su capilla conmemorativa en el Monte Kahlenberg, ha sido cedido por los austriacos a los polacos como una parte del territorio polaco.

30

El can_npo de entrenamiento pap.)al: bajo el signo de Solidarnosc

Es verdad que el Karol 1)I Wojtyla que se ha dado a conocer al mundo como el papa Juan Pablo II, fue e formado en el vientre de la historia terrible y orgullosa de Polonia, y que fue criado en la cuna de la *romanitas* polaca y de los Tres Pactos de lo Polaco. P°Pero también es verdad -y es igualmente importan- te- que llegó a la mad=durez como sacerdote, como obispo y como geopolí- tico al lado de Stefan C- Cardenal Wyszynski, quien fue el eclesiástico primado de Polonia y su más foa o ormidable *interrex* durante más de treinta años... pre- cisamente los años de . e la formación de Wojtyla como hombre de Iglesia.

Como lo había hecho el arzobispo Adam Sapieha antes que él, el carde- nal Wyszynski distingue-guió al padre Karol Wojtyla de entre sus compañeros sacerdlotes, como a aló elguien con un conjunto de talentos personales que lo señalalban para una carrera especial en la Iglesia. Wojtyla tenía una mente comprehensiva que siete siempre colocaba los detalles dentro del contexto más amplios. Tenía una profu- ofunda piedad personal que era auténticamente católica roman a, y al mismo tie,t--iempo, tenía una curiosidad intelectual voraz, una fami- li aridad actualizada cor-+rin las corrientes del pensamiento político y religioso, y una ro busta independe í •dencia de juicio. También tenía "presencia", esa señal ¡ndefinible pero defini.i mida de una personalidad poderosa. Wyszynski sabía que de ese material se !a;e hacían los líderes.

Durante veintidós : is años, desde el regreso de Wyszynski a Varsovia en 1956 hasta la elección o n de Karol Wojtyla como Papa en octubre de 1 ¦978, cre- ció enttre estos dos ect=clesiásticos temperamentalmente diferentes una sim- biosis de devoción relió eligiosa, de unión con la patria polaca, de acuerdo sobre el desttino de Polonia iB la dentro de la sociedad de las naciones y sobre la función geopolítica del l•_ lel papado romano.

En las palabras de su perceptivo biógrafo Andrzej Micewski, Stefan Wyszynski "no creó nuevas doctrinas o ideologías. Simplemente prestó atención a las peores posibilidades", mientras perseguía lo mejor de lo que era capaz su pueblo. Y al hacer esto, seguía el dictamen de su propio antecesor inmediato, August Cardenal Hlond. Entró "en acción con la Igle- sia. . . con una poderosa ofensiva en todos los frentes". Hasta el final de su vida, Wyszynski trabajó con toda su Iglesia, con sus obispos y sacerdotes y pueblo, ocupándose de que el localismo (ya fuese de la variedad marxista, o de cualquier otra) muriese, y de asegurarse de que "lo que es la verdad del espíritu y la sustancia de la vida sobrenatural" viviese.

A causa dei complejo papel que estuvo llamado a desempeñar el cardenal en este periodo crucial de la historia de Polonia (1948-80), quizá era prede- cible que no todos en el mundo verían las acciones de Wyszynski en una luz tan favorable. Desde el momento en que fue llamado por el secretario del Partido, Wladyslaw Gomulka, para que proporcionara la ayuda que el go- bierno comunista necesitaba tanto -lo que es decir, virtualmente desde el momento del regreso de Wyszynski a Varsovia-, el primado polaco tuvo sus críticos en el país, en el exterior y en la cancillería vaticana.

El gobierno de Gomulka estaba compuesto, en su liderazgo superior, por hombres asustados, y en sus escalones inferiores, por incondicionales del Partido, estalinistas realmente veteranos. Los líderes del Partido habían llegado al punto de admitir, por lo menos en privado, que su debilidad radicaba en el hecho de que la masa de los polacos no iría de acuerdo con ninguna forma de intensa sovietización de Polonia. En consecuencia, como Primer Secretario del Partido, Gomulka -junto con Aleksander Zawadski como jefe de Estado, Adam Rapacki como ministro de Relaciones Exterio- res, y el primer ministro Jozef Cyrankiewicz, quien acababa de fracasar en su intención de no volver a ver libre a Wyszynski- elaboró un plan para modelar un "Camino Polaco al Socialismo".

Para que su plan funcionara necesitaban a Stefan Wyszynski y su autori- dad sedante sobre el pueblo. Y ante la confusión y sorpresa de muchos dentro y fuera de Polonia, Wyszynski aceptó.

Al hacerlo, el cardenal se atrajo el reproche de un buen número de observadores de Polonia, que quizá no hubieran tenido el coraje y el ingenio para buscar formas de salir ganando, si alguna vez se hubieran visto forzados a compartir su patria con un gobierno totalitario marxista-leninista.

En su propia pobreza de alternativas, quizá algunos de esos críticos alimentaron la idea de que Wyszynski no era más que un conservador político que, si pudiera, regresaría al estado de cosas anterior a que el comunismo tomara el poder. Sin embargo, como los propios líderes del Partido polaco, esos criticones podrían haber encontrado más provecho en la idea de que, dadas las ideologías anteriores que con tanta frecuencia le

habían costado tan caro a la nación de Wyszynski, Polonia obtendría una ganancia muy escasa al volver hacia atrás el reloj.

Más que eso, no obstante, la verdad era que el cardenal no era conservador ni liberal en ningún sentido político clásico de esos términos. Más bien, su perspectiva era profundamente eclesiástica y auténticamente católico-rómana. Más aún, seguía siendo cierto que los líderes comunistas polacos no tenían un enemigo en Stefan Wyszynski. Éste combatiría su ideología y sus políticas rígidas y sus tercas y perversas equivocaciones, con toda su astucia y coraje y poderío. Pero aun después del brutal tratamiento recibido de sus manos, todavía consideraba a Gomulka y a toda esa multitud como a sus extraviados hijos polacos.

Finalmente, también era verdad que el cardenal no había nacido ayer. Gomulka podía llamar a su plan un Camino Polaco al Socialismo, pero Wyszynski lo llamaba una estratagema del gobierno para ganar tiempo. Comprendía tan bien come Gomulka que el objetivo urgente del ejercicio hecho por el gobierno se encontraba menos en Polonia que en la Unión Soviética. Porque, siendo ellos mismos polacos, los "hijos extraviados" de Wyszynski querían evitar a toda costa que el país fuera tomado completamente por las fuerzas armadas de la Unión Soviética. Para conseguirlo, tenían que impedir más motines, manifestaciones e inquietud industrial. Y para eso, el cardenal era indispensable.

En tales circunstancias, es dudoso que al cardenal le importara dos inflados zlotys si algunos decían que él y su clero se habían vuelto "blandos con el comunismo" o si los percibían como "hombres de la izquierda". Porque la verdad del asunto era que, a pesar de un deseo común de mantener a los ejércitos soviéticos fuera de Polonia, la guerra entre el gobierno comunista polaco y el episcopado polaco no había terminado.

De hechu, a pesar de la necesidad que tenía Goniulka de la ayuda del cardenal, ni siquiera había una tregua entre ambas partes. Si durante un tiempo pareció lo contrario a algunos observadores distantes, fue porque nadie más había librado jamás una guerra como la que habían emprendido Wyszynski y su clero, ni tampoco jamás nadie lo había intentado. Así que casi nadie, excepto algunos miembros de la cancillería del Vaticano y algunos pocos más, tenía la más remota apreciación de la nueva lucha que comenzaba en Polonia en octubre de 1956 bajo la dirección de Wyszynski.

Que había una guerra entre Wyszynski y Gomulka es algo que no tiene peros. Desde el comienzo, y a pesar de la cooperación del cardenal para calmar a sus polacos e inducir la idea de la paciencia con los hechos, incesantemente se promovía la "programada laicización, ateización y desmoralización", como la llamaba Wyszynski, por parte del gobierno. Sin duda, el inventario de hostigamientos, subversión y ataques personales sólo era más largo y más detallado que antes.

Los nuevos impuestos sobre los bienes raíces de la iglesia eran tan pesados que para pagarlos hubieran tenido que venderse todas las propiedades

de la Iglesia. Había incursiones repentinas en las oficinas diocesanas y torpes inspecciones de los seminarios. La cuenta de la Iglesia en el Banco Nacional de Polonia fue cancelada y los fondos transferidos al Banco Polaco de Ahorros, una movida que significaba que la Iglesia ya no era una institución pública y, por lo tanto, estaba en otra categoría fiscal. Nuevamente se rehusaron los pasaportes a algunos prelados. Taxis llenos de lacayos del gobierno teatralmente borrachos, vestidos de sacerdotes, daban vueltas por las principales calles de Varsovia, preguntando ruidosamente el camino hacia los burdeles más cercanos. Sistemáticamente se excluía a los sacerdotes de la cobertura del seguro de salud del Estado. Los centros de catecismo de las escuelas fueron cerrados. Había intentos continuos de interferir en el nombramiento de sacerdotes en puestos eclesiásticos. Hasta se hicieron intentos de reclutar como informantes a la propia familia de Wyszynski y a su peluquero.

En resumen, si el gobierno carecía de imaginación fructífera, su energía e ingenio eran estupendos en esta guerra de implacable hostigamiento contra el episcopado polaco.

Por su parte, mientras tanto, en la superficie parecía que Wyszynski no hacía más que retomar su puesto en la guerra donde lo había dejado cuando fue "removido" de Varsovia en 1953. Nuevamente estaba enzarzado en continuas rondas de consulta con sus obispos y con miembros clave de su clero activista, tales como Karol Wojtyla, quien se convirtió en obispo de Cracovia en 1958 e inmediatamente mostró su temple en los tortuosos tratos con los funcionarios del gobierno. Wyszynski reñía interminablemente con la Comisión Mixta y con su decidido adversario, el primer ministro Cyrankiewicz. Retomó sus incansables visitas pastorales por toda Polonia, dando cada año centenares tras centenares de sermones y discursos públicos. Siempre, y continuamente, mantenía un increíble nivel de conversaciones y correspondencia privada.

En realidad, sin embargo, ahora había una dimensión totalmente nueva del lado de la lucha de Wyszynski contra el comunismo ideológico y el marxismo-leninismo materialista. El cardenal estaba decidido a enjaezar las esperanzas personales y las perspectivas nacionales del pueblo con el universalismo de su Papa católico-romano que estaba en Roma. Su objetivo era que las mentes de los polacos se movieran generalmente con familiaridad y facilidad, como lo hacía su propia mente, en el plano de la vida internacional y de las tendencias geopolíticas. Quería que nuevamente se volviera un lugar común del pensamiento polaco la consideración de su posición y de sus perspectivas dentro del marco de la Gran Europa que ellos siempre habían entendido que se extendía desde el Atlántico hasta los Urales. Más, su objetivo era que en Polonia hubiera una perspectiva universalista que tuviera la misma extensión que la perspectiva universalista del papado romano. En todo esto, con su innato amor por Polonia, Wyszynski quería ver prosperar a su pueblo y a su país.

Excepto por la parte acerca de la prosperidad, la visión que tenía Wyszynski para su pueblo, así como la agenda que ésta entrañaba, era extremadamente rara, si es que no estaba ausente, en las democracias occidentales de finales de los años cincuenta. Por supuesto, estaban totalmente ausentes en cualquier otra nación del bloque soviético. De todos modos, fue esa visión y esa agenda lo que demostraría ser mortal para el sistema marxista-leninista de Polonia. Como ha sido el caso con tanta frecuencia, Polonia sería la nación punta de lanza en Europa Central.

El cardenal Wyszynski tenía un cierto número de ventajas en su contienda con Gomulka y el régimen del gobierno. Una de las más importantes era el apoyo incondicional y firme que le daban sus obispos y clero polacos, en general, un grupo de hombres con talentos desusados y con una gran y pura fe católica, y en general, también un grupo de hombres en cuya selección el primado había tenido fundamental intervención. Frente al hostigamiento interminable, el constante sacrificio personal y no poco riesgo corporal, ellos entendían bastante bien la amplitud y la intención de las políticas del cardenal, y encontraron formas ingeniosas de traducir esas políticas en términos prácticos.

Otra ventaja sumaria de la que disfrutaba Wyszynski -especialmente en vista del elemento geopolítico universalista que había en su pensamiento y en su programa- era el apoyo que recibía de los jefes de la Santa Sede. Cuatro administraciones papales diferentes -aquellos que estaban bajo el mando del aristocrático Pío XII, del gregario Juan XXIII, del liberal-populista Paulo VI y del reformador radical Juan Pablo I-, todas apoyaron al cardenal. A pesar de Ins esfuerzos concertados del gobierno por minar la posición de Wyszynski ante el Vaticano, todos se rehusaron a negociar con Varsovia por encima de la cabeza del cardenal, algo que hubiera sido seguramente fatal para la posición entera de Wyszynski y para su Iglesia.

A este respecto, fue tan importante el conocimiento del cardenal de cómo tratar con el gobierno polaco como que también supiera cómo mantener la lealtad de la Santa Sede a sus políticas. Comprendía como algunas otras pocas personas la cuidadosa distinción que hay que hacer entre la burocracia vatic¿na y la Santa Sede. Y ésta no fue la menor de las lecciones que Karol Wojtyla aprendió del hombre mayor.

A modo de ejemplo, estaba el caso de un práctico emisario vaticano, monseñor Luigi Poggi, quien tardó un poquito demasiado tiempo en entender el iLlego polaco que se desarrollaba entre Wyszynski y el gobierno de Gomulka. El primado no escatimó palabras en la situación. "El status de monseñor Poggi es el de un empleado de la Secretaria de Estado del vaticano, y no el de un representante de l¿ Santa Sede", les hijo a sus obispos. Ésa era la frase exacta de alguien que sabía qué manos eran las que realmente se apoyaban sobre las palancas del poder.

A los tinco meses de ser liberado de la prisión, el propio Wyszynski fue a Roma. El 18 de mayo de 1957 rscibió finalmente su sombrero de cardenal, rojo escarlata, del enfermo papa Pío XII, y pasó algún tiempo en conversaciones privadas con el Pontífice. Al año siguiente estuvo nuevamente en Roma, esta vez como Cardenal Elector en el Cónclave que eligió a Angelo Roncalli como Juan XXIII.

A ojos del papa Roncalli, Stefan Wyszynski tenía un valor especial. Éste era un cardenal primado de atrás de la Cortina de Hierro -el único cardenal en un territorio comunista- que había luchado bien y había sobrevivido, junto con su Iglesia. El arzobispo Josef Beran de Checoslovaquia, Jozef Cardenal Mindszenty de Hungría, el cardenal Stepinac de Yugoslavia, el cardenal T'ien de China, estaban en prisión o en el exilio, y sus Iglesias estabari huérfanas del liderazgo máximo. Por lo tanto, las ideas de Wyszynski sobre cómo tratar con la Unión Soviética encontraron una gran acogida en Juan XXIII. Los dos hombres diferían en un tópico principal: la oportunidad de un asalto espiritual a la Unión Soviética. El Papa quería contemporizar, mientras que el cardenal quería acción inmediatamente.

A pesar de esa diferencia, Wyszynski claramente fue más ayudado que entorpecido, en Polonia, por la política oriental del papa Roncalli. El Papa también protegió a Wyszynski de los elementos "marxizantes" del Vaticano, quienes buscaban un arreglo con Moscú a cualquier precio. En 1960, el papa Juan XXIII sostuvo una conversación en el Vaticano con el yerno de Nikita Jrushchov, Aleksei Adzhubei, editor de Izvestia. Además, Juan aceptó un acuerdo con el propio Jrushchov, por el cual se hizo un trueque relativo al próximo Segundo Concilio Vaticano: el Concilio no emitiría ninguna de las acostumbradas declaraciones condenando al marxismo-leninismo de la Unión Soviética, y a cambio, asistirían al Vaticano II como observadores dos prelados de la Iglesia ortodoxa rusa, los metropolitanos Borovoy y Kotlyrov, ambos con status en la KGB. Privadamente, Wyszynski no veía ganancia para Roma en este intercambio. Pero respetó la decisión del Papa. Sólo Wyszynski y Wojtyla se dieron cuenta de que el "trato" entre Jrushchov y este Papa entrañaba una grave decisión cuyas consecuencias llegarían a perseguir a Wojtyla como Papa en los años ochenta.

Como Jrushchov dejó que se conociera su admiración por el papa Juan, y como estaba bien entendida la estimación de Juan por Wyszynski, el círculo se cerraba en una nerviosa Varsovia. Los enemigos polacos del cardenal temían que también éste encontrara simpatía a ojos de Jrushchov. tY entonces? Cyrankiewicz en particular se debe haber estremecido ante la posible respuesta a esa pregunta.

Mientras que no puede haber duda acerca de la ventaja que significaban para Wyszynski las políticas que se derivaban del apoyo papal directo V de la cooperación de su propia jerarquía polaca, también es cierto que su ventaja suprema residía en el pueblo polaco. Como Karol Wojtyla, y como el mismo Stefan Wyszynski, el pueblo polaco se había formado en el vientre de la

historia orgullosa y terrible de Polonia. Ellos, también, habían sido criados en la cuna de la *romanitas* polaca y de los Tres Pactos de lo Polaco. Tan fácilmente como los pájaros alzan el vuelo, ellos se inclinaron hacia los esfuerzos que hacía Wyszynski por llevarlos a lo mejor de lo que eran capaces. Porque en verdad, ellos no querían nada menos que lo que el cardenal hacía por ellos y por su amada *Polonia Sacra.*

El proceso que había sido iniciado por el gobierno era su así llamado "Camino Polaco al Socialismo". El contraproceso iniciado por Wyszynski estaba calculado para garantizar que ninguna ideología pudiera dominar e infectar al pueblo que la Providencia había confiado a su cuidado y guía, ni el marxísmo-leninismo con el que él tenía que tratar en ese momento, de cualquier manera que pudiera llamarse, ni otra cualquier ideología materialista que él sabía que estaba esperando a los costados.

Más aún, inclusive en estos días de continua lucha por su supervivencia, el cardenal Wyszynski tenía un ojo fijo en ese día futuro que siempre parecía tan seguro de que llegaría, en el que los polacos tomarían nuevamente su propio gobierno. Hablaba sobre él, lo predecía y **dirigía sus políticas hacia** él.

Con estos dos motivos indudablemente equilibrados como parte de su cálculo, Wyszynski se dedicó a soldar una nueva unidad entre los polacos, una unidad basada en tres elementos que eran fundamentales para su pueblo, todavía vibrante en su fe, como nación.

El más básico de esos elementos era el tradicional catolicismo romano popular de los polacos. Ese antiguo y profundamente arraigado sistema de creencias religiosas, principios morales y prácticas piadosas, estaba **anclado en sus Tres Pactos, con la Santa** Sede como su verdadero señor, con María como su verdadera Reina, y con su primado *interrex* como su verdadero líder en ausencia de un gobierno legalmente constituido.

El segundo elemento, enraizado en el primero, estaba compuesto por las características sociopolíticas seculares del pueblo polaco: gusto y estima por la educación y las artes, y una insistencia obstinada e insaciable en la libertad, y, no menos, como tan frecuentemente se lo habían demostrado a las autoridades comunistas, en la libertad en el campo de las relaciones laborales y en el de la cultura.

El tercer elemento era una consecuencia de su variada historia como una nación que sigue a pesar del brutal reparto de su territorio, y de la repetida imposición de gobernantes extranjeros y enemigos durante un in humanamente largo periodo de tiempo. Como resultado de esa experiencia, los polacos ya habían aprendido a identificarse como un pueblo arraigado y domiciliado para siempre en una tierra en particular. .. sin su propio gobierno, y sin embargo diferentes, como nación, de cualquier "Polonia" falsa que consistía en una odiosa estructura política con un Estado y gobierno teñidos ideológicamente.

El factor clave en la exitosa evocación que hizo Wyszynski de un espíritu comunitario fueron, indudablemente, los incansables esfuerzos que dedicó

a organizar a sus propios colaboradores entre el clero y el pueblo. Sus años de la preguerra, como sociólogo y conferencista, sus viajes por Polonia, su sociabilidad natural, le dieron un instinto para saber lo que el pueblo necesitaba y cómo pensaba el pueblo sobre los acontecimientos públicos y cómo los entendía. En general, fue muy afortunado en el tipo de obispo que se encontraba bajo su gobierno de la Iglesia de Polonia. Generalmente, hubiera sido difícil encontrar otro grupo de obispos que estuvieran tan armonizados con su primado como para poder secundartodos sus esfuerzos tan eficiente y lealmente. En particular, el joven obispo Wojtyla gradualmente se abrió paso en las reuniones de Wyszynski por el puro poder de su perspicacia, sus impávidos métodos para tratar con el prepotente poder legal del territorio. Wojtyla también atraía muy efectivamente a la *intelligentsia* de Polonia, porque sus calificaciones académicas y sus, logros literarios eran innegables y atractivos. Y sin embargo era un hombre del pueblo.

Cubriendo a toda esta planeada actividad, a lo largo de los años, como un gran paraguas, estaban los preparativos para las declaraciones formales de 1966 que harían los polacos de su servidumbre voluntaria, como nación, a María. Y parecía que María ya estaba haciendo su parte, porque resultó ser una pantalla efectiva.

Para las mentes completamente secularizadas de los fanáticos oponentes comunistas de Wyszynski en Polonia, sus preparativos para el aniversario mil del bautismo de su nación en el cristianismo parecían lejos de las políticas del poder y de las duras realidades de la vida -y en todo caso eran tan útiles para pacificar al pueblo-, que jamás parecieron adivinar que el cardenal estaba construyendo un consenso de hierro en la na^ión polaca.

Por cierto, los preparativos eran impresionantes por su amplitud y esfuerzo de organización. Pero todo parecía tan "de iglesia" y tan alejado de la fuerza sociopolítica bruta que era la principal preocupación de Gomulka, que él y su gobierno se contentaban con manejarlo por sus medios acostumbrados de hostigamiento y brutalidad.

Tanto en su intento de descartar la fe sobrenatural y la devoción religiosa, sin embargo, corno en su incapacidad para discernir ni siquiera el más ligero rayo de inteligencia detrás de todo esto, la respuesta de ese gobierno fue el error más torpe, peor concebido, fundamentalmente craso y completamente estúpido que el régimen comunista pudo haber decidido cometer.

Afortunadamente para Wyszynski y para Polonia, el cardenal conocía a su pueblo mucho mejor que sus "hijos extraviados" que estaban dirigiendo el gobierno. "Ha habido situaciones", les escribió Wyszynski a sus obispos, "en las que hemos perdido con el gobierno. Y podemos volver a perder con éste o aquel gobierno. ¡Pero nunca podemos perder con la nación! Nuestra sensibilidad hacia lo que está ocurriendo en el alma de la nación siempre debe ser aguda".

Con esa sensibilidad como contraseña, y con su fe común siempre como guía, el cardenal Wyszynski dirigió a sus obispos y a su clero en la creación de una red consolidada e impresionantemente eficiente formada por centros catequísticos anexos a las iglesias locales. Era esta red la que prepararía a Polonia para su voto a María. Era esta red la que forjaría la unidad sin la cual Wyszynski sabía que no podría tener éxito ninguna posterior estructuración económica de la nación y que no sería posible ninguna estructuración política. Y fue esta red la que finalmente se encargaría de la muerte del ma-xismo-leninismo como señor de la Polonia de Wyszynski.

Hostigamiento del gobierno o no, cuatro millones de niños y personas jóvenes estaban involucrados en el esfuerzo. El 88 por ciento de los alumnos de nivel elemental asistieron a 20,000 centros administrados por 10,000 instructores, incluyendo a 1,785 monjas y 700 personas laicas.

Diócesis por diócesis, la organización de Wyszynski supervisaba la actividad pastoral de sus sacerdotes, especialmente en las necesidadez personales de sus feligreses. Se proporcionaba asistencia social a muchos niveles: asesoría y consejo en general, pequeños préstamos, alimento y ropa, apoyo moral -en el verdadero sentido de ambas palabras- en las dificultades familiares, ayuda para pagar costos médicos y de hospitalización. Un cuerpo especial de capellanes se ocupaba de los estudiantes, atendiendo su bienestar espiritual, su desempeño académico y su comportamiento social y espíritu de grupo.

Aparte de la ayuda práctica proporcionada, esta cercanía al pueblo común en sus casas y en sus lugares de trabajo, en su tiempo de ocio y en sus dificultades personales, rindió la cosecha sobrenaturalmente abundante de un aumento en la ya gran lealtad de los polacos a su Iglesia y a su primado. Wyszynski era visto como el líder nacional que apoyaba incondicionalmente el bien del pueblo y la felicidad de sus familias; y era una percepción exacta, que, por supuesto, él buscaba provocar.

Sobre esta organización eclesiástica con la que vistió a Polonia parroquia por parroquia, calle por calle, casa por casa, Wyszynski siempre extendió el manto extraprotector de los preparativos para el voto devocional mariano de la servidumbre nacional, fijado para agosto de 1966 y centrado en Nuestra Señora de Czgstochowa. Y, siempre, una parte de esos preparativos era la explicación de lo que este voto implicaba para Polonia y para los polacos como nación, para la Unión Soviética con sus mitologías marxistas-leninistas decimonónicas, para Europa como una casa común para todos los europeos, para la sociedad de las naciones como un todo, y para el papado romano precisamente como lo que el cardenal Hlond lo había llamado tantas décadas antes: "el constructor del mundo" y "el guardián de las naciones... estructurando la relación entre el progreso temporal y el cultivo sobrenatural del alma humana".

Si Wyszynski hubiera hecho un serio error de procedimiento al tratar con las incesantes políticas del gobierno en contra de él, su clero e Iglesia, o si hubiera calculado equivocadamente el temperamento del pueblo, encendiendo sin querer el tipo de levantamiento que fue la ruina de Hungría en 1956, se hubieran descarrilado todos sus años de esfuerzo, y todas sus esperanzas para el futuro de Polonia se hubieran ido en espiral hacia el olvido.

Aunque cualquiera de esos dos escenarios siempre fue una posibilidad en un clima que frecuentemente era tan explosivo como las yescas, fue el primer problema -el trato con el gobierno- el que fue constantemente el más exigente. Porque, aunque Gomulka y los cuadros de su gobierno nunca parecieron captar el completo significado político o geopolítico de las contrapolíticas de Wyszynski, jamás disminuyeron la crestón contra él.

Aunaue en algunos sentidos le coscó muy carc, Wyszynski jamás cometió esos errores de procedimiento. Sin duda, aceptó de mala gana cosas tales como la designación-de ciertos sacerdotes que él sabía que estaban en el bolsillo del gobierno, si es que no estaban empleados por él. Continuamente recibía al agente del gobierno Boleslaw Piasecki de visita en su residencia, a pesar dei hecho de que consideraba a Piasecki como un archiapóstata y un doble agente para Gomulka. Y cuando murió el jefe de Estado marxista, Aleksander Zawadzki, el primado envió sus condolencias en la forma diplomática correcta.

En otras palabras, Wyszvnski jamás violó el código de conducta pública al tratar éstos u otros mil asuntos que constantemente tenían que manejarse. Porque ninguno de estos asuntos, ni todoF ellos juntos, eran más que trivialidades en comparación con el creciente volumen de conciencia que había entre el pueblo, relativa a la significación universal de su próximo voto de servidumbre nacional a la Reina de Polonia.

Sin. embargo, Wyszynski no Qstaba dispuesto a convertirse en una pasiva cabeza de turci, impotente contra las embestidas del gobierno () sus bajas calumnias. Protestaba ante cada movida hostil del gobierno. A un perp'ejo representante del gobierno que había llegado demasiddo lejos en sus abusivas amenazas, Wyszynski le prometió: "Hablaremos de este asunto desde el púlpito, y hablaremos acerca de él con el Partido. Hablaré con iodos, con el primer secretario y el primer ministro, si es necesario".

Sin la mínima duda, hubiera hecho precisamente eso. Las reglas públicas y el decoro eran una cosa, pero en las reuniones a puertas cerradas, Wyszynski siempre se preparó para dar tanto como recibía -V un poquito más si la situación lo exigía-. En una de esas reuniones --una conferencia mara,ónica, en junio de 1958, que duró desde las cinco de la tarde hasta las cuatro de la mañana siguiente-, dejó ese punto en claro enérgicamente.

El primer secretario Gomulka y e; viejo enemigo del cardenal, el primer ministro Cyrankiewicz, le habían suplicado a Wyszynski que fuera a la reunión Como siempre, necesitaban su ayuda para mantener controlado el descontento popular.

El inestable Gomulka tiró toda su precaución por la ventana en un momento dado y comenzó a gritarle a Wyszynski con toda su voz. El primado comprendió la situación y primero se las arregló para detener los gritos y después para calmar al primer secretario.

Sin embargo, cuando Cyrankiewicz comenzó a jugar nuevamente sus viejos juegos, intentando controlar a Wyszynski acusándolo de procedimientos ilegales, fue una cuestión enteramente diferente. El cardenal volvió contra el primer ministro toda la carga explosiva de su personalidad y de su impávida autoridad. Más, lo golpeó en la cara con una abierta contraamenaza. "No vine aquí como una persona acusada. . . Vine aquí a presentar los hechos. Tengo una cuenta que ajustar con usted, señor. El hecho de que no haya planteado mis agravios personales no quiere decir que los haya olvidado. Si usted quiere levantar acusaciones, primero de todo yo lo acusaré a usted. . . y exigiré una rehabilitación pública, que lo degradará a la vista de Polonia y del mundo". Wyszynski había dado en el blanco; no puede haber habido duda, en la mente del primer ministro, de que el cardenal estaba hablando no sólo de su propio arresto y encarcelamiento ilegal, sino de la corrupción personal de Cyrankiewicz y de su participación en ciertas acciones sórdidas de Joseph Stalin.

No hubo más amenazas de parte de Cyrankiewicz. Por lo menos, no en esa reunión. Pero todavía aguardaban años de contienda. Y con la mayor frecuencia, el éxito o el fracaso para los polacos dependía de la habilidad del primado y de sus obispos para mantener un juicio equilibrado y para mantener calmado al pueblo en lo que a veces parecía una casa de locos dirigida por los criminalmente insanos.

En octubre de 1962, la sesión de apertura del muy publicitado Segundo Concilio Vaticano del papa Juan XXIII atrajo a Roma prácticamente a todos los obispos católicos romanos del mundo -eran 2,500 en total-, y también a cualquier cantidad de observadores no católicos.

Con el obispo Karol Wojtyla a su lado como su protegido más íntimo, el cardenal Wyszynski encabezó a los obispos polacos como delegados a este extraordinario acontecimiento georreligioso y geopolítico, que tendría profundos y perdurables efectos no sólo en la Iglesia católica romana, sino en la configuración de la política mundial por el resto del siglo XX. Entre los obispos polacos presentes en el Concilio, Wojtyla lograría un lugar prominente a ojos de sus colegas obispos y de aquellos que un día lo elegirían Papa. La coincidencia y las diferencias entre los dos hombres quedaron expuestas en claro relieve, no que esas diferencias alteraran en lo más mínimo la devoción de Wojtyla a Wyszynski, o la creencia de Wyszynski en que la estrella de Wojtyla estaba destinada a ascender en el firmamento de la Iglesia y en la ancha extensión de los cielos humanos.

Wyszysnki había sido parte de la comisión preparatoria nombrada por el papa Juan XXIII para preparar la agenda oficial de su Segundo Concilio Vaticano. El trabajo de la comisión esultó en lo que oficialmente fueron llamados *Schemata;* cada uno de ellos trataba algún importante tópico que la comisión juzgaba que debía ser discutido por el Concilio. Cuando el Concilio entró en sesión en octubre de 1962, rápidamente quedó en claro que un grupo muy bien organizado de entre los obispos y teólogos presentes estaba decidido a abrogar los *Schemata* de la comisión. Aunque era una minoría, este grupo consiguió lograr su propósito por medio de excelentes maniobras parlamentarias.

El resultado neto fue que la idea de la Iglesia en el mundo y de cómo debería funcionar y lo que debería lograr... todas estas ideas vitalmente importantes fueron cambiadas. En los *Schemata* originales, dominaba el tradicional punto de vista católico romano sobre las tres cuestiones. En los nuevos *Schemata,* esa opinión tradicional católico-romana fue remplazada por un nuevo punto de vista, que tenía más que ver con los modernos conceptos (particularmente norteamericanos) de democracia y del poder del pijeblo que con las enseñanzas católico-romanas. Exitosamente vendidas a los obispos del consejo, adaptadas por ellos e incorporadas a los documentos oficiales del Concilio, estas nuevas ideas dieron nacimiento a una nueva eclesiología, a una nueva visión del catolicismo, de la Iglesia romana y del papado.

La nueva eclesiología podría haber sido reconciliada con la tradicional, si hubieran estado disponibles un gran cuidado y esfuerzos deliberados. No lo estuvieron. El resultado neto fue que a través de todas las declaraciones oficiales del Concilio flotaba la ambigüedad. Wyszynski y Wojtyla vieron el peligro. Wyszynski no quería vivir con esa ambigüedad. Wojtyla pensaba que la Iglesia podría vivir con ella y que, con el tiempo, la reconciliación de los puntos de vista podría efectuarse, y se efectuaría. Realmente, lo que sucedió durante los veinte años siguientes al Concilio, fue que esa ambigüedad causó estragos en la organización institucional de la Iglesia que Wojtyla heredaría como Papa en 1978. Pero en el momento del Concilio, todo eso estaba oculto en el futuro; inmediatamente después del Concilio, una falsa euforia, expresada como el "Espíritu del Vaticano II", consiguió -porque era agradable, a juicio de la mayoría de la gente- dejar fuera de guardia a la mayoría de los obispos. Sólo cuando los fuertes y ásperos vientos de la rechinante disidencia comenzaron a soplar, y sólo cuando la autoridad central del papado bajo el papa Paulo VI quedó hecha pedazos por la "democratización" de la creencia y de la práctica religiosa, sólo entonces se recordaron las advertencias de Wyszynski. Pero, para entonces era demasiado tarde para reconciliar los viejos y los nuevos puntos de vista del Vaticano II.

Sin embargo, allá en los días del Concilio, la agenda polaca de Stefan Wyszynski nunca estuvo ausente de su pensamiento, y a ese respecto había algunas cuestiones de particular importancia que consideraba necesario

discutir personalmente con el papa Juan. En dos entrevistas privadas, la más larga de las cuales duró una hora y tres cuartos completos, los dos hombres revisaron cuestiones tales como el tema de las Tierras Occidentales disputadas entre Polonia y Alemania y la cuestión del nombramiento de obispos - ¡polacos o alemanes! - para ese territorio.

Sin eníbargo, principalmente, Wyszynski quería instar al papa Juan a que dedicara el Concilio, los obispos de la Iglesia y los laicos del mundo, cuyos servidores ellos eran, al mismo lazo de servidumbre a María que el cardenal estaba preparando para Polonia.

Al primado le parecía que jamás habría un mejor momento en términos de oportunidad, o uno más urgente en términos de necesidad. Todos los obispos estaban reunidos en Roma en este momento, y estarían de regreso para posteriores sesiones del Concilio. Y a través del mundo entero, cada continente obviamente estaba sufriendo hasta un grado u otro por la poderosa intromisión y la opresión totalitaria ejercida por la Unión Soviética.

Pero, más que eso, como casi todo el mundo era consciente en ese momento, como lo era Wyszynskí, dos años antes el papa Juan XXIII había abierto y leído lo que investigadores confiables daban a entender que eran instrucciones tomadas de los labios de María durante una visita sobrenatural a tres niños campesinos en el remoto distrito de Fátima, en Portugal. Aunque los contenidos de esas instrucciones eran secretos (de hecho, el creciente número de personas que se enteró de su existencia se referían a ellos como los "tres secretos de Fátima"), de todos modos a esas alturas se sabía ampliamente que María había pedido una dedicación de más o menos el mismo tipo de la que Wyszynski estaba pidiendo al papa Roncalli, y que aparentemente lo había hecho por más o menos las mismas razones georreligiosas y geopolíticas que habían motivado a Wyszynski.

Dados acontecimientos cruciales en la historia de Polonia, tales como la victoria de Jasna Góra de 1665 sobre los suecos y el "Milagro del Vístula" contra Lenin en 1920, lo poco que él sabía sobre la supuesta solicitud de María en Fátima le parecía tan razonable al cardenal como a cualquier polaco. De hecho, tomando en cuenta la situación del mundo al principio de los años sesenta, y dada la perfecta ocasión en la forma de una asamblea de los obispos del mundo, en Roma, ¿por qué no hacerlo? ¡.Por qué no dar comienzo a las cosas?

Por supuesto, siendo lo que es el protocolo vaticano, el primado no expuso la cuestión en esos mismos términos, pero su significado era suficientemente claro.

Roncalli escuchó con interés e indulgesicia. Respetaba a Wyszynski, y admitiendo eso, si hubiera escuchado al cardenal antes de que hubiera hecho y llevado a la práctica su decisión, podría haber actuado de manera diferente. Pero su actitud hacia las incitaciones de Wyszynski fue la misma que había tenido cuando había leído por primera vez las instrucciones secretas de Fátima en 1960. El propósito de semejante acto de dedicación,

como los propios polacos habían subrayado, sería terminar con el mortal daño que la Unión Soviética hacía en el mundo. Pedir una intención como ésa sería incurrir en una confrontación abierta entre la Iglesia romana y la URSS, precisamente en el momento en que el papa Juan había decidido, en cambio, fermentar a los soviéticos a través del espíritu de su Concilio, que se extendería por el mundo a medida que sus obispos regresaran a sus diócesis.

La respuesta del Papa al cardenal, por lo tanto, y casi en esas mismas palabras, fue que este tiempo, "nuestro tiempo como Papa", no era el momento para semejante acto de dedicación. Si el cardenal hubiera cono cido el contenido completo ce los "tres secretos de Fátima", podría haberse preguntado si habría otro tiempo. Aún así, mientras que la decisión de Polonia era un asunto confiado a sus manos, la decisión en nombre del mundo yacía en las manos de su Papa. Wyszynski no podía ponerle peros al Santo Padre.

Cualquiera que conociera a Wyszynski no iba a esperar que él dejara que las cosas quedaran así. Vio nuevamente al papa Roncalli en mayo del año siguiente, durante la segunda sesión del Concilio. Para entonces, el papa Juan sabía que el Concilio estaba fuera de su control, su agenda para realizar una profunda renovación de la fe activista de la Iglesia había recibido un rumbo que el Pontífice no había previsto, y que serviría en cambio a la agenda de algún otro. Y también sabía que él no tendría tiempo para alterar ese hecho. El 3 de junio, Angelo Roncalli murió en su fe y en sus pesares.

Finalmente, Wyszynski persuadió al sucesor de Juan, el papa Paulo VI, a que por lo menos proclamara a María como Madre de la Iglesia. Paulo así lo hizo sc'emnemente el 21 de noviembre de 1964, frente a todo el Concilio de obispos. El cardenal tendría que contentarse con eso, porque la decisión del papa Roncalli de politizar la idea de cualquier dedicación total de la Iglesia universal a María, y a su decisión anexa de contemporizar con referencia a la Unión Soviética, iban a seguir siendo principios de la política del Vaticano durante muchos años siguientes en este siglo.

Casi veinte años después, esas decisiones gemelas del papa Juan casi literalmente tendrían un efecto impresionante sobre las políticas del protegido de Wyszynski, Karol Wojtyla, en su papel como papa Juan Pablo II.

Mientras tanto, la decisión de honrar así a María tenía profundas consecuencias. Significaba que, explícitamente, los funcionarios de l**a Iglesia transferían la ya gran importancia de María (como una participante activa en la vida cristiana)** del plano meramente devocional y puramente religioso, al plano georreligioso en el que opera la Iglesia romana. Le gustara a uno o no, María era ahora reconocida como un elemento geopolítico en la salvación cristiana. Era un punto fundamental en la formación en Wojtyla de una mente prepapal.

Wyszynski y Wojtyla, y el resto de la jerarquía polaca, no se volvieron más lentos en su país por el Concilio que se estaba desarrollando en Roma.

Si acaso, casi parecía que el fracaso de Wyszynski al tratar de cambiar la decisión de la Santa Sede con respecto a la dedicación de la Iglesia y del mundo a María, hizo que redoblara su concentración sobre Polonia como un paradigma del mundo, y sobre la Iglesia de Polonia como un paradigma de la Iglesia universal en su lucha mundial con el mal que estaba suelto entre los hombres desde la creación del mundo.

Una opinión así no era una cosa fantasiosa, porque Wyszynski era un hombre práctico, un ejecutor. Y él había expresado tal opinión ya en 1952. Ese año, antes de que el primer ministro Cyrankiewicz lo hubiera removido con tanta rudeza enviándolo a prisión, el cardenal les había escrito a sus oprimidos católicos, con el consejo y la instrucción que jamás dejaba de mantener en su propia mente y que jamás dejó de imprimir en Wojtyla y sus demás obispos.

El primado les había escrito: "Como antecedentes para vuestra perseverancia, dejadme recordaros la posición fundamental de la Iglesia frente a nuestra condición polaca. En el curso de dos mil años... la Iglesia se ha enfrentado a varias situaciones, pero jamás fue sorprendida por esas situaciones. El ancho mundo se sorprendió cuando se descubrió a sí mismo arriano, albigense, humanista, protestante, racionalista, capitalista... Ella (la Iglesia) se enfrenta al comunismo con serenidad... porque está obligada a existir con esa realidad... y, hoy, esa relación debe mantenerse hasta con sus enemigos, y éstos no son solamente los comunistas, sino también los francmasones y el capitalismo pagano".

Aun al coexistir con sus enemigos de intenciones más mortales, instaba Wyszynski a los polacos, ellos debían ser fieles a cada aspecto de su polonicidad, sin abrigar sueños estériles de volver a la fortuna pasada ni planes nocivos para un futuro: "La Iglesia de Polonia... debe educar a los polacos para que no alimenten ninguna idea de venganza ni de una completa restauración de su pasado. Los católicos polacos en cualesquiera circunstancias -aun en aquellas que son adversas para los comunistas- no levantarán su mano contra ellos... Los católicos respetarán una evolución social consumada... La realidad presente muestra señales claras de cambios sociales... Dios nos ha colocado en la condición en la que debemos vivir".

Tal era la actitud mostrada constantemente por Wyszynski y su clero, y hasta un grado sorprendente, también por el pueblo en general, a medida que el primado continuaba entrelazando a Polonia con sus interminables esfuerzos de organización. En 1963, el efecto de los arreglos de Wyszynski para las celebraciones del milenio, minuciosamente planeados y fielmente ejecutados, finalmente intimidaron al gobierno de Gomulka. En respuesta, el primer ministro sacaba a relucir cualquier táctica que él y sus segundones sugerían.

Volvieron a salir a la superficie los agudos ataques personales contra el cardenal primado. Ahora se le acusaba a Wyszynski de haber recibido regalos de ese incorregible fascista, el general Francisco Franco, de España.

Fue acusado una vez más de entrometerse en los asuntos de Estado al buscar una reconciliación entre polacos y alemanes. De hecho, cuando el cardenal estaba saliendo de una iglesia donde proclamó su política de perdón a los alemanes por sus atrocidades de guerra, fue enfrentado por una pandilla de bravucones pagados por el gobierno que entonaban: "¡Nosotros no perdonaremos!" Fiel a sí mismo, Wyszynski prefirió pasar directamente a través del grupo de bravucones, contestándole a uno directa y sinceramente: "Hermano, eso no importa". A otro, que estaba peleando con una mujer en la multitud, le dijo: "Hermano, sé decente".

En 1965, el año anterior a la celebración y dedicación nacional final, los preparativos habían alcanzado tal vigor propio que se convirtieron en una continua celebración, con todo y constantes procesiones por todas partes, en anticipación del voto del milenio que sería encabezado por el cardenal en el santuario de María en Czestochowa sobre la Montaña Brillante de Jasna Góra.

En conformidad, también el gobierno intensificó sus actividades de hostigamiento. Sus tácticas iban de lo hiperburocrático a lo asqueroso y lo físicamente peligroso. Se negaron los permisos para las procesiones religio sas que llevaban reproducciones del icono de Czgstochowa. Otras procesiones fueron desviadas de sus rutas o se les prohibió entrar a ciertas zonas. En un incidente, la policía detuvo a un automóvil que exhibía al icono de Czgstochowa, envolvió la imagen en una lona y la ató apretadamente con una soga, y sólo entonces permitió que el automóvil siguiera su camino. En otra ocasión, informes falsos de un brote de viruela obligaron a los peregrinos a volver a casa. Una y otra vez, vehículos militares eran conducidos peligrosamente por los caminos frecuentados por sacerdotes que iban hacia celebraciones con el icono, obligando a los clérigos a salirse de la ruta en "accidentes" que inutilizaban sus automóviles y que a veces causaban serias heridas. Los peregrinos que no eran agredidos físicamente estaban continuamente bajo la vigilancia de la "gente triste", como se llamaba a los agentes del servicio secreto de Gomulka. Con regularidad, pandillas de bravucones se dedicaban a perturbar hasta las celebraciones litúrgicas normales. Y, en una movida intencionada y amenazante, se colocó una milicia permanente alrededor del propio Jasna Góra.

Para entonces, sin embargo, era ya demasiado tarde para detener lo que Wyszynski había comenzado, no sólo con respecto a la celebración del milenio y el voto de "servidumbre nacional" a María, sino con respecto al elemento sociopolítico de su agenda. Porque en 1965, las primeras señales de ese elemento organizado de la agenda del cardenal brotaron a la superficie cuando treinta y cuatro prominentes intelectuales emitieron una declaración proclamando que la libertad para los artistas y escritores era un derecho básico. Aquello con lo que Wyszynski estaba contando estaba así comenzando a suceder. Segmentos de la población, tales como grupos de intelectuales y personas que no eran católicas o que desde hacía mucho

habían abandonado cualquier creencia práctica en su catolicismo original o habían caído en la completa falta de observancia de las leyes del catolicismo, ahora se sentían atraídas por lo menos hasta el punto de apoyar a Wyszynski, porque sus metas generales eran en favor del mejoramiento de las calamitosas condiciones económicas y sociales de Polonia.

En el momento en que se acercaba la esperada fecha del 26 de agosto de 1968, no había nadie en Polonia que no estuviera consciente de lo que transcurriría en el monasterio de Cz9stochowa, en Jasna Góra -la Montaña Brillante- con María como Reina de Polonia. Es muy difícil para aquellos que conocen la vida sólo en las democracias occidentales, darse cuenta de que la mayoría de los polacos pensaban en la próxima celebración como un suceso que afectaba no meramente a Polonia, sino a los vecinos de Polonia en Europa, a la Europa de Polonia en su totalidad, "desde el Atlántico a los Urales", y, mucho más lejos, al ancho mundo de Asia, África y las Américas. Esa familiaridad y facilidad de identificar la causa local de uno con una causa universal está ausente, en gran medida, en las democracias occidentales.

El 26 de agosto, el propio Wyszynski presidió las ceremonias en Cz9stochowa. Más de un cuarto de millón de peregrinos se reunió sobre la ladera, alrededor del monasterio, y respondió nuevamente a las palabras de la de dicación nacional. Cierto, la milicia estaba presente. Soldados del gobierno adicionales, batallones de policía y equipos de Zomos -matones- permanecían allí vigilantes, pero sin atreverse a hacer ningún movimiento. Mientras las voces de ese cuarto de millón resonaban una y otra vez -"¡Sí! ¡Lo juramos!"-, en respuesta a las preguntas rituales para que ellos asintieran a la dedicación, se ejecutaba la misma ceremonia, literalmente, en miles de localidades a través de Polonia.

Wyszynski había logrado enlazar las metas de la libertad democrática de Polonia a la celebración'de una creencia católico-romana, y ahora ambas, en las mentes de los polacos, se consideraban unidas con metas supranacionales y con el bienestar de la sociedad de las naciones.

Fue función del arzobispo Wojtyla armar todo junto y expresarlo en palabras. Habló de la "corriente sobrenatural" liberada por las celebraciones del milenio en Jasna Góra, y que vencía irresistiblemente a la "amenaza totalitaria a la nación" y a "los programas ateos apoyados por el Partido Unido de los Trabajadores Polacos", el PZPR comunista. Rápidamente transpuso la posición hostigada y asediada de Polonia al plano internacional: "Polonia se enfrenta a la destrucción biológica. . . como el mundo entero del hombre... Como Polonia, a,.." el resto del mundo está en absoluto peligro". Luego insistió para hacer comprender la lección suprema: "Nuestra teología temporal exige que nos dediquemos a las manos de la Santa Madre. Que todos cumplamos cor, nuestras tareas".

En la mente de los oyentes no había duda acerca de las "tareas". Un

polaco residente en el extranjero, que estaba de visita, les dijo a los periodistas: "El arzobispo nos estaba recordando a los polacos que, si cumplimos con nuestro destino, será un destino europeo mundial".

Los siguientes doce años serían un cumplimiento concreto de la empresa de Wyszynski como cardenal primado y como *interrex.* "Al aceptar las obligaciones que me asigna la Iglesia -las sedes episcopales de Gniezno y de Varsovia-, también acepté un deber moral y civil de emprender las discusiones apropiadas sobre las necesidades de los intereses del Estado polaco". Ésta era una declaración tan audaz como podía hacer Wyszynski a los fieles reunidos en la basílica de Varsovia. "Éste es un dictado de mi conciencia como obispo y como polaco".

En breves palab,-as, ahora Wyszynski veía que su papel como *interrex* se imponía de una manera muy explícita. Debía ser el defensor de los derechos del pueblo, de los derechos de Polonia y quien satisficiera sus necesidades. Lo haría bajo el signo de Solidaridad *-Solidarnos¿-* con ellos como polacos, conio católicos, como seres humanos.

Pero al tomar esta postura, no estaba diciendo en ningún sentido que sus propias dificultades como primado hubieran terminado. En realidad, hasta diciembre de 1970, las acostumbradas presiones ejercidas por el régimen sobre él y sus colegas fueron más intensas que nunca antes. Sus seminarios, sus escuelas, sus sacerdotes, su propio *status* en Polonia, la función ordinaria de sus iglesias. . . todo fue nuevamente el objeto de ataques enloquecidos. La inmersión en los problemas nacionales y laborales era la forma de Wyszynski de llevar la guerra al campo enemigo. Criticando constantemente al gobierno, defendiendo constantemente a los trabajadores, subrayando constantemente los errores del régimen, usando a la opinión pública dentro y fuera del país, finalmente fue un instrumento eficaz en la liquidación del régimen de Gomulka en diciembre de 1970.

Al nuevo gobierno comunista, bajo el mando de Edward Gierek, Wyszynski le dijo claramente: "No podemos olvidar que hemos sido enviados para conducir a la nación hacia el evangelio... Debemos cumplir con nuestra obligación hacia la Iglesia, de tal manera que seamos capaces de ayudar al país en circunstancias difíciles". Estaba poniendo sobre aviso al gobierno de que la lucha continuaría.

El 28 de mayo de 1967, el papa Paulo confirió el capelo cardenalicio a Karol Wojtyla. Durante los siguientes ocho años, la figura de Wojtyla comenzó a proyectarse sobre la escena nacional con una nueva voz de auto ridad. En un artículo de mayo de 1971, escribió: "El Primado de Polonia basa su posición dentro de la Iglesia universal sobre sus raíces en esa parte de la comunidad cristiana a la que la Providencia lo ha ligado, la Iglesia de Polonia. La existencia misma y la actividad de la Iglesia se convierte en una fundamental prueba de fuerza". Así, él también puso sobre aviso a la administración Gierek de que la lucha continuaría y que la lucha de Gierek era con la Iglesia universal.

Sí continuó, siguiendo las líneas acostumbradas del hostigamiento, acusaciones falsas, negativa a dar pasaportes, agresión de los "Sacerdotes Patrióticos" de la organización Pax, patrocinada por los comunistas, nega tiva de permisos de construcción de iglesias y escuelas, intentos de remplazar los sacramentos del bautismo y del matrimonio por ceremonias laicas patrócinadas por el Estado, y por todos los demás medios que imaginaban los burócratas comunistas de Varsovia.

Las tácticas Wyszynski-Wojtyla continuaron: ataque sostenido en la prensa católica y en los sermones contra cada violación da los derechos humanos, presión constante sobre el gobierno a través de Roma, constan tes conexiones diplomáticas con Alemania Occidental y Estados Unidos para que presionaran sobre la escena polaca.

En la actitud del gobierno hacia los dos cardenales comenzó a manifestarse un cambio. En 1976, Gierek llegó tan lejos como para elogiar a Wyszynski como "un gran hombre y un gran patriota", pero -como les dijo a sus colegas del Politburó- el cardenal Wojtyla era "el peor de todos". La verdad era que Wyszynski había alcanzac'o una posición de superioridad moral a la vista del pueblo que era inexpugnable. Pero este joven cardenal Wojtyla, cincuentón y activo, era el peligro futuro. Obviamente estaba siendo preparado para suceder a Wyszynski como primado. Además, ese año, 1976, Wyszynski fue operado de cáncer. El peligro Wojtyla estaba más cerca de lo que ellos habían pensado. Durante la enfermedad de Wyszynski, Wojtyla fue su remplazante como vocero y portaestandarte de la Iglesia en todos los asuntos públicos; el gobierno, por lo tanto, pudo probar lo que les esperaba si él se convertía en primado.

Los dos gobiernos comunistas sucesivos no estaban lejos del blanco cuando interpretaron que, primero Wyszynski y después Wojtyla, eran destructores potenciales del sistema marxista-leninista de Polonia. Las primeras revueltas internas polacas entre laicos polacos fueron correctamente interpretadas como una consecuencia del ejemplo puesto por el cardenal primado y sus colegas obispos. Habían desafiado con éxito al régimen totalitario; habían sobrevivido y estaban florecientes.

En consecuencia, en los setenta hubo una revuelta de los intelectuales polacos. Luego siguieron el Comité para la Defensa de los Trabajadores (KOR) y el Comité para la Autodefensa Social (KSS): las clases trabajadoras de Polonia consideraron necesario defenderse contra el Partido que pretendía reivindicar sus reclamos como obreros. Posteriormente, el poder de huelga de los trabajadores de Gdansk, Szcsecin y Jastrzeb, conduciría al contrato social entre los obreros y el gobierno y, más tarde todavía, al registro oficial de Solidaridad.

Por ese entonces, el cardenal Wojtyla estaba en Roma, cumpliendo con sus obligaciones en comités especiales del Vaticano, profundamente inmerso en las negociaciones de un Concordato Polonia-Vaticano, y predi cando un "retiro" espiritual para el papa Paulo y su personal papal. El anciano Paulo y el joven Wojtyla desarrollaron una relación muy estrecha, y el Papa vio en Wojtyla a un futuro Papa para la Iglesia, pero en una distancia en años bastante grande con respecto a los setenta. "Su Eminencia será muy necesario en Polonia dentro de poco. Después de eso, Dios proveerá", le dijo a Wojtyla. Obviamente, los dos hombres estaban pensando en la declinante salud de Wyszynski, y ambos eran concientes de la propia declinación de Paulo.

Ésa no fue la única insinuación vaga de lo que el futuro podía reservarle a Wojtyla. Estaba el venerable y santo Josyf Cardenal Slipyj, el líder católico ucraniano, sobreviviente de dieciocho años en el Gulag soviético, ahora exiliado en Roma, pero siempre soñando con su amada Catedral de San Jorge en L-óv, Ucrania. La reverencia de Wojtyla por Slipyj se debía tanto a las torturas físicas que había padecido el ucraniano cuanto a lo que él representaba: la Iglesia católica ucraniana. "Vuestra Gracia me enterrará en San Jorge", le dijo a Wojtyla. "Es la voluntad de Dios". (Slipyj murió en 1984 a la edad de noventa y dos años, y su cuerpo espera, en la Roma del papa Wojtyla, el día en que regrese al hogar, un acontecimiento que se volvió sumamente probable en 1990 después de la reunión del papa Wojtyla con Mijaf Gorbachov.)

Era un indicio más del destino que le anunciaba al cardenal Wojtyla su nombramiento en el futuro cercano, y era de la misma clase de todo lo que había intervenido en su formación. En su apogeo, la comunidad de naciones polaca estaba estrechamente unida a Ucrania, religiosa y políticamente. Aun cuando los enemigos de Polonia las separaron bruscamente y Joseph Stalin, con la connivencia del clero ortodoxo ruso, violó a la Iglesia de Ucrania, el lazo entre polacos y ucranianos persistió clandestinamente. A fines de los setenta, la orientación de Wojtyla era hacia el este, hacia Ucrania y hacia Rusia.

Por sugerencia del papa Paulo, el cardenal Wojtyla estableció contacto con líderes de otras iglesias del mundo, y visitó Estados Unidos en un extenso viaje por el país. Era un proyecto simple hacer que el mundo exterior al Gulag conociera el carácter y la capacidad del joven cardenal polaco. También le permitía a Wojtyla experimentar directamente el secularismo de Harvard, el provincialismo de los o')ispos norteamericanos, el dinamismo de Nueva York y California. Porque, como Paulo acostumbraba decir: "Nada es mejor que vivir".

A pesar de todos los intentos de oponer entre sí a los cardenales Wyszynski y Wojtyla (éste era el objetivo explícito del gobierno de Gierek a finales de los setenta), los dos hombres se eran absolutamente leales. Nadie podía manosear la estatura de Wyszynski en Polonia, en Roma y en Europa. Nadie podía romper la confianza que Wojtyla mantenía hacia Wyszynski o ni siquiera tocar su relación personal con el anciano primado.

En esos años finales de los setenta, Wyszynski hablaba a veces acerca de temas que todavía se les escapaban a los vigilantes observadores de Oc-

icidente. Muy pocos se dieron cuenta que, ya a comienzos de 1976, las discusiones confidenciales del Politburó de Moscú ya no giraban alrededor de la gastada oposición de capitalismo y proletariado. Esto para el Kremiin era un lenguaje y un pensamiento antiguos. En cambio, como lo expresó Wyszynski en una carta anterior a uno de sus obispos polacos, en febrero de 1976: "Hoy la cuestión se aleja significativamente del nivel de 'capitalismo-proletariado' a otro nivel, que Karl Marx no previó: el establecimiento del neocapitalismo' en una economía colectiva, ejercido por un Estado comunista en nombre de la primacía de la producción para la exportación sobre el ttrabajador". Sólo retrospectivamente, hoy sabemos que es una definición ttan nítida como cualquier otra de lo que tiene en su mente el señor Gorbachov.

Fue una temprana conciencia de que había una mentalidad evolucionando lentamente entre los amos del Kremiin lo que orientó las mentes de estos dos preocupados polacos hacia la URSS como el semillero del cambio para Europa y el mundo. Lo que era distintivo -y, para las mentes no católicas y seculares, severamente desconcertante-, era el colorido mariano que estos cardenales polacos le daban a lo que, después de todo, era un punto de vista geopolítico.

Wyszynski se ofendía ante cualquier sugerencia de que este así llamado marianismo de la Iglesia de Polonia era una cuestión de sentimientos subjetivos. Fue una historiadora y comentarista de Alemania Occidental, Brigitte Waterkott, quien analizó ese marianismo correctamente en su significado geopolítico.

Comentó: "Sería una comprensión completamente equivocada tratar al marianismo polaco como una cuestión exclusivamente de sentimientos. . . La Iglesia polaca ratifica la afirmación de su historia nacional, que encuentra su cima en la idea del especial llamado de la nación polaca en relación con la Iglesia universal, con Europa y con el mundo, en devoción a la Bendita Virgen de Jasna Góra. . . Czgstochowa es el punto central de una imagen histórica de lineamientos mesiánicos... Cuando la nación, después de los Tres Repartos, se unió ante el altar de la Virgen, la unidad externa del Estado fue seguida por una unidad interna, mística".

Es un hecho muy extraordinario relativo a la Iglesia católica del siglo XX que uno de sus cardenales -y un cardenal polaco, para colmo- fuera el primer eclesiástico que conocemos que intuyó hacia dónde estarían dirigidos la mirada y el interés de la Iglesia al final del segundo milenio. Además, que esta reciente orientación hacia Europa y hacia la URSS en particular estaría canalizada a través de la omnipresencia de María, la Madre de Jesús... éste es el elemento más sorprendente. Y Stefan Cardenal Wyszynski fue el instrumento principal en la reorientación de esa mirada y de ese interés. Se encontraba y se encuentra entre los grandes hombres de la época.

En la óptica católica, y sin duda, en cualquier óptica desprejuiciada, parece seguro que la conclusión efectiva del acto de "servidumbre nacional" de los polacos a María en 1966 produjo, inevitablemente, la liquidación del gobierno comunista polaco en 1989, pero, más inmediatamente, tuvo el mérito de que saliera de Polonia el Papa polaco. En un momento particularmente peligroso de la historia del papado, el hecho sobresaliente para los católicos romanos es que Dios eligió a un Papa proveniente de las naciones eslavas. Wyszynski había sido el tutor de Karol Wojtyla en su calidad de hombre de iglesia y de estadista y de polaco. Wojtyla se convirtió en cardenal en junio de 1967, y así fue elegible para una elección papal. Mucho antes de que todo el mundo aprendiera que el equilibrio internacional dependía de un eslavo ruso, Mijaf Gorbachov, tuvo que acostumbrarse a un Papa eslavo.

En su condición de hombre de iglesia, Wyszynski no tenía par entre sus colegas del siglo XX, ya fuera en el Colegio de Cardenales o en todo el episcopado mundial católico-romano. En otra época y bajo condiciones menos duras para Polonia, hubiera sido elegido Papa. Estaba hecho de esa rara madera resumida por Winston Churchill al describir al papa Inocencio XI: "Gentil en sus maneras, tolerante en su temperamento, humano en su disposición de ánimo, amplio y comprensivo en su perspectiva, sin embargo poseía y ejercía una voluntad inflexible y una imperturbable osadía".

Nombrado en una pequeña provincia de la Iglesia católica romana universal, y, por pura necesidad, comprometido personalmente en un combate absorbente y peligroso con mentes estrechas y localistas -"pigmeos sobre altos zancos", los llamaba-, por la propia vida, Wyszynski sabía cómo transformarlo todo con una grandeza que todavía se les escapa a muchos.

La vida y las acciones de Wyszynski testimonian la diferencia abismal que hay entre él y muchos hombres de la Iglesia de hoy. Bajo su guía, la Iglesia de Polonia fue transformada en un paradigma de la Iglesia universal. La desagradable y pequeña lucha interna con los marxistas domésticos fue trasladada a una fase de la lucha mundial de la Iglesia con el mal que está suelto entre los hombres desde la Creación. La amada patria de Polonia fue ascendida a elementos de primera línea en el juego geopolítico de las naciones que se iniciaba. La intimidad religiosa, esencialmente simple, de los polacos católicos con lo divino, fue canalizada para un propósito cósmico... sin duda, fue usada con atrevimiento infantil para arrancarle al Todopoderoso una gracia singular, capaz de suavizar los corazones convertidos en piedra marxista, y de prometer que volvería a poner carne viva sobre los huesos áridos del juicio del hombre occidental, disecado por la razón librada a sus propios y rutinarios medios.

"Hoy", le comentó Wyszynski a un visita nte'norteamericano en Czestochowa en 1966, "se nos ha otorgado el favor de un poder que está más allá de los poderes que existen a nuestro alrededor". No ocultó la causa de su éxito. Sin embargo, debe permanecer siempre como un misterio.

31

Las políticas de la fe

El papa Paulo VI murió el domingo 6 de agosto de 1978 a las 9:40 P.M. A esa misma hora, una llamada telefónica desde Roma a la residencia del cardenal Wyszynski en Varsovia dio la noticia, deteniéndolo así a él y al cardenal Wojtyla en medio de complejas negociaciones Iglesia-Estado en la Polonia comunista, y de discusiones intergubernamentales con las autoridades de Alemania Occidental. El Papa había muerto. La Santa Sede estaba sin un líder legítimo. La vasta institución georreligiosa de la Iglesia católica romana carecía de su guía geopolítico. Mejor que la mayoría de los demás cardenales, los dos polacos comprendieron: ahora, el asunto más importante era remediar esa carencia. Había que elegir a un nuevo Papa.

Por supuesto, para la Iglesia universal eso era importante; toda autoridad y autenticidad religiosas dependían de la aprobación del Papa. Pero en la perspectiva de esos cardenales polacos, la selección del siguiente Papa era sopesada con una nueva gravedad en ese preciso momento de la historia.

Estos dos, viviendo y trabajando dentro de los confines del Archipiélago Gulag soviético, entre ellos habían declarado una lucha sin descanso en Polonia -Wyszynski, durante treinta años; Wojtyla, durante casi veinte-, contra los subrogados polacos de los amos leninistas de Moscú. La habían declarado y ganado. Tal como había sido el destino de Polonia durante casi cuatrocientos años, así a mediados del siglo XX su estado interno estaba condicionado por factores geopolíticos, y estos dos siempre habían hecho y ejecutado sus planes en esa perpectiva geopolítica. Sólo podían considerar la elección de un Papa en esa misma perspectiva. Éste era su modo de hombres de Iglesia. Ésta, también, era su ventaja.

Más armonizados que cualquier persona del Occiderne con el enigmático latido del Estado-Partido soviético, mejor informados que la mayoría de los analistas de la inteligencia occidental sobre las condiciones en los satélites soviéticos y en las repúblicas cautivas, estos polacos habían llegado a convencerse, al inicio de 1978, que, en la profundidad del Estado-Partido, se estaba produciendo un profundo cambio. No un cambio de corazón en el sentido de una conversión de la malignidad a la benignidad hacia el Occidente capitalista. Más bien, una creciente convicción de que la Guerra Fría no podía ser ganada por Moscú, y de que se imponía un nuevo enfoque hacia el Occidente. Wyszynski le informó a Paulo VI a fines de 1977: "Éste es el sentimiento subyacente. Las políticas estalinistas, aun cuando fueron modificadas por Jrushchov y Brezhnev, no conducen a la URSS a ninguna parte... la misma obsolescencia en las naciones cautivas... sólo bolsones endurecidos de partidos locales crecientemente ineptos. . ."

Por supuesto, el Vaticano de Paulo había visto en esto una justificación de la Ostpolitik inaugurada por Juan XXIII, intensificada por Paulo VI y particularmente defendida por la Secretaría de Estado del Vaticano. Sin em bargo, Wyszynski consideraba que esa Ostpolitik era un túnel oscuro sin ninguna luz al final. "Quietud en el statu quo", la llamaba francamente.

Ahora, se estaba produciendo el cambio en la Unión Soviética. Paulo VI estaba muerto. Quienquiera que lo sucediera tendría que guiar a la Iglesia en ese cambio o, por lo menos, debería hacerlo. Era muy predecible que, si cambiaba la política exterior de la URSS, si los señores del Kremlin elegían otra senda hacia sus atesoradas metas geopolíticas, toda la vida internacional quedaría atrapada en una ráfaga de cambios; cambios planeados por esos señores pero inesperados para el Occidente y que dejarían a un lado el túnel sin salida de la actual Ostpolitik del Vaticano.

Sin embargo, la única otra organización institucional sobre la faz del globo que estaba a la altura del alcance geopolítico del Estado-Partido soviético, era la Iglesia católica romana. Tendría que adaptarse a cualesquiera cambios que se introdujeran, no meramente reaccionar a los cambios, sino preverlos, prepararse para ellos y asimilarlos a sus propias condiciones. Ésa, en breve, sería la tarea del sucesor de Paulo VI. Rara vez, en la larga historia de las elecciones papales, la elección del Papa había contenido tan portentosas consecuencias para la decisión que en poco tiempo tomarían ciento once cardenales electores en Roma, en el próximo Cónclave.

A los pocos días de la muerte de Paulo VI, Wyszynski y Wojtyla recibieron sus citatorios personales para que fueran a participar en el Cónclave que elegiría al Papa sucesor, enviados por el Camarlengo papal, Jean Car denal Villot, ahora jefe ejecutivo a cargo del gobierno interino del Vaticano y de todos los asuntos del Cónclave. La hora de apertura del Cónclave fue fijada precisamente a las 5:00 P.M. del viernes 25 de agosto. Pero era aconsejable llegar a tiempo para las d scusiones anteriores al Cónclave con sus hermanos cardenales -los cientc once de ellos, cada uno con los mismos

citatorios personales en su bolsillo, apresurándose a ir a Roma desde los cuatro puntos cardinales-, antes de quedar aprisionados en el aislamiento fuertemente custodiado del Cónclave.

Cuando los dos polacos se acomodaron en sus asientos para el viaje Varsovia-Roma el 18 de agosto, iban ligeros de equipaje. Cada hombre llevaba una pequeña maleta, realmente un bolso conteniendo los acostumbrados artículos personales para pasar una corta temporada lejos de casa. Cada uno tenía en el bolsillo un boleto abierto. Razonablemente, Wyszynski podía esperar que éste fuera el último Cónclave al que asistiría. En tres años más, a los ochenta años, ya no sería elegible para votar en una elección papal. Ahora esperaba cumplir con sus funciones normales como Cardenal Elector y luego seguir su camino tranquilamente hacia la eternidad que se acercaba. Su colega más joven, el cardenal Wojtyla, estaba en una situación diferente. Polonia lo necesitaba, especialmente cuando muriera Wyszynski.

Este viaje hacia el sur sería precisa y suficientemente largo como para permitirles a ambos ajustar sus mentes en los temas de la próxima elección, pero, junto con un Cónclave rápido, sólo les impondría una breve lejanía de las cuestiones nacionales. De inmediato ambos estarían de regreso y retomarían las cosas donde las habían dejado. Sin duda, en ese agosto de 1978, el hecho era que ninguno de ellos ni, para el caso, el propio Camarlengo, esperaba un Cónclave prolongado. Los tres eran realistas. Ellos y la mayoría de los Cardenales Electores conocían el fondo: en esta coyuntura en particular, un Cónclave prolongado quedaba eliminado por la condición en la que el papa Paulo VI había dejado su Iglesia y por las facciones casi irreconciliables que existían entre los Cardenales Electores como cuerpo electoral.

Sentados uno junto al otro en ese viaje a Roma, conversando, sesteando ocasionalmente, leyendo y comentando documentos relacionados con el Cónclave, Wyszynski y Wojtyla tenían la gran ventaja de su ya muy estrecha relación. Desde el nombramiento de Wojtyla como obispo auxiliar de Cracovia en 1958, y más intensamente desde que se convirtiera en cardenal en 1967, los dos hombres habían trabajado juntos como carne y uña: Wyszynski como la mano que guía, Wojtyla como el listo e ingenioso *secondo.* Eclesiásticamente, uno era un cardenal más antiguo que el otro, personalmente, eran más como padre e hijo.

Entre los dos, habían logrado llevar al desesperadamente confuso gobierno estalinista de Varsovia hasta un rincón diplomático y político, abriendo la primera brecha en el rígido control ejercido localmente por Moscú. En 1978, podían mirar hacia adelante confiando en la posibilidad de una quiebra en el control marxista de la fuerza de trabajo de Polonia. El sindicato Solidaridad de los ochenta estaba en proyecto. Polonia, como el peón geopolítico que había sido durante tanto tiempo, podía estar en la vanguardia del enorme cambio que ambos hombres sentían que se estaba produciendo. Wyszynski y Wojtyla eran una combinación sin par.

Pero con esa relación estrecha y el lazo personal entre ellos, continuaban las diferencias inevitables que surgían de la edad y de la mayor antigüedad. Wyszynski mismo, de setenta y siete años, se había formado en un mundo que literalmente murió en el momento en que Wojtyla, de cincuenta y ocho, había nacido. Wyszynski ya era un veterano de dos Cónclaves papales de importancia capital (de 1958 y 1963, respectivamente); había vivido gajo seis papas y conocía en persona a cuatro de ellos. Lo que había que saber acerca del Vaticano de Roma y de los asuntos vitales de la Iglesia universal, Wyszynski lo sabía. Todo eso todavía estaba en el futuro para Wojtyla. Wyszynski le había comunicado a su colega más joven lo que podía comunicarle y lo estaba haciendo particularmente ahora, en este viaje.

Sin embargo, había cuestiones que no podía comunicarle al hombre más joven, por lo menos, los secretos de los cónclaves previos, que estaban protegidos por un solemne juramento. Y después estaban otras cosas (los frutos sólo de la experiencia, lo que un poeta polaco llamó los "largos pensamientos de la vejez"), que Wyszynski camuflaba con su sentido del humor. A su tiempo, confiaba en ello, Wojtyla llegaría a compartirlas. A su tiempo.

El punto crucial del futuro Cónclave era algo que ellos ya habían discutido antes de la muerte de Paulo VI. Wyszynski había estado en Roma el año anterior, durante cuarenta y un días, conversando delicados asuntos de Estado con el papa Paulo. En agosto de 1977, Paulo había estado cerca de la muerte. Él y Wyszynski habían sostenido varias conversaciones privadas prolongadas. El anciano y muy fatigado Pontífice le había confiado al polaco sus temores por el futuro de la Iglesia a causa de sus propios fracasos, y el triunfo de los elementos de la Antiiglesia, tanto en su propio Vaticano como en torta la estructura de la Iglesia. También habló de la temible fuerza instalada -entronizada podría ser una palabra más adecuada- en el corazón del Vaticano a partir de 1963, el año de la elección de Paulo como Papa.

En resumen, el pesar sumario del papa Paulo era que cuando le llegara la muerte (y durante los últimos dieciocho meses de su vida rezó diariamente por eso) le legaría a su Iglesia una funesta ambigüedad concerniente al sacrosanto y vital oficio papal y a la Iglesia, una ambigüedad que él no había disipado efectivamente en todo su pontificado de quince años. En ese viaje a Roma de agosto de 1978, ambos cardenales polacos se dieron cuenta que esa ambigüedad se había inflado ahora hasta convertirse en una crisis constitucional. Estaban amenazados el oficio papal y la integridad de la Iglesia. La ambigüedad era en gran parte la creación de la Antiiglesia y era su arma principal.

Wyszynski podía rastrear esa ambigüedad hasta los años treinta, Wojtyla se la había encontrado mucho más tarde, en los cincuenta, y especialmente durante el Segundo Concilio Vaticano (1962-65). Consistía en dos creencias

mutuamente excluyentes, comunes entre el personal oficial de la Iglesia católica romana: cardenales, obispos, sacerdotes, monjas, teólogos y filósofos profesionales, y -en aquella época- un número muy restringido de laicos. Esas creencias opuestas concernían a la organización institucional católica romana, incluyendo al papado. Tanto Wyszynski como Wojtyla se daban cuenta de que los Cardenales Electores en el futuro cónclave estaban divididos por la mitad entre estas dos creencias opuestas y que probablemente no había manera de reconciliarlos. Como teólogo, Wojtyla los describiría como dos eclesiologías irreconciliables: es decir, conceptos fundamental y mutuamente excluyentes de lo que era la Iglesia, de lo que era el papado.

En una eclesiología, esa organización eclesiástica es adecuadamente descrita como un "reino" o "monarquía", con todas las connotaciones clásicas de esos términos: un esquema estructural jerárquico, una sola cabeza con autoridad -el Papa- que delega su autoridad a través de la estructura; centros de poder por designación, no por elección: los obispos; la preservación y transmisión de la tradición; veneración de los símbolos; la sublimación de todos los ideales sociales, así como personales según las opiniones del "reino"; desigualdad y subordinación de todos los miembros del "reino" dentro de los patrones jerárquicos intocables: los laicos sujetos a los sacerdotes, los sacerdotes a los obispos, los obispos al Papa; la exclusión de las mujeres del sacerdocio; la especificidad y exclusividad de todos los miembros del "reino": sólo dentro del "reino" y por el ministerio del "reino" se podía alcanzar la salvación divina: "Fuera de la Iglesia, no hay salvación".

Ésta era la creencia y doctrina tradicional sobre la organización católica romana: el Papa, como Vicario de Cristo, dotado de infalibilidad personal (garantizada solamente dentro de rigurosas condiciones); con una primacía universal de unidad -él era el elemento único unificador de todos los cristianos, con una supremacía universal como autoridad en la enseñanza-, era la última palabra en cuestiones de fe y de moral; y con una primacía universal de jurisdicción -todo el poder de la Iglesia para enseñar y gobernar, ya sea local o universalmente- derivaba su legitimidad solamente de él, directamente o a través de los canales de la jerarquía designada.

La eclesiología opuesta describía a la Iglesia como el "pueblo de Dios", dotando a la palabra clave, "pueblo", con un mundo de significado. El pueblo como fuente de todo poder y legitimidad, por lo tanto, de todo poder clerical, sea del sacerdote, obispo o Papa. El pueblo como fuente y autorización de todas las normas de fe, de todo el orden religioso, de todas las leyes -incluyendo la definición de lo que es pecaminoso y qué plegarias hay que decir- y de todo el ministerio pastoral y toda celebración litúrgica. El pueblo constituyendo el voto mayoritario por el que debe regularse toda la vida religiosa y moral. El pueblo como compuesto de iguales con iguales derechos, sin hacer distinción entre hombre y mujer, entre ministros de la religión y aquellos que reciben su ministerio. El pueblo como estrictamente

pluralista en su actitud hacia las diferencias, sin homofobia ni heterofobia, sin restricciones a la expresión sexual. El pueblo como buscador de mayor y rnayor homogeneización con la generalidad de la humanidad y asimilación a la misma, sin ninguna idea de que una forma de vida religiosa es superior a todas las demás o única en sí misma, sin ningún rastro del antiguo síndrome "de misión" o "de conversión" o de los antiguos esfuerzos propagandísticos, sin ningún apego a un lenguaje litúrgico, como el latín.

En otras palabras, la eclesiología del "pueblo de Dios" proponía una completa democratización de toda religión, y evitaba corno a la peste cualquier rastro del anterior y tradicional carácter "especial" del catolicismo romano.

El elemento Antiiglesia que estaba dentro de la organización institucional de la Iglesia católica era, en 1978, una cosa que tenía mucho tiempo. Los nombres de los prominentes partidarios de la Antiiglesia eran bien conoci dos por todos, igual que sus alianzas con fuerzas no católicas. Existían en todos los miembros y canales de la organización católica romana, particularmente en muchos puntos de estrangulamiento claves en el sistema de funcionamiento del gobierno de la Iglesia católica romana. Eran obispos, teólogos, cardenales, hasta miembros de la burocracia vaticana.

Lo que siempre había perturbado a Wyszynski era la peculiaridad de que los partidarios de la Antiiglesia insistían en permanecer dentro del sistema de gobierno católico romano. Trabajaban para alterar profunda mente ese sistema. Nunca se llamaban a sí mismos sino católicos romanos, y jamás salían de la Iglesia en abierta apostasía, cisma o herejía. Insistían en que eran católicos romanos y que la nueva eclesiología -la idea del "pueblo de Dios"- era la idea verdaderamente católica romana. Constantemente minaban al convencimiento de que el obispo de Roma -el Papa- tuviera ninguna autoridad dominante especial sobre los demás obispos de la Iglesia. Más bien, el obispo de Roma debía conducirse como cualquier otro obispo de la Iglesia, quedando sujeto a los votos de los demás obispos y de los laicos. Cualquier noción de un Oficio Pontificio especial, de las Llaves de la autoridad, debía ser abandonada como anticuada y contradictoria e irreconciliable con la democratización de la religión y la declaración de derechos humanos.

Porque ese antiguo papado era el único obstáculo que bloqueaba la unión del "pueblo de Dios" de la Iglesia católica, con todos "los pueblos de Dios" de todas las demás religiones, para alcanzar así la plena unidad humana del "pueblo de Dios". De la misma manera, las viejas distinciones entre sacerdote y laico, entre la "Iglesia que enseña" (el clero, desde el Papa al sacerdote) y la "Iglesia que aprende" (los laicos) tenía que desaparecer.

En el Segundo Concilio Vaticano se registró un triunfo de la Antiiglesia. Los obispos presentes en el Concilio habían preferido deliberadamente describir a la Iglesia católica romana como "el pueblo de Dios". En los textos oficiales que aprobaron como declaraciones conjuntas, se refirieron a la Iglesia dieciocho veces como el "Reino de Dios", pero ochenta veces llama-

ron a la Iglesia "el pueblo de Dios". Quizá los obispos no comprendieron las implicaciones de lo que estaban haciendo, pero los observadores protestantes sí. "Esta imagen... significa que a los laicos se les asigna una función eclesial", escribió Peter Meinhold. "Ahora desaparecerán muchas de las viejas distinciones entre clero y laicado".

Franz Cardenal Koenig de Viena lo dijo todavía más explícitamente: "Las viejas distinciones entre la Iglesia enseñante [el personal oficial) y la iglesia oyente [el laicado), entre la Iglesia que manda y la Iglesia que obedece, han dejado de existir. . . Es el laico quien representa directamente al Señor Jesucristo frente al mundo".

La gran crisis por la Antiiglesia llegó con el Cónclave que se reunió en junio de 1963 para elegir un sucesor del papa Roncalli. Wyszynski, quien había estado presente en el Cónclave, no podía revelar los detalles de lo que había pasado. Pero se sabía lo suficiente acerca de las dos principales facciones de los Cardenales Electores como para indicar lo cerca que llegó la Antiiglesia al desastre. Estaba en juego la elección de uno de dos principales cardenales candidatos: Giovanni Battista Montini, de Milán, y Giuseppe Siri, de Génova. Eran dos polos opuestos en eclesiología.

Montini, que no era un miembro aceptado de la Antiiglesia pero pertenecía a ella en su sentimiento liberal, perspectiva sociológica progresista, convicción antirromanista y humanismo neomoderno, era el candidato más fa vorecido por la Antiiglesia. Con credenciales impecables en el gobierno de la Iglesia y como estadista eclesiástico, políticamente aceptable en Italia, Francia, Holanda, Inglaterra y Estados Unidos, de irreprochable piedad personal y estilo de vida, Montini estaba hecho a la medida para la Antiiglesia. Era un gran entusiasta de la eclesiología del "pueblo de Dios". Posiblemente podrían inducirlo a no ejercer el oficio pontificio y así dejarlo caer en desuso, y, con optimismo, volverse ocioso y obsoleto. En todo caso, siendo un hombre que amaba la paz en su propia casa por encima de todo lo demás, probablemente procuraría evitar un desafío a la Antiiglesia o tomar partido en relación con esa ambigüedad.

Para los cardenales de mente tradicionalista, el campeón indudable y la elección era Giuseppe Siri, cardenal arzobispo de Génova, un hombre cuyos créditos tradicionales eran tan seguros y bien conocidos como aquellos del difunto papa Pío XII o los del papa Pío XI, que habían actuado con anterioridad en el siglo. Siri también era un eclesiástico sensato. Usted puede tener que "tolerar" el reumatismo o los daños del cáncer, pero no la corrupción de la doctrina o el abandono del principio moral. "La tolerancia", dijo una vez, "no es una virtud. Es un mero expediente, cuando uno no puede hacer otra cosa". Siri, como Papa, no toleraría la tendencia de la Antiiglesia. Ejercería al máximo el oficio pontifical, inmediata e inequívocamente. Siri era un hombre de los que le gustaban a Wyszynski. Con Siri como Papa, Wyszynski podría haber trabajado como con un espíritu compañero.

Cualquier cosa que Wyszynski le comunicara a Wojtyla sobre el Cónclave

de junio de 1963, es seguro que no violó su juramento de secreto durante ese viaje hacia el sur, a Roma, o en cualquier otro momento. Pero pudo no haber tenido remordimiento en decirle a su colega más joven que la crisis en ese cónclave fue la violenta reacción de los partidarios de la Antiiglesia contra la candidatura de Siri; podían leer la escritura en la pared. Siri hubiera significado el fin de la Antiiglesia, el fin de toda la ambigüedad acerca de lo que era la Iglesia, y un fin a todas las esperanzas alimentadas por los enemigos de fuera de la Iglesia, de que el papado sería efectivamente eli minado.

Es igualmente seguro que dentro de la votación del Cónclave de 1963, Siri había reunido el número requerido de votos para hacerlo Papa electo. Pero la ley del Cónclave es de hierro; para que cualquier elección de un cónclave termine con un Papa válidamente elegido, el Papa electo debe aceptar libremente su elección. *'¿Acceptasne fieri in Romanum Pontificem?* (¿Acepta ser hecho Papa?), la pregunta planteada ritualmente a cada Papa electo, provoca un corto pero profundo abismo de silencio sobre la fierra y en el Cielo, porque ahora la voluntad de un solo individuo tiene la decisión sobre una larga historia futura.

Es seguro que el Papa electo, cardenal Siri, respondió: *'Non accepto"* (No acepto[. También es seguro que, como sucede con frecuencia, agregó unas pocas palabras indicando por lo menos en términos generales por qué no aceptaba. También es seguro que, en esas palabras, sugirió que daba su negativa por su convencimiento de que sólo así podrían ser evitadas las previstas posibilidades de grave daño, pero si era daño a la Iglesia, a su familia, a él personalmente, eso no es claro. Indicó que su decisión había sido tomada libremente y no por alguna compulsión; de otro modo, cualquier elección posterior en ese Cónclave no hubiera sido válida. Todo esto era moneda corriente de la información sobre el Cónclave, y Wojtyla debió conocerla.

Lo que no debió haber sabido de la misma manera era lo que Wyszynskí no podía lícitamente decirle. lo que forzó la mano de Siri para rechazar el papado. Esto jamás se convirtió en parte de la información general. Wojtyla debió oír los rumores dichos firmemente, pero Wyszynski no los confirmaría ni negaría si Wojtyla le preguntaba. Y Wojtyla no le preguntaría. Por respeto al juramento de mantener el secreto hecho por Wyszynski, no le hubiera preguntado si eran exactos los rumores de la "pequeña brutalidad". Sin ningún medio de confirmarla por medio de declaraciones ante notario y testimonios debidamente juramentados, el resto del mundo se queda con la información de que la nominación y la elección de Siri fueron hechas a un lado por lo que se ha llamado la "pequeña brutalidad".

Una vez que el área del Cónclave del Vaticano ha sido sellada -puertas con doble cerrojo, centinelas apostados, vigilancia electrónica- supuestamente no hay comunicaciones con el mundo exterior, excepto por la necesidad más grave y por personas autorizadas. Tal necesidad grave pu-

dieran ser las necesidades físicas de los electores (han mrlerto cardenales en el cónclave o han sido sacados de él para morir), o graves razones de Estado, tales como la existencia misma del Estado de la Ciudad del Vaticano o de sus miembros o dependientes. Porque "la necesidad no tiene ley".

Lo que está firmemente establecido es que por lo menos un cardenal elector tuvo una conversación -no importa lo breve- con alguien que no participaba en el Cónclave, que ese alguien era un emisario de una organi zación con base internacional, que no se violó por ese hecho ninguna regla explícita de la privacidad del Cónclave y que la conversación concernía a la candidatura de Siri. Un incidente semejante durante el Cónclave podría ser justificado como concerniente a una "grave cuestión de seguridad del Estado", con una cierta permisible extensión de los términos de la ley del Cónclave.

Lo que es seguro es que la candidatura de Siri fue hecha a un lado y con la mayor probabilidad en conexión con esa conversación: ésta, en suma, es la "pequeña brutalidad" firmemente rumoreada en los círculos roma nos en la época del Cónclave de junio de 1963 y desde entonces. El único candidato viable disponible y que era aceptable para ambos bandos era Montini. Después de un cónclave de tres días, emergió como Paulo VI.

Las fuerzas de la Antiiglesia apenas habían evitado tener un Papa que hubiera logrado terminar con sus esperanzas, ahora tenían a uno a quien podrían manejar. Aquellos con una eclesiología diametralmente opuesta todavía tenían lugar para la esperanza. Montini, progresista en cuestiones sociales y políticas, era conocido como ortodoxo en teología y de una profunda piedad personal.

Así, los Cardenales Electores emergieron con la crisis entre ellos a todo vapor, y con esa fatal ambigüedad pendiendo sobre un punto vital de la Iglesia. Tal como resultó después, el papa Montini le daría su jefe a la Anti iglesia. Jamás resolvería la ambigüedad que ahora reinaría: ¿qué es la Iglesia católica romana? ¿Una organización esencialmente jerárquica, basada en el gobierno autoritario? t0 un conjunto de iglesias, débilmente enlazadas, en el que las funciones sagradas y toda la administración temporal estaban democratizadas de acuerdo con la decisión del "pueblo"? Esa ambigüedad cubrió a la organización durante todo el pontificado de Paulo VI.

Mientras los dos cardenales comentaban y reflexionaban sobre esa crisis de ambigüedad, vieron claramente que no había esperanza de resolverla en el próximo cónclave. Las dos principales facciones que proponían eclesiologías irreconciliables eran más fuertes y estaban más profundamente atrincheradas e irreconciliables que nunca. Se elegiría a otro candidato de compromiso, y rápidamente. El formidable Siri estaría en este cónclave. Reuniría muchos votos, si anunciara su disposición a ser tomado en consideración. Pero ambos sabían que no lo haría.

Para ellos, viviendo y luchando sobre el filo del poder geopolítico, esta conciusión era lúgubre. Un Papa de compromiso no sería libre de ejercer ningún liderazgo geopolítico. Tampoco podría ser realmente efectivo geo rreligiosamente. La ambigüedad plagaría todos sus días como Papa. Por lo rnenos una vez durante ese viaje, Wyszynski debió haberle echado una rnirada a su colega más joven preguntándose si surgiría su nombre. Wojtyla no estaba dispuesto a entrar a la competencia, eso estaba claro. Tampoco se lo aconsejaría Wyszynski, si se lo hubiera preguntado. Aparte de ser necesitado urgentemente en Polonia, Wojtyla tendría que cargar con esa ambiguedad y sería un blanco para la Antiiglesia. No, éste no era el día de Wojtyla.

En e' Cónclave, las cosas sucedieron como se esperaba. En un día, 26 de agosto, después de tres rondas de votación -una para eliminar a los posibles candidatos, una para probar la fuerza del principal y una para confiar su elección por voto unánime-, ese candidato principal aceptó s.: elección.

El candidato era Albino Luciani, el Patriarca de Venecia, de sesenta y seis años, hijo de un trabajador migratorio socialista de la Calle de la Media Lura de la aldea de Forno di Canale; sacerdote a los veintitrés, obispo a los cuarenta y seis, cardenal a los sesenta, un franco opositor del comunismo (aunque siempre en buenos términos con los jefes comunistas locales), un humanista de cierta distinción, un teólogo conservador, conocedor pero no demasiado entusiasta acerca de los ecumenistas y sus sueños, y con cuarenta arios detrás de él de servicio sólido, sin relieve, como prelado. Él eligió su propio nombre papal, Juan Pablo, en honor de Juan XXIII, quien lo hizo obispo, y de Paulo VI, quien lo hizo cardenal, y prometió continuar sus políticas, al mismo tiempo que mantener intacta la "gran disciplina de la Iglesia en la vida de sacerdotes y laicado". El "Papa Sonriente", como se lo llamó, no ofendía a nadie pero era el hombre de nadie, aparentemente. El compromiso perfecto. La Antiiglesia se acomodó para esperar. Sus oponentes rezaban con esperanza.

Después de terminado el Cónclave, muchos de los Cardenales Electores decribieron a Juan Pablo I como "el candidato de Dios", y por lo menos en los labios de ciertos electores, la frase parecería haber tenido un significado para ellos que iba más allá del significado obvio y aparentemente pío. Su elección no extinguía las probabilidades de ninguna de las partes en contienda. Meramente aplazaba el día de la confrontación.

Probablemente nunca sabremos con gran detalle lo que pasó entre Juan Pablo I y los dos cardenales polacos durante sus entrevistas separadas con el nuevo Papa. Cuando un hombre se sienta solo sobre esa cima de responsabilidad papal, tiene lo que los italianos llaman una "segunda vista" (queriendo decir una dimensión extra de la percepción) para los peligros

de la alta posición. Wyszynski había estado en ese alto lugar en su propio día ya su propio modo. Entendía el heroísmo requerido de un hombre para que permaneciera calmado y sereno -aunque fuera el "Papa Sonriente"- mientras el piso bajo sus pies comenzaba a temblar.

Los dos polacos dejaron Roma y regresaron a Polonia con gin cuadro bastante exacto de la crisis interna de la Iglesia de Roma. La transición de un pontificado a otro había sido demasiado suave para ser cierta. Mientras tanto, Wyszynski tenía una cita importante en Alemania.

Wyszynski había preparado el terreno para la visita alemana. Su carta de 1965 a los obispos alemanes era directa: "Perdonamos y pedimos perdón". El odio polaco-alemán tenía que terminar. Wyszynski no podía concebir una "Europa desde el Atlántico hasta los Urales" sin Alemania y sin Polonia. En respuesta, los principales obispos de Alemania habían venido a Polonia en lo que podía describirse como una visita de penitencia y de reconciliación. Repentinamente, todos tos círculos gobernantes de Polonia, Alemania y la URSS vieron el efecto a largo plazo de la carta de Wyszynski. Todo esto tuvo lugar en los sesenta.

En septiembre de 1978, a su regreso de Roma, Wyszynski partió para una visita de cinco días a Alemania Occidental, acompañado por Karol Wojtyla y una delegación de obispos polacos. Ahora había creado una plataforma para emitir sus opiniones geopolíticas sobre esa "Europa del futuro".

En su primer discurso dijo: "Nuestras dos naciones han sido educadas por la Iglesia católica romana. La Providencia nos ha dado una base para la unidad porque no tenemos simplemente fronteras comunes, sino también una herencia religiosa compartida". En Fulda, Alemania Occidental, el 20 de septiembre, fue más específico: "Muchas veces hemos tenido la esperanza de que llegaría el día en que nosotros -polacos y alemanes- podríamos hacer lo que ha sido hecho en el pasado y lo que estamos haciendo hoy: es decir, construir una Europa de Cristo, una Europa cristiana". Al día siguiente, advirtió que "nuestra reunión... puede ser hasta un escándalo a ojos de los políticos", y luego blandió la fuente de su confianza: "En Europa Central hemos trabajado durante siglos para establecer aquí el Reino de Cristo". Les gustara o no a los marxistas o socialistas o demócratas cristianos, "Europa debe darse cuenta una vez más que ella es un nuevo Belén, del mundo, de pueblos y naciones". La reserva implícita hecha por Wyszynski, que es la reserva que hace hoy Juan Pablo II, era clara para todos los oyentes: "Europa desde el Atlántico hasta los Urales" es posible sólo si está basada en la civilización cristiana y motivada por los valores cristianos, ambos dependientes, finalmente, de la tutela milenaria del papado.

Cuando Wyszynski regresó a Varsovia esa semana de septiembre que comenzó el domingo 24, le dieron una noticia que lo alteró enorme, pero

extrañamente. El papa Juan Pablo I había recibido a cierto clérigo ortodoxo ruso, el metropolitano Nikodim de Leningrado y Ladoga, el eclesiástico con el segundo rango más alto de la Iglesia ortodoxa rusa gobernada por los soviéticos, quien ostentaba el rango de coronel de la KGB. Nikodim, interrogado once veces por la KGB por sospecha de traición, negociador oficioso del arreglo entre el papa Juan XXIII y Nikita Jrushchov en 1960, había muerto de un aparente ataque al corazón en el estudio papal en Roma, recibiendo de Juan Pablo I la absolución de los pecados y la bendición a los agonizantes.

La sensación de que había problemas que tuvo Wyszynski se confirmó en las primeras horas del jueves de esa misma semana: una llamada telefónica desde Roma anunció que Juan Pablo I había sido encontrado muerto en su lecho. El primado sabía las consecuencias: otro cónclave, otro Papa, sí, pero ahora, lo más probable, una confrontación. No había disponible otro Albino Luciani para la elección. El Colegio de Cardenales ya se había polarizado. Ura crisis jerárquica de primer orden pendía sobre el viaje de regreso de los cardenales polacos a Roma, para el cual Wojtyla nuevamente había empacado una maleta pequeña. Lo que sucediera tendría que suceder rápidamente, tan pocas alternativas quedaban para los Cardenales Electores.

Allá en Roma, durante los días y horas que precedieron inmediatamente al Cónclave, entre los futuros Cardenales Electores no había duda sobre dos puntos.

Primero, ellos estaban divididos por el medio -casi por partes iguales- sin tener ostensiblemente ningún principio común que compartir para elegir a un sucesor para el ahora difunto "Papa Sonriente", Juan Pablo I. Esa horrible ambigüedad, legado de Paulo VI, estaba en la base de su imposibilidad de reconciliación. Segundo, la figura dominante entre ellos fue la de Stefan Cardenal Wyszynski.

Los partidarios del "pueblo de Dios", los "pesados" eclesiásticos, todos ellos, querían un candidato que procurara la descentralización de la Iglesia, quien sería un símbolo de unidad, no de jurisdicción. La Curia papal debía convertirse en una cancillería diocesana local. Los obispos actuarían por corisenso general. El laicado tendría pleno acceso a todos los puestos de la Iglesia. Se forjaría la unidad de la fe con otras religiones, como iguales en la posesión de la verdad. La religión se convertiría en la criada de los esfuerzos de los hombres por crear un nuevo orden mundial. Los líderes del bloque eran formidables: Giovanni Benelli de Florencia, Leo Suenens de Bélgica, Jan Willebrands de Holanda, Franz Koenig de Austria, Paulo Evaristo Arns de Sáo Paulo, Brasil, Eduardo Pironio de Argentina, Basil Hume de Inglaterra, Frangois Marty de París. Tenían sus candidatos preferidos: Hume, Marty, Benelli.

El grupo opositor se agrupaba alrededor de Giuseppe Siri de Génova, Josef Hóffner de Colonia, Pericle Felici del Vaticano. El primero era verdaderamente el viejo león de la política de la Iglesia, una vez Papa electo por

derecho propio, un formidable adversario en la discusión y muy influyente en los círculos políticos. Hóffner, de visión aristocrática, intolerante hacia cualquier idea sobre la "democratización" de la Iglesia, prelado principal de una provincia "ricacha" de la Iglesia católica, respetado acreedor de los católicos de muchos países del Tercer Mundo, estaba respaldado por su prestigio personal y dominante talla política no solamente en Alemania Occidental, sino en los países de Europa Central. Felici era un veterano del Segundo Concilio Vaticano, del que había sido secretario, un excelente especialista en derecho canónico que hizo todo lo que pudo, pero fracasó, para impedir que el partido de la Antiiglesia "atracara" ese Concilio.

En Roma, desde el comienzo de las discusiones anteriores al Cónclave, en preparación para el mismo, que comenzaría a las 5:00 P.M. del sábado 14 de octubre de 1978, se destacó un cardenal, Stefan Wyszynski de Polonia, a causa de un rasgo impresionante de su comportamiento: su flexibilidad única, y porque muy obviamente no hablaba en términos, partidistas o no, de la eclesiología divisoria que separaba a los dos bloques. El foco de interés de Wyszynski estaba en otra parte. Estaba hablando del futuro cercano, y en términos geopolíticos. Las superpotencias, Estados Unidos y la URSS; las grandes potencias, Alemania, Francia, Japón, Europa "del Atlántico a los Urales" como una unidad; la agobiante pobreza del Tercer Mundo; la occidentalización de las naciones africanas y asiáticas por medio del comercio y de la industria. Esto constituía la sustancia de sus comentarios.

Además, sus hermanos cardenales se daban cuenta de que este polaco había estado en el infierno y regresado, por así decirlo. Y venía llevando sus cicatrices permanentes en la mente y en la voluntad como trofeos de una fuerza superior a la fuerza de toda la inteligencia humana. Llegaba provisto de raras lecciones e inspiraciones, recompensado por su genuino heroísmo con un profundo sentido de lo que es la Iglesia, preparado, con habilidades invencibles, para el combate cuerpo a cuerpo, iluminado sobre la verdad última relativa al Oficio de Pedro, más allá de la capacidad que pudiera tener cualquier otro del Cónclave para contradecirlo. Era, para todos, venerable.

Recubriendo esta personalidad había una flexibilidad única y atractiva, una habilidad genuina para entrar a la mente del otro hombre, comprenderla y descubrir cualquier terreno en común que pudiera haber entre ellos. Tenía una sola limitación: no negociaba sobre las cosas esenciales. En alguien que siempre hablaba con el "gran cuadro" de los asuntos humanos a la vista, esta flexibilidad lo hacía único. No tenía igual, y todos lo sabían, los cardenales curiales y los "nacionales" por igual, aunque todos tuvieron que reconocer su impasse antes de volverse seriamente hacia él en busca de una salida. Y ningún otro Cardenal Elector fue capaz de enfrentarse a la crisis con una habilidad comparable a la suya. Cardenales burócratas, cardenales "pastorales", cardenales académicos, cardenales de "limusina", cardenales de salón, cardenales santos, cardenales políticos, cardenales decatolicizados, cardenales aristocráticos, cardenales del "frente popular", cardenales reac-

ciónarios, cardenales apóstatas... ninguno de ellos entró al Cónclave con el poder de espíritu interior que Wyszynski había ganado en los campos de la muerte de Polonia, adyacentes al Archipiélago Gulag leninista. La volatilidad de un Benelli se estabilizaba convirtiéndose en reverencia en la presencia de Wyszynski. La vulgaridad de un Hume, la cruda ambición de un Pironio, la irreflexión de un Willebrands.. . todas se apagaban cuando se enfrentaban con la bien conocida mirada de Wyszynski y con el conocimiento de la experiencia directa de la línea de fuego que tenía el primado polaco.

En el momento en que entraron al Cónclave el 15 de octubre, iban con ellos dos elementos: la imposibilidad de un genuino candidato de compromiso del tipo de Albino Luciani, y la dependencia del resultado del Cónclave de la postura de Wyszynski en la votación real. El primer día se dedicó ritualmente a poner oficialmente sobre aviso a cada bloque (por medio de votaciones sucesivas y sin consecuencias) que ninguno podía reunir la mayoría requerida de dos tercios más uno para poner a un candidato por encima de los demás. La hora más gloriosa de Wyszynski llegó al día siguiente, el lunes 16 de octubre.

Por los recuerdos de aquellos que estuvieron activamente preocupados por la elección de un candidato papal -porque un cierto número fue más pasivo que nada-, es claro que el molde mental de Wyszynski se convirtió en algo fijo en las mentes de los Cardenales Electores. Llegaron a ver el mundo que los rodeaba como lo veía él, aunque no todos ellos compartían su evaluación de ese mundo.

Estaban las tres Internacionales de Wyszynski: la Internacional Roja del marxismo-leninismo, la Internacional Dorada del Gran Dinero y la Internacional Negra de la Iglesia clerical. Aquellos más viejos que habían hecho sus compromisos con el marxismo o con la masonería se quejaban de su estrictez. Pero tenían que estar de acuerdo con la estructuración de la sociedad de las naciones.

Luego estaba la política de Wyszynski de "no más catacumbas" y de tratar activamente con el marxismo-leninismo, coexistiendo con él y derrotándolo en su propio terreno y por encima de él en el campo sociopolítico. Finalmente, estaba su predicción, muy sobria, muy vibrante, que sonaba auténtica, sobre el destino de la organi,ación de la Iglesia en los restantes años de este milenio. La URSS, con su Archipiélago Gulag de opresión y su parvada de naciones y "repúblicas" cautivas, estaba en vías de disolución, una disolución deliberadamente maquinada por los sabios arquitectos del Estado-Partido. El territorio clave y el área focal del cambio sería Europa Central. El provocador del cambio sería Rusia. La sociedad de naciones entera inevitablemente sería influenciada por ese cambio gigantesco.

Ya fueran partidarios del "pueblo de Dios" o de la "Iglesia jerárquica", todos ellos apoyaban y compartían el documento del Segundo Concilio Vaticano que presentaba a la Virgen María como Madre de la Iglesia. . . "del pueblo" o "jerárqu?ca". Wyszynski insistía en esta unidad. "Toda la consti-

tución [de la Iglesia]", dijo, "es a la vez Cristocéntrica y mariana. Es como si hubiera brazos para abrazar a la Familia del Hombre.. . El Concilio [Vaticano] unió a la mariología con la eclesiología".

Implícitamente, Wyszynski estaba invocando una fuerza espiritual -la intercesión todopoderosa de María ante Dios-, como lo habían hecho otros polacos como él en todas sus vicisitudes. La suya era la misma voz que la de Jan Kazimierz, Jan Sobieski, el primado August Hlond. Wyszynski fue más lejos que ellos todavía, pidió la bendición de María sobre sus hermanos cardenales, usando el título que los polacos siempre le han conferido a ella: Nuestra Señora de Jasna Góra, la Montaña Brillante. Su plan para romper el estancamiento era, en sus términos esenciales, tan simple como eso.

Pero nadie que escuchara a este hombre en una conversación privada o en una alocución pública podía tomarlo equivocadamente por un simple carácter pío, devoto, sin conciencia de los duros hechos de la vida. Sabían que Stefan Wyszynski era otra cosa. Lo habían visto en acción. Algunos de ellos lo habían llevado a una discusión, sólo para verse superados.

"Nada es mejor que vivir' es un viejo adagio. Wyszynski lo había vivido todo: prelados con el cerebro lavado, sacerdotes apóstatas, dobles agentes eclesiásticos, comisarios gritones, leyes vengativas, diplomáticos estúpidos. Si alguien como Giovanni Benelli o Eduardo Pironio criticaban el liderazgo papal, él podía decirles cómo el papado y su Secretaría de Estado habían salvado a Polonia. A las fantasías ecuménicas de un Jan Willebrands, él podía oponer la realidad de Polonia entre lo ortodoxo oriental (bajo el dominio de Moscú) y lo católico romano. Quienquiera que fuese de Estados Unidos o de Bélgica o de Holanda y que hablaba a la ligera sobre la liberación femenina o la mitigación del celibato eclesiástico, quedaba inundado con los espeluznantes hechos de la experiencia polaca con la secta mariavita de Polonia. (Los mariavitas tenían obispos y sacerdotes casados, esposas ordenadas. Las aberraciones en la doctrina y en el comportamiento habían manchado y estropeado la historia mariavita.)

Cualquier intento de un Paulo Arns de solicitar un compromiso con el marxismo-leninismo se encontraba con una colección de hechos y con la cruel verdad acerca de la naturaleza del engaño leninista. Cualquier ataque de inspiración marxista contra el capitalismo era refutado con una cuidadosa explicación de lo que realmente significaba el marxismo-leninismo en términos de desnutrición, miserables condiciones de vida, engrillamiento de la mente, corrupción de la familia. Las grandes generalidades de un Basil Hume sobre la democratización de la estructura jerárquica de la Igiesia, quedaban al descubierto, gracias a Wyszynski, como la más viciosa falacia de la mente anglo-sajona. Cuando cualquiera, proveniente de Estados Unidos o de Francia, aunque insinuara que la perenne devoción católica a María era un obstáculo para la unidad cristiana con las iglesias y sectas protestantes; se le decía sumariamente que sin María no había esperanza de unidad cristiana.

Wyszynski podía apoyarlo todo en la experiencia. No estaba teorizando. Hablaba por la experiencia vivida. No había duda sobre ello: muchos de esos eclesiásticos realistas fueron vencidos por la habilidad dialéctica de Wyszynski, por su obvia bondad y, sí, por la obvia superioridad de un eclesiástico que no estaba obligado a ninguna elite sociopolítica, y cuya altísima visión de la tierra, del tiempo del hombre y de la eternidad de Dios, recordaba a muchos de sus colegas cardenales que tenían el deber de elegir un Papa católico.

Aún así, el súbito cambio en el patrón de la votación durante el 16 de octubre, el rápido salto del nombre de Karol Wojtyla a una pequeña mayoría, luego a una mayoría cómoda, y rápidamente a esa irresistible mayoría de dos tercios más uno, tomó a la mayoría de los Cardenales Electores por sorpresa y dejó a los intransigentes de ambos lados -un Basil Hume de Westminster, un Giuseppe Siri de Génova- algo aturdidos. La elección de Wojtyla fue milagrosa.

Wyszynski, como era su costumbre, no dudó después en contarla tal como la veía: "Si la gente duda de que hay señales y nifagros en el mundo de hoy, les digo: 'Si algo es un milagro, lo que sucedió en la Capilla Sixtina el 16 de octubre es uno'... Cuando me acerqué a Juan Pablo II para rendirle mi primer homenaje, él y yo pronunciamos casi simultáneamente el nombre de Nuestra Señora de Jasna Góra, ésta era su obra. Así lo creímos y así lo creemos todavía decididamente".

En consecuencia, al final no fue la voluntad de hierro de los agentes de poder, ni la inteligencia política de astutos clérigos, sino la simplicidad infantil de algunos grandes hombres confiando en la verdad del misterio central del catolicismo -la entrada de Dios al vientre de una madre humana- lo que obtuvo la gracia salvadora para una institución desgarrada en sus elementos esenciales por un cáncer maligno. Sus hermanos cardenales norteamericanos, muchos europeos y no pocos comentaristas de los medios se habían burlado y satirizado gentilmente -y a veces no tanto- la infantil simplicidad y confianza de John Cardenal Carberry, de St. Louis, de setenta y cuatro años. Las diez barras de chocolate que se llevó como provisiones al Cónclave, y su muy obvia e infantil confianza en una revelación real del Espíritu Santo que guiara a la elección final de este Cónclave de octubre, fueron amontonadas en una categoría: irrealismo y actitud "fuera del m-indo" de un hombre viejo con ideas fuera de moda.

Pero fue el pode de una fe semejante en un Carberry, como en los Ave María de millones de oscuros creyentes católicos durante esos tres días, y como en los corazones de los dos cardenales polacos con su personal dedicación a la Madre humana de Dios, que movió la montaña de la dificultad que amenazaba a la organización institucional católica romana ese otoño de 1978. El comentario del astuto cardenal Confalonieri, después del Cónclave, fue escuchado por muchos simplemente como una evasiva perogrullada. Pero dijo la absoluta verdad de ese Cónclave: "iAbbiamo un Papa catto-

tico!'; dijo: ¡Tenemos un Papa católico! Seguramente sugería que lo con. trario había sido posible.

Hay muchos que todavía viven que saben ahora que durante las sesenta y cuatro horas de este Cónclave, los amontonados pero confusos líderes de la Iglesia romana miraron más de una vez por encima del borde del abismo entre la carne mortal y el espíritu divino, dándose cuenta que en el recuento final, ellos, y ellos solos, serían hechos responsables por el tremendo y sagrado Dios del Cielo y de la tierra por lo que les sucedería a literalmente miles de millones de almas humanas.

Algunos de estos 111 hombres no habían dicho un rosario en años, algunos habían identificado la gloria de Dios con todas sus propias mezquinas ambiciones, y algunos habían trabajado silenciosamente en favor de la liquidación del Oficio del Papa. Pero, en esa hora, todos se convirtieron, de buena o mala gana, en los instrumentos de la providencia. En sus temores, en su desconocimiento del futuro, y confiando en la gracia salvadora del divino Hijo de María, dos tercios más uno de ellos le dieron al mundo un Papa eslavo ungido bajo el sello de la Madre humana de Dios.

Indudablemente, en un momento posterior y en una época más tranquila para Polonia, para este Papa eslavo y para su Iglesia, se declarará que Stefan Wyszynski ha sido un Servidor de Dios, el primer paso en el largo proceso de ser declarado un santo de la Iglesia. Mientras tanto, e inmediatamente después del Cónclave de octubre, hubo dos escenas de la vida de este gran hombre que están indeleblemente grabadas en las memorias humanas como monumentos conmemorativos a su grandeza y señales del Papa eslavo, protegido y orgullo de Wyszynski, su regalo a la Iglesia universal.

El domingo 22 de octubre fue la Obediencia. Tuvo lugar en la solemne investidura del nuevo Papa con un solo símbolo, el pallium, una estola de lana bordada que se coloca alrededor de sus hombros. La ceremonia fue presenciada por un público de unas 75,000 personas y una audiencia televisiva estimada en mil quinientos millones. Un punto culminante de la ceremonia llegó cuando los cardenales se adelantaron uno por uno para presentar en público su obediencia personal a este nuevo Vicario de Cristo.

Juan Pablo II estaba sentado en una silla baja, semejante a un trono, vistiendo sus vestiduras pontificias y el pallium. Cada cardenal se le acercaba, se arrodillaba a sus pies, besaba el Anillo del Gran Pescador en el cuarto dedo del Papa, susurraba algunas palabras de bendición y felicitación, y se retiraba. Había variaciones con éste o ese cardenal en particular. El Papa podía tomar las ruanos dei cardenal entre las suyas, podía intercambiar unas pocas palabras serenas con él; con unos pocos intercambió el beso de paz cristiano.

Pero con Wyszynski, hubo un diálogo diferente. Los espectadores pudieron ver, entre ellos dos, un intercambio que era al mismo tiempo imponente y desgarrador. En el ceremonial, y en el símbolo rituail, eran Papa y cardenal. En la realidad del espíritu y en la verdad última, eran hijo y padre, amigo y amigo, camarada y camarada. Eran todo eso, y además algo más, algo demasiado profundo hasta para la repentina, irreprimible sal de las lágrimas que no podemos explicar, y demasiado intangible para cualquier imagen de la fantasía o pensamiento de la mente. Sólo podiia ser contemplado.

En esa obediencia de Wyszynski, fueron el gesto de sus manos y los movimientos de las figuras (el Papa sentado, el cardenal arrodlillado) los que hablaron. Wyszynski besó ritualmente el anillo del papa Wojtyla, y entonces el Papa tomó entre las suyas las manos del primado y las besó. Durante los breves segundos de su abrazo, el papa Wojtyla también parecía estar arrodillado. Indudablemente, ninguno de ellos pudo pronunciar muchas palabras. Fue lo que hicieron lo que dijo todo. Sobre Polonia. Sobre el dolor de los años que habían trabajado juntos. Sobre la inefable dullzura de haber servido juntos al hermoso Cristo que ambos adoraban como Dios y Señor. Y sobre la sombra del Gran Pescador que ahora envolvía a uno de ellos por el resto de sus días, y que consolaba ampliamente al otro por haber defendido la autoridad de esas Llaves que Simón Pedro recibió de un jubiloso Cristo en un día distante en Cesárea de Filipo en la antigua Judea.

El lures 23 de octubre fue el Adiós. Nuevamente, tuvo lugar en público, ante los ojos de los peregrinos polacos que habían venido con el primado a saludar al nuevo Santo Padre en el salón de Audiencias Nervi. En esta escena, fueron los dos rostros, el del Papa y el del primado, los que electrizaron a los observadores que estaban en el salón y a los millones distantes que observaban la escena a través de los ojos de un satélite suspendido lejos, fuera de la vista, en los cielos de Roma.

Ambos eran rostros hechos de acuerdo con el proverbio: después de los cincuenta, uno merece la cara que tiene. El rostro nudoso, curtido, de Wyszynski, de setenta y ocho años, había llegado a esa calma inequívoca de un hombre que, habiendo sido probado y probado mil veces, luego golpeado por la más dura adversidad humana otras mil veces, todavía era capaz de sobrevivir y regresar intacto, sólo porque no se abandonaba ni se rendía. La calma que ya no encuentra sorpresas. La calma que permite una sonrisa de humor, pero rara vez la carcajada de la diversión.

El rostro del Pontífice de cincuenta y ocho años tenía rasgos que todavía estaban redondeados y lisos, con ese brillo d e la frescura y de la aptitud física que quedan solamente en un hombre que todavía no está devastado en su propia carne por el tormento del ataque físico ni está todavía envejecido por la angustia interior de saber cuán profundamente se le odia y se desea su muerte.

"Los polacos sabemos cuán alto precio tiene que pagar Su Santidad", éste fue el tema del discurso de saludo de Wyszynski, "al dejar la patria para obedecer la orden de Nuestro Señor: Id y enseñad a todas las naciones". La

respuesta del papa Wojtyla fue simple: "Hoy, en el Trono de Pedro no habría un Papa polaco... si no hubiera sido por su incesante creencia en la Madre de la Iglesia, o si no hubiera habido un Jasna Góra y. . . sus servicios como obispo y primado". Las palabras eran ciertas, pero eran las expresiones de sus rostros las que decían todo.

Wyszynski cayó de rodillas en un último acto de homenaje. Sin hesitar, el papa Wojtyla cayó de rodillas, uniéndose los dos hombres en un largo abrazo. El rostro de Wyszynski se inclinó sobre el brazo derecho del Papa que lo rodeaba, con los ojos cerrados, su mano izquierda tocando ligeramente la muñeca del Papa. Wyszynski estaba sufriendo el peor de los dolores -la irremediable herida de la soledad humana-, porque estaba regresando a casa sin su mano derecha, su *alter ego, su* apoyo. El rostro de Wojtyla, en la realidad y en las fotografías, tiene una expresión desacostumbrada. Está mirando a la cara inclinada de su mentor y amigo, y cada línea de sus rasgos está hablando de compasión y comprensión, de pesar por el dolor de Wyszynski, y de fuerza ofrecida al hombre más anciano para que pueda continuar. "Comprendo", estaba diciendo Wojtyla. "Ambos comprendemos. Es usted quien está pagando el precio más alto. Pero ambos sabemos por quién lo hace".

Ese abrazo sin palabras, la momentánea expresión de desconsuelo que cubría el rostro del viejo primado, la fuerza y la congoja evidente en la boca de Wojtyla, alrededor de sus ojos y en sus brazos que sostenían al primado... la escena no dejó ojos secos en ese público. Porque todos eran polacos, y algún silencioso instinto de su comunidad hizo a todos y a cada uno de ellos un participante momentáneo en el dolor de aquel Adiós.

En cualquier otra época de la Iglesia, excepto en la presente, esas escenas -la Obediencia y el Adiós- hubieran encendido las imaginaciones cristianas, entrando a su arte y a su folklore. Descritas por artistas y maestros de los iconos, cantadas en himnos como acontecimientos sagrados, dramatizadas en el teatro, perpetuadas en mármol o bronce o vitral, hubieran tipificado la fe en las cosas invisibles y en la sustancia de cosas futuras según las cuales los cristianos siempre han vivido y muerto para poder vivir eternamente.

Desgraciadamente, no tenemos inclinación a celebrar. No sentimos que sea el momento para la celebración. La nuestra es la época de la Antiiglesia católica romana, con su infernal inclinación a desacralizar el catolicismo, sin importar cuál sea el blanco. . . el una vez venerado Oficio de Pedrr, el Apóstol, la sagrada presencia de Cristo erg la Eucaristía, o la dominante identidad de la Polonia católica como un manantial de la gracia para la Iglesia universal. Y muchos de nuestros contemporáneos están Convencidos de que están viviendo en las horas inciertas del atardecer, que pasan lentamente, antes de que amanezca e! Día del Hombre con un cielo rojo sangre, grabado con el extraño Signo cae la Cruz Invertida, recordándonos: "Con este signo, morirás".

De este modo la época ha encogido nuestras posibilidades de grandeza humana, privándonos de la libertad de ser nobles. Nuestros pesares más profundos no son por la extinción de la bondad, de la pureza, de la compasión, de la confianza, del honor personal, del amor y, finalmente, de la razón misma, nuestra facultad más preciosa. Nuestra triste expectativa es la de una catástrofe sin nombre. Nuestra loca esperanza está en una salvación de última hora desde más allá del límite de nuestro horizonte humano. Pero no tenemos margen de serenidad mental para detenernos en la obediencia como grandeza, ni tiempo libre del corazón para maravillarnos ante el martirio ofrecido y aceptado, ni humildad para arrodillarnos y besar el borde del manto de la santidad cuando pasa junto a nosotros. Hemos derramado tantas lágrimas que nos quedan pocas, si acaso, para el adiós de los santos o para las últimas palabras de los héroes.

32

Las políticas del papado

Karol Wojtyla fue electo Papa el 16 de octubre de 1978, por lo que finalmente resultó el voto prácticamente unánime de sus hermanos cardenales. Su elección se afirmó sobre tres principales plataformas. Corno sus dos antecesores, él continuaría la labor del Segundo Concilio Vaticano, comenzado por Juan XXIII. No decidiría esa ambigúedad divisoria por simple fíat papal. Atendería específicamente lo que debía hacerse a la luz del cambio previsto en el "Este" soviético.

Innegablernente, no era un tradicionalista. Igualmente, no era un liberal-progresista. Muy claramente, estaba buscando una estatura internacional. Indudablemente, estaba inmerso en el resultado de la lucha en Polonia, entre el gobierno estalinista polaco y la incipiente fuerza del movimiento de Solidaridad, urbano y rural, que el cardenal Wyszynski y él habían alimentado trabajosamente.

Retrospectivamente, parece seguro que él y Wyszynski configuraron el surgimiento del movimiento de Solidaridad en una luz definidamente geopolítica. Si, tal como juzgaron que sería posible en los últimos años de la década de los setenta, Solidaridad lograba la aceptación en una unidad estratégicamente importante del imperio soviético -Polonia-, podría proporcionar un modelo para el cambio pacífico dentro del sistema soviético, que sería aceptable para los araos soviéticos del Kremlin. Porque la propuesta original de Solidaridad no tocaba todos los asuntos políticos, militares y de seguridad, y los dejaba en manos de los soviéticos y de sus subrogados en las diferentes unidades del sistema. Los amos del Kremlin podían sentirse tranquilos por su dominación. No habría desafío para ella.

La ganancia de la Iglesia sería una bienvenida libertad en los campos

religioso y cultural. La ganancia de los soviéticos sería, o por lo menos debería ser, una cooperación genuina de las poblaciones dominadas en la resolución del ya horrendo problema de una economía completamente fracasada.

Ésta era la embestida geopolítca de Wyszynski -y de Wojtyla- contra el corazón del sistema soviético. Y aparentemente, en sus comienzos, su propuesta fue recibida por lo menos permisivamente por los soviéticos y su líder supremo, Leonid Brezhnev. Era una adaptación de la política desarrollada por sucesivos polacos portadores de la responsabilidad de ser *interrex.* Wyszynski la había aprendido de su predecesor, August Hlond, y él, de su predecesor, Ecimund Dalbor, y así sucesivamente remontándose por la interminable línea de prácticos primados de la Iglesia polaca a través de la larga noche del entierro de Polonia, desde 1795. El principio político era simple: coexistir con la oposición, combatirla con las armas de la fe y la cultura, vivificar a los polacos como un pueblo, aunque no tuvieran una tierra propia, ni soberanía nacional, y finalmente, sobrevivir a los ocupantes extranjeros. Éste era el significado del estribillo del himno nacional polaco: "en tanto nosotros vivamos, Polonia vive".

Había una característica muy constante en la perspectiva y en el programa geopolítico de Wyszynski-Wojtyla: la función de María, la Madre de Jesús. Esto no era simplemente a causa del Pacto Polaco celebrado siglos antes con ella como la Reina de Polonia. El punto culminante del ataque Wyszynski-Wojtyla contra el entonces impenetrable gobierno estalinista de Polonia había llegado en 1956, cuando Wyszynski, prisionero en Komancza, organizó su plan para hacer que toda la nación polaca se dedicara en sumisión a María como su nación de esclavos. El 26 de agosto de ese año, se realizó el acto de dedicación en toda Polonia y en el santuario de María en Czgstochowa, con el franco consentimiento, literalmente, de una vasta mayoría de los millones de polacos.

Es difícil para las mentes secularizadas de Occidente darse cuenta de que este acto oficial de dedicación a una persona invisible --María- tenía la intención no simplemente de ser un acto de piedad y devoción pública, sino explícitamente la de ser una estrategia geopolítica que trajera alivio a Polonia del mortal sofocamiento de su espíritu por el gigante geopolítico que era la URSS. Es más exacto afirmar que tanto la devoción polaca a María como Reina de Polonia cuanto la propia María eran, para los polacos, geopolíticas en su significado y función.

Wyszynski y Wojtyla, junto con sus compatriotas, esperaban que la acción de María en su favor no sólo ayudara a sus almas, mentes y voluntades con gracias interiores para cada individuo. Ellos creían plenamente que su acción llevaría a cabo su liberación sociocultural y, eventualmente, su liberación política. La devoción mariana no era meramente un asunto privado de un individuo. Era pública, comunitaria. Todo era geopolítico, pues el destino de Polonia estaba atado a la postura geopolítica de Occidente y al

sistema geopolítico de los soviéticos. La liberación de ese destino por medio de María, sería un acontecimiento geopolítico. Así configuraban su futuro los líderes de la Iglesia polaca.

De ese modo, la etapa inicial de la política papal de Juan Pablo tomó forma dentro de un molde geopolítico. Como jefe de una organización georreligiosa, como alguien personalmente consagrado a María, y como el Papa proveniente de una Polonia igualmente dedicada a María, entraría a la arena de la vida internacional por el angosto corredor de la Polonia comunista, demostrando allí que tenía los pies ligeros y la mente demasiado ágil como para caer en las trampas obvias. Inspiraría y guiaría los primeros pasos de Solidaridad en Polonia, y con su éxito buscaría que se extendiera a otras unidades del imperio soviético. Criticaría tanto al "Este" soviético como al "Oeste" capitalista desde el estricto punto de vista de la moralidad cristiana. Buscaría un perfil internacional de la mayor definición posible, nutrido por una política fija de viajes papales y un apetito voraz y una preocupación genuina por cada problema importante que involucrara a la sociedad de las naciones. Intentaría un movimiento de flanco alrededor de los soviéticos al establecer relaciones personales entre él y las autoridades de las iglesias ortodoxas griega y rusa.

Esta política papal era wyszynskinismo puro, transpuesto desde los límites de Polonia al plano ilimitado del globo, comprendiendo a todas las naciones y todas las religiones. La misma confianza básica que había detrás de la estrategia de Wyszynski animaba a Wojtyla: da creencia en la acción y el poder geopolítico de María como reina del mundo.

En un solo aspecto se desviaba él de la estrategia y de las tácticas de Wyszynski. Sin importar cuán absorbido estuviera Wyszynski en las cuestiones de Estado -Polonia y la URSS, Polonia y la Santa Sede, Polonia y Occidente, el pueblo polaco contra el gobierno comunista polaco, Polonia y Alemania Occidental-, constantemente prestaba detallada atención a la Iglesia de Polonia. Sus contemporáneos se maravillaban por la versatilidad y atención a los detalles que dedicaba a la formación sacerdotal, a una intrincada red de centros catequísticos, organizaciones sociales de ayuda, órdenes religiosas de sacerdotes y monjas, univers?dades e institutos, medios católicos y publicación de libros, peregrinaciones, devociones, sermones, visitas parroquiales, conventos, monasterios, santuarios secundarios... la lista era interminable.

Wyszynski hacía esto como líder porque sabía que su única fuerza contra el enemigo era un pueblo con una fe vibrante, apoyada en prácticas reglamentadas y supervisada por autoridades eclesiásticas competentes. Si miraba por encima de su hombro, podía ver falanges de polacos católicos, bien instruidos, bien formados, unificados e inspirados.

El papa Wojtyla, en su campo más amplio de jurisdicción sobre la Iglesia universal, ha actuado casi de la manera opuesta. Cuando llegó a ser Papa, en 1978, el deterioro de su institución eclesial era impresionante. Cada estadística apuntaba hacia abajo: asistentes a misa, sacerdotes, monjas, comulgantes, confesiones, escuelas católicas. Ya no había ninguna unidad de doctrina entre los teólogos. Más de la mitad de los obispos de la Iglesia no quería el control papal. La filosofía, la piedad y las prácticas devocionales tradicionales habían caído en desgracia. El aborto, la anticoncepción, la homosexualidad, el sexo extramarital iban en aumento. Desde que se había convertido en Papa, todas las estadísticas continuaban su inmersión.

Aparte de repetir una y otra vez la doctrina tradicional, no hizo nada y no está haciendo nada para detener ese deterioro. Las palabras aisladas que no están seguidas por una aplicación concreta no han hecho nada efectivo para corregirlo. En suma, Juan Pablo ni siquiera ha intentado reformar las muy obvias deformaciones que están afligiendo y finalmente liquidando a su institución eclesial. Uno no puede imaginarse a un Wyszynski como Papa actuando de esta manera. Juan Pablo ha actuado como si la reforma fuera una causa perdida desde el comienzo de su papado. Ésta es una de las características más enigmáticas de su reinado como Papa. Finalmente, debe ser explicada en un Papa que es católico hasta los huesos y hasta el alma.

Lo que ha guiado sus empresas papales y ha requerido toda su atención, ha sido el cálculo geopolítico que él y Wyszynski formularon tan bien.

La pequeña pero significativa inexactitud en ese cálculo geopolítico erá quizá inevitable. Era relativa al tiempo. Los polacos ya estaban instruidos en la espera; y que la espera durara más que la inexpugnable fuerza del sistema marxista-leninista, seguramente se llevaría tiempo, calcularon Wyszynski y Wojtyla, como indudablemente pensaba entonces la mayoría de los demás en Occidente.

Ya le había llevado a Wyszynski casi treinta años de increíble esfuerzo llegar a 1978, con la promesa de la existencia de Solidaridad más o menos asegurada desde el punto de vista de Moscú. El Papa polaco podría vigilar el posterior proceso que, en sus cálculos al momento de su elección, fácilmente podría prolongarse durante los veinte a veinticinco años que le quedaban, según preveían las tablas de los actuarios de seguros. Este cálculo fue, quizá inevitablemente, inexacto. El error residió en la aceptación del mito cuidadosamente construido de que la URSS era inexpugnable. Wyszynski y Wojtyla creían que finalmente el sistema soviético se derrumbaría, pero que esa desintegración llegaría a hacer crisis lentamente.

Fue un cálculo inexacto a causa de un repentino cambio en las circunstancias de Polonia y de Moscú, un cambio que nadie podía prever.

Durante los últimos años de Leonid Brezhnev, en los círculos íntimos del todopoderoso Comité Central, la nueva mente del Estado-Partido se mostraba en un Yuri Andropov -jefe de la KGB en 1967, miembro del Politburó en 1973- y en un Mijail Gorbachov, su protegido, a quien Andropov designó Secretario de Agricultura, y como miembro del Comité Central del

Partido en 1978. Esta nueva mentalidad era el convencimiento de que la política de la Guerra Fría, fundada por Stalin, estaba llegando a un callejón sin salida, y que la alianza occidental había logrado igualar militarmente a la Unión Soviética, mientras que, económicamente, la URSS se estaba que. dando atrás del mundo capitalista.

Esta nueva mentalidad no tenía confianza en el "modelo polaco" propuesto por los polacos y permitido por Brezhnev. El pensamiento anti-Brezhnev de estos hombres del Polaburó de Moscú reconocía la táctica Wyszynski-Wojtyla como lo que era: una lenta erosión del sistema marxista entre los pueblos sometidos. Podemos estar seguros de que el nombre del Papa polaco encontró un lugar importante en las discusiones del Estado-Partido. Con este discípulo de Wyszynski a cargo de la organización institucional católico-romana, se cernía un verdadero peligro para las posesiones europeas del Estado-Partido.

El segundo c2mbio fue en Polonia. En un nuevo ímpetu, Solidaridad alteró su curso cuidadosamente planeado. Wyszynski les había advertido una vez a sus líderes: "No permitan ser atraídos a alianzas con aquellos que los usarían para objetivos que son ajenos a nuestra dignidad y herencia polacas". Para reforzar esa advertencia, tanto Juan Pablo como el cardenal Wyszynski recibieron las gracias del primer ministro polaco, general Wojciech Jaruzelski, en marzo de 1981, por su ayuda para concretar una solución pacífica entre el gobierno comunista y los obreros de Solidaridad que estaban en una huelga paralizante. El peligro había sido que la huelga podría haber invadido las reservas políticas y de seguridad del gobierno.

Wyszynski y Jaruzelski tenían sus ojos puestos en la relación que se estaba desarrollando entre el movimiento de Solidaridad y dos organizaciones radicales: el Comité para la Defensa de los Trabajadores (KOR) y la Conferencia para el Autogobierno de los Trabajadores (KSR). Ambos llevaban en sí las semillas de la revuelta política y militar.

En tanto ambos eclesiásticos, primado y Papa, estuvieron activamente en el control, Solidaridad muy bien pudo continuar funcionando dentro del sistema comunista, restringiendo sus ambiciones y su actividad a los campos de la cultura y de las relaciones laborales.

Pero en 1980 Wyszynski estaba mortalmente enfermo de cáncer de estómago. En marzo de 1981, la enfermedad ya era aguda. Realmente, le quedaban apenas dos meses de vida. Quizá la radicalización de Solidaridad era inevitable. Algunos han sugerido que fue un escenario deliberado, guiado por la mano oculta del Estado-Partido para liquidar toda la idea de Solidaridad. En cualquier caso, la remoción de Wyszynski y de Juan Pablo de la participación activa, cotidiana, facilitó enormemente la radicalización de Solidaridad.

Mayo de 1981 fue un mes de una doble tragedia. El 3 de mayo, Wyszynski estaba confinado en su lecho en su residencia de Varsovia en la calle Miodowa. Se estaba muriendo. El 13 de mayo, el asesino a sueldo Mehmet

Alí Agca le disparó a Juan Pablo II en la Plaza de San Pedro, a la vista de 75,000 personas y de una audiencia televisiva de unos tres millones y medio. Las balas penetraron el torso. Las dos balas dirigidas a la cabeza de Juan Pablo no dieron en el blanco, porque justo a tiempo el Pontífice, parado erguido sobre el "papamóvil" que circulaba entre la multitud, se inclinó para saludar a una niñita que tenía una estampa de María enganchada en su blusa. Fue llevado precipitadamente al hospital equivocado, el Policlínico Gemelli, donde le dieron transfusiones de sangre contaminada, agregando así a las heridas de su cuerpo la complicación de la hepatitis.

El cardenal podía seguir todo esto sólo desde su lecho de muerte, allá lejos, en Polonia. El 24 de mayo, obviamente estaba entrando en agonía, y le quedaba muy poco tiempo de vida. Su cuerpo muerto estaría frío en setenta y dos horas. El papa Wojtyla yacía en el Policlínico Gemelli de Roma, su cuerpo todavía en shock por el brutal ataque del 13 de mayo. Wyszynski y Juan Pablo tenían que hablar antes de que el cardenal partiera. Tenían palabras de despedida mutua.

La copa de dolor de Wyszynski casi se llenó el 24 de mayo. El Papa convaleciente hizo una llamada desde el Gemelli, el teléfono sonó en el dormitorio de Wyszynski en Varsovia; quien lo atendía contestó, y le dijo al hombre agonizante que el Papa estaba en la línea. Wyszynski volvió débilmente su cabeza y levantó la mano para tomar el receptor. Era inútil. El cordón del teléfono era demasiado corto, y el primado no podía incorporarse. Al día siguiente, habían alargado el cordón, así que los dos pudieron hablar una última vez.

Ambos estaban extremadamente débiles. Ambos estaban sufriendo. Ambos sabían que era el fin para uno de ellos y, quizá, para el otro. Ambos, en otras palabras, sintieron el aguijonazo final de ser mortales, sintieron el látigo del castigo mordiéndoles las espaldas. Lo que ahora importaba no era tanto el número de palabras usadas en una ocasión semejante o lo que se dijo. Lo que contaba era más bien las inflexiones de la voz, el mensaje del yo más profundo que comunicaba su existencia y sus sentimientos.

Además, por su larga relación, tenían su propia taquigrafía. Nadie puede imaginar jamás, ni nadie debe tratar de imaginar, las mismísimas últimas palabras de esa serena conversación. . . cuáles fueron, quién las dijo, y finalmente quién cortó primero. Sólo ellos supieron. Sólo ellos pudieron, con ecuanimidad, decirse adiós por todo el tiempo que le quedaba a cada uno... horas a Wyszynski, años a Wojtyla.

Wyszynski se reunió con su Hacedor y con la Madre de su Hacedor en la madrugada del 28 de mayo, ese día, cuarenta días después de Pascua, al que los cristianos llaman Día de la Ascensión. El tema de la antigua Iglesia romana al celebrar ese día de la Ascensión de Cristo no podía haber sido más adecuado: captivam duxit captivitatem (hizo cautiva a la cautividad). Un guerrero muy viejo y fatigado había sobrepasado la última barrera hacia su libertad. Había derrotado toda cautividad terrenal.

Mientras Juan Pablo yacía convaleciendo ese verano en el Policlínico, después de la desaparición de Wyszynski de este mundo, nos dicen que el primer periodo de su pena y aflicción cedió el paso a Ln sentimiento de gratitud por estar todavía con vida y poder aguardar los futuros años de su trabajo. El deterioro de las relaciones entre el siempre floreciente Solidaridad y el cada vez más confundido y temeroso gobierno comunista de Polonia sólo subrayaba su gratitud. Ese junio, julio y agosto de 1981, huelgas espontáneas, la denigración pública del gobierno en encuestas de tanteo, la escasez de alimentos, la desfiguración de monumentos soviéticos conmemorativos de la guerra (en Polonia), manifestaciones públicas aclamando al Premio Nobel Czeslaw Milosz (un archicrítico del marxismo) en Gdansk -el lugar de nacimiento de Solidaridad-, amargas luchas internas entre los "intransigentes" y los liberales del Partido Comunista, repetidos rezongos desde el Kremlin: todo indicaba una crisis creciente.

Al no poder ejercer personalmente ningún monitoreo ni dirección efectiva de los asuntos polacos, Juan Pablo se volvió más y más a la oración. Oraba, especialmente, a María, como la esperanza geopolítica de Polonia y del mundo. Porque ahora estaba seguro de que María lo había salvado de la muerte intencional en la Plaza de San Pedro, ese 13 de mayo -el día oficial de festejo de María como Nuestra Señora de Fátima-, cayó en la costumbre de orarle como a la Señora de Fátima. Ella salvaría a Polonia de la destrucción, autodestrucción o destrucción por los soviéticos cada vez más inquietos. Desde el otro lado del Atlántico llegaban las condenaciones abiertas hechas por el presidente Ronald Reagan del 'imperio del mal", y las noticias de que Estados Unidos se estaba rearmando y redistribuyendo sus fuerzas militares.

Fue cuando acostumbraba orar así y cuando estaba en este ánimo de confianza total en María que Juan Pablo tuvo lo que ha sido, hasta donde se sabe públicamente, su única visión sobrenatural de las cosas futuras. No hay manera de contradecir que tuvo esa visión. Lo que finalmente entendió por ella será cuestión de opinión y de especulación hasta el día en que él mismo hable abiertamente sobre el tema, si es que lo hace alguna vez.

Aparte del hecho incidental de que recibió esa visión mientras estaba convaleciendo en el Policlínico, el rasgo más notable de la visión fue que llegó como una repetición exacta de un suceso milagroso registrado sesenta y cuatro años antes en el caserío de Fátima, en Portugal. Fue como si él hubiera estado presente en Fátima, alrededor del mediodía, el 13 de octubre de 1917.

No tenemos dificultades para saber todos los detalles de ese suceso de 1917 en Portugal. Todo fue visto y registrado por los fotógrafos de la prensa, los periodistas de los medios de Portugal y de otros países, escritores, eruditos, funcionarios del gobierno y una importante multitud estimada por la prensa de la época en más de 75,000 personas. Lo que esos espectadores vieron y registraron en el lugar es lo que Juan Pablo vio en los cielos luminosos del Lacio sobre las siete colinas de Roma, en agosto de 1981.

La feliz circunstancia de que hubiera tantos testigos presentes en Fátima ese día, se debía a un simple hecho: como en el mes de julio anterior, el suceso del 13 de octubre había sido predicho.

Participaron como actores principales en todo el acontecimiento de Fátima tres niños campesinos, dos hermanos -Francisco y Jacinta Marta, de nueve y siete años, respectivamente- y su prima de diez, Lucía dos Santos. Los hermanos eran analfabetos. Lucía apenas podía leer o escribir. Pasaban sus días cuidando las ovejas de sus familias. Estos tres niños afirmaban que el decimotercer día de cada mes, a partir del 13 de mayo de 1917, María se les había aparecido en un lugar en particular, llamado Cova da Irla, en la cercanía de la pastura de sus ovejas, que les dijo que tenía un importante mensaje para todas las naciones y todos los hombres y mujeres, y que, después de venir a verlos cada decimotercer día de los meses siguientes, el 13 de octubre, por el poder de Dios, ella realizaría un milagro para demostrar la autenticidad y la importancia vital de su mensaje.

Por uno u otro medio, las noticias de las apariciones sucesivas se extendieron por todo Portugal, Europa y las dos Américas. De ahí el gentío reunido en Cova da Iria el mediodía del 13 de octubre. Los niños no sólo predijeron el mes y el día y el lugar, la hora exacta -mediodía- fue predicha. Lo que sucedió en ese preciso momento fue el sueño de un camarógrafo, algo que ni siquiera Cecil B. DeMille podría haber imaginado.

Había llovido torrencialmente toda esa noche del viernes 12 de octubre. En la mañana del 13, el caserío de Fátima estaba cubierto por una espesa lluvia bajo un cielo nublado. Todos y todo estaba empapado, los caminos de tierra eran pantanos de lodo, había unos buenos ocho centímetros de agua en Cova da Iria, donde los tres niños estaban esperando con sus familias, rodeados por esos miles de visitantes. Hacia mediodía, se oyó la voz de Lucía, la niña mayor: "iMiren el sol!" Todos miraron hacia arriba. La lluvia se detuvo repentinamente. El pesado velo de nubes se abrió en dos. Apareció el sol. A la vista de ese sol, olas incontrolables de sorpresa, maravilla, temor, pánico y alegría atravesaron a la multitud. El sol que ahora veían claramente era el mismo sol que Juan Pablo II vio posteriormente en agosto de 1981.

Éste no era el sol de mediodía, insoportablemente brillante, normal en los cielos de Portugal y de Roma, el sol al que no se puede mirar directamente sin dañarse los ojos. Este sol era una placa de plata deslumbradora mente brillante que giraba rápidamente, un trompo gigantesco que daba vueltas sobre su propio eje, arrojando rayos de luc-,s de colores -rojo, anaranjado, amarillo, verde, azul, índigo y violeta-, que teñían los rostros, las ropas, los automóviles, los carros, los paraguas, los animales, los charcos, el pasto, la cumbre de la montaña y el horizonte con todos los matices del arco iris. Todos podían mirar fijamente este disco brillante, pero sin

dolor y sin quedar cegados. Todos estaban fascinados por el borde de color que rodeaba al disco giratorio de ese sol. Al principio rojo profundo, el color del aro cambió sucesivamente a todos los colores del arco iris.

Ésa fue la primera parte de lo que los espectadores después describieron pintorescamente como la "danza del sol". Duró dos o tres minutos.

La segunda parte de la "danza" comenzó con la detención del movimiento giratorio. Ahora el sol se movía hacia atrás y hacia adelante entre las nubes, pareciendo temblar y latir dentro de sí mismo, apareciendo y medio desapareciendo detrás de borlas y cintas de nubes, deteniéndose ocasionalmente y girando de nuevo sobre su propio eje y arrojando esos brillantes rayos de luz multicolor, retomando luego su paseo entre las nubes.

La tercera parte de esa danza exótica llegó cuando se detuvo el paseo. Ese disco brillante estuvo detenido durante un instante, temblando, latiendo, girando sobre su propio eje. Luego, sin aviso, se sumergió desde su posición, por encima de las nubes, lanzándose en zigzag hacia la tierra y hacia los rostros levantados de esas decenas de miles. Posteriormente, un observador describió cómo la sonriente expresión de asombro de las caras que **había alrededor suyo en esa multitud,** cambió primero a una expresión de desconcierto, luego inmediatamente a la palidez del miedo, según ese disco solar, siempre girando y latiendo, se acercaba más y más, pareciendo más y más grande en su descenso zigzagueante, aumentando el calor a medida que se estaba más y más cerca.

A medida que esta masa fundida de luz y de calor descendía en zigzag, se elevaron gritos de angustia y horror, oraciones y exclamaciones: "¡Es el fin del mundo!" "¡Todos moriremos!" "¡Que Dios perdone mis pecados!", y cosas parecidas. Pero en medio de la caída precipitada de ese sol abrasador, se oyeron las voces de los tres niños por encima de los gritos de angustia: "¡Recen y recen intensamente! ¡Todo va a salir bien!"

Pero, por un momento pareció como si ese disco fuera a estrellarse contra las multitudes, aplastando y quemando todo. En el punto máximo de estos temores y horror, el disco se detuvo, invirtió su camino, ascendió de nuevo al cielo. Dejó de moverse. Cesó la rotación. Ya no arrojaba más colores. La gente ya no podía mirar al sol del mediodía. Tenía su acostumbrado e intolerable brillo de mediodía. Comenzaron a soplar los vientos con fuerza notablemente mayor. Todos notaron el aumento en la fuerza del viento. Notaron, también, que las ramas de los árboles no se movían en absoluto. Tan pronto como notaron que las hojas y las ramas estaban inmóviles en medio de fuertes vientos, notaron -de nuevo, todos juntos- que no había agua en el terreno, ni lodo. Todo estaba seco y polvoriento.

Entonces alguien gritó: "¡Estoy seco! ¡Completamente seco!" El grito repentinamente se volvió general. Las ropas de todos, que unos minutos antes estaban pesadas y frías por el agua de la lluvia, ahora estaban secas y ligeras y calientes. "Parecía como si acabaran de salir de la lavandería", recordó en 1989 un testigo sobreviviente.

Hay otro conjunto de hechos relacionados con el acontecimiento de Fátima que es relevante para la visión de Juan Pablo de agosto de 1981.

Desde el comienzo de sus conversaciones con María, los tres niños insistieron en que ella les había dado tres mensajes. Antes de sus tempranas muertes (Francisco Marto el 4 de abril de 1919, a los once años, y Jacinta Marto el 20 de febrero de 1920, a los diez), los dos Marto y Lucía dos Santos fueron interrogados extensamente sobre el acontecimiento de Fátima y sus seis prolongadas conversaciones con María. Nunca vacilaron ni cambiaron su testimonio, pero no quisieron revelar inmediatamente el contenido de los tres mensajes. Sostenían que María también les había dado instrucciones precisas al respecto. Desde la muerte de los Marto, Lucía, ahora de ochenta y dos años y viviendo como monja carmelita en Coimbra, Portugal, ha sido la única fuente viviente de información sobre esos tres mensajes de María.

Desde 1917, los dos primeros mensajes de Fátima se volvieron muy conocidos. El primero ponía sobre aviso a la Iglesia y a todos los hombres de que el mundo, como una sociedad, estaba siguiendo un camino de pecado a lo largo del cual una multitud de hombres y mujeres estaban siendo conducidos al castigo eterno del Infierno. El segundo mensaje era una predicción sobre el estallido de la Segunda Guerra Mundial. En ese mensaje, María también habló de Rusia y pidió que el Papa y todos los obispos de la Iglesia la consagraran a ella de una manera especialmente solemne. Si no se hacía eso, los niños informaron que María había dicho, Rusia sembraría el error y el mal en todo el mundo, muchos seres humanos sufrirían y morirían en consecuencia.

Oficialmente, el tercer mensaje de Fátima sigue siendo un secreto. Lucía fue firme en que se mantuviera secreto. En 1944, por órdenes de su obispo, escribió en una hoja de papel los detalles escuetos de ese secreto, la puso en un sobre sellado y se la entregó a él. Le dijo al obispo que deoía ser abierto en 1960, porque "en 1960, las cosas estarán más claras". Pero se esparcieron rumores sobre el contenido de ese sobre, en el sentido de que concernía a la URSS y a otras naciones. Las autoridades vaticanas de mentalidad geopolítica comenzaron a sentirse mal acerca del "Tercer Secreto", como se llamaba ahora el contenido de ese sobre. Por orden del Vaticano, el sobre fue llevado a Roma y depositado en una pequeña caja parecida a las del tabaco, sobre la repisa de una chimenea en las habitaciones privadas del Papa en el Palacio Apostólico, para esperar allí al hombre que sería Papa en 1960.

Ese Papa fue Juan XXIII. Abrió el sobre y leyó su contenido en el curso de 1959-60 y decidió que ese contenido no tenía relevancia para su pontificado. El sobre fue devuelto a la caja. Su sucesor, Paulo VI, leyó el contenido y decidió no hacer nada sobre el asunto. Juan Pablo I también leyó el documento de Lucía, pero vivió solamente treinta y tres días como Papa.

Alguien preguntó por qué Juan XXIII se rehusó a obedecer las solicitudes del "Tercer Secreto". La respuesta de Juan Pablo estuvo preñada de su propia interpretación del texto anterior a 1981. "Dada la seriedad de su contenido [del 'rfercer Secreto"], mis predecesores en el Oficio Apostólico [Juan XXIII, Paulo VI y Juan Pablo I] diplomáticamente prefirieron *aplazar* la publicación [del texto] para no estimular al poder mundial del comunismo a que hiciera ciertos movimientos", explicó.

Esta actitud hacia el "Tercer Secreto" y sus exigencias para la acción papal era muy consistente con el original cálculo del tiempo hecho por Wyszynski-Wojtyla, de acuerdo al cual consideraron que el enorme cambio geopolítico en perspectiva llevaría un curso gradual de muchos años. Las respuestas de Juan Pablo a quienes lo interrogaron en la reunión de Fulda de 1980 también arrojaron luz sobre por qué él no ha emprendido ni~qún esfuerzo serio, dirigido desde el papado y comprehensivo, para revertir el deterioro continuo y rápido de su organización institucional. No, contestó a una pregunta, la Iglesia no puede ser reformada en el momento actual.

De manera manifiesta, Juan Pablo había aceptado el hecho consumado que inevitablemente siguió a la decisión de Juan XXIII de no seguir los dictados del "Tercer Secreto". Aceptaba el hecho de que la Iglesia estuviera ahora en el periodo del segundo "o" de Fátima, pues el primer "o" había sido rehusado por Juan XXIII.

Sus palabras también señalaban un peligro mortal que enfrentaban las naciones capitalistas, sobre el que Lucía es muy explícita en el texto del 'Tercer Secreto". Entendida en su profundidad y extensión, la referencia de Juan Pablo puede ser espantosa: "para no estimular al poder mundial del comunismo a que hiciera ciertos movimientos". El Papa y los hombres de cabello gris que administran el Vaticano no son idealistas quijotescos viviendo en un mundo de sueños de superstición y fantasías irracionales. En realidad, su realismo puede ser pasmoso. Si ellos o él llegaron a tal conclusión y hacer tal afirmación, debe ser segura y estar basada en hechos objetivos.

Sin duda, en ese "Tercer Secreto" las palabras de Lucía son tan explícitas y tan *verificables -y* por lo tanto, tan auténticas-, que si los líderes del Estado-Partido leninista conocieran esas palabras, con toda probabilidad decidirían iniciar ciertas maniobras territoriales y militares contra las que el Occidente tendría pocos medios para resistir (si es que tuviera algunos), y la Iglesia se hundiría en una subyugación más profunda al Estado-Partido. Las palabras de Lucía subrayan una terrible vulnerabilidad en las naciones capitalistas. Ésa es la "seriedad" de las palabras de Lucía. El Occidente capitalista podría quedar atrapado por la URSS. En jerga vaticana, las palabras de Lucía tienen un horrendo significado geopolítico. No deben ser tratadas como efusiones pías y devotas. Sus palabras provenientes del acontecimiento de Fátima estaban básicamente relacionadas con la feroz política de las naciones. Desde que Juan XXIII había abierto el sobre y leído esas palabras, el Vaticano las había tratado cautelosamente. Fátima ha sido politizada. Juan

Pablo, desde el comienzo, ha ido de acuerdo con esa politización. Desde que se abrió el sobre, en la política exterior vaticana el principio cardinal ha sido fomentar la devoción hacia María como Nuestra Señora de Fátima, pero jamás tomar decisiones políticas muy obviamente a la luz del "Tercer Secreto". El "Secreto" tiene que ser enterrado, como dijo el cardenal Ottaviani en 1957, en el más oculto, el más profundo, el más oscuro e inaccesible lugar de la tierra".

Sin embargo, también debe agregarse que los partidarios de la Antiiglesia, en la burocracia vaticana y en toda la Iglesia, aborrecen cualquier cosa que sepa a devoción a María, a Fátima y a la revelación divina. Porque han abandonado la divina fe del catolicismo, de la que María, la Madre de Dios, es una parte integral. También saben que el actual Papa está bajo la especial protección de María.

Mientras convalecía en el Policlínico Gemelli ese agosto, los hechos concretos de la situación provocaron un cambio de actitud en Juan Pablo. Esos hechos eran: la creciente crisis en Polonia entre Solidaridad y el gobierno; el nuevo giro en la actitud de Moscú hacia Solidaridad, como algo peligroso que hay que aplastar; el vacío dejado por la muerte de Wyszynski, un vacío que no podía llenar el nuevo primado de Polonia, Jozef Cardenal Glemp; el significado de su propio intento de asesinato el 13 de mayo, día de la fiesta de Nuestra Señora de Fátima, y -como creía firmemente- su propia salvación de la muerte repentina por las balas de Agca a través de la protección de María como Nuestra Señora de Fátima.

Juan Pablo no podía integrar todos esos detalles en un orden coherente sin llegar a la conclusión de que el horario geopolítico era mucho más corto de lo que habían pensado él y el cardenal Wyszynski. La (para él) obvia intervención de María al preservar su vida lo colocaba, a sus propios ojos, en una relación directa con Fátima y su "Tercer Secreto". Si había un elemento dominante en ese "Tercer Secreto", era Rusia. Las condiciones del Tercer Secreto" sólo tenían sentido en relación con Rusia.

Había aceptado como un hecho que la decisión de Juan XXIII de no hacer lo que pedía el "Tercer Secreto" (publicar el verdadero texto y realizar una consagración colegiada de Rusia a María), había colocado a la Iglesia y, por lo tanto, al mundo en la situación del segundo "o". No tenía dificultad para aceptar las predicciones de espantosos castigos físicos y espirituales, y que Rusia extendería sus errores a todas las naciones. Pero todo eso estaba encuadrado en un horario de larga duración, había supuesto hasta ese agosto de 1981. Ahora veía que el horario geopolítico había sido calculado erróneamente. El cambio geopolítico sugerido por el "Tercer Secreto" no estaba lejos. Era inminente. Estaba por tener lugar. Rusia era su vientre. Rusia era su punto focal. Rusia sería el principal agente de cambio. Rusia sería la fuente de la ceguera y el error universal.

Una cierta nota febril entró ahora al comportamiento de Juan Pablo. Desde su cuarto de enfermo en el Policlínico, mandó traer ese sobre del Palacio Apostólico. Leyó y releyó partes del testimonio de Lucía ante las comisiones diocesanas que investigaban el suceso de Fátima, y estudió algunos de sus otros escritos. Llamó para consultarla a cierta hermana Mary Ludovica, una experta en Fátima, y después de alguna conversación, la envió urgentemente a Portugal, para hablar con el retirado y santo obispo de Leiria-Fátima y con Lucía, en su convento de Coimbra.

En septiembre y durante el otoño de ese año, 1981, los acontecimientos en Polonia tomaron un carácter febril y ominoso. Las relaciones entre el gobierno polaco y Solidaridad se volvieron más y más tensas. Los elementos de KSR-KOR asociados con Solidaridad habían llevado las demandas de la organización más allá de la tolerancia soviética establecida. Los amos de Moscú ahora temían que Solidaridad abrigara ambiciones que iban mucho más allá del campo de las relaciones laborales y de la cultura. En noviembre, la crisis en Europa Central estaba en su apogeo, abundaban los rumores de una invasión soviética.

El cardenal primado, Jozef Glemp, actuando como *interrex,* se reunió el 4 de noviembre con Lech Walesa, de Solidaridad, y el jefe del Partido Comunista, el general Wojciech Jaruzelski. La propuesta: formar un triunvirato que calmaría la situación, enfriaría los ánimos de ambos bandos y detendría el deslizamiento hacia una anarquía que requiriría la intervención soviética. Walesa se rehusó. Para el 10 de diciembre, la crisis estaba a todo vapor. El Politburó de Moscú envió una última nota de advertencia al gobierno, aconsejando a los polacos que debía calmarse la situación y que Lech Walesa debía ser rechazado. Walesa, en nombre de Solidaridad, declaró categóricamente: "Ya no podemos retroceder". La guerra de nervios se extendió a las dos Alemanias; Helmut Schmidt, de Alemania Occidental, y Erich Honecker, de Alemania Oriental, mantuvieron su propia cumbre... lo que sucediera en Polonia tendría gran importancia para ellos. No querían tener nada que ver con Lech Walesa y su miserable Solidaridad.

El 12 de diciembre, la gota que derramó el vaso: Solidaridad propuso un referéndum nacional sobre cuatro temas importantes, todos los cuales se reducían a una invitación abierta a los polacos para que, con voto, sacaran del gobierno a los comunistas. El general Jaruzelski habló por teléfono sucesivamente con Walesa y con Glemp. Juan Pablo fue alertado en Roma. A las 6:00 A.M. del 13 de diciembre, Jaruzelski implantó la ley marcial. El mariscal Viktor Kulikov, comandante soviético de las fuerzas del Pacto de Varsovia, puso un cerco de acero alrededor de todos los puntos neurálgicos de Polonia. Solidaridad fue suspendido, como lo fueron todos los derechos cívicos, todas las instituciones educativas, todas las comunicaciones por teléfono y por télex. Polonia era una nación prisionera una vez más.

Como si imitaran los anteriores Pactos de la extinción polaca, en París, los banqueros occidentales reprogramaron la deuda nacional de Polonia. Alemania Occidental, junto con otros líderes europeos, aseguraron a los soviéticos y a Jaruzelski que no se impondrían sanciones, sin importar lo que les ocurriera a Polonia y a Solidaridad. Los negocios seguirían como de costumbre. Después de todo, ahora todos los líderes de Solidaridad habían sido encarcelados. Las actividades de Solidaridad ahora estaban limitadas a misas de medianoche en toda Polonia. Sólo la administración norteamericana del presidente Reagan aplicó sanciones contra los comunistas polacos.

Juan Pablo podía leer la escritura sobre la pared de su tiempo. Su amada Polonia no estaba destinada a alcanzar la independencia, por lo que parecía, en un vuelo solitario. Su destino estaba ligado a un proceso geopolítico mucho más vasto, que involucraba a la URSS y a todas sus naciones cautivas. Y, para ser lógico, si todas ellas estaban involucradas, entonces toda Europa y las Américas estarían involucradas.

Así, a medida que terminaba 1981, veía su propio destino como Papa y el destino de Polonia como nación, como meras partes activas er, un nuevo patrón geopolítico que ya estaba estableciéndose. Rusia, señalada como el factor clave en el "Tercer Secreto", constituía la orientación dominante de ese patrón nuevo y más vasto. Y, repentinamente, se volvió de vital importancia para Juan Pablo que el texto de ese "Tercer Secreto" no hubiera sido publicado, y que el Papa con sus obispos no hubieran consagrado a Rusia al cuidado de María.

Porque ahora, cerniéndose inmediatamente sobre su horizonte papal, podía ver la forma de las cosas futuras. El vigor decreciente de la fe en las comunidades católicas, el oscurecimiento de las mentes europeas, la traición de sus eclesiásticos a su función pastoral apropiada, la red en expansión del engaño marxista-leninista enlazando a todas las naciones en una trampa geopolítica, la embestida de los futuros castigos físicos. . . enfermedad, desorden, terremotos, maremotos, todo tipo de catástrofes naturales provenientes de la mano del Creador de la naturaleza.

Pero durante su examen del material de Fátima durante el otoño anterior, se había encontrado con los registros papales de lo que había hecho el papa Pío XII en 1954. Pío había estado en estrecho contacto con Lucía a través de intermediarios. Ella le había informado que, si no se hacía la publicación del texto del "Tercer Secreto" y la consagración colegiada de Rusia por parte del Papa y los obispos, se podría alcanzar alguna mitigación de las futuras tribulaciones -pero sólo una mitigación- consagrando simplemente el mundo a María, "con una mención especial de Rusia".

El paso inmediato de Juan Pablo fue escribir a todos sus obispos, diciéndoles que él haría precisamente eso el 13 de mayo de 1982 en Fátima, e invitandolos a unirse a él. Una pequeña minoría le respondió positivamente. Una minoría todavía más pequeña se le unió el día 13 de mayo de 1982, ya fuese por su presencia física o por acciones paralelas en sus diócesis locales. Los obispos de su Iglesia no coincidían con su Papa, ya

fuese en su devoción a María y a Fátima o en su solicitud en favor de la supervivencia de la organización institucional católico-romana.

Para ellos, él era el obispo de ¡una diócesis muy antigua e importante, Roma. Pero las Llaves de su autoridad eran reliquias históricas, no símbolos de una autoridad real garantizada por la sangre humana del Hijo ue Dios. Las Llaves de esta Sangre ya no significaban nada realista para la mayoría de sus obispos.

Para sí mismo, Juan Pablo se encontraba ahora dentro de un diferente paradigma de proceso histórico. Había llegado al Oficio Apostólico en 1978, recibido como el Papa polaco. Ahora, con mayor exactitud, se veía a sí mismo como el Papa eslavo, dándole al término "eslavo" una connotación que era algo diferente al significado que le había dado el poeta Slowacki, quien había sido el primero en hablar del "Papa eslavo". Este Papa sería llamado eslavo porque, siendo originario de entre los eslavos de Polonia, estaba destinado a presidir un trasttorno geopolítico y una transformación que afectarían a toda la sociedad de naciones y que surgirían directamente de una fuente eslava -rusa, en este! caso-, manchada y corrompida por el pecado primordial de Lucifer: el odio a todo lo que Dios es y a todo lo que es bueno.

Ahora Juan Pablo se veía como todo eso, y como algo más. Porque ese mensaje clave de Fátima había hablado de más. El texto del mensaje de Fátima declaraba, a medida que se desarrollaba, citando las palabras de María a los niños: "Al final, Rusia será consagrada a mí; cesarán los castigos y el mundo gozará de paz dlurante un tiempo".

Ese "más", en la perspectiva de Juan Pablo, sería otra era, larga o corta, en la historia de la humanidad, cuando se inauguraría un gran designio de Dios para la sociedad de las naciones. Sería una unidad geopolítica de todas las naciones. Lleáaría después de que todos los esfuerzos de Transnacionalistas e Internacionalistas, de todos los globalistas, hubieran naufragado completamente a causa de los mallignos planes geopolíticos del Estado-Partido, que serían más eficientes, ¡más detalladamente elaborados y más celosamente ejecutados que los suyos.

Habría un naufragio general, porque en ambos bandos, la regla absoluta de los esfuerzos de los contendientes no sería la voluntad del Creador y del Redentor de la humanidad, sino básicamente la codicia por el poder y la aceptación del fratricidio mutuo. Posteriormente a ese naufragio, se ejecutaría el Gran Designio de Dios. Él, Juan Pablo, sería el Servidor de ese Gran Designio.

En ese último recurso de Juan Pablo al ejemplo del papa Pío XII había tanto ironía cuanto patetismo, pues ¡la de éste era una figura papal que había sido denigrada como aborrecedor de judíos -cuando, en realidad, personalmente había salvado a más de ain millón y medio de judíos de los hornos nazis- y como un prelado de mente medieval opacado y superado, y enviado a la pila de abono por las "guorias" del Segundo Concilio Vaticano.

Para encontrar algún paliativo para el dilema de su Iglesia y del mundio a comienzos de los ochenta, Juan Pablo tenía que pasar por encima de las cabezas del vacilante y permisivo papa Paulo VI y del extrañamente irrresponsable "Papa Bueno", Juan XXIII, para llegar al último Papa romano cque mantuvo firmemente su dominio y su ejercicio de las preciosas Llaives que Pedro había recibido y legado a todos sus sucesores.

Era irónico que Pío XII fuese el punto de referencia. Eso después de' todo el alardeado y falsamente triunfalista sonar de las trompetas acerca del "Vaticano II", el Papa de 1981 tuviera que volver a Pío. . . éste era3 el patetismo papal. Juan Pablo II, autoproclamado campeón del "Vaticano II", tenía que dejar a un lado todo lo que significaba el "Vaticano II".

Entre los íntimos del Papa, el comentario muy discreto es que ésta no) es y no ha sido la única conexión terrenal entre Pío XII y el papa WojtNYla. Mientras tanto, la posterior conversación privada entre el frustrado asesíino, Mehmet Alí Agca, y él, en la celda romana del tirador turco, confirmó tordas las suposiciones de Juan Pablo acerca del lugar que tenía asignado en los planes geopolíticos de sus enemigos. Algún día saldrá a la luz el conteniido de esa conversación-confesión. Porque había un patrón del destino tejienido la nueva empresa del Estado-Partido soviético y los planes geopolíticos de los enemigos de Roma en el paño entero del Gran Designio. Y Mehmet Alí Agca, con sus malignos patrones, no era sino un actor secundario en un drama que recién entonces estaba comenzando y que ahora se está desarrollando rápidamente al comenzar los noventa.

33

En el análisis final

En el análisis final, Juan Pablo II es un geopolítico-papa que dedicó la primera parte de su pontificado a establecerse a sí mismo y a su Santa Sede como auténticos jugadores en el juego final del milenio, que, durante el mismo periodo de tiempo, se ha convertido en "el único juego que hay en la ciudad" y que en esta última década del segundo milenio absorberá las energías, los esfuerzos y los intereses vitales de las grandes potencias de nuestro mundo.

Es un papa que está esperando. Ésa es la esencia de su acción. Y mientras tanto, está ocupado en todas las autopistas y caminos secundarios a lo largo de los cuales se mueven desordenadamente los hombres de su época. Ellos han imaginado que su presente precipitación constituye las últimas etapas del camino hacia un nuevo orden mundial ya a la vista, una verdadera Ciudad del Hombre, construida por el ingenio del Hombre, para el Hombre... ésta es, finalmente, la meta manifiesta que pronostican para sí mismos, relumbrando en las montañas del futuro. Juan Pablo está esperando, pero no a que esa ciudad esté construida para saber si habrá un lugar en ella para él. Sabe que no será construida, por lo menos no como los hombres la han imaginado.

Está esperando, más bien, un acontecimiento que dividirá la historia humana, separando bruscamente al pasado inmediato del futuro cercano. Será un acontecimiento que estará a la vista de todos en los cieios, en los océanos y en las masas continentales de este planeta. Involucrará particularmente a nuestro sol humano, que cada día nace y brilla sobre los valles, las montañas y las llanuras de esta tierra para nuestros ojos. Pero el día de este acontecimiento, no aparecerá meramente como la estrella principal de

nuestro así llamado sistema solar. Más bien, será visto como la gloria que circunda a la Mujer a quien el apóstol describe como "vestida con el sol" y dando a luz a "un niño que gobernará a las naciones con un cetro de hierro".

Como acontecimiento, producirá una escisión, según la convicción de la fe de Juan Pablo, porque inmediatamente nulificará todos los grandes proyectos que las naciones están formando ahora, e introducirá el Gran Designio del Hacedor del hombre. Entonces habrá terminado la espera y el tiempo de vigilancia de Juan Pablo. Entonces comenzará su ministerio como Servidor del Gran Designio. Su fuerza de voluntad para mantenerse y continuar, y luego, cuando la escisión ocurra, para asumir ese ministerio, deriva directamente a la autoridad de Pedro confiada solamente a él el día en que se convirtió en Papa, en octubre de 1978. Esa autoridad, esa fuerza, está simbolizada en las Llaves de Pedro, bañadas en la sangre humana del Dios-Hombre, Jesucristo. Juan Pablo es y será aquel día el único poseedor de las Llaves de esta Sangre.

Para Juan Pablo, este ministerio no conlleva gloria personal. Para él ya ha habido trabajo duro y mucho sufrimiento, y el futuro contiene la promesa del profundo sufrimiento y de pruebas por el fuego del desprecio y la enemistad. Aceptó todo eso libremente, es cierto, y conscientemente. Sin embargo, la vida de ningún papa anterior fue más unitaria en su ímpetu que lo que ya ha sido la del papa Wojtyla. Por raza, por carácter, a través del entrenamiento y conducido por los acontecimientos de su vida, parece haber sido hecho a medida, como dice la frase, para este papel único. Como su Maestro, para esto nació y vino al mundo.

Hace poco más de diez años, Karol Wojtyla entró a la escena mundial como su Santidad, el papa Juan Pablo II, y miró a cada uno de sus contendientes globalistas contemporáneos desde un punto de vista geopolítico. Porque había sido electo Papa como geopolítico. E ingresó a las filas de los líderes mundiales como el Servidor de un Gran Designio que proclamó que era la voluntad de Dios para la sociedad de las naciones.

Descubrió que entre sus contemporáneos abundaba la convicción de una inminente alteración en los asuntos humanos, y una competencia para establecer lo que muchos llamaban un nuevo orden mundial con posterioridad a ese cambio. La sociedad de las naciones, de hecho, estaba comenzando a formular un Gran Proyecto propio, pero había muchos competidores, cada uno con sus propias ideas. Una a una, él examinó sus propuestas. Comparó su comportamiento con la vara de medir de su moralidad católica romana. Evaluó las posibilidades individuales de éxito que tenían. Sabía él, como ellos, que en esa competencia sólo podría haber un vencedor.

Él ya había decidido sumarse a esa competencia. Porque él también tenía sus ambiciones en la cuestión vital de un nuevo orden mundial. Esas ambiciones papales se habían formado y alimentado en él por lo polaco de

sus antepasados, y en la dura escuela de la Polonia estalinista bajo la tutoría del cardenal más grande de la historia de la Iglesia moderna, Stefan Wyszynski. Los pactos históricos de lo polaco le proporcionaron una perspectiva geopolítica sobre todas las cosas humanas, cristalizando ese instinto geopolítico en María, la Madre de Jesús. En su escuela, Wyszynski le enseñó la lección perenne que los cristianos siempre han tenido que aprender: no buscar un territorio exclusivo en la Ciudad del Hombre, sino establecer la Ciudad de Dios dentro de los mismos muros de esa Ciudad del Hombre. De ahí la decisión de Juan Pablo de entrar a la contienda.

Por esa polonicidad y por Wyszynski también llegó a darse cuenta de que en la creciente crisis entre el Evangelio y el Antievangelio, la resolución de la crisis comenzaría en el área histórica de residencia de los eslavos. Lógi camente, entonces, lanzó desde esa área su entrada a la escena geopolítica. Comenzó en Polonia en 1979. Porque, en su convicción, Polonia era la piedra fundamental en el área de la que saldrían las fuerzas del cambio con el que contaban todos los globalistas.

Durante un periodo de diez años, y entre noventa y dos naciones a lo largo y lo ancho de cinco continentes, se estableció a sí mismo como un líder mundial, alguien que estaba libre de todo partidismo desfigurante, como alguien dotado de una mente omnicomprensiva, una rara astucia política, una gran agilidad diplomática, y como el poseedor de un perfil internacional, quizá, con la más alta definición personal que alcanzara cualquier otro individuo en la historia escrita. En esos términos, se convirtió en un contendiente reconocido y aceptado en la competencia.

En todas partes y a todos se presentaba como el Obispo de Roma y el único sucesor legal de Simón Pedro el Apóstol. En todas partes proclamaba la autoridad y el deber para aconsejar, amonestar y exhortar a todos los hombres, sin importar el credo, la raza o la ideología, acerca de sus deberes hacia Dios y su debido lugar en el Gran Designio de Dios para I.. sociedad de las naciones. Sus propios católicos entendían mejor que nadie que la autoridad de las Llaves de Pedro, que él detentaba, estaba garantizada por la sangre del sacrificio de Cristo.

Como Papa, como personificación de la Santa Sede, presidía sobre una organización eclesiástica constantemente declinante y decadente. La institución organizacional de su Iglesia católica romana estaba penetrada por los acostumbrados defectos eclesiásticos y deficiencias humanas: herejía, cisma, inmoralidad sexual, codicia, orgullo, completo relajamiento de la creencia y de la práctica religiosa, quiebra de la vida familiar católica, corrupción en las principales órdenes religiosas de hombres y mujeres. La Iglesia siempre ha conocido esto, y tiene sus remedios. Pero el factor letal que mataba lentamente el alma del catolicismo era otra cosa.

El elemento unificador de esa organización institucional mundial -su propia autoridad apostólica como detentador de las Llaves de Cristo confiadas solamente a Simón Pedro-, ese elemento había sido dejado a un

lado, diluido, eliminado por medio de explicaciones, descuidado o directamente negado por la mita 1 a dos tercios de los obispos de la Iglesia para el momento en que Karol Wojtyla se convirtió en Papa en 1978. Para esa época, el gran y sucio secreto de la Iglesia romana era que ahora ésta consistía en comunidades regionales y locales, todas hablando más o menos de los dientes hacia afuera con respecto a su unidad con el Papa y bajo el Papa, pero realmente trabajando intensamente para crear una serie de iglesias católicas moldeadas y modeladas según las varias culturas y políticas de las diferentes regiones. Los días de Juan Pablo como Papa eran los días de la gran ilusión. La unidad católica había desaparecido, pero todavía se mantenía la fachada de la unidad.

Había otro y más siniestro elemento que complicaba su posición como Papa y jefe de la Santa Sede: la presencia de una comprometida facción Anfiglesia entre sus funcionarios eclesiásticos en toda su Iglesia, y su per sonificación en su propio ambiente vaticano. En un sentido real, Juan Pablo era un papa acorralado en su propio Vaticano. La oposición a él como Papa, con su mentalidad letal, había sido comparada por uno de sus inmediatos predecesores como "el humo de Satanás invadiendo el Santuario y el Altar".

Sin embargo, la concentración y la actividad febril de Juan Pablo se dirigían casi en exclusiva al tema geopolítico en los asuntos humanos. No inició un intento serio y profesional de restaurar la anterior unidad o de extir par de la Iglesia las fuentes conocidas de su decadencia interior. En uno de los momentos iniciales, hasta afirmó que la estructura de su Iglesia no podía ser reformada. De cualquier modo, su interés completamente absorbente residía en el perfil geopolítico de las naciones que estaba emergiendo.

En este punto capital, no imitó -quizá no podía imitar- a su amado mentor, Stefan Cardenal Wyszynski.

Ahora, después de esos diez años de infatigable viajar y trabaja ,, tenía una oportunidad de oro para reexaminar la escena globalista. Fue al iniciarse la década de los noventa, la última década del segundo milenio de existencia del cristianismo y, según el cálculo de cualquiera, una década que sería un parteaguas en la historia mundial. Específicamente, esta oportunidad llegó durante la primera semana de febrero de 1990. Representantes y voceros de las corrientes globalistas más potentes (unos 1,350 industriales, financistas, políticos, funcionarios de gobierno, de los medios y de las telecomunicaciones) subieron a 1,300 metros sobre el nivel del mar al centro de vacaciones de invierno de Davos, en Suiza, la "Montaña Mágica" de la obra maestra de Thomas Mann, para participar allí en el congreso anual del Foro Económico Mundial.

No era una insignificante reunión de teóricos o académicos, ni siquiera de personal de segundo nivel de las finanzas, el gobierno y la industria. La asamblea incluía a setenta ministros de gobierno, gigantes tales como He¡-

mut Kohl de Alemania Occidental, junto con el ministro de relaciones exteriores Hans-Dietrich Genscher; Hans Modrow, primer ministro de Alemania Oriental; el presidente de Francia, Frangois Mitterrand; el canciller austriaco, Franz Vranitzky; el ministro de relaciones exteriores de Italia, Gianni de Michelis; el viceministro de relaciones exteriores de Japón, Koji Watanabe, con Eishiro Saito; el primer ministro de Singapur, Lee Kuan Yew; Philippe Gerard d'Estaing, de Francia, y Edward Heath, de Inglaterra, ambos ex primeros ministros; Jean Pascal Delamuraz, presidente de la Confederación Suiza; el ministro de finanzas de Indonesia, Johannes Sumarlin; el presidente de México, Carlos Salinas de Gortari, y una lista de altos funcionarios de la Comunidad Económica Europea: el vicepresidente de las Comisiones Europeas, Sir Leon Brittan, el comisionado europeo de asuntos exteriores, Frans Andriessen. Esta lista culminaba con la activa presencia de una impresionante delegación soviética: el viceprimer ministro Nikolai Ryzhkov, el viceprimer ministro Leonid Abalkin, Nikolai Shmelev, de la Academia de Ciencias Soviética, junto con seis viceministros soviéticos. Estaban flanqueados por Vital¡ Korotich, editor del poderoso *Oganyok,* y Oleg Bogomolov, de la Academia de Ciencias Soviética. Clara Hills y Michael Farren, secretaria y subsecretario de comercio de Estados Unidos, fueron los dos funcionarios más activos y expresivos de la administración Bush que se presentaron.

Los grandes de la banca y las finanzas mundiales estaban en Davos: Wayne Angell, de la Reserva Federal; Barber Conable, jefe del Banco Mundial; Otto Poel, ministro de finanzas del Bundesbank de Alemania Occidental; el ministro de finanzas de Alemania Occidental, Max Waigel, y el ministro de economía, Helmut Haussmann; el presidente del Banco Central de Alemania Oriental, Horst Kaminsky, y la ministro de economía, Christa Luft; el presidente de Daimler-Benz, Edward Reuter; Robert Jaunich, de la multinacional Jacob Suchard; Rand Araskog, presidente del consejo de administración de la Corporación ITT; Robert Hormats, vicepresidente de Salomon Inc.; el vicepresidente de Renault para asuntos internacionales, Jean-Marc Lepeu; funcionarios del GATT; y un montón de banqueros, industriales, financistas y expertos en ciencias de Europa, Asia y Estados Unidos.

Aún más interesante y significativo que esta lista de personajes verdaderamente importantes era el tema alrededor del cual se reunían: ¿adónde los estaban llevando a todos las líneas emergentes de la esperada transformación? La pregunta más importante en todas las mentes: ¿cómo podían ellos facilitar más y perseguir esas líneas? La pregunta final, que nadie en Davos se atrevió a examinar demasiado detenidamente, y mucho menos contestar: cuando la transformación hubiera acabado y pasado, ¿qué forma tendría la sociedad de las naciones?

Para Juan Pablo, la primera lección, y absolutamente nada sorprendente, que había que aprender en esta reunión globalista de Davos era la confirmación de su análisis inicial, diez años antes.

En aquel momer.:o, su evaluación de los globalistas había sido escuetamente realista. Todos ellos proclamaban ser globalistas, y, por lo menos en su intención general, lo eran. Pero para una gran proporción de ellos -los Angelistas, por ejemplo, así como los históricamente congelados ortodoxos orientales, los chinos, los japoneses, la comunidad judía-, su globalismo era, en el mejor de los casos, un regionalismo, si no un provincialismo, que ansiaban establecer a una escala global o, por lo menos, colocarlo en una posición segura y dominante.

Unos pocos más -los de la Nueva Era y los Megarreligiosos- habían elaborado perspectivas globales, pero carecían de todo medio obvio para establecer globalmente esas perspectivas dentro del orden concreto de las cosas. La esperanza que los sostenía y su estrategia era que podían montar sobre las espaldas de otros para alcanzar el éxito final de sus ambiciones.

Un número restringido de esos globalistas, Internacionalistas y Transnacionalistas, tenía captados los medios con los que establecer una red en la sociedad de las naciones: instituciones de gobierno y corporativas, capacidad organizativa, arterias financieras, posición social, ímpetu e inspiración. Pero, como quedó nuevamente en claro en Davos en 1990, lo más lejos que eran capaces de llegar era a lo que un miembro del congreso de Davos llamó "localización global".

Pero tanto Transnacionalistas como Internacionalistas eran productos de la democracia capitalista occidental, y por lo tanto dependían de ese igualitarismo democrático para tener el espacio que necesitaban para tener éxito en sus empresas transnacionalistas/internacionalistas. No levantarían sus ojos más allá de las torres de las instituciones sociopolíticas y de las estructuras inherentes al igualitarismo democrático. El globalismo en su pureza -una estructura geopolítica- requiere esa mirada general más amplia.

Por lo tanto, nada había cambiado en la clasificación inicial de Juan Pablo. Los "motores" presentes en Davos eran casi exclusivamente transnacionalistas o internacionalistas por la inclinación de su mentalidad y la intención de su voluntad y la elección de los medios para alcanzar sus metas preferidas. Los otros aspirantes a globalistas realmente no habían tenido importancia geopolítica entonces, ni tampoco la tenían diez años después.

En su clasificación de sus contemporáneos, comenzada diez años antes, Juan Pablo pudo finalmente clasificar sólo a uno de ellos como un geopolítico genuino, un hombre con una mentalidad, una intención, una organización y una visión general que eran geopolíticas. Éste era Mijaíl Gorbachov. Llegó a la escena mundial unos años después que Juan Pablo, pero inmediatamente asumió un lugar preponderante entre los globalistas contemporáneos en la evaluación crítica de Juan Pablo.

Esta elección inicial de Gorbachov fue confirmada por una característica predominante en todas las múltiples discusiones y actas y conclusiones del congreso de Davos: aunque Mijaíl Gorbachov no estuvo presente en los salones del congreso, estuvo allí todo el tiempo, invisible y efectivamente. Porque la sustancia de todas las discusiones, los supuestos implícitos de la

mente común que se manifestó en todos los delegados, habían sido condicionados -uno podría decir predeterminados- por la estrategia y las tácticas geopolíticas de ese hombre, el presidente soviético.

Este dominio invisible sobre los Transnacionalistas e Internacionalistas ejercido por Gorbachov en las discusiones de Davos, fue subrayado por la presencia de los recién elegidos líderes de los países de Europa Oriental, los ex satélites soviéticos: el primer ministro de Alemania Oriental, Hans Modrow; el presidente de Checoslovaquia, Vaclav Havel, el ministro de finanzas Vaclav Klaus, el primer ministro Marian Calfa y el viceprimer ministro Valtr Komarek; el primer ministro de Yugoslavia, Ante Markovic; el primer ministro de Bulgaria, Andrei Lukanov; el viceprimer ministro de Hungría, Peter Medgyessey, y el presidente de Polonia, Wojciech Jaruzelski. Como un signo de la completa inversión de las cosas pasadas y de una nueva orientación hacia la transformación, estaba presente el veterano de Solidaridad, Adam Michnik, quien hasta tuvo una reunión muy fructífera durante un desayuno con el hombre que lo mantuvo en la cárcel durante seis años, Jaruzelski. "Si no adaptamos a las personas que dirigieron al viejo sistema a la transformación que estamos haciendo, tendríamos que combatirlas", comentó Michnik.

Estos funcionarios recién elegidos representaban un nuevo mercado potencial de 113.5 millones de personas. Mijaíl Gorbachov había hecho posible su presencia aquí.

Y una influencia aún más evidente del presidente soviético sobre los procesos del pensamiento y los métodos de procedimiento en las mentes de este grupo de grandes del capitalismo en Davos, quedó en claro en lo que el *Economist*, de Londres, describió como "la sensación muy fuerte en Davos de que el centro de gravedad de Europa se está moviendo hacia el Este, de que la Comunidad Económica se está convirtiendo en el cimiento de un Este y Oeste más amplio y omnicomprensivo".

La idea misma de que el Este (queriendo decir, por lo menos, algunos de los ex satélites soviéticos, si no la propia URSS) debiera ser considerado como un candidato a ser miembro en la contemplada Europa de 1992+ fue alguna vez un tema que no podía mencionarse en los círculos políticos y financieros occidentales. Mijaíl Gorbachov trajo de vuelta a la luz del día esa idea proscrita, en 1988 y 1989. "Europa desde el Atlántico hasta los Urales" es la casa común de Este y Oeste... ésta fue su afirmación. Ahora, menos de un año después, los "europeizadores" acérrimos habían aceptado la idea y la propuesta. ¿Por qué?

Muy simplemente porque en el intervalo de tiempo, el jugador maestro había desplazado algunos bloques de la construcción geopolítica, rechazando otros, colocando otros más en una nueva configuración. Había "liberado" a los satélites de Europa Oriental, había liquidado el Muro de Berlín, había permitido que los partidos comunistas locales se declararan independientes del

PC de Moscú. . . hasta que cambiaran su nombre y dejaran de llamarse comunistas. Había permitido elecciones libres en la Unión Soviética, les había avisado a Fidel Castro y a Daniel Ortega que estaba cortando la traílla y que quedarían librados a sus propios medios, más o menos; permitió la emigración masiva de judíos de la Unión Soviética, y hasta toleró el comienzo de la autonomía y la independencia en los tres estados bálticos.

Así, desde el comienzo brillaba en el horizonte de las mentes reunidas en Davos la posibilidad, en el futuro cercano, de un poderoso y nuevo bloque de veinticinco naciones europeas (unos quinientos millones de personas). Éste se consideraba como el círculo interior de la futura estructura de las naciones. El ministro de economía de Alemania Occidental, Haussmann, afirmó: "Si los soviéticos pueden seguir adelante con las reformas, deberíamos garantizar que sean parte del espacio europeo". Ésa sería una ampliación de ese círculo interior, un segundo círculo concéntrico con el primero. Uno puede estar seguro de que el señor Gorbachov se sentía y todavía se siente muy confiado en que puede satisfacer la demanda occidental de reformas. Además, él, junto con los demás líderes, ahora podía ver el bosquejo de su Gran Proyecto para un nuevo orden mundial. Y ése era el objeto de la atención y del escrutinio más intenso por parte de Juan Pablo.

Para Juan Pablo, en ese Gran Proyecto de las naciones occidentales había dos hechos que indicaban el carácter divisorio de esta década de los noventa y la importancia histórica del congreso de Davos de febrero de 1990. Primero, está cuidadosamente encuadrado en la realidad. Segundo, será en su mayor parte el logro supremo de Mijaíl Gorbachov.

Está, primero, la cuadrícula razonada y humanamente bien equilibrada sobre la que sus planificadores han proyectado lo que les parece ser la evolución y ejecución factible de su Gran Proyecto en círculos concéntricos sucesivos.

A pesar de algunas inútiles objeciones por parte de Hans Modrow, de Alemania Oriental, y de algunas reacciones fatalistas de unos pocos banqueros inversionistas de Estados Unidos que estaban presentes en Davos, la vasta mayoría dio por supuesto que, al final de 1990, las dos Alemanias habrían alcanzado la unidad política y económica de una Alemania. Mijaíl Gorbachov había dejado saber, antes de Davos, que él no tenía objeciones reales a la reunificación alemana, "si se realiza con cuidado". La reunificación alemana se daba por descontada. La unión monetaria hasta podría preceder a esa reunificación, pero las dos Alemanias estarían unidas una vez más. Y esa Alemania estará integrada en la comunidad europea.

Todos admitieron que en esta comunidad europea, la principal fuerza socioeconómica -la masa crítica- será una Alemania reunificada. Será una "Alemania europea" en una Europa fuertemente "teñida de Alemania". Porque nadie podría negar la gigantesca estatura económica de Alemania.

Juan Pablo o Mijaíl Gorbachov tampoco podían poner reparos a los sentimientos de los alemanes. Helmut Kohl dijo: %o somos una isla, no

estamos en un rincón de Europa. Estamos en el corazón de Europa". Wolfgang Berghoffer, alcalde de Dresden, en Alemania Oriental, llegó aún más lejos en sus comentarios. "Nosotros [los alemanes orientales] estábamos parados en un umbral moral, y alguien tenía que hacerse oír y decir: ésta [unificación] es la ruta". Además, "los dos estados alemanes tienen una responsabilidad por el proceso de democratización" en las naciones de Europa Oriental.

Pero la integración de una Alemania reunificada en Europa Occidental es sólo un segmento importante del nuevo círculo. Un segundo y necesario segmento es la integración de los ex satélites soviéticos de Europa Oriental en esa Europa. Deben convertirse en partes activas del nuevo "espacio económico europeo", sustancia de la "nueva arquitectura europea". Todos están de acuerdo en que debe facilitarse su acceso a esa integración; todos ellos necesitan redes de seguridad para paliar los efectos de su reforma económica al convertirse de economías centralizadas en economías de mercado.

Deben introducirse las economías de mercado. Los europeos orientales deben darles garantías a los acreedores occidentales de que harán un uso efectivo del capital extranjero y crearán una "moneda real" por medio de la reforma monetaria. El Carne, la anterior respuesta soviética (miserablemente fracasada) al Mercado Común Europeo de Occidente, debe ser reformado: en realidad, debe ser abolido. Mijaíl Gorbachov ha aceptado esto, también. Los europeos orientales deben recibir ayuda para emprender esta rápida reforma económica de Europa Central y Oriental sin un trastorno social destructivo. Las inversiones y los créditos deben fluir hacia los estados europeos centrales y orientales al tiempo que se idea la nueva forma de su asociación con Europa Occidental. En Davos, ya todos sabían que el 19 de marzo, el día siguiente a las elecciones en Alemania Oriental, habría una conferencia de tres semanas de los líderes políticos y empresariales europeos, para discutir la cooperación económica y el intercambio tecnológico entre Europa Oriental y Occidental. En Davos la llamaron "La construcción del espacio europeo".

El equilibrio humano en el logro de este primer círculo del plan fue exaltado por la evidente ausencia de las viejas ideologías enemigas que crearon la espantosa coordenada "Este-Oeste" que Juan Pablo deploraba. Adam Michnik declaró: "Las antiguas nociones europeas de derecha e izquierda sencillamente no se ajustan a lo que está sucediendo ahora en nuestra región. No sólo está muerto el socialismo, sino que está muerto el lenguaje de ese tipo de política. Lo que quedan son los valores, no nociones de derecha e izquierda".

Para consuelo de Juan Pablo, además, está el hecho de que su amada Polonia se había convertido en un laboratorio económico y político, y en la precondición *sine qua non* de la recuperación económica de las naciones de Europa del Este, de modo que pudieran estabilizar su situación política. Nadie consideró como desestabilizador al Ejército Rojo, ahora sólo la catástrofe económica podía desestabilizar. Polonia lo había demostrado. Ésa era la importancia actual y en el futuro cercano que tenía Polonia.

El segundo círculo del Gran Proyecto de las naciones incluía a la URSS de Mijaíl Gorbachov. En la frase cargada de significado de Gorbachov, la URSS "está al borde del abismo" de la muerte económica, la anarquía total y posiblemente la agonía de una guerra horrible. No es necesario que esto suceda, les aseguraron a todos los participantes soviéticos en Davos. "Saldremos solos de este abismo, pero necesitamos la ayuda de ustedes", afirmó Vitaf Korotich. Pero "las naciones pueden morir de soledad". La URSS bajo el gobierno de Mijaíl Gorbachov debe encontrar algún puente entre la economía centralizada soviética y la economía de mercado normal. Ésa es la esencia de la *perestroika* de Gorbachov.

Pero esa *perestroika* dependía de la nueva configuración política de la URSS. Debe haber, y habrá, cierta separación de varias partes, los estados bálticos, ciertas repúblicas soviéticas. Hasta tendrá que concederse cierta forma de autonomía a Georgia y Armenia dentro de una federación soviético/rusa. Todo esto tendrá que ir junto con la *perestroika. Y* el avance de la *perestroika* dependía de una asociación más estrecha con el círculo europeo de naciones europeas occidentales y orientales. La meta final debe ser una "Europa desde el Atlántico hasta los Urales" y hasta Vladivostok en el Mar del Japón. ¡El gran espacio económico europeo!

Gorbachov ya había tomado sus disposiciones geopolíticas. Había aceptado eliminar 400 misiles de tamaño intermedio del Asia soviética; China y Japón podían sentirse más seguros. Había garantizado el retiro de 200,000 soldados del Lejano Oriente. El grueso de sus fuerzas estaban fuera de Afganistán, y estaba presionando a los vietnameses para que salieran de Kampuchea. Estaba en el proceso de reducir en un tercio su flota del Pacífico y de retirar sus fuerzas con base en la bahía de Cam Ranh, en Vietnam, y eri todo Asia. Los "tigres" del sudeste asiático, Thailandia y Singapur, junto con Corea del Sur y Taiwan, podían respirar más fácilmente. Estaba trabajando a los coreanos del norte, que odiaban a Occidente, para que desistieran de sus amenazas a Corea del Sur.

Con todos los peones en las puntas de sus dedos, era libre de moverlos, reacomodarlos, recolocarlos, reconstruirlos, de acuerdo con sus intenciones y metas geopolíticas.

Todavía tenía la ventaja de la connivencia diplomática de Estados Unidos. Para los norteamericanos, como para la mayoría de los participantes en Davos, había que ayudar a Mijaíl Gorbachov. No habría ningún clamor es tridente por parte de Estados Unidos para que los soviéticos se salieran inmediatamente de los estados bálticos, o para que abandonaran al gobierno títare de Afganistán. Tampoco habría ningún griterío ni siquiera cuando los soviéticos violaron abiertamente las condiciones del ya firmado tratado FNAI, sobre misiles de alcance intermedio. En la planta de misiles de Votvinsk, donde tuvieron lugar las violaciones y a donde llegaron los técnicos

norteamericanos para verificarlas, los guardias soviéticos tomaron sus armas y amenazaron a los norteamericanos. Habría violaciones y enfrentamientos de este tipo el 9 y el 10 de marzo de 1990. Pero no habría denuncias públicas de esas groseras violaciones.

"No quiero hacer algo que precisamente va a afectar, por equivocación, la evolución pacífica de una Lituania autodeterminada", dijo el presidente Bush. Si protestaba violentamente contra la ofensa de Votkinsk, "¿contribuiría eso a la evolución pacífica, o es mejor recibir un par de disparos por ser poco exaltado?"

La misma actitud estaba de manifiesto en el anuncio hecho por el secretario de Defensa, Richard Cheney, de los retiros de tropas de Corea del Sur. Era el esfuerzo de Estados Unidos para respaldar el "ablandamiento" de Gorbachov de la conducta belicosa de Corea del Norte con respecto a Corea del Sur. El secretario de Estado, James Baker, aprobó abiertamente al Congreso Nacional Africano, de África del Sur, y había aceptado a la OLP (Organización para la Liberación de Palestina) de Yaser Arafat como representante de los palestinos. Tanto el CNA como la OLP son clientes del señor Gorbachov.

Así, pudiendo contar con la paciencia y autodominio de la administración norteamericana, y siendo todavía el amo del destino de los estados de Europa Oriental y Central, Mijaíl Gorbachov podía presionar para obtener la integración final (y no muy lejana) de su reconstruida URSS en el "espacio económico de la gran Europa". Su perspicacia geopolítica era clara, y sus metas eran obvias.

En Davos, por supuesto, los participantes ya consideraban el tercer círculo del Gran Proyecto, el que incluía a América del Norte. Todos estuvieron de acuerdo en que, mientras que la década de los noventa será la "década de Europa", el siglo veintiuno verá el surgimiento del "Anillo del Pacífico" como un miembro potente de la gran cuadrícula. Porque los países del Asia/Pacífico ya estaban decididos a capitalizar el "nuevo espacio económico europeo". Por supuesto, como dijo Helmut Haussmann, de Alemania Occidental, "las naciones europeas competirán con las economías de América del Norte y del 'Anillo del Pacífico'". Pero los nuevos europeos deben integrarse en la cuadrícula de las naciones del Asia/Pacífico. En otras palabras, el siglo XXI no será un "siglo europeo" o un "siglo del Pacífico". El término "geopolítico" fue usado más bien rara vez en Davos, pero es el único término adecuado para cubrir ese tercer círculo del Gran Proyecto (junto con el primero y el segundo). El siglo XXI será el siglo de la Tierra Geopolítica.

En Davos, por primera vez, un grupo representativo de la sociedad de las naciones se asomó más allá de los límites tradicionales de la política internacional y del globalismo transnacional, lo suficiente como para grabar las líneas generales de un mundo geopolítico futuro, el nuevo orden mundial, el mundo del Gran Proyecto de las naciones. Y como afirmó sensatamente Helmut Kohl, la nueva Europa debe tener como su meta la gran visión expresada por Thomas Jefferson: "Vida, libertad y la búsqueda de la felicidad".

Cuando los delegados al congreso de Davos partieron de la cumbre de esa montaña, todos estaban conscientes de los próximos pasos que en breve se **darían hacia** su meta declarada. Después de las conversaciones del 19 de marzo sobre la integración económica y tecnológica de Europa Oriental y Occidental, seguiría la muy importante Conferencia de la Seguridad Europea, en Helsinki, en junio. Allí se ratificaría la candidatura de los estados de Europa Oriental, y se elaborarían los lineamientos concretos para la integración de la URSS en el "gran espacio europeo".

En algún momento, antes o poco después de esa reunión de junio, habría una reunión cumbre de Gorbachov y el presidente George Bush (a Mijaíl Gorbachov se le había dado la opción para que eligiera la fecha exacta, de acuerdo a su conveniencia política). Entre otras cosas, ambos líderes esperaban ratificar y firmar dos importantes tratados relativos a misiles estratégicos y fuerzas convencionales.

En el otoño, tendría lugar el proceso "dos-más-cuatro". Las dos Alemanias formalmente aceptarían la reunificación, convirtiéndose una vez más en una unidad política. Entonces se sentarían con los cuatro aliados originales -Estados Unidos, Francia, Inglaterra y la URSS-, quienes las habían separado en 1945 y elaborarían un tratado de paz, poniendo nuevamente de pie a la Alemania de la segunda posguerra como un estado soberano. Y así el alguna vez pigmeo político de Europa asumiría una estatura proporcionada con las gigantescas proporciones de sus músculos económicos, y el corazón socioeconómico de Europa comenzaría a latir de nuevo.

Todo estaría en su lugar y preparada para los siguientes pasos hacia la proyectada Europa de 1992+, el "espacio de la gran Europa". Como lo había sentido todo el tiempo, así Juan Pablo percibía ahora la casi inevitabilidad de todo esto, y a lo largo de ese camino hasta ese momento, y por ese camino a partir del otoño de 1990 en adelante, podía ver las nacientes formas de sus dos únicos contendientes geopolíticos: los capitalistas occidentales con su "espacio de la gran Europa" y la URSS de Mijaíl Gorbachov.

Por supuesto, oficialmente, los "europeos" y Gorbachov estaban buscando la integración, ambos, supuestamente, dentro del Gran Proyecto imaginado por el Occidente capitalista. En los hechos reales, y hasta donde prevalecía el realismo, nadie creyó jamás que Mijaíl Gorbachov había dejado (o dejaría) de atesorar y promover su propio Gran Proyecto, el plan marxista-leninista. En ese plan, el ideal marxista-leninista prevalecería finalmente sobre el capitalismo occidental. La verdadera competencia entre ese proyecto marxista-leninista y el capitalismo occidental sería una cosa silenciosa, casi clandestina, hasta que llegara el momento crucial de una desnuda y

abierta declaración de intenciones por parte de él. Durante ese primer paso, Antonio Gramsci sería el santo patrono de Gorbachov. Porque, tal como podía verlo Juan Pablo, el gorbachovismo era las tácticas de Gramsci transpues. tas al plano geopolítico por Gorbachov. En la lenta evolución del "espacio de la gran Europa", la suposición fundamental y el tema de la marxización sería omnipresente.

El tercer contendiente en la competencia será el propio Juan Pablo II. Él no competirá, como lo harán los otros dos, en el campo de la economía y las finanzas, ni para el caso, en el campo de la cruda política. Sus armas son las del espíritu, en el área de las voluntades y mentes de los hombres. Aun allí, sus acciones se limitarán a la exhortación, al consejo, a la discusión y al argumento. Se moverá en los medios eclesiásticos y a lo largo de las avenidas de la diplorüacia. Por la fuerza de los lazos desarrollados con los círculos de gobierno, estará al corriente de los cambios y giros de todos los acontecimientos importantes, y hasta podrá intervenir por medio del consejo, de la advertencia, de la sugerencia positiva. Porque ya tiene entrada a los círculos íntimos, y su influencia es enorme, pero se quedará dentro de esos límites.

Porque él no es el que origina ni el que desarrolla, sino que es simplemente el Servidor del Gran Designio que él afirma que es de Dios. Ya ha puesto sobre aviso a todas las naciones de por qué no tendrán éxito, y no podrán tenerlo, sus más elaborados planes para un "espacio de la gran Europa", para la "casa común europea desde el Atlántico hasta los Urales", y para el totalmente "nuevo orden mundial".

Como declaró ante la Asamblea de las Naciones Unidas, los Grandes Proyectos de sus dos compañeros en la contienda están construidos sobre "ciertas premisas que reducen el significado de la vida a los varios factores materiales y económicos: las demandas de la producción, el mercado, el consumo, la acumulación de riquezas, y a las demandas de la creciente burocracia con la que se hace el intento de regular estos mismos procesos". Dentro del alcance de esos proyectos, el hombre es subordinado a una sola concepción y esfera de valores, y "la sensibilidad a la dimensión espiritual de la existencia humana queda disminuida en mayor o menor medida".

En lugar de las anteriores estructuras pecaminosas que criticó duramente en la coordenada de tensión "Este-Oeste", sostiene que habrá una serie de nuevas estructuras pecaminosas. Éstas, como las estructuras pe caminosas nacidas a lo largo de las odiosas coordenadas "Este-Oeste" y "Norte-Sur" de los últimos cuarenta y cinco años, serán creadas por la codicia, el orgullo, la búsqueda de poder y una confianza exclusiva en los valores basados en el hombre, inspirados y motivados por la convicción que ahora se sostiene comúnmente de que el hombre puede entrar solo a la oscuridad de un futuro completamente desconocido.

Para Europa en particular, Juan Pablo ha pronunciado casi un lamento.

Europa, en el juego final del milenio, tiene una importancia y una centralidad que están fuera de proporción con su actual status económico, sus recursos naturales y su poder militar. Económicamente, queda empequeñecida por Estados Unidos y Japón. Es manifiesto que tiene menos recursos naturales que Estados Unidos, la URSS, África o Brasil. Militarmente, depende completamente de Estados Unidos para su seguridad. Sin embargo, ningún transnacionalista o internacionalista ha dudado en hacer de Europa el terreno para comenzar a cavar los cimientos y levantar las estructuras iniciales del proyectado orden mundial.

Lo que tiene Europa que la convierte en un punto focal de la historia y el desarrollo moderno, es su tradición. Fue la cuna y el exuberante jardín de lo que se llama la civilización occidental. De Europa vino la filosofía, la ley, la literatura y la ciencia que han integrado la formación de nuestra modernidad. La influencia de Europa es todavía enorme en su potencial. Además de todo eso, durante cuarenta y cinco años Europa ha estado dividida en dos, la mitad oriental alojando una ideología y un sistema sociopolítico que amenazaban constantemente al resto del mundo.

Precisamente a causa de la tradición poderosa de Europa y del hecho de que comparta la mitad de su territorio con el 'imperio del mal" de los soviéticos, es el lógico crisol en el que tiene que resolverse la letal contienda entre el Occidente y los soviéticos, si es que va d resolverse pacíficamente. Desde el punto de vista soviético, también, Europa tiene inversamente la misma función. Si iba a llegar la victoria del marxismo-leninismo, tenía que llegar primero en Europa, en toda Europa, desde el Atlántico a los Urales. Pero setenta y tres años de esfuerzo soviético fracasaron a este respecto. Sólo una mitad de Europa, estimulada económicamente y protegida militarmente por Estados Unidos, superó a la URSS y en los ochenta estaba comenzando a ejercitar unos músculos que prefiguraban el tamaño de una futura superpotencia. Gorbachov el geopolítico vio todo eso y tomó sus conocidas decisiones. Pocos comentaristas han hecho alusión a la principal pesadilla de Gorbachov: despertarse y encontrarse enfrentado a una nueva superpotencia en Occidente, a sus espaldas, China comunista, y del otro lado del mar, Estados Unidos, los tres muy superiores económicamente a la URSS, y militarmente lo suficientemente fuertes como para hacer que la guerra fuera un acto de suicidio para el marxismo-leninismo. Si no otra cosa, el liderazgo del marxismo mundial pasaría a los chinos. . . una sacrílega violación de un principio y una creencia profundos del marxismo-leninismo.

Pero el surgimiento de Europa Occidental era el punto focal. Por ahí tenía él que comenzar. Europa Occidental, realmente, Europa como un todo, se convirtió para él en el bloque de construcción que ya había llegado a ser para el capitalismo occidental.

En estas circunstancias, es comprensible el lamento de Juan Pablo. Los orígenes de Europa, su surgimiento al poderío, sus contribuciones a la

civilización, sus glorias, todo estuvo impregnado de cristianismo romano. De hecho, Europa se convirtió en Europa bajo la estrecha tutela de los papas romanos. Su tradición fue completamente cristiana. Hilaire Belloc escribió: "Europa era la fe. La fe era Europa". Esa tradición de profunda excelencia moral, espiritual e intelectual, se construyó sobre el poder y de acuerdo con las leyes de los orígenes cristianos de Europa.

Ahora que, en la era de Gorbachov, Europa iba a ser renovada y, por lo menos en la intención de sus renovadores, iba a convertirse nuevamente en una, ¿seguramente la tradición que había sido su gran fuerza sería la base de la renovación, y pasaría al primer plano, reafirmándose? Era una vana esperanza, si es que Juan Pablo o cualquier otro realmente la acariciaron. No había absolutamente ningún signo de tal renovación, ni del resurgimiento de la genuina tradición de Europa.

Juan Pablo no podía encontrar ninguna señal de una renovación semejante de Europa. Si había comenzado, hubiera comenzado, decía él, "en los corazones de los individuos, sobre todo en los corazones de los cristianos". Pero no ha comenzado allí. La de Europa es una "cultura en crisis", continuaba, y "sus valores comunes están deslizándose hacia el olvido de la historia pasada". Europa ya no es la fe, y la fe ya no es Europa. El actual Gran Proyecto para el nuevo orden mundial va a ser construido, de acuerdo con los planes transnacionalistas e internacionalistas, dentro del primer círculo del "espacio económico de la gran Europa".

Se ocupa de las condiciones materiales de la vida y del habitat del hombre y a los "valores humanos" necesarios para asegurar que sean agradables, excluyendo a la ley moral del cristianismo, sin derivar ninguna de sus motivaciones de las creencias cristianas y sin incorporar ninguna de las prácticas que el cristianismo siempre ha considerado como esenciales y obligatorias para hombres y mujeres.

Dicho breve y gráficamente, en ninguna parte de los intrincados planes para la nueva o renovada Europa está afirmado, adorado y cultivado el Dios de los cristianos. La Europa planeada no lo tiene, así como actualmente partes considerables de población, en grandes áreas, carece de dios y de religión.

Con la elección del Papa polaco en 1978, muchos observadores supusieron que la primer cosa (posiblemente la única o la principal) que haría el papa Wojtyla sería intentar revivir el catolicismo en Europa. Eso se esperaría de un polaco de la católica Polonia. Esperaban una cruzada de parte de Juan Pablo. No hubo ninguna. En cambio, lanzó su carrera papal en una dirección muy diferente. Al principio esto fue equivocadamente comprendido, después dejado de ¡.3do con las explicaciones, ahora, por fin, todos comenzaron a entender que éste es un geopolítico-papa, que todo el tiempo ha estado caminando sobre un plano geopolítico, con metas geopolíticas en la mente.

Es por esto que Juan Pablo nunca emprendió una cruzada para la recristianización de Europa, así como tampoco inició una reforma real de la decadente estructura de su Iglesia. En su análisis, los dados habían sido echados en ambas instancias. Europa estaba más allá del alcance de la recristianización por los medios normales. La reforma de su Iglesia no podía lograrse por los medios eclesiásticos acostumbrados. No solucionó ninguna de las dos.

Lo que resulta difícil de entender para muchos es la razón que tuvo para no enfrentar directamente esos problemas. Porque la razón es, como debía esperarse, geopolítica. Eso es suficientemente difícil para muchos de sus contemporáneos, por la simple razón de que pocas personas piensan geopolíticamente o comprenden tales implicaciones. Se agrega otra capa de dificultad por el carácter distintivamente polaco y católico romano de la perspectiva geopolítica de Juan Pablo.

Durante cerca de dos siglos, se les negó a los polacos católicos toda participación en la política nacional. La nación polaca no existía, el pueblo polaco existía t,n función de otras naciones, y su destino estaba ligado a factores geopolíticos. Además, como nación, literalmente durante siglos, los polacos habían identificado su política nacional con la georreligión del catolicismo romano, atando específica e inextricablemente a Polonia con dos elementos de esa georreligión: el universalismo del Pontífice romano y el reinado universal de María, la Madre de Jesús. Un rasgo sobresaliente en el mentor de Wojtyla, Stefan Cardenal Wyszynski, era ese marianismo universal. Para los polacos, María figuraba como un hecho georreligioso y por lo tanto geopolítico.

Éste era el significado de los Pactos de lo Polaco, y más específicamente del voto de "servidumbre nacional a María" que Wyszynski organizó en los sesenta. Ésta era una realidad para los polacos, para Wyszynski, para Wojtyla: realidad política, realidad geopolítica.

¡Y no es de sorprender! Sin recursos, mantenida prisionera por el poder totalitario más organizado que jamás haya conocido el mundo, abandonada y sin recibir ayuda de las otras únicas potencias políticas -en Occidente- que podrían haberla ayudado, Polonia se había enfrentado con éxito a ese poder soviético: se había enfrentado a él, había luchado con él y finalmente lo había derrotado, convirtiéndose, como dijo Adam Michnik, en el laboratorio para las demás naciones satélites soviéticas, ninguna de las cuales había sido capaz de tratar con el marxismo-leninismo excepto en la total sumisión. La mente polaca, de hecho, durante largo tiempo ha tenido dos coordenadas principales: el poder nacional de Rusia y el poder geopolítico que los polacos le atribuyen a María. Para los polacos, el destino y la fortuna del mundo dependían de cuál de estos dos poderes prevalecería.

Al llegar al papado, Wojtyla trajo consigo esa orientación peculiarmente polaca. Como Papa, se encontró como recipiente y consignatario del mensaje de Fátima, que también estaba concebido en términos que reproducían la doble orientación, aunque con detalles muy específicos. Comentando

sobre la mentalidad de Davos, la mentalidad de los Transnacionalistas y de los Internacionalistas tal como se reflejó en ese congreso de febrero de 1990, Juan Pablo dijo irónicamente: "Al fin, las potencias de Occidente han orientado sus mentes y sus energías hacia el Oriente. . . ¡si ahora reconocieran el papel de María!" Gorbachov había asegurado esa nueva orientación de las mentes occidentales por medio de sus maniobras geopolíticas, Los planes para el nuevo orden mundial de Europa Occidental y de Estados Unidos dependían de la evolución dentro de la órbita soviética.

Pero la esencia y los detalles importantes del mensaje de Fátima mostraban esa misma orientación: la paz mundial o la catástrofe mundial se describían en términos de María y de Rusia. La reforma o la deficiencia mortal de la organización institucional católico-romana también estaban descritas en el mensaje de Fátima en términos de Mdría y de Rusia. De hecho, el mensaje subrayaba que la reforma exitosa de esa organización institucional así como la paz mundial dependían absolutamente del factor mariano.

Para la mente de Juan Pablo, esto era equivalente a decir que la reforma de su institución católica romana era imposible fuera del marco de los acontecimientos dados por Fátima, igual que la paz mundial.

De ahí su lamento por Europa: Europa en su extensión clásica, "desde el Atlántico hasta los Urales". Muy claramente, en las mentes de sus más ardientes exponentes en Davos, la Europa de sus sueños y proyecciones no es una "Europa de la fe". Su nueva Europa se resume como e: "espacio económico de la gran Europa". En Davos, Helmut Kohl definió su alcance y propósito: alcanzar lo que él llamó la meta jeffersoniana. Pero nadie le atribuiría a Thomas Jefferson y a sus iniciales compatriotas norteamericanos la interpretación que Kohl y sus colegas europeizadores pusieron en esas palabras fundamentales, "vida, libertad y la búsqueda de la felicidad". Esos europeizadores tampoco elegirían la interpretación jeffersoniana. Porque ellos tienen su propia interpretación, y no hay en ella ni un tinte de cristianismo, ni siquiera un hálito del vago deísmo y del esquelético cristianismo que profesaba el caballero de Virginia.

En labios de hombres modernos como los constructores de Europa, la búsqueda de la vida es la búsqueda de un mayor PNB y de todos los bienes que éste puede comprar, libertad es la libertad de hacer lo que uno desea, felicidad Ps una condición de vida protegida de la pobreza, en un ambiente limpio, con adecuada atención médica y acceso a los productos que ahorran trabajo y que producen placer, proporcionados por una tecnología cada vez más sofisticada. En principio, el marxismo-leninismo promete todas esas cosas y muchas más. En la práctica, el capitalismo democrático se las entrega a cientos de mitas de personas más de lo que jamás hizo el marxismo-leninismo. En esto, el marxismo-leninismo fracasó rotundamente.

En algunos meses, las poblaciones de los satélites de Europa Oriental votaron prácticamente en favor de esas metas de vida, libertad y la búsqueda de la felicidad. Ni más ni menos. Sumarse al desarrollo ya muy avanzad

de la mitad occidental de Europa y de Estados Unidos. Mientras los norteamericanos, aun a finales del siglo veinte, todavía están tratando de decidir si "una nación así concebida y así dedicada puede perdurar mucho", sus contemporáneos transnacionalistas e internacionalistas han decidido que la mayor empresa sociopolítica jamás imaginada por el hombre -el nuevo orden mundial- sin duda puede perdurar mucho tiempo.

El juicio sumario de Juan Pablo sobre el Gran Proyecto de los Transnacionalistas e Internacionalistas es, por fuerza, negativo. El proyecto no puede tener éxito, de acuerdo con él, pero debe terminar y terminará en una catástrofe. Para hacer este juicio, tiene dos razones principales.

El proyecto está construido sobre la suposición de que nosotros mismos somos los autores de nuestro destino. El hombre es exaltado. El Dios-Hombre es repudiado, y con él, se rechaza la idea de la caída del hombre. El mal es una cuestión de estructuras que funcionan mal, de ninguna manera real una inclinación básica del hombre. Detrás del proyecto sin dios y no-cristiano de los Transnacionalistas e Internacionalistas, hay un hombre que es como una figura nietzscheana, el Superhombre. Para la mente de Juan Pablo, en la era del Superhombre ya no habría ninguna razón para creer en la mortalidad cristiana, en la libertad individual o en la igualdad ante la ley. El apego a los derechos civiles, a la dignidad y bienestar y valor político del individuo, se volvería ilusorio y sin objeto.

El Superhombre remplaza al Dios-Hombre, Jesucristo, Superhombre como hombre-dios. La cultura pierde su corazón mismo, que es la religión, con su adoración a lo divino y su observancia de las leyes de Dios contra el mal originado en el hombre. Por lo tanto, la política, como función de la cultura, pierde su equilibrio porque ha perdido la fuente de su decencia humana. G. K. Chesterton estaba en lo cierto cuando afirmaba que cuando el hombre deja de creer en Dios, lo más probable es que el hombre no creerá en nada.

La segunda razón de Juan Pablo -la más importante para él, personalmente- está extraída del mensaje de Fátima. Ese mensaje predice que un cambio catastrófico en poco tiempo destruirá cualesquiera planes o proyectos que los hombres puedan haber establecido. Ésta es la era de los "o" de Fátima. Los hombres han abandonado la religión. Dios no tiene la intención de permitir que los asuntos humanos sigan de esa manera durante largo tiempo, porque éste es su mundo. . . él lo creó para su gloria, hizo posible que todos los hombres alcanzaran el Cielo de su gloria, al enviarles a su único hijo, Jesucristo, para expiar el castigo merecido por los hombres por sus pecados.

Por eso es que Juan Pablo está esperando. Primero Dios debe intervenir, antes de que pueda iniciarse el ministerio de Juan Pablo para todos los hombres.

En consecuencia, en la perspectiva del papa Wojtyla, el Gran Designio del que él es el Servidor designado, es el proyecto de la divina providencia para hacer volver a los hombres a los valores que se derivan sólo de la creencia, de la religión y de la revelación divina. El suyo es un mensaje desagradable y, por el momento, una tarea ingrata. Tiene que advertir a sus contemporáneos de su convencimiento de que es inminente una catástrofe humana a escala mundial, de acuerdo con su información.

Tiene que admitir que él, como todos los demás, está en la ignorancia de cuándo ocurrirá, aunque conoce algunos de los detalles horripilantes de esa catástrofe mundial. También sabe que no llegará sin advertencia previa, pero que sólo aquellos que ya estén renovados en su corazón (y que probablemente serán una minoría) la reconocerán como tal y harán preparativos para las tribulaciones que seguirán.

También sabe que éstas comenzarán inesperadamente y estarán acompañadas por una confusión general de las mentes y un oscurecimiento de la comprensión humana, y que resultarán en la destrucción de cualesquiera planes para un "espacio de la gran Europa" y los planes para un megamercado para la "gran Europa" y el "Anillo del Pacífico". Serán la muerte y sepultura del marxismo-leninismo y la liquidación efectiva de la larga guerra (de siglos) que las fuerzas de este mundo civilizado han lanzado contra la Iglesia que Cristo fundó y contra la creencia religiosa de esa Iglesia. La batalla entre el Evangelio y el Antievangelio habrá terminado. Los otros dos principales contendientes en el juego final del milenio serán eliminados.

Por todas las indicaciones que tiene, Juan Pablo espera que el inicio de este acontecimiento de Fátima comience donde se inició el juego final del milenio: en el área de Europa Central y Oriental. Este aspecto de la mente del papa Wojtyla está sumergido en un rico simbolismo que se les ha escapado a muchos observadores: el advenimiento de un Papa eslavo detentando las Llaves de la autoridad. El fatal papel de Polonia, el dominio dedicado a María, romántica en sus entrañas, como la cabeza de lanza en la destrucción de la Cortina de Hierro. El surgimiento de Mijaf Gorbachov en el criminal Gulag del Estado-partido marxista-leninista. . . hasta la presencia aparentemente coincidental de esa marca de nacimiento en la frente del presidente soviético, que tanto recuerda a la marca del fratricida Caín.

Todo eso que llegue en sufrimiento, dificultades, severa dislocación y destrucción de los asuntos de los hombres, no será sino la preparación para el plan de la divina providencia: la preparación y el lado negativo del Gran Designio. Sobre ese Gran Designio en sus lineamientos positivos, Juan Pablo sólo sabe que su función será la de ser su Servidor, que sus años de preparación como uno de los líderes mundiales, como una voz y una figura que han recibido reconocimiento internacional, culminarán en las ministraciones apostólicas que deberá realizar en un mundo muy diferente del mundo del juego final del milenio, y entre naciones que ya no confían en sí mismas para construir sobre la tierra la Ciudad del Hombre.

CODA:

EL PROTOCOLO DE LA SAL TTACIÓN



34

El complejo de Judas

Judas Iscariote será eternamente conocido como el hombre que entregó a Jesucristo a sus enemigos. Por lo menos en veinte lenguas su nombre es sinónimo de "traidor'. Pensar en Judas, o mencionar su nombre, es evocar la imagen del traidor total. El prototipo del traidor. Sin embargo, no hay ninguna razón para suponer que cuando originalmente fue llamado por Jesús para ser uno de sus propios íntimos especiales -uno de los Apóstoles iniciales- Judas ya estuviera preparado para la traición, que fuera menos entusiasta en su devoción a Jesús, menos merecedor de ese llamado, o que estuviera menos decidido a seguirlo hasta el fin que los otros once elegidos por Jesús al mismo tiempo que eligió a Judas. Tampoco podemos suponer que Jesús no le concedió a Judas alguna de las divinas gracias especiales que les confirió a los demás.

Hoy, de manera similar, cuando obviamente ha habido una grosera traición a la Iglesia católica romana a una escala alarmantemente amplia por parte de obispos, prelados y sacerdotes de la Iglesia, no hay ninguna razón para suponer que cualesquiera obispos, prelados, funcionarios o sacerdotes en particular, culpables de esa traición, comenzaran con menos buenas intenciones o menos devoción a la Iglesia que aquellos que no han traicionado su vocación. Tampoco podemos suponer que aquellos que ahora están entregados a la traición se les hayan negado las gracias divinas que son sumariamente necesarias para el ejercicio meritorio de los debéres eclesiásticos.

Judas debe haber participado plenamente del carisma de un Apóstol, un pastor, prefigurando de este modo (como lo hacían todos los doce Apóstoles) a lo que hoy llamamos los obispos de la Iglesia. Viviendo con

Jesús día y noche, viajando con él, escuchando sus palabras y viendo sus acciones, colaborando con él en su labor, enviado por él con un mandato para predicar el reino de Dios, para curar a los enfermos, exorcizar demonios, ejercer su autoridad, confiar en las armas espirituales y en los medios sobrenaturales, Judas no puede haber comenzado siendo más mundano, más cobarde, menos iluminado que los demás miembros de ese grupo especial.

Pero de ese grupo selecto que Jesús instruyó, Judas, y sólo Judas, rompió la unidad del grupo. Él solo traicionó a Jesús. Él solo se presentó como el antihéroe entre esos doce hombres y los pocos centenares de discípulos y seguidores quienes, con Jesús, eran los participantes activos en el tenso drama de la salvación, en la que Jesús, como héroe, desempeñó el eterno plan de Dios desde su nacimiento hasta el clímax de la crucifixión (de la que Judas fue directamente responsable) y de la resurrección, que, al final, Judas decidió no aceptar ni compartir. Pero Judas no era un "disidente". No tenía la intención de romper la unidad del grupo ni de arruinar a Jesús y a los doce. Judas era algo clásico: el antihéroe que insistió en llevar a la práctica su propio plan para Jesús y los demás (en el que, por supuesto, él desempeñaría un papel importante y autosatisfacto rio). Pensó que podía reconciliar a Jesús con sus enemigos. Podía, mediante una negociación decente, asegurar el éxito de Jesús en el mundo al celebrar un acuerdo con los líderes del mundo.

Los mismos comentarios, con la debida consideración al desarrollo de la Iglesia, se pueden aplicar a los obispos y prelados y sus funcionarios asistentes en la Iglesia de hoy: fueron llamados para vivir íntimamente con Jesús a través de la plenitud del sacerdocio que es suyo por su consagración episcopal, para ejercer su autoridad espiritual; y, confiando en el poder y en la gracia de su Espíritu, para ser pastores de almas, curando, exorcizando, predicando, reconciliando; para seguir el plan de salvación que Jesús indicó claramente cuando estableció a Pedro como jefe de su Iglesia y como su representante personal en el "único y verdadero redil" en el que se puede asegurar efectivamente la verdadera salvación de las almas individuales.

Pero, en una forma extrañamente reminiscente del error que cometió Judas, algunos obispos y prelados y sus funcionarios asistentes se han establecido como la Antiiglesia dentro de la Iglesia. No quieren dejar la iglesia. No pretenden ser "disidentes". No pretenden borrar a la Iglesia, sino hacerla de acuerdo con su propio plan; ahora es trivial para sus mentes que su plan sea irreconciliable con el plan de Dios, como ha sido revelado a través del actual sucesor de Pedro y de su autoridad en la enseñanza. Porque, en el mismo estilo de la propia miopía espiritual de Judas, ya no creen en la doctrina católica del magisterio papal, como el Traidor ya no creía que Jesús fuera divino. Están convencidos de que pueden reconciliar a esa Iglesia y a sus enemigos por medio de una "negociación decente", de que realmente comprenden lo que está sucediendo, y de que pueden

asegurar el éxito de la Iglesia de Cristo celebrando un acuerdo con los líderes de este mundo. Pero en su fiel creación de una Antiiglesia dentro de la Iglesia -desde la cancillería del Vaticano hasta el nivel de la vida parroquial-, han conseguido romper la unidad de la Iglesia, acabando, de hecho, con la una vez floreciente unión de los obispos con el Pontífice romano, y debilitando gravemente a la organización institucional católica romana por entero.

La enormidad de este error y su similitud casi aburridora y repetitiva con el error de Judas -en otras palabras, el síndrome de Judas de los modernos eclesiásticos-, se vuelve muy evidente cuando uno examina la con ducta del Traidor. Finalmente, Judas traicionó a Jesús. Pero es importante notar las "buenas" intenciones con las que comenzó a andar por el camino retorcido que terminó en el Campo de Sangre, donde murió sofocado por el dogal alrededor de su cuello y por el cruel desentrañamiento de su vientre.

En las páginas del Nuevo Testamento, el perfil personal de Judas es confuso en todos los puntos, excepto por su horrible traición del amado Señor. Comprensiblemente, los escritores no comentarían, no podían comen tar, nada bueno o siquiera interesante sobre Judas, excepto su traición. A la luz de la resurrección de Jesús y del posterior descenso del Espíritu Santo sobre los restantes Apóstoles, todo lo que importaba, a ojos de los escritores del Nuevo Testamento, era esa brutal traición, y todo lo que ellos podían expresar por el Traidor era completo desdén y aborrecimiento. Quizá no hay paralelo en el Nuevo Testamento con esa condenación total e implacable de Judas. "Él recibió la misma oferta de Jesús que todos nosotros": Pedro debió haber escupido estas palabras con áspera rudeza al dirigirse a todos los seguidores de Jesús en el salón superior, en Pentecostés. "Era uno de nosotros. Sin embargo, guió a la multitud que le puso las manos encima a Jesús. Y ahora recibió lo que merecía. . . un campo salpicado con sus propias entrañas, y su propio tormento especial en el fuego del infierno". No hay una sugerencia de perdón, ni siquiera un rastro de pesar. Quizá esto se debía a que Judas había cometido el único pecado que Jesús dijo que era imperdonable, el pecado contra el Espíritu Santo.

Este rechazo total de Judas ha inclinado a los cristianos a verlo bajo una mala luz desde el comienzo de su relación con Jesús, como una especie de infiltrado admitido por Jesús en la intimidad de sus personas especiales, porque, por así decirlo, alguien tenía que traicionar al Señor. Pero, de acuerdo con la lógica, ésta no puede haber sido la verdadera historia de Judas. Desde un punto de vista divino y humano, Judas debió aparecer inicialmente como uno de los candidatos más prometedores para la dirección de la futura Iglesia de Cristo. Judas era el único funcionario público del grupo de Jesús, por así decirlo. Recibía más confianza que los demás; a él, Jesús le confió la conservación y administración de cualesquiera fondos que fueran reunidos por el grupo para los gastos inmediatos y, por lo tanto, de cualesquiera y todos los tratos de "negocios" que ocurrieran durante los viajes.

Los hechos de la vida eran que un grupo de hombres jóvenes, sanos y fuertes, en lo mejor de su vida, que no estaban empleados regularmente por un salario y continuamente estaban viajando, tenían que tener una "bolsa" común para alimentos, para alojamiento, para peajes, para los impuestos, para imprevistos: **ropa, contribuciones caritativas,** apoyo a sus familias, reparación y mantenimiento de su equipo de pesca. La mayoría de ellos eran pescadores, que conservaron su equipo durante toda su relación con Jesús y mucho después de la Resurrección.

No hay exageración el describir a Judas como el único funcionario del grupo. También a los ojos de los demás Apóstoles, Judas era considerado como un alto funcionario. Porque para algunos de sus contemporáneos, ellos debían parecer una chusma, pero hoy sabemos que estaban destinados a fundar una organización que absorbería a todo el mundo conocido y crearía una nueva civilización milenaria.

Razonablemente, no podemos dudar de que Judas empezó con gran entusiasmo y devoción a Jesús, y con plena confianza en el éxito final de Jesús. Para los demás compañeros, sabemos que hasta bastante después de la Resurrección, el éxito significaba la restauración política del reino de Israel, con los Apóstoles ocupando doce tronos de jurisdicción y juicio. Judas no puede haber pensado de manera diferente ni haber esperado menos. Él y ellos hasta disputaban acerca de cuál de todos tendría la mayor autoridad. Dos de éstos hicieron que sus madres abordaran a Jesús y trataran de asegurarles dos puestos principales junto al trono real que ellos se figuraban que ocuparía Jesús cuando gobernara a Israel y al mundo. Porque, por supuesto, Jesús finalmente sería rey.

Aquí es donde la desilusión se apoderó de Judas. Más en contacto con los asuntos prácticos que los demás, más consciente de la política de su tierra, sólo podía aumentar su desilusión cada vez que Jesús repudiaba un intento tras otro de coronarlo como jefe y rey. Hubo más de dos ocasiones semejantes; cada vez, Jesús expresó esos sentimientos muy poco terrenales de sufrimiento y muerte. Además, cada vez que los choques intermitentes con las autoridades hierosolimitanas abrían una brecha más profunda entre Jesús y el poder político de Israel -concentrado ahora en el consejo de Estado, el Sanedrín-, el sentimiento de desilusión se volvería tanto más profundo en Judas.

Se puede señalar que en cualquier momento dado Judas pudo haber dejado a Jesús y "no haber caminado más con él", como sin duda hicieron muchos. Pero no, Judas quería quedarse. Creía, a su manera, en Jesús y en su grupo y en sus ideales. Sólo **quería que Jesús y los demás se adecuaran a las realidades políticas y sociales, que siguieran** su plan, no los planes que Jesús pudiera haber tenido. Podemos estar seguros de que la última cosa en la que pensaba era dejar al grupo.

Pero se había formado sus propias ideas sobre la manera sensata en que Jesús debía proceder para tomar el poder supremo. Ahora, en la

embriagante atmósfera de la colaboración con las autoridades, veía que su camino se abría hacia visiones de grandeza, una posición dirigente en el futuro reino de Israel, una vez que los romanos fuesen expulsados y que los poderes locales judíos existentes, con la ayuda de Jesús, derrotaran completamente a los odiados romanos. Hasta cuando Jesús le dijo sencilla y francamente, durante esa última comida de Pascua que sí, que él sabía que Judas era quien lo traicionaría, eso no hizo mella en la resolución de Judas. Probablemente no comprendió el uso que hizo Jesús de la palabra "traicionar". En el pasado, muchas veces él había "traicionado" a Jesús en el sentido de que había hecho lo opuesto a la voluntad de Jesús, y las cosas siempre habían salido bien. Ese plan de negociación todavía le parecía lo mejor a Judas. La ceguera final se cerraba sobre su alma como una trampa de acero. El Evangelio dice: "Satanás entró a su corazón". Judas estaba ahora bajo el control de la única personalidad que iba a perder más por cualquier éxito que Jesús pudiera tener. Y Judas pudo, sin ningún escrúpulo y siempre completamente persuadido de que su plan era bueno, ir a buscar a las autoridades del Templo, sus "contactos de alto nivel", y señalarles el lugar donde Jesús estaría a cierta hora, e identificarlo ante la fuerza armada enviada para traerlo, atado y esposado como un animal cazado.

Cada acontecimiento que siguió a la decisión de Judas fue posible y directamente provocado por esa mala acción de parte de Judas, el Apóstol elegido por Jesús y su funcionario confiable. Todo fue responsabilidad de Judas. La terrible agonía en Getsemaní, la violencia cometida contra Jesús en su arresto y los juicios fingidos durante la noche, las horas de prisión y los abusos de los soldados romanos, la coronación de espinas y la burla a su persona, que estamos seguros que violaba su dignidad de todas las maneras posibles; su acusación ante Pilatos y Herodes, sus azotes, el doloroso y angustioso camino hacia el Gólgota, el dolor desgarrador de la c•ucifixión, seguido por tres horas de mortal agonía, horas divididas en esfuerzos debilitantes para no sofocarse y para no quedar abrumado por la crueldad de los clavos que sostenían sus muñecas y sus pies contra la cruz. Todo esto, así como el resultado final: la muerte de Jesús.

Todo ello, malo y sacrílego más allá de la expresión humana, fue una consecuencia directa de ese complejo de Judas. Mientras que el resultado último de la decisión de Judas fue la brutal traición y la falsedad, su pecado específico fue la negociación... lo que realmente le parecía a él una negociación sabia y prudente, dada la situación, por lo demás imposible, en la que se había encerrado el propio Jesús a sí mismo y a su grupo leal por sus ataques violentos contra el statu quo y por su negativa a encontrarse con las autoridades judías a mitad de **camino para satisfacer las necesidades y las preguntas de hombres** que, después de todo, estaban en posición de saber de qué estaban hablando cuando se trataba de la causa nacional y de la continua existencia del judaísmo. Eran, después de todo, los Conservadores de la Llama.

En la mente práctica y mundana de Judas, Jesús y su doctrina deben haber sido clasificados como completamente inadecuados al consenso social y a la mentalidad política de sus días. Realmente, eran tanto inadecuados como inaceptables. Inaceptables hasta el punto de provocar a sus adversarios a perpetrar un asesinato político. Era, después de todo, una cuestión de seguridad del Estado y de supervivencia nacional.

Ésta es, entonces, la esencia del complejo de Judas: la negociación de los principios básicos de uno para adaptarse a los modos de pensamiento y de conducta que el mundo considera como necesarios para sus intereses vitales. El principio de ese grupo especial era Jesús, su existencia física, su autoridad, su enseñanza. Judas había sido persuadido por sus tentadores y corruptores de que todo lo que representaba Jesús tenía que ser modificado por una negociación decente y sensata.

Esto nos proporciona una norma segura por la cual podemos identificar a los miembros de la Antiiglesia que están ahora firmemente sentados dentro de la organización institucional católica romana. Aunque los últimos veinte años de la historia de esa organización están llenos de compromisos y cientos de malas acciones por parte de los eclesiásticos, debemos buscar e identificar las negociaciones importantes que pueden ser correctamente descritas como actos genuinamente fraudulentos en las altas funciones eclesiásticas.

Un acto fraudulento es un acto de mala fe, un engaño. Se utiliza también para describir el abuso de un puesto. Un examen de los últimos veinticinco años de la historia católica romana, lo lleva a uno a la conclusión de que el mayor fraude en las altas funciones eclesiásticas ha sido la tolerancia y la propagación de la confusión acerca de las creencias clave entre la masa católica, siendo esta tolerancia de la confusión un resultado directo de una disidencia tolerada en los teólogos y obispos católicos concerniente a esas mismas creencias clave. Porque tolerar la confusión es propagar la confusión. Un primer y fundamental deber de toda función eclesiástica y de toda responsabilidad eclesial anexa a todos los puestos de la Iglesia comprende la enseñanza clara e inequívoca, y la aplicación de esas reglas básicas y creencias fundamentales que la Iglesia sostiene y declara que son necesarias para la salvación eterna. No puede haber negociación en ninguno de esos puntos: enseñanza y aplicación. Si los católicos romanos tienen derechos en la Iglesia, tienen el derecho primario de recibir esa enseñanza inequívoca y de estar sujetos a su aplicación directa y sin vacilaciones.

Además, es relativamente fácil identificar las cuatro áreas clave en las que los eclesiásticos han tolerado y propagado la maléfica confusión que afecta hoy a los católicos romanos. Estas áreas son: la eucaristía, la unicidad y verdad de la Iglesia católica romana, el Oficio Apostólico del obispo de Roma y la moralidad de la actividad reproductiva humana.

Cuando uno habla de la eucaristía, se está hablando de la misa romana, que ha sido y todavía es el acto central del culto para los católicos romanos.

El valor de la misa para los católicos es doble. Una misa, en la creencia católica, presenta el sacrificio vivo y real del cuerpo y de la sangre y de la vida física de Jesús, consumado en el Calvario. No es una conmemoración de ese sacrificio, ni una representación al estilo de un drama histórico, ni una actuación simbólica.

Ahí radica el misterio de la misa. Cuando se dice que una misa romana es válida, se cree que alcanza esa misteriosa presentación del sacrificio de la vida corporal de Cristo. Tiene validez; y los católicos romanos pueden entonces literalmente adorar a su Salvador bajo la apariencia física del pan y del vino. c

En la Iglesia romana, este misterio se celebraba en la misa romana, una ceremonia litúrgica que alcanzó su forma tradicional a comienzos de la Edad Media, fue confirmada como ley perpetua en 1570 por el papa Pío V y fue nuevamente reconocida por el Concilio de Trento en ese mismo siglo. Siguió igual en todos los detalles, excepto por la adición o sustitución de oraciones e invocaciones, hasta mediados de los años sesenta.

En ese momento, tuvo lugar un cambio trascendental, sancionado por los funcionarios vaticanos: se suprimió esa misa romana tradicional, y la sustituyó una nueva forma, conocida como el Novus Ordo o la misa conciliar, por orden del papa Paulo VI, el 26 de marzo de 1970. En 1974, este Novus Ordo, en traducciones vernáculas, se había extendido por decreto por toda la Iglesia universal. La tradicional misa romana nunca fue prohibida, nunca fue abrogada y nunca fue declarada ilegal por ningún funcionario romano competente. Pero, en toda la Iglesia, había una política activa y a veces violenta para suprimir cualquier rastro de la tradicional misa romana.

Durante un cierto número de años, hubo un fingimiento oficial, por parte de las autoridades romanas y de muchos obispos, de que este Novus Ordo simplemente llevaba a la práctica las recomendaciones del Segundo Concilio Vaticano. Pero ahora ese fingimiento se ha derrumbado. Ahora es innegable que el Novus Ordo, en sus varias formas, viola los preceptos explícitos del Concilio Vaticano concernientes a los cambios en la misa romana.

Tal violación y esa desviación de !a voluntad explícita del Concilio ya serían suficientemente malas. Lo que ha hecho un daño inaudito a la eucaristía, a la creencia y a la doctrina, es el hecho de que, sin ningún cuidado especial, sin indicarse en el texto y en las instrucciones oficiales del Novus Ordo, la ceremonia de éste no asegura su validez: es decir, no asegura de que alcance esa presentación del sacrificio de Cristo en el Calvario. Como hecho general, actualmente, en toda la Iglesia, ese cuidado es raro. En consecuencia, la celebración del Novus Ordo no siempre resulta en una misa válida. Indirectamente, este resultado puede verse reflejado en la carencia general de reverencia sacramental por la eucaristía, entre el clero y el laicado. Porque el Novus Ordo, cuyo objetivo es ser un espectáculo comunal compuesto de acciones -:omunales, ha eliminado todo el énfasis

debido sobre la presencia del Sacrificio y lo ha trasladado a la presencia de la congregación orando y haciendo gestos. La misa romana era un acto de adoración "vertical". El Novus Ordo es estrictamente "horizontal".

Por supuesto, esta intencionada destrucción de la tradicional misa romana y las fórmulas inadecuadas del Novus Ordo eran la esencia del asalto al Segundo Concilio Vaticano por parte de los miembros de la Antiiglesia, quienes han utilizado exitosamente las declaraciones ambiguas y generales de ese Concilio para idear un método de desmantelamiento del carácter específicamente católico romano tanto de la misa como de otros elementos básicos católico romanos, creencias y prácticas. Después de su éxito con el Novus Ordo y con la consiguiente desvalorización del sacerdote como celebrante oficial en la presentación del sacrificio de Cristo en el Calvario, los miembros de la Antiiglesia están proponiendo, lógicamente, la crdenación sacerdotal de las mujeres, el uso de monaguillas en lugar de monaguillos, de ministros eucarísticos, hombre y mujer, en lugar del sacerdote. Es un solo plan integral para reducir específicamente el culto y la práctica católica romana a un denominador común tan bajo que cualquier no-católico puede participar sin sentirse en una atmósfera ajena.

Pero el resultado total ha sido la confusión. Así han surgido entre el clero y el pueblo varios grupos que rechazan el Novus Ordo e insisten en mantener la tradicional misa romana. Al principio, la Antiiglesia pensó que éstos se desvanecerían con el tiempo. Pero el tiempo sólo ha incrementado su importancia, su preponderancia y su cantidad. Muchos, muchos más millones de católicos romanos de lo que admitirían los funcionarios católicos tienen graves dudas acerca del valor religioso del Novus Ordo. Las propias autoridades romanas, ellas mismas bajo la influencia de la Antiiglesia, hicieron lo mejor que pudieron, por medio del castigo eclesiástico, del ostracismo, hasta de abiertas mentiras, para acabar completamente con el tradicional rito romano. "La misa romana tradicional ha sido prohibida por el Papa"; "La misa romana ha sido oficialmente abolida y abrogada"; "El Novus Ordo es lo mismísimo que la tradicional misa latina, sólo que modernizada"... tales fueron y todavía son algunos de los engaños y de las mentiras que se usan.

Nada de todo esto resolvió nada. Mientras tanto, la asistencia a la liturgia del Novus Ordo cayó drásticamente en toda la Iglesia. Los hábitos locales del clero y de los obispos y de la gente dejaron muy en claro ante Roma que la creencia en la presencia real de Jesús en la celebración del Novus Ordo estaba estrictamente disminuyendo.

La confusión general sólo se vuelve mayor cada año, porque las autoridades romanas ahora le dan a la misa tradicional su aprobación a regañadientes, y porque las variaciones del Novus Ordo en sus diferentes formas vernáculas en todo el mundo son tales (absurdas, indecorosas, naturalistas, hasta sacrílegas) que en la Iglesia está sonando una diminuta nota de alarma.

Pero ahora la animosidad, realmente una especie de odio, de la Antiiglesia hacia la tradicional misa romana es tan grande, mientras que la obstinación de los tradicionalistas se ha vuelto un hecho probado de la vida católica romana, que sólo la suprema autoridad magisterial de la Iglesia, encarnada personalmente en el Santo Padre como jefe de la Iglesia, puede corregir al clero y al pueblo, en una declaración solemne, infalible. Esa declaración falta. Mientras tanto, los miembros de la Iglesia continúan fraccionándose y dividiéndose, y dudando y abandonando la práctica de una vida sacramental.

El actual Santo Padre ha hecho algo a este respecto. Concedió un indulto que facilitaba la introducción del rito romano tradicional en las diócesis de su Iglesia. Pero la oposición a sus recomendaciones -eso es todo lo que el Papa hizo, recomendaciones- consiguió sofocar todos los intentos tradicionalistas de aprovechar este medio perfectamente legal de reintroducir el perdido rito romano tradicional. Su Santidad está perfectamente consciente de lo que le ha sucedido a la vida sacramental de la Iglesia. En un extraordinario pasaje de una carta que escribió en 1980 a todos los obispos de su Iglesia, se disculpó y pidió el perdón de Dios, en nombre de todos sus obispos, "por todo lo que, por cualquier razón, impaciencia o negligencia, y también a través de la aplicación a veces incompleta, parcial y errónea de las directivas del Segundo Concilio Vaticano, pueda haber causado escándalo e inquietud en relación con la interpretación de la doctrina y la veneración de este gran sacramento" de la eucaristía.

Esto es lo más cerca que Juan Pablo II se ha atrevido a acercarse a un reconocimiento del enorme daño hecho a la vida sacramental de su Iglesia y de la destrucción hecha por la Antiiglesia de la misa católica romana.

La segunda creencia católica romana vital sobre la que reina la confusión, que es alimentada diariamente, concierne a la unicidad y legitimidad de la Iglesia católica romana. La esencia de la confusión es ésta: desde el Segundo Concilio Vaticano, y a causa de uno de sus documentos oficiales relativos a la libertad religiosa, ahora está comúnmente difundida entre obispos, teólogos, sacerdotes y laicado, la convicción de que la pertenencia a la Iglesia católica romana no es esencial para la salvación, de que hay muchos caminos equivalentes que llevan al Cielo, no-católicos y no-cristianos, de que a todos se les debe conceder una equivalencia moral y religiosa en lo que se refiere al logro de la salvación eterna, de acuerdo con algunos, hasta de que uno puede ser salvado sin beneficiarse del sacrificio que Jesús hizo de su vida. Jesús, en otras palabras, es (para algunos católicos romanos) un Salvador, y hay otros salvadores: Buda, Mahoma, Abraham, hasta Martin Luther KingYQue la Iglesia católica romana es la única y verdadera Iglesia en la cual y a través de la cual se puede alcanzar exclusivamente la salvación eterna... esto ahora se encuentra en seria duda y envuelto en confusión.

Así es que ha crecido, debido a la febril atención de la Antiiglesia, una

panoplia entera de "reuniones", "contratos", "celebraciones", "liturgias" y "documentos de acuerdo" ecuménicos, siendo su nota clave que "todos somos hijos de Dios" y "hermanos en la familia humana", así que todos estamos en "nuestro peregrinaje común", sin que nadie proclame que es el único que tiene razón (o que es la única y verdadera Iglesia de Cristo) y no se declara a nadie equivocado.

Por una obvia mala interpretación de otro texto del Segundo Concilio Vaticano, se declara que el "pueblo de Dios" incluye a la Iglesia católica romana, pero también a muchas, muchas otras que no son y jamás serán (porque no quieren serlo) católico-romanas. En la mayoría de las diócesis de Europa, América del Norte y Australia, por ejemplo, cualquier actitud que no sea la nueva actitud "ecuménica" cerrará efectivamente todas las puertas.

En estas circunstancias, la confusión entre los fieles católicos es enorme. Como el documento del Concilio Vaticano sobre la libertad religiosa condena cualquier intento de forzar a alguien a adoptar una creencia religiosa en contra de su voluntad, en consecuencia se supone y se entiende que cualquier ser humano tiene el derech,) innato a elegir y creer en una falsa religión. Esto equivale a decir que cualquiera tiene el derecho innato a estar religiosamente en el error. Esto no sólo es falso como proposición religiosa, es una contradicción en sí misma para cualquiera que se supone que cree en la única y verdadera Iglesia de Cristo. Porque si la proposición es cierta, entonces ninguna religión es la correcta, ninguna religión está equivocada; de hecho, no hay forma en que un ser humano pueda llegar a la verdad religiosa.

Nada ha contribuido más eficazmente a la decadencia de la unidad e identidad religiosa católica romana que la difusión de la idea de que repentinamente, a mediados de los sesenta, los católicos romanos descubrieron que, como católicos, pertenecían a "la corriente general de sentimiento y creencia religiosa existente entre todos los hombres y mujeres". De la misma manera, nada ha contribuido r·,ás eficazmente a la confusión de las masas católicas. Porque cuando ven y escuchan a sus prelados y a sus sacerdotes actuando y hablando como si no hubiera una exclusividad y verdad específicamente católicas, inmediatamente su instinto lógico es considerar que las leyes morales y los dogmas de la Iglesia son opcionales. ("Si a otros no se les exige que crean en esos dogmas y obedezcan esas leyes, ¿por qué lo haría yo?") Así aparecen los católicos de "cafetería", con una actitud de opción ante el dogma y la ley moral católico-romana. Insisten en permanecer en la Iglesia y en llamarse a sí mismos católicos, pero sostienen resueltamente que ellos no necesitan creer en éste, ése o aquel dogma, no necesitan observar ésta, ésa o aquella ley moral. Su número aumenta en la Iglesia católica de hcy e incluye a individuos aislados y a grupos organizados.

La confusión en esta materia continúa sin disminuir. La mayoría de las iniciativas para el nuevo "ecumenismo" y la mayoría de las teorizaciones sobre éste y sobre la falsa idea de la libertad religiosa han venido de los

prelados católico-romanos y de sus teólogos, y de funcionarios diocesanos de menos importancia que participan en una red ecuménica organizada a nivel diocesano y llevada a la práctica a nivel parroquial.

,;Todavía no ha habido una declaración muy clara e inequívoca por parte de los obispos, seguida de un fiel cumplimiento de la creencia católica romana fundamental de que esta Iglesia es la única y verdadera Iglesia fundada por Cristo, a la que deben pertenecer todos los hombres y mujeres si van a salvarse de la condenación eterna. Tampoco las autoridades romanas han hecho ningún esfuerzo ostensible para rectificar esta grave deficiencia de los obispos de la Iglesia. b

La relación de los obispos con el obispo de Roma como Papa y como Vicario personal de Cristo es el tercer encabezado bajo el cual se ha permitido que se desarrolle la confusión. El dogma católico dice que cada obispo es el legítimo pastor principal de su diócesis, siempre que esté en comunión con el Papa: es decir, que sostenga las mismas creencias y leyes morales que el Papa y que esté sujeto a la jurisdicción del Papa. Éste, como pastor universal de la Iglesia, también es pastor de cada diócesis por derecho propio •Todos los obispos de la Iglesia, alrededor de cuatro mil en números reales, junto con el Papa, constituyen el colegio o asamblea de apóstoles, y pueden legislar con infalibilidad para la Iglesia universal como miembros de ese colegio encabezado por el Papa.

Pero la doctrina católica romana sostiene que el Papa puede hacer por sí mismo todo eso que este colegio puede hacer doctrinariamente y en jurisdicción y en disciplina moral; el colegio de obispos no puede hacer nada sin la colaboración y la dirección del Papa.

En consecuencia, hay dos diferentes relaciones: una, entre cada obispo individualmente y el Papa, otra, entre el Papa y todos los obispos como un cuerpo. Y esta relación es llamada la colegialidad de la Iglesia.

Nuevamente, a fuerza de una interpretación hábil pero incorrecta de los textos de los documentos del Segundo Concilio Vaticano, los prelados y teólogos han alimentado el convencimiento de que existe una segunda forma de colegialidad entre los obispos de un país. Así, se supone que la conferencia nacional de los obispos católicos de un país puede legislar en doctrina y disciplina, muy aparte de lo que el Papa pueda pensar, aprobar o desaprobar, y que la conferencia puede hacer esto infaliblemente: es decir, que los obispos no se equivocarán en lo que proponen para la creencia y la práctica moral.

Ninguna conferencia nacional de obispos ha tenido todavía el valor o el descaro como para salir con una declaración general a ese respecto. Pero en un periodo de veinte años, los católicos ya notaron cómo sus conferencias nacionales de obispos han legislado en materia de doctrina y disciplina en abierta contradicción con la conocida enseñanza del Papa. Es inne-

cesario decir que más de un teólogo ha propuesto argumentos teológicos para fomentar esta independencia herética de las conferencias de obispos. -

Ha nacido la idea de la "Iglesia católica nacional", norteamericana, canadiense, francesa, brasileña, etcétera. No es meramente una idea, es el principio que guía a muchas actividades diocesanas que tienen la bendición de los obispos. Los obispos y sus clérigos y laicos activistas están pensando según estos lineamientos, todavía no han tenido el coraje de salir francamente y en términos directos. Pero debemos tener cuidado de no confundir el propósito de un surgimiento tan lento de la "Iglesia nacional". La meta final, en las mentes de aquellos que nutren la idea y la promueven activa y concretamente, no es meramente resolver los problemas locales, por ejemplo, de los sacerdotes norteamericanos que quieren casarse o de los homosexuales que exigen derechos homosexuales o de los marxistas latinoamericanos y sus imitadores norteamericanos que reclaman el derecho a adherirse al marxismo y seguir siendo llamados católicos romanos. En las mentes de los proveedores de esta nueva colegialidad entre los obispos de cualquier conferencia nacional, se presenta como objetivo final la liquidación del control papal absoluto sobre el dogma y la disciplina moral de la Iglesia.

En sus mentes, la verdadera Iglesia católica, ya no llamada romana, consistiría en una bandada de "iglesias nacionales" unidas por sentimiento y asociación, siempre reverentes hacia la así llamada "venerable Sede de Roma y su hermano obispo", pero libres en su autonomía de ser "maduros hermanos obispos" del "venerable obispo de Roma", y por lo tanto, libres para arreglar los asuntos "nacionales" de sus Iglesias, simplemente de acuerdo con la "cultura local".

Obviamente, tal liquidación del Oficio Papal sólo se efectuaría con el consentimiento de su ocupante, y la manera más fácil en que podría suceder eso sería la elección al trono de Pedro de un candidato papal quien, antes de su elección, sea conocido como partidario de esa liquidación. El dominio de un cónclave papal por ese tipo de mente sería un requisito para tener éxito en esta empresa que haría época. Porque sin duda haría época: transformar la tradición de casi dos mil años de la Iglesia católica romana, terminando oficialmente, de una vez por todas, con la primacía papal tal como ha evolucionado a través de los siglos y tal como ha sido afirmada por cada concilio ecuménico de la Iglesia, incluyendo al Segundo Concilio Vaticano.

Que las autoridades romanas no amonestaran a las conferencias nacionales de obispos sobre cuestiones en las que esas conferencias han transgredido la voluntad y la decisión papal: esto es lo que lenta, pero segura mente comenzó a arraigar la idea, en las comunidades católicas locales, de que su conferencia nacional de obispos sin duda tiene la última palabra en el dogma y en la disciplina moral. Pero surge la confusión porque hay suficientes voces que protestan queda voluntad y la autoridad del Papa son supremas> Nuevamente, la falta de aplicación de parte de Roma sólo está fomentando la confusión.

El cuarto punto vital es complejo y concierne a ,os facultades reproductivas de hombres y mujeres. Aquí las estadísticas sOri horrendas. Bajo los encabezados principales de anticoncepción, abort°, homosexualidad, sexualidad prematrimonial y las técnicas modernas lativas a la reproducción, cifras confiables nos aseguran que una gran r~ #yoría de católicos simplemente no aceptan y una mayoría todavía más 01 ande alberga serias dudas sobre la enseñanza tradicional católica romana sobre estos cinco temas

Algunas cifras en particular son espantosas, diga os, las de sacerdotes que directamente aconsejan a su rebaño en un ser+ti do no-católico. Donde hay confusión, ésta surge porque el Papa insiste er' los leyes tradicionales concernientes a estos temas, mientras que en ca- 0 comunidad de católicos están los teólogos, los sacerdotes y los maestros en instituciones católicas que contradicen llanamente esa ense~ ¢ laicos tradicional. El cumplimiento apropiado por parte de los obispos locale y de Roma despojaría de su derecho a enseñar y a predicar a los católi ~ os, a cualquier teólogo o maestro semejante. No hay tal cumplimiento, ni p° r parte de Roma ni por parte de los obispos.

Parece obvio que todos esos prelados y saO~e la co conducta moral de la acuerdo con la descatolización de la creencia y gente, creen que están haciendo a la Iglesia ~é s relevante, más práctica, más acorde con la mente moderna, más compr-rlsiva y, por lo tanto, aceptable. El paralelo con el complejo de Judas pareen completo. convencidos de que su

Porque los que constituyen la Antiiglesia e3 plan es el que es bueno para la Iglesia, tal como oos conciben que la Iglesia es. El ejemplo de la actitud de la Antiiglesia rl,ara el creyente, la Iglesia, e~cia la eucaristía conlleva espantosas señales para la mente del creyente. Cristo, que está hecho de en su realidad espiritual, es el Cuerpo Místico dO nidos con Cristo por su todos aquellos quienes están espiritualmente ico sólo puede tener una divina gracia. Sobre esta tierra, este Cuerpo Mí¢t Tonal católica romana. El forma tangible y visible: la organización institUr, viviente, tangible, visible, paralelo entre la traición de Jesús como hombre por Judas, y la traición de la Iglesia por los ~ cobros de la Antiiglesia, provoca horror en el creyente al tiempo que lo r ~umina con respecto a la realidad del peligro en el que se encuentra atra ada la organización institucional católica romana a fines del siglo XX. La traición de Judas a Jesús concernía básicamente al cuerpo físico de Jesús, ~~ plicaba varias traiciones concomitantes.

Judas, por ejemplo, no sintió un imperativo P 0rticular para participar en la última Cena, salió con el primer pretexto, para proseguir con su propio plan. No participó en la eucaristía del Cuerpo y la , Ongre d ngre de Cristo, como los demás Apóstoles. No había encontrado nada siga en la promesa de Cristo de que éstos eran los medios sacrifciales dA l/a salvación y la pertenen-

cia a su Iglesia. Precisamente un importante acto fraudulento de la Antiiglesia indica un desinterés en esa eucaristía como el Cuerpo y la Sangre sacrificiales de Cristo ofrecidos en la misa inmemorial. Remplazando ese foco católico romano, alguna vez central, con sus propias imaginaciones desbocadas, la Antiiglesia tiene un ceremonial irregular, que hierve con el interés en una "comida común" y que depende para su efecto de la parafernalia de un "teatro viviente" armado con prisa, y de la organizada "cercanía" de una reunión social. El desinterés -equivalente a traición- por la eucaristía es el elemento común entre Judas y la Antiiglesia.

En este punto en que se conjunta el complejo de Judas con la Antiiglesia, nos encontramos con lo que San Pablo llama "el misterio de la iniquidad". Judas es el mejor ejemplo. En la última Cena, Jesús fue totalmente franco: "Hubiera sido mejor para ese hombre [su traidor] no haber nacido". Pero Jesús debe haber sabido desde la eternidad y, por lo tanto, desde el momento en que llamó personalmente a Judas para que fuera uno de sus Apóstoles especiales, que este hombre seguramente lo traicionaría. Sin embargo, lo eligió. Confió en él. Le dio el único oficio público en ese selecto grupo de seguidores. Si enfocamos este hecho desde nuestro punto de vista humano, sólo nos encontraremos con problemas intrincados. El misterio -el punto de vista de Dios- siempre permanecerá opaco para nosotros, pero podemos aceptarlo por la fe.

Pablo usó esa frase, "el misterio de la iniquidad", cuando les escribió a los tesalonicenses sobre la apostasía universal que precederá a la aparición del Anticristo, en los últimos días antes del fin de todo el tiempo humano. Antes de esos terribles acontecimientos del fin último, Pablo les dice a sus fieles que se enfrentarán al hecho de que, contrariamente a la expectativa humana, la iniquidad -el ataque específico de Lucifer contra los seguidores de Jesús- operará a gran escala. El propio Jesús, hablando de esos últimos días, hizo resonar la misma nota, advirtiendo a sus seguidores que los servidores de esa iniquidad les harían a ellos exactamente lo mismo que le harían a él, así que hasta los justos sucumbirían si Dios no acortase esos días de sus sufrimientos. La Iglesia de Jesús sería tratada como Jesús había sido tratado por sus enemigos.

No es imaginario, sino terriblemente impresionante, darse cuenta de que el complejo de Judas que hay en los eclesiásticos ya ha conducido a la Iglesia a una condición que reproduce los sufrimientos impuestos a Jesús a través de la traición de Judas.

La agonía de la duda y del temor que experimentó Jesús en el Huerto de Getsemaní es paralela al Getsemaní de duda y de temor que los teólogos disidentes han creado en la Iglesia. La negligencia y el desdén de Judas por participar en lo que realmente era un acontecimiento sagrado, la última Cena, están reproducidos en las múltiples formas en que la Antiiglesia ha disminuido efectivamente la importancia sacramental de la eucaristía, por cierto, la realidad misma de la eucaristía como el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

La prisión, la tortura, los azotes y la crucifixión de Jesús -resultados directos de la traición de Judas- han sido y todavía son reproducidos en los cuerpos de millones que han sido traicionados por eclesiásticos y entregados a las manos de gobiernos crueles, en Europa, en Asia, en América Latina, en África. Más especialmente, en esos lugares, sacerdotes y prelados han sido sometidos a torturas indescriptibles precisamente porque encarnan a la Iglesia oficial de Cristo y son ministros de su Cuerpo Místico.

La deserción de los Apóstoles una vez que Cristo fue arrestado encuentra su paralelo místico en los eclesiásticos de hoy: niegan que lo conocen como el Hijo de Dios, o hasta que lo conocen o están con él; y muchos buenos eclesiásticos, ortodoxos en su creencia, puros en su vida, huyen de cualquier reacción, cualquier reacción fuerte ante la destrucción de la Iglesia de Cristo por parte de la Antiiglesia, convirtiéndose así en responsables del daño que podrían haber prevenido al ponerse a sí mismos y a sus intereses en un segundo puesto, resistiendo a la Antiiglesia a nivel parroquial y diocesano.

Un peculiar acto pie profanación de la Iglesia de Cristo lo está cometiendo la Antiiglesia al fomentar el movimiento feminista entre las mujeres religiosas. Jesús, en sus sufrimientos, tuvo al menos el consuelo de saber que las mujeres que estaban entre sus seguidores no se desparramaban como conejos asustados, ni lo traicionaban. Permanecieron con él hasta el amargo fin del Calvario. Hoy, el movimiento de las mujeres de la Iglesia, por cierto permitido y en ciertos casos estimulado por la Antiiglesia, está decidido a profanar el Cuerpo de la Iglesia en el sacramento, en los sagrados votos de la religión, en las preciosas funciones del sacerdote, pastor y maestro. Todo esto puede rastrearse hasta el complejo de Judas, parte del misterio de la iniquidad que ahora está actuando a toda velocidad en toda la organización institucional católica romana.

Una semejante manifestación general del poder una vez latente de esa iniquidad, ahora triunfante dentro de la Iglesia y directamente obra de la Antiiglesia, seguramente orienta a la mente por lo menos a los comienzos, si no al comienzo real, de esa universal apostasía entre los creyentes que San Pablo predice explícitamente e insiste en que es el preludio directo a la llegada culminante del Hombre del Destino, el Anticristo.

35

La triple debilidad

El deterioro general de la estructura institucional católico-romana ha llegado ahora tan lejos, por cierto avanza a un ritmo tan sostenido con cada año que pasa, y el papa Juan Pablo II y su burocracia papal han sido empujados o se han retirado a un aislamiento tan ineficaz desde el gobierno cotidiano de la Iglesia universal, que ahora son posibles tres resultados espantosos. Cualquiera de ellos podría entrañar -probablemente, entrañaría- la desintegración final de esta organización institucional católico-romana tal como la hemos conocido, y tal como la han conocido los hombres y las mujeres durante quinientos años.

El día que un grupo considerable de católicos romanos, clero y laicado, llegue a convencerse -correcta o equivocadamente- de que el entonces ocupante del trono apostólico de Pedro no es, y quizá jamás fue, un Papa válidamente electo, ese día, el actual y continuo deterioro de la estructura organizacional se acelerará y llegará a un sordo colapso de la organización entera. Entonces, el cuerpo católico romano, ya dividido por el cisma y dominado por la herejía, será una cosa descabezada, una maquinaria complicada que explotará en fragmentos en todas direcciones, porque estará destruida la caja que la cubre.

Porque la única garantía tangible que tienen los católicos romanos de que un hombre se ha convertido verdaderamente en Papa es la garantía legal de una elección válida en un cónclave legal de cardenales legales. Entonces su fe les asegura que, a través de este hombre y de sus predecesores, están en relación histórica con Jesucristo, que fundó la Iglesia, y en relación sobrenatural con Cristo tal como está ahora en el Cielo de la gloria de Dios. La legalidad -o la validez, para usar el término eclesiástico- de

una elección papal depende de la observancia exacta, en presencia de testigos, de los diferentes procedimientos, visibles y controlables, establecidos en las reglas para las elecciones papales. El resultado final de la elección -un Papa válidamente electo- se alcanza sólo con el *Accepto* libremente pronunciado por el papa-electo. Por esto es que el cardenal Laurenti, quien se convirtió en papa-electo en el Cónclave de febrero de 1922, jamás podría ser considerado como Papa: libremente declinó aceptar el pontificado, habiendo sido válidamente elegido por la mayoría debida. Nadie tiene que aceptar el Oficio Papal. Un papa electo que se niega a aceptar no está obligado a explicar por qué se ha rehusado, así como un Papa que renuncia al cargo no está obligado a explicar por qué ha renunciado.

¿Qué significa el término "libremente" cuando decimos que el papa electo debe aceptar o rechazar libremente su elección al pontificado?

Tomemos, por ejemplo, el Cónclave de 1903, que eligió como papa Pío X a Giuseppe Melchiorre Cardenal Sarto. Pero Sarto no fue el primer elegido por esos sesenta y dos Cardenales Electores. Después de una sesión de votación y escrutinio de los votos, el 1 de agosto, el primer día del Cónclave, fue claro que la mayoría exigida (veintinueve votos en este caso; Sarto recibió sólo cinco votos en esa sesión) correspondía al italiano Mariano Cardenal Rampolla del Tindaro. Si se le hubiera permitido, Rampolla hubiera pronunciado el Accepto requerido, y por lo tanto se hubiera convertido automáticamente en Papa.

Pero no se le permitió aceptar el pontificad,). En aquella época, el Vaticano le había otorgado al emperador Francisco José de Austria el privilegio de vetar a cualquier papa electo que no le gustara. Rampolla no le gustaba, pero la mayoría de los Cardenales Electores jamás en su vida descubrieron por qué. La razón ostensible dada para el veto del emperador eran los antecedentes de Rampolla de su oposición política a Austria y su apoyo a Francia. Así, el 2 de agosto, el polaco Jan Cardenal Puzyna de Austria-Hungría se puso de pie en el Cónclave y anunció el veto del emperador contra Rampolla.

Rampolla y los demás cardenales acataron el veto austriaco, porque él y todos los cardenales sabían exactamente cuánto daño podía causar el quisquilloso Francisco José a los eclesiásticos de Europa Central, donde se extendían los dominios del imperio austro-húngaro. En ese sentido, el *Non accepto* de Rampolla fue libre. Él y los demás cardenales aceptaron libremente la existencia de ese veto. Pero hasta el punto en que el veto del emperador impedía que los cardenales tuvieran al Papa que elegían libremente, e impedía que Rampolla accediera al deseo abrumador de ellos, ni ellos ni él eran libres. Sin embargo, nadie entonces, o desde entonces, sostendría que Rampolla era el Papa verdadero, que Sarto -el papa electo que surgió de una posterior sesión de voto y escrutinio- no era válidamente Papa.

Fue sólo en años posteriores que se reveló el verdadero motivo del

veto de Francisco José. El emperador estaba enterado de un secreto muy celosamente guardado: el cardenal Rampolla había ingresado a la Logia de Francmasones. Sin ninguna duda, el emperador tenía el derecho de vetar a un candidato papal que no le gustaba. Rampolla y los Electores se inclinaron ante el ejercicio de ese privilegio. Pero surgiría una situación enteramente diferénte si alguien que no tiene derecho a hacerlo impidiera que un papa electo aceptara el papado, alguien que amenazara con la ruina y la muerte a la reputación de un papa electo, su familia y su persona, si aceptara su elección como Papa. Tal amenaza sería injusta, sería una limitación indebida a la libertad de los Cardenales Electores. En ese caso, el papa electo no sería libre de ninguna manera. La fuerza injusta y la presión lo despojarían de su libertad y despojarían a la Iglesia de su papa electo válidamente.

De esa manera pueden surgir preguntas muy tortuosas. Ahora, por ejemplo, la Santa Sede no le ha concedido un formal poder de veto contra los papas electos a ningún poder estatal ni individuo. Sin embargo, hay una diferente categoría de personas fuera del cónclave a las que la Santa Sede les reconoce su interés legítimo por la identidad real del nuevo Papa. Los Cardenales Electores que hoy entran a un cónclave están conscientes de cuál candidato papal es persona *non grata* para cuál partido exterior interesado. No es un veto, en el viejo sentido formal, sin embargo, las simpatías y antipatías de esos grupos exteriores son ciertamente tomadas en cuenta. Y, por lo tanto, por lo menos teóricamente, puede surgir la situación en la que es vetado un candidato al pontificado debidamente elegido.

En tal caso -y no es tan teórico como parecería- emergerían preguntas muy intrigantes en relación con la elección de un segundo papa electo en el mismo cónclave. Esos cuestionamientos podrían convertirse en un convencimiento de que la segunda elección sería inválida, de que sin duda la libertad de los electores había sido indebidamente engrillada, y de que el papa-electo válido había sido hecho a un lado.

Si un convencimiento así fuera compartido por un grupo considerable de católicos romanos, las consecuencias para la unidad de la Iglesia serían terribles.

La misma catástrofe de desintegración asolaría a la organización institucional católica romana -ésta es la segunda posibilidad espantosa- si un grupo considerable del clero y del laicado católico romano llegara a estar convencido, con razón o sin ella, de que el entonces ocupante del Trono de Pedro había sido electo muy válidamente, pero con el tiempo se había vuelto herético, y estaba realmente colaborando, activa o pasivamente, en el desmembramiento, parte por parte, del sagrado Oficio Pontificio y su organización ministerial. Porque un Papa que se volviera herético dejaría de ser Papa.

En una situación así, la principal causa de desintegración sería la carencia de una voz autorizada en la estructura de la Iglesia por la cual los católicos recibieran la seguridad, emitida con autoridad, de que su Papa había caído o no en la herejía. Porque no hay un mecanismo oficial dentro de la estructura de la Iglesia que esté autorizado a hacer un juicio sobre el Papa y el papado. Por cierto, el código oficial de la ley eclesiástica de la Iglesia, el derecho canónico, niega expresamente a cualquiera el derecho o el deber de emitir un juicio oficial sobre el Papa o el papado.

Hasta ahora en este siglo, sólo una vez se presentó una situación en la que un Papa, Paulo VI, contempló y dio los primeros pasos para seguir un curso de acción que algunos de sus consejeros más íntimos pensaban que hubiera entrañado una cierta herejía. Esto surgió por la forma en la que originalmente Paulo VI propuso cambiar la antigua y sumamente importante ceremonia de la misa romana. Su primera versión de una nueva ceremonia de la misa, sostenían esos consejeros, si se hubiera impuesto y practicado alguna vez en la Iglesia universal, efectivamente hubiera eliminado esos elementos de la ceremonia que eran, y todavía son hoy, dogmáticamente esenciales para la exitosa realización del Sacrificio de Jesucristo sobre la cruz de su muerte. Por lo menos dos cardenales, Ottaviani y Bacci, le dijeron claramente al papa Paulo VI, en privado, y públicamente a terceros, que si él proseguía con sus planes para la nueva ceremonia de la misa, ellos no dudarían en denunciarlo públicamente ante toda la Iglesia, como un hereje, depuesto del Trono de Pedro. Estaban preparados a denunciar que su nueva ceremonia de la misa olía a herejía. Por ello, los fieles hubieran sido liberados de toda lealtad y obediencia al papa Paulo VI. Éste hubiera dejado de ser Papa.

Tal como resultó, el papa Paulo, bajo una amenaza tan horrible hecha por dos cardenales prestigiosos, se retractó de su propuesta original, y se le ahorró a la Iglesia una angustiosa experiencia. Pero debe señalarse que ni Ottaviani ni Bacci ni ninguno de los demás eclesiásticos involucrados tenían ningún derecho jurídico a hacer la amenaza o a cumplirla. La mera amenaza amedrentó a Paulo VI para que retrocediera; al modificar su primera versión de la nueva misa para eliminar de su texto original los elementos más notoriamente ofensivos, y al contraamenazar al cardenal Ottaviani con privarlo de los sacramentos, escapó a la censura oficial a manos de sus colegas vaticanos. Esa crisis de 1967 se mantuvo bajo el manto del Vaticano.

De ese modo una gran escisión desgarradora y divisiva pudo separar a los miembros de la Iglesia, algunos poniéndose de parte del Papa, otros, declarando que su supuesta herejía lo había invalidado. Inevitablemente, emergerían por lo menos dos cuerpos de eclesiásticos, cada uno enfrentado al otro, cada uno reclamando ser el ortodoxo. Si aquellos que creían que el Papa original era hereje hacían un intento de elegir un nuevo Papa (supuestamente ortodoxo), o si sólidos segmentos del cuerpo católico se separaban de la obediencia el Papa acusado, el efecto -la desintegración- sería una pérdida total de fe en el papado, resultando en el abandono de las

prácticas religiosas católicas y de la observancia de los preceptos morales católicos, el que sería seguido por la adopción de la religión de "cafetería" que Juan Pablo 11 ha ridiculizado, el catolicismo "escogido" de muchos millones de católicos de hoy, en América del Norte y en todo el mundo occidental.

Hay otro posible proceso dentro del cuerpo católico romano que, si no se le detiene, podría quebrar su unidad de estructura. En breve, se trata de la elección en el cónclave de un candidato papal cuya política fuera disolver la unidad y cambiar la estructura de la Iglesia católica romana al abandonar simplemente el ejercicio del cargo y privilegio papal, sobre los que está construida la unidad estructural de la Iglesia como un cuerpo visible, y al liberar a los aproximadamente cuatro mil obispos de la Iglesia de su sumisión colegiada al papado, que es el principio sobre el cual han estado estructurados hasta ahora. Todo esto significaría una nueva función para el obispo de Roma, y no la tradicional; también entrañaría una nueva relación de todos los obispos entre sí, incluido el obispo de Roma. Si alguien duda seriamente de que pudiera presentarse tal eventualidad, que recuerde que nadie hubiera especulado seriamente durante los cuarentas y cincuentas que un Papa en los sesentas intentaría eliminar efectivamente los elementos que garantizaban el acontecimiento central de la misa romana, es decir, la representación del Sacrificio de Cristo en el Calvario. Y sin embargo, eso es precisamente lo que sucedió, de acuerdo con fuentes confiables.

Hay una segunda razón por la que nadie debe considerar descabellada la tercera posibilidad descrita antes. Una consideración seria de la situación presente, con ojos desapasionados, revela rápidamente el hecho inexorable de la vida católica romana de hoy: en el nivel universal de la parroquia y de la diócesis, y en el nivel superior del papado y del ministerio papal, encontraremos presentes todos los elementos dispositivos necesarios y suficientes para llevar a este proceso terrible a su fructificación. Sin duda, encontraremos que estos elementos ya han estado trabajando intensiva y extensivamente.

A nivel de parroquia y diócesis, difundida entre obispos, sacerdotes, monjas y personas laicas, Encontraremos una inconmovible convicción de que antes del Segundo Concilio Vaticano había una Iglesia católica romana, la "Iglesia preconciliar"; pero que a partir de ese Concilio, la Iglesia preconciliar ha dejado de existir, y su lugar ha sido ocupado por la "Iglesia Conciliar", animada por el "espíritu del Vaticano ti" y que ya no se llama "Iglesia católica romana", sino que en cambio se llama, en palabras bíblicas, "el pueblo de Dios", o simple, vagamente, la "Iglesia".

Descubriremos que las dos "Iglesias" son radicalmente diferentes en las mentes del obispo, del sacerdote, de la monja y de la persona laica. Diferentes en cuatro puntos capitales. La "Iglesia Conciliar" no reclama para sí la posesión exclusiva de los medios para la salvación eterna. Los no católicos, como tales, y los no cristianos, como tales, pueden hacer iguales declaraciones de tener los medios de salvación dentro de su propia religión, o "modo de vida", si ocurre que no tienen religión. Porque todos nosotros -católicos, no católicos y no cristianos- somos sólo peregrinos hacia la misma meta, aunque nos aproximamos a ella por diferentes caminos. Segundo, en la Iglesia Conciliar, la fuente de la iluminación religiosa, de la guía y de la autoridad, es la "comunidad de fe" local. Las creencias correctas y la práctica moral correcta ya no provienen de un cuerpo jerárquico de obispos, sometido a la autoridad magisterial central de un hombre, el obispo de Roma. Tercero, los grupos mundiales de las "comunidades de la fe" tienen como función básica cooperar con la "humanidad" para construir y asegurar el éxito de la paz mundial y de la reforma mundial en el uso de los recursos de la tierra para eliminar la opresión económica y el imperialismo político. Cuarto, las anteriores reglas de conducta moral de la Iglesia católica romana sobre temas de la vida -concepción, matrimonio, muerte, sexualidad- pueden alinearse fraternalmente con la perspectiva, los deseos y las prácticas del mundo en general. De lo contrario, ¿cómo pueden afirmar los miembros de la Iglesia que se han abierto a sus hermanos y hermanas humanos?

Ahora, estas diferencias radicales entre las dos "Iglesias" son vistas como los mejores frutos del Segundo Concilio Vaticano, que es citado interminablemente para justificarlas. El hecho horrible es que los documentos de ese Concilio pueden ser citados para sustentar esas diferencias. Porque esos documentos están acribillados de ambigüedades en materia de fe, y por lo menos en dos de ellos hay declaraciones que, *prima facie,* parecen irreconziliables con la constante enseñanza de la Iglesia católica romana y sus papas hasta el reinado del papa Juan XXIII y la apertura de su Concilio.

Al nivel del papado y de la organización ministerial papal, encontramos elementos que fomentan, protegen y dan rienda suelta al aberrante "espíritu del Vaticano ti' que abunda en los niveles parroquial y diocesano. Encontramos que dos papas, Paulo VI y Juan Pablo ti, no ejercieron su supremo privilegio y autoridad magisterial para impedir el nacimiento del "espíritu del Vaticano ti", o, una vez que comenzó a florecer, se rehusaron a tomar el toro por los cuernos de una manera que ellos y sólo ellos podían hacer. Por un tiempo bastante largo hasta ahora, los católicos romanos han necesitado una declaración emanada del poder personal y del privilegio del Papa, de su infalibilidad ex *cathedra,* diciendo de una vez por todas y sin ambigüedad a todos los católicos y a todos los cristianos y, para el caso, al mundo entero, cuál de las dos "Iglesias" es la ortodoxa, cuál representa a la Iglesia católica romana, la única y verdadera Iglesia reivindicada por tantos papas y tantos mártires y tantos santos. En otras palabras, se necesitaba la interpretación autorizada de los documentos oficiales del Segundo Concilio Vaticano.

Pero una declaración papal no puede ser meras palabras. La Iglesia ha

estado respondiendo con palabras, y su atmósfera ha estado llena de documentos y programas e informes, cada año, desde el fin del Segundo Concilio Vaticano. Se debe volver a hacer cumplir las leyes católicas por medio de las sanciones tradicionales conocidas por todos nosotros: excomunión, expulsión de puestos oficiales, condenación, dando nombre por nombre, de las personas -prelados, sacerdotes, teólogos, monjas, laicos- que se rehúsen a aceptar las declaraciones papales.

Ambos papas se han rehusado a hacer esto. Su negligencia para hacerlo ha sido excusada o explicada con un intento por sostener que están preocupados por problemas más inmediatos o más importantes. Pero al crecer y difundirse el "espíritu del Vaticano ll", ahí brotan las funestas flores de la destrucción para la organización institucional católica romana. Su protección es el elemento vital en el Oficio papal que ambos pontífices juraron defender como representantes personales de Cristo.

Por eso es que la acusación de fraude en el alto oficio ha sido lanzada contra ambos pontífices. Se los juzgó colaboradores en el letal juego final de aquellos que intentan abarcar al mismo tiempo la liquidación del papado y de la organización institucional católica romana.

Sin freno y sin obstáculos, el proceso continuará como sigue: con la lenta fermentación de los obispos en todas partes por el "espíritu del Vaticano II", sin una postura de contrapeso adoptada por la Roma papal, es inevitable que lo que ahora podemos ver claramente en un número restringido de cardenales permeará a un número cada vez mayor. Existe muy poca duda en la mente de cualquiera que cardenales tales como Joseph Bernardin, de Chicago, Basil Hume, de Westminster, Godfried Danneels, de Bélgica, Paulo Evaristo Arns, de Sáo Paulo, Roger Etchegaray, de Francia, son partidarios del "espíritu del Vaticano II".

Con seguridad, hay cardenales que viven hoy que, junto con más cardenales que todavía serán creados por el Papa Juan Pablo II, elegirán al papa que lo suceda. Todos llegarán al próximo cónclave venidos de una estructura eclesiástica en que se han desempeñado por lo menos durante veinticinco años y donde no sólo no frenaron ni combatieron, ni siquiera corrigieron, las aberraciones del "espíritu del Vaticano II", sino que lo fomentaron pasivamente (al no hacer nada) o activamente (porque compartían ese mismo "espíritu"). Llegarán desde diócesis donde la vasta mayoría de los obispos no sabrán ni querrán saber nada que no coincida con el "espíritu del Vaticano II". Las parroquias y las diócesis existentes detrás de ellos ya están completamente fermentadas por ese mismo "espíritu".

Excluyendo un milagro de último momento, el candidato papal que elijan será uno de ellos, cuya política papal será coronar y confirmar la existencia oficial del "espíritu del Vaticano II".

Un cardenal así, elegido como Papa, tendrá como principio de acción lo que los papas Paulo VI y Juan Pablo II aparentemente adoptaron como un expediente temporal: no ejercer el privilegio del cargo pontificio, ahora pasado de moda. Paulo VI promulgó los documentos del Segundo Concilio Vaticano y se quedó sentado mientras la Iglesia era devastada por el impacto de la bastardización empleada tanto por sus funcionarios vaticanos cuanto por sus obispos en toda la Iglesia. Juan Pablo II ha santificado una y otra vez los documentos del Concilio con afirmaciones papales de que ellos ahora contienen la norma para la creencia y la conducta católicas.

Entre esos dos pontífices, Paulo VI y Juan Pablo II, por un lado, y el próximo papa, elegido después de la muerte de Juan Pablo II, habrá esta diferencia. La deficiencia de ese nuevo Papa en su alto oficio será el resultado de la convicción de que el original oficio papal, tal como lo practicaron los papas romanos hasta el último tercio del siglo XX, realmente no era nada más que un resultado, condicionado por el tiempo, de modos culturales que se remontaban a cientos de años atrás, y que ahora es tiempo de rebajar su importancia para liberar al "espíritu del Vaticano II", para que éste moldee a la Iglesia en una imagen que encaje con la mente progresista de una era nueva y muy diferente.

Los católicos romanos tendrán entonces el espectáculo de un Papa válidamente elegido, que corta las amarras de todo el cuerpo visible de la Iglesia con respecto a la unidad tradicional y a la estructura apostólica, de orientación papal, que hasta ahora la Iglesia siempre ha creído y enseñado que fue establecida divinamente.

El estremecimiento que sacudirá al cuerpo católico romano ese día, será el estremecimiento de su agonía. Porque sus dolores vendrán de adentro de sí, orquestados por sus líderes y sus miembros. Ningún enemigo exterior habrá causado esto. Muchos aceptarán el nuevo régimen. Muchos lo resistirán. Todo estará fragmentado. No habrá nadie en la tierra que mantenga juntos a los miembros fraccionados del cuerpo visible católico romano, como una compacta organización viviente. Entonces, los hombres podrán preguntar por primera vez en la historia de la Iglesia: ¿dónde está el cuerpo visible de la Iglesia que Cristo fundó? Pero no habrá ningún cuerpo visible. La Iglesia que Cristo fundó estará en la misma condición en que estaba el día en que el apóstol Felipe encontró al oficial etíope en el camino de Jerusalén a Gaza, y, descubriendo que este hombre había recibido la gracia de creer en Jesús, lo bautizó en un pozo que estaba junto al camino. Después de eso, Felipe desapareció, y el oficial continuó su camino. Pero ahora él era un miembro viviente de la Iglesia de Cristo, un participante en el Cuerpo Místico de Cristo, con tanta seguridad como cualquier cristiano que mil años después era bautizado en uno de los bautisterios de una catedral de Europa y su nombre se registraba como miembro oficial de la estructura visible de la iglesia que se encontraba en todas partes alrededor de la catedral.

Pero para ese oficial etíope no había una estructura visible de la Iglesia. Realmente, por esa simple ceremonia de entrar a la corriente a un lado del camino con el apóstol Felipe, y aceptar el bautismo en el nombre del Padre,

y del Hijo y del Espíritu Santo, ese oficial se había unido a la clandestinidad, la naciente clandestinidad cristiana, contra la cual ya habían lanzado los primeros pogroms las autoridades judías residentes, encabezadas por un feroz zelota rabínico llamado Saulo de Tarso, quien, en las palabras del mismo capítulo de los Hechos de los Apóstoles que narra el bautismo del etíope, "hizo estragos contra la Iglesia, entrando a todas las casas y sacando a rastras a hombres y mujeres y arrojándolos a la prisión".

Porque como quiera y dondequiera que h. Iglesia fundada por Cristo sobrevive y sigue viviendo, es seguro que seguirá viviendo; toda la fuerza bruta del Infierno no prevalecerá contra ella. Y el sucesor de Pedro, quien quiera que sea durante esos días terribles, finalmente se convertirá y, como predijo Jesús después de su resurrección, restaurará y devolverá la fuerza espiritual a la fe de sus obispos y pueblo en la Iglesia de Cristo.

36

Guión: el consistorio

Era la primera vez y, aunque allí nadie se diera cuenta de ello, era la última vez que estos 153 hombres en particular se reunirían en el auditorio del segundo piso de la Sala de Audiencias Nervi, en Roma, y se sentarían juntos frente al papa Valeska: un pequeño mar de rojo-sangre cardenalicio coronaba el hemiciclo de gradas ondulantes que descendían en espiral rodeando el estrecho estrado donde estaba sentada esa solitaria figura vestida de blanco, como una roca reluciente e inmóvil, contra la que todas las olas podían caer, vacilar, quebrarse y disolverse en arroyuelos de espuma que retrocedían. No por nada Cristo había rebautizado a Simón como Pedro, antiguamente.

La convocatoria perentoria, hermética, del Papa a su consistorio -"Deseo hablar con todos mis cardenales privadamente"- no había hecho una distinción burocrática entre cardenales activos y retirados, ni distinción legalista entre los cardenales con voto (de menos de ochenta años) y sin voto (de más de ochenta). "En mi consistorio no tienen lugar ni la burocracia ni el legalismo". Debían venir todos los cardenales. Y con todas sus insignias. Todos habían venido. Cualesquiera hubieran sido sus motivos -sentido del deber, curiosidad, temor, esperanza, fuerza de la costumbre, devoción, ambición, oportunismo, amor-, ninguno de los cardenales había boicoteado el consistorio de Valeska.

Esto era sorprendente, visto que no había disponible una información precisa sobre qué tenía en su mente el Santo Padre; y las generalmente informativas fuentes internas del Vaticano, sólo podían proporcionar honestamente un sincero "Nadie sabe" a todas las discretas investigaciones hechas de antemano. Todo lo que se sabía era lo que decía la convocatoria papal: "Este consistorio estará bajo la protección de la Preciosa Sangre de Nuestro

Salvador, que garantiza las Llaves del Reino". A muchos esto les pareció el típico lenguaje de "Roma" al hablar de temas tan variados como los Centavos de Pedro," el déficit presupuestario del Vaticano, la enseñanza papal sobre la Santísima Trinidad o las técnicas de fertilización in-vitro. Los principales medios periodísticos mundiales habían descrito al próximo consistorio con la explicación banal de que "se espera una inminente reorganización de las finanzas del Vaticano", o "los consistorios tienen una historia larga y antigua en la Iglesia de Roma". Entre los partidarios de la Antiiglesia el consenso era definitivamente minimizante. "Probablemente otra meditación semipública sobre la Santa Virgen de acuerdo con la devoc'ón personal del Papa". . . ésa fue la suposición más compasiva sobre el tema que tenía el Santo Padre en la mente. La reacción más sensata vino del nonagenario y retirado Luis Cardenal Silva, quien, crujiéndole los huesos, se había levantado de su lecho de inválido en Valparaíso, Chile, murmurándoles a sus horrorizadas pero impotentes enfermeras: "¡Esto es! ¡Tengo que ir! Es el fin o es el comienzo. ¡Debo estar allá! ¡Al fin ese joven va a hacer algo! ¡Quizá!"

De esa manera, este 1 de julio, el día de la fiesta de la Muy Preciosa Sangre de Jesús, precisamente dos días después de la fiesta de San Pedro y San Pablo, los apóstoles fundadores de la Sede Romana del Papa, todos los cardenales de Valeska estaban presentes. Pero desde el momento mismo de su arribo a la Sala Nervi, era claro que este consistorio no iba a parecerse a ningún consistorio del que se tuviera memoria.

En primer lugar, la seguridad era máxima. Los accesos a la Nervi estaban custodiados por policía italiana con armas automáticas. Alrededor de las principales puertas de la sala, un destacamento de fornidos Guardias Suizos formaba un corredor de seguridad por el cual los que entraban pasaban de a uno. Sin los documentos apropiados, a los propios San Pedro y San Pablo no se les hubiera permitido pasar estos dos puntos de control.

Adentro había una novedad. Los pasillos, los elevadores y las escaleras estaban vigilados por lo que parecía un pequeño ejército de militares uniformados y condecorados. Cierto, no llevaban armas visibles. Pero cada uno portaba una espada, y su seriedad y gravedad y modales formales sugerían que eran hombres bajo órdenes estrictas. Arriba, en el auditorio, cada cardenal fue escoltado hasta su lugar, donde un pequeño boletín impreso, con el grabado dorado de las Llaves Cruzadas y la Tiara, le informaba que el Santo Padre se dirigiría a sus cardenales a las 9:00 A.M. Las cabinas de la televisión y de la radio estaban ocupadas por esos mismos militares, igual que el rellano trasero del auditorio.

Por supuesto, los cardenales reconocieron (algunos más rápido que otros) los uniformes y las insignias de la Soberana Orden de los Caballeros de Malta. Ese hecho solemne -uno no podía sino quedar impresionado por

la formalidad creada por los Caballeros-, junto con lo escueto del aviso del boletín, indujo el silencio entre los cardenales, en el que un bajo susurro era el sonido más alto aun antes de que Valeska hubiera entrado.

La audiencia de cardenales fue silenciada más aún por la forma en que había entrado el papa Valeska y había abierto la sesión. Había sido escoltado hasta el auditorio puntualmente a las 8:55 A.M., sin fanfarrias, sin ningún aviso anterior, excepto lo que anunciaba el boletín. Llevaba una sola carpeta, no miró a la derecha ni a la izquierda, tomó asiento, abrió la carpeta, hojeó algunas páginas pensativamente, tomó un bolígrafo para hacer una o dos anotaciones, dejó el bolígrafo y por primera vez levantó la vista hacia su audiencia. Todos los presentes se dieron cuenta de que no habría un himno de apertura al Espíritu Santo, ni presentación formal del Santo Padre. El papa Valeska podría haber sido el presidente del consejo de administración, llegado para entregar un informe anual.

Sólo unos pocos papas -y éstos, en épocas modernas- se habían tenido que enfrentar a una audiencia de más de cien cardenales, el papa Valeska era el primer Papa de la historia que se sentaba frente a 153 de ellos. Los conocía a todos, por supuesto: a la mitad de ellos mejor que a los demás, y a alrededor de una docena, muy íntimamente. Con algunos había tenido conversaciones profundarr. nte satisfactorias; con otros, más de un choque frontal, y con otros más, una relación espinosa que se hacía posible sólo por una fría distancia entre él y ellos implícitamente aceptada. Era amado por algunos, no amado pero de todos modos respetado por algunos otros, y cordialmente antipático para otros. Sólo unos pocos habían dicho oficialmente que lo odiaban. Con éstos nunca tuvo ninguna verdadera dificultad, sabía dónde estaba parado con ellos.

Pero con alrededor de media docena, siempre se sentía profundamente incómodo: aquellos que jamás violaban ninguna regla del respeto convencional, del protocolo papal y de la cortesía común, pero que, detrás de una astuta máscara de buena conducta -hasta de bonhomía eclesiástica-, estaban impacientes por ver terminado y eliminado su pontificado. Esa forma de desprecio hería profundamente a Valeska.

"Alabado sea Jesús", comenzó el papa Valeska; su voz de tono bajo, su ritmo pausado. Echó una mirada a sus notas, leyendo un texto que obviamente conocía muy bien, porque continuamente levantaba sus ojos para mirar a los cardenales mientras continuaba ininterrumpidamente con su flujo de palabras.

"Ésas fueron las primeras palabras que dirigí a la Iglesia y al mundo la noche de mi elección. Que se cumplan en nosotros hoy en este consistorio".

Toda su actitud indicaba alguna terrible deliberación en su mente, y el indicio de eso mantenía la tensión en sus oyentes.

"Lo que tengo que decirles hoy no llevará mucho tiempo. Seremos breves en las palabras, pero ojalá seamos largos y profundos en nuestra comprensión.

"No puede haber ninguna duda genuina en la mente de nadie sobre dos aspectos de la Iglesia universal de hoy".

Las cámaras del circuito cerrado de televisión pasaron sobre los rostros de los cardenales, todos ellos, de buena o mala gana, pendientes de lo que este hombre, el Papa, tenía que decir.

"Desde el término del Segundo Concilio Vaticano en 1965, se ha efectuado un cambio radical en la liturgia, la teología, la piedad, la moral y el gobierno eclesiástico, ten apenas treinta años!"

El propio Valeska pudo sentir la repentina tensión entre grupos enteros de cardenales ante estas palabras. Prosiguió serenamente.

"La organización institucional católica romana de los años cuarenta y cincuenta de este siglo se parecía a la organización institucional católica romana del siglo XVI, hasta del siglo XIV, mucho más de lo que la actual 'Iglesia Conciliar' se parece a la de los años cuarenta y cincuenta. ¡Un abismo tan grande de diferencia en un tiempo tan corto! ¡Un cambio tan violentamente rápido!

"Segundo, en cada región y en cada departamento de la vida católica romana de hoy hay un deslizamiento inevitable y continuo hacia el desorden, la desunión, la confusión, la falta de fe y la abierta apostasía. Es una decadencia dominante en todas partes, que no exceptúa a ninguna persona y a ningún elemento... seminarios, cancillerías romana y diocesanas, órdenes religiosas, masculinas y femeninas, escuelas, colegios, universidades, familias, nuestra liturgia, nuestra teología, nuestra moralidad, nuestras devociones, nuestras misiones en África y Asia, nuestras normas personales. Todo a nuestro alrededor ha sido afectado por este deslizamiento.

"Al comienzo de mi pontificado, en pleno reconocimiento de estos dos aspectos vitales, mi política general fue la de esperar, tener paciencia, tolerancia, estímulo. El cambio gigantesco posterior al Segundo Concilio Vaticano había producido un desequilibrio temporal, fue mi razonamiento. Los miembros de la iglesia, clero y laicado, a su tiempo recuperarán su equilibrio católico romano, me decía a mí mismo. Predecía que habría un giro completo, un momento en el que la organización estaría nuevamente en lo correcto. Estaba seguro de eso.

"Sobre todo, pensaba en ustedes, venerables hermanos. Ustedes son mis auxiliares papales; por medio de ustedes, se supone que guío y gobierno a la Iglesia. En consecuencia, esa acción de reequilibrar las cosas en la Iglesia debe venir fundamentalmente de ustedes, bajo mi autoridad papal, y así filtrarse hacia abajo por las filas y escalones de la jerarquía hasta el nivel del clero ordinario y de la gente.

"Ésta era mi interpretación. Ésa fue mi política. Esta interpretación era inexacta. Esa política fue defectuosa. No ha habido giro completo, ni señal de ningún reequilibrio. Lo sé. Ustedes lo saben.

"Miren lo que hemos forjado juntos... esta 'Iglesia Conciliar' nuestra. Mírenla con amplitud, sin concentrarse en los agentes debilitantes individuales que ahora están corroyendo sus partes vitales. Dejen los detalles a un lado, y vean el gran cuadro.

"En nuestra administración de laissez-faire, hemos alimentado a una organización institucional, de personas y materiales, que cada año se vuelve menos y menos reconocible como católica romana. En conjunto, sobre nosotros hemos tenido la presión de fundirnos con los ambientes constantemente cambiantes de las culturas humanas, de aceptar la actitud moderna de que, según las palabras de un filósofo neopagano: 'Nuestros cerebros son constelaciones, nuestros cuerpos, celdas de misterio' que hay que explorar, para alcanzar así 'la ciudadanía en un mundo más grande que nuestras aspiraciones, más complejo que todos nuestros sueños'. En suma, mezclarnos con el mundo que nos rodea hasta el punto en que el catolicismo sea invisible.

"Esto es lo que hemos forjado. Ésta es hoy nuestra 'Iglesia Conciliar'. Miren, por favor, el espejo que estoy sosteniendo para que todos nosotros miremos en él, ustedes como mis obispos y prelados, yo como vuestro Papa, de modo que una vez, sólo esta vez, reconozcamos la verdad de nuestra situación, ante nosotros mismos y ante Dios.

"En el Evangelio de amor de Jesucristo, hay una escena terrible que ha provocado terror en mi alma. Compártanla conmigo, porque les concierne a ustedes como mis obispos y a mí como vuestro Papa".

Valeska sacó de su bolsillo un pequeño ejemplar del Nuevo Testamento, y se puso de pie mientras pasaba las páginas.

"Está descrita en Lucas... sí; Lucas... ¡Aquí está!"

En este momento había llegado a uno de los extremos del estrado.

"¡Aquí! Era la noche antes de que muriera.. . la última Cena. . . todos los discípulos a su alrededor". . . repasaba el texto a medida que hablaba.

"El traidor Judas había abandonado la sala de la cena: Satanás, dice Lucas, había entrado al corazón de Judas, aunque era uno de los Doce Apóstoles, y se va a hacer el vil negocio de traicionar a Jesús".

Valeska levantó sus ojos y miró a los cardenales más cercanos.

"Aunque era uno de los Doce Apóstoles". Repitió las palabras con una expresión de asombro en la cara.

Repasó el texto del Evangelio nuevamente: "Entonces nuestro Señor consagró el pan y el vino... todos los Apóstoles lo recibieron de sus manos... y entonces tuvieron una gran disputa -los Apóstoles- sobre cuál de ~sllos era realmente el más grande. . Jesús los reprendió, asegurándoles que todos ellos serían personajes importantes en su Reino... luego, respondiendo su pregunta sobre quién sería o era el jefe y el más grande de entre ellos, señaló a Simón Pedro y. . . sí, aquí les habla a todos ellos, poniendo primero a Simón Pedro: 'Simón, Simón, mira. Satanás ha deseado cribarte como si fueras trigo'. Jesús les dice eso a todos los Apóstoles que lo están escuchando, así como Jesús ahora se los dice a todos ustedes que están escuchándome".

Ahora Valeska estaba mirando a las gradas.

"A todos ustedes. Satanás quiso separarlos del grano dorado, del Pan de la Vida, volverlos desperdicios sin valor, y los ha arrojado al fuego de la caldera eterna".

No salió un solo sonido de esa audiencia. Une eminencia se humedeció los labios. Otra eminencia se pasó el índice alrededor del cuello de su ropa para librarlo de la transpiración.

Valeska miró hacia el texto: " 'Pero', siguió Jesús, hablándole ahora exclusivamente a Simón Pedro, 'he rogado por ti —.

La voz de Valeska se hizo más lenta y se cargó de sentimiento: "'He rogado por ti para que no pierdas tu fe' ".

Valeska se sofocó en esas últimas tres palabras. Ahí estuvo de pie, con la cabeza inclinada, durante algunos segundos; después, apoyando su pequeño Nuevo Testamento sobre la repisa, cayó lentamente de rodillas. Este acto produjo consternación entre los cardenales.

La mayoría de ellos no sabía qué hacer. Aquí y allá, en las gradas, unas figuras salpicadas se pusieron de pie, signos de admiración escarlata. Luego, uno después del otro, de a dos y de a tres, la generalidad se paró. Unos cuarenta o cincuenta se quedaron congelados en sus asientos, echándose miradas -nerviosas, resentidas, interrogadoras- entre sí. Aquellos que estaban de pie no podían arrodillarse. Aquellos que estaban sentados no podían decidirse a pararse una vez que obviamente se habían rehusado a imitar a la generalidad. Frankevic, el secretario papal, y un irascible asistente papal, el padre O'Donnell, mirando el hecho arriba, en el estudio de Valeska, en el circuito cerrado de televisión, rápidamente garrapatearon los nombres de los cardenales que estaban sentados.

-Los idiotas -dijo O'Donnell nervioso-. Se han puesto en evidencia.

-No, padre Joe -Frankevic sonreía lúgubremente-. Fueron tomados fuera de equilibrio. Los pescó. Su odio fue más fuerte que su prudencia. ¡El mal saldrá!

Valeska recu^eró la voz.

"Esas palabras, venerables hermanos, están dirigidas a mí, no a ustedes. Porque hoy yo soy Pedro".

Las palabras salieron de esa figura arrodillada e inclinada como impregnadas de alguna profunda angustia interior.

"Nuestro Señor rogó por mí para que yo no perdiera mi fe". Hizo una ligera pausa. "Tengo una confesión que hacer, venerables hermanos, y un perdón que pedir".

La imagen del Papa arrodillado y de los cardenales que escuchaban que llegaba a Frankevic y O'Donnell, por el circuito cerrado, muy bien podría haber sido una fotografía en colores y no una transmisión en vivo, tan inmóviles estuvieron todas las figuras durante unos veinte segundos. Ningún cardenal parado se movió sobre sus pies. Ningún cardenal sentado hizo movimiento alguno.

"Satanás, el Enemigo, trató de cribarme y desecharme como desperdicio, ya fuese en la India o en Italia o en Estados Unidos o en África o en América Latina o aquí, junto a la Tumba de los Apóstoles. Me cribó. Me zarandeó. Me confundió. Me llevó a cometer errores de juicio práctico. Me hizo sordo a las protestas de los fieles. Me hizo vulnerable a las mentiras a medias, las halagadoras verdades a medias, los ruegos de los hipócritas, la suave conversación de aquellos que me odiaban como sucesor de Pedro.

"¡Mea culpa! ¡Mea culpa! ¡Mea maxima culpa!" -Valeska se golpeó el pecho con el puño-. "Fue mi culpa. Fue mi debilidad. Fue mi propia culpa, mi propia culpa".

La voz se desvaneció en el silencio unos breves momentos. Luego, no abrupta sino lentamente, se puso de pie, pasándose una mano por los ojos para quitar las lágrimas que lo cegaban, y murmuró casi inaudiblemente: "A veces, sólo las lágrimas... sólo las lágrimas, Señor, serán suficientes... sólo las lágrimas".

Comenzó a caminar de regreso a su silla en el centro del estrado, to ando su voz más firmeza y volumen.

"San Lucas prosigue con el resto de las palabras del Señor a Simón Pedro. 'Cuando tú, Simón, regreses una vez más a la fe, devolverás la fuerza de la fe a tus hermanos' ".

Hizo una pausa y volvió la cabeza, girándola para mirar a los cardenales.

"¡Siéntense, por favor!" Esperó mientras los cardenales que estaban de pie tomaban asiento, pero no pudo ver las miradas glaciales de desaprobación, cólera y amenaza que algunos de ellos les lanzaban a los que habían permanecido sentados. Ahora todos se concentraban en Valeska.

Para entonces dejó de caminar, y volvió su rostro a su audiencia.

"No importa cuáles sean los pecados y fallas personales de los sucesores de Pedro, aún lo siguen siendo, los únicos poseedores sobre la tierra de las Llaves del Reino, los únicos que están asegurados contra cualquier mal uso de esas llaves por la sangre de Nuestro Señor Jesucristo.

"Las Llaves de esta Sangre". Valeska repitió la frase, dejando que su voz se detuviera sobre cada sílaba. "Las Llaves de esta Sangre".

Estaba recuperando su compostura y un mayor control sobre sus pensamientos y su expresión.

"Mi propia conciencia, y la inteligencia de que dispongo como pastor universal, me llevan, lo quiera o no, a adoptar un plan -sé que lo llamarán el Plan Papal en los medios populares-, por lo menos para enfrentar la terrible situación en la que se encuentra hoy la organización institucional".

Caminó la corta distancia hasta su silla y se sentó, volviendo varias páginas de sus notas hasta que encontró el lugar que estaba buscando.

"Esa terrible situación me arroja una grave pregunta a la cara: ¿cuánto tiempo más debo esperar? ¿Cuán bajo puedo permitir que se hunda nuestra situación? ¿Cuán bajo es demasiado bajo?"

Valeska se puso de pie y cerró la carpeta: "A menos que desee trai-

cionar mi juramento papal, debo tomar una acción. Debo decir: esto es suficientemente lejos, suficientemente bajo. En este punto, luchamos. De aquí», miró durante un largo momento la carpeta, luego comenzó nuevamente, "de aquí, el Plan Papal.

"Aquí en Roma, habrá seis nuevas congregaciones, a todas las que se les concederá una existencia interina, poseyendo cada una poderes absolutos, todas ellas me informarán directamente a mí. Cada una supervisará un área de la estructura de la Iglesia que necesita una reforma drástica e inmediata: obispos, órdenes religiosas, sacerdotes, ecumenismo, organizaciones diocesanas, la misa. Además de estar dotadas con poderes absolutos de excomunión, suspensión e interdicto, estas congregaciones interinas tendrán a su disposición tres organizaciones, dos ya conocidas -los Legionarios de Cristo y la Prelatura Personal, llamada comúnmente el Opus ®ei-, y una tercera, que ya ha sido establecida y existe a nivel mundial, pero que hasta ahora ha permanecido en total secreto.

"Estas congregaciones remplazarán a cualquier congregación romana existente, por ejemplo, las actuales congregaciones para religiosos y obispos dejarán de funcionar hasta posterior aviso.

"Ahora, se han recopilado listas exhaustivas. Déjenme leerles las principales. Hay, primero de todo, cinco importantes: cardenales, obispos, sacerdotes, profesores de seminarios y teólogos. Aquellos cuyos nombres aparecen en esas listas tienen un destino común: serán retirados automáticamente, despojados de cualquier autorización canónica para ejercer, y quedarán libres para seguir su vida como les parezca adecuado.

"Hay, luego, una segunda serie de listas, que cubren cambios tales como la transferencia de ciertos cardenales, la abolición de ciertas órdenes y congregaciones religiosas, tanto de hombres como de mujeres, parroquias y diócesis colocadas bajo interdicto hasta que sacerdotes, obispos y laicos regresen a la práctica católica.

"Ha requerido una labor hercúlea de parte de mis colaboradores la reunión de los nombres de miles de sacerdotes retirados, obispos retirados y teólogos retirados, que inmediatamente remplazarán a aquellos que se retiran forzosamente por decreto papal.

"En su momento, ustedes descubrirán que hay una serie de decretos papales particulares. Los principales deben ser mencionados aquí. Ha habido en el pasado y habrá en el futuro un rito romano oficial de la misa. Hasta donde puede verse, habrá dos variantes de ese sagrado rito romano oficialmente sancionadas: la tradicional, que floreció durante mil años antes de que el Concilio de Trento le diera una aprobación especial, y el Novus Ordo del papa Paulo VI, que, con reformas, también está autorizado. Ambas se dirán en latín, como decretó el Segundo Concilio Vaticano, excepto las plegarias vernáculas recitadas por el pueblo. El Novus Ordo paulino será purificado de sus partes sospechosas, las palabras que validan la consagración volverán a él, completamente purgado de las adiciones de Lutero. La

celebración de una u otra misa no la decidirá un voto popular, sino las órdenes directas de la Santa Sede. Por el presente se revocan todas las sanciones eclesiásticas lanzadas contra los así llamados movimientos tradicionalistas. De cualquier modo, la mayoría de ellas eran nulas y sin efecto desde el comienzo.

"Otro decreto suspende todas las actividades de la Comisión de Justicia y Paz y de todas las oficinas para el ecumenismo en toda la Iglesia, y todavía otro decreto prohibe cualquier uso posterior de los infames programas RENEW y RCIA. Éstos deben ser suprimidos por no ser católicos.

"Ya está establecida una comisión papal para la reexaminación de los documentos del Segundo Concilio Vaticano; sus decretos darán la interpretación verás, de una vez por todas. Yo mismo emitiré una serie de decretos papales sobre la libertad religiosa, sobre la única y verdadera Iglesia como el único medio de salvación, y sobre la infalibilidad papal.

"Un Motu Proprio mío especial suspenderá todas las reuniones y actividades de todas las Conferencias de Obispos, locales y regionales. Toda esta iniciativa de las Conferencias de Obispos ha demostrado ser un semillero de herejía, cisma y error teológico, y ha sido uno de los principales instrumentos en manos de los partidarios de la Antiiglesia en su búsqueda por despapalizar la organización institucional católica romana.

"Finalmente, está la cuestión de corregir y reformular la actitud de la organización e institución mundial católica romana hacia el mundo moderno. Desgraciadamente, a este respecto, lo que declaró el Segundo Concilio Vaticano estuvo modelado sobre lo que formuló el papa Paulo VI. Desgraciadamente, la formulación de ese Pontífice fue modelada para él por hombres del Vaticano, y hombres y mujeres de fuera del Vaticano que tenían una única meta: liquidar la esencia del catolicismo y hacer que nuestra organización humana de esta Iglesia fuera la criada de la total secularización del catolicismo romano. Esta actitud -ya difundida y aceptada por obispos, sacerdotes, religiosos y laicos- debe ser eliminada de la Iglesia.

"Vuestras Eminencias serán los primeros en recibir todos los documentos relevantes de mi Plan Papal. Pero por el momento, las explicaciones anteriores serán suficientes.

"Venerables hermanos, todo lo que he bosquejado puede escucharse como una fuerte medicina. Si piensan así, piensan correctamente. Es una fuerte medicina para la virulenta enfermedad que lentamente está comiendo las partes vitales de la Iglesia universal".

Ahora Valeska estaba juntando sus papeles dentro de la carpeta. Los cardenales estaban muy' silenciosos, la mayoría de ellos todavía bajo el impacto de las palabras del Pontífice, algunos de ellos tratando de responder la pregunta sumamente importante: esta nueva actitud del Papa, ¿qué cambios augura en la política exterior de este Papa? Uno o dos tuvieron la tentación de hacer la pregunta en el silencio que siguió a la abrupta terminación de Valeska, pero lo pensaron mejor.

-Déjelos colgando en ese viento, santo Padre -musitó Frankevic allá en el estudio-. Déjelos balancearse un poco en los vientos de la duda y la incertidumbre.

El mismo pensamiento estaba en la mente de Valeska, pero lo pensó mejor. Cuando estaba por girar sobre sus talones para irse, se detuvo.

"Quizá debería agregar otros dos puntos", dijo. Apoyó la carpeta y se cruzó de brazos.

"Les recuerdo a Vuestras Eminencias que, como Papa, detento las Llaves de esta Sangre Sagrada, y que la Santa Sede puede esperar y esperar y esperar y esperar. Tanto tiempo como sea necesario. Si dejo la vida, cuando deje esta vida, mi sucesor aquí esperará y esperará y esperará. ¿Qué poder sobre fa tierra puede esperar as? ¿Cuál de Vuestras Eminencias o de mis obispos puede esperar tanto tiempo? La fuerza de esas Llaves nunca se debilitará. La perfección de esa Sangre nunca se diluirá.

"Ahora voy a la basílica. Los espero a todos ustedes para que se unan allí conmigo en silenciosa oración".

Antes de que su audiencia se hubiera dado cuenta de lo que estaba sucediendo, había atravesado la distancia entre su lugar sobre el estrado y la salida, y estaba desapareciendo entre cuatro hombres de seguridad.

Unos veinte minutos después, las últimas de Sus Eminencias entraron a la basílica por las puertas principales, y fueron guiadas reverente pero firmemente por los guardias de seguridad para recorrer los 190 metros de la nave hacia el punto central de la basílica, donde el crucero de 135 metros de largo cruza la nave. Ahí se eleva el Altar Mayor mirando hacia el este, bajo el baldaquín de bronce de Bernini. Frente al altar está la balaustrada circular de mármol y la escalera que conduce abajo a la antigua capilla que contiene el sarcófago de bronce de Simón Pedro. Toda esta sección de la basílica se llama la Confesión de San Pedro, porque la banda de inscripciones en griego y latín que corre alrededor de las paredes superiores registra la confesión de Simón Pedro: "Tú eres Cristo, el Hijo del Dios Vivo. . . "

Inclusive desde las puertas principales y por esa enorme nave, los cardenales que entraban podían ver a la figura vestida de blanco: congelada por la distancia, parecía confusamente envuelta en la balaustrada a causa de la blancura de ese hermoso mármol. En realidad, el papa Valeska estaba arrodillado allí, con las manos unidas, los dedos entrelazados con un rosario, descansando sobre la balaustrada, sus ojos fijos en la estatua de Canova del papa Pío VI arrodillado, quien, el último Papa en ser secuestrado, fue llevado al exilio, mantenido prisionero durante cuatro años por los dictadores de la república francesa, y murió en un miserable cuarto de las barracas de la ciudadela de Valence, Francia, en 1802, lejos de la Tumba de los Apóstoles.

En el momento en que Valeska había entrado a la basílica, todos los *walkie-talkies* de seguridad resonaron con la clave de la alerta roja: "¡La paloma está suelta! ¡La paloma está suelta!" Un cordón de guardias de seguridad apareció como por arte de magia y formó un anillo alrededor de la Confesión, rodeando a Valeska. Todos los puntos de salida y de entrada de la basílica fueron interceptados y fuertemente custodiados.

Tres jeeps con carabineros armados se lanzaron a enorme velocidad a través de la Plaza de San Pedro y frenaron con un chirrido frente a las puertas principales de la basílica. Apareció el helicóptero de comando, sobrevolando lentamente por encima de la basílica, los tiradores haciendo equilibrio en las puertas y observando con las armas listas. Policías de civil, hombres y mujeres, circulaban entre las personas atrapadas en la basílica por la emergencia de seguridad. Detrás del cordón, los peregrinos y visitantes casuales, hablando una babel de lenguajes, se reunieron rápidamente, observando este acontecimiento que no había sido anunciado y preguntándose qué estaba pasando.

Para algunos de los cardenales, caminar por esa nave fue la caminata más larga de sus vidas. Conocían muy bien ese lugar, conocían todos los viejos recuerdos que colgaban de sus paredes. También conocían a este Papa. Habían 'aprendido a esperar dos cosas de él: un diluvio de palabras bien escogidas y una panoplia de gestos fuertemente cargados de simbolismo. Acababan de recibir un diluvio de esas palabras durante media hora. Ahora seguramente debía venir el simbolismo en el gesto.

Uno por uno, o en pequeños grupos, algunos murmurando quejas, algunos con un sereno pero obvio aire de resentimiento, uno o dos con sonrisitas desdeñosas apenas reprimidas, los cardenales llegaron a la Confesión, y finalmente todos, excepto una docena, cayeron cautelosa y torpemente de rodillas sobre el mosaico de mármol alrededor de la balaustrada. La docena de resistentes se amontonó a un lado, manteniendo una conversación animada pero en susurros. Habían consentido, nobleza obliga, con la farsa del así llamado consistorio. Oficiales de seguridad, con cara de piedra, les informaron que no podían dejar la basílica ni salir del cordón de seguridad. Estaban prisioneros, pero no tenían obligación, y ciertamente no tenían intención, de seguir la guía de este obispo polaco, como si fueran nada más que un grupo de jóvenes seminaristas amontonados dócilmente junto a los talones de su director espiritual.

Pero especialmente ellos, así como algunos otros, fueron sacudidos severamente por el viejo y estrafalario Luis Cardenal Silva. No podían quitarle los ojos de encima. Era ridículo, y era un reproche para ellos. Silva fue el último en entrar. Avanzó lenta, laboriosa, agónicamente, deteniéndose cada dos o tres pasos, mirando ferozmente a los cardenales mientras caminaba, respirando pesadamente y hablando para sí, llegando finalmente a la balaustrada. No pudo arrodillarse. Así que inclinó su cuerpo adolorido sobre la balaustrada, a la derecha de Valeska, y hundió la cara en sus manos. Silva estaba llorando silenciosamente, sin vergüenza, como si estuviera totalmente

solo, como solamente un hombre viejo puede hacerlo con un inviolable sentido de intimidad.

Frankevic llegó al final de todos ellos. Se quedó parado hasta atrás, dentro del cordón, manteniendo los ojos sobre esa figura arrodillada, inmóvil, vestida de blanco, rodeada por un desordenado mar púrpura semicircular. Después de un momento, mientras pasaban los minutos, el secretario se relajó, mirando directamente a los cardenales que estaban de pie como si cada uno de ellos fuera una excrecencia enferma, y orando. Seguramente algunas de estas Eminencias recibirán el mensaje y la intención del Santo Padre, ésa era su plegaria. Pero su atención estaba principalmente fija en los cardenales arrodillados.

Tomó nota de todos y cada uno de sus movimientos, y hacia dónde se volvían sus cabezas, quién le hacía señales a quién y qué se estaban señalando. Sí, concluyó Frankevic, por lo menos algunos de ellos estaban comprendiendo todo lentamente, permitiendo que el ambiente y lo que les acababa de decir Valeska penetrara en sus espíritus.

No había manera de eludir el significado del ambiente. La estatua arrodillada de ese valioso pero mundano Papa cuya belleza física fue arruinada por el sufrimiento y cuyo orgullo fue humillado por la prisión y muerte en las manos despectivas de sus enemigos mortales. Las luces temblorosas de noventa y cinco lámparas que ardían noche y día alrededor de la entrada a la Tumba de los Apóstoles. Las cuatro imponentes columnas de bronce de casi treinta metros de largo, conteniendo los huesos de 31,000 antiguos mártires romanos y sosteniendo el peso de 700 toneladas del baldac'aín de Bernini, proyectándose sobre la majestad del Altar Mayor. Encima de todo, la banda de letras negras en griego y en latín, corriendo alrededor de la parte superior de los muros y anunciando la trascendental elección suprema de Cristo en respuesta a la confesión de fe de Pedro: "Tú eres Pedro. Sobre esta piedra construiré mi Iglesia. Y las Puertas del Infierno no prevalecerán contra ella. . ."

Pero después de unos diez minutos, Frankevic comenzó a preocuparse: ¿cómo terminaría, o cómo podría terminar todo esto decorosa, adecuadamente? No necesitaba haberse preocupado.

Finalmente, la postura silenciosa del Papa y de los cardenales afectó a los espectadores que estaban detrás del cordón de guardias de seguridad. Era un grupo de peregrinos alemanes que primero inició una versión cantada suavemente del viejo himno católico "Salve Regina", el cántico de alabanza y súplica a la Virgen María del mundo medieval, universalmente conocido y amado. A medida que cantaban, más y más voces se sumaban. Pero en la vasta amplitud de la basílica, el canto seguía siendo un agudo y aflautado coro de voces que se elevaba flotando hacia los amplios espacios de esa enorme nave, resonando en el extenso domo y muriendo en suaves olas decrecientes de súplica y esperanza y dolorosa expectativa.

Cuando las últimas notas todavía estaban vibrando en todos los oídos,

fue el anciano chileno sollozante quien tomó la iniciativa. Ante la sorpresa de todos, y ante el horror de los pocos cardenales de mentalidad muy formal allí presentes, Silva tocó suavemente a Valeska en el hombro con un dedo nudoso, huesudo. La secuencia de acciones que siguió podría haber sido concebida por un experto coreógrafo.

Ante los ojos de los espectadores, los actos y expresiones del Papa y del cardenal, insólitos y espontáneos, pasaban frente a los peregrinos y visitantes como una serie de segmentos claramente definidos de un drama filmado, una serie de imágenes en cámara lenta destinada a transmitir una visión y un mensaje espiritual.

Silva tocando el hombro del Pontífice. . . Valeska girando la cabeza, sonriendo, escuchando al anciano. . . Los ojos saltones de Silva y sus labios en movimiento... Valeska sacudiendo la cabeza, todavía sonriendo... Silva sacudiendo vigorosamente la cabeza, su boca abierta en protesta, cada línea de su cara flaca y apergaminada llena de vehemencia... Valeska levantándose lentamente y volviéndose hacia los cardenales. . . Silva tratando de arrodillarse, pero en cambio cayendo con un pequeño grito, como un bulto de ropa escarlata, a los pies de Valeska, sus labios tocando el empeine del zapato derecho de Valeska, una mano agitándose desesperadamente buscando la mano de Valeska mientras el Papa la estiraba para ayudarlo... Silva tomándola y besando el Anillo del Pescador en el cuarto dedo... algunos asistentes del Vaticano precipitándose, con el rostro sorprendido, a levantar al anciano y llevárselo entre ellos...

Después de eso, lo que sucedió se grabó en las memorias de los espectadores aún más gráficamente: los cardenales poniéndose lentamente de pie. Algunos parados y mirando alrededor. Algunos adelantándose inmediatamente para arrodillarse y besar el pie y el anillo de Valeska. Otros, una vez de pie, susurrando y gesticulando con sus colegas, disparando miradas medio asustadas en dirección de Valeska. Otros cardenales parados solos, totalmente perplejos. Muchos formándose en una tosca fila para realizar esa doble obediencia. Muchos otros retrocediendo como apartándose de una situación peligrosa, en grupos de cinco y siete, atravesando finalmente el cordón de seguridad y dejando la escena con los labios apretados y los ojos oscurecidos. No querían tener nada que ver con este acto teatral, o con el verdadero carácter de este Papa, ahora abiertamente conocido para ellos. Ahora su actitud también quedaba públicamente registrada. ¿Por qué no? Todo estaba claro y a la luz del día, para sus colegas, para Valeska, para el pueblo.

Durante todo esto, Valeska permaneció mudo, inmóvil, con el rostro velado por una expresión de profundo cansancio, aparentemente sin ver a nadie ni a nada en particular, retirado a algún invisible santuario propio, a algún sancta sanctórum, sin reaccionar siquiera cuando cada cardenal le tomaba momentáneamente la mano, la besaba, le besaba el pie y se retiraba. Unos pocos echaron una rápida mirada a su cara, luego desviaron la

vista y partieron. Valeska estaba indiferente a todo esto, aparentemente. No sabía cuántos se habían adelantado, ni cuántos le habían dado la espalda. Pero Frankevic estaba contando asiduamente e identificando a los recalcitrantes. . . eran cuarenta y seis, y entre ellos no había ninguna sorpresa.

Finalmente, terminó. Sólo quedaba Valeska, con la espalda hacia la balaustrada, Frankevic y los asistentes vaticanos parados a un lado. El Papa se movió hacia los oficiales que estaban a la espera. Caminó hacia la esca lera de mármol y desapareció lentamente al bajar hacia la cripta, mientras las grandes campanas de San Pedro comenzaban a tocar el Angelus de mediodía con sus inimitables tonos profundos como el océano. El cordón de seguridad se acercó, rodeando el Altar Mayor y la balaustrada. Otros oficiales de seguridad persuadieron a la mayoría de los espectadores para que siguieran caminando.

Frankevic permaneció aparte, lágrimas de alegría y de frustración lo cegaban. Por lo menos, razonó, ahora todo estaba claro. Amigo y enemigo estaban sobre aviso. Aun si Su Santidad no había conseguido reunir a todos sus cardenales, como en el pasado no había podido reunir a todos sus obispos, y aunque su pontificado fuera considerado como un fracaso a escala humana. . . aún así, la ambigüedad se había disipado. Frankevic recordaba el sentido, pero no las palabras exactas, de una súplica y plegaria desesperada hecha por Áyax, el guerrero griego, forzado a luchar con ... ura oscurecida:

re en el Cielo,
),,anos de esta oscuridad.
clara nuestros cielos.
S debemos morir,
Que muramos en la Luz.

Se terminó de imprimir esta primera
edición de 4,000 ejemplares en
julio de 1991, en los talleres
Impresora Publimex, S.A., Calz. San
Lorenzo no. 279-32, Col. Estrella
de Utapa1aDa, México, D.F.